Este extraordinario libro de Stathis Kalyvas explora las causas y las dinámicas de la violencia en las guerras civiles mediante el establecimiento de una lúcida distinción entre guerra y violencia, y demuestra que la lógica de la violencia, en estos casos, tiene mucho menos que ver con emociones colectivas, ideologías, culturas o «avidez y agravio» de lo que realmente se creía. La violencia no es un simple reflejo de la estrategia de los que se valen de ella; su carácter profundamente interactivo frustra la simple lógica de maximización al tiempo que conlleva resultados sorprendentes, tales como la relativa carencia de violencia en las «líneas de frente» de las guerras civiles. La manipulación de las organizaciones políticas por parte de los actores locales marca un proceso de privatización de la violencia política en mayor medida que la politización de la vida privada, tal y como se ha creído con más frecuencia. Desde esta perspectiva, la violencia es un proceso que tiene lugar a causa de la aversión humana más que por una predisposición hacia la violencia homicida, lo que explica la paradoja de la explosión de la violencia en contextos sociales caracterizados por altos niveles de contacto interpersonal, intercambio y hasta confianza. De ahí que el comportamiento individual en las guerras civiles deba de ser interpretado no tanto como una instancia de anomia social sino más bien como una manifestación perversa de abundante capital social, como claramente demuestra la reciente historia de España.

Stathis N. Kalyvas es Arnold Wolfers Professor de Ciencias Políticas en Yale, donde dirige el programa sobre «Orden, conflicto y violencia». Ha sido profesor en Chicago, en la Universidad de Nueva York y en la del Estado de Ohio y profesor visitante en el Instituto Juan March y Jean Monnet Fellow en el European University Institute. Es autor de *The Rise of Christian Democracy in Europe* (1996), galardonado con el Premio J. David Greenstone al mejor libro de política e historia; también ha recibido el Premio Gregory Luebbert al mejor artículo en política comparativa.

ISBN 978-84-460-2761-4



www.akal.com



CIENCIA POLÍTICA

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

299

STATHIS N. KALYVAS LA LÓGICA DE LA VIOLENCIA EN LA GUERRA CIVIL

STATHIS N. KALYVAS

La lógica de la violencia en la guerra civil

akal

AKAL UNIVERSITARIA
Serie Ciencia política

Director de la serie:
Ramón Máiz

Diseño interior y cubierta: RAG

Título original
The Logic of Violence in Civil War

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-2761-4
Depósito legal: M-21.161-2010

Impreso en Cofás, S. A.
Móstoles (Madrid)

STATHIS N. KALYVAS

LA LÓGICA DE LA VIOLENCIA EN LA GUERRA CIVIL

Traducción de
Pedro A. Piedras Monroy



Τῆς Ἀγγελικῆς

Estamos tan poco habituados a tratar científicamente los fenómenos sociales que puede que algunas de las proposiciones contenidas en este libro le sorprendan al lector. No obstante, si ha de haber una ciencia social, habremos de desearla no sólo para parafrasear los tradicionales prejuicios del hombre común sino para darnos una opinión nueva y diferente sobre ellos, pues el objetivo de todas las ciencias es hacer descubrimientos y todo descubrimiento suele, de algún modo, molestar a las ideas asumidas.

Émile Durkheim, *Las reglas del método sociológico.*

Nadie comprometido intelectualmente con la historia y la política puede pasar por alto el enorme papel que siempre ha jugado la violencia en los asuntos humanos y, a primera vista, sorprende que se haya escogido tan pocas veces a la violencia para someterla a una consideración especial.

Hannah Arendt, *Sobre la violencia.*

Lo nuevo no se produce nunca por simple interpolación de lo antiguo.

Michel Houellebecq, *Las partículas elementales.*

AGRADECIMIENTOS

Este libro es el resultado de un trastorno inesperado. En 1997, la Agencia de Información de los Estados Unidos me comunicó que tenía que pasarme dos años en Grecia por culpa de una regulación del visado. En esa época, estaba dando clase en la Universidad de Nueva York y la idea no me hizo ninguna gracia. Con todo, mi estancia forzosa en Grecia me llevó a un trabajo de campo preparatorio que, con el tiempo, me iba a empujar a redirigir por completo mi agenda de investigación hacia el estudio de las guerras civiles y la violencia. Estoy en deuda con Roger Petersen por haber discutido conmigo sobre este tema tan fascinante justo antes de mi marcha a Grecia y con Adam Przeworski por haber apoyado con entusiasmo lo que, en su momento, parecía una aventura investigadora de lo más improbable.

Una vez en Grecia, hube de contar con una red de amigos para establecer mis primeros contactos. Yannis Apostolopoulos, Dimitra Hadjiangelaki, Kostas Heliotis y Vangelis Kombotis me ofrecieron una ayuda inmensa. Tasoula Vervenioti contribuyó decisivamente a convencerme de que las entrevistas no sólo eran posibles sino muy valiosas, frente al consejo opuesto que había recibido de varios historiadores profesionales en Grecia. Mi amigo Nikos Argyropoulos me brindó, como siempre, su ayuda y su apoyo. George Mavrogordatos mezcló sabiamente ánimo y crítica. Todo agradecimiento es poco para Marina Tsouloucha; durante muchos años, ella me ha ayudado a excavar en las riquezas del Archivo Histórico de la Argólida. Les doy las gracias también a H. F. Meyer y a G. T. Mavrogordatos por haber compartido conmigo parte del material de archivo que ellos reunían, y a la Near East Foundation por recuperar y poner a mi disposición el estudio *Village Social Organization in Greece*.

Mucha más gente de la que puedo enumerar aquí ha escuchado mis argumentos en versiones formales o informales, me han invitado a seminarios o a simposios en los que he presentado mi investigación, han leído mi trabajo y me han ofrecido sus comentarios. Quiero destacar al menos a algunos de ellos: Lars-Erik Cederman, Kanchan Chandra, Jim Fearon, Manolis Galenianos, Diego Gambetta, Michael Hechter, Macartan Humphreys, Matt Kocher, David Laitin, Nikos Marantzidis, Nikolay Marinov, John Roemer, Nicholas Sambanis, Ignacio Sánchez Cuenca, Jonah Schulhofer-Wohl, Steven Shewfelt, Jim Vreeland y Elisabeth Wood. Ana M. Arjona me fue particularmente útil en el último trecho, lo mismo que Sandy Henderson y Abbey Steele, que me ayudaron a editar el manuscrito. Cuatro reseñadores anónimos ofrecieron unas críticas muy valiosas. Margaret Levi apoyó el proyecto desde sus primeras fases, lo mismo que Lew Bateman. Les doy las gracias a todos.

Comencé este proyecto en la Universidad de Nueva York, empecé a escribirlo estando en la Universidad de Chicago y completé el libro en Yale. Las tres universidades me brindaron un excelente ambiente intelectual y profesional. El European University Institute y el Instituto Juan March me acogieron en épocas cruciales permitiéndome hacer importantes progresos; por ello, les estoy sumamente agradecido a Daniel Verdier y a José María Maravall. La H. F. Guggenheim Foundation financió mi investigación en el norte de Grecia, de la que aquí se incluye una parte. Gracias a Chrysostomos Mantzavinos y a Christoph Engel, pude preparar el manuscrito para su publicación en el maravilloso entorno del Max Planck Institute for Research in Collective Goods en Bonn. Muy agradecido le estoy a Ian Shapiro y al Yale Center for International and Area Studies por su apoyo a la publicación de este libro.

Tuve la suerte de incluir partes de este libro en seminarios de posgrado que impartí en Chicago, en el Juan March y en Yale. Mis alumnos me desmontaron el trabajo sin piedad, haciéndome volver repetidas veces a fijar los problemas que veían en él; esto da cuenta de la calidad de su crítica y de su contribución al proyecto final.

Por su soberbia ayuda investigadora, querría darles las gracias a Ioannis Evrigenis, Ioanna Karariga, Panayota Koliatsi, Harris Mylonas, Nassos Roussias, Sebastian Saiegh, Andromachi Tsomaka y Jieun Yoo. Steve Citron-Pousty diseñó los mapas. Agradezco el permiso para usar el material de los capítulos 6 y 11, cuyas versiones tempranas aparecieron como «The Paradox of Terrorism in Civil War» («La paradoja del terrorismo en la guerra civil»), en *Journal of Ethics* 8, 1 (2004), pp. 97-138, y «The Ontology of "Political Violence": Action and Identit in Civil Wars» («La ontología de la "violencia política": Acción e identidad en las guerras civiles»), en *Perspectives on Politics* 1, 3 (2003), pp. 475-494.

Son muchos los amigos que he hecho entre la gente que he entrevistado, pero estoy especialmente en deuda con las familias Kalymniou, Skinochoritis y Yannakou, por su cálida hospitalidad y su amistad. Al mismo tiempo, he de darle las gracias a toda la gente que me abrió sus puertas en Grecia. Al principio, muchos de ellos estaban recelosos, pero fueron haciéndose cada vez más amigables a medida que la conversación avanzaba; ellos hablaban con pasión, con emoción y con gran inteligencia sobre sus vidas, sus creencias, sus sufrimientos y sus esperanzas. Para mí, ha sido una de esas experiencias que te cambian la vida. Este libro hace poca justicia a sus recuerdos, extraordinariamente ricos y convincentes. Ya estoy trabajando en otro libro que estará basado directamente en sus historias, así como en historias que he recuperado de los archivos.

No habría sido capaz de llevar a cabo esta investigación sin el apoyo emocional y material de mis padres, Nikos y Margarita Kalyvas, a quienes, una vez más, les estoy profundamente agradecidos. El libro está dedicado a Angeliki Louvi, que estuvo ahí a lo largo de todo el proyecto, desde su concepción hasta su conclusión. No he de decir más pues ella ya lo sabe.

ABREVIATURAS*

AMFOGE	Misión Aliada para la Observación de las Elecciones Griegas
ARVN	Ejército de la República de Vietnam
ASKI, KKE	Archivo de Historia Social Contemporánea, Archivo del Partido Comunista de Grecia
BLO	Oficial de Enlace Británico (British Liaison Officer)
BS	Batallón de Seguridad
DAN	Archivos Municipales de Nafplio
DIS/AEA	Dirección de Historia del Ejército/Archivo de la Resistencia Nacional
DSE	Ejército Democrático de Grecia
EAM	Frente de Liberación Nacional
EDES	Liga Nacional Democrática Griega
EES	Ejército Nacional Griego
EGP	Ejército Guerrillero de los Pobres
EKKA	Liberación Nacional y Social
ELAS	Ejército Nacional Popular de Liberación
ELF	Índice de Fraccionamiento Etnolingüístico
ELN	Ejército de Liberación Nacional
ERP	Ejército Revolucionario del Pueblo
ETA	Euskadi Ta Askatasuna (Euskadi y Libertad)
FARC	Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia

* Al igual que hace el autor, he decidido dejar las siglas originales en nuestro texto, aunque no coincidan con su denominación española. Sin ir más lejos, resultaría sumamente confuso emplear para IRA, NKVD, ETA o SWAPO otras iniciales que no fueran ésas. Las únicas excepciones en el conjunto son las de las FUAC y la de ONG; ambas, por razones obvias, y la de BS, por una cuestión práctica. *[N. del T.]*

FECCAS	Federación Cristiana de Campesinos Salvadoreños
FLN	Frente de Liberación Nacional
FMLN	Frente de Liberación Nacional Farabundo Martí
FRELIMO	Frente de Liberación de Mozambique
FRETILIN	Frente Revolucionario de Timor Oriental
FUAC	Fuerzas Unidas de Autodefensa de Colombia
GIA	Grupo Islámico Armado
GVN	Gobierno de la República de Vietnam
HAA/DAN	Archivo Histórico de la Argólida/Archivos Municipales de Nafplio
HAA/EDD	Archivo Histórico de la Argólida/Corte Especial de Colaboradores
HES	Sistema de Evaluación de Aldeas [Hamlet Evaluation System]
INLA	Ejército Irlandés de Liberación Nacional
IRA	Ejército Republicano Irlandés
JVP	Frente de Liberación Popular
KKE	Partido Comunista de Grecia
KLA	Ejército de Liberación de Kosovo
KMT	Kuomintang
LTTE	Tigres de Liberación del Eelam Tamil
MI5	Servicio Inglés de Inteligencia Interior
MPAJA	Ejército Antijaponés del Pueblo Malayo
MPLA	Movimiento Popular para la Liberación de Angola
MRLA	Ejército de Liberación de las Razas Malayas
MTLD	Movimiento para el Triunfo de las Libertades Democráticas
NDF	Frente Nacional Democrático
NEF	Fundación Oriente Próximo
NKVD	Comisariado Popular para Asuntos Internos
NPA	Nuevo Ejército Popular
NPFL	Frente Patriótico Nacional de Liberia
ONG	Organizaciones No Gubernamentales
OPLA	Organización para la Protección de los Luchadores del Pueblo
ORDEN	Organización Democrática Nacionalista
PASOK	Movimiento Socialista Panhelénico
PEEA	Comité Político de Liberación Nacional
PF	Fuerzas Populares
PKK	Partido de los Trabajadores del Kurdistán
PPF	Partido Popular de Francia
PRI	Partido Revolucionario Institucional
PRO, FO	Oficina de Documentos Públicos, Documentos de la Oficina de Asuntos Exteriores

PRO, HS	Oficina de Documentos Públicos, Documentos Ejecutivos de Operaciones Especiales
RENAMO	Resistencia Nacional Mozambiqueña
RUF	Frente Unido Revolucionario
SWAPO	Organización Popular del Suroeste Africano
UNITA	Unión Nacional para la Total Independencia de Angola
UVF	Fuerza de Voluntarios del Ulster
VC	Vietcong
VCI	Infraestructura del Vietcong
ZSt.	Zentrale Stelle der Landesjustizverwaltungen [Oficina central de las autoridades de justicia de los Länder]

INTRODUCCIÓN

Los culpables perecieron pero cuando ya sólo quedaban los culpables por sobrevivir.
Lucano, *Bellum Civile.*

Todo es uniforme, aunque extraordinario;
todo es monótono, aunque horrible.
Germaine de Staël, *Consideraciones sobre los principales acontecimientos de la Revolución francesa.*

1. CUATRO ROMPECABEZAS

En las colinas que se levantan con suavidad más allá de la llanura de la Argólida, en la península griega del Peloponeso, se encuentran los pueblos gemelos de Manesi y Gerbesi (hoy Midea). Emplazados en el extremo oriental de la llanura de Argos, tan sólo a unas pocas millas de los célebres yacimientos arqueológicos de Tirinto, Micenas y Argos, estos pueblos comparten un panorama social, económico, político y cultural común. En los años cuarenta del siglo XX, esto configuró una población conservadora, étnica y religiosamente homogénea, descendiente, sobre todo, de Albania y que trabajaba en pequeñas granjas familiares, más o menos del mismo tamaño, y que practicaban principalmente la agricultura de subsistencia. Los habitantes de estos dos pueblos desarrollaban redes de mutua reciprocidad y, con frecuencia, se casaban entre sí; lo cierto es que hasta comparten numerosos apellidos. Durante la ocupación alemana de Grecia, afrontaron elecciones y desafíos semejantes: muchos hombres de los dos pueblos se unieron a las organizaciones de resistencia y ambos pueblos sufrieron las represalias alemanas. Hay, no obstante, una divergencia crucial en sus historias. En agosto de 1944, tuvo lugar en Gerbesi una cruenta masacre de cinco familias del pueblo, que incluyó tanto a gente ma-

yor como a niños de corta edad; fueron guerrilleros armados los que perpetraron la matanza como tal, pero en su planeamiento tomaron parte vecinos y hasta familiares de las víctimas. Por el contrario, la vecina localidad de Manesi escapó a una violencia de este tipo. Pese a que los mismos guerrilleros llegaron a Manesi en busca de víctimas, éstos se vieron impedidos con éxito por los aldeanos. ¿Por qué? ¿Cómo pudo la gente de Gerbesi infligir tal violencia a sus propios vecinos? ¿Y qué pasó para que la gente de Manesi, semejante según parece en todos los aspectos observables a la de Gerbesi, fuera capaz de evitar esta violencia?

Los informes microhistóricos y antropológicos de las guerras civiles están repletos de estas díadas aldeanas en las que la violencia golpea siguiendo un patrón que parece desafiar toda lógica. El pueblo de Los Olivos, en el sur de España, perdió 38 hombres en la guerra civil, todos en 1936; aquéllos eran, en su mayor parte, simpatizantes socialistas que murieron no en el campo de batalla sino a manos de los falangistas, que los encontraron tras haber recibido información de sus vecinos. Sin embargo, no demasiado lejos de allí, en «Los Marines», un pueblo con un sesgo político y social semejante, no hubo asesinatos (Collier, 1987, p. 163). En el departamento colombiano de Tolima, no hubo área más devastada por la guerra civil conocida como La Violencia que el *municipio* de Rovira, mientras que Dolores, un *municipio* similar del mismo departamento, igual de montañoso y con la misma división política, escapó a la violencia (Henderson, 1985, pp. 144-145). Guatemala sufrió enormes niveles de violencia durante los primeros años ochenta del siglo XX; cientos de pueblos fueron aniquilados y miles de personas asesinadas en masacres perpetradas por el ejército. Con todo, la antropóloga Kay Warren (1998, p. 92) descubrió, para su sorpresa, que la ciudad de San Andrés, el lugar en el que desarrollaba su trabajo de campo, por algún motivo escapó a las masacres que tuvieron lugar en localidades semejantes..., el mismo rompecabezas que se encontró otro antropólogo, John Watanabe (1992, p. 182), durante su propia investigación de campo: «Pese a la ocupación del ejército, casi nadie murió en Chimbal, en contraste con las localidades que lo rodean... Ya fuera por una disposición colectiva, por actos de valentía personal o incluso por intervención divina, Chimbal sobrevivió». Lo cierto es que Linda Green (1995, p. 114) observa que «uno de los rasgos más notables de la campaña militar conocida como "tierra quemada" [en Guatemala] es que pueblos vecinos corrieron suertes muy diferentes: uno podía ser destruido mientras que otro quedaba indemne». Jonathan Spencer (2000) se sorprendió de un modo semejante al descubrir que el pueblo que estudiaba en Sri Lanka se había escapado «milagrosamente» de la peor violencia aunque muchos de los pueblos que lo rodeaban no lo habían hecho. El pueblo de

Bukos, en Kosovo, de etnia albanesa, sufrió la violencia serbia, pero no ocurrió lo mismo con su vecino Novo Selo, igualmente albanés (Gall, 1999); de igual modo, el pueblo checheno de Primykaniye se llevó la peor parte de la violencia rusa mientras que el vecino Tsentora-Yurt no lo hizo (Gordon, 1999b). Un cuadro del IRA, en Irlanda del Norte (Collins, 1999, p. 98), recordaba que «el IRA había destruido prácticamente todos los hoteles de Newry y aunque Warrenpoint estaba a 10 minutos de Newry en coche, podría haber estado en otro país, de lo tranquilo que estuvo durante la guerra que tenía lugar a su alrededor». La variación en cuanto a violencia ha sido detectada por algunos estudiosos del conflicto en Irlanda del Norte (Smyth y Fay, 2000, p. 133; O'Leary y McGarry, 1993, p. 9)[1].

A su vez, esta variación ha desconcertado a los especialistas: «Por qué habría de haber ocurrido esto», escribe Watanabe (1992, p. x) sobre la relativa ausencia de violencia en el lugar de su trabajo de campo en Guatemala, «escapa a cualquier respuesta sencilla». La propia ausencia de variación ha sido citada a menudo como una evidencia, en el peor de los casos, de la pura imposibilidad a la hora de encontrar el sentido de la violencia (Kann, 2000, p. 401) y, en el mejor de los casos, de la incapacidad para ir más allá de las conjeturas cultas[2]. Con todo, a pesar de lo obvio de la importancia del asunto, son pocos los intentos que ha habido de ir hacia una explicación sistemática de la variación en la violencia..., un descuido que ha confundido a más de un especialista (p. e., Klinkhammer, 1997, p. 29; Getty y Manning, 1993, p. 17)[3].

---

[1] Benini y Moulton (2004), Ron (2000a) y Moyar (1997, p. 307) apuntan a una variación similar en Afganistán, Yugoslavia y Vietnam, respectivamente, mientras que los trabajos etnográficos sobre guerras civiles que se llevan a cabo en Mozambique y Liberia, Geffray (1990), Nordstrom (1997), Ellis (1999) y Finnegan (1992) se sorprendían todos de descubrir oasis de paz justo en el medio de la violencia más extrema. Se han hecho observaciones semejantes sobre otras formas de violencia política. Los asesinatos en masa en Indonesia (1965-1966) «se diseminaron en el tiempo y el espacio y cualquier cosa que conozcamos sobre una masacre tan sólo iluminará débilmente a las otras» (Cribb, 1999, p. 23); los disturbios entre hinduistas y musulmanes en India ofrecen también una variación considerable (Wilkinson, 2004; Varshney, 2002), lo mismo que ocurrió con el Terror durante la Revolución francesa, donde «ciertas regiones se llevaron la peor parte del Terror mientras que otras escaparon casi indemnes» (Greer, 1935, p. 40).

[2] Especulando sobre las causas de la variación en la violencia, Warren (1998, p. 100), Viola (1993, p. 97), Watanabe (1992, p. 183) y Henderson (1985, pp. 142-143) señalan a factores tales como el relativo aislamiento de la región, la estrategia de detentadores del poder e insurgentes, facciones y conflicto a nivel local, tácticas locales para resistir a la violencia y liderazgo local en general.

[3] Los intentos sistemáticos de analizar la variación en la violencia son una corriente bastante reciente; éstos incluyen, entre otros, a Greer (1935), probablemente el primer esfuerzo por estudiar la represión estatal de un modo sistemático; Valentino *et al.* (2004) y Downes (2004) sobre la victimización civil en la guerra; Wilkinson (2004), Varshney (2002) y Petersen (2002) sobre los disturbios étnicos; Straus (2004), Verwimp (2003) y Fein (1979) sobre el genocidio, y J. Weinstein (2003) y Echandía (1999) sobre la guerra civil.

Esto lleva a una segunda confusión, aún más general: la a menudo advertida y en apariencia permanente brutalidad de las guerras civiles. En 1589, Alberico Gentili observó que el «principal incentivo para la crueldad [en la guerra] es la rebelión» (en Parker, 1994, p. 44). Montaigne (*Essais*, 2, p. 23) arguyó que «una guerra extranjera es un mal mucho menos cruel que una guerra civil», mientras que Adam Smith (1982, p. 155) señaló que «la animosidad de las facciones hostiles, sean civiles o eclesiásticas, resulta a menudo más furiosa que la de las naciones hostiles, y la conducta de unas hacia otras es a menudo aún más atroz». ¿Por qué son las guerras civiles tan violentas o por qué se perciben como tales?

Un tercer rompecabezas es el siguiente: casi todos los informes macrohistóricos de guerra civil apuntan a la importancia de las lealtades populares preexistentes para el resultado de la guerra, aunque casi todos los informes microhistóricos apuntan a una multitud de mecanismos endógenos según los cuales las alianzas y las identidades tienden a resultar de la guerra o son transformadas radicalmente por ella. Piénsese en los descubrimientos de Lynn Horton en torno a la dinámica de la lealtad durante la guerra civil nicaragüense, a partir de su investigación en la municipalidad de Quilalí. Esta autora ofrece multitud de evidencias acerca de cómo la lealtad política y la geografía se hallaban ligados y muestra cómo esta última tendía a conformar a la otra: los contras confiaban en la debilidad del aparato de Estado sandinista en una región remota para generar la colaboración popular con ellos. En primer lugar, los contras comenzaron a hostigar a los simpatizantes sandinistas, forzándolos a abandonar sus granjas y a buscar refugio en la ciudad de Quilalí. A resultas de ello, algunos campesinos decidieron distanciarse de las organizaciones y los proyectos sandinistas. Tal como declaró un campesino: «Si te portabas bien, no tendrías problemas [con los contras]». Otro campesino afirmaba: «Aquí vivíamos muy cerca de esa gente [los contras]. Puede que por dentro sintiéramos otra cosa, pero no podía notársenos. El Frente Sandinista nos abandonó». Horton sugiere que, si los sandinistas se las hubieran arreglado para mantener una presencia militar y política mayor en la región, la lealtad política de la mayoría de los campesinos habría sido diferente. Por el contrario, en la ciudad de Quilalí, donde el dominio sandinista seguía siendo efectivo, «la disidencia política civil por parte de los antisandinistas fue acallada durante los años de guerra». Ella afirma que este silencio reflejaba más oportunidad práctica que preferencia política. De hecho, cuando la guerra acababa, «se lanzó un contragolpe antisandinista sobre Quilalí cuando muchos habitantes expresaban agravios que no habían querido o habían tenido miedo de articular abiertamente en los años ochenta del siglo XX»[4].

[4] Horton (1998, pp. 71, 129-130, 219, 205, 221-222 y 264).

España, bajo la ocupación francesa de Napoleón (1808-1814), ofrece una ilustración adicional de este rompecabezas. Lawrence Tone (1994, p. 57) descubrió que la guerra de guerrillas contra Napoleón en España no tuvo lugar en las plazas fuertes de la revolución del verano de 1808 (ciudades como Madrid o Valencia) sino en la región aislada y reaccionaria de Navarra, una de las provincias más tranquilas de España durante la revolución. Valiéndose de datos detallados sobre la recaudación de impuestos y la participación en la insurgencia en 116 ciudades y pueblos de Navarra, da cuenta de de una correlación positiva entre ubicación geográfica (proximidad a ciudades y a rutas principales) y eficacia en la tributación por parte de los franceses y una correlación inversa entre la eficacia de la tributación (que probablemente producía unas quejas considerables) y la participación popular en la insurgencia. Al revés de lo que pudiera esperarse, allá donde los franceses fueron capaces de recaudar impuestos y, de ese modo, de ofender a la población, no afrontaron una insurgencia. Por el contrario, cuanto más remota era la región, más éxito tenía la recaudación de la guerrilla y más probable se hacía que los hombres se alistaran a la insurgencia. Lo cierto es que los insurgentes procedían de forma predominante de la *montaña:* «Vivían en pequeños pueblos y ciudades que los franceses no podían ocupar de un modo estable». Tone deja poco lugar a dudas respecto a la dirección de la causalidad. Los habitantes de ciudades duramente golpeadas permanecieron inactivos a pesar de las exacciones, señala él, porque «la presencia francesa constante en tales lugares hizo difícil que los jóvenes se uniesen a la insurgencia». Incluso las ciudades que se las arreglaron para contribuir a la insurgencia con algunos voluntarios nunca se convirtieron en lugares de la lucha armada de las guerrillas. De un modo similar, el clero de Galicia colaboró con los franceses en las ciudades, pero favoreció a la resistencia en el área rural[5]. Estos ejemplos sugieren que, de forma contraria a la percepción más extendida, las lealtades pueden ser endógenas a la guerra y que el control militar de una localidad puede tener como consecuencia la colaboración popular.

En relación con la cuestión de los orígenes de las lealtades, hay un rompecabezas final, la a menudo señalada presencia de una desconexión entre las causas de la guerra en el macronivel y los patrones de violencia en el micronivel. Considérese Palestina en los últimos años treinta del siglo XX, donde una rebelión contra los británicos, conocida como *thawra* (revuelta), se ha descrito como una insurrección nacionalista de los palestinos contra el colonialismo británico. En su soberbio estudio, Ted Swedenburg (1995) descubrió que la estructura militar rebelde reflejaba a menudo divisiones entre los palestinos que,

[5] Tone (1994, pp. 160-161, 171, 161, 149 y 13).

lejos de haberse superado, seguían existiendo. Dado que las bandas guerrilleras se basaban en familias o clanes, su movilización desencadenó todo tipo de divisiones provocando nuevas disputas y tornando la rebelión contra los británicos en una guerra civil entre los palestinos. Grupos aldeanos enfrentados trataron de explotar a las facciones rebeldes rivales para sus propios propósitos, denunciando cada grupo de vez en cuando a un miembro del grupo familiar opuesto como espía, con el fin de incitar al jefe rebelde con el que estaba alineado, para castigar a ese grupo. En el curso de estas disputas, un nutrido número de palestinos acabó colaborando con los ingleses y luchando contra sus parientes étnicos. Más que basarse en intereses ideológicos o programáticos, esta colaboración estuvo motivada por «razones estrictamente locales y familiares», incluyendo la venganza. En las narraciones recogidas por Swedenburg, los británicos eran a menudo vistos en toda la historia como elementos incidentales, meras «herramientas» para saldar enemistades locales; aquéllos de entre sus informantes que habían colaborado con los británicos se describían a sí mismos como manipuladores y hasta habían engañado a sus supuestos jefes. En pocas palabras, la descripción dominante de este conflicto basado en una escisión clave (británicos contra palestinos) y un tema político central (nacionalismo) estará llevando a conclusiones en parte erróneas en lo que se refiere a las motivaciones y las identidades de muchos participantes y a la dinámica de la violencia.

En una formulación diferente, las causas habitualmente citadas de división grupal (p. e., polarización ideológica, social o étnica) a menudo no consiguen dar cuenta de la dinámica real de la violencia: el juego del documento no es el juego sobre el terreno. Considérese de nuevo la Argólida en el sur de Grecia, que era un lugar extraordinariamente homogéneo que carecía de escisiones profundas. Con todo, sufrió una guerra civil salvaje que causó la muerte al 2 por 100 de la población rural. ¿Por qué experimentaría una tragedia así un lugar que carecía de todas las condiciones que supuestamente causan el enfrentamiento civil? Esta simultánea ausencia de divisiones profundas y presencia de violencia de masas nos fuerza a repensar los acercamientos que siguen la pista de la violencia de masas hasta tales divisiones y a preguntarnos si, en realidad, la violencia es el resultado directo de divisiones profundas, incluso cuando tales divisiones existen y allá donde existen.

2. Metas

Este libro es a la vez conceptual y positivo, teórico y empírico. Resulta difícil minimizar la importancia de una conceptualización clara

de lo que sigue siendo un conjunto muy confuso de temas. Émile Durkheim (1938, pp. 14-22) señaló que, dado que el pensamiento y la reflexión son anteriores a la ciencia, los fenómenos físicos y sociales se representan y se entienden mediante conceptos «profanos» formados toscamente: *notiones vulgares* o *prenotiones*, tal como los llamó Francis Bacon. Estos conceptos, apuntó Durkheim, se emplean de forma libre y con gran seguridad, como si correspondiesen a cosas bien conocidas y definidas con precisión, mientras que, en nosotros, no despiertan «otra cosa que ideas confusas, una maraña de impresiones vagas, de prejuicios y de emociones. Hoy ridiculizamos las extrañas polémicas desplegadas por los doctores de la Edad Media sobre la base de sus conceptos de frío, cálido, húmedo, seco, etc.; y no nos damos cuenta de que continuamos aplicando el mismo método al orden mismo de los fenómenos que, a causa de su extrema complejidad, lo admite en menor medida que ningún otro». Lo cierto es que, cuando se llega a la «violencia política», algunos términos de la práctica que ahora están de moda tienden a imponerse por sí mismos como términos de análisis (Brubaker y Laitin, 1998). La emancipación de «categorías empíricas que se han vuelto tiránicas debido a un hábito continuado desde hace mucho tiempo» (Durkheim, 1938, p. 32) requiere una especificación clara de categorías conceptuales claves y de las condiciones de aplicación del argumento: una empresa eminentemente teórica.

La guerra civil se define como un *combate armado dentro de los límites de una entidad soberana reconocida, entre partes sujetas a una autoridad común al comienzo de las hostilidades*. Dentro de la guerra civil, mi foco se situará en la violencia cometida de forma intencionada contra los no combatientes. Este tipo de violencia es un fenómeno que ha permanecido durante mucho tiempo fuera de los límites de la investigación a causa de su complejidad conceptual y de su opacidad empírica. Por usar las oportunas palabras de Antoine de Baecque (2002, p. 851), mi meta será la de hacer entrar en razón a las circunstancias cuando la razón se ve empujada a sus límites. Desde un punto de vista metodológico, mostraré la importancia de la investigación sistemática en el micronivel. Por lo general, las evidencias en el micronivel tienden a ser marginadas como irrelevantes o como demasiado confusas. Resulta un lugar común entre los historiadores el que lo «local» ha de estar integrado en lo «global» (p. e., Pred, 1990, p. 15), aunque los esfuerzos para hacer esto rara vez se aventuran más allá de las fronteras del caso estudiado. Aquí mostraré una forma posible para conseguir esta integración.

Empezaré con una caracterización simplificada y abstracta de la violencia en la guerra civil; que, con todo, se alzará sobre unas bases conceptuales bien especificadas. En lo analítico, haré una distinción entre *violencia de guerra civil* y guerra civil. Mostraré que, a pesar de

sus muchas formas diferentes y de las variadas metas a las que ha estado atada a lo largo del tiempo y el espacio, la violencia en las guerras civiles despliega a menudo algunos elementos críticos recurrentes. Más que limitarme a postular este punto, vuelvo a conceptualizar de forma coherente observaciones que emergen en decenas de informes descriptivos y demuestran que anécdotas aparentemente fortuitas tienden a ser aspectos del mismo fenómeno. El componente positivo del libro está formado por dos partes: una teoría de la guerra irregular y una teoría microfundacional de la violencia (con dos ramales: indiscriminada y selectiva). A diferencia de los trabajos existentes, la teoría acentúa el carácter *mixto* de la violencia en las guerras civiles, conllevando una interacción entre los actores a nivel central y local, y entre los combatientes y no combatientes. Esta interacción se halla alimentada por las demandas de la guerra irregular, la lógica de la información asimétrica y las dinámicas de rivalidades locales. De ahí que la teoría difiera de los informes sobre violencia existentes, que acentúan exclusivamente las motivaciones y las dinámicas en el macronivel, determinan las estructuras de división globales y preexistentes y caracterizan la violencia como «caprichosa», «indiscriminada» u «óptima», desde el punto de vista de los que la llevan a cabo.

A partir de la teoría, especifico un modelo de violencia selectiva que resulta coherente con la caracterización teórica en la que la interacción entre actores que operan a diferentes niveles tiene como resultado la producción de violencia de un modo sistemático y predecible. Este ejercicio genera predicciones empíricas contrarias a la intuición acerca de la variación de la violencia en el micronivel, a las que yo someto a un examen empírico valiéndome de los datos que recogí en Grecia. El examen empírico confirma el poder explicativo de la teoría en un escenario limitado, mientras que la evidencia obtenida de un espectro amplio de guerras civiles sugiere una plausibilidad más amplia. Por supuesto, la validez general de la teoría se halla a la espera de un ulterior examen empírico.

Finalmente, exploraré dos implicaciones de la teoría, atendiendo primero a los mecanismos de violencia «íntima» y luego a cómo las modalidades de violencia identificadas pueden ayudarnos a incrementar nuestra comprensión de la formación de la escisión; es decir, cómo y hasta qué punto las divisiones a nivel nacional o «principales» trazan el plano de las divisiones a nivel local.

En su conjunto, este libro se distancia de los estudios que tratan la violencia de un modo normativo (Sorel, 1921) o por medio de una interpretación o una reflexión hermeneútica (p. e., Sofsky, 1998; Keane, 1996; Héritier, 1996; Arendt, 1973, 1970; Friedrich, 1972). También se distancia de los estudios que confían en el análisis inductivo de datos (p. e., Harff, 2003), que no se aventuran más allá del macronivel

(p. e., Valentino y Huth y Balch-Lindsay, 2004) o que confían sólo en informes secundarios (p. e., Downes, 2004; Valentino, 2004) y en un solo actor, sea el Estado o los rebeldes (p. e., J. Weinstein, 2003).

Este libro es un primer paso. Se pueden recoger más y mejores datos que permitan exámenes empíricos más amplios. La teoría se puede seguir refinando y expandiendo. Las guerras civiles y su violencia son fenómenos altamente complejos que sólo pueden ser abordados mediante un estudio sostenido. En este libro, restrinjo mi atención a la violencia coercitiva homicida en guerras civiles irregulares. La atención sobre un tipo específico de violencia actúa como una línea de base: el objetivo es ver cuánto se puede explicar dadas las restricciones impuestas. Resulta que la teoría lleva a cabo muy bien y genera implicaciones para prácticas violentas no coercitivas, para una violencia que se detiene antes de llegar al homicidio (p. e., arresto, tortura, desplazamiento) y para otros tipos de guerras civiles. Se requiere aún más investigación para injertar en la teoría esos aspectos que aún no han sido incorporados en ella.

La reflexión sobre las guerras civiles empezó a la vez que la escritura de la historia, aunque sólo recientemente hemos sido capaces de utilizar las herramientas de la ciencia social en nuestras investigaciones. Este libro habrá conseguido su meta si tiene éxito a la hora de establecer una línea de base que inspira un programa de investigación en marcha.

3. Mapa de carreteras

Las guerras y su violencia presentan una variación enorme, tanto a través de países y épocas como en el interior de éstos. La forma y la intensidad de la violencia empleada en puntos diferentes en el conflicto por rojos y blancos durante la guerra civil rusa, por las diversas facciones serbias, musulmanas y croatas en Bosnia o por los grupos enfrentados en Liberia varían de forma significativa. Ernesto «Che» Guevara (1998, pp. 75-76) resumía esta variación con lógica: «Los enemigos del pueblo actúan de una forma más o menos intensamente criminal de acuerdo con las circunstancias sociales, históricas y económicas específicas de cada lugar. Hay lugares en los que la huida de un hombre a la zona de la guerrilla, dejando su familia y su casa, no provoca ninguna reacción reseñable. Hay otros lugares en los que esto es suficiente para provocar la quema o la incautación de sus pertenencias, y aun otros en los que la huida traerá la muerte a todos los miembros de su familia».

Fijémonos en Irlanda del Norte. Aunque las autoridades británicas cometieron abusos contra los derechos humanos, incluida la tortura,

no «suprimieron despiadada y brutalmente a la población que apoyaba explícita y tácitamente la insurrección, al modo experimentado por los musulmanes argelinos, los campesinos afganos, los kurdos iraquíes, los musulmanes de Cachemira, los musulmanes y cristianos palestinos, los negros sudafricanos, los tamiles de Sri Lanka o los campesinos vietnamitas» (O'Leary y McGarry, 1993, p. 19). Tal como se le dijo a un hombre del IRA tras su arresto por parte de las fuerzas de seguridad: «Si esto fuera Beirut, nos limitaríamos a llevarte hasta aquel patio y te pegaríamos un tiro» (Collins, 1999, p. 188). Al mismo tiempo, el IRA «ha tratado de evitar todo tipo de operaciones que tuvieran matices sectarios obvios: un policía podía estar justificado como un objetivo legítimo; no así su familia protestante, no combatiente» (Collins, 1999, p. 295). En pocas palabras, en Irlanda del Norte, ha habido un considerable freno recíproco (Toolis, 1997, p. 21), a diferencia de muchos otros conflictos civiles.

Las fuentes de esta variación son enormemente complejas. Carl von Clausewitz (1976, pp. 609-610) incidió en que la conducta de guerra se determinaba por la naturaleza de las sociedades, así como «por sus épocas y condiciones imperantes». Resulta verdad lo mismo de guerras civiles cuya violencia aparece compleja y polisémica hasta lo desconcertante (Apter, 1997; Nordstrom, 1997). La variación transnacional en cuanto a niveles, tipos y prácticas de violencia a través de las guerras puede verse afectada por factores que incluyen el perfil específico de los actores políticos y su ideología política (J. L. Anderson, 2004; Heer y Naumann, 2000; Degregori, 1998; Bartov, 1992; Furet, 1981, p. 51)[6]; su estructura organizativa, la base social subyacente y la cultura militar (Gumz, 2001; T. Anderson, 1999; Livanios, 1999; Mazower, 1992); sus recursos (J. Weinstein, 2003); su liderazgo y estrategias nacionales y locales (Shepherd, 2002; Schulte, 2000); el tipo de desafíos a los que se enfrentan y la asistencia que reciben de terceras partes; la prevalencia de normas internacionales (Ron, 2000a); el nivel de tecnología militar de la que se disponga, y factores tales como la geografía y el clima. Más aún, estos factores pueden converger para producir distintas dinámicas endógenas, tales como las espirales de violencia, y los actores rivales a menudo se imitan mutuamente. Isabel Hull (2004, pp. 1-2) resume la pura complejidad del tema apuntando a algunos factores determinantes de la violencia en la guerra: «La duración de la guerra, el puro número de naciones beligerantes, el estancamiento técnico causado por la fuerza del armamento defensivo, por la capacidad científica e industrial

[6] Pero ha de tenerse en cuenta que ideologías similares pueden estar asociadas con tipos diferentes de violencia. La violencia comunista fue centralizada y burocrática en las guerras civiles de Rusia y Grecia (Werth, 1998; Kalyvas, 2000) pero descentralizada y «anárquica» en las guerras civiles finlandesa y española (Alapuro, 2002; Juliá, 2000).

(que creaba más y más armas letales), la ideologización (que hace difícil acabar la guerra y fácil vilipendiar al enemigo), el mal liderazgo ("asnos liderando a héroes"), y la fuerza gradual de una amplia identificación pública con la guerra (lo que significaba que los soldados seguían llegando y los civiles presionaban para la victoria pese al creciente sacrificio). Muchos de estos factores tienen un efecto recíproco; se fortalecen entre sí a medida que interactúan a lo largo del tiempo».

La misma variación puede observarse con respecto a los lenguajes culturales a través de los que se expresa la violencia. Los actores políticos tiran de una variedad sin límites de repertorios culturales y modelos de violencia (J.-C. Martin, 1998; Richards, 1996; Zulaika, 1988). La imaginación se torna salvaje y las posibilidades parecen infinitas. Tucídides anota que, durante la guerra civil en Corcyra, «hubo muerte en todas las formas y maneras» y «surgieron todo tipo de perversidades» (*Historia de la Guerra del Peloponeso,* 3.81 y 3.83). Pedro Altamirano, un jefe rebelde nicaragüense en los años veinte del siglo XX, derivó buena parte de su notoriedad de su frecuente empleo del «corte de chaleco», en el que las «víctimas eran decapitadas, sus brazos cortados a la altura de los hombros y sus abdómenes abiertos de un tajo, de forma que los cadáveres parecían así un chaleco» (Schroeder, 2000, p. 40). Los insurgentes en Sierra Leona recurrieron a la mutilación; los insurgentes argelinos, a cortar el cuello; los soldados de Guatemala, a desfigurar y mutilar los cadáveres; los milicianos filipinos, a decapitar y a «provocar sangrías propias de vampiros»; los rebeldes confederados en Misuri, a cortar la cabellera, etc. Por tanto, no resulta sorprendente la aparición de una amplia bibliografía dedicada a la documentación detallada de esta variación.

Dadas las actuales limitaciones teóricas y empíricas, la especificación y el examen de los modelos de violencia transnacional sigue siendo algo arduo y, quizá, prematuro. Con todo, estas limitaciones no justifican el abandono de la tarea de la comprensión de la dinámica de la violencia de un modo sistemático, como a veces se ha sugerido (p. e., David, 1997, p. 575).

Un camino alternativo es una estrategia deductiva que tienda a producir hipótesis comprobables sobre la variación empírica. Esta estrategia se puede hacer remontar hasta el esfuerzo de Tucídides por especificar un modelo general de guerra civil en lugar de catalogar variaciones sin fin (Price, 2001, pp. 12-14). Aunque las guerras civiles y su violencia varían extensivamente, comentarios comunes de observadores, participantes y especialistas señalan a menudo con toda precisión los elementos recurrentes, sugiriendo una lógica subyacente[7]. El periodista

[7] P. e., Toolis (1997, p. 76); Riches (1986, p. 25); E. Walter (1969, p. vii); Jones y Molnar (1966, p. 37); Clutterbuck (1966, p. 177).

americano Peter Arnett, que cubrió las guerras civiles de Vietnam y Afganistán, le dijo a un colega soviético que, «viajando por Afganistán, siempre me acuerdo de la Guerra del Vietnam... Estuve cubriendo Vietnam diez años y las analogías con Afganistán eran obvias» (Borovik, 1991, p. 67). Los antropólogos han apuntado las «increíbles» semejanzas transculturales en las prácticas de la violencia política (Sluka, 2000, p. 9; Zur, 1994, p. 13; Nordstrom, 1992, p. 262). Tal como uno de ellos me señaló, «es probable que gentes que en otros ámbitos suscriben ideas culturales muy diferentes puedan imputar el mismo significado básico a actos e imágenes violentas» (Riches, 1986, p. 25). Nordstrom (1997, p. 89), que investigó algunos lugares de guerras civiles, encontró que, a pesar de la pronunciada variación local, «temas de terror y esperanza –por muy diferente que sea su manifestación de una localidad a otra– demuestran semejanzas que permiten comprender cosas que atraviesan el espacio y el tiempo, el pueblo y la cultura». La presencia de una lógica subyacente no les ha pasado desapercibida tampoco a los participantes. Aunque el Che Guevara (1998, pp. 75-76) señaló una amplia variación en las prácticas de la violencia, se apresuró a añadir que «los métodos generales de represión son siempre los mismos», un juicio compartido por algunos generales contrainsurgentes británicos, tales como el general George Erskine, quien llevó a Kenia métodos usados en Palestina (D. Anderson, 2005, p. 200) y Julian Paget, quien recuerda: «En 1965, me encontré a mí mismo en Aden, en una reunión del personal, directamente concernida con el planeamiento de medidas, tanto civiles como militares, a tomar para derrotar a los insurgentes que operaban en aquellos lugares. Los problemas que suscitaban eran extraordinariamente variados y complejos, pero rara vez resultaban completamente nuevos; casi todos habían aflorado antes en alguna emergencia previa, ya fuera en Palestina, Kenia, Chipre o Malasia y habría sido de más ayuda poder estudiar esta experiencia pasada y aprender de ella» (Paget, 1967, p. 11).

Tiene sentido, por tanto, tomarse en serio la afirmación de Eugene Walter (1969, p. vii) de que, aunque la violencia «emerge en contextos únicos y, en cada caso, se expresa y se entiende en un lenguaje local, se adecua a valores específicos y sirve a las necesidades de un sistema de poder particular; se trata de un proceso universal formado por elementos recurrentes y organizados en sistemas con rasgos estructurales regulares». En la misma línea y de forma más general, este libro suscribe la idea de que allí existe «una estructura profunda para el conflicto humano que se halla enmascarada por la variación cultural que puede observarse» (Gould, 2003, p. 101). El desafío consiste en especificar esta «estructura profunda» en términos que sean lo bastante generales como para acomodar el análisis apropiado sin caer en la trampa de la máxima extensión y el ensanchamiento conceptual (Sartori, 1970).

Para alcanzar este fin, cuento con dos estrategias. En primer lugar, haré casar conjeturas teóricas abstractas e ilustraciones altamente específicas desde una gran variedad de contextos empíricos para demostrar la plausibilidad de estas conjeturas. A lo largo del libro, hay un diálogo constante entre el trabajo empírico y la teoría. Tiraré de lo mejor del análisis refinado de casos particulares para sugerir que, mientras que los contextos pueden diferir, los mecanismos se repiten. A menudo, se olvida que la construcción teórica debería basarse en intuiciones creíbles y los ejemplos procedentes de un amplio lienzo comparativo servirán para demostrar la credibilidad de todos y cada uno de los bloques en este edificio teórico, aunque, obviamente, no la validez de la teoría, que sólo puede derivarse del examen riguroso. En segundo lugar, adoptaré la estrategia de la división en partes. Especificaré tres niveles de análisis, moviéndome de lo macro a lo micro. El primer nivel se centrará en interacciones entre actores políticos unitarios (estatales y no estatales), el segundo nivel tratará con la interacción entre los actores políticos y las poblaciones que ellos dominan y el tercer nivel se concentrará en interacciones dentro de pequeños grupos y entre individuos. La mayor parte de la investigación sobre violencia política, rebeliones, revoluciones y guerras civiles tiende, o bien a combinar estos tres niveles, o bien a centrarse tan sólo en uno; generalmente, en el primero.

El primer nivel (o macronivel) es el reino de las elites, las ideologías y la gran política, donde se localiza, ante todo, la investigación en historia, la sociología histórica, la estrategia militar, los estudios de área, la política comparativa y las relaciones internacionales. La violencia suele tener una mera función secundaria en estos estudios, puesto que se la ve como el resultado natural de la guerra. Los estudios de macronivel comparten un elemento clave: todos asumen actores unitarios. Elites y poblaciones se funden y se amalgaman. Por ejemplo, tanto las referencias al Ejército de Liberación de Kosovo como los «étnicamente albaneses» en el contexto del conflicto de Kosovo tienen que ver, normalmente, con una entidad que incluye indiscriminadamente las diversas facciones de las elites étnicamente albanesas, los luchadores étnicamente albaneses y toda la población étnicamente albanesa. Se asume que las elites determinan de forma automática y unilateral el curso de las acciones grupales y que los grupos son monolíticos y se comportan como tales. Puede que este atajo sea necesario cuando se narra la historia de una guerra civil específica o se reflexiona sobre la *grande durée*, pero resulta problemático cuando se desarrolla una teoría de la violencia.

Postular grupos políticos coherentes, identificables, con claras preferencias no funciona a la hora de hacer casar la vasta complejidad, fluidez y ambigüedad que uno encuentra sobre el terreno. La percep-

ción de que los actores políticos en lo más alto y los individuos en lo más bajo no siempre pueden ser mezclados ha sido proporcionada por la investigación militar aplicada (incluidas las perspectivas de la insurgencia y la contrainsurgencia), así como por los estudios microsociológicos y antropológicos de las guerras civiles. En pocas palabras, la violencia es usada a menudo para mantener vigilados a los grupos a nivel interno y para conseguir el «solapamiento» deseado (aunque pocas veces alcanzado) entre líderes y organizaciones específicas, por un lado, y poblaciones subyacentes, por el otro. La asunción de un apoyo sin límites e inquebrantable de la población hacia el actor político que proclama representarlo está reñida con la rígida y extendida realidad del reclutamiento forzoso en las guerras civiles: estas guerras se luchan a menudo con ejércitos reclutados (que incluyen, en los casos más extremos, a niños secuestrados); la deserción de estos ejércitos puede ser generalizada. Esto es cierto en las grandes guerras civiles clásicas (tales como las guerras civiles americana, rusa, española o china), en las guerras civiles étnicas (tales como la guerra civil en Sri Lanka) y en insurgencias rurales menores (tales como la insurgencia Kachin en Birmania) (Argenti-Pillen, 2003; Tucker, 2001; Werth, 1998; Ranzato, 1994). Claramente, la relación entre actores políticos y poblaciones subyacentes ha de ser problematizada más que dada por sentado sin más; lo que define el contenido del segundo nivel (o mesonivel). Este análisis requiere un informe teórico y empírico de las guerras civiles como procesos, incluyendo su conducta *qua* guerras, una empresa difícil en tanto que la información básica sobre los aspectos del combate de muchas guerras civiles resulta escasa (Harkavy y Neuman, 2001). Lo cierto es que el estudio de las operaciones militares pertenece a la bibliografía de orientación política que ha quedado fuera de la esfera de acción de la corriente principal de la ciencia social y está concernida, ante todo, con tareas «prácticas» (p. e., cómo derrotar a las insurgencias). Como resultado, la dinámica de las guerras civiles, aunque por lo general se entiende, pocas veces ha sido el objeto de examen analítico por parte de los científicos sociales[8].

No obstante, incluso en el mesonivel hay algo importante que falta: la dinámica intracomunitaria. Los individuos son tratados como formando una entidad que ha de ser ganada por los actores políticos, pero esa entidad sigue permaneciendo indiferenciada y monolítica. La evidencia empírica, sin embargo, sugiere más a menudo que no, que las poblaciones (incluidos los grupos étnicos) se dividen internamente en familias, clanes, localidades u otras facciones rivales (Tilly, 1964, p. 173; Yang, 1945, p. 241). Comprender el comportamiento de

[8] El esfuerzo más impresionante hasta ahora sigue siendo el trabajo de Leites y Wolf (1970).

los actores políticos individualmente requiere conocer las dinámicas dentro de los pequeños grupos y entre ellos; un hecho bien entendido por los actores políticos, algunos de los cuales han invocado incluso a los antropólogos para que les proporcionen un conocimiento de ese tipo (Lacoste-Dujardin, 1997; Wakin, 1992). De ahí la necesidad de poner nuestro foco sobre un tercer nivel (o micronivel) –la mayoría de las veces la esfera de los estudios antropológicos y microhistóricos, de la literatura y las novelas– que abre la caja negra de la dinámica intracomunitaria y del comportamiento individual. Tal como muestro, un foco así conlleva algunas implicaciones teóricas.

El desafío teórico y metodológico que subyace a todo el libro es la integración de estos tres niveles. Comenzaré con un foco conceptual (capítulos 1 y 2), revisando algunas de las patologías que aparecen una y otra vez en el estudio de la violencia y las guerras civiles y abogando por la autonomía analítica de la violencia mediante la discusión de tres importantes distinciones: entre violencia y conflicto violento, entre violencia como resultado y violencia como proceso y entre violencia en paz y violencia en guerra. Especificaré las condiciones de aplicación del libro, identificaré una serie de problemas que plagan el estudio de la violencia y aportaré soluciones.

El capítulo 3 se dedica a clarificar el terreno teórico. Dos rasgos clave tienden a diferenciar las guerras civiles de las interestatales con respecto a la violencia: barbarie e intimidad. Muchas (aunque no todas las) guerras civiles son particularmente atroces o bárbaras, un rasgo tipificado por una desproporcionada victimización de civiles; su violencia es también más íntima, en el sentido de que a menudo tiene lugar allá donde hay un recuerdo de proximidad e interacción pacífica entre víctimas y victimarios, incluso a nivel individual. Yo reconstruiré, especificaré y contrastaré cuatro argumentos generales que vinculan la guerra civil con la barbarie, inspirados en diferentes tradiciones teóricas: la idea hobbesiana de la violencia como un subproducto de la *anarquía*, la visión de la violencia como una respuesta a la *transgresión* normativa, la tesis schmittiana de la violencia como un resultado de la *polarización* ideológica y la idea institucional de la violencia como un reflejo de los desafíos asociados con una particular *tecnología de la guerra*, es decir, la guerra irregular. Aunque cada una de las tradiciones tiene sus méritos, identificaré esta última como la base teórica más prometedora sobre la que construir y elaborar una teoría de la violencia en las guerras civiles.

Así pues, los capítulos 4 y 5 despliegan una teoría de la guerra irregular que se define por los procesos gemelos de segmentación y fragmentación de la soberanía: el territorio se divide en zonas controladas y monopolizadas por actores rivales (segmentación) y zonas en las que la soberanía de estos actores se solapa (fragmentación). El tipo de

soberanía o *control* que prevalece en una región dada afecta al tipo de estrategias seguidas por los actores políticos. Éstos tratan de modelar el apoyo popular (o colaboración) e impedir la colaboración con su rival (o defección). A medida que madura el conflicto, resulta cada vez más probable que el control modele la colaboración porque los actores políticos que disfrutan de un sustancial control territorial pueden proteger a los civiles que viven en ese territorio, tanto de sus rivales como de ellos mismos, ofreciendo a los civiles –que lo que buscan es sobrevivir– un fuerte incentivo para colaborar con ellos, al margen de cuáles fueran sus preferencias verdaderas o iniciales. En este sentido, la colaboración es, en buena medida, endógena al control, aunque, por supuesto, altas tasas de colaboración engendradas por el control en un punto determinado en el tiempo es probable que lo refuercen en el futuro. Por ejemplo, los detentadores del poder tienden a controlar las ciudades incluso cuando se da el caso de que estas ciudades son baluartes sociales, religiosos o étnicos de sus oponentes, mientras que los baluartes de los insurgentes tienden a estar en remotas áreas rurales, incluso cuando las poblaciones rurales les sean enemigas. A la larga, los recursos militares triunfan sobre el apoyo político y social anterior a la guerra a la hora de engendrar control. No obstante, los recursos militares que son necesarios para imponer el control se van tambaleando y, por ello, a menudo escasean. A los actores rivales les queda, por ello, poca elección a no ser el uso de la violencia como medio de conformar la colaboración. El uso de la violencia se halla vinculado a la naturaleza de la soberanía ejercida por cada actor político y, por lo general, ha de ser más selectivo que indiscriminado. El capítulo 6 discute la lógica de la violencia indiscriminada, incluyendo la paradoja de su uso incluso cuando parece ser contraproducente.

En el capítulo 7, me valgo de la teoría de la guerra irregular como fundamento para una teoría de la violencia selectiva. Los actores políticos maximizan el control territorial sujeto al equilibrio militar local del poder; el control territorial en el contexto de la guerra irregular requiere la colaboración exclusiva de civiles individuales que, de forma sucesiva, maximizan diversos beneficios sujetos a los imperativos de la supervivencia. Al margen de sus simpatías (y siendo todo lo demás igual), la mayoría de la gente prefiere colaborar con el actor político que mejor garantice su supervivencia más que desertar para ayudar al actor rival. La colaboración es mucho más incierta, no obstante, en áreas donde la soberanía está fragmentada y donde ambas partes están presentes. A causa de su valor para consolidar el control, aquí el premio por la violencia selectiva es particularmente excesivo. La violencia selectiva, sin embargo, requiere información privada que se distribuye asimétricamente entre los actores políticos y los civiles: sólo estos últimos pueden conocer quiénes son los desertores y han de

elegir si los denuncian o no. Por decirlo de otro modo, la violencia selectiva es el resultado de transacciones entre los actores políticos y los individuos: son ellos los que la producen de forma conjunta.

La teoría tiende un puente entre el mesonivel y el micronivel y predice la probabilidad de la violencia como función de control. Por otro lado, los actores políticos no necesitan usar la violencia allá donde disfrutan de elevados niveles de control y no pueden usar la violencia selectiva allá donde no tienen un control, del tipo que sea; sin tener acceso a la información, puede que usen la violencia indiscriminada, pero ello será contraproducente. En su lugar, ellos querrán usar la violencia selectiva en áreas disputadas, donde tienen un control incompleto. Por otro lado, los individuos querrán denunciar sólo allá donde les resulta seguro hacerlo; éste es el caso allá donde sus víctimas no tienen acceso al actor político rival y, por ello, carecen de la opción de la *contradenuncia*. Una y otra vez, esta opción estará referida al control: cuanto mayor sea el nivel de control por parte de un actor, tanto menor será la presencia del rival y, por ello, de la opción de la contradenuncia. La predicción es que la violencia será más probable que ocurra allá donde un actor se halla próximo a la hegemonía, y no allá donde este actor tiene el control total o está siendo atacado. La violencia, en otras palabras, es más probable allá donde la exigencia organizativa de información se topa con su suministro individual. Fuera de este espacio, la violencia es menos probable: los actores políticos demandan información, pero los individuos no se la proporcionarán (o vetarán su transformación en violencia), y los individuos pueden proporcionar información, pero los actores políticos no actuarán sobre ella porque saben que la defección es improbable. En resumen, la predicción es, de forma bastante irónica, que los actores políticos estratégicos no usarán la violencia allá donde más la necesitan (en las áreas más disputadas) y, de igual modo, individuos estratégicos no conseguirán zafarse de sus enemigos allá donde más querrían denunciarlos (en las áreas controladas por completo por un actor).

El examen empírico requiere la especificación de variables que circunscriban el espacio de la violencia. Hay dos variables clave: la probabilidad de que los individuos «deserten» a la parte contraria habrá de ser lo bastante elevada para los actores políticos como para que éstos quieran recurrir a la violencia, y la probabilidad de contradenuncia o retribución frente a denunciantes individuales habrá de ser lo bastante baja como para que éstos quieran denunciar a sus vecinos. En una parte importante, sin embargo, la deserción y la mayoría de las denuncias tienden a ser procesos «invisibles». Por fortuna, la operacionalización de estas variables explota un rasgo esencial del control, a saber, su correlación inversa con la deserción y la denuncia: cuanto mayor el nivel de control, tanto menos probable será que los indivi-

duos deserten (porque el riesgo de ser capturados es igualmente elevado) y tanto más probable será que ellos denuncien (porque los riesgos de desquite son bajos). Yo compararé las predicciones de la teoría con datos comparativos anecdóticos (capítulo 8) y examinaré las hipótesis con datos de un estudio microcomparativo que dirigí en Grecia (capítulo 9). La evidencia dista de ser óptima, pero la evidencia óptima no existe en problemas como los que se exploran en este libro. Resulta, no obstante, sugerente en extremo y constituye un paso importante en la dirección de un examen sistemático y exhaustivo. Me valdré también de las predicciones fallidas como una herramienta para captar los mecanismos causales que operan. Dado que la teoría se vale de una línea de base racionalista, sus fallos en la predicción pueden resultar un modo de captar cómo operan los factores no instrumentales, tales como las normas y las emociones. Finalmente, dirijo una serie de exámenes fuera de muestra a lo largo de Grecia, incluyendo una réplica en un área del país dividida étnicamente y el examen de implicaciones adicionales usando datos de 136 aldeas, recogidos de historias locales, etnografías, estudios agrícolas, artículos de investigación y entrevistas.

Los últimos dos capítulos explorarán dos implicaciones de la teoría. El capítulo 10 se vuelve hacia la violencia «íntima» que caracteriza las guerras civiles. Aunque la teoría de la violencia selectiva da cuenta de la exigencia de información de los actores políticos y predice *dónde* denunciarán los individuos, ella no entrará en *por qué* los individuos están dispuestos a responder a las demandas de información mediante la denuncia. Yo plantearé que la denuncia constituye un microfundamento clave de la violencia íntima y, por ello, de la guerra civil. Los individuos tienen fuertes incentivos para explotar las asimetrías informativas de las guerras civiles con el fin de cosechar todo tipo de beneficios, incluidos los ajustes de cuentas con los enemigos personales y locales. Aunque la denuncia no tiene por qué ser oportunista, yo ofreceré una explicación a por qué es tan frecuente y ésta también dará cuenta de la trivialidad de las disputas que a menudo subyacen a ella. Señalaré también el aspecto del azar moral de la denuncia. Mientras que los actores políticos «usan» a los civiles para recavar información y ganar la guerra, se da también el caso de que los civiles «usan» a los actores políticos para arreglar sus propios conflictos privados. O, dicho de otro modo, los civiles pueden convertir de forma efectiva a los actores políticos en sus propios «asesinos a sueldo» privados, siguiendo un patrón análogo a lo que Jan Gross (1988, pp. 118-119) ha descrito, en su estudio de la Ucrania occidental, como «privatización de la autoridad». Este aspecto de las guerras civiles, que se supone directamente a partir de la lógica de la violencia combinada, vuelve cabeza abajo las teorías de la po-

larización: más que reflejar la politización de la vida privada, la violencia de guerra civil lo que hace, a menudo, es privatizar la política. En tanto en cuanto refleja conflictos locales y disputas personales, la naturaleza íntima de la violencia en las guerras civiles se puede ver como la cara oscura del capital social. Desde una perspectiva más general, este informe sugiere que las guerras civiles son sangrientas no tanto porque la gente sea violenta de forma inherente sino porque no lo es: a la mayoría le repele la perspectiva de actuar violentamente y, por ello, no lo hará a menos que sea otro el que manipule los detalles sangrientos mientras los protege. De ahí que las guerras civiles sean tan violentas, en parte al menos, porque ofrecen oportunidades para la violencia indirecta.

El último capítulo explorará las implicaciones de la teoría para nuestra comprensión de la noción de escisión y aportará una solución al problema de la disyunción macro-micro. El nexo entre los actores en el centro y la acción sobre el terreno se subsume, por lo general, en el concepto de escisión, que implica preferencias comunes entre actores centrales y locales. Este libro introduce un mecanismo diferente para trazar el plano de las escisiones a nivel nacional en el nivel local; éste será coherente con la disyunción observada entre el centro y la periferia: el mecanismo de alianza conlleva un intercambio entre los actores locales y supralocales, por lo cual éstos les ofrecen a aquéllos músculo militar de forma que ellos puedan imponerse en los conflictos locales; como contrapartida, los actores locales les facilitan a los centrales recursos esenciales a nivel local que los ayudan a proseguir la guerra. Miríadas de conflictos locales están, por tanto, unidos por el conflicto general de la guerra civil: su «escisión fundamental». Vista desde esta perspectiva, la guerra civil es, en su esencia, un proceso de integración y de construcción del Estado.

4. Una nota sobre la historia del proyecto

Comencé con una idea bastante vaga sobre la investigación del proceso de polarización en el micronivel. De hecho, mi intención original era la de trazar el proceso a través del cual las identidades políticas se radicalizan y se llevan a la violencia. A comienzos de 1997, dirigí las primeras entrevistas exploratorias en Atenas (mi primera entrevista tuvo lugar el 27 de enero de 1997). Mientras trabajaba en otros proyectos, pude dirigir algunas entrevistas más por toda Grecia (verano de 1997) y me marché con bastante confusión pero con dos intuiciones decisivas: primero, que las dinámicas locales eran de una importancia fundamental y, segundo, que la violencia parecía ser menos el resultado de potentes identidades políticas y divisiones profun-

das y más su causa. Ulteriores lecturas y reflexiones me llevaron a moverme hacia una nueva variable dependiente: la violencia.

En septiembre de 1997, fui a Florencia, donde estuve nueve meses en el European University Institute como Jean Monnet Fellow. Una desventaja inicial de esta situación era que me obligaba a interrumpir mi trabajo de campo en ciernes; no obstante, esta interrupción se convirtió en una ventaja pues pude leer de forma extensiva y distanciarme del terreno a la vez que me beneficiaba de las intuiciones de mi investigación exploratoria de campo. Aunque pude dirigir alguna investigación adicional durante un par de visitas a Grecia, empleé mi tiempo en Florencia en formular la cuestión investigadora central del proyecto: la variación de la violencia al nivel local. Yo elaboré mi diseño de investigación, seleccioné la Argólida como mi lugar de trabajo de campo y leí de forma extensiva, tanto lo relativo a cuestiones teóricas como empíricas. El trabajo teórico que dirigí en 1997-1998 basaba su aplicación empírica en un artículo publicado por *Rationality and Society* en 1999: «Wanton and Senseless? The Logic of Massacres in Algeria» [«¿Gratuita y sin sentido? La lógica de las masacres en Argelia»]. Durante este periodo, alcancé las principales hipótesis sobre la variación espacial de la violencia.

Aunque mis intuiciones procedentes del trabajo que ya había dirigido en Grecia influían en mis lecturas y reflexiones, hasta ese momento no había recogido dato alguno sobre violencia. En el verano de 1998, volví a Grecia y comencé a dirigir una investigación sistemática en la Argólida. Aún recuerdo mi excitación al descubrir que los patrones empíricos que descubría casaban con muchas de mis expectativas teóricas. Dirigí la mayor parte de mi investigación en la Argólida entre el verano de 1998 y el de 1999, siguiendo lo que pude explorar en los archivos griegos y británicos. Volví a la Universidad de Nueva York en 2000 y dirigí trabajo de campo adicional en el área, del norte de Grecia, de la Almopia, en el verano de 2000.

El trabajo, no obstante, estaba aún lejos del final. Aunque las partes esenciales de la teoría y los datos estaban en su sitio, empleé una importante cantidad de tiempo refinando y clarificando la teoría, transcribiendo entrevistas, depurando y verificando los datos y pasando por cientos de páginas de material de archivo, memorias e historias locales. Comencé a trabajar sobre el manuscrito después de mudarme a Chicago, a principios de 2001. El manuscrito pasó por varios cambios: el principal desafío era la combinación inusual de materiales que estorbaban el esquema de la presentación de ciencias políticas de los capítulos «teóricos» y «empíricos». Sólo sentí que había alcanzado el justo equilibrio en 2004, tras mudarme a Yale. El libro fue revisado durante el verano de 2004 y las revisiones se culminaron en mayo de 2005. En suma, un largo viaje..., pero valió la pena.

I

CONCEPTOS

No sirve de nada y hasta resulta contrario a los mayores intereses de uno mismo rechazar la consideración de la cuestión porque el horror de sus elementos suscite repugnancia.
Carl von Clausewitz, *Sobre la guerra.*

Para entender a los vivos..., consideré necesario empezar por los muertos.
Salman Rushdie, *La sonrisa del jaguar.*

Este capítulo pasa revista a los informes que existen sobre la violencia y la guerra civil y clarifica cuestiones de definición y de concepto relacionadas tanto con la guerra civil como con la violencia. Expondré las razones para la autonomía analítica de la violencia con respecto al conflicto e introduciré tres distinciones importantes: entre violencia y conflicto violento, entre violencia como resultado y violencia como proceso y entre violencia en tiempos de paz y violencia en tiempos de guerra.

1. Guerra civil

Las guerras civiles han atraído una considerable atención de los especialistas de varias disciplinas, aunque bastante menos que las guerras entre los Estados. Importantes corpus bibliográficos se han dedicado a tratar sus diferentes aspectos de forma explícita o implícita (como estudios en torno a la revolución, la rebelión o el conflicto étnico): su comienzo (Fearon y Laitin, 2003; Collier *et al.*, 2003; Sambanis y Elbadawi, 2002; Gurr, 1980), su resolución (B. Walter, 1997), su base social (Wickham-Crowley, 1992; Skocpol, 1979), su resultado (Leites y Wolf, 1970), sus consecuencias políticas y socia-

les (Sambanis, 2000) y sus procesos de reconstrucción, reconciliación y justicia de posguerra (Bass, 2000; Nino, 1996). El reciente *boom* en los estudios sobre guerras civiles se ha visto incentivado por el cambio global desde el conflicto interestatal al conflicto intraestatal: de los 118 conflictos armados que han tenido lugar entre 1989 y 2004, sólo siete han sido guerras interestatales (Harbom y Wallensteen, 2005).

Hasta hace poco, no obstante, la guerra civil disfrutaba de muy poca autonomía conceptual (Ranzato, 1994); el término es usado aún por parte de los analistas y los observadores en formas múltiples y a menudo contradictorias. Mientras que los historiadores lo han usado para describir acontecimientos históricos diversos, por lo general, se han abstenido de analizar las guerras civiles como un fenómeno que trasciende los ejemplos particulares. En la sociología histórica y en las ciencias políticas, la guerra civil se subsumió hasta épocas muy recientes bajo fenómenos que implícitamente se juzgaban más importantes, tales como la revolución, la rebelión de campesinos o el conflicto étnico. En el lenguaje cotidiano, «guerra civil» (a diferencia de «revolución») es un término que transmite un sentido de división violenta, a menudo usado como metáfora de conflicto extremo y de brutalidad generalizada.

La guerra civil a menudo rechaza decir su nombre. Abundan los eufemismos: se oye hablar de «problemas», «emergencia», «situación» o, sencillamente, de «violencia». Lo cierto es que la guerra civil es a menudo el objeto de una seria controversia semántica. El mero uso del término es parte del conflicto mismo, confiriendo o denegando legitimidad (o igualdad de estatus) a las partes en conflicto. La guerra civil americana fue denominada la «Guerra de Rebelión» y la «Segunda Revolución americana», dependiendo de la parte que se apoyara. Durante la guerra, el término lo suelen buscar los insurgentes que buscan legitimidad y lo niegan los titulares del poder, que tildarán a sus oponentes de «malos tipos», bandidos, criminales, subversivos o terroristas, y describirán la guerra como bandolerismo, terrorismo, subversión delictiva y otros términos afines[1]. De hecho, el repudio del término resulta común a todos los regímenes que detentan el poder, sean de izquierda o de derecha, autoritarios o democráticos (p. e., Horton, 1998, p. 11; Pavone, 1994). Tras el fin de la guerra civil, el término es reclamado a menudo por los derrotados en su búsqueda de redención e inclusión política y negado por los vencedores,

[1] Las autoridades ocupantes alemanas en la Unión Soviética hicieron este punto de forma explícita en 1942: «Por razones psicológicas», el término «"partisano" iba a ser reemplazado por el de "bandido"; del mismo modo, las operaciones antipartisanas iban a ser denominadas "guerra contra los bandidos" y a las áreas en las que se sospechaba de la presencia de partisanos se las llamaba áreas "contaminadas por grupos de bandidos"» (en Heer, 2000, p. 113).

que buscan la exclusión permanente de los perdedores del ámbito de la política o incluso del ámbito nacional (Bobbio, 1992). El efecto indirecto de esta disputa semántica ha afectado a la investigación sobre el tema puesto que las definiciones de guerra civil han tendido, al menos hasta época reciente, a depender de los resultados de la guerra (Price, 2001, pp. 33-34).

Guerra civil se define aquí como un *combate armado dentro de los límites de una entidad soberana reconocida, entre partes sujetas a una autoridad común al comienzo de las hostilidades.* Esta definición es una versión más amplia y minimalista de las definiciones que ya existen (Sambanis, 2004); no entra ni en causas ni en metas ni en motivaciones. El término «guerra interna» resulta más preciso, pero el de guerra civil es un término mucho más familiar. «Combate armado» (implicando un grado de organización en ambas partes y violencia de una cierta magnitud) sirve a objetivos políticos cuando desafía a la autoridad vigente, incluso cuando sirve también a fines adicionales (cap. 11).

La intuición clave es la violenta división física de la entidad soberana en campos rivales armados. Esto conlleva una división *territorial* de facto. Al comienzo de la guerra, los rivales estarán sujetos a una soberanía común o a una autoridad común (De Lupis, 1987, p. 3; C. Schmitt, 1976). Después de 1648, esto cada vez se refiere más a una autoridad estatal, pero, antes de la expansión de la soberanía del Estado moderno, las guerras civiles tenían lugar dentro de entidades que se percibían como soberanas o «cuasi soberanas», desde los imperios hasta las ciudades-Estado y los grupos basados en el parentesco[2]. De hecho, los historiadores usan el concepto de guerra civil como una categoría analítica para el periodo anterior a 1648 (p. e., Porter, 1994).

Las guerras civiles se han producido por todo tipo de razones, desde «diferencias de doctrina y disputas intelectuales» (Hobbes, *Leviathan,* Apéndice 2, p. 30) hasta diferencias de adscripción (principalmente etnicidad y religión) y hasta el mero arrebato del poder (Collier y Hoeffler, 1999). Las partes del conflicto pueden estar unidas o divididas, pueden ser reconocidas a nivel internacional o aisladas y oscuras, pueden estar apoyadas por actores externos o confiar en los recursos locales a la hora de tratar de hacerse con el Estado o de dividirlo. Sin embargo, los conflictos que constituyen guerras civiles como mejor pueden definirse es como aquellos que se relacionan con la quie-

[2] Carl Schmitt (1976, p. 32) habla de «unidades organizadas» y Bobbio (en Ranzato, 1994, p. xxvi) de «entidades autárquicas». Incluso cuando la soberanía estaba fragmentada, descentralizada y se solapaba (p. e., en la Europa medieval), existían entidades con jurisdicción reconocida, príncipes que eran «personas supremas y públicas» (en Hale, 1071, p. 8). Los conceptos de «dominium» y «señorío» describen esta cuasi soberanía durante la Edad Media (Davies, 2003).

bra efectiva del monopolio de la violencia por medio del desafío interior armado. La disputa armada de la soberanía conlleva pretensiones de autoridad mutuamente excluyentes, que producen una situación de *soberanía dividida o dual* (Tilly, 1978, p. 191; Trotski, 1965, p. 224), un concepto que puede remontarse hasta Platón, quien pensaba en la guerra doméstica o «de facciones» como en una guerra que surge cuando «el gobierno [de una ciudad] se convierte en una cosa que se disputa a golpes» (*La república*, p. 521a) y Grocio (II, 18, p. 2), que apuntaba a situaciones en las que «un pueblo ha sido dividido en dos partes tan parecidas que resulta dudoso cuál de ellas posee la soberanía». La soberanía dividida llegó a ser vista como algo antinatural (Rousseau, *Contrato social*, II, 2, p. 3). En palabras de un vietnamita: «No puede haber dos soles ni puede haber dos reyes en un país» (en Elliot, 2003, p. 749).

La pertenencia compartida a una entidad soberana por parte de todos los beligerantes al comienzo de la guerra resulta esencial (Bouthoul, 1970, p. 447). «La Revolución americana fue una guerra civil», nos recuerda Shy (1976, p. 183), porque, «en proporción a la población, en el combate contra otros americanos estuvieron implicados casi tantos americanos durante la Revolución como lo estuvieron durante la guerra civil». La militancia se entiende aquí como una obligación refleja básica, en mayor medida que la ciudadanía y no requiere una percepción subjetiva de pertenencia.

La reflexión sobre la guerra civil se asocia con dos tradiciones intelectuales entrelazadas. Por un lado, los conceptos de *stasis* (facción) y discordia y división pública preocupaban a los escritores en las entidades soberanas más pequeñas, como eran las ciudades-Estado; por el otro, los conceptos de sedición y rebelión tendían a emerger en entidades soberanas de mayor tamaño, tales como los imperios.

Los antiguos griegos postularon un vínculo evidente entre *stasis* y *polis* y emplearon el concepto de *stasis* para referirse a «una *polis* que estaba internamente dividida» (Price, 2001, p. 31). Tucídides (3.69-85), Platón (*La república*, 470c-b) y Aristóteles (*Política*, V, pp. v-xii) trazaron una clara distinción entre *stasis* y guerra externa[3]. La guerra civil se convirtió en la forma dominante de guerra en el Imperio romano tardío (Brent Shaw, 2001) y ha sido un acontecimiento constante en Europa desde entonces; estas guerras civiles incluyen conflictos entre facciones del tipo de los que tuvieron lugar en las repúblicas italianas medievales, tal como se registraron en los escritos de Marsilio de Padua, Maquiavelo y otros, así como las guerras que enfrentaron a

[3] Había incluso también una diferencia más sutil: *diaphorá* era un término que se usaba para describir las guerras civiles en la *polis* de uno, mientras que las guerras civiles en una *polis* cercana se describían como *stasis* (Price, 2001, p. 35).

la corona contra varias entidades corporativas tales como Estados, grupos religiosos y ciudades. Grocio (*Sobre la Ley de la Guerra y la Paz* II, 19, p. 4) hizo una clara distinción entre guerras civiles y «extranjeras», mientras que Hobbes (*Leviathan*, 13, p. 8) argüía que la autoridad soberana emergía (y se justificaba) precisamente para evitar la guerra civil: los hombres se encuentran en un estado de guerra en tanto en cuanto no hay «un poder común para mantenerlos a todos atemorizados», un punto este señalado también por Grocio (I, 4, p. 2). Lo cierto es que las restricciones al derecho de resistencia a una autoridad constituida legalmente fueron justificadas por Grocio y otros autores sobre la base de su consecuencia, es decir, la guerra civil.

Por esta definición, la mayoría de las revoluciones, insurrecciones campesinas continuadas, insurgencias «revolucionarias» o étnicas, levantamientos anticoloniales y guerras de resistencia contra ocupadores extranjeros son guerras civiles (Malefakis, 1996, p. 18; C. Friedrich, 1972, p. 37). Por otro lado, protestas violentas, disturbios, crimen y bandolerismo de bajo nivel, todos los cuales dejan a la soberanía bastante intacta, son excluidos de esta categoría[4].

2. Violencia

Aunque puede que se trate de un concepto intuitivo, la violencia es un campo conceptual minado. Como fenómeno social polifacético, puede ser definido en términos muy generales y extenderse mucho más allá de la violencia física (Nordstrom y Martin, 1992, p. 8). Algunos distinguen entre la violencia que preserva el orden social (violencia «sistemáticamente funcional») y violencia que lo destruye (violencia «disfuncional»); otros toman la opresión social y económica (o incluso la rivalidad) como formas de violencia estructural (Braud, 1999; Galtung, 1975; Ellul, 1969, p. 86). Finalmente, algunos

[4] Muchos estudios sobre la ocupación y las insurgencias anticoloniales acentúan su dimensión de guerra civil (p. e., D. Anderson, 2005; Bouaziz y Mahé, 2004; Pavone, 1994; Shy, 1976). Las guerras civiles se distinguen de los golpes cuando se atraviesa cierto umbral de víctimas, que conlleve operaciones militares importantes. Las insurgencias a gran escala con base predominantemente rural no deberían ser confundidas con una clase de acontecimientos que se describen como «rebeliones campesinas», incluyendo los levantamientos campesinos espontáneos, las *jacqueries*, los disturbios por hambre y similares. Estos procesos indisciplinados, inestables, anárquicos y descentralizados (Tilly, 1978) no se sostienen durante bastante tiempo como para desafiar de forma efectiva la autoridad soberana. A menos que sean utilizadas por hábiles organizadores, las *jacqueries* son, por lo general, reprimidas (Marks, 1984, p. 240). Las rebeliones campesinas devendrán guerras civiles (y posiblemente revoluciones sociales) cuando sean espoleadas y dirigidas por organizaciones (De Nardo, 1985; B. Moore, 1966, p. 479). Fenómenos fronterizos como la Revolución cultural china pueden ser entendidos como guerras civiles (L. White, 1989, p. 308).

piensan que la serie de actos sociales que se califican como violencia es tan amplia que incluye cualquier acto que produzca angustia (Bourdieu, 1977, p. 191). Este libro reduce la definición de violencia a su dimensión física.

A un nivel muy básico, violencia es hacer mal a la gente de forma deliberada. Reduciré aquí mi foco un poco más, para limitarlo a la violencia contra los no combatientes o los civiles. Ésta es una categoría ambigua y discutible en la mayoría de las guerras civiles, el objeto de una disputa legal y filosófica sin final (Nabulsi, 1999; Walzer, 1997). Dado que a mí me interesa la dinámica intracomunitaria, para el propósito de este libro, considero como civiles a todos aquellos que no son miembros de un grupo armado a tiempo completo, incluyendo así a todos los tipos de personas que ofrecen su apoyo a tiempo parcial y colaboradores[5]. Las víctimas de los no combatientes en las guerras civiles no siempre son violentas; la hambruna y la enfermedad pueden resultar enormemente letales. Las víctimas violentas pueden también carecer de intencionalidad; se trata de los denominados daños colaterales. En este libro, doy cuenta de la victimización violenta e intencionada de civiles.

La violencia física intencionada y directa tomará formas diversas que incluyen el pillaje, el robo, el vandalismo, el incendio, el desplazamiento forzoso, el secuestro, la toma de rehenes, la detención, el apaleamiento, la tortura, la mutilación, la violación y la profanación de cuerpos muertos. Pese a que me refiero a diversas formas de violencia, mi mayor atención se hallará en la muerte violenta o en el homicidio. Tal como acabo de decir, el homicidio no agota el alcance de la violencia, pero es una forma carente de ambigüedad que puede medirse de modo más fiable que otras formas (Spierenburg, 1996; Buoye, 1990, p. 255), que es por lo que se usa como indicador primario de violencia en estudios cuantitativos (p. e., Poole, 1995; Greer, 1935). Además de eso, existe un consenso general en que el homicidio cruza una línea: se trata de un «método de aniquilación irreversible, directo, inmediato y sin ambigüedad» (Straus, 2000, p. 7); en este sentido, la muerte es «la violencia absoluta» (Sofsky, 1998, p. 53).

Violencia, conflicto, guerra

A la violencia, se la trata típicamente como sinónimo de conceptos afines pero distintos tales como «conflicto», «revolución» o «guerra». De ahí que la mayoría de las referencias a, por ejemplo, la «violencia étnica» se refieren al conflicto étnico o a la guerra étnica más

[5] Explico mi forma de codificar a los no combatientes en el Apéndice B.

que a la violencia real que tiene lugar dentro del conflicto. Sin embargo, los conflictos, las guerras y las revoluciones son fenómenos que no se pueden reducir simplemente a una violencia a gran escala. A la inversa, la violencia, como apuntó Hannah Arendt (1970, p. 19), es «un fenómeno por derecho propio» que no debiera equipararse a fenómenos afines. David Horowitz (2001, p. 475) se hace eco de Arendt, cuando apunta que «hay buenas razones para tratar conflicto y violencia de forma separada». Obviamente, la guerra «provoca» violencia. Sin embargo, una considerable cantidad de violencia en las guerras civiles carece de utilidad militar convencional y no tiene lugar en el campo de batalla. Si acaso, parece haber una relación inversa entre la magnitud del conflicto tal como se mide por el tamaño de las fuerzas y la sofisticación de las armas usadas y la magnitud de la violencia (Harkavy y Neuman, 2001, p. 230). Más aún, áreas consumidas por el mismo conflicto pueden exhibir una variación sustancial en cuanto a violencia. De ahí que la violencia habría de ser distinguida analíticamente de la guerra, haciendo eco de la bien establecida distinción entre *jus ad bellum* (legítimo comienzo de la guerra) y *jus in bello* (legítima conducta de guerra).

Este libro sitúa la violencia en el centro del análisis. La distinción analítica entre *guerra civil* y *violencia en la guerra civil* es, a la vez, su premisa y su consecuencia fundamental. Las causas de la violencia en las guerras civiles no pueden subsumirse bajo las causas de las guerras civiles; de ahí que una teoría de las guerras civiles no puede ser una teoría de la violencia en las guerras civiles ni viceversa[6]. Al mismo tiempo, la teoría de la violencia que se presenta aquí resulta compatible con diferentes visiones del comienzo de las guerras civiles: no importan si las guerras civiles comienzan a causa de reivindicaciones o de oportunidades de las masas. Dicho de forma sencilla: es muy probable que una guerra civil abra la Caja de Pandora de la violencia.

La violencia como resultado y como proceso

La observación de que la violencia política tiende a ser producida por grupos de población muy pequeños (Mueller, 2004; Valentino, 2000, pp. 21-25) ha llevado a la conjetura de que la mayoría de la gente no se compromete (Valentino, 2000, p. 2); en el mejor de los casos, hay un público inconsciente y, en el peor, espectadores pasivos. De

[6] De ahí que sea incorrecto examinar las teorías del comienzo de las guerras civiles valiéndose de un indicador de violencia, tal como las víctimas, como la variable dependiente (p. e., Murshed y Gates, 2005).

igual modo, la observación de que los asesinos a menudo deshumanizan a sus víctimas (p. e., Toolis, 1997, p. 126) sustenta la percepción de que la violencia en las guerras civiles es impersonal. Dejando de lado su exactitud empírica, estas conjeturas no aciertan a distinguir entre violencia como *resultado* y violencia como *proceso*.

Aunque los expertos en ciencias políticas y los historiadores tiendan a subsumir la violencia bajo el conflicto violento, muchos antropólogos, activistas de ONG y periodistas tienden a percibir la violencia como un resultado más que como un proceso, a menudo «convirtiéndola en caja negra» de forma efectiva (Appadurai, 1996). El foco se sitúa en las instancias de violencia más que en las acciones complejas no violentas, y a menudo invisibles, y en los mecanismos que los preceden y los siguen. A menudo, la descripción de actos de violencia muy recientes se acompaña de referencias a antiguos acontecimientos históricos, sin ninguna referencia al periodo intermedio. Como ocurre en las representaciones tradicionales de las luchas en los Balcanes, muchas descripciones de la guerra civil no hacen ningún esfuerzo por «ligar un episodio a otro. Cada caso se trata como aislado en el tiempo y el espacio. Y estos escritores tampoco tratan de explicar la desproporción que marca así lo que de forma superficial parece constituir la relación de causa efecto» (Black-Michaud, 1975, p. 34). Más aún, no se ofrece casi ninguna o ninguna información sobre las historias y las vidas de las víctimas antes del advenimiento de la violencia (Binford, 1996, p. 5). Esta visión, asume (y propaga) un mundo dicotómico poblado sólo por víctimas y perpetradores, combinado con la percepción errónea de que la cualidad de víctima y la culpa son categorías mutuamente excluyentes, y de ahí que las víctimas no puedan ser culpables. Yvon Grenier (1999, p. 2), acerca de la bibliografía sobre las insurgencias latinoamericanas, plantea que éstas sugieren «un mundo habitado por mujeres, niños y abuelos», algo que se repetirá también al tratar otras guerras civiles (Cenarro, 2002, p. 67; Brovkin, 1994, p. 5). Con frecuencia se ha pasado por alto una amplia «zona gris» poblada por aquellos que toman parte en el proceso de violencia en una variedad de formas sin, no obstante, estar directamente implicados en su resultado, ni como perpetradores ni como víctimas. Un corolario será que la línea entre los perpetradores y las víctimas es difusa, puesto que las víctimas de ayer se pueden convertir en los victimarios de mañana y viceversa (Joshi, 2003, p. xiii; Chang, 1992, p. 498). Las mujeres y los niños, retratados, por lo general, como víctimas, son a menudo participantes activos y voluntarios en todo tipo de actividades, incluido el combate (Peterson, 2000, p. 112). Tzvetan Todorov (1996, pp. xvi-xvii) habla de cómo el llevar a cabo un estudio profundo de una masacre que tuvo lugar en la localidad

francesa de Saint-Amand-Montrond, en el verano de 1944, lo llevó a descubrir la secuencia perdida de los acontecimientos y a revisar su comprensión de la masacre:

> Poco a poco, me di cuenta de que la masacre en cuestión no había ocurrido en aquel momento y lugar por ninguna razón sino que fue más bien la culminación de una serie de acontecimientos no menos dramáticos que la precedieron durante aquel verano. Tras un breve lapso de tiempo, ya no me encontraba satisfecho con haber leído las pocas obras que contaban los diversos episodios de esta historia. Con la ayuda de un amigo de la región, decidí buscar y preguntar sobre los diversos contemporáneos y testigos de estos incidentes. Me encontré con algunos manuscritos sin publicar. Leí tanto la prensa diaria como la semanal de la época y empleé algunos días desatando los cordeles que cerraban los polvorientos ficheros de los archivos departamentales y nacionales. Ya no podía sacudirme de encima esta historia... Leyendo sobre [el destino de los actores principales], llegué a la convicción de que, cuando hablaban de este periodo, resultaba obligado excederse tanto en la hagiografía de los «vencedores» (que no obstante casa tan bien con las celebraciones oficiales) como en su imagen inversa, la denigración sistemática; lo mismo podría decirse de los «derrotados». En lugar de un mundo en blanco y negro, descubrí una serie de situaciones distintas, de actos particulares, cada uno de los cuales requería su propia evaluación aparte.

Aproximarse a la violencia como un proceso dinámico permite una investigación de la secuencia de decisiones y acontecimientos que se intersecan para producir violencia, así como el estudio de actores que, de otro modo, serían invisibles, que toman parte en este proceso y los conforman en formas fundamentales.

Violencia en paz y en guerra

Así como los estudios de las guerras civiles han tendido a pasar por alto la violencia, los estudios de «violencia política», un concepto amplio e impreciso que abarca todo, desde las manifestaciones universitarias al genocidio, han tendido a desasociarlo de la guerra civil. Este cuerpo de investigación interseca a menudo con la investigación de los movimientos sociales; en particular, con la «política conflictiva», un término que también incluye fenómenos que van desde la acción colectiva no violenta a la violencia esporádica (Tarrow, 1994). Esta obra tenderá a tratar la violencia «o como una extensión no problemática de procesos ordinarios de movimiento social o, a la inver-

sa, como un efecto patológico de competencia o declive dentro de los movimientos sociales» (Seideman, 2001, p. 2).

La mezcla de la violencia en la acción conflictiva con la violencia en la guerra civil sugiere un fracaso para reconocer que la guerra y la paz son contextos radicalmente diferentes que inducen a la violencia y la hacen necesaria en formas muy diferentes. Claro que estos contextos comparten muchos mecanismos (Tilly, 2003); sin embargo, la forma en la que se activan estos mecanismos, así como la de sus efectos, diverge. De forma más obvia, la formación y la expresión de preferencias políticas son fundamentalmente diferentes en tiempos de paz y durante una guerra. Al final del todo, el premio es mucho mayor en época de guerra.

La diferencia entre violencia en paz y violencia en guerra reside con claridad en el grado. El número total de muertes en todos los episodios relatados y campañas de protesta es insignificante en comparación con el número total de muertes en todas las rebeliones relatadas (Gurr, 1986, p. 52). Incluso el terrorismo implica violencia en una escala mucho menor que la guerra civil (Guelke, 1995). Sri Lanka, un país con la mala suerte de haber sufrido tanto disturbios en época de paz como guerra civil, ha experimentado un número significativamente mayor de calamidades a causa de esta última.

Más importante resulta aún el que la violencia en paz y la violencia en guerra sean de una especie diferente. Tal como nos recuerda Vladimir Brovkin sobre Rusia (1994, p. 419), «la guerra civil hizo rutinario lo impensable… Sustituyó la política ordinaria por una política de guerra». La guerra estructura las elecciones y selecciona a los actores de formas radicalmente diferentes a la paz, incluso cuando la paz es violenta. Tal como señala un antiguo insurgente griego, «una confrontación armada no es como una huelga (de trabajadores). En una huelga, te pueden derrotar una vez, dos, tres y seguir sobreviviendo. Cuando optas por una rebelión armada, apuestas todo lo que tienes» (Papakonstantinou, 1986, 1, p. 583).

La acción conflictiva representa un desafío al gobierno vigente en un contexto caracterizado por un innegable monopolio de la violencia por el Estado. La acción conflictiva en un escenario democrático es diferente a la rebelión en cuanto a las causas: mientras que la primera florece en la presencia de oportunidades políticas, la última resulta improbable en situaciones en las que tales oportunidades están ausentes (Goodwin, 1999); en sociedades étnicamente heterogéneas al menos, la dinámica de los disturbios y las manifestaciones son el opuesto exacto a aquéllas de la rebelión (Bates, 1999). A diferencia de las guerras civiles, los disturbios tienden a ser, ante todo, un fenómeno urbano (Varshney, 2002, p. 10; C. Friedrich, 1972, p. 70), carente de represalias significativas (Horowitz, 2001, p. 224), fuertemente influido por incentivos institucionales (y, a menudo, electorales) (Wilkinson, 2004), y facilitados por el anonimato de la multitud; la ratio de perpetradores respecto a víctimas tiende a ser inversa en disturbios y guerras civiles: en los primeros, la participación es pública y las víctimas son unos pocos desgraciados, mientras que, en las últimas, son unos pocos los que participan directamente y causan víctimas en un público desgraciado. En Sri Lanka, los disturbios étnicos declinaron hasta casi cesar tras el comienzo de la guerra civil y tampoco hubo disturbios en el Punjab indio durante la insurgencia sij de 1984-1994 (Horowitz, 2001, pp. 482-485). Varshney (2002, p. 11) tiene, por tanto, razón, al decir que una teoría de las guerras civiles ha de «distinguirse analíticamente» de una teoría de los disturbios. Esto es verdad, incluso cuando los disturbios y los pogromos tienen lugar en el contexto de la guerra (Petersen, 2002). La situación puede compararse con el caso del genocidio y el de la guerra: aunque ambos casi se intersecan, el estudio de cada fenómeno es normalmente distinto.

3. Condiciones de posibilidad

Las conceptualizaciones disponibles de la violencia política como objeto de investigación varían según los criterios empleados: la escala de violencia (asesinato en masa, crímenes en masa, masacres) (Verwimp, 2003;Valentino, 2004; Sémelin, 2000; Levene, 1999), su modo y su técnica (disturbios, pogromos, represalias) (Wilkinson, 2004; Varshney, 2002; Geyer, 2000), las motivaciones de los perpetradores (Straus, 2000; Fein, 1993) o el contexto histórico o social específico (Browning, 1998). Por ello, es necesaria una cuidadosa delineación de las condiciones de posibilidad. La intersección de los dos rasgos decisivos de la violencia define el dominio de análisis en este libro: los objetivos y la producción de violencia.

Los objetivos de la violencia

Los actores políticos usan la violencia para conseguir objetivos múltiples, que se solapan y que, a veces, resultan mutuamente contradictorios. Varias obras detallan más de 20 usos para la violencia, incluyendo la intimidación, la desmoralización, la polarización, la demostración, la radicalización del público, la publicidad, la mejora de la moral del grupo, la aplicación o el desbaratamiento del control, la movilización de las fuerzas y los recursos, la financiación, la eliminación de las fuerzas opositoras, el castigo de la cooperación con el enemigo y la provocación de contramedidas y represión (Hovil y Werker,

2005; Schmid, 1983, pp. 97-99; Mallin, 1966, p. 59; Molnar, 1965, p. 169). Más aún, la violencia puede ser usada sin tener ningún objetivo en mente y la guerra puede generar violencia que sea por completo independiente de las intenciones de los principales actores y se materializará como un subproducto de su acción, como lo es el saqueo o ciertas formas de venganza. Una profusión así de objetivos tan diferentes puede paralizar el análisis.

En primer lugar, es necesario dirigirse al uso de la violencia que no sirve a ningún propósito instrumental. Se dice que esta violencia es expresiva cuando su uso se restringe a las «recompensas estrictamente consumatorias de infligir dolor a los enemigos de uno o de destruir un símbolo odiado» (Rule, 1988, p. 190). Descrita a menudo como anómica o nihilista, la violencia expresiva se combina a menudo con la violencia «identitaria» o «sectaria»; es decir, con la violencia dirigida contra personas exclusivamente sobre la base de quiénes son. Esta idea de la violencia domina los relatos populares que enfatizan la locura de la violencia (p. e., Rosenberg, 1991) y está presente en muchas obras especializadas que acentúan el carácter discursivo, simbólico, ritualista y generalmente no instrumental de la violencia[7]. Las interpretaciones de la violencia como motivación expresiva se pueden encontrar también en los testimonios de las víctimas: «Mataban por matar… como perros enloquecidos que iban siguiendo a su presa» (en Tarnopolsky, 1999, p. 52).

Las motivaciones individuales de la violencia pueden ser y, de hecho, a menudo son bastante expresivas (Petersen, 2002; Horowitz, 2001, p. 123). La tragedia griega es un tesoro de violencia expresiva, con la *orgē* (ira), la *eris* (discordia) y la *pthonos* (envidia) conduciendo los actos violentos (Bernand, 1999). La investigación criminológica reconoce la importancia de las motivaciones expresivas porque una gran parte de asesinatos sin intenciones predatorias no son premeditados ni están dirigidos por motivaciones medios-fines instrumentales y se llevan a cabo con indiferencia respecto de las consecuencias (J. Katz, 1988). Muchas descripciones de la violencia en las guerras civiles están en apariencia desprovistas de toda importancia instrumental y casan muy bien con la plantilla expresiva. Considérense los recuerdos paralelos siguientes, sacados de las guerras civiles española y libanesa:

> Más tarde fusilaron a Saturnino junto con otros 36, en represalia por el hijo de un guardia civil al que mataron en el frente… Cuando el padre oyó las noticias de la muerte de su hijo, fue a la cárcel de Toro y empezó a decir: «¡Éste, éste, éste!», sin saber quiénes eran. Mataron a 36. (Sender Barayón, 1989, pp. 162-163).

> Vamos derechos al matadero… Está sólo un par de bloques detrás de tu casa. Ya sabes el solar que hay allí. Allí es donde Halabi, el carnicero musulmán a cuyo hijo secuestraron, está juntando a cristianos maronitas. ¡Ese tipo quiere venganza! Mejor que nos quedemos fuera de esa área (Tabbara, 1979, pp. 64-65).

Sin embargo, un énfasis excesivo en la motivación expresiva da con problemas. Por lo general, es extremadamente difícil desvelar con un nivel aceptable de exactitud los motivos individuales que se encuentran por detrás de los actos violentos (Tilly, 1975, p. 512). Deducir el motivo a partir del comportamiento es una mala idea, lo mismo que reemplazar la evidencia con clasificaciones motivadas políticamente, como en el caso del «crimen por odio» (Rothstein, 2005, p. E3): el problema de la equivalencia en la observación es común desde que un acto particular puede cuadrar con diferentes motivos. Más aún, los motivos están normalmente sujetos a reinterpretación (estratégica o natural) y a una racionalización *a posteriori* por parte de los sujetos. Incluso cuando se revelan por completo, a menudo las intenciones se mezclan o hasta se vuelven contradictorias. Por ejemplo, las motivaciones individuales de violencia pueden mezclar odio (de muchos tipos), presión de las amistades (Browning, 1992), obediencia (Milgram, 1974), honor, rituales y colectivos imaginarios (Nahoum-Grappe, 1996; Zemon Davis, 1973), avidez (Paul y Demarest, 1988), venganza (Frijda, 1994) o impulsos sádicos; también pueden ser fruto del consumo de alcohol (Tishkov, 2004, p. 139; G. Jones, 1989, p. 124) o del uso de drogas (Aussaresses, 2001; Peters y Richards, 1998). Para complicar las cosas, está además la prevalencia del sesgo de correspondencia: la tendencia de los observadores a trazar inferencias sobre las disposiciones individuales del comportamiento que pueden ser explicadas por la situación en la que ocurren (Gilbert y Malone, 1995).

Obviamente, estos problemas tienen que ver con todo tipo de motivos, tanto instrumentales como no instrumentales. No obstante, muchos observadores tienden a tener prejuicios hacia las interpretaciones que hacen hincapié en los motivos expresivos. Por ejemplo, mientras que diversos observadores estuvieron rápidos a la hora de atribuir la violencia entre los dayaks y los madureses del Kalimantan occidental en Indonesia a la reactualización ritual de la caza de cabezas, otros remarcaron que la violencia fue desplegada de forma estratégica en el curso del conflicto (Peluso y Harwell, 2001). Téngase en cuenta la observación siguiente de Mario Vargas Llosa (1994, p. 428): «Estaba yo garrapateando el discurso… [cuando] me llegaron las noticias del ase-

[7] P. e., Mahmood (2000, pp. 74-81), Geyer (2000, p. 201), Crouzet (1990) y Zemon Davis (1973).

sinato de nuestro líder, Julián Huamaní Yauli, en Ayacucho… Su asesinato era un buen ejemplo de la irracionalidad y la estúpida crueldad de la estrategia terrorista, puesto que no se pretendía castigar ninguna violencia, explotación o abuso cometido por Julián Huamaní, modesto en extremo y previamente apolítico, sino simplemente aterrorizar a través del crimen a aquellos que creían que las elecciones podrían cambiar las cosas en Perú». De una forma errónea, aunque extendida en extremo, Vargas Llosa pasaba por alto la naturaleza claramente instrumental de este asesinato, lo que él mismo reconoce, para describirlo como un acto irracional.

Séneca observó que «nadie procede a verter sangre humana porque sí o, por lo menos, sólo son unos pocos los que lo hacen» (en Grocio II, 22:2). Lo cierto es que las motivaciones expresivas pueden estar menos extendidas de lo que suele asumirse. La gente implicada en la producción de violencia política parece carecer del tipo de rasgos de personalidad «extrema» que tiende a guardar correlato con la violencia expresiva. Un buen número de estudios sobre los perpetradores de violencia ha fracasado a la hora de desvelar los rasgos patológicos (Kakar, 1996; Della Porta, 1995), mientras que otros han apuntado que la ritualización de la violencia a menudo sirve a propósitos instrumentales (Richards, 1996, p. xx; Schroeder, 1996, p. 432).

El énfasis en la violencia expresiva puede ser el resultado de una confusión doble: entre las motivaciones individuales y colectivas y entre los relatos descriptivos y causales. Los argumentos sobre los aspectos expresivos y simbólicos de la violencia exigen dirigir las motivaciones de los actores colectivos (p. e., por qué los hutus atacaron a los tutsis), cuando, de hecho, ellos sólo describen la forma en la que los individuos practicaban la violencia (p. e., cómo cierto hutu atacó a cierto tutsi). Por ejemplo, a la hora de discutir los incidentes de canibalismo perpetrados en la guerra civil de Liberia, Ellis (1995, p. 193) señala que «la observación de que hay un elemento "cúltico" en la violencia de este tipo no sólo implica que las milicias luchen ante todo como una forma de comportamiento ritual». Inge Brinkman (2002, pp. 2 y 14) en primer lugar anota que sus informantes, refugiados angoleños en Namibia, interpretan la violencia de la guerra civil, por encima de todo, como sin sentido y absurda, «más allá de toda comprensión»; más aún, ella referirá entonces que sus informantes eran también muy conscientes de que estas prácticas solían infundir un miedo paralizador: «Lo hacen», le dijeron, «para atemorizar a la gente». De igual modo, la violencia en Mozambique fue a menudo sádica y se vio reforzada por el uso de drogas, pero también hay una sustanciosa evidencia de que aquélla «fue coordinada y sistemática, más que espontánea» (Vincent, 1994, p. 87).

De hecho, es poco probable que las motivaciones individuales den lugar por sí solas a una violencia a gran escala por un largo periodo de tiempo. La política nazi de represalias por toda la Europa ocupada se desarrolló de forma centralizada aunque a menudo se implementó mediante oficiales jóvenes sin escrúpulos y abiertamente sádicos (Heer, 2000; Mazower, 1993). Los cierto es que resulta posible superponer la acción instrumental a la acción expresiva imputando el comportamiento estratégico a los líderes y el comportamiento expresivo a los seguidores (May, 1991, p. 253; Coleman, 1990, p. 483). A diferencia de los disturbios, las guerras civiles son contextos que fomentan considerablemente la organización, de ahí las interpretaciones reforzadas de la violencia como instrumental.

La violencia puede ser usada para exterminar a un grupo o para controlarlo (Sémelin, 2000; E. Walter, 1969, p. 14). Este libro se centra en ese último tipo, también conocido como violencia coercitiva. Aunque los métodos usados para conseguir la sumisión y la destrucción física pueden ser similares, estos objetivos difieren. Un camino para distinguir entre los dos es preguntar si al menos uno de los actores políticos trata de gobernar la población que elige como blanco de su violencia; un indicador empírico de esta intención es si los blancos de la violencia tienen la opción de rendirse. En muchas guerras civiles, los programas de amnistía animan la defección de los insurgentes y perdonan o incluso recompensan a los civiles que desertan y colaboran con ellos, mientras que, en los genocidios, la rendición de las víctimas no evita su muerte sino que la facilita (Fein, 1993, p. 21). Semejante en lo analítico a la destrucción física es la deportación en masa, a veces referida como «limpieza étnica».

Cuando la violencia se usa ante todo para controlar a una población, se vuelve un recurso más que el producto final (Gambetta, 1993, p. 2). Este tipo de violencia conlleva una distinción analítica entre las víctimas y los blancos de la violencia (E. Walther, 1969, p. 9). Si alguien tortura a una niña para hacer que revele dónde puede encontrarse a otra persona, la niña es a la vez una víctima y un blanco. Pero, si la misma niña es torturada para hacer que su padre revele el paradero de otra persona de la que la niña no sabe nada, entonces es el padre quien es el blanco aunque sea la niña la que sufra la violencia; el padre puede obedecer o rehusar a obedecer, mientras que la niña no puede hacer ni una cosa ni la otra (O. O'Neill, 1991, pp. 172-173). En pocas palabras, la violencia tiene la finalidad de conformar el comportamiento de una audiencia que está en el blanco mediante la alteración del valor esperado de las acciones particulares. Dicho de otro modo, la violencia cumple una función comunicativa con una clara dimensión disuasoria, consistente en la descripción de las guerras civiles como tiempos de miedo y eras de terror (Senaratne, 1997, p. 145).

Tal como dijo Trotski (1961, p. 88), «la revolución... mata a algunos individuos e intimida a miles», un pensamiento también expresado en el proverbio chino «mata sólo a uno y atemoriza a los otros 10.000». Mao Tse-tung exigió «golpes a los traidores y colaboradores que socavan al ejército y a la gente» (en Heilbrunn, 1967, p. 145) y el Che Guevara (1998, p. 91) justificaba los «asaltos a personas» como un medio de evitar las filtraciones de información. En la enfática formulación de Grossman (1995, p. 207), «uno de los beneficios más obvios y descarnados de la atrocidad es que resulta una forma muy sencilla de aterrorizar a la gente. El horror y el salvajismo crudos de aquellos que asesinan y abusan provocan que la gente huya, se esconda o que apenas se defienda y, a menudo, sus víctimas responden con pasividad muda». Nótese, no obstante, que la violencia coercitiva no es necesariamente masiva. De hecho, el terror exitoso implica bajos niveles de violencia, puesto que la violencia está «fuera del sendero del equilibrio». La coerción falla si se limita a destruir al sujeto cuya sumisión se busca.

La violencia coercitiva puede ser, al mismo tiempo, estratégica y táctica. Tomar como blanco a una persona para eliminar un riesgo particular (p. e., las filtraciones de información) es algo táctico, pero valerse de este acto de violencia para disuadir a otros de adoptar un comportamiento semejante es estratégico. Los rebeldes contrarrevolucionarios en el oeste de Francia dirigieron su violencia contra gente acusada de informar a los soldados republicanos sobre sus movimientos; aquéllos abandonaron sus cadáveres mutilados cerca de ciudades tomadas por los republicanos y colgaron un cartel en torno al cuello del informador con su nombre y con el de aquellas personas que habían sido vengadas con esta muerte; de este modo, buscaron «ofrecer ejemplos para disuadir vocaciones semejantes» (Dupuy, 1997, p. 161). Martyn Latsis, un líder comunista durante la guerra civil rusa, afirmó que «uno debe destruir no sólo las fuerzas del enemigo sino también demostrar que cualquiera que levante la espada contra el orden de clase existente perecerá con la espada» (Werth, 1998, p. 85). En Colombia, la ejecución sumaria de colaboradores sospechosos es la regla: «Un asesino, enviado de día o de noche, acaba con cualquier potencial para la colaboración y cierra el caso de forma irrevocable a la vez que envía también un mensaje claro como el agua a la población local de que el grupo armado no tolerará tales actividades» (Fichtl, 2004, p. 5). Téngase en cuenta la descripción siguiente de un asesinato del IRA: «Flood se había convertido en un agente militar del RUC que tenía que morir para proteger al IRA y disuadir a otros posibles informadores» (Toolis, 1997, p. 202). En una formulación diferente, la violencia coercitiva tiende a ser tanto retrospectiva en su intención de castigar una acción que ya ha tenido lugar como prospectiva en su finalidad de disuadir una acción futura similar por parte de otra persona[8].

Incluso una lectura rápida de relatos descriptivos sugiere el carácter ampliamente estratégico de la violencia en contextos de guerra civil. Ténganse en cuenta los ejemplos siguientes. Un campesino de Zimbabwe explicaba la muerte de un colaborador del Gobierno por parte de las guerrillas diciendo que «ellos sólo querían mostrar [a las masas] que tenían el poder para hacer cualquier cosa e infundir miedo de forma que nadie repitiera el error» (Kriger, 1992, p. 156). En Perú, «desde el principio, aun sin una infraestructura de armamento de guerra, Sendero Luminoso trató de aterrorizar y paralizar a la oposición para inspirar miedo mediante el despliegue de una fuerza abrumadora que demolía al enemigo» (Del Pino, 1998, p. 168). A Jeffrey Race, 1973, p. 135) le dijeron que «el Vietcong se valía del terrorismo para infundir miedo. En una aldea, cogerán a dos personas que ellos dicen que cooperan con los americanos y las fusilarán para que sirva de ejemplo... Tras haber asesinado a un poco de gente más, toda la aldea estará atemorizada y el Vietcong podrá obligarlos a cooperar». Un agente británico en la Grecia ocupada por los alemanes, en 1944, resaltaba el mismo aspecto para describir la violencia usada por los partisanos: éstos «eran maestros de la psicología de la "atrocidad ejemplar"... Ellos parecen especializarse en escoger a un hombre cuya muerte o desaparición causaría que un área entera continuara su apoyo más o menos dócil a su causa»[9].

Los perpetradores y las víctimas reconocen a menudo el carácter disuasorio de la violencia. La entrada del diario de un argelino, que viene a continuación, dice lo siguiente: «29 de noviembre de 1956: cada vez que se ejecuta a un traidor o a alguien al que llaman traidor, la angustia invade a los supervivientes. Nadie está ya seguro de nada. La gente está realmente aterrorizada. Aterrorizada de los soldados; aterrorizada de los proscritos» (Feraoun, 2000, p. 155). Un liberal nicaragüense, escribiendo en 1928 sobre la violencia conservadora, apuntaba que «todos los actos delictivos que acaban de señalarse han sido cometidos por bandidos conservadores y, según la opinión general, para infundir miedo en los liberales». Michael Schroeder (2000, p. 38), que lo cita, concluye que «el objetivo fundamental de todos los grupos políticos» era el de *infundir terror**. Esta dimensión resulta también coherente con formas de asesinato que a veces rozaban lo ba-

[8] Obviamente, esta lógica es parte de los sistemas de justicia en todas partes.

[9] «Report by Cpl Buhayar», PRO, HS 5/698. Véase también Toolis (1997, p. 81) en Irlanda del Norte; Senaratne (1997, p. 121) sobre Sri Lanka; Kheng (1983, p. 180) en Malasia; Ortiz Sarmiento (1990, p. 190) en Colombia.

* En español, en el original. *[N. del T.]*

rroco, tales como abandonar cadáveres en espacios públicos o rellenar la boca de la víctima con billetes para advertir contra la aceptación de pagos en metálico de parte de los rivales (Dalrymple, 1997, p. 123; Crozier, 1960, p. 163). La mutilación sirve a menudo al mismo propósito: se trata de un «ejemplo ambulante» (Leites y Wolf, 1970, p. 106). En Sierra Leona, el «cortar las manos y los dedos de los aldeanos inscribe sobre el paisaje y los cuerpos de la gente de las aldeas un conjunto de mensajes de forma bastante más firme que si aquéllos hubieran sido retransmitidos por la radio» (Richards, 1996, p. 6). De hecho, los ejemplos de torturas y de violencia aparentemente absurda reflejan a menudo cálculos estratégicos. Paul Richards (1996, p. 181), un antropólogo que estudió la guerra civil en Sierra Leona, afirma que un análisis así da sentido a los «patrones de la violencia del RUF que, de otro modo, resultaría sin sentido». William Finnegan (1992, p. 58), un periodista americano, afirma de igual modo que muchas masacres perpetradas por los insurgentes en Mozambique (y que eran interpretadas como gratuitas por los observadores desinformados) tenían la finalidad de enviar mensajes muy específicos a la población local.

Aunque la lógica subyacente de la violencia coercitiva es semejante en los diferentes contextos, su forma varía dependiendo de los objetivos y de las culturas locales. Los blancos pueden ser tanto prominentes personalidades locales como gente débil y marginal, y la intensidad de su victimización variará ampliamente. Un ladrón norirlandés de poca monta recuerda cómo su desafío frente a la exigencia del IRA de que abandonara el país lo llevó a su abuso (en Smith y Fay, 2000, p. 124): «Así que el IRA me estaba acusando y diciéndome que era culpa mía porque si yo no les hubiera hecho frente nadie les habría hecho frente. Nadie les había hecho frente antes de mí».

En resumen, aunque la violencia en la guerra civil puede cumplir diversas funciones, el uso instrumental de la violencia coercitiva para generar sumisión constituye un aspecto central del fenómeno. Esto no es decir que sea el único. Sin embargo, dado el nivel actual de desarrollo teórico, tiene sentido que nos centremos en él.

La producción de violencia

La violencia puede producirse de forma unilateral (por un actor; generalmente, el Estado) o bilateral/multilateral (por dos o más actores enfrentados). La principal diferencia entre los escenarios unilaterales y multilaterales es que la interacción estratégica es más crítica en estos últimos. Cuando la población tiene la opción de unirse o de asistir a los actores rivales que existen, su reacción a la violencia puede ser tenida en cuenta como un factor porque resulta importante para el

Tabla 1.1. Una tipología de la violencia política en masa.

Producción de violencia	**Objetivos de la violencia: un actor político trata de gobernar a la población elegida como blanco**	
	Sí	**No**
Unilateral	Terror de Estado	Genocidio y deportación en masa
Bilateral (o multilateral)	Violencia de guerra civil	Exterminio recíproco

resultado del conflicto. Dado que los aldeanos de Duc Lap en Vietnam del Sur fueron maltratados por los soldados gubernamentales encargados de protegerlos, dieron la bienvenida al Vietcong que se los quitó «de encima de sus espaldas» (Ellsberg, 2003, p. 131). Tal como señalaba un mozambiqueño (en Nordstrom, 1997, p. 9), «Ya sabes; a veces cuando no hay más que una fuerza, pueden hacer todo lo que les plazca. Hay problemas con esto; pueden empezar a pasarse el poder de unos a otros, pueden hacer que la gente haga cosas que no quiere hacer, usar la violencia contra la gente para conseguir lo que quieren. Cuando tienes dos fuerzas, la gente tiene una opción. Cada una de las fuerzas ha de ser más responsable. La gente puede decir: "Oye, no puedes tratarnos así, hay otros que nos protegen"».

La intersección de objetivos y la producción de violencia genera cuatro ideales tipo de violencia política en masa: terror de Estado, genocidio y deportación en masa, violencia de guerra civil y un tipo que puede ser denominado, en ausencia de un término mejor, como «exterminio recíproco» (tabla 1.1). Estas categorías no tienen como fin captar el espectro completo de la variación que se da en el mundo real. En su lugar, ofrecen una forma útil de especificar las condiciones de posibilidad del libro[10].

[10] El terror de Estado puede ser repartido de una forma cuasi multilateral por parte de las agencias estatales rivales; las metas de sumisión y exterminio pueden coexistir en la eliminación aposta de un grupo a fin de aterrorizar a otros; las campañas de contrainsurgencia lanzadas con la intención de restablecer el control gubernamental sobre áreas tomadas por los rebeldes puede degenerar en violencia genocida, y gobiernos como el de la Junta argentina pueden justificar la represión mediante la proclamación de que están luchando en una guerra civil. Por ejemplo, Margolin (1999) dice que el propósito del Gobierno de Indonesia al matar a miles de comunistas era la intimidación más que el exterminio; Gurr (1986, p. 47) no está de acuerdo. Díaz-Balart y Rojas Friend (1997, p. 15) describen la violencia ejercida por los nacionales en la guerra civil española como un fenómeno que pretendía servir tanto a los propósitos de intimidación como, «a menudo», a los de exterminio. De igual modo, Ranzato (1988) y De la Cueva (1998) muestran que la persecución del clero católi-

La coerción está presente en las definiciones estándar de *terror de Estado* (Mitchell *et al.*, 1986, p. 5). Tal como un inquisidor español escribió en 1578: «Hemos de recordar que el principal propósito del juicio y la ejecución no es salvar el alma del acusado sino conseguir el bien público y provocar el miedo en otros» (en Kamen, 1998, p. 174)[11]. El rasgo clave del estado de terror es que se ejercita contra una población que carece de alternativas organizadas; esto puede dar cuenta del carácter arbitrario que toma a veces. Chang (1992, p. 128) describe cómo la campaña «antiderechista» maoísta de 1957 produjo categorías de «derechistas» descritas en el lenguaje cotidiano como «derechistas por sorteo» (gente que echaba a suertes la decisión de quiénes serían denominados derechistas), «derechistas de retrete» (gente que descubría que habían sido acusados de ser derechistas en su ausencia, tras no haberse aguantado sin ir al retrete durante los largos mítines), y derechistas «que tenían veneno, pero no lo habían soltado» (aquellos que eran llamados derechistas sin haber dicho nada en contra de nadie). Przeworski (1991, p. 47) cita un chiste soviético: «Tres hombres se encuentran en un gulag. Uno le pregunta a otro: "¿Por qué estás aquí?". "Estaba en contra de Radek", dijo él. "¿Y tú?", "Yo estaba a favor de Radek". Ambos se volvieron hacia el tercero, que estaba en silencio. "Yo soy Radek", dijo éste»[12].

co por parte de los republicanos durante la misma guerra revela tanto una intención de amedrentar a los nacionales, en su mayoría católicos, para lograr su sumisión como un deseo de exterminar tantos sacerdotes como fuera posible, tan sólo porque eran sacerdotes. El Terror Blanco de la Guerra Civil Rusa incluyó violencia para exterminar a los judíos (Figes, 1996), mientras que el Terror Rojo exigió el exterminio «hasta el último hombre» de ciertos grupos, entre ellos, los cosacos (Brovkin, 1994, p. 103). La ocupación nazi de Polonia tuvo como objetivo tanto el exterminio de las elites polacas como la explotación y el control de las masas (Jan Gross, 1979, p. 76). Se puede aún emplear esta tipología para clasificar procesos diferentes que tuvieron lugar en el mismo espacio y lugar: los nazis se valieron de métodos diferentes contra los partisanos y los judíos en Ucrania y, aunque en Ruanda fueron asesinados tanto los tutsis como los hutus, la violencia contra los dos grupos siguió patrones diferenciados (Verwimp, 2003).

[11] Kamen (1998, p. 174) añade que «la llegada de la Inquisición a una ciudad tenía la intención, en principio, de causar terror… La actividad pública del Santo Oficio se basaba así, por tanto, en una premisa común a todos los sistemas policiales de que el terror era la más útil de las disuasiones».

[12] Arendt (1973, p. 305) señaló que, mientras que el «terror tiránico» termina una vez que ha paralizado a los individuos y el «terror revolucionario» acaba cuando se destruye a la oposición, el «terror totalitario» comienza sólo después de que la oposición ha sido destruida. En esta situación, «el terror ya no es un medio para un fin; se trata de la verdadera esencia del gobierno». La violencia en las dictaduras totalitarias puede volverse no sólo contra los supuestos enemigos del régimen sino contra gente completamente inocente (Gillespie, 1995, p. 244) o incluso contra sus amigos o partidarios (Arendt, 1970, p. 55). McAuley (1992, p. 50) describe el terror estalinista como un sistema completamente arbitrario en el que era imposible saber cómo evitar el arresto ni cuándo podría ser detenido el partidario más comprometido del régimen mientras al más apático se le dejaba indemne; el escritor ruso Ilya Ehrenburg recordaba sobre este periodo que «el destino de los hombres no era como un juego de ajedrez sino como una lotería» (en Schmid, 1983, p. 175). En ambientes

El *genocidio* es premeditado, intencionado y planeado de forma centralizada; tiene como objetivo el exterminio más que la coerción. En su núcleo está la «aniquilación intencional de un grupo» (Straus, 2000, p. 2). Desde esta perspectiva, el genocidio no es ni una mera continuación de la represión severa a través de otros medios ni sólo el asesinato en masa sino un fenómeno de un tipo en conjunto diferente (Straus, 2000; Chalk y Jonassohn, 1990). La deportación violenta, intencional y permanente de pueblos, normalmente en busca de un espacio nacionalmente puro («limpieza étnica»), está guiada por la lógica de la eliminación grupal, aunque la eliminación es espacial en mayor medida que física (Snyder, 2003)[13].

El *exterminio recíproco* es un tipo de violencia que emerge en contextos multilaterales, interestatales e intraestatales en los que ninguno de los actores políticos trata de gobernar a la población a la que tiene como blanco de su violencia; o, dicho de otra forma, los actores políticos tienen intenciones simétricas para exterminar a la «base civil» del otro. Un intento de ese tipo a menudo conlleva la deportación en masa. A menudo, este tipo de violencia está asociado a circunstancias de colapso estatal y a un tipo de guerra que denominaré «no convencional y simétrica» (cap. 4). Ejemplos aparecen en las Guerras de los Balcanes (1912-1913), en la guerra partisana entre polacos y ucranianos durante la Segunda Guerra Mundial, en la Partición de la India y en la Guerra Serbo-croata. En general, no obstante, la violencia exterminatoria tiende a ser más unilateral que recíproca. De hecho, la naturaleza unilateral del genocidio parece ser una regularidad empírica tal que puede formar parte de muchas definiciones (p. e., Chalk y Jonassohn, 1990, p. 23)[14].

El libro se centra en la categoría final, *violencia de guerra civil*. A diferencia de la represión estatal y del genocidio, ésta no es unila-

tan extremos, la violencia puede con facilidad convertirse en un fin en sí misma. Por ejemplo, hacia finales de 1977, uno de los centros de detención más notorios de los militares argentinos, al encontrarse con que la fuente «natural» de «subversivos» se estaba secando, había estado llamando a los directivos de empresas para preguntarles si había alguien que «causase problemas» (Gillespie, 1995, p. 244).

[13] Los movimientos masivos de población deberían distinguirse de la deportación masiva cuando son el subproducto involuntario de la guerra o un producto de ella, pretendido pero temporal (como ocurre en la «evacuación forzosa»). La posibilidad de volver al lugar de uno una vez que la guerra ha terminado ofrece una prueba de fuego para la distinción entre la deportación en masa y los movimientos de población. La dislocación de las masas que no tiene relación con ningún conflicto armado es, obviamente, un tema diferente; se estima que entre 40 y 80 millones de personas han sido físicamente desplazadas en todo el mundo por la construcción de presas (Rajagopal, 2001).

[14] La distinción entre violencia en la guerra civil y «exterminio recíproco» no se solapa con la que hay entre la violencia de las guerras civiles étnicas y no étnicas. En la mayoría de las guerras civiles étnicas hay, al menos, un actor (a menudo, los detentadores del poder) que tratan de gobernar a la población que constituye la base étnica de su oponente. El exterminio recíproco parece ser un subtipo tanto de las guerras civiles étnicas como de las «ideológicas» (Kalyvas, 2002).

teral: se produce por parte de, al menos, dos actores políticos que disfrutan de monopolios de la violencia parciales y/o que se solapan. A diferencia de la producción unilateral de violencia, los individuos que son el blanco tienen la posibilidad de cambiar su apoyo y sus recursos a los actores rivales; esto es posible porque al menos un actor trata de gobernar a la población sobre la que hace blanco más que de exterminarla o deportarla. Este rasgo convierte a la violencia en un proceso con obvias implicaciones estratégicas. En primer lugar, los actores políticos han de anticiparse a la estrategia de sus oponentes y a los efectos probables de su violencia sobre los civiles. En segundo lugar, la violencia no es tan sólo terror de Estado multiplicado por dos; mientras que la violencia practicada de forma unilateral es más o menos una expresión directa de las intenciones de los actores que la inician, en las guerras civiles, ella refleja la interacción estratégica de, al menos, dos actores que están presentes de forma simultánea en el mismo territorio.

4. Conclusión

Este capítulo ha clarificado el terreno conceptual. En él, he ofrecido definiciones que funcionan sobre la guerra civil y la violencia, he discutido sus parámetros, he establecido un conjunto de distinciones conceptuales cruciales y he especificado las condiciones de posibilidad del análisis. El fenómeno investigado es la violencia física intencionada contra los no combatientes que toma la forma del homicidio, en un contexto en el que, al final, un actor trata de controlar a la población. El subconjunto particular que examino es la violencia coercitiva, que se usa para obtener la sumisión popular; un tipo de violencia que tiende a ser estratégica.

II

PATOLOGÍAS

Los muertos son inocentes; el asesino, monstruoso; el entorno político, demente o inexistente.
Peter Gourevitch, *We Wish to Inform You That Tomorrow We Will Be Killed with Our Families: Stories from Rwanda.*

Veinte mil millas y cuatro días después [los oficiales de los Estados Unidos] Krulak y Mendenhall leyeron unos informes radicalmente opuestos [sobre la situación en el Vietnam] en otro encuentro del NSC en la Casa Blanca. «Vosotros dos sí que habéis estado en el mismo país, ¿verdad?», preguntó Kennedy. «Puedo explicarlo, Señor Presidente», dijo Krulak. «El señor Mendenhall visitó las ciudades y yo visité el campo, y la guerra es en el campo».
Neil Sheehan, *A Bright Shining Lie.*

Una de las premisas que han guiado este libro es la de que, pese al gran interés académico y popular en la violencia y la guerra civil y a los espeluznantes y trágicos detalles asociados con ellas, la violencia en las guerras civiles sigue siendo poco comprendida. La bibliografía existente sobre el tema sufre de un buen número de patologías surgidas de la forma en la que se conceptualiza la violencia y de los sesgos introducidos por los historiadores o por la logística implicada en el estudio de las guerras civiles. De forma específica, el estudio de la violencia en las guerras civiles ha de superar, al menos, una conceptualización frecuente y errónea, a la que se hace alusión en esas obras como «locura», además de cinco sesgos comunes: el sesgo partisano (tomar parte), el sesgo político (equiparar guerra y paz), el sesgo urbano (pasar por alto los procesos «desde abajo»), el sesgo selectivo (indiferencia ante la no violencia) y el sesgo sobreglobalizador (trabajar a un nivel de abstracción demasiado alto). En la sección siguiente, identificaré estas patologías, describiré sus efectos y apuntaré a una solución.

1. Locura y «convención sin sangre»

Los informes fundamentales de la violencia política tienden a aglutinarse en torno a dos polos. Uno, rico en lo descriptivo y altamente dramático, se asocia a una visión de la violencia como una patología irracional y atávica, mientras que el otro toma la violencia como un resultado de objetivos estrechamente instrumentales, de un modo que resulta a menudo tautológico. Ambos son insatisfactorios y engañosos.

«Éste es un libro sobre el diablo.» Bill Berkeley (2001, p. 5) comienza su cautivador libro sobre las guerras civiles de África de un modo que envía una potente señal al lector, una señal que pone el acento en la perversión y en la patología profunda. Lo cierto es que las principales percepciones de la violencia política en masa suelen enfatizar las proclividades culturales recurrentes, la aleatoriedad anómica y la irracionalidad anárquica; a la violencia se la despoja de todo significado que vaya más allá de su finalidad y se la equipara a la locura. No sorprende que sean tan frecuentes las invocaciones a *Heart of Darkness [El corazón de las tinieblas]* (p. e., Ignatieff, 1998, p. 5). Dado que la violencia es un síntoma de «patología social», abundan las metáforas médicas: la violencia es una «enfermedad», que es «difícil de predecir» y que entra acompañada de convulsiones, espasmos y ataques[1]. Este conocimiento no es exclusivo de las descripciones periodísticas o de la cultura popular; también puede encontrarse entre las elites bien informadas: Abraham Lincoln dijo que la paz podría llegar a su país, desgarrado por la guerra, porque «las buenas personas habían de recuperar el sentido» (Fellman, 1989, p. 85), mientras que los mediadores internacionales parecían pensar que todo lo que tenían que hacer para acabar con la guerra en Bosnia era «persuadir a las partes en conflicto de la locura que era la guerra» (Silber y Little, 1997, p. 159). De alguna manera, esta idea de la violencia es la versión contemporánea y secular de las antiguas percepciones de la guerra como parte de un plan divino para castigar a los pecadores (Hale, 1971, p. 8).

Las descripciones repetitivas de la violencia, acentuando sus aspectos más grotescos, sustituyen a la emoción por los análisis políticos coherentes. Los principales artefactos retóricos desplegados por muchos observadores y especialistas son el temor y la incredulidad[2].

[1] Greenberg (2001, p. A8), Spencer (1992, p. 264), Leiden y Schmitt (1968, pp. 30-31) y Feldman (964, p. 111). De muchos modos, la comprensión de la violencia corre hoy paralela a la interpretación del conflicto en los años sesenta del siglo XX, que también ponían de relieve factores tales como la irracionalidad y la patología (Coser, 1956).

[2] «¿Cómo fue posible tanta crueldad, tanta muerte?», se pregunta Juliá (1999, p. 11) en el primer capítulo de un reciente volumen colectivo sobre la guerra civil española.

Una consecuencia recurrente es el colapso de la reflexividad. Haciéndose eco de las ideas tradicionales sobre el bandidaje, muchos ejercicios de análisis cultural se unen al discurso público contemporáneo sobre el terrorismo, sustituyendo el dolor, la conjetura y el tópico moral por análisis teóricos y empíricos, sistemáticos y rigurosos. Vinculando la «piedad con la patología» (Loyd, 2001, p. 4), reproducen «historias sensacionalistas de los media, viejos estereotipos míticos y una ardiente sensación de ira moral» (Zulaika y Douglas, 1996, p. ix).

La prevalencia de esta postura no sorprende: la violencia es dramática por naturaleza, «una fuente permanente de fascinación» (Cribb, 1990, p. 14). Dos tendencias adicionales la refuerzan. La primera es la simpatía por las víctimas de la violencia. Las organizaciones pro derechos humanos, principales proveedores de informes detallados de la violencia de guerra civil, tienden a producir un discurso descriptivo de victimización que está «contaminado» por un discurso normativo de condena. Esto está muy bien desde un punto de vista normativo, pero puede resultar fatal desde un punto de vista teórico, puesto que subrepticiamente la condena sustituye a la explicación[3]. La segunda tendencia malinterpreta la descripción de los síntomas de la violencia como su explicación, con lo que se sustituye los efectos por las causas. Tal como señaló Durkheim (1938, p. 110), resulta erróneo explicar los fenómenos sociales haciendo referencia a su manifestación entre los estados de consciencia individual más que a los hechos sociales que los precedieron. Por ejemplo, la observación de que la guerra civil causa victimización o deshumanización civil da origen a menudo a argumentos circulares que postulan el deseo de victimizar o deshumanizar como la causa de la guerra civil (p. e., Onishi, 1999; Prins, 1999). El resultado es el consentimiento para teorizar la complejidad inherente a la violencia y convertirla en una incapacidad elemental para explicarla[4]. No sorprende que esto genere «lecciones» triviales, si no completamente erróneas, sobre la importancia de la tolerancia y la inmoralidad de los odiados bajo la rúbrica omniabarcadora de «inhumanidad del hombre hacia el hombre» (Novick, 1999, pp. 258-259).

Resulta fácil menospreciar estas ideas populares sobre la violencia (p. e., Sadowski, 1998). Queda el hecho de que la investiga-

[3] Considérese la descripción que hace Browning (1998, p. 207) de Goldhagen (1996): sus reivindicaciones «se fundan en el impacto emocional de su narración más que en la comparación real. Ofrece numerosas descripciones gráficas y escalofriantes de la crueldad de los alemanes hacia los judíos y luego, simplemente, le asevera al paralizado y horrorizado lector que tal comportamiento claramente no tiene precedentes».

[4] La posición más extrema se ha llevado a cabo con respecto al Holocausto, al que a menudo se describe como inexplicable. Bauer (2000) ha castigado recientemente con razón esta tendencia como una reducción del Holocausto a un fenómeno relevante para las lamentaciones y la liturgia más que para el análisis histórico.

ción sobre la violencia ha tenido poco impacto sobre las percepciones populares de la violencia. La fascinación y el detalle abundan, pero la comprensión teórica sólida es escasa. A pesar de tener un papel central, la violencia sigue siendo marginal en los estudios de las guerras civiles. A causa de su naturaleza dramática y gráfica, la violencia parece ajustarse mejor a la descripción que a la teoría (de ahí la popularidad del tópico de la «locura») y, en aquellos casos que enfocan directamente la violencia, se tiende a dirigir la atención hacia temas afines, tales como el sufrimiento de las víctimas (Daniel, 1996), las narrativas de la violencia (Gilsenan, 1996), o la memoria colectiva de la violencia pasada (Contini, 1997; Portelli, 1997). Hace treinta y seis años, Leites y Wolf (1970, p. v) hicieron hincapié en que la violencia política en masa era «un tema cuya riqueza de detalles estaba acompañada por una gran pobreza teórica». Pese a los progresos recientes, su juicio sigue siendo en buena medida válido.

En parte, esto se debe a la tendencia que se da entre los científicos sociales a eludir y ocultar los horripilantes detalles que tan a menudo acompañan a las descripciones de la violencia. Ésta es una reacción natural. Tal como Madame Staël (1818, p. 112) anotó en su relato sobre la Revolución francesa, «en buena medida, habríamos de avergonzarnos de nosotros mismos si contemplásemos estas brutales atrocidades lo bastante de cerca como para caracterizarlas en detalle». En ese sentido, se puede decir que la ciencia social está dominada por «convenciones sin sangre» (Kaufman, 2001, p. 3). Allá donde los informes descriptivos ofrecen descripciones directas, detalladas y altamente emocionales de la violencia, los científicos sociales tienden a adoptar informes estrechamente instrumentalistas con un sesgo tautológico. Los sujetos locos son reemplazados por líderes instrumentales capaces de manipular a los miopes ciudadanos e implementar las políticas de violencia para conseguir sus objetivos. Hay una tendencia a decir que la violencia se usa porque «funciona» (Downes, 2004; Valentino, Huth y Balch-Lindsay, 2004).

Como las convenciones sin sangre en el estudio general de la violencia política llevan a menudo a los científicos sociales a evitar entrar en la propia violencia que pretenden explicar, los estudios de las guerras civiles han tendido a pasar por alto el verdadero *contenido* de estos conflictos (Tishkov, 1999, pp. 588-589). La violencia, que se puede sostener que es un rasgo clave de las guerras civiles, es a menudo dejada fuera del análisis. Aunque la violencia criminal y, de forma más reciente, la violencia de los disturbios étnicos, de los pogromos y del genocidio ha estado sujeta a un riguroso escrutinio por parte de las ciencias sociales, la violencia de las guerras civiles sigue siendo un tema mayoritariamente tratado por periodistas y activistas de

los derechos humanos[5]. Entre los investigadores académicos, la violencia de las guerras civiles como fenómeno teórico y empírico coherente (opuesto a la investigación histórica o a las reflexiones puramente abstractas) ha atraído principalmente la atención de antropólogos e historiadores cuyo trabajo es mayoritariamente descriptivo. Los científicos políticos y los economistas, con pocas excepciones, han centrado sus estudios en las causas de las guerras (y de las guerras civiles) más que en su violencia; de igual modo, los estudios del conflicto étnico pocas veces han puesto un foco explícita y sostenidamente teórico sobre la violencia (Brubaker y Laitin, 1998, pp. 425 y 426). Con todo, la guerra civil no es denominada «guerra sucia» *[dirty war, sale guerre, guerra basurienta]* bajo ningún concepto.

2. El sesgo partisano

Si la guerra es la continuación de la política por otros medios, entonces los estudios de las guerras civiles son a menudo una continuación de la guerra por otros medios: «Cuando los cañones callan, toman el relevo las plumas» (Petitfrère, 1981, p. 13). Las guerras civiles tienen la cualidad de ser pegajosas: resultan notorias por ser un pasado que no se va, *ce passé qui ne passe pas*. Esa cualidad de ser pegajosas, reforzada a menudo por sus implicaciones políticas para el presente[6], ha producido una «especialización de combate» por parte de autores que toman parte de forma explícita o implícita y ven el suyo como un trabajo de condena o justificación. Mucho de lo que se ha escrito sobre este tema toma la forma dicotómica de la hagiografía y el anatema (Barrett, 2001, p. 15; Leys y Saul, 1995, p. 2; Ramsey, 1973, p. 3). A veces, los investigadores tienden a asumir las exigencias de los combatientes por la verdad y las reproducen mecánicamente. Muchos escritores, señala David Anderson (2005, p. 10), han estado inclinados a engullir de buena gana la propaganda de la insurgencia Mau Mau y así la han descrito de una forma dicotómica simplista. En su versión más extremada, aunque frecuente, esta tendencia lleva inevitablemente a conclusiones en las que «la gloria es monopolizada por el campo de uno, y el crimen por el del otro» (Petitfrère, 1981, p. 50). Hasta el lenguaje aparentemente descriptivo tiende a contaminarse por el partisanismo (Rubio, 1999, p. 20). De hecho, el estudio

[5] El reciente trabajo de las ciencias sociales en varios tipos de violencia incluye a Wilkinson (2004), Downes (2004), Straus (2004), Valentino *et al.* (2004), Verwimp (2003), Varshney (2002) y Petersen (2002).

[6] Tal como dice Rohde (2001, p. 46) acerca de la búsqueda atrozmente exhaustiva de víctimas de la masacre en Srebrenica, «sencillamente, cuántos sean es una cuestión decisiva. El poder de los cuerpos es que ellos controlan cómo se contará la historia».

de la violencia es a menudo el coto de polemistas comprometidos en discusiones de crueldad comparativa, desde posiciones rivales. Se piensa que mostrar que una facción fue más violenta que la otra absuelve a la menos violenta (Reig Tapia, 1990, p. 11). A veces, uno puede encontrar una división del trabajo según la cual las atrocidades de una parte son estudiadas por «expertos» partisanos de la otra (p. e., Casas de la Vega, 1994; Reig Tapia, 1990). Obviamente, el sesgo partisano tiene una implicación importante para el estudio científico social de la violencia puesto que se trata de uno de los principales a la hora de contribuir a la contaminación de los datos existentes[7].

Este sesgo a menudo se desborda más allá de las partes implicadas de forma directa en el conflicto. Los *mass media* internacionales son proclives al partisanismo porque su formato anima a la producción de historias con guiones cortos, sin ambigüedades y pulcros, repletos de héroes y villanos (Khan, 1998; Jonassohn, 1998). Tampoco elude el reproche la investigación de tipo académico. Las simpatías revolucionarias y las predilecciones por la contrainsurgencia dan color a buena parte de los trabajos sobre el tema. Gérard Prunier (1995, p. 157) da cuenta de cómo «la mayor parte de los especialistas extranjeros en [Ruanda y Burundi], o bien han sido contaminados, o, al menos, se acusan entre sí de haber estado contaminados por la demonización de los hutus o por el odio a los tutsis», mientras que Fredrik Barth (1994, p. 24) condena lo propensos que son algunos antropólogos a convertirse a sí mismos en «abogados y defensores de algunos grupos étnicos y de sus reivindicaciones». Esto se ve con claridad en la valiente autocrítica de un antropólogo que estudiaba la guerra civil salvadoreña: «En esta atmósfera de Guerra Fría, me resultaba difícil percibir y representar a los campesinos revolucionarios salvadoreños como algo

[7] Un ejemplo de los efectos de largo alcance y dañinos del sesgo partisano se puede ver en las cifras oficiales de víctimas para los conflictos. Las cifras de víctimas tienden a ser puntos apreciados que se usan en las reclamaciones de la propaganda en competencia (Rohde, 2001; Okey, 1999); los números se hacen canónicos y, por ello, difíciles de ser revisados; cualquier intento de hacerlo puede ser fácilmente descrito como una forma de desafiar el sufrimiento real de las víctimas en la memoria de su comunidad o de sus representantes. El número de «desaparecidos» en Argentina durante la «Guerra Sucia» se estimó al comienzo en 100.000 personas, pero finalmente se estabilizó en la cifra canónica de 30.000 (p. e., Tarnopolsky, 1999), lo que es probable que sea una sobrestimación (Snow y Bihurriet, 1992, p. 361). La duradera proclama del Gobierno argelino de que la Guerra de Independencia costó las vidas de un millón y medio de argelinos sigue siendo canónica, pese a que un cuidadoso análisis demográfico muestra que tanto esa proclama como la de los críticos con el Gobierno que dice que 150.000 colaboradores argelinos con los franceses fueron masacrados en 1962 son tremendas exageraciones (Meynier y Vidal-Naquet, 1999, citando la investigación de Mohammed Harbi y Charles-Robert Ageron). La cifra canónica para la Guerra de Bosnia (200.000 víctimas) partió en 1993 del Ministerio de Información Bosnio (T. Allen, 1992, p. 21) y parece poco probable que vaya a ser revisada pronto. De igual modo, las proclamas sobre la magnitud del desplazamiento y los flujos de refugiados tienden a ser distorsionados por consideraciones políticas (Dale, 1997, p. 82).

menos que víctimas inocentes, en el peor de los casos, o como nobles resistentes, en el mejor. La perentoriedad de documentar y denunciar la violencia de Estado y la represión militar no me dejó ver la violencia cotidiana de mutua aniquilación, que enredaba a los guerrilleros y socavaba su solidaridad interna» (Bourgois, 2001, p. 28).

Investigaciones por parte de las organizaciones de derechos humanos fracasan a menudo a la hora de evitar dos formas de partisanismo. En primer lugar, no siempre evitan la tentación de decantarse por una parte (Peterson, 2000, p. 213; Le Pape, 1999; Stoll, 1999; Prunier, 1995); a veces, caen presas de actores políticos que los manipulan (Hedges, 2003, p. 36) y, a veces, exageran conscientemente la cantidad de sufrimiento para conseguir un resultado político deseado (R. Cohen, 1994). A menudo, hacer hincapié en los derechos de las minorías provoca que las ONG pasen por alto la victimización de miembros del grupo mayoritario (Tishkov, 2004, p. 9). Un problema relacionado es el de ver a los civiles como objetos más que como agentes. Los campesinos guatemaltecos tendían a describir la guerra civil como «algo en lo que las comunidades campesinas se veían atrapadas pero no como algo hecho por ellas» (Warren, 1998, p. 93). «Los aldeanos eran, como siempre, las víctimas de luchas de otros más que el elemento activo de la lucha en sí misma», señala un antropólogo refiriéndose a la experiencia de una aldea griega durante la guerra civil de aquel país (Du Boulay, 1974, p. 237). El término «marioneta», usado para describir al ejército colaborador durante la ocupación de China y, en otras partes, en situaciones similares, resulta muy eficaz (p. e., Thaxton, 1997; Wou, 1994; Henriksen, 1983, p. 89). No obstante, una opinión así niega que haya también «instigadores» cuya participación es esencial para transformar la animosidad en violencia (Kakar, 1996, p. 151). En segundo lugar, dado que los que realizan trabajos de campo son vulnerables al sufrimiento humano, a veces, reproducen los testimonios de las víctimas sin someterlos a crítica; una corriente reforzada en la antropología por el alejamiento de la explicación y la búsqueda de «significado». Como resultado, «la cuestión de la verdad no recibe demasiada atención en los numerosos libros sobre trabajo de campo que han aparecido en las últimas tres décadas» (Robben, 1995, p. 96).

Una forma muy extendida de sesgo partisano es el romanticismo revolucionario. François Bizot (2003, p. 21) describe cómo los intelectuales franceses asumieron de forma automática que la insurgencia de los jemeres rojos en Camboya era una «rebelión popular independiente y espontánea» y cómo los periodistas franceses desdeñaban por completo sus propias observaciones directas del conflicto cuando éstas no cuadraban con sus ideas preconcebidas. S. P. Mackenzie (1997, pp. 1-2) se refiere, de forma más general, a «un mito fundacional, a

una tendencia a acentuar lo positivo, lo desinteresado y lo heroico en el contexto revolucionario a la hora de legitimar un conjunto particular de creencias sociales». Añadirá que, «en su raíz, se trata de un cuento moral en el que las fuerzas de la luz vencen *ipso facto* a las fuerzas de la oscuridad». La imagen especular del romanticismo revolucionario puede encontrarse en la gran cantidad de estudios de la contrainsurgencia con sus estereotipos de terror revolucionario. Jeffrey Sluka (1989, p. 303) reprobará a la bibliografía de la contrainsurgencia y el terrorismo por estar escrita desde la perspectiva de aquellos que combatían a los insurgentes y por asumir que aquellos que combatían a los guerrilleros eran inherentemente morales y que los insurgentes eran inherentemente inmorales.

El partisanismo puede ser extremadamente resistente al paso del tiempo, tanto porque las fuentes contemporáneas al conflicto están sesgadas como porque las pasiones duran más que el conflicto. Acontecimientos de gran calado, tales como la masacre de protestantes en París, en 1572, conocida como la Matanza de San Bartolomé, la guerra civil en la Vendée durante la Revolución francesa o la guerra civil rusa siguen siendo controvertidas hasta hoy día (Jouanna, 1998, p. 1262; J.-C. Martin, 1998, p. 7; Brovkin, 1994, pp. 3-4; Petitfrère, 1981, p. 13). En suma, el partisanismo está omnipresente. Prunier (1995, p. 157) lo explica como una expresión de nuestra «maniquea fascinación por el bien y el mal» y por «nuestra necesidad compulsiva de tomar partido».

Algunos autores creen que la distancia intelectual es, o bien imposible, o bien poco deseable (Reig Tapia, 1990, pp. 13-14). Esta perspectiva es la que sugiere el *dictum* de Ranajit Guha (1999, p. 108) sobre la interpretación de la insurgencia campesina en India: ésta sólo podría reflejar el punto de vista tanto de los gobernantes como de los rebeldes… o de los que el historiador piensa que son los gobernantes o los rebeldes. Algunos antropólogos han requerido de forma explícita a investigadores para que actúen como intermediarios, para prestar sus voces en nombre de las víctimas del terror, para convertir las monografías en lugares de resistencia y actos de solidaridad. No hacer eso, señalan ellos, es un acto de indiferencia y, en último término, de hostilidad (Falla, 1994; Scheper-Hughes, 1992). No obstante, tal como señaló Durkheim hace mucho tiempo (1938), los científicos sociales no pueden ser acusados de desear acabar con el crimen o ser desprovistos de todo sentido moral sólo porque lo estudien como un fenómeno sociológico y lo sometan a un «análisis frío y seco». Más que implicar relativismo moral, esta posición plantea la formulación de juicios morales como resultados más que como precondiciones de la investigación. En palabras de Browning (1993, p. xx), «explicar no es excusarse; comprender no es perdonar».

Resulta difícil ofrecer una razón mejor en favor de la distancia que la cita de la experiencia de William Finnegan (1992, pp. 262-263) en Mozambique: «Uno de los primeros antiguos cautivos de la Renamo que entrevisté… rechazó, de forma sutil pero firme, demonizar a sus captores y me sorprendí de encontrarme a mí mismo irritado y hasta con cierta repugnancia a causa de su reticencia y a causa de la "equivalencia moral" entre las dos partes que yo pensé que implicaban sus descripciones tristes, tranquilas y apolíticas de la guerra. Posteriores entrevistas con otros cautivos y *deslocados* de la antigua Renamo tan sólo añadieron más elementos a mi confusión, pues continué obteniendo una descripción ambigua y mucho más matizada de la guerra de lo que esperaba encontrar».

3. El sesgo político

El combate armado entre enemigos políticos, sugiere Carl Schmitt (1976, p. 33), es el polo opuesto de la rivalidad «normal». Tal como observó Mao Tse-tung (en Bruno Shaw, 1975, p. 223), «la guerra tiene sus propias características particulares y, en este sentido, no puede ser equiparada con la política en general». Describiré como «sesgo político» el fracaso a la hora de reconocer la distinción fundamental entre rivalidad política en paz y combate armado; o, dicho de otro modo, la combinación conceptual de las guerras civiles con la política regular. Contribuyendo a una fundamental caracterización errónea de la guerra civil, este fracaso sesga el análisis.

Las políticas de las guerras civiles son a menudo tratadas exactamente como si fueran políticas «normales» pacíficas, más que como situaciones profundamente afectadas y conformadas por la guerra. Para muchos autores, las guerras civiles son sólo un tipo diferente de proceso electoral. Mientras que los soldados (y muchos historiadores militares) describen la guerra civil como, en su mayor parte, una cuestión de táctica, de técnicas y de potencia de fuego, mientras fracasan a la hora de dar cuenta de su naturaleza política y social, la mayoría de los científicos sociales enfatizan típicamente los aspectos políticos, pero pasan por alto la importancia del proceso militar. Como consecuencia, descuidan una institución crucial que da forma al contexto social y económico, que estructura la política, que define los actores políticos relevantes y sus estrategias, y determina los incentivos y el comportamiento individual. La guerra es un entorno social y político esencialmente diferente de la paz en, al menos, dos modos cruciales: primero, conlleva más compulsión y menos consentimiento; segundo, los premios son incomparablemente más elevados para cada uno de los que están implicados. Una cosa es votar

por un partido político y otra muy distinta luchar (y posiblemente morir) por él.

La contribución clave de la guerra es la primacía de la violencia como recurso, «la ecuación virtual de poder y daño» (Berry, 1994, p. xix). Para Mao Tse-tung (en Bruno Shaw, 1975, pp. 223-224), «la política es la guerra sin derramamiento de sangre mientras que la guerra es la política con derramamiento de sangre». La guerra civil provoca la polarización, introduce incertidumbre, altera las expectativas. «Las expectativas normales se colapsaron», escribía Michael Fellman (1989, p. xvi) sobre la guerra civil americana en Misuri, «para ser reemplazadas por un caos personal y cultural que sumía en el terror y la perplejidad. Los modos normales en los que la gente resolvía sus problemas y canalizaba su comportamiento habían sido destruidos... La gente común, tanto los civiles como los soldados, quedaron atrapados por la guerra de guerrillas en un paisaje social en el que casi nada seguía siendo reconocible ni seguro».

4. El sesgo urbano

Los estudios de la violencia de guerra civil son realizados por intelectuales urbanos a pesar del hecho de que la mayoría de los conflictos civiles se luchan, ante todo, en áreas rurales por parte de ejércitos mayoritariamente campesinos. Lo cierto es que las guerras civiles se describen, por lo general, como guerras «en las aldeas», «en las colinas», «en las montañas»[8]. De ahí que la violencia tienda a situarse de forma desproporcionada en el campo[9]. Con todo, estas guerras tienden a ser vistas a través de unas lentes pesadamente urbanas, tanto por los especialistas como por los que las llevan a cabo; y, como ha señalado James Scott (1977b, p. 4), «hay un deslizamiento sistemático entre las ideas políticas tal como se entienden en la ciudad y tal como se practican en la aldea». Nótese la observación siguiente procedente de Vietnam. «Saber lo que había de hacerse requería un conocimiento de las circunstancias en el nivel del pueblo y la aldea que nadie podía adquirir sentándose en una capital de provincia o en

[8] Petersen (2002, p. 238), Derriennic (2001, p. 170), Geffray (1990, pp. 114-115), Ziemke (1964, p. 194) y R. Berman (1974, p. 33).

[9] Por ejemplo, el 95 por 100 de la violencia en la guerra civil salvadoreña ocurrió en áreas rurales (Comisión para la Verdad, en Wood, 2003). Hay excepciones a este patrón, desde luego. La violencia en Irlanda del Norte es dos veces más probable que golpee en áreas urbanas, como opuestas a las rurales, aunque, dada la distribución de la población, el riesgo de ser asesinado en un área urbana y en una rural es más o menos el mismo (Poole, 1990). La violencia urbana era común en países como Líbano (M. Johnson, 2001), Liberia, Sierra Leona y Congo (Harkavy y Neuman, 2001, p. 210). La mayoría de las guerras civiles, no obstante, se lucharon en el campo, por razones que se desarrollarán en los capítulos 4 y 5.

una ciudad de un distrito o mirando hacia abajo desde los helicópteros. No era sólo ya que te perdieras mucho de esa forma, volando lo bastante alto como para evitar a los francotiradores sino, lo que es más importante, muchas partes de la región las visitabas sólo en raras ocasiones. Se trataba tan sólo de que no había muchos vuelos de helicópteros» (Ellsberg, 2003, p. 118). Más que una pequeña referencia, bien a la ausencia del campo en muchos estudios, bien a las inferencias erróneas sobre él, el sesgo urbano es un término que se refiere a la tendencia más general de interpretar las guerras civiles de forma descontextualizada y únicamente de arriba a abajo[10].

La experiencia y la perspectiva de la gente ordinaria está extraordinariamente ausente de buena parte de la bibliografía de las guerras civiles; en especial, de las obras teóricas. Pese a expresar su interés por los campesinos, la mayoría de los estudios de las revoluciones de base rural se centran en la elites (Horton, 1998, p. 311; Collier, 1987, p. 13; Kriger, 1992, p. 27). En este sentido, la bibliografía sobre las guerras civiles sigue y amplifica la tendencia más general de dejar de lado lo que J. Scott (1977b, 1977c) denomina la «pequeña tradición» en favor de la «gran tradición». Incluso movimientos de éxito de base rural tienden, tras su victoria, a producir historias oficiales que degradan o purgan sus orígenes rurales (Thaxton, 1997, p. xvi). A veces, esto puede provocar que guerras enteras caigan en la oscuridad. Hasta hace poco, señala Bruce Calder (1984, p. xvii), la insurgencia contra la ocupación estadounidense de la República Dominicana (1916-1924) estuvo «cubierta por la oscuridad histórica porque ni los norteamericanos ni los dominicanos habían escrito más que unas pocas líneas sobre la guerra. Aquellos que lo hicieron, por lo general, rechazaban a los guerrilleros como bandidos y a la guerra como un evento de corta vida». La razón está en que los guerrilleros eran campesinos prácticamente analfabetos y sus testimonios quedaron durante mucho tiempo sin ser escritos. A la inversa, los dominicanos políticamente conscientes y cultos de la época, incluso aquellos que se opusieron a la ocupación, aceptaron, por lo general, la tesis del bandidaje, por culpa de la falta de información. Tras la guerra, los historiadores dominicanos, miembros del *establishment* intelectual liberal, le prestaron poca atención a la guerra de guerrillas y dedicaron sus energías a documentar la protesta intelectual y política de su propia clase (Calder, 1984).

[10] El sesgo urbano, desde luego, no se limita a las guerras civiles. Hay una larga tradición de explicar la política rural usando categorías oscuras como «tradición» o «conciencia política reaccionaria» (Boswell, 1998, p. 56; Swedenburg, 1995). El estudio de la represión estatal, de igual modo, aparece sesgado por una perspectiva demasiado urbana (Kuromiya, 1993, p. 222).

El sesgo urbano está causado, ante todo, por el prejuicio y lo costoso de la información. En primer lugar, hay una larga tradición de interpretar la violencia rural como una manifestación de primitivismo (p. e., Finley, 1994, p. x). Esta tradición pasó rápidamente a las guerras civiles, asistida por una interpretación (partidista) de los insurgentes rurales como bandidos. Los republicanos franceses describieron la Vendée insurgente como «un país doscientos años por detrás de la Revolución» (Dupuy, 1997, p. 145), y los periodistas parisinos se hicieron eco de ellos al describir a los habitantes del sur contrarrevolucionario como «caníbales y salvajes, cubiertos de sangre de la cabeza a los pies» (Cobb, 1972, p. 52); la «mente asiática» y otros clichés sobre Asia «dignos de las más flojas guías turísticas» se convirtieron en una «explicación» común para la violencia insurgente en Vietnam y Camboya (Bizot, 2003, p. 34; Schell, 1967, pp. 56-57); interpretaciones de la violencia en las guerras civiles africanas se refieren típicamente a «hombres enloquecidos y salvajes sin cerebro» (Richards, 1996, p. xx).

Combinada con el énfasis dominante en los aspectos culturales y rituales de la violencia, esta tendencia llevará a serias malinterpretaciones. Por ejemplo, se encuentra un número sorprendente de interpretaciones barrocas de comportamiento que pueden explicarse en términos más sencillos y universales. El ver los toros desde la barrera, el beneficiarse sin implicarse o el *attentisme**, expresiones todas que tienen en común la aversión al riesgo durante las guerras civiles causada por un deseo de supervivencia, se interpretan como el resultado de extrañas costumbres locales. En Vietnam, este comportamiento no comprometido se vio como algo que procedía de la doctrina tradicional confuciana y que fue apodado «el deseo del cielo» (Fitzgerald, 1989, pp. 29-31). Geoffrey Robinson (1995, p. 2) apunta cómo la violencia política en Bali era explicada por algunos autores «como la consecuencia de un deseo "balinés" de raíz religiosa de librar a la isla del mal y de restaurar un equilibrio cósmico. El frenesí con el que se llevó a cabo fue atribuido a tendencias esquizofrénicas en el "carácter balinés" y a una predilección cultural por entrar en trance. Los análisis del conflicto violento de 1965-1966 como un problema político con orígenes históricos han estado visiblemente ausentes». La rampante bibliografía de las denominadas nuevas guerras civiles (Kaldor, 1999; Enzenberger, 1994) no es sino la última manifestación del sesgo urbano (Kalyvas, 2001).

Los habitantes de Sarajevo experimentaron la amarga ironía de su propio prejuicio urbano cuando la guerra los golpeó en casa. Tal como uno de ellos recordaba: «Hace años, leeríamos sobre las cosas terribles que pasaban en Líbano. "¡Ya sabes! Es Oriente Medio", diríamos, "¡Son unos animales!" Ahora decimos: "¡Por supuesto que se están matando en Krajina! ¡Es la antigua frontera militar! ¡Ésos son agresivos y primitivos!" Puede que la semana próxima estemos diciendo: "¡Oh, eso! ¡Eso es el *Nuevo* Sarajevo, ya sabes cómo es esa gente!" ¿Qué diremos cuando sean nuestro vecinos de al lado los que se estén matando?» (en Hall, 1994, p. 236).

* Término francés para el español «contemporizar». *[N. del T.]*

El prejuicio urbano es, por supuesto, tan obstinado como el romanticismo urbano. La literatura está llena de vaivenes descriptivos que van desde el «salvaje rural» hasta el «noble rural» y desde el brutal desalmado hobbesiano al noble defensor tolstoiano (Starn, 1998, p. 226). Los campesinos contrarrevolucionarios de la Vendée fueron descritos por los autores monárquicos como gente excepcional de un candor primitivo (Dupuy, 1997, p. 141; Petitfrère, 1981, p. 87); la gente de ciudad de Camboya «que aborrecía el arado, la tierra, los bosques de palmas y los animales domésticos y a la que no le gustaba la vida rústica al aire libre de los aldeanos idealizó a los campesinos jemeres como un estereotipo de revolución perpetua: un modelo de simplicidad, resistencia y patriotismo» (Bizot, 2003, p. 61); y escritos muy anteriores sobre la insurgencia de Sendero Luminoso en Perú proyectan a los insurgentes como rebeldes primitivos de un mundo «no occidental» o, en el exotismo sensacionalista de un periodista británico, como hijos del «mundo mágico de los indios» (Starn, 1998, p. 233).

La segunda causa del sesgo urbano es lo costoso de la información. El acceso al campo tiende a ser difícil si no imposible (p. e., Hamilton-Merritt, 1993, p. xii). Más aún, dado que los lugares de la violencia son considerablemente difíciles de estudiar, los trabajos etnográficos sobre las guerras civiles son poco frecuentes (p. e., Wood, 2003; Nordstrom, 1997). Las restricciones son muchas. Jeffrey Sluka (1989, p. 3) señala que «la situación de conflicto entre comunidades étnicas polarizadas en Belfast no permitía un estudio que se basase en una observación participativa al mismo tiempo en una comunidad católica y en una protestante». Más aún, el peligro inherente a las guerras civiles hace que la gente recele de los extraños y, por ello, sea reticente a transmitir información o a ser franca (Race, 1973, p. xii). Una mujer de Mozambique respondía así al ruego de ser entrevistada: «Tenemos miedo. Yo no voy a decir nada. Todo lo que ocurre aquí lo acaba conociendo el vecindario muy fácilmente. Esto (la petición de dar una entrevista) da terror» (Chingono, 1996, p. 138). A menudo, los periodistas tienen éxito a la hora de conseguir el acceso, pero tienden a carecer de un conocimiento profundo de la región. Un periodista americano que estaba investigando una matanza en Cachemira recuerda que, mientras estaba entrevistando a unos aldeanos, éstos empezaron a discutir entre sí. Su traductor se inclinó sobre él y le susurró: «Es-

tán debatiendo si para el bien del pueblo es mejor mentirte o no y, si es así, cuáles son las mentiras correctas que hay que decirte» (Bearak, 2000, p. 30).

Cuando resulta posible, el acceso puede depender de la lealtad política demostrable hacia el régimen en el poder o hacia la organización insurgente que tiene el control, y estas «tareas en el monte» sirven a menudo como «propaganda para sus respectivos *sponsors*» (Kriger, 1992, p. 7). Como resultado, la mayoría de los observadores se apiñan en las ciudades. La Guerra de Bosnia fue cubierta en su mayor parte desde Sarajevo, «que distrajo a los periodistas de gran parte de lo que estaba pasando en otros sitios» (Loyd, 2001, p. 179). La imagen del mundo de lo que estaba pasando en Mozambique, señala Geffray (1900, p. 19), reflejaba «las opiniones de la elites urbanas, de los intelectuales nacionales y de los extranjeros que viven en Maputo, la capital de Mozambique, y en las grandes ciudades de provincias. Los periodistas no pueden investigar [la guerra] sobre el terreno y los media internacionales reproducen la información y los análisis producidos en estos círculos». Los periodistas y otros observadores sobre el terreno carecen a menudo de las habilidades lingüísticas y de la comprensión local que se necesitan y, en su lugar, se fían de las elites tanto para su información como para sus interpretaciones. «Pese a la presencia de algunos "veteranos de Vietnam" durante mi servicio militar en Vietnam», recuerda Race (1973, p. x), «ni un solo miembro de la prensa extranjera hablaba vietnamita y, a consecuencia de ello, toda la producción de la prensa extranjera tenía que ser filtrada por la limitada parte de la sociedad vietnamita que hablaba lenguas occidentales». Lo mismo es válido para muchos participantes en el conflicto: «Para la mayoría de los americanos en Vietnam», recuerda Herrington (1997, p. 39), «la dinámica del dilema de los aldeanos vietnamitas era imposible de captar y las barreras para entender planteadas por las diferencias culturales entre nuestros dos pueblos eran insuperables».

Como resultado, la información sobre el campo tiende a ser escasa y engañosa. La insurgencia malaya parecía un «laberinto desconcertante» (Crawford, 1958, p. 180); Vietnam era una «pesadilla kafkiana para cualquiera que buscara hechos. Hasta los datos más simples, la población de una provincia, por ejemplo, eran imposibles de conseguir. Además de eso, la mera falta de estadísticas hará que domine una información ofuscada... Las falsedades consistían, por un lado, en mentiras nacidas de los acontecimientos mismos: el informe parcial, el rumor incierto, el relato contradictorio» (Pike, 1966, p. viii). La guerra civil argelina «ha estado envuelta en misterio desde que comenzó a principios de 1992; una guerra oculta por diversas capas de oscuridad» (Peterson, 1997b); «visto desde cualquier ángulo, Irlanda del Norte es un lugar de espejos. Los mensajes políticos

se distorsionan y se refractan por parte de grupos e intereses enfrentados» (M. Smith, 1995, p. 227). F. A. Voigt (1949, pp. 167-169) habla de «un reino del crepúsculo fundiéndose en la oscuridad que desafía a cualquier investigación, tanto privada como oficial»; éste añade que, durante la guerra civil griega, «la mayoría de las masacres perpetradas en Grecia siguen siendo desconocidas para el mundo exterior. Incluso en Grecia, hay muchas que nunca llegarán a ser conocidas más que a nivel local...; de muchas masacres sólo se les oye hablar a testigos visuales de forma casual y mucho después del hecho». Carolyn Nordstrom (1997, p. 44) refiere cómo le ocurrió que se tropezó en Mozambique con una ciudad bastante grande pero, para entonces, destruida, en la que acababa de ocurrir una masacre y cómo esta masacre nunca fue revelada en ningún informe; un campesino le dijo (1997, p. 48): «Puede que muchas de las personas que fueron asesinadas lo fueran por otra gente y por otras razones distintas a las que se han dicho».

La invisibilidad del campo apenas acaba con la guerra: muertes, desplazamientos masivos y represión dificultan la investigación. La gente a menudo quiere olvidar y que la dejen en paz para reconstruir sus vidas destrozadas. Más aún, los especialistas, por lo general, tienden a evitar el trabajo de campo intensivo en el medio rural que se requiere. Un especialista de Colombia (Ramsey, 1973, p. 3) concluye que «la violencia, un fenómeno unánimemente rural que generó relativamente pocos documentos escritos, requiere un esforzado trabajo de campo de un tipo no practicado por muchos escritores sobre el tema». No es casualidad que uno de los conflictos que se han estudiado con más intensidad sea el de Irlanda del Norte: un país angloparlante con buenos hoteles, un paisaje agradable, un clima templado, una sabrosa cocina local y, lo que es lo más importante, un nivel de peligro no demasiado alto, por lo que ofrecía la excitación de estar en una «zona de guerra» con una probabilidad de ser víctima de una batalla que está muy por debajo de la de morir en un accidente de tráfico en la mayoría de los lugares (M. Smith, pp. 225-226).

Sumada a ésta, está la tendencia de algunos investigadores a minimizar el impacto de los conflictos pasados. Incluso los antropólogos, que están inmejorablemente situados para observar y estudiar la forma en la que las guerras civiles se llevan a cabo sobre el terreno, a menudo se abstienen de hacerlo. Ellos «tradicionalmente se han acercado al estudio del conflicto, a la guerra y a la agresión humana desde la distancia, ignorando las duras realidades de las vidas de la gente» (Clastres, 1999, p. 5; Green, 1995, p. 107; Nagengast, 1994, p. 112). Robinson (1995, p. 8) anota cómo la famosa obra *The Interpretation of Cultures* de Clifford Geertz, que contiene al menos tres artículos específicamente sobre Bali y que se publicó en 1973, dedica tan sólo

una frase a las masacres que tuvieron lugar tan sólo ocho años antes y costaron las vidas a cerca del 5 por 100 de la población de la isla.

El sesgo urbano es un problema serio porque distorsiona los datos y las conceptualizaciones de la dinámica de la guerra civil; tiende a privilegiar las fuentes escritas, las perspectivas «de arriba a abajo», las motivaciones ideológicas o normativas de los participantes y las identidades y las elecciones fijas y sin cambios por encima de las fuentes orales, de las perspectivas «de abajo a arriba», de las motivaciones no ideológicas de los participantes y de las identidades y las elecciones fluidas. En primer lugar, hay una relación inversa entre el tipo de sociedades en las que la guerra civil tiene lugar y el tipo de sociedades que producen, preservan y hacen accesibles los documentos escritos. De ahí que una confianza exclusiva en las fuentes escritas introduce un sesgo. A menudo, las únicas fuentes disponibles son los documentos gubernamentales, que tienden a centrarse en la violencia rebelde y a ignorar la violencia de los que detentan el poder (Fellman, 1989, p. 189). Más aún, la exclusiva confianza en las memorias publicadas puede resultar un factor distorsionador porque aquéllas tienden a ser producidas por habitantes de ciudades y elites con la educación y los recursos suficientes como para dedicar tiempo a la escritura y cuya opinión de la gente del campo está teñida de prejuicios (Hobsbawn, 2001, p. xvii). De acuerdo con Barrington Moore (1966, p. 480), «el intelectual descontento, con sus exámenes de conciencia, ha atraído la atención de un modo por completo desproporcionado respecto de su importancia política; en parte, porque estos exámenes de conciencia dejan tras ellos documentos escritos y también porque aquellos que escriben historia son en sí mismos intelectuales». Por ejemplo, la mayoría de las memorias y de las crónicas de la guerrilla española contra Napoleón fueron producidas por elites urbanas profrancesas, por los *afrancesados*, más que por los guerrilleros que, en su mayoría, eran campesinos (C. Schmitt, 1992, p. 209). Los muertos, por su parte, tampoco pueden escribir memorias (Wickham-Crowley, 1990, p. 204). Dado que los movimientos de base rural y los campesinos no suelen dejar tras de sí muchas fuentes escritas, sus acciones son pasadas por alto (Brovkin, 1994, p 127) o imputadas a otros actores a los que se ve como representándolos o manipulándolos, según las preferencias políticas del autor (Dupuy, 1997, p. 266). De hecho, las investigaciones que acentúan las «narraciones no autorizadas», tales como las canciones o los recuerdos orales, descubren a menudo una disyunción entre las actitudes atribuidas a la gente común y las reales (McKenna, 1998, p. 279).

Una segunda manifestación del sesgo urbano es el énfasis en las perspectivas «de arriba abajo» que hacen hincapié en la alta política y en las interacciones de la elite (Bax, 2000; Tone, 1994, p. 6). Dado

que fragmentan el espacio, las guerras civiles son procesos que conllevan importantes dinámicas sociales. No obstante, las historias de guerras civiles tienden a carecer de esta dimensión; se las sitúa, por lo general, en el ámbito de la alta política internacional y de la historia diplomática más que en la confusa realidad local (Merrill, 1989, p. 189; Mason y Krane, 1989, p. 193; Tilly, 1964, p. 340). Los historiadores de la guerra civil rusa, señala Brovkin (1994, p. 127), «han estado preocupados por los ejércitos, los cuarteles generales, las líneas de frente y los gobiernos» y han ignorado la guerra bolchevique contra los campesinos en el frente interno, cuya magnitud «eclipsaba con mucho la guerra civil de línea de frente contra los blancos». Los estudios de la Grecia ocupada por los nazis, observa Mazower (1993, p. xvii), se basan en la «asunción imposible de que los desarrollos de época de guerra dentro de la Grecia ocupada se determinaban dentro del ámbito de la alta política. Los embajadores, los generales, los oficiales de misión de categoría superior, los políticos griegos y los líderes de la resistencia atraviesan las páginas en una variedad de colores, de acuerdo con las simpatías de cada autor… Éste es un territorio fértil para las teorías de la conspiración y las épicas heroicas». Sin embargo, hay una diferencia sistemática entre los líderes y los seguidores. George Orwell (1937, pp. 176-177) recalcaba que «una de las analogías entre el comunismo y el catolicismo romano es que sólo la gente con formación era completamente ortodoxa», y Philip Converse (1964, p. 213) apunta a un abismo entre las creencias de la elite y las de las masas y muestra que «las verdaderas motivaciones e ideas de los seguidores pueden tener poco o nada que ver con las creencias distintivas de la elite a la que se apoya».

Un problema relacionado y muy extendido es la propensión a tomar en sentido literal las descripciones de quiénes son y a quién representan estas elites. Consiguientemente, dado que ellas son conscientes de esta propensión, la manipulan. Tanto los periodistas como los especialistas son vulnerables a tales manipulaciones[11]. Finalmente, una versión perniciosa de perspectivas «de arriba a abajo» será la tendencia de los informes posestructuralistas hacia las «metanarrativas» y las «teleologías» que «pueden llevar a un análisis poco correcto, que hará más por mistificar que por iluminar la política de protesta» (Starn, 1998, p. 236). Superar este sesgo requiere el reconocimiento de que lo

[11] La influyente revista de noticias vespertina *Focus on Africa*, del BBC World Service, confiaba en el comentario de Charles Taylor, el líder de los rebeldes liberianos porque, aunque parcial, «se expresaba en un inglés claro y dramático. Sus rivales, por consiguiente, pelearán lingüística y dramáticamente» (Richards, 1996, p. 3). Adams (1994, p. 7) cuenta cómo los políticos congoleños, en los años sesenta del siglo XX, se describían a sí mismos en términos occidentales, tales como «sindicalista radical» aunque sus conflictos eran puramente locales.

local no es lo provincial o lo parroquial sino, más bien, lo social y, lo que es más importante aún, lo empírico. Lo cierto es que la incorporación de la dimensión local al estudio de las guerras civiles descubre casi siempre la pluralidad y la falta de uniformidad de las experiencias y resultados de la guerra civil (p. e., Blackwood, 1997; Richardson, 1997, p. 11); de este modo se introduce una variación que hace a la investigación empírica a la vez posible y fructífera.

En tercer lugar, el sesgo urbano está presente en las explicaciones de las motivaciones que se encuentran fuertemente sesgadas hacia la ideología. Hay un claro sesgo epistemológico, al menos en las tradiciones sociológica e histórica, en favor de la idea de que todos (o casi todos) los participantes en los conflictos están motivados por intereses ideológicos. Dado que los especialistas «urbanos» tienden a estar motivados ante todo ellos mismos por la ideología, a menudo asignan motivos fehacientemente ideológicos a los participantes aun cuando no venga a cuento. Tal como comentaba un oficial francés al hablar sobre la Revolución americana (en Shy, 1976, p. 13): «Hay cien veces más entusiasmo por esta revolución en cualquier café de París que en todas las colonias juntas»[12]. Un historiador de los movimientos fascistas franceses (Jankowski, 1989, pp. ix y xii) incide en que «los protagonistas en el debate se han centrado de forma casi obsesiva en la ideología» hasta la exclusión de la investigación empírica real sobre la dinámica de las masacres. Tales perspectivas tienen como resultado la asunción de que «una ideología fuerte» es una condición previa para la guerra de guerrillas porque «prepara a la población para un esfuerzo de guerra absoluto. La amplia mayoría ha de identificarse con el destino del país contra un enemigo real; de otro modo, ellos no tolerarán grandes sacrificios» (Rohkrämer, 1997, pp. 513-514)[13].

Por supuesto, la ideología sí que motiva a la acción (p. e., M. F. Brown y Fernández, 1991, p. 98); sin embargo, también entran en juego algunas motivaciones adicionales que tienden a ser pasadas por alto de forma sistemática en los informes macrohistóricos. La participación popular en la guerra de guerrillas contra Napoleón en España «no surgió de un patriotismo o una piedad superiores sino de la naturaleza de la sociedad rural de Navarra» (Tone, 1994, p. 7); lo que de-

[12] Shy (1976, p. 13) señala que este oficial estaba completamente comprometido con la parte americana y que, aunque exageraba, «muchas otras evidencias apoyaban la línea de su argumento como para desecharla sin más».

[13] De forma irónica, porque los diversos aspectos del sesgo urbano tienden a darse juntos, el deseo de imputar motivaciones ideológicas a todos los rebeldes campesinos se acompaña a menudo de la tendencia a negar toda racionalidad a la gente que aparece motivada por intereses religiosos, étnicos o «tribales». Esto está estrechamente relacionado con la tendencia a privilegiar la alta política y los factores macrosociales por encima de los factores contextuales y locales.

terminó la elección «provisional y vacilante» de los campesinos macedonios a principios del siglo XX para declararse a sí mismos como griegos o búlgaros «se extendía desde consideraciones financieras, divisiones sociales y política local a animosidades personales, dejando así, como mucho, un pequeño espacio precioso, para las orientaciones "nacionales"» (Livanios, 1999, p. 197); una decisión individual para ponerse del lado de los alemanes o de los partisanos en la Unión Soviética ocupada por los alemanes no estaba determinada por «consideraciones y evaluaciones abstractas de los méritos y deméritos de los dos regímenes ni siquiera por las afinidades o los odios o las experiencias bajo el régimen soviético antes de la ocupación» (Dallin, Mavrogordato y Moll, 1964, p. 336); el porcentaje de aquellos que se unieron a la milicia colaboracionista en Marsella por convicciones políticas se estima, sobre la base (imperfecta) de los documentos judiciales, que estuvo próxima al 5 por 100; otro 5 por 100 se unió bajo la presión de familia y amigos; otro 10 por 100, para beneficiarse de trabajos y privilegios y el resto por razones múltiples y, a menudo, contradictorias (Jankowski, 1989, pp. 123-124).

De hecho, la gente corriente que se ve atrapada en el torbellino de la violencia y la guerra es, con bastante frecuencia, muy poco heroica: buscan salvar su trabajo, su casa, su familia y, sobre todo, su vida (p. e., Butalia, 2000, p. 76). Timothy Snyder (2003) señala que los polacos perseguidos en la Ucrania occidental tendieron a unirse a los partisanos soviéticos cuando vivían en el campo y a los ocupadores alemanes cuando vivían en ciudades: querían sobrevivir o vengarse. Tal como indica Nordstrom (1992, p. 265) sobre Mozambique y Sri Lanka, «mientras que los ideólogos y los (para)militares que llevaban a cabo el conflicto veían la distinción de las partes y la aplicación de lo correcto y lo incorrecto a cada una de ellas como algo que descansaba en el corazón del conflicto, los civiles a menudo tenían dificultades para distinguir las partes, en especial, según consideraciones ideológicas de justo e injusto. Lo cierto es que muchas de las víctimas de guerra –arrancadas del confort y la comunidad, de la familia y de la casa, también a menudo heridas o sufriendo privaciones– no sabrán por qué se ha dado ese conflicto o quiénes son los contendientes».

Las recientes investigaciones sociológicas arrojan más luz sobre la conversión religiosa, una «elección» tan susceptible de ser considerada ideológicamente como las que se hacen considerando la política. Estas investigaciones muestran que la llamada doctrinal (p. e., gente escuchando el mensaje, encontrándolo atractivo y abrazando la fe) no descansa en el corazón del proceso de conversión: en realidad, la mayoría de la gente no se liga fuertemente a las doctrinas de su nueva fe hasta después de su conversión (Stark, 1997). La frecuente endogeneidad de la ideología respecto de la guerra se ve apoyada en muchos

relatos históricos que no restringen sus fuentes a las elites. En la Francia ocupada, «fueron muchos más los *maquisards* que se hicieron comunistas a través de su experiencia en el maquis que los que ya eran comunistas por convicción al comienzo» (Kedward, 1993, p. 153), mientras que, en la Ucrania occidental durante la ocupación alemana, «la experiencia del asesinato directo combinada con el adoctrinamiento político pudo generar luchadores leales e incluso comprometidos entre los campesinos apolíticos» (Snyder, 2003, p. 216). De igual modo, la mayoría de los reclutas del Vietcong no eran revolucionarios comprometidos cuando entraron en la organización sino que hubieron de ser «socializados» y «formados» y de ver «surgir su consciencia» mediante elaborados procesos de entrenamiento político e ideológico; incluso entonces, el compromiso ideológico no tuvo éxito a la hora de materializarse para muchos (Berman, 1974, pp. 75 y 78).

La opinión de que una buena actuación en combate es un indicador de compromiso político es tan problemática como las observaciones que vinculan la adhesión a un movimiento tan sólo a la ideología. Para empezar, muchas de las afirmaciones son interesadas. Las victorias rebeldes se ven como un signo de fuerza moral y de compromiso político, mientras que las derrotas rebeldes se interpretan a menudo como el producto de la traición (Mackenzie, 1997). Un amplio montante de investigaciones muestra que los combatientes están normalmente motivados para la lucha *no* por la ideología o el odio o el miedo sino por la presión de sus iguales y por los procesos que implican estima hacia sus camaradas, respeto a sus líderes, preocupación por su propia reputación con ambos y un impulso a contribuir al éxito del grupo; en resumen, lo que se conoce como «cohesión primaria del grupo»[14]. Incluso cuando están presentes, las motivaciones ideológicas suelen pasar por el filtro de la dinámica que se establece entre los iguales. Finalmente, la guerra ofrece sus propios y poderosos atractivos. Los adolescentes secuestrados para servir a los rebeldes RENAMO en Mozambique desplegaron una elevada moral que, en parte, se explica por la excitación de la vida en los rangos del RENAMO, incluido el acceso a artículos de lujo obtenidos en saqueos y a mujeres (T. Young, 1997, p. 132). Las severas sanciones aseguran que la gente no se mueva, lo quieran o no. La deserción se castigaba, por lo general, con la muerte en la mayoría de los ejércitos, tanto en los regulares como en los irregulares (p. e., Rubio, 1999, pp. 115-116).

Aunque las decisiones para alistarse son, con frecuencia, no ideológicas, su reconstrucción *a posteriori* por parte de los entrevistados es probable que sí que lo sea. Esto es así, como plantea Ivan Ermakoff

[14] Grossman (1995, pp. 89-90), Lynn (1984), Stouffer (1949), Shils y Janowitz (1948) y Marshall (1947).

(2001, p. 4), porque los periodos intranquilos generan, de forma simultánea, una necesidad de acción estratégica no ideológica y una explicación ideológica de esas acciones. El sesgo ideológico se refuerza por la imposibilidad de medir las actitudes y el comportamiento *a posteriori*. Supóngase que una muchacha es obligada en t_1 a unirse a los rebeldes[15]. En t_2, su pueblo es destruido en un ataque indiscriminado del ejército y su familia, asesinada. A resultas de ello, en t_3, ella se compromete de todo corazón con la causa rebelde para vengar a su familia (y también porque no tiene nada que perder). Tras el fin de la guerra (t_4), ella podrá reconstruir su motivación y sus exigencias iniciales y puede llegar a creer con sinceridad que se unió a los rebeldes en t_1 a partir de sus convicciones ideológicas. Un investigador poco sofisticado que reúna este fragmento de información en t_4 estará basando sus conclusiones en una evidencia sesgada. En su estudio sobre la conversión religiosa, Rodney Stark (1997, p. 19) advierte contra esta tendencia: «Sin haber salido y visto a la gente cuando se convertían, podríamos habernos confundido por completo puesto que, cuando la gente describe sus conversiones de forma retrospectiva, tiende a poner el énfasis en la teología».

La cuarta manifestación del sesgo urbano es la asunción de las identidades dadas, fijas e inalteradas, tales como las de «campesino», «católico» o «albanés». Esto promueve una visión de la guerra entre partes claramente demarcadas con bases sociales compactas, estables y leales. En las descripciones de las guerras civiles recientes, «la ideología es nítida, los oponentes son obvios y la lucha tiene lugar entre facciones delineadas que son políticamente reconocibles» (Nordstrom y Martin, 1992, p. 4). Sin embargo, asumir esto plantea algunos problemas. Primero sería que las identidades no son sólo exógenas a la guerra. Por ejemplo, la etiqueta «propietario de tierras» en la China comunista era más un arma política que una etiqueta neutral de clase, que se imponía a menudo a los oponentes locales. Tal como señala Helen Siu (1989, p. 134), la falta de fronteras nítidas entre las etiquetas de clase «hacía que hubiera espacio para la maniobra. Los vecinos y parientes se encontraban a sí mismos trabados en ansiosas negociaciones y acusaciones mutuas». En la isla de Negros, en Filipinas, «"comunista" era un epíteto definido con poca exactitud y de forma muy amplia que podría usarse para legitimar el asesinato de cualquiera» (Berlow, 1998, p. xiii). En segundo lugar, estas identidades pueden ocultar y disfrazar identidades locales que no son tan evidentes para el ojo inexperto (cap. 10).

[15] Todorov (1996, p. 113) refiere la historia de un hombre que se hacía pasar por un miembro de la Resistencia francesa que fue arrestado por los luchadores de esa Resistencia y obligado a matar a un oficial ocupante. «El pseudo *maquisard* fue amnistiado y más adelante se convirtió en un verdadero resistente».

La idea de que las identidades se hallan adscritas de forma más o menos permanente se convierte en un problema a causa de la pronunciada tendencia a inferir las motivaciones directamente de las identidades (Bayly, 1988, pp. 119-120; Perry, 1980, p. 251; Tilly, 1964, p. 7). Estas motivaciones se basan, por lo general, en las reivindicaciones «externas» de los grupos y en la despreocupación respecto a sus muchos conflictos y divisiones internas, tales como género, linaje, clan, edad y posición socioeconómica dentro de la comunidad (Tambiah, 1996, p. 316; Kriger, 1992). Sin embargo, incluso los grupos pequeños, tales como las comunidades campesinas y las aldeas pequeñas, están profundamente divididos (p. e., Lisón-Tolosana, 1983, p. 39). Los estudios académicos comparten a menudo con las «historiografías oficiales» la tendencia a borrar estas inquietantes divisiones internas, «fisuras de clase, actos de traición o iniciativas campesinas que eran independientes del control de la elite» y a suavizar los «mellados bordes del pasado» (Swedenburg, 1995, p. 21; Kedward, 1993, p. 160).

Lo mismo es cierto también para los grupos étnicos, que nunca o rara vez son homogéneos. Estudiando un área de Belfast con fama de «fortaleza del IRA», Sluka (1989, p. 289) llegó a la conclusión de que se trataba, de hecho, de «una comunidad heterogénea y compleja» con una gran mezcla de actitudes políticas y con sólo «una minoría» realmente interesada y políticamente activa. De igual modo, Thomas McKenna (1998) descubrió que la mayoría de los musulmanes filipinos que apoyaron la rebelión separatista musulmana y hasta lucharon en sus filas no estaban motivados por el nacionalismo de sus líderes: no se clasificaban a sí mismos como «moros», que era el término usado por sus líderes para aludir a los ciudadanos de la nueva nación que querían formar y negaban que estuvieran luchando, ante todo, por esta nueva nación. Swedenburg (1995), que estudió las memorias del levantamiento palestino de 1936-1939, destapó recuerdos «colaboracionistas» (de rebeldes palestinos que desertaron y acabaron luchando del lado de los británicos) que contradecían explícitamente la versión ortodoxa del pasado dada por el nacionalismo palestino. Mohand Hamoumou (1993) plantea que las motivaciones que llevaron a grandes cantidades de campesinos argelinos a luchar del lado de los franceses durante la Guerra de Independencia de Argelia eran, ante todo, no ideológicas.

La intuición de que la identidad es algo endógeno a la guerra resulta coherente con el hecho de entender el poder de la ideología como algo que deriva de las rutinas de sumisión (Earle, 1997, p. 8) y que no se encuentra tanto «en el conjunto de motivaciones que crea como en los repertorios de razones que ofrece a los actores para justificar sus acciones» (Ermakoff, 2001, p. 4). También resulta coherente con las quejas recurrentes de los líderes revolucionarios sobre el

bajo nivel de la «conciencia» política de los reclutas campesinos de la guerrilla (Wickham-Crowley, 1991, p. 52)[16].

Queda sin decir que contrarrestar el sesgo urbano no debería hacerse a expensas de ignorar los desarrollos que se producen en los centros urbanos o en el nivel nacional. Lo que se necesita, en su lugar, es una forma de conectar lo local y lo nacional, la vista desde abajo con la perspectiva desde arriba o, por usar la terminología de los historiadores del siglo XVII inglés, la «calle principal» con el «campanario de la parroquia».

5. El sesgo selectivo

Durkheim (1938, p. 40) señalaba que la «morbidez no es del todo antitética respecto de la salud; se trata de dos variedades del mismo fenómeno y cada una tiende a explicar a la otra». Los ejemplos de violencia no pueden ser considerados de forma independiente respecto de los ejemplos en los que no hay violencia. Lo cierto es que los numerosos grandes estudios recientes sobre las guerras civiles (Sambanis, 2000; Fearon y Laitin, 2000) y los disturbios étnicos (Wilkinson, 2004; Varshney, 2002) corrigen este sesgo. Los estudios microorientados tienden a ser, no obstante, particularmente vulnerables al sesgo selectivo, pues, a menudo, se centran en los resultados más violentos y dejan de lado lugares y tiempos relacionados con una violencia más limitada o sin violencia en absoluto.

Otra forma de sesgo selectivo tiene que ver con el actor que perpetra la violencia. Muchos estudios asumen o minimizan la posibilidad de que los insurgentes y no sólo los detentadores del poder tengan como blanco a los civiles (p. e., Valentino, 2004; Downes, 2004; Azam y Hoeffler, 2002; Gulden, 2002). De acuerdo con este enfoque, la victimización civil es sólo una estrategia gubernamental, no una estrategia de la que se valieran los insurgentes. Lo opuesto (enfocar sólo la violencia insurgente) ha sido lo ocurrido con los estudios de la contrainsurgencia (p. e., Hosmer, 1970) pero también con trabajos más recientes (J. Weinstein, 2003). Además de alejar la posibilidad de ex-

[16] Hay muchos informes de que los luchadores insurgentes rara vez discuten sobre política entre ellos (Zimmerman, 2000, p. 192; Rubio, 1999, p. 117; Hart, 1999, p. 264; M. F. Brown y Fernández, 1991, p. 137; Kerkvliet, 1977, p. 229). Las ventas del *Mein Kampf* de Hitler crecieron en Alemania una vez que había aumentado el número de miembros en el partido nazi, no antes; supuestamente, poseer el libro era un distintivo de lealtad más que una herramienta de conversión (Wickham-Crowley, 1991, p. 129). Resulta también que el nexo entre violencia política e ideologías (radicales) es muy tenue incluso en ambientes urbanos, tal como muestra Della Porta (1995, p. 196) en el caso de las organizaciones «terroristas» italianas y alemanas.

plicar la violencia de la parte que se estudia, este problema distorsiona el análisis pasando por alto el crucial proceso de interacción entre los actores rivales.

6. El sesgo sobreglobalizador y los problemas con los datos

Cualquier estudio de la violencia ha de afrontar el espinoso problema de los datos. Más allá de las distorsiones impuestas en la recolección y la interpretación de los datos por parte de los sesgos urbanos y partisanos, los datos sobre la violencia son vulnerables a dos problemas: los indicadores de la violencia política más disponibles tienden a ser poco fiables e inconsistentes en las diferentes naciones y a lo largo del tiempo, y los datos disponibles son demasiado globales. Es probable que ambos problemas sesguen los análisis que confían en medidas cuantitativas disponibles.

Los datos sobre violencia, cuando se dispone de ellos, pueden estar tremendamente distorsionados[17]. Estas distorsiones no parecen ser sistemáticas: a veces, las fatalidades se sobrestiman y a veces se subestiman, dependiendo de los caprichos del proceso de adjudicación entre reivindicaciones partidistas en liza. Se estima que en la guerra civil entre 1980 y 2000, en Perú, murió más del doble de gente de lo que se había creído; 69.000 en lugar de 35.000 (Knight, 2003) y que la operación «Libertad Duradera» en Afganistán puede haber tenido un coste en vidas civiles muy superior a lo que se pensó previamente (Benini y Moulton, 2004). Lo opuesto es probablemente cierto en la guerra civil bosnia, donde estimaciones informadas situaron el número total de víctimas más cercano a las 60.000 que a la cifra de 250.000, en la que cree mucha gente (Kenney, 1995). El redondeo tiende a engordar las cifras: durante mucho tiempo, se creía que las víctimas de la guerra civil española habían alcanzado el millón, una sobrestimación exagerada (Barnstone, 1995, p. 169). Distorsiones semejantes aparecen en muchos otros casos (p. e., Last, 2000, pp. 315-316), aunque probablemente nunca sabremos los números verdaderos de la mayoría de las guerras civiles. Estas distorsiones no sólo afectan al número total de víctimas sino también a la proporción de cada parte. Una revisión reciente a las evidencias disponibles de la violencia en la guerra civil española concluye que la violencia de la derecha fue lógicamente subestimada y la de la izquierda sobrestimada (Juliá,

[17] Lacey (2005), Harkavy y Neuman (2001, pp. 323-324), Tishkov (1999, pp. 580-581), Werth (1998, p. 95), Manrique (1998, p. 221), Licklider (1998, p. 122), Nordstrom (1997, p. 43), Schlichte (1997, p. 6), Della Porta (1995), Cranna (1994), López y Stohl (1992), Mitchell *et al.* (1986), Henriksen (1983) y Westing (1982, p. 262).

1999, p. 410). Los datos distorsionados se introducen en las bases de datos y contribuyen a crear severos problemas de medición sesgada (Dulić, 2004; Davenport y Ball, 2002)[18].

Buena parte de la distorsión resulta del proceso político, pero, incluso en ausencia de éste, los problemas de medición son enormes. Se puede decir que la Guerra de Vietnam ha sido el «conflicto cuyas operaciones más se han investigado en la historia humana» (Fall, 2000, p. 110); con todo, los datos sobre víctimas, en particular, sobre civiles y norvietnamitas, son demasiado poco consistentes como para decir siquiera lo mínimo (Moyar, 1997, pp. 230-241; Thayer, 1985, p. 101). Sencillamente, resulta difícil recoger datos en tiempos de guerra, y no sólo en áreas rurales remotas de cuya relativa invisibilidad ya se ha hablado en el apartado del sesgo urbano. La niebla proverbial de la guerra, configurada por burocracias inoperantes o inexistentes, socava tales esfuerzos. La pura dificultad de la empresa queda sugerida por el descubrimiento de hace unos años de que, a los dos hermanos musulmanes cuyo supuesto asesinato se usó como evidencia en el juicio por crímenes de guerra más publicitado de cuantos llevó a cabo el Gobierno bosnio, se los encontró viviendo en un suburbio de Sarajevo (Hedges, 1997). Desde luego, estos problemas no se limitan a la guerra. Los desastres naturales en los países en desarrollo producen unos recuentos de víctimas muy aproximados. Llevó meses de concienzudo trabajo por parte de una burocracia efectiva de una nación industrial avanzada el producir un recuento de víctimas preciso de los ataques del 11 de septiembre de 2001 o de las inundaciones de 2005 en Nueva Orleans; las estimaciones iniciales fueron tremendamente exageradas y no serían corregidas sino después de un recuento largo, meticuloso y sumamente trabajoso.

Más aún, los datos disponibles tienden a ser demasiado globales y faltos de contexto. La información sobre las circunstancias exactas que rodean la violencia (quién, dónde, cuándo, cómo, por quién) por lo general faltan[19]. Los datos tienden también a separar los ejemplos de violencia de los acontecimientos cruciales que vinieron antes y después de ellos[20]. Estos problemas no son nuevos, tal como señala

[18] En un extraño acto de reconocimiento público, el jefe de la inteligencia de Rhodesia reconoció haber «cocinado los libros» cuando se llegó a las víctimas enemigas y haber «anotado» asesinatos cometidos por las fuerzas de seguridad como asesinatos hechos por los insurgentes (Flower, 1987, pp. 151 y 204).

[19] Los ejercicios de cuantificación absurda se convierten en un sustituto de la comprensión contextual. Goldstein (1992, p. 50) ofrece una pequeña antología de tales absurdos: entre otros, un investigador intentó calcular «cuántos informes de torturas equivalen a un asesinato», mientras que otro propuso un indicador que hace corresponder 70 asesinatos con 100 «desapariciones».

[20] La afirmación de Black-Michaud (1975, p. 35) de la calidad de los datos sobre las disputas tribales se aplica por completo a la violencia de guerra civil: «Informes que pre-

John Shy (1976, p. 189) al hablar sobre uno de los conflictos mejor estudiados, la Revolución americana: «La guerra, que se luchaba día tras día y noche tras noche, en docenas de incursiones, emboscadas y choques, pequeños y horribles, por todos los condados de Bergen y Westchester [en el Estado de Nueva York] era compleja y confusa; resulta casi imposible afirmar con certeza qué es lo que sucedió en realidad en muchos episodios controvertidos... ¿Cuántas atrocidades hubo? ¿Quiénes las cometieron? ¿Y por qué?».

Los datos demasiado globales y carentes de contexto pueden desembocar en interpretaciones erróneas. Por ejemplo, un análisis de la violencia en Colombia, que se fiara de los homicidios narrados, sería sesgado porque, tal como ha mostrado Mauricio Rubio (1999, pp. 44-45), las decisiones individuales de contar homicidios no son independientes de los patrones generales de violencia: es más probable que se cuenten (y que se cuenten con exactitud) los homicidios allá donde es menos probable que tengan lugar; o, dicho de otro modo, cuanto mayor es la violencia más escasos son los datos sobre la violencia. De igual modo, los analistas de la violencia en Iraq que siguen la invasión americana puede que estén tentados de usar el número de ataques insurgentes en las carreteras contra las patrullas americanas como un indicador de la actividad insurgente. No obstante, una interpretación así sería errónea ya que los militares estadounidenses redujeron drásticamente sus patrullas en las plazas fuertes insurgentes, haciendo así que decreciese su vulnerabilidad a los ataques de carretera: «Aquí hay menos ataques porque estamos menos en las carreteras», decía un oficial en los cuarteles de los marines en la provincia de Anbar, en 2004. «Pero de ahí no debería usted concluir», añadía, «que haya más seguridad» (en Chandrasekaran, 2004, p. A1).

Una gran cantidad de información, especialmente en tanto en cuanto se hallan implicadas las ONG de derechos humanos, procede exclusivamente de las víctimas de la violencia. Estas evidencias pueden ser problemáticas en tanto que la victimización no supone ningún conocimiento completo o preciso de las acciones que lo produjeron; de hecho, los testimonios de las víctimas no son sagrados sólo porque vengan de las víctimas (Rousso, 1998, p. 67). Al igual que todos los demás, las víctimas olvidan[21], ignoran[22] o representan de forma errónea[23] aspectos cruciales o la secuencia exacta de las acciones y acontecimientos que produjeron su victimización (Wagenaar, 1988). A menudo, los informantes y, en especial, las víctimas tienen interés en hacer que los investigadores adopten sus verdades; en especial, porque los perciben como los conservadores de la historia que volverán a contar sus historias y a dotarlas del halo de objetividad aportado por el estatus académico: «Precisamente, porque las experiencias son inefables y, sin embargo, han de ser contadas, los que cuentan se apoyan en las estructuras mediadoras del lenguaje, la narrativa, el entorno social, la religión y la política. Las narrativas resultantes –no el dolor que describen sino las palabras y las ideologías a través de las que ellos lo representan– no sólo pueden ser entendidas de un modo crítico sino que es así como han de ser entendidas» (Robben, 1995, p. 97).

Finalmente, los informes periodísticos y los testimonios individuales a veces resultan estar completamente falsificados (Wyatt, 2005; Steinberg, 2004; Tyler, 2002). Los esfuerzos recientes llevados a cabo por varias ONG y Comisiones de la Verdad para dar cuenta de forma sistemática de las violaciones de los derechos humanos son un correctivo bienvenido pero sólo parcial. Estos datos pueden ser parciales e inexactos (p. e., Wood, 2003, pp. 32 y 55; Binford, 1996, p. 106); a menudo, se recogen teniendo en mente un estrecho foco «aplicado», para publicitar y ejercer presión (Suárez-Orozco, 1992, p. 220), mientras no se permiten comparaciones sistemáticas[24]. Y, como ya se ha dicho, estas organizaciones (incluida la ONU) no están siempre libres de tener un sesgo partidista que afecta a la fiabilidad de sus datos. A este respecto, el trabajo reciente por parte de grupos tales como la Ameri-

---

tenden describir "disputas" reales, o bien sólo narran un único episodio sanguinario dentro de una larga cadena de acontecimientos, o bien, por otro lado, ofrecen una "historia" de la disputa mucho más abreviada, lo que a menudo pasa por alto algunas variables sin las cuales todos los intentos de dar una explicación sociológica del patrón de hostilidades en un caso particular han de resultar abortados».

[21] Existe una evidencia de lo más convincente de que los testigos presenciales de acontecimientos criminales (o de otro tipo) se equivocan de forma sistemática en partes sustanciales de los acontecimientos que se les pide describir (Dwyer, 2001; Gawande, 2001). David Tereshchuk (2001), un periodista que estuvo presente en el denominado Bloody Sunday (Domingo Sangriento) en Irlanda del Norte, en 1972, estaba seguro de que un soldado que disparaba hacia donde estaba él llevaba puesta una boina roja; sin embargo, fotos detalladas mostraban que, de hecho, el soldado llevaba un casco. «Después de ver más fotos y las imágenes de las noticias», apuntará él, «he llegado a la conclusión de que –por muy cierto que fuera mi recuerdo– estaba sencillamente equivocado».

[22] «No sé quién incendió mi pueblo y mató a 17 personas, incluyendo a mi propio sobrino», le dijo a Nordstrom (1992, p. 265) un refugiado de Sri Lanka.

[23] La tendencia a representar de forma errónea el pasado de uno mismo para aparecer como un héroe está muy extendida. En los Estados Unidos, por ejemplo, más de 7.000 personas han proclamado de forma falsa haber sido miembros de las unidades de las Navy Seals, sobre todo durante la Guerra de Vietnam. No deja de ser frecuente que las personalidades públicas sean desenmascaradas por haber exagerado o incluso inventado un pasado militar heroico falso (Belluck, 2001) o una historia de falsa victimización (Wyatt, 2005).

[24] Amnistía Internacional, de forma consciente, ha dado cuenta de sus descubrimientos de tal modo que las reconstrucciones científico-sociales de los informes anuales no pueden producir un documento que pudiera servir a la comparación de distintos países en un año concreto o de un solo país en distintos años. La organización no sólo cree que resulta imposible crear un informe tan preciso sino también que hacerlo sería políticamente imprudente (Mitchell *et al.*, 1986, p. 22). Tal como dice Gourevitch (1998, p. 187), «de acuerdo con la ortodoxia de los derechos humanos de nuestro tiempo, tales comparaciones son tabú».

can Association for the Advancement of Science podría mostrarse como especialmente útil (Knight, 2003). El resultado compuesto de estos problemas es la bifurcación de los estudios sobre la violencia, o bien en formatos de estudios casuísticos basados en la evidencia anecdótica, o bien en análisis correlacionales del tamaño que sea, que se fían de medidas cuantitativas de violencia que es probable que, en su mayoría, sean del todo poco fiables.

7. Conclusión

Estos problemas de sesgo pueden resultar (y, de hecho, han resultado) desalentadores; ellos explican la relativa carencia de progreso en el estudio de la violencia, tanto en contextos de guerra civil como en otros ámbitos. Superarlos exige diseños de investigación «firmemente comprometidos con la desagregación tanto en recogida de datos como en construcción de teorías» (Brubaker y Laitin, 1998, p. 447). En el capítulo 9, trazo un diseño de investigación microcomparativa que aborda la mayoría de los problemas que aquí se identifican. Una discusión ulterior de las cuestiones metodológicas asociadas con la recogida de datos sobre la violencia en las guerras civiles se incluye en los apéndices A y B.

III

BARBARIE

Fueron momentos que no los puedes entender si no los has vivido. La Guerra Civil fue algo despreciable. ¡Se llevaron a gente que no había hecho nada!

Un español, citado en R. Sender Barayón, *Muerte en Zamora.*

Pese a reconocerse de forma casi universal que existe una asociación entre guerra civil y atrocidad, sorprende que haya tan poco en lo que se refiere a nexos específicos entre los dos. ¿Por qué exactamente se asocia la guerra civil a la violencia excesiva? O, dicho de otro modo, ¿cuáles son las fuentes de la barbarie en las guerras civiles? Responder a esta cuestión es un requisito previo para la formulación de una teoría sobre la violencia en las guerras civiles.

En este capítulo, reconstruyo, especifico y pongo en contraste cuatro argumentos generales inspirados por diferentes tradiciones teóricas. La primera tesis, presente en muchos informes históricos y descriptivos, fluye desde la idea de Thomas Hobbes que conecta el *colapso* del orden político con la violencia. La segunda, la *transgresión,* apunta al desafío doméstico armado como transgresor de las normas establecidas, desencadenando así la violencia. La tercera, la *polarización,* puede encontrarse en la investigación histórica y sociológica y pone de relieve profundas divisiones ideológicas o sociales destacando los efectos previsiblemente violentos de lo que Carl Schmitt describió como enemistad total. La última tesis acentúa las respuestas violentas desencadenadas por la preocupación por la seguridad, que se relaciona con la *tecnología de guerra* practicada en las guerras civiles. Yo repasaré algunas de las facetas teóricas y empíricas de estos argumentos y seleccionaré la última tesis como la base teórica más apropiada para una teoría de la violencia en las guerras civiles.

Decir que la guerra «provoca» violencia es una tautología puesto que la guerra es un ejemplo de violencia colectiva. No obstante, la guerra civil resulta sorprendente en la asociación que se percibe en ella con la violencia excesiva y la atrocidad. «Si la guerra es el infierno», asevera Mayer (2000, p. 323), «entonces, la guerra civil pertenece a lo más profundo del infierno y a las regiones más infernales»; y, aunque el conflicto étnico ha atraído recientemente una considerable atención, es importante tener en mente que la violencia está lejos de ser su propiedad exclusiva. La religión fue vista durante mucho tiempo como la principal causa de la violencia y la guerra civil (Hobsbawn, 1997, p. 258) y se consideraba que las guerras civiles «ideológicas» o «revolucionarias» probablemente alcanzaban las más altas cotas de violencia (Payne, 1987, p. 209; Bouthoul, 1970, p. 448). Bernand (1999, p. 273) concluye su análisis de la guerra en la Grecia antigua apuntando que los conflictos «ideológicos llevaron a unas pasmosas olas de violencia».

La guerra civil es «a menudo, la forma de guerra más sangrienta y más amarga»; «la crueldad es el compañero inseparable de las guerras civiles», y «la desnuda brutalidad» es «inherente a cualquier guerra civil que se precie» (Mayer, 2000, p. 207; Roberts, 1994, p. 136; Petitfrère, 1981, p. 50). Estas afirmaciones reflejan la idea generalizada de las guerras civiles como excepcionalmente brutales y bárbaras, una percepción que se remonta a escritores como Tucídides, Alberico Gentili, Michel de Montaigne y Adam Smith[1]. Madame de Staël (1979, p. 10) observó que «todas las guerras civiles son más o menos similares en su atrocidad, en la convulsión a la que arrojan a los hombres y en la influencia que otorgan a las pasiones violentas y tiránicas». La formulación de Dupuy (1997, p. 255) es muy expresiva: la Guerra de la Vendée «fue, antes que nada, una guerra civil; de ahí que la violencia fuera su componente decisivo»[2]. Esta idea es compartida

[1] Para formulaciones más recientes, véase Tishkov (2004, p. 127), Malefakis (1996, p. 28), Bobbio (1992), Bouthoul (1970, p. 448) y Gunther (1949, p. 129).

[2] El gobernador de Carolina del Sur durante la Revolución americana la denominó como «una guerra poco común en su crueldad»; un político del mismo Estado señalaba en 1782 que «las buenas gentes de este Estado no sólo han sentido las Calamidades Comunes de la Guerra sino que éstas se han dado de un modo tan gratuito y tan salvaje que han sufrido unas severidades de las que ya no se practican y a duras penas serán Creídas por las Naciones Civilizadas» (en Weir, 1985, pp. 77-78), y un líder contrarrevolucionario francés señaló que «los excesos son inseparables de las guerras de opinión» (en Dupuy, 1997, p. 27). Sólo pude encontrar una comparación explícita que favorecía a la guerra civil frente a la interestatal e, incluso en ese caso (la invasión israelí del Líbano), la guerra interestatal en cuestión entrañaba fuertes elementos de una guerra civil (Mouro, 1999, p. 44). A veces, la creencia en que las guerras civiles son más violentas se asocia

por los participantes. Un partisano italiano escribió en su diario que «los antiguos tenían razón cuando decían que las guerras civiles son mucho más crueles que las que se hacen contra extranjeros» (en Pavone, 1994, p. 466). Lo cierto es que esta creencia está tan arraigada que la ausencia de atrocidades a gran escala en una guerra civil se convierte en un misterio (p. e., Clifton, 1999, p. 107; Donagan, 1994; Worden, 1985, p. 141).

Está claro que describir como crueles ciertas formas de violencia conlleva un juicio subjetivo y culturalmente específico[3]. Más aún, las percepciones de la crueldad pueden ser justamente un artefacto de la prevalencia de las guerras civiles en los países pobres. Los países ricos tienen la habilidad para desplegar lo que Trinquier (1964, p. 113) denomina «guerra moderna», que es más impersonal porque permite a «los militares matar más y más enemigos desde distancias cada vez mayores», reduciendo así el brutal contacto físico con el enemigo. Por el contrario, las guerras civiles son guerras tecnológicamente precarias, con «un contacto áspero de sufrimiento físico y muerte provocada y sufrida de forma individual», de ahí que sean percibidas como más crueles. No obstante, la creencia de que las guerras civiles son particularmente bárbaras es considerablemente menor como hecho empírico objetivo que como percepción subjetiva duradera.

Las guerras civiles varían considerablemente en términos de magnitud de violencia[4]. No obstante, los observadores han percibido las tasas de mortalidad «asombrosamente altas» de las recientes guerras civiles (Harkavy y Neuman, 2001, p. 323). De los 13 conflictos devastadores en los siglos XIX y XX 10 fueron guerras civiles, y una enorme violencia fue un rasgo del 68 por 100 de estas guerras civiles, como opuesta al 15 por 100 de las guerras interstatales (Magalhães,

con la percepción de que las guerras civiles son las únicas guerras en las que vale la pena combatir (Venturi, en Pavone, 1994, p. 225).

[3] Crozier (1960, p. 158) y Barnett y Njama (1966, p. 138). Voigt (1949, p. 71) recalca que «en España, ambas partes masacraron porque ésa es la forma española de hacer la guerra civil». Prunier (1995, p. 140) castiga a los periodistas occidentales que cubrieron el genocidio ruandés porque «siempre insistían en que las víctimas eran asesinadas con machetes, como si el uso del frío acero en mayor medida que una bala hiciera peor el asesinato. Nadie pensó nunca en reprocharle al ejército romano o a los caballeros medievales europeos su uso de la espada; de igual modo, podían darse cuenta los periodistas de que usar machetes reflejaba un cierto nivel de funcionamiento económico más que barbarie cultural». Richards (1996, p. xx) coincide escribiendo sobre Sierra Leona que la violencia «barata» basada en el asesinato con cuchillos y alfanjes no debería tomarse en sí misma como peor que la violencia «cara» en la que los civiles son mutilados o destruidos con sofisticadas armas guiadas por láser: «No tiene sentido llamar "bárbara" a un tipo de guerra, cuando todo lo que se quiere decir es que es barata».

[4] En 146 guerras civiles que comenzaron en el periodo de 1945-1999, el número consensuado de muertes estimadas es de 143.883 y la media, de sólo 19.000; se estima que 11 conflictos han tenido menos de 1.500 muertos (Sambanis, 2004).

1996, p. 225; Miall, 1992, p. 124). Pese a todo, muchas guerras civiles producen pocas víctimas y muchas guerras interestatales han producido niveles horribles de destrucción civil desde tiempos inmemoriales (Mueller, 2004; Bernand, 1999; Tilly, 1985, p. 173).

Más que la magnitud de víctimas, es la victimización de los no combatientes lo que mejor aproxima la percepción de la violencia excesiva y la atrocidad en las guerras civiles, además de la incidencia de la violencia íntima («fratricida») (véase el cap. 10)[5]. Las elevadas tasas de victimización civil en las guerras civiles, en relación con las víctimas en su conjunto, resultan de la escasez de compromiso militar y del deliberado establecimiento de los civiles como blanco: como señalaba un refugiado angoleño: «La guerra ha entrado incluso en las casas de la gente» (en Brinkman, 2000, p. 7). Guerras civiles sumamente violentas a menudo carecen casi por completo de batallas. Como en Irlanda durante la guerra de independencia, «el asesinato era más común que la batalla» (Hart, 1998, p. 18). El campo de batalla es la sociedad misma y la guerra civil es una «guerra total a nivel popular» (Waghelstein, 1985, p. 42).

Aunque el moderno concepto de «guerra total» (en especial, la guerra nuclear, su forma más extrema) conlleva una total eliminación de la distinción entre combatientes y no combatientes, la modernidad está inextricablemente ligada al intento, por otro lado imperfecto, de trazar una línea entre combatientes y civiles limitando así la violencia al campo de batalla. Las convenciones modernas sobre la contención en la guerra, tanto en la teoría como en la práctica, emergieron en Europa entre 1550 y 1700 (Parker, 1994, p. 41). Las naciones europeas tuvieron, por lo general, éxito a la hora de reconocer una distinción entre combatientes y civiles en las guerras que los pusieron unos contra otros y tuvieron lugar entre mediados del siglo XVII y la Segunda Guerra Mundial. Con todo, tanto por razones prácticas como por razones normativas, esta corriente civilizadora no tocó a las guerras civiles. La resistencia de la guerra civil a las corrientes «civilizadoras» en la guerra ha reforzado incuestionablemente su asociación con la violencia excesiva.

En pocas palabras, ver la guerra civil como barbarie es un compuesto de percepciones subjetivas y de corrientes reales. Aunque las guerras civiles no son necesariamente las más bárbaras, muchas guerras civiles son bárbaras al menos en que apuntan en primer lugar a los civiles, desbaratando las normas que rigen o que van imponiéndose a nivel internacional. A continuación, reconstruiré y evaluaré cuatro «juicios convencionales» que explican el giro hacia la barbarie de las guerras civiles.

[5] Echkhardt (1989, p. 92) estima que las guerras interestatales en el periodo de 1900-1987 mataron casi dos veces más civiles que las guerras civiles, coloniales e imperiales juntas y que los civiles constituyen una proporción mayor de las muertes en las guerras civiles. Otros apuntan a una tendencia en la que los civiles constituyen una proporción superior y creciente de víctimas desde un periodo de guerras predominantemente civiles (Sivard, 1996, pp. 17-19; Sivard, 1987, pp. 28-31).

2. Colapso

Se ha dicho que la guerra civil transforma las sociedades en «escenarios hobbesianos» (Hedges, 2003, p. 163). Siguiendo a Hobbes, en cuanto se refiere a las causas, la violencia de la guerra civil se ha asociado al colapso del orden político, una idea que puede remontarse hasta Tucídides. La teoría subyacente es que los seres humanos son violentos por naturaleza y es probable que expresen su violencia a menos que se les constriña. O, dicho de otro modo, la violencia es la condición humana por defecto. Cuando la beligerancia y la carencia de leyes se extiende a la totalidad de la sociedad, la barbarie es un resultado predecible e inevitable. Exteriormente, esta conjetura es plausible y central en muchas descripciones de la guerra civil (p. e., Berkeley, 2001, p. 14; Barrett, 2001, p. 11) así como en muchos estudios especializados (p. e., J. Weinstein, 2003). También se la puede encontrar en lo que recuerdan los participantes: «Aquí todo es anarquía y confusión, todo camina hacia la destrucción», dijo un hombre de Misisipí durante la guerra civil americana, y otro añadía: «Todo está en suspenso... Ni ley ni orden, *caos y desorden*» (en Ash, 1995, p. 204).

Cuatro mecanismos vinculan posiblemente el colapso del orden político a la barbarie: el primero, el colapso, revela o crea una cultura de embrutecimiento generalizado; el segundo, en ausencia de una justicia institucionalizada, lleva a una espiral de venganza sin fin; el tercero, el colapso, genera dilemas de seguridad que llevan a una masiva violencia preventiva; y el cuarto da origen a grupos armados indisciplinados que hacen presa en los civiles de un modo que recuerda a la forma de hacer la guerra en la Edad Media.

Embrutecimiento

El argumento de que las guerras civiles o bien revelan la auténtica naturaleza humana o bien la alteran de forma fundamental, ha sido muy popular al menos desde Tucídides quien lo convirtió en un rasgo central de *stasis* (Price, 2001). Para Burke, «donde más fuerte golpean las guerras civiles era en las maneras de la gente. Vician su política; corrompen su moral; pervierten incluso el gusto natural y el gusto por la equidad y la justicia» (en Keane, 1996, p. 157). La descripción de Ash (1988, p. 162) del Tennessee medio en 1864 re-

sume este punto: «El campo era una tierra de nadie tanto en lo moral como en lo geográfico, un mundo sin las verdades aceptadas ni las convicciones compartidas, sin las obligaciones colectivas ni las recompensas comunes, sin todos los acostumbrados instrumentos formales e informales para ensalzar al virtuoso, reprobar al arbitrario y castigar al malvado. No estando ya sujeto a la coerción de las autoridades superiores o de los iguales del entorno o en muchos casos del interior de la consciencia, la volición individual fue arrojada a un mar turbulento de anarquía social». De forma más específica, la guerra civil produce violencia mediante el embrutecimiento, al menos en cinco formas: exposición constante a la violencia, eliminación de los controles sociales, declive del coste de la actividad violenta, subida en importancia de la gente propensa a la violencia y olvido de las habilidades pacíficas y aprendizaje de nuevas habilidades violentas que darán como resultado la creación de intereses personales en el uso de la violencia.

Es bien conocido, en primer lugar, que la guerra embrutece a los combatientes (p. e., Ellis, 1999, p. 128; Henderson, 1985, p. 51). «Cuando ves lo que el hombre puede hacerle al hombre en el contexto de la guerra», recordaba un americano que había estado en Vietnam, «pierdes tu sensibilidad. Aquél fue un conflicto asqueroso y sangriento y la gente que luchó en él se volvió dura, muy dura» (en Moyar, 1997, p. 98). La narración de Lotnik (1999, pp. 54-79) sobre la guerra entre los polacos y los ucranianos en 1943-1944 incluye una descripción franca de su experiencia: «Los hombres se volvieron insensibles muy rápidamente y asesinaban como si no supieran hacer otra cosa. Incluso aquellos que, en otras circunstancias, habrían dudado antes de matar a una mosca podían olvidar al instante que se estaban llevando vidas humanas». La guerra destruye los principios y las disposiciones «civilizadas». Un recluta francés en Argelia recuerda cómo sus iguales, al principio profundamente opuestos a la guerra, acabaron casi linchando a los prisioneros argelinos: «Estoy estupefacto», apuntaba él, «por la insidiosa transformación que ha afectado a nuestra forma de pensar desde que dejamos [Francia]» (en Butaud y Rialland, 1998, p. 132). El recuerdo de un partisano italiano (en Portelli, 1997, p. 139) resulta muy sugestivo: «Cuando has estado ocho, nueve meses, un año en las montañas, bajas y eres una especie de bestia. No hay otra posibilidad. No eres una persona normal. Para mí, hoy, entonces era una bestia. Me doy cuenta de que en aquellos tiempos había enloquecido. Has bajado de la montaña con aquel odio constante, con aquella guerra constante, con las armas, esperando siempre que te dieran un tiro por la espalda, esperando siempre una bala...».

A diferencia de muchas guerras interestatales, las guerras civiles también embrutecen a los civiles, como es obvio, por la constante exposición a la violencia. Un observador ruso (A. Babin, en Figes, 1989, p. 346) describía el embrutecimiento como un proceso de habituación: «La gente ha sido testigo de tanta destrucción sin sentido de la vida humana en los pocos años anteriores que ya no se asusta al ver charcos de sangre [...]. La gente ha llegado a hacerse insensible y cruel ante el sufrimiento de los otros [...]. Parece haber adquirido un gusto por las formas de muerte más agónicas». El juez Aedanus Burke estaba seguro, al final de la Revolución americana, de que los habitantes de Carolina del Sur se habían habituado tanto a la violencia que «habían acomodado sus mentes al asesinato mutuo» (en Weir, 1985, p. 76). El encarnizamiento de la guerra civil americana en Misuri, tal como señala Fellman (1989, pp. 57-58), «se filtraba a todos los contactos sociales cotidianos [...]. En muchas cartas, se lee sobre lo que por encima aparece como casi una aceptación práctica de la violencia como una norma nueva y aceptada». Un libanés señala el contraste en el comportamiento de la época de guerra: «Si alguien moría de cáncer o por un accidente, la gente dejaría de hablar de ello cuando yo entrara en la habitación. Ahora veo a amigos hablando de la muerte delante de sus hijos como si estuvieran hablando de pan o de vino» (en Dalrymple, 1997, pp. 259-260). Una mujer libanesa recuerda una experiencia similar por medio de numerosas «instantáneas» de la guerra civil: cuando tenía quince años, visitó el lugar de una atrocidad y disfrutó de la visión de los muertos; los milicianos hicieron explotar una tienda después de que uno de sus miembros fuera abofeteado por el propietario en el transcurso de una discusión; una disputa de tráfico degeneraba con rapidez en un tiroteo; un adolescente llevó una oreja humana a la escuela para impresionar a sus compañeros. Resultaba difícil, concluirá ella, «diferenciar entre lo banal y lo extraordinario» (Chamoun, 1992, pp. 38-39, 55, 61 y 132-133).

El embrutecimiento afecta a los observadores extranjeros, a los civiles, e incluso a los individuos que deciden combatir porque quieren poner un fin a aquello. Un periodista británico (Loyd, 2001, pp. 24 y 204) que cubría la guerra en Bosnia cuenta cómo fue afectado: cuando un aldeano croata bosnio mató a su cachorro por haberse llevado uno de sus pollos, él estuvo a punto de instalar una bomba trampa con una granada para matarlo, en venganza. Algunos campos de refugiados alimentan la violencia anárquica (Crisp, 2000). «Aquellos que enfrentan la violencia a la resistencia», escribe Bourgois (2001, p. 30), «sea cultural o política, no salen ilesos del terror y de la opresión contra la que se levantan».

En segundo lugar, la guerra civil destruye los mecanismos psicosociales de la autosanción que le sirven a la conducta como guías y disuasores (Bandura, 1990, p. 161). Inicialmente, esto puede tomar formas relativamente inocuas. Un católico de Irlanda del Norte recuerda

que, siendo adolescente, «estaba asilvestrado, metiendo la nariz por todas partes, haciendo ruido y molestando a los vecinos. Lo violento de la situación política nos da mayores posibilidades para hacer barrabasadas» (Collins, 1999, p. 47). Este comportamiento puede extenderse con rapidez: «Con las convenciones ordinarias de la vida civilizada arrojadas a la confusión, la naturaleza humana, siempre lista para ofender, aun cuando las leyes existan, [se muestra] a sí misma orgullosamente en sus verdaderos colores, como algo incapaz de controlar la pasión, insubordinada a la idea de justicia y enemiga de cualquier cosa que sea superior a ella misma» (Tucídides, 3, p. 84).

En tercer lugar, la guerra civil rebaja el coste de la actividad violenta (G. Martin, 2000, p. 162; Gilmore, 1987, p. 44). Al destruir la sanción de las instituciones, la guerra civil convierte la violencia en un esfuerzo sin coste y provechoso. Mary Elizabeth Berry (1994, p. 7) describe el Japón medieval, desgarrado por la guerra civil, como un lugar en el que «con la licencia de la violencia y la justicia privada en su nivel de poder más alto, la ley de la fuerza se convirtió en endémica en todas las discusiones: las diferencias entre aldeanos sobre los derechos al agua o entre la gente de las ciudades sobre los pozos acabó una y otra vez en resoluciones sangrientas que apenas eran resoluciones en absoluto». En Colombia, donde «matar es fácil, barato y popular», algunas estudiantes de instituto buscaban asesinos a sueldo para «resolver» problemas de rivalidades románticas. Los vecinos saldaban pequeñas disputas de igual modo: «López sabía también de un hombre que estaba enfadado con su vecino, cuya nueva construcción estaba haciendo que el agua inundase la casa del hombre. El vecino era más rico que él y el hombre temía que si lo demandaba, al vecino le bastaría con sobornar al juez. Su solución fue la de contratar un *sicario* [asesino a sueldo] y liquidar al vecino» (Rosenberg, 1991, p. 34). La guerra civil destruye también las jerarquías sociales que actúan, efectivamente, como control social. Al transferir poder de los mayores a la juventud, elimina lo que, en muchas sociedades tradicionales, cuenta como el medio informal más efectivo en la resolución de conflictos y en el control social (p. e., Jok y Hutchinson, 1999, p. 135).

En cuarto lugar, la guerra civil permite el aumento de importancia de gente con propensión a la violencia: en palabras de Abraham Lincoln (en Fellman, 1989, p. 85), éstos son tiempos en los que «cualquier pájaro asqueroso se echa a la calle y cualquier sucio reptil se levanta». En una formulación más reciente: «La escoria [sale] a la superficie; los dóciles y humanos eran los perdedores de la guerra» (Loyd, 2001, p. 13). El proceso, descrito a menudo, de la criminalización de las guerras civiles es un ejemplo que viene al caso (p. e., Mueller, 2004). Las zonas rurales poco habitadas de Carolina del Norte, en tiempos de la Revolución americana, fueron un lugar en el que mucha de la violencia fue cometida por bandas itinerantes de *whigs* y de *tories* que parecían carecer de cualquier propósito partidista claro; un oficial *whig* escribió sobre una de estas bandas: «No me he enterado si están conectadas con algún partido, pero [...] [son] una compañía independiente para el propósito especial de robar y saquear» (en Ekirch, 1985, p. 108). Mientras que los controles se usaron inicialmente como un medio para tener a raya a la población durante la guerra civil en Congo-Brazzaville, pronto se convirtieron en un medio de extorsión altamente rentable (Bazenguissa-Ganga, 1999a, p. 47); aunque La Violencia colombiana surgió de una escisión partidista, «se convirtió en un paraguas bajo el que se podía encontrar todo tipo de criminalidad. Cuando las depredaciones de hombres bajo las armas se volvieron incluso más horribles, se hizo más claro que grandes números de psicópatas y bandidos comunes se habían unido a aquellos que clamaban estar luchando por mantener sus principios políticos» (Henderson, 1985, p. 149). Lo cierto es que las formas más extremas de violencia pueden ser vistas como productos subsidiarios del saqueo y la depredación (Azam y Hoeffler, 2002).

En quinto lugar, la guerra engendra nuevos actores con un interés personal en la perpetuación tanto de la guerra como de la violencia. A nivel colectivo, las nuevas economías de guerra producen actores con habilidades en el uso de la violencia, cuya existencia y poder deriva de la guerra (Roldán, 2002, p. 227; M. Johnson, 2001, p. 226; Keen, 1998). En el nivel individual, la guerra civil reduce la «sombra del futuro», provocando con ello que «se desaprendan» las habilidades pacíficas (Genschel y Schlichte, 1998). Muchos niños soldados en Sierra Leona tomaron la decisión consciente de participar en la guerra, tras haber crecido en un mundo de «familias destruidas y sistemas educativos fracasados» en los que sólo la guerra parece ofrecer oportunidades (Peters y Richards, 1998, p. 210). Un policía keniata observaba que los refugiados somalíes en un campo de refugiados eran violentos porque «habían sido educados sin justicia y bajo la ley de la pistola» (en Crisp, 2000, p. 624). Un afgano explicaba la violencia y la anarquía en Afganistán de un modo similar: «Estos jóvenes no han tenido escuela... Sólo saben luchar» (en Weiner, 2001, B4); un miliciano SHIA libanés resumía todo ello en 1984: «La guerra es mi único amigo. Es como mi esposa, la amo. En paz, siento miedo» (en M. Johnson, 2001, p. 203).

Todos estos mecanismos convergen para generar una cultura de anarquía y violencia que puede sostenerse a sí misma, en la línea del sarcasmo de Durkheim (1951, p. 299) que plantea que «en un momento dado, la constitución moral de la sociedad establece el contingente de muertes voluntarias».

El deseo de vengar un acto violento o no violento (como, por ejemplo, una humillación) es algo extendido hasta en sociedades con sistemas judiciales que funcionan (Jacoby, 1983). «Es natural desear la venganza», dice Frijda (1994, p. 283), «y, a veces, es natural tomársela»[6]. Se trata de un rasgo recurrente en todo tipo de escenarios, desde la *lex talionis* bíblica («ojo por ojo, diente por diente») a las tragedias griegas que la toman como su tema central o a la afirmación de Hume (1978, pp. 410-411) de que el deseo de castigar a los enemigos de uno es un apetito humano constante. Frijda (1994, p. 264) subraya la naturaleza ubicua y universal, así como el inmenso poder de «el apremio de venganza privada». El deseo de venganza se exacerba ciertamente cuando estos sistemas desaparecen y genera ciclos de violencia en todas las guerras civiles (p. e., Berry, 1994, p. 9; Henderson, 1985, p. 226). Una mujer libanesa (Tabbara, 1979, p. 54) habla por muchos otros cuando describe sus emociones durante la guerra civil: «Soy libanesa, musulmana y palestina y me siento concernida cuando son asesinados 365 musulmanes libaneses. Siento que la semilla del odio y el deseo de venganza arraigan en mis propias entrañas. En ese momento, quiero que la [milicia musulmana] o quien sea les devuelva a los falangistas dos veces lo que ellos nos han dado. Me gustaría que ellos fueran a las oficinas y mataran a los primeros 730 cristianos indefensos a los que pudieran echar mano».

Como resultado de tales impulsos, la venganza puede dominar rápidamente las motivaciones de la violencia: en Carolina del Norte durante la Guerra Revolucionaria «la venganza ensombreció la política» (Escott y Crow, 1986, p. 391). «Cuando tanto las bandas unionistas como las secesionistas intensificaron sus operaciones, la violencia en el este de Tennessee se volvió cada vez más recíproca [...]. Los ataques, por una parte, llevaban a la represalia por la otra y el resultado era un ciclo ascendente de violencia que era difícil de contener» (Fisher, 1997, p. 84). En Misuri, «violentas represalias y contrarrepresalias [...] habían sido la verdadera sustancia» de la guerra civil (Fellman, 1989, p. 263). El gobernador de una provincia colombiana encontró difícil resistirse a las exigencias locales de distribuir armas a los ofendidos conservadores, «de forma que los vecinos podrían formar *chusmas* y bandas que perpetrarían las mismas acciones que los liberales y, de este modo, aplicarían la ley del "ojo por ojo"» (Roldán, 2002, p. 258). En Liberia, «parece haber habido un gran número de

[6] En una decisión de 1976, la Corte Suprema de los Estados Unidos hizo precisamente este apunte: «El instinto de retribución es parte de la naturaleza del hombre» (en Solomon, 1994, p. 307).

personas que se levantaron en armas durante la guerra pero que, otras veces, puede que hayan sido víctimas» (Ellis, 1999, p. 133). La venganza se asocia a la escalada; tal como un unionista de Misuri escribió en 1863: «Los pioneros quemaron una casa y entonces nosotros quemamos dos casas» (en Fellman, 1989, p. 184). El título de un libro sobre la guerra civil colombiana alude sucintamente a esta dinámica: *Matar, rematar y contramatar* (Uribe, 1990).

La venganza es, probablemente, el rasgo más recurrente en las descripciones de la violencia en la guerra civil, llevando a menudo a la metáfora de la enemistad heredada sangrienta o *vendetta*[7]; se trata de un tema central de novelas y memorias y, de forma más general, del folclore de las guerras civiles[8]. El escritor libanés Massoud Younes tituló a su libro *Ces morts qui nous tuent [Estos muertos que nos matan]*. La venganza le confiere a la violencia de la guerra civil su brillo irracional y anómico y presta su apoyo a la percepción de que la violencia se ha convertido en «un fin en sí misma más que en un medio para conseguir fines políticos» y de que ella «escapa al control de los actores» que la inician (Crenshaw, 1995, p. 476). Para Tracy Chamoun (1992, pp. 10 y 23), toda la guerra civil libanesa fue un ciclo de venganza: la guerra «alcanzó un paroxismo porque la venganza se convirtió en la razón para que toda una nación viviera. Si un cristiano moría, entonces eran asesinados dos musulmanes y así sucesivamente... Durante estos quince años de guerra, nunca entendimos que nuestro odio engendraba odio. Cuando actuábamos, movidos por la venganza, generábamos el espíritu de la represalia. Cuando estábamos aterrorizados, estábamos, precisamente, provocando aquello de lo que nosotros estábamos tan asustados». Lo cierto es que la gente que ha vivido guerras civiles describe con estupefacción aquellas situaciones excepcionales en las que *no* se ha clamado venganza (p. e., Mouro, 1999, p. 181).

La venganza individual, personalizada, está omnipresente en los recuerdos de los participantes en las guerras civiles[9]. El guerillero

[7] P. e., M. Johnson (2001, p. 125), Battini y Pezzino (1997, xxii), Pavone (1994, p. 240), Kedward (1993, p. 160), Ortiz Sarmiento (1990, p. 134), Loizos (1988, pp. 648-649) y Henderson (1985, p. 228).

[8] Ung (2000), Collins (1999), Lotnik (1999), Lebrun (1998), Portelli (1997), Meyer (1995), Cela (1992), Sender Barayón (1989) y Gage (1984).

[9] El deseo de tomarse venganza del asesinato de seres queridos parece estar omnipresente, incluso cuando no se lleva (o no pretende llevarse) a cabo. Cuando se le preguntó si alguna vez había tenido fantasías sobre que se tomaba venganza, un hombre cuya familia entera fue asesinada durante la «Guerra Sucia» en Argentina, replicó: «¡Oh, sí! Sobre Massera [uno de los miembros de la Junta] soñaba magníficos escenarios en los que yo iba andando por la calle, justo como hacen en la tele, con una pistola y un silenciador. Me acercaba a Massera y decía: "¡Buen día!". Él me miraba extrañado y me preguntaba que quién era yo. Yo decía: "Tú asesinaste a mis padres y a mis hermanos", y con aquello me lo cepillaba allí mismo» (Tarnopolsky, 1999, p. 57).

confederado de Misuri Bill Anderson escribió a los ciudadanos de Lexington en 1864 que los yankis habían matado a su padre y a su hermana y añadió: «He saciado mi sed de venganza plenamente [...]. He tratado de guerrear con los federales de forma honorable, pero he hecho algunas cosas por represalia y tengo miedo de que tenga que hacer aquello que no me atrevería a hacer si fuera posible evitarlo». Fellman (1989, p. 139) comenta que «la de Anderson era una guerra personal de venganza contra un enemigo personal». Este tipo de comportamiento no se restringe a las sociedades pobres, atrasadas o étnicamente divididas; de ella, dan cuenta ideólogos supuestamente comprometidos en las sociedades occidentales, tales como los partisanos franceses e italianos y los luchadores republicanos españoles (Portelli, 1997, p. 138; Kedward, 1993, p. 160; Zulaika, 1988, p. 28).

La venganza opera a través de muchas dimensiones diferentes de las guerras civiles. Se trata de una motivación directa de la acción violenta, pero está conectada indirectamente con la violencia en que a menudo actúa como la motivación principal para enrolarse en las organizaciones armadas que así siguen produciendo violencia. Benedict Kerkvliet (1977, p. 68) cita a los campesinos filipinos que le dijeron que se habían unido a la resistencia antijaponesa después de que sus padres o parientes hubieran sido asesinados por los japoneses. Un joven miliciano de Sierra Leona hizo el mismo apunte: «Uno de mis hermanos menores fue asesinado por los rebeldes; eso fue en 1991 [...]. Así que, después, traté de unirme al ejército como una forma de vengarme. Quería vengar a mi gente» (en Peters y Richards, 1998, p. 189). La venganza puede también operar a nivel colectivo, o bien entre un individuo y un grupo o entre grupos grandes (p. e., Loizos, 1988). Lotnik (1999, p. 70) recuerda a un antiguo camarada en la guerrilla polaca de 1943-1944, cuya vida «había dejado de significar nada para él una vez que había perdido a su hermana y a sus hermanos, a sus padres, a su esposa y a sus tres hijas pequeñas en un ataque [ucraniano] y [continuó] existiendo sólo por el propósito de matar y torturar a ucranianos». Un consejero estadounidense en Vietnam le dijo a un periodista americano mientras las tropas de su unidad estaban torturando a un sospechoso justo al lado: «Ya sabes... Es un ciclo completo de la misma cosa. La semana pasada cerca de Don Nhon, el VC llevó andando a cinco simpatizantes del Gobierno hasta la plaza del mercado y se puso a darles golpes en la cabeza con martillos. Así que se lo estamos devolviendo al tipo este. Esto no para» (en Moyar, 1997, p. 97). A veces, las motivaciones del grupo y del individuo se mezclan. A menudo, lo que parece ser puramente violencia grupal es, de hecho, verdaderamente individual. Pervanic (1999, p. 80) describe cómo los habitantes musulmanes del campo de Omarska en Bosnia constituían una fuente general para la violencia orientada hacia la

venganza por los serbios; pero, mientras que la fuente de objetivos era definida en términos de identidad étnica grupal, los objetivos específicos tendían a seleccionarse sobre la base de características individuales tales como sus acciones pasadas.

En situaciones extremas, la venganza puede degenerar en anomia social al límite del mundo idealtípico hobessiano, como en Tennessee durante la guerra civil americana: «Cuando un escuadrón de búsqueda de la Unión incendió su casa en enero de 1865, [una mujer] salió de ella y, para su asombro, encontró a uno de sus vecinos acompañando a los yankis. Él "dijo que se había unido a ellos", refirió ella, "[y dijo] que a él lo habían machacado por dos veces, una los rebeldes y otra los federales y que él iba a tener venganza y no le importaba por quién fuera censurado"» (Ash, 1988, p. 163). Cuando es el caso, la venganza se convierte en otra instancia de embrutecimiento generalizado. En la mayoría de los casos, no obstante, la venganza parece estar sujeta a reglas aunque los objetivos recorren toda la gama, desde individuos específicos a grupos completos.

El dilema de la seguridad

El dilema de la seguridad tiene que ver de inmediato con el conflicto y la violencia (De Figueiredo y Weingast, 1999; Hardin, 1995; Posen, 1993). Se dice que un dilema de seguridad ocurre cuando el colapso del orden crea una situación en la que los individuos coordinándose en torno a puntos focales (principalmente, identidades étnicas) recurren a una violencia preventiva o se alinean con líderes belicistas que hacen tal cosa a causa de los miedos de seguridad. Los incentivos para la violencia están compuestos por la incertidumbre y por los costes extremadamente altos de la no prevención: han de asesinar para no ser asesinados. El argumento del dilema de la seguridad a menudo implica dos motivaciones diferentes: las elites actúan de forma instrumental en busca de poder mientras que los seguidores actúan de forma emocional, por miedo.

Los ejemplos de violencia preventiva no dejan de ser frecuentes en las descripciones de las guerras civiles. Para Abraham Lincoln, la guerra civil americana en las zonas fronterizas era una situación en la que «cada hombre siente el impulso de matar a su vecino para no ser antes matado por él» (en Fellman, 1989, p. 85). Un comandante en Misuri señalaba en 1864 que «apenas queda un habitante en el país, pero quiere matar a alguno de sus vecinos por miedo a que el susodicho vecino lo mate a él» (en Fellman, 1989, p. 62). En las secuelas inmediatas de la Segunda Guerra Mundial en Malasia, un hombre recordaba que «una vez que se conocieron los primeros choques, los co-

munistas del MPAJA alertaron a los chinos en los pueblos y ciudades por todo el país de que estuvieran listos para el saqueo malayo. El grito era: "Los malayos están ahí para matar…, así que mata antes de que te maten"» (Kheng, 1983, p. 219).

Medievalización

La guerra civil se ve no sólo como «esencialmente salvaje y brutal» (Mayer, 2000, p. 323) sino de un modo que recuerda a las guerras medievales: se dice que la guerra está «medievalizada» (Münkler, 2002; Van Creveld, 1991). Lo cierto es que el fiscal en jefe del Tribunal Penal Internacional para la antigua Yugoslavia acusó a Slobodan Milosevic de «salvajismo medieval» (Rotella, 2002, p. 4). La anarquía destruye la organización y la disciplina militar, abriendo así la puerta a todo tipo de excesos violentos (p. e., Schofield, 1996, p. 251). Hombres armados sin disciplina, soldados saqueadores, tropas que viven a costa del país y elementos criminales le rapiñan a la población con completa impunidad si no con estímulo (J. Weinstein, 2003; Ignatieff, 1998, p. 6; Laqueur, 1998, p. 399; Schlichte, 1997, p. 5). Este argumento, que Richards (1996, p. xiv) apoda «tesis de la nueva barbarie», niega la dimensión política de las guerras civiles en favor de su carácter criminal y se aplica normalmente a las guerras civiles recientes de África. De acuerdo con una descripción típica (Luttwak, 1995, p. 9), «el caos que ahora devora [a Sierra Leona] no puede ser descrito como guerra civil, en tanto en cuanto las fuerzas contendientes –incluido muy especialmente el Gobierno– no representan a nadie que no sean ellos mismos; ni tampoco puede ser descrito como guerra de guerrillas pues ninguna de las partes finge seriamente estar luchando por una causa».

3. Transgresión

En tanto en cuanto la guerra se entiende normativamente como el coto exclusivo de actores soberanos, la violencia organizada por actores no soberanos se ve como ilegítima y trangresora. De ahí que los súbditos y ciudadanos que descuidan la bien delimitada distinción entre actores soberanos y no soberanos no sean combatientes legítimos sino criminales que no pueden esperar ser tratados como los combatientes legítimos.

La violencia se regula a menudo por medio de normas (Carpenter, 2003). Las normas que separan la violencia «lícita» de la «ilícita» pueden ser poderosas. Existe una larga tradición normativa que ve las

guerras civiles como menos «lícitas» en comparación con las guerras entre entidades soberanas; sus orígenes descansan sobre la creencia medieval de que la guerra puede permitirse sólo si es la autoridad legítima la que la libra, lo que lleva a una distinción entre «guerras públicas» libradas por príncipes cristianos, y guerras privadas, *vendettas* y *chevauchées* llevadas a cabo en la Europa medieval por señores de la guerra locales o por bandas de caballeros sin empleo o indigentes (Howard, 1994, p. 9). Una distinción paralela se hacía entre *bellum hostile* y *bellum romanum* o *guerre mortelle*. La primera era la norma en la cristiandad occidental y conllevaba regulaciones y restricciones, mientras que la última concernía a las guerras contra los intrusos, infieles o bárbaros en las que no se ponía ningún límite y todos aquéllos designados como enemigo, tanto si llevaban armas como si no, podían ser masacrados de forma indiscriminada (Howard, 1994, p. 3). Las dos distinciones convergen en la guerra civil, con la *guerre mortelle* vista como relacionada con los conflictos civiles, donde se mezclaba con una condición legal privada conocida como «enemistad mortal» (Stacey, 1994, p. 33).

Esta distinción siguió elaborándose más adelante y, de forma muy particular, por el jurista suizo Emmeric Vattel; la implicación decisiva era que la rebelión podía y debía ser distinguida de la beligerancia (De Lupis, 1987, p. 35). Los civiles que se levantaban contra la autoridad de su soberano legítimo «no tenían ningún derecho en absoluto y, si perdían, sus actividades serían juzgadas, y además con gran severidad, por la ley criminal» (Howard, 1994, p. 10). Así, la rebelión fue equiparada con otras formas de transgresión y desvío, tales como la lepra o la herejía, que, para entonces, habían llegado a ser vistas como objetivos legítimos de una violencia extremada (R. Moore, 1987). Tal como Balthasar Ayala señalaba en 1582, «la desobediencia por parte de los súbditos y la rebelión contra el príncipe se trata como una ofensa atroz pareja a la herejía […]. Las leyes de la guerra y del cautiverio y del *ius postliminii* que se aplican a los enemigos no se aplican a los rebeldes» (en Parker, 1994, p. 44)[10].

Transgrediendo el *ius ad bellum* (el derecho a librar la guerra), los rebeldes no podían tener la esperanza de ser protegidos bajo el *ius in bello* (las leyes de la guerra); en su lugar, estaban sujetos a las leyes de la paz (Donagan, 1994, p. 1139). De forma paradójica, entonces, se trata de la aplicación de la ley propia del lugar (o bien la ley de traición o la ley criminal común) más que de las leyes de la guerra, que se ve

[10] En la misma línea de pensamiento, la guerra por asedio, que provocaba víctimas de forma masiva entre las poblaciones civiles, se veía no como un acto de guerra sino como la ejecución de una sentencia judicial contra traidores que habían desobedecido la orden legítima del príncipe de que se rindieran (Stacey, 1994, p. 38).

como la fuente de la barbarie. Lo cierto es que Donagan (1994, p. 1159) explica la relativa ausencia de crueldad durante la guerra civil inglesa como el resultado de una elección consciente por parte de los beligerantes de seguir las reglas de las «guerras extranjeras» como opuestas a las leyes de la paz y de concederse unos a otros el estatus de «enemigos legítimos»; de hecho, dentro de la guerra civil inglesa, las atrocidades tuvieron lugar allá donde la «ley civil anuló las leyes de guerra».

De ahí que el tratamiento de los rebeldes fuera durante mucho tiempo excluido de la corriente general hacia la humanización de la guerra (Parker, 1994); esto fue reforzado decisivamente por el surgimiento tanto del nacionalismo como de la distinción clausewitziana entre Estados y pueblos, basada en el principio de que la violencia organizada merecía ser denominada sólo «guerra» si era librada «por el Estado, para el Estado y contra el Estado» (Van Creveld, 1991, p. 36). Así pues, un Estado que experimentase una revuelta, una insurrección, una rebelión, una revolución o una guerra civil estaba en esencia más allá del alcance de la ley internacional (McCoubrey y White, 1995, p. 6). Esta idea fue asumida de forma explícita por muchos participantes en guerras civiles: J. Franklin Bell, el comandante de las tropas de los Estados Unidos en Filipinas a principios del siglo XX, ordenó a sus tropas que trataran a los rebeldes capturados como «salteadores de caminos o piratas» (May, 1991, p. 253). Esta percepción es también evidente en un intercambio entre la reina Federica de Grecia y el escritor americano Willis Barnstone (1995, pp. 72-73), durante la guerra civil griega:

> «¿Por qué ejecutas a los prisioneros de guerra?», le pregunté a Federica.
> «No son prisioneros de guerra. Son ladrones.»
> «Pero son seres humanos y Grecia ha tenido ya bastantes muertos.»
> «Son tan sólo vulgares ladrones.»

Esta práctica se codificó en las leyes de la guerra. El consenso legal fue hasta hace poco que los civiles fueran protegidos sólo en tanto en cuanto permaneciesen pasivos (Nabulsi, 2001). De hecho, y hasta 1949, las guerras interestatales y civiles divergían con respecto a la aplicación de las leyes que reconocían al enemigo como un oponente legítimo; las leyes de la guerra se aplicaban a los conflictos interestatales mientras que, en las guerras civiles, los Estados disfrutaban de la opción de aplicar las leyes criminales domésticas que veían al enemigo como un fuera-de-la-ley. De acuerdo con el borrador del texto ruso en la Conferencia de Bruselas de 1874, todos los civiles que participaran en hostilidades se consideraban proscritos y habían de ser «entregados a la justicia», y, tal como planteó un jurista francés en 1874, «eso que se denomina como insurrecciones patrióticas o levantamientos irregulares por parte de toda la población para hostigar a un ejército legítimo debería ser condenado siempre sin molestarse en distinguir los métodos usados» (en Nabulsi, 2001, pp. 13 y 17). Al fin y al cabo, la Convención de La Haya de 1899 sobre la guerra terrestre restringía la clase de persona que podía representar a un partido beligerante en la guerra al soldado profesional, excluyendo así a los rebeldes (Nabulsi, 2001, p. 16)[11].

Un corolario de esta tesis es que, cuanto más distingue un ejército entre soldados y civiles, más implacablemente reaccionará contra los rebeldes, a quienes tratará como criminales (C. Schmitt, 1992, pp. 240-241). De algún modo, la tesis de la transgresión es el reverso de la tesis del colapso: mientras que esta última maximiza el estatus del beligerante (extendiéndolo a la sociedad entera), la anterior lo minimiza (restringiéndolo a los agentes de la soberanía). Sin embargo, ambas predicen la barbarie.

4. Polarización

La polarización es un nexo bien conocido entre la guerra civil y la barbarie. Se refiere a la intensidad de las divisiones entre grupos, «cuando un gran número de miembros de un grupo en conflicto le conceden una importancia abrumadora a los puntos en litigio o manifiestan creencias y emociones antagónicas asumidas muy enérgicamente contra el segmento opuesto, o ambas cosas» (Nordlinger, 1972, p. 9). Se dice que los conflictos polarizados «ya no se dan por ganancias o pérdidas específicas sino por concepciones de derecho moral y por la interpretación de la historia y el destino humano» (Lipset y Rokkan, 1967, p. 11); son «el tipo de política intensa y divisora a la que uno se puede referir por el nombre de *política absoluta*» (Pérez Díaz, 1993, p. 6).

La polarización puede conceptualizarse como la suma de antagonismos entre individuos que pertenecen a un pequeño número de grupos que despliegan simultáneamente una alta homogeneidad interna y una alta heterogeneidad externa (Esteban y Ray, 1994). La intuición es que, si una población gira en torno a un pequeño número de polos distantes pero de unas dimensiones semejantes, es probable que padezca un conflicto violento. Un planteamiento típico es que «las guerras civiles son, por su naturaleza, a menudo más salvajes que las guerras internacionales y tienen un contenido ideológico más fuerte. En efecto, los dos factores están relacionados» (Hearder, citado en Close, 1995,

[11] Las Convenciones de Ginebra de 1949 (en particular, la Cuarta Convención, también conocida como la «Convención de los Civiles»), junto con los protocolos I y II añadidos en 1977, han intentado dirigir este tema aunque sólo con éxito parcial.

p. viii). El mecanismo subyacente es el desagrado tan intenso que cancela incluso los lazos fraternos, imaginados o reales. «La identidad», escribe Buruma (2002, p. 12), «es lo que hace que hierva la sangre, lo que hace que la gente haga cosas indecibles a sus vecinos. Es la gasolina que usan los agitadores para dar fuego a países enteros».

Aunque se haga, por lo general, refiriéndose a conflictos «ideológicos», este argumento tiene su eco también en el argumento de la «antipatía étnica» tal como lo han formulado Horowitz (2001), Kaufman (2001) y otros, lo que implica una lógica semejante para las guerras civiles, que se asocia a la polarización étnica. Por ejemplo, se dice que «casi todos nuestros conflictos étnicos actuales o recientes parecen implicar altos niveles de odio y compulsiones a la venganza, con el resultado final de la brutalidad, las masacres y formas diversas de salvajismo» (Harkavy y Neuman, 2001, p. 208).

Esta tesis se relaciona con la idea de Carl Schmitt (1976) sobre la política como una reflexión sobre la distinción fundamental entre amigo y enemigo. Lo *político*, decía él, es el antagonismo más extremo que una colectividad de gente en lucha opone a otra. La guerra es justo la expresión natural de la enemistad; tal como apuntó Lenin, la guerra civil en la sociedad de clases es una extensión de la lucha de clases (en J.-C. Martin, 1995, p. 61). De ahí se deduce que el enemigo en la guerra civil no es sólo circunstancial sino absoluto, un punto que emerge en el intercambio que viene a continuación entre Bizot (2003, p. 111) y su vigilante jemer rojo en Camboya:

> «En una palabra», insistí yo, «tú prefieres tender tu mano a los chinos y generar odio contra tu hermano más que unirte a él en la búsqueda de la paz».
>
> «Tú no entiendes», me dijo con calma, hablando como un maestro de escuela a punto de explicarle la cuestión de nuevo, con toda paciencia. «El que me ha traicionado ya no es mi hermano. Es tan sólo un lacayo del imperialismo y es él quien se ha vuelto contra mí».

Norberto Bobbio (1992, p. 303) observaba que la relación entre una guerra justa y un enemigo justo es inversa: una guerra es justa cuando el enemigo es injusto. Naturalmente, los enemigos injustos y absolutos no merecen ningún tipo de piedad. De ahí que la barbarie sea el resultado de la polarización. Una formulación paradigmática del nexo entre la polarización y la barbarie procede de Stanley Payne (1987, p. 209):

> Se ha observado que las guerras civiles tienden a ser conflictos de principios en mucha mayor medida que las luchas internacionales, mientras que las de este siglo han sido estimuladas por una intensa pasión ideológica y moralista. En el pasado, las guerras civiles podían causar un gran número de muertes en el campo de batalla regular –como en el caso del conflicto inglés de los años cuarenta del siglo XVII o la guerra civil americana de los años sesenta del siglo XIX– aunque estaba generalmente libre de atrocidades contra civiles. Esto se debía presumiblemente al hecho de que pese a las intensas diferencias en el principio político que dividían a los participantes en estos conflictos tempranos, continuaban compartiendo una perspectiva común sobre el mundo, la religión o el marco sociomoral [...]. Por el contrario, casi todos los conflictos del siglo XX han reflejado los intensos conflictos culturales o ideológicos que demonizan al enemigo y sirven psicológica y emocionalmente para legitimar las medidas más extremas y atroces.

De hecho, la tesis de la polarización remonta su razonamiento desde la violencia a los factores que se cree que la han producido. Vincular la polarización a la violencia implica aceptar una afirmación causal subyacente que predice la pertinente díada perpetrador-víctima y asigna un motivo a la violencia. Por ejemplo, la pertinente díada en una guerra de clases incluye a los propietarios del capital y a los propietarios del trabajo. En una guerra étnica, se referirá a los miembros de diferentes grupos étnicos. De acuerdo con esta lógica, un grupo pasa a convertirse en objetivo a causa de su posición en la dimensión de la división pertinente y, por consiguiente, los individuos son hechos víctimas en razón de su calidad de miembros de este grupo. De ahí que la polarización explique de forma simultánea el comienzo de un conflicto, su contenido y su violencia. Por lo general, este nexo causal se limita a ser asumido más que a ser confirmado empíricamente. Nosotros, o bien observamos una acción en el micronivel (p. e., Sinhala victimizando a un tamil) y concluimos que la polarización (étnica) en el macronivel explica esta acción particular, o bien observamos la polarización en torno a una división dada en el macronivel y entonces la generalizamos a todos los actos individuales de violencia en el micronivel.

Mientras que la tesis del colapso es la privilegiada en los informes descriptivos de las guerras civiles, la tesis de la polarización reside en el corazón de la mayoría de los informes macrohistóricos de las guerras civiles que, por lo general, subsumen la violencia bajo una teoría de profunda rivalidad grupal que precede a la guerra y la provoca; de ahí que ésta sea en realidad una teoría de conflicto *ex ante* o *prebélico*.

Las causas de la polarización pueden encontrarse en la intersección de las condiciones estructurales y la acción de los empresarios políticos que tienen éxito a la hora de convertir las diferencias reales o imaginadas en política polarizada. En el nivel individual, la polari-

zación se manifiesta como «fanatismo»: un compromiso apasionado e intransigente en favor de una causa particular que supera otras conexiones entre la gente y lleva a la voluntad de verter tanto la sangre propia como la de otros. Afirmaciones semejantes se encuentran en la mayoría de los conflictos. Los ejemplos siguientes proceden de España y del este de Tennessee:

> La dedicación a la causa y el partido rompían de forma consciente los anteriores vínculos de amistad y parentesco; hubo una tendencia a dar la bienvenida y ser amigable con los miembros del mismo grupo, a la vez que se evitaba sistemáticamente a los otros. Las disputas, la rivalidad y el odio se desarrollaron a partir de estos extrañamientos. Cada grupo tenía su café, sus reuniones y hasta sus días de fiesta, religiosos de un lado, seculares, del otro (Fisher, 1997, p. 85).

> La lucha de aniquilación mutua penetró en todas las áreas de la vida del este de Tennessee y sus efectos fueron corrosivos. El conflicto unionista-secesionista destruyó familias, amistades e instituciones. Enfrentó a unos miembros de la misma familia contra los otros, dividió las comunidades en facciones y liquidó las antiguas amistades (Lisón-Tolosana, 1983, p. 48).

5. La tecnología de guerra

El abogado de dos guerrillas contrarrevolucionarias francesas explicaba los actos violentos de sus clientes apuntando a la naturaleza de la guerra que practicaban: «*La Chouannerie* es un nuevo tipo de guerra que era desconocida hasta ahora en las naciones reguladas por leyes; se trata de una guerra de salvajes en la que cada individuo busca a su enemigo de forma aislada, lo mata y lo saquea allá donde lo encuentre. A los rebeldes, se los ha denominado bandoleros porque, de veras, en su forma de hacer la guerra se comportan como bandoleros» (en Cobb, 1972, p. 21). De igual modo, un general de la Unión explicaba el colapso de las normas sociales y la violencia subsiguiente en el Misuri de la guerra civil como resultado de la guerra irregular: él insistía en que «había algo en los corazones de estos buenos y típicos granjeros cristianos americanos que había explotado cuando los lazos básicos sociales y morales se habían desintegrado bajo la presión de la guerra de guerrillas» (Fellman, 1989, p. 265).

La afirmación de que la guerra «de guerrillas» y la violencia bárbara están conectadas en cuanto a las causas resulta un lugar común (p. e., Laqueur, 1998, p. 399; Wickham-Crowley, 1990, p. 225). Esta tesis sitúa la barbarie como el producto de una particular tecnología

de guerra. Valorar esto requiere una comprensión clara de lo que es la guerra «de guerrillas». La distinción entre guerra convencional (o clásica) y su equivalente «no convencional», «de guerrillas» o «irregular» es común en la bibliografía militar, aunque la terminología fluctúa. La intuición que se esconde detrás de esta distinción se reduce a esto: mientras que la guerra convencional conlleva enfrentamientos cara a cara entre ejércitos regulares a través de líneas de frente bien definidas, la guerra «no convencional» implica una carencia de enfrentamientos militares directos a gran escala o «batallas de grupo» y la ausencia de líneas de frente.

La guerra convencional conlleva una percepción compartida de paridad de poder por los rivales o el reconocimiento por parte de la parte más débil de que debe concurrir con arreglo a las reglas existentes y enfrentarse a su enemigo en el campo de batalla. Sin algún tipo de consentimiento mutuo, no podrá tener lugar ninguna batalla convencional (Beaufre, 1972, p. 12). Históricamente, las líneas de frente emergían como resultado de una compleja combinación de factores. De acuerdo con Beaufre (1972), la guerra se desarrolló a partir de un choque altamente ritualizado entre pequeñas bandas hasta convertirse en una confrontación entre ejércitos en batallas de grupo que se convertían en una especie de «duelo judicial» cuyo resultado era vinculante para los grupos representados por los ejércitos. Se partía de la convención de que los ejércitos actuaban como «delegaciones armadas» para las poblaciones, que, por lo general, se quedaban al margen. El crecimiento gradual de las armas de fuego hizo que la guerra pasase de basarse en la columna a basarse en el frente y así el frente se expandirá gradualmente hasta que cubra todo el territorio. En algunos ejemplos, no obstante, el resultado del campo de batalla no determinaba el resultado de la guerra, bien porque sólo una parte tenía un ejército regular (p. e., en las guerras coloniales), bien porque los ejércitos victoriosos eran desafiados por ejércitos locales que desarrollaban una guerra «irregular» o «partisana»; resultado éste atribuido generalmente a los sentimientos nacionalistas de la población; en consecuencia, los ejércitos conquistadores hubieron de «pacificar» el territorio conquistado. De hecho, la resistencia local contra los conquistadores fue muy común antes de la era del nacionalismo (Nabulsi, 1999) y las periferias de los imperios raramente quedaban pacificadas.

La guerra irregular, por tanto, tiene lugar cuando el actor más débil rehúsa encarar directamente al más fuerte y, en su lugar, combate mediante el engaño. En este sentido, la guerra irregular se proclama como una manifestación nada ambigua de la asimetría militar. Así es como un insurgente filipino describía la elección de la guerra irregular contra los americanos en 1900: «La guerra que les hacemos a nuestros enemigos es formal y, dado su mayor número y los medios

de guerra superiores que tienen a su disposición, el resultado es desastroso para nosotros, aun cuando nosotros sacrificamos las vidas de nuestros hermanos. La cosa más recomendable a hacer hoy día en esta campaña es emplear la guerra de emboscadas; aunque es lenta en resultados, nos permitirá conseguir nuestra independencia» (en May, 1991, p. 121).

Una descripción estilizada de la guerra irregular es la que sigue: el Estado (o los *detentadores del poder*) presenta tropas regulares y puede controlar el terreno urbano y accesible, mientras trata de ocuparse militarmente de sus oponentes en el terreno periférico y silvestre; los contrincantes (rebeldes o *insurgentes*) «se agitan justo por debajo del horizonte militar», escondiéndose y confiando en el nerviosismo y la sorpresa, en el sigilo y la *razzia* (Simons, 1999, p. 84). A menudo, tales guerras se convierten en guerras de desgaste, con insurgentes que tratan de ganar no perdiendo, mientras infligen un daño incesante en los detentadores del poder (Henriksen, 1983, p. 141; Shy, 1976, p. 12). Tal como una comunista vietnamita le decía a un oficial americano en 1975: «Una parte no es lo bastante fuerte como para ganar y la otra no es lo bastante débil como para perder» (en Thayer, 1985, p. 97). De forma contraria a lo que se afirma o se deduce a veces (p. e., Luttwak, 1995, p. 9; C. Schmitt, 1992), la guerra irregular no requiere una causa específica, revolucionaria, comunista, nacionalista o de otro tipo; puede servir a cualquier causa.

La guerra irregular, concebida en un sentido amplio, ha sido practicada en áreas «atrasadas» invadidas por ejércitos regulares (p. e., las guerras imperiales y de colonización), en áreas que habían sido ya colonizadas (guerras de descolonización), en Estados modernos cuyos ejércitos regulares han sido derrotados en el campo de batalla (guerras de ocupación), en Estados débiles pero en fase de modernización tendentes a la centralización y al subyugamiento de su periferia y en Estados «en fase de fracaso» o «fracasados».

Aunque la asimetría militar se encuentre en el extremo opuesto de la guerra convencional, el reverso no es necesariamente cierto: la simetría militar no es siempre sinónima de guerra convencional[12]. Las guerras simétricas pueden ser luchadas por ejércitos irregulares en ambas partes y, a veces, se las tilda de «guerras primitivas» (Earle, 1997, p. 108; Beaufre, 1972, p. 9) o «guerras criminales» (Mueller, 2004). Los ejemplos incluyen las guerras en Congo-Brazzaville o Liberia (pero también en Líbano), así como algunas guerras civiles que entraron en erupción tras el colapso de la Unión Soviética (p. e., las guerras en Georgia). Estas guerras «simétricas irregulares» son a menudo descritas como guerras «de guerrillas», pero difieren de las típicas guerras irregulares en un buen número de formas. Presentan líneas de frente, aunque tienden a carecer de grandes batallas convencionales, al menos de las del tipo clásico; y tienen lugar con el colapso del Estado: los ejércitos rivales se equipan normalmente mediante el saqueo del arsenal del ejército estatal en desbandada (p. e., Tishkov, 1999, p. 585). Las líneas de frente toman a menudo la forma de controles que aparecen de forma inmediata tras el colapso del Estado y pueden durar años; estas guerras tienden a desplegar el tipo de violencia que yo etiqueto como «exterminio recíproco» y que presentan *razzias* indiscriminadas contra el territorio enemigo de un modo en que ninguno de los actores tiene la capacidad o el deseo de controlar a la población que se asocia con su rival (p. e., Lotnik, 1999; Ellis, 1995)[13].

[12] De igual modo, la asimetría militar no siempre implica guerra irregular; ella incluye otras formas de desafío armado, incluyendo lo que a menudo se describe como «terrorismo».

A pesar de lo mucho que se ha apelado a la tecnología de guerra como una variable causal en la barbarie, el nexo real entre guerra y violencia sigue sin especificarse. Se pueden identificar tres trayectorias causales. La primera nos retrotrae a la tesis de la polarización y apunta al carácter revolucionario de la guerra irregular; la segunda se remonta a la tesis del colapso y acentúa la naturaleza «medieval» de la guerra irregular; la tercera apunta a consideraciones de seguridad que, o hacen estallar los mecanismos psicológicos (p. e., la frustración y el miedo), o las reacciones estratégicas: en un ambiente peligroso donde posiblemente no se puede distinguir a los combatientes civiles y enemigos, vale la pena ser violento hacia los civiles.

Guerra irregular como guerra revolucionaria

Dado que los conflictos «profundos» son vistos como intratables, las guerras que producen pueden ser tanto irregulares como altamente violentas. Carl Schmitt (1992) vinculaba su tesis de la polarización a la «guerra partisana» poniendo el acento en el carácter fuertemente ideológico de los movimientos de «liberación nacional» de la Descolonización y la era de la Guerra Fría. Su «teoría del partisano» plantea que la hostilidad «limitada y domesticada» de la guerra convencional se convierte en la «hostilidad real» de la guerra partisana a causa de la enemistad ideológica; un punto de vista que se encuentra en muchas obras posteriores (p. e., Holsti, 1996, p. 39).

[13] Algunas guerras civiles combinan aspectos de las guerras no convencionales, tanto de las asimétricas como de las simétricas. Por ejemplo, la insurgencia RENAMO en el Mozambique central era una guerra de guerrillas clásica mientras que parecía más una guerra simétrica no convencional en el sur, con ataques relámpago y sin intentos de hacerse con el territorio (Finnegan, 1992, p. 62).

Guerra irregular como guerra «medieval»

Aquellos que se adhieren a una teoría por la que la guerra irregular resulta violenta a causa de su carácter medieval sostienen esto porque la guerra irregular presupone una ausencia relativa de estructuras formales, causa un colapso de la disciplina militar y convierte así a la guerra en un pretexto para el saqueo descentralizado, para el bandidaje y para todos los tipos de violencia contra los civiles. La ausencia de ejércitos profesionales indica la desaparición del «honor del guerrero» y su sustitución por la barbarie (Ignatieff, 1998). De acuerdo con este argumento, las guerras de guerrillas contemporáneas «de Colombia a Filipinas» no son más que «el trabajo de bandas de chusmas integradas por rufianes para lograrse un beneficio a sí mismos, difíciles de distinguir de los *ecorcheurs* ("desolladores") que devastaron el campo francés durante la Guerra de los Cien Años» (Van Creveld, 1991, p. 60).

Seguridad

El agudo sentimiento de vulnerabilidad que experimentan los combatientes en el contexto de la guerra irregular ofrece el tercer nexo causal entre guerra irregular y barbarie. Este nexo puede formularse tanto en una versión psicológica como en una racionalista.

En el frente psicológico, la ausencia de líneas de frente claras y la presencia del enemigo por detrás de la retaguardia de uno causa frustración, incertidumbre «endémica», miedo, ansiedad e incluso pánico (Lay, 2001, p. 114; May, 1991, p. 147; Cooper, 1979, p. 92). El problema que afrontan los actores es la *identificación;* en palabras de un general de la Unión en el Misuri de la guerra civil, «la total imposibilidad de decidir quién era culpable y quién era inocente» (en Fellman, 1989, p. 96). Esto facilita reacciones en las que, a la mínima, se aprieta el gatillo (Filkins, 2005; Grossman, 1995, p. 81; Finley, 1994, p. 74; Calder, 1984, p. xxii), particularmente entre las tropas poco habituadas a la guerra irregular. Por ejemplo, la violencia en los Apalaches durante la guerra civil americana se hallaba estrechamente vinculada al hecho de que los comandantes «vieran el peligro tanto en la retaguardia como en el frente»; tal como lo expuso un oficial confederado: «Cuando un oficial se encuentra a sí mismo y a sus hombres abriéndose paso acechado por detrás de cada arbusto, de cada árbol o de cada montículo que haya a ambos lados de la carretera, sólo lo parará con medidas muy severas» (Paludan, 1981, pp. 64 y 94). La violencia por parte de tropas disciplinadas, tales como la masacre de campesinos vietnamitas por parte de los estadounidenses al servicio de My Lai, ha sido atribuida a procesos psicológicos de ese tipo (Bilton y Sinn, 1992).

La variante racionalista vincula la violencia específicamente con la incapacidad de un ejército para identificar al enemigo: en un medio en el que es imposible distinguir al civil del combatiente enemigo, ser violento vale la pena. Por un lado, los rebeldes son vulnerables a la infiltración y se toman un tiempo arduo reconociendo a los informadores; por otro lado, los que detentan el poder hacen frente a un enemigo que rechaza combatir de forma convencional, pero tiene éxito a la hora de generar muchas víctimas. Dadas estas fuerzas, la violencia contra los civiles, incluidas las represalias colectivas, puede parecer racional. Tanto si la población actúa de buena gana como si no, se da típicamente un solapamiento muy profundo en lo social y en lo geográfico entre un «sistema de apoyo» del actor político (la fuente de su inteligencia militar, comida, abastecimiento y reclutas) y la población civil (Wickham-Crowley, 1990, p. 225; C. Johnson, 1968, p. 447). De ahí que el centrarse en los colaboradores civiles más que en los combatientes (en el «mar» más que en el «pescado», en los términos del famoso *dictum* de Mao) se vuelva un objetivo de primer orden para los ejércitos que buscan la victoria y, para ello, asuman altos costes (Downes, 2004; Valentino, Huth y Balch-Lindsay, 2004)[14]. En pocas palabras, no se trata de que los combatientes maten gente por frustración (aunque algunos combatientes individuales pudieran hacerlo) sino que la violencia supone un problema estratégico básico de la guerra irregular.

6. Valoración

Cada uno de estos argumentos tiene algo con lo que contribuir a nuestra comprensión de la violencia en las guerras civiles. De forma semejante, cada uno de ellos tiene sus debilidades, sus inconsistencias y sus discrepancias con respecto al registro empírico. Tal como están, no obstante, tienden a ser demasiado vagos e indeterminados como para ser evaluados de forma empírica; de hecho, algunos son infalsificables. La prioridad deberá, por tanto, concederse a la clarificación

[14] El ejemplo reciente de Chechenia es de lo más elocuente. El ministro ruso de Interior señaló durante un viaje a Chechenia que «los activistas no se limitaron a desaparecer sin más. Ellos están aquí entre nosotros»; tal como dijo el coronel Yevguieni Sidorov: «No se puede decir con exactitud cuántos activistas hay. Todo depende de si los recuentas durante el día o durante la noche. El ser activista no se lleva escrito en la frente». Después de haber sufrido un raid por sorpresa por parte de la guerrillas chechenas en el pueblo de Shali, en enero de 2000, un oficial ruso declaró que «no está claro de dónde procedían [los rebeldes]. Ellos tan sólo aparecían de pronto entre los civiles». Como resultado, los rusos recurrieron a la violencia contra los no combatientes. De acuerdo con una refugiada chechena: «Nos bombardean, nos matan y no hacen distinciones entre activistas y civiles» (Gordon, 2000a, p. A3; Gordon, 2000b, p. A4).

conceptual y al desarrollo teórico. De este modo, la discusión que sigue no tendrá la finalidad de contrastar estos argumentos entre sí y establecer uno como el único marco legítimo a través del cual ver la cuestión. Un programa de investigación habrá de emerger a partir de un conjunto definido de primeros principios y, una vez dadas las evidencias de las que se dispone, estos argumentos no se presentarán como iguales en su habilidad para generar tales principios. En la sección que viene a continuación, consideraré los puntos débiles y los puntos fuertes de cada argumento y seleccionaré la versión de seguridad de la tesis de la tecnología de guerra como la base más prometedora para el desarrollo teórico.

Colapso

Mediante sus diversos mecanismos y versiones, la tesis del colapso constituye, quizá, el informe más intuitivo de la barbarie y el que explica su popularidad. A la larga, sin embargo, suscita más preguntas de las que responde.

De partida, muchos de los mecanismos que se han discutido con anterioridad son correlatos de la violencia más que causas de la misma. Esto se da con claridad en el caso del embrutecimiento y la venganza (pero no en el del dilema de la seguridad). Ellos sufren también el mismo problema que identifiqué en la discusión sobre las motivaciones expresivas de la violencia: las acciones individuales de venganza o embrutecimiento pueden resultar coherentes con las decisiones organizativas de usar la violencia por razones instrumentales. De un modo más general, el colapso puede perfectamente ser una mala caracterización de las situaciones de la mayoría de las guerras civiles. Muchos relatos al nivel del suelo describen una situación en la que bolsas de desorden (por lo general, relativo) coexisten con bolsas de un orden impresionante. Por ejemplo, los actores armados están a menudo dispuestos a eliminar el delito común y son capaces de hacerlo[15].

[15] Simons (1999, p. 92) observa que la anarquía «no es otra cosa que un constructo intelectual» porque, «al nivel del suelo, la gente siempre se organiza de algún modo y sabe quién está a la caza de quién». En Venezuela, los insurgentes vigilaban el área que estaba bajo su control, reprimían la violencia local (los apuñalamientos y las peleas a machetazos) y controlaban la ingesta excesiva de alcohol, el absentismo estudiantil entre los niños y la «promiscuidad» (Wickham-Crowley, 1991, p. 44); el crimen hizo todo menos desaparecer en las áreas ocupadas por los rebeldes de las FARC en Colombia (Rubio, 1999, p. 29); las tasas de criminalidad en Irlanda del Norte son menores que en el resto del Reino Unido, mientras que los estudios de la opinión pública indican que las percepciones y el miedo al crimen son mayores en Gran Bretaña (en paz), que en (la violenta) Irlanda del Norte (Gallagher, 1995, p. 50). Una evidencia semejante es la que ofrecen Smyth y Fay (2000, p. 123), Manrique (1998, p. 204), Degregori (1998, p. 135), Senaratne (1997, p. 75), Berlow (1998,

De hecho, tanto la gente que ha vivido guerras civiles (p. e., Mouro, 1999, p. 44) como los etnógrafos y periodistas que han llevado a cabo trabajo de campo en medios carentes de Estado (p. e., Nordstrom, 1997, p. 12; Finnegan, 1992, p. 230) señalan que la vida diaria está mucho más estructurada de lo que se piensa; la violencia tiende a darse en forma de estallidos más que a ser algo que ocurre de continuo y tiende a ocurrir en tiempos y en espacios específicos más que de modo aleatorio. Daniel Ellsberg (2003, p. 114) recuerda su experiencia en el campo vietnamita: «Gradualmente fui captando el cuadro de que, allá donde fuéramos, tanto en las aldeas como en el campo, había pequeñas señales visibles para todos los que conocían la vecindad que decían: "Para encontrar al VC, gire a la izquierda, más o menos tres metros"; "este puente está cerrado por colocación de minas, hoy y todas las noches". La extendida percepción de caos parece ser el resultado de una observación superficial».

El problema de la mala caracterización es particularmente obvio en el caso de la venganza. Aunque la violencia se halla motivada a menudo por la venganza, la venganza tiende a ser implementada por actores políticos organizados, puesto que la mayoría de los individuos no actúan o no pueden actuar de forma directa. La presencia de actores armados que actúan como vengadores en nombre de individuos *sólo* cuando la violencia les sirva para sus intereses sitúa a la venganza dentro de un marco que está lejos de lo aleatorio o lo anómico.

Más aún, la analogía existente entre la violencia de la guerra civil y los odios de sangre es incorrecta y conduce a error. Dejando de lado el que la venganza parezca ser excepcional, incluso en las culturas con odios de sangre (Gould, p. 2003), la guerra civil transforma a las culturas proclives al odio de sangre en escenarios de violencia comunal sin límites que «en otros tiempos habría sido considerada un comportamiento deshonroso y a reprender» (M. Johnson, 2001, p. 61). Las evidencias sociológicas y antropológicas sobre los odios de sangre (Keiser, 1991; W. Miller, 1990; Boehm, 1984; Black-Michaud, 1975) fracasan a la hora de sostener esta analogía. El odio de sangre se convierte en una institución social con reglas claras (sobre quién se toma la revancha, cuándo, cómo y contra quién) gobernada por normas que limitan la clase de posibles expiadores (a las mujeres y los niños se les suele excluir) y lo apropiado de las respuestas. La mayoría de las culturas que practican el odio de sangre reconocen una regla brutal de equivalencia en réplica, siendo la *lex talionis* tan sólo un ejemplo[16];

p. 95), Stoll (1993, p. 80), Jones (1989, p. 127), Keng (1983, p. 148), Rudebeck (1975, p. 45), Taber (1965, p. 40), Lear (1961, p. 92) y Kerkvliet (1977, pp. 70, 164).

[16] Lo cierto es que la *lex talionis* prohíbe la escalada puesto que el deseo de venganza carece de moderación pero la venganza ha de estar regulada (Frijda, 1994, p. 264).

hay medios culturalmente aceptables para hacer contratos temporales o permanentes de hostilidad; existen los sobornos contra ataques potenciales y aquellos que estaban marcados por la venganza podían ser indultados si se les encontraba con su familia; las reglas del santuario y la hospitalidad pueden ser muy elaboradas. En pocas palabras, los odios de sangre se hallan más próximos a un juego que a una lucha real (Loizos, 1988, p. 648); son «reguladores del poder social» en las sociedades que carecen de una autoridad central (Frijda, 1994, p. 270). Ellos regulan, limitan y contienen conflicto y violencia; son instituciones de control social, a menudo cooptadas por Estados, más que ejemplos de anomia social (Wormald, 1980). Ello estaba claro para Gerald Curtis, un oficial político británico que visitó Afganistán en los años treinta del siglo XX: «Puede decirse que, en un país en el que no hay gobierno para hacer cumplir las sanciones a aquellos cuya conducta les resulta injuriosa a otros, el odio de sangre perdona tanta vida como la que destruye. El miedo a provocar una disputa que sea la maldición de generaciones de sus descendientes puede hacerle vacilar a un hombre» (en Schofield, 1984, p. 120)[17].

Los estudios de la guerra civil en regiones que son tradicionalmente proclives al odio de sangre descubren que la guerra desorganiza las instituciones y las reglas de sangre y destruye su código de honor, que tiende a asociarse con el orden más que con el desorden (Xanthakou, 1998, pp. 12-13)[18]. Más aún, la violencia de la guerra civil va más allá de la violencia de sangre al romper la norma del odio de sangre que excluye a las mujeres y a los niños de la violencia (M. Johnson, 2001, p. 65; Paludan, 1981, p. 20) y dividiendo violentamente clanes y familias (Xanthakou, 1998, pp. 12-13). Finalmente, la violencia de las guerras civiles puede ser extrema en regiones que carecen de una tradición de odio de sangre. La guerra civil libanesa fue particularmente violenta en las ciudades aun cuando la tradición de odio de sangre prevalecía en el interior montañoso (M. Johnson, 2001, p. 44), y la región griega

[17] Lo mismo parece aplicarse a la violencia sacrificial que, de acuerdo con Girard (1977), es un mecanismo de control social en las sociedades premodernas que carecen de verdaderos sistemas de justicia.

[18] El asesinato de 22 miembros de una sola familia en el Alto Egipto, en agosto de 2002, puede ser un ejemplo de cómo las insurgencias exacerban las prácticas de sangre, si bien las desorganizan. No se trató de un asesinato individualizado sino de una emboscada cuasi militar y, aunque se podía seguir la pista hasta la enemistad de dos familias, los Hashasba y los Abdul Haleem, ésta se entretejió con una insurgencia islámica en el área (*BBC News*, 10 de agosto de 2002). Un proceso similar parece haber tenido lugar en la región de Chiapas, en México, donde la insurgencia zapatista ha encontrado su sitio entre comunidades «desgarradas durante generaciones por luchas por la tierra, la religión y el poder. La lucha enfrenta a padres contra hijos, a hermanos contra hermanos, a vecinos contra vecinos» y ha tenido como resultado varias masacres (G. Thompson, 2001, p. 16). La lucha étnica en Kenia y en la vecina Somalia puede también dar cuenta de la radicalización del odio de sangre entre los clanes Gabra y Borana en el noreste de Kenia (Reuters, 2005).

de la Argólida que yo mismo he estudiado experimentó altos niveles de violencia pese a la carencia de una tradición de odio de sangre. De hecho, hay algunas evidencias de que el odio de sangre es a veces endógeno a la guerra civil, con una cultura de odio de sangre que, más que preceder, viene a continuación de la guerra (Paludan, 1981, pp. 20-21; Williams, 1975, p. 26). Además, la relación entre las prácticas de sangre y la violencia de guerra civil puede ser espuria: grupos que están muy unidos son también fáciles de movilizar y tienden a tomar parte en disputas de sangre. En pocas palabras, aunque está claro que la venganza se asocia con la violencia excesiva en la guerra civil, podría ser un error ligar las dos de forma causal.

Mientras que el mecanismo del dilema de la seguridad es una explicación plausible del surgimiento de la violencia, lo mismo que otros mecanismos de «colapso», resulta difícil hacerlo operativo y evaluarlo e incluso entonces tiende a ser equivalente en la observación a algunos otros mecanismos. Una solución conlleva la derivación de implicaciones específicas evaluables: primero, la violencia es más probable cuando las poblaciones están más entremezcladas, en lo ideológico, en lo religioso o en lo étnico[19]; segundo, la violencia debería ser emprendida por minorías sustanciales que son lo bastante débiles como para sentirse amenazadas aunque lo bastante fuertes como para ser capaces de emprender un ataque; y, tercero, la violencia es el único resultado posible, como opuesto a los arreglos pacíficos tales como los pactos de paz locales. Carecemos de evidencias sistemáticas, pero las observaciones parciales no parecen apoyar estas conjeturas. Por ejemplo, la violencia en la antigua Yugoslavia era ejercida a menudo por ejércitos y milicias más que entre individuos y sólo participaron en la violencia pequeñas minorías de las diversas poblaciones (Mueller, 2004); los datos del estudio muestran que el estatus de minoría o mayoría no implicó diferencia alguna en los niveles de tolerancia de las poblaciones allí enclavadas, una excusa para la propensión a usar la violencia (Massey, Hodson y Seculić, 1999); y hay evidencias de que, en algunas circunstancias, se alcanzaron tratos locales entre los grupos de la zona (Bougarel, 1996).

Finalmente, la tesis de la «medievalización» tampoco parece casar con las evidencias de las que se dispone. Formulada en forma falsable, ella predice que la violencia es una función de lo irregular que es un ejército. En la formulación de Selesky (1994, p. 85), «cuanto mayor es la distancia respecto de una supervisión centralizada y también, probablemente, cuanto menores son los números implicados, mayor será la oportunidad para que los hombres usen la violencia para apun-

[19] Nótese que, no obstante, una evaluación positiva de esta implicación sería equivalente en el plano observacional a la tesis de la polarización.

tarse tantos a nivel personal que puede que tengan que ver, o no, con los fines de la sociedad que los ha autorizado a usar la violencia intencionadamente en primer lugar». Sin embargo, sabemos que en muchas guerras civiles (p. e., El Salvador o Guatemala) la mayor proporción de violencia fue producida por tropas regulares altamente disciplinadas más que por irregulares insurgentes. Lo cierto es que el asesinato en masa tiende a asociarse con el orden más que con el desorden, tal como sugerían, entre otras, las ocupaciones nazi y japonesa durante la Segunda Guerra Mundial. Las atrocidades fueron más comunes durante la guerra civil inglesa en los tiempos y en las áreas en los que operaron más los ejércitos profesionales que las milicias (Coster, 1999, p. 95); la peor masacre individual en Bosnia, Srebrenica, fue ejecutada de una forma altamente organizada y principalmente por tropas regulares más que por asesinos paramilitares enloquecidos. El reciente análisis econométrico de evidencias procedentes de África parece también apoyar el argumento de que la violencia contra civiles se usó para conseguir ventaja militar como opuesta al saqueo y el pillaje (Azam y Hoeffler, 2002). Finalmente, la tesis de la medievalización conlleva también una mala caracterización de muchos conflictos. La violencia de algunas de las peores guerras civiles africanas recientes no es necesariamente aleatoria (Richards, 1996; Ellis, 1995, p. 184; Geffray, 1990).

Transgresión

La tesis de la transgresión recibe apoyo *prima facie* indirecto de los sorprendentes parecidos que despliega la violencia en guerras civiles que tuvieron lugar durante la ocupación extranjera. Las represalias colectivas, la violencia indiscriminada, la toma de rehenes, la reubicación de masas de población: son todos rasgos de ambos tipos de guerras, que sugieren que la rebelión contra cualquier autoridad exige una respuesta altamente violenta. Lo cierto es que la discusión legal sobre la distinción entre combatientes y no combatientes tuvo lugar en el contexto de debates sobre la regulación de los regímenes de ocupación. Esta tesis resulta también coherente con la observación de que altos niveles de violencia contra pueblos «menores» o «inferiores», como en las guerras coloniales, han estado justificados sobre bases normativas similares (Donagan, 1994, p. 1139).

Sin embargo, hay varios problemas con esta tesis. En primer lugar, ¿está la barbarie causada por el carácter transgresor del desafío interno a la soberanía o es la percepción de la transgresión sólo una manifestación de otros procesos tales como la polarización o la guerra? En segundo lugar, este argumento es una petición de principio de por qué

estas acciones se ven, en primer lugar, como transgresoras. En tercer lugar, el registro empírico suscita cuestiones. Hay una variación considerable en la reacción a los desafíos internos a la autoridad, al margen de lo serios y amenazadores que sean. Por ejemplo, las manifestaciones francesas de Mayo del 68, las marchas de protesta en el este de Europa en 1989 y los desafíos terroristas internos en Europa (Brigadas Rojas, ETA, IRA, etc.) se trataron de forma moderada a pesar de la amenaza que planteaban y de las normas que pueden haber transgredido. En cuarto lugar, esta tesis no pasa un examen empírico-crítico: la violencia ejercida por los rebeldes o entre grupos rebeldes rivales es a menudo tan bárbara como la infligida por el Estado contra los rebeldes. La violencia entre los partisanos monárquicos y comunistas en Yugoslavia durante la Segunda Guerra Mundial es un buen ejemplo de esto. Finalmente, parece que la violencia masiva por parte de los Estados es, a menudo, una respuesta directa a las amenazas, superando a consideraciones tales como el tipo de régimen o consideraciones normativas (Downes, 2004). En pocas palabras, la tesis de la transgresión parece captar el proceso a través del cual se racionaliza la barbarie más que sus causas.

Polarización

La polarización es analíticamente superior tanto al colapso como a la transgresión porque puede subsumirlos con toda facilidad; también capta un aspecto importante de la guerra civil. Sin embargo, una teoría de las divisiones profundas sólo será útil de este modo como una teoría de la violencia.

Formulado empíricamente, la tesis de la polarización predice que las guerras civiles con profundas divisiones preexistentes deberían ser, *ceteris paribus*, más bárbaras que las guerras civiles motivadas por divisiones más superficiales. De igual modo, la variación en niveles de violencia dentro de la misma guerra civil debería variar a la par que la profundidad de las divisiones, al margen del conflicto y de su violencia. A resultas de esto, las evidencias sistemáticas son escasas[20].

[20] Conozco dos excepciones parciales, ambas procedentes de estudios de micronivel. En su análisis en marcha de la violencia en pueblos de Aragón durante la guerra civil española, Ledesma (2001) encuentra alguna relación entre polarización y violencia. No obstante, resulta poco claro de qué modo se mide la polarización y no se evalúan las tesis alternativas. Chacón (2003) encuentra que la polarización anterior a la guerra como algo medido por los resultados de las elecciones a nivel municipal es un buen índice para predecir la violencia durante la primera fase de La Violencia colombiana. No obstante, éste fue un periodo durante el cual el conflicto no estuvo militarizado y parecía más bien un lanzamiento constante de pogromos. Lo cierto es que él encontrará que la polarización dejará de ser un buen índice para la predicción de la violencia en el segundo periodo de la *Violencia*, cuan-

La polarización prebélica se vincula a la barbarie de dos formas: en su versión amplia, se la ve como provocando la guerra civil y, por implicación, su violencia; en su versión estrecha, provee la base epistemológica para la violencia intensa una vez que ha empezado una guerra civil. En todo caso, la violencia es resultado de profundas divisiones prebélicas.

Una crítica de la versión amplia afirmará que el nexo entre la polarización y la guerra civil es tenue aun cuando la polarización prebélica esté profundamente arraigada. Un cuerpo significativo de investigación empírica sugiere que altos niveles de polarización social, religiosa o étnica no consiguen explicar el estallido de la guerra civil; éstos no parecen ser ni condiciones necesarias ni suficientes (Collier *et al.*, 2003; Laitin, 2001; Fearon y Laitin, 2000; Sartori, 1969, p. 81). Más aún, la ausencia de un buen indicador para la polarización ha ocultado el hecho de que, incluso en sociedades que son vistas como profundamente polarizadas, sólo una minoría puede realmente ser descrita como adhiriéndose profundamente a un polo o al otro, mientras que la mayoría tiende a seguir sin comprometerse o comprometiéndose débilmente, como parte de una «zona gris» entre los dos polos[21]. Cuando se dispone de datos más sistemáticos, como en Yugoslavia, el vínculo entre la polarización de preguerra y la guerra parece tenue. Desde un punto de vista transversal, hubo una relación inversa entre la polarización de preguerra y la guerra civil, con Bosnia puntuando muy alto en cuanto a tolerancia interétnica (Hodson, Seculić y Massey, 1994); desde el punto de vista de una serie temporal, hubo pocos cambios en los indicadores del nacionalismo en Croacia de 1984 a 1989, sugiriendo que la polarización aumentó, o bien justo antes de la guerra, o bien después de que la guerra hubiese estallado (Seculić, 2005).

Sin embargo, puede ser que *allá donde* estalla la guerra civil, la polarización prebélica se conecte causalmente con la intensa violencia que se observa. No obstante, «aun cuando la violencia se halle claramente enraizada en el conflicto preexistente», advierten Rogers Brubaker y David Laitin (1998, p. 426), «no debería ser tratada como una excrecencia autoexplicativa de tal conflicto, algo que ocurre de forma automática cuando el conflicto alcanza cierta "temperatura"».

do el conflicto se desarrolló hasta convertirse en un conflicto armado con todas las de la ley. Durante este periodo, las variables geográficas y militares aparecerán relacionadas con la violencia de forma mucho más significativa.

[21] Una cuestión planteada enérgicamente por Edward Malefakis (1996, p. 26) sobre la guerra civil española: «En toda guerra civil, la mayoría de la población pertenece probablemente, al menos al principio del conflicto, a algo equivalente a lo que llegó a ser denominado, en 1936-1939, como la *tercera España:* éstos no creían en ninguna causa con la intensidad suficiente como para desear verter su sangre por ella». Seidman (2002) ofrece muchas evidencias que apoyan este planteamiento.

Este punto se ve apoyado por la observación de que lo que causa el comienzo de la guerra civil puede que no sea lo que la sostiene (Pfaffenberg, 1994). Lo cierto es que la profundidad de las divisiones que se perciben antes de la guerra pueden ser, a menudo, un artefacto de valoraciones retrospectivas contaminadas por la guerra (Brubaker y Laitin, 1998, p. 426). Más aún, la profunda polarización no tiene por qué preceder a las guerras civiles; la violencia intensa puede emerger en lugares que carecen de divisiones previas. Mientras que en ciertos casos, como España o El Salvador, el conflicto político se activó completamente antes del estallido de la guerra civil, en otros casos, como Rusia o Grecia, las divisiones se formaron durante el curso de la guerra civil. La región de Quindío, en Colombia, no tuvo conflictos partisanos intensos hasta finales de los años cuarenta del siglo XX, aun cuando sufrió una violencia que condujo a miles de muertes (Ortiz Sarmiento, 1990, p. 22). De igual modo, la región española de Aragón experimentó mucha violencia durante el proceso de colectivización iniciado por los anarquistas, aun cuando no se caracterizaba por «un elevado nivel de polarización o conflicto social» (Casanova, 1985, p. 59); esta violencia, para Julián Casanova (1985, p. 315), era el resultado de «las circunstancias excepcionales del contexto de la guerra» relacionadas con factores militares; de forma muy reseñable, la presencia de tropas anarquistas venidas de Cataluña. Por el contrario, la región de Levante (la actual Comunidad Valenciana) experimentó menos violencia que Aragón pese al mayor grado de polarización de clase (Bosch Sánchez, 1983)[22].

Además, la afirmación del nexo entre la polarización prebélica y la violencia es vulnerable a dos críticas metodológicas. Primero, la violencia de la guerra civil puede vincularse de forma errónea a la polarización de la preguerra por medio de sesgos inferenciadores, tales como la extrapolación desde el nivel global al individual y el privilegio de la información sobre objetivos como opuesta a la información de tipo básico. Como resultado, los efectos de interacción, los efectos espurios y las variables no observadas son pasados por alto. Segundo, la violencia puede surgir de la dinámica que es inherente a las guerras civiles y que, o bien está conectada de forma indirecta, o bien carece totalmente de conexión con la polarización de la época anterior a la guerra por medio de dos procesos, *polarización endógena* y *violencia endógena*. Abraham Lincoln observó en la guerra civil americana que,

[22] Por tanto, puede salir caro el inferir los riesgos individuales exclusivamente a partir de la polarización de preguerra. Cuando Amparo Barayón volvió a Zamora, su ciudad natal, en los primeros meses de la guerra civil española, lo hizo «porque no pensaba que hubiera problema alguno. Zamora siempre había sido tan pacífica…»; poco después, sin embargo, fue denunciada, arrestada y ejecutada (Sender Barayón, 1989, p. 165).

con «la llegada de la guerra real, la sangre se calienta y la sangre se derrama. Al pensamiento se le fuerza a pasar de los viejos canales a la confusión» (en Fellman, 1989, p. 85). La observación de Lincoln sugiere que la violencia puede ser *endógena* a la guerra e independiente de las divisiones que producía la guerra al principio. Para complicar las cosas más aún, la polarización puede que sea *también* endógena a la guerra civil; puede que sea más que su causa, su efecto.

Sesgos inferenciadores

Las explicaciones de la violencia que remontan la búsqueda de las razones hasta los factores que se cree que la producen son vulnerables a un sesgo inferenciador análogo a la falacia ecológica: aquéllas extrapolan a partir del nivel global hasta el nivel individual, en ausencia de datos de nivel individual en torno a actos particulares de violencia. Raymond Boudon (1988) ha mostrado que, incluso en una sociedad homogénea de iguales, es posible generar procesos de rivalidad (y de ahí la violencia), que, en el nivel global, parecerían haber sido generados por divisiones profundas; de igual modo, se ha apuntado que los efectos de la rivalidad entre grupos pueden ser meramente subproductos de un sesgo de selección: incluso en un mundo en el que la etnicidad no juegue ningún papel ni a la hora de definir las interacciones probables entre los individuos ni la proclividad de los individuos para dedicarse a la violencia, seguiríamos viendo la violencia significativa, mal percibida como resultado de la rivalidad étnica (Dion, 1997). De ahí que las interpretaciones de la violencia requieran datos contextuales refinados. Cuando se dispone de tales datos, como ocurre en Irlanda del Norte, éstos sugieren una disyunción entre la violencia del conflicto y la división religiosa que la aviva (O'Leary y McGarry, 1993)[23]. Puede también ser el caso de que las identidades individuales observadas desde «arriba» hayan sido fabricadas por completo, o bien abajo, o bien *a posteriori*. Por ejemplo, muchos kulaks (campesinos pudientes) perseguidos durante el terror estalinista no eran de ninguna manera kulaks: «Durante esta época y después», nos dice Lynne Viola (1993, pp. 65-66), «por un vaso de vodka o una botella de *samogon* (licor de destilación ilegal), un kulak podía ser transformado en un campesino pobre o, en ausencia del vaso de vodka o de la botella de *samogon*, un pobre campesino podía ser transformado en un kulak… El kulak parecía estar en gran parte en la mirada del observador».

[23] Ellos piensan que la violencia no guarda correlación con los niveles de práctica religiosa a lo largo del espacio y del tiempo, que los actores violentos no se definen a sí mismos en términos religiosos y que la violencia no se dirige contra los símbolos religiosos.

Los datos contextuales que han de establecer la inferencia han de ser refinados. Por ejemplo, la observación de que se mató a un propietario de tierras individual en una zona tomada por los rebeldes no basta para establecer esta acción como una reflexión de la división de clase; ello requeriría información detallada sobre la motivación real que se encuentra por detrás de este acto de violencia particular[24]. Resulta también necesario evitar la extendida falacia del truncamiento, ignorar la información de tipo básico, remota y abstracta, en favor de la información sobre objetivos, vívida y concreta. Lo que se necesita, en su lugar, es la ratio de victimización observada y las tasas observables (pero, por lo general, ignoradas) de no victimización dentro de la misma población: cuántos propietarios fueron asesinados y cuántos no[25]. Si tan sólo se asesinó a un terrateniente (y si, más aún, también un campesino sin tierras fue asesinado por el mismo grupo), entonces habremos de cuestionar hasta qué punto esto es una instancia de la «violencia de clase»[26].

Más aún, las motivaciones pueden estar mezcladas: una persona puede haber sido victimizada tanto a causa de su condición de miembro de un grupo *como* a causa de una acción particular que puede estar conectada o no con su condición de miembro. Durante su investigación sobre algunos acontecimientos violentos durante la insurgencia de izquierdas en la isla Filipina de Negros, a Alan Berlow (1998, p. 166) le dijo un informante que un terrateniente llamado «Serafín había sido objetivo [de los rebeldes] porque estaba ayudando al ejército… Ésa fue la razón principal por la que le pegaron un tiro». Los «terratenientes» asesinados en el norte de China por campesinos dirigidos por los comunistas, durante la guerra civil, eran a menudo tan sólo campesinos de mejor situación, que habían colaborado con los que apoyaban al Gobierno mientras que aquellos que no llevaron a cabo ningún tipo de acción, incluyendo terratenientes «auténticos», no sufrieron daño alguno; tal como escribió un cuadro comunista, un terrateniente local no habría sido perseguido «si no hubiera vuelto con

[24] Esto resulta difícil de obtener. Un periodista de investigación, Berlow (1998), escribió un libro entero describiendo su búsqueda de claves acerca de dos asesinos relacionados con la insurgencia en la isla de Negros, en Filipinas (uno fue el asesino de un propietario). Finalmente fracasó a la hora de encontrar cualquier evidencia concluyente.

[25] Éste es el núcleo de la crítica de Louie (1964) del análisis de Greer del Terror francés.

[26] Estudios locales de la guerra civil española encuentran que muchos terratenientes fueron perdonados por los republicanos por razones que siguen siendo desconcertantes (Estrada i Planell, 1995, p. 39), mientras que campesinos pobres eran a menudo objetivo de ellos (Ledesma, 2001, p. 254). Ledesma (2004, pp. 291-292 y 311-312) concluye que, aunque el argumento de clase funcionaba en el lado republicano, nunca se trataba de una instancia simple de violencia de clase, con el término «clase» entendido menos en un sentido económico estrecho y más como una compleja red de lealtades políticas interconectadas. Argenti-Pillen (2003, p. 77) propone el mismo caso referido a la violencia étnica en Sri Lanka.

el Kuomintang para amenazar a nuestros cuadros. Nosotros estábamos de acuerdo en que los campesinos ricos no eran el objeto de nuestra lucha» (Thaxton, 1997, pp. 280-290). Hay amplias evidencias documentales del Vietcong que establecen una clara distinción entre terratenientes y terratenientes «que son malvados agentes del enemigo», y que recomiendan un trato diferente con cada uno (Race, 1973, p. 126); los cuadros del Vietcong dividían también a los campesinos en dos clases políticas basadas en criterios de seguridad que no se solapaban con la división de clase (Elliott, 2003, pp. 954-960). La amplitud de la variación entre identidad y comportamiento se debe, probablemente, a la voluntad de un actor para distinguir ambos, lo que puede no tener que ver con la polarización.

Finalmente, a menudo se trata de que una persona es victimizada tanto por causa de la política (su identidad *y* sus acciones) como por mor de causas no políticas tales como animosidades y disputas personales. Por ejemplo, un panadero en una pequeña ciudad guatemalteca fue secuestrado y asesinado por un escuadrón de la muerte *tanto* porque había criticado abiertamente al ejército *como* por una venganza personal exigida por el miembro de un escuadrón de la muerte (Paul y Demarest, 1988, p. 126).

Polarización endógena

La tesis de la polarización implica que la distribución del apoyo popular durante la guerra es una reflexión fiel de las divisiones (prebélicas); en tiempos de gran polarización, la «capacidad de carga» de los actores políticos alcanza su valor máximo produciendo un solapamiento casi total entre los objetivos de los actores políticos y los objetivos de la población que proclaman representar. De ahí que los campesinos sin tierra apoyen de forma natural a los insurgentes izquierdistas y los terratenientes, a los gobiernos de derecha; los tamiles se enrolarán en los Tigres Tamiles y los sinhalas tomarán partido por el Gobierno de Sri Lanka; los católicos apoyarán al IRA y los protestantes, a los unionistas, etc. De ahí se deduce que la colaboración y el apoyo se fijan y se dan de forma exógena respecto de la guerra; por ello, la determinación de su distribución requiere sólo acceso a datos relevantes del censo.

Con todo, hay sustanciales evidencias de que la polarización es a menudo endógena al conflicto. Tucídides (3.83-84) señalaba que «el fanatismo violento que se había puesto *una vez* en juego había estallado [...]. *Como resultado* de estas revoluciones, hubo un deterioro general del carácter a lo largo y ancho del mundo griego [...]. La sociedad *se había* dividido en dos campos hostiles ideológicamente y

cada parte miraba a la otra con recelo» (las cursivas son mías). Esta idea está presente en muchos estudios contemporáneos[27]. Desde un punto de vista teórico, René Girard (1977) sugirió un mecanismo de polarización endógena: cuando la rivalidad se agudiza, los rivales tienden a olvidar la causa inicial de la rivalidad y, en su lugar, se fascinan más mutuamente; a resultas de ello, la rivalidad se purifica de cualquier apuesta externa y se convierte en una cuestión de puro prestigio.

Durante la guerra, los actores políticos harán esfuerzos coordinados para movilizar a la población en torno a la dimensión divisoria que ellos representan porque ellos conocen tanto que la población está dividida en una multitud de formas contradictorias como que los civiles tienden a evitar compromisos arriesgados. El Ejército de Liberación de Kosovo tuvo que encontrar formas de unificar los clanes de la aldea étnicamente albanesa, a menudo divididos por amargas disputas sangrientas, y los comunistas chinos tuvieron que convencer a los aldeanos pobres de que su identidad estaba al lado de otros aldeanos pobres más que con los miembros pudientes de su propio linaje[28]. Una movilización así no es una tarea fácil de cumplir y, por lo general, la violencia muestra que es más efectiva que la persuasión. Esta afirmación resulta coherente con la observación de que la violencia insurgente en las rebeliones étnicas «se dirige por lo general, en primer lugar, contra su propia gente, para asegurar su apoyo a la revuelta por muy renuente o pasiva que sea» (Paget, 1967, p. 32). Las nuevas dimensiones de separación serán institucionalizadas con éxito, por lo general, después de que se ha ganado la guerra[29]. De ahí que lo que a menudo se toma como la causa de una guerra civil puede perfectamente ser su consecuencia.

Al principio de una guerra civil, la mayoría de la gente tiene predisposiciones y preferencias de partida que fluyen directamente desde la política de preguerra, pero estas predisposiciones cambiarán con la dinámica del conflicto. A veces, siguiendo su bien conocida lógica reduccionista, la guerra refuerza estas predisposiciones iniciales «en-

[27] Véanse también M. Johnson (2001, p. 60), Rubio (1999, p. 79), Collins (1999, p. 177), Genschel y Schlichte (1998), Licklider (1998, p. 127), Byrne (1996, p. 2), Ellis (1995, p. 185), Ranzato (194) y Simmel (1955, p. 30).

[28] En una aldea del sur de China, «los chens más pobres habrían tenido que dejar de lado la noción tradicional de solidaridad de linaje. Ellos habrían de ser convencidos de unirse a gente venida de fuera para atacar a sus parientes. Ellos habrían tenido que aprender a expresarse en términos de "odio"» (Chan *et al.*, 1992, pp. 19-20).

[29] Las identidades engendradas así pueden llegar a naturalizarse y conformar la base de una comunidad orgánica con atributos heredados. En China, por ejemplo, las etiquetas de clase impuestas en los años cincuenta del siglo XX se han convertido en heredables en la línea masculina: un campesino pobre puede ser denominado como «terrateniente» aun cuando no posea tierra alguna (Chan *et al.*, 1992, p. 21).

dureciendo» las identidades (Van Evera, 2001, p. 21; O. Roy, 1999, p. 233; Kaufmann, 1996; Fawaz, 1994, p. 5) e incrementando su importancia (T. Allen y Seaton, 1999, p. 3)[30]. La mayoría de los granjeros de Misuri eran «unionistas incondicionales» antes de la guerra civil; con todo, la guerra «destruyó el terreno intermedio y arrojó tanto a los renuentes como a los comprometidos a un remolino que sobrepasaba lo comprensible»; éste era un lugar en el que las «nuevas lealtades reemplazaban a una actitud anterior más tolerante» (Fellman, 1989, pp. 22 y 28). Los testimonios protestantes procedentes del condado de Cork durante la Revolución irlandesa ilustran la intensificación creciente de la polarización étnica: «Durante esta época, el vacío entre Nosotros y Ellos se había ido ensanchando de continuo hasta que, al final, pareció ser bastante insoslayable. No sólo es que ellos se hubieran vuelto diferentes a nosotros sino que estaban contra nosotros» (en Hart, 1999, pp. 312-313). De acuerdo con el propietario tayiko de una tienda de la ciudad de Herat en Afganistán, «en la ciudad no había problemas, pero, después de la lucha, hay problemas étnicos» (en Waldman, 2004, A3). Un estudiante libanés recuerda:

> Yo estaba en la universidad cuando estalló la guerra. Estudiaba para ser arquitecto. Todo lo que quería hacer era comenzar a vivir. Entonces, de pronto, se desarrolló esta mentalidad tan extraña: todo se polarizó en cristianos contra musulmanes. Jamás en mi vida había preguntado a nadie si era cristiano o no. Entonces, de repente, tenías que abandonar la mitad de tu vida: la mitad de tus amigos, la mitad de los sitios que conocías. Sigo teniendo más amigos musulmanes que cristianos. Cuando estalló la guerra, de pronto no podía verlos, no podía hablar con ellos (en Darlymple, 1997, p. 259).

La guerra civil refuerza simultáneamente algunas de las divisiones prebélicas a la vez que debilita o altera otras. En la formulación comprensiva de Voigt (1949, p. 75), «ensancha las fisuras y aumenta las tensiones que existen en toda sociedad humana [...]. Divide y confunde las lealtades, fortalece algunas, debilita otras y evoca nuevas lealtades». Los análisis de Christian Geffray (1990) y de Michael Cahen (2000) de la guerra civil en Mozambique apuntan, precisamente, a un proceso así. Este hallazgo resulta coherente con la tesis del «conflicto trampa», donde la erupción del conflicto civil aumenta el riesgo de otras guerras futuras (Collier *et al.*, 2003), y con la tesis de la división local, que acentúa el papel de las divisiones locales, activadas por

[30] Esta idea ha sido incorporada a las teorías prácticas de la insurgencia: la visión de que los enfrentamientos catalizan ellos mismos la lucha resulta central en el pensamiento de Debray (1967).

la guerra, incluyendo los vínculos de parentesco y lugar que atraviesan las principales divisiones (Kalyvas, 2003)[31].

A menudo, la guerra civil politiza las divisiones prebélicas inocuas o incruentas. En Uganda, formar parte de un grupo étnico era irrelevante «a nivel de relaciones locales» hasta que los soldados del Gobierno empezaron a matar gente (T. Allen, 1989, p. 61); la sociedad malaya, étnicamente plural, «seguía bastante armoniosa» antes de la ocupación japonesa, que hizo estallar una guerra civil con las líneas étnicas (Kheng, 1983, pp. 16-18)[32]. De hecho, la guerra civil puede crear por completo nuevas divisiones, independientes de las divisiones prebélicas. «El rasgo esencial del primer siglo de guerra», durante la guerra civil en el Kyoto medieval (Berry, 1994, p. xviii), «fue la ruptura misma..., una ruptura tan extensiva que provocó divisiones en cada unidad de la política y la sociedad». La observación frecuente de que, a menudo, la violencia no tiene que ver con la división fundamental, no es, sin embargo, evidencia de que estén operando profundas diferencias anteriores a la guerra (p. e., Lubkemann, 2005, p. 500). El hecho de que la violencia sea a menudo un reflejo de las divisiones locales es completamente coherente con un proceso de polarización endógena (véase cap. 11).

A nivel individual, se pueden encontrar muchas historias sobre personajes cuya identidad política se forjó en la guerra y por la guerra. Figes (1996, p. 697) cuenta el modo en el que el general zarista Alexei Brusilov se unió a los bolcheviques, durante la guerra civil. Fue prisionero de los bolcheviques, así que su único hijo se unió a la Cheka para que su padre salvara la vida. Sin embargo, éste fue capturado por los blancos y ejecutado. Brusilov se acusó a sí mismo de la muerte de su hijo y se unió a los bolcheviques para vengarla. Figes comenta: «La sangre y no la clase lo había hecho rojo». El papel de las prisiones de los detentadores del poder a la hora de convertir a la gente encarcelada por error en insurgentes reales ha sido ampliamente documentado (p. e., D. Anderson, 2005, p. 52).

La guerra civil puede, incluso, generar identidades étnicas totalmente nuevas. Ése será el caso de los harkis de Argelia. Designando en origen a los auxiliares argelinos que lucharon en el lado de los franceses durante la Guerra de Independencia de Argelia, con los años, el

[31] Algunos estudios locales de las guerras civiles sugieren que las divisiones locales tienden a inventarse las divisiones prebélicas (Hart, 1999, p. 307; Moyar, 1997, pp. 70-71; Paul y Demarest, 1988, p. 152 y Gerolymatos, 1984, p. 78).

[32] Resulta interesante el hecho de que los japoneses no promovieran de forma deliberada la animosidad étnica entre malayos y chinos; la animosidad, como señala Kheng (1983, p. 41), era un resultado inesperado de la ocupación. La ocupación generó tensiones sociales y llevó a interpretaciones locales de estas tensiones que causaron un amargo conflicto étnico.

término se volvió étnico y hereditario (Hamoumou, 1993). Finalmente, los harkis se convirtieron casi en un grupo étnico cuyos miembros viven en Francia; ellos no piensan en sí mismos, en primer lugar, como argelinos y tratan de no casarse con otros argelinos. Otro ejemplo lo ofrecen los habitantes del valle del Panjshir en Afganistán (O. Roy, 1999, p. 231). La identidad panjshiri existía en la época prebélica, pero tenía usos limitados y un carácter no político: designaba a los inmigrantes rurales que venían a Kabul desde el valle, pero no se usaba en el propio valle de Panjshir; en lo político, los panjshiris se concebían a sí mismos como *farsiwan*, es decir, como sunitas iranoparlantes. La identidad panjshiri se convirtió en una destacada identidad política sólo cuando el valle se convirtió en un frente militar bajo un mandato político unificado.

Este proceso es especialmente claro en el caso de la clase. Charles Tilly (1964, pp. 305 y 330) muestra que, mientras que la configuración inicial de los partidos en el Anjou meridional durante la Revolución francesa corrió paralela a las líneas de clase y cristalizó «mucho antes» del estallido de la rebelión contrarrevolucionaria, en 1793, «la participación en la contrarrevolución cortó vigorosamente las líneas de clase. Por ello, ningún esquema de alineamiento de clase puede dar cuenta de forma adecuada de la división de las fuerzas en 1793». A nivel empírico, los mayores esfuerzos para predecir el apoyo (principalmente para los rebeldes) sobre la base de las características socioestructurales preexistentes han producido unas recompensas bastante escasas[33]. En su final mismo, estos estudios sugieren que la estructura social, por lo general, fracasa a la hora de explicar la conexión entre las divisiones subyacentes y el apoyo a los beligerantes en las guerras civiles.

Los acertadamente denominados estudios microsociológicos socavan además estas conjeturas (p. e., Wood, 2003). Un estudio ecológico clásico del comunismo chino (Hofheinz, 1969) demuestra que las variables socioestructurales no pueden dar cuenta de forma satisfactoria de la movilización comunista durante la guerra civil[34]. Un estudio de Vietnam en 1964-1965 sugiere que el control insurgente era más probable en áreas en las que las tenencias de tierras en los años anteriores habían sido de un tamaño más igual y el cultivo por parte de los propietarios más frecuente que el cultivo mediante arrendatarios (Mitchell, 1968); de igual modo, las aldeas pobres en el delta del Mekong, que al principio habían dado la bienvenida al Vietcong, reaccionaron con más fuerza al impuesto militar y agrícola determinado por ellos, precisamente a causa de su pobreza (Elliot, 2003, p. 117). El detallado análisis de Carlos Cabarrús (1983) sobre las lealtades campesinas en siete pueblos salvadoreños justo antes de la guerra civil muestra que las relaciones de clase son un pobre instrumento de predicción de lealtades si se las compara con factores tales como el parentesco, la coyuntura (quién consigue organizar primero a los campesinos) y la micropolítica (la habilidad de las organizaciones para lidiar con conflictos intracomunitarios)[35]. Cuando comenzaba la guerra, irrumpían factores adicionales tales como la habilidad de los actores políticos para proporcionar protección a los que les apoyaban.

La polarización endógena resulta coherente con la observación frecuente de que el estallido de la violencia y la guerra coge a la gente por sorpresa, de que la polarización es abrupta e inesperada y de que la violencia les parece totalmente incomprensible, más como un fenómeno natural «aleatorio, inexplicable, imborrable, como el relámpago o la pólvora» (L. White, 1989, p. 5) que como el resultado de la acción humana. Una mujer describe la violencia de la guerra civil española: «Viendo su cara mientras ella recuerda [los asesinatos], parecería que está visualizando la oscuridad más absoluta [...]. De algún modo, estos asesinatos aparecen en su conversación como fuera de toda comprensión»; la guerra se percibe como «una erupción repentina como la de un volcán» (Joseba Zulaika, 1988, pp. 21 y 34). Un indio guatemalteco concluía el recuerdo de su penosa experiencia durante los años 1980-1982 diciendo que «él y sus vecinos habían sido víctimas de una locura pasajera» (Annis, 1988, p. 173). «Fue como si Beirut se hubiera vuelto completamente loco», recuerda Gladys Mouro (1992, p. 20) sobre el comienzo de la guerra civil en Líbano.

---

[33] La ausencia general de un solapamiento fácilmente identificable entre campesinos y rebeldes ha generado una amplia bibliografía que ha pretendido especificar, en términos cada vez más estrechos, la ubicación socioestructural precisa (campesinos medios, aparceros, trabajadores trashumantes de haciendas, productores de cultivos comerciales, etc.) que produce el apoyo campesino para las rebeliones (p. e., Perry, 1980; Paige, 1975; Wolf, 1969). Desde un punto de vista teórico, esta bibliografía fracasa, por lo general, a la hora de problematizar y, en su lugar, asume cuatro nexos críticos: del interés individual al interés grupal, al conflicto grupal, a la acción (violenta) grupal y, finalmente, a la acción (violenta) individual.

[34] Hofheinz descubrió que los comunistas chinos tuvieron éxito en tres tipos de áreas: en dos de ellas («semilleros de radicales» y «bases fronterizas») las variables históricas, políticas y sociales eran importantes; no obstante, en la tercera y más crucial («grandes áreas de retaguardia»), los factores sociales de fondo eran de lo menos relevantes. Tal como éste señala (1969, p. 76): «A causa de la seguridad que daban el terreno y la distancia, los condados básicos de la retaguardia pudieron conseguir las más altas tasas de movilización y participación en la política comunista».

[35] Cabarrús (1983) descubrió que los *semiproletarios* tenían más probabilidades de unirse a cualquiera de las partes que los *campesinos medios* y los *jornaleros*, que era más probable que fueran apolíticos. Cuando tomaron parte, los campesinos medios y los jornaleros era más probable que se uniesen a la organización de derechas ORDEN, mientras que los semiproletarios tendían a unirse a la organización izquierdista FECCAS. Más o menos la mitad de los miembros de FECCAS eran semiproletarios, mientras que los miembros de ORDEN se dividían casi a partes iguales entre los tres grupos. Había también una variación considerable en la composición social de estas organizaciones según los pueblos.

Considérense las observaciones siguientes de la guerra civil inglesa, chechena y bosnia:

> Resulta extraño percibir lo insensiblemente que nos hemos deslizado hacia este comienzo de una guerra civil, con un accidente inesperado tras otro (en McGrath, 1997, p. 91).

> Al principio no acerté a reconocer la guerra por lo que era. Durante mucho tiempo pensé que era algún tipo de malentendido. Nunca se me había ocurrido que una cosa así fuera posible (en Tishkov, 2004, p. 32).

> Pensaba en otras situaciones similares. Líbano, Angola o Rumanía. Antes, veía las noticias en la tele sobre lo que había ocurrido allí y luego apagaba el televisor y seguía con las cosas de los negocios cotidianos en la cabeza: «No puedo hacer nada para arreglarlo» [...]. Ciertamente, nunca se me pasó por la cabeza, ni siquiera remotamente, que los acontecimientos de Bosnia pudieran tomar la forma de lo que ahora estaba ocurriendo de verdad (Pervanic, 1999, p. 148).

Lo cierto es que tanto los croatas como los musulmanes bosnios se quejaban de que «una especie de locura estaba dominando a la gente y cambiándola sin que se diera cuenta» (Loizos, 1999, p. 119). «Siempre hemos vivido juntos y nos hemos llevado bien; lo que está ocurriendo ahora ha sido creado por algo más fuerte que nosotros» (en Bringa, 1995, p. 4). La encuesta llevada a cabo en Yugoslavia a mediados de los años noventa del siglo XX puso de manifiesto que sólo el 7 por 100 de los que respondían creían que el país se rompería (Oberschall, 2000, p. 988). Noel Malcolm (1998) resume estas observaciones: «Lo que choca más fuertemente de [las] historias personales [de la guerra de Bosnia] es la sensación de confusión que sentía la mayoría de la población. El estallido de la guerra los cogió por sorpresa y la transformación de los vecinos en enemigos no parecía tener base alguna en la experiencia anterior. Su metáfora favorita era que de la nada había salido un torbellino y había hecho estallar sus vidas».

Violencia endógena

Más allá de la polarización, la violencia puede también ser endógena a la guerra en el sentido de no estar conectada a sus causas. Una vez que comienza la guerra, irrumpe la espiral de violencia descrita en los informes que subrayan el estallido: la violencia se convierte en un «monstruo que lleva a una escalada continua de violencia» (C. Friedrich, 1972, p. 76); se fecunda mediante «fecundación cruzada» (Senaratne, 1997, p. 145) y adquiere una lógica de su propiedad que resulta desproporcionada o hasta independiente de las causas iniciales de la guerra, e incluso de la conducta y los objetivos de la guerra (Scheffer, 1999, p. 178). La guerra toma «vida propia, como la Guerra de los Treinta Años, tal como se retrató en *Madre Coraje* de Bertolt Brecht, con la gente olvidándose de qué se trataba e intentando no hacer otra cosa que sobrevivir aun cuando la supervivencia significase colaborar con la maquinaria impersonal de la movilización» (Shy, 1976, p. 14). Tal como señaló un político de Carolina del Sur en 1789: «Una vez que se suelta a los perros de la guerra civil, no resulta sencillo hacer que vuelvan» (en Weir, 1985, p. 76). Hay algunas evidencias sistemáticas en este proceso. Un análisis cuantitativo de los homicidios de motivación política en Irlanda del Norte apunta a un «proceso de localizada reproducción social de la violencia», mediante el cual la violencia causa y sostiene más violencia (Poole, 1995, p. 42). Esto es algo también sugerido por el descubrimiento de que la violencia desplegada por los detentadores del poder es un instrumento mejor para la predicción de violencia política insurgente en Irlanda del Norte que la privación económica (R. White, 1989).

En definitiva, la universalización de la distinción entre amigo y enemigo es, a menudo, una consecuencia de la guerra, un subproducto de su violencia. Las respuestas de los actores políticos y de los individuos a la dinámica de la guerra (y las respuestas a sus respuestas) dan forma a la violencia, a la guerra y a las expectativas de paz, de un modo que, a menudo, resulta bastante independiente de las causas aproximadas del conflicto.

Reconocer que tanto la violencia como la polarización pueden ser endógenas a la guerra implicará una fuerte cualificación de la opinión de que la violencia surge exclusivamente a partir de las divisiones de preguerra. Al mismo tiempo, justo adscribiendo la violencia a la guerra y revirtiendo a los mecanismos del colapso, resultaría insatisfactorio para las razones discutidas en el apartado «Colapso» (p. 108). Una manera mejor de comprender la dinámica de la violencia endógena requiere que tengamos en cuenta el entorno institucional dentro del cual se despliega la violencia, lo que equivale a decir la tecnología de guerra en la guerra civil.

La tecnología de guerra

Una impresionante observación empírica es que muy pocas guerras civiles se luchan utilizando los medios de la guerra convencional (p. e., Estados Unidos, España), con una cierta mezcla de guerra irre-

gular y convencional (p. e., Rusia, China, Vietnam) (Derrienic, 2001, p. 166). Por el contrario, casi todas las guerras interestatales se luchan de forma convencional[36]. En resumen, hay un alto grado de solapamiento entre la guerra civil y la no convencional; tanto del tipo irregular como del tipo «simétrico». De ahí que parezca plausible la observación de que los altos niveles de violencia se hallan ligados a la guerra civil a través de la guerra no convencional.

Planteada como hipótesis, la tesis de la guerra predice que la violencia debería ser una función directa del carácter irregular de la guerra. Sin embargo, las evidencias son mixtas: unas pocas guerras convencionales interestatales, tales como el enfrentamiento germano-soviético durante la Segunda Guerra Mundial, fueron altamente bárbaras, al igual que lo fue la guerra civil española, una guerra civil convencional. Al mismo tiempo, no todas las guerras irregulares producen violencia bárbara; aquellas, sin embargo, que cruzan un cierto umbral de magnitud sí que la producen (Valentino, 2004). Lo cierto es que se afirma que, allá donde coinciden la guerra de guerrillas y la violencia en masa, éstas se hallan unidas de forma causal (Valentino *et al.*, 2004).

La guerra civil americana ofrece una comprobación parcial pero crítica de la hipótesis de la guerra. En algunas partes del país (principalmente en Misuri, este de Tennessee, oeste de Virginia y Carolina del Norte pero también en Georgia, Alabama, Kentucky, Luisiana y Arkansas), se luchó de forma irregular (Beckett, 2001, pp. 10-11; Fellman, 1989; Paludan, 1981); esto ocurría por razones que no tenían nada que ver con el tipo de política de preguerra y sí todo que ver con la ubicación geográfica. Esta guerra civil irregular era muy diferente de la convencional, mucho más conocida, en la que la guerra se luchaba en campos de batalla y, en gran medida, dejaba en paz a los civiles, tal como sugiere la descripción de la guerra en el este de Tennessee, que viene a continuación: «Esta lucha enfrentaba una región a otra, una comunidad a otra y a los miembros de una misma comunidad entre sí. Estaba descentralizada, era local y de forma a menudo sorprendente se desvinculaba de la guerra convencional y su carácter variaba de lugar en lugar» (Fisher, 1997, p. 3). William Auman (1984, p. 70) concluye su informe de la guerra civil en el área del condado de Randolph de Carolina del Norte, resaltando que «esta contienda de vecino contra vecino y hermano contra hermano [...] se caracterizó por el asesinato, los incendios, la tortura, la intimidación, el robo y el pillaje». El caso americano sugiere que la tecnología de guerra posiblemente pueda ser una causa suficiente de la barbarie pero no una causa necesaria.

[36] Hay noticias de algunas guerras interestatales irregulares, pero éstas consisten, en su mayoría, en escaramuzas fronterizas de baja intensidad, tales como la Guerra entre Libia y Chad o la guerra entre Belice y Guatemala (Harkavy y Neumann, 2001, pp. 18-19).

Con todo, el mecanismo causal exacto entre la barbarie y la guerra irregular sigue esperando ser identificado. Se han sugerido tres mecanismos: la guerra irregular como guerra revolucionaria, una variante del argumento de la polarización, en el que la enemistad ideológica imbuye a la guerra irregular de un carácter particularmente repugnante; la guerra irregular como guerra «medieval» en la que la carencia de disciplina militar entre los luchadores irregulares lleva a excesos violentos, y la vulnerabilidad inherente a la guerra irregular en la que los actores tratan de usar la violencia para minimizar el estar expuestos a un riesgo mortal.

En los términos del primer mecanismo, Schmitt no acierta a señalar un nexo explícito entre la polarización y la guerra partisana: ¿por qué tiene que expresarse la polarización a través de esta forma de guerra? Asimismo, él estaba generalizando a partir de un periodo histórico particular y no acertó a la hora de reconocer que la violencia y la guerra irregular poseen una conexión histórica más amplia, que va más allá de los movimientos revolucionarios del periodo de la descolonización y la Guerra Fría[37]. La limitación empírica obvia de este argumento es que no puede explicar la extrema violencia de las numerosas guerras civiles que parecen no estar conectadas con la polarización preexistente, incluidas las denominadas guerras por codicia.

El segundo mecanismo es semejante a la variante de la «medievalización» de la tesis del colapso, sólo que con la guerra como la variable que interviene. Tal como se apuntó en el apartado «Colapso» (p. 108), este argumento caracteriza de un modo equivocado a muchas guerras civiles. De forma más irrefutable, fracasa a la hora de dar cuenta tanto del comportamiento violento de los ejércitos regulares disciplinados que practican la contrainsurgencia como de la violencia de las guerras civiles convencionales. De hecho, algunos especialistas aplican las evidencias de las que se dispone para plantear el argumento opuesto. Carl Schmitt (1992, pp. 240-141) plantea un nexo directo entre la disciplina del ejército y los altos niveles de violencia, mientras que Rothenberg (1994, p. 87) plantea que la participación popular en las guerras y el consiguiente crecimiento de ejércitos de ciudadanos, un rasgo de modernidad más que de primitivismo, han contribuido a la violencia sin restricciones.

Formular la tesis de la seguridad como una tesis comprobable convierte a la barbarie en una función del grado de inseguridad al que se enfrentan los actores armados. Opuesta a las otras teorías, esta tesis

[37] La guerra irregular fue anterior a Mao Tse-tung o al Che Guevara. Los movimientos de guerrilla (y los teóricos) de principios del siglo XIX eran mayoritariamente conservadores más que revolucionarios. Trostki usaba los ejemplos de la guerra civil rusa para argumentar que la guerra de guerrillas no es propia de un ejército revolucionario (Laqueur, 1998).

tiene la ventaja de explicar el comportamiento tanto de los que detentan el poder como de los insurgentes y de dar cuenta de los patrones de violencia en las guerras civiles convencionales y en las guerras simétricas irregulares (aunque no de las guerras convencionales interestatales). Por ejemplo, la mayor parte de la violencia contra los civiles durante la guerra civil española tuvo lugar en los primeros meses del conflicto cuando el alto grado de falta de certeza y la presencia real o sospechada de «quintacolumnistas» (un término inventado en esta guerra) en la retaguardia subvirtió la lógica de líneas de frente y generó un sentido de aguda vulnerabilidad. Una vez que el frente se estabilizó, la violencia decreció (Ledesma, 2001, p. 256; Ucelay da Cal, 1995, p. 84; Ranzato, 1994, p. li). Éste fue también el caso en Finlandia (Upton, 1980, p. 292), en Corea (Yoo, 2002, p. 20) y en Bosnia (Kalyvas y Sambanis, 2005). En la Italia ocupada, en Colombia y en Afganistán, la violencia indiscriminada contra los civiles se correspondió fielmente con la proximidad de la línea de frente, otro indicador de inseguridad (Forero, 2002, p. A9; Waldman, 2002b, p. A9; Klinkhammer, 1997).

De forma adicional, la variante de la tesis de la seguridad de la tecnología de guerra permite predicciones sobre la distribución espacial de la violencia: allá donde los actores armados son más vulnerables, es más probable que usen la violencia. No obstante, este argumento no permite predicciones sobre el tipo de violencia que se use. La violencia puede ser, o bien selectiva, o bien indiscriminada y no hay una lógica definitiva mediante la que decidir si un aumento en la seguridad llevaría a un aumento de la proporción de un tipo o del otro. La «vulnerabilidad» operacional sigue siendo, obviamente, un tema crucial.

7. Conclusión

En este capítulo, se han identificado, reconstruido y discutido cuatro interpretaciones teóricas diferentes para la violencia en las guerras civiles –colapso, transgresión, polarización y guerra– con el objetivo de clarificar la elección de una base sobre la que fundar la actual teoría de la violencia en las guerras civiles. Cada una de las interpretaciones tiene un gran mérito y sigue constituyendo una sólida base desde la que responder a diversas cuestiones que se abren en torno a la guerra civil y la violencia. La violencia es un fenómeno complejo y abarca con claridad procesos y mecanismos múltiples. En último término, con ellos se habrá de operar en la práctica y habrán de ser comprobados empíricamente. Sin embargo, una teoría deductiva de la violencia en la guerra civil habrá de surgir de una base simple y clara.

Desde la perspectiva de la construcción de una teoría, la tesis que apunta a la tecnología de guerra es una base óptima. El colapso no se adapta muy bien a la explicación de la aparición inicial de la violencia en un área ni tampoco sus implicaciones –más violencia en las áreas donde ninguna de las partes tiene el control, más violencia donde las poblaciones son más heterogéneas y más violencia cuanto más irregular sea el ejército– parecen casar con las evidencias de las que se dispone. De forma semejante, la transgresión no puede dar cuenta de la realidad empírica de la violencia rebelde contra los civiles o contra otros rebeldes y requiere un informe todavía no articulado sobre por qué la rebelión es tan transgresora, como opuesta a otras ofensas. Aunque la polarización es una interpretación convincente capaz de subsumir tanto la transgresión como el colapso, sigue siendo muy difícil identificar de forma empírica, sin recurrir a la tautología de que, cuando hay guerra, hay polarización y, cuando hay polarización, hay guerra; ella deja también de lado tanto la violencia como la polarización que se producen de forma endógena a través del proceso de guerra. Aunque la variante de la seguridad de la hipótesis de la guerra irregular no generará predicciones sobre si la violencia discriminará o será indiscriminada, sí que producirá implicaciones comprobables plausibles e interesantes e informes para las acciones tanto de los insurgentes como de los detentadores del poder, casando bien el registro empírico anecdótico a través de un buen número de conflictos. En el capítulo siguiente, me dedicaré a la tarea de especificar una teoría de la guerra irregular a partir de la que se pueda construir una teoría de la violencia en la guerra civil.

Aunque siente las bases para una teoría de la violencia en la guerra civil desde la tesis de la tecnología de guerra, las cuestiones empíricas en este capítulo siguen quedando abiertas. Volveré a estos puntos en los capítulos 8 y 9, en los que evalúo muchas de las implicaciones empíricas de las cuatro interpretaciones teóricas. Me pregunto si hay una relación positiva entre el grado de anarquía y la intensidad de la violencia, si la intensidad de la violencia está relacionada con la exigencia de venganza, si hay violencia preventiva que case con la lógica del mecanismo del dilema de la seguridad (tesis del colapso), si la intensidad de la violencia casa con la polarización de la preguerra (tesis de la polarización) y si la violencia emerge cuando los actores son más vulnerables (tesis de la tecnología de guerra).

IV

UNA TEORÍA DE LA GUERRA IRREGULAR I
(Colaboración)

A los informadores, habría que colgarlos. Matarlos no es ningún pecado.
Citado en Ranajit Guha, *Elementary Aspects of Peasant Insurgency in Colonial India.*

No se puede decir quién es quién.
Teniente Quinn Eddy, ejército americano, Afganistán, 2001.

Este capítulo traza la primera parte de una teoría de la guerra irregular como base sobre la que construir una teoría de la violencia en las guerras civiles. Empezaré revisando la relación entre la guerra irregular y el espacio geográfico y derivaré de ahí las implicaciones fundamentales para la naturaleza de la soberanía en la guerra civil. A continuación, giraré hacia el espinoso tema del apoyo popular, en el que distinguiré entre apoyo actitudinal (preferencias) y apoyo conductual (acciones). Defenderé un marco que no dé nada por sentado en cuanto a las preferencias subyacentes de la gran mayoría de la población y tan sólo lleve a cabo unas asunciones mínimas en torno al apoyo conductual, en las que se asuman la conducta compleja, ambigua y cambiante junto con un fuerte compromiso por parte de una pequeña minoría. Concluiré con una discusión acerca del contexto institucional dentro del que tienen lugar interacciones entre los actores políticos y civiles.

1. La soberanía en la guerra civil

Analíticamente, el carácter distinto de la guerra irregular queda marcado por la carencia de líneas de frente. Un veterano de las campañas contra los indios americanos señalaba que «el frente está por todas partes y no hay retaguardia en ningún sitio» (en Paludan, 1981,

p. 40); este rasgo fue captado en una rima cantada por los soldados alemanes emplazados en la Unión Soviética ocupada:

Rusos por delante.
Rusos por detrás.
Y luego, entre medias,
Todo es disparar.
(Cooper, 1979, p. 92.)

Sin embargo, más que inexistentes, los límites que separan a dos (o más) partes en una guerra irregular son difusos y fluidos. O, dicho de otro modo, la guerra irregular fragmenta el espacio. Esta fragmentación puede verse fácilmente en los mapas que representan los países que están sufriendo guerras civiles: mientras que las guerras convencionales dividen con claridad el espacio en dos ámbitos bien definidos y delimitados con claridad, las guerras irregulares se presentan como confusos *patchworks;* cuanto más detallado sea el mapa, más confuso parecerá (p. e., Giustozzi, 2000, p. 291; Cooper, 1979, p. 62; Li, 1975, p. 154). Mark Danner (1994, p. 17) describe la región del norte de Morazán en El Salvador como un «mapa lleno de locos remiendos», «donde las aldeas le "pertenecían" al Gobierno o a las guerrillas o a ninguno de ellos o a los dos; donde los oficiales veían las ciudades y las aldeas con sombras cambiantes de rosa y rojo».

La fragmentación del espacio refleja el hecho de que la guerra irregular altera la naturaleza de la soberanía de un modo fundamental. En su núcleo, se encuentra el colapso del monopolio de la violencia por medio de un desafío armado *de base territorial*. La forma más simple de conceptualizar la división de la soberanía en la guerra civil es la de distinguir entre zonas de control gubernamental, zonas de control insurgente y zonas en las que se lucha por el control. Allá donde el Gobierno es capaz de ejercer el control efectivo, y donde sus tropas y administradores pueden moverse con seguridad día y noche, estamos en una zona de *control gubernamental*. Allá donde los insurgentes pueden impedir día y noche y de un modo eficaz la operación de las fuerzas gubernamentales y donde el Gobierno está ausente y es incapaz de llevar a cabo las funciones básicas de todo Estado, tales como recaudar los impuestos y reclutar jóvenes para su ejército, estaremos en una zona de *control insurgente*. En ambas zonas, la soberanía aparece sin divisiones, aunque la soberanía sea diferente en cada una de ellas.

En medio de estas dos zonas se abre un terreno «intermedio», que a menudo aparece aludido como zona «disputada» o «gris» (Armstrong, 1964, p. 30). Considerada como el «teatro de lucha más importante» (McColl, 1969, p. 624), ésta es la zona de *control en liza*. A diferencia de lo que ocurre en las otras dos zonas, la naturaleza de la soberanía se ha alterado radicalmente tal como transmitían las siguientes descripciones de la Unión Soviética ocupada por los alemanes y de la Malasia bajo control británico:

> Un número mucho mayor de personas vivió en las que pueden denominarse como zonas grises, en las que ni los alemanes ni los partisanos consiguieron un dominio permanente. En algunos ejemplos, las guarniciones alemanas habrían tenido el control nominal, pero los partisanos habrían podido, efectivamente, hacer ataques relámpago y tomar represalias por la noche; en otros, ninguna de las dos partes tenía fuerzas suficientes como para imponer una obediencia popular constante. Por lo general, los alemanes sólo habrían enviado tropas y oficiales civiles de forma ocasional para reclutar a trabajadores forzosos, reunir alimentos o simplemente reconocer el terreno (Dallin *et al.*, 1964, p. 330).

> Los terroristas se encontraban seguros en la jungla. El ejército, la policía y la Administración gubernamental se hallaba segura en sus ciudades. En medio, estaba la tierra de nadie de la aldea, la carretera, el ferrocarril, la plantación, el cauchal, el arrozal. Los terroristas, como mucho, podían paralizar las comunicaciones de toda Malasia, pero no podían jamás esperar tomar las ciudades al asalto. Como mucho, las fuerzas de seguridad podían confinar a los terroristas en lo más profundo de la selva, pero jamás podían esperar encontrarlos a todos en una ofensiva masiva... La selva era demasiado espesa (Crawford, 1958, p. 82).

Los actores políticos afrontan tres conjuntos diferentes de población: poblaciones bajo su control total, poblaciones que han de «compartir» con su rival y poblaciones que están completamente fuera de su control. Estas tres situaciones constituyen dos tipos generales de soberanía: *segmentada* y *fragmentada*. La soberanía será segmentada cuando dos actores políticos (o más) ejerzan una soberanía completa sobre partes distintas del territorio del Estado. Será fragmentada cuando dos actores políticos (o más) ejerzan una soberanía limitada sobre la misma parte del territorio del Estado.

2. El problema de la identificación

Los combatientes irregulares y los espías y agentes de cualquiera de las dos partes se esconden entre la población civil. Este rasgo de la guerra irregular, al que puede denominarse como «el problema de la identificación», fue descrito de forma concisa por un oficial ameri-

cano que patrullaba en una aldea afgana (en Zucchino, 2004 p. A8): «Aquí dos de cada diez personas te odian y quieren matarte. Lo único que tienes que hacer es tratar de adivinar qué dos». Un soldado americano hizo la misma observación durante una brutal pesquisa casa por casa en Iraq: «Me siento mal por esta gente; de veras. Resulta tan difícil separar los buenos de los malos» (en Filkins, 2005, p. 57). Pocos años antes, soldados soviéticos se habían referido a sus adversarios afganos como *duji*, que es la palabra rusa para fantasmas (Baker, 2002, p. A1) y resumían el problema que afrontaban del modo siguiente: «Me ves, pero yo no te veo» (en Wines, 2001, B7).

La incapacidad para diferenciar al amigo del enemigo es un elemento recurrente de la guerra irregular, como evidenciaban las siguientes observaciones de personal militar norteamericano en Vietnam, en 1968; en Afganistán, en 2003; y en Iraq, en 2003:

> En cualquier lugar al que iba y me miraran jóvenes vietnamitas, me entraba un miedo horroroso. En realidad, no había forma de decir quién era quién. Tú podías estar en una habitación con uno y no saber si era realmente un Charlie o no. Era fácil sentir la desconfianza que ha de existir en las regiones remotas. ¿Cómo puede uno luchar de verdad en los campos y saber si, en cualquier momento, los hombres que están a tu lado no iban a darte la espalda y a apuntarte con sus pistolas? ¿A quién empezabas a creer y dónde fijabas los límites? Otro aspecto absurdo de la guerra (John Kerry, en Brinkley, 2003, p. 50).

> Pero, aun sin un lenguaje común entre ellos, los aldeanos parecen saber lo que han venido a hacer los americanos. En silencio, hombres con sus turbantes y largas túnicas grises abren las puertas en recintos cerrados a grupos de cinco o seis hombres con casco, vestidos de camuflaje [...]. Todo parece aceptado: con una amarga impotencia contra lo que los americanos están haciendo o –tal como creen los americanos– agradecidos por la derrota americana de los represores talibanes. A los soldados, les resulta imposible saber a qué carta quedarse. González habla de tratar de adivinar los sentimientos de los locales no por sus sonrisas sino por la firmeza con la que te aprietan la mano (Bergner, 2003, p. 44).

> Tienes enemigos, pero se trata de fantasmas. Ellos nos golpean y salen corriendo. Ellos no salen y luchan contra nosotros (en Zaretsky, 2003, p. A4).

No se trata éste de un desarrollo reciente. Un general francés destacado en España en 1810 hacía hincapié en que «la gran dificultad no [era] luchar contra [los guerrilleros] sino encontrarlos» (en Tone, 1994,

p. 105); soldados americanos que servían en Filipinas los primeros años del siglo XX hablaban de «perseguir a un fantasma» (May, 1991, p. 161); y un soldado británico en Malasia recuerda: «En alguna parte, en aquel pantano gigantesco había 50 terroristas veteranos. Pero ¿cómo había que hacer para matarlos? O siquiera ¿cómo había que hacer para encontrarlos?» (Crawford, 1958, p. 87)[1]. Un oficial pakistaní en Bangladesh (Salik, 1978, p. 103) observaba que «el principal problema era el de aislar a los rebeldes de la gente inocente [...]. Resultaba difícil distinguir a los unos de los otros puesto que todos parecían iguales. Un rebelde que llevara una metralleta bajo su brazo podría, en caso de emergencia, tirar su arma en el campo y ponerse a trabajar como un inocente granjero». El intercambio entre un periodista y un oficial indio en Cachemira, que se incluye a continuación, capta a la perfección el problema de la identificación:

> Yo le pregunté que cuántos terroristas pensaba él que había.
>
> «Estos días, muy pocos», respondió él.
>
> «¿Por qué entonces tiene el Gobierno que dejar aquí medio millón de hombres?»
>
> «Porque», respondió él con toda tranquilidad, «no se sabe quiénes son» (Hilton, 2002, p. 73).

No se trata de meras anécdotas. La CIA estimaba que menos de un 1 por 100 de las casi dos millones de operaciones con pequeñas unidades llevadas a cabo en Vietnam entre 1966 y 1968 terminaron en un contacto con los insurgentes (Ellsberg, 2003, p. 240)[2]. No resulta sorprendente que la guerra irregular haya recibido el apelativo de «guerra en las sombras» (Asprey, 1994) o guerra «fantasma» (Cooper, 1979).

Tal y como sugieren los ejemplos siguientes, el problema de la identificación daña, ante todo, a los que detentan el poder: son sus oponentes los que, al ser más débiles, se esconden. «Era un tipo de guerra extremadamente unilateral», señalaba un oficial alemán sobre la guerra de los partisanos en la Unión Soviética, «porque al soldado alemán se le reconocía rápidamente pero al combatiente partisano no, pues vestía ropas de civil» (en Cooper, 1979, p. 89). Esto explica la dificultad que tienen los gobernantes para derrotar a los insurgentes,

[1] Véase también Linn (1989, p. 58), Calder (1984, pp. 138, 158), Salik (1978, p. 101), Henriksen (1976, p. 397), Meyerson (1970, p. 79), Trinquier (1964, p. 26) y Kitson (1960, p. 192).

[2] Las cifras mensuales para las operaciones menores en Vietnam durante 1964 resultan elocuentes: 59.996 operaciones para 451 contactos con el Vietcong; 72.794 operaciones para 406 contactos; 73.726 operaciones para 491 contactos, etc. (R. Thompson, 1966, p. 88). Un oficial americano decía que «él se había pasado el año entero en Vietnam y no había visto un solo Vietcong vivo» (Herrington, 1997, p. xv).

pese a las ventajas, a menudo tremendas, en cuanto a recursos. Vietnam es un ejemplo clásico pero que está lejos de ser el único. En 1965, Perú gastó más de 10 millones de dólares para derrotar a unos 100 guerrilleros pobremente armados (M. F. Brown y Fernández, 1991, p. 190) y, en julio de 1993, el servicio interior de inteligencia británico (MI5) reveló que la mayor parte de su presupuesto, el «44 por 100 de un total no declarado de muchos cientos de millones de libras, se dirigían en contra [del IRA], una organización empobrecida de guerrilleros de clase trabajadora de cerca de 600 combatientes con un presupuesto estimado en cinco millones de libras» (Toolis, 1997, p. 285).

Con todo, los insurgentes afrontan también un agudo problema de identificación. Las poblaciones en medio de las que se ocultaban podían entregarlos; espías y agentes ocultos entre estas poblaciones podían a su vez identificarlos. De acuerdo con Lucian Pye (1964, p. 177), «las ventajas que los guerrilleros y los terroristas pueden poseer oponiéndose a los recursos mucho mayores del Gobierno se pueden contrarrestar, en gran medida, si el Gobierno tiene una inteligencia a la altura. En las últimas fases de su insurrección, sean cuales sean las ventajas de movilidad, sorpresa y *esprit de corps* que posean los guerrilleros, por lo general, pueden ser más que compensadas si el Gobierno tiene la inteligencia justa en el momento adecuado».

Los insurgentes son vulnerables si se los identifica. Entre 1942 y 1944, la resistencia francesa sufrió más pérdidas como resultado de la traición dentro de sus propias filas que por culpa de la acción alemana (Laqueur, 1998, p. 230). En torno a 1983, el régimen comunista afgano había desplegado 1.300 agentes en unidades insurgentes; 1.226, a lo largo de las líneas de comunicación; 714, en organizaciones políticas clandestinas; y 28, en Pakistán (Giustozzi, 2000, p. 98). Como resultado, la traición se convierte en una obsesión generalizada entre los insurgentes[3]. Las memorias de los insurgentes están repletas de un interés general por los vacíos de información (p. e., Barnett y Njama, 1966, p. 61); por el contrario, las memorias de los contrainsurgentes (p. e., Aussaresses, 2001; Flower, 1987) rebosan descripciones sobre la penetración total de las organizaciones de sus oponentes, sobre todo en los medios urbanos[4].

[3] Bouaziz y Mahé (2004, p. 253), J. L. Anderson (2004, p. 176), Bizot (2003, p. 112), Elliott (2003, p. 961), Tucker (2001, p. 87), Portelli (1997, p. 138), Todorov (1996, p. 90), Schroeder (996, p. 428), Saul y Leys (1995, p. 53), Strubbs (1989, p 189) y Paludan (1981, p. 78). A veces, esta obsesión puede llevar a excesos. En Filipinas, el Nuevo Ejército Popular Comunista lanzó una purga «terrorífica», matando a cientos de sus propios miembros y seguidores entre 1986 y 1988, a causa del miedo a que se informase (Jones, 1989, pp. 265-275).

[4] La identificación no es un problema que se limite a las guerras «ideológicas»; se trata de una parte esencial de muchas guerras civiles étnicas (aunque no de todas). En muchas guerras civiles étnicas, los ejércitos reclutan sistemáticamente a elementos de sus rivales étnicos, los luchadores cambian de bando y los civiles colaboran con el ejército de sus rivales étnicos (Kalyvas, 2003). Al menos un actor político (por lo general, los que detentan el poder) pretende controlar a la población «subyacente» del rival étnico más que de exterminarla o de hacerla desplazarse. A pesar de las afirmaciones sobre la imposibilidad de la defección en los conflictos étnicos (Kaufmann, 1996; Ranzato, 1994) o incluso en los conflictos no étnicos (Zulaika, 1988, p. 32), una defección así es posible cuando se solicita de forma activa. Los tránsfugas no pierden su identidad étnica original sino que la alteran mediante la adición de calificativos tales como «moderados», «leales», «antiextremistas» o mediante su migración a otra dimensión identitaria.

Hay dos dimensiones para la identificación del problema: la primera es el rechazo categórico de, al menos, una parte, los insurgentes, para ser reducidos a una única identidad, la del combatiente (Andreopoulos, 1994, p. 195). Esto conlleva el proceso de transformación que los soldados americanos que combatían a la insurgencia filipina en 1900 describían como «acto camaleónico» (May, 1991, pp. 142-143 y 161)[5]. La segunda es el rechazo de la población del entorno a identificar a sus oponentes. O bien la gente no sabe quién es en realidad un insurgente, lo que a veces es cierto tratándose de espías y de agentes clandestinos, o bien –de forma mucho más habitual– se resisten a identificar a los combatientes insurgentes que se esconden entre ellos en razón de diversas motivaciones, que incluyen la simpatía y el odio. En esto, se halla lo relevante del «apoyo» popular.

3. Apoyo

«El campo de batalla hoy día ya no está restringido», observaba un oficial francés en Argelia (Trinquier, 1964, p. 29); «les guste o no, los dos campos se encuentran obligados a hacer que [los civiles] participen en el combate». La lucha se abre paso *a través de* la gente; tal como le dijo a Lawrence Durrell un campesino chipriota (1996, p. 224), es «como un hombre que tiene que golpear a un oponente a través del cuerpo del árbitro».

Se afirma ampliamente que el resultado de la guerra irregular depende del comportamiento de los civiles; o, dicho de otro modo, el «apoyo civil» o «popular» es «el *sine qua non* de la victoria» (Trinquier, 1964, p. 8). Casi todos los escritores coinciden a la hora de afirmar que ningún movimiento insurgente puede sobrevivir sin «apoyo civil» y, sin él, tampoco podrá conseguirse la victo-

[5] Los colaboradores civiles son igualmente difíciles de identificar, tal como Leakey (1954, p. 121) recuerda al hablar de Kenia: «No existe ningún signo externo por el que uno pueda decir si un hombre es un seguidor Mau Mau o no, pues la práctica original de hacer siete cortes a aquellos que eran "iniciados" en el movimiento se abandonó rápidamente puesto que hacía que la identificación policial fuera demasiado sencilla».

ria gubernamental (Wickham-Crowley, 1992, p. 8; Bard O'Neill, 1990, pp. 70-89). Tal y como señaló un miembro del IRA, «sin la comunidad, éramos irrelevantes. Llevábamos las pistolas y poníamos las bombas, pero la comunidad nos alimentaba, nos escondía, nos abría sus casas, hacía la vista gorda en nuestras operaciones» (Collins, 1999, p. 225). Incluso el *Manual para la guerra contra las bandas* usado por las tropas alemanas durante la Segunda Guerra Mundial hacía una cuestión crucial del hecho de que «la población es de gran importancia en la lucha contra las bandas. Las bandas no pueden seguir existiendo mucho tiempo en medio de una población que tenga buenas relaciones con nosotros» (en Heilbrunn, 1967, p. 150).

Con todo, por debajo de esta unanimidad subyace una confusión extremada puesto que hay dos formas muy diferentes de pensar en el apoyo popular. Una es pensar en él como una *actitud, preferencia* o *lealtad* y la otra es enfatizar *comportamiento* o *acción*. Obviamente, hay una conexión entre las dos, pero, en una guerra irregular, el vacío entre actitudes y acciones tiende a acrecentarse; en muchos sentidos, ésta es la consecuencia fundamental de la guerra.

Resulta muy común la conceptualización del apoyo en términos actitudinales. Se ha dicho que la «victoria de la guerrilla depende de las *lealtades* de los civiles en el área de operaciones», mientras que, en las guerras convencionales, «las operaciones militares continúan sin tener en consideración a la desventurada población civil. Nadie le pide que, pase lo que pase, tome parte en la lucha en un principio, cuando la batalla está en su apogeo [...]. En la guerra revolucionaria [...] la *lealtad* de la población se vuelve uno de los objetivos más vitales de toda la lucha» (C. Johnson, 1962, p. 649; Fall en Trinquier, 1964, p. ix). Como señalaba un unionista de Misuri, «si los condados conocidos como *desleales* dejasen de simpatizar con la traición y se convirtieran en los seguidores más *fervorosos* del Gobierno, la guerra de guerrillas dejaría pronto de existir» (en Fellman, 1989, p. 91; las cursivas son mías). Dado que sólo hay un pequeño paso entre actitudes e ideas, se afirma a menudo que la ideología es decisiva en la guerra civil. En esta visión, la ideología importa más que el territorio (Angstrom, 2001, p. 106); en la cruda formulación de un participante americano: «El único territorio que quieres ocupar [en una guerra civil] son los 17 centímetros que hay entre las orejas del campesino» (en Siegel y Hackel, 1988, p. 119).

La adopción de una postura ante todo actitudinal resulta problemática. Las actitudes son inobservables y, de algún modo, han de ser inferidas, una tarea dura cuando se llega a la guerra civil. Una solución frecuente, aunque defectuosa, es la de razonar de forma retroactiva desde el estallido de la guerra hasta sus causas postulando la fuerza de

las creencias y reivindicaciones de la población[6]. Las guerras civiles son la evidencia de una profunda «crisis de legitimidad»; segmentos sustanciales de la población (a menudo, «el pueblo» a secas) –reza este argumento– se oponen con toda intensidad al régimen del lugar y, por consiguiente, reasignan su apoyo a los rebeldes; en este sentido, las guerras civiles son, en realidad, «guerras de los pueblos» (Tone, 1994, p. 4; C. Schmitt, 1992, p. 213; Van Creveld, 1991, p. 143). Lo que implica esto es que la gente, en realidad, «elige» a qué facción apoyar en razón de su perfil político y social o de su ideología, tal como si estuvieran votando en unas elecciones (C. Johnson, 1962) y esta elección tendrá un impacto tremendo en el conflicto militar: «En una guerra civil, los factores militares y estratégicos son mucho menos importantes que las actitudes populares. Si un ejército recibe la bienvenida por parte de la población local, sus recursos y su fuerza se ven automáticamente incrementados. Si, por otra parte, no se le recibe de buen grado, su fuerza se verá paralizada por la pacificación y el control policial del territorio conquistado» (Brovkin, 1994, p. 91).

No obstante, hay buenas razones para cuestionar la opinión de que el estallido de una guerra civil debería tomarse como una evidencia no problemática de una profunda «crisis de legitimidad» o de apoyo masivo en favor de los insurgentes. Las explicaciones de la rebelión en términos de reivindicación son análogas a las explicaciones de colapso del régimen en términos de legitimidad; éstas son, como señala Adam Przeworski (1991, pp. 54-55), o tautológicas o falsas; sólo cuando las fuerzas políticas organizadas desafían al soberano, «la elección política se les hizo asequible a individuos aislados». La ausencia de alternativas produce a menudo colaboración, al margen del nivel de satisfacción popular o de ausencia de ella, lo que puede interpretarse erróneamente como un reflejo de legitimidad. Más aún, unirse a una rebelión puede ser el producto de la guerra en marcha en la misma medida que puede ser su causa. Stoll (1993, p. 20) tiene razón al observar que «una vez que un conflicto armado está en marcha, la violencia ejercida por ambas partes puede convertirse con facilidad en el factor más importante en el reclutamiento. La gente puede unirse al movimiento revolucionario menos porque comparta sus ideales que para salvar sus vidas [...]. De ahí que tan sólo el que una insurgencia crezca con rapidez no querrá decir que represente las aspiraciones populares y tenga amplio apoyo popular».

Una solución igualmente errónea al problema de las actitudes inobservables es hacerlas derivar de forma acrítica de un comportamiento «revelado» u observado (Sen, 1986). A menudo, la observa-

[6] Una extensión consiste en vincular el apoyo al resultado de una guerra: las derrotas se adscriben convenientemente a la ausencia de apoyo popular y las victorias a su abundancia.

ción de que alguna gente colabora con un actor político se interpreta como una evidencia de lealtad hacia ese actor. Sin embargo, el comportamiento observado es coherente con actitudes contradictorias; como resultado, se trata de un pobre mecanismo de revelación de preferencia (Lichbach, 1995, p. 287). De hecho, las guerras civiles producen fuertes incentivos a la falsificación de las preferencias (p. e., Calder, 1984, p. 155). Claramente, el comportamiento observado no es exactamente un indicador imperfecto de preferencias sino, con toda probabilidad, también una aproximación inexacta (Kuran, 1991)[7]. Los campesinos vietnamitas se mostraron particularmente hábiles a este respecto:

> Ambas partes reclutaban mano de obra de forma implacable y ambas partes demandaban por igual la lealtad de los campesinos. Así, un cultivador de arroz en Hiep Hoa podía, con suma facilidad, encontrarse a sí mismo sentado bajo una bandera a medianoche, participando en una reunión antiestatal en la que podría jugar el papel de campesino ultrajado y explotado, bajo la atenta mirada de un delegado de propaganda comunista y, a la mañana siguiente, el mismo cultivador podía enviar a sus hijos a la nueva escuela construida por el Gobierno y luego caminar hasta la oficina de la aldea para votar en las elecciones locales, esta vez bajo la mirada atenta del jefe de la aldea, puesto por el Gobierno. La aldea Vietcong se jactaría en su informe de que «[...] aproximadamente el 90 por 100 de los aldeanos han dado su apoyo a la causa de la revolución». Al mismo tiempo, el jefe de la aldea Hiep Hoa informaría a sus superiores de que «más del 95 por 100 de los aldeanos votaron en las recientes elecciones, con los candidatos anticomunistas recibiendo el apoyo casi unánime de la gente» (Herrington, 1997, p. 37).

No resulta sorprendente que los observadores cuidadosos se sientan desconcertados, como Kevin Toolis (1997, pp. 255-256) se sintió en Irlanda del Norte: «¿Quién puede decir la verdad en un mundo lleno de dobles engaños, manipuladores, confusas lealtades, mentirosos, odio hacia uno mismo, embusteros profesionales, desinformación, propaganda negra y traidores? Al final de este viaje, empecé a dudar de las motivaciones de casi todo el mundo con el que había hablado».

[7] Datos más sistemáticos pueden socavar ideas muy extendidas sobre las preferencias, pero rara vez son plenamente fiables o están por completo disponibles. Los contenidos de la correspondencia privada abierta y leída por las autoridades de Vichy contradecían las ideas de los observadores sobre las preferencias populares en la Francia ocupada: de 4.352 cartas escritas en diciembre de 1943 y que mencionasen actos que Vichy considerase como terrorismo en la región de Montpellier, 3.976 eran hostiles a la resistencia y sólo 142 simpatizaban con ella (Kedward, 1993, p. 113).

Este problema de equivalencia observacional ha llevado a interminables debates, contaminados a menudo por el sesgo partisano, sobre cómo interpretar el apoyo que se observa: por un lado, aquellos que son favorables a la parte rebelde afirman que la colaboración civil con los rebeldes observada refleja apoyo genuino derivado de las reivindicaciones existentes y la creencia en que la rebelión es el camino para corregir los males existentes y los mismos observadores dan a entender que una colaboración semejante con los detentadores del poder es, en cambio, el resultado de la coerción; por su parte, aquellos observadores que se ponen del lado del Gobierno afirman exactamente lo opuesto. Por ejemplo, decir que los campesinos vietnamitas apoyaban a los rebeldes Vietcong porque creían en su programa e ideas (Fitzgerald, 1989) más que porque fueron obligados a apoyarlos (p. e., Klonis, 1972, p. 155) fue un arma retórica decisiva en el debate polarizado que rodeó la intervención de los Estados Unidos en Vietnam.

Al margen de cómo se infieran las actitudes, una implicación de que se fije la atención sobre el apoyo actitudinal es la afirmación gemela de que la victoria requiere cambios actitudinales –«corazones y mentes»– que sólo pueden conseguirse mediante una persuasión no violenta: se requiere un «esfuerzo genuino y oportuno para satisfacer las reivindicaciones de la gente» puesto que «el apoyo popular a la guerrilla se basa en la alienación moral de las masas respecto del gobierno existente» (Ahmad, 1970, p. 15); en palabras de Robert Thompson (1966, p. 169), «la fuerza de las armas sola no prevalecerá». La principal implicación política de esta opinión es que los detentadores del poder necesitan persuadir a las poblaciones hostiles para cambiar sus simpatías mediante programas de liberalización política, desarrollo económico y acción cívica[8]. Sin embargo, no importa lo profundo de las creencias ni lo poderoso de las lealtades, ellas no son los únicos factores que determinan el comportamiento. La gente puede sufrir coerción y la violencia se usa para forzar a la gente a alterar su comportamiento y para que se comporte de unos modos que puede que no sean coherentes con sus preferencias. Tal y como se ha señalado, la elección supone una pobre analogía para la guerra civil. Incluso la doctrina revolucionaria comunista, en la raíz del enfoque de los «corazones y mentes» y ejemplificada de forma inmejorable por el *dic-*

[8] Esta opinión ha llevado a una falsa dicotomía entre las respuestas militares y políticas a las insurgencias. De hecho, las dos van a menudo juntas puesto que los programas políticos no pueden implementarse en medios «inseguros». En Malasia donde se originó el término «corazones y mentes», «se hizo evidente que la estrategia conllevaba el uso tanto del palo como de la zanahoria» (Stubbs, 1989, pp. 164-165). A la inversa, un oficial estadounidense observaba durante la Guerra de Filipinas (1899-1902): «Este asunto de luchar y civilizar y educar al mismo tiempo no encaja demasiado bien. Primero hace falta la paz» (en Linn, 1989, p. 128).

tum «pez en el mar» de Mao, subraya la violencia mucho más de lo que a menudo se asume cuando señala que el poder político sale del tambor de una pistola. Los participantes reconocen siempre que la violencia juega un papel crucial. En palabras de Trinquier (1964, p. 8), «el apoyo civil puede ser espontáneo aunque ello resulte bastante poco frecuente y probablemente una condición temporal. Si no existe, habrá de asegurarse por todos los medios posibles; el más efectivo de los cuales es el terrorismo».

Las dificultades asociadas al apoyo actitudinal no derivan tan sólo del proceso de inferencia sino también de los problemas conceptuales relacionados con las puras motivaciones que subyacen al apoyo, puesto que asumir la popularidad no dice nada sobre cómo la popularidad se traduce en acción sobre el terreno. Tanto unirse a un ejército rebelde como colaborar con él es el resultado de conjuntos variables y complejos de motivaciones heterogéneas que interactúan unas con otras[9] y que se ven afectadas por preferencias acerca de los resultados, por creencias relacionadas con los resultados[10], por el comportamiento de otros y por las redes en las que la gente se halla instalada[11] y por con-

[9] Barton (1953, p. 141) enumera cinco tipos diferentes de motivaciones; Maranto y Tuchman ocho (1992, p. 251) y R. Berman (1974, pp. 58 y 67)…, ¡27!

[10] De acuerdo con Robert Thompson (1966, p. 170): «Se puede aprender mucho tan sólo de las caras de la población en los pueblos que se visitan en intervalos regulares [por parte de las fuerzas gubernamentales]. Las caras que al principio están resignadas y apáticas o hasta malhumoradas, seis meses o un año más tarde, están llenas de alegres sonrisas de bienvenida. La gente sabe quién está ganando».

[11] Es altamente probable que los procesos de vinculación estén enraizados en la dinámica de red (Petersen, 2001). Stark (1997) muestra cómo los vínculos de redes sociales (en especial, los vínculos de amistad y parentesco) son los mejores indicadores de la futura conversión religiosa. Con toda coherencia, los insurgentes apuntan a la importancia de las redes locales a la hora de llevar a cabo el reclutamiento basado en «el deseo de las personas de unirse a sus amigos, vecinos o parientes» (Barnett y Njama, 1966, p. 158) y su praxis resulta coherente con esta visión (Perry, 1984, p. 445). El análisis hecho por Hart (1999, p. 209) de las listas de las unidades del IRA (en 1916-1923) muestra que los hermanos constituían entre el 37 y el 58 por 100 de los batallones examinados por él. Añadirá que «la cuestión de la motivación personal está extrañamente ausente de la mayoría de las memorias y recuerdos del periodo. Los voluntarios parecen haber considerado su compromiso político como completamente natural y sus motivos como evidentes y necesitados de poca reflexión […]. Los veteranos pocas veces son capaces de acordarse con exactitud de cuándo y cómo se enrolaron pero recuerdan vivamente cómo se sentía la pertenencia: "Había un espíritu en el aire; muy bien". Para la mayoría de los hombres del IRA que se enrolaron en el movimiento en sus primeros días, ello requirió poca elección deliberada o esfuerzo. Si tenías las conexiones correctas o pertenecías a una cierta familia o círculo de amigos, te convertías en un voluntario lo mismo que el resto de tu gente. Si no, probablemente te quedabas fuera o en los márgenes» (Hart, 1999, pp. 203 y 220). La lista de los guerrilleros colombianos encarcelados tras la Violencia en una prisión de Medellín estaba «llena de redes de tíos y sobrinos, hijos y padres, hermanos y primos» (Roldán, 2002, p. 243). Horton (1998, p. 186) descubrió que los antiguos combatientes de la contra a los que entrevistó tenían un promedio de cinco parientes más en el ejército de la contra; de igual modo, los rebeldes sandinistas se habían valido de «redes multiclasistas de parentesco, amistad y víncu-

sideraciones de seguridad[12] en un medio en el que el azar y la contingencia no pueden desestimarse[13]. Desde luego, muchos combatientes son reclutados o secuestrados[14]. Entre los factores adicionales, estaría la curiosidad y la perspectiva de excitación y aventura[15], la atracción del peligro[16], la adquisición de una identidad individual o una visión moral del mundo nueva y más provechosa[17], el placer de actuar como

los patrón-cliente para sus propios fines» (Horton, 1998, p. 69). Paul Berman (1996, p. 66) añade que la gente del campo de Nicaragua «era leal a sus propios clanes enormes», y esto se reflejaba en los patrones de reclutamiento: «Los hermanos siguen a los hermanos» (P. Berman, 1996, p. 78). Goltz (1998, p. 150) descubrió que las milicias de Azerbaiyán de principios de los años noventa del siglo XX «parecían estar compuestas más por familias extensas que por soldados», y Avioutskii y Mili (2003) acentúan la importancia de la solidaridad de clan en el reclutamiento rebelde en Chechenia. Los ejemplos abundan: Nepal (Sengupta, 2005, p. 64), Chechenia (Tishkov, 2004, p. 94), Bosnia (Claverie, 2002, p. 48), Colombia (Sánchez y Meertens, 2001, p. 17; Rubio, 1999, p. 102; Pécaut, 196, p. 257), Latinoamérica en general (Wickham-Crowley, 1992, p. 152), los Balcanes y el Báltico (Petersen, 2001), el Congo (Bazenguissa-Ganga, 1999a, p. 42), Argelia (Faivre, 1994, p. 145), el Mozambique de los años sesenta a los noventa del siglo XX (Finnegan, 1992, p. 118; Henriksen, 1983, p. 96), las Filipinas (Kerkvliet, 1977, p. 205), Malasia (Stubbs, 1989, p. 49), Kenia (Kitson, 1960, p. 126), China (Wou, 1994, p 252) e incluso la Francia revolucionaria (Cobb, 1972, p. 26).

[12] De acuerdo con un guerrillero dominicano (en Calder, 1984, p. 126), después de que un capitán de los marines le hubiera amenazado de muerte, creyó que «la única opción que le quedaba era huir a las colinas».

[13] Un campesino nicaragüense no quería verse envuelto en la guerra, pero, después de encontrarse por azar con unos rebeldes de la contra en el bosque, les dio alimentos y poco a poco fue deslizándose hacia una colaboración más continuada. Tal y como afirma Horton (1998, p. 183), «una vez que dio este paso, vio difícil volver a la neutralidad […]. Sin haber tomado una decisión específica de colaboración con la contra, se encontró en el papel de *correo* de la contra. Y dos años más tarde, en 1983, a causa de las presiones tanto de la Seguridad del Estado como de la contra, se convirtió en un combatiente de la contra en toda regla». Véase también Todorov (1996, p. 94), Fenoglio (1973, p. 60) y Clutterbuck (1966, p. 64) para ejemplos semejantes.

[14] Se estima que, tras la primavera de 1942, al menos el 80 por 100 de los partisanos soviéticos «se enrolaron, o bien de mala gana, o porque no tenían alternativa […]. Los soviéticos no disimularon que reclutaban para el movimiento partisano. La coacción no podía ser mayor» (Cooper, 1979, p. 71). Incluso en las guerras civiles étnicas, en las que se supone que los individuos tienen preferencias extremadamente fuertes, la participación a menudo es resultado del servicio militar obligatorio. Aunque «los señores de la guerra [somalíes] podían usar el lenguaje y el sentimiento del clan para fortalecer la lealtad con las líneas de sangre, edificaron su autoridad en el poder de la pistola» (Besteman, 1996, pp. 590-591). En Bosnia, «mucha gente se descubría a sí misma llevando un arma tanto si querían como si no. Si tenías edad para combatir, lo que quería decir sólo que tenías fuerza para luchar, matar y posiblemente sobrevivir, entonces estabas obligado a realizar el servicio militar en cualquier ejército que representara tu denominación, musulmán, serbio o croata» (Lloyd, 2001, p. 85). Véase también Waldman (2003, p. A1), Seidman (2002, p. 40), Horton (1998, p. 9), Nordstrom (1997, p. 50) y Senaratne (1997, p. 99).

[15] Sengupta (2005c, p. 64) y Kitson (1960, p. 26).

[16] Tishkov (2004, p. 98).

[17] Tal y como señaló un antiguo cuadro del IRA: «Como mínimo, una actividad así le daba a mi vida un toque extraño: vivía cada día en un redoblado estado de alerta. Todo lo que hacía, por trivial que fuera, podía parecer trascendental. La vida fuera del IRA a menudo podía percibirse como algo terriblemente mundano» (Collins, 1999, p. 362). Véanse

agente de uno mismo[18], así como motivos puramente criminales[19]. La colaboración puede proporcionar acceso a los bienes públicos (tales como la resolución de un contencioso o la protección contra la delincuencia común, que estalla cuando la autoridad del Estado está en declive)[20], o beneficios materiales individuales (incluyendo tierra, impuestos más bajos, precios mayores por la producción o la condonación de deudas)[21], protección contra la violencia indiscriminada procedente de la parte opuesta[22], escape de las obligaciones que se consideran más onerosas (tales como las levas militares o laborales)[23], la adquisición de un estatus superior[24] incluyendo que el estatus puede conseguirse

también Sánchez y Meertens (2001, p. 22), Mahmood (2000, p. 73), Mirzeler y Young (2000, p. 419), McKenna (1998, p. 184), Peters y Richards (1998), Armony (1997, p. 207), Enzensberger (1994, p. 42), Ash (1995, p. 205), Wickham-Crowley (1992, pp. 20-21), Ortíz Sarmiento (1990, p. 116) y Henriksen (1983, p. 160).

[18] Wood (2003, p. 18).

[19] Los motivos criminales hace mucho que han tenido su lugar en las descripciones de la guerra civil. Considérese la siguiente descripción de la Guerra de Independencia americana en Carolina del Sur (McCrady, 1969, p. 139): «Con los verdaderos patriotas, llegaron muchos falsos amigos y saqueadores. Y esto ocurría en los dos bandos de esta lucha terrible. El proscrito *whig* y el proscrito *tory*, o más bien los proscritos que pretendían ser *whigs* y *tories* cuando se daba la ocasión, estaban echando a perder el país casi tanto como aquellos que estaban peleando por un lado o por el otro». Véase también Reig Tapia (1996, p. 583) para la guerra civil española. Véanse, a su vez, Mueller (2004), Silke (1998), Fisher (1997, p. 87), Nordstrom (1997, pp. 56-57), Cribb (1991, 1990), Jones (1989), Paul y Demarest (1988), Ash (1988) y Henderson (1985).

[20] De acuerdo con Degregori (1998, p. 135), los objetivos más importantes de Sendero Luminoso en Perú eran los «mercaderes abusivos, los ladrones de ganado, los jueces corruptos y los maridos borrachos». Véase también Smyth y Fay (2000, p. 123), Rubio (1999, p. 129), Manrique (1998, p. 204), Berlow (1998, p. 95), Senaratne (1997, p. 75), Gallagher (1995, p. 50), Stoll (1993, p. 80), Wickham-Crowley (1991, p. 44), Jones (1989, p. 127), Kheng (1983, p. 148), Kerkvliet (1977, pp. 70, 164), Rudebeck (1975, p. 445), Taber (1965, p. 40) y Lear (1961, p. 92).

[21] Kedward (1993, p. 96), Stoll (1993, p. 78), Popkin (1979) y Race (1973, pp. 123-125).

[22] Goodwin (2001); véase el capítulo 5 para una discusión y más evidencias.

[23] Del Pino (1998, p. 170), Berman (1996, p. 69), Jankowski (1989, pp. 123-124), Cooper (1979, p. 25) y Race (1973, p. 172).

[24] Collins (1999, p. 164) señala que «en la comunidad nacionalista [de Irlanda del Norte], en los círculos republicanos en todo caso, los hombres del IRA gozan de un estatus considerable y para aquellos provos que buscan obtener de ello ventajas sexuales no faltan las mujeres deseosas de darles a los voluntarios del IRA algo más que un rato de conversación». Cuando parecía que iba ganando, la revolución comunista china «generó una oportunidad sin precedentes ni paralelos de mejora del estatus y la movilidad social para decenas si no cientos de miles de personas tanto a nivel local como en niveles superiores» (Levine, 1987, p. 173). De acuerdo con Sheehan (1989, p. 177), «hay abundantes evidencias de que muchos jóvenes vietnamitas de origen campesino se enrolaron en el Vietcong porque los comunistas, que se habían visto obligados por la naturaleza de su revolución a desarrollar liderazgo desde el campo, les ofrecerán su mejor expectativa de evitar una vida en el peldaño de la escalera en el que empezaron; en el fondo». Muchas personas jóvenes se unieron a Sendero Luminoso en Perú motivadas por el «ejercicio concreto del poder en sus propias localidades» (Degregori, 1998, p. 130). Todorov (1996, p. 100) cuenta la historia de un francés que trabajaba como intérprete para la Gestapo y «descubrió entonces que la vergüenza y la humillación que había experimentado

por medio del acceso a las armas[25], el peso de las disputas personales o locales[26], o simplemente la respuesta a emociones tales como la ira, el atropello moral causado por la humillación pública[27], y el deseo de vengarse[28]. Más aún, el apoyo es, en parte, endógeno a la guerra. Esto puede tomar muchas formas, una de las cuales –y no la última– es el uso aposta de la violencia para generar apoyo (Snyder, 2003), aun en los momentos y en los lugares en que la simpatía hacia una organización es ya bastante alta (Collins, 1999, pp. 128 y 170; Harris, 1989, p. 89). Claramente, el apoyo observado se corresponde con una mezcla compleja de preferencias y reservas.

Lo mismo que las motivaciones mejor estudiadas para enrolarse en los rebeldes, las motivaciones individuales para enrolarse en las milicias gubernamentales son también heterogéneas y mixtas (Rubio, 1999; Stoll, 1999; Starn, 1998; Mackenzie, 1997; Cribb, 1991)[29]. Los hombres que se enrolaron en la milicia de la isla filipina de Negros «no se unieron a la suerte de los militares ni por ideología ni por ningún sentido de deuda u obligación sino porque habían caído en una

como adolescente se vieron aliviadas por el poder del que disfrutaba en su posición con la Gestapo».

[25] Johnson (2001 p. 202), Mirzeler y Young (2000, p. 419), Rubio (1999, p. 115), Finnegan (1992, p. 70) y Zulaika (1988, p. 25).

[26] Kalyvas (2003).

[27] Thaxton (1997, pp. 308-309) refiere que un campesino chino citó como su principal motivación para enrolarse con los comunistas el hecho de que un oficial del Gobierno «pegó una patada a su cesto de melones y se burló de él por atreverse a vender "melones sucios" dejándolo allí recogiendo uno por uno los melones diseminados por el suelo». La humillación de los jefes tradicionales «presuntuosos» administradores de aldea jugó un importante papel en Mozambique (Geffray, 1990, p. 32). Véase también T. Brown (2001 p. 42), Horton (1998, pp. 106-109) y R Berman (1974, p. 75).

[28] Adams (1994, p. 7) recuerda su relación con un oficial survietnamita: «Pasé muchas horas hablando con el teniente Lam. Él se fue abriendo de forma gradual. Una tarde, a última hora, cuando estábamos cenando, Lam me contó lo mucho que odiaba [al Vietcong]. Ellos habían matado a su hermano, dijo él». West (1985, p. 56) describe a un policía survietnamita que se había tatuado en su pecho la palabra «matacomunistas». Supuestamente, el Vietcong había asesinado a su esposa y a todos sus hijos excepto a uno. El mismo policía fue descrito por un sargento de los Estados Unidos en los siguientes términos (en West, 1985, p. 160): «Thanh es decididamente malo. Odia. Sólo vive para matar vietcongs».

[29] Un análisis de las causas para enrolarse en las Waffen-SS francesas en Marsella se halla repleto de motivaciones mixtas e incluso contradictorias. Téngase en cuenta la afirmación siguiente: «Después de haber perdido en el juego mi paga semanal, mi madre me echó la bronca y me dijo que, si no recuperaba el dinero, me enviaría con mi padre [del que estaba separada] [...]; incapaz de ganar dinero, me alisté» (en Jankowski, 1989, pp. 128-129). El de Jankowski es uno de los poquísimos estudios de motivos para enrolarse en una organización armada durante una guerra civil basado en documentos escritos contemporáneos; él estima que el porcentaje de aquellos cuyos motivos eran mixtos llegaba hasta el 80 por 100 (Jankowski, 1989, pp. 123-124). Casi cada una de las «descripciones densas» que he leído apunta a una mezcla compleja y fluida de motivos. Véanse Tucker (2001, p. 38), Ellis (1999, p. 127), Hammond (1999, p. 260), Horton (1998, p. 6), Faivre (1994, p. 121), Geffray (1990, pp. 105-113), Meyerson (1970, p. 95) y Barnett y Njama (1966, p. 149).

emboscada o habían recibido la amenazas del NPA, necesitaban trabajo, se les había mandado a que se enrolaran con sus empleadores o veían una oportunidad para vengarse de sus enemigos personales» (Berlow, 1998, p. 182). Un oficial americano en Iraq describió las motivaciones de los comandos sunitas que luchaban en el lado americano contra los insurgentes apuntando a su necesidad de un sueldo, a su deseo de estatus social, que procedía del ser miembros de un ejército profesional, y al anhelo de una rutina, más que a la ideología: «Para algunos, hay definitivamente un deseo de hacer Iraq mejor, pero, para muchos de ellos, se trata de la vida tal como la conocen. Para la mayoría de ellos, la causa no es en realidad tan importante. Ellos estaban más habituados a trabajar en este papel [...]. Para muchos de ellos, no podía entenderse que hicieran algo diferente con sus vidas» (en Maass, 2005, p. 82).

La coerción se cita a menudo como la principal motivación, aunque ésta puede ser también una afirmación interesada. «En realidad, no tienes opción», decía Mehmet Refiktas, un «guardia de pueblo» kurdo en Turquía. «Preguntado por lo que les ocurrió a las casas de los hombres de su pueblo de la montaña, Islamkoy, que declinaron la oferta del Gobierno, explicaba: "¡Oh! Las quemaron"» (Vick, 2002, p. A18). David Stoll (1993, p. 128) cuenta una historia semejante sobre Guatemala: «Enrolarse en la patrulla se convirtió en una forma de protegerse a sí mismo, a su familia y a la comunidad de los contactos con la guerrilla que provocaba las masacres [gubernamentales]». Lo cierto es que muchos de los milicianos guatemaltecos eran supervivientes de masacres armadas (Stoll, 1993, p. 162). La seguridad importa también en la dirección opuesta: los portugueses confiaban en los cabecillas de los pueblos de Mozambique y les dieron armas porque muchos habían sido asesinados por los rebeldes y los que quedaban con vida vivían con el miedo de correr la misma suerte (Cann, 1997, p. 161).

Las motivaciones económicas también importan. Dos hombres que explicaban por qué se habían enrolado en el Ejército Libanés del Sur, pro israelí, decían: «Éramos pobres. El único trabajo era su ejército. Si estás en el ejército, puedes vivir. Si no estás, no puedes» (en Sontag, 2000, p. A1). Turquía le paga a la fuerte milicia de 95.000 soldados que mantiene en las áreas kurdas un salario mensual de 115 $, lo que es una «suma apreciable». Lo cierto es que se informó que «los oficiales turcos y los diplomáticos extranjeros empezaron a quejarse de que si estos salarios se quitan de repente y nada los sustituye, algunos desgraciados veteranos tendrían que tomar sus armas e irse a las colinas» (Kinzer, 2000, p. A8). La compensación económica puede también tomar la forma de saqueo. Cuando el ejército prometió el contenido de las fosas de almacenaje de la guerrilla en las afueras de la ciudad de Guatemala a los milicianos que las habían encontrado,

«ya había empezado la carrera para desenterrar cada una de ellas antes de que otro lo hiciera» (Stoll, 1993, p. 107). La ideología parece jugar un papel menor para los milicianos; probablemente menos que para los rebeldes. De hecho, las milicias se componían a menudo de renegados, o bien ex rebeldes, o antiguos seguidores de los rebeldes[30].

Por último, el miedo y la venganza son motivaciones importantes. El miedo a los insurgentes que viene después de su violencia lleva a menudo a la gente a las milicias (p. e., Sengupta, 2005a, p. A3; D. Anderson, 2005, p. 73) y la venganza es una motivación central, tal vez mayor para los milicianos que para los rebeldes, tal como sugieren los siguientes ejemplos de Argelia y Chechenia:

> Cada día que vuelve aquí, Abdurahim (trece años) (cuya familia fue asesinada por los islamistas en el pueblo de Haouche Fanir, el 14 de mayo de 1997) sueña con unirse a los patriotas. Pero, para los dos hermanos suyos que sobreviven, que son los dos milicianos, esa semilla de venganza ya está creciendo, apuntando a un ciclo de violencia que será difícil de romper. «Si mato a 1.000 terroristas, no será bastante para mi único hermano», dice un hermano llamado Arabah mientras hace oscilar una pistola y viste una cartuchera de plástico transparente en la cintura atiborrada de cartuchos de bala de todos los colores. «¿Qué si busco venganza?», dice él. «Claro» (Peterson, 1997a).

> El señor Tovzayev se describía a sí mismo como un luchador contra los «bandidos» –los rebeldes– en nombre de la Madre Rusia. Él mantenía estrechos lazos con los militares rusos y estaba particularmente orgulloso del *jeep* blindado que se le dio como regalo de parte del coronel general Gennadi N. Troshev, comandante de las fuerzas de Rusia en el norte del Caúcaso [...]. [Él] habló de empuñar las armas contra la rebelión en 1995, después de que el líder rebelde, Allaudin Khamzatov, entrase en su aldea y asesinase al padre del señor Tovzayev delante de su familia. A los tres meses, se alzó con una pequeña fuerza de combatientes y asesinó al señor Khamzatov en una emboscada. «Así es como empezó esta forma de vida: combatiendo bandidos» (Tyler, 2001, p. A8).

La venganza puede estar provocada por enemistades familiares y conflictos locales que se entremezclan con la guerra (Abdi, 1997; Leakey, 1954, p. 114). Los franceses descubrieron que muchos calabreses que se ofrecieron como voluntarios para enrolarse en la milicia que ellos habían formado en 1806 «veían el ejército como una excelente oportunidad para zanjar una *vendetta* que venía de muy atrás con

[30] Berlow (1998, p. 233), Moyar (1997, p. 68) y Henriksen (1983, p. 136).

algunos de los miembros de la familia cercana» (Finley, 1994, p. 29). A menudo, la venganza se refiere de forma exclusiva a las acciones pasadas de los insurgentes (Roldán, 2002, p. 258; Linn, 1989, p. 54). Dado que a los agentes rebeldes y sus simpatizantes les resulta posible herir, vender o humillar a otros, los detentadores del poder capitalizan el descontento con el dominio insurgente formando milicias en las áreas que han sido «liberadas» recientemente y las acciones de las milicias se centran en la venganza. Stephen Ash (1988, p. 155) describe a los milicianos unionistas del medio Tennessee como «ángeles vengadores». Mientras que los reclutas más incondicionales de las milicias de base aldeana formadas por los franceses en su guerra contra el Vietminh estaban en provincias que antes habían estado bajo la administración del Vietminh (R. Thompson, 1966, p. 168), los argelinos que se enrolaron en el ejército francés en 1959 se quejaban de la coerción ejercida por los rebeldes del FLN, especialmente los impuestos, multas y el estricto control sobre la vida diaria que ellos imponían (Faivre, 1994, p. 143; Hamoumou, 1993). Un comandante del NPA en la región del sur de Tagalog, en las Filipinas, «apuntaba que el surgimiento de grupos de vigilancia en algunos barrios rurales de Lopez (Quezon) se debía en parte a la mano dura del NPA. El comandante rebelde recordaba que había "demasiados impuestos" y que "algunos de nuestros camaradas maltrataban a algunas personas. Los militares aprovecharon la oportunidad"» (G. Jones, 1989, p. 249). Aun cuando no existan estos odios, pueden generarse con el mero acto de la formación de la milicia. Un oficial estadounidense informó desde Filipinas de que «habiéndose comprometido ellos mismos a colaborar y sabiendo que se arriesgaban a la revancha de la guerrilla, [los tránsfugas filipinos] parecían, ante todo, ansiosos por encontrar a todos los insurrectos de esta vecindad» (en Linn, 1989, pp. 43-44). El conde de Carlisle, un enviado del Gobierno británico a América en 1778, hizo la misma observación sobre los milicianos lealistas: «En nuestras condiciones actuales, los únicos amigos que tenemos, o que es probable que tengamos, son aquellos que han sido absolutamente arruinados por nosotros» (en Shy, 1976, p. 186)[31].

Fueran las que fueran sus motivaciones iniciales, con el tiempo, muchos milicianos desarrollaron entre sí lealtades genuinas. En Cotzal, Guatemala, «una patrulla civil no deseada se convirtió, paradójicamente, en una institución de solidaridad» (Stoll, 1993, p. 144). De igual modo, en Perú, «nadie imaginaba que estas patrullas se convertirían, a su vez, en un movimiento masivo con un grado importante de participación popular y autonomía respecto del Estado» (Starn, 1998, p. 236)[32].

Estas complejidades en la formación de las preferencias sugieren la necesidad de cambiar el foco desde las actitudes al comportamiento. Ahora bien, entender el apoyo en términos de acción observada conlleva también algunos problemas. En primer lugar, no resulta fácil trazar el mapa del comportamiento durante una guerra civil porque se carece de datos. La observación etnográfica en tiempo real puede en parte aplicarse a este problema (p. e., Sluka, 1989), pero el ejemplo limitado sobre el que se basa y las restricciones prácticas planteadas por un combate armado pueden frustrar la implementación de los diseños de investigación (Wood, 2003, p. 42). Esto es por lo que el trabajo que se confía a las reconstrucciones retrospectivas es una empresa llena de dificultades.

En segundo lugar, el apoyo observado no es dicotómico sino que puede conceptualizarse como un *continuum* que se extiende desde la asociación completa con un actor político hasta la asociación con el actor político opuesto, contando con varias modalidades de asociación, incluida la neutralidad (Petersen, 2001, p. 8). Esto se refleja en distinciones tales como las que se dan entre seguidores duros y suaves (Sluka, 1989, pp. 291-294), entre seguidores pasivos y activos (Bard O'Neill, 1990, pp. 71-72), entre participantes directos e indirectos y aquéllos «atrapados en la mitad» (Kerkvliet, 1977, pp. 166-167) y entre elementos integrantes, simpatizantes, miembros, activistas y militantes (Lichbach, 1995, p. 17). El etnógrafo de un gueto católico de Belfast considerado como un semillero de apoyo a la insurgencia (Sluka, 1989, p. 291) descubrió que «no todos los residentes que apoyan a las guerrillas las apoyan en todos sus papeles [...]. Mucha gente en Divis apoya al IRA y al INLA en un área o en un papel concreto, mientras que, al mismo tiempo, los condena en otro». Más aún, el apoyo que se observa es dinámico y relacional, de ahí que las acciones de una persona estén influidas por otras (Petersen, 2001).

En tercer lugar, hemos de distinguir entre las razones para enrolarse en una organización y las razones para permanecer en ella (Molnar, 1965, pp. 77-82). Los estudiantes de historia militar, en particular, han adoptado la distinción de John Lynn (1984) entre motivaciones ini-

[31] De hecho, la violencia puede usarse para generar compromiso. En Guatemala, para superar la reticencia de los milicianos a asesinar a sus primeras víctimas, «un oficial les ordenaba escoger los verdugos a suertes. Después, una víctima sería atada a un árbol y a todos los de la patrulla se les ordenaba apuñalarla con machetes. Antes de que pasara mucho tiempo, algunos miembros de la patrulla se ofrecían como voluntarios para matar» (Stoll, 1993, p. 107). Nótese que esto explica la forma de violencia y el perpetrador; la víctima podría haber sido escogida como parte de un esquema para impedir la defección.

[32] Dos diferencias sistemáticas en los patrones para enrolarse en las organizaciones rebeldes y en las milicias gubernamentales pueden ser la ausencia de un riesgo alto para los que se enrolan por vez primera y la ausencia de adoctrinamiento ideológico; ambos son coherentes con un informe que apuntaría al papel del Estado a la hora de asumir muchos de los costes de la formación de la milicia.

ciales (por qué la gente se enrola en un ejército), motivación sustentadora (por qué permanece en él pese a los costes que implica) y motivación combativa (por qué lucha en el campo de batalla)[33].

En resumidas cuentas: inferir las preferencias a partir del comportamiento observado es sumamente dificultoso; las preferencias se hallan abiertas a la manipulación y la falsificación; el comportamiento real es difícil de observar en ambientes de guerra civil e, incluso cuando se observa de forma fiable, el apoyo es el resultado de una confluencia dinámica, cambiante, fluida y, a menudo, inconsistente de preferencias (y también de restricciones) múltiples y cambiantes. Esto convierte la búsqueda de una motivación predominante a través de los individuos, el tiempo y el espacio que domina buena parte de la bibliografía sobre la rebelión en una empresa altamente improbable y potencialmente engañosa. Dados los problemas teóricos y el estado del registro empírico, una solución sensata para un estudio de la violencia es la de poner entre paréntesis la cuestión de las motivaciones y actitudes individuales y adoptar unos presupuestos mínimos, aunque sensatos, sobre el apoyo.

En primer lugar, basta con asumir, siguiendo a Tilly (1978, p. 201), que poner en marcha una insurgencia y, dado el caso, ganar, requiere solamente «el compromiso de una parte significativa de la población, al margen de los motivos, con exigencias alternativas exclusivas para el control sobre el Gobierno ejercido en la actualidad por los miembros del Gobierno»[34].

En segundo lugar, no es necesario asumir preferencias estables. Hay una dimensión dinámica para apoyar, no como una traslación automática y fija de preferencias subyacentes sino como un campo maleable de acción (a menudo estratégica) que se corresponde tanto con las preferencias como con las restricciones. Lo cierto es que los civiles varían el nivel y la dirección de su compromiso a lo largo de toda la guerra, tal como se sugería en un informe escrito en 1900 por el general de división de los Estados Unidos Elwell S. Otis sobre la insurgencia en Filipinas: «Un repaso a los despachos telegráficos muestra [...] que nuestros hombres eran recibidos calurosamente por la mayoría de la gente al entrar en las provincias; que, luego, más tarde, una porción de la población, bajo la presión insurgente, contribuía con hombres y dinero a expulsar a los americanos y, finalmente, que la gran mayoría, ganando confianza, se unía a nuestras tropas para destruir a los tagalo[g]s y a las bandas de ladrones que ellos dirigían» (en Linn, 1989, p. 29).

En tercer lugar, este compromiso puede ser resultado de combinaciones cambiantes de persuasión y coerción. De hecho, coincidiendo con el análisis de las actitudes de los campesinos de J. Scott (1990; 1985), muchos informes sobre cómo colabora la gente con actores armados apuntan a una colaboración cualificada, prudente y ambivalente a lo largo de los dos polos de simpatía y miedo. Finnegan (1992, p. 102) recuerda una conversación con un campesino mozambiqueño: «"¿No reconoceríais a los bandidos y los entregaríais a la policía [si vinieran a la ciudad]?" El [hombre] al que le hice esta pregunta dijo: "No necesariamente. La policía aquí no es muy popular". ¿Quién era popular aquí, entonces? ¿Los bandidos? "No necesariamente"». Considérese la observación hecha por un antiguo vietcong cuando se le preguntó si se enroló voluntariamente o no. «Éste es un punto sutil. Uno no puede decir que el apoyo sea voluntario, así como tampoco puede decir que no sea voluntario» (en Race, 1973, p. 129)[35]. Donde mejor se expresa quizá la coexistencia ambigua de aceptación y miedo es en la descripción de los combatientes en Irlanda del Norte hecha por Toolis (1997, p. 68): «Se trataba de los matones locales convertidos en guerreros de la comunidad. Ninguna de sus respectivas comunidades aprobaría por completo su acción, pero los ciudadanos más normales los protegerían tapándose los ojos y los oídos. Nadie, ya fuera católico o protestante, habría informado de sus respectivos paramilitares fuera de la solidaridad comunal y debido a otra razón de lo más convincente: si los paramilitares lo descubrían, le pegarían un tiro en la cabeza al informante».

La coexistencia de simpatía y sanciones refleja la mezcla de persuasión y coerción que normalmente establecen los actores políticos una vez que consiguen un nivel aceptable de control. El condado de

[33] Se puede pensar en «compuestos» que agregan motivos sencillos. Margaret Levi (1997) identifica cuatro modelos de conformidad: obediencia habitual, consentimento ideológico, obediencia oportunista y consentimiento contingente. El consentimiento contingente es un compuesto que incluye la habilidad política del actor para amenazar de forma creíble con sanciones, su fiabilidad, la presencia de reciprocidad ética entre habitantes y la disponibilidad de información que se le proporciona socialmente. Más aún, hasta las actitudes «limpias», tales como el consentimiento voluntario, son compatibles con gran variedad de motivaciones de segundo orden que han dejado una estela de prolongados debates académicos: el interés de clase (Wolf, 1969), el estrecho interés personal individual (Popkin, 1979) o una economía moral de comunidad (J. Scott, 1976).

[34] Una reflexión sobre una actitud así en Vietnam la ofrece Sheehan (1989, pp. 49-50): «Mientras que nadie del campesinado del delta norte simpatizaba con los guerrilleros, la mayoría, o bien favorecía a la causa del Vietcong, o bien ayudaba de forma tácita a los comunistas mediante el silencio de una neutralidad que ponía su granito de arena contra el Gobierno de Saigón. El que la neutralidad se crease por miedo al terrorismo de la guerrilla o por simpatía no supone diferencia alguna en la práctica: el Gobierno de Saigón carecía de la cooperación del campesinado y la cooperación era necesaria para suprimir la intervención dirigida por los comunistas».

[35] El reclutamiento de campesinos survietnamitas en el ejército del Vietcong, descubrió Richard Berman (1974, p. 198), «no fue ni el voluntariado espontáneo que a menudo se atribuyó a los movimientos revolucionarios ni el reclutamiento de los aldeanos para una servidumbre forzosa. Lo cierto es que implicó una mezcla de coerción y persuasión».

Armagh ha sido, desde hace mucho, un semillero del apoyo al IRA, aunque se trata también de un lugar en el que, como dijo un católico, la regla local del IRA significa que «nadie habla en alto, porque, si hablan alto, irán al agujero» (en Lavery, 2005, p. A5). Kenneth Matthews, un corresponsal de la BBC que fue secuestrado por los rebeldes comunistas griegos en 1948 y, a consecuencia de ello, visitó áreas tomadas por los rebeldes, llegó a una conclusión semejante en el informe que le hicieron oficiales británicos después de su puesta en libertad:

> En esta gran extensión de campo no hay prácticamente fuerzas gubernamentales de ningún tipo ni oficiales en activo del Gobierno central [...]. A lo largo y ancho de este terreno, los rebeldes ejercen un control administrativo simple pero efectivo [...]. Por lo que se refiere a los sentimientos de la población en el territorio rebelde, está claro que el señor Matthews tiene una impresión muy vívida de un sentimiento casi universal de lo que él pudo describir sólo como «horror» en la situación en la que se encuentra. Esto no quiere decir que el dominio rebelde sea terrorista. El señor Matthews cree que, si la población pensara que el dominio rebelde tuviera un carácter permanente, la mayoría de ellos se acomodarían más o menos en él, aunque no les gustase. Él no creía que pudiera pensarse que a favor de los rebeldes estuviera más del 1 por 100 de la población[36].

Este último punto sugiere que el compromiso profundo y resuelto sólo requiere a unas pocas personas. Éstos son los «idealistas puros y fervientes» que ocupan una posición desproporcionada en muchos informes periodísticos e históricos. Con todo, una regularidad empírica apoyada por una evidencia considerable es que sólo una pequeña minoría de gente se compromete de forma activa en las guerras civiles, o bien como combatientes, o bien como colaboradores activos. Lichbach (1995, p. 18) recoge un gran volumen de evidencias en favor de lo que él denomina el «dominio del 5 por 100», de acuerdo con el cual sólo alrededor del 5 por 100 de la población está compuesto por colaboradores activos y militantes. Un estudio del porcentaje de combatientes en siete insurgencias entre 1940 y 1962 sugiere que un promedio del 7 por 100 pueden ser clasificados como colaboradores duros; un total que comprende tanto a los partidarios de los insurgentes como a los de los detentadores del poder (Greene, 1990, p. 75). Esta observación se halla muy extendida. La guerra civil inglesa «no fue sencillamente un combate entre caballeros galantes y cabezas peladas que

[36] «Notes on Conversation with Mr.. Kenneth Matthews on the 1st November, 1948», PRO, FO 371/72217/R1237.

cantaban salmos [...]; sólo una pequeña minoría de la pequeña aristocracia de provincias podía ser clasificada con exactitud en una de estas categorías convencionales» (Everitt, 1997, p. 19). En el Misuri de la guerra civil, «algunos se identificaban con claridad con un lado o con el otro, manteniendo una idea de lealtad en sus ideas y en su comportamiento. Muchos más querían no estar comprometidos, ser neutrales» (Fellman, 1989, p. xviii). Brian Hall (1994, p. 210) dice que la proporción de gente que exhibía preferencias intensas o comportamiento violento en la antigua Yugoslavia estaba en un abanico del «1 al 5 por 100» de la población. En Colombia, sólo una «minúscula minoría» de civiles «colaboran activamente como informadores comprometidos o partisanos para los grupos armados»; por el contrario, la masa de la población civil quiere mantenerse neutral (Fichtl, 2004, p. 3).

Aun en medios altamente polarizados y bajo condiciones menos peligrosas, la participación activa sigue siendo baja. Elisabeth Wood (2003) estima que, en las áreas de El Salvador estudiadas por ella, los insurgentes eran apoyados por una minoría más amplia (cerca de un tercio de los campesinos que no habían huido de estas zonas). Durante la guerra civil española, «sólo una pequeña minoría era incondicionalmente política y se identificaba con partidos y uniones [...]. Incluso los famosos *milicianos*, las fuerzas voluntarias que ayudaron a salvar la República cuando explotó la rebelión militar, a menudo tenían un compromiso poco firme con la causa» (Seidman, 2002, pp. 6 y 11-12). El número total de combatientes en todas las milicias libanesas no excedió nunca de 30.000 y durante quince años de guerra sólo estuvieron alguna vez en la milicia entre 90.000 y 100.000 personas (cerca del 3 por 100 de la población); en total, menos del 20 por 100 de la población estuvo comprometido activamente en el apoyo a una u otra facción (Nasr, 1990, p. 7). A conclusiones semejantes, se ha llegado respecto de las guerras de Bosnia y Chechenia (Mueller, 2004; Claverie, 2002, p. 48; Tishkov, 1997). Allá donde se dispone de resultados electorales, éstos a veces sugieren un apoyo limitado en la época prebélica hacia los que eran muy claramente insurgentes[37].

La gente más «del montón» parece poner en juego una combinación de tenues preferencias y oportunismo, cosas estas dos que se ha-

[37] Los partidos comunistas en la Europa ocupada por los alemanes son un ejemplo muy elocuente. Había sólo 830 comunistas en toda Bosnia Herzegovina cuando el Eje la invadió en abril de 1941 y, sin embargo, los partisanos comunistas mostraron allí un más que notable éxito (Hoare, 2001, p. 2). Desde luego, esto fue lo que ocurrió con los bolcheviques en Rusia (Schmemann, 1999, p 208). Los insurgentes normalmente empiezan siendo muy pocos y aumentan muy rápidamente. Véase Berkeley (2001, p. 47), Horton (1998, p. 74), Asprey (1994, p. 537), Stubbs (1989, p. 183), Paget (1967, p. 35), Clutterbuck (1966, p. 5), Barnett y Njama (1966, p. 152) y Kitson (1960, p. 126).

llan sujetas a consideraciones de supervivencia (cap. 5)[38]. Su asociación con minorías que corren riesgos tiende a ser vaga y está sujeta a los azares de la guerra y su impacto en el propio bienestar (p. e., Serrano, 2002, p. 375; Lisón-Tolosana, 1983, p. 48). Éste es el caso tanto en los conflictos étnicos como en los no étnicos, tal como lo sugieren las siguientes estampas de la Revolución americana, de la Ucrania ocupada por los alemanes y del Líbano:

> Lo que se deduce de los documentos británicos [...] es un cuadro del gran grupo intermedio de americanos. Con casi toda certeza, la mayoría de la población; ésta era la gente que estaba en duda, temerosa, insegura, indecisa y muchos de ellos pensaban que no había nada en juego que pudiera justificar el que ellos y sus familias se comprometieran en un azar y un sufrimiento extremos. Ésta es la gente que no aparece en los documentos revolucionarios o que se rechaza como «tímida». Sin ni siquiera pobreza que los redimiese, son pasados por alto por los historiadores que creen que la masa inerte de gente de cualquier época no se merece nada mejor que la oscuridad. Esta gente, no obstante, sí que cuenta porque ellos constituyen una extensa proporción de una república revolucionaria cuya existencia misma depende del recuento (Shy, 1976, pp. 215-216).

> Teniendo en cuenta toda la evidencia que se presenta aquí, parece aceptable la siguiente conclusión global: como mejor puede describirse la actitud de la población civil en esta área es como de dócil y maleable. Con la excepción de los propios partisanos y de unos pocos activistas prosoviéticos y progermanos que estaban dispuestos a arriesgarse a morir para servir a sus causas, la mayoría de la gente parecía estar dispuesta a obedecer a cualquier antagonista que pareciera más creíble en un momento dado (T. Anderson, 1999, pp. 622-623).

> Estaba claro que en las guerras civiles libanesas había más víctimas que perpetradores y la mayoría de la gente simplemente quería que acabasen las muertes. Ellos podrían haber suscrito los valores patriarcales o clánicos que fomentaban la identidad étnica o confesional, pero, a menos que de repente los arrastrasen la emoción y las circunstancias, era poco probable que se vieran envueltos directamente en la lucha (M. Johnson, 2001, p. 230).

[38] Lubkemann (2005, p. 504), Raleigh (2002, p. 140), Schmemann (1999, p. 208), Pyszczynski, Greenberg y Solomon (1997), Malefakis (1996, pp. 26-27) y Griffin (1976, p. 137).

Los actores políticos buscan la colaboración exclusiva y completa de todos los civiles. En la práctica, buscan la colaboración activa de un pequeño número de partidarios dedicados y la colaboración pasiva pero exclusiva de la población en general; también buscan evitar que los civiles colaboren con sus rivales. Prefieren también una colaboración exclusiva aunque incompleta antes que una colaboración no exclusiva (como puede ser la neutralidad o la falta de compromiso); obviamente, prefieren un nivel bajo de colaboración antes que ninguna colaboración en absoluto. La esencia mínima de la colaboración es, por lo general, *la no traición* frente al enemigo (Stubbs, 1989, p. 2; Leites y Wolf, 1970, p. 10). En tanto en cuanto la guerra civil tiende a ser un proceso de polarización, colaboración y no colaboración, tiende a ser suma cero.

La cara B de la colaboración es la defección, que puede descomponerse al menos en tres tipos: insumisión, información y cambio de bando (tabla 4.1.); los dos últimos son claramente actos de colaboración con el actor rival, aunque la insumisión se construye también a menudo como tal. En este libro, entiendo la defección como colaboración activa con el actor rival.

Tabla 4.1. Tipos de defección.

Tipo	**Ámbito**	
Insumisión	Individual y colectivo	Público y privado
Informar	Individual	Privado
Cambiar de bando	Individual y colectivo	Público

La insumisión puede ser pública y privada, colectiva e individual; la información es, por lo general, privada e individual; y el cambio de bando es tanto individual como colectivo pero normalmente público. La insumisión incluye acciones tales como la queja y la crítica, la evasión de impuestos, el faltar al deber y la huida. Puede ser individual o colectiva (una aldea entera que falta a sus deberes), privada o pública. Las consideraciones económicas y la supervivencia son, a menudo, los motivos principales. Aunque es la forma más benigna de no colaboración, si se deja sin castigar, la insumisión puede disparar cascadas de ejemplos más serios de no colaboración.

Informar es el acto de suministrar información sobre una parte a la parte rival; se trata, típicamente, de un acto privado que presupone que la información sobre una parte y el acceso a la otra son posibles de for-

ma simultánea, algo que conlleva una ausencia de líneas de frente[39]. Mientras que la información indica cierta forma de asociación con el actor político al que se está dirigiendo la información, ella difiere del cambio de bando en que, por lo general, es un acto privado que requiere secretismo. Es también individual más que colectivo y su eficacia (o daño) tiende a no ser relatado a los informadores. En Vietnam, los vietcong estaban satisfechos cuando tenían uno o dos colaboradores secretos en aldeas controladas por el Gobierno (Race, 1973, p. 147).

Informar importa no sólo porque suministre una ventaja militar directa (p. e., evitando o facilitando emboscadas) sino, en primer lugar, porque resuelve el problema de la identificación. Un factor externo positivo es que el conocimiento entre la población de que una parte tiene un acceso crucial a la información socava el deseo de la población de colaborar con la otra parte.

Las motivaciones que se hallan por detrás del informar, lo mismo que aquellas que se hallan por detrás de la colaboración en general, están mezcladas. Pueden reflejar preferencias políticas genuinas, expectativas de ganancia personal, rencores privados, coerción y chantaje o consideraciones de supervivencia[40]. Y, al igual que la defección en su conjunto, el informar tiende a estar sujeto al riesgo. El uso efectivo de la violencia puede disuadir con éxito de informar.

Amilcar Cabral, un líder nacionalista de Guinea Bissau, dijo una vez que una revolución es como un viaje en tren. En cada parada, alguna gente se sube y otra gente se baja (en Finnegan, 1992, p. 133). Cambiar de lado es algo común en las guerras civiles e implica tanto a actores individuales como a comunidades enteras que comienzan a colaborar abiertamente con un actor político rival. Normalmente, se trata de un acto público y visible: los individuos pueden dejar un ejército por su rival o pueblos enteros pueden montar una milicia y dar muestras explícitas de que ya no están con el bando de antes. Cambiar es algo muy extendido en las guerras civiles; los «renegados» rebeldes han sido muy utilizados por las fuerzas detentadoras del poder y, por lo general, se los asocia con una violencia considerable[41]. Durante la

[39] El fracaso a la hora de suministrar información que uno posee se ve como un importante acto de defección. Un oficial del ejército sandinista en Nicaragua explicaba: «Lo que mata directamente es la lengua porque, si nadie me dice que alguien está esperando allí armado y yo no me doy cuenta de nada, muero [en una emboscada]» (en Horton, 1998, p. 210).

[40] Tal y como un vasco le dijo a Zulaika (1988, p. 83): «Si tú perteneces a la parte de los perdedores, sólo tienes una posibilidad de pasarte a la parte de los ganadores: informar contra tus amigos. En este sentido, ganas poder sobre ellos y dinero».

[41] Myers (2005, p. A4), Hedman (2000, pp. 132-133), Bearak (2000), Gossman (2000), Mahmood (2000, p. 83), Clayton (1999, p. 50), McKenna (1998, pp. 180-181), Del Pino (1998, p. 169), Zur (1998, pp. 106-107), Starn (1998, p. 244), Gacemi (1998), Berlow (1998, p. 182), Moyar (1997, p. 167), Cann (1997, pp. 101-102), Swedenburg (1995, pp. 156-164 y 195), Le Bot (1994, p. 176), Stoll (1993, p. 140), Hamoumou (1993), Cribb (1991, p. 143),

guerra civil rusa, comités revolucionarios locales completos «que habían sido designados por los bolcheviques de entre la gente local se pasaron al lado de los insurgentes»; de hecho, «resultó frecuente en la Rusia central y, en especial, en Ucrania que el mismo individuo sirviera en varios ejércitos o en todos, rojo, blanco y verde» (Brovkin, 1994, pp. 105 y 418). En China, muchos comunistas se unieron al bando nacionalista, especialmente tras perder en los conflictos de facciones; ellos fueron el peor enemigo de los rebeldes «porque conocían las formas de proceder de las guerrillas y estaban sedientos de venganza» (Benton, 1992, p. 475). En Vietnam, «las defecciones de un lado al otro ocurrieron con frecuencia, tal como lo hicieron los cambios en las lealtades de los aldeanos» (Berman, 1974, p. 31) y el Vietcong «contaba las defecciones como uno de sus mayores problemas» (Moyar, 1997, pp. 250-251). De nuevo, los motivos varían ampliamente[42].

Estos bandos cambiantes ofrecerán unos servicios obvios: como fuentes de información, como ayudantes a la hora de animar a sus antiguos camaradas a que deserten y, por el puro hecho de su existencia, como propaganda. Ponciano del Pino (1998, p. 169) apuntará también que, habiendo experimentado a su antigua organización desde el interior, aquellos son capaces de superar el miedo que tales organizaciones provocan a menudo en los que no pertenecen a ellas. Dado que el cambio de bando es un acto dramático y cargado de consecuencias, a aquellos que cambian de bando en momentos decisivos de un conflicto (en especial, a líderes aldeanos o incluso a pueblos enteros) parece reservárseles el castigo más brutal. Robert Thompson (1966, p. 25) señala que, cuando los vietcong recuperaban el control sobre un pueblo que los había dejado por el Gobierno, cogían «al jefe y a su familia, destripaban a su mujer delante de él, cortaban los brazos y las piernas de sus hijos y luego lo castraban a él».

5. El escenario institucional de la colaboración

Un aspecto bastante poco explorado de la guerra irregular tiene que ver con el contexto institucional dentro del cual tienen lugar las interacciones entre actores políticos y civiles, lo que yo describo como el «meso» nivel. A veces, esta interacción es informal. De forma más

Rosenberg (1991, pp. 46 y 92), Blaufarb y Tanham (1989, p. 63), Flower (1987, p. 115), Crow (1985, p. 170), Calder (1984, p. 158), Henriksen (1983, p. 136), Salik (1978, p. 105), Heilbrunn (1967, pp. 69-70), Paget (1967, pp. 91-92), Clutterbuck (1966) y Kitson (1960).

[42] Entre las razones para desertar del Vietcong, Moyar (1997, p. 111) incluye las siguientes: «Desacuerdos sobre promociones o degradaciones, malos tratos a miembros de una familia, acusaciones de colaboración con el GVN y enemistad entre subordinados y superiores».

común, no obstante, este proceso se institucionaliza y adquiere dos formas básicas: milicias y comités. Armadas como están, las milicias se hallan típicamente capacitadas para usar la violencia directamente mientras que los comités no lo están. Los actores políticos se fían de ambos, aunque los detentadores del poder parezcan preferir a las milicias y los insurgentes a los comités, una preferencia que puede deberse tan sólo a la disponibilidad de armas.

Milicias

Las milicias son, ante todo, una institución más política que militar. Son parte de una estrategia de gobierno local y de construcción del Estado[43]. Tal y como afirmaba un argelino al hablar sobre las milicias del campo: «La gente no puede erradicar a los terroristas sin un ejército y el ejército no puede exterminar a los terroristas sin el pueblo» (en Peterson, 1997b). En Guatemala, el principal objetivo de las patrullas civiles, tal como se conocía a las milicias, era «informar sobre los simpatizantes de la guerrilla que había en la comunidad» (Carmack, 1988b, p. 63). El primer propósito de las milicias es el «control de la población» (Jones y Molnar, 1966, p. 25). Mientras que los miembros individuales de la milicia pueden ser enfocados como defensores de sus aldeas o familias, el hecho de que estén presentes de forma permanente en sus aldeas y de que estén operando en lugares que conocen bien permite a los detentadores del poder estatal aprovecharse de una información privada.

Aunque los insurgentes confíen en las milicias locales (p. e., Geffray, 1990; Stubbs, 1989, pp. 87-88), el término se asocia, por lo general, a los detentadores del poder estatal, que los usan como auxiliares[44]. Los diversos grupos irregulares y semirregulares de antirrebeldes, que aparecen referidos con nombres tan diversos como paramilitares, milicias, escuadrones de la muerte o guardias civiles, de retaguardia o de pueblo, son la cara «opuesta» de los rebeldes (Zahar, 2001; Rubio, 1999, p. 20); «contrabandas» en la formulación de Frank Kitson (1960). La formación de milicias, junto a la creación de «pueblos fortificados», descrita a menudo como programas «locales» o «de autodefensa» (Armstrong, 1964, p. 30) es una parte esencial de los esfuerzos de la contrainsurgencia (Hedman, 2000, p. 133; Barton, 1953). Usualmente, las milicias se forman a nivel local (normalmente, a nivel aldeano), comprenden a hombres locales (a veces, también a mujeres) y sus actividades están estrechamente unidas a su localidad.

Las milicias alcanzan a menudo un tamaño enorme. Se estima que alrededor de 1985, había un millón de guatemaltecos que estaban implicados en patrullar sus comunidades (Warren, 1998, p. 89). Las milicias también prevalecerán en los conflictos donde los Estados son, a menudo, capaces de provocar la defección interétnica (Kalyvas, 2004). Por ejemplo, los servicios de seguridad indios en Cachemira han tenido éxito a la hora de captar a militantes musulmanes para que cambiaran de bando y se convirtieran en «contramilicianos» (llamados «renegados» por los lugareños y «amigos» por el Gobierno) (Gossman, 2000, p. 275). Las milicias son también una herramienta clave para llevar a cabo la ocupación. De hecho, los ocupadores se sorprenderán al descubrir lo fácil que es reclutar nativos y a menudo descubrirán que reclutan a más gente de los puestos que necesitan cubrir (p. e., Finley, 1994, p. 29)[45].

Las milicias pueden salir caras. Aunque se forman para dedicarse, ante todo, a la «violencia protectora», a menudo imponen una violencia «depredadora» y abusiva, que incluye la extorsión[46]. Su reputación

---

[43] Esto se hace visible en sus funciones. En Guatemala, las milicias ejercieron poderes judiciales. Mientras que, antes de la guerra, la gente iría ante el alcalde local, que servía como juez de primera instancia, o a un juez de nivel superior en la capital provincial para establecer diferencias, durante la guerra civil, apelaron a los líderes locales de la «patrulla civil» (S. Davis, 1988, pp. 29-30).

[44] A este respecto, las milicias en la guerra irregular difieren de aquellas que se encuentran en las guerras no convencionales simétricas, en las que ellas toman a menudo un papel autónomo.

[45] Más de un millón de ciudadanos soviéticos lucharon a favor del bando alemán y el número total de colaboracionistas fue, más o menos, del doble del número de partisanos (Klonis, 1972, p. 91). En Argelia, fueron más los argelinos que lucharon apoyando a los franceses que en contra: «El número de argelinos luchando con el ALN por la independencia no igualó en ningún momento, entre 1954 y 1962, al de argelinos luchando en la parte francesa» (Horne, 1987, p. 255). La mitad de los soldados portugueses que luchaban contra los rebeldes independentistas en Guinea y dos tercios de los que luchaban en Mozambique eran nativos. En torno a 1974, los rebeldes independentistas habían alcanzado un tope de 22.000 hombres en Angola, opuestos a los 61.816 soldados reclutados localmente que luchaban en el bando portugués y «siempre había más voluntarios africanos para las tropas portuguesas de los que se requerían» (Clayton, 1999, pp. 51-54; Cann, 1997, pp. 103-104; Henriksen, 1983, pp. 60-61).

[46] Trinquier (1964, p. 34) reconoce que, en tales escenarios, «los abusos son siempre posibles». Los *rangers* confederados creados por la asamblea legislativa de Virginia durante la guerra civil americana «usaron su reconocimiento por parte del Estado como una licencia para robar y matar. Sacaban de sus casas a supuestos unionistas, los juzgaban, los declaraban culpables en el acto y les aplicaban cualquier castigo que les viniera a la imaginación. Sin embargo, no discriminaban demasiado entre sus víctimas y, pronto, los simpatizantes confederados en la región comenzaron a pedir protección frente a sus "protectores"» (Paludan, 1981, p. 52). Los informadores que trabajaban para los japoneses en las Filipinas durante la Segunda Guerra Mundial chantajearían a menudo a la gente para que les diese dinero a cambio de la promesa de no traicionarlos (Lear, 1961, p. 27). Lo mismo ocurre en China (Seybolt, 2001, p. 218). En Malasia, «unos oficiales y sargentos recién reclutados sin la adecuada preparación y una masa de soldados pobremente supervisada ofreció un terreno abonado para la corrupción. La emergencia hizo la extorsión y el soborno mucho más sencilla para aquellos que deseaban forrar sus propios bolsillos. Si se recibían

para la atrocidad se halla bien establecida[47]. Ellas pueden también causar una escalada de la violencia porque utilizan su poder para dirimir conflictos personales o locales[48]. «Los milicianos de Misuri tenían una gran necesidad de exigir venganza contra sus vecinos, simpatizantes de los rebeldes y sabían qué cuentas querían saldar» (Fellman, 1989, p. 129). Hubo información sobre muchos casos de abusos en las áreas kurdas de Turquía, donde el Gobierno turco formó milicias aldeanas progubernamentales para luchar contra la insurgencia kurda. En la aldea de Ugrak, según informa Vick (2002, p. A18), el Estado armó a la familia Guclu, que, según muchos testimonios, «no había ejercido ninguna influencia especial hasta que el Estado les convirtió en la ley [...]. Esta política tuvo el efecto de vaciar la aldea de cualquiera que no llevase el apellido Guclu. Las familias que se marcharon describen cómo fueron expulsadas de su tierra por vecinos que se valían de sus poderes policiales para requisar tierras mejores y casas más grandes». Tal y como escribió una de sus víctimas: «Esta gente, a la que el Estado ha dado armas, usa las armas para su propio beneficio». Los guardias de pueblo, «a quienes muchos lugareños describen como mafias [...], hacen lo que les place bajo el color de la ley, disfrutando de virtual inmunidad frente a la justicia, según los activistas de los derechos humanos y los residentes locales [...]. Cada vez son más frecuentes los informes de violaciones a manos de guardias de pueblo y los críticos describen a líderes de clanes importantes que usan su estatus de guardias para consolidar su ya considerable poder; en algunos casos, controlando redes de contrabando incontestadas por las autoridades del Estado, que tienen miedo de intentar desarmarlas».

Resulta una ironía que el carácter local de las milicias, que permite reunir información tan necesaria para los actores políticos, pueda también convertirlas en armas indiscriminadas con efectos contraproducentes. Por ejemplo, un periodista británico «no tenía ninguna duda en absoluto» de que, en la Grecia de 1948, «las actividades de las bandas de derechas [...] son las responsables de la fuerza de los rebeldes. Él dijo que los reclutas estaban entrando constantemente y que él mismo vio llegar a muchos. Él estaba seguro, por sus conversaciones con ellos, de que los excesos del ala derecha y los actos arbitrarios e injustos de los representantes del Gobierno están aún acrecentando con

sobornos, no había arrestos, pero un "donante" que no colaborase siempre podía recibir un tiro como simpatizante comunista» (Stubbs, 1989, p. 72).

[47] Roldán (2000, pp. 161-162), Zur (1994), Mason y Krane (1989, p. 185), Calder (1984, p. 130), Perry (1984, p. 433), Kerkvliet (1977, p. 196) y Shy (1976, p. 187).

[48] La descripción más vívida a este respecto es la hecha por Paul y Demarest (1988) de los acontecimientos en la ciudad guatemalteca de San Pedro La Laguna durante la guerra civil. Véase también Dupuy (1997, p. 158), Fellman (1989, p. 185), Stubbs (1989, p. 72), S. Davis (1988, p. 28) y Kerkvliet (1977, p. 196).

rapidez las filas rebeldes en el Peloponeso»[49]. A causa de esta tendencia, los actores políticos tienden a castigar los excesos con severidad (p. e., Paul y Demarest, 1988).

Dado que las milicias amenazan a los insurgentes, aquéllas se convierten con rapidez en los primeros objetivos de éstos. Muchas masacres cometidas por insurgentes tienen lugar en pueblos cuyos habitantes habían desertado uniéndose a milicias recién formadas (Kalyvas, 1999). De ahí que, aun cuando los aldeanos se unieran al principio a las milicias de manera forzosa, puede que aprendieran rápidamente a temer y a odiar a los rebeldes. En Guatemala, Stoll (1993, p. 100) muestra que el ejército confió en este mecanismo para solucionar el problema de la confianza y evitar que los milicianos entregaran sus armas a los rebeldes: al principio los milicianos no eran armados hasta que se había derramado la sangre suficiente –milicianos matando a guerrilleros y viceversa– para confirmar que estaban del lado del ejército[50]. Ante todo, hay un consenso en que, al fin y al cabo, las milicias son un arma bastante efectiva contra los rebeldes[51].

Comités

Los comités locales, cuya base se sitúa, por lo general, en los pueblos, manejan y filtran información para los actores armados[52]. Tales

[49] «Notes on Conversation with Mr. Kenneth Matthews on the 1st November, 1948», PRO, FO 371/72217/R1237.

[50] La confianza es el asunto crucial: tal como Robert Thompson (1966, p. 136) recomendaba sobre Vietnam: «Donde la gente es fiable y puede confiarse en ella, el número de personas armadas debería ser suficiente para defender la aldea. Allá donde todavía no se pue de confiar en la gente, no se debería dar armas a nadie [...]. No podrá haber medidas intermedias allá donde no se confía en la gente. Ello sólo llevará a la traición y al desastre». Yo tan sólo fui capaz de encontrar unos pocos informes de milicianos que colaboraran con los rebeldes. Henriksen (1983, p. 159) aporta evidencias extraídas de contactos directos entre residentes de aldeamentos (aldeas estratégicas) e insurgentes. Añade que «hasta los miembros de la milicia de autodefensa colaboraban con las guerrillas, dándoles alimentos, información y, en ocasiones, entregándoles armas de fuego». De igual modo, se han dado informaciones sobre que ciertos milicianos chechenos pro rusos colaboraban con los rebeldes (Nougayrede, 2002), mientras que las guerrillas de las FARC parecen haberse infiltrado en las milicias campesinas progubernamentales (S. Wilson, 2003). El caso más impactante fue investigado por Lacoste-Dujardin (1997), quien cuenta de qué modo un pueblo bereber argelino que había sido armado por los franceses se unió al FLN sobre la base del consejo de un antropólogo. Resulta sorprendente, no obstante, lo inusuales que parecen ser estos casos. Los problemas causados por la falta de confianza también se dan en el otro sentido (Race, 1973, p. 256).

[51] Richards (1996, p. 171), Blaufarb y Tanham (1989, p. 79), Linn (1989, p. 54), Jones (1989, pp. 273-275), Horne (1987, p. 255), Cooper (1979, p. 115), Race (1973, p. 270) y Paget (1967, pp. 91-92).

[52] A veces, las milicias se hacen llamar comités, como por ejemplo en Nepal (Sengupta, 2005a). Yo usaré el término aquí para referirme a pequeños grupos que procesan información más que a grupos armados.

comités pueden encontrarse en la mayoría de los escenarios. En la Francia revolucionaria, los comités de «vigilancia» de patriotas locales «se iban a encontrar en cada ciudad y en cada pueblo y así hacia abajo hasta en los burgos más diminutos, al igual que en gran cantidad de pueblos en algunas áreas»; se les «dotaba con el poder de arrestar y se convertían en el escalón más bajo de la escalera de la represión revolucionaria que llevaba, pasando por la prisión, hasta el tribunal revolucionario y a subir los peldaños de la guillotina» (Lucas, 1997, p. 33). En la Rusia revolucionaria, las chekas sacaron listas de personas a las que arrestar (Werth, 1998, p. 172). Durante la guerra civil americana, se establecieron «comités de vigilancia» en distritos de frontera (Ash, 1995, p. 123). En Kenia, los insurgentes Mau Mau establecieron comités locales que «dieron órdenes para asesinatos, batidas, colecta de dinero y reclutamiento» (Kitson, 1960, p. 45), mientras que en Malasia, los británicos formaron «comités de análisis» locales semejantes, que pasaban la criba a los civiles arrestados durante las redadas (Stubbs, 1989, p. 74). Los rebeldes filipinos del NPA confiaban en los comités para definir los objetivos que asesinar: estos comités basaban sus decisiones, «en su mayor parte, en quejas de simpatizantes y en los servicios de inteligencia de los rebeldes» (G. Jones, 1989, p. 249). Lo mismo ocurría en El Salvador (J. L. Anderson, 2004, p. 136). De igual modo, los survietnamitas establecieron «comités de criba» formados por oficiales en los niveles de la aldea, el pueblo y el distrito, que revisaban las evidencias relativas a las actividades de la gente sospechosa de colaboración con el Vietcong (Moyar, 1997, p. 204). Al mismo tiempo, el Vietcong estableció una vasta red de comités que comenzaban al nivel del pueblo (West, 1985, p. 21) para asegurar que «las decisiones críticas [...] fueran hechas por la gente local con una relativa mayor flexibilidad y con una cierta sensibilidad a las exigencias de la situación particular» (Race, 1972, p. 164); de acuerdo con Berman (1974, p. 50), «una estructura así situaba la principal responsabilidad en unos cuadros de bajo nivel». A cambio de su supervisión e información, los agentes locales obtendrán un apreciado bien inmanente: el poder de gobernar sobre sus comunidades.

Aunque existen sustanciales evidencias en cuanto a la existencia de tales comités[53], es poco lo que sabemos sobre cómo operan en realidad. Puede que su rasgo más importante sea que a menudo tienen un papel importante a la hora de determinar qué tipo de violencia se emplea en la localidad en la que ellos operan, pero varía la forma en la que se ejerce este poder. En muchos casos, estos comités tienen el derecho de veto sobre el uso de la violencia en su comunidad. Volveré sobre ese punto en los capítulos 7 y 8.

[53] Fitzpatrick y Gellately (1997), Rosenau (1994, p. 315), Rosenberg (1991, p. 199), Geffray (1990), Gross (1988), Henriksen (1983, p. 148) y Clutterbuck (1966, p. 6).

6. Conclusión

Este capítulo ha especificado la primera parte de una teoría de la guerra irregular mediante la sistematización de ideas bien conocidas pero dispersas sobre la insurgencia e introduciendo una nueva conceptualización de la soberanía en la guerra irregular. Después de surgir diversos problemas asociados al concepto de «apoyo popular», he analizado la identificación, el tema clave de cara a los actores políticos. En el capítulo siguiente, situaré mi foco de atención sobre la colaboración y exploraré su relación con el control.

V

UNA TEORÍA DE LA GUERRA IRREGULAR II
(Control)

Non, décidément, on ne tue pas les mouches à coups de marteau (No, decididamente, no se matan las moscas a martillazos).
Teniente coronel Bigeard, ejército francés, Argelia.

Ésta es una guerra política y exige discriminar a la hora de matar. La mejor arma para matar sería un cuchillo, pero me temo que no podremos hacerlo de ese modo. La peor es el avión. La siguiente peor es la artillería. Si quitamos el cuchillo, lo mejor es un rifle..., así sabes a quién estás matando.
John Paul Vann, consejero estadounidense en Vietnam.

Este capítulo analizará la relación entre colaboración y control y planteará que los recursos militares, por lo general, superan a las preferencias políticas y sociales prebélicas de la población en la producción de control. A su vez, el control tendrá un impacto decisivo sobre la colaboración de la población con un actor político. Sin embargo, la cantidad de recursos militares que se requerirán para la imposición de un control pleno y permanente en un país desgarrado por la guerra civil será enorme y, por tanto, por regla general, se carecerá de ellos. Esto llevará a valorar el uso efectivo de la violencia como un instrumento clave para el establecimiento y mantenimiento del control y, por ello, para generar colaboración y disuadir de la defección; por el contrario, la violencia efectiva requerirá discernimiento.

1. La distribución de la colaboración

Una sólida observación empírica es que la distribución de la colaboración entre los beligerantes se encuentra estrechamente relacionada con la distribución del control; es decir, la extensión hasta la

que los actores son capaces de establecer el dominio exclusivo sobre un territorio. Esta relación puede formularse como una hipótesis: cuanto más alto sea el nivel de control ejercido por un actor político en un área, más elevado será el nivel de la colaboración civil con este actor político.

Un asunto apremiante es la dirección de la causalidad. ¿Es el control el que engendra la colaboración o es al revés? Por ejemplo, Brovkin (1994, p. 126) observa sobre la guerra civil rusa que «un ejército de 100.000 hombres no podría haber tomado el control de un territorio con una población de 40 millones de personas en tres meses si no hubiera habido un resentimiento universal hacia la Administración precedente». De igual modo, se proclama que «el factor situacional más importante» de las áreas de base insurgentes es que «los objetivos políticos anulan claramente las ventajas puramente geográficas (del terreno)» (McColl, 1967, p. 156).

Hay pocas dudas de que la colaboración y el control se refuerzan a sí mismos. Más objeciones pueden ponerse, no obstante, a la idea de que el control emerge exclusivamente de la colaboración y nunca la configura; igual de objetable es la idea del «votante medio» de la guerra civil, a saber, que los patrones de control durante el transcurso de la guerra reflejan las preferencias de la mayoría, en especial tal como se reflejaron en el periodo prebélico. Lo cierto es que no es necesariamente el caso de que las mayorías políticas disfruten de una ventaja militar sobre las minorías; de hecho, lo opuesto puede ser cierto (Massey *et al.*, 1999). Las preferencias políticas de preguerra de la población española, con la excepción parcial de Cataluña y el País Vasco, resultaron ser un pobre índice de predicción de la distribución del control entre nacionalistas y republicanos durante los primeros meses de la guerra (Derriennic, 2001, p. 168); en Bosnia, los musulmanes tenían una clara ventaja numérica, pero eran incapaces de traducirla en una ventaja militar. Y, lo que es más importante, este argumento pasa por alto los efectos de la guerra y fracasa a la hora de dar cuenta de los muchos ejemplos de preferencias que son endógenas a la guerra, tal como se discutió en el capítulo anterior.

Una hipótesis más amplia y dinámica es que los patrones iniciales de control se predicen mediante cierta combinación de preferencias prebélicas y recursos militares existentes[1], pero, a medida que la guerra se desarrolla, es más probable que el control supere a las preferencias de antes de la guerra a la hora de determinar la colaboración. Aunque la colaboración y el control están interconectados, es posible desagregar su interacción en una secuencia temporal simplificada. Un ejemplo es como sigue: en t_1, un grupo insurgente gana el control de una localidad mediante el uso con éxito de medios militares en t_0 como resultado de las preferencias populares existentes o mediante la combinación de ambos. Como resultado, la colaboración con ese grupo en t_2 aumenta. No obstante, el ejército gubernamental puede contraatacar, echar a los insurgentes e imponer su propio control mediante medios puramente militares en t_3. Ahora, esto engendrará colaboración con el ejército en t_4 aun cuando la población pueda haber tenido una preferencia por los insurgentes. Si el ejército mantiene su control durante mucho tiempo, las preferencias de la población podrán posiblemente cambiar «de forma endógena» hacia el ejército en t_5.

Éste es un proceso que recuerda el del principio *cuius regio eius religio* mediante el cual poblaciones enteras se hicieron protestantes o católicas siguiendo la elección de su gobernante. Michael Seidman (2002, p. 40) llamará «lealtad geográfica» a la tendencia, muy extendida durante la guerra civil española, de tomar partido por el campo que dominaba la ciudad o la región en la que uno vivía. La observación de Finnegan (1999, p. 50) sobre la dinámica de apoyo popular en Sudán apunta en la misma dirección: «Las ideas políticas de la gente serían enormemente contingentes respecto del poder desplegado en torno a ella».

La cuestión es, en pocas palabras, que, aunque el control y la colaboración interactúen, el control puede superar a las preferencias políticas de la población generando colaboración durante la guerra. Esta idea resulta coherente con argumentos que acentúan la capacidad del Estado (Fearon y Laitin, 2003; Coleman, 1990, p. 479) y con la observación relacionada de que es probable que las insurgencias desarrollen y adquieran apoyo civil allá donde el control estatal ha declinado o se ha colapsado (p. e., Del Pino, 1998, p. 170; Skocpol, 1979)[2].

---

[1] El análisis de Geffray (1990, pp. 53-54) sobre la llegada de la RENAMO al área de Mariri del distrito de Nampula en el norte de Mozambique apunta a este proceso de reforzamiento: el jefe local Mahia había sido apartado por las políticas del Gobierno, de ahí que recibiera con agrado a los insurgentes RENAMO antes de que éstos estuvieran en posición de protegerlo; sin embargo, al mismo tiempo, la RENAMO decidió venir a esta zona a causa de la convergencia de rasgos geográficos favorables: distancia desde las ciudades y pueblos, bosque espeso, recursos acuíferos y proximidad de una montaña con muchas cuevas. Por último, fue la presencia de la RENAMO lo que «le dio a la gente los medios militares para que se situaran fuera del alcance del Estado». En palabras de Geffray (1990, p. 93): «Decenas de miles de personas se pusieron bajo la protección de las armas de la Renamo en esta área [...] fuera del alcance del Estado Frelimo. Estas poblaciones no habrían podido nunca entrar en un estado de insurrección por sí solas sin la intervención de una fuerza armada capaz de mantener a distancia a las fuerzas Frelimo».

[2] James Coleman (1990, p. 479) apoda a ésta «teoría del poder», poniéndola en contraste con la «teoría de la frustración». Esto es particularmente visible en el caso de la ocupación débil o las administraciones coloniales y explica la naturalidad con la que son capaces de extenderse las insurgencias. Por ejemplo, Cann (1997, p. 21) señala que la insurgencia en Angola durante el dominio colonial portugués comenzó en áreas en las que la presencia portuguesa era «tan superficial que resultaba físicamente imposible [para los

La implicación es que las preferencias populares de antes de la guerra pueden ser una herramienta de predicción inexacta de la distribución del control durante la guerra[3].

Subrayar la importancia del control no implica de ningún modo que la coerción sea el único factor o que las quejas populares sean irrelevantes. Miles de personas se unieron a los insurgentes RENAMO financiados por Sudáfrica en Mozambique porque les permitía destruir las nuevas aldeas profundamente impopulares creadas por el Gobierno de Mozambique. Sin embargo, hicieron eso tan sólo después de que los insurgentes estuvieron en condiciones de desafiar al Gobierno y de establecer un control militar local, impidiendo la entrada al ejército (Geffray, 1990, p. 39). La insatisfacción popular con las nuevas aldeas fue igualmente fuerte en Tanzania, pero, dado que no hubo ningún grupo insurgente que desafiara al Estado, esta insatisfacción no se expresó en el contexto de una insurgencia.

Dado que el énfasis en el modo en que el control puede transformar las preferencias de antes de la guerra y dar forma a la colaboración durante la guerra puede parecer cuestionable a primera vista, ofreceré unos cuantos ejemplos para demostrar la plausibilidad del argumento antes de especificar un conjunto de mecanismos causales que traducen el control en colaboración.

Durante la guerra civil española, muchos izquierdistas se unieron a las milicias derechistas (y viceversa) porque se encontraban a sí mismos en la parte equivocada de la línea de frente y querían sobrevivir (Cenarro, 2002, p. 75). Jóvenes franceses deseando evitar la llamada al servicio militar durante la Segunda Guerra Mundial era más probable que se unieran a la milicia colaboracionista si vivían en las ciudades y a la Resistencia si vivían en el campo[4]. Dos hombres explicaban

administradores] mantener algo que fuera más allá de un control muy leve sobre sus distritos». Como apuntaba un analista americano sobre la incapacidad de los militares de Colombia para controlar el país, «los militares no pueden sustituir la presencia del Estado» (en Forero, 2001, p. A3). Apreciaciones similares han sido hechas por Evans (1985, p. 211) en Virginia durante la Revolución americana y por Horton (1998, p. 126) sobre la contra en Nicaragua. Obviamente, la carencia de la presencia del Estado indica una condición clave para la emergencia de las insurgencias más que su ubicación en el tiempo; por qué el estallido más que cuándo. Esto sugiere que unirse a una insurgencia conlleva riesgos más bajos de lo que suele asumirse cuando las fuerzas gubernamentales se hallan ausentes o son muy débiles (p. e., Degregori, 1998, p. 130; Horton, 1998, p. 126; Herrington, 1997, p. 29).

[3] Elliott (2003, p. 408), Geffray (1990, p. 39) y Li (1975, p. 188).

[4] Valiéndose de datos judiciales, Jankowski (1989, pp. 123-124) descubrió que el contingente más grande de milicianos, entre un cuarto y un tercio, se había apuntado para escapar del trabajo obligatorio para Alemania, algunos incluso como un seguro contra la recepción de un requerimiento y algunos el mismo día que lo recibieron. Tal y como dijo uno de estos hombres: «Así que me enrolé en la milicia para evitar ir a Alemania ya que para mí era más fácil porque me permitía estar cerca de mi [familia] y de mi trabajo. No tenía toda la incertidumbre [que surgiría de] la marcha a un maquis desconocido con posibles represalias contra mi familia». El porcentaje de los que se unieron sin convicción, según estima

por qué se habían unido al ejército pro israelí del sur del Líbano (SLA) (en Sonntag, 2000, p. A1): «Crecimos sobre las pistolas. Las pistolas eran músculos. Y, en esta área, las pistolas estaban en las manos del SLA».

Los practicantes están bien convencidos de este punto. Mao Tsetung (en Bruno Shaw, 1975, p. 209) decía que «la presencia de fuerzas armadas antijaponesas» fue la primera condición para el establecimiento de un área base. «Si no hay una fuerza armada o si la fuerza armada es débil», señala él, «nada puede hacerse». Un informe de la CIA desde Vietnam (en Moyar, 1997, p. 321) observaba que «la mayoría de la gente responde al poder y a la autoridad, sea la del Vietcong o la del GVN». Un general francés describía cómo, siguiendo una operación militar francesa en Argelia, en 1959,

> las fuertes zonas rebeldes de Beni Meraï-Babor y Arbaoun-Tamesguida han sido seriamente desmanteladas. Los elementos rebeldes, o bien se han retirado a los santuarios que tienen en los alrededores, o se han descompuesto en pequeños grupos que evitan el contacto. La organización política rebelde, careciendo del apoyo del aparato militar, está en parte neutralizada y sus miembros se ocultan. La infraestructura logística está profundamente desorganizada. La población ha sido liberada hasta cierto punto de la coacción rebelde y ha comenzado un claro movimiento hacia atrás, hacia nuestro bando [...]. El cambio de la población no es, no obstante, irreversible; para mantenerlo y acelerarlo, hemos de perseguir de forma simultánea y en todos los niveles la destrucción de las bandas (en Faivre, 1994, pp. 148-149).

Ronald Wintrobe (1998, p. 45) identifica dos instrumentos a través de los cuales un dictador puede acumular poder: la represión y la lealtad. La lealtad se puede adquirir en formas variadas, incluida la provisión de beneficios materiales (en especial, rentas monopolísticas) y llamamientos ideológicos En razón de su dimensión multilateral, la guerra civil es un contexto que convierte la adquisición permanente y estable de lealtad en una empresa muy difícil. Una vez que la guerra está en marcha, los recursos relacionados con la guerra, tales como la violencia, tienden a reemplazar la provisión de beneficios materiales y no materiales, induciendo a aquellos individuos para los que es importante la supervivencia a colaborar menos con el actor político al que ellos prefieren y más con el actor político al que ellos temen; en otras palabras, la provisión de beneficios sale perdiendo gradualmen-

Jankowski, estuvo cercano al 5 por 100; otro 5 por 100 se unió por presiones de la familia y los amigos; otro 10 por 100 para conseguir ventajas de empleos; y privilegios y el resto, por múltiples razones.

te en favor del uso efectivo de la violencia. Después de todo, la violencia es un arma fácil de usar, aunque «promete ganancias muy desproporcionadas para el monto de tiempo, energía y materiales» invertidos por los actores políticos que confían en ella (Thornton, 1964, p. 88); y los actores políticos serían, en mayor medida, no queridos pero temidos que queridos pero no temidos cuando se teme a su rival[5]. Un periodista americano que cubría la contrainsurgencia en Iraq le preguntó al líder de una unidad de comandos iraquíes, coronel Adnan Thabit, sobre un *sheik* local, después de que los dos se hubieran encontrado en Samarra y el anterior le hubiera amenazado a este último. Adnan replicó que «no importa si él está con nosotros o contra nosotros. Nosotros somos la autoridad. Somos el Gobierno y todos tienen que cooperar con nosotros. Él está empezando a cooperar con nosotros» (en Maas, 2005, p. 56). El consejero de Richard Nixon, Charles Colson, transmitió esta idea de forma cruda pero clara: «Cuando los tienes cogidos por los huevos, sus corazones y sus cerebros van detrás» (en Chang, 1992, p. 403).

Desde luego, el miedo no basta por sí solo para mantener el dominio a la larga (Wintrobe, 1998, p. 37; C. Friedrich, 1972, p. 60); sin embargo, opera como una condición de primer orden que hace posible la producción de lealtad. Dejando de lado el argumento de que la mayoría de los beneficios que un actor político sea capaz de repartir no será suficiente para contrarrestar un alto riesgo de represalias violentas a manos de un actor rival (Mason y Krane, 1989, p. 179), uno puede seguir percibiendo que los beneficios materiales se vuelven cada vez más escasos durante las guerras civiles[6]. Estas guerras tienden a mermar las economías locales y así producen un aumento de la pobreza y una reducción de los bienes disponibles para distribución; esto puede llevar a la gente lejos del actor político con el que inicialmente se había alineado (Chingono, 1996). En respuesta a estos cambios, hasta los insurgentes pueden volverse más coercitivos con respecto a su base social, «alienando al propio pueblo cuyo apoyo más necesitan», tal como Berlow (1998, p. 179) anotó en Filipinas: «A los aldeanos se les pediría elegir: *pulo ukon polo*, 10 pesos o el tambor de la pistola». «Cuando la guerra parecía interminable», escribe David

[5] El peor resultado, desde luego, es ser al mismo tiempo no querido y no temido. West (1985, p. 157) describe un ejemplo así. Tras un ataque fallido con morteros del Vietcong contra una aldea, el jefe de policía local «dijo que la historia de que el Vietcong había intentado matar a los aldeanos se conocería en todos y cada uno de los caseríos al día siguiente. Eso que habían tratado de hacer y fallado era la peor combinación posible para ellos. A los aldeanos se les había dado la razón más poderosa para que no les gustasen mientras no se les hiciese temerlos más».

[6] Una excepción parcial puede ser la producción local de bienes ilegales (tales como opio o la coca) y mercancías primarias, especialmente minerales que normalmente corresponderían al Gobierno central.

Elliott (2003, p. 348) sobre Vietnam, «hasta los campesinos pobres empezaron a cuestionar los beneficios de ser miembro del partido como compensación por los sacrificios. Las cargas aumentaron y las recompensas decrecieron». Él mostrará que los campesinos pudientes se marcharon de sus aldeas, liberando tierra en el proceso para que la redistribuyese el Vietcong; «pero la propia inseguridad que había hecho que esta tierra estuviera disponible también la había hecho peligrosa y no rentable para el cultivo […]. De este modo, la cuestión de la tierra disminuyó en importancia y la lucha diaria por la supervivencia reemplazó a la tierra como el punto más crítico para la población rural» (2003, p. 521). Aunque el Vietcong se valió principalmente de la persuasión para reclutar seguidores y luchadores entre 1957 y 1962, se hicieron más coercitivos en fases posteriores cuando a menudo confiaron en una llamada a filas pública y obligatoria (Berman, 1974, p. 50). En Perú, las sanciones de Sendero Luminoso «se volvieron cada vez más crueles a medida que pasaron los años» (Del Pino, 1998, p. 185). El jefe de la inteligencia de Rhodesia (Flower, 1987, p. 122) describe la opinión cambiante de su gobierno de que «había de ser de menos "zanahoria" y más "palo"» como respuesta a la creciente brutalidad de los rebeldes. Los beneficios ideológicos también pierden mucho de su poder inicial. Cuanto más feroz y más largo es el conflicto, más posible será que la «limitación del daño» prevalezca para los individuos por encima de sus motivaciones «positivas», tales como conseguir beneficios o actuar de acuerdo con ideales (Leites y Wolf, 1970, p. 127).

2. Supervivencia

Informando de la Grecia ocupada por los alemanes en 1944, un oficial británico escribió: «Nadie se halla en ningún momento fuera de la lucha por la vida: todo lo demás resulta secundario»[7]. A medida que la violencia se convierte en el «principal juego en la ciudad», la supervivencia se vuelve algo cada vez más perentorio para los civiles (p. e., Kheng, 1983, p. 173). Esto es particularmente cierto para los campesinos cuya actitud diaria se ha descrito en términos tales como «pragmatismo», «fatalismo» o «adaptación resistente» (Del Pino, 1998, p. 178; Herrington, 1997, p. 29; Siu, 1989, p. 113)[8].

[7] «Woodhouse report on the situation in Greece, January to May 44 (5 July 1944)», PRO, FO 371/43689/R10469.

[8] Se ha afirmado que los campesinos no usan una forma de razonar «maximizadora» en lo económico y que su comportamiento es irracional en lo que se refiere a la tierra, los créditos, los «precios justos» y el salario (Shanin, 1975, p. 273). Aunque puede que esto sea verdad, no contradice el hecho de que, cuando lo que importa es la supervivencia, la

Tucídides (3, p. 83) describe la Córcira desgarrada por la guerra como un sitio en el que «todo el mundo había llegado a la conclusión de que era inútil esperar un arreglo duradero y, por ello, en lugar de ser capaces de depositar su confianza en otros, dedicaban sus energías a tomar las precauciones para no verse heridos ellos mismos». La fatiga y el sufrimiento, consecuencias naturales de las guerras de larga duración, socavan de forma efectiva las preferencias y las simpatías. Los civiles, tal como señala finamente Fellman (1989, p. xviii), se vuelven insensibles «separando sus conciencias de sus acciones». Para 1781, el típico colono de Carolina del Norte, «fueran cuales fueran sus lealtades iniciales, sentía una profunda necesidad de orden y regularidad en sus asuntos diarios. Para algunos, el salvajismo de la guerra engendraba más salvajismo, pero, para la mayoría, estimulaba deseos opuestos de paz y estabilidad» (Ekirch, 1985, p. 110). Por todo el país, la gente «se enfadaba cuando las tropas británicas o las de Hesse o los *tories* se comportaban mal, pero también se cansaban de ser tiranizados por comités locales de seguridad, por comisarios de abastecimientos, asistentes de un diputado, corruptos y por bandas de extranjeros andrajosos con pistolas en sus manos que se autodenominaban soldados de la Revolución» (Shy, 1976, p. 13). De forma semejante, la supervivencia era una consideración crucial en las áreas afectadas por la guerra de guerrillas durante la guerra civil americana. Tal y como escribió una mujer de Tennessee en su diario, en 1865 (en Ash, 1995, p. 204): «Cada día puedo ver que la gente se preocupa sólo de sí misma y de nadie más […]. [La m]ayoría [de la] gente se ha puesto a robar y a mentir[;] no son muchos los que se preocupan de otra cosa que no sean ellos mismos». Examinando buen número de evidencias del Misuri de la guerra civil, Fellman (1989, pp. 46 y 49) llegó a una conclusión semejante: «Es una impresión mía muy clara que hubo […] más supervivientes que héroes… si es que mantener la lealtad bajo estas circunstancias fuese la evaluación adecuada de probidad moral […]. Tiene más sentido ser un mentiroso vivo que un héroe muerto y los premios eran así de grandes». Sentimientos semejantes se expresaban en una carta enviada desde la región rusa de Saratov, que fue interceptada por la Cheka en 1921: «El número de arrestos

mayoría de los campesinos, la mayor parte del tiempo, prefieran vivir antes que morir y actúen en consecuencia. De hecho, esta afirmación resulta coherente con el comportamiento maximizador en cuanto a la supervivencia, que se halla más próximo a la aversión al riesgo que a la maximización de la ganancia. Lo cierto es que muchos estudios han descubierto que los campesinos, por lo general, maximizan la seguridad y minimizan el riesgo (Kerkvliet, 1977, p. 255). Por ejemplo, Siu (1989, p. 113) señala que lo que más les importaba a los campesinos chinos durante la ocupación japonesa era la «subsistencia segura: ellos esperaban al menos estabilidad política y orden social, al margen de las consignas que propusiesen los nuevos líderes».

crecerá en Saratov. Algunos profesores de la universidad fueron arrestados. El ciudadano medio se sentará tranquilamente y se limitará a maldecir a los comunistas, pero es tan cobarde que, cuando lea los papeles que se ponen en los postes, su cara asumirá una expresión de lealtad como si estuviera viendo a un bolchevique que pudiera sospechar de su deslealtad» (en Raleigh, 2002, p. 393).

Compárense estos ejemplos con el comportamiento que se percibe en guerras más recientes. El informe detallado de Truman Anderson (1999, p. 623) sobre la guerra partisana en la Ucrania ocupada por los nazis concluye que el «pragmático cálculo diario de supervivencia personal jugó un papel mucho más importante que el que jugó el sentimiento pro germano (enraizado en la hostilidad regional ucraniana al régimen soviético) o que el patriotismo soviético». De igual modo, las guerrillas antifranquistas españolas de los años cuarenta del siglo XX trataron con campesinos que «preferían comer a pelear por la libertad, a la vez que eran favorables a cualquier bando que tuviera el control» (Serrano, 2002, p. 374). Aun cuando la gente tenga una fuerte preferencia por uno de los bandos, puede que se encuentre con que las circunstancias hagan la colaboración excesivamente difícil. En su novela, en buena medida autobiográfica, el escritor italiano Beppe Fenoglio (1973, p. 380) incluye la siguiente réplica de un campesino italiano a un partisano, después de una batida con éxito de los fascistas: «Ya sabemos que tú eres mejor que ellos. Pero tenemos miedo; vivimos en un miedo constante». Los documentos internos del Partido Comunista Chino sugieren que, en contraste con la retórica oficial, «el número de héroes voluntarios decreció progresivamente en caída libre a medida que los riesgos de martirio crecieron. Ellos aseverarán repetidamente lo inconcebible del heroísmo» (Hartford, 1989, p. 112).

Hacia el final de la Guerra de Biafra, la mayoría «de la gente de Biafra ya no estaba entusiasmada con la guerra. Lo que más les preocupaba era su propia "supervivencia"» (Essien, 1987, p. 151). Tal y como recalcó un periodista vietnamita: «Después de veinte años de esta guerra, no hay ninguna causa justa, ningún ideal. Ninguno de los bandos puede hablar en nombre de nada en esta agonía sin fin. La única causa justa que queda es la causa de acabar con la guerra lo antes posible» (Chung, 1970, p. xi). «Aparte de arriesgarse a morir o huir de sus hogares», informa Nordstrom (1997, p. 52) desde Mozambique, «los aldeanos tenían pocas opciones que no fueran el satisfacer las demandas de cada uno de los grupos que pasaba por allí lo mejor que pudieran». «Posiblemente la observación más astuta sobre la ideología de los ciudadanos afligidos por la violencia», añadirá ella (1992, p. 266), «vino de un joven que vivía en Beira, Mozambique: "La única ideología que tiene la gente es una ideología contra la atrocidad"». Como planteó una mujer chechena: «Cualquier cosa menos

la guerra. Me las arreglaría viviendo sólo con té y pan. Cualquier cosa, menos la guerra»; un sentimiento confirmado por un trabajador en labores humanitarias: «El sufrimiento es muy intenso y no tiene que ver con la política. La vasta mayoría de la gente con la que nos encontrábamos quería seguir viviendo; querían una vida en la que sus casas no fueran bombardeadas y no hubiera caos y disparos por las calles. En sus mentes, no estaba tanto la política como el vivir sin sufrir daños» (Wines, 2003, p. A3; Gall, 2001, p. 25). «Necesitamos tener paz», dijo un hombre de Darfur. «Hemos sufrido demasiado por esta guerra» (en Polgreen, 2005, p. A3). En suma, el resultado inevitable es que, como en la guerra civil española, «los bajos depósitos del compromiso popular [se] secaron con rapidez» (Seidman, 2002, p. 27).

El efecto combinado de la reducción en beneficios disponibles, el papel cada vez mayor de la violencia y la orientación de los civiles hacia la supervivencia es una situación en la que las amenazas efectivas se traducen en colaboración. A cambio, la efectividad de las amenazas depende del control.

3. Cómo da forma el control a la colaboración

El registro empírico de anécdotas ofrece una evidencia sustancial de que el control produce colaboración al margen de los patrones de apoyo anteriores a la guerra. En primer lugar, hay evidencias que muestran que la colaboración sigue a la *variación espacial* en el control. Este punto fue hecho explícito por el escritor de un informe económico de una aldea griega: «Toda esta área, siendo como es una llanura, no se adecuaba a la guerra de guerrillas, que se adaptaba mejor al terreno montañoso. Además de esto, la aldea era relativamente segura a causa de su proximidad a Salónica, uno de los centros del ejército. La parte izquierdista era bastante fuerte, pero nadie hizo ningún movimiento así que no hubo ningún resultado visible» (Tchobanoglou, 1951, p. 1). Considérese el análisis de Shy (1976, p. 178) de la distribución de los lealistas británicos (torismo) durante la Revolución americana:

> Lo que aparece cuando miramos a lugares como Peterborough, donde apenas pueden verse *tories*, y a otros lugares en los que el torismo era rampante, es un patrón..., no tanto un patrón étnico, religioso o ideológico sino un patrón de poder puro y duro. Allá donde los británicos y sus aliados eran lo bastante fuertes como para penetrar con la fuerza –a lo largo de la costa, en el Hudson, en los valles del Mohawk y del bajo Delaware, en Georgia, las Carolinas y el oeste, más allá de los Apalaches–, floreció el torismo. Pero, en áreas menos expuestas geográficamente, si la densidad de población hacía factible la autodefensa –la mayor parte de New England, el interior de Pensilvania y Piedmont Virginia–, donde el enemigo a duras penas aparecía o no aparecía en absoluto, allí los *tories*, o bien huyeron, o bien estuvieron quietos, sirviendo incluso a los ejércitos rebeldes, o bien, ocasionalmente, adoptaron una actitud valiente pero desesperada contra los comités revolucionarios y sus pistoleros.

Durante la guerra civil, muchos simpatizantes unionistas en los condados apalaches de Carolina del Norte acabaron apoyando a la Confederación: «A causa de la influencia de los secesionistas, resultaba inteligente decidir que las simpatías de uno estaban con el sur. Estando frente a la presencia del poder confederado y a la ausencia de una protección organizada armada federal, hombres razonables que no buscaban el martirio pudieron convertirse en patriotas del sur» (Paludan, 1981, p. 64). En las regiones del este de la República Dominicana, los insurgentes controlaban el campo evitando que aquellos «que pudieran haber cooperado voluntariamente con los marines lo hicieran» (Calder, 1984, p. 159). En las regiones ocupadas de la Unión Soviética, los alemanes pensaron al principio que había una conexión directa entre la insatisfacción popular con su Gobierno y el surgimiento del movimiento partisano (Cooper, 1979, p. 24); no obstante, acabaron por darse cuenta de que esta conexión estaba mediada por el control. Tal y como apuntó un agente soviético en 1942, «en aquellas áreas en las que no están activos los partisanos, la gente está contra ellos. En la imaginación de la población, los partisanos son como los bandidos y los ladrones» (en Dallin *et al.*, 1964, p. 331). Un informe soviético de 1941 señaló lo mismo: «Hay, sin embargo, muchos elementos entre la población que simpatizan con el movimiento partisano y el régimen soviético. Ahora bien, como temen las consecuencias, muestran la mayor precaución en sus actividades» (en Cooper, 1979, p. 78). De igual modo, los pueblos conservadores en áreas controladas por bandas liberales en Colombia durante los años cuarenta del siglo XX fueron obligados a «convertirse» al liberalismo (y viceversa): los conservadores más activos fueron asesinados o huyeron y el resto de la población cambió sus lealtades partisanas (Ortiz Sarmiento, 1990, pp. 176-177). Robert Thompson (1966, p. 15) observó que el apoyo al Vietcong «se expandió ampliamente» en aquellas áreas del campo que cayeron bajo su control. Tal y como dijo uno de ellos: «Hay algunos, en particular los campesinos medios y ricos, a los que no les gustan los comunistas porque los comunistas dañan sus intereses [...], pero no se atreven a oponerse a ellos porque, si se oponen a los comunistas, habrán de irse a vivir a un área gubernamental. Pero ¿tienen suficiente dine-

ro para irse y vivir en Saigón? Probablemente no y, por tanto, han de estar contentos y quedarse» (en Race, 1973, p. 130). A la inversa, Moyar (1997, p. 339) informa de que los cuadros del Vietcong que ejercían en áreas de fuerte actividad estadounidense y survietnamita «desertaron en masa y se llevaron consigo grandes cantidades de información», al contrario que los cuadros que trabajaban en áreas de actividad militar menos intensa[9].

En segundo lugar, hay una evidencia sustancial de que la colaboración sigue a la *variación temporal* en el control. Ganar el control sobre un área conlleva colaboración, y perder el control de un área hace que se acabe buena parte de esa colaboración. En Carolina del Norte, durante la Revolución americana, un veterano revolucionario recordaba que los lealistas «ganaron más confianza y se volvieron más atrevidos, más audaces y más numerosos» a partir de la derrota americana en Camden, en agosto de 1780; en su propia compañía, en la milicia, por el contrario, sólo ocho miembros seguían siendo *whigs* «enteros y verdaderos»; «el resto se había unido a los *tories*» (en Crow, 1985, p. 160). La marea cambió una vez más, hasta 1781, cuando la captura de Cornwallis «descorazonó» a los *tories* (Crow, 1985, pp. 160-161). Un general unionista durante la guerra civil americana descubrió que, en Virginia, «la mayoría de la población a lo largo de nuestra ruta era razonablemente neutral» y percibió «el rápido desarrollo de sentimientos de lealtad a medida que avanzábamos en nuestro ataque» (en Wills, 2001, p. 204)[10]. Valiéndose de una lista diseñada por las autoridades estatales para evaluar la lealtad política de los pueblos en la Ille-et-Vilaine, en julio de 1795, Roger Dupuy (1997, pp. 194-197) descubrió que la lealtad de aquéllos durante la Guerra de la Vendée había sido predicha menos por las preferencias que ellos habían expresado antes de la guerra (1789-1792) y más por el equilibrio del poder militar local y la posición geográfica del pueblo; en otras palabras, la extensión del control ejercido en el área por un actor político. Cuando los rebeldes contrarrevolucionarios hubieron explotado la debilidad militar de los republicanos y asumieron el control del campo, todas las aldeas neutrales, así como muchas aldeas fielmente republicanas se hicieron contrarrevolucionarias. El material de archivo citado por

[9] La relación espacial entre control y apoyo funciona más allá de las guerras civiles. Kamen (1997, p. 180), por ejemplo, descubrió que un factor que daba cuenta de la incapacidad de la Inquisición española para infundir miedo entre la mayoría de la población fue su ausencia de la mayoría de las localidades: «La pura imposibilidad de un inquisidor de visitar con una mínima frecuencia las vastas áreas que tiene a su cargo».

[10] Wills (2001, p. 204) comenta: «En algunos, esta lealtad era verdaderamente genuina; en otros, una demostración así había de durar sólo el tiempo que los soldados de casacas azules permaneciesen en los alrededores».

Dupuy está lleno de observaciones sobre «comunas republicanas» cuyo «republicanismo va en descenso» a causa de su «situación geográfica» y de las «difíciles comunicaciones» y a causa de que hay pueblos que se volverán contrarrevolucionarios «si no se envían fuerzas adicionales»[11]. De hecho, el revolucionario francés Gracchus Babeuf (1987, p. 120) señaló cómo muchos republicanos empezaron a unirse a los contrarrevolucionarios en fecha tan temprana como 1797, debido a la dirección de la guerra.

A comienzos del siglo XX, los pueblos macedonios cambiarían los «bandos nacionales» y se volverían «griegos» o «búlgaros» tantas veces como fueran visitados por combatientes griegos o búlgaros; un participante griego se refería a un pueblo que siguió dando la bienvenida a ambas partes diciendo que sus habitantes se comportaban «con mucha política» (Livanios, 1999, p. 205). En 1941, un alto mando político del ejército comunista chino observó que, con la eliminación de las tropas comunistas, el trabajo de resistencia cesó en las áreas no defendidas, la moral campesina se vino abajo y las organizaciones locales del partido desplegaron una abierta hostilidad hacia el liderazgo militar; los soldados comunistas locales a menudo desertaron, haciendo circular historias para justificar su huida que dañaron aún más la reputación del ejército entre la población (Hartford, 1989, p. 111). Una observación hecha por un partisano soviético en una carta de 1943 subraya este punto: «Cuando llegamos aquí desde el interior soviético, los alemanes estaban por todas partes y no resultaba muy agradable. Había mucha policía y gentuza que luchaba codo con codo con los alemanes. También la población estaba contra nosotros. Este último año [1943] ha traído cambios perceptibles. Nuestra área partisana se ha hecho más grande. Ahora no ves a alemanes en el centro. Esta obra tuvo que realizarse bajo condiciones difíciles; ahora, sin embargo, se ha vuelto más fácil; la población de toda la zona nos apoya» (en Cooper, 1979, pp. 64-65). Susan Freeman (1970, pp. 24-25) describe el comportamiento de una pequeña aldea junto a las líneas de frente de la guerra civil española:

[11] Vale la pena citar un par de ejemplos de este informe (Dupuy, 1997, pp. 194-195): Amanlis: «Su patriotismo parece haber disminuido; su municipalidad ya no está en correspondencia con nosotros; sin embargo, probablemente resulte fácil hacer volver a [esta comuna] a los principios republicanos, pero su situación geográfica y, en especial, la dificultad de las comunicaciones no nos permite hacerlo»; Bais: «Una gran comuna que ha mostrado toda la energía del patriotismo», pero «a sus patriotas se les obligará a abandonar sus casas» y Bais se volverá contrarrevolucionaria «si no se envían fuerzas adicionales». Moyar (1997, p. 301) cita a un delegado a nivel de distrito del Vietcong haciendo una observación semejante: «Estas observaciones mías me hacen pensar que el frente es muy activo y perjudicial en áreas tranquilas, mientras que se está debilitando allá donde el GVN [los militares survietnamitas] está activo». Véase también Jon Anderson (2004, p. 140) sobre El Salvador y Ekirch (1985, p. 114) sobre la Carolina del Norte revolucionaria.

> Valdemora emprendió la tarea de la supervivencia [...]. Su actitud era la de mantenerse distanciada cuando fuera posible y ceder cuando fuera necesario. Esto lo hicieron como comunidad. Cuando las tropas (de ambos bandos) acampadas en la sierra solicitaban comida, el *alcalde* fijaba que todas las familias entregaran cantidades iguales y enviaba comida a las colinas. Esto se considera la única cosa inteligente que podían haber hecho [...]. En 1936, varios individuos de la zona que rechazaron las exigencias de las tropas fueron asesinados y los valdemoranos consideraban que habían desperdiciado sus vidas por falta de un mínimo realismo inteligente. Cuando continuó el asedio de Madrid y las líneas del frente se alejaron de la sierra (antes del fin del primer año de guerra), la aquiescencia hacia el Gobierno en el poder fue la única regla simple de vida, tal como había ocurrido tanto bajo la monarquía como bajo la república.

Después de que los survietnamitas y los militares estadounidenses llegaran a la aldea de My Thuy Phuong, fuertemente apegada al Vietcong, «la mayoría de las células revolucionarias murieron y la gente quedó dividida», apuntaba un rebelde vietcong (Trullinger, 1994, p. 143). Una tendencia similar se observó en otros sitios de Vietnam: antes de enero de 1960, en la provincia survietnamita de Long An, «muchísima gente estaba inclinada favorablemente hacia el movimiento [comunista], pero eligió no cooperar abiertamente a causa de los riesgos que conllevaba la presencia continuada del Gobierno [...]. Con todo, a medida que se eliminó la presencia del Gobierno central, la probabilidad de conseguir lo que el movimiento había prometido aumentó extraordinariamente, al mismo tiempo que los riesgos del compromiso decrecieron de forma considerable» (Race, 1973, p. 191). «La gente comenzó a apartarse de nosotros y a temer nuestra presencia, a sabiendas de que atraeríamos a las fuerzas gubernamentales y más combate», recordaba un antiguo vietcong (Herrington, 1997, p. 30). La imponente investigación de Elliott (2003, p. 1006) sobre el delta del Mekong confirma esta observación: hubo «un claro declive en el apoyo popular a la revolución que fue resultado de la pérdida del control físico». Después de que los Estados Unidos apoyaran con todas sus fuerzas a la Alianza del Norte en Afganistán, muchos talibanes cambiaron de bando. Tal y como explicaba uno de ellos, «Yo me enrolé en los talibanes porque eran más fuertes. Si me estoy enrolando en la Alianza del Norte es porque ahora son ellos los más fuertes» (en Filkins, 2001, p. A1).

El anverso de todo aumento en colaboración que experimenta un bando con el aumento en el control es la pérdida de colaboración experimentada por el otro bando al hilo de su pérdida de control. Del Pino (1998, p. 178) describe cómo la población del Valle del Ené en Perú «se unió» a Sendero Luminoso después de que éste tomara el control del valle en 1988, emplazando fuerzas en los puntos de entrada y salida. Cuando, en 1991, el ejército peruano comenzó a «liberar» el valle y a «recuperar» a la población, estos mismos campesinos se unieron a las milicias locales en su lucha contra los rebeldes. En Kenia, «con la consecución de la seguridad vino un cambio de convicción, pasando de aquel apoyo general del 90 por 100 de los kikuyu a los métodos Mau Mau (aunque no necesariamente a sus objetivos) para apoyar al Gobierno» (Clayton, 1999, p. 14). Kerkvliet (1977, p. 237) muestra cómo los campesinos tuvieron que quitarles su apoyo a los rebeldes huk en Filipinas a causa de un cambio en el control. Un ejemplo relacionado con éste es la descripción de la evolución del apoyo en el pueblo de Punta Dumalag, situado en el área filipina de Davao, un supuesto bastión comunista. Este pueblo fue organizado por vez primera por cuadros comunistas a finales de los años setenta del siglo XX. Una organización revolucionaria clandestina de barrio actuó como un gobierno en la sombra y la mayoría de los aldeanos participaron activamente en la insurgencia, en diversas funciones. A comienzos de 1988, unos pocos meses antes de la visita del escritor Gregg Jones, cambió el control: los rebeldes «han sido forzados a abandonar su otrora inexpugnable bastión y una autocracia ferozmente anticomunista, guiada por los vigilantes del Alsa Masa [Masas Sublevadas], gobernaba el barrio». Jones descubrió que, aunque los aldeanos más comprometidos habían huido, la mayoría de los aldeanos se quedó y «ahora profesaba también lealtad al Alsa Masa». Jones concluirá que «si los residentes en Punta Dumalag se hallaban secretamente a disgusto con el Alsa Masa, como sugirió el leal NDF de Davao, parecía que [ellos] finalmente se habían adaptado a la vida bajo el nuevo orden» (G. Jones, 1989, pp. 270-275).

Informes británicos sobre la guerra civil griega, durante su última fase (1946-1949), ofrecerán un buen ejemplo de cómo el control configura la colaboración. Los siguientes extractos de estos informes para el Foreign Office no requieren comentario alguno:

> Mayo de 1947. Un enorme bloque de habitantes nacionalistas de Laconia, aunque estaban listos y deseosos de prestar su ayuda para la supresión del bandidaje, no logró encontrar los medios para hacerlo. Mientras tanto, los bandidos están intensificando su actividad. Los nacionalistas se desaniman y capitulan y, a la vista de la debilidad del Gobierno, no están prestando su ayuda a las autoridades locales[12].

[12] «Greece: Security Situation in the Peloponnese; Sir C. Norton to Mr. Bevin (26 June 1947), Attached Greek Gendarmerie report (16 May 1947)», PRO, FO 371/67006/R8651.

> Junio de 1947. Tal y como están las cosas, la población de una zona esencialmente anticomunista está perdiendo confianza en el Gobierno y se encuentra en el estado de ánimo de capitular frente a los comunistas por carencia de cualquier alternativa mejor[13].

> Noviembre de 1948. Mientras la mayoría de los dos millones de habitantes del Peloponeso es patriota de corazón y se opone a la sujeción al comunismo ruso [...], el miedo y la creciente miseria la está forzando a aceptar el papel de los guerrilleros comunistas para poder sobrevivir[14].

> Febrero de 1949. La moral de los civiles crece constantemente [...]. Esto se refleja en la muy acrecida asistencia que la población civil le está dando al ejército y a la gendarmería para recoger datos para los servicios de inteligencia y en el gran aumento en el número de rendiciones de bandidos [...]. La reacción a las operaciones militares ha sido la que podría haberse anticipado. Los primeros días después de la ocupación de áreas de bandidos por las tropas, la actitud de la población civil fue hosca y suspicaz, pero, tan pronto como se dieron cuenta de que las fuerzas del Gobierno habían venido ahora con la intención de quedarse, su actitud cambió por completo: se incrementó la cooperación, particularmente en cuestiones de inteligencia[15].

Los actores políticos, como es obvio, son plenamente conscientes de que el control genera colaboración. La doctrina de seguridad del Vietcong establecía una clara conexión entre los dos: la imposición del control hizo posible la creación de «un entorno simpático, es decir, un medio (la población) compuesto por elementos simpáticos y neutrales de los que se han quitado los elementos hostiles» (Race, 1973, p. 146). De igual modo, los expertos en contrainsurgencia señalan que el principal objetivo de las milicias gubernamentales es el control de la población hasta el punto de que se les niegue a los insurgentes «el apoyo de la población civil» (Jones y Molnar, 1966, p. 25).

El desplazamiento forzoso de población (a menudo llamado «reasentamiento», «control de población» o «aldeización»), un método usado por los detentadores del poder en algunas guerras civiles, vuelve a confirmar la endogeneidad de la colaboración respecto del control[16]. Este método, cuyo uso en los tiempos modernos tuvo como pioneros a los británicos y a los estadounidenses en torno a los umbrales del siglo XX, trata de desposeer a los insurgentes de su base popular; según la expresión de la contrainsurgencia, «el problema de la población [...] puede resolverse mediante la separación física o psicológica de los dos elementos: guerrilleros y población» (Condit, 1961, p. 24)[17]. Abundan eufemismos tales como «vaciar el tanque» o «asfixiar al pez». Pese a generar considerables quejas, el traslado de población a áreas en las que puede ser controlada por los gobernantes (o bien en aldeas fortificadas, o bien en campos de refugiados alrededor de las ciudades) parece producir colaboración con los gobernantes. Lo cierto es que la reubicación forzosa de campesinos en barrios pobres que rodean a las principales ciudades (p. e., en Grecia, Vietnam o Turquía) no parecía generar serios problemas de seguridad para los gobernantes. Los mismos campesinos que apoyaban a la insurgencia en sus aldeas se volvían inactivos, aun cuando ahora tenían más razones para quejarse de las horribles condiciones de su nueva vida[18].

Uno de los casos mejor investigados en este ámbito es la Guerra de Vietnam. Resumiendo un buen número de estudios e investigaciones sobre las actitudes de los refugiados, Wiesner (1988) señala que

[13] «Greece: Security Situation in the Peloponnese; Sir C. Norton to Mr. Bevin (26 June 1947)», PRO, FO 371/67006/R8651.

[14] «Report from Patras (2 November 1948)», PRO, FO 371/72328/R13201.

[15] «Report from the Military Attaché on the Military Situation in the Peloponnese (visit: 18-21 February 1949)», PRO, FO 371/78357/R2293.

[16] Dado que este método requiere recursos extensivos, es usado, ante todo, por detentadores del poder pudientes (o apoyados por el extranjero) o en tiempos de crecimiento (p. e., Stubbs, 1989, p. 113).

[17] Los británicos desplazaron a una gran parte de la población de colonos sudafricanos a campos de concentración durante la Guerra de los Bóers (Klonis, 1972, p. 53); los Estados Unidos forzaron a miles de filipinos a irse a «zonas protegidas», en las que los muertos llegaron hasta 11.000, como resultado de la malnutrición, las pobres condiciones sanitarias, las enfermedades y la desmoralización (Linn, 1989, pp. 154-155); tácticas similares se usaron, en menor escala, en la República Dominicana (Calder, 1984, p. xxii). Las tropas de la Unión confiaron en el reasentamiento en áreas proclives a la guerrilla durante la guerra civil americana (Fellman, 1989, p. 85). En los años cincuenta del siglo XX, los británicos reintrodujeron el método de reasentamiento en las aldeas fortificadas, tanto en Malasia como en Kenia; los franceses lo usaron en Argelia durante la Guerra de Independencia, lo mismo que los americanos lo hicieron en Vietnam (valiéndose de consejeros británicos con experiencia en Malasia) bajo la designación de «Programa Estratégico de Aldeas» y varios regímenes coloniales, africanos y latinoamericanos lo usaron también; muy particularmente, Portugal, Etiopía y Guatemala. Incluso gobernantes de izquierdas como los sandinistas de Nicaragua confiaron en este método (Horton, 1998, p. 229). Un ejemplo reciente del uso de este método es la evacuación llevada a cabo por Turquía de 1.779 pueblos y aldeas y de 6.153 asentamientos en el este del país en los años noventa del siglo XX, en la guerra contra la insurgencia del PKK kurdo (Jongerden, 2001, p. 80).

[18] John Cann (1997, p. 155) resume algunas de las dificultades en esta discusión de la aplicación del método por parte de los portugueses en África: «Mover a la gente era invariablemente un proceso emocional a causa de su apego a las tierras ancestrales. La secuencia temporal era también un gran factor y mover una población después de que se ha subvertido no tenía sentido y, por lo general, era un fracaso. A menudo implementado con prisas, el programa experimentaba innecesarios problemas de partida que requerían una considerable cantidad de tiempo y dinero para su corrección».

la evacuación forzosa no sólo fracasó a la hora de alterar las preferencias de los campesinos sino que convirtió a muchos campesinos, que estaban resentidos con el Gobierno por su traslado, en simpatizantes del Vietcong. Más aún, los llevó a los seguidores y cuadros del Vietcong a campos situados en territorio tomado por el Gobierno, reduciendo así la seguridad. Como resultado, la evacuación forzosa fue criticada por muchos oficiales estadounidenses. Sin embargo, a pesar de poblarse de simpatizantes del Vietcong (y de algunos de sus cuadros), los campos de refugiados nunca se convirtieron en un problema de seguridad para los gobernantes. La simpatía no se tradujo en colaboración con el Vietcong. Por el contrario, el Vietcong veía estos campos como una amenaza, como lo evidenció el hecho de que a veces los bombardeasen. De hecho, cuando se pasó de una descripción de actitudes a una de comportamiento, los informes estadounidenses descubrieron que la mayoría de los refugiados tendían a colaborar con las autoridades gubernamentales[19].

Los observadores, a veces, perciben esta relación entre control y colaboración, pero tienden a no entender su significado o a malinterpretar su dirección causal. Milton Finley (1994, pp. 28-29) apunta que las tropas napoleónicas francesas en Calabria pudieron reclutar voluntarios locales sólo de las ciudades, pero fracasa a la hora de conectar este patrón al hecho de que «incluso el control nominal francés se paró en el límite de la ciudad; el campo pertenecía a los bandoleros». Considérese la observación siguiente sobre Vietnam hecha en abril de 1964 por parte del periodista americano Walter Lippman (en Taber, 1965, p. 17): «La verdad, que se le está oscureciendo a los americanos, es que el Gobierno de Saigón cuenta probablemente con la lealtad de no más del 30 por 100 de la población y controla (incluso a la luz del día) no mucho más de un cuarto del territorio [nacional]». Es sencillo ver la conexión entre porcentajes similares de lealtad y el control territorial que Lippman puede que haya percibido como dos asuntos sin relación entre sí.

4. Trayectorias causales desde el control a la colaboración

Un mecanismo causal común que traduce el control en colaboración es la coerción y la maximización de la supervivencia: la imposición del control permite el uso efectivo de la violencia, disuadiendo así de la defección; los oponentes son identificados y huyen, son neutralizados o cambian de bando. El resto de la población se somete mientras algunas personas cambian sus preferencias para ponerse del

[19] Wiesner (1988, pp. 113, 136-138, 144, 243-244 y 357).

lado del gobernante. Aunque la violencia es un canal importante a través del cual el control genera colaboración, no es el único. Yo identificaré seis mecanismos adicionales que traducen el control en colaboración: la protección, «la adscripción mecánica», la credibilidad del dominio, la provisión de beneficios, la supervisión y los subproductos autorreforzadores.

En primer lugar, tal como ya se ha sugerido, la fuerza inherente al control resuelve problemas de acción colectiva y disuade de la oposición valiéndose de la coerción. En palabras de Tilly (1992, p. 70), «trabajos de coerción; aquellos que fuerzan a sus prójimos a obedecer». El estudio de Shy (1976, p. 179) sobre las motivaciones individuales durante la Revolución americana confirma que «la brutalidad dirige sus efectos sobre el comportamiento, si no sobre las opiniones, del poder militar». Tal y como señala un campesino nicaragüense, «aquellos que tienen armas son los que dan las órdenes» (Horton, 1998, p. 207)[20]. En pocas palabras, la colaboración puede ser tácita, el producto de que no haya «ninguna alternativa» o de «la necesidad del momento». Tal y como señala una persona que residía en la «zona desmilitarizada» tomada por los rebeldes en Colombia (Forero, 2000, p. A3), «en realidad, la gente no tiene oportunidad de tomar sus propias decisiones. No pueden elegir. Se limitan a vivir con ello»[21]. Desde luego, la combinación de amenazas creíbles de violencia con la opción de cambiar de bando parece mostrarse como algo efectivo. La supervivencia puede hacer que la postura del pueblo cambie (Henriksen, 1983, p. 75)[22].

Las amenazas no son la historia al completo, tal como indica el segundo mecanismo. El control también rebaja el coste de la colaboración con la autoridad establecida protegiendo a la población de exigencias de soberanía enfrentadas. Ello lo hace ofreciendo protección frente a las amenazas y la violencia desplegada por el actor rival. «A principios de los años ochenta del siglo XVIII», escribe Roger Ekirch (1985, p. 121) sobre Carolina del Norte, «una mayoría de colonos se

[20] Nótese que el reclutamiento requiere control. Era más probable que el Vietcong consiguiera sus reclutas en áreas controladas por los rebeldes que en áreas controladas por el Gobierno (R. Berman, 1974, p. 69).

[21] Véase Horton (1998, p. 136), Kedward (1993, p. 60), Shy (1976, p. 13) y Barnett y Njama (1966, p. 151).

[22] Nótese que lo mismo es cierto en muchas guerras civiles étnicas en las que los que detentan el poder ofrecen la opción de la colaboración a las minorías étnicas. En el Punjab, «excepto para las guerrillas [sijs] comprometidas, la provocación era posible sólo donde había una medida de protección» (Pettigrew, 2000, p. 211); en Chechenia, la milicia prorrusa de Ramzan Kadyrov incluirá a rebeldes que cambian de bando (Myers, 2005, p. A4). Por consiguiente, los insurgentes étnicos han de confiar también en el terror (Colllins, 1999, p. 128), aun cuando disfruten de una amplia simpatía entre la población (p. e., Herrington, 1977, pp. 22-23).

inclinaban a apoyar a cualquiera de las partes que pudiera asegurar un mínimo de estabilidad». Los informes alemanes desde la Ucrania ocupada acentuaban la vulnerabilidad de los potenciales colaboradores a las represalias partisanas, debida a la ausencia de guarniciones alemanas en las proximidades. Las esporádicas patrullas alemanas no resultaban una protección creíble y, llegados a este punto, algunas aldeas no habían visto ninguna tropa alemana en absoluto (T. Anderson, 1995). Una vez que el Vietcong fue capaz de controlar grandes partes de la provincia de Long An, en el sur de Vietnam, en 1960, «un número mucho mayor de gente se hizo del Partido y de los grupos controlados por el Partido porque la amenaza de entrega y captura se había reducido grandemente por la eliminación de "los ojos y los oídos" del Gobierno» (Race, 1973, p. 116). Un antiguo vietcong confirmará este punto describiendo cómo la colaboración en el pueblo del Mekong de Ban Long dependía de cómo controlaban el pueblo cercano de Vinh Kim, de mayor tamaño: «Una vez que Vinh Kim cayese bajo el control del Frente, la seguridad de Ban Long estaría asegurada y las tareas de motivación de la gente (encuentros, celebraciones, reclutamiento de mano de obra) se llevarían a cabo de forma libre y sencilla. Por otro lado, si Vinh Kim hubiera quedado bajo el control del GVN, Ban Long habría tenido que prestar mucha atención a salvaguardarse de los traidores, a guardar secretos y a defenderse a sí misma» (en Elliott, 2003, p. 268).

En tercer lugar, el control produce «adscripción mecánica» (Zulaika, 1988, p. 32). El control de larga duración genera fuertes monopolios internacionales que, en consecuencia, socializan poblaciones. En tales circunstancias, unirse a un grupo armado aparece como el curso natural de la acción para muchos: «En teoría, la gente en el grupo de edad de luchar puede optar entre dos partidos. En la práctica, con la excepción de unos pocos políticamente sofisticados, en áreas rurales tales como Itziar [en el País Vasco] sólo obedecían las órdenes del ejército oficial» (Zulaika, 1988, p. 32). Esta opción sencilla se convierte en el mensaje cultural dominante y «el modelo indiscutido de la actividad heroica» para los adolescentes. «Unirse al IRA no era difícil en Meenagh Park», señala Toolis (1997, p. 39); «se trataba del cambio de carrera más obvio para el joven que contaba con tiempo». Éste añade: «Sentado a la mesa de la cocina, hice una y otra vez la misma pregunta: "¿Por qué Tony se había unido al IRA?". La lógica de la cuestión era incomprensible para la familia Doris. En sus mentes, la mera descripción de la vida en Coalisland resultaba insuficiente para explicar por qué Tony se había enrolado en el IRA. Mi inocente pregunta conmovió esto que se asumía de forma natural. Éstos buscaron formas de explicar algo que era obvio que resultaba inexplicable» (1997, p. 40).

En muchas áreas de Vietnam del Sur, era normal que los jóvenes se unieran al Vietcong, que había sido el Gobierno efectivo durante más de veinte años (Bilton y Sim, 1992, p. 57; Meyerson, 1970, p. 91). Un desertor talibán explicaba sus acciones en los términos siguientes: «Cuando los talibanes conquistaron Afganistán, todos los combatientes de Badakhshan se unieron a ellos. No hubo ni un solo buen hombre en la provincia de la Alianza del Norte» (Filkins y Gall, 2001, p. B2)[23].

El acceso exclusivo a la reserva de reclutamiento genera cascadas de apoyo porque las familias de los combatientes tienden a apoyar a las facciones armadas en las que están luchando sus miembros más jóvenes: «Para los chinos que tenían parientes o amigos que "se habían metido"», señala Stubbs (1989, p. 89) sobre Malasia, «no se planteaba dónde estaba su lealtad». «Fuera cual fuera su política», Clutterbuck (1966, p. 93) confirma que «no era ninguna sorpresa el que una madre traficara con comida para su hijo, aun cuando, si la cogieran, hubiera de afrontar años de cárcel». Tal y como le dijo a Horton (1998, p. xiii) sobre los contras un granjero nicaragüense: «Estos chicos son hijos nuestros, vecinos nuestros»; en «comunidades rurales donde los contras ya habían logrado establecerse». Horton (1998, p. 175) añade: «Los jóvenes eran reacios a unirse a un ejército que peleaba contra sus vecinos, amigos e incluso familiares». A la inversa, cuando los Estados Unidos y los gobiernos survietnamitas mejoraron sus esfuerzos de «pacificación» y pusieron más áreas bajo su control, cada vez confiaron más en las milicias locales, que produjeron un efecto similar (Moyar, 1997, p. 313). Esto lo entienden muy bien los actores políticos. Los comunistas chinos produjeron unos versos de propaganda para ese efecto:

> Si un padre lleva a alistar a su hijo,
> La revolución se lo agradecerá en el alma.
> Si un hijo lleva a alistar a su padre,
> Quedará revolucionado para siempre.
> Si el hermano mayor lleva alistar a su hermano menor,
> Se eliminarán pronto las raíces de la pobreza.

[23] Para Degregori (1998, pp. 131-132), este proceso será el resultado de una «manifestación» más que de un efecto de socialización; pero, en efecto, opera el mismo mecanismo. La juventud peruana en los Andes, señala él, se había animado a enrolarse en Sendero Luminoso, «una organización que estaba naciendo, prestigiosa, con una eficacia demostrada. Tal organización les daría poder y los transformaría. Unirse a Sendero Luminoso tenía elementos de un rito de paso o de iniciación en una secta religiosa: una secta armada». Un cierto grado de coerción puede ayudar. En los territorios controlados, las familias de los combatientes pueden actuar como rehenes a los que se debe castigar en caso de que el combatiente deserte (Cooper, 1979, p. 74).

Si una hermana menor lleva a alistar a un hermano mayor,
Sólo entonces podrán llegar hondo las raíces de la prosperidad.
Si un hermano menor lleva a alistar a un hermano mayor,
El Ejército Nacionalista será hecho pedazos.
Si una hermana mayor lleva a alistar a un hermano menor,
La victoria será pronto nuestra.
Si una mujer convence a su marido de alistarse,
No habrá más dolor en la familia.

(Levine, 1987, p. 155.)

Este proceso explica dos rasgos, a menudo aludidos, de los movimientos rebeldes: su tamaño se debe a menudo a los nativos de la región en la que operan más que a la gente que viene de otras áreas a unirse a ellos (Geffray, 1990; Barton, 1953, p. 70); y, después de traspasar un cierto umbral, pequeños grupos tienden a crecer de forma exponencial: Degregori (1998, p. 132) compara el ascenso de Sendero Luminoso en los Andes a principios de los años ochenta del siglo XX con un reguero de pólvora. Una argelina le describía a Baya Gacemi (1998, pp. 109 y 185) la considerable velocidad con la que la gente de su aldea apoyó primero a los rebeldes islamistas del GIA y, tres años más tarde, cuando los rebeldes empezaron a ser derrotados, cómo se enrolaron en la milicia del Gobierno y empezaron a informar sobre los rebeldes. Este crecimiento inicial se interpreta a menudo de forma equivocada como prueba de que estas insurgencias articulan quejas populares muy reales y extendidas. Desde luego, pueden hacerlo, pero la cuestión es que, en el nivel de la observación, el crecimiento exponencial es equivalente al mecanismo de cascada y potencialmente equivalente a éste.

En cuarto lugar, el control señala la credibilidad, tanto la credibilidad a corto plazo de sanciones inmediatas como la credibilidad a largo plazo de beneficios y sanciones basados en expectativas sobre el resultado de la guerra. Los civiles se alinearían más bien con el (previsible) ganador más que con el perdedor[24]. Los campesinos de Rusia se inclinaron más por colaborar con los alemanes, de modo oportunista, cuando los hados alemanes parecían favorables y las fuerzas alemanas tenían ventaja en la guerra partisana; por el contrario, cuando los alemanes aparecieron fracasando a la hora de sujetar a los partisanos, declinó su confianza en la fuerza del ejército alemán y se inclinaron más por apoyar a los partisanos o incluso por unirse a ellos (Hill, 2002, p. 43; Cooper, 1979, p. 27). Asesores estadounidenses en

[24] De forma más precisa, son pocos los que se unirían a un bando que pensasen que estaba perdiendo (Hartford, 1989, p. 122). Véase también Manrique (1998, p. 204), Herrington (1997, p. 25), Lichbach (1995, p. 68), Coleman (1990) y Sansom (1970, pp. 226-227).

Vietnam «se dieron cuenta de que los ascensos y las caídas en el nivel de la actividad militar aliada tendían a producir ascensos y caídas en las tasas de deserción comunista en una zona» (Moyar, 1997, p. 110). En su novela autobiográfica, Fenoglio (1973, pp. 296-297) observa que los campesinos de las montañas italianas apoyaron a los partisanos antifascistas,

> únicamente a cambio de la garantía de que iban a ganar, de que tendrían sus cosechas, sus rebaños y su intercambio pacífico entre ferias y mercados una vez que esta historia asquerosa de alemanes y fascistas se hubiera acabado para siempre. Ahora bien, tras la cruda [derrota partisana] en Alba, aún tuvieron que dar, que ayudar, que arriesgar sus cabezas y casas, pero la victoria y la liberación eran confusamente remotas. Durante meses, nos ayudaron sonriendo y riendo, haciendo muchas preguntas confidenciales; en ese momento, empezaron a ayudar en silencio; luego, casi de mala gana; al final, con quejas mudas, cada vez menos mudas.

Se señala a menudo que los insurgentes reciben casi todos sus reclutas después de dos tipos de acontecimientos: violencia gubernamental indiscriminada contra los civiles y actuaciones insurgentes con éxito contra los detentadores del poder[25]. En 1944, entre el 10 y el 20 por 100 de los partisanos eran antiguos colaboradores de los alemanes; cuando se fue haciendo claro que los alemanes perderían la guerra, incluso más gente se unió a los partisanos: a muchos se les conocía como «maridos», soldados soviéticos que se habían rezagado, se habían casado con chicas de la zona y habían esperado aguantar hasta el final de la guerra, pero finalmente se vieron obligados a unirse a los partisanos (Cooper, 1979, pp. 70-72). Ésta es la razón por la que los grupos dan bombo a sus victorias y tratan de ocultar sus derrotas (p. e., Tone, 1994, p. 109). Obviamente, el mejor indicador de que un grupo está ganando la guerra es que se dé un cambio decisivo en el control. La popularidad del Vietcong en la provincia de Hua Nghia de Vietnam del Sur subió en 1965-1966, cuando muchas aldeas se salieron virtualmente de los límites de los oficiales gubernamentales: «En esta época, no era necesario valerse de las amenazas o del terror para obtener» apoyo, le dijo un campesino a Herrington (1997, p. 29); «se daba de buena gana porque la gente tenía bastante claro que el futuro estaba con los comunistas». Race (1973, pp. 39-40) describe cómo se ganó el Vietminh el apoyo de los campesinos en la provincia de Long An durante la guerra contra los franceses: «El campesinado había *vis-*

[25] Tucker (2001, p. 90), Laqueur (1998, p. 317), Wickham-Crowley (1991, p. 43) y Debray (1967).

to correr a los propietarios; ellos habían *visto* cómo los consejos de aldea eran obligados a dormir en puestos avanzados e irse al campo con escoltas armadas. Cuando caía la noche en el campo, los campesinos veían dónde se asentaba el poder de las partes en conflicto: el Vietminh dormía con la gente, los consejos de aldea dormían con los soldados en los puestos avanzados».

A la inversa, cuando los detentadores del poder son capaces de hacer ver de forma creíble que van a ganar, muchos civiles cambiarán el apoyo que recibían y que les daban a los rebeldes (Cann, 1997, p. 104). En las Filipinas, las denuncias a insurgentes reales o bajo sospecha «aumentaron claramente» después de que la campaña contra la guerrilla empezase a mostrar signos de éxito (Barton, 1953, p. 129). Muchos campesinos peruanos cambiaron su apoyo al ejército porque, «en torno a 1990, la mayoría de los aldeanos se dieron cuenta de que los militares no estaban a punto de "colapsarse ante los gloriosos avances de la guerra del pueblo", tal como había prometido el primer delegado, en 1982» (Starn, pp. 229-230). Un oficial paquistaní que luchó en Bangladesh en 1971 recuerda que «el comportamiento de los bengalíes experimentó fluctuaciones al hilo del destino de las operaciones de insurgencia. Ellos solían ponerse del lado del bando ganador. Si nuestras tropas estaban cerca, la gente estaba aparentemente con nosotros, pero, cuando se retiraban, ellos les daban la bienvenida a sus nuevos señores (los [rebeldes] Mukti Bahini) con todo el calor» (Salik, 1978, p. 101). En un mundo en el que importan las esperanzas sobre el resultado y en el que la información es en su mayoría local, el control local puede marcar la dominación y la eventual victoria[26].

En quinto lugar, el control hace posible la provisión, cuando ello es asequible, de todo tipo de beneficios concebidos para generar lealtad..., «corazones y mentes». Bajo las condiciones de un control incompleto o completamente inexistente, queda garantizado que estos programas van a fracasar (Harmon, 1992; Clutterbuck, 1966). Tal y como señala Maquiavelo en *El príncipe*, no puede haber leyes buenas allá donde no haya buenos ejércitos. Los insurgentes podrán rebajar o eliminar las rentas de arrendamiento a los propietarios de tierra sólo cuando puedan ejercer el control (Wood, 2003). El Vietcong podía llevar a cabo programas de reforma agraria allá donde ejercía el control más que en aquellos lugares en los que los campesinos estaban más explotados (Elliott, 2003, p. 504). De hecho, las rentas a los propietarios estaban directamente relacionadas con el grado de control ejercido por los dos rivales: cuanto mayor era el grado de control del Vietcong, más bajas eran las rentas. La dirección de la causalidad iba

[26] Lo que resulta cierto para los civiles lo resulta también para los combatientes. Véase Finley (1994, p. 101) y R. Berman (1974, pp. 178-179).

desde el control hasta las rentas, de forma que los campesinos que vivían cerca de las carreteras principales y los puestos militares pagaban rentas mucho más altas (Sansom, 1970, pp. 60-61).

En sexto lugar, el control facilita la supervisión directa y el control de la población. La supervisión directa requiere una administración mejor y más extensiva, que resulta imposible en ausencia de control; por su lado, la administración refuerza el control. Una vez que un área pasa a estar bajo control, se hacen posibles procesos tales como el registro de habitantes y la compilación de listas detalladas de la población de cada localidad. Los japoneses pudieron «detectar a la organización resistente lo bastante pronto como para cortarla de raíz» sólo en áreas que los comunistas chinos consideraban «ocupadas por el enemigo» o en «áreas débiles en cuanto a la guerrilla» (Hartford, 1989, p. 95). En Malasia, el Gobierno «extendió su red administrativa sobre la población», en el contexto de su política de contrainsurgencia (Stubbs, 1989, p. 163); «en áreas en las que la población estaba razonablemente segura y donde los métodos usados por la policía y las organizaciones militares que recogían datos para la inteligencia resultaban eficientes, se recogía la mayor cantidad de información» (Jones y Molnar, 1966, p. 29). El ascenso del Vietcong refleja un proceso similar: «Primero, se neutralizaron los puestos del GVN, luego dejó de llegarle información a la inteligencia. Sin servicios de inteligencia, las mayores unidades del GVN se volvieron ineficaces y los peligros para los agentes del GVN aumentaron incluso más» (Elliott, 2003, p. 424). Un informe alemán de 1942 procedente de la URSS ocupada hacía esta observación: «El nombramiento de alcaldes y policías autóctonos fiables *en comunidades recientemente limpiadas de partisanos* se ha mostrado como una herramienta efectiva a la hora de prevenir la formación de nuevas bandas en tales comunidades y en los bosques adyacentes. Los alcaldes y la policía, en conjunción con las tropas alemanas de los alrededores y con los destacamentos de la policía rural secreta y de la policía militar, vigilan de cerca las áreas pacificadas, prestando una atención especial al registro y la protección de todas las personas recién llegadas a la zona» (en Cooper, 1979, p. 46; las cursivas son mías).

En séptimo lugar, el control engendra una dinámica de autorrefuerzo. Dado que algunas áreas son controladas pronto por un actor político, éstas habrán de desarrollar una reputación de ser leales a este actor político: el valle de Djacovica en Kosovo era, según se decía, pro KLA, y los pueblos de la llanura Shamali de Afganistán se veían como apoyos de la Alianza del Norte. Al margen de si esta reputación reflejaba o no verdaderamente una preferencia mayoritaria, podía llevar a represalias indiscriminadas (o a esperar que se dieran), convirtiendo bastiones potencialmente accidentales o equivocados en autén-

ticos. «Aun si no fuera cierto que todos en la ciudad "adorasen" a los guerrilleros», escribe Mary Roldán (2002, pp. 243-244) sobre una ciudad colombiana, «el mero hecho de que las autoridades pensasen que era así y asumiesen que la ciudad como un todo no era fiable suscitó y reforzó un sentimiento de identidad local y de propósito colectivo. Este sentido de compromiso colectivo les puso a los habitantes de la zona en condiciones de justificar el haber tomado las armas contra el Gobierno». En la isla coreana de Chejudo, los insurgentes eran fuertes, ante todo, en los pueblos próximos a las montañas; como resultado de ello, las fuerzas gubernamentales etiquetaron como territorio enemigo a todas las áreas que se encontraban a cinco kilómetros de la costa y las trataron en consecuencia (Yoo, 2001). En Kenia, las instrucciones Mau Mau incluían la regla de que los «guerreros estaban autorizados para tomar por la fuerza toda la comida que hubiera en los jardines y todo el ganado que se concentrase en cualquiera de los centros gubernamentales, al margen de que perteneciese a un amigo o a un enemigo» (Barnett y Njama, 1966, p. 195). Esto fue lo que ocurrió en el pueblo filipino de San Ricardo, estudiado por Kerkvliet (1977, p. 166), en el pueblo vietnamita de My Thuy Phuong estudiado por Trullinger (1994) y en las áreas tomadas por la RENAMO, en el norte de Mozambique, estudiadas por Geffray (1990, p. 71).

Un comportamiento así tiende a reforzar la asociación entre un actor político y la población subyacente. Tal y como señalan Dallin y otros (1964, p. 329) sobre los territorios soviéticos ocupados por los alemanes, «la supervivencia de los partisanos se convirtió en un requisito previo de la propia supervivencia de [la población], puesto que su destino estaba claro si los alemanes volvían a reocupar la zona». «Los residentes en distritos con guarniciones japonesas [en la isla de Leyte, Filipinas], particularmente la *población* o centro de la ciudad, y los oficiales locales», señala Lear (1961, p. 27), «fueron marcados *ipso facto* como japoneses». «Muchos guerrilleros», recordaba un participante, «me dijeron: "La gente de Tacloban, pro japonesa. Ellos no combaten a los japos, ellos viven en ciudad japonesa; por eso son pro japos. Si cojo a uno de Tacloban, lo mato"». Como resultado, a los habitantes de Tacloban «no les gustaban los guerrilleros. Tenían miedo a las guerrillas y tenían razón al tenerlo» (Lear, 1961, p. 28).

Así, lo que al principio puede haber sido un accidente de ubicación podrá generar nuevas y duraderas identidades políticas. Considérese la siguiente descripción de cómo una pequeña ciudad del norte de España pasó de estar fuertemente dividida a apoyar sólo a una parte, *una vez que* empezó la guerra civil (Lisón-Tolosana, 1983). El cambio fue resultado de la suma de estrategias individuales de maximización de la supervivencia después de que la ciudad se encontrara en la zona nacionalista; una vez que los líderes republicanos fueron diezmados los primeros días de la guerra, todos los jóvenes, al margen de la filiación política de su familia antes de la guerra, fueron llamados a filas por el ejército nacional, lucharon contra la República y «se hicieron» nacionales. Este cambio de preferencias endógeno se reflejó en patrones subsiguientes de práctica religiosa, donde la observancia sirve como un sustituto del apoyo a la causa nacional: después de que las tropas nacionales ocuparan la ciudad, el número de aquellos que *no* cumplían con sus deberes en Semana Santa, cayó de 302 en 1936 a 58 en 1937. Al principio, resultado de la represión y el miedo, este cambio produjo a la larga identidades nuevas, reales y duraderas. Lisón-Tolosana (1983, pp. 190, 196 y 290) fue capaz de establecer que, mientras que la generación que tomó el poder en la ciudad antes de la guerra civil estaba dividida entre republicanos y nacionales, la siguiente generación estaba unida y era nacional. Este patrón se halla confirmado por el estudio de Freeman (1970, p. 24) de una aldea castellana que, de igual modo, cayó bajo control nacional nada más empezar la guerra. Los jóvenes fueron enrolados en el ejército nacional y «sus anteriores lealtades son hoy difíciles de discernir». Por el contrario, Seidman (2002, p. 38) informa de que, entre el 80 y el 85 por 100 de los asalariados que se encontraron en la zona republicana durante la guerra civil española, se unieron a un partido o unión sólo una vez que la guerra civil hubo estallado y lo hicieron más por razones prácticas que por motivaciones ideológicas. Téngase en cuenta que, si los pueblos o ciudades se encontraban en la zona nacional o republicana, era, en su gran mayoría, por accidente. Estos ejemplos resultan coherentes con una interpretación de la guerra civil española como fenómeno que configuró las preferencias más que limitarse a reflejarlas.

Estas nuevas identidades pueden tornarse adscriptivas. Tal y como señaló Germaine de Staël (1818, p. 33), «matar no es extirpar [...] pues los niños y los amigos de las víctimas son más fuertes por sus resentimientos de lo que lo eran aquellos que lo sufrieron por sus opiniones». Muchas personas marcadas como kulaks en el campo soviético entre 1927 y 1935 no eran campesinos pudientes sino, más bien, veteranos del ejército blanco o familiares suyos (Viola, 1993, p. 78). La magnitud de esta «caza de brujas genealógica» fue sugerida por el anuncio hecho por Stalin en 1935 de que «los hijos ya no eran responsables de los pecados de sus padres» (Viola, 1993, p. 80). Hart (1999, p. 294) cuenta cómo, cuando estaba en un pub en el condado de Cork, en Irlanda, sus compañeros señalaron a un hombre de mediana edad y anunciaron: «Aquí viene el chivato». Este hombre era demasiado joven como para haber estado vivo en los años veinte del siglo XX, durante la guerra civil irlandesa. «¡Oh, sí! Me dijeron luego», cuenta Hart, «que fue su padre el que había sido un chivato. Ellos

no estaban seguros de lo que hubiera hecho aquél para justificar la acusación, pero "el chivato" era lo que le habían llamado a sus espaldas incluso después y su hijo seguía siendo "el chivato"». Los comunistas chinos institucionalizaron las identidades que emergieron de la guerra civil desarrollando una nomenclatura de «cinco tipos rojos», tres de los cuales derivaban directamente de elecciones hechas durante la guerra civil: cuadros revolucionarios, soldados revolucionarios y dependientes de los mártires de la revolución (los dos tipos que quedaban eran trabajadores y campesinos pobres y de clase media baja). Estas categorías se desarrollaron en grupos de adscripción de acuerdo con la «teoría del pedigrí de sangre», que se transmitió mediante pareados como el siguiente:

> Si el padre es un héroe, el hijo es buen chaval;
> Si el padre es reaccionario, el hijo es subnormal.
> (Chang, 1992, p. 285; L. White, 1989, p. 222.)

La relación entre control y colaboración es importante para la teoría porque socava la idea extendida de que unirse a una organización insurgente es siempre un comportamiento altamente arriesgado (convirtiendo así, automáticamente, el reclutamiento en un problema de acción colectiva). Considérese la descripción hecha por William H. McNeill del proceso de adhesión al ejército insurgente ELAS en Grecia, para quien el puzle que había que explicar no era el del reclutamiento sino el de la ausencia de más reclutas:

> En realidad, un soldado en el ELAS vivía bastante mejor que el campesino normal y corriente y no tenía que trabajar como un esclavo. Además, contaba con el tonificante efecto psicológico de creerse un héroe y el auténtico descendiente del bandido klefti que había luchado en la Guerra de Independencia y se hallaba en la tradición nacional griega. Según las circunstancias, muchos hijos de campesinos se hallaron irresistiblemente atraídos por la vida de la guerrilla; a su vez, una sobreabundante población campesina facilitó el reclutamiento. Eran menos los que procedían de las ciudades; la vida allí era relativamente confortable y el EAM tenía otro trabajo para los hombres de ciudad, organizando huelgas o sirviendo como propagandistas entre los campesinos más analfabetos. Desde el principio, el factor principal que limitaba el número de guerrilleros fue la carencia de armas.

Dado el impacto del control sobre la colaboración, no resulta sorprendente que las observaciones sobre el apoyo popular y el compromiso individual a menudo apunten al accidente, la contingencia

y la oportunidad[27]. Alexander Dallin *et al.* (1964, p. 236) señalan que las decisiones para ponerse del lado de los alemanes o de los partisanos en la Unión Soviética ocupada dependían, en gran medida, del «accidente de qué régimen era más fuerte y acababa controlando un área determinada». Lear (1961, p. 237) llegó a una conclusión similar sobre la ocupación japonesa de la isla filipina de Leyte: «Lo que estamos tratando de señalar con estos ejemplos y otros posibles es que, en buena medida, es la suerte la que decreta qué motivos serían victoriosos en la lucha interior de motivos en liza que determinan si un individuo en Leyte iba a ser guerrillero o colaboracionista». En Grecia, «casi la mitad más de jóvenes de [el pueblo de] Kerasia servían en el ejército nacional que en la guerrilla. Los accidentes de que te llamasen a filas y la duración probablemente decidiese quién servía en qué fuerzas tanto o más que la convicción ideológica. Pero, una vez comprometido, por un camino o por el otro, a un hombre se le hacía difícil cambiar de bando de un modo seguro» (McNeill, 1978, p. 154). Chris Woodhouse (1948, pp. 58-59), el comandante de la Misión Militar Aliada para los partisanos griegos durante la ocupación del país, describe la «elección» de un campesino griego:

> Estaba viviendo en esta aldea de montaña en 1942 [...]. Se unió al movimiento de resistencia de izquierda porque era el primero que había habido en los alrededores. (Ellos estaban en su culmen entonces; por tanto, él tenía razón) [...]. Sucedió que se unió al movimiento que estaba dominado por los comunistas, aunque no era comunista: con la misma facilidad, podría haber ocurrido que, en otras circunstancias, se hubiera unido a los Batallones de Seguridad formados para combatir a los comunistas, aunque habría seguido sin ser pro alemán. Él no habría sido un individuo sustancialmente distinto si las cosas hubieran ocurrido de otro modo; pero le habrían ocurrido cosas sustancialmente diferentes. Su destino no estaba en sus propias manos sino en los azares que le pusieron en contacto con hombres procedentes de la parte superior de la línea horizontal [p. e., los de fuera]; *azares que eran en gran parte geográficos*. Si él vivió en una parte de las montañas, era más probable que estuviera en contacto con la influencia comunista primero; si hubiera estado en otra parte, con la resistencia no comunista; si hubiera estado en las llanuras, con los Batallones de Seguridad y las autoridades colaboradoras; y así sucesivamente (las cursivas son mías).

[27] Loyd (2001, pp. 48-50), Tucker (2001, p. 61), Livanios (1999, p. 197), Laqueur (1998, p. 99), Mackenzie (1997), Todorov (1996, p. 94), Chang (1992, p. 449), Henderson (1985, p. 41) y McNeill (1947, p. 134).

Tal y como sugiere este pasaje, «el azar» es otro nombre para el acceso de un partido opuesto a un segmento de la población, lo que, por su parte, está en buena medida determinado por el control.

De la discusión precedente, haré derivar la siguiente proposición:

Proposición 1: cuanto mayor sea el nivel de control ejercido por un actor, mayor será la tasa de colaboración con este actor y, de forma inversa, menor la tasa de deserción.

5. La distribución del control

Si la colaboración es endógena al control, entonces ¿qué es lo que determina la distribución del control? Hay buenas razones para pensar que el control depende, en buena medida, de la eficacia militar; por su parte, este tipo de eficacia queda a menudo determinado por la geografía. Dado que es improbable que las preferencias políticas conformen la geografía, la dirección de la causalidad parece obvia. Esto no es decir que las preferencias políticas sean irrelevantes. Tal y como se ha señalado antes, allá donde las preferencias políticas y los recursos militares se superponen, como en el caso de las minorías étnicas que viven apiñadas en un terreno aislado y escabroso, las divisiones de antes de la guerra y la geografía probablemente se reforzarán entre sí (Toft, 2003). No obstante, allá donde no existe solapamiento, bien porque la geografía es desfavorable (p. e., una minoría étnica que se concentra en las ciudades), bien porque un actor rival puede reunir de forma eficaz recursos militares superiores (p. e., una fuerte presencia estatal en un enclave montañoso de la minoría étnica), tenderá geográficamente a emplear las preferencias populares para producir control.

El control tiene una clara base territorial: el dominio presupone una presencia armada constante y creíble, un hecho bien entendido por los implicados: Mao solía señalar que las condiciones geográficas «son una condición importante, por no decir la más importante, para facilitar la guerra de guerrillas» (en Benton, 2000, p. 714); él hacía hincapié en que, sin «áreas base», era imposible sostener la guerra de guerrillas (en Bruno Shaw, 1975, pp. 208-209). Tal y como descubrió un participante en la Guerra de Vietnam, el control en el micronivel significa el establecimiento de «soberanía» sobre cada aldea (West, 1985, p. 191). Los actores armados pueden amenazar con sanciones creíbles sólo allá donde son capaces de sostener una presencia militar; su ausencia es una invitación abierta a sus rivales. Un rasgo sorprendente y recurrente de la guerra irregular es la forma en la que el espacio configura el control. Las ciudades, las llanuras, las líneas de comunicación clave y el terreno accesible tienden, en general, a asociarse con el control gubernamental, mientras que las montañas y el territorio escabroso son, por lo general, bastiones insurgentes; como mejor se predice la ubicación de los insurgentes es mediante variables tales como el terreno y la distancia desde las bases militares provinciales[28]. La presencia de los detentadores del poder en áreas remotas e inaccesibles se limita, al menos al principio, a aldeas y ciudades fortificadas, mientras que la influencia de los insurgentes en ciudades se limita, al menos inicialmente, a organizaciones clandestinas. Desde luego, no debería entenderse simplemente que geografía signifique «terreno». Geffray (1990, p. 53) descubrió que la ubicación de las bases de la RENAMO en Mozambique estaba en función no sólo de la lejanía y la distancia respecto de los centros administrativos locales donde las fuerzas gubernamentales estaban acuarteladas sino también en función de la proximidad a los límites administrativos del distrito. En apariencia, los estrategas de la RENAMO descubrieron que estas ubicaciones les permitían beneficiarse de la ineptitud burocrática del Gobierno puesto que las autoridades locales tendían a rechazar la jurisdicción de la contrainsurgencia cuando podían.

Que la efectividad militar tal como viene determinada por la geografía generalmente supera el apoyo político y social de preguerra generando control es algo que se sugiere de forma inmejorable en la siguiente regularidad: los detentadores del poder tienden a controlar las ciudades, *aun* cuando ocurra que estas ciudades sean bastiones sociales, religiosos o étnicos de sus oponentes, mientras que los bastiones insurgentes tienden a estar en áreas rurales inaccesibles, *aun* cuando las poblaciones rurales les resulten enemigas[29].

Los insurgentes tienden a ser uniformemente débiles en las ciudades, aunque las ciudades sean a menudo sus bastiones de preguerra. Los observadores perciben a menudo que muchas ciudades grandes en países en medio de guerras civiles parecen normales y pacíficas (p. e., Butaud y Rialland, 1998, p. 124). Las áreas urbanas son enemigas para los rebeldes porque es más fácil para los que detentan el poder vigilar

[28] Kocher (2004), Fearon y Laitin (2003), Hill (2002, p. 44), Shaw (2001, p. 154), Yoo (2001), Zur (1998, p. 82), Tone (1994, p. 13), Tong (1991; 1988), Brustein y Levi (1987), Schofield (1984, p. 315), Crow (1985, p. 129), O'Sullivan (1983), Wolf (1969, pp. 292-293) y Salik (1978, p. 101). El terreno escabroso no es sinónimo de montañoso; las llanuras pueden ofrecer a veces un medio favorable a la guerra de guerrillas, tal como sugería el *bocage* de la Vendée en Francia (campos rodeados de altas paredes de matorrales, estrechas carreteras hundidas y pueblos, aldeas y alquerías dispersas). Otros ejemplos incluyen los densos bosques y ciénagas de Ucrania, Bielorrusia y Rusia; los arrozales del delta del Mekong en Vietnam; las marismas y llanuras anegadas del Henan en China o Malasia, y los naranjales del Mitidja en Argelia.

[29] A este respecto, la guerra civil se opone al crimen: las ciudades son mucho más difíciles de controlar policialmente por parte de los Estados que las áreas rurales (C. Friedrich, 1972, pp. 26-27).

policialmente y controlar a la población (Kocher, 2004; Trinquier, 1964, p. 18; Kitson, 1960, p. 78); la recogida de información a través del chantaje y los sobornos se facilita en razón de que resultan posibles los contactos regulares entre los gobernantes y los informadores. A resultas de esto, los insurgentes urbanos son particularmente vulnerables a la penetración y a las filtraciones de información, tal como sugieren los casos de Irlanda del Norte y Palestina; y, una vez que se ha identificado a los insurgentes, se los puede derrotar con facilidad gracias a la fuerza superior de los que detentan el poder. La guerra de guerrillas urbana resulta poco común y es sumariamente desechada por los expertos en contrainsurgencia (Blaufarb y Tabham, 1989, pp. 15-16). Tal y como señala Trinquier (1964, p. 71), «la parte más vulnerable de la organización enemiga está en las ciudades. Ocuparla se halla siempre dentro del control de las tropas del ejército y una operación policial [...] puede destruirla». Fidel Castro señalaba que la ciudad era la «tumba de la guerrilla» (Laqueur, 1998, pp. xix y 333)[30].

El caso chino es de lo más instructivo. Mao conocía bien la dinámica de las ciudades y la insurgencia: «Por lo que se refiere a las grandes ciudades, las paradas del ferrocarril y las áreas en las llanuras que cuentan con fuertes guarniciones enemigas, la guerra de guerrillas podrá extenderse sólo a los límites y no directamente a estos lugares que tengan regímenes títere relativamente estables» (en Bruno Shaw, 1975, p. 209). La destrucción de la infraestructura urbana del Partido Comunista Chino en 1927 se hallaba próxima a ser total (Schran, 1976) y, aun cuando los comunistas pudieron volver a las ciudades después de la derrota de los japoneses, hubieron de abandonar la mayoría de ellas de nuevo, incapaces de resistir la presión del Kuomintang (Chang, 1992, p. 103). Benton (1999, pp. 720-730) muestra de qué modo «los ejércitos, no las clases, hicieron la Revolución china». Éste concluye que «la lucha de clases [...] no brotó de abajo, como una condición previa del triunfo [de los comunistas chinos] sino que fue atizada desde arriba, tras haber conseguido el poder cooptando y reorganizando los grupos y las redes que atravesaban la China rural». Tal y como resumía un estratega comunista chino, «los enemigos son los dioses de la ciudad, pero nosotros somos las deidades de la aldea»

[30] Desde esta perspectiva, la incapacidad de los Estados Unidos para pacificar algunas ciudades iraquíes en 2003-2005 es un claro indicador de la inadecuación numérica de sus fuerzas militares. Esto fue reconocido en público, al final. Un comandante de marines estadounidense dijo que «a ciudades como Ramadi o Samarra se les había permitido pasar a manos insurgentes en buena medida por descuido, pues los americanos comenzaron a concentrar sus limitados recursos en otras áreas y para otros asuntos, como proteger el nuevo gobierno y las piezas esenciales de infraestructura. Las operaciones ofensivas basadas en los servicios de inteligencia», añadió él, «eran una prioridad inferior» (Filkins, 2004, p. 15). Las fuerzas americanas se adelgazaron tanto que los soldados llegaron a anotar patrullas programadas que nunca tenían lugar, conocidas como «patrullas fantasmas» (Packer, 2003, p. 72).

(en Wou, 1994, p. 222). El caso argelino ofrece una evaluación de esos tipos. Durante la primera mitad de los años cincuenta del siglo XX, dos organizaciones nacionalistas competían por liderar la lucha contra los franceses, el FLN, de base rural y el MTLD, de base urbana. Gilbert Meynier (2004, pp. 422-423) plantea que el FLN prevaleció sobre el MTLD precisamente por sus conexiones rurales.

La experiencia de las ciudades ocupadas del sur durante la guerra civil americana apoya también este punto. Las ciudades del sur que contaban con guarniciones, cuyos ciudadanos vivían constantemente en la presencia y bajo el dominio del ejército de ocupación del norte, eran lugares que hervían de hostilidad. En la cúspide de su aversión ideológica hacia los yankis, estas ciudades sufrieron desempleo, una severa carencia de viviendas, una inflación galopante y un abastecimiento reducido de comida, combustible, ropa, medicinas y otras mercancías básicas. Tal y como señaló un general de la Unión: «La gente está sufriendo por carecer de casi todo lo necesario para la vida». Naturalmente, todo esto refuerza aún más los sentimientos que ya existían de amarga hostilidad hacia los ocupadores. Con todo, Ash (1995, p. 82) concluye: «De todos los ciudadanos del sur ocupado, aquellos que estaban en las ciudades con guarniciones supusieron una amenaza mínima para el ejército federal, pues la resistencia armada allí ni se planteaba». La probabilidad de un conflicto interno entre las mayorías secesionistas y las minorías unionistas se hallaba también muy reducida porque «los secesionistas se mostraban, ante todo, impotentes y los unionistas, sobre todo, invulnerables, gracias a la presencia constante de las tropas federales» (en Ash, 1995, p. 122).

Las evidencias anecdóticas son considerables. Cuando los guerrilleros comunistas griegos atacaron la ciudad de Edessa, un conocido bastión izquierdista, comprobaron que la población local no les prestó ayuda y descubrieron que las tropas del Gobierno nunca se verían amenazadas por la retaguardia (Vettas, 2002, p. 211). En Vietnam, lo «urbano» se volvió sinónimo de áreas controladas por el Gobierno (Elliott, 2003, p. 1051; Meyerson, 1970, p. 16). Los rebeldes argelinos del FLN fueron incapaces de controlar ciudades y fueron finalmente derrotados en la Casbah de Argel, pese a que inicialmente tenían allí mucha fuerza (Aussaresses, 2001, p. 41)[31]. Aunque las ciudades en las colonias portuguesas de África fueron decisivas para la preparación de la insurgencia, no experimentaron ninguna acción significativa porque el uso de informadores, toques de queda, emboscadas y censura «dañó

[31] Rejali (2004b) apunta que los franceses ganaron la batalla de Argel porque fueron capaces de destruir la infraestructura insurgente mediante el control de la población y el reclutamiento de un gran número de informadores, no mediante la tortura como sugería Gilo Pontecorvo en su famosa película *La batalla de Argel* (*La battaglia di Algeri*, 1966, 121 min.).

a la movilización de la guerrilla» (Henriksen, 1976, p. 384). Entre las razones de por qué los habitantes de Biafra se contuvieron sin enrolarse en la guerra de guerrillas, estaba la «cerrada concentración de ciudades» dentro de Biafra y la ausencia concomitante de «escondrijos» más que la ausencia de una población que apoyara la causa independentista (Madiebo, 1980, p. 105). En El Salvador, la represión estatal disuadía a la oposición en las áreas urbanas a la vez que intensificaba la resistencia en muchas áreas rurales (Stanley, 1996, p. 4). En Colombia, «las fuerzas estatales controlan a menudo los centros de las ciudades más grandes, donde se sitúan los gobiernos municipales», pero «la autoridad del Estado se evapora» en vecindades remotas (Fichtl, 2004, p. 3).

Una confirmación ulterior de la importancia de los recursos militares a la hora de generar control y, con ello, colaboración es la propensión, apuntada a menudo, de pueblos situados cerca de carreteras importantes a colaborar con los detentadores del poder. Un oficial británico (Hammond, 1993, p. 137) señalaba que los pueblos griegos que tienen «la desgracia» de estar situadas «en las carreteras principales» de Macedonia, «o cerca de ellas», tendían a colaborar con el ejército alemán de ocupación, la misma situación que en Vietnam (Sansom, 1970, pp. 60-61) y Rhodesia, donde tales pueblos eran aún más susceptibles de ser etiquetados como «vendidos», por parte de las guerrillas de Zimbabwe, porque «su ubicación cercana a las carreteras suponía que eran visitados con más frecuencia por los soldados que por las guerrillas» (Kriger, 1992, p. 208)[32]. Mientras que los pueblos «modernizados» junto a las carreteras principales habían estado entre los primeros a la hora de responder a los llamamientos revolucionarios, era también más probable que fueran controlados por el Gobierno y, «a medida que los riesgos de la acción política aumentaron durante los años centrales y finales de la década de los sesenta del siglo XX, el vacío entre las actitudes políticas y el comportamiento político se ensanchó y muchos de los simpatizantes revolucionarios se volvieron inactivos cuando los peligros se hicieron demasiado grandes o, en algunos casos, adoptaron un papel clandestino, escondidos tan profundamente que ello a menudo equivalía a un cese temporal de las actividades revolucionarias» (Elliott, 2003, p. 589). La disponibilidad de apoyo externo por los insurgentes convierte la combinación de terreno y proximidad a las fronteras en una potente herramienta de predicción del control insurgente.

En pronunciado contraste con esto, las áreas rurales tienden a ser enemigas de los detentadores del poder, a menudo al margen de sus

[32] Lo mismo parece haber sido el caso en la Unión Soviética ocupada (Cooper, 1979, p. 45).

preferencias políticas prebélicas. Un oficial americano de alta graduación que servía en la República Dominicana en 1921 planteó que la construcción de carreteras ahogaría a la insurgencia: «Una autopista pondría a la gente más en contacto con la capital, dándole así al Gobierno central una oportunidad para controlar las condiciones políticas» (en Calder, 1984, p. 164). Un examen de los resultados electorales de preguerra y de posguerra en la región del Peloponeso, en el sur de Grecia, sugiere que la derecha tendía a ser más fuerte en las montañas y el centro-izquierda y la izquierda, más fuerte en los llanos y las ciudades. Con todo, la guerra dio la vuelta a esta relación. Un agente británico en la Grecia ocupada informó sobre los Batallones de Seguridad colaboracionistas que «han perdido su popularidad en las montañas, pero, en las áreas de costa y en las grandes ciudades, se los ve como el mal menor»[33].

«Ruralidad» es una forma de llamar a varios mecanismos causales, incluida la habilidad de los combatientes para esconderse sin ser denunciados, en razón de normas rurales de solidaridad y honor; los niveles superiores de tolerancia, entre la gente del campo, a las amenazas de violencia; una tradición de rebelión reforzada por normas de reciprocidad que llevan a la masa a participar en actividades antiestatales que van desde el contrabando y el bandidaje a la rebelión con todas las de la ley, y el hecho de que una economía basada en la agricultura de subsistencia tiende a favorecer la resistencia armada más que una que se base en trabajo asalariado. Tal vez más importante, la dispersión de los asentamientos de la población en los ámbitos rurales impide el control policial (Kocher, 2004); resulta más sencillo aplicar un toque de queda en una ciudad que en una zona rural amplia porque el recaudar impuestos y vigilar cientos o incluso miles de aldeas expone a los pequeños destacamentos del ejército a las emboscadas (Tone, 1994, p. 13)[34]. Hofheinz (1969, p. 76) atribuye la consecución de «las más altas cotas de movilización y participación en la

[33] «Second Report of Colonel J. M. Stevens on Present Conditions in Peloponnese (24 June 1944)», PRO, HS 5/669/S6557.

[34] Gambetta (1993, p. 109) piensa que el campo siciliano es más difícil de controlar policialmente y, por ello, le resulta más agradable a la mafia que las ciudades. No sorprende que la mafia sea incluso capaz de ejercer control territorial sobre algunas áreas rurales de Sicilia. Tone (1994, pp. 162-166) compara el pueblo de montaña de Echauri con la ciudad de Corella, ambos en Navarra; él atribuye la actitud insurgente de Echauri durante la presencia francesa a las «sólidas instituciones comunitarias [que] actuaban de forma sistemática para dar refugio a individuos perseguidos por el régimen francés» y el comportamiento colaboracionista de Corella, al carácter de sus elites. No obstante, la comparación crítica para desenmarañar el efecto de la estructura social del de los recursos militares habría estado en un pueblo similar a Echauri situado justo en el exterior de una guarnición francesa. Si mi razonamiento es correcto, este pueblo habría colaborado con los franceses a pesar de su estructura social.

política comunista» a las «comarcas base del área de retaguardia» a causa «de la seguridad que ofrecían el terreno y las distancias». Los insurgentes comunistas en la isla coreana de Chejudo y en Malasia se hallaban tan estrechamente ligados a las montañas que llegaron a ser conocidos como «la gente de la montaña», «de la colina» o «de la selva» (Yoo, 2001; Kheng, 1983, p. 168). Mis informadores en Grecia se referían a menudo a los campos insurgentes y gubernamentales valiéndose tan sólo de identificadores geográficos: hablaban de «los de arriba» y «los de abajo». Incluso dentro de las regiones rurales, es más probable que los insurgentes obtengan colaboración en las zonas más escabrosas y remotas (Horton, 1998, p. 126; Nordstrom, 1997, p. 99; Escott y Crow, 1986, p. 376; Kitson, 1960, p. 124).

Esta percepción permite la reinterpretación de algunos hallazgos que toman la ideología o la etnicidad como la causa principal de la violencia. Timothy Gulden (2002) descubrió que, en Guatemala, más de la mitad de los asesinatos del ejército tuvieron lugar en municipalidades en las que los mayas constituían entre el 80 y el 90 por 100 de la población (los mayas suponían menos del 8 por 100 de la población total del país en su conjunto). Basándose en parte en este hallazgo, planteará que esta violencia constituye un ejemplo de genocidio. Sin embargo, estas municipalidades son, en su mayor parte, rurales y se sitúan lejos de los centros de control gubernamental. Se las podía convertir en objetivos con facilidad tanto sencillamente porque estaban situadas en áreas de presencia guerrillera como porque eran mayas. Esto suscita el tema de la endogeneidad de los agravios: ¿eligieron los guerrilleros su ubicación a causa de la presencia de los agravios a los mayas o educaron ellos a los mayas –que resultaba que tan sólo vivían en un terreno que favorecía la actividad insurgente– sobre su condición? La evidencia empírica ofrecida por Stoll (1993, p. 87) permite una separación parcial de los dos: la represión del ejército no se centrará en áreas en las que las organizaciones indígenas (y presumiblemente los agravios) eran fuertes y los guerrilleros tenían poca presencia sino, más bien, en áreas donde los guerrilleros estaban tratando de organizar a los campesinos a pesar de las débiles organizaciones indígenas. De hecho, las cuatro áreas de mayor violencia gubernamental *seguirán* a la guadaña de los insurgentes a medida que ésta se movía hacia el sur a cortar la autopista panamericana.

La ausencia de solapamiento ente los bastiones de la preguerra y de la guerra puede verse allá donde se dispone de estudios detallados. Los Apalaches, la meseta de Cumberland y las montañas Ozark, señala Beckett (2001, p. 11), vieron el ascenso de las guerrillas confederadas durante la guerra civil americana, aun cuando éstas fueran la mismas áreas, dentro de la Confederación, en las que habitaban más simpatizantes de la Unión. A continuación de su derrota en las

ciudades, los comunistas chinos escenificaron una vuelta desde las «áreas límite» atrasadas y aisladas, en las que el apoyo anterior a la guerra había sido mínimo si no inexistente (Schran, 1976). Las poblaciones urbanas de los territorios soviéticos ocupados por los alemanes tenían más probabilidades que las rurales de estar a disgusto con las autoridades de ocupación; en parte, a causa de su más estrecha y temprana identificación con el régimen soviético y, en parte, a causa de que las condiciones de vida y trabajo eran más miserables en las ciudades; con todo, tal como señalan Dallin *et al.* (1964, p. 335), «de forma paradójica, el movimiento partisano era, en buena medida, un fenómeno rural». La investigación en una región del norte de Grecia (Antoniou, 2001) sugiere que el resultado electoral del Partido Comunista en 1936 era una mala herramienta para predecir el número de gente local que se iba a unir a la resistencia liderada por los comunistas en 1942-1944; en su lugar, la distancia desde la ciudad que servía como la base principal del ejército gubernamental demostró ser una herramienta de predicción casi perfecta: cuanto más lejos de la base gubernamental se encontraba una aldea, mayor era la proporción de gente local que se unía a los rebeldes (las preferencias de antes de la guerra parecen dar cuenta de diferencias residuales entre aldeas equidistantes). Las guerrillas comunistas francesas tuvieron mucho éxito en el *département* rural de Lot, donde los «candidatos comunistas habían estado sólo en dos de los tres distritos electorales en 1936 y habían obtenido sólo 4.183 votos de un total de 30.293» (Kedward, 1993, p. 131). Elliott (2003, p. 908) informa de que el bombardeo gubernamental y la campaña de pacificación en el delta del Mekong de Vietnam del Sur causaron una disyunción entre las bases de clase del Vietcong y las zonas de control. La insurgencia en El Salvador no tuvo lugar en los departamentos occidentales de Ahuachapán y Sonsonate, feudos de una rebelión de masas campesina y de la subsiguiente masacre en 1932 (así como de enormes haciendas cafeteras) sino que empezó en los departamentos aislados y poco poblados de Morazán y Chalatenango, que estaban poblados, en su mayor parte, por pequeños propietarios que ofrecían un terreno favorable para que grupos organizados lanzasen una rebelión (Grenier, 1999, p. 84). De igual modo, la insurgencia RENAMO contra el Gobierno del FRELIMO en Mozambique se desarrolló en las mismas áreas en las que había sido fuerte la insurgencia anticolonial del FRELIMO; por el contrario, las áreas que apoyaron a los gobernantes portugueses durante la guerra anticolonial tendieron a alinearse con los gobernantes del FRELIMO durante la insurgencia de la RENAMO (Geffray, 1990, p. 41). La investigación de Nordstrom (1997, pp. 98-99) en la aislada provincia de Niassa en el mismo país corrobora este punto demostrando que la RENAMO fue

capaz de generar un control y una colaboración muy fuerte (con una violencia mínima) en un área que, por una parte, estaba aislada y, por otra, había sido un bastión del FRELIMO. La geografía era un sustituto claro de la efectividad militar: «En la medida en que yo puedo hablar», apunta Nordstrom (1997, p. 99), «fue poco el interés militar que se dedicó a estas regiones» por parte del Gobierno. «A las zonas tomadas por la RENAMO les dejaron hacer lo que les diera la gana.»

El caso nicaragüense permite un tipo de experimento natural porque se puede comparar el comportamiento de los sandinistas en sus papeles sucesivos como insurgentes y, más tarde, como gobernantes. Esta comparación sugiere que las lealtades populares eran, en buena medida, endógenas respecto del ejercicio del control territorial. Durante la fase «contra» de la guerra, los sandinistas (en el poder) controlaron con firmeza las ciudades, pero estaban ausentes de las montañas: «La única presencia sandinista en las montañas sería militar» (Horton, 1998, p. 137). A resultas de esto, la gente de aquellas áreas apoyó a los contras. Muchas de estas zonas montañosas de la contra, sin embargo, habían apoyado a los guerrilleros sandinistas en los años setenta del siglo XX (1998, pp. 21-22). Lo opuesto resultó cierto en las ciudades, que fueron controladas por los gobernantes (somocistas) en la primera fase de la guerra y por los sandinistas (en el Gobierno) en la segunda. En palabras de Horton (1998, p. 21): «Cientos de soldados del ejército sandinista se hallaban estacionados en la ciudad de Quilalí y, a causa de ello, la propia ciudad estuvo siempre de un modo firme bajo el control del FSMLN». La población no tenía más elección que colaborar con ellos. En otras palabras, mientras que los sandinistas *qua insurgentes* tuvieron sus bases en un terreno rural inaccesible, se encontraron limitados a las ciudades cuando, *qua gobernantes*, hubieron de hacer frente a la insurgencia de la contra. En ambos casos, no obstante, obtuvieron la colaboración de la población que gobernaban.

6. Restricciones en las opciones militares

Si se da el caso de que el control pleno y permanente sobre un área configura la colaboración civil, entonces la victoria en la guerra civil debería ser, ante todo, una tarea militar que conllevase la extensión del control sobre todo el territorio de un país. Esto no es más que sabiduría convencional. En palabras de un contrainsurgente: «Ante todo, ha de haber una determinación absoluta para establecer y conservar un puesto de la policía gubernamental intacto e incorrupto en cada pueblo habitado. La autoridad ha de ser restablecida pacientemente, pueblo por pueblo, dentro del área "liberada", tratando primero con las áreas más fáciles» (Clutterbuck, 1966, p. 176)[35].

Las guerras civiles, no obstante, tienden a tener lugar en países pobres; son prolongadas y suelen quedar inconclusas (Fearon y Laitin, 2003; Fearon, 2001). Este estancamiento refleja la incapacidad de los actores rivales para establecer el control total sobre amplias áreas del país[36]. La descripción de la guerra civil italiana, en 1943-1945, hecha por Fenoglio (1973, p. 157) se puede aplicar en toda su extensión: «Los partisanos eran demasiado fuertes para ser atacados en las colinas... Al menos, ésta era la impresión que daban; al mismo tiempo, eran demasiado débiles e ineptos en lo técnico como para ser capaces de atacar y desalojar las guarniciones fascistas en las ciudades de las llanuras»[37].

Una vez que empieza una guerra civil, los requerimientos militares para el establecimiento y la preservación del control sobre todo el territorio de un país son asombrosos[38]. Este problema general, común a los ocupadores extranjeros y a los soberanos nativos, ha sido resumido de forma efectiva por Toolis (1997, p. 70): «Ningún ejército puede patrullar todas las carreteras todo el tiempo». Un agregado militar en Mozambique lo describía como el problema de «país grande, ejército pequeño» (en Young, 1997, p. 150). Un oficial survietnamita lo describía como un puzle: «No podemos estar con la gente todo el tiempo. Vamos de aquí para allá con nuestras operaciones por el día, pero no tenemos fuerza suficiente como para proteger a la gente por la noche. Todavía tengo que resolver cómo proteger una aldea con 30 personas. ¿Cómo puedo hacerlo, desde un punto de vista puramente militar? El Vietcong espera y espera, puede que seis meses antes de atacar. Nosotros podemos construir durante dos años, pero ellos pueden destruir en una sola noche. La persona que encuentre la llave para este puzle habrá resuelto el problema» (en Race, 1973, p. 135).

[35] Esta idea es, obviamente, una reflexión de un argumento similar que vincula el crimen a la presencia policial (C. Friedrich, 1972, p. 26).

[36] La larga duración en la guerra civil puede reflejar dos procesos diferentes. Mientras que algunas áreas se hallan «congeladas» bajo el control de un actor o de ambos, otras, a menudo, cambian hacia atrás y hacia delante. Por ejemplo, Kiev, la capital de Ucrania, cambió de manos 14 veces en dos años durante la guerra civil rusa (Werth, 1998, p. 111; Figes, 1996, p. 698). El único detalle «furiosamente cambiante» en los gruesos libros mayores mantenidos por los equipos de la ONU en Sudán «era la columna marcada como "tomado por" que describía en qué manos caía cada pueblo de un mes a otro» (Peterson, 2000, p. 237).

[37] La guerra perpetua en Estados que carecen de recursos militares se impide mediante el uso de un mando indirecto (Kocher, 2004).

[38] Nótese que, en tiempos de paz, los Estados son capaces de controlar su territorio con muchos menos recursos de los que les requiere la misma tarea en tiempos de guerra. Esto sugiere que la aparición de insurgencias no puede verse sólo puesta de manifiesto en los bajos niveles de control estatal. O, dicho de otro modo, la capacidad del Estado es un argumento mejor para la dinámica de la guerra civil de lo que parece ser para que ésta surja.

Las observaciones sobre la inadecuación numérica de los ejércitos gubernamentales son un lugar común. Sobre la contrarrevolución en las provincias occidentales del país, un general republicano francés informaba que los patriotas «tienen tanto miedo que necesitaremos una guarnición entera para guardar cada casa» (en Dupuy, 1997, p. 133). Un oficial de la Unión destacado en Misuri señalaba en 1863 que sería imposible exterminar a los guerrilleros confederados «a menos que el Gobierno pueda permitirse enviar 10 soldados por cada guerrillero» (Fellman, 1989, p. 126). Un militar británico, al hablar sobre la situación de Irlanda en 1920, refiere que «la policía y las fuerzas militares son demasiado pequeñas como para hacerse con la situación» (en Hart, 1999, p. 73). Un oficial paquistaní estimaba que, para haber podido afrontar con éxito la insurgencia en Bangladesh, el ejército paquistaní habría necesitado 375.640 hombres y no la fuerza de entonces de 41.060 (Salik, 1978, p. 101). Un periodista americano informaba de que el ejército de Mozambique necesitaba más de un millón de hombres sólo para defender de los rebeldes las infraestructuras del país, pero sólo podía presentar 30.000 (Finnegan, 1992, pp. 95-96). El jefe de los servicios de inteligencia de Rhodesia se dio cuenta de que las demostraciones de fuerza por medio de barridas del ejército y bombardeos aéreos no serían efectivas contra los rebeldes de Zimbabwe porque «la gente, en las áreas rurales, se dará pronto cuenta de que tales demostraciones no podrían sostenerse y de que una presencia militar transitoria no podría imponer la política del Gobierno» (Flower, 1987, p. 122). Por último, Forero (2001, p. A3) refiere que, en Colombia, «el ejército es sencillamente demasiado pequeño como para cubrir el país [...]. Y, aun cuando el ejército haya realizado con éxito algunas ofensivas, a menudo no ha sido capaz de establecer una presencia duradera».

Una buena ilustración de este problema la ofrece la ocupación alemana durante la Segunda Guerra Mundial. Las fuerzas alemanas a las que se asignaba la lucha contra los diversos movimientos de resistencia eran irremisiblemente inadecuadas para esa tarea... y en ninguna parte lo eran en mayor medida que en la Unión Soviética. En un área de 70.000 kilómetros cuadrados, que contaba con más de 1.500 pueblos y granjas colectivas, los alemanes tenían menos de 1.700 hombres disponibles para las tareas de seguridad, de los cuales sólo 300 estaban asignados a medidas activas contra los partisanos. En la Unión Soviética central, el número de personas de todas clases disponibles para los deberes de seguridad era sólo de dos por cada cinco kilómetros cuadrados. «Aunque Hitler, los militares y las autoridades de las SS llegaron al convencimiento de la necesidad de asignar un número considerable de fuerzas para asegurar la retaguardia, nunca fueron capaces de llegar a disponer de ellas.» No sorprende que los alemanes sólo fueran

capaces de ejercer un control limitado y muy superficial; vastas áreas que simplemente abandonaron cayeron con rapidez bajo el control de los partisanos. A continuación de una operación de «barrido» en 1943, la 221 División de Seguridad informó de que «los partisanos tuvieron la oportunidad [...] de reocupar sus antiguas áreas y de hacer así ilusorio el éxito de estas operaciones [...]. Cualquier alejamiento de tropas desde las áreas pacificadas acababa en reocupación por parte de los partisanos». Tal y como señaló un general alemán, «con un número suficiente de buenas tropas, todo es posible». «La causa del fracaso alemán», concluye Cooper, «era a la vez fácil de analizar e imposible de rectificar; se trataba simplemente de carencia de tropas»[39].

Hasta los militares estadounidenses, con unos recursos abrumadores en Vietnam, veían difícil superar este problema: «¿Venimos aquí en una operación y qué es lo que eso prueba?», recalcaba un soldado estadounidense hablando de un ataque a un pueblo controlado por el Vietcong, en marzo de 1969. «El VC tendrá de nuevo aquí el control esta noche» (en M. Young, 1991, pp. 240-241). El comandante militar americano en Vietnam, general Westmoreland, fue a menudo ridiculizado por sus incesantes demandas de más tropas, pero su defensa no careció de mérito: «Nunca tuve el lujo de contar con tropas suficientes para mantener una presencia americana, aliada o del ARVN en todas partes, todo el tiempo. Si hubiera tenido a mi disposición material humano sin límites, podría haber estacionado tropas de forma permanente en cada distrito o provincia y así haber preparado una estrategia alternativa. Ello les habría permitido a las tropas conocer a la gente de forma más cercana, facilitando la tarea de identificar a los subversivos y proteger a los otros de la intimidación. Ahora bien, haber hecho eso habría requerido, literalmente, millones de personas» (en Bilton y Sim, 1992, p. 34)[40]. El mismo problema, sólo que más agudo, puede verse en el Iraq ocupado por los americanos. Por ejemplo, el batallón 1-8 de la Cuarta División de Infantería, que contaba con 800 hombres, radicado en el área de Balad, en la inquieta provincia iraquí de Anbar, tenía responsabilidad sobre cerca de 750

[39] Cooper (1979, pp. 45, 143-144 y 153-154).

[40] Sheehan (2000, p. 79) confirma este punto. La «carencia de tropas americanas suficientes para ocupar el terreno y mantenerlo tras habérselo arrebatado a los comunistas», señalaba él, «es una de las mayores razones para la extensión del daño a la vida civil y a la propiedad». Un problema adicional se plantea por la gran proporción de personal dedicado a auxiliar a los ejércitos modernos. Luttwak (2003) estimaba que, de los 133.000 hombres y mujeres americanos que hay en Iraq, sólo 56.000 son tropas entrenadas para el combate disponibles para tareas de seguridad, mientras que el número de tropas en patrullas en cualquier momento no es superior a los 28.000. Véase también Shepherd (2002, p. 351), Tucker (2001, p. 90), Fall (2000, p. 199), Vargas Llosa (1998, p. 137), Fisher (1997, p. 50), Finley (1994, pp. xi y 29), Tone (1994, pp. 80 y 143-144), Ortiz Sarmiento (1990, p. 132), Ekirch (1985, p. 114), Li (1975, p. 187) y Beaufre (1972, p. 66).

kilómetros cuadrados (Filkins, 2005, p. 55). De igual modo, sólo cerca de 800 soldados cubrían el área alrededor de la ciudad de Rawa, que es del tamaño de la Comunidad Valenciana o de Belice… y sólo 300 dejaban su puesto avanzado en operaciones y jamás todos al mismo tiempo. Como resultado de ello, «sólo hay una presencia militar americana esporádica fuera de las pocas ciudades ahora ocupadas. Ni el ejército ni los marines mantienen ningún puesto fronterizo permanente» en la principal carretera regional. La carencia de soldados resulta crítica porque, como señala el coronel Stephen Davis, comandante del Equipo de Combate 2 del Regimiento de Marines: «Puedes atravesar estas ciudades una y otra vez, pero no puedes obtener resultados a menos que estés allí para quedarte» (en C. Smith, 2005, p. A6).

La dificultad de establecer un control completo y permanente a través de los puros números pondrá un recargo al uso y el reparto prudentes de los recursos militares existentes, a la elasticidad, así como a la habilidad para pedir ayuda exterior, en especial en momentos cruciales. Los recursos limitados situarán el recargo en el uso efectivo de la violencia. Pero ¿qué es lo que hace efectiva a la violencia?

7. Violencia y discriminación

De acuerdo con Michael Hechter (1987, p. 162), un factor clave de la colaboración es la percepción de una posible sanción. Cesare Beccaria señaló que «la finalidad política de los castigos es la de infundir miedo en otros hombres», mientras que Jeremy Bentham definía la disuasión en los términos de «intimidación o terror de la ley» (Zimring y Hawkins, 1973, p. 75). En su formulación más simple, la teoría de la disuasión plantea que las amenazas pueden reducir la probabilidad de que se lleven a cabo ciertas acciones. En una formulación diferente, la disuasión mediante el castigo es un método de inferencia retrospectiva por medio de amenazas, de forma que, cuando quiera que se haya cometido realmente un mal, el malhechor sufrirá un castigo (Kenny, 1907). La hipótesis principal se la debemos a Bentham: «El sacar provecho del crimen es la fuerza que le insta a una persona a delinquir: el dolor del castigo es la fuerza empleada para impedir que lo haga. Si la primera de estas fuerzas fuera la mayor, el crimen se cometerá; si es la segunda, el crimen no se cometerá» (en Zimring y Hawkins, 1973, p. 75).

Con todo, sabemos que muchos crímenes se cometen pese a que las amenazas se conocen y resultan creíbles. Katz (1988, pp. 12-51) muestra que un número sustancial de homicidios lo llevan a cabo gentes que son indiferentes a las sanciones; estos homicidios, a los que él denomina «matanzas autorizadas», surgen de pronto, llenos de violento apasionamiento y carentes de premeditación. La idea de la disuasión de Bentham ha sido criticada también como «mecánica» y basada «en una falsa psicología»; se afirma, en su lugar, que las amenazas pueden generar a veces un deseo de desobediencia y que los fenómenos criminales son por completo independientes de las leyes penales. Al mismo tiempo, se reconoce ampliamente que la mayoría de la gente se frena de cometer un crimen para evitar sanciones. Así, podrá conseguirse un grado razonable de disuasión[41].

¿Cuando resultan efectivas las amenazas? Beccaria (1986, p. 81) afirmaba que las sanciones han de ser públicas, inmediatas, mínimas bajo las circunstancias dadas, proporcionales a los crímenes y establecidas a través de la ley. Zimring y Hawkins (1973) hacen hincapié en tres condiciones: las amenazas han de conocerse públicamente y han de ser persuasivas y personalizadas. Hechter (1987, p. 151) señala que la obediencia es más probable cuando se requiere que la gente cumpla con obligaciones sumamente específicas más que con otras que no lo son. Estos rasgos pueden subsumirse, hasta cierto punto, bajo la distinción entre violencia *selectiva* (o *discriminada*) y violencia *indiscriminada*[42].

Tanto la violencia selectiva como la indiscriminada son, en principio, formas instrumentales de violencia que tratan de generar colaboración mediante la disuasión. La distinción se basa en el nivel en el que se determina la «culpa» (y de ahí la fijación del blanco)[43]. La violencia es selectiva cuando hay una intención de averiguar la culpa individual. Dado que las intenciones no son siempre visibles (aunque en muchos casos la violencia indiscriminada es publicitada por los actores políticos), una vía para hacer operativa esta distinción será notando que la violencia selectiva conlleva el establecimiento personalizado del blanco, mientras que la violencia indiscriminada supone un establecimiento colectivo del objetivo[44].

---

[41] En la formulación de Zimring y Hawkins (1973, p. 95), «parece que la introducción de una amenaza como una barrera para comportarse de un modo particular es probable que los lleve a los miembros de una audiencia amenazada a revisar actitudes encaminadas a la deseabilidad del comportamiento».

[42] La violencia selectiva es personalizada, pero no tiene por qué ser pública, inmediata o necesaria, aunque a menudo lo sea; ciertamente resulta mínima y proporcionada cuando se la compara con la violencia indiscriminada.

[43] Dado que lo que importa es el nivel en el que tiene lugar la fijación del blanco, se puede hablar de violencia que discrimina a nivel individual, local o nacional. No obstante, usaré la distinción entre la violencia selectiva e indiscriminada porque capta las diferencias esenciales del establecimiento de los objetivos a nivel individual frente a cualquier nivel supraindividual.

[44] Nótese que, al contrario que la tan extendida percepción, la violencia selectiva puede acabar siendo, y a menudo es, masiva en cuanto a la escala. Por ejemplo, se estima que los Vietcong asesinaron de forma selectiva a unas 50.000 personas en una década y media (Wickham-Crowley, 1990, p. 215).

En la violencia indiscriminada (también descrita por su designación legal, «represalias»), el concepto de culpa individual se ve reemplazado por el concepto de culpa por asociación: «Si no se puede encontrar a los culpables», proclamaba la orden alemana en la Grecia ocupada, «habrá que echar mano de aquellas personas que, sin estar conectadas con el hecho en sí, habrán de ser vistas, no obstante, como corresponsables» (en Condit, 1961, pp. 265-266). La regla específica de asociación varía y se extiende de la familia al pueblo, la región y la nación. La forma más extrema de violencia indiscriminada es, probablemente, aquella que selecciona a sus víctimas sobre la base de ser miembro de una nación o de un grupo étnico o religioso; a menudo es descrita como violencia «aleatoria» y su ejemplo arquetípico es el tenor del terror nazi en algunas partes de la Europa ocupada. «En más de una ocasión, en la ciudad de Atenas», escribe Mcneill (1947, p. 57), «una patrulla alemana era enviada a la escena de la muerte de un soldado alemán y, una vez allí, arrestaban a las primeras 50 personas que daba la casualidad que iban por la calle, las ponían en fila contra una pared y las fusilaban sin más». El terror alemán en Varsovia durante el mismo periodo será descrito con toda claridad por Czeslaw Milosz (1990, p. 90):

> Una vez, el primer año de la guerra, volvíamos de visitar a un amigo común que vivía en el campo. Tal y como yo lo recuerdo, estuvimos debatiendo sobre la posibilidad de tomar un tren. Contra el consejo de nuestro anfitrión, decidimos tomar un tren que salía media hora más tarde. Llegamos a Varsovia y nos fuimos andando por las calles sintiéndonos muy poco satisfechos con la vida. Era una bonita mañana de verano. No sabíamos que aquel día iba a recordarse como uno de los más negros en la historia de nuestra ciudad. Apenas había cerrado la puerta tras de mí cuando oí gritos en la calle. Mirando por la ventana, vi que había en marcha un caza al hombre generalizada. Se trataba de la primera caza al hombre para Auschwitz. Más adelante, millones de europeos iban a ser asesinados allí, pero, en aquel momento, este campo de concentración estaba justo empezando a operar. Del primer transporte enorme de gente cogida por la calle aquel día parece que nadie escapó con vida. Alpha y yo habíamos estado deambulando por las calles cinco minutos antes del comienzo de la caza; puede que su paraguas y su descuido nos trajeran suerte.

Dado que tales amenazas son completamente impredecibles, producen, al menos inicialmente, un terror paralizante, turbulento e irracional, apenas permitiendo ningún pensamiento y llevando a la atomización de la sociedad (E. Walter, 1969, pp. 25-26; Thornton, 1964, p. 81). En un libro publicado en 1947, un grupo de psiquiatras griegos informó de los resultados de un meritorio estudio sobre los efectos del terror alemán sobre la población de Atenas; éstos se encontraron con que la mayoría de la gente estaba paralizada por el hecho de que esperaran a diario que les llegara «una desgracia impredecible y desconocida» y la «increíble ansiedad frente a lo desconocido que afligía a cada destino individual» (Skouras *et al.*, 1947, pp. 124-136). En tanto las víctimas no tienen forma de reaccionar contra esta violencia, su efecto es el de «aumentar la obediencia a la autoridad entre aquellos que pueden estar amenazados» (L. White, 1989, p. 328). En otras palabras, la población puede ser empujada a una total pasividad y a la abdicación política.

Aunque la violencia aleatoria puede funcionarle a un dictador (McAuley, 1992, p. 50; B. Moore, 1954, pp. 169-170), es mucho menos probable que consiga sus objetivos en medio de una guerra civil, donde la presencia de un rival hace posible la defección. En primer lugar, la violencia aleatoria derrota a la disuasión porque destruye la posibilidad de anticipación del mal inminente y, por ello, la capacidad para evitarlo: él cancela la relación entre crimen y castigo aboliendo de ese modo el concepto de transgresión. Su pura impredecibilidad hace que todo el mundo tema sanciones letales que nada tienen que ver con su comportamiento: la inocencia es irrelevante y la obediencia es manifiestamente imposible. Un informe alemán (en Cooper, 1979, p. 27) describía la actitud del ciudadano medio en las áreas ocupadas de la Unión Soviética: «Si estoy con los alemanes, seré fusilado cuando vengan los bolcheviques; si los bolcheviques no vienen, seré fusilado más pronto o más tarde por los alemanes. De ese modo, si me quedo con los alemanes, la muerte es segura; si me uno a los partisanos, probablemente me salve». Bajo estas condiciones, «la abstención deja de parecer una protección. El reclutamiento de insurgentes sube a medida que los riesgos de la pasividad y la insurgencia comienzan a igualarse» (Aron, 1966, p. 170). Lo cierto es que el terror nazi en Polonia «no les dejaba a los polacos otra alternativa que *ignorar* al ocupador; o bien de forma activa, oponiéndose a él, o bien de forma pasiva, comportándose como si no existiera» (Jan Gross, 1979, p. 238):

> Uno esperaría que la desobediencia hacia las exigencias alemanas acarreara unas penas tan drásticas que apenas nadie se atrevería a desafiarlos. Pero la obediencia completa era imposible; el terror continuaba y hasta se intensificó con el tiempo. La población reconoció rápidamente la nueva lógica de la situación: tanto si uno intentaba cumplir las exigencias alemanas como si no, uno estaba igualmente expuesto a la violencia [...]. No tiene sentido, en el contexto del castigo aleatorio, diseñar un tipo de vida de acuerdo con la posibilidad de

> ser convertido en víctima, de igual modo que no tiene sentido orientar los actos cotidianos de uno hacia la posibilidad de tener un accidente (Jan Gross, 1979, p. 212).

En segundo lugar, mientras que la obediencia no garantiza la seguridad bajo condiciones de violencia indiscriminada, la colaboración con la facción rival puede tanto incrementar las oportunidades de supervivencia de uno como permitir un sentido de integridad normativa (Jan Gross, 1979, p. 202). En Polonia, los miembros de la resistencia hicieron que la gente fuera más prudente y eliminaron el falso sentido de seguridad que a menudo era fatal para aquellos que no se implicaban en él; «los conspiradores» evitaban de forma activa ser capturados por los alemanes, mientras que los que no conspiraban eran mucho menos cuidadosos a la hora de evitar contactos accidentales casuales con los ocupantes porque, a menudo, sentían que, si fuesen arrestados, pasarían unos cuantos días detenidos y luego, una vez que se estableciera su inocencia, serían liberados. No obstante, esta idea se mostró a menudo fatal, dado que había poca relación entre crimen y castigo. «Los conspiradores» muy a menudo tenían mucho mejores papeles de identificación que los que no conspiraban y, si se los cogía, habían preparado respuestas satisfactorias a las preguntas típicas que haría la policía. Cuando se los cogía en una redada, alguien en la red trataría de sacarlos de la prisión a tiempo o se daría dinero a sus familias para que sobornasen a los oficiales correspondientes. Cuando se los amenazaba con el arresto, el chantaje o la denuncia, los conspiradores tenían vastos recursos organizativos a su disposición: la organización los ayudaría a desaparecer, a que encontraran un nuevo lugar para vivir y les daría nuevo empleo o nuevos documentos (Jan Gross, 1979, pp. 234-235).

De ahí que sea posible afirmar que la violencia indiscriminada tiene un valor limitado puesto que merma los costes de oportunidad de la colaboración con el actor rival. Un contrainsurgente británico comparaba la violencia indiscriminada con el «tratar de atrapar a un pez en una charca llena de juncos, chapoteando con una red de malla muy ancha como lo opuesto a la adopción de la táctica de la pica y el acecho en los juncos listo para apoderarse del despreocupado pez cuando pasa por delante» (Paget, 1967, p. 110) Por ello, se puede formular la proposición siguiente:

Proposición 2: la violencia indiscriminada resulta contraproducente en la guerra civil.

Esta proposición es una conjetura. El trabajo teórico sobre el referido nexo entre represión y disidencia sigue estando inconcluso (Lichbach, 1987, p. 297). Empíricamente, carecemos de comparaciones controladas de resultados en la presencia y en la ausencia de tal violencia. Se ha prestado poca atención a los contrafácticos. Por ejemplo, no sabemos cuántas acciones armadas insurgentes habrían tenido lugar y cuánta gente se habría unido a los rebeldes en ausencia de violencia indiscriminada. Unos pocos estudios detallados muestran que la violencia indiscriminada tenía a veces más éxito de lo que generalmente se ha pensado (Hill, 2002; Hartford, 1989)[45]. Al mismo tiempo, las evidencias anecdóticas pesan fuertemente en favor de esta proposición. En el capítulo siguiente, volveré sobre este punto.

En contraste con la violencia indiscriminada, la violencia selectiva personaliza las amenazas; si las personas se convierten en objetivos sobre la base de sus acciones, entonces, abstenerse de tales acciones garantizará seguridad. Los practicantes y los observadores están de acuerdo en que la violencia selectiva es la forma más eficiente para disuadir de la defección. En la formulación de Robert Thompson (1966, p. 25), «el terror es más efectivo cuando es selectivo». Tal y como señaló un coronel americano en Vietnam: «Realmente tienes que usar el bisturí de un cirujano» (en Race, 1973, p. 238); el Che Guevara (1998, p. 91) recomendaba que «no deberían usarse los asaltos y el terrorismo de forma indiscriminada». El Vietcong produjo muchos documentos oficiales explicando las ventajas de la violencia selectiva (p. e., Elliott, 2003, p. 266).

En la práctica, la distinción entre violencia selectiva e indiscriminada gira sobre percepciones públicas puesto que se puede pretender ser selectivo mediante la fijación indiscriminada de objetivos individuales aislados. En tanto en cuanto la gente perciba que tal violencia es selectiva, tendrá los mismos efectos que la violencia selectiva. Si la gente no la percibe como selectiva, los resultados pueden ser los opuestos, de forma muy parecida a cuando perciben que la violencia selectiva es indiscriminada. Hablaré en detalle de estos puntos en el capítulo 7.

La elección de si el uso selectivo o indiscriminado de la violencia depende fuertemente de la cualidad de la información disponible –uno no puede discriminar sin información que discrimine– en sí misma depende fuertemente de la naturaleza de la soberanía ejercida. La in-

[45] Un cuadro del Vietcong decía que el bombardeo indiscriminado por parte de las fuerzas gubernamentales en el sur de Vietnam debilitaba a la insurgencia: «Por experiencia, sé que el Frente es más fuerte en pueblos que no han sido bombardeados y que, por el contrario, se debilita allá donde los bombardeos ocurren con frecuencia; para hacer propaganda del Frente y para sembrar el odio contra el GVN, los cuadros del Vietcong necesitaban quietud» (en Elliott, 2003, p. 767). Elliott concluye que el que los bombardeos sean pequeños favorece al Vietcong, pero, si son demasiados, no ocurre así, presumiblemente porque no se podía ofrecer protección.

formación requiere colaboración, que, a su vez, requiere un nivel de control suficiente como para tranquilizar a aquellos que pueden ofrecer esa colaboración. Aunque los actores se hallan menos limitados en su habilidad para perpetrarla, resulta menos probable que la violencia indiscriminada funcione bajo circunstancias de soberanía fragmentada. Abordaré estas cuestiones en los capítulos siguientes.

8. Conclusión

Este capítulo ha especificado una teoría de la guerra irregular, poniendo el acento en el papel del control a la hora de configurar la colaboración civil. Un punto clave es que el control –al margen de las «verdaderas» preferencias de la población– excluye opciones diferentes a la colaboración mediante la creación de beneficios creíbles para los colaboradores y, de forma más importante, sanciones a la defección; al mismo tiempo, no obstante, por lo general, se carece de los recursos militares para el establecimiento del control total. Los actores políticos, de este modo, se vuelven hacia la violencia, pero, para ser efectiva, la violencia ha de ser selectiva.

El papel de la soberanía a la hora de configurar el uso de la violencia selectiva se combina con los efectos contraproducentes de la violencia indiscriminada para marcar el resto de la agenda teórica del libro: en primer lugar, ha de ofrecerse un informe sobre cómo se da la violencia indiscriminada; en segundo lugar, ha de especificarse un tratamiento analítico de la violencia selectiva. Este último es el objeto del capítulo siguiente, mientras que el anterior se abordará en el capítulo 7.

VI

UNA LÓGICA DE LA VIOLENCIA INDISCRIMINADA

Je vois des malheureux, mais, en vérité, je ne puis trouver de coupables
(Veo a los desgraciados, pero, de veras, no puedo encontrar culpables).
Stendhal, *La abadesa de Castro.*

Hemos hecho más enemigos por nuestras propias imprudencias y
procedimientos irregulares de los que nos han salido por mera inclinación.
General Stephen Drayton, Carolina del Norte, 1781.

Mírame... ¡Yo no quería luchar! ¡Me han obligado!
Un combatiente checheno después de una atrocidad rusa.

Este capítulo especifica la lógica que lleva a la violencia indiscriminada. La proposición 2 plantea que la violencia indiscriminada resulta contraproducente en contextos de guerra civil. Si esto es así, ¿cómo puede ser entonces que aparezca con tanta frecuencia? El estudio de este rompecabezas requiere una teoría de la violencia indiscriminada[1]. Comenzaré examinando cómo y cuándo se observa la vio-

[1] Este argumento se aplica dentro de las condiciones de posibilidad del libro: dicho argumento presupone que al menos uno de los actores trata de controlar a la población contra la que se usa la violencia. La violencia indiscriminada puede emplearse también para deportar o exterminar a ciertos grupos. Por ejemplo, los insurgentes secesionistas podrán usar la violencia indiscriminada contra rivales étnicos para sacarlos del territorio que tratan de controlar (p. e., Senaratne, 1997, p. 88). El mismo caso se da en ejemplos de «exterminio recíproco». En el informe de Lotnik (1999) del enfrentamiento polaco-ucraniano de 1943-1944, las masacres de aldeanos tuvieron como objetivo, ante todo, al grupo rival. Un antiguo partisano polaco (Lotnik, 1999, p. 65) recuerda la conversación de su oficial el día antes de una de las primeras masacres: «No te pongas a quemar ni a saquear. Tan sólo dispara a los que sean jóvenes y sanos. Si alguno se resiste, asegúrate de que lo disparas antes de que te dispare a ti. Tenemos que enseñarles que no pueden sacar a ciudadanos polacos seleccionados y matarlos y torturarlos. Tenemos que enseñarles que nos las van a pagar». Tales casos se encuentran fuera de las condiciones de posibilidad del libro, que plantea la lealtad civil como una meta decisiva.

lencia indiscriminada. A continuación, hablaré de su lógica y especificaré las condiciones bajo las que resulta contraproducente. Entonces revisaré cuatro argumentos que dan cuenta de por qué aparece la violencia indiscriminada a pesar de ser aparentemente contraproducente, incluyendo la especiosa observación de la violencia indiscriminada a causa de los datos truncados o malinterpretados y de que su perpetración sea resultado de la ignorancia, los costes y las presiones institucionales. Plantearé que la violencia indiscriminada surge, cuando lo hace, porque resulta mucho más barata que su equivalente selectiva. Con todo, cualquier «ganancia» ha de ser contrapesada por sus consecuencias. De este modo, resulta más probable que la violencia indiscriminada aparezca bajo un excesivo desequilibrio de poder entre los dos actores o en el lugar y en el momento en los que son pocos los recursos y la información. En ausencia de una resolución del conflicto, hasta es probable que los actores indiscriminados cambien hacia una violencia más selectiva.

1. La incidencia de la violencia indiscriminada

Al igual que otras formas de violencia, la violencia indiscriminada puede usarse para conseguir objetivos diversos, tales como exterminar a grupos particulares, desplazar a gente, saquear bienes o demostrar el poder del grupo y la capacidad para herir a otro grupo. De forma coherente con las condiciones de posibilidad de este libro, mi interés en este capítulo se encuentra en el empleo de la violencia indiscriminada para controlar a una población más que simplemente para saquearla, desplazarla o eliminarla[2].

Vista desde esta perspectiva, la violencia indiscriminada es, al menos inicialmente, una forma de enfrentarse al problema de la identificación. «Un problema decisivo para los militares filipinos», escribe Berlow (1998, p. 180), «era el mismo que se encontraron los americanos en Vietnam: no sabían quiénes eran los "pescados" hasta que empezaban a disparar. Por estar en la parte segura, los filipinos, igual que los americanos en Vietnam, pecaron por excesiva capacidad de destrucción y asumieron que cualquiera era un enemigo en tanto que no se demostrase lo contrario»[3].

[2] Recuérdese que ésta es una distinción ideal típica. Hay varios ejemplos de violencia indiscriminada que comienzan sólo como una contrainsurgencia de bajo coste para desarrollarse en un proceso de cuasi exterminio fortuito, como ocurrió en Darfur (Prunier, 2005).

[3] La descripción de Henderson (1985, pp. 179-180) de la actitud del ejército colombiano durante La Violencia podría aplicarse a casi cualquier caso: «La idea subyacente era que cada granjero era un "bandido" real o potencial y habría de ser tratado como tal». Tal y como un guatemalteco le dijo a Stoll (1993, p. 97): «Ellos consideraban guerrilleros a todos los

Resulta difícil distinguir entre violencia indiscriminada y selectiva a nivel global. De ese modo, es poco menos que imposible calcular la contribución hecha por cada tipo de violencia a la cuenta global de víctimas. La violencia indiscriminada es mucho más visible que su equivalente selectiva y, como tal, se piensa que es más frecuente (Valentino, 2004; Downes, 2004). El énfasis en la violencia indiscriminada refleja, a menudo, la tendencia de muchos observadores a designar como indiscriminados todo tipo de asesinatos extrajudiciales, incluidos los ejemplos de violencia selectiva (p. e., Carlton, 1994, p. 1). Por ejemplo, el asesinato por los insurgentes iraquíes de «oficiales y civiles iraquíes y de soldados iraquíes, americanos y de la coalición» se describe como indiscriminado (Lins de Alburquerque y Cheng, 2005, p. 11). Zulaika (1988, p. 85) escribe sobre los «asesinatos indiscriminados de chivatos y guardias civiles llevados a cabo por ETA».

La tendencia a cifrar toda violencia como indiscriminada se ve estimulada por la escasez de información: «Lo confuso, inestable y peligroso de la situación», escribe Jagath Senaratne (1997, p. 146) sobre Sri Lanka, «llevó a muchos a creer que la violencia era aleatoria y sin sentido. Las imputaciones de aleatoriedad por parte de algunos observadores (sobre todo, periodistas) fue el resultado de la incapacidad para ver la cantidad de hebras diferentes que tiene la violencia [...] [y] para descomponer "la violencia" en sus partes constitutivas». Lo cierto es que se puede decir, con toda seguridad, que es muy poco frecuente que la violencia no eliminacionista sea totalmente aleatoria. Por lo general, las víctimas de la violencia indiscriminada se seleccionan sobre la base de un criterio; normalmente, la ubicación. Por ejemplo, la violencia en masa perpetrada por los alemanes en Atenas durante el verano de 1944 tuvo como objetivo vecindades específicas que eran sospechosas de albergar actividad comunista. Más aún, una parte importante de esta violencia se dirigía a individuos específicos; las vecindades eran acordonadas y se llevaba a sus habitantes a la plaza, donde informadores locales encapuchados señalarían con el dedo a los sospechosos individuales (volveré sobre este punto en el apartado «Artefacto» [p. 234]).

ixils de Nebaj, Cotzal y Chajul. Tenían miedo de su propia sombra». De acuerdo con Gardner (1962, pp. 152-153), «el soldado medio alemán [en Grecia] manifestaba poca curiosidad respecto a quién disparaba o capturaba. Su razonamiento era que cualquiera al que se le encontrara en la zona era, o bien un guerrillero activo, o bien alguien compinchado con la banda local. Por esta razón, los números alemanes para las víctimas de la guerrilla eran, por lo general, mucho más elevados que los que anunciaban los *andartes* [partisanos griegos]». A los hombres jóvenes, en particular, a los que se cogía en una zona de operaciones en territorio «enemigo» durante una operación de limpieza lo más probable es que los matasen. En una carta a su hijo, los padres de un campesino del Sarthe le describían en detalle cómo tres amigos suyos desarmados fueron asesinados por soldados republicanos franceses porque empezaron a correr cuando vieron que venían los soldados (Dupuy, 1997, pp. 182-183).

Sencillamente desconocemos a qué se parece el universo de la violencia de la guerra civil. Sin embargo, las descripciones de la violencia indiscriminada en las guerras civiles son lo bastante numerosas como para sugerir que, al margen de lo malos que sean nuestros datos, la violencia genuinamente indiscriminada tiene lugar con la suficiente frecuencia como para merecer nuestra atención.

2. Información y violencia indiscriminada

Los ejemplos precedentes sugieren que la violencia es indiscriminada cuando los criterios de selección son toscos. Éste es el caso cuando no se dispone de información precisa. Una implicación observable es la asociación, apuntada a menudo, de la violencia indiscriminada con los detentadores del poder más que con los insurgentes[4]. Los insurgentes son casi siempre los primeros en mover; tras eliminar la presencia del Estado en las áreas que controlan, establecen administraciones basadas en el pueblo, capaces de recoger el tipo de información que les permite aplicarse de forma efectiva al problema de la identificación (Wickham-Crowley, 1990, pp. 216-217). «Mientras el partido tenía miles de ojos y miles de oídos», observa Carlos Iván Degregori (1998, pp. 143-144) sobre el peruano Sendero Luminoso, «las fuerzas armadas estaban ciegas o, más bien, daltónicas. Sólo veían el negro y el blanco [...]. No percibían los matices; cuando veían piel negra, disparaban». De igual modo, un observador apuntaba que en Indochina «los franceses destruyen a boleo porque no cuentan con la información necesaria» (en Leites y Wolf, 1970, p. 109) y un informe estadounidense (Barton, 1953, p. 138) señalaba que «las guerrillas tienen un sistema de inteligencia más efectivo que sus oponentes».

La violencia indiscriminada gubernamental tiene lugar, por lo general, en el contexto de operaciones militares conocidas como campañas de «barrido», «peinado», «acordonamiento y búsqueda», «búsqueda y destrucción» o «tierra quemada», que pretenden rodear y liquidar a los insurgentes y socavar la base civil de la insurgencia. Estas campañas son a menudo apodadas campañas de «pacificación»[5]. El resultado es casi siempre uniforme: violencia indiscriminada. Un oficial estadounidense destacado en Filipinas a comienzos del siglo XX señalaba que «no distinguimos a los insurrectos y malas personas de las buenas; por eso nos vemos obligados a arrestar a todos por igual» (citado en Linn, 1989, p. 139); un filipino captaba este problema cuando describía al ejército americano como un «gigante ciego», lo bastante poderoso como para destruir al enemigo pero incapaz de encontrarlo (citado en Linn, 1989, p. 160). Cuando los marines de los Estados Unidos llegaron a la provincia de Segovia en Nicaragua, en 1927, «no tenían ninguna forma práctica de distinguir entre los simpatizantes de los rebeldes, los partidarios y soldados y los "ciudadanos pacíficos". Afrontando estas faltas de certeza, optaron por lanzar una ofensiva brutalmente violenta contra los campesinos segovianos en general» (Schroeder, 2000, p. 39). Incluso las campañas de pacificación que se arrogan una base moral superior han derivado en una significativa violencia indiscriminada, tal como han sugerido las más recientes contrainsurgencias en Vietnam, Afganistán e Iraq (Kalyvas y Kocher, 2005).

Que la violencia indiscriminada está relacionada con la carencia de información (más que, por ejemplo, con la ideología) lo confirma el hecho de que los insurgentes no se asustaron de esta práctica[6]. Los insurgentes se valdrán de ella cuando carezcan de información: contra las aldeas que apoyan abiertamente a los detentadores del poder y crean milicias locales, en áreas en las que su presencia es limitada (tales como los centros urbanos) y una vez que se ha destruido su aparato administrativo, como en Argelia en 1997 (Kalyvas, 1999) o Malaca (Clutterbuck, 1966, p. 63).

[4] Las encuestas llevadas a cabo en Vietnam descubrían que los refugiados que se desplazaban de sus casas a causa de los bombardeos (indiscriminados) y las operaciones terrestres tendían a asociar estas acciones con el régimen en el poder, mientras que los refugiados que se desplazaban a causa del terror (selectivo) y la coerción tendían a asociarlas con los insurgentes (Wiesner, 1988, p. 111). Véanse también Spencer (2000, p. 131), Benton (1999, pp. 102-103), Horton (1998, p. 127), Cribb (1991, p. 151), Carmack (1988b, p. 60), Calder (1984, p. 159), Henriksen (1983, p. 118), Armstrong (1964, p. 41) y Dallin *et al.* (1964, p. 328). Vincular la violencia indiscriminada con la carencia de información resulta coherente con la evidencia empírica de la antigua Yugoslavia e Israel, mostrando que hay mucha más violencia indiscriminada entre los mismos grupos cuando el grupo victimizador opera fuera de los límites del Estado, más que en su interior (Ron, 2003). Ron ofrece una explicación diferente de este patrón, a saber, que los límites tienen un efecto importante sobre la conducta de guerra desde la perspectiva del régimen, pero la disponibilidad de información podría ser el mecanismo causal que diera cuenta de la diferencia.

[5] No siendo consciente de su propia ironía, un reportero estadounidense en Vietnam señaló que «las áreas no pueden ser pacificadas si no hay gente viviendo en ellas» (citado en Wiesner, 1988, p. 113). Los japoneses se valían de términos tales como «operación de limpieza» u «operación de purificación por eliminación». Su política de «las tres limpiezas» (por limpiar todo el grano, animales de tiro y personas) fue denominada por sus oponentes «política de los tres todos» («robar todo, quemar todo y matar todo»). El ejército indonesio acuñó el término «operación extinción» en Timor Oriental y el ejército de Guatemala se refirió a «operación cenizas».

[6] Peterson (2000, p. 220), Horton (1998, p. 167), Manrique (1998, p. 218), Del Pino (1998, pp. 163-164 y 172), Berlow (1998, p. 197), Richards (1996, p. 181), Schwedenburg (1995, p. 153), Shalita (1994, p. 142), De Waal (1991, p. 48), Geffray (1990, pp. 214-215), Fellman (1989, p. 25), Horne (1987, pp. 221-222), Wiesner (1988, pp. 58 y 123), West (1985, p. 272), Kheng (1983, p. 65), Rodríguez (1982, pp. 33-34), Lewy (1978, p. 276), Paget (1967, pp. 93-94), Mallin (1966, p. 60), R. Thompson (1966, pp. 25-27), Pye (1956, p. 104) y Leakey (1954, p. 101).

En 1981, después de que el Batallón Atlacatl masacrara a cientos de aldeanos en el pueblo salvadoreño de El Mozote, sus soldados empezaron a llevar un paño verde con letras blancas que decían: «Si la guerrilla vuelve a Morazán, el Atlacatl volverá a Morazán» (Binford, 1996, p. 23). «Aun cuando la RENAMO adoptó una estrategia de terror masivo a mediados de los años ochenta del siglo XX», señala Finnegan (1992, p. 58) sobre Mozambique, «la mayoría de sus brutalidades tenían motivos perceptibles. Alguien era sospechoso de no revelar información o un pueblo era sospechoso de retener comida y los *bandidos* querían estar seguros de que los vecinos cogían el mensaje». Tal y como sugieren estos ejemplos y al contrario que buena parte de la sabiduría convencional (p. e., Gurr, 1986, p. 51), la violencia indiscriminada no es necesariamente gratuita, caprichosa o simplemente vengativa; más bien, apunta a menudo a disuadir a la gente de colaborar con el actor rival mediante la *sanción* colectiva de los sospechosos de colaboración y de aquellos que estaban en relación con ellos.

El objetivo central de la violencia indiscriminada es el de dar forma al comportamiento civil de forma indirecta, por asociación. «Quema algunas granjas y algunos pueblos grandes en Morbihan y comienza a dar algunos ejemplos», escribió Bonaparte al general Guillaume Brune que, como comandante del ejército del Oeste, estaba preparándose para sofocar la rebelión monárquica; «sólo haciendo que la guerra sea terrible», añadió él, podremos conseguir «que los habitantes mismos se vuelvan contra los bandidos y sientan por fin que su apatía les resulta extremadamente cara» (citado en Dupuy, 1997, pp. 158-159). El uso de la violencia indiscriminada contra las tribus indias por parte de las tropas estadounidenses «hizo surgir la esperanza de que un castigo lo bastante severo del grupo, aun cuando sufrieran los inocentes a la vez que los culpables, podría producir una verdadera responsabilidad grupal y terminar con la amenaza que se cernía sobre las fronteras» (Paludan, 1981, p. 43). Una afirmación similar fue hecha en Misuri durante la guerra civil: «Habrá problemas en Misuri hasta que los secesionistas sean *subyugados* y se les haga saber que no sólo carecen de fuerza sino que todo intento desesperado por crear problemas aquí no traerá más que una destrucción *segura* y esta [certeza] de su condición no habrá de confinarse a los soldados y combatientes sino que habrá de extenderse a los *hombres y mujeres* que no participan en la lucha» (en Fellman, 1989, p. 201).

Un anuncio público de los alemanes en la Grecia ocupada afirmaba que el sabotaje sería castigado con la ejecución por ahorcamiento de tres habitantes de la aldea más cercana, a menos que los perpetradores fueran arrestados en el plazo de 48 horas o que se probara que los aldeanos se habían opuesto de forma activa a las acciones de sabotaje. Este tipo de violencia ofrece un incentivo básico a la colaboración, a saber, la prevención del mal con el que se ha amenazado. El anuncio de los alemanes concluía del siguiente modo: «De ahí que el deber de autoconservación de todo griego cuando se entere de cualesquiera intenciones saboteadoras sea el de avisar de inmediato a la autoridad militar más próxima» (en Zervis, 1998, p. 179).

Aquí se halla, pues, resumida la lógica de la violencia indiscriminada: si los «culpables» no pueden ser identificados ni arrestados, entonces la violencia debería tener como su objetivo a gente inocente que, *de algún modo,* tuviera que ver con aquéllos. La idea subyacente es que la voluntad del «inocente» le obligará al «culpable» a alterar su comportamiento, o bien la voluntad del «culpable» cambiará el curso de la acción cuando se dé cuenta de su impacto sobre gente «inocente» que les preocupa…, o bien ambas cosas. Además de la extensión de la responsabilidad, la violencia indiscriminada introduce también un cálculo explícito de sanciones comparativas: la población amenazada colaborará con los detentadores del poder porque teme sus sanciones más que las de los rebeldes. Tal y como señalaba una orden del ejército alemán, «la población ha de estar más asustada de nuestras represalias que de las de los partisanos» (Heilbrunn, 1967, p. 150).

4. Efectos contraproducentes de la violencia indiscriminada

Pese a ser espantosa como práctica, la violencia indiscriminada no deja de carecer de lógica. Con todo, pocas observaciones parecen gozar de mayor aceptación que la percepción –compartida por igual por los perpetradores, por los individuos amenazados por la violencia indiscriminada y por los observadores externos– de que la violencia indiscriminada es, en el mejor de los casos, ineficaz y, en el peor, contraproducente.

Escribiendo sobre la Guerra de la Vendée, en 1797, Gracchus Babeuf (1987, p. 119) observaba que las medidas violentas de los republicanos contra los insurgentes de la Vendée «eran empleadas sin discriminación y producían un efecto que resultaba completamente opuesto al que se deseaba». Un líder guerrillero griego en la Macedonia otomana, a comienzos del siglo XX, afirmaba que en la administración de la violencia había de emplearse un balance juicioso «pues el asesinato indiscriminado genera más mal que bien y crea más enemigos»; otro señalaba que «el arte consiste en encontrar quién habría de ser castigado» (en Livanios, 1999, p. 206). «Ninguna medida es más contraproducente que los castigos colectivos», señala un texto clásico de la guerra irregular (Heilbrunn, 1967, p. 152). Henriksen (1983, p. 129)

afirma que, en la «guerra revolucionaria», «las represalias sirven a la causa de los rebeldes». Éste apunta que en el Mozambique colonial, «una y otra vez, los conversos al FRELIMO señalaban a los actos portugueses como *el* factor principal de su decisión. Los observadores no portugueses sustanciaban esta afirmación». James S. Coleman (1990, p. 501) incluye el precepto «No te metas en un terror indiscriminado» entre las cuatro recomendaciones básicas para la acción que habría de guiar tanto a los gobernantes como a los insurgentes.

Los insurgentes son muy conscientes de los rasgos de la violencia indiscriminada: «El partido tenía razón en su juicio de que la doctrina gubernamental [...] llevaría a la oposición a nuevos segmentos de la población», señalaba un documento del Vietcong, «donde ellos no tendrían más alternativa que seguir el liderazgo del Partido para conseguir protección» (Race, 1973, p. 172). El Che Guevara llegó incluso a localizar un mecanismo clave que movía el apoyo campesino a los rebeldes precisamente por el comportamiento indiscriminado de los detentadores del poder (Wickham-Crowley, 1992, p. 139), un punto repetido por argumentos que planteaban que «junto con el catalizador organizativo, lo que se requiere para convertir a campesinos que normalmente aborrecen el riesgo en soldados revolucionarios es un alto nivel de violencia represiva lanzada de forma indiscriminada» (Mason y Krane, 1989, p. 176). Tal y como concluye Truman Anderson (1995, I, p. 43), «la principal contribución de la violencia indiscriminada al proceso de las guerras modernas ha sido, en realidad, la de agravar las insurgencias y dar lugar a recuerdos amargos y duraderos que el tiempo no borra». Arendt (1970, p. 56) debía de tener en mente la violencia indiscriminada cuando señaló que «la violencia puede destruir el poder; ella es completamente incapaz de crearlo».

Puede que el caso más impactante de los efectos contraproducentes de la violencia indiscriminada sea el de la tendencia, a menudo señalada, de los insurgentes para, en realidad, dar la bienvenida a las represalias de los que detentan el poder –o incluso provocarlas tendiendo emboscadas a soldados enemigos aislados próximos a un pueblo– porque tales represalias generan reclutas[7].

El ejemplo más infame de la futilidad de la violencia indiscriminada es, posiblemente, el de la política nazi de represalias en la Europa ocupada, que pretendía disuadir de la resistencia contra la ocupación. Las represalias parecen haber sido un total y absoluto fracaso: sencillamente, no sofocaron la actividad de la resistencia y, lo que es

[7] Aussaresses (2001, p. 62), Hayden (1999, p. 39 y 57), Bennett (1999, p. 143), Keen (1998, p. 21), Senaratne (1997, p. 95), Schofield (1996, p. 246) y C. Schmitt (1992, p. 280). La simpatía internacional provocada por las atrocidades representa un beneficio adicional para los insurgentes.

más importante, parece que, en realidad, indujeron a mucha gente a unirse a la resistencia. «Fuera cual fuera el propósito de la política alemana de represalias», señala Condit (1961, p. 268), «hizo poco para pacificar Grecia, para luchar contra el comunismo o para controlar a la población. En general, el resultado fue justo el opuesto. La quema de pueblos les dejó a muchos habitantes masculinos con pocos lugares a los que ir a no ser a las bandas guerrilleras. El asesinato de mujeres, niños y viejos alimentó el odio creciente hacia los alemanes y el deseo de venganza»[8]. Los observadores alemanes en la vecina Yugoslavia «concluyeron con franqueza que, más que disuadir la resistencia, la política de represalias estaba llevando a las armas de los partisanos a los serbios que, hasta entonces, habían sido pacíficos y políticamente indiferentes» (Browning, 1990, p. 68). Las represalias nazis tuvieron efectos similares por toda la Europa ocupada (Mazower, 1998, p. 179)[9]. Las represalias japonesas tuvieron efectos similares en el Asia ocupada[10].

El efecto contraproducente de la violencia indiscriminada va más allá de los niveles excesivos de la violencia nazi y japonesa. Ténganse en cuenta los siguientes ejemplos de Sudán (Darfur), Guatemala, Vietnam y Venezuela:

> Durante una semana pasada viajando en un camión de reparto cargado con unos 15 combatientes del Ejército de Liberación Sudanés o SLA, uno de los dos grupos rebeldes de Darfur, hubo una cosa que quedó tan clara como una Luna llena sobre el Sahara: buena parte de la responsabilidad del crecimiento de esta insurgencia ha de hallarse en el Gobierno de Jartum, dirigido por árabes [...]. Entre los soldados de a pie de la insurrección, las tácticas de los *janjaweed* [milicia pro gubernamental] y las fuerzas gubernamentales han removido un profundo pozo de ira y de desconfianza de forma que con unos pocos días basta para descubrir la fórmula para una insurrección: mata al pariente de un chico o róbale el ganado a alguien y ya ha nacido un rebelde. «Mataron a mi padre, así que me enrolé en el SLA», es como lo describe el joven Khalid Saleh Banat, de trece años (Sengupta, 2004, pp. A1 y A8).

[8] Según los historiadores, las represalias en Grecia tuvieron sólo la repercusión de la intimidación limitada y a nivel local (Hondros, 1993, pp. 155-156 y McNeill, 1947, pp. 57-58).

[9] Unión Soviética (Shepherd, 2002; Cooper, 1979; Armstrong, 1964, p. 30; Dallin *et al.*, 1964, p. 328), Polonia (Lotnik, 1999, p. 87), Bosnia (Gumz, 2001, p. 1037), Italia (Minardi, 2002, p. 8; Klinkhammer, 1997, p. 83; Collotti, 1996, p. 27; Pavone, 1994, p. 478) y Francia (Kedward, 1993, p. 190).

[10] China (Lary, 2001, pp. 109-110; Li, 1975, pp. 209-210 y 231), Filipinas (McCoy, 1980, p. 215; Kerkvliet, 1977, p. 68), Malaca (Keng, 1983), Birmania (Tucker, 2001) y Vietnam (Herrington, 1997, p. 21).

Inmediatamente después de que el ejército de Guatemala matara a unas 50 personas, mujeres y niños incluidos, en la aldea de La Estancia, 40 jóvenes, entre hombres y mujeres, dejaron la aldea para unirse a los guerrilleros (Carmack, 1988b, pp. 54-55).

«Cada vez que venía el ejército, aumentaban los amigos para el VC», dijo un campesino vietnamita sobre los ataques a su aldea del ejército survietnamita (Trullinger, 1994, p. 85).

Un guerrillero venezolano sugería que probablemente había un nuevo recluta por cada mujer violada por los soldados gubernamentales (Wickham-Crowley, 1990, p. 234)[11].

---

[11] Para exposiciones generales, véanse Rich y Stubbs (1997, p. 7), Andreopoulos (1994, p. 196), Bard O'Neill (1990, p. 80) y Molnar (1965, p. 117). Se han realizado observaciones semejantes sobre la Guerra de la Vendée (Laqueur, 1998, p. 24), la Revolución americana en Nueva Jersey (Shy, 1976, pp. 205-206), Carolina del Sur (Weir, 1985, p. 74) y Carolina del Norte (Escott y Crow, 1986, p. 393; Crow, 1985, pp. 145 y 173); la España ocupada por los franceses (Tone, 1994, p. 103); la guerra civil americana en Misuri, «donde la confederación en interés popular cuando Misuri fue "invadido" y ocupado por fuerzas militares a menudo brutales» (Fellman, 1989, p. 11) y en Carolina del Norte durante el mismo periodo, en el que el «terror no paralizaba a los guerrilleros; les daba poder» (Paludan, 1981, p 101); la guerra civil irlandesa de 1922-1923 (Laqueur, 1998, p. 180); la contrainsurgencia estadounidense en las Filipinas, en 1899-1902 (Linn, 1989, p. 85); la República Dominicana en 1917-1922 (Calder, 1984, pp. xiv y 123), y Nicaragua en los años veinte del siglo xx, donde «la violencia extrema de las fuerzas invasoras y de ocupación estimularon el rápido crecimiento del Ejército Defensor de Sandino» (Schroeder, 2000, p. 38); la guerra civil rusa (Werth, 1998, p. 115; Figes, 1996, pp. 565 y 583; Brovkin, 1994, p. 201); la guerra civil china (Thaxton, 1997, pp. 308-309; Hua y Thireau, 1996, p. 302; Griffin, 1976, p. 146); las represalias soviéticas en el Báltico, después de 1944 (Petersen, 2001); las insurrecciones antijaponesas y anticoloniales en Malaca (Stubbs, 1989, p. 256; Kheng, 1983, pp. 24 y 65; Kheng, 1980, p. 9; R. Thompson, 1966, p. 25; Clutterbuck, 1966, p. 161; Barton, 1953, p. 136); Kenia (D. Anderson, 2005, pp. 69 y 192-193; Paget, 1967, p. 29; Barnett y Njama, 1966, p. 197); Mozambique (Lubkemann, 2005, p. 496; Henriksen, 1983, p. 128) y Angola (Cann, 1997, p. 28); la Guerra de Independencia argelina (Butaud y Rialland, 1998, p. 103); La Violencia colombiana en los años cuarenta del siglo xx (Roldán, 2002, p. 209; Ortiz Sarmiento, 1990, p. 174; Henderson, 1985, pp. 143 y 180); la Guerra de Vietnam (Wiesner, 1988, p. 32; Race, 1973, p. 197; Klonis, 1972, p. 182; Taber, 1965, p. 95); Laos en los años sesenta del siglo xx (M. Brown, 2001, p. 26); Filipinas en los años cincuenta del siglo xx (Kerkvliet, 1977, p. 143; Crozier, 1960, p. 217) y más recientemente (McKenna, 1998, pp. 156 y 191-192; Jones, 1989, p. 125); Birmania en los años sesenta y setenta del siglo xx (Tucker, 2001, pp. 43 y 90); Chipre (Paget, 1967, p. 29); Cuba (Jones y Molnar, 1966, p. 71); Bangladesh en 1971 (Salik, 1978, p. 104); El Salvador (J. L. Anderson, 2004; Wood, 2003; Goodwin, 2001; Stanley, 1996; Siegel y Hackel, 1988, p. 115; Mason y Krane, 1989); Cuba y Perú en 1965; Venezuela, Colombia y Guatemala en los años sesenta del siglo xx; Nicaragua en los setenta (Wickham-Crowley, 1991, p. 43) y en los años ochenta (T. Brown, 2001, p. 26; Horton, 1998, pp. 13 y 179); Afganistán en los años ochenta (Cordesman y Wagner, 1990, p. 185; Barry O'Neill, 1990, p. 83); Guatemala en los ochenta (Stoll, 1993, pp. 15 y 119); Perú en los años ochenta del siglo xx (Manrique, 1998, p. 197; Starn, 1998, p. 230; Vargas Llosa, 1994, p. 221; Shave, 1994, p. 115); Colombia en los primeros años del siglo xxi (Semana, 2003); Sudán en los años ochenta del siglo xx (Keen, 1998 p. 22); Liberia (Duyvesteyn, 2000, pp. 200-201); Argelia en los años noventa

Con todo, decir exactamente por qué y cómo falla la violencia indiscriminada sigue sin estar especificado. Yo identificaré y examinaré cinco mecanismos posibles: las reacciones emocionales que ella provoca, su ambigua estructura de incentivos, la discriminación inversa, los incentivos selectivos para los rivales y la sobrestimación, por parte de aquellos que la usan, de la fuerza de los vínculos entre los actores políticos y los civiles[12].

Reacciones emocionales y normas de justicia

Maquiavelo (*El príncipe*, III, p. 19) afirmaba que el castigo «debería usarse con moderación para evitar dar motivos para el odio, pues ningún gobernante obtiene beneficios convirtiéndose en alguien odioso». Dado que la violencia indiscriminada pone como objetivos a las personas al margen de lo que hicieran o pudieran haber hecho, se percibe como profundamente injusta. El castigo injusto e inmoderado crea siempre una «mala impresión», en palabras de un cuadro del Vietcong (en Elliott, 2003, p. 91). Y, lo que es peor, puede hacer estallar una intensa reacción emocional (desde el «rencor» al «escándalo moral», la «alienación» y la «ira visceral»), haciendo que la gente tenga más voluntad para llevar a cabo acciones arriesgadas.

Que la violencia indiscriminada provoca resentimiento e ira es algo bien documentado (p. e., Tishkov, 2004, p. 142; Wiesner, 1988, p. 366). Un campesino guatemalteco le dijo a Warren (1998, p. 109) de qué modo la violencia indiscriminada podía transformar el miedo en ira: «Esto era tan fuerte, tan fuerte. Estabas inquieto, querías tener algún modo de defenderte. El sentimiento emergía… No era miedo sino ira. ¿Por qué venían a perseguirte si no tenías culpa de nada, si te dedicabas a trabajar honradamente? Te sentías mal; todos nos sentíamos así. Dolor pero también ira». Una y otra vez, la ira desencadena el deseo de actuar, tal como apuntaba, en 1823, uno de los más tempranos teóricos de la guerra irregular, J. F. A. Le Mière de Corvey: los civiles, normalmente, no se levantarían en armas contra las tropas re-

---

(Martínez, 1994, p. 104); Sierra Leona en los noventa (Richards, 1996, pp. 3-5); Sri Lanka (Senaratne, 1997, p. 67; Daniel, 1996, p. 170; Barry O'Neill, 1990, p. 81); Irlanda del Norte (Collins, 1999, pp. 5, 153); Cachemira (Mahmood, 2000, p. 78; Mishra, 2000); el Punjab en los años ochenta (Pettigrew, 2000, p. 206); la intervención de la ONU en Somalia en los años noventa (Peterson, 2000, p. 111); Kosovo (Hayden, 1999, p. 37); Chechenia (Gordon, 1999a), y la ocupación de Afganistán por parte de los Estados Unidos (Achakzai, 2003) e Iraq (Mahdi y Carroll, 2005; Maass, 2005, p. 41; Georgy, 2003).

[12] La violencia indiscriminada mata también a personas que, de otro modo, pudieran ser valiosas fuentes de información. En la cruda formulación de Kitson (1960, p. 95): «Aunque la mayoría de la gente sentía que los Mau Mau estaban mejor muertos, los preferíamos vivos. No es mucha la información que puede sacarse de un cadáver».

gulares; resulta difícil imaginar, por ejemplo, a los mercaderes de París constituyéndose ellos mismos en una fuerza de combate. Pero esta situación podría cambiar de repente si la casa de un civil fuera destruida y su mujer o sus hijos fueran asesinados (Laqueur, 1998, p. 113). El mecanismo crítico es a menudo el deseo de venganza. «Cuando llegó el NPFL», el líder insurgente liberiano Charles Taylor le dijo a Bill Berkeley (2001, p. 49): «No teníamos ni siquiera que actuar. La gente venía a nosotros y nos decía: "Dame una pistola. ¿Cómo puedo matar al hombre que mató a mi madre?"». Un hombre que fue capturado por una banda lealista en Carolina del Norte refería en 1781 que la banda «estaba formada por personas que se quejaban de las mayores crueldades, cometidas, bien a sus personas, o a sus propiedades. Algunas habían sido obligadas de forma ilegal a alistarse, otras habían sido azotadas y maltratadas, sin juicio; a otras, les habían quemado las casas y todas sus propiedades habían sido saqueadas y en los alrededores se habían cometido asesinatos bárbaros y crueles» (en Crow, 1985, p. 145).

La ira y el deseo de venganza producen una reacción armada tan sólo en la presencia de una organización que haga tal acción posible (Wickham-Crowley, 1990, p. 235; R. Thompson, 1966, p. 35; Gardner, 1962, p. 44). La ausencia de organizaciones, o la debilidad de las mismas, lleva a la pasividad o a acciones poco sistemáticas condenadas al fracaso; al margen de los ultrajes que haya hecho, los civiles no tendrán otra elección que la de colaborar con el actor indiscriminado. Por ejemplo, grupos izquierdistas armados de Argentina planearon conscientemente una campaña de terror para desatar el caos y desencadenar violencia indiscriminada por parte del ejército, de forma que se creara la insatisfacción general y se lanzara el proceso revolucionario. Tenían razón en lo referente a la capacidad del ejército para aterrorizar, pero también fueron eliminados en el proceso y la población no tuvo ninguna alternativa creíble; los rebeldes guatemaltecos, así como muchos otros insurgentes, hicieron unos cálculos erróneos semejantes.

Ambigua estructura de incentivos

La violencia indiscriminada por parte del bando gubernamental fracasa a menudo a la hora de generar una estructura clara de incentivos para la no colaboración con los rebeldes e incluso puede producir fuertes incentivos para la colaboración con éstos, lo que genera la defección en lugar de disuadir de ella. La sumisión es casi tan insegura como la insumisión porque es poco o nada lo que el «inocente» puede hacer para escapar al castigo y los «culpables» no están amenazados en mayor medida (a veces, lo están menos). «La naturaleza caprichosa de la represalia…, el tomar las víctimas al azar», señala Condit (1961, p. 268), «quiere decir que los griegos pro germanos o sus parientes sufrieron tanto como los griegos antigermanos. Bajo estas circunstancias, había pocas ventajas en ser colaborador [de los alemanes] [...]. A medida que crecía el número de gente sin hogar y de muertos, la población griega estuvo a la vez más afectada por el terror y se volvió más antigermana». En Kenia, se había vuelto peligroso no admitir el haber realizado el juramento Mau Mau porque «negar haber tomado el juramento era a menudo respondido [por parte de las tropas británicas] con una bala o un palo en la cabeza» (Barnett y Njama, 1966, p. 130).

Más aún, la violencia indiscriminada carece de casi todos los rasgos que se consideran, por lo general, necesarios para la eficacia de las sanciones: resulta normalmente tardía (p. e., Contini, 1997), a menudo arbitraria, inconsistente, errática y totalmente desproporcionada[13]. Es probable que la violencia ininteligible e impredecible suscite una reacción desfavorable (Leites y Wolf, 1970, p. 109). La incoherencia es chocante, desconcertante y puede ser una señal de debilidad (Lichbach, 1987, p. 287); le hace a uno sospechar que lo que pretendía una campaña era la mera aniquilación, frente a la cual, las posibilidades de supervivencia puede parecer que aumentan mediante la resistencia.

Estos problemas son, en gran parte, una consecuencia del hecho de que, por lo general, el control no consigue darse como consecuencia de la violencia indiscriminada. Lo cierto es que la lógica de la violencia indiscriminada requiere que sus objetivos potenciales sean capaces de prevenir su recurrencia mediante la denuncia de actos hostiles planeados por los insurgentes y de los que se supone que ellos están en-

[13] Kedward (1993, p. 181) señala que, en la Francia ocupada, «no se daba una coherencia en la respuesta alemana a los actos de la Resistencia armada que permitiese una correlación significativa entre diferentes tipos de acción del maquis e incidencia de las represalias». En la Serbia ocupada, los alemanes adoptaron una política de represalias particularmente dura para reprimir la resistencia: establecieron la ratio de represalias de 100 serbios por cada alemán asesinado. No obstante, muchos comandantes alemanes cumplieron con su cuota sacando de las cárceles ante todo a hombres judíos, como «el pozo más adecuado para obtener víctimas» (Browning, 1992, p. 134). Browning (1992, p. 135) añade que, en un caso, las represalias acabaron en unos absurdos tan grotescos como que las tropas mayoritariamente austríacas de la División 718 fusilaban a judíos austríacos refugiados en Sabac, como represalia por los ataques partisanos serbios contra el ejército alemán. De todos los oficiales alemanes en Serbia, sólo uno, Turner, pareció percibir la anomalía, pero se consolaba diciéndose que «los judíos que tenemos en los campos, después de todo, son también nacionalistas serbios y además tienen que desaparecer». Todorov (1996) cuenta un caso semejante en la Francia ocupada por los alemanes, con la decisión de represalias tomada por los colaboracionistas franceses. Lomasky (1991, p. 86) describe en forma de acertijo un absurdo más reciente pero bastante similar: el asalto al aeropuerto de Lod, en mayo de 1972. Pregunta: «¿Por qué comandos japoneses disparan sus ametralladoras checas contra pasajeros de Puerto Rico que salían en un vuelo de Air France desde un aeropuerto israelí?» Respuesta: «Para golpear al imperialismo americano».

terados. Además de la asunción de información, tal como se discutió en el capítulo precedente, esto puede funcionar sólo si los civiles obtienen una protección creíble por parte de los que detentan el poder; de otro modo, estarán expuestos a la contraviolencia insurgente. Una protección creíble requiere el establecimiento de un control gubernamental. A menudo, no obstante, los detentadores del poder baten una zona, matan a los civiles en acciones de represalia y se marchan. Los insurgentes escapan a menudo indemnes y vuelven pronto (Binford, 1996, p. 25; Geffray, 1990, p. 94; Wiesner, 1988, p. 128; Dallin *et. al.*, 1964, p. 328); éstos, o bien capitalizan el descontento de la gente, o bien fuerzan la colaboración amenazando con su propia violencia, más creíble (Sheehan, 1989, p. 115). En Bangladesh, en 1971, «un Rakazar (voluntario pro paquistaní) de Galimpur, en la Comandancia de Policía de Nawabganj, había ido como guía con una columna del ejército para barrer un escondrijo rebelde. Cuando volvieron, encontró a sus tres hijos asesinados y a una hija secuestrada» (Salik, 1978, p. 105). En 1941, un oficial alemán que servía en Ucrania razonaba del siguiente modo: «Si las tropas se limitasen a disparar a un buen número de vecinos que no están involucrados, mediante una represalia, y luego sencillamente a retirarse, el interés de los vecinos en encontrar a los bandidos se reduciría, eso de no desaparecer por completo, y aumentaría el peligro de un mayor apoyo a los bandidos» (citado en T. Anderson, 1999, p. 610). En un informe enviado a su cuartel general en abril-mayo de 1944, un comandante de campo alemán en la Grecia ocupada señalaba que la política de represalias no tenía ningún efecto reseñable porque no conllevaba el establecimiento de un control permanente en las áreas afectadas (Zervis, 1998, p. 221). Ésta es la razón por la que los expertos en contrainsurgencia (Thompson, 1966, pp. 114-117) recomiendan encarecidamente operaciones de «limpiar y mantener», en lugar de las de «investigar y limpiar», y avisan de que, cuando no existe la perspectiva de mantener una zona que puede ser limpiada, no debería hacerse esfuerzo alguno para implicar a los habitantes en el lado gubernamental porque «no es más que pedirles que se suiciden».

Discriminación inversa

La violencia indiscriminada gubernamental produce a menudo una discriminación inversa contra los «no rebeldes» y los «antirrebeldes» que, creyendo que su inocencia los protegía, no lo hicieron de forma efectiva. Considérese el ejemplo siguiente, de la Italia ocupada en 1944: un hombre de Neviano Arduini, una provincia de Parma, estaba esperando a los alemanes en la puerta de su casa. «Era un fascista; por tanto, les dio la bienvenida nada más verlos. Le ordenaron que les

mostrase sus documentos; entró en casa y salió con su tarjeta de identidad en una mano. Apenas había salido cuando lo dispararon en la cabeza y lo mataron. Así; delante de sus hijos. Luego le ordenaron a su mujer que les hiciera unos huevos y se los comieron, allí mismo, con el cadáver tendido en el suelo» (Minardi, 2002, p. 6).

Las represalias alemanas durante las campañas antiguerilleras en la Unión Soviética victimizaban con frecuencia a los *starostas* (personas mayores) pro germanos (Armstrong, 1964, p. 40). Las barridas contrainsurgentes llevadas a cabo por los británicos en Kenia tendían a coger a los nacionalistas moderados, pues los militantes radicales, mucho más precavidos y temerosos, huían a los bosques (D. Anderson, 2005, p. 63). En su detallada investigación de la masacre de El Mozote, en El Salvador, Binford (1996, p. 115) concluye que la gente que mataba el ejército «era la menos *decidida* (es decir, la menos "convencida", queriendo decir, en este contexto, la menos "convencida políticamente" [...]. Antes de la masacre, en torno al 70 por 100 de los habitantes de preguerra de El Mozote se marcharon; algunas docenas de éstos se habían alistado en las filas del ERP [insurgente] o apoyaban al Gobierno. Aquellos que no hicieron nada de esto fueron asesinados». Un hombre griego (Papakonstantinou, 1999, p. 313) recuerda en sus memorias cómo, un día, se enteró de que los alemanes arrestarían a un buen número de personas en su ciudad natal, en el norte de Grecia. Tras ver los nombres en la lista negra, se propuso advertir a esta gente de que su vida estaba en peligro y que lo que mejor podían hacer era marcharse. Uno de ellos, un antiguo comunista desilusionado, se negó: «Yo he cortado mis lazos con el Partido; ahora no estoy metido en nada, ¿por qué habría de huir?». Fue arrestado y ejecutado, mientras que los comunistas de verdad huyeron. De igual modo, un aldeano griego (Svolos, 1990, p. 22) cuenta: «Una tarde, los alemanes hicieron una batida en nuestro pueblo y fueron a coger justo a todos los hombres que encontraron en casa. De hecho, encontraron y cogieron precisamente a aquellos hombres que no estaban asociados [con los partisanos] y, por ello, no tenían ninguna razón para tener miedo. Los encontraron y los cogieron porque aquellos que habían tomado partido [y estaban asociados con lo partisanos] solían dejar la aldea por la noche y dormir fuera». Un comandante americano que servía en la República Dominicana resumía este problema en su informe (citado en Calder, 1984, p. 154) sobre los campos de concentración para el internamiento de civiles: «Como medida militar, la concentración no producía ningún buen resultado. Los buenos hombres llegaban y los malos seguían fuera, pero no se los encontraba».

El resultado de tales acciones había de ser obvio. Tal y como señala Stoll al hablar sobre Guatemala (1993, p. 120): «El ejército era tan indiscriminado que oí casos en los que hasta miembros muy ínti-

mos de la familia de los objetivos del EGP [rebeldes] huían adonde la guerrilla [del EGP] para pedir protección porque ellos eran mucho más selectivos a la hora de definir a su enemigo».

Incentivos selectivos para los rivales

La violencia indiscriminada les permite a los insurgentes solucionar los problemas de acción colectiva convirtiendo la protección de la población civil en un incentivo selectivo. La protección emerge como un bien *sólo* a causa de la violencia indiscriminada. A medida que ésta escala, lo mismo hace el valor de protección contra ella. Los civiles que maximizan la supervivencia es probable que colaboren con un actor político que les ofrezca protección de un modo creíble cuando su rival produce sólo violencia indiscriminada. En El Salvador, apuntaba Cabarrús (1983, p. 195), el poder de la organización revolucionaria era su capacidad para ofrecerles seguridad a sus miembros. Cuando le preguntaron por qué se había enrolado, un insurgente salvadoreño respondió que «no tenía elección [...]; era una cuestión de supervivencia. Aquéllos eran los días en los que *no* ir significaba que te mataban» (J. L. Anderson, 2004, p. 222). Un antiguo rebelde musulmán en el sur de Filipinas incidía en que él «se había enrolado a causa de la violencia creada por el Ilaga [combatientes cristianos]; porque, en aquella época, cuando había problemas, no había ningún lugar seguro» (en McKenna, 1998, p. 183). En la Francia ocupada, «cuando los actos de represalia se añadían a las redadas indiscriminadas y al residuo de colaboracionismo de Vichy, la presión sobre la población en multitud de localidades para mirar al maquis como un lugar en el que refugiarse o como una organización receptiva y movilizadora resultaba bastante alta» (Kedward, 1993, p. 190).

Bajo estas circunstancias, la participación en la rebelión no conlleva problema alguno de acción colectiva; al contrario que la no participación[14]. Y, más aún, el actor que ofrece protección puede decidir si convertirla en un bien público disponible para todos o usarla como sanción contra individuos o comunidades particulares[15]. Esta última opción convierte a la violencia indiscriminada en extremadamente

[14] Sobre este particular, véase Tone (1994, p. 78), Stoll (1993, p. 20) y Davis (1988, p. 23).

[15] En la China ocupada por los japoneses, los comunistas podían enseñarles a los campesinos cómo enfrentarse a los ataques japoneses, siguiendo el método *paofan* de «corre a refugiarte cuando el enemigo ataque». Induciendo a la disciplina colectiva y eliminando el andar por libre, éstos eran capaces de convertir a los campesinos en un grupo disciplinado; a cambio, los campesinos ganaban en seguridad, algo que no podrían haber conseguido por sí solos (Wou, 1994, p. 231). Tácticas similares han sido usadas en muchos lugares, incluyendo métodos tales como el ocultarse en el sitio mediante la construcción de túneles comunitarios subterráneos (Vietnam), búnkeres (Lituania) u hoyos de protección y cuevas (Latinoamérica) (Wickham-Crowley, 1991, p. 43; Lansdale, 1964, p. 85).

contraproducente: la decisión por parte de los insurgentes de no proteger una aldea que no resulta amistosa para ellos equivale a dejarla expuesta a la violencia gubernamental: en otras palabras, usar a los enemigos propios como los que lo refuerzan a uno mismo[16].

Sobrestimar la fuerza de los vínculos entre los actores políticos y los civiles

Más allá de inducir a los civiles a proporcionar información sobre actividades hostiles, la lógica de la violencia indiscriminada asume que los civiles sean capaces de presionar a los actores armados para que disminuyan el nivel de sus actividades. Esto requiere que los civiles tengan acceso a los actores armados e influencia sobre ellos y que, a la inversa, los actores armados se preocupen por los civiles. Esta idea es razonable porque los actores armados dependen de sus colaboradores civiles y no desean alienarlos.

Lo cierto es que hay ejemplos en los que los insurgentes han reducido o incluso suspendido sus actividades a causa del daño impuesto por la violencia masiva indiscriminada sobre la población civil. La resistencia noruega rechazó las tácticas agresivas en 1943 como resultado de la violencia indiscriminada alemana y justificó su decisión como sigue: «Estamos convencidos de que [los asaltos activos sobre el enemigo] traen desastres a la gente y el país que están fuera de toda proporción respecto de las ganancias militares y que ello desbarata y destruye el trabajo de larga duración de los preparativos civiles y militares que promete ser de la mayor importancia para la nación» (citado en Riste y Nökleby, 1973, pp. 68-69)[17]. De igual modo, hay evidencias de que, a veces, los insurgentes suspenden algunas de sus actividades a nivel local a causa del impacto negativo de la violencia indiscriminada; en especial, cuando son débiles (p. e., Fenoglio, 1973, pp. 166-167). En la Grecia ocupada, los agentes británicos informaron de que las represalias habían tenido un impacto negativo en la popularidad de las guerrillas y tenían razón: un documento interno comunista informaba de que «la gente de la aldea nos estaba apoyando, pero, después de su destrucción [por parte de los alemanes], empezaron a volverse contra nosotros»[18]. Cuando se les presio-

[16] Un giro interesante: como sanción por la evasión de impuestos, el Vietcong enviaba a los ofensores a «reeducarse» a pueblos que eran bombardeados por el ejército gubernamental.

[17] La misma lógica parece haber guiado a las guerrillas Cetnik en la Yugoslavia ocupada para bajar el tono de su actividad.

[18] «Report by Lt. Col. R. P. McCullen on Present Conditions in the Peloponnese», PRO, HS 5/699; «report about Markopoulo, 13 October 1944», ASKI, KKE 418 24/2/106.

nó para que extendieran la lucha a las ciudades iniciando la guerra total, los partisanos griegos plantearon objeciones sobre la base de que las represalias esperables volverían a la población en contra de ellos (Mathiopoulos, 1980, p. ix). Más aún, durante mi trabajo de investigación en Grecia, pude descubrir unos cuantos casos en los que los civiles tuvieron éxito a la hora de presionar a los rebeldes para que suspendieran su actividad y libraran así a las aldeas de represalias (p. e., Frangoulis, 1988, p. 52)[19].

No obstante, los insurgentes pueden también dejar de lado las exigencias civiles; y esto será más probable cuando procedan de pueblos con lazos débiles hacia ellos. A los aldeanos de Malandreni, en la región griega de la Argólida, se les dijo en abril de 1944 que un oficial alemán los visitaría en un día dado. Al enterarse de esta visita, los partisanos, dirigidos por los comunistas, decidieron tender una emboscada. Temiendo a las represalias alemanas, los aldeanos exigieron que el brazo local del Partido Comunista interviniera con los partisanos y cancelasen la emboscada. El secretario del Partido describe la reacción de su jefe regional: «¿Quién te crees que eres, camarada?», le dijeron. «¿Un representante de los alemanes?» A lo que él respondió: «No, camarada, sólo he venido a comparar el beneficio [de tenderles una emboscada a los alemanes] con su coste; a eso he venido». «Los alemanes han quemado muchos otros pueblos», replicó el jefe, «pero estos pueblos se unieron a los partisanos» (Nassis, sin fecha, p. 11). De igual modo, cuando se le pidió liberar a los rehenes que estaba tomando para salvar la ciudad de Saint-Amand de las represalias alemanas en el verano de 1944, el comandante *maquisard* François replicó: «Saint-Amand no podría preocuparme menos; los hombres sólo tenían que irse al maquis, como hicimos nosotros» (Todorov, 1996, p. 72). No resulta sorprendente entonces que los civiles culpen a menudo a los insurgentes de las masacres gubernamentales. Tal y como dijo uno de los habitantes de Saint-Amand después de que los *maquisards* se marcharan de la ciudad: «El 7 de junio, el maquis pidió unas rondas de bebidas y, el 8 de junio, nos dejó la tarea de pagar el cheque» (Todorov, 1996, pp. 42-43). Su eco resuena sesenta años más tarde en la voz del jeque de la ciudad de Labado en Darfur (Sudán): «Estamos enfadados con el SLA porque nos está llevando a esta situación. Nos han llevado todas nuestras posesiones y nuestras casas, pero se marchan y no nos defienden» (en Polgreen, 2005, p. A3)[20].

[19] Petersen (2001, pp. 196-197) cita incidentes semejantes en la aldea lituana de Samogitia durante la guerra de guerrillas contra el régimen soviético justo después del final de la Segunda Guerra Mundial.

[20] Casos de civiles que culpan a los rebeldes por haber provocado la violencia de las represalias gubernamentales aparecen en la Italia ocupada por los alemanes (Contini, 1997; Pavone, 1994, pp. 482-483) y en Grecia (Liapis, 1994, pp. 202-205), en Vietnam (Elliott, 2003,

Por lo general, los insurgentes son conscientes de los riesgos que fuerzan sobre la población civil desde el comienzo y generalmente son reticentes a dejar de luchar a causa de ella. Con todo, la ausencia de información los lleva a los detentadores del poder (al menos, al principio) a sobrestimar la fuerza de los vínculos entre los civiles y los insurgentes, tal como se sugiere en diversos ejemplos de la guerra civil en Misuri, Malaca y Etiopía:

> Asumiendo que todos los habitantes de Misuri eran enemigos, los regimientos de Kansas consideraron que su tarea era la de suprimirlos, privarlos de los medios de resistencia a la autoridad de la Unión de la forma más sistemática que se pudiera [...]. Para ellos, todos los habitantes de Misuri eran traidores por naturaleza (Fellman, 1989, pp. 35-36).

> Todos los chinos eran unos bandidos de hecho o en potencia y sólo había un trato para ellos; había que «apalearlos». Si no se les diera un puñetazo en la mandíbula, con una patada en la barriga se podría tener el resultado deseado (Stubbs, 1989, p. 73).

> En definitiva, sabemos que los civiles serán heridos. Pero, sabiendo que la gente simpatiza con los rebeldes, la orden es la de bombardear todo lo que se mueva (De Waal, 1991, p. 123).

En su estudio de observación participativa sobre un gueto católico en Belfast, Sluka (1989, pp. 288-289 y 300) describía cómo el uso de la violencia indiscriminada por parte de los detentadores del poder ayudaba a formar las identidades pro insurgentes entre sus objetivos civiles:

> A causa del estereotipo de que «toda» la gente en Divis, o bien pertenece al IRA y al INLA, o bien lo apoya con fuerza, las fuerzas de seguridad los tratan a todos ellos como simpatizantes de la guerrilla y los lealistas paramilitares los consideran a todos ellos como objetivos legítimos para el asesinato político. Esto ha tenido como consecuencia el que muchos de los que no apoyaban al IRA o al INLA antes se hayan hecho seguidores, simpatizantes y, en algunos casos, hasta miembros, hoy. Para la policía o los soldados británicos, una de las mejores formas para convertir a la gente políticamente moderada o apática que reside en Divis en seguidores o miembros del IRA y el

p. 1135; Wiesner, 1988, p. 64), en Nicaragua (Horton, 1998, p. 168), en Guatemala (Debray, 1975, p. 331), en Perú (M. F. Brown y Fernández, 1991, p. 168), en la guerra civil rusa (Figes, 1996, p. 1098) y en la URSS ocupada por los alemanes (T. Anderson, 1999, p. 609).

> INLA es la de hostigarla, intimidarla y maltratarla injustamente y, para los lealistas extremistas, la de asesinar a miembros de la comunidad [...]. La represión de la población católica por parte de las Fuerzas de Seguridad basta para generar suficiente apoyo a las guerrillas como para asegurar su supervivencia.

5. ¿Por qué se da la violencia indiscriminada?

A pesar de la ausencia de una evidencia empírica sistemática, resulta plausible afirmar que el propósito disuasorio de la violencia indiscriminada a menudo no funciona. Puesta frente a los altos niveles de violencia indiscriminada, mucha gente prefiere unirse al actor rival antes que morir en una muerte indefensa. Como ocurrió en la Vendée, donde los campesinos desesperados se vieron obligados, a causa de la violencia indiscriminada republicana, a unirse a los contrarrevolucionarios, ellos prefieren «vender su vida al precio más alto, defendiéndose con vehemencia» (Babeuf, 1987, p. 120). ¿Cómo vamos entonces a dar cuenta de la frecuencia con la que se usa la violencia indiscriminada?

La mayoría de las «explicaciones» de la violencia indiscriminada ponen el foco en el nivel individual. La combinación de débil disciplina y fuertes emociones genera frustración y estrés, llevando finalmente a la violencia indiscriminada. De acuerdo con Grossman (1995, p. 179), «la reciente pérdida de amigos y líderes adorados en el combate puede también suscitar violencia en el campo de batalla [...]. En muchas circunstancias, los soldados reaccionan con odio (que es uno de los más conocidos estadios de respuesta a la muerte), y luego es la pérdida de camaradas la que suscita el asesinato [...]. El asesinato por venganza durante un estallido de ira ha sido un tema recurrente a lo largo de la historia y tiene que ser considerado en la ecuación global de factores que permiten el asesinato en el campo de batalla».

Un campesino guatemalteco justificaba la violencia del ejército en términos similares (citado en Warren, 1998, p. 100): «Cuando mataban a gente, era porque estaban llenos de ira porque sus compañeros de armas habían sido matados en la batalla». Esto es particularmente cierto allá donde los insurgentes evitan el combate abierto y es prácticamente imposible distinguir a los civiles de los rebeldes (Paludan, 1981, p. 94; Li, 1975, p. 232); los soldados, prosigue este argumento, tenderán a desahogar su ira mediante el uso de la violencia de forma indiscriminada contra los civiles, en especial, cuando llegan a la conclusión –tal como hizo un lealista americano en 1780– de que «todo hombre es un soldado» (Weir, 1985, p. 74). El

miedo es otra emoción que se asocia a la violencia indiscriminada (Fellman, 1989, p. 128), lo mismo que lo es la búsqueda de placer (Katz, 1988; Leites y Wolf, 1970, pp. 92-94). Muchos luchadores en Misuri vieron la guerra como una forma de caza (Fellman, 1989, pp. 176-184); las unidades de elite de los Selous Scouts de Rhodesia atrajeron a «extravertidos envanecidos y a unos pocos asesinos psicópatas» (Flower, 1987, p. 124). Las actitudes racistas no pueden ser tampoco dejadas de lado. Tal y como apunta Sheehan (1989, p. 110) sobre el ejército survietnamita, la mayoría de «los oficiales de Saigón no sentían culpa alguna por esta carnicería y por este sadismo [...]. Ellos veían a los campesinos como una suerte de subespecie. Ellos no estaban quitando vidas humanas ni destrozando hogares humanos. Ellos estaban exterminando a animales traicioneros y pateando sus madrigueras»[21]. Tal y como ya se ha visto, las guerras civiles ofrecen multitud de oportunidades para la extorsión y el chantaje, mientras que estar expuesto al peligro y a la muerte provoca embrutecimiento. Estas actitudes se ven agravadas por la falta de recursos: los soldados obligados a vivir de la tierra no tratarán de evitar la violencia indiscriminada (De Waal, 1991, p. 43). No obstante, aunque éstos son determinantes individuales plausibles de la violencia indiscriminada, siguen siendo insatisfactorios por lo poco que dicen sobre los incentivos o los constreñimientos a nivel colectivo; tampoco resulta claro si las emociones y las actitudes, tales como el miedo, la ira o el racismo son las causas, los correlatos o los resultados del uso de la violencia indiscriminada.

La persistencia de la violencia indiscriminada también ha suscitado la especulación de que se trata de un reflejo irracional de ideologías particulares (Klinkhammer, 1997, p. 101) o el resultado de la «adrenalina de las zonas de guerra» (Loizos, 1988, p. 650); cualquier lógica de disuasión es tan sólo una «tapadera» del genocidio total o de los actos de venganza puros o mitigados sobre una población indefensa (Paggi, 1996). Antes de recurrir a la irracionalidad ideológica, no obstante, tiene sentido examinar y rechazar las explicaciones alternativas. Pasaré revista a cuatro explicaciones posibles de por qué se observa la violencia indiscriminada: ésta puede ser un artefacto que resulta de datos truncados o reflejar ignorancia, coste o constreñimientos institucionales.

---

[21] La observación de John Kerry en sus notas de guerra es de lo más expresiva: «La idea popular era la de que, de algún modo, los "asiáticos" sencillamente no tenían mucha personalidad... Eran unos "cabezas huecas" ignorantes, tan sólo unos campesinos sin sentimientos ni esperanzas». Los mensajes con órdenes militares que pedían asesinatos a su equipo acababan con las palabras «Buena caza». El comentario de Kerry: «¿Buena caza? Cristo Santo... ¿Te crees que vamos a ir a buscar ciervos o algo así?» (en Brinkley, 2003, pp. 57-58).

Lo poco que se ve de la violencia selectiva puede llevar a una excesiva sobrestimación de la violencia indiscriminada. Para uno, la violencia selectiva está mucho más extendida de lo que se asume. Por ejemplo, los asesinatos perpetrados por los alemanes a personas «denunciadas como partisanos por sus propios vecinos» en el área de Ucrania estudiada por Truman Anderson (1999, p. 621) rivalizaba de forma acumulativa con dos grandes masacres en la misma zona. Fueron más las personas asesinadas por los paramilitares colombianos de derecha en torno a la ciudad de Dabeiba de un modo individualizado de las que fueron asesinadas en masacres visibles (S. Wilson, 2002). En mi propio estudio en la región de la Argólida, en Grecia, descubrí que había la misma probabilidad de que las víctimas civiles fueran producidas por la violencia selectiva que por la violencia indiscriminada (49,86 por 100 asesinados de forma selectiva y 50,14 por 100, de forma indiscriminada), lo que poco tiene que ver con la impresión transmitida por la obra que ha llevado a cabo el mejor tratamiento histórico de los acontecimientos en la región (Meyer, 2002), que está repleta de ejemplos de violencia indiscriminada.

Más aún, muchos de los ejemplos de violencia pueden ser mal descifrados como indiscriminados. Las masacres de 1997 en Argelia tenían como objetivo a familias y vecindades específicas (Kalyvas, 1999). El ataque Mau Mau contra la aldea keniana de Lari, en 1953, provocó la muerte de 74 personas, mientras que otras 50 fueron heridas; esta masacre se describió en todas partes como indiscriminada. No obstante, David Anderson (2005, pp. 127-128) descubrió que se hallaba «lejos de ser aleatoria en cuanto a su violencia», y que tuvo como objetivo las familias de los jefes locales, de los ex jefes, de los cabecillas, de los consejeros y de los líderes de la milicia local; éste añade que «las víctimas habían sido cuidadosamente seleccionadas; sus caseríos habían sido identificados y diferenciados [...]. A los vecinos se los dejó en paz mientras las bandas se ocupaban de sus asuntos, moviéndose cada grupo de ataque de forma sistemática entre los dos o tres caseríos a los que se les había asignado la responsabilidad». Lo mismo resulta cierto en algunas masacres de la Colombia rural durante los años cincuenta del siglo XX (Henderson, 1985, p. 150). Uno de los líderes de los hombres que atacaron la aldea colombiana de El Topacio, en mayo de 1952, «conocía el lugar y a su gente» y deambuló de casa en casa tocando un instrumento musical, el *tiple*. «Aquel día, el músico fue al mismo tiempo juez y jurado, pues, allá donde se iba parando, los bandidos procedían y disparaban a todo hombre o muchacho. Sólo en aquel incidente murieron 91». También en Colombia, la masacre de 140

hombres y muchachos del pueblo de San Pablo a principios de 1953 parece indiscriminada hasta que uno conoce que las víctimas eran todos liberales cuyas credenciales habían sido «cuidadosamente contrastadas para verificar la afiliación» (Henderson, 1985, p. 152).

Cuando el Vietcong atacó un distrito de Binh Son en 1967, quemaron una sección de seis casas pero no las casas adyacentes (West, 1985, p. 273)[22]. De igual modo, las casas de unas 30 personas en la ciudad afgana de Shakar Daria fueron quemadas por los talibanes, pero el resto de la aldea se dejó indemne (Waldman, 2002, p. A9). La violencia desencadenada por el régimen guatemalteco a principios de los años ochenta del siglo XX discriminaba sobre la base de la ubicación; uno de sus rasgos más notables era que «a pueblos que eran vecinos les fue muy diferente: uno podría ser destruido mientras al otro se le dejaba intacto, dependiendo de lo que el ejército entendía que era el apoyo a la guerrilla» (Green, 1995, p. 114). Los pueblos guatemaltecos que se situaban en áreas de gran actividad de la guerrilla pero que «no tenían la reputación de estar tomados por los guerrilleros» no fueron atacados por el ejército (Davis, 1988, p. 25). Cuando las fuerzas serbias atacaron la aldea de Bukos en Kosovo e «hicieron que los aldeanos albaneses huyeran», no tocaron a una aldea semejante de la vecindad, Novo Selo, probablemente «porque no había guerrilleros del Ejército de Liberación de Kosovo en la aldea, dijeron los que allí residían» (Gall, 1999, p. A6). La violencia aparentemente indiscriminada del ejército ruso en Chechenia no fue ciega: algunas aldeas siguieron en pie «indemnes: una recompensa, dirán los oficiales rusos, a aquellos que no prestaron ayuda a los rebeldes y cooperaron con el ejército ruso» (Gordon, 1999b, p. A1).

Finalmente, los actores armados a menudo se contendrán sin recurrir a la violencia indiscriminada aun cuando tengan la capacidad para ejercerla (p. e., McGrath, 1997, p. 112), algo que, por lo general, no se dice. Por ejemplo, los alemanes a menudo no llevaron a cabo represalias colectivas (Lotnik, 1999, p. 61; Pavone, 1994, p. 481; Fleischer, 1979). Tal y como señala Rana Mitter (2000, p. 180) sobre Manchuria, «la impresión que da, en otras palabras, es que los japoneses ejercieron una violencia aleatoria en Manchuria, mientras que la evidencia sugiere que la violencia era parte de un repertorio completo de técnicas de coerción y que la cooptación siguió siendo su opción preferida cuando fue posible».

En suma, es probable que el significado de la violencia indiscriminada se exagere a causa de una lectura especiosa de los datos dis-

[22] West (1985, p. 273) consta también la sorprendente ausencia de reacción a este patrón: «Nadie preguntó por qué el VC las había seleccionado».

ponibles. Este tipo de violencia puede que sea menos frecuente de lo que generalmente se piensa. Aun cuando esto sea cierto, no obstante, uno sigue necesitando aún explicar por qué ocurre.

Ignorancia

Robert Thompson (1966, p. 84) refiere una broma: «Sólo hay dos tipos de generales en la contrainsurgencia: ¡los que aún no han aprendido y los que no aprenderán jamás!». La mayoría de los informes sobre la violencia indiscriminada la explican refiriéndose a la ignorancia y a la incompetencia organizativa. La Guerra de Vietnam ofrece un ejemplo de primer orden. Durante años, el liderazgo militar de los Estados Unidos fracasó a la hora de captar la naturaleza de la guerra (West, 1985, p. 256). Tal y como recordaba un general: «Pronto, después de haber llegado a Vietnam, se hizo obvio para mí que ni yo tenía una comprensión real de la naturaleza de la guerra ni ninguna idea clara sobre cómo ganarla» (citado en Thayer, 1985, p. 3). «Salgamos y matemos a algún vietcong y luego podremos preocuparnos de qué dicen los servicios de inteligencia», bromeaba un general recién llegado (R. Thompson, 1966, p. 84). La ausencia de líneas de frente resultó ser un obstáculo cognitivo mayor para los oficiales formados en la guerra convencional. A resultas de ello, buena parte de los datos generados por el conflicto no eran procesados convenientemente (Thayer, 1985, p. 4). De ahí que «una base teórica para el programa de violencia, coherente tanto internamente como con las condiciones objetivas, nunca fue articulada a pesar del número de vidas consumidas diariamente. La base para el uso de la violencia era un residuo de las doctrinas militares para tratar con unidades militares amistosas que operan en territorio extranjero hostil» (Race, 1973, p. 227). Algunas metáforas describen la dificultad que tienen los ejércitos convencionales al luchar en guerras irregulares, desde el sarcasmo de T. E. Lawrence de que la guerra irregular es «caótica y lenta, como el comer la sopa con un cuchillo» hasta el aforismo del coronel Bigeard («No se matan moscas a cañonazos») y hasta la puntualización más reciente hecha por el teniente coronel Todd McCaffrey en Iraq de que luchar en una guerra dirigida por los servicios de inteligencia con un ejército convencional es algo así como «enseñarle a un elefante a que baile *ballet*» (en Negus, 2004, p. 5).

Los siguientes determinantes de esta ignorancia incluyen el optimismo excesivo y la falta de preparación, junto con la percepción de que la amenaza planteada por una rebelión es poca[23]; malentendidos

[23] Fall (2000, p. 115), Cann (1997, p. 63) y Paget (1967, p. 33).

fundamentales sobre la naturaleza de la guerra irregular[24]; organización y entrenamiento inadecuados[25] o tan sólo pura incompetencia profesional y corrupción[26]; la débil memoria institucional, apuntada a menudo, y el retraso en el aprendizaje y la actualización de la doctrina bélica, una tendencia epitomizada en el dicho de que los militares luchan no la guerra actual sino la anterior[27]; la prevalencia de estructuras autoritarias dentro de los militares[28]; su politización y/o corrupción[29]; y, finalmente, el simple racismo[30]. Un problema con estas explicaciones es que parecen incapaces de dar cuenta de la desconcertante variación en los niveles de la violencia indiscriminada. Por ejemplo, en la URSS ocupada, los alemanes variaban de forma considerable el tipo e intensidad de la violencia que usaban.

Por último, la ignorancia ha de ser calificada como una causa de violencia indiscriminada porque los actores políticos a menudo parecen conscientes de sus efectos nocivos desde el principio. Durante la guerra civil española, los republicanos catalanes advirtieron sobre que la violencia indiscriminada contra los oponentes en la zona republicana estaba suscitando un «clima contrarrevolucionario en la retaguardia» (De la Cueva, 1998, p. 360), aunque no impidieron su uso. Tras una ola particularmente sangrienta de represalias en Grecia, el ministro plenipotenciario alemán para el Sureste de Europa, Hermann Neubacher, se quejaba al comandante militar de una zona tan relevante como aquélla: «Es una pura locura matar a bebés [...] porque unos bandidos rojos fuertemente armados se hayan alojado durante la noche, por la fuerza, en sus casas o porque hayan matado a dos soldados alemanes cerca de la aldea. El efecto político de este baño de sangre sin sentido, sin ninguna duda, sobrepasa con mucho el efecto de todos los esfuerzos propagandísticos en nuestra lucha contra el comunismo» (citado en Condit, 1961, p. 268)[31]. Con todo, los alemanes siguieron recurriendo a las represalias

[24] Harmon (1992, p. 44) y Sarkesian (1989, pp. 44-45).

[25] Paget (1967, p. 31).

[26] Ellsberg (2003, p. 115), Downie (1998, p. 133), Stubbs (1989, p. 70), Siegel y Hackel (1988, pp. 116-117), Leites y Wolf (1970, pp. 92-94), Paget (1967, p. 78) y Kitson (1960, p. 192).

[27] Downie (1998), Garvin (1991, p. 9), Blaufarb y Tanham (1989, p. 23) y Trinquier (1964, p. 61). Parece que las lecciones aprendidas en Corea fueron desatendidas en Vietnam y, de igual modo, las lecciones de Vietnam, en América Central (Downie, 1998, pp. 158 y 251; Katz, 1975, p. 589).

[28] Mason y Krane (1989).

[29] Blaufarb y Tanham (1989, p. 19).

[30] Heer y Naumann (2000), Li (1975, p. 231) y Welch (1974, p. 237). Un soldado americano en Iraq explicaba un ejemplo del brutal comportamiento americano como sigue: «De algún modo, lo miré lo mismo que los universitarios veteranos fastidiando a los novatos. Nosotros siendo los veteranos; los iraquíes siendo los novatos» (en Filkins, 2005, p. 92).

[31] Klinkhammer (1997, p. 84) y T. Anderson (1995, p. 342) documentan dudas muy parecidas entre los oficiales alemanes en Italia y Ucrania.

en masa. La desgarbada literatura de la contrainsurgencia americana de los años cincuenta y sesenta del siglo XX está repleta de advertencias sobre los efectos negativos de la violencia indiscriminada; incluyendo decenas de estudios realizados por equipos oficiales y semioficiales, tales como la Operations Research Office, la Special Operations Research Office, el Contrainsurgency Information Analysis Center o el Center for Research in Social Systems[32]. Los Social Science Research Studies, de amplia distribución, centrados en diversos aspectos de la Guerra de Vietnam, señalaban «que, en términos de lealtad y respeto, era más lo que se estaba perdiendo por parte del GVN y los americanos, que lo que se había ganado hiriendo al VC mediante el bombardeo y la destrucción de sus pueblos, incluso allí donde había plazas fuertes y bases de combate del VC» (Wiesner, 1988, pp. 122-123). Estos argumentos fueron diseminados y popularizados en revistas como *Foreign Affairs* (p. e., Landsdale, 1964). Lo cierto es que los militares eran muy conscientes, a finales de los años sesenta del siglo XX, de que «herir o matar a pobres civiles contribuía de forma inevitable a la causa comunista» (en Bilton y Sim, 1992, p. 40). Con todo, las fuerzas de los Estados Unidos bombardearon y destruyeron incontables aldeas survietnamitas durante muchos años. De forma más reciente, el ejército ruso parece haber sido muy consciente de los efectos de la violencia indiscriminada en Chechenia y, con todo, esta información ha sido en buena medida ignorada[33]. De ahí que la cuestión haya de ser replanteada: ¿por qué emplear la violencia indiscriminada *en presencia* del conocimiento de sus efectos contraproducentes? Yo señalaré dos factores: el coste y las distorsiones institucionales.

[32] «Los guerrilleros pueden iniciar actos de violencia en comunidades que están cooperando con la mayor seriedad, para provocar represalias injustas contra estas comunidades. El castigo injusto o fuera de lugar en manos de la fuerza de ocupación es muy explotado por las guerrillas para ganar simpatizantes y para fortalecer su propia causa» («Operations against Guerrilla Forces», citado en Barton, 1953, p. 3). Estudios de gran aliento, tales como el Proyecto Camelot y el Proyecto Agile, llegaron a conclusiones parecidas (M. F. Brown y Fernández, 1991, pp. 111 y 204). Véase también Ferguson (1975), Jones y Molnar (1966), Molnar (1965), Gardner (1962), Condit (1961) y Barton (1953).

[33] Un general ruso señalaba, en agosto de 1999, que «no debería haber pérdidas entre los civiles. Para destruir a un bandido, si se cobija bajo un civil, hemos de separar primero a los civiles del bandido y luego ocuparnos de los bandidos» (Bohlen, 1999, p. A1). De hecho, analistas rusos afirmaban que los rebeldes chechenos podrían, en realidad, tratar de provocar violencia indiscriminada por parte de los militares rusos (Gordon, 1999a). Con todo, los rusos recurrieron a la violencia indiscriminada, lo que, al principio, unió a los divididos chechenos. Shamil Basayev, el más conocido señor de la guerra checheno, decía sarcásticamente que le estaba «sinceramente agradecido» a Rusia por haber creado un nuevo sentido de la unidad entre su pueblo (*Economist*, pp. 9-15, octubre de 1999). Por último, la guerra evolucionó hacia un punto muerto en el que, «paradójicamente», las tácticas rusas «endurecían la resistencia», y los luchadores chechenos «ya no eran capaces de enfrentarse de frente a las tropas rusas, pero seguían dispuestos a infligir tanto dolor como fuera posible en nombre de la independencia chechena» (Myers, 2002, p. A6).

Coste

Una consideración predominante en el uso de la violencia indiscriminada es el coste de la violencia selectiva[34]. Identificar, localizar y «neutralizar» a los enemigos y a sus colaboradores civiles uno por uno requiere una infraestructura compleja y costosa.

La mayoría de los detentadores del poder se darán cuenta rápidamente de que carecen de los recursos necesarios. En unas instrucciones enviadas a las unidades que ocupaban la Unión Soviética, el Mando Central Alemán señalaba que «los comandantes han de encontrar los medios para mantener el orden dentro de las regiones en las que la seguridad es responsabilidad suya, no mediante la petición de más fuerzas sino mediante la aplicación de adecuadas medidas draconianas» (citado en Cooper, 1979, p. 143). En resumen, la violencia indiscriminada aparece inicialmente como un sustituto práctico de la disuasión individualizada. Con todo, el bajo coste puede explicar la emergencia de la violencia indiscriminada pero no su persistencia.

Distorsiones institucionales

Algunos casos de violencia indiscriminada pueden explicarse como resultado de distorsiones institucionales internas. La Guerra de Vietnam ofrece una ilustración excelente. Sheehan (1989) describe de qué forma los militares survietnamitas y el alto mando estadounidense en Vietnam administraban el bombardeo indiscriminado, desde el aire o con artillería, sobre las aldeas campesinas, con un coste aproximado de cerca de 25.000 civiles muertos y 50.000 civiles heridos al año. Un consejero provincial americano, hablando sobre el área bajo su supervisión, apuntó que, «el último mes, disparamos munición Howitzer por valor de medio millón de dólares sobre objetivos inadvertidos. Con todo, todo el presupuesto provincial para reunión de información e inteligencia es de 300 $» (Fall, 2000, p. 110). Esta violencia parte de la premisa teórica de que «aterrorizaría a los campesinos y los disuadiría de apoyar al Vietcong» (Sheehan, 1989, p. 109). Desde luego, esto alienaba a la población, matando e hiriendo a grandes números de no combatientes y destruyendo granjas y rebaños (Taber, 1965, p. 95). Sheehan narra de qué modo el consejero militar estadounidense John Paul Vann denunciaba el bombardeo indiscriminado de las áreas rurales tanto por ser cruel como por ser contraproducen-

[34] Los militares a menudo cuantifican este coste. Por ejemplo, el coste estimado de matar a un solo rebelde en Kenia era de 10.000 £; en Malasia, pasaba de los 200.000 $; mientras que, en Vietnam, alcanzaba los 373.000 $ (Laqueur, 1998, p. 379; Paget, 1967, p. 101).

te. Inicialmente, Vann había encontrado difícil creer en la completa falta de discriminación con la que se lanzaban los bombardeos *fighter* y la artillería; en apariencia, un solo disparo de un francotirador era suficiente para exigir un ataque aéreo o un fuego artillero de barrera sobre el pueblo desde el que había disparado el francotirador. Un jefe de provincia o de distrito podía comenzar disparando su artillería en cualquier dirección a cualquier hora del día o de la noche sin hacerle falta siquiera un informe sin verificar que afirmase que algunos guerrilleros se hubieran reunido en una aldea de los alrededores. Vann se preguntaba cómo un americano podía pensar que los campesinos vietnamitas que habían perdido familiares, amigos y casas no iban a estar enloquecidos; de hecho, la mayoría de los granjeros vienamitas tenían un ejército y un gobierno alternativo pidiéndoles su lealtad y brindándoles venganza. Vann alertó a sus superiores de este hecho, aduciendo que los bombardeos mataban más civiles de los que jamás mató el Vietcong. Sin embargo, a menudo fue desestimado y los pueblos fueron bombardeados. Tal y como señaló un general de las Fuerzas Aéreas Americanas: «La solución en Vietnam son más bombas, más obuses, más napalm [...] hasta que la otra parte se resquebraje y abandone» (Sheehan, 1989, p. 619).

¿Por qué se permitía que continuase una política como ésa? Sheehan afirma que la causa subyacente era el fracaso a la hora de frenar las «proclividades institucionales». Por un lado, había competencia entre las diferentes ramas que había dentro de los militares estadounidenses y la Fuerza Aérea tenía mucho éxito promoviendo bombardeos: creer que los bombardeos ayudaban al esfuerzo de guerra redundaba en el interés personal del jefe de las Fuerzas Aéreas y de su institución y es por ello que éste creía en ellos (Sheehan, 1989, p. 650). Más aún, los procesos de aprendizaje se hallaban socavados por el breve periodo de rotación de un año o seis meses para el personal militar: tan pronto como un asesor militar comenzaba a entender la situación, tenía que marcharse (Meyerson, 1970, p. 37)[35]. Así, el sistema militar americano no parece haber promovido el aprendizaje. De igual modo, los oficiales survietnamitas veían el bombardeo artillero como una forma sencilla de mostrar que eran agresivos sin correr los riesgos de las operaciones «busca y destruye» reales. Los comandan-

[35] De acuerdo con un teniente coronel, «el día en que llegué allí, [su predecesor] se marchaba. Él llevaba puestos su sombrero y su abrigo, me lanzó la llave y me dijo: "Ahí te va la choza. Buena suerte. Aquí cada día es distinto". Ésa fue toda la preparación que tuve» (citado en Katz, 1975, p. 591). Snow (1997, pp. 106-109) ofrece un extenso resumen de la mediocre actuación de los Estados Unidos en la contrainsurgencia, para la que resulta central el desdén de una organización militar y altamente tecnológica para la guerra política y baja en lo tecnológico que involucra a civiles. El análisis de Ellsberg (2003, pp. 185-186) confirma estos puntos.

tes de todos los niveles que sólo se comprometían en los bombardeos artilleros aún podían conservar su mando e incluso ser promovidos, mientras que aquellos que asumían riesgos podían ser relevados si sufrían un revés o fuertes pérdidas de un modo continuado[36].

Las distorsiones institucionales pueden observarse también en otros casos. El revolucionario francés Bertrand Barère explicaba el fracaso inicial a la hora de sofocar la rebelión de la Vendée por el «deseo de una larga guerra entre una gran parte de los jefes y administradores» (citado en Tilly, 1964, p. 338). Un oficial paquistaní (Salik, 1978, p. 117) describía la situación en su ejército en Bangla Desh: «Todos los comandantes de división y de brigada, excepto un general de división y un brigadier, le aseguraban de forma invariable al general Niazi que, pese a sus escasos recursos y a la abrumadora oposición, ellos estarían en condiciones de cumplir con la tarea que se les había asignado. "Señor, no se preocupe por mi sector; cuando llegue el momento, le daremos para el pelo al enemigo", era la coletilla a todas estas instrucciones. Cualquier comentario diferente a éste se tomaba como una falta de confianza y de competencia profesional. Nadie quería poner en peligro sus perspectivas de promoción futura».

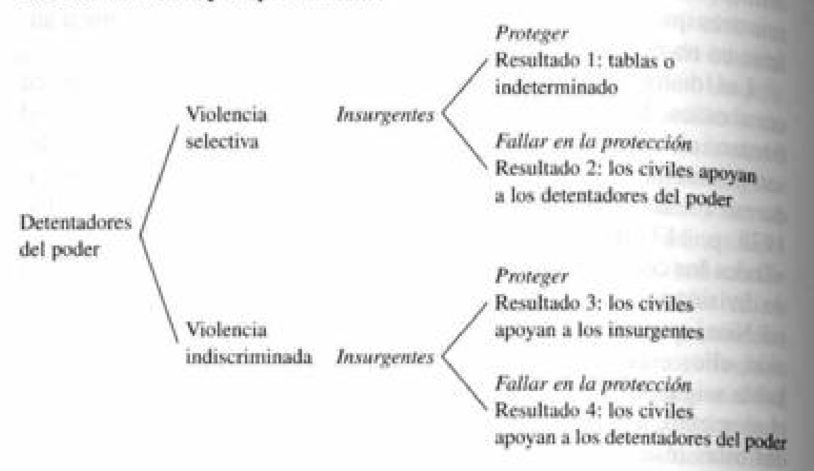
De nuevo, no obstante, las distorsiones institucionales pueden explicar el surgimiento de la violencia indiscriminada pero no su continuación durante mucho tiempo a la luz de la ineludible evidencia de que resulta contraproducente.

6. Explicar el puzle

Tal y como ya he apuntado, la conjetura de que la violencia indiscriminada es contraproducente no se basa en una investigación empírica sistemática. Dada la falta de adecuación de los datos, tiene sentido volver a la teoría. Hay que asumir un conjunto en el que los gobernantes eligen si se usa la violencia indiscriminada o la selectiva, los insurgentes tienen la opción de proteger a los civiles de la violencia indiscriminada de los gobernantes y los civiles colaboran con el actor político que mejor garantiza su seguridad. En un conjunto como éste, es probable que los civiles colaboren con los gobernantes si los

[36] El régimen survietnamita fomentó este mal reparto de los recursos militares porque era reacio a comprometer a sus militares en una guerra con todas las de la ley; en lugar de eso, se interesó, ante todo, por la preservación de las tropas de elite para protegerse a sí mismo de un golpe de Estado... como forma opuesta a malgastarlas combatiendo en la guerra. Por el contrario, este cálculo sólo pudo sostenerse a causa del perverso efecto del compromiso de los Estados Unidos en Vietnam: el Gobierno survietnamita asumió que los Estados Unidos, como poder preeminente en el mundo, no podía permitirse dejar que su Gobierno anticomunista sucumbiese al Vietcong.

Figura 6.1. Comportamiento civil como función de la violencia indiscrimindada y la protección.



insurgentes fracasan a la hora de protegerlos, tanto si los gobernantes son indiscriminados como si son selectivos; es probable que se pongan del lado de los insurgentes cuando son protegidos por ellos contra los gobernantes indiscriminados, y el resultado será indeterminado cuando los insurgentes protejan a los civiles y los gobernantes sean selectivos (figura 6.1).

Este análisis arroja la siguiente predicción: los gobernantes pueden permitirse ser indiferentes respecto al tipo de violencia empleada, cuando los insurgentes no son capaces de ofrecer protección alguna a los civiles. O, dicho de otro modo, la discriminación costosa puede dispensarse cuando los insurgentes son débiles. Cuando ocurre esto, la violencia indiscriminada sí que tiene éxito a la hora de paralizar a una población sin protección. Cuando la violencia indiscriminada americana hizo que los civiles filipinos se hartaran «por completo de la guerra», éstos «se vieron obligados a comprometerse con una de las partes»; pronto los comandantes de guarnición «recibieron a delegaciones de civiles que descubrían la ubicación de los escondrijos de la guerrilla y denunciaban a los miembros de la infraestructura» (Linn, 1989, pp. 56-58). De igual modo, la mayoría de los habitantes de Misuri se volvieron hacia la Unión, en medio de su desesperación, tal como señala Fellman (1989, p. 78), «no por un cambio en sus creencias sino como la única fuente posible de protección». Guatemala ofrece un caso paradigmático sobre este particular (Stoll, 1999; Le Bot, 1994). Después de que el ejército guatemalteco se valiera de una violencia indiscriminada contra la población, a los civiles que habían colaborado inicialmente con los rebeldes no se les dejó otra opción

que la de desertar puesto que los rebeldes fracasaron claramente a la hora de proteger a la población de las masacres (Watanabe, 1992, p. 181). Tal y como señala Stoll (1993, p. 6), «aunque los guerrilleros no podían ser derrotados militarmente, eran incapaces de proteger a sus seguidores»[37].

El contraste entre la Grecia y la Yugoslavia ocupadas permite una comparación controlada tanto en el tiempo como en el espacio. En octubre de 1941, las tropas alemanas incendiaron dos pueblos del norte de Grecia, Ano Kerdilia y Kato Kerdilia, y fusilaron a sus 207 habitantes masculinos en represalia por el asesinato de soldados alemanes por un grupo de partisanos novatos. El efecto fue impresionante. Inmediatamente después de la represalia, a los griegos de los pueblos de los alrededores se les permitió formar milicias y establecer puestos de vigilancia en torno a sus pueblos para evitar que los partisanos entrasen y recibiesen abastecimiento. En algunos casos, llegaron a capturar a algunos partisanos y entregárselos a los alemanes, que informaron de los «sentimientos de odio» de la población «hacia los rebeldes» (citado en Dordanas, 1996, pp. 91-96). En un caso, un partisano fue denunciado a los alemanes (que lo cogieron y lo colgaron) por el esposo de su prima (I-1; para la lista de entrevistas, véase la tabla A.1 en el Apéndice A). Como resultado, «el efecto disuasorio en el norte de Grecia fue rápido y la resistencia se disolvió en los meses de invierno» (Mazower, 1993, pp. 87-88). Como mejor se explica el comportamiento de los aldeanos, es mediante el deseo de evitar el espanto de una ulterior violencia alemana. Lo cierto es que una mujer de una aldea próxima a la que entrevisté (cuyo tío era el líder del grupo partisano y cuyo padre estaba entre los fusilados por los alemanes) me dijo que, «si los aldeanos de Kerdilia hubieran encontrado a mi tío, le habrían quitado la piel a tiras. "Él era el responsable de la masacre", decían ellos. "¡Lo encontraremos y le sacaremos la piel a tiras! ¡Lo mataremos!"» (I-1). Éste es un ejemplo del uso efectivo de la violencia indiscriminada ante un grupo insurgente que era extremadamente débil. Una comparación con la vecina Yugoslavia en 1941 y con la Grecia de 1943-1944 ofrece un contrapunto de lo más útil: las represalias durante este periodo fracasaron claramente a la hora de producir efectos similares. La razón es que, tanto en Yugoslavia en 1941 como en Grecia en 1943-1944, al terror indiscriminado de los alemanes se le enfrentaba una importante infraestructura insurgente con una estrategia que mezclaba su propia violencia selectiva con la protección de los civiles.

[37] Procesos semejantes son descritos en Calabria, en 1806-1807 (Finley, 1994, p. 99); en Perú, en los años sesenta del siglo XX (M. F. Brown y Fernández, 1991, p. 140), y en Angola, en 1961 (Clayton, 1999, pp. 35-39). El caso de Darfur, en 2004-2005, puede encajar aquí, a no ser por el enorme clamor internacional.

En resumen, es probable que la violencia indiscriminada sea efectiva cuando hay un gran desequilibrio de poder entre los dos actores. Si los insurgentes son razonablemente fuertes, debería ser insostenible, pues se hace clara su naturaleza contraproducente. Se esperaría, por tanto, que los gobernantes racionales que pudieran iniciar una violencia indiscriminada mostraran recursos adicionales y que sometiesen cualquier distorsión institucional de la que sufrieran a los imperativos de sus intereses a larga distancia. A medida que un conflicto se desarrolla, deberíamos observar un cambio hacia una violencia selectiva, especialmente entre los que detentan el poder, que son quienes inician la violencia indiscriminada. Esta opinión se puede formular del modo siguiente:

Hipótesis 1: es probable que los actores políticos pasen de forma gradual de la violencia indiscriminada a la selectiva.

Las evidencias anecdóticas sugieren la plausibilidad de esta hipótesis (para una evaluación empírica, véase el capítulo 9). La transición hacia formas más efectivas de violencia es particularmente llamativa en las guerras entre los ocupantes alemanes y los movimientos de resistencia europeos durante la Segunda Guerra Mundial. Si hay un actor político cuya extrema perspectiva ideológica debió de nublar su sentido de racionalidad instrumental, ése fueron con claridad los nazis. Ellos estaban desarrollando una guerra total y sus perspectivas de victoria en torno a 1944 eran oscuras, como poco. Los militares alemanes se hallaban demasiado forzados y muchos países europeos estaban ocupados por fuerzas muy escasas. De ahí que la violencia indiscriminada estuviera sobredeterminada tanto por factores ideológicos como estratégicos. Con todo, un examen más exhaustivo de sus prácticas muestra una evolución notable e inesperada, si bien parcial, desde la violencia indiscriminada a una mezcla de violencia selectiva e indiscriminada, donde la última pasó a jugar un papel cada vez más importante.

En Grecia, por ejemplo, después de una ola de violencia indiscriminada particularmente sangrienta, en diciembre de 1943, que dejó más de 1.300 muertos entre los aldeanos de Grecia, a los comandantes alemanes se les ordenó «capturar al perpetrador mismo y tomar medidas de represalia sólo como una segunda vía, si a través de las medidas represivas se esperaba la prevención de ataques futuros»; además, la autoridad para ordenar represalias fue apartada de los rangos inferiores y destacada a los comandantes de división que también requerían autorización del comandante administrativo territorial competente (Condit, 1961, pp. 265-266). Aunque estas medidas nunca se llevaron del todo a cabo (y la responsabilidad final por las represalias

se hallaba a menudo en los comandantes que estaban de servicio), esto indicaba una voluntad de cambiar el rumbo a la vista de los obvios efectos de la violencia indiscriminada. La formación de un cuerpo auxiliar griego, los Batallones de Seguridad y su explosivo crecimiento en la primavera y verano de 1944 llevaron a niveles superiores de discriminación en la violencia mediante el acceso de estas tropas a la información local[38].

Un proceso similar tuvo lugar en otros lugares de la Europa ocupada (Laqueur, 1998, p. 209; Heilbrunn, 1967, pp. 147 y 151; Dallin *et al.*, 1964, pp. 327-333), tal como ocurrió también entre los japoneses en Asia (Hartford, 1989; Li, 1975, pp. 204-209). En Vietnam, a finales de los años sesenta y principios de los setenta del siglo XX, los Estados Unidos cambiaron de una violencia indiscriminada a uno de los más sofisticados programas de violencia selectiva. En el programa Phoenix, el objetivo era matar, encarcelar o intimidar hasta lograr la defección «persona a persona» de los miembros del aparato del Vietcong en el sur (Adams, 1994, p. 178). En torno a 1970, la guerra se transformó en «algo donde a quién matábamos era más importante que a cuántos matábamos» (Herrington, 1997, p. 69); un trabajador de la CIA proclamaba que «teníamos identificados por sus nombres al 75 por 100 de los cuadros fundamentales [del Vietcong]» (Moyar, 1997, p. 146). Una tendencia similar ha sido documentada en El Salvador (Binford, 1996, p. 140) y en Mozambique (Geffray, 1990), donde mucha gente había sido reticente a dejar los lugares tomados por la RENAMO por áreas controladas por el Gobierno porque tenían miedo a convertirse en objetivos indiscriminados por parte de los soldados gubernamentales. De forma más reciente, el ejército ruso se ha vuelto más selectivo en Chechenia, pasando de las *sachiski* u operaciones de limpieza («su método preferido anterior de dar caza a los rebeldes») a las desapariciones y secuestros de sospechosos rebeldes y al uso de una milicia chechena (Gordon, 1999; *Economist*, 2003, p. 46). Hay muchas evidencias que documentan cambios similares hacia niveles superiores de discriminación en violencia en una variedad de guerras civiles[39].

---

[38] Memorias griegas apuntan que, a diferencia de los alemanes, los auxiliares griegos tomaban como objetivo las casas de las familias cuyos hombres eran guerrilleros o simpatizantes (Papandreou, 1992, p. 110; Svolos, 1990, p. 25).

[39] Una evidencia así se deduce a partir de diversos conflictos en Macedonia (Livanios, 1999, p. 205), Filipinas (McKenna, 1998, pp. 158-159; Jones, 1989, p. 273; Linn, 1989, pp. 77-78; Kerkvliet, 1977, pp. 208 y 240), China (Wou, 1994, pp. 127-158), Malasia (Stubbs, 1989, p. 252; Pye, 1964, p. 177), Zimbabwe (Flower, 1987, pp. 106-107), Guatemala (Stoll, 1993, pp. 111 y 139-140; Paul y Demarest, 1988; Carol Smith, 1988; Peralta y Beverly, 1980), Perú (Starn, 1998, pp. 230-238; Rosenberg, 1991, p. 207) e Iraq (Maass, 2005). Téngase en cuenta que el paso a la violencia selectiva no era necesariamente hacia unos blancos correctos (Kalyvas y Kocher, 2005). Trataré este punto en el capítulo 7.

Si este argumento es correcto, podemos explicar la relativa carencia de violencia indiscriminada entre los insurgentes, apuntando a su mejor acceso a la información local. De acuerdo con esto, podríamos esperar ver insurgentes que confíen en la violencia indiscriminada en el momento y lugar en los que carezcan de la habilidad para evaluar la información local. Lo cierto es que hay evidencias de que se valen de esta violencia contra grupos y lugares que les resultan opacos, tales como las ciudades controladas por los detentadores del poder; con todo, aun en esos casos, tienden también a cambiar, si viene al caso, a la violencia selectiva[40]. Finalmente, el argumento produce tres implicaciones sobre la incidencia de las misiones suicidas. La primera, en tanto en cuanto se trata de un método de violencia indiscriminada usado para disuadir a los civiles (lo que no siempre es el caso), podemos dar cuenta de su relativa escasez por referencia a sus efectos contraproducentes (Kalyvas y Sánchez Cuenca, 2005). La segunda, las misiones suicidas deberían observarse en lugares y épocas en las que la violencia selectiva es extremadamente difícil o imposible, incluidas

[40] En el curso de la guerra civil china, los rebeldes comunistas descubrieron que los asesinatos de miembros de la pequeña aristocracia, basados tan sólo en su identidad, obligaron a la pequeña aristocracia a coaliciones temporales contra ellos; esto llevó a represalias que fueron altamente efectivas porque los miembros de la pequeña aristocracia podían obtener con bastante facilidad información fiable sobre a quién convertir en objetivo, «socavando de este modo en gran medida la moral campesina y finalmente interrumpiendo el movimiento comunista campesino»; lo mismo aplicado a la incautación de grano, que, «aunque les resultaba muy atrayente a los campesinos, producía invariablemente resultados adversos inesperados. Éstos, a menudo, suponían muchos asesinatos y mucho pillaje. La incautación de grano puede atraer a los campesinos pobres en una localidad, pero la violencia y los asesinatos aleatorios destruían pueblos en otras localidades y llevaban a los campesinos asentados hacia el bando de la pequeña aristocracia [...]. La violencia aleatoria, de hecho, promovía la cohesión comunitaria reuniendo a los campesinos en torno a la pequeña aristocracia. Ella polarizaba, a su vez, a las comunidades locales y hacía posible que los comunistas expandieran su movimiento». A resultas de ello, el Partido Comunista prohibió de forma explícita el asesinato indiscriminado y criticó las percepciones de los cuadros campesinos de que, en los conflictos con las milicias rivales locales, era normal matar a cientos de campesinos (Wou, 1994, pp. 123 y 142). De hecho, los comunistas reconocían que el «terror rojo» que resultaba de la «acción cruel indiscriminada» era contraproducente y redefinía su política de violencia; éstos fueron más selectivos durante el periodo Yenan (1935-1941), en comparación con el anterior sóviet Kiangsi (1924-1933): «Más que anclarse testarudamente en los métodos del pasado, los comunistas parecieron aprender y experimentar» (Griffin, 1976, pp. 93-94 y 146). De igual modo, en Malasia, los líderes comunistas decidieron que «la temeridad ciega y pasional» iba a ser abandonada en el futuro, mientras que el énfasis se ponía en los «medios regulados y moderados» (Laqueur, 1998, p. 290; R. Thompson, 1966, p. 25). En Vietnam, el Partido Comunista ejerció «un control mucho más estrecho sobre los procedimientos para aprobar las ejecuciones después de 1954, a causa de las desfavorables consecuencias de las muchas ejecuciones a la ligera que se dieron durante la Resistencia» (Race, 1973, p. 189) y más tarde abandonó el bombardeo aleatorio de los centros urbanos (Fall, 2000, p. 111). Los rebeldes independentistas argelinos empezaron a examinar más rigurosamente las denuncias varios años después del comienzo de la insurgencia, en 1957-1958 (Hamoumou, 1993, pp. 203-204).

las áreas donde el control es limitado o inexistente. Esto resulta coherente con la evidencia proporcionada por Israel y Palestina. Finalmente, en tanto que una insurgencia tiene una influencia cada vez mayor y expande su control territorial, deberíamos esperar que reemplazase las misiones suicidas con métodos más selectivos.

Una implicación importante de este argumento es la siguiente: una de las razones principales de por qué las guerras de ocupación se convierten en guerras civiles es que la violencia indiscriminada resulta contraproducente. La necesidad de la violencia selectiva obliga a los ocupadores a confiar en los agentes locales, llevando así a una ruptura del vínculo dentro de la población nativa. En contraste con esto, el uso persistente de la violencia indiscriminada apunta a actores políticos que son fundamentalmente débiles: esto es lo que ocurre con las guerras civiles en los Estados fracasados («guerras simétricas no convencionales»), donde los altos niveles de violencia indiscriminada emergen porque no hay ningún actor que tenga la capacidad de establecer el tipo de infraestructura administrativa requerida por la violencia selectiva. En esta perspectiva, el subconjunto de los conflictos civiles étnicos, que despliegan altos niveles de violencia eliminacionista, podría ser endógeno al fracaso del Estado.

La extensión relativamente reciente de las normas internacionales contra las violaciones de los derechos humanos ha convertido a la violencia indiscriminada en algo aún menos deseable para aquellos que se valen de ella. Se dice (J. L. Anderson, 2004; Greenhill, 2003) que los provocadores débiles tienen ahora un abrumador incentivo para provocar a los gobernantes al uso de la violencia indiscriminada. Tal y como demuestran los conflictos recientes de Kosovo y de Darfur, es probable que ahora la violencia indiscriminada atraiga una considerable publicidad negativa a nivel internacional y que, incluso, llegue a causar la intervención externa. Si la tendencia continúa, es probable que observemos, o bien un declive en el uso de la violencia indiscriminada en las guerras irregulares, dado que los gobernantes se han vuelto muy conscientes de sus costes, o bien nuevas y sofisticadas formas para ocultar esta violencia a los observadores internacionales y para asegurar una «negabilidad plausible» (Ron, 2000b). A la inversa, a medida que se extingue la violencia gubernamental indiscriminada, se puede ir haciendo más visible la violencia indiscriminada de los grupos rebeldes.

7. Conclusión

Este capítulo ha tratado de examinar el funcionamiento de la violencia indiscriminada cuando se la usa para generar la sumisión civil. Un objetivo clave de la violencia indiscriminada en este contexto es el

de darle forma al comportamiento civil de forma indirecta mediante la asociación y pasarle la responsabilidad por las acciones hostiles a un grupo más amplio de gente. Resulta probable que surja cuando, con los recursos asignados, no se puede obtener la información necesaria para la violencia selectiva. No obstante, la violencia indiscriminada parece ser contraproducente, con la excepción de situaciones en las que hay un gran desequilibrio de poder. Cuando la violencia es indiscriminada, la sumisión es casi tan insegura como la no sumisión, pues los «inocentes» poco o nada pueden hacer para escapar al castigo y a los «culpables» no se los amenaza más (a veces, hasta se los amenaza menos). Si el actor político rival puede ofrecer una protección creíble frente a la violencia, la gente le transferirá su apoyo. Mientras que, al principio, esta dinámica puede no ser clara, o las distorsiones institucionales pueden afectar al modo en el que los actores políticos eligen buscar la acción sobre el terreno, si un conflicto crece, deberíamos observar una transición hacia la violencia selectiva a medida que empiezan a imponerse los intereses a largo plazo. De este modo, los ejemplos de violencia indiscriminada pueden ser el producto de un retardo: los actores políticos parecen acoplarse en ella porque inicialmente parece mucho más barata que sus alternativas; sin embargo, eventualmente, habrían de discernir que resulta contraproducente y pasar a la violencia selectiva: tema del capítulo siguiente.

VII

UNA TEORÍA DE LA VIOLENCIA SELECTIVA

Tienes que estar en el suelo para alcanzar la verdad.
Teniente coronel Greg Reilly, ejército de los Estados Unidos, Iraq.

La gente habla y la gente muere.
Eamon Collins, antiguo cuadro del IRA.

Lo que mata directamente es la lengua.
Un oficial nicaragüense.

Este capítulo desarrolla una teoría de la violencia selectiva como un proceso *combinado*. Los actores políticos que operan en un régimen de soberanía fragmentada han de confiar en la violencia selectiva para disuadir de la defección (p. e., la colaboración activa con el actor rival), pese a la carencia de recursos para controlar a la población. La violencia selectiva conlleva la personalización de la violencia y requiere una información que se distribuye de forma asimétrica entre los actores políticos y los civiles individuales. Dentro del contexto institucional, definido por la guerra irregular, la violencia resulta de la convergencia de dos procesos distintos pero relacionados: los intentos de los actores políticos para disuadir la defección individual y la decisión de los individuos de ofrecer información a los actores políticos. Yo proporcionaré una economía política de la producción combinada de violencia, formularé un modelo que recoja los aspectos clave de la teoría y especificaré un conjunto de predicciones empíricas.

El argumento es el siguiente. La violencia selectiva presupone la capacidad para recoger información ya filtrada. La forma más efectiva de recogerla es solicitársela a los individuos, lo que explicará la ubicuidad de la práctica de la denuncia en la guerra civil. La denuncia es algo que resulta central en todas las guerras civiles, con la probable excepción de

un subconjunto de guerras civiles en las que ningún actor trata de obtener la colaboración de miembros de grupos que supuestamente apoyan a su rival y allá donde toda información relevante es de dominio público, transmitida por identidades individuales visibles. Hay dos tipos distintos de denuncia: política y maliciosa; ambas se ajustan a la teoría de la violencia selectiva que aquí se presenta. Las denuncias falsas son bastante comunes pues los individuos se sienten tentados a solventar conflictos privados y locales. Sin embargo, la información falsa socava la premisa misma de la violencia selectiva. Los actores políticos no pueden pasar por la criba toda la información que obtienen, pero pueden mitigar este problema si generan la impresión creíble de que son selectivos a la hora de emplear la violencia. Esta impresión se transmite a través de la presencia de los agentes locales, lo que señala la existencia de una red de informantes, la mencionada capacidad de los agentes locales para evitar «errores» demasiado evidentes y la naturaleza clandestina y secreta del proceso de información para el actor rival. Una mezcla de golpes precisos y erróneos es, por tanto, compatible con una percepción de selección creíble bajo estas tres condiciones.

Entonces, pasaré de los actores políticos a los individuos. Aunque las motivaciones para la denuncia varían, los constreñimientos afrontados por los denunciantes ofrecen una buena forma para modelar el proceso. El constreñimiento clave es la probabilidad de represalia contra el denunciante por medio del proceso de la contradenuncia al actor rival por la familia de la víctima. Así, la denuncia es una función del control que un actor político tiene sobre un área: el control afecta a la probabilidad de represalia contra el denunciante porque los contradenunciantes necesitan tener acceso al actor político rival. La teoría predice que la denuncia que lleva a la violencia selectiva será más probable donde un actor ejerza un control predominante pero incompleto. Allá donde los actores tengan un control total no podrán detectar la defección de forma directa; es de dominio público que esta capacidad deprime los niveles de defección. Allá donde el control de un actor político es igual al de su rival, no habrá ninguna información disponible. Por ello, es poco probable que haya violencia selectiva allá donde los niveles de control de los que disfruta uno de los actores son altos y, de forma sorpresiva, allá donde los dos actores compartan soberanía. O, dicho de otro modo, la línea de frente en la guerra irregular tiene todas las probabilidades de no ser violenta. La teoría predice también la localización de la violencia indiscriminada.

1. Información

La información es un recurso clave en la guerra irregular (Eckstein, 1965, p. 158; Pye, 1964, p. 177); se trata del vínculo que conecta la fuerza de una parte con la debilidad de la otra (Crawford, 1958, p. 179). Se acepta de un modo bastante universal que no se puede derrotar a ninguna insurgencia a menos que los detentadores del poder den prioridad total y tengan éxito a la hora de crear unos servicios de inteligencia (R. Thompson, 1966, p. 84). El término «inteligencia» se refiere no sólo a los «elevados niveles de inteligencia militar en los mapas sino [a] una inteligencia política básica en la propia base popular [de sus oponentes]» (Clutterbuck, 1966, p. 4). La puesta a punto de tal inteligencia requiere una infraestructura enorme: «Tenemos que estar informados en todas partes», afirmaba un oficial francés en Argelia (Trinquier, 1964, p. 35); «así pues, hemos de tener una amplia red de inteligencia».

El control es un problema fundamental del dominio. Tal como recalcó Tocqueville (1988, p. 206), «el soberano puede castigar de forma inmediata cualquier falta que descubra, pero no puede dárselas de suponer que ve todas las faltas que debería castigar». Lo cierto es que la información es tan difícil de adquirir como esencial. Tal como un oficial británico observaba elocuentemente en Malasia: «No podríamos traer nuestra maquinaria militar para resistir sin información y no podríamos conseguir información sin el apoyo de la población y no podríamos conseguir el apoyo de la población a menos que ésta se viera libre de terrorismo y no podríamos liberarla del terrorismo a menos que hubiéramos enviado a unos hombres a matar a los terroristas. De forma que la cosa da vueltas y más vueltas... Se trata de una combinación complicada de círculos viciosos. La clave para romper estos círculos viciosos sigue siendo una cosa: la información» (Crawford, 1958, pp. 180-181).

¿De dónde procede la información? Hay muchas fuentes, tal como sugiere el mismo oficial: «La información procedía de los terroristas capturados que compraban sus vidas con ella; de espías; de informadores; de todo tipo de contactos civiles y medios clandestinos de comunicación; de las fotografías de la jungla; de simples huellas en la jungla; de documentos, armas, campamentos o abastecimientos interceptados; de los informes de las patrullas de la jungla que se alojaban aquí o allá en las mismas áreas inmensas» (Crawford, 1958, p. 180).

No obstante, se puede distinguir entre tres fuentes principales de información: indicios materiales, extracción violenta y suministro consensuado. Los índices materiales (fotografías, documentos capturados, etc.) requieren altos niveles de sofisticación técnica para ser obtenidos, son difíciles de interpretar y tienden a poseer un valor limitado en las zonas atacadas. La extracción violenta viene en muchas formas. La intimidación, el chantaje y los sobornos funcionan mejor en los medios urbanos, donde son posibles los contactos regulares y sostenidos entre los agentes y los informadores, que en los medios rurales donde tales contactos, o bien son imposibles, o bien son más fá-

ciles de detectar. Las detenciones de larga duración, aun cuando sean factibles, tienden a producir falsas confesiones (Rose, 2004, p. 134). La «criba masiva» de sospechosos es a menudo contraproducente (Leakey, 1954, p. 122). Entonces, se da la tortura; para algunos «un problema metodológico, no un dilema moral» (West, 1985, p. 61).

Las opiniones sobre la tortura varían[1], pero tienden a converger: del *Osservazioni sulla tortura* de Pietro Verri a la consideración de Hannah Arendt (1970, p. 50) de que la tortura no es un sustituto de «una policía secreta y su red de informadores», muchos autores creen que, aparte de ser inmoral, la tortura es una forma insuficiente de recoger información; ellos señalan que la misma produce falsas confesiones obtenidas por la fuerza de víctimas desesperadas para salvarse de una agonía ulterior; que ello es algo que desanima de entregarse a aquellos que son desafectos al enemigo y lleva al bando enemigo a aquellos que han sido sometidos a la tortura erróneamente; que ello resulta una señal de incapacidad para reclutar informadores y, de ahí, una decadencia institucional que hace que se sequen las fuentes de información que pueden dar las personas, y que destruye el uso de larga duración de una fuente por un dudoso beneficio inmediato[2]. La Inquisición española rechazaba como inválidas las confesiones obtenidas a través de la tortura y resulta que, «en términos estadísticos, sería correcto decir que la tortura se usaba con poca frecuencia» (Kamen, 1998, p. 188). Los franceses llegaron a conclusiones negativas sobre su eficacia en Argelia (Rejali, 2004b; Crozier, 1960, p. 19), lo mismo que algunos interrogadores americanos en Afganistán (Mackey y Miller, 2004). Darius Rejali (2004a) reúne las evidencias existentes concluyendo que «la tortura durante los interrogatorios rara vez produce una información mejor que la que dan los servicios de inteligencia». No obstante, no se dispone de unas evidencias sólidas y es también cierto que, si la tortura fracasara siempre, no volvería a usarse. Sin embargo, resulta plausible afirmar que el uso regular de la tortura requiere una importante infraestructura que resulta difícil de implementar en áreas rurales en disputa y que funciona en tándem con los servicios de inteligencia.

La forma más común, y probablemente más efectiva, de acceso a la información privada es el suministro consensuado. Un enorme cuerpo de investigación criminológica muestra que la probabilidad de resolver un crimen disminuye si el público no le identifica los sospechosos a la policía (Rejali, 2004a). Lo mismo resulta cierto para las guerras civiles; como ocurre en Irlanda del Norte: «El reclutamiento de informadores ha sido durante mucho tiempo el método principal para conseguir información sobre sus enemigos republicanos. Durante siglos, se han usado informadores con un efecto devastador para desbaratar y destruir las rebeliones republicanas y, pese a los equipos electrónicos del siglo XX, el arma más poderosa de la Corona en los problemas actuales sigue siendo el informador humano» (Toolis, 1997, p. 194). Lo cierto es que «se dice que los informadores [dentro del IRA] aportan más de los dos tercios de todos los datos de la inteligencia» a las autoridades, que hacen cientos de ofertas para reclutar informadores cada año; durante los años ochenta del siglo XX, el IRA ejecutó a cerca de 40 de sus propios miembros que eran sospechosos de ser informadores (Toolis, 1997, pp. 212 y 193; M. Dillon, 1990, p. 283).

La información puede ser ofrecida por informadores pagados[3]; sin embargo, éstos resultan difícil de reclutar (en especial, en áreas rurales en liza), son caros de mantener y más fáciles de detectar[4]. Una práctica más común es la denuncia, el suministro casual e indirecto de información procedente de no combatientes[5]. La denuncia convierte la producción de violencia selectiva en un resultado producido de forma conjunta por actores políticos y civiles. En este sentido, la violencia selectiva es un proceso *combinado*.

---

[1] Aussaresses (2001) reconoce que el uso continuado de la tortura durante la insurgencia argelina indica que funcionaba; con todo, su libro incluye más ejemplos de información que se recoge por denuncias que por torturas. Moyar entrevistó a un buen número de oficiales estadounidenses y vietnamitas que estuvieron implicados en las operaciones de inteligencia. Algunos de ellos confirmaron la eficacia de la tortura; en especial, durante las operaciones militares en las que la información era necesaria para el uso inmediato, mientras que otros le dijeron que la tortura se limitaba a aminorar la calidad de la información obtenida. La mayoría de los consejeros estadounidenses no estaban seguros de si los prisioneros revelaban una información útil cuando eran torturados. De aquellos que sí que pensaban que conocían lo bastante como para verificar la precisión del testimonio del prisionero, un número considerable se hizo eco del clamor de los responsables de la toma de decisiones en América de que la tortura no ofrece ninguna información de valor y, a menudo, generaba información falsa: «Si pones a las personas bajo coacción física, te dirán cualquier cosa, tan sólo para hacer que dejes de hacerles daño» (Moyar, 1997, pp. 101-102).

[2] Rejali (2004a), K. Brown (2003, p. 167), G. Thompson (2003), Cann (1997, p. 118), Blaufarb y Tannham (1989, p. 27), Horne (1987, p. 205), Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (1986, p. 61), Clutterbuck (1966, p. 97) y Molnar (1965, p. 247).

[3] El término «informador» implica, por lo general, una relación regular, a menudo remunerada, hacia una autoridad (Fitzpatrick y Gellately, 1997, p. 1), como opuesto al término «informante» o «denunciante». La Escuela (británica) del Servicio de Inteligencia (Army Intelligence Wing) define al informante como «cualquier individuo que da información. El término se usa, por lo general, para describir una fuente casual o indirecta como distinta a un informador, quien normalmente está conectado con actividades criminales, puede ser dirigido y recibe un pago por sus servicios» (en M. Dillon, 1990, pp. 283-284).

[4] Eric Schmitt (2003, p. A20) ofrece evidencias sobre las dificultades y el coste de confiar en informadores a sueldo en Iraq.

[5] Lo inverso de la denuncia es la «recomendación» o «certificación». Siguiendo la guerra civil española, la gente sospechosa de haber sido republicana sólo podía encontrar trabajo si familias locales de probada lealtad al Régimen las «certificaban» (Aguilar, 1996, p. 85). Tanto la denuncia como la recomendación son ejemplos de una transferencia de información privada a los actores políticos.

La denuncia es un fenómeno social complejo que ha sido poco estudiado hasta ahora (Fitzpatrick y Gellately, 1997, p. 1). Resulta, a la vez, subrepticio y vergonzoso. No habría de confundirse con la práctica de la «denuncia pública» en la que la gente congregada en una reunión pública acusa a un igual (p. e., Madsen, 1984, p. 80). Las normas de la comunidad estigmatizan en todas las culturas el suministro de información a gente de fuera pero también a gente de dentro, como en Irlanda del Norte:

> Las aguas se dividen y la vida del informador, y sus parientes y amigos, diverge de la tribu (Toolis, 1997, pp. 194-195).

> Ser un informador es ser el «Judas interno, el traidor» y «lo más bajo de lo bajo» (Smyth y Fay, 2002, p. 27).

> Él corrió a la casa de una mujer que espía a sus vecinos para el movimiento republicano, sin perder de vista ni un instante a los acontecimientos ofensivos a su moralidad republicana. Ella piensa que su asociación con el IRA le da su influencia en la comunidad. En un sentido, desde luego, tiene razón. Pero no sabe que, a sus espaldas, se la aborrece y se la desprecia (Collins, 1999, p. 3).

Estas normas se reflejan en la gran variedad de términos peyorativos inventados para describir a los denunciantes: ratas, chivatos, *soplones, chivitos, sapos, orejas*, rufianes, *mouchards* y otros parecidos*. En Cisjordania, los individuos acusados de informar a los israelíes lo pasan mal para encontrar a abogados que los defiendan cuando se los arresta; a menudo, simplemente se los mata y los hospitales rechazan sus cadáveres: en una ocasión, la madre de un informador rehusó reclamar su cuerpo. El estigma ligado a la denuncia hace imposible encontrar a gente que quiera reconocer el haber denunciado. «Entre mis amigos, algunos han estado con los rojos; por ejemplo, Luzio e Isasi», decía un aldeano vasco de derechas, «pero yo era amigo suyo igual que antes. Jamás denuncié a nadie. Al menos, en eso tengo la conciencia tranquila» (en Zulaika, 1988, p. 25). Este estigma llevará a la gente que ha denunciado por razones políticas o ideológicas «legítimas» a mantenerlo en secreto. Durante mi trabajo de campo en Grecia, fui incapaz de encontrar a nadie que reconociera abiertamente que hubiera denunciado, aun cuando encontré a algunas personas que deseaban reconocer su participación en todo tipo de actividades desagradables y actos de violencia.

* Las cursivas van en español y francés en el original. *[N. del T.]*

De este modo, la denuncia no puede observarse con facilidad, ni siquiera *a posteriori*. Las únicas excepciones son los archivos de organizaciones altamente burocratizadas que se han salvado, que confían en esta práctica, tales como la Iglesia católica, la Gestapo o la Stasi[6]. Un buen indicador directo de la presencia de la denuncia es la sospecha generalizada en los contextos de guerra civil (p. e., Collins, 1999, p. 200; De Stäel, 1818, p. 125). Considérense las afirmaciones siguientes:

> Vivimos en medio de espías; los espías están entre nosotros lo mismo que el Diablo entre los cristianos (un campesino italiano en 1944-1945; en Fenoglio, 1973, p. 386).

> Aquéllos eran los días [...] del Terror Susurrado. Los susurros podían producir la muerte (un campesino malayo, en los años cuarenta del siglo XX, en Kheng, 1983, p. 141).

> Los aldeanos estaban día y noche aterrorizados y se preguntaban si habían hecho algo de lo que pudieran ser acusados (un campesino vietnamita en su pueblo, que estaba bajo control del Vietcong, en Elliott, 2003, p. 259).

A menudo, se pasa por alto que el tipo de miedo que se halla tan generalizado en las guerras civiles no es tan sólo un miedo genérico a los actores armados sino que, con frecuencia, es un miedo a ser denunciado por los propios vecinos. Durante la reciente guerra civil en Argelia, «todo el mundo temía a todo el mundo; era la ley del silencio. La gente sospechaba de sus vecinos; estaban recelosos hasta de sus propias familias» (Leclère, 1997). En Guatemala, «espiar e informar se convirtieron en algo endémico» (Zur, 1998, p. 73); el miedo «provocó la separación de los miembros de familias, de vecinos o de amigos, por culpa de la desconfianza. El miedo dividió a las comunidades mediante la sospecha y el recelo, no sólo con relación a los extranjeros sino entre ellas mismas» (Green, 1995, p. 105). Tal como señaló un juez de provincias colombiano: «La gente está callada por miedo, porque aquí no se puede abrir mucho la boca; si aquí abres la boca mucho, se te llenará de moscas» (en Fichtl, 2003).

Se pueden distinguir dos amplias categorías de denuncia: aquéllas provocadas por motivos «políticos» y aquéllas, por motivos ulteriores o personales. La denuncia es «política» («desinteresada», «movida por la lealtad», «pura») cuando una persona denuncia a alguien sobre

[6] No debería sorprender que casi todos los estudios de denuncias se hayan centrado en la Alemania nazi y en la Unión Soviética (Nérard, 2004; Joshi, 2003; Gellately, 1991).

todo por lealtad a una causa o autoridad[7]. Un estudiante que trabajaba para el Vietcong decía que él denunciaba a sus «amigos» porque «veía a estas personas como el enemigo y sólo quería matarlos para tener paz» (Elliott, 2003, p. 1099). Desde luego, la ganancia privada (incluida la supervivencia) puede provenir del éxito del actor ante el que uno denuncia, pero la motivación primordial es la de contribuir a tal éxito. La denuncia es «maliciosa» («privada», «manipuladora», «interesada») cuando está motivada, ante todo, por cuestiones personales al margen de causas políticas más amplias, por ejemplo, como pago por insultos personales, aunque tales motivos pueden disfrazarse para aparecer como políticos. Sheila Fitzpatrick (1997, p. 117) señala sobre la URSS que «la motivación es la de provocar un estado de respuesta desde el que el denunciante derivaría algún beneficio o satisfacción específicos. El beneficio podría ser la desgracia de un rival profesional o de un competidor en la política aldeana, el desalojo de un vecino de un apartamento comunal atestado, el castigo de un antiguo cónyuge o el ajuste de cuentas con un enemigo personal».

La teoría de la violencia selectiva subraya los constreñimientos y plantea dudas con relación a las motivaciones que se ocultan por detrás de la denuncia. Como tal, ella acomoda tanto los motivos políticos como los maliciosos. No obstante, los informes de denuncias maliciosas se hallan tan generalizados en la microbibliografía descriptiva como ausentes en las macrobibliografías teóricas y descriptivas; como resultado de esto, vale la pena examinar la denuncia maliciosa más de cerca. Haré algunas observaciones iniciales aquí y volveré sobre este punto en el capítulo 10.

La denuncia maliciosa puede originarse desde individuos, familias, facciones aldeanas o hasta pueblos enteros[8]; ello puede ser reflejo de una escisión más amplia: por ejemplo, la envidia personal puede ser el reflejo individual de una escisión de clase, pero, en tanto se denuncia a un terrateniente *particular* (como opuesto a cualquier otro

---

[7] Un tercer tipo puede ser denominado denuncia «social» cuando una persona denuncia a alguien porque ha transgredido una norma social. Por ejemplo, Nérard (2004, p. 374) ve la denuncia, en un sentido más amplio, como un acto de protesta social bajo condiciones de autoritarismo, cuando se cierran otros canales. Obviamente, las fronteras entre estos tipos pueden ser fluidas.

[8] En algunos casos, las quejas privadas pueden ser, en algunas localidades, más colectivas que individuales: en la Francia revolucionaria, por ejemplo, algunas aldeas se valían de la práctica de la denuncia como una forma de librar a la aldea de alguien que no deja de ser problemático o de algún ladrón de poca monta (Lucas, 1997). De forma semejante, durante la Guerra de Vietnam, algunos asesores estadounidenses se opusieron al bombardeo de aldeas. «Ellos sostienen que hay algo erróneo en lo fundamental con respecto a un sistema mediante el que informadores vietnamitas pueden desencadenar ataques aéreos sobre aldeas y en los que los Estados Unidos actúan, ante todo, como brazo mecánico de las autoridades vietnamitas. "Ningún agente mandó nunca que se lanzara un ataque aéreo sobre su propio pueblo...; siempre es el de algún otro", decía sarcásticamente un americano» (Mohr, 1966, p. 3).

terrateniente), también puede verse envuelta la malicia. Lo mismo resulta cierto cuando una enemistad basada en la escisión se mezcla con la expectativa de una ganancia privada, como cuando uno denuncia a un terrateniente particular o a un miembro concreto de un grupo «rival» o étnico, con la esperanza de adquirir una propiedad. La denuncia maliciosa puede saltar desde los conflictos preexistentes (una enemistad familiar recurrente) o puede ser provocada por la guerra misma (venganza o represalia por una acción previa durante la guerra, «contradenuncia», un intento de limpiar el nombre de uno mediante la denuncia a un vecino, etc.). Los alemanes obtuvieron un volumen de información considerable sobre la resistencia por parte de griegos que habían sido tratados mal por partisanos (Condit, 1961, p. 247), lo mismo que les ocurrió a los americanos en Iraq (Finer, 2005). Aunque algunas denuncias privadas son venales, conllevan beneficios materiales (p. e., la propiedad de la persona denunciada); a menudo el beneficio para el denunciante es puramente emocional (p. e., placer por el castigo de un rival despreciado).

Las denuncias maliciosas no tienen por qué ser falsas, aunque a menudo lo son. Uno puede denunciar falsamente a una esposa adúltera como espía, pero una esposa traicionada puede que haya sabido desde el principio que su compañero adúltero era un espía y sólo lo denunció después de que ella supo de su *affair* amoroso. El pueblo noruego de Telavaag fue incendiado hasta los cimientos y todos sus habitantes masculinos deportados por los alemanes tras haber recibido información correcta de que se usaba como un área de tránsito de agentes británicos; esta información resultó haber provenido de una mujer que descubrió que no había recibido su parte de café y otros bienes que los agentes ingleses introducían en el pueblo (Riste y Nökleby, 1973, pp. 51-52).

Por lo general, la denuncia supone un grado de intimidad puesto que requiere tener la suficiente familiaridad con la persona denunciada como para tener información sobre ella. Lo cierto es que un aspecto chocante del acceso a los archivos de la Securitate en Rumanía y a los archivos de la Stasi en Alemania del Este fue el descubrimiento de que los informadores eran, a menudo, socios, amigos e incluso familiares (Bran, 2002; Garton Ash, 1997).

Obviamente, las denuncias falsas generan cuestiones de riesgo moral, como sabían los oficiales de la CIA que buscaban información sobre el Vietcong:

> La gente que identificaba a miembros del Gobierno en la sombra del [Vietcong] tenían, a menudo, muchos tipos de enemigos no comunistas en el área de operaciones; en particular, si trabajaban en sus áreas nativas. Como la mayoría de la gente, tenían enemigos persona-

> les: los hombres que habían insultado a sus hermanas, los hombres que les habían robado a sus novios, los granjeros que habían pedido prestado dinero de sus familias y no lo habían devuelto e, incluso, los oficiales del GVN que habían pegado a sus primos. Los miembros de la familia de esos enemigos también podían ser un objetivo legítimo; en especial, cuando las ofensas previas habían implicado a parientes (Moyar, 1997, p. 114).

La denuncia ocupa un lugar central en las guerras civiles: resulta más un rasgo común (p. e., Franzinelli, 2002, p. 197) que «un rasgo particular», como a veces se piensa (p. e., Wickham-Crowley, 1990, p. 209). Ésta es la razón por la que la ausencia de violencia en una comunidad se explica a menudo con la referencia a la ausencia de denuncias. John Watanabe (1992, p. 182), un antropólogo que trabajó en Guatemala, observó que, «pese a la ocupación del ejército, casi nadie murió en Chimbal, en contraste con todas las ciudades de los alrededores. Cuando me pregunté por qué, muchos respondieron que porque ellos eran "buena gente" –o, de forma más precisa, buenos "creyentes cristianos" de la secta que fuera–, que no se habían denunciado entre sí al ejército, como había hecho la gente en otras partes».

Dado que la mayoría de los observadores tienden a centrarse en los perpetradores reales de la violencia y en sus motivaciones, se olvidan por completo del hecho de que la información usada para ejercer la violencia puede provenir de civiles; por lo general, estrechamente vinculados a las víctimas. Los aldeanos asesinados en algunas partes de la Ucrania ocupada por los alemanes eran ejecutados por soldados alemanes pero «denunciados como partisanos por paisanos de su propio pueblo» (T. Anderson, 1999, p. 621). El ejército de Guatemala asesinó a miles de indios mayas en los años ochenta del siglo XX: sin embargo, fuera de las áreas que fueron consideradas blancos de masacres indiscriminadas, éstas fueron a menudo «gentes señaladas con el dedo como subversivas por los informadores locales del ejército» (Watanabe, 1992, p. 181). Una mujer española explicaba el asesinato de una mujer en la ciudad de Zamora durante la guerra civil: «Viloria era una bestia. Se le pagaba para matar y mató a mi padre. Él era uno del grupo de hombres a los que se pagó para que mataran. Ellos mataban sin saber quiénes eran sus víctimas. "Mata a éste", dirían los falangistas. Ellos los cogerían y fusilarían a 20, 30, 40…, a quienes les diera la gana. Pero éste no fue el que la denunció. Éste la fusiló, pero la persona responsable de su muerte fue quien la denunció. Si no hubiera habido denunciantes, no habría habido asesinos» (en Sender Barayón, 1989, p. 145).

Es necesario distinguir entre colaboración/defección y denuncia. Aunque ambas acciones conllevan la provisión de información a los actores políticos, la denuncia sólo se refiere a la provisión de información sobre individuos específicos, mientras que la colaboracion/defección conlleva un conjunto de actividades mucho más amplias, desde el pago de impuestos hasta la provisión de información sobre las actividades militares de una organización rival. Tal como quedará claro, es posible colaborar/desertar sin denunciar, aunque no viceversa: el acto de denuncia es, por su propia naturaleza, un acto de colaboración/defección. La denuncia es más arriesgada y tiene más consecuencias que la defección, tanto por el estigma social vinculado a ella como porque tiene como objetivo a individuos específicos que son miembros de la comunidad.

Al igual que cualquier práctica social, la denuncia puede tomar una variedad de formas, que van desde muy informales hasta altamente institucionalizadas. Cuando los soldados iraquíes atacaron la ciudad de Aleze, al norte de Bagdad, llamando a las puertas y registrando las casas, el reportero americano que cubría el ataque percibió que «una mujer corpulenta les susurraba a los soldados iraquíes que a su vecino no le gustaban los americanos y hablaba de tener granadas» (Glanz, 2005, p. A14)[9]. Se informa también de que los iraquíes a veces cogen las listas de nombres hechas por los americanos en los puestos de control antes de salir con los coches (Negus, 2004, p. 5). John Lee Anderson (2004, p. 140) describe el encuentro entre un rebelde salvadoreño y un informador: «El campesino le pide a Diego que se retire un instante, adonde no se oiga. Estarán de pie unos instantes, el campesino susurrando fijamente, Diego escuchando y asintiendo. El campesino es un colaborador civil que da información sobre lo que está ocurriendo en los pueblos que quedan enfrente».

La denuncia puede también estar institucionalizada. Mis investigaciones sobre Grecia revelaron el siguiente procedimiento: una persona denunciaba a alguien ante un miembro del comité local (o ante alguien que tenía acceso a tal comité), que llevaba el caso al comité que discutía los diversos casos. Los comités tenían tres opiniones: podían enviar todos los casos a la autoridad relevante, podían seleccionar entre los casos y entregaban a algunos o podían no entregar a ninguno y hasta vetar el uso de la violencia contra ninguno. Las reglas y procedimientos variaban, pero, a veces, incluían un voto formal. Por ejemplo, cuando los alemanes llegaron a Ermioni en la Argólida, una pequeña ciudad de 2.212 habitantes, en junio de 1944, arrestaron a algunos hombres que fueron acusados de ser miembros del EAM, la organización insurgente que había estado gobernando la ciudad des-

[9] Glanz añade que «la búsqueda allí no dio resultado, pero los soldados iraquíes tuvieron el cuidado de volver y hacer el paripé de registrar también la casa de la mujer, de forma que su vecino no sospecharía que ella había hablado».

de 1943. Se formó una asamblea de 80 miembros para discutir si 15 individuos de la localidad deberían ser entregados a los alemanes o permanecer en la ciudad. La asamblea se reunió y decidió, mediante voto secreto, que más de la mitad de ellos habían de ser deportados. Este resultado, sin embargo, sorprendió a todo el mundo; se formó entonces un comité más pequeño para seguir deliberando y fueron a pedir consejo a la capital de la provincia, Kranidi. El comité de Kranidi había descubierto que los alemanes habían fusilado por propia iniciativa a seis hombres de la localidad que les habían sido entregados de un modo semejante y aconsejaron a los hombres de Ermioni que liberaran a todos los prisioneros como una medida práctica de evitar cualquier violencia que pudiera hacerse sin su consentimiento. Esto es lo que hicieron y se liberó a todo el mundo (Frangoulis, 1988, pp. 52-54)[10]. Este ejemplo indica la complejidad de los procedimientos de denuncia y la buena voluntad de los habitantes para mantener un grado de control sobre quién era entregado a los extranjeros y quién no.

3. La denuncia en las guerras civiles de orden étnico

En la mayoría de las guerras civiles, tanto en las de orden étnico como en las de orden no étnico, la información *inicial* sobre los desertores reales o potenciales tiende a ser pública. En las guerras civiles étnicas, las identidades individuales se señalan a menudo (aunque no siempre)[11] con toda variedad de formas visibles por el público; por el contrario, estas identidades pueden transmitir (o percibirse como que transmiten) información sobre la probabilidad del comportamiento futuro de uno. Idéntico es el caso en algunas guerras civiles de orden no étnico, cuando la polarización resulta pronunciada *a priori* y donde las lealtades políticas son de dominio público[12]. En tales entornos, por lo general, no se necesita información privada para que la violencia sea selectiva. El primer estallido de violencia tendrá a menudo como objetivo líderes locales públicamente conocidos, como en España: «En Fuenmayor, cuando estalló la guerra civil en julio del 36, el orden se colapsó por completo, con resultados previsiblemente trágicos. Después de asegurar la ciudad, la Guardia Civil, actuando de forma coordinada con los derechistas de la localidad, llevaron a rastras a 30 líderes obreros hasta el cementerio municipal y los fusilaron sin juicio delante de sus familias. La localidad vecina de La Campana, para entonces tomada por los izquierdistas, asistió a una venganza brutal. Los enfurecidos izquierdistas reunieron a 15 miembros de la clase terrateniente junto con el cura párroco, los metieron en la cárcel del pueblo y los quemaron vivos» (Gilmore, 1987, p. 44).

[10] Retrospectivamente, esto resultó ser un movimiento inteligente cuando los rebeldes volvieron a Ermioni y se les pidió a los antiguos prisioneros que intercedieran ante los rebeldes para evitar las represalias que solían tomarse.

[11] Durante la guerra en Croacia, grupos armados rivales tuvieron que llevar cintas cuyos colores se cambiaban cada día para distinguir al amigo del enemigo (Pervanic, 1999, p. 23).

[12] Hay muchas formas de identificar las identidades «ideológicas» en entornos de orden no étnico (p. e., Figes, 1996, p. 665; Rosenberg, 1991, p. 41).

Nótese que, en tales entornos, la expectativa de ser considerado un objetivo, basada en señas de identidad públicamente visibles, hará de forma automática más profunda la polarización, pues los individuos se reúnen en torno a sus grupos respectivos por razones de seguridad. Después de este primer *round* de violencia, las elites rivales serán eliminadas y a las «poblaciones subyacentes» se les podrá dar o no la oportunidad de «rendirse» al ejército rival. Si no se da tal opción, estas poblaciones serán, o bien exterminadas, o bien deportadas, o puede que tengan que huir[13]. Este proceso produce una línea de frente y la colaboración se asemeja al apoyo en las guerras interestatales. La lógica de la denuncia tiene una aplicación limitada en estos escenarios y se aplica sólo a casos marginales de espías y «quintacolumnistas». Si, no obstante, a la población rival se le da la opción de obedecer y alguna gente empieza a colaborar con el actor que controla, las categorías existentes de identidad dejan de transmitir información sobre el comportamiento futuro (Kalyvas, 2004). Tal colaboración ocurrió durante la rebelión Mau Mau en Kenia, tal como la describió un contrainsurgente británico:

[13] La deportación en masa es algo diferente a un proceso descentralizado de segregación, aunque a menudo resulte difícil distinguirlos. Tanto las guerras de orden étnico como las de orden no étnico tienden a producir segregación. Chamoun (1992, p. 23) recuerda de qué modo los primeros meses de la guerra civil en el Líbano llevaron a la segregación confesional, «todo el mundo buscando refugio en barrios en los que su religión era mayoritaria». Darby (1990, p. 98) escribe que, en el área de Belfast que él estudió, «más familias dejaron sus casas no porque hubieran experimentado realmente violencia sino como una forma de anticiparse a los problemas que vendrían en el futuro». Esto no se restringe a las guerras civiles de orden étnico. Como un hombre de la Independencia duramente secesionista, en Misuri, le escribió a su hermano que «aquí toda la gente que es partidaria de la Unión se está marchando» (en Fellman, 1989, p. 74). En Colombia, los pueblos se hicieron políticamente homogéneos como resultado de la guerra civil, dado que conocidos oponentes se marcharon huyendo (Sánchez y Meertens, 2001, p. 17). Cuando los británicos ocuparon Boston, durante la Guerra de Independencia Americana, miles de seguidores de los patriotas y sus familias dejaron la ciudad; cuando los británicos se marcharon en 1776, miles de seguidores lealistas siguieron a las tropas británicas (Carr, 2004). Lear (1961, p. 120) refiere que las guerrillas antijaponesas en las Filipinas «alentaron a la emigración a los filipinos leales desde las áreas controladas por el enemigo hasta los distritos no ocupados». Un administrador pro japonés contaba: «Hoy día hay sólo 30 familias en la población y nuestros esfuerzos para aumentar el número de familias que retornen tiene poco éxito porque elementos de la guerrilla que controlan los barrios de fuera de la población están prohibiendo o evitando que la gente venga o tenga contacto con las autoridades. Ellos amenazan con matar, secuestrar, castigar o infligir daños a aquellos que estén vinculados con el presente régimen y cooperen con él» (en Lear, 1961, p. 208).

> Un paso de gran significado a la larga que se hizo en esta época fue la decisión de formar una Cuerpo de Voluntarios Kikuyu para la Defensa Nacional. Fue un movimiento valiente e imaginativo por parte de la Administración para establecer y, más tarde, para armar a miembros de la tribu que había dado nacimiento a los Mau Mau y el 90 por 100 de los cuales habían tomado algún tipo de juramento Mau Mau. Pero quedó probado que era una decisión correcta. Al cabo de unos meses, el Cuerpo de Voluntarios ascendía a 10.000 y luego ascendería hasta 20.000; éstos combatieron resueltamente contra su propia tribu, primero con lanzas y pangas y sólo después con escopetas y rifles; pero, junto con la Policía Tribal Kikuyu, habían matado al final de la Emergencia a no menos de 4.686 Mau Mau, lo que suponía el 42 por 100 del monto total… Como resultado de su resuelto desafío desde el principio, la rebelión se convirtió en una guerra civil dentro de una tribu en lugar de ser un movimiento nacionalista (Paget, 1967, pp. 91-92).

En este caso, el proceso de denuncia en las guerras civiles de orden étnico sigue las líneas generales descritas en este libro.

4. ¿Es posible la violencia selectiva?

Una paradoja crucial de las guerras civiles es que aumentan la necesidad de controlar a la población a la vez que socavan la capacidad de los actores para hacerlo. Para aplicarse a este problema, los actores políticos tratan de implementar la descentralización y el dominio indirecto, delegando una parte del poder en los comités o las milicias locales (cap. 5). La descentralización produce más información local, pero, al mismo tiempo, genera problemas de azar moral porque la información poco precisa lleva a la violencia indiscriminada, provocando efectos contraproducentes. Un aldeano afgano les dijo a las tropas estadounidenses que personas de tribus rivales estaban afirmando falsamente que los talibanes estaban activos en el pueblo y añadió: «No cometáis el mismo error que los rusos. Ellos tenían informadores y arrestaron a la gente equivocada y volvieron a todos en contra de ellos» (en Zucchino, 2004, p. A9). Una guerrillera guatemalteca dijo que ella se había unido a los guerrilleros «para evitar ser asesinada por *envidia*», denuncia un enemigo personal al ejército (Stoll, 1993, p. 136). El jefe de un pueblo en Vietnam señalaba que las denuncias falsas y los intentos de extorsión por parte de oficiales corruptos del Gobierno tenían el mismo efecto: «Te cogerían y te torturarían hasta que tuvieras que confesar. Por tanto, muchas personas se pasaban al Vietcong aun cuando no les gustaba porque no tenían otra elección. De no haberlo hecho, habrían sido arrestados» (Race, 1973, pp. 71-72). Lo

cierto es que una queja decisiva sobre el abuso de poder en las áreas del Vietcong era «el asesinato de gente que los aldeanos sabían que era inocente» (Elliott, 2003, p. 944).

La delegación local es un arma de doble filo. Por un lado, hace posible el control y, mediante la creación de agentes que están constantemente presentes sobre el terreno, facilita la denuncia dotando a los denunciantes de un desmentido verosímil junto con una entidad para protegerlos. Dado que tienen acceso a la información local, los agentes pueden evaluar la exactitud de las denuncias que reciben. Colin Lucas (1997, p. 35) sugiere que, en Francia, «comités revolucionarios en pequeñas comunidades solían tratar de ignorar o quitar importancia a las denuncias que estaban claramente motivadas por intereses y emociones personales». Tal como me dijo el miembro de un comité rebelde de un pueblo griego: «Un joven se enamoró de una chica, pero el hermano de ella intervino, de forma que él denunció al hermano. Él continuó diciéndome que [el hermano de ella] estaba hablando contra la organización. Yo no lo escuché. Yo era objetivo y podía imponer la ley aquí en el pueblo» (I-58). Más aún, los agentes locales facilitarán la denuncia: asumiendo gran parte de la responsabilidad por la violencia que sigue, en parte protegerán al denunciante de su acto y diluirán la responsabilidad individual.

Por otro lado, la delegación no es un remedio infalible contra el problema de la inexactitud de la información. Un caso particularmente expresivo es aquél de los agentes armados locales en una ciudad guatemalteca que dieron a propósito una información errónea (incluyendo la escenificación de falsas batallas y la escritura de grafitis de la guerrilla en las paredes) para manipular al ejército y hacerle creer que la ciudad estaba llena de rebeldes de forma que ellos podían desplegar protección criminal y trampas contra la extorsión (Paul y Demarest, 1988). Valerse de la autoridad local para arreglar disputas privadas es algo que tendrá lugar incluso entre insurgentes muy disciplinados, como en Vietnam (Elliott, 2003, p. 259). Sencillamente, resulta muy duro controlar a los agentes locales, en particular durante las guerras civiles, cuando las capacidades se han adelgazado considerablemente y hay mucha presión para llevar a cabo una acción.

Los actores políticos son, por lo general, conscientes de que muchas denuncias son falsas. Ellos saben, igual que lo sabían los operativos Phoenix en Vietnam, que a menudo «la distinción entre el VC y los enemigos privados se hacía nebulosa» (Moyar, 1997, p. 115); no les gustaba el sistema de «hombres encapuchados» debido «al peligro de que los hombres encapuchados pudieran ajustar viejas cuentas contra sus enemigos» (Kitson, 1960, p. 100). En una carta de 1919, Lenin castigó a la Cheka de Yekaterinoslav por ser una organización criminal que «ejecutaba a toda persona que no le caía bien; que con-

fiscaba, saqueaba, violaba, encarcelaba, falsificaba dinero, exigía sobornos y chantajeaba a aquellos que habían sido obligados a pagar sobornos y liberaba a aquellos que podían pagar 20 veces más» (en Werth, 1998, p. 120). Más adelante, los oficiales regionales soviéticos «fueron muy conscientes de que los campesinos estaban valiéndose de la denuncia mutua como una herramienta para proseguir las disputas aldeanas» (Fitzpatrick, 1997, p. 107). Cuando los alemanes invadieron la URSS, hubieron de enfrentarse al mismo fenómeno. Por ejemplo, cuando la 25.ª División Motorizada penetró en el territorio de Bryansk oblast, se «quejó de que la denuncia era sencillamente algo endémico entre la población» (Terry, 2005, p. 8).

Más pronto o más tarde, los actores políticos descubren, como hicieron los oficiales de los Estados Unidos que luchaban contra los rebeldes filipinos en 1899-1902, que algunos alcaldes colaboradores «los arrastraban a disputas locales» (Linn, 1989, p. 146). Tal como repararon sus equivalentes modernos en Iraq: «Estos tíos se venden unos a otros como si no hubiera día de mañana», y «de 100 chivatazos que hemos recibido por parte de los servicios iraquíes de inteligencia, sólo ha servido uno» (en Packer, 2003, p. 71). Un soldado americano criticaba la actuación de los informadores locales iraquíes durante la operación militar en la ciudad de Tal Afar: «Casi nunca sacamos nada bueno de ellos», decía él. «Creo que se limitan a escoger gente de otra tribu o a gente que les debe dinero o algo» (en Finer, 2005, p. A1). Una vez más, en Iraq, el capitán del ejército estadounidense John Prior se dio cuenta de que «lo habían arrastrado a una disputa familiar» (Packer, 2003, p. 71), un punto expresado con todo el colorido por otro oficial, el capitán Todd Brown:

> Sí, aquello era una acción de Jerry Springer [...]. A veces, así es como llamamos a lo que ocurre cuando el informante se limita a enviarnos a una búsqueda inútil tras los tipos que le han hecho algo a él; algo parecido a una *vendetta*. Así que, cuando se trata de una *vendetta* personal, lo denominamos «Show de Jerry Springer» en alusión a todas las tonterías divertidas que sigue habiendo en la sociedad americana. Lo mismo se da aquí donde hay una *vendetta* personal y ellos quieren tan sólo... a un tipo que les robó la vaca o que se casó con una hija con la que querían casarse ellos o les robó algo de su tierra o de su propiedad. Se limitan a responder diciendo que aquél es un líder de Al Quaeda o de algo por el estilo y tú te metes en una búsqueda inútil con el informante (CNN, 26 de diciembre de 2003).

Como resultado, los actores políticos desconfían de sus agentes locales y tratan de expurgar la información poco fiable. Ellos avisan a sus subordinados, como hizo un oficial colombiano, de que, para salvaguardar su independencia, no deberían permitirse ser orientados por civiles (Roldán, 2002, p. 252). Un asesor de la CIA en Vietnam recuerda (en Moyar, 1997, p. 122): «Hubo tiempos en los que cuestionaba un nombre en la lista negra del VCI. "¿Este tipo es realmente alguien de la infraestructura del VC o se trata de un enemigo político o de un competidor en los negocios del jefe de la provincia o del jefe del distrito o de algún otro?"[14]». Durante una operación militar, un oficial guatemalteco les daba a los aldeanos reunidos el siguiente aviso: «Todos aquellos que no se presenten hoy que me los traigan aquí. Atados. Pero no me traigáis a gente inocente. No me traigáis a gente honrada. Y no me traigáis a gente con la que tenéis algún problema, por un pedazo de tierra, una vaca, una mujer, dinero o cosas así» (en Stoll, 1993, p. 102).

No obstante, no resulta un problema de fácil solución porque, por lo general, los individuos tienen más práctica en engañar que en detectar el engaño (Deturck y Miller, 1990). Una solución conlleva inventar procedimientos de apelación. Los comunistas chinos introdujeron tales procedimientos, pero éstos se mostraron inadecuados incluso en periodos de relativa estabilidad y habían de suspenderse en periodos de crisis; con el tiempo, mucha de su violencia fue arbitraria[15]. Más aún, los agentes locales podrán aterrorizar a los individuos que apelan[16].

Otro medio para aumentar la precisión es introducir la responsabilidad haciendo públicas las identidades de los agentes o de los denunciantes. Sin la protección ofrecida por el anonimato, no obstante, el manantial de denunciantes y candidatos a posiciones de autoridad local se secaría pronto. Por ejemplo, los comandantes estadounidenses habían planeado hacer circular una lista de 1.400 personas que se pensaba que tenían potenciales conexiones insurgentes en la ciudad de

[14] Los líderes de la guerrilla en la isla filipina de Leyte, ocupada por los japoneses, «buscaban aproximarse algo a un dominio de la ley en el territorio que controlaban», queriendo decir que «hay que desanimar al espionaje y a la colaboración mediante la aplicación juiciosa de un castigo rápido al culpable. Pero no hay que permitir que el malevolente dirija falsas acusaciones contra el inocente para que los vecinos pudieran disponer de forma conveniente de sus enemigos personales o adquirieran injustamente sus propiedades» (Lear, 1961, p. 91).

[15] «Dado que la responsabilidad para el arresto y la investigación, así como la determinación de la culpa, se hallaban en su mayor parte conferidos a un órgano, la policía, no había controles efectivos para evitar arrestos y castigos sin garantías» (Griffin, 1976, p. 139).

[16] Helen Siu (1989, p. 132) cuenta la historia de un delegado en la China posrevolucionaria que sostuvo una acusación maliciosa contra un aldeano y lo obligó a vender su propiedad para pagar a su acusador. El caso fue revisado por un comité que dio la vuelta al veredicto; éste dispuso que el aldeano había sido victimizado por las «acusaciones arbitrarias y oportunistas de malos elementos». Esto parece ser bastante excepcional, sin embargo, en contextos de guerra civil. Benjamin Paul y William Demarest (1988) enumeran muchos casos donde los individuos no pudieron convencer al ejército guatemalteco de que sus agentes locales estaban saldando una cuenta privada.

Tal Afar en Iraq, tratando de que los jeques locales lo verificaran o lo negaran. «Pero ellos decidieron contra la lista», señala Oppel (2005a, p. A8), «pues pocos jeques afirmarían o negarían el estatus de sospechosos insurgentes frente a otros iraquíes». También resulta posible rotar a los agentes, en la idea de que es menos probable que ellos tengan menos rencor fuera de su propio territorio[17]. Además de las cuestiones logísticas que trae aparejadas un método como éste, esta solución derrota a la lógica de la delegación, que es ahorrar en costes a la hora de controlar: los agentes no locales son mucho menos capaces de reunir y valorar información si se les compara con los locales.

La solución más efectiva probablemente consista en las denuncias con comprobación adicional y en la aplicación de sanciones cuando sean falsas. Un memorándum de la Gestapo enviado a todos los cuarteles generales desde Berlín en 1941, referente a las denuncias entre parientes, en particular esposos y esposas, sugería que la denuncia se estaba usando para fines privados por completo inesperados por el régimen. El memorándum introducía reglas más precisas que requerían que quienes denunciaban a sus esposas respondieran bajo juramento si los procedimientos para el divorcio habían comenzado o estaban contemplados; más aún, el Ministerio de Justicia añadió que ni siquiera las denuncias que por último acababan en el descubrimiento de un crimen serio ofrecían de forma automática fundamentos para ganar un caso en una corte de divorcio (Gellately, 1991, pp. 143 y 148-149)[18]. De forma más enérgica, los comunistas chinos condenaban como traidores a aquellos que «acusaban falsamente a otros como traidores» (Griffin, 1976, p. 173), y los partisanos italianos ejecutaban a gente que se unía a ellos para llevar a cabo *vendettas* personales (Pavone, 1994, p. 451). El ejército alemán de ocupación en la URSS arrestaba y encarcelaba a los acusadores falsarios y, en algunos casos, los hacía azotar delante de pueblos enteros como una forma de disuasión para futuras denuncias falsas (Terry, 2005, p. 8). Una ilustración adicional procede de las Filipinas ocupadas por los japoneses: «Hubo

[17] Después de que el inspector general del ejército de la Unión visitara Misuri en 1864 y se diera cuenta de que «muchos de los soldados y sus familias habían sufrido los estragos cometidos sobre ellos por los rebeldes y de que tenían a sus enemigos, a los que deseaban castigar, y de que se hallaban muy inclinados a usar el poder que les conferían sus posiciones militares para cumplir propósitos poco aconsejables», abogó por el uso de tropas de fuera del Estado que no tuvieran el equivalente a tres años de rencores que vengar (Fellman, 1989, p. 87). De acuerdo con un asesor de los Estados Unidos en Vietnam (en Moyar, 1997, pp. 222-223), «el jefe de la policía y el jefe de la Policía Especial no estaban viviendo en Phu Yen para dedicarse a una *vendetta*. Si hubieran tenido una *vendetta* contra alguien, habría sido a la vuelta al lugar del que procedían, no en Phu Yen. Allí no conocían a nadie... Ésa es la razón por la que el Gobierno los puso allí».

[18] No obstante, Nérard (2004, p. 361) descubrió que el coste de las denuncias falsas en la URSS de Stalin fue bajo o inexistente.

un tiempo en el que un soldado era emborrachado por un individuo que [...] quería eliminar al teniente del barrio [del soldado]. Al soldado se le decía que el susodicho oficial de barrio solía recibir cartas de la ciudad. Sin mayor investigación del caso, el soldado buscaba al "teniente" y lo disparaba a sangre fría. Más tarde, cuando el soldado recuperaba la sobriedad, y tal vez dándose cuenta de que había cometido un espantoso crimen, iba a por el informante y le daba igualmente otro tiro» (Lear, 1961, p. 94).

El registro empírico se mezcla en lo que se refiere a con qué frecuencia y efectividad se usa la comprobación adicional. En Perú, un trabajador pro derechos humanos señalaba que «Sendero Luminoso investiga a aquellos a los que mata» (en Rosenau, 1994, p. 317). Un operativo Phoenix en Vietnam afirmará que «la abrumadora mayoría de los capturados en las operaciones Phoenix habían sido escogidos en razón de evidencias tangibles y creíbles más que a partir de los meros rumores infundados de una persona, motivados por algún tipo de rencor personal» (Herrington, 1997, p. 196), aunque un asesor militar de los Estados Unidos observó que «sí que se dio la falsificación de los datos y la conversión de enemigos personales en blancos y, cuando esto se descubría, solía tener como resultado algún tipo de acción disciplinaria» (Moyar, 1997, p. 120). Los británicos usaban un sistema de múltiples informadores encapuchados en Kenia, jugando con la idea de que «cualquier terrorista genuino o miembro del comité sería reconocido por dos o tres de ellos» (Kitson, 1960, p. 101)[19]. Berlow (1998, p. 247) refiere una conversación con un cuadro del NPA, en las Filipinas: «"No aceptaremos las exigencias de retribución de las familias", dijo él, explicando que la gente a menudo le plantea al NPA falsas acusaciones –igual que se las plantean a los militares– para tratar de saldar rencores puramente personales. "Tenemos nuestras propias políticas para imponer sanciones, incluida la pena de muerte"».

No obstante, una comprobación adicional efectiva requiere un alto nivel de control y una burocracia eficiente; es, por tanto, muy difícil de llevar a cabo en una guerra civil, cuando los recursos se adelgazan considerablemente, en especial en las zonas disputadas. La evidencia disponible sugiere que los regímenes autoritarios tienden a añadir más recursos a la hora de cribar las denuncias, en comparación con los actores de las guerras civiles. La Inquisición española sabía a menudo cuándo discriminar entre denuncias falsas y verdaderas (Kamen, 1998, p. 181), aunque un aldeano afirmase en los años cuarenta del siglo XV que «en Castilla han sido quemadas 1.500 personas mediante

[19] Kitson (1960, p. 102) añade que éste era «un asunto laborioso y muy cansado para los encapuchados, especialmente cuando, después de un rato, el Sol salía, haciéndolos tener mucho calor y pasar mucha sed».

falsos testimonios» (Kamen, 1998, p. 175). De igual modo, James Given (1997, p. 141) refiere que un indicador del grado hasta el que los individuos intentaron manipular a la Inquisición en el Languedoc medieval era la frecuencia con la que los inquisidores imponían penitencias a los individuos cuya principal falta era el falso testimonio contra el inocente. «Manipular a la Inquisición puede que les haya dado acceso, a algunos habitantes de Languedoc, a un recurso político nuevo e inusualmente efectivo», concluye él (1997, p. 142); «con todo, estaba siempre el peligro de que los inquisidores pudieran descubrir lo que estaban tramando. El precio pagado por un intrigante desgraciado por el acceso a este recurso particular podía ser muy alto».

En contraste con esto, he encontrado pocos ejemplos de una comprobación adicional efectiva en las guerras civiles, en particular fuera de las zonas de control total. Los milicianos republicanos españoles no hicieron ningún esfuerzo sistemático para descubrir si las denuncias que habían llevado a las ejecuciones de aldeanos en un pueblo español eran falsas o maliciosas (se mostrará que eran ambas cosas) (Harding, 1984, pp. 75-76). Un oficial americano que servía en Iraq señalaba que los informantes locales encapuchados «eran el primer paso importante en el proceso de eliminar [a los insurgentes]». Él añadía que, «obviamente, no puedes ir por lo que ellos te digan ya que cometen muchos errores, pero, dado que no conocemos estos lugares tan bien como ellos, resulta una ayuda tenerlos alrededor» (en Finer, 2005, p. A1). Otro oficial admitía que él nunca llegaría al fondo de las muchas historias que le contaron diversos informadores y sus víctimas: «No estoy remedando a Sherlock Holmes», exclamó él (en Parker, 2003, p. 72).

En lugar de comprobación adicional, los actores políticos proceden al trazado de un perfil «secundario», secundario en el sentido de que tiene lugar una vez que se ha presentado una lista de nombres: ellos buscan rasgos visibles que puedan señalar lealtad o deslealtad y separan las denuncias verdaderas de las falsas. Las fuerzas de seguridad indias en el Punjab buscaban «sijs jóvenes entre las edades de dieciocho y cuarenta años, que tuvieran largas barbas y llevaran turbantes» (Gossman, 2000, p. 267). Los contras nicaragüenses consideraban como probables seguidores de los sandinistas a los maestros de escuela y trabajadores de la salud de zonas rurales (Horton, 1998, p. 128); dos profesiones también en el punto de mira de los insurgentes RENAMO en Mozambique (Nordstrom, 1997, p. 83). El ejército guatemalteco enfiló a los profesores, a los instructores bilingües, a los catequistas y a los oficiales de las cooperativas (Warren, 1998, p. 95; Paul y Demarest, 1988, pp. 125-126). Los colombianos pudientes son vistos como un objetivo legítimo para los insurgentes, mientras que los paramilitares tomaron como objetivo a los organizadores laborales y a los trabajadores pro derechos humanos (Fichtl, 2004, p. 5). Los vietcong sospechaban, en particular, de la gente que viajaba a las ciudades con mercado, donde el Gobierno estaba presente (Elliott, 2003, pp. 949-950). Obviamente, este trazado de perfil carece a menudo de efectividad. Por ejemplo, la Inquisición del Languedoc no tuvo éxito a la hora de cribar las denuncias falsas cuando la víctima era una persona que «había ofendido a miembros importantes del *establishment* político y así se había hecho a sí misma vulnerable a los ataques» (Given, 1997, p. 147). Más aún, demasiada confianza en el trazado del perfil frustra la premisa básica de la violencia selectiva. Lo cierto es que parece hacerse un compromiso entre las exigencias de selectividad y las limitaciones de información de las que se dispone. Mi trabajo de campo en Grecia reveló algunos casos en los que el trazado del perfil estaba mezclado con la información local. Descubrí que el alcalde de un pueblo fue asesinado por los rebeldes, probablemente después de ser denunciado con toda malicia por el hermano de una mujer a la que él había prometido falsamente matrimonio; como alcalde, él tenía un contacto frecuente con las autoridades de ocupación, un hecho que puede haber inclinado la balanza en su contra cuando llegó el momento de la decisión (I-6, I-7)[20].

Finalmente, resulta imposible estimar la proporción de falsos positivos y negativos. Sin embargo, hay evidencias de que los actores políticos a menudo eligen engañarse en la dirección de falsos positivos más que de falsos negativos. Los comandantes estadounidenses en Filipinas en el cambio de siglo extrajeron las consecuencias de esta situación clara y oficialmente: «Arrestar a cualquiera que se cree que es culpable de prestar ayuda o asistencia a la insurrección del modo que sea o de dar alimento o refugio a los enemigos del Gobierno no es necesario para esperar una evidencia suficiente como para llevar a una condena por un tribunal, pero aquellos de los que hay grandes sospechas de complicidad con la insurrección pueden ser arrestados y confinados como una necesidad militar y pueden ser hechos prisioneros de guerra según el criterio de los comandantes del puesto hasta que reciban otras órdenes de una autoridad superior»[21]. Un partisano italia-

[20] En un sentido, el trazado de un perfil refleja la producción conjunta de violencia sobre el blanco: los que tenían más probabilidades de ser entregados serán personas que resulta que, además de tener enemigos personales, encajan con un perfil público de deslealtad. Éste es sólo un ejemplo de cómo la principal división puede conformar la violencia, condicionada a la dinámica local.

[21] En la descripción de la expedición ateniense a Sicilia, Tucídides (6.53) cuenta la historia siguiente: «Una vez que la expedición se hizo a la mar, los atenienses estaban tan inquietos como antes por investigar los hechos de los misterios y de los Hermes. En lugar de examinar los caracteres de sus informadores, consideraron todo lo que se les había dicho como bases para la sospecha y, con la evidencia de que unos completos canallas habían arrestado y apresado a algunos de sus mejores ciudadanos, pensando que ir hasta el fondo de las cosas de este modo era mejor que dejar que cualquier persona acusada, por muy buena que fuera su reputación, escapase del interrogatorio por culpa del mal carácter del informador».

no formuló el problema en términos fuertes: «La situación nos obliga a tratar seriamente con el problema de los espías y de los denunciantes: los sospechosos han de ser arrestados y asesinados sobre la base de una evidencia mínima. Por otro lado, hay un riesgo en condenar a gente inocente: pero ¿cómo se puede esperar a la prueba de la traición? ¿A partir de la muerte o el arresto de alguien de nuestro bando?» (en Franzinelli, 2002, p. 204). En Kenia, las acusaciones hechas por otros, incluidas las de informadores encapuchados, no necesitaban ser corroboradas (D. Anderson, 2005, p. 203). En Colombia, grupos armados «preferían la simple "justicia" de las ejecuciones sumarias de colaboradores sospechosos a las espirales de las maquinaciones de los juicios o a la torpeza de capturar a colaboradores acusados» (Fichtl, 2004, p. 5). En 2003, el Gobierno colombiano procedió a arrestar a cientos de personas en algunas localidades sobre la base de tan sólo unas pocas denuncias; 74 personas fueron arrestadas en la pequeña ciudad de Cartagena del Chairá a causa de una simple denuncia por parte de un hombre a quien muchos vecinos tachaban de malicioso (Semana, 2003). «Mejor matar por error que liberar por error», rezaba un eslogan vietnamita, popular entre algunos insurgentes; para ellos, «la justicia no era un ideal abstracto sino una herramienta en la lucha política»; «si se reduce a un conflicto entre el prestigio de la revolución y abstractas nociones de justicia, estaba claro lo que prevalecería» (Elliott, 2003, pp. 91 y 947). Un comandante de los Estados Unidos en Iraq recalcó sobre los contrainsurgentes iraquíes que «si disparan a alguien, no creo que tuvieran remordimientos ni siquiera si matasen a alguien que fuera inocente» (en Maass, 2005, p. 47).

Así, la violencia selectiva hizo blanco en mucha gente inocente. Repasando la violencia que tuvo lugar en su pueblo durante la guerra civil griega, el escritor de una historia local concluirá que los asesinatos eran provocados, «de algún modo», por la afiliación política de las víctimas pero «más» por la obsesión vengativa de sus enemigos (Kanellopoulos, 1981, p. 609). El programa Phoenix en Vietnam a menudo estuvo «eliminando a la gente equivocada» (Adams, 1994, p. 179; Fitzgerald, 1989, p. 516), la guerrilla Huk en Filipinas «mataba a gente que pensaba que eran espías o enemigos pero que luego se demostraba que no lo eran» (Kerkvliet, 1977, p. 177) y tanto la UNITA como el MPLA, en Angola, ejecutaron a mucha gente inocente como traidores, basándose en falsas acusaciones que eran resultado de enemistades personales (Brinkman, 2000, p. 15). Se dice que un comandante del FLN en Argelia provocó la ejecución de unos 3.000 hombres y mujeres inocentes en su campaña de terror, lanzada en 1958 y 1959, después de que los franceses lograsen suscitar hábilmente sospechas entre los argelinos (Horne, 1987, p. 323). En El Salvador, muchas denuncias falsas eran «suficiente para sellar el destino de uno,

pues las fuerzas gubernamentales rara vez investigaban los cargos y lo de "todo el mundo es inocente en tanto no se demuestre lo contrario" no era un principio que reconocieran los militares, las fuerzas de seguridad o los irregulares civiles de ORDEN» (Binford, 1996, p. 107; también Wood, 2003, pp. 96-97). Un informe sobre Sri Lanka afirma que, «tomando la palabra a los informadores, las fuerzas [de seguridad] permitieron que viejos rencores, disputas por terrenos y rivalidades en los negocios se solventaran de forma sangrienta» (Universidad de Profesores de Derechos Humanos, 1993, p. 38). Joseba Zulaika (1988, p. 99) «descubrió que los "hechos" sólidamente establecidos sobre [un presunto informador en el pueblo vasco], como su papel como traidor en los acontecimientos de 1960, eran, sencillamente falsos»[22]. Las cuotas y las recompensas por «neutralizaciones» no hacen otra cosa que agudizar el problema (Courtois, 1998, p. 21; Moyar, 1997, p. 116; Chang, 1992, p. 218).

Hay algunas evidencias sistemáticas más allá del registro anecdótico. Peter Hart (1999, pp. 17 y 303) investigó de un modo extensivo los archivos de la policía británica y encontró entre las víctimas del IRA, en 1916-1923, «muy pocos que fueran verdaderos informadores. La mayoría eran víctimas inocentes». Comparando los datos sobre las ejecuciones del IRA y las de los servicios de inteligencia británicos, concluirá que la gran mayoría de los informadores veraces jamás fueron ni puestos bajo sospecha ni castigados; la mayoría de aquellos que fueron disparados (o denunciados, expulsados o sacados repentinamente de sus casas) nunca habían informado de nada y aquellos que estaban en la lista negra eran, por lo general, inocentes. En Perú, se informó de que las cortes especiales antiterroristas dispuestas para combatir la insurgencia de Sendero condenaron a cientos de personas que más tarde se probó que eran inocentes respecto del cargo de haber ayudado a los grupos rebeldes. Para el verano de 2000, 1.089 de estos «inocentes» fueron liberados, o bien por medio del perdón, o bien mediante la reversión de sus sentencias (Krauss, 2000, p. 3).

En conjunto, resulta correcto suponer que los actores políticos fallan con frecuencia a la hora de discriminar entre el culpable y el inocente. ¿Habremos de concluir entonces que la violencia selectiva es una ilusión y que toda violencia es, de hecho, indiscriminada y, en último término, contraproducente?

Una conclusión así sería errónea. Hay una evidencia sustancial de que los actores políticos tienen éxito a la hora de generar disuasión por medio de la violencia selectiva *a pesar de* matar a mucha gente

[22] Ejemplos adicionales de falsas denuncias se narraban en la Malasia ocupada por los japoneses (Kheng, 1983, pp. 144, 180 y 181-182), Guatemala (Warren, 1998, p. 99) y Sri Lanka (Senaratne, 1997, p. 147).

inocente. Esto era claramente lo que sucedió con el programa Phoenix en Vietnam, que se describe de forma simultánea como relativamente inexacto y muy efectivo (Sheehan, 1989, p. 116; West, 1985, p. 95). Lo mismo era cierto sobre el IRA. Las autoridades británicas concluyeron, en un informe de 1921 de los servicios de inteligencia, que el IRA era notablemente impreciso: «En todos los casos, salvo en uno, la persona asesinada [por el IRA] no [les] había dado ninguna información»; al mismo tiempo, no obstante, reconocían que, pese a esto, la guerra del IRA a los informadores fue altamente efectiva (Hart, 1999, p. 300). Mis propias investigaciones en Grecia corroboran esta idea: mucha gente fue asesinada de forma selectiva aunque errónea; no obstante, sus muertes fueron disuasorias, tal como pretendían sus perpetradores. En suma, aun siendo imperfecta, la violencia selectiva resulta efectiva. Ahora bien ¿cómo?

Para conseguir la disuasión, los actores políticos deben convencer a la población que está en su punto de mira de que ellos son capaces de controlar y sancionar su comportamiento con una razonable exactitud. En otras palabras, necesitan cultivar una *percepción de selección creíble*. Ellos pueden conseguir esta meta sin ser perfectamente precisos en la fijación de sus objetivos. Una mezcla de golpes acertados y erróneos resulta compatible con una percepción de selección creíble bajo tres condiciones[23].

En primer lugar, la propia presencia de agentes locales señala la voluntad y la capacidad potencial de la organización para ser selectiva. Los actores políticos habrán de intervenir tan sólo si los problemas de riesgo moral se hacen excesivos; de otro modo, el sistema sigue vigente. Los actores políticos publicitan su capacidad selectiva como una función de la agencia local: uno de los principales eslóganes de Sendero Luminoso era «El partido tiene mil ojos y mil oídos» (Degregori, 1998, p. 143). En este sentido, la importancia de los agentes locales se basa menos en lo que hacen en realidad y más en su propia existencia. Si el público cree que se halla activa una red de informadores, la gente tenderá a inferir que una víctima era culpable (Herrington, 1997, p. 39)… o, al menos, estarán lo bastante inseguros como para no tomar en consideración tal posibilidad, una idea coherente con muchas observaciones sobre el efecto paralizador de la percepción de que se halla activa una red efectiva de informadores: «Nadie puede estar seguro de quién es quién» era la expresión que describía cómo se sentía la

[23] Obviamente, la estrategia óptima para los actores políticos es la selección al azar que parece ser selectiva (le agradezco a Diego Gambetta el que me haya hecho ver este punto). En la práctica, esto resulta difícil de conseguir; la maquinaria administrativa requerida para crear una percepción creíble de selección es tremendamente costosa de establecer y, una vez que se da, lleva a una mezcla de golpes correctos e incorrectos más que a una elección puramente aleatoria de los blancos.

gente en Guatemala (Green, 1995, p. 105). Un hombre describió así la situación en Irlanda en 1922-1923: «Puede que las cosas más reprensibles con las que uno se encuentra aquí sean eso que se conoce como "servicios de inteligencia". Uno no sabe nunca con quién está hablando. Uno no sabe nunca quién es o quién no es un "oficial de los servicios de inteligencia" […]. Todos los ojos parecen mirar y todas las lenguas susurrar en sospecha y duda allá donde uno va» (en Hart, 1999, p. 124). Aunque la violencia es a menudo pública[24], hay una cierta ambigüedad sobre sus causas verdaderas. Las descripciones del terror incluyen, de forma coherente, rumores y listas negras, compilados en la sombra, así como «susurros, insinuaciones y rumores» sobre quién está en estas listas (Green, 1995, p. 109; Faivre, 1994, p. 145).

En segundo lugar, los agentes locales ayudan a los actores políticos a evitar errores estrepitosos que son fáciles de detectar por parte del público y crean una percepción general de constante fallo en los objetivos[25]. Tal como ya dije en el capítulo anterior, la violencia indiscriminada tiene como consecuencia el fallo altamente visible en los objetivos de los simpatizantes potenciales o reales del actor indiscriminado, algo que puede evitarse a través de la delegación local. Los actores políticos no quieren que la gente pregunte, como le hicieron a un líder palestino sobre el asesinato de un presunto colaborador de los israelíes: «¿Por qué mataron ustedes a este tipo? Es inocente» (en Swedenburg, 1995, p. 199)[26].

En tercer lugar, cuando la defección tiene lugar bajo coacciones (p. e., cuando el actor rival tiene el control), por lo general, se trata de una actividad secreta; la gente no puede decir si una víctima particular era realmente un desertor o no[27]. En las áreas de El Salvador estu-

[24] Ellos pueden dejar mensajes sobre los cuerpos de la víctimas, organizando, en ocasiones, juicios públicos y confesiones públicas (por lo general, manipulados) (Kheng, 1983, p. 180; Cobb, 1972, p. 1921). Por ejemplo, el Vietcong le prendería un «letrero fúnebre» al cuerpo, en el que se enumeraban los «crímenes» que se le imputaban a la víctima y se afirmaba que, en el transcurso de su carrera criminal, la víctima había «amasado muchas deudas de sangre con la gente y, por tanto, había tenido que ser condenada».

[25] Nótese que no se convencerá a la familia de la víctima; sin embargo, no se levantará la voz si resulta demasiado peligroso hacerlo (Hamoumou, 1993, pp. 157 y 174). Además, las afirmaciones hechas por la familia de una víctima no se ven, por lo general, como creíbles.

[26] Ésta es la razón por la que la opción de la violencia selectiva bajo la pretensión de la selección real no puede funcionar. Nótese también que el asesinato de individuos de los que se sabe que han sido víctimas de una denuncia maliciosa no se interpreta normalmente como un ejemplo de fallo a la hora de elegir el objetivo puesto que las denuncias maliciosas pueden también ser ciertas.

[27] Hasta los miembros de la propia organización que es blanco de la violencia pueden estar inseguros sobre la inocencia de algunos de sus colegas. El grado de secreto de la defección varía dependiendo de factores adicionales tales como los patrones de organización en el pasado. Por ejemplo, los japoneses descubrieron que, siguiendo su campaña de limpieza, las organizaciones comunistas eran más fuertes en Yongqing que en Hejian (ambas en el Hebei Central, en China) y ello, pese al hecho de que la tradición comunista había sido

diadas por Leigh Binford (1996, p. 112), «la mayoría de la población "indecisa" en lo político no tenía forma de saber si las acusaciones de que las víctimas [del ejército] habían colaborado con los guerrilleros eran merecidas o no, puesto que el ERP mantenía allí un perfil bajo». Cuando no están seguros de la inocencia o la culpabilidad de las víctimas, pero de algún modo estaban persuadidos sobre la credibilidad de la organización, la mayoría de la gente tendía a inferir la culpa y a alterar su comportamiento de acuerdo con ello. Considérense los siguientes ejemplos de Argelia, Vietnam, Sri Lanka y Colombia:

> Cuando escuchábamos que las personas X o Y habían sido encontradas asesinadas, nos decíamos: «¿Quién habría creído que fueran traidores? Pero deben de haberlo sido puesto que el FLN los había ejecutado» (en Hamoumou, 1993, p. 157).

> El VC ejecutó a cuatro personas en mi pueblo. Ellos explicaron que estas personas eran agentes a sueldo de las autoridades gubernamentales. Nadie pudo saber si esto era cierto o no. Todo el mundo estaba asustado. Nadie se atrevía a decir nada (en Mallin, 1966, p. 72).

> El JVP insurgente tuvo éxito a la hora de transmitir una «presunción general de que, si alguien era asesinado por [ellos], entonces es que aquél o aquélla había hecho algo para merecer ese castigo» (M. Moore, 1993, p. 628).

> Hay una creencia muy extendida entre la población de que las víctimas de la violencia «se habían buscado los problemas». Los comentarios típicos sobre la gente que había sido asesinada incluían «Algo debía» o «Es que se había polarisado»; los asesinatos serían «explicados» a menudo designando a las víctimas como un *desintegrado*, como un *descompuesto*, como un *ladrón*, como un *faltón* (alguien que no ha mantenido su palabra), como un *hablón* o como un *desechable* (G. Martin, 2000, p. 181)*.

En resumen, la eficacia de la violencia selectiva depende menos de la precisa exactitud y más de una percepción que se da entre la población de que está teniendo lugar un proceso de selección. El uso de los agentes locales es esencial a la hora de generar esta percepción y ayuda a explicar la aparente paradoja de campañas de violencia selectiva que son altamente efectivas pese a los fallos de precisión.

mucho más fuerte en Hejian. Dado que la organización en Hejian había comenzado bajo unas condiciones militares bastante seguras, los activistas comunistas eran conocidos por todos los aldeanos; cuando los comunistas fueron obligados a marcharse, la mayoría de los activistas locales pudieron ser denunciados; a la inversa, dado que la organización comunista en Yongqing se construyó más tarde y bajo condiciones mucho menos favorables, incluyó organizaciones secretas que fueron más capaces de resistir a los ataques japoneses (Hartford, 1989, p. 117).

* Las palabras en cursiva van en español en el original. *[N. del T.]*

5. Una economía política de la denuncia

La incidencia de la denuncia depende tanto de las motivaciones como de las coacciones. Las motivaciones son abundantes y diversas (cap. 10); incluso puede que los niveles bajos de conflicto social y los niveles altos de solidaridad no eviten que tengan lugar las denuncias, dado el escaso número de personas que se requiere para poner en movimiento este proceso. Las coacciones son unos reguladores de denuncia mucho más efectivos.

El suministro de denuncias está sujeto a una coacción fundamental; a saber, la probabilidad de la venganza, afrontada, bien por el denunciante, bien por el comité local que examina las denuncias. Mientras que la aversión impulsada por las normas, desencadenada a menudo por este acto, es una fuente potencial de riesgo para el denunciante, el riesgo real procede de las amenazas creíbles de represalias más que de difusos sentimientos de desagrado. Esta dimensión, desde luego, es un estándar en el crimen organizado: las amenazas creíbles de venganza mellan la voluntad de los testigos de dar su testimonio (p. e., Butterfeld, 2005). Un mecanismo similar puede encontrarse en las guerras civiles. Un aldeano griego explicaba qué era lo que le impedía denunciar a las autoridades de derechas a aquellos aldeanos izquierdistas que causaron la muerte de su tío: «Había partisanos rondando el pueblo», me dijo; «tú no sabes lo que podía pasarte» (I-10). Un aldeano comunista griego (Nikolaidis, 1977, p. 55) recuerda cómo reaccionó después de que una guerrilla comunista hubiera hecho que un «tribunal popular» juzgase a un aldeano del lugar y lo hubiera golpeado: «¿Tienes alguna idea de cómo sufriremos por culpa de tu tribunal fantoche. Tú te vas, pero nosotros nos quedamos aquí». Este proceso se hace evidente en los siguientes ejemplos de Kenia, Argelia, Vietnam e Irlanda del Norte:

> Aun cuando los «lealistas» kikuyu que viven en las ciudades saben que esta gente son seguidores de los Mau Mau, no les resulta sencillo ofrecer pruebas contra ellos o señalarlos. Si hicieran eso, a continuación vendría una rápida venganza (Leakey, 1954 p. 121).

> Los habitantes los conocerán puesto que sufren tremendamente sus actividades, pero no denunciarán a estos agentes a menos que pue-

dan hacerlo sin arriesgarse. El miedo a la represalia hará que no nos comuniquen la información que poseen [...]. Para tener éxito, no hemos de perder nunca de vista el hecho de que tan sólo recibiremos información si la gente puede proporcionárnosla sin correr riesgos (Trinquier, 1964, pp. 35 y 78).

La regla número uno era «Nunca le informes al Gobierno de las actividades de los comunistas». En Hiep Hoa, la mayoría de los aldeanos eran muy conscientes de qué familias eran revolucionarias y de quiénes constituían el comité del partido del pueblo. Ahora bien, nadie podía estar seguro de las lealtades de cada uno de sus vecinos [...]. Prácticamente, cada aldea de Vietnam tenía, al menos, un informante clandestino que no dudaría en referirle al Vietcong el nombre del granjero que advirtió a los americanos sobre una bomba trampa. La organización del Vietcong era así el mayor aparato con el que la revolución se aseguraba el silencio de la gente... y este silencio era suficiente para frustrar nuestros esfuerzos (Herrington, 1997, p. 39).

De este modo, el factor principal en el declive inicial de los servicios de inteligencia del GVN en la situación en el campo fue un cambio en la seguridad de sus agentes: el GVN perdió la capacidad para protegerlos. Obviamente, el cálculo de riesgo cambió. Dada la seriedad de las represalias probables para tal actividad, aquellos que estaban en ellos por dinero debieron de pensar que no valía la pena poner en riesgo sus vidas. Aquellos que guardaban rencor contra la revolución descubrieron que los costes de que se impusiese la venganza habían escalado dramáticamente (Elliott, 2003, p. 424).

Ella vivía en la zona. Sabía quién había asesinado a su marido, pero no podía decir quién lo mató porque mis hermanos vivían todos allí y mi padre vivía en la zona, de forma que todos habrían tenido que dejar el país. No habrían podido quedarse. Por tanto, ella no podía decir nada sobre quién lo había matado. Ella veía a sus asesinos todos los días y ellos solían meterle miedo para asegurarse de que mantendría la boca cerrada (en Smyth y Fay, 2000, p. 23).

El significado del riesgo de revancha como un factor determinante para la denuncia resulta coherente con los estudios psicológicos según los cuales la fuerza relativa de los signos de revancha inhibe de la venganza (Bandura, 1983); con las evidencias experimentales que sugieren que la anticipación de la revancha es, bajo ciertas circunstancias, un regulador efectivo de la agresión (Walters, 1966); con los estudios sociológicos de contextos rurales que muestran que los campesinos toman seriamente en consideración el poder de sus competi-

dores a la hora de decidir si desafiarlos o refrenarse a la hora de hacerlo (p. e., Hua y Linshan, 1996, pp. 180-182), y con los estudios de medios criminales o cuasi criminales que demuestran que las amenazas creíbles de venganza por parte de los criminales inhiben a las víctimas y a los testigos de dar cuenta del crimen o de ofrecer evidencias (p. e., Crisp 2000, p. 620)... por no mencionar numerosas observaciones accidentales pero penetrantes en textos literarios (p. e., Stendhal, 1996, p. 38).

El riesgo explica por qué los denunciantes (lo mismo que los informadores) buscan el anonimato. Un diccionario ruso define la denuncia como «una revelación secreta a los representantes del Gobierno de algún tipo de actividad ilegal» (Kozlov, 1996). Los actores políticos a menudo están dispuestos a ofrecer el anonimato para mitigar los riesgos de la denuncia (Kamen, 1998, p. 182; Moyar, 1997, p. 74)[28]. La figura del informador con capucha apuntando a la gente para que la arresten (el infame *encapuchado* en Latinoamérica) es usual en la mayoría de las guerras civiles[29]. A los actores políticos les desagrada el total anonimato porque resulta «una invitación abierta al perjurio y al testimonio malicioso» (Kamen, 1998, p. 182).

No obstante, el anonimato no resulta fácil de conseguir, especialmente en las comunidades pequeñas. «En una aldea vietnamita no había secretos», recuerda Stuart Herrington (1997, p. 23). De un hombre estúpido, los campesinos chipriotas dicen: «Pensaba que podría golpear a su mujer sin que sus vecinos se enterasen» (Durrell, 1996, p. 224). A menudo, es posible adivinar el origen de una denuncia, en particular cuando se hallan implicadas disputas personales y comunidades pequeñas (p. e., Butterfield, 2005, p. 22; Argenti-Pillen, 2003, pp. 61-62; Berlow, 1998, p. 44)[30]. Kevin Andrews (1984, p. 122), que viajó por Grecia en 1949, reproduce la siguiente conversación que tuvo en un pueblo:

«Dime una cosa. ¿Qué es de la gente que quemó las casas, de los hombres que mataron a tu hermana y a su niño?»

«¿Que qué es de ellos?» Me miró con la misma mirada aniñada de Papastavros. «Nada.»

---

[28] Un anuncio que vi en el metro de Nueva York incluía el siguiente mensaje: «No tienes que revelar tu identidad para ayudar a resolver un crimen violento. Llama al 1-800-577-soplos. Recompensas hasta de 2.000 $».

[29] P. e., Anderson (2005, p. 202), Wood (2003, p. 114), Mahmood (2000, p. 83), Zur (1998, p. 80), Stoll (1993, p. 62), Stubb (1989, p. 44), Kheng (1980, p. 96), Kerkvliet (1977, p. 66) y Kitson (1960, p. 100).

[30] Éste es el punto en el que divergen las disputas y la actividad puramente política: informar en secreto es mucho más difícil de detectar que las denuncias maliciosas basadas en conflictos personales o locales.

«¿Qué quieres decir?»
«Allí están todos.»
«¡En el pueblo! ¡Todavía!»
«¿Y adónde van a ir?»
«Pero ¿sabe él quién lo hizo?»
«Claro que lo sabe. En el pueblo, se sabe todo.»

Las instancias a las autoridades superiores escritas por algunas víctimas en el Misuri de la guerra civil sugieren que tales víctimas habían adivinado las identidades probables de sus agresores (Fellman, 1989, p. 60); los miembros enmascarados de un escuadrón de la muerte en Guatemala eran identificados por los parientes de una de sus víctimas (Paul y Demarest, 1988, p. 123); los rumores sobre quién traicionó a los hijos de Saddam Hussein surgieron inmediatamente después de que fueran asesinados[31]; en un pueblo griego de mi estudio, el informador encapuchado que se presentó con los alemanes para señalar con el dedo a los miembros de la resistencia fue reconocido por tantos aldeanos que se hallaban reunidos en la plaza mayor de la aldea que tuvo que quitarse la capucha.

Los parientes y amigos de la víctima de una denuncia, como es natural, desean venganza, o bien contra el denunciante, o bien contra los agentes locales que ratificaron la denuncia. De ahí que los denunciantes potenciales y los comités locales hayan de tener en cuenta el riesgo de revancha que afrontan. A diferencia de la venganza en los odios de sangre, que es directa, la revancha en el contexto de las guerras civiles tiende a ser mediada. Tal como se dijo en el capítulo 3, los odios de sangre son generalmente acontecimientos rituales regulados por un conjunto concreto de normas acerca de qué ofensas se hallan sujetas a la revancha; estas normas explican por qué la gente está dispuesta a vengarse, dados los costes potencialmente tan altos que afrontan (Gould, 2003). La falta de disposición que, en la mayoría de las sociedades, tiene la gran mayoría de la gente a cometer actos violentos y la ausencia de venganza puede explicarse por la ausencia de normas de odio de sangre[32]. La guerra civil aumenta las oportunidades de venganza y hace disminuir de modo significativo sus costes: una persona no necesita ensangrentarse directamente las manos. La revancha toma la forma de «contradenuncia»; es decir, la denuncia del denunciante inicial al actor político rival. Exactamente igual que los denunciantes pueden usar a actores políticos para realizar sus propios fines, la familia de la víctima de una denuncia puede «contradenunciar» al denunciante inicial. En resumen, el desagrado fundamental de la mayoría de la gente por la comisión de violencia con sus propias manos y la aspiración de los actores políticos a monopolizar la violencia[33] convierten a la denuncia en la principal herramienta para la revancha.

[31] «Host betrayed Saddam's sons» [«El anfitrión traicionó a los hijos de Saddam»], *BBC News*, 24 de julio de 2003, en http://news.bbc.co.uk/1/hi/world/middle.east/3092783.stm.

[32] Coherente con la observación de que los asesinatos en masa son un trabajo de relativamente poca gente (Valentino, 2004).

Son dos las condiciones que han de cumplirse para que tenga lugar una contradenuncia. En primer lugar, el contradenunciante ha de tener acceso al actor rival (y este actor ha de tener la capacidad de llevar a cabo la represalia). El acceso a los actores políticos es asimétrico y éstos, como es natural, no quieren que los ciclos de venganza se vuelvan endógenos. En segundo lugar, de igual modo que los denunciantes tienen en cuenta los riesgos de la revancha, los contradenunciantes han de pensar en la contrarrevancha[34]. Cuando los individuos sienten que, aun cuando sean reconocidos o se revele que son denunciantes, el actor político al que están denunciando sus compañeros tiene la capacidad de protegerlos de la revancha, será más probable que denuncien (o contradenuncien)[35]; si les preocupa que, a la hora de denunciar, es probable que queden sin protección y, por ello, hayan de afrontar la revancha a través de la contradenuncia (o si creen que su denuncia o contradenuncia es poco probable que se aplique), será improbable que se denuncie[36].

Aunque lo que cuenta como un nivel aceptable de protección, dada la intensidad del impulso motivador, variará con la tolerancia al riesgo de los individuos, la respuesta básica será que las denuncias serán una función del control ejercido por los actores políticos. El control afecta también a la capacidad de un actor para llevar a cabo una represalia. Por mi parte, integraré esta idea en la ilustración formal de la teoría de la violencia selectiva que viene a continuación.

[33] Kathleen Hartford (1989, p. 114) describe de qué modo el Partido Comunista Chino puso los programas de «eliminación de traidores» bajo control directo del comité de distrito del partido y no bajo el control del brazo del partido en el pueblo. Los asesinatos eran investigados por el distrito y no se permitían los asesinatos independientes por venganza.

[34] Desde luego, la identidad del contradenunciante ha de ser tan visible como la del denunciante original.

[35] Asumo que una baja probabilidad de ser asesinado no se traduce en unos costes esperados muy grandes. De hecho, unas probabilidades muy escasas de muerte podrían en realidad hacer que los individuos se comportasen como si esperaran que los costes fueran cero. Son abundantes las evidencias experimentales que sugieren que los individuos tienden a sobrestimar sus oportunidades de éxito para acciones relativamente beneficiosas y a subestimar sus oportunidades de éxito para acciones potencialmente costosas (p. e., Mirels, 1980; Weinstein, 1980; Larwood y Whitaker, 1977; Miller y Ross, 1975). Cuando les pregunté a varios informantes griegos por qué la gente denunciaba cuando se daba una baja probabilidad de venganza, apuntaron a los hábitos de conducción de muchos de los lugareños que tendían a conducir de forma muy peligrosa pese a ser conscientes de una baja probabilidad de pudieran sufrir un accidente.

[36] Denunciar a un actor que no es capaz de llevar a cabo la represalia es funcionalmente equivalente a ser dejado sin protección por este actor político.

Voy a ilustrar la teoría de la violencia selectiva y a generar predicciones sobre la probabilidad de la violencia selectiva e indiscriminada a través del espacio y sobre la identidad de los perpetradores (tanto si son los detentadores del poder como si son los insurgentes); la teoría tiene sus dudas respecto a la intensidad y secuenciación de la violencia. Para mantener el modelo simple, lo descompondré en tres procesos distintos pero relacionados: el cálculo individual de la defección, el cálculo individual de la denuncia y el cálculo organizativo de la violencia.

Las preferencias son claras. Los actores políticos maximizan el control territorial; buscan «conquistar» territorio y aumentar el nivel de control sobre el territorio que dominan. No asumo ningún tipo de anarquía; cuando un actor abandona un territorio, llega el actor rival. El aumento del control significa obtener la colaboración de los civiles y la eliminación de la defección, es decir, la colaboración con el actor rival; ésta es la función principal de la violencia selectiva.

Se asume que los costes de producción de la violencia selectiva están en relación inversa al control; yo tomaré que la distribución del control en t_0 es exógena; una vez que ha comenzado el proceso, los cambios subsiguientes de control son una función de dos factores: en primer lugar, recursos militares exógenos que le permiten a un actor «conquistar» el territorio hasta entonces controlado por su rival y, en segundo lugar, el uso de la violencia selectiva en el territorio que ya está «conquistado», que aumenta el grado de colaboración y, de ahí, el control en el periodo subsiguiente t_1 –desde luego, con tal de que el equilibrio de poder existente no sea alterado de forma exógena por las fuerzas en retirada de un actor o por el aporte de fuerzas adicionales por parte del actor rival.

Los civiles son limitadamente racionales; se dejan impresionar por las recompensas y tratan de maximizar un tema personal o de utilidad política a su probabilidad de supervivencia; tienden también a mezclar las oportunidades con sus creencias sobre las oportunidades. El modelo plantea dudas en cuanto a los motivos de defección y denuncia: pueden ser políticos o personales, puede que expresen ideología, venganza o rencor. No obstante, asumiré que las denuncias tienen lugar a nivel local entre gente que se conoce. Asumiré también que los individuos creen que el nivel de control ejercido donde viven es estable. Los civiles deberán tomar dos decisiones estratégicas separadas: si desertar y si denunciar. Los actores políticos han de decidir si usan la violencia y qué tipo de violencia emplear.

Defección

Considérese una distribución del espacio geográfico en cinco zonas separadas de control, que se extienden de 1 a 5. La zona 1 es un área de control gubernamental total y la zona 5 es un área de control total de los insurgentes. En medio, están las zonas 2, 3 y 4, que son áreas disputadas donde el control varía como sigue: la zona 2 está, ante todo, controlada por los detentadores del poder (control predominante gubernamental); la zona 4 está, ante todo, controlada por los insurgentes (control predominante insurgente), y la zona 3 está controlada por ambas partes (paridad).

Siguiendo la proposición 1, asumiré que la defección (es decir, la colaboración con el actor rival) se conforma con el nivel de control ejercido por los actores políticos en liza. Si hay k desertores en una aldea y c es el nivel de control del que disfruta una organización en la aldea, k(c) decrece cuando c aumenta. Los beneficios de la defección incluyen las ventajas materiales y/o no materiales derivadas de la ayuda a una organización con la que uno se asocia, mientras que los costes de desertar y ser capturado –prisión, tortura, muerte– son excesivos. Si i es la recompensa de la deserción y u es el coste del desertor que es capturado, entonces, para la gran mayoría de la gente que aprecia la supervivencia, $u > i$. La probabilidad de ser capturado condicionará, por tanto, su deseo de desertar dadas sus preferencias.

Los actores políticos quieren pagar un premio por colaborar (en la forma de más promesas, promoción o bienes materiales) donde su capacidad para controlar decrece aun cuando su capacidad para dar tal premio decrece con el control, a medida que uno se mueve desde la zona 3 hacia áreas de control más débil. Por el contrario, su capacidad para arrestar a los desertores aumenta con el control, a medida que uno va saliendo de la zona 3 hacia áreas de control más férreo. Un desertor será capturado, o bien por detención directa, o bien mediante denuncia. Si p es la probabilidad de que un desertor sea detectado o denunciado y capturado, entonces, el coste de la defección resulta prohibitivo allá donde el control del actor rival es total: $pu > (1 - p)i$; p alcanza su valor máximo bajo el control total y decrece hasta alcanzar el cero bajo el control total del actor rival. Las figuras 7.1 y 7.2 ilustran la relación entre el coste esperado y los beneficios por la colaboración con los detentadores del poder y los insurgentes respectivamente (o la deserción hacia los detentadores del poder y los insurgentes) a lo largo de las cinco zonas de control.

De aquí se deducirá que sólo los mártires desertarán bajo un control total (zonas 1 y 5), aunque individuos altamente comprometidos desertan bajo un control dominante (zonas 2 y 4). La deserción se eleva en la zona 3 para ambos actores y explota en las zonas 4 y 5 (ha-

cia los insurgentes) y en las zonas 2 y 1 (hacia los que detentan el poder) (figura 7.3). La deserción es un problema para los detentadores del poder en todas las zonas excepto en la zona 1 y, para los insurgentes, en todas las zonas excepto en la zona 5. O, dicho de otro modo, las zonas 1 y 5 son homogéneas mientras que las zonas 2, 3 y 4 son heterogéneas, coherentes con su caracterización como zonas en liza.

Denuncia

Considérese la siguiente ilustración formal del argumento. Hay dos aldeanos: A y B. A elige si denunciar a B o no y B elige si denunciar a A o no. Cada uno de los aldeanos tiene una asociación política exclusiva con una organización política (el aldeano A con la organización de A y el aldeano B con la organización de B); de forma sucesiva, cada organización disfruta de un cierto nivel de control; r^A es el grado hasta el que la organización de A es capaz de controlar el pueblo y excluir a la organización de B y r^B es el grado hasta el que la organización de B es capaz de controlar el pueblo y excluir a la organización de A. De forma coherente con la discusión precedente en este capítulo, los valores r^A y r^B, a través de las cinco zonas de control, son como siguen: r^A sube en las zonas 1 y 2 y baja en las zonas 4 y 5, mientras que r^B sube en las zonas 4 y 5 y baja en las zonas 1 y 2; la zona 3 es una zona de paridad en la que $r^A = r^B$. La ubicación espacial de cada aldeano (y de ahí r^A y r^B) se escoge por naturaleza.

Cada aldeano aporta a la organización una información que, por consiguiente, provocará asesinatos. Asumiré que los aldeanos sólo pueden informar a la organización con la que están asociados y que, una vez que se denuncia, habrá un individuo que pase a ser objetivo y que será asesinado por el actor al que se le ha denunciado con una probabilidad p. Dejemos que p^A sea la probabilidad de que la organización de A tome como blanco y tenga éxito a la hora de asesinar a B, a partir de una denuncia, y que p^B sea la probabilidad de que la organización de B tome como blanco y tenga éxito a la hora de asesinar a A, a partir de una denuncia. Asumo la visibilidad entre el denunciante y la familia del denunciado, lo que permite una revancha potencial: la familia de una persona que es denunciada y asesinada tiene la opción de vengarse mediante la contradenuncia al denunciante inicial ante la organización rival. Los aldeanos elegirán entre dos estrategias: denunciar (D) y no denunciar (N).

Hagamos que x sea el valor para el individuo A o la organización de A, que asesina a B, y el valor para B o la organización de B, que asesina a A; ésta es la satisfacción derivada de la eliminación de un rival local. Hagamos que y sea el coste inmediato para el individuo A

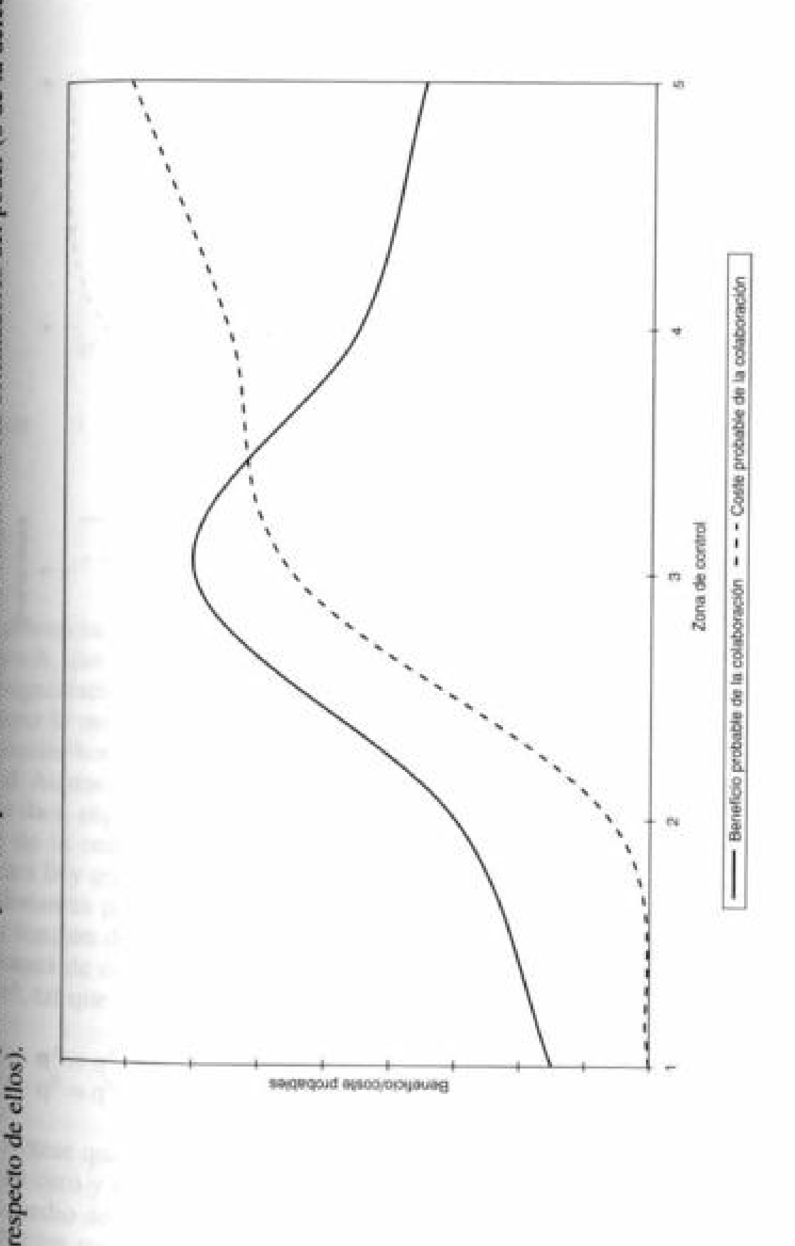


Figura 7.1. Compensaciones y costes probables de la colaboración con los detentadores del poder (o de la defección respecto de ellos).

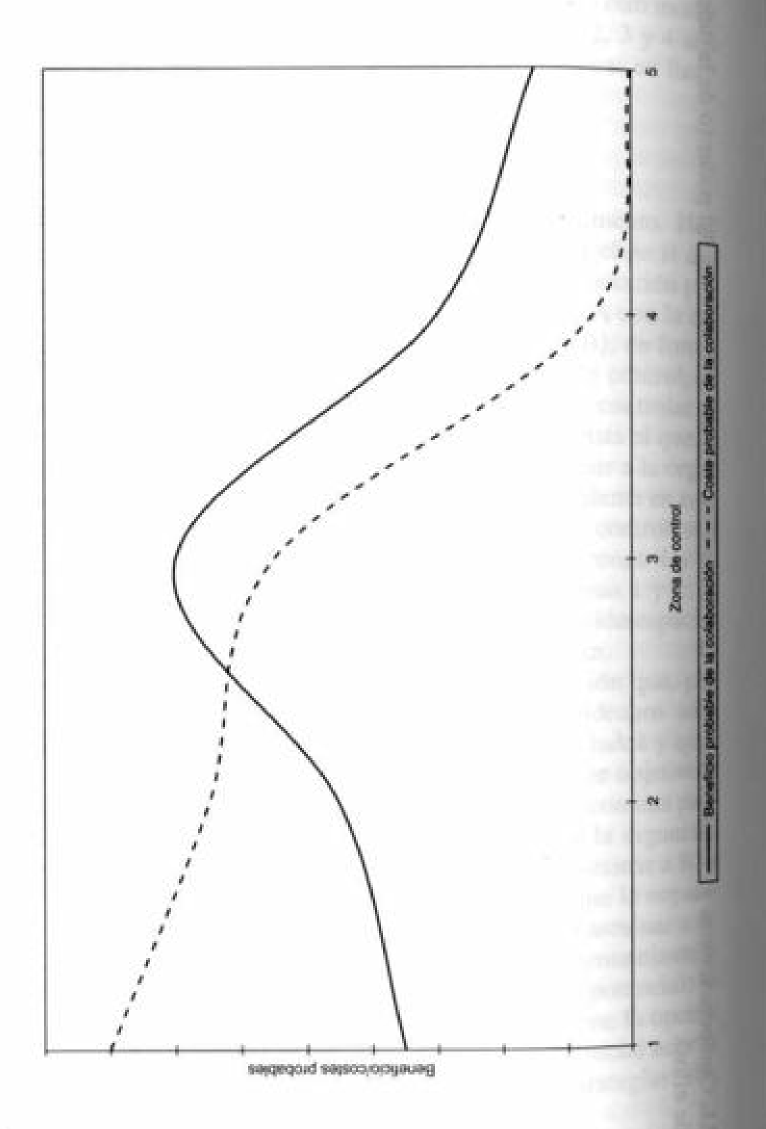
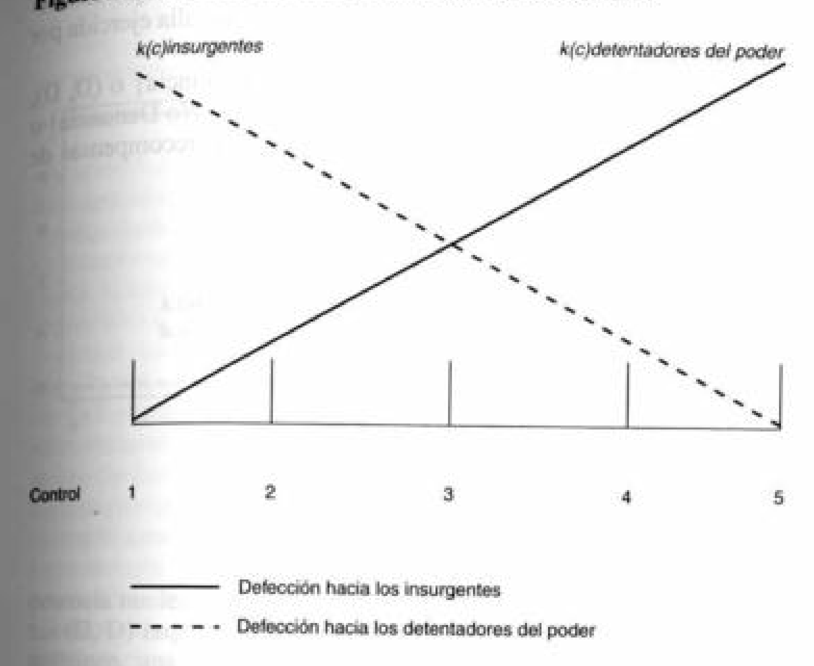


Figura 7.2. Compensaciones y costes probables de la colaboración con los insurgentes (o de la defección respecto de ellos).

Figura 7.3. La defección como una función del control.



de denunciar a B y el coste inmediato para el individuo B de denunciar a A, que puede consistir en la detención y la sanción por parte de la organización rival, lo que yo asumiré que supone la muerte; $y > x$, porque la muerte de uno mismo tiene, por lo general, más peso que cualquier beneficio que se derive de una denuncia o una muerte del rival. Asumo que x e y son constantes en todos los individuos. Además de y, supóngase que q^A es la probabilidad de revancha por medio de la contradenuncia por parte de la familia del individuo A contra B y que q^B es la probabilidad de revancha por medio de contradenuncia por parte de la familia del individuo B contra A; q^A es una función decreciente de r^B, el grado al que la organización de B es capaz de controlar el pueblo y que q^B es una función decreciente de r^A, tal que

$$q^A = q^A(r^B)$$
$$q^B = q^B(r^A)$$

Nótese que estas funciones son simétricas y que q es convexa antes de cero y cóncava después de cero. La probabilidad de revancha por medio de la contradenuncia depende de si la organización rival ejerce un monopolio o un cuasi monopolio de la fuerza. De este

modo, puede pensarse que r^A y r^B son el punto hasta el que una organización puede proteger a un individuo de la represalia ejercida por la otra parte.

Hay cuatro resultados posibles: {Denuncia, Denuncia} o (D, D), {Denuncia, No Denuncia} o (D, N), {No Denuncia, No Denuncia} o (N, N), y {No Denuncia, Denuncia} o (N, D). Las recompensas de cada resultado para cada jugador son las siguientes:

Jugador A

P^A (D, D) = $p^A(x - q^B(r^A)y) + p^B(q^A(r^B)\,x - y)$
P^A (D, N) = $p^A(x - q^B(r^A)y)$
P^A (N, N) = 0
P^A (N, D) = $p^A(q^A(r^B)x - y)$

Jugador B

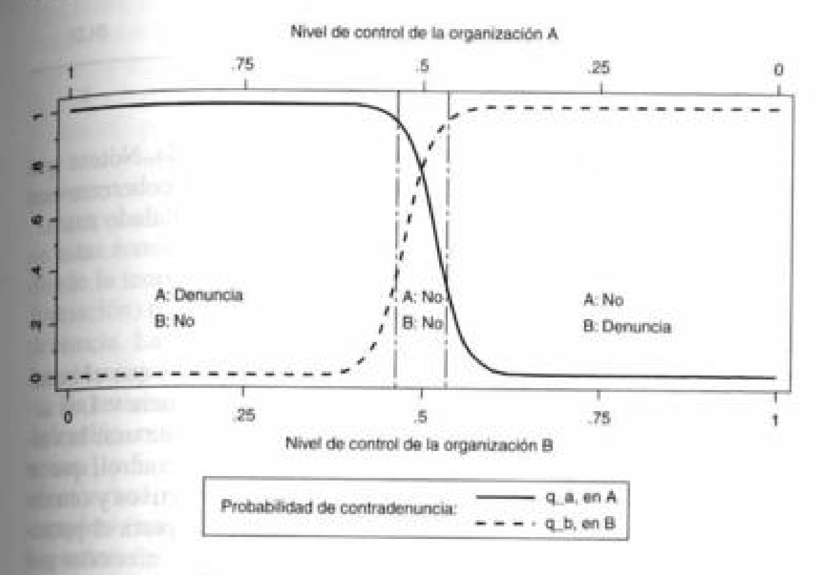
P^B (D, D) = $p^B(x - q^A(r^B)y) + (q^B(r^A)\,x - y)$
P^B (D, N) = $p^B(q^B(r^A)x - y)$
P^B (N, N) = 0
P^B (N, D) = $p^B(x - q^A(r^B)y)$

Los equilibrios son los siguientes:

1. (D, D) es un equilibrio cuando $x \geq q^B(r^A)y$ *y* $x \geq q^A(r^B)y$ *o* $x/y \geq \text{Max}[q^B(r^A), q^A(r^B)]$
2. (N, N) es un equilibrio cuando $x \leq q^B(r^A)y$ *y* $x \leq q^A(r^B)y$ *o* $x/y \leq \text{Min}[q^B(r^A), q^A(r^B)]$
3. (D, N) es un equilibrio cuando $x \geq q^B(r^A)y$ *y* $x \leq q^A(r^B)y$ *o* $q^B(r^A) \leq x/y \leq q^A(r^B)y$
4. (N, D) es un equilibrio cuando $x \leq q^B(r^A)y$ *y* $x \geq q^A(r^B)y$ *o* $q^A(r^B) \leq x/y \leq q^B(r^A)y$

El individuo A denunciará al individuo B sin que B denuncie a A (D, N) cuando r^A sea grande y r^B sea pequeña; es decir, cuando la organización de A tenga un monopolio o un cuasi monopolio del poder y la organización de B no pueda proteger a sus seguidores. A la inversa (N, D) emergerá cuando r^A sea pequeña y r^B sea grande. Dado $x/y < 1$, el equilibrio mutuo en la no denuncia (N, N) se obtendrá cuando ambas organizaciones sean incapaces de proteger a sus colaboradores ($q^A(r^B)$ y $q^B(r^A)$ serán elevadas y tanto r^A como r^B serán pequeñas); en otras palabras, los individuos se abstendrán de denunciar cuando se dé una alta probabilidad de un coste excesivo, en una lógica semejante a la «destrucción mutuamente asegurada» de la competencia nuclear[37]. Por el contrario, el equilibro en la denuncia mutua (D, D) requerirá que ambas organizaciones tengan, de forma simultánea, una capacidad para proteger a sus colaboradores y para prevenir las represalias [$q^A(r^B)$ y $q^B(r^A)$ serán bajas y tanto r^A como r^B serán altos]; la presencia de dos cuasi Estados fuertes en el mismo tiempo y lugar será altamente improbable en una guerra civil, donde conseguir un monopolio del poder será el objetivo central de las partes en liza[38].

Figura 7.4. Estrategias de equilibrio de los individuos.



Una sencilla simulación usando valores numéricos razonables para y y para x (100 y 33, respectivamente) muestra la distribución de los equilibrios a través de los valores de r para los dos aldeanos dados los valores de q (fig. 7.4). El individuo A denunciará y el individuo B no denunciará si la organización de A disfruta de más control en comparación con la organización de B y viceversa. El equilibrio de la mutua contradenuncia surge cuando las dos organizaciones se acercan a la paridad en el control. Dados los valores de r^A y r^B en las cinco zonas discretas de control, el equilibrio (D, N) debería surgir en las zonas 1 y 2, el equilibrio (N, D) debería surgir en las zonas 4 y 5 y el

[37] La asunción para (N, N) es que la relación entre y, x y q es tal que en r = .5, $x < y * q$.

[38] Nótese que (D, D) puede también derivar en no violencia pues las dos partes protegen, de forma efectiva, a sus colaboradores de la contradenuncia; ahora bien, resulta improbable que sea la dinámica que funcione cuando vemos que no se da violencia, tal como se ha dicho antes. En los capítulos 8 y 9, buscaré una evidencia directa en el mecanismo de la no violencia en las zonas de paridad.

Figura 7.5. Equilibrios en la denuncia (sólo cálculo individual).

	{D,N}	{D,N}	{N,N}	{N,D}	{N,D}
Control	1	2	3	4	5

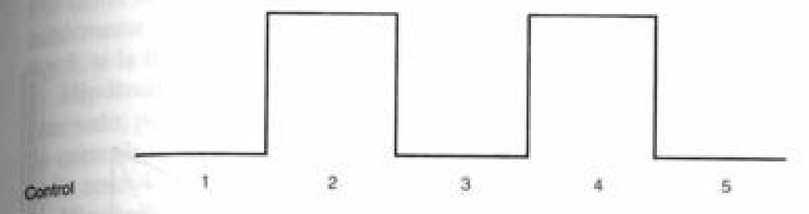
equilibrio (N, N) debería emerger en la zona 3 (fig. 7.5). Nótese que la ausencia de denuncia de la zona de paridad resulta coherente con las altas tasas de defección en esa zona, como se ha señalado antes.

Violencia

Ahora volveré sobre los actores políticos. Pongamos que el beneficio del uso de la violencia sea b y el coste de la violencia v. Los actores usarán la violencia cuando $b > v$ y se abstendrán de usar la violencia cuando $b < v$; b incluye la consolidación de su control, que se consigue mediante la eliminación de los desertores efectivos y (en especial) la disuasión de los desertores potenciales; v captura el potencial efecto inverso de la violencia, pues aquellos que son afectados por ella pueden, bajo ciertas condiciones, desertar pasándose al actor rival, aun cuando no hubiesen intentado desertar antes de la violencia; también incluye el efecto alienante de la violencia que se percibe como gratuita, aun cuando existan pocas posibilidades para la defección; v es una función de su capacidad para desertar (que depende del acceso al actor competidor) y de la percepción de que la sumisión es fútil y no garantiza la supervivencia, que depende de lo selectiva que sea la violencia. La información sobre los desertores viene, o bien del control directo, cuando el nivel de control es alto, o bien de las denuncias, cuando el control es más bajo; esto se da porque el control directo conlleva un gran aparato administrativo del que no se dispone cuando hay un desafío al control, o sea, en las áreas en liza. Si no hay denuncias o si se sabe que las denuncias son sistemáticamente falsas, el coste de la violencia excederá su beneficio ($b < v$), de ahí que no habrá violencia. Un indicador del sesgo global de las denuncias es la estimación de la probabilidad de defección por parte de los actores, $k(c)$. Allá donde el actor rival está ausente, la defección es improbable: $k(c) = 0$; de ahí que la mayoría de las denuncias sean probablemente falsas[39]. De la discusión sobre la defección se deduce que $k(c) = 0$ para los detentadores del poder en la zona 1 y para los insurgentes en la zona 5. Por ello, la violencia selectiva no debería observarse

[39] Tras unos pocos intentos, en los que las denuncias no funcionan, las denuncias deberían cesar por completo.

Figura 7.6. Violencia selectiva y control.



en estas zonas; la violencia selectiva no debería observarse en la zona 3, donde la teoría predice una ausencia de denuncias (y, por ello, de información) o un veto local a la violencia debido al miedo a la contradenuncia. La figura 7.6 ilustra la relación predicha entre el control y la violencia.

En resumen, allá donde los niveles de control son elevados, no hay defección, ni denuncia ni violencia[40]. Si la violencia se observa en las zonas 1 y 5, es probable que sea violencia indiscriminada ejercida por el actor rival. Allá donde un actor ejerce un control hegemónico pero incompleto (zonas 2 y 4), habrá defecciones y denuncias; de ahí que ambos actores políticos tengan un incentivo para usar la violencia selectiva y la capacidad para hacerlo. Finalmente, en áreas de paridad (zona 3), habrá mucha defección pero ninguna denuncia. Aunque sea elevado el incentivo para usar la violencia, su coste será incluso más elevado. En ausencia de información, el uso de la violencia indiscriminada en la zona 3 podría tener como resultado la defección en masa hacia el actor rival; de ahí su baja probabilidad. La violencia indiscriminada debería observarse en las zonas 2 (por los insurgentes) y 4 (por los detentadores del poder), aunque con menos probabilidad en comparación con las zonas 1 y 5, siguiendo la conjetura de que está en relación inversa a la disponibilidad de información (cap. 6). La figura 7.7 ofrece una descripción de cómo se predice que la defección, la denuncia y la violencia selectiva variarán a lo largo de las cinco zonas de control.

Las predicciones podrán reenunciarse como hipótesis comprobables:

Hipótesis 2: cuanto mayor sea el nivel de control de un actor, menos probable será que este actor recurra a la violencia, sea selectiva o indiscriminada. Así, la violencia gubernamental no resultará probable en la zona 1 ni la violencia insurgente en la zona 5.

Hipótesis 3: cuanto menor sea el nivel de control de un actor, menos probable será que este actor recurra a la violencia selectiva y más

[40] Para ser más precisos, habrá poca violencia homicida; es probable que la violencia tome formas no homicidas (encarcelamiento) y se use para conseguir objetivos distintos a la disuasión respecto de la defección (p. e., el castigo de los criminales).

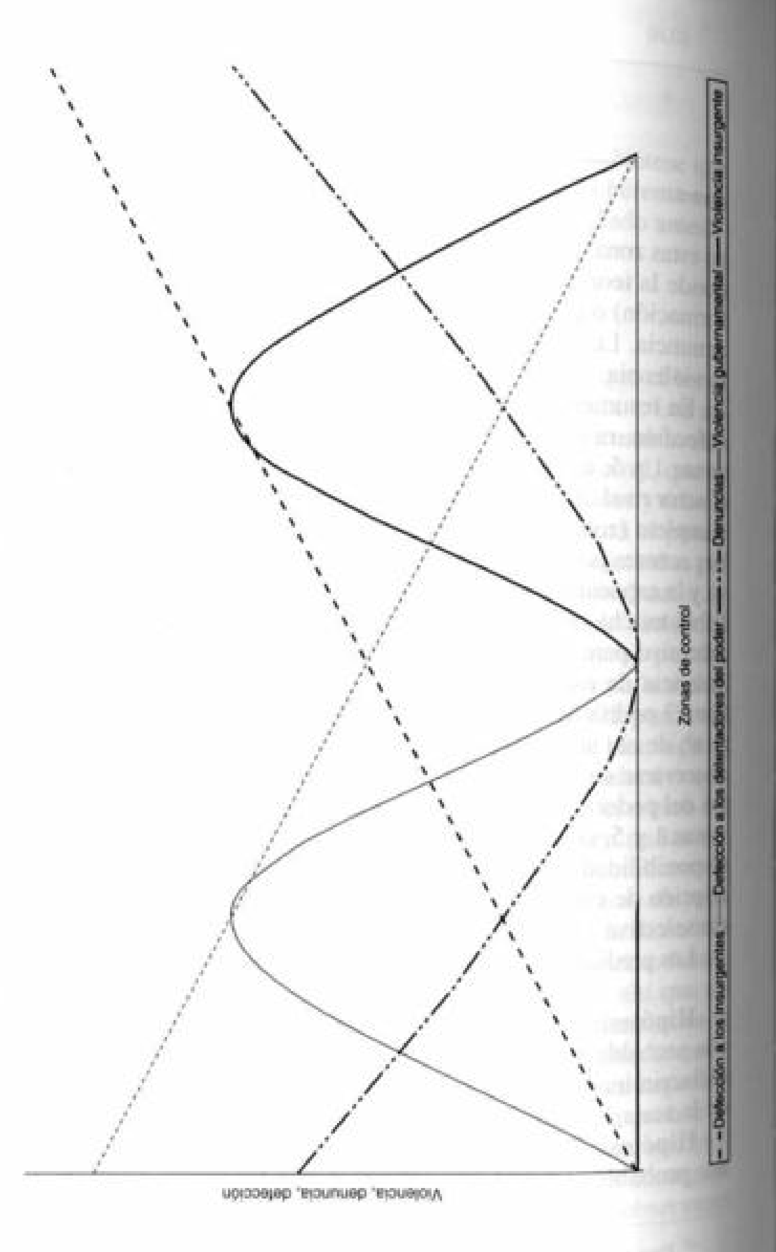


Figura 7.7. Predicción del patrón de violencia selectiva, defección y denuncia.

probable será que su violencia, si es que la hay, sea indiscriminada. Por tanto, la violencia insurgente en las zonas 1 y 2, si la hay, será probablemente indiscriminada y la violencia gubernamental en las zonas 4 y 5, si la hay, será probablemente indiscriminada.

Hipótesis 4: bajo un control fragmentado, la violencia se ejercerá, ante todo, por parte del actor político que goza de ventaja en términos de control: los detentadores del poder en la zona 2 y los insurgentes en la zona 4.

Hipótesis 5: la paridad en el control entre los actores (zona 3) probablemente no producirá ninguna violencia selectiva por parte de ninguno de los actores.

Estas predicciones son contraintuitivas en tanto en cuanto ni los actores políticos ni los individuos recurren a la violencia allá donde más les gustaría. En contraste con la inferencia de Arendt (1970, p. 56), respecto a que el más alto nivel de contestación debería alimentar la mayor violencia porque será precisamente allí donde el «poder esté en riesgo», se predice que las áreas más disputadas serán oasis de paz en mitad de la violencia. Una sorprendente predicción adicional será que, en la zona 3, los altos niveles de defección simultánea hacia ambos bandos coexisten con bajos niveles de denuncias[41]. En otros términos, los individuos colaboran con ambas partes, pero su colaboración excluye la denuncia. La predicción sobre la ausencia de violencia en el centro mismo de la guerra resulta interesante en dos sentidos. En primer lugar, sugiere un completo contraste entre la guerra simétrica y la guerra asimétrica cuando se trata de violencia. En el ideal tipo de la guerra convencional, toda la violencia tiene lugar en la línea de frente; en el ideal tipo de la guerra irregular, el equivalente funcional de la línea de frente se vuelve pacífico para los civiles. En segundo lugar, esta predicción refleja la idea teórica sobre la producción conjunta de violencia: la violencia selectiva sólo acaece en el lugar y en el momento en que convergen los incentivos de los actores locales y supralocales. No se dará violencia alguna allá donde son sólo los actores políticos quienes la quieren o donde son sólo los actores locales los que más desean ofrecer la información necesaria para su producción[42]. Lo cierto es que los individuos fracasarán a la hora de zafarse de sus enemigos allá donde denunciar sea más seguro.

[41] Nótese que hasta las predicciones más intuitivas, tales como la hipótesis 2, están lejos de lo que se considera una sabiduría aceptada; hay una extensa bibliografía que vincula la fuerza del Estado autoritario (un equivalente funcional del control total) con altos niveles de violencia (p. e., Rummel, 1994; Duvall y Stohl, 1983, pp. 175-176).

[42] Este punto resuena con la observación de Roldán (2002, p. 90) de que, en Colombia, «la violencia no tiene éxito cuando es asumida por un puñado de líderes locales o sólo por el Gobierno regional».

Una implicación teórica clave es que la lógica del estado de terror (donde el poder se traduce de forma directa en violencia) está fundamentalmente reñida con la lógica de la violencia en la guerra civil. La teoría apunta también a que las estrategias de la violencia insurgente resultan endógenas a la lógica del control. Por ejemplo, cuando los insurgentes saben que es improbable que tengan ventaja en el control, puede que adopten una estrategia de terrorismo indiscriminado, tal como se sugiere en los casos de Irlanda del Norte, el País Vasco y Palestina. Más aún, las predicciones están reñidas con la lógica del dilema de la seguridad, que supone la emergencia de la violencia mediante la anticipación, precisamente, en las áreas más disputadas (zona 3), argumentando que, allá donde la vulnerabilidad es alta, todo movimiento defensivo puede interpretarse por parte del bando opuesto como uno ofensivo ocasionando, con ello, la violencia. Estas predicciones contradicen también la versión de la seguridad de la tesis de la tecnología de guerra, que también ve que la violencia alcanza su pico en las áreas más disputadas (zona 3), donde los actores son más vulnerables[43]. De igual modo, si la venganza es un comportamiento hobbesiano, habría de observarse, en primer lugar, allá donde la autoridad está más descentralizada, es decir, en la zona 3. Finalmente, si el control refleja polarización, el área más polarizada debería ser la zona 3, donde la población se divide y colabora con los dos rivales. Sin embargo, lo que la teoría predice es exactamente lo contrario.

Esta teoría pretende predecir la variación en la violencia dentro de las guerras civiles y debería decirnos algo sobre la variación en la violencia en las diferentes naciones. Si la teoría es correcta, las guerras civiles más mortíferas serán aquellas en las que se obtienen una o más de las condiciones siguientes: la violencia indiscriminada es alta, el control cambia con frecuencia (dominan las zonas 2 y 4), las áreas de distribución equitativa del control (zona 3) son limitadas y las áreas de control completo (zonas 1 y 5) son limitadas. Obviamente, estos patrones resultan coherentes con muchos tipos de interacción militar. Allá donde la violencia indiscriminada es elevada, el capítulo 6 sugiere que esto puede ser una función de los insurgentes que amenazan pero que son débiles, en sí misma una función de la particular situación geopolítica (p. e., una insurgencia que busca controlar el Estado puede ser vista como más amenazante si se la compara con una secesionista, *ceteris paribus*). Allá donde el control cambia con frecuencia, ello puede ser causado por la intervención externa en momentos críticos del conflicto, que le permite a la parte que pierde reclamar el territorio que estaba perdido. Las intervenciones americana y norvietnamita durante la insurgencia survietnamita son un ejemplo claro. Una implicación interesante es que las guerras no son siempre lo mismo: algunas largas guerras civiles se estancan, con pocos cambios en el control y, por ello, con una baja violencia[44], mientras que otras guerras civiles largas pueden ser casos que conlleven continuos cambios en el control y, por tanto, altos niveles de violencia. Es obvio que estos últimos sólo podrán sostenerse en presencia de altos niveles de ayuda extranjera a los bandos rivales. La multiplicidad de mecanismos competidores que subyacen a los resultados globales equivalentes desde la observación sugiere las enormes trampas de los estudios inductivos en las diferentes naciones.

7. Aclaraciones

Las teorías simplifican y ésta no es una excepción. Su simplicidad constituye su gran fuerza. Sin embargo, vale la pena resaltar estas simplificaciones.

Para comenzar, la teoría hace exógenas las decisiones militares que conciernen al reparto de los recursos en el espacio y en el tiempo. La teoría también asume que los individuos son buenos a la hora de sopesar el riesgo; en este caso, son capaces de sopesar el riesgo de ser cogidos cuando desertan o de ser contradenunciados si denuncian. Con todo, hay evidencias, a partir de experimentos psicológicos, de que la gente no es buena a la hora de sopesar el riesgo en general (Kahneman y Tversky, 1974). Los intereses no racionales nublan o hasta distorsionan el pensar, acortan los horizontes temporales o socavan la eficacia instrumental del comportamiento. Téngase en cuenta, no obstante, que el apremio de la supervivencia puede ser un potente correctivo. En segundo lugar, la relación entre denuncia y control descrita aquí es estática y asume un medio estratégico estable. Los individuos miran en torno, evalúan el nivel de control *presente* ejercido por los dos actores rivales y, si el riesgo de la revancha es lo bastante bajo, denunciarán. De igual modo, los actores políticos se preocupan, en primer lugar, de disuadir de la defección, no de ganarse el favor de la gente para el gobierno futuro. Esto asume que los individuos ignoran el futuro (la probabilidad de que el control pueda cambiar y de que ellos puedan afrontar la revancha) o el pasado (emociones tales como

[43] Recuérdese que la versión de la seguridad de la tesis de la tecnología de guerra me sirvió como base para el desarrollo teórico. Éste es un ejemplo de cómo las predicciones teóricas pueden ir más allá de las asunciones iniciales.

[44] Éste es el caso, en las regiones de El Salvador estudiadas por Wood: con la guerra muy avanzada, vino un estancamiento y hubo una violencia de baja intensidad. En el micronivel, el estancamiento señala la posibilidad que tienen los individuos de permanecer neutrales (Wood, 2003, p. 153).

el deseo de venganza por la violencia que, en efecto, tuvo lugar pueden resultar ser lo bastante poderosas como para que se produzca una drástica rebaja en el sopesamiento del riesgo).

Sin dejar de lado el papel de las expectativas y las emociones del individuo (que evaluaré en el capítulo 9), es importante apuntar que los individuos tienden a subestimar la duración y la fluidez de las guerras civiles y de ahí que tiendan a sobrestimar su propia seguridad, en especial, en las etapas iniciales de la guerra[45]. Durante el mismo periodo, la gente carece de experiencia y, por ello, es mucho más probable que crea las exigencias de los actores políticos sobre la estabilidad de su dominio. Por ejemplo, un mozambiqueño recuerda que, cuando los insurgentes RENAMO llegaron a su pueblo en 1984, organizaron un mitin y proclamaron que el «Frelimo no volvería jamás ni causaría problemas» (en Nordstrom, 1997, p. 90). La transición mental a un estado de guerra civil lleva su tiempo: los civiles afrontan, por lo general, una situación completamente nueva, diferente a todo lo que han conocido. Más aún, dadas las limitaciones en el flujo de información, mucha gente tiende a crearse expectativas sobre el futuro basadas única y exclusivamente en la realidad local. Aun cuando una guerra haya durado largo tiempo, la gente tiende a enfatizar en exceso el futuro inmediato por encima del futuro a larga distancia. En su informe, un oficial británico que visitó el norte de Grecia en 1948, señalaba: «Creo que sería bueno decir que el campesino del oeste de Macedonia, como la mayoría de la gente que ha de subsistir en una situación de inseguridad, peligro o desastre, está en el presente viviendo mucho más sobre la base del día a día que mirando más allá del futuro inmediato». Un corresponsal de la BBC que fue secuestrado por los rebeldes griegos en una región diferente, más o menos en la misma época, afirmaba que los campesinos «vivían en un estado de completa falta de certeza, siendo tan sólo capaces de mirar unas pocas semanas adelante»[46]. Finalmente, resulta importante poner el acento en la fragmentación geográfica causada por la guerra civil, cuyo producto principal es la fragmentación de la información.

[45] Por ejemplo, Kerkvliet (1977, p. 165) relata que, de acuerdo con antiguos rebeldes huk filipinos, «los campesinos pensaban que la revuelta duraría sólo un corto espacio de tiempo». Un antiguo Mau Mau recuerda que «pocos repararon en que la lucha debería durar dos o tres años. La mayoría pensaba en términos de unos pocos meses» (Barnett y Njama, 1966, p. 151). En El Salvador, señala Binford (1996, p. 112), muchos campesinos «esperaban que la situación acabara y deseaban que las cosas mejoraran. Nadie –ni el ejército ni los combatientes del ERP ni los civiles– podrían haber predicho en aquella época que la guerra civil salvadoreña duraría otros diez años». Joes (2000, p. 73), Upton (1980, p. 275), Escott (1978, p. 171) y Hunt (1974, p. 45) hicieron observaciones semejantes.

[46] «Report by Mr. D. S. L. Dodson on a tour of Western Macedonia (26-29 November 1948)», PRO, FO 371/72328/R14275; «Notes on Conversation with Mr. Kenneth Matthews on the 1st November, 1948», PRO, FO 371/72217/R1237.

Un observador griego apuntaba en 1944 que la principal consecuencia del colapso de las comunicaciones entre las provincias era «el aislamiento de los habitantes, que no tenían ni idea de lo que estaba ocurriendo en los distritos cercanos a donde ellos estaban»[47]. Por ello, las decisiones individuales se hacen a menudo sobre la base de una información altamente localizada y de desarrollos locales. La cuestión les resulta más sencilla a los actores políticos cuya victoria (o supervivencia) es una condición previa para la aplicación de cualquier programa político.

Finalmente, yo asumo sólo a dos actores, aunque muchas guerras civiles darán origen a un contexto de múltiples actores. No obstante, la teoría puede hablarles también a esos contextos. La guerra conlleva una lógica reduccionista y, con mucha frecuencia, los ámbitos locales reducen la competencia a la que se da sólo entre dos actores, aun cuando el contexto nacional tenga muchos actores. Será raro que todos los actores, en un conflicto que cuenta con muchos, estén activos de forma simultánea en todas las localidades de un país y, allá donde estén, las alianzas tenderán a producir un conflicto bipolar.

Una vez más, nótese que no se pretende que la teoría de la violencia selectiva sea una representación completa de la realidad sino una simplificación sensata, una línea de base teórica y una herramienta útil para derivar predicciones de base empírica. Comparar la variación empírica efectiva con esta línea de base permite la especificación de la validez empírica de la teoría; más aún, la identificación de sus fallos empíricos es particularmente productiva (capítulo 9).

No obstante, la teoría puede redefinirse y expandirse más aún. Modelar las muy complejas dinámicas militares de la guerra ayudará a convertirlas en endógenas a la teoría y a clarificar qué tipos diferentes de guerra afectan a la violencia. A su vez, ello permitirá la derivación de vigorosas hipótesis sobre la variación de la violencia en las diferentes guerras, así como en los diferentes tipos de violencia –desde el crimen organizado al terrorismo y el genocidio–. También resulta posible especificar teorías más complejas que incorporar heterogéneas preferencias individuales, estructuras comunitarias y organizaciones fragmentadas; las dimensiones adicionales de la violencia (p. e., el desplazamiento, la toma de rehenes, el encarcelameinto); una especificación más realista de las expectativas sobre el futuro y el aprendizaje del pasado, y parámetros adicionales (p. e., múltiples actores armados, el papel de la propaganda, los medios de comunicación de masas modernos, las diásporas y las redes transnacionales). Es de esperar que este libro ayude a suscitar una agenda de investigación en estas direcciones.

[47] «General Report on Conditions in Athens», PRO, FO 371/43690.

8. Conclusión

Este capítulo ha especificado una teoría de la violencia selectiva en las guerras civiles como un proceso *conjunto*, creado por las acciones de los actores políticos y de los civiles. Lo recursos clave en torno a los que se dispone el proceso son la información y la violencia. Los actores políticos necesitan información para poder elegir sus objetivos de un modo selectivo, para distinguir de entre el mar de civiles a aquellos que están ayudando al enemigo. Los civiles poseen información que proporcionan mediante la denuncia, que puede ser, o bien política, o bien, lo que es más probable, maliciosa, con la esperanza de que la violencia de los actores políticos se dirija contra los que son denunciados. De forma significativa, en un sistema así, existe un gran potencial para el abuso, pero la violencia sólo necesita ser percibida como selectiva para evitar los peligros de la violencia indiscriminada. La denuncia sólo ocurrirá en situaciones en las que sus beneficios (sean psicológicos o materiales) superen a los costes que se han calculado; el coste más significativo sería la revancha, muy probablemente en la forma de la contradenuncia por parte de la víctima o de la familia de la víctima al otro actor político. De ahí que la denuncia sólo se dará cuando los denunciantes potenciales perciban que el actor político puede protegerlos de la revancha. Este proceso se modela en términos de control, con el número de desertores decreciendo a medida que aumenta el control y con el número de denunciantes aumentando a medida que el control aumenta. La violencia selectiva sólo puede tener lugar en aquellas áreas en las que el control es lo bastante completo como para que los denunciantes denuncien pero no tan completo como para que los desertores, o bien huyan, o bien dejen de ser de interés para el actor político. La teoría predice así que los actores políticos no usarán la violencia allá donde más la necesitan: será allí donde los denunciantes estén más expuestos a la revancha y, en ausencia de la información necesaria para llevar a cabo una violencia selectiva, es probable que no tenga lugar ningún tipo de violencia.

VIII

EL PLANO EMPÍRICO I
(Evidencias comparativas)

Resulta difícil entender realmente esta guerra que hay aquí...
Es una cosa muy complicada.
Un campesino de Mozambique.

Entonces planteé la cuestión para la que había tratado de encontrar una respuesta durante tanto tiempo: «¿Qué bando ha cometido más crímenes entonces: la derecha o la izquierda?».
«Sólo puedo decirte que el bando que tiene el mayor poder en un distrito o en otro también tiene la mayor oportunidad de cometerlos.»
Kevin Andrews, *El vuelo de Ícaro.*

En este capítulo, me centraré en el control: cómo medirlo, cómo cambia y cómo se relaciona con la violencia. Lo que haré entonces será ofrecer una evidencia comparativa, un examen de plausibilidad y un primer paso necesario. El capítulo 9 ofrecerá un examen riguroso en un conjunto específico.

1. Medir el control

El desafío empírico más significativo es el de la medición del control. El control puede ser definido y medido de forma empírica, usando diversos indicadores tales como el nivel, la presencia y el acceso del que disfrutan los actores políticos en un lugar y en un tiempo dados. De forma ideal, el indicador perfecto del control reflejaría «la probabilidad de que cierto acontecimiento o tipo de acontecimientos no ocurrieran dentro de un área definida dentro de un periodo definido, por ejemplo [...], la probabilidad de que no hubiera movimiento de individuos hostiles externos dentro del área de la aldea entre las 18:00 horas y las 6:00» (Race, 1973, p. 277). Dado que el

control es una parte esencial de la guerra civil, los actores políticos han desarrollado medidas diversas, de entre las cuales las más elaboradas fueron, probablemente, las usadas por los militares de los Estados Unidos en Vietnam[1].

La medida en cinco zonas introducida en el capítulo anterior es un instrumento apropiado para captar las sutilezas del control. Los detentadores del poder ejercerán un *control total* en la zona 1; éstos habrán destruido a la mayoría o a todas las células clandestinas insurgentes y podrán evitar que los rebeldes entren u operen con ningún tipo de efectividad. La población no tiene ningún acceso a ellos. Muchas ciudades en escenarios de guerra civil casarían con esta descripción, por ejemplo, la ciudad de Argel, después de la batalla de la Casbah. En la zona 2, adyacente, los detentadores del poder ejercerán *un control seguro aunque incompleto;* las células clandestinas insurgentes seguirán aún operativas y los rebeldes, presentes en el área circundante, podrán hacer esporádicas visitas nocturnas. Por ejemplo, la denominada Ala Pasiva del movimiento Mau Mau en Kenia estaba formada por organizaciones clandestinas que se formaban en áreas donde el control estaba mayoritariamente, si no por completo, en las manos de los británicos o de sus aliados locales (Kitson, 1960, pp. 15-16). En China, los comunistas podían a menudo infiltrarse en las milicias nacionalistas locales y hacer cambiar a los oficiales locales a los que se conocía como «corazón rojo, piel blanca» (Benton, 1989, p. 79).

A la inversa, los insurgentes mantienen el control total en la zona 5 y un control seguro pero incompleto en la zona 4, adyacente, referida a menudo como «área semiliberada» (p. e., Tucker, 2001, p. 144). A las áreas de la zona 5 se las conoce a menudo como «áreas base» o «áreas liberadas». Allí, los rebeldes operan abiertamente con una interferencia mínima de las fuerzas gubernamentales. Por ejemplo, los rebeldes maoístas ejercieron una soberanía total sobre vastas extensiones de Nepal, en 2005: «Ellos han instituido una serie de nuevas leyes [...]. Las disputas legales son adjudicadas por una corte popular itinerante [...]. Las labores de policía serán hechas por una milicia popular». Banderas rojas marcan las puertas de su capital: «La estación de policía más cercana o el puesto militar o de correo más próximo –o cualquier signo de la autoridad del Reino de Nepal, dentro de cuyas fronteras se sitúa oficialmente esta aldea– está a tres días de autoestop a través de las colinas» (Sengupta, 2005, p. 67). En las áreas de la zona 4, los insurgentes disfrutan de una posición prominente: «Fuera de las denominadas áreas base», apunta Somini Sengupta (2005c, p. 67), «los maoístas no toman el territorio por mucho tiempo. Pero a todos los efectos prácticos, el Nepal rural, lejos de las capitales de distrito, está para que ellos lo dominen». No obstante, en aquellas áreas, no pueden evitar visitas esporádicas de las fuerzas gubernamentales y han de contender con células clandestinas de informadores. Por ejemplo, cuando los japoneses se establecían en una aldea durante su ocupación de China, enviaban espías a las aldeas de al lado, que estaban controladas por los rebeldes (Hartford, 1989, p. 99).

Considérese la guerra civil de El Salvador. En lo que los insurgentes designaban como *zonas de control*, ejercieron una soberanía plena: «El ejército ha abandonado su intención de mantener una presencia fija en forma de guarniciones o de milicias de "defensa civil" y tampoco ha organizado programas de acción cívica para conquistarse a la gente. Los líderes del ejército saben que estas cosas son inútiles. Las *zonas* son el territorio central de la revolución, donde el FMLN ejerce una autoridad política completa y no se toleran huellas de la autoridad gubernamental –ya sea en forma de alcaldes, maestros o sanitarios–» (J. L. Anderson, 2004, pp. 136-137). La zona 4, o lo que los insurgentes denominaban *zona de expansión*, comienza allá donde termina la *zona de control*. Allí, señala Jon Lee Anderson (2004, pp. 137-139), los rebeldes no se sentían lo bastante seguros como para operar tan abiertamente como en la *zona de control*. Los puestos de policía y las guarniciones del ejército habían sido todos invadidos y los alcaldes echados, pero los habitantes no estaban seguros de la fuerza del dominio de los rebeldes. Ellos tenían algún acceso a las autoridades estatales, presentes más allá de la zona a la que los informadores clandestinos podrían haber transmitido información sobre los insurgentes; como resultado, los insurgentes gastaron «buena par-

[1] Al principio, estas medidas de control fueron muy crudas: las áreas amarillas (o áreas A) estaban controladas por el Gobierno, las áreas azules (áreas B) estaban en disputa y las áreas rojas (áreas C) estaban controladas por el Vietcong (R. Thompson, 1966, p. 132). Finalmente, se desarrolló un sistema de medición sofisticado y computerizado. Denominado Sistema de Evaluación de Aldeas (HES: Hamlet Evaluation System), seguía la pista de la evolución del control sobre una base regular, en las 10.000 aldeas de Vietnam del Sur. Las medidas de control cambiaron con el tiempo y la versión definitiva incluyó cinco grados de «seguridad» que iban desde el A (la mejor seguridad) hasta el E (la peor seguridad), basada en el establecimiento de un promedio de respuestas a 18 preguntas, además de una sexta categoría (aldea VC) (Kalyvas y Kocher, 2004; Thayer, 1985; HES/70; RG 300 Documentos de la Oficina del Secretario de Defensa). En Malasia, los británicos usaban unas chinchetas azules sobre sus mapas para los pueblos que caían bajo su control; las áreas en las que se había conseguido ya todo el control eran designadas como «áreas blancas» (Stubbs, 1989; Clutterbuck, 1966). En Guatemala, el ejército clasificaba a las comunidades de acuerdo con sus supuestas simpatías hacia la guerrilla usando chinchetas de color sobre los mapas: las comunidades en verde estaban «libres de subversión»; las comunidades rojas eran aquellas que estaban en manos del enemigo; las comunidades rosas y amarillas eran aquellas en las que se pensaba que la influencia de la guerrilla era más ambigua (Carmack, 1988a, pp. xv-xvi). También hay información sobre esquemas de una clasificación similar acerca de Irlanda del Norte (Collins, 1999, p. 15), Sri Lanka (Lawrence, 2000, p. 174) y Colombia (Arnson y Kirk, 1993, p. 72)..., ninguno de los cuales es de dominio público.

te de su tiempo reuniendo datos de sus servicios de inteligencia, que añadían a un impresionante *dossier* sobre los civiles locales».

Lo que distingue a las zonas de control incompleto (2 y 4) de las zonas de control total (1 y 5) es que, en las primeras, la población tiene acceso, aunque desigual, a ambos actores. Éste no es el caso en las segundas, donde la soberanía tiene un monopolio de la fuerza sobre una base cotidiana y en una forma bastante menos equívoca. La zona 4 no está dentro del control de los gobernantes sino que está dentro de su alcance… y lo inverso es cierto sobre los insurgentes y la zona 2.

Finalmente, hay un área intermedia, la zona 3, en la que ambos actores disfrutan de los mismos niveles de control. En El Salvador, estas áreas eran designadas por los insurgentes como *zonas en disputa*. De acuerdo con la descripción de J. L. Anderson (2004, p. 140), «el ejército sigue manteniendo una presencia fija y las oficinas del Gobierno siguen abiertas, pero las guerrillas también exigen la lealtad de algunos de los habitantes. El FLMN considera que estas áreas tienen una "dualidad de poderes"». A estas áreas se las describe, por lo general, como lugares en los que el Gobierno domina por el día y los rebeldes por la noche (p. e., Livanios, 1999, p. 201; Butaud y Rialland, 1998, p. 47). «Por el día los *kishlaks* [pueblos] son nuestros», señalaba un soldado soviético que servía en Afganistán (en Borovik, 1991, p. 163) y, «por la noche, son suyos. Ésa es la cosa». Idéntica era la situación en algunas áreas de Namibia: «Durante el día, los soldados sudafricanos hacían gala de su presencia y de su fuerza y, por la noche, se presentaban los guerrilleros del SWAPO» (en Growth, 1995, p. 28). Un tendero viernamita recordaba: «Aquí, los vietminh eran muy fuertes. Las tropas gubernamentales se limitaban a operar justo un poco en torno al mercado y, por la tarde, se retiraban a su puesto avanzado. Entonces, el vietminh saldría y se movería por los alrededores con toda libertad» (Race, 1973, p. 4). Ellsberg (2003, p. 114) descubrió una situación similar a mediados de los años sesenta del siglo XX, cuando recorrió el Vietnam rural; se podía imaginar los signos que decían: «Tráfico del GVN en esta carretera sólo entre las 7:00 de la mañana y las 18:00; el resto de las horas, sólo tráfico del VC». De igual modo, la aldea de Mambagaton, en las Filipinas, se encontraba en lo que los militares denominaban un «área infestada de NPA», un «área roja», lo que quería decir que «el ejército podría reclamar el control por el día, pero, por la noche, el terreno pertenecía al NPA» (Berlow, 1998, p. 33). A veces, los límites de la «noche» se extenderán hasta bien entrado el día. Durante el verano de 2004, en la aldea iraquí de Ramadi, la policía y la guardia nacional mantenían el orden hasta las 13:00, en cuyo punto desaparecían de las calles para ser reemplazados por los insurgentes, que controlaban la ciudad hasta el amanecer (Huseen y Pellman, 2004).

Los cambios en el control son, ante todo, una función de decisiones militares tácticas. En primer lugar, los actores políticos deciden cómo distribuir los escasos recursos militares (Trinquier, 1964, pp. 71-72). Por ejemplo, los detentadores del poder pueden tener como objetivo un grupo de pueblos hasta entonces controlados por los insurgentes (zonas 4 o 5); lo hacen introduciéndose en estos pueblos, «conquistándolos» y ocupándolos…, «limpiándolos y asegurándolos», en el lenguaje de la contrainsurgencia (Meyerson, 1970, p. 19). Los insurgentes, que, por lo general, carecen de los medios militares para defender estos pueblos frente al asalto frontal, huyen junto con sus colaboradores locales más importantes[2]. No obstante, ellos pueden permanecer en el área cercana y mantener contactos con células clandestinas de colaboradores dentro de estos pueblos (p. e., «desertores»); en otras palabras, estos pueblos se han movido de la zona 4 o 5 a la zona 2. Usando su control recién descubierto, los detentadores del poder comenzaron a recoger información local que usarán para ejercer violencia selectiva contra los desertores, para erradicar la infraestructura clandestina de los insurgentes; una vez que lo hacen y en ausencia de contraataques insurgentes, estos pueblos pasarán a ser zona 1 (control total de los detentadores del poder)[3]. Ofreceré algunos ejemplos ilustrativos.

En la región oriental china de Henan, cuando el ejército japonés se movió a áreas previamente controladas por los comunistas, la milicia

[2] Por ejemplo, cuando el control de la ciudad colombiana de Dabeiba pasó de las guerrillas de las FARC a los paramilitares de derecha, uno de estos últimos le dijo a Scott Wilson (2002) que «la mayoría de los seguidores de las FARC se marcharon cuando llegamos, a causa del miedo. No encajaban». Un proceso similar tendrá lugar en el extremo opuesto. Un oficial británico dio cuenta de que, cuando los comunistas griegos «conquistaban» un pueblo, «la mayoría de los que tenían alguna razón para temer a los comunistas, como los propietarios ricos y de grandes propiedades y aquellos de los que se sabía que habían resistido efectivamente a los comunistas con armas o que estaban "en la lista negra" por haberse opuesto con fuerza al comunismo, ya se habían marchado. La mayoría de los que se quedaban eran campesinos, pequeños propietarios y pequeños comerciantes. Todo tipo de oficiales del Gobierno se habían marchado en una fase temprana y los pueblos y ciudades se habían quedado, por lo general, sin liderazgo ni organización administrativa» («Report from Patras Consul (31 de mayo de 1949)», PRO, FO 371/78386/R6231). Ellsberg (2003, pp. 143-144) ofrece observaciones semejantes sobre Vietnam. Shelby Tucker (2001, p. 171) refiere sobre la insurgencia kachin en Birmania que el «Séptimo Batallón» insurgente KIA «previamente había controlado las colinas entre el Mali Hka y el Kumawng. No obstante, su fuerza había sido mermada para reforzar al Pajau Bum y ahora el Ejército de Birmania patrullaba allí sin que nadie lo desafiara».

[3] La entrada de los detentadores del poder en los pueblos tomados por los insurgentes puede llevarlos a comenzar a visitar (aunque no a tomar) pueblos que hasta ahora estaban controlados por los insurgentes, que ahora se deslizarán de la zona 5 a la 4. Los insurgentes comenzarán a usar la violencia selectiva para evitar las defecciones hacia los detentadores del poder. Lo mismo resultaría cierto para las aldeas que pasan de la zona 1 a la 2, en razón de incursiones semejantes por parte de los insurgentes.

insurgente local, o bien huyó, o bien se marchó en desbandada o desertó, mientras que muchos cuadros locales fueron arrestados y asesinados; muchos de los «elementos neutrales» (simpatizantes cuyas relaciones había estado cultivando el partido durante tres años) cambiaron rápidamente de bando y comenzaron a colaborar con los japoneses. El movimiento revolucionario fue «puesto en espera» y sobrevivió sólo como un movimiento clandestino (Wou, 1994, p. 226). En Malasia, una vez que el Gobierno reocupó áreas que previamente había abandonado a los insurgentes, «la confianza en el Gobierno aumentó y unas cuantas personas estuvieron dispuestas a dar información sobre los miembros del Min Yuen local y sobre los movimientos guerrilleros. Usando esta información, las fuerzas de seguridad podían desbaratar las actividades de los guerrilleros y reducir su eficacia. Esto, por su parte, inducía a más gente a cooperar con los oficiales gubernamentales» (Stubbs, 1989, p. 190). Elliott (2003, p. 408) ofrece una descripción semejante de este proceso, desde Vietnam en 1962:

> La recuperación de la aldea de Hoy Cu es descrita por un delegado [del Vietcong] que fue testigo de este retorno de las fuerzas de Saigón. El «GVN tenía informadores en el pueblo que les daban cuenta de los cuadros del Frente y de los puntos de estacionamiento de las fuerzas del Frente». Valiéndose de estos informadores, «el GVN destruyó las fuerzas del Frente; sólo se dejó a cinco o seis combatientes del Frente y ellos tuvieron que retirarse a los campos de las zonas rurales. Hubo operaciones de forma continua y la gente sabía que todos ellos habían tomado parte en las actividades del Frente de un modo o de otro –participando en manifestaciones, golpeando tambores, etc.–; por ello, todos tenían miedo de que, si hacían el más leve movimiento para apoyar al Frente, serían arrestados, golpeados y encarcelados».

Cuando los americanos pusieron una guarnición en el pueblo de Qabr Abed, en el norte de Iraq, que era un célebre bastión de la insurgencia[4], comenzaron a recibir denuncias, incluidas algunas de la familia del líder insurgente local, al que capturaron. La información por medio de contradenuncia procedente de una persona resentida debido a que este líder había asesinado a varios de sus parientes llevó a la captura de varias docenas de colaboradores insurgentes, que fueron rápidamente acorralados. Después de esto, los aldeanos se convencieron de que los americanos estaban empezando a dominar y comenzaron a brindar incluso más información. Por su lado, esto llevó a muchos de los colaboradores con la insurgencia a cambiar de bando. Uno de ellos, el jefe Ali, le dijo a Richard A. Oppel (2005b, p. 4) que él se unió a los americanos después de que éstos hubieran capturado a un gran número de insurgentes. «Los soldados americanos limpiaron esta zona por completo», dijo él. Los americanos eran conscientes de que esta situación dependía por completo del control: «Tú siempre tienes que andar con cuidado y nunca puedes confundir su hospitalidad con lealtad». Ellos saben también que la situación podría volver fácilmente a las andadas: «Si dejas de presionar», decía uno, «abres la posibilidad de» un cambio en la dirección opuesta (Oppel, 2005b, p. 4).

[4] «"Para la insurgencia, era lo que la República Dominicana es para el béisbol", dijo el capitán Kevin Burke, que mandaba la Compañía C del Primer Batallón del Quinto Regimiento de Infantería, que vigilaba Qabr Abed» (Oppel, 2005b, p. 1).

El último ejemplo procede de la ciudad de Tame, en la provincia colombiana de Arauca (Fichtl, 2003). Hasta 2001, esta ciudad se hallaba firmemente controlada por los dos grupos guerrilleros más grandes de Colombia, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y el Ejército de Liberación Nacional (ELN). Los guerrilleros recaudaban impuestos a los negocios locales, a los rancheros, a los granjeros y extraían fondos de los oficiales locales electos, financiados aún por el Gobierno central. En 2001, se instaló el ejército junto con los paramilitares de derecha; para septiembre de 2002, el contingente de policía había aumentado su tamaño de 20 a 120 hombres y, para 2003, la presencia del ejército en la municipalidad de Tame había alcanzado unos 4.000 hombres, estableciendo una presencia permanente en la ciudad y saturando de soldados el centro de la ciudad. Como era de esperar, la situación cambió:

> Mejor abastecidos que la Policía Nacional, los soldados montarán guardia día y noche en las calles centrales y en la plaza de Tame, en las oficinas locales del Gobierno y en el pequeño aeropuerto de la ciudad. No se trata de una exageración decir que los soldados colombianos y sus rifles Galil israelíes nunca dejan de verse en el centro de la ciudad. Ellos despliegan puestos en algunas de las calles que dan a la plaza para controlar el tráfico y, por la noche, extienden su cordón de seguridad para envolver algunos bloques en el centro de la ciudad. En colaboración con la Policía Nacional, el ejército patrulla y lleva a cabo barridas de las barriadas alejadas para comprobar la identidad y las actividades de cualquiera al que no reconozcan, para buscar vehículos robados (usados de forma universal para fabricar coches bomba) y para hacer que se sienta su presencia.

Este cambio en el control obligó a los insurgentes a sacar a la mayoría de sus fuerzas a los llanos y a las junglas ribereñas en el sector rural del Tame y más profundamente a Arauca. La ciudad pasó de zona 5 a 2. Entonces, los paramilitares lanzaron una campaña de violencia selectiva contra los sospechosos de colaborar con la guerrilla,

que contribuyó a una cuenta de víctimas de más de 300 personas en una municipalidad de en torno a 65.000 habitantes. Al mismo tiempo, el ejército comenzó a hacer un reclutamiento a nivel local. Un programa llamado «soldado de mi pueblo» inducía a los hombres nacidos y criados en la localidad a hacerse militares al servicio de sus propias comunidades. Uno de ellos decía: «Tratamos de conseguir que nuestros parientes y amigos nos proporcionen información sobre lo que están haciendo los guerrilleros […]. Cualquier apunte o comidilla sobre un secuestro o sobre un robo o sobre que las guerrillas van a perseguir a alguien lo conocemos al momento. Esto es lo que hacemos: recibimos la información y se la pasamos a nuestros comandantes, de forma que podemos tomar medidas de seguridad y contrarrestar lo que los guerrilleros están planeando». Frente a su pérdida de control y de información local, los insurgentes han tratado de recurrir a la violencia indiscriminada aunque sin demasiado éxito. Durante sus dos años en Tame, un capitán del ejército decía haber desactivado 32 artefactos explosivos, cuatro coches bomba y una motocicleta bomba. No obstante, el ejército carece del personal suficiente como para extender su control fuera de la ciudad. En sus márgenes, la autoridad del Estado va desapareciendo: los puestos de control de la guerrilla rodean la ciudad y controlan su tráfico hacia el interior y hacia el exterior. Los lugareños se refieren a los guerrilleros como a *los de abajo*, justo fuera de la ciudad. Sin embargo, el ejército y los paramilitares les han estado desafiando también allí, confiando en la violencia indiscriminada, como el bombardeo desde helicópteros y la masacre de civiles. Si se las arreglan para desalojar a los rebeldes, Tame pasará de zona 2 a zona 1.

Este proceso funciona de forma semejante en la dirección opuesta, de control gubernamental a control insurgente. Un informe británico de agosto de 1948, desde el sur de Grecia, describe cómo algunos pueblos se fueron deslizando lejos del control gubernamental y cómo este cambio afectó al comportamiento de la población:

> El incidente de CHALANDRITSA es típico de los acontecimientos de este distrito durante los últimos seis meses. Una ciudad es atacada por los guerrilleros; la fuerza de la gendarmería que hace de guarnición resulta inadecuada; se piden refuerzos, pero, o bien no se pueden ofrecer, o bien llegan demasiado tarde, o bien son insuficientes en número como para desviar a los atacantes de su objetivo; los guerrilleros mismos se establecen en la ciudad que ha sido su principal objetivo y proceden al saqueo, al reclutamiento forzoso de hombres y al secuestro de un pequeño porcentaje de mujeres; arengan a los aldeanos y castigan a aquellos que saben que trabajan contra ellos. Una nueva ciudad o pueblo cae en el reino del terror. Después de eso, los aldeanos fueron obligados a pagar peajes e impuestos en especie a la administración guerrillera y a conformarse punto por punto con las órdenes que se les había dado. La autoridad del Gobierno griego se acaba en el distrito y los habitantes no tienen otra alternativa que servir a sus nuevos señores […]. Una vez que los pueblos han experimentado el reino de terror de la guerrilla, tienen tanto miedo del destino que les espera si sirven a los intereses del Gobierno griego o de sus fuerzas, que adoptan, en el mejor de los casos, un papel pasivo. Se encuentra cada vez más la tendencia entre los aldeanos de evitar hacer cualquier comentario adverso contra los guerrilleros o de ofrecer, de hecho, cualquier información que pudiera ser tomada contra ellos por la quinta columna de la guerrilla (los supuestos «autodefensores») del pueblo y que pudiera tener como resultado el castigo la siguiente vez que los guerrilleros los visitasen. En las comunidades rurales que, en realidad, están a la merced de los guerrilleros o se encuentran cerca de las concentraciones de las fuerzas guerrilleras, se detecta un rechazo manifiesto por parte de los habitantes a decir nada en absoluto sobre la situación de la seguridad […]. El miedo es el rasgo dominante de las vidas de la mayoría de los civiles en este distrito, en particular de aquéllos de las áreas rurales, en el tiempo presente[5].

De hecho, Paget (1967, p. 31) plantea que, al comienzo de una insurgencia, le sigue un curso «marcadamente predecible»:

> En las regiones sin protección que comprenden la mayor proporción del territorio nacional, en particular la vasta área habitada de campo donde las fuerzas de policía son exiguas o inexistentes, la acción terrorista no encuentra oposición al principio de un conflicto y resulta más efectiva. Los ataques aislados revelan, en primer lugar, la existencia de un movimiento parcialmente organizado. Éstos llaman la atención y provocan la precaución entre la población. Entonces, el terrorismo selectivo comienza a eliminar a personas de poca influencia, pequeños burócratas y oficiales de policía diversos, que no entendieron los primeros avisos o que reaccionaron a ellos con lentitud. Los cuadros administrativos son reprimidos o eliminados. Se ha ganado el silencio y la connivencia de los civiles desprotegidos. Los agentes del enemigo tienen las manos libres para organizar y manipular a la población a su antojo (Trinquier, 1964, pp. 18-19).

Por lo general, los insurgentes se presentan en áreas y épocas de débil control gubernamental. Cuanto más extremo sea el declive o la

[5] «Reports on conditions in Greece. Reports on Visits and Tours Carried Out in Greece», D. P. Reilly, 24 de agosto de 1948, PRO, FO 371/72327/R9844.

ausencia de autoridad en una región, mayor población pasará a ser un «territorio virgen» para aquellos que se convertirían en un «contra Estado» o en un Gobierno alternativo (Wickham-Crowley, 1991, p. 35). Una vez que establezcan su autoridad, lanzarán una campaña de asesinatos contra los representantes del Estado. Estos asesinatos cumplirán múltiples funciones: destrozar de forma efectiva el aparato estatal, mostrar la fuerza y disuadir de cualquier colaboración con los detentadores del poder. Un oficial estadounidense que sirvió en Filipinas de 1899 a 1902 donde, de acuerdo con una estimación, un cuarto de los filipinos pro americanos registrados como asesinados eran oficiales civiles, se encontró a «todos los potenciales detentadores de cargos con terror a ser asesinados y firmes en su rechazo a tener nada que ver con el Gobierno civil americano»; después de una serie de asesinatos de la insurgencia, otro oficial apuntaba amargamente: «No es probable que ahora haya nadie que acepte el cargo de presidente en las elecciones fijadas para la noche del domingo» (Linn, 1989, pp. 38 y 135)[6].

Si el Gobierno falla a la hora de responder y proteger a sus agentes, los aldeanos comienzan a colaborar con los insurgentes; el pueblo pasa a la zona 4 (si el ejército mantiene guarniciones en las proximidades y ejerce presión con sus visitas) o a la zona 5 (si la autoridad insurgente en el área más amplia se expande, la presencia gubernamental se desvanece, el ejército restringe sus visitas y se eliminan las células clandestinas colaboradoras con los detentadores del poder). Resulta también posible que los cambios no resulten definitivos: un pueblo puede pasar desde ambas direcciones a 3 y permanecer bajo un control dividido. Sobre todo, los insurgentes son, por lo general, los primeros en mover: ellos dictarán los términos de la lucha e impondrán la táctica que se deberá seguir, a saber, la forma de guerra irregular[7].

---

[6] Existe un acuerdo en que el «terrorismo» es el primer estadio de la insurgencia porque es «el arma de los débiles» (Crozier, 1960, p. 160; Paget, 1967, p. 28). Esto no quiere decir que los insurgentes van a ser culpados de iniciar la violencia: muchas guerras civiles comienzan en regímenes violentos y altamente represivos. No obstante, hay un consenso general en que, como desafiadores, los insurgentes son «los primeros en moverse». Véase D. Anderson (2005, p. 47), Heer (2000, p. 111), Pettigrew (2000, p. 207), Laqueur (1998, p. 27), Horton (1998, p. 75), Senaratne (1997, pp. 87 y 115-119), Swedenburg (1995, p. 119), Brody (1985, p. 47), Tone (1994, p. 112), Faivre (1994, p. 108), Stoll (1993, pp. 64-65), B. Berman y Lonsdale (1992, p. 440), Cribb (1991, p. 162), Geffray (1990, p. 39), Stubbs (1989, p. 45), Kornbluh (1988, p. 14), Horne (1987, p. 135), Flower (1987, p. 121), Cooper (1979, p. 92), Henriksen (1983, p. 119; 1976, p. 382), Race (1973, p. 83), Paget (1967, p. 32), Barnett y Njama (1966, p. 127), Clutterbuck (1966, pp. 7-9), Armstrong (1964, pp. 40-41), Lear (1961, p. 208), Crozier (1960, p. 161) y Leakey (1954, p. 112). Este consenso se ve apoyado por la observación empírica de que hay una discrepancia analítica y geográfica inicial entre la violencia represiva del régimen, por un lado, y la violencia insurgente, por otro.

[7] Fellman (1989, p. 131), De Lupis (1987, p. 34), Chaliand (1987, p. 67), Beaufre (1972, p. 61), Paget (1967, p. 33) y Taber (1965, p. 19).

Un ejemplo de este proceso procede de un pueblo salvadoreño (J. L. Anderson, 2004, pp. 140 y 181-182). En primer lugar, los rebeldes tomaron como objetivo un pueblo disputado por medios militares. Éstos buscaban «inclinar la balanza del poder» a su favor forzando los puestos defensivos militares y civiles. Una vez que se consiguió este objetivo, el pueblo entró en la zona 4. De acuerdo con J. L. Anderson (2004, pp. 212-213), «ya no hay más soldados estacionados en los pueblos y la mayoría de los colaboradores han sido asesinados u obligados a huir, pero el ejército puede lanzar un ataque en cualquier momento desde sus bases que están justo en la colina. Así que, allá donde el grupo [rebelde] acampe para pasar la noche, los niños harán guardias alrededor del perímetro y se ejercerá una precaución extrema en cuanto a hablar con civiles para mantener en secreto los movimientos del escuadrón». Los insurgentes establecen entonces nuevas instituciones, la información comienza a fluir y se usa la violencia selectiva contra supuestos espías cuya ejecución conduce «directamente al inequívoco control del pueblo por parte de los guerrilleros. Todos los restos de resistencia activa a su autoridad han terminado».

La relación entre el control y la violencia exhibe una cierta circularidad, en el sentido de que los cambios en el control pueden hacer estallar la violencia y de que la violencia puede provocar los cambios de control. No obstante, el rastreo cuidadoso del proceso y la desagregación secuencial velan por el carácter endógeno de los intereses. De hecho, el rastreo del proceso sugiere que un cambio en el control conlleva dos pasos distintos: *cambio inicial* y *consolidación*. En primer lugar, las decisiones tácticas militares hacen que el control cambie en dos direcciones: del control insurgente al control gubernamental (de 4 o 5 a 2) y del control gubernamental al control insurgente (de 2 y 1 a 4). En segundo lugar, el uso de la violencia selectiva, *una vez que el control ha cambiado*, provoca un proceso de consolidación con el control pasando de 2 a 1 (control gubernamental total) y de 4 a 5 (control insurgente total). De ahí que, en ausencia de adicionales cambios exógenos en los recursos militares, las zonas 2 y 4 pueden ser consideradas como áreas en transición; en un sentido, éstas representan una dimensión temporal en el proceso de cambio en el control. La violencia sigue al cambio inicial en el control y precede a la consolidación.

Tal como se ha apuntado, la decisión de comprometer recursos para lanzar una «invasión» que provocará un cambio en el control se toma como exógena a la teoría. Es posible, no obstante, imaginar que la gente de la zona trate de influir a un actor político para que tome su área como objetivo. Exiliados y refugiados han tratado siempre de atraer a actores externos para alterar el equilibrio de un conflicto local y regresar a sus países. La historia de la Guerra del Peloponeso, tal como la

narra Tucídides, es también el cuento de una escalada que se operó a través de unas presiones de ese tipo. En la práctica, no obstante, las decisiones tácticas tienden a tomarse en el nivel supralocal en razón de la escasez de recursos militares cuya concentración requiere coordinación; de igual modo, las operaciones militares tienden a tomar como objetivo áreas enteras más que aldeas individualizadas.

En lo que queda del capítulo, examinaré en detalle cada zona de control y comprobaré las hipótesis con las evidencias anecdóticas de las que dispongo.

3. Control total (zonas 1 y 5)

Max Weber (1994, p. 310) dijo que, aunque la violencia «no es el medio usual ni el único que usa el Estado», la relación entre los dos «es de una particular intimidad»; buena parte de la obra de Foucault se basa en esta idea, que está también en la línea del *dictum* de Hannah Arendt (1970, p. 56) sobre la relación inversa entre el poder y la violencia: «Allá donde uno gobierna de forma absoluta, el otro está ausente». Tal como señala Kate Brown (2003, p. 213): «La elección personal se estrecha hasta el ojo de una aguja». Para los civiles, esto se traduce en una penetración de «la vigilancia y el control», descritas en Guatemala precisamente como *control* (Warren, 1998, p. 95). La disponibilidad de prisiones y la densidad del control permiten el examen de las denuncias y el uso de formas de represión distintas a la muerte. Esto no equivale a decir que la coerción sea el único medio de gobernar. De hecho, las zonas de control total son los lugares en los que resulta más fácil encontrarse con una mezcla de coerción y persuasión.

Aunque el contenido y las modalidades de control son obvias entre los detentadores del poder, requieren alguna discusión adicional en el caso de los insurgentes. La insurgencia puede entenderse muy bien como un proceso de construcción estatal competitiva más que como una simple instancia de acción colectiva o de contención social. Los insurgentes buscan desarrollar elaborados «contraestados» (Wickham-Crowley, 1991) por medio de la «consolidación política» (Sánchez, 2001, p. 30). La construcción estatal es el objetivo central de los insurgentes y esto hace que la rebelión organizada y sostenida del tipo de la que tiene lugar en las guerras civiles sea distinta en lo fundamental de fenómenos como el bandidaje, las mafias o los movimientos sociales[8]. Los insurgentes pretenden asegurar el poder a nivel local aun cuan-

[8] Los bandidos «estacionales» que crean instituciones duraderas también construyen Estados (Olson, 2000). Tal como dijo san Agustín: «Si, por el acceso de gente desesperada crece este mal [el bandolerismo] hasta proporciones tales que toma tierras, establece asen-

do no pueden esperar tomar el Estado a nivel nacional. Esto significa conquistar y mantener el territorio… hasta el punto en el que sea posible (p. e., Wood, 2003, p. 135; Romero, 2000, p. 67; Schofield, 1984, p. 308). Los territorios controlados por insurgentes son a menudo denominados «liberados» o áreas «base». Términos como gobierno en la sombra, jerarquía paralela, infraestructura rebelde o gobierno alternativo se refieren, precisamente, a los procesos de construcción estatal[9]. Los insurgentes se dedican a actividades de corte estatal: recaudan impuestos, organizan las tareas de policía, administran justicia y reclutan luchadores. En resumen, disfrutan de un monopolio local sobre la violencia que utilizan para castigar a sus enemigos y para sancionar la desobediencia. En el Valle de Canipaco del Perú Central, «Sendero Luminoso asumió el control y organizó todos los aspectos de la vida diaria de los habitantes. Sendero asumió la administración de justicia y jugó el papel de una fuerza moralizadora. Sendero Luminoso dirimía conflictos maritales, supervisaba el trabajo de los maestros, mediaba en las relaciones entre los comuneros y aquellas autoridades y funcionarios estatales que no estaban obligados a marcharse, ejecutaba a los ladrones que robaban ganado de los pastores e incluso organizaba las actividades de recreo» (Manrique, 1998, p. 204).

La insurgencia comunista en Vietnam del Sur ofrece una ilustración de lo más adecuada. Basada en estructuras construidas durante el levantamiento anticolonial contra los franceses (Race, 1973, p. 4), el Vietcong era capaz de establecer una estructura administrativa «en la sombra» altamente sofisticada en cinco niveles (nación, región, provincia, distrito y pueblo), organizada por cerca de 40.000 empleados a jornada completa, hacia finales de 1968. Algunas áreas de Vietnam del Sur habían estado bajo el control rebelde de forma más o menos continua desde el fin de la ocupación japonesa (Schell, 2000, p. 208), que explica cómo el Vietcong estaba en condiciones de transformar la carrera de un delegado del partido en «una de las profesiones estándar» (Berman, 1974, pp. 4 y 74). Jeffrey Race (1973, p. 199) refiere que «una de las conclusiones más chocantes de las entrevistas a de-

tamientos fijos, se apodera de Estados y subyuga a pueblos, asume el nombre de reino» (*On the City of God [La Ciudad de Dios]* IV, p. iv).

[9] En la región francesa de Dordogne, «la población se había visto envuelta de forma irrevocable en las redes del poder alternativo». Se hizo cada vez más claro para las autoridades «que lo que estaba ocurriendo era menos un colapso total de toda autoridad que una transferencia de poder de Vichy a los *maquisards*» (Kedward, 1993, p. 97). Se han hecho observaciones semejantes sobre la guerra de guerrillas española contra los franceses (Tone, 1994, p. 6), sobre la guerra civil china (Schran, 1976), sobre la insurgencia Mau Mau en Kenia (Paget, 1967, p. 91), sobre las guerras civiles argelinas pasadas y más recientes (Martínez, 1998; Peterson, 1997a; Faivre, 194, p. 147; Horne, 1987, p. 134), Guinea-Bissau (Rudebeck, 1975), sobre la Nicaragua controlada por la Contra (Horton, 1998, p. 127), sobre Sri Lanka (Pfaffenberger, 1994, p. 129) y sobre Perú (Rosenau, 1994, p. 316).

sertores [del Vietcong] es la total ausencia del movimiento gubernamental en las áreas revolucionarias durante años en una época, excepto en operaciones ocasionales de barrido a gran escala que tuvieron poco impacto en el aparato local del partido». De acuerdo con Paul Berman (1974, pp. 4-5), «los campesinos reclutados para la organización revolucionaria se convirtieron, en mayor medida que los soldados, en una fuerza de combate temporal; se convirtieron potencialmente en sujetos integrados en una nueva institución que constituía la base de un nuevo Estado-nación».

En contra de la tan extendida percepción, la construcción estatal no es una práctica que se asocie tan sólo a la insurgencia de izquierdas. Muchas insurgencias posteriores a la Guerra Fría (incluidas las étnicas) desarrollarán sistemas de gobierno estatal (Finnegan, 1992; Geffray, 1990; Linn, 1989, p. 40), aunque el nivel de sofisticación varía según el lugar. La construcción estatal de la insurgencia es la razón de por qué las guerras civiles se perciben a menudo como guerras que, «en realidad» son «competiciones por el Gobierno» (Clutterbuck, 1966, p. 57), donde los individuos afrontan demandas de dos gobiernos, como en las Filipinas durante la insurgencia Huk (Jones y Molnar, 1966, p. 47): «Un Gobierno era legal, pero en estas áreas, tenía poco o nulo control físico. El Gobierno insurgente era ilegal, pero tenía un control parcial o completo y capacidad ejecutoria». De ahí la observación de Robert Thompson (1966) de que las insurgencias son como los icebergs: los combatientes están en la parte más alta, pero es la profundidad del control que hay por debajo la que representa su verdadera fuerza. Esta idea tiene una expresión geográfica: un criterio bien establecido de los expertos en contrainsurgencia en Mozambique era que la «subversión» (es decir, la organización rebelde clandestina) precedía al combate real en más o menos 80 kilómetros (Maier, 1974, p. 33).

Violencia bajo el control total

Dado que la propensión a la defección es, en su mayor parte, endógena al nivel de control, el control total vuelve superflua la violencia: la mayoría de la gente no está dispuesta y, en su mayoría, es incapaz de desertar porque su acceso al actor rival es restringido. El control le dota a la amenaza de violencia de tanta credibilidad que prácticamente suprime su expresión (Tilly, 1985, p. 172). En otras palabras, la violencia se halla fuera de la senda del equilibrio. Prevalece el miedo.

Si la hipótesis 2 es correcta, habríamos de observar una violencia limitada o nula por parte del actor que gobierna. Hay muchas evidencias de que esto es así (p. e., Wickham-Crowley, 1991, pp. 50-51). Los japoneses tendían a matar a los habitantes de las aldeas de las colinas

más que a aquellos de las ciudades que controlaban en la isla filipina de Leyte (Lear, 1961, p. 214). En Guatemala, la ciudad de San Andrés estaba estrechamente controlada por las fuerzas gubernamentales y no experimentó el tipo de desplazamientos y masacres que se dieron en otras partes de este país (Warren, 1998, pp. 92-93). Robert Carmack (1988a, pp. xv-xvi) refiere que, en Guatemala, comunidades que el Gobierno pensaba que estaban libres de «subversión» se hallaban vigiladas por el ejército, pero, por lo general, se las dejaba en paz y no sufrían demasiada violencia[10]. En Colombia, todos los actores «utilizaban el poder coercitivo del miedo para mantener el orden en su territorio, pero no intimidaban a diario a los que estaban sometidos a ellos» (Fichtl, 2004, p. 4). De igual modo, parece haber una correlación entre los altos niveles de control y el miedo. Un informe del Observatorio de los Derechos Humanos sobre Chechenia apunta que, «en áreas bajo el control efectivo de Ramsam Kadyrov [líder pro ruso], la atmósfera de terror es pasmosa» (Myers, 2005, p. A4).

Lo mismo parece ocurrir en el bando insurgente. «En la medida en que yo puedo determinar», refería un oficial británico desde Grecia en 1949, «los comunistas no ejecutaban a mucha gente una vez que habían establecido el control»[11]. William H. McNeill (1947, p. 156) refiere su impresión de Grecia inmediatamente después de que los alemanes se hubieran ido: «La derecha clamaba que el poder del EAM se basaba en el terror, cosa que en parte era cierta. Pocos disidentes se atrevieron a alzar su voces en los pueblos y en las ciudades de provincias en el otoño de 1944; y, dado que fueron pocos los que se atrevieron, también fueron pocos los actos claros de terrorismo, de forma que el aspecto externo del país era sorprendentemente pacífico y apacible». Los insurgentes colombianos se abstendrán del uso de la violencia masiva dentro de las zonas de control (Sánchez, 2001, p. 30). Aunque en Nicaragua se dio represión por parte de la Contra, «habría de ponerse el énfasis en que, en muchos casos, los contras no tenían que desplegar una violencia abierta para mantener el control sobre las comunidades que formaban su base social en las montañas [...]. La presencia de hombres armados y advertencias veladas bastaban a menudo por sí mismas para asegurar la cooperación de campesinos muy

[10] Este patrón puede encontrarse en ámbitos que no son de guerra civil. En su estudio clásico sobre el *caciquismo* en un pueblo del suroeste de México, Paul Friedrich (1977) descubrió que, aunque los *caciques* recurrían al asesinato de sus oponentes políticos si era necesario, su abrumador control de los medios de violencia desalentaba los desafíos a su autoridad y minimizaba la violencia letal. La violencia se halla fuera de la senda del equilibrio. Desde luego, la ausencia de violencia letal masiva no significa la ausencia de coerción. Mary Roldán (2002, p. 221) descubrió en Colombia una relación inversa entre víctimas y grandes encarcelamientos: allá donde las primeras eran bajas, los segundos eran altos y viceversa.

[11] «Consular Reports on Conditions in Greece, Tour Reports by Consular Officers, R 62231, Report from Patras Consul (31 May 1949)», PRO, FO 371/78386.

duchos en la interpretación de las realidades del poder militar en su comunidad» (Horton, 1998, p. 218). En áreas del sur de Vietnam controladas por el Vietcong, los campesinos obedecían al Vietcong, la violencia era baja y, tal como señaló un delegado, «los campesinos [...] temían al GVN, pero lo temían menos de lo que temían al Frente» (Elliott, 2003, p. 757). De forma semejante, de las 85 familias que vivían en 1998 en la aldea de Barangay Rose, controlada por los rebeldes filipinos, 80 tenían al menos un miembro que se había unido a los rebeldes. Las cinco familias restantes le dijeron a Gregg Jones (1989, p. 199): «Han de seguir las normas. No le informan al enemigo. Tan sólo se están quietas». De hecho, en 1985, los rebeldes ejecutaron a un hombre de la localidad acusado de informar a las autoridades de las actividades rebeldes (es decir, un «desertor»). «Mucho tiempo después», concluye Jones, esta ejecución «persistía como un potente recordatorio a los residentes: Más allá de las cuestiones del sustento, la cultura y la política, la revolución tomó el poder de la vida y la muerte en Barangay Rose».

Las evidencias son particularmente sorprendentes en el caso de la RENAMO en Mozambique, Sendero en Perú y el GIA en Argelia, tres movimientos insurgentes que fueron notorios por un nivel de violencia extrema a menudo descrita como aleatoria y gratuita. Resulta que la RENAMO se restringía a aquellos lugares en los que disfrutaba de altos niveles de control, por ejemplo, en las regiones de la Gorongosa y Zambezia (T. Young, 1997, pp. 132-133). Carolyn Nordstrom (1997, p. 107) investigó un área del Mozambique septentrional y central, donde «había poco en la forma de la representación Frelimo», de ahí que la RENAMO no sintiera que «tuviera que crear ejemplos» mediante el asesinato de potenciales seguidores FRELIMO. De hecho, todos los lugares que ella documenta como tomados simultáneamente por la RENAMO y relativamente pacíficos se hallaban «aislados y apartados de las esferas de influencia Frelimo» (Nordstrom, 1997, p. 100). Robert Gersony (1988) llegó a la misma conclusión general: en localidades rurales en las que los soldados de la RENAMO se movían con libertad, resultaban poco frecuentes los ejemplos de brutalidad, asesinato o secuestro[12]. En Perú, Sendero dejaba tranquilos a los campesinos en las «zonas liberadas» tales como el Alto Valle de Huallaga, donde no había informes de masacres; este hecho llegó como una sorpresa a muchos observadores, dada la naturaleza violenta de esta organización (Rosenau, 1994, p. 317). De igual modo, el GIA argelino se valió de poca violencia en las áreas que controlaba; comenzó a recurrir a la violencia en masa cuando su control fue contestado por el ejército (Kalyvas, 1999)[13].

[12] Gersony (1988) identificaba también las «áreas de control», lugares en los que una base RENAMO estaba rodeada tanto por poblaciones locales indígenas como por población secuestrada. Esta violencia, apunta él, era más extractiva que terrorista.

Una implicación de la teoría que pasa inadvertida es que las denuncias abundarán al principio en zonas de control total, pero, por lo general, serán desechadas o no llevarán a una violencia letal. Sin embargo, es poca la información específica que pude encontrar. Una porción procede del Misuri de la era de la guerra civil, donde Fellman informa de este patrón (1989, p. 27); otra, de Grecia, donde McNeill (1947, pp. 198-199) informa de que, después de que la izquierda perdiera su poder local en un pueblo, «un enjambre de informadores descendió sobre el comandante de la guardia, acusando a los izquierdistas locales de todo tipo de crímenes. La mayoría de estas acusaciones no surtieron efecto, pero una proporción de ellas acabó en arrestos».

Una implicación adicional es que muchos campos de refugiados se aproximarán a la zona 1 (cuando el acceso a ellos esté controlado por los detentadores del poder) y a la zona 5 (cuando estén en áreas bajo control insurgente, especialmente en aquellas que lindan con países que apoyan a los insurgentes). Deberíamos, por tanto, observar una violencia limitada en tales campos, ciertamente menor si se la compara con campos a los que se les deja que se las arreglen por sí solos y de una forma diferente: violencia criminal en estos últimos frente a violencia coercitiva en los anteriores. La evidencia disponible apunta en esta dirección (Crisp, 2000; Prunier, 1995; Wiesner, 1988). De hecho, resulta posible concebir al componente estratégico del desplazamiento rural de muchos proyectos contrainsurgentes como un modo de generar áreas del tipo de la zona 1 mediante el vaciado del territorio y el desplazamiento de civiles más que mediante su ocupación[14].

4. Ningún control (zonas 1 y 5)

Un actor político carece de control sobre áreas que están completamente controladas por el rival: «ningún control» es la imagen especular de «control total». Desprovista del control, la «no soberanía» es ciega y carece de acceso a la población y a la información. El viaje es difícil y está lleno de peligros y los lugareños puede que nunca

[13] Nótese que la relativa ausencia de violencia en áreas fuertemente controladas se interpreta a menudo, cuando se registra, como un indicador de amplio apoyo popular. La potencial falsedad de esta observación debería estar ya clara a estas alturas.

[14] Vale la pena investigar la variación en el uso de las estrategias del desplazamiento de población en las guerras civiles. Obviamente, son muy caras de implementar de forma apropiada y, cuando se usan en el contexto de una estrategia de violencia indiscriminada como en Darfur («contrainsurgencia con costes mínimos»), pueden volverse contra los mismos que la usan (Prunier, 2005).

entren en contacto con los representantes de la no soberanía. Este punto se transmitía con claridad en un informe escrito por un colaborador ruso de los alemanes en 1942:

> Cuando el campesino afronta el problema de si ir con los partisanos o con las tropas alemanas, desgraciadamente ha de observar con frecuencia que resulta imposible dejar de ayudar a los partisanos. Lo cierto es que él ve a los partisanos casi diariamente y a los alemanes muy rara vez. Aun cuando deseara de todo corazón luchar contra los partisanos, ¿cómo podría hacerlo? Lanzarse a una lucha directa con ellos, desarmado como está, es una estupidez. Unirse a las OD [milicias colaboracionistas] significa privar a sus tierras de la única mano de obra que hay para trabajar y exponer a su familia a la aniquilación por los partisanos. Cuando el campesino sigue la actividad de los partisanos e informa de ello a la kommandatura, este hecho se sabe rápidamente pues casi nada queda en secreto en el pueblo y la retribución tiene lugar con rapidez. Más aún, la población se ha convencido de que sus informes [a los alemanes], en la abrumadora mayoría de los casos, no lleva a ninguna acción. Las kommandaturas recibirán, día tras día, informes sobre los partisanos, de todas partes de la región pero sólo podrán reaccionar a ellos en unos pocos ejemplos porque carecen de fuerzas. El estado de cosas descrito arriba es extremadamente peligroso pues lleva al crecimiento del movimiento partisano y por ello conlleva una completa desintegración del sistema administrativo y económico [alemán] (en Dallin *et al.*, 1964, p. 325)[15].

Violencia donde no hay ningún control

La hipótesis 3 afirma que, en ausencia de cualquier control, el «no soberano», posiblemente, no puede recurrir a la violencia selectiva. Cuando se usa la violencia, ésta será indiscriminada. Lo cierto es que la experiencia en Colombia durante La Violencia fue que «[el estado de] violencia más exagerado y persistente se daba en lugares muy alejados del control efectivo ejercido por el Gobierno central» (Henderson, 1985, p. 109). De forma más reciente, los insurgentes colombianos han recurrido a operaciones terroristas y a masacres fuera de sus propias zonas de control (Sánchez, 2001, p. 30).

El carácter indiscriminado de esta violencia es obvio cuando llega a los insurgentes. Cuando los soldados survietnamitas mataron a un campesino en un ataque, le dijeron al periodista que presenció el asesinato que «no se pusiese sentimental. Que no cabía duda de que era un agente del Vietcong, puesto que estos pueblos han sido bastiones del Vietcong durante años» (Browne, 2000, p. 8). Tal como señaló un comandante de las Fuerzas Aéreas estadounidenses: «En las montañas, cualquier cosa que se mueva es considerada como VC» (en Schell, 2000, p. 214). Elliott (2003, p. 878) pensó que la aldea que fue bombardeada con más frecuencia por parte del Gobierno en un área que él estudió era la que se consideraba la base principal del Vietcong. Valiéndose de datos recogidos por organizaciones pro derechos humanos, Timothy Gulden (2002) examinó los patrones de violencia en Guatemala y descubrió que aquélla tomaba formas diferentes en las montañas mayas y en los llanos. Era más probable que las masacres colectivas se llevaran a cabo en las montañas y lejos de las mejoradas carreteras. Carmack (1988a, pp. xv-xvi) confirma que el ejército guatemalteco cometió las masacres más grandes en las denominadas comunidades rojas, es decir, en aquellas que estaban bajo el control insurgente, donde no hay una distinción esencial entre los residentes y las guerrillas. Estos ejemplos resultan coherentes con hallazgos más generales como el estudio clásico de Donald Greer (1935) que muestra que el terror revolucionario francés tomó como objetivo las regiones en las que el Estado afrontaba un desafío armado interno o externo, y la observación de James Ron (2003) de que, en Israel y la antigua Yugoslavia, la violencia aumentaba a medida que uno se alejaba de las áreas muy controladas hacia las áreas en disputa.

La violencia insurgente seguirá un patrón semejante. Los insurgentes en Malasia tomaron como objetivo los centros de reasentamiento y las ciudades controladas por los británicos (Stubbs, 1989, p. 105; R. Thompson, 1966, p. 25), y el FRELIMO mozambiqueño bombardeó con morteros y con cohetes los «aldeamentos» (pueblos gubernamentales protegidos) de un modo bastante rutinario durante la lucha por la descolonización (Cann, 1997, p. 157). Años más tarde, los insurgentes de la RENAMO cometieron atrocidades contra la población, no al azar, como a menudo se creía sino precisamente allá donde el Gobierno tenía una base fuerte, partiendo de la idea de que todos los civiles que había allí estaban «afiliados» al FRELIMO (T. Young, 1997, pp. 132-133); Nordstrom (1997, p. 108) refiere casos en los que la RENAMO pasaba de la «indulgencia» a la violencia contra la misma población, después de que esa población cayera (contra su voluntad) bajo el control FRELIMO. Gersony (1988) designó como «áreas de destrucción» RENAMO a aquellas que tenían alguna forma de presencia gubernamental. El Vietcong recurrió a los ataques aleatorios con morteros y cohetes sobre lugares en los que los survietnamitas disfrutaban del control, incluidos los campos de

[15] Por razones semejantes, véanse Hondros (1993, p. 155), Stoll (1993, p. 148) y Cribb (1991, p. 150).

refugiados[16]; los contras nicaragüenses usaron la violencia contra los bastiones sandinistas (Horton, 1998, p. 167); el peruano Sendero Luminoso, contra las aldeas que formaban milicias (Krauss, 1999; Del Pino, 1998, pp. 172 y 189; Manrique, 1998, p. 218); el RUF, en Sierra Leona, contra las aldeas que formaban las milicias kamajor (Richards, 196, pp. 181-182); el ELN, en Colombia, contra pueblos (tales como Carmen de Chucurí) que se levantaron contra ellos (Rubio, 1999, p. 120). Nótese que esto se aplicará tanto a los conflictos étnicos como a los no étnicos. Desde las guerras de descolonización en África a la insurgencia del Kurdistán en el este de Turquía, los insurgentes han tomado como objetivo, de forma coherente, a aquéllos de su misma etnia que colaborasen con su enemigo, bien de forma individual, bien en el contexto de los programas de creación de milicias.

5. Contestación (zonas 2, 3 y 4)

Un campesino salvadoreño describía la vida en las áreas en disputa como algo parecido a encontrarse *entre la espina y la espada** (en Binford, 1996, p. 100). La vida de un campesino colombiano que vive en una zona en disputa presenta oportunidades para las acusaciones de colaboración con múltiples partes: «¿Qué hacías en la ciudad? ¿Con quién hablaste? ¿Había controles en la carretera? ¿Le dijiste al ejército que tenemos un control en la carretera?». «Naturalmente», concluye Fichtl (2004, p. 4), «la cuestión real es: ¿tiene acaso elección el campesino?», una situación difícil que él describe como «el callejón sin salida de las exigencias en conflicto». Tal como señaló un campesino vietnamita, es como «tener un cuello rodeado por dos narices» (en Elliott, 2003, p. 258). El coronel J. M. Stevens describió la situación de presiones cruzadas que se encontró en la Grecia ocupada en la que él operaba en 1943-1944:

> Hay pocos pueblos en el Peloponeso que no hayan sido visitados por [los rebeldes] andartes ni por los alemanes; a menudo, tres o cuatro veces por cada uno. Por regla general, los alemanes han saqueado las casas que han encontrado vacías en sus paseos. Los andartes golpeaban, saqueaban y enviaban a campos de concentración a aquellos

[16] Moyar (1997, p. 307), Wiesner (1988, pp. 102, 225-226), West (1985, p. 272), Lewy (1978, p. 276) y R. Thompson (1966, p. 27). Wiesner (1988, pp. 227 y 58) menciona la Decisión n.º 9 de 1969 del Partido Comunista; demandaba que los campos de refugiados fueran objetivos prioritarios para el ataque. También informa este autor de una masacre indiscriminada contra la aldea de Dong-Xai en la provincia de Phuoc Long, en junio de 1965, por la misma razón.

* En español, en el original. *[N. del T.]*

> aldeanos que no habían salido a proteger sus propiedades cuando vinieron los alemanes. El resultado es una indescriptible miseria [...]. La moral del pueblo está muy baja y todos los rezos aldeanos son para que los andartes, los batallones de seguridad y los alemanes los dejen en paz[17].

Tales descripciones se repiten: la gente habla de que la cogen en un «fuego cruzado», de que queda «estrujada en medio», de que está entre «dos fuegos», «fuegos opuestos», «dos ejércitos», «dos demonios» o «dos espinas»[18]. Las siguientes descripciones, obra de civiles que vivían en áreas en disputa durante cinco conflictos diferentes (Argelia, Rhodesia-Zimbabwe, Filipinas, Namibia y Afganistán), apuntan todas ellas a la misma difícil situación:

> El ejército francés esta aquí; el ejército fellaghi [los insurgentes] está aquí; nosotros estamos justo en el medio (en Faivre, 1994, pp. 142-143).

> Si informamos a la policía, los terroristas nos matan. Si no informamos, la policía sospecha que escondemos a terroristas. Sencillamente, no sabemos qué hacer (en Flower, 1987, p. 122).

> Pienso que la razón número uno es que hay miedo por ambas partes. Si te levantas y te unes a uno de los grupos, tu vida estará en peligro. Si te unes al otro grupo, de nuevo estará tu vida en peligro. Si te unes a los militares, tendrás miedo del NPA [Nuevo Ejército Popular]. Si te unes al NPA, tendrás miedo de los militares (en Berlow, 1998, p. 202).

> En Ovamboland [norte de Namibia], vivimos entre dos fuegos. O te unes a los sudafricanos o al SWAPO. Si de noche llegan los hombres del SWAPO pidiendo ayuda y no los ayudas, entonces es que estás en el lado sudafricano y pagarás con tu vida. Una guerra de guerrillas significa una lucha continua por la vida y la muerte, día y noche (en Groth, 1995, p. 28).

> Por el día, este Gobierno viene adonde nosotros y, por la noche, son los talibanes los que vienen. Estamos clavados en el medio (en Sengupta, 2005b, p. A10).

[17] «Second Report of Colonel J. M. Stevens on Present Conditions in Peloponnese (22 June 1944)», PRO, FO, HS 5/669/S6557.

[18] Degregori (1998, pp. 141-142), Daniel (1996, pp. 178-180), Le Bot (1994), Stoll (1993), Fellman (1989, p. 32), S. Davis (1988, p. 26), Henriksen (1983, p. 133), Chung (1970), Dallin *et al.* (1964, p. 330) y Lear (1961, p. v).

Los actores políticos emplean más esfuerzo en obligar a la gente a comprometerse con su bando cuando son mayores los incentivos para no comprometerse: «En las áreas en liza, donde el mero deseo de que lo dejen a uno en paz era el más fuerte, el GVN y los comunistas trataban de hacer que los campesinos [survietnamitas] los ayudaran mediante una combinación de compulsión y persuasión» (Moyar, 1997, p. 321). Tal como señaló un periodista americano (Kann, 2000, p. 409), «negocio arriesgado es ser civil vietnamita en un área en disputa». Lo cierto es que, desde el punto de vista de la población civil, el rasgo clave de la soberanía fragmentada es un profundo sentido de incertidumbre y peligro, muy bien transmitido por un griego y reflejado por un visitante americano en Grecia y dos campesinos guatemaltecos:

> Esta pseudoguerra es mala cosa. No sabes cómo protegerte. No hay línea de frente para que sepas que hacer. No sabes por dónde te van a venir. Por ejemplo, tú vas y te encuentras con alguien. ¿Cómo le preguntas: «Quién eres tú»? No puedes saber quién es ni a qué Dios reza. ¿Qué puedes decirle? Si no le gusta tu respuesta, podría matarte. Es lo que hay. Y, por eso, uno está aterrado. Había miedo cuando empezaron a arrestar a gente; la gente dormía fuera de sus casas. Era como la anarquía. Alguien podía matarte y no pasaba nada; él no era responsable ante nadie. Una situación descabellada. Eran malos tiempos (I-22).

> Lo que hacía que la situación fuera intolerable era el hecho de que la presencia de fuerzas armadas rivales tan próximas hacía que el dedicarse a las ocupaciones ordinarias fuera casi imposible. Si un hombre iba a las colinas a cortar madera, los soldados lo golpeaban por asociarse con las guerrillas pues, de hecho, tendría que hacer eso para poder salir y entrar. Pero, a menos que los aldeanos fueran libres para usar la escasa propiedad que tenían a su disposición montaña arriba, ¿cómo podían sobrevivir? Por tanto, cogidos entre la piedra de molino de arriba y la de abajo, la vida en Kerasia era ciertamente desesperada (McNeill, 1997, 1978, p. 153).

> No se tenía seguridad en nada. Había terror por la noche; gran inseguridad. No sabías qué grupo podía venir a cogerte por la noche. Había miedo por ambas partes. Nadie tenía tranquilidad (en Warren, 1998, p. 93).

> El problema era que no sabías qué clase de gente iba a aparecer ni con quién estabas hablando (en Warren, 1998, p. 96).

La vida en áreas en disputa supone que los rumores mandan; desaparece la fe en las categorías establecidas, las bases sobre las que se construye la cotidianidad se desmoronan y todo lo ocupan los sentimientos de contingencia y vulnerabilidad extrema; la propia realidad se fragmenta (Warren, 1998, p. 110). Como en Irlanda del Norte, la gente «se llena de engaños, dobles juegos, movimientos artificiales y genuinos y, a veces, métodos simples que se asume que son complejos. Aquellos a los que se coge entre dos conjuntos de jugadores jamás sabrán cuándo han cambiado las reglas ni la auténtica naturaleza del juego» (M. Dillon, 1990, p. 299). Un visitante británico en Grecia informaba sobre la actitud de los aldeanos: «Han estado bajo el terrorismo de un signo o del otro durante tantos años que no razonan demasiado bien y se los convierte con facilidad en las víctimas de rumores, por más extravagantes que éstos sean»[19]. Tal falta de certeza complica los cálculos sobre cómo comportarse. Fellman (1989, p. xv) describe el pensamiento que prevalecía en Misuri durante la guerra civil: «¿A qué parte debería parecer que apoyas? [...] Bajo un peligro así, ¿cómo deberías actuar? ¿Quiénes *eran* ellos? ¿Quién eras *tú*?» Describiendo una escena en Vietnam, Kann (2000, p. 409) señala que aquella inseguridad es particularmente pronunciada después de que el control acaba de cambiar: «Un intenso programa de pacificación en aldeas en la base de Nui Co To ha producido modestas conquistas. La mayoría de estas aldeas estaban sólidamente controladas por el Vietcong hace siete meses, pero ahora tiene, al menos, una presencia diurna del GVN. Conduciendo por estas aldeas, a uno le salen al encuentro miradas taciturnas. "Esta gente no sabe aún si el GVN está aquí para quedarse o si el VC va a regresar. No han decidido aún de qué lado ponerse, pero, al menos, lo están debatiendo por vez primera», dice el comandante Fields». Un hombre de Misisipí expresaba el mismo sentido de falta generalizada de certeza durante la guerra civil: «No podemos hacer cálculos sobre el futuro y no hemos de sorprendernos de nada de lo que pueda venir en el futuro. La verdad es que somos un pueblo afligido» (en Ash, 1995, p. 211).

En suma, la contestación hace difícil para mucha gente el alinearse con un solo actor político. Este microfundamento refuerza el fenómeno predicho por la teoría de alta defección simultánea hacia ambas partes en zonas muy disputadas, lo que se describe típicamente como neutralidad o falta de decisión, algo muy extendido en la guerra civil[20].

La mayoría de las personas prefieren la neutralidad porque, o bien están inseguras de qué bando estará en la posición de castigar su comportamiento, o bien tienen claro que ambas partes serían igualmente

[19] «Memo: Situation in Greece, February 1948, by Mr. R. Blackbourn (24 February 1948)», PRO, FO 371/72327/R2531.

[20] P. e., Livanios (1999, p. 205), Figes (1996, p. 680), H. Nelson (1980, p. 254), Armstrong (1964, p. 46) y Barnett y Njama (1966, p. 135).

capaces de hacerlo. Thomas Barrow, un pañero de Cheapside, escribió durante la guerra civil inglesa: «Estaría bien si pudiera estar en una posición neutral; porque podría [...] seguir mis propios pensamientos y no tener que estar preocupado por lo que hacen los otros» (en McGrath, 1997, p. 91). La descripción que hace Fellman (1989, p. 48) de la guerra de guerrillas en Misuri no es diferente: «La lealtad no era la presentación más segura ni la más común durante esta guerra de guerrillas; lo era la prevaricación. La franqueza y la sinceridad llevaban a la destrucción con más frecuencia de lo que lo hacían la reticencia y la renuncia». En la formulación de Trinquier (1964, p. 31), «los habitantes rechazarán cualquier responsabilidad que pudiera sujetarlos a la revancha del adversario». Un informe británico desde Grecia concluía del mismo modo: «A menos que haya confianza en las fuerzas armadas y a menos que los aldeanos sepan que la ayuda se halla cerca y a mano si son atacados, hay pocas esperanzas de que se ofrezca mucha resistencia, aun cuando tengan armas a su disposición»[21]. Al preguntarle a qué bando apoyaba él, el campesino de una aldea cercana a Saigón le dijo a un cuadro del Vietcong en 1963: «No sé, porque yo sigo el deseo del cielo. Si hago lo que dices, entonces me arrestará el bando Diem; si digo cosas contra ti, entonces serás tú el que me arrestarás; por tanto, sería mejor que yo me echase ambas cargas a los hombros y me quedase en el medio» (Fitzgerald, 1989, p. 31). Un informe de la CIA procedente de Vietnam era claro a este respecto: «El sentimiento predominante [...] es probablemente uno de interés creciente por evitar los azares de la guerra [...]. Por sí mismos, es probable que [los survietnamitas] se queden sin comprometerse hasta que la ruptura decisiva en la lucha se haga obvia» (en Moyar, 1997, p. 321). Un campesino colombiano lo describió en términos más severos (en Rubio, 1999, p. 205): «Aquí el que habla no dura»*. Confirmando estos puntos, está la frecuencia de las afirmaciones individuales de que la colaboración era forzada (p. e., Tone, 1994, p. 134; Fenoglio, 1973, p. 53).

Para la mayoría de la gente, la falta de decisión toma la forma de la neutralidad y el *attentisme* pasivos: cogidos en el fuego cruzado entre los detentadores del poder y los insurgentes, con su vida en la raya, prefieren quedarse lo menos comprometidos posible. «Todos estaban esperando a ver lo que ocurría» es una frase que describe la actitud de muchos campesinos durante la guerra civil china (Hua y Thireau, 1996, p. 304). «El populacho, como es natural, quiere estar en el bando ganador», señala Julian Paget (1967, p. 35), «y lo cierto es que les interesa mucho hacerlo; por ello, tratan de no ofender a ninguno de los

[21] «Report on Volos area», PRO, FO 371/72328/R12508.
* En español, en el original. *[N. del T.]*

dos bandos, hasta poder ver cómo parece marchar la lucha»[22]. Un informe de los militares griegos, de febrero de 1948, descubría que la gente del campo «no lucharía por las guerrillas ni le proporcionaría información al ejército» (H. Jones, 1989, p. 52). Las autoridades estatales en un territorio disputado pueden comportarse de un modo similar: «No estoy ni con la resistencia ni con los americanos», dijo el comandante de la Guardia Nacional Iraquí en la ciudad de Ramadi a Akeel Huseen y a Nicolas Pelhman (2004, p. 7).

El Misuri de la guerra civil ofrece una ilustración de lo más eficaz. La mayoría de los habitantes de Misuri, descubrió Fellman (1989, p. xviii), «buscaba no comprometerse, ser neutral». «Iban a ser serrados entre los dos polos organizados de poder; en medio de la destrucción de la subsiguiente guerra de guerrillas, la traducción cotidiana de ideología se convertía en la cuestión de qué bando les permitiría mejor sobrevivir [...]. [Ellos] adoptaron la misma forma de mentir [sobre su compromiso] para ganar tanta protección como fuera posible por ambas partes [...]. Si verdaderamente hubieran tenido la posibilidad de elegir libremente, la mayoría de la gente de Misuri habría permanecido neutral durante la guerra». El comandante de la Unión de los distritos de las fronteras del Estado describía la situación que se encontró en términos muy fuertes: «El peor rasgo en el país es el estado de intimidación y desánimo de la gente. Todos los hombres parecen haber salido de ellos. Lo mismo en el miedo del soldado que en el del pionero, todo lo que piden es la protección militar de los capitanes-preboste y el privilegio de la neutralidad»[23].

Es importante poner el acento en que la falta de decisión, aunque se presenta generalmente como un rasgo constante de la guerra civil, resulta variable, y se asocia estrechamente con el nivel de contestación. Considérese el caso de Cabrera, una ciudad de 5.000 habitantes, situada a unos 90 kilómetros al suroeste de Bogotá en Colombia. En la primavera de 2003, el ejército entró en esta ciudad, que había estado bajo el dominio de los rebeldes durante años. Los rebeldes huyeron de la ciudad, pero no desaparecieron de los alrededores. Muchos habitantes «creen que los rebeldes están sólo esperando el momento adecuado para contraatacar». «Las guerrillas siguen estando ahí, en algún lugar», dijo un hombre señalando hacia las montañas que rodean la ciudad. «Si no los han matado, ¿qué es lo que va a impedir que vuelvan?» El miedo a una vuelta rebelde era «evidente en la reticencia de la gente de la ciudad a dar la bienvenida a las fuerzas gubernamentales con los brazos abiertos. Mirando por encima de sus hombros

[22] Paget (1967, p. 111) añade que, cuando se hizo evidente que los británicos estaban empezando a dominar en Kenia, «los indecisos empezaban a subirse al carro del Gobierno».
[23] Fellman (1989, pp. xviii, 11, 49, 51 y 78).

y rehusando dar su nombre, un señor mayor le dijo a un reportero: "Hay informadores por todas partes"» (Housego, 2004).

Una forma de indecisión es la compensación, es decir, el ayudar a ambos bandos al mismo tiempo. Considérese la afirmación siguiente de un afgano, referida por Gall (2005, p. A6): «"La gente apoya a los talibanes porque ellos no saquean y respetan a las mujeres", dijo él. Pero añadió: "Todo el distrito quiere ayudar a los americanos porque nuestro país está destruido"». «Para minimizar la destrucción», en la guerra civil de Misuri, mucha gente «buscaba alianzas con hombres de un amplio espectro de lealtades como una forma de plan de contingencia. Querían amigos y protectores en todos los campos» (Fellman, 1989, p. 174). En la época de La Violencia en Colombia, algunas personas «llevaban, al mismo tiempo, dos formas de identificación –un certificado de los conservadores y una tarjeta de identidad del Partido Liberal– que presentaban de forma selectiva, según quién la pidiera» (Roldán, 2000, p. 217). En Kenia, algunas personas «hicieron esfuerzos, de un modo muy pragmático, para beneficiarse de la diversidad de factores en juego, tratando de complacer al Gobierno con una mano y a las fuerzas revolucionarias con la otra» (Barnett y Njama, 1966, p. 135). Esta «doble colaboración» era frecuente en Mozambique (Nordstrom, 1997, p. 56). A los oficiales del pueblo, en particular, se los obligará, a menudo, a servir «a dos señores» y a recaudar impuestos para ambos[24]. En El Salvador, «la misma gente que ayudaba a los guerrilleros [...] cooperaba también con el ejército durante sus frecuentes operaciones en la zona» (Binford, 1996, p. 100). Un campesino vietnamita contaba cómo se las había arreglado su padre, «subjefe de una aldea», durante la guerra contra los franceses: «Mi padre era una persona inteligente. Rebajaba el palo por los dos lados. En realidad no le gustaba trabajar para los franceses [...]. [Pero] también era amigo de la resistencia. Él cooperaba con ellos lo bastante como para que no quisieran eliminarlo porque tenían bastante claro que su sucesor sería peor» (en Herrington, 1997, p. 21). Durante la guerra civil china, servir a ambos campos se describía de forma literal como «comprar la seguridad» (Chang, 1992, p. 158). Particularmente arriesgada (y menos frecuente) será la estrategia familiar de enviar adrede a los hijos a servir en ejércitos en liza. Durante la Revolución inglesa, «algunos cínicos del momento señalaban que estas divisiones familiares [entre beligerantes] eran parte de una política de seguridad preparada con todo cuidado, de forma que, fuera cual fuera el bando que ganase, siempre habría alguien con influencia entre los vencedores para proteger la propiedad de la familia de la confiscación y el desmembramiento» (Stone, 1972, p. 144)[25].

[24] Hamoumou (1993, p. 166), Jones (1989, pp. 236-237), Henriksen (1983, pp. 120 y 153), Leites y Wolf (1970, pp. 43-44), Pike (1966, p. 248), Lear (1961, p. 234), Kitson (1960, p. 206) y Leakey (1954, p. 115).

En un contexto de paridad y de tablas, la manipulación de las esperanzas de la gente con el fin de convencerla de que la tendencia es cambiar y de que una parte está ganando es una práctica común[26]. Lo cierto es que, para muchos autores (p. e., Eckstein, 1965, p. 158), el rasgo distintivo de la guerra irregular se halla, precisamente, en la combinación de las técnicas violentas y la «guerra psicológica». Gordon Tullock (1987, p. 373) señalaba que «el punto que se debía conseguir en la guerra civil es el de convencer a la gente de que un bando o el otro va a ganar». «Si pudiéramos hacerle ver incluso al más ignorante de los aldeanos que íbamos a ganar», recuerda Oliver Crawford (1958, p. 180) sobre Malasia, «entonces la información empezaría a fluir en el otro sentido: hacia nosotros en lugar de hacia la jungla»; «en una guerra en la que los acontecimientos eran pocas veces importantes en sí mismos o por sí mismos», coincide F. J. West (1985, p. 47), «las que contaban eran las percepciones de la gente sobre aquellos acontecimientos». De ahí que los actores políticos hagan esfuerzos concertados para convencer a los civiles de que están ganando, tal como señalaban los campesinos peruanos y guatemaltecos:

> Decían que Ayacucho iba a ser una zona liberada allá por 1985. Una célebre ilusión que crearon entre los *muchachos* fue, allá por 1981, que, hacia 1985, habría una república independiente. ¿No querías tú ser ministro? ¿No te gustaría ser un jefe militar? Ser algo, ¿no? (en Degregori, 1998, p. 130)[27].

> Los guerrilleros decían que eran más fuertes que el ejército. Decían que iban a traer armas para la gente. Cuba y Nicaragua nos ayudarían. En Vietnam, el pueblo había triunfado y en El Salvador se estaba a punto [...]. [Ellos] nos aconsejaron que no nos preocupásemos porque cada año el movimiento avanzaba porque estábamos abatiendo a los soldados con nuestro grupo y, poco a poco, estos soldados se acabarían y llegaríamos a triunfar en Guatemala (Stoll, 1993, pp. 88-89 y 149).

Se usarán señales informativas de todo tipo, tales como la calidad de los uniformes que se lleven o las armas que se usen. Los aldeanos

[25] Faivre (1994, p. 123) hace un apunte similar sobre Argelia.

[26] Nótese que hasta la manipulación de las esperanzas requiere una base material: «La mejor propaganda caerá en saco roto si no se ve respaldada por los éxitos militares» (Heilbrunn, 1967, p. 36).

[27] Del Pino (1998, p. 184) coincide en que Sendero Luminoso en Perú hizo grandes esfuerzos para retratarse a sí mismo como «invencible y victorioso».

griegos informaban de que los comunistas «iban vestidos "a lo grande" con buenos uniformes y mejores equipamientos que los que tenían ellos, el ejército o la gendarmería»[28]. Los portugueses en Angola expusieron a los prisioneros rebeldes a «tropas entrenándose y demostraciones de potencia de fuego [para convencerlos] de que los portugueses prevalecerían en la lucha» (Cann, 1997, p. 118) La organización de desfiles militares y encuentros abiertos la ayudó a la jefatura del Vietcong a controlar la información que llegaba a las masas: ella hacía énfasis en las victorias en el campo de batalla, jamás admitía las derrotas y enfatizaba de continuo la victoria final; también distribuía hojas volanderas a los campesinos, en las que afirmaba que el Gobierno iba a perder la guerra, «por lo que sería mejor para la población unirse a los vencedores mientras aún pudieran» (West, 1985, p. 126; Berman, 1974). A menudo, las operaciones militares servirán exclusivamente para fines psicológicos. Las entradas que vienen a continuación, procedentes del diario de un partisano comunista griego, ilustran este punto:

> 14 de agosto de 1946. Estamos en [la aldea de] Glikoneri. Contacto con Fotis. Para que confíen en nosotros, la gente ha de ver acciones.
>
> 16 de agosto de 1946. Emboscada en Nestori. Le damos a un escuadrón enemigo. Dos soldados muertos y dos heridos.
>
> 17 de agosto de 1946. Estamos en Glikoneri. La gente ha empezado a pensar de un modo distinto (Papaioannou, 1990, pp. 160-161).

Esta técnica puede tener éxito, como ocurre en la Argelia colonial: «Todos nosotros creemos que el FLN es fuerte. Se hace presente cuando quiere y siempre de un modo eficaz. Cuando todos los postes [eléctricos] se caen al mismo tiempo en una distancia de tres kilómetros, cuando los árboles, las barricadas de piedra y las trincheras aparecen de repente para cortar una carretera y parar el tráfico de coches, uno ha de preguntarse de dónde ha venido esta multitud que ha gastado su tiempo y sus esfuerzos y a qué dedo imperioso ha obedecido» (Feraoun, 2000, pp. 59-60).

Cuando esta estratagema funciona, la colaboración comienza a cambiar y le sucede el control. Finalmente, no obstante, ambos actores pueden valerse de estas estrategias con el mismo éxito, reforzando así las tablas. Por ejemplo, «demostrando la presencia continuada del partido», los partisanos soviéticos en las áreas de la Ucrania ocupada por los nazis, con débil control policial, «generaban la impresión de que la autoridad soviética era más real que la del invasor». Los alemanes, no obstante, respondían de un modo semejante: dejaban compañías en las áreas en las que estaban interesados y «tenían la costumbre de volver a algunos pueblos dados una y otra vez. Esto creaba la impresión en las mentes de mucha gente de que los alemanes estaban en la zona para quedarse y aquello les hacía tener menos miedo de los partisanos» (T. Anderson, 1999, pp. 599 y 615). Esto puede perseguirse hasta unos límites extremos, tal como sugiere el siguiente ejemplo de un pueblo vietnamita:

> Poco después de que los RD [agentes gubernamentales] dejaran el pueblo, una docena de vietcongs cruzaron el río en piragua, entraron en My Hué, sacaron a algunos aldeanos de la cama y les hicieron derribar una sección de la cerca [...]. Los PF [milicianos] reunieron a algunos aldeanos y la reconstruyeron. Una semana más tarde, los VC reunieron a algunos aldeanos y la derribaron. Los PF la reconstruyeron. Los americanos pensaron que la lucha por la cerca, que tan poco valor táctico tenía, era estúpida. Trao, quien se oponía a la construcción original de la cerca, reconoció el absurdo de la lucha aunque insistió en que los PF no podían permitirse el lujo de perder, pues el Vietcong había decidido hacer de ello un problema. Los PF tenían que contraatacar (West, 1985, p. 206).

En resumen, la estrategia de manipular las esperanzas para dar forma a la colaboración y cambiar así el control en las áreas en liza es probable que sea indeterminada. Aquello deja violencia. Hay buenas razones para pensar que la contestación enciende un sobrepujamiento de la violencia, pues los rivales tratan de retocar un tanto el «balance del miedo» (Elliott, 2003, p. 945) en su favor. Tal como señaló un teórico de la contrainsurgencia: «Cuando dos fuerzas están contendiendo por la lealtad y el control sobre la población civil, la parte que se vale de las represalias violentas de forma más agresiva dominará a la mayoría de la población, aun cuando sus simpatías puedan estar en la otra dirección» (Lindsay, 1962, p. 268). Un participante griego en la guerra de guerrillas macedonia a principios del siglo XX señalaba, en un documento interno, que «era mediante la persuasión de la pistola» y el derramamiento de sangre como una aldea «se volvía griega o búlgara»; de forma semejante, a un jefe de la guerrilla griega se le aconsejó que, a menos que incendiara seis casas en la aldea de Strempeno, los campesinos volverían al bando búlgaro (en Livanios, 1999, pp. 204 y 216). «Para ser creíbles», asiente un oficial francés que servía en Argelia (Aussaresses, 2001, p. 109), «los [franceses] tenían que ser más aterradores que los [insurgentes]». Un oficial ameri-

[28] «Report of the Third Secretary of the Embassy from His Visit in Levidi, on May 26, 1947, 36 Hours after It was Attacked», PRO, FO 371/67006/R8651.

cano que combatió contra la insurgencia filipina de 1899-1902, anotaba que era esencial «inspirar a los rebeldes asiáticos, de forma individual y colectiva, con un miedo mayor del Gobierno reinante que el que tenían a los rebeldes». Otro oficial se hizo eco de la idea señalando que «es necesario hacer que el estado de guerra y de ley marcial que existe sea tan poco conveniente y tan difícil de aprovechar para la gente que ellos desearán seriamente el restablecimiento de la paz y del Gobierno civil y trabajarán por ello y por proyectar la carga de la guerra sobre el elemento desleal» (en Linn, 1989, pp. 53-54 y 153). Los británicos en Malasia señalaban que deberían ser reconocidos como «más fuertes que los bandidos [es decir, que los rebeldes] e [inspirar] más miedo que ellos» (Stubbs, 1989, p. 75). Un oficial americano en Iraq, «haciéndose eco de los comentarios privados de muchos oficiales americanos», dijo que los iraquíes parecían entender sólo la fuerza. «Quienquiera que despliegue la mayor fuerza y la mayor autoridad es al que ellos van a obedecer. Ellos podrían estar amargados, pero obedecerían» (en Filkins, 2005, p. 66).

Bajo estas condiciones, la neutralidad (incluso la neutralidad perceptible) no parece garantizar la supervivencia; hasta puede socavarla. En Mozambique, tanto los soldados Frelimo como los RENAMO trataron como seguidores del otro bando a aquellos que no se reasentarían en las zonas que estaban de un modo seguro bajo su control y los convirtieron en objetivos que capturar o matar (Lubkemann, 2005, p. 497). Muchos afganos «neutrales» fueron asesinados por los muyahidines en el Valle de Nazian, al sur de Jallalabad, en la segunda mitad de los años ochenta del siglo XX, porque el hecho de que sus aldeas no fueran bombardeadas por el Gobierno fue considerado prueba suficiente de que estaban colaborando con el Gobierno (Giustozzi, 2000, p. 126)[29].

De ahí la paradoja: por un lado, la gente parece que, a veces, logra sortear la violencia, o bien mediante la falta de decisión, o bien mediante la colaboración con ambos bandos, pero, por otro, las descripciones de la vida en las áreas en liza suenan horribles y hay claros incentivos para que los actores políticos usen la violencia. Para resolver esta contradicción aparente, es necesario distinguir entre las áreas dominadas pero no controladas por completo, por un actor (zonas 2 y 4), de las áreas «compartidas» por igual por ambos actores (zona 3). La hipótesis 4 predice la violencia por parte del actor más fuerte en la anterior. La falta de decisión y el doble juego deberían castigarse en las zonas 2 y 4 pero no en la zona 3, donde la hipótesis 5 predice que no habrá violencia.

[29] Véase también Hedman (2000, p. 131), Senaratne (1997, p. 143), Tone (1994, p. 134), Cooper (1979, p. 51), Race (173, p. 187) y Leites y Wolf (1970, pp. 128-129).

Violencia bajo un control dominante (zonas 2 y 4)

La teoría predice que la defección simultánea tiene lugar en el centro mismo del área en liza, es decir, en la zona 3. En cambio, las fronteras exteriores del área en liza, las zonas 2 y 4, deberían ser lugares en los que la falta de decisión y el no comprometerse con ninguna de las partes se castigasen con severidad como actos de defección. No obstante, resulta difícil encontrar una evidencia que diferencie con claridad entre las zonas 2 y 4, por un lado, y la zona 3, por el otro. De ahí que la evidencia sea tentativa e indirecta. Por ejemplo, en la Unión Soviética ocupada por los alemanes, donde, «a principios de 1942, a los numerosos elementos que habían tratado de evitar tomar una elección sencillamente manteniéndose en sus trece, se les fue forzando de forma gradual a tomar partido [...], la neutralidad era un lujo que la ocupación no permitía, *al menos no en aquellas áreas en las que tenían lugar actividades partisanas y antipartisanas*. Más pronto o más tarde, todos estaban expuestos al impacto de fuerzas externas y tenían que definirse por un bando o por el otro» (Dallin *et al.*, 1964, pp. 322-324; las cursivas son mías). La observación de que la falta de decisión se encuentra en relación inversa a la intensidad de la guerra (Herrington, 1997, p. 24; Cabarrús, 1983, p. 185) también apunta a cambios de control como la «fuerza» que hay detrás del compromiso forzado.

La falta de decisión es un esfuerzo arriesgado, particularmente durante los cambios en el control que requieren microestrategias extremadamente sutiles según las cuales, tal como señaló un campesino vietnamita, «si uno es demasiado inteligente, no sobrevivirá; si es demasiado tonto, no sobrevivirá; la única forma de sobrevivir es saber cuándo parecer inteligente y cuándo parecer tonto» (Race, 1973, p. xii). Hay muchas descripciones de la escasa posibilidad de neutralidad. En Misuri, «cuanto más profunda y más larga era la guerra, tanto más se socavaba el terreno medio de la neutralidad». Un hombre escribió en una carta que «los tiempos se están haciendo más radicales en los estados de la frontera. La cuestión aquí es, o bien "la Unión, bien o mal", o bien la simpatía con la rebelión. Y a los hombres se les está forzando a que enseñen sus cartas» (Fellman, 1989, p. 52). En la isla filipina de Leyte, «con la excepción de aquellos que eran lo bastante hábiles como para ser neutrales, las familias, de hecho áreas enteras fueron denominadas como, o bien projaponesas, o bien antijaponesas» (Lear, 1961, pp. 27-28). En Kenia, la falta de decisión era «con frecuencia en vano» (Barnett y Njama, 1966, p. 135). El doble juego puede convertirse en una «doble vida cada vez más peligrosa y dura, cada vez más llena de miedo, ansiedad, sospecha, hambre y brutalidad» (Barnett y Njama, 1966, p. 135). Un jefe que llevaba a cabo un doble juego en Mozambique se vio obligado a parar, dijo un hombre del Frelimo, por-

que «tenía miedo. Había dos aspectos: se estaba preguntando que, en caso de que lo descubriesen aquí, [es decir, en un área del Frelimo], si lo íbamos a matar nosotros y, por otro lado, estaba pensando que, si la RENAMO descubría sus contactos con el Frelimo, también nos matarían a nosotros» (en Geffray, 1990, p. 74). En Bangladesh, «algunos compañeros prudentes guardaban dos conjuntos de banderas –Pakistán y Bangla Desh– que izar en lo alto de sus tejados para adaptarse a la ocasión. Pero no era una mera cuestión de izar una bandera o la otra. Ellos sufrían mucho si se los encontraba en el bando equivocado» (Salik, 1978, p. 101). Los comunistas chinos castigaron duramente la «compra de la seguridad» (Chang, 1992).

En zonas en liza, la neutralidad es socavada por varios mecanismos sociales y es activa –y creíblemente– desalentada por el actor político más fuerte[30]. Estos factores dan cuenta de lo que podemos llamar la paradoja de la polarización: aun sean pocas las personas que se comprometan activamente y la mayoría de la gente prefiera quedarse fuera del conflicto, en estas áreas casi todos acaban teniendo que tomar partido.

En primer lugar, algunos mecanismos sociales funcionan contra aquellos que evitan decidirse. Los indecisos pueden ser condenados al ostracismo y presionados para que tomen partido por sus iguales. Åkerström (1991, pp. 57-58) señala que la neutralidad, el fracaso a la hora de unirse a una cruzada y el deseo de declarar el conflicto como irrelevante se ve a menudo como una traición por los propios iguales. «No se puede soslayar el compromiso», me dijo un informante (I-22); «te fuerzan a tomar partido lo quieras o no. No puedes quedarte neutral, dado que todos pertenecen a algún sitio, ¿Cómo puedes decir que tú eres neutral?» Más aún, aquellos que ya están comprometidos sienten envidia y resentimiento hacia los que no se comprometen, que, según creen ellos, se quedan fuera de la lucha sólo por conveniencia y oportunismo, dejando que otros sufran y peleen[31]. «Como pasa con

[30] El actor más débil (los insurgentes en la zona 2 y los detentadores del poder en la zona 4) tiene un incentivo para animar a la falta de decisión como su segunda mejor opción (Kedward, 1993, p. 85; Hartford, 1989, pp. 118-119; McColl, 1969, p. 624; Barton, 1953, p. 141). Sin embargo, el actor más fuerte distingue, con el tiempo, la presión real de la disimulada y reacciona de acuerdo con ello.

[31] Manrique (1998, p. 204), Horton (1998, p. 234), Åkerström (1991, pp. 57-60) y Cobb (1972, p. 13). Adam Smith (1982, p. 155) hizo una puntualización semejante: «En una nación aturdida por las facciones, no cabe duda de que hay siempre unos pocos, aunque, por lo general, no sean más que unos pocos, que preservan su criterio sin que les corrompa el contagio general. Rara vez son más que un individuo solitario aquí y allá, sin influencia ninguna, excluido por su propia franqueza de la confianza de las partes y que, aunque puede que sea uno de los más sabios, será necesariamente, por esta precisa consideración, uno de los hombres más insignificantes en la sociedad. Toda esta gente cae en el desprecio y la mofa, con frecuencia hasta es detestada por los furiosos celotas de ambas partes».

los ciudadanos que sostienen opiniones moderadas», señalaba Tucídides (3.82) «aquéllos fueron destruidos por las dos partes extremas, o bien por no tomar parte en la lucha, o bien por envidia ante la posibilidad de que éstos pudieran sobrevivir». Aunque estos mecanismos sociales son constantes en las diferentes áreas, se activan en las zonas 2 y 4, en las que el control ha golpeado en una u otra dirección.

En segundo lugar, los actores políticos se sienten socavados por la falta de decisión, considerándola el equivalente a la defección. La neutralidad se ve como «colaboración con el enemigo»; la indiferencia, la vacilación, la falta de decisión y cualquier ejemplo de disconformidad son considerados como equivalentes a la hostilidad y la traición (Guha, 1999, pp. 200-203). «Estos "indecisos" son, sin duda, un severo *handicap* para aquellos que luchan contra los Mau Mau», escribe un autor colonialista (Leakey, 1954, p. 115) sobre Kenia, «pues ellos, sin duda, no hacen ni por asomo todo lo que podrían hacer para ayudar a destruir a los Mau Mau». En Misuri, «a medida que la guerra se desarrollaba, ni los guerrilleros ni los unionistas permitieron la neutralidad, viéndola como un servicio al enemigo, por mucha que fuera la sumisión con la que se ofreciera» (Fellman, 1989, p. 51). El general J. Franklin Bell, quien comandaba al ejército estadounidense en una provincia filipina durante la insurgencia de 1899-1902, afirmaba que «la neutralidad no debería tolerarse» (Francisco, 1987, pp. 17-18). En Irlanda, a medida que el conflicto escalaba «ni siquiera la neutralidad se podría seguir tolerando. Sólo habría que confiar en la gente que está "en el movimiento"; "aquellos que no estaban a favor de nosotros estaban, al mismo tiempo, en contra de nosotros» (Hart, 1999, pp. 80-81). La Operations Research Office de los Estados Unidos (Barton, 1953, p. v) señalaba que la «pasividad» civil es una «ventaja para la guerrilla» y recomendaba que «sólo la no cooperación activa [...] les haría daño a los guerrilleros de un modo serio y duradero». Como resultado, los actores políticos desaniman de forma activa respecto a la falta de decisión, siguiendo la lógica de que «aquellos que no están con nosotros están contra nosotros». Cuando un comandante del ejército en Guatemala les encargó la seguridad de su ciudad a los líderes locales, les dijo: «Esto es voluntario; la puerta está abierta para cualquiera que quiera marcharse. Pero os diré una cosa. Aquí no hay rojillos. Aquí no hay más que blancos y rojos. O estáis con nosotros o estáis con ellos. Pero, si estáis con ellos, moriréis» (en Stoll, 1993, p. 106). Un informante griego me describió de qué forma entendía él esta lógica: «Los partisanos nos dijeron: "Vosotros no estáis con nosotros; no nos apoyáis". No podéis ser neutrales. Todas las organizaciones os dirían: "No, señor. Tenéis que aclarar vuestra posición de forma que sepamos con quién estáis. Puedes ser un traidor. ¿Cómo sé yo que no darás informes sobre mí? Así que

aclarad vuestra posición y decid con quién estáis, si con nosotros o con los otros". Aquí no hay confianza que valga […]… La gente quería ser neutral, pero no lo dejarían. Uno tiene que pertenecer a algún sitio» (I, 22).

Insurgentes y detentadores del poder son igual de severos en sus zonas respectivas de control predominante. Los partisanos soviéticos en la Rusia ocupada por los alemanes «se aseguraron de que aquellos que no tomaban partido fueran conscientes del tipo de tratamiento que podían esperar como "traidores", el equivalente en tiempo de guerra a "enemigo del pueblo", cuando llegase la liberación de los territorios ocupados» (Hill, 2002, p. 51). En Argelia, los guerrilleros islamistas del GIA les hicieron la misma observación a los aldeanos de Sidi Moussa en Argelia, en abril de 1997; su líder trazó tres círculos en la arena ante los aldeanos reunidos y les dijo: «El primer círculo somos nosotros; el segundo es el *taghout* (el poder impío; es decir, los detentadores del poder); el tercero es la gente. Nosotros no vamos a aceptar el oíros "no estamos ni en un bando ni en el otro". O estáis con nosotros o contra nosotros. Tenéis 24 horas para decidir». Para convencerlos de que iba en serio, mató al instante a un aldeano que no cooperaba (Zerrouky, 1997). Incluso los partisanos franceses, por lo general moderados, hicieron una afirmación similar en 1944: «Eran especialmente proclives a ser muy críticos, no sólo con respecto a los colaboradores sino con respecto a cualquier sección de la sociedad reticente a comprometerse con la lucha» (Kedward, 1993, p. 158)[32].

La violencia selectiva contra los desertores en las zonas 2 y 4 a menudo toma como blanco a los indecisos, a veces de un modo ejemplar[33]. Mina, el líder guerrillero español antinapoleónico, hizo colgar

[32] Véase también J. L. Anderson (2004, pp. 139-140), Dupuy (1997, p. 128), Faivre (1994, p. 187), Hamoumou (1993, p. 168), Stoll (1993, p. 120) y Barnett y Njama (1966, p. 141).

[33] Los actores políticos pueden inducir también al compromiso «implicando» a la gente y exponiéndola al castigo ejercido por su rival, forzándola, de ese modo, a buscar el ser protegida por ellos. Los franceses en Argelia avergonzarían públicamente a los notables de las localidades argelinas para exponerlos a los cargos de defección; a estos notables, sabiendo que entonces se convertirían en blanco de los rebeldes del FLN por colaborar con los franceses, se les obligó a colaborar con ellos para ser protegidos (Faivre, 1994, p. 123; Hamoumou, 1993). Un general estadounidense percibió que en Filipinas la única «evidencia aceptable y convincente de los sentimientos reales tanto de los individuos como de los consejos ciudadanos habrían de ser los actos realizados públicamente pues éstos les comprometían de forma irrevocable al lado de los americanos suscitando la animosidad y la oposición del elemento insurgente» (en Linn, 1989, p. 153). En Sierra Leona, la participación forzosa de los reclutas jóvenes en atrocidades contra los líderes locales se pensaba que los disuadía de volver a su aldea por miedo a la venganza (Richards, 1996, p. 5). Estos actos públicos pueden tomar una variedad de formas que van desde la denuncia pública de un conciudadano a la participación en una acción violenta. En Corea, el compromiso se inducía haciendo que la gente pusiera sus nombres en listas de miembros o en diversas demandas públicas (p. e., Yoo, 2002, p. 22). En su lógica extrema, tales actos llevan a la gente a

en cierta ocasión a tres alcaldes por no haberle avisado de la presencia de unidades enemigas (Laqueur, 1998, p. 8). Justo antes de que los hombres del IRA ejecutaran a un hombre en 1921, le dijeron: «Eres un traidor. Estás con nosotros y, al mismo tiempo estás con ellos» (en Hart, 1999, p. 15). Considérese la siguiente descripción de cómo trataron los milicianos survietnamitas a dos campesinos que habían observado cómo el Vietcong tendía una emboscada cerca de su granja, pero no habían dicho nada: «Por no querer a ninguna de las partes de la guerra, el granjero y su mujer no recibieron la simpatía o la absolución de aquellos que habían elegido una parte y que se arriesgaban a morir. Para mantener su granja, la pareja había ayudado al Vietcong a matar. Los PF [milicias] los azotaron hasta que sus gritos se tornaron sollozos y sus mentes parecían haberse dejado llevar más allá del dolor» (West, 1985, p. 170).

La gente capta el mensaje, de todas todas: «Todos entendían que no puede haber vacilaciones: estás con la revolución o estás contra ella», escribía un ruso en su diario en 1919, después de ser testigo de sucesivas olas de terror rojo y blanco «que suscitaron el miedo hasta en los que más lejos se hallaban de la política» (en Raleigh, 2002, pp. 278-279). La mayoría de la gente se encontraba en una posición en la que, tal como señaló un español, «tenías que ir con una parte o con la otra» (en Zulaika, 1988, p. 25). Frente a sanciones muy creíbles, la toma de partido puede ser racional: la neutralidad atrae la enemistad de ambas partes y no atrae la protección de ninguna de ellas[34].

pensar que «si no matabas a alguien, alguien te mataría a ti» (Hart, 1999, p. 11). Más aún, aquellos que cometen atrocidades están poderosamente vinculados a aquellos que las ordenan y a su causa puesto que sólo su éxito puede asegurar que no tendrán que responder por sus acciones. La violencia destruye la posibilidad de reconciliación con el enemigo y se vuelve un «poderoso acto de vinculación grupal y de capacitación criminal» (Grossman, 1995, pp. 210-211). Véase también Gourevitch (1998, p. 24), Del Pino (1998, pp. 185-186), Rosenberg (1991, p. 154), Horne (1987, p. 134) y R. Thompson (1966, p. 36). El líder de la misión británica en la Grecia ocupada, Eddy Myers (1955, p. 73), recordaba un incidente de este tipo: «Me enteré después de que [el líder partisano Aris Velouchiotis] había […] desnudado al responsable y había hecho que el recluta más reciente, un niño tan sólo, lo golpeara públicamente en la plaza del pueblo. Era así como él "teñía de sangre" las manos de sus nuevos partidarios».

[34] Bajo condiciones de incertidumbre y peligro extremos, marcharse se convierte en una opción sensata. Un farmacéutico argelino señalaba: «Ahora trabajar resulta imposible. Una tarde me visitaron tres personas que se presentaron como muyahidines. Uno estaba herido y quería que yo lo tratase. Pero el ejército vio a estas personas enfrente de mi casa; la habrían demolido con explosivos, me habrían matado y habrían arrojado a mi familia a la calle como a perros. Yo no formo parte de esta guerra, no estoy ni con el uno ni con el otro; por eso me marché. Porque esta guerra no es asunto mío» (en Martínez, 1994, p. 56). «Si tratas de protegerte [y huir], lo pierdes todo», le decía un mozambiqueño a Nordstrom (1997, p. 91); «si te quedas, puede que te quedes con tus posesiones, pero pierdes la vida. Esta guerra no tiene sentido». Louis Wiesner (1988, p. 109) descubrió que el movimiento de refugiados en Vietnam era una «respuesta adaptativa» de los «aldeanos que fueron cogidos entre dos fuerzas igual de implacables, cada una de las cuales exigía un compromiso to-

De acuerdo con un proverbio griego: «A la oveja solitaria o la mata un lobo o la mata un cuchillo» (Svolos, 1990, p. 60). Esto es lo que se transmite en las siguientes instantáneas proporcionadas por dos campesinos de Vietnam y Nicaragua respectivamente:

> Tengo la esperanza de que nos controle sólo un bando; me da igual el que sea. Vivir bajo el control de ambas partes es demasiado (Elliott, 2003, p. 144).

> Había dos caminos. O te ibas con ellos [con los sandinistas] o te ibas con la resistencia o te mataban (Horton, 1998, p. 184).

Dado que era típico que las descripciones de las áreas en liza fracasaran a la hora de diferenciar entre áreas de control dominante y uniforme, resulta difícil encontrar evidencias precisas sobre las predicciones de la teoría en la bibliografía descriptiva. Considérese la siguiente historia narrada por Don Moser (2000, pp. 104 y 109) sobre el pueblo de Loc Dien en Vietnam del Sur, en 1965. Este pueblo de 10.000 habitantes estaba situado cerca de la ciudad de Hue y actual-

tal y amenazaba a la gente de diferentes formas». Los campesinos de Sello de Oro, en Perú, eran sometidos a la presión de Sendero Luminoso desde las alturas y a la presión del ejército desde el valle. «Esta presión aceleró el éxodo de los aldeanos de la alta montaña; algunos se quedaron a vivir bajo el poder de Sendero Luminoso, pero otros descendieron para refugiarse en el valle» (Del Pino, 1998, p. 172). Estos movimientos de población pueden causar un proceso de «presión» geográfica que puede eliminar áreas en liza por algún tiempo y reemplazarlas con una «tierra de nadie» entre territorios controlados por completo por actores opuestos (p. e., Geffray, 1990, pp. 122-125). Sin embargo, la salida es, a menudo, una opción inexistente para mucha gente, en especial para los campesinos cuya tierra es su único medio de vida (Binford, 1996, p. 112; Ash, 1995, p. 123; M. F. Brown y Fernández, 1991, p. 127; Hunt, 1974, pp. 48-49; Lerner, 1958, p. 25). «Sólo unos miedos enormes podían dar pábulo a la huida y muchos de los que se quedaban decían tener más miedo a huir que a quedarse», escribirá Fellman (1989, p. 74) sobre Misuri. Tal como explicaba un guatemalteco: «Yo no he hecho nada malo y no tengo adónde ir. Además, ¿quién se encargará de mi familia?» (Annis, 1988, p. 87). Los estudios llevados a cabo durante la Guerra de Vietnam demuestran que la huida estaba claramente en función de los recursos, aunque la relación tenía forma de U: la gente joven, alfabetizada, pudiente, capacitada y con contactos, aunque también la que sufría más privaciones y los campesinos sin tierra tendían a moverse más pronto que los viejos, analfabetos, pobres, poco capacitados y sin contactos, además de los campesinos propietarios de tierra (Wiesner, 1988, p. 109). Más aún, la salida puede ser arriesgada puesto que los actores políticos consideran a menudo que ello es un acto de defección y, con frecuencia, infligen represalias a los miembros de la familia que quedan atrás (Maier, 1995; Wiesner, 1988, p. 101; Gage, 1984). En El Salvador, los insurgentes desalentaban a menudo a la gente respecto de marcharse de las zonas que ellos controlaban (Binford, 1996, p. 114), mientras que, en Perú, «Sendero mataba a la gente que trataba de escapar e incluso a aquellos que simplemente mencionaban la huida como una alternativa posible. Frente a una deserción cada vez mayor, Sendero Luminoso empezó a tomar represalias contra las familias de los desertores. La mayoría de los que huyeron de la base tenían lazos familiares, así que el castigo recaería sobre aquellos que quedaron atrás» (Del Pino, 1998, p. 185).

mente estaba formado por 13 aldeas. «Por debajo de la apacible superficie», nos cuenta Moser, «la lucha entre el Gobierno y el Vietcong prosigue día y noche. Por el día, la mayor parte de las aldeas le pertenecen al Gobierno. Pero la noche es otra cosa». Sin embargo, la información adicional complica la cuestión. Moser refiere que en Loc Dien no había americanos estacionados, que allí no había milicias de las Fuerzas Populares, que los líderes de la facción gubernamental dormían fuera del pueblo y que había sólo nueve soldados para proteger las 13 aldeas (su líder se quejaba de que él «no podía proteger el pueblo con nueve hombres»). La aldea más remota estaba bajo un control predominante aunque incompleto del Vietcong (zona 4); de forma coherente con la teoría, el Vietcong ejercía allí la violencia selectiva y el ejército, la violencia indiscriminada:

> Dado que la aldea próxima a la bahía está tan alejada del centro del pueblo, los VC van allá con frecuencia, incluso a la luz del día para coger pescado de los pescadores, pagándolos con dinero del VC carente de valor. Este año, el VC ha asesinado a dos hombres de la aldea. El lugar es tan inseguro que los maestros no irán allí como hacen con las otras aldeas y muchos de los niños son analfabetos. Los pescadores tienen casi tantos problemas con el Gobierno como con el Vietcong. En otros lugares del pueblo, a la gente le gustan los soldados ARVN del batallón y los invitan a sus casas [...]. Cuando ellos visitan [esta] aldea, golpean a los adolescentes, acusándolos de ser del VC y, hace dos meses, mataron a un pescador muy respetado, a partir de una mera sospecha.

Lo cierto es que las evidencias de las que se dispone sugieren con claridad que las áreas (indiferenciadas) en liza son lugares de considerable violencia. En Carolina del Sur, durante la Revolución americana, «ambas partes fueron culpables de atrocidades, especialmente en 1781, cuando ninguna de ellas era capaz de dominar las zonas rurales» (Weir, 1985, p. 74). La investigación de Dallin, junto con otros autores (1964, p. 330), sobre la Unión Soviética durante la ocupación alemana llega a una conclusión semejante: «Aunque la vida tanto bajo el dominio alemán como bajo el dominio partisano era bastante desagradable, generalmente resultaba segura; vivir en la zona que estaba entre la luz y la sombra exponía al que allí residía a requisiciones, tanto por parte de los alemanes como por parte de los partisanos, y a represalias de cada una de las partes (o de ambas) por colaborar con la otra; ni siquiera el negarse a trabajar con uno hacía que se estuviera libre de castigo por parte de la otra parte [...]. El resultado neto era que la población civil en estas áreas de frontera, era, con mucho, la más desgraciada, quedando cogida, a veces de forma literal, entre dos fuegos».

Donde su control es dominante pero no completo, los detentadores del poder son los responsables de buena parte de la violencia. En la China ocupada, las más altas tasas de muertes causadas por los japoneses se encontraron en las áreas inmediatamente adyacentes a las ciudades de provincia controladas por los japoneses más que en el interior de las ciudades o en las zonas rurales remotas; en las secuelas del ataque japonés a una ciudad de la provincia de Qingfeng, a principios de 1938, los aldeanos dijeron haber visto cada vez más montículos con gente enterrada, empezando a una distancia de unos cinco *li**. El número aumentaba a medida que se acercaban a la ciudad, donde los japoneses habían ocasionado los mayores daños. Este patrón resulta coherente con la hipótesis 4. El ejército comunista del cuarto brazo, muy alejado de estas ciudades rurales, disfrutaba, en comparación, de un alto nivel de seguridad (Thaxton, 1997, p. 208). De igual modo, la mayoría de la destrucción japonesa en las áreas del sur de China estudiadas por Helen Siu (1989, pp. 97-98) se sufrió en los pueblos periurbanos, aquellos que estaban localizados en torno a las ciudades[35]. En la isla filipina de Leyte ocupada por los japoneses se da cuenta de un patrón similar (Lear, 1961, p. 214). En Guatemala, la violencia selectiva a menudo tomó la forma de secuestros por parte del ejército; éstos ocurrían a menudo, según cuenta Warren (1998, p. 92), en aldeas aisladas en las que los guerrilleros no tenían una presencia permanente, aunque pasaran por ellas cuando se movían desde las regiones de costa al sur del lago Atitlán hacia las áreas más activas al norte del lago cercano a Chichicastenango. En Colombia, había una violencia limitada dentro de la denominada zona desmilitarizada controlada por los rebeldes; la violencia de signo derechista contra los supuestos colaboradores tenía lugar «justo fuera de la zona» que los rebeldes no controlaban pero en la que se aventuraban (Forero, 2002, p. A9). Después de que el ejército colombiano impusiera un leve control sobre un bastión de la guerrilla, en enero de 2004, llevó a cabo barridas de arrestos de civiles acusados de ser colaboradores de la guerrilla (S. Wilson, 2004, p. A14)[36]. De igual modo, se cuenta que, tan pronto como los paramilitares ganaron el control de la ciudad de Tame, en el mismo país, se embarcaron en un proceso de «limpieza selectiva»: «Se ocuparon de eliminar a aquellos que habían colaborado con los guerrilleros durante su dominio»; los insurgentes, habiéndose retirado a zonas alejadas, respondieron con la misma moneda para mantener su dominio. «Asesinatos, matanzas en represalia y contrarrepresalias se han puesto a la orden del día» (Fichtl, 2003).

El mismo patrón, sólo que invertido (es decir, altos niveles de violencia insurgente), se observa allá donde los insurgentes son los dominantes, pero los detentadores del poder tienen aún acceso a la población.

La ciudad iraquí de Haditha ofrece una impactante ilustración de esto. Un asentamiento agrícola de 90.000 personas junto al río Éufrates entró en la zona 4 en 2005. Omer Mahdi y Rory Carroll (2005, p. 1) refieren que los rebeldes islamistas «se convirtieron en la única autoridad, encargándose de la seguridad, de la administración y de las comunicaciones de la ciudad. A tres horas en coche desde Bagdad, en dirección norte, en las mismas narices de una base americana, se trata de un Estado de tipo talibán, en miniatura. Son los insurgentes quienes deciden quién vive y quién muere, qué salarios hay que pagar, qué es lo que la gente ha de vestir, qué ven y qué escuchan». En Haditha, no hay combates porque «no hay nadie que desafíe a los islamistas. La estación de policía y las oficinas municipales se destruyeron el año pasado y los marines de los Estados Unidos hacen sólo visitas fugaces cada pocos meses». Estas visitas consisten en ataques para «hacer salir a los rebeldes». De acuerdo con los residentes, los insurgentes se van unos cuantos días y vuelven cuando los americanos se marchan. Hay una gran violencia selectiva insurgente, pues los rebeldes llevan a cabo ejecuciones en el puente de Haqlania, la entrada a Haditha. A menudo aparece una pequeña multitud para verlas aun cuando los asesinatos son filmados y están disponibles en DVD en el mercado esa misma tarde. «Con tantos supuestos agentes americanos como mueren allí, el puente de Haqlania ha sido rebautizado como el puente *[bridge]* de los Agentes. Luego un bromista local lo tituló el frigorífico *[fridge]* de los Agentes, evocando un depósito de cadáveres, y ese nombre es el que ha quedado».

La hipótesis 4 se ve respaldada por un buen número de evidencias anecdóticas. El diseño de Race (1973, p. 114) del patrón de los asesinatos que tuvo lugar en la provincia de Long An durante el periodo de 1959-1960 parece coherente con la hipótesis y muchos de los asesinatos del Vietcong descritos por Mallin (1966) parecen haber tenido lugar en la zona 4, donde el Vietcong tenía una presencia más o menos permanente. Harvey Meyerson (1970, pp. 93-94) describe un pueblo del delta del Mekong en el que el Vietcong tomó suficiente poder como para administrar inyecciones contra el cólera a la gente, al tiempo que hacía saltar por los aires la casa de un sospechoso de informar al Gobierno, matando a su mujer y a sus dos hijos. En su comparación de dos áreas en Perú, una en la que los rebeldes de Sendero Luminoso ejercían un control total (el valle de Canipaco) y otra que era «vi-

* Cinco *li* serían aproximadamente dos kilómetros y medio. *[N. del T.]*

35 Después de unas cuantas masacres, las tropas japonesas redujeron a cenizas los pueblos que rodeaban las ciudades para crear una zona de seguridad entre ellos y las áreas rurales. Tales zonas fueron conocidas como «las tres zonas desnudas» (Siu, 1989, pp. 97-98).

36 No sabemos si estos arrestos fueron efectivos; Scott Wilson (2004, p. 14A) informa de que los aldeanos eran escépticos sobre la intención del ejército de quedarse y, a resultas de ello, continuaban «teniendo en cuenta las normas y los avisos de la guerrilla».

sitada con regularidad» por una columna de Sendero Luminoso pero en la que éste no permanecía (Jarpa), Nelson Manrique (1998, p. 204) descubrió que había más coerción insurgente en la última. Elisabeth Wood (2003, pp. 155-156) informa de que, en un área de El Salvador en la que ella dirigía la investigación, los insurgentes (a los que la población tenía que tratar como a la «autoridad gobernante a nivel local») podían localizar y asesinar a los sospechosos de ser informadores, mientras que el ejército mataría a la gente de forma indiscriminada durante sus ataques. Anderson (2004, p. 194) ofrece evidencias semejantes desde El Salvador. Este autor refiere que, allá donde los insurgentes tenían el control total (*zonas de control* en El Salvador), la justicia se administraba de un modo no arbitrario y limitado. En contraste, «hay menos juego limpio en lugares tales como la zona de expansión, donde los *compas* [guerrilleros] se sienten menos seguros. Allí resultan válidas medidas más coercitivas». El FLMN rebelde podía ser «extremadamente cruel», añade él de forma enfática (2004, p. 136), «allá donde su hegemonía política se veía amenazada». El mismo patrón de violencia selectiva insurgente en áreas de control rebelde predominante pero incompleto se registra también en Birmania (Anderson, 2004) y Nepal (Sengupta, 2005c, p. 67).

Una evidencia adicional se puede encontrar en descripciones de la erosión del control (p. e., los movimientos desde las zonas 5 a 4 y de 1 a 2). Esta evidencia sugiere que la violencia es particularmente probable durante esa erosión. Éste fue el caso durante la guerra civil argelina (Kalyvas, 1999) y durante la guerra civil finlandesa: inmediatamente después de que tomara el poder la izquierda en la ciudad de Huittinen, ésta asesinó a cinco personas (cuando los blancos entraron, mataron a otras 37) (Alapuro, 1998). En Malasia, los insurgentes «empezaron a recurrir a la violencia, a la extorsión y a las tácticas terroristas de forma creciente» cuando el programa de reasentamiento británico empezó a demostrarse como exitoso (Stubbs, 1989, pp. 123-124; Clutterbuck, 1966, p. 63). En Venezuela, casi no hubo terror guerrillero contra el campesinado ni en 1962 ni en 1963, pero, cuando el Gobierno comenzó a echar a los guerrilleros de sus bastiones rurales, en 1964 y 1965, los insurgentes empezaron a matar a campesinos (Wickham y Crowley, 1990, p. 229). El terror del Vietcong parece haberse incrementado durante los últimos años de la guerra cuando la organización del Vietcong había sido diezmada (Blaufarb y Tanham, 1989, p. 9; Berman, 1974, p. 50): cuando el Vietcong tuvo que reafirmar su autoridad, entonces desafiada, en una situación en la que ellos mismos eran más vulnerables, sus sanciones se volvieron «rápidas y terribles» (Elliott, 2003, p. 949). Ponciano del Pino (1998, p. 172) muestra cómo Sendero Luminoso en Perú cambió hacia tácticas más coercitivas a partir de 1984, cuando la contestación reemplazó al control total. En las Filipinas, cuando la contrainsurgencia se hizo más efectiva, la gente fue más reticente a ayudar a los rebeldes, que se volvieron más violentos y cometieron más «errores contra la gente»: «Los huks estaban ejerciendo su coerción sobre los propios individuos que se suponía que protegían, y ofendían a aquellos cuyo apoyo necesitaban» (Kerkvliet, 1977, p. 137). Idéntico fue el caso posterior con el NPA: cuando la guerra se deterioró, se hizo más violenta (Berlow, 1998, p. 179). En Colombia, «las acusaciones de colaboración civil por parte de grupos armados opuestos estallarán cuando haya dos grupos o más en contacto en un área dada o cuando la tierra cambie de manos de un bando a otro»; la llegada de un «nuevo régimen» traerá consigo «el potencial para purgas violentas» (Fichtl, 2004, p. 2). De acuerdo con Fichtl (2004, p. 4), «la violencia explotará verdaderamente cuando se desafíe la autoridad de uno de estos regímenes por la llegada de otro dominador potencial». Las masacres de civiles que tuvieron lugar durante la guerra civil argelina, sobre todo en 1997, no parecen apoyar la hipótesis 4 en tanto en cuanto la evidencia sugiere que se trataba de masacres selectivas llevadas a cabo por los rebeldes islamistas en áreas en las que éstos acababan de perder el control; es decir, en la zona 2 (Kalyvas, 1997). Estas masacres apoyarían la hipótesis 4 si hubieran sido, o bien indiscriminadas, o bien si hubieran estado perpetradas por los detentadores del poder.

Una evaluación indirecta de la hipótesis 4 la ofrecen los patrones de violencia en guerras civiles «simétricas». Resulta posible pensar en áreas adyacentes a las líneas de frente en estas guerras como unos ámbitos que se aproximan a las zonas 2 y 4; esto es donde el control es más fluido y la defección queda como una posibilidad. La evidencia procedente de estas guerras sugiere que la violencia tiende a estar concentrada en tales áreas. Durante la guerra civil rusa, «cuanto más cercana estaba el área rebelde a las fuerzas de los blancos, nada más atravesar la línea de frente, más brutal era la supresión del frente interno»; de hecho, el Terror Rojo se asociaba a desafíos al dominio bolchevique. En Odessa, la parte del león de las ejecuciones tuvo lugar en las semanas anteriores a la marcha de los bolcheviques con 1.800 víctimas ejecutadas en Kiev en aquellas últimas semanas (Brovkin, 1994, pp. 82, 122 y 125); las ejecuciones aumentaron cuando el enemigo se acercaba (Werth, 1998, pp. 123-124). De forma semejante, la proximidad de la línea del frente parece ser un medio decisivo para predecir la violencia en la región de Aragón durante la guerra civil española (Ledesma, 2001, p. 265), mientras que las mayores masacres contra la población italiana en la Toscana tuvieron lugar en zonas que estaban inmediatamente por detrás de la línea del frente y durante la retirada del ejército alemán (Battini y Pezzino, 1997, p. xx; Klinkhammer, 1997, pp. 19-20). Patrones similares han sido observa-

dos en Finlandia (Upton, 1980, p. 292), Korea (Yoo, 2002, p. 20), Colombia (Forero, 2002, p. A9) y Afganistán (Waldman, 2002b, p. A9).

Otro indicador indirecto es el patrón acumulativo que parece seguir la violencia en muchas guerras civiles. Durante la rebelión palestina antibritánica, la violencia fue más pronunciada en lo que los británicos denominaban el «Triángulo del Miedo» o el «Triángulo del Terror» en el distrito Jinin-Nablus-Tulkarm (Swedenburg, 1995, p. xxxii). De un «Triángulo de la Muerte» semejante se daba cuenta en Somalia (Besteman, 1996, p. 582), en Argelia (Kalyvas, 1999) e Iraq. Lo cierto es que el triángulo en Argelia fue una zona en disputa, pero no sabemos si los «Triángulos» fueron en otras partes zonas en disputa, aunque las descripciones de las que se dispone sugieren que sí que lo fueron.

Finalmente, hay algunas evidencias respecto a que, a medida que un área pasa a las zonas 2 o 4, aumentan las denuncias. Después de que las tropas estadounidenses tomaran el control de la ciudad de Faluya en Iraq, informaron de que muchos residentes empezaban a cooperar y a revelar las ubicaciones de escondrijos de armas y de sospechosos (Spinner, 2005, p. A15). En la Rusia central y la Bielorrusia ocupadas, los alemanes reconquistaron varias veces a los partisanos el territorio soviético ocupado (Terry, 2005, pp. 20-21). En esta área, la Wehrmacht fue capaz de pacificar de nuevo el territorio ganado, mediante la instalación de guarniciones y el restablecimiento de la policía y la administración colaboracionista. Los alemanes podían hacerlo porque el Centro de Grupos del Ejército disponía de fuerzas de seguridad significativamente mejores que aquellas de las que se solía disponer en otras áreas ocupadas. «La vuelta de las fuerzas alemanas», señala Nicholas Terry, «fue acompañada por el nuevo nombramiento de alcaldes, pero también, a menudo, por una ola de renovadas denuncias y arrestos por parte de la policía». Considérese también la descripción de Bruce Calder (1984, p. 167) de la insurgencia dominicana: «Así que los marines [estadounidenses] decidieron dirigirse hacia áreas dominadas por la guerrilla e identificaron a estos insurgentes a tiempo parcial. Las autoridades militares pensaban que la identificación era posible porque habían desarrollado un amplio grupo de informadores, incluido un gran número de ex guerrilleros, y un nuevo proceso de blindaje de datos que protegía la identidad de aquellos que daban la información contra sus vecinos».

Violencia bajo paridad (zona 3)

De acuerdo con la teoría, en la zona 3, la información no debería fluir hacia los actores y, por ello, no debería tener lugar ninguna violencia selectiva (hipótesis 5); a su vez, aunque la defección hacia ambos bandos sea masiva, la gente no denunciará y los comités locales vetarán la violencia.

Las evidencias anecdóticas apoyan la hipótesis 5. La más irresistible procede del disputado pueblo vietnamita de Binh Nghia, donde, en 1965-1967, un destacamento de los marines y una milicia local survietnamita dominaban de día mientras que el Vietcong lo hacía durante la noche. Ambas partes podían recaudar impuestos: «El jefe en funciones de nuestro pueblo, el señor Trao», recuerda F. J. West (1985, p. 254), «dice que su homólogo tiene una lista de quién debería pagar y cuánto». Aunque el Vietcong local no se atrevía a visitar sus casas en el pueblo de seguido, un antiguo marine que sirvió allí (West, 1985, pp. 5 y 219-220) recordará que

> sus familias eran inmunes a la violencia. Los parientes y los niños de ambas partes eran igual de vulnerables a las represalias, de forma que nadie se atrevía a meterse con la familia de otro para evitar que su familia sufriera 10 veces más [...]. Los PF [milicianos] y el Vietcong tenían ciertas reglas para su guerra, acuerdos que se mantenían porque, y sólo porque, eran ventajosos para los dos. Lo que a menudo se ha denominado acomodación con frecuencia no ha sido otra cosa que un equilibrio precario del poder, percibido como tal por ambas partes. Disuasión es una palabra mejor que adaptación para describir una situación en la que cada parte es reacia a aceptar ciertos actos mientras que la otra retiene la capacidad para tomarse represalias pagando con la misma moneda [...]. El último paso en la escala –el asesinato o la matanza de familias de PF– era improbable en Binh Nghia porque las familias VC actuaban como rehenes. Suong [el líder de la milicia] había declarado que asesinaría a 10 de sus niños por cada miembro de una familia PF asesinado. La vulnerabilidad a la represalia ponía límites a las acciones que, o bien los PF, o bien el Vietcong estaban dispuestos a llevar a cabo en la lucha por Binh Nghia.

A resultas de ello, los civiles no se convirtieron en víctimas en Binh Nghia, al menos, en tanto en cuanto los marines continuaron en el pueblo: «Por lo general, los que morían eran los participantes de ambas partes no los aldeanos», concluía West (1985, p. 187)[37]. El «fenómeno de acomodación extraoficial» entre el VC y los oficiales gubernamentales «era algo que yo encontraría repetidamente cuando es-

[37] También de forma coherente con la hipótesis 5, un oficial de la CIA que sirvió en Vietnam le dijo a Moyar (1997, p. 68) que «muchos informantes eran también prudentes a la hora de dar información que fuera a afectar a la gente que formaba parte de la estructura de su pueblo. Como resultado de ello, los cuadros del [Vietcong] sobre los que habíamos obtenido información eran casi siempre tipos de fuera del pueblo que venían a este pueblo».

tuve indagando en las realidades de la guerra en Hay Nghia», afirma Herrington (1997, pp. 21-22) sobre otra parte de Vietnam. Ellsberg (2003, p. 127) describe el mismo fenómeno mientras percibe la ausencia de denuncias: «Había muchos días en los que el GVN tenía muy buen acceso a la gente pero prácticamente ninguna noche. El VC tenía un buen acceso algunos días, allá donde no había tropas del GVN y casi todas las noches. En efecto, el GVN "gobernaba" por el día y el VC, por la noche. Esto quiere decir que el VC podía recaudar impuestos con regularidad, dirigir el reclutamiento, llevar a cabo sesiones de adoctrinamiento y hasta dormir allí muchas noches. En razón de necesidades prácticas, vivían allí; los otros no informarían sobre ellos, ni siquiera a los oficiales del Gobierno que los visitaban por el día con un cuerpo de guardia».

Una lógica semejante parece haberse dado en el pueblo de San Ricardo en Filipinas, durante la rebelión huk. Este pueblo, tal como señala Kerkvliet (1977, pp. 163-164), no estaba en un «área liberada». En el clímax de la revuelta, entre 1946 y 1950, las amenazas, las contraamenazas, los miedos y las aprensiones llevaron con frecuencia a acuerdos tácitos entre las dos facciones que disuadían a sus respectivos grupos armados de luchar por las cosechas. Nordstrom (1997, p. 56) informa de que en Mozambique, donde la gente era capaz de colaborar con ambas partes, las víctimas mortales y el desorden fueron reducidos a lo mínimo. La ciudad de San Jacinto, en Colombia, parece haberse encontrado en una zona semejante. Pasó por sucesivos cambios de control, desde los izquierdistas de las FARC a los derechistas del AUC y pareció estabilizarse entre los dos en el invierno de 2002. Scott Wilson (2003) refiere que el alcalde de esta ciudad vetó con éxito la decisión de los derechistas de masacrar a los supuestos izquierdistas. Las descripciones de una ciudad iraquí en la que había un equilibrio de fuerzas entre las autoridades estatales y los insurgentes durante el verano de 2004 coincidieron con informes de bajos niveles de violencia (Huseen y Pelhman, 2004, p. 7)[38].

En el lado negativo, Jay Mallin (1966, p. 56) refiere un patrón de asesinatos y secuestros del Vietcong en las aldeas del área de My Tho, donde «los Vietcong, por lo general, no están mucho más allá del bosquecillo más próximo, que está apenas cruzas la carretera». Él no

[38] Stubbs (1989, pp. 105-106) habla de un área similar en Malasia: «Aun dentro de los nuevos asentamientos, la gente tenía que tener mucho cuidado. Por otro lado, había muchos simpatizantes de los comunistas dispuestos a dar cuentas de ellos al Min Yuen local o al MRLA por cooperación con la policía, mientras que, por el otro lado, el Brazo Espacial había tomado ventaja del proceso de reasentamiento para instalar a sus propios informadores que podían dar cuenta de aquellos que estaban ayudando a los comunistas. No resultaba extraño que tantos recién llegados a los centros de reasentamiento siguieran sintiéndose inseguros». Por desgracia, no ofrece información sobre la violencia.

ofrece más detalles, pero esto podría ser un ejemplo de violencia en un área del tipo de la zona 3 y tal violencia contradiría la hipótesis 5.

La violencia indirecta por el mecanismo que subyace a la ausencia de violencia en la zona 3 puede encontrarse en la habilidad de los comités locales para vetar el uso de la violencia por parte de sus superiores armados. Dado que los actores políticos dependen de la colaboración local, suelen seguir las recomendaciones del comité. Elliott (2003, p. 338) cita el siguiente informe sobre la relación entre el Vietcong y sus agentes aldeanos locales:

> Si había preguntas sobre los problemas en el pueblo o si los cuadros del distrito cuestionaban el informe de la junta del Partido del pueblo mencionando lo que los aldeanos les habían dicho, el secretario de la junta del Partido del pueblo diría: «Camarada, tú no confías en la junta de nuestro partido. Si no confías en nosotros, puedes disolver esta junta del Partido y organizar otra». Los cuadros del distrito no dirían nada porque la junta del Partido del pueblo al completo era unánime sobre el informe del secretario de la junta del Partido, de forma que se limitaban a volver al distrito e informaban a nivel provincial de lo que les habían dicho los cuadros del pueblo.

La capacidad de los comités locales para vetar a veces el uso de la violencia por parte de los actores locales queda confirmada por algunas evidencias adicionales. En Kenia, muchos consejos locales Mau Mau querían evitar las medidas represivas de las fuerzas de seguridad, tales como «las multas colectivas, la confiscación de ganado, las brutales formas de interrogatorio, el arresto y el internamiento en campos de concentración»; como resultado de ello, «trataban de mantener alguna medida de control sobre los grupos combatientes. Esto fue particularmente cierto en Kiambu, donde el consejo de distrito de mayores prohibió el asesinato de lealistas o de traidores sin el consentimiento del consejo y, durante algún tiempo, retuvo su control sobre las unidades guerrilleras» (Barnett y Njama, 1966, p. 155). El alcalde de la ciudad de San Jacinto en Colombia rechazó la petición de dos líderes paramilitares de derechas que se dirigieron a él con una lista de posibles víctimas, que incluían a tres miembros del consejo ciudadano y una petición para que permitiera una masacre a gran escala el día de Nochebuena; a resultas de ello, la masacre fue evitada (S. Wilson, 2003). Un delegado de distrito Vietcong ofreció la siguiente valoración de los 30 asesinatos que habían tenido lugar en este pueblo entre 1960 y 1963: «Todas las sentencias de muerte fueron propuestas por el pueblo. Las decisiones últimas sobre ellas fueron tomadas por el distrito, pero el distrito nunca ha rechazado propuestas de ese tipo hechas por el pueblo porque las autoridades del distrito no sabían nada.

Tenían que confiar en el juicio del pueblo. *Si el pueblo quería que las víctimas murieran, morirían o, si quería que vivieran, vivirían.* Además, el distrito también quería proteger el prestigio de las autoridades del pueblo porque éstas estaban más cerca de la escena» (en Elliott, 2003, pp. 338-339; las cursivas son mías). La presión desde abajo puede hacer que los actores políticos que carecen de la habilidad para romper las tablas mediante recursos adicionales detengan, dado el caso, las denuncias insistentes (West, 1985, p. 146).

De la hipótesis 5, pueden derivarse dos implicaciones comprobables, aunque la verdadera comprobación de ambas sería difícil. En primer lugar, los denunciantes en las zonas 2 y 4 habrían de ser más jóvenes que en aquéllos de las zonas 1 y 5 porque la gente joven tiende a ser menos enemiga del riesgo y denunciar en las zonas 2 y 4 es más arriesgado. Desgraciadamente, dado que se dispone de tan pocos datos sistemáticos sobre las identidades de los denunciantes individuales, esta implicación sería difícil de evaluar. En segundo lugar, la ausencia de denuncias no debería estar relacionada con las características personales de los denunciantes y agentes locales. Resulta muy común para la gente racionalizar la violencia y las denuncias como fenómenos que ocurren por culpa de las acciones de las «malas gentes». Por ejemplo, en la gran mayoría de las entrevistas que llevé a cabo en Grecia, mis informantes explicaban el comportamiento cambiante de los agentes locales en términos de características personales: agentes «buenos, decentes, cívicos» impidieron las falsas denuncias, mientras que los «malos» agentes se valieron de su posición para ajustar cuentas o trapichear. De igual modo, en Perú, un estudiante universitario afirmaba que cuadros irresponsables de Sendero eran la causa de buena parte del conflicto y la violencia en sus zonas y añadían: «Pienso que depende de la zona; en otras, había buenos elementos» (en Degregori, 1998, pp. 154-155). No obstante, aunque cualquier conflicto implicará elementos mejores y peores en distintos lugares y en épocas diferentes, la denuncia y la violencia y así el sentido de que la «mala» gente está actuando debería depender del control. La hipótesis 5 se vería reforzada si la evidencia empírica fuera a mostrar que estas observaciones de características personales fueran endógenas a la zona particular de control; es decir, racionalizaciones *a posteriori* del problema que tuvo lugar, o carencia de ellas.

6. Conclusión

Magnificar la dinámica de una guerra civil convencional descubre las dinámicas que son coherentes con la teoría de la violencia selectiva y las predicciones de conjunto de la teoría. El excelente estudio de

Stephen Ash (1995) sobre la guerra civil americana en el Sur ocupado, donde la situación geográfica la hacía próxima a la de una guerra civil irregular, es un caso elocuente. La ocupación por parte de la Unión, señala él, creó, en efecto, no un sólo Sur ocupado sino tres: las ciudades con guarnición, cuyos habitantes vivían constantemente en presencia, y bajo la dominación, del ejército del Norte; la frontera confederada, cuyas fuerzas federales penetraban, sólo esporádicamente, sus ciudadanos en todo el resto de ocasiones al alcance de la Confederación, cuyo Estado persistía; y la tierra de nadie, la zona que rodeaba a las ciudades con guarnición, que estaba fuera de la autoridad confederada y que sufría frecuentes visitas de los yankis pero que no experimentó la presencia constante de una fuerza federal. Estas tres esferas, según Ash, podrían ser perfectamente consideradas como mundos diferentes, de tan fuertemente como delinearon experiencias distintivas dentro del Sur ocupado.

De las ciudades con guarnición, podemos pensar que son zona 1; la frontera confederada, zona 4; y la tierra de nadie, una combinación de las zonas 2 o 3, dependiendo del grado de penetración de los federales. De forma coherente con la hipótesis 2, las ciudades con guarnición (zona 1) eran «islas de orden en un mar de violencia» a pesar de la amarga hostilidad hacia la Unión que sentían sus habitantes. Al mismo tiempo, sin embargo, las áreas fuertemente protegidas con guarniciones por el ejército de la Unión eran *también* lugares en los que las denuncias entre los vecinos a las autoridades de la Unión eran algo cotidiano, tal como Fellman (1989, p. 27) descubrió en Misuri. La frontera confederada (zona 4) era el objetivo de los ataques periódicos confederados en misiones de rapiña y de destrucción. En otras palabras, sufrió una violencia «indiscriminada» por parte de los detentadores del poder. Lo mismo que ocurría para las zonas de nadie (zonas 2 y 3), era patrullada por las fuerzas de la Unión que proyectarían su poder a voluntad en cualquier lugar de su interior y serían capaces de excluir al poder y a la autoridad confederada de ella en algunas partes (zona 2). Allá donde tenían ventaja (zona 2), era más probable que los unionistas fueran violentos: era allí donde «satisfacían de un modo más completo su deseo de venganza». Más aún, la violencia unionista explotó a menudo «después de llegar los yankis»; es decir, después de que una zona pasase a ser 2. No obstante, la autoridad federal prevaleció solamente en las épocas y los lugares en los que las tropas de la Unión estaban realmente presentes y no se extendían más allá «del alcance de sus mosquetes y carabinas». La gente vivía la mayor parte de sus días en una especie de vacío de autoridad, una zona crepuscular ni de la Unión ni de la Confederación; ellos vivían aterrados, con una incesante sensación de ansiedad mucho más perturbadora que la que atormentaba a la frontera confederada, pues,

en la tierra de nadie, el enemigo nunca estaba lejos. Con todo, dentro de la tierra de nadie resulta que uno podía encontrar zonas de paz precisamente donde el poder de los confederados era refrenado por la presencia de los federales. En unos cuantos distritos en los que los ataques federales eran frecuentes, los secesionistas se contenían por el miedo a las represalias. «Nuestros amigos del sur me suplican que no me meta con los hombres de la Unión», escribió un oficial confederado del este de Tennessee mientras esa región estaba en manos confederadas, «dado que [los unionistas] tendrán la certeza de que están bien y, de ese modo, rebajarán [...] la revancha por parte de las tropas federales [...]. Por tanto, he determinado no arrestar a ninguno de los simpatizantes de la Unión a menos que se sepa que está ayudando e incitando al enemigo».

En resumen, este capítulo ha tratado de extraer y evaluar las implicaciones de la teoría de la violencia selectiva deducidas en el capítulo 7 a partir de la evidencia procedente de un amplio espectro de guerras civiles. Los cambios en el control tienen lugar mediante dos procesos: cambios iniciales, que aparecen cuando los actores políticos toman decisiones tácticas para mover recursos militares en un área o fuera de un área, y consolidación, en la que los actores usan la violencia selectiva para eliminar la defección y tomar el control total de un área. Una vez que se consigue el control, la violencia se hace superflua. De ese modo, cuanto mayor es el nivel de control de un actor, menos probable será que el actor use la violencia. Este proceso funciona para los insurgentes lo mismo que para los que detentan el poder, porque la insurgencia debería entenderse, ante todo, como un proceso de construcción alternativa de un Estado; las organizaciones insurgentes imponen contribuciones, establecen estructuras administrativas y pretenden desplegar funciones gubernamentales para la población que controlan. Antes de que el control se establezca de forma definitiva, la defección y la denuncia no son las únicas opciones perseguidas por la población. La mayoría evita tomar una decisión, o bien permaneciendo neutral, o bien buscando granjearse el favor con ambos grupos simultáneamente. Los actores políticos consideran la falta de decisión como una amenaza y tratan de usar la violencia para castigarla y empujar a la población hacia su bando. Ellos son más violentos allá donde tienen más control y más información local y así pueden atacar de forma más efectiva. No obstante, a causa de la amenaza de represalias afrontada por los denunciantes, no habrá denuncias en la zona 3 y de ahí que no haya violencia selectiva. Las evidencias procedentes de los estudios de casos concretos sugieren la plausibilidad de esta predicción; el capítulo 9 lo evalúa de forma más sistemática.

IX

EL PLANO EMPÍRICO II
(Evidencias microcomparativas)

Nosotros éramos los que dirigían a los partisanos. Si había arrestos, ello quería decir que éramos nosotros los denunciantes.
Miembro de un comité local rebelde, Grecia.

En este capítulo, evaluaré la teoría de la violencia selectiva y algunas de sus implicaciones contrastándolas, sobre todo, con los datos recogidos en la Argólida, una región del sur de Grecia. Tomando el pueblo como mi unidad de análisis y contando con entrevistas, archivos judiciales y fuentes secundarias, pude recoger datos de gran calidad y reconstruir el proceso de la guerra civil en cada localidad de esta región.

Tras una descripción del diseño de la investigación, ofreceré información de fondo sobre la guerra civil griega y la región de la Argólida a la vez que una pequeña narración analítica de la guerra civil en la Argólida. Seguiré con unas estadísticas descriptivas sobre el control, la violencia selectiva y la violencia indiscriminada y, entonces, evaluaré la teoría de la violencia selectiva. Los resultados apoyarán ampliamente la teoría. Trataré, a su vez, las predicciones empíricas erróneas. De forma más específica, la sobrepredicción de violencia podrá explicarse por la existencia o emergencia de una norma de reciprocidad positiva. Evitar la violencia bajo condiciones de estrés parece disparar una norma de reciprocidad positiva que contribuye a la ausencia de violencia en los *rounds* subsiguientes, aun cuando la denuncia sea racional. En segundo lugar, las emociones vengativas pueden explicar por qué, a veces, la teoría predice la violencia de forma insuficiente. La mayor parte del tiempo, la venganza tiende a tener lugar cuando la probabilidad de revancha es baja. En contraste con esto,

el deseo de venganza funciona como una emoción cuando nubla el juicio y causa, con ello, una infravaloración del riesgo (Petersen, 2002). Actuar para tomarse la venganza dentro de una zona de control poco favorable dispara la revancha inmediata y de ahí que se dé una mayor aparición de violencia de la predicha por la teoría. Concluiré con una serie de análisis fuera-de-muestra valiéndome de datos de toda Grecia, incluyendo una réplica en un área étnicamente dividida del país y la evaluación de las implicaciones adicionales usando datos de 136 pueblos, desde historias locales, estudios etnográficos, estudios agrícolas, *papers* de investigación y entrevistas adicionales.

1. Diseño investigador

Para superar los problemas que se discuten en el capítulo 2, adoptaré un diseño investigador subnacional microcomparativo. La inadecuación general de las bases de datos a nuestra disposición apuntaba a la necesidad de una estrategia de «base popular»[1]. Al mismo tiempo, estaba igualmente claro que una simple etnografía era también inadecuada. Comenzando con el consejo de Tilly (1964, p. 38) «para estrechar el foco y reforzar la magnificación» y con el recordatorio de Przeworski y Teune (1970, p. 74) de que el análisis comparativo no requiere comparaciones entre las unidades nacionales, basé mi evaluación empírica central en un estudio detallado de una región griega en la que reconstruí el proceso de guerra civil en cada pueblo[2]. Mediante el estudio del universo de las unidades de una región, pude recoger datos detallados y contextualizados de calidad etnográfica. Además de producir ideas «densas», este diseño investigador permite un número sustancial de observaciones y una variación empírica extensiva, excluye el muestreo sobre la variable dependiente y permite un alto nivel de control.

La elección de Grecia vino motivada por intereses prácticos: me daba la capacidad de dirigir una investigación de amplio alcance y etnográfica en un contexto rural. Dentro de Grecia y después de desarrollar estudios-piloto en cuatro áreas diferentes, seleccioné la prefectura *(nomós)* de Argólida, situada al noreste de la península del Peloponeso en el sur de Grecia. Esta elección vino dictada, ante todo, por mi descubrimiento de un archivo judicial importante (y sin explotar). Valiéndome de este archivo, pude construir una base de datos que incluía todos los homicidios que ocurrieron durante la guerra civil en cada pueblo de las dos provincias mayores de la Argólida, un área que, en 1940, incluía 61 pueblos con una población total de 45.086 habitantes y dos ciudades, con una población adicional de 20.050 habitantes. En la mayoría de los casos, pude indicar con precisión la identidad del perpetrador y la víctima, los nexos entre el perpetrador y la víctima, el tiempo y la ubicación del homicidio con los ejemplos anteriores y posteriores de violencia, y las justificaciones (si las hubiera) que se daban o que se pueden inferir al respecto. Los apéndices A y B contienen una discusión de fuentes y metodología.

Reconstruir el proceso de violencia en una guerra que acabó en 1949 requería el ensamblaje de muchas fuentes. A causa del carácter fragmentario de las fuentes, tuve que proceder como un arqueólogo: «Reunir huellas discretas y dispares del pasado y ensamblarlas para arrojar luz sobre las circunstancias y el trasfondo de lo que, de otro modo, sólo puede conocerse desde una memoria atormentada» (Geyer, 2000, p. 178). Yo recogí los datos de las tres fuentes: archivos, entrevistas y memorias publicadas y sin publicar, autobiografías e historias locales. Pude hacer una comprobación cruzada de la mayoría de las observaciones con muchas fuentes orales y escritas. También investigué algunos ejemplos de denuncia y exploré situaciones en las que los actos de violencia eran planeados, pero finalmente no se llevaban a cabo.

Entonces hice una réplica, menos profunda, del mismo diseño investigador en la provincia *(eparchía)* de Almopia, situada en el norte de Grecia, en la región de Macedonia, próxima a la frontera de (la entonces) Yugoslavia. La elección de Almopia vino dictada por la necesidad de introducir tanto contraste como fuera posible respecto de la Argólida, en un área de un tamaño semejante y diferente en lo ecológico. Finalmente, creé una base de datos de pueblos del país entero, usando los datos de entrevistas adicionales, dos estudios de pueblos realizados a finales de los años cuarenta y comienzos de los cincuenta del siglo XX, y algunos estudios etnográficos, historias locales y memorias. Analizo tanto las predicciones teóricas como los descubrimientos empíricos de la Argólida confrontándolos con la base de datos que está «fuera de la muestra». Aunque no se trate de una muestra aleatoria, esto hace posible lo que los historiadores llaman *mise en serie*, la recogida de un gran número de observaciones cuando resulta imposible recoger el universo de casos (Veyne, 1996, p. 231). Además de ello, estos datos me permiten generar implicaciones evaluativas adicionales y comprobar aún más la validez de las predicciones y los descubrimientos.

Este diseño investigador permite suscitar el tema de la amplia generalizabilidad. Limitar el dominio empírico, no obstante, es una conce-

[1] Seguiré el consejo de Russell Ramsey (1973, p. 44) sobre Colombia: «El especialista que recorra la tierra de Tolima, de Santander, de Boyacá, que entreviste a testigos visuales y agote las colecciones locales de cartas y periódicos, tendrá la base para un nuevo nivel de sofisticación en el conocimiento de la violencia».

[2] Rechacé una opción alternativa, de construir una muestra aleatoria de localidades dentro de un país o a través de un pequeño número de países, porque la posibilidad de conseguir la evidencia de una comprobación cruzada sólo puede ofrecerla un enfoque regional.

sión aceptable en el estudio de la violencia en las guerras civiles, dado el estado de su comprensión teórica, que sigue basándose en conjeturas casi nunca comprobadas. Aunque yo ofrecía evidencias anecdóticas a partir de un amplio espectro de guerras civiles para establecer la plausibilidad, mi objetivo empírico primario es el de llevar a cabo una evaluación inicial rigurosa de la teoría como primer paso en un programa de investigación más amplio. Mi confianza se ve aumentada por el hecho de que la teoría no se desarrolló de forma inductiva a partir de los datos usados para evaluarla. Por encima de todo, este estudio se encuadra en una tendencia más amplia de trabajo reciente que cuenta con diseños de investigación cuidadosamente realizados en el micronivel para promover nuestro conocimiento teórico y empírico general (p. e., Wilkinson, 2004; Posner, 2004; Miguel, 2004; Wantchekon, 2003).

2. La guerra civil griega

La guerra civil griega tuvo como eje de la lucha la división izquierda-derecha; se trató de «un combate interno y costoso entre dos campos ideológicamente irreconciliables: los comunistas y los nacionalistas» (Nachmani, 1993, p. 63). Tuvo lugar a lo largo de un periodo de, aproximadamente, seis años, comenzando en 1943, durante la ocupación alemana de Grecia (en primer lugar) y acabando con la derrota del Partido Comunista de Grecia (KKE) en 1949. La guerra puede dividirse en tres fases. La primera tuvo lugar durante la ocupación e inmediatamente después e incluyó tres conflictos diferentes aunque relacionados: en primer lugar, la organización de la resistencia EAM (Frente de Liberación Nacional), creado y dirigido por el Partido Comunista en septiembre de 1941, y su ejército ELAS (el Ejército Nacional Popular de Liberación) contra diversas organizaciones nacionalistas de resistencia, tales como EDES (Liga Nacional Democrática Griega), EKKA (Liberación Nacional y Social) y grupos más pequeños, compuestos, principalmente, por oficiales del ejército griego; en segundo lugar, EAM/ELAS contra varias milicias colaboracionistas, la más fuerte de las cuales era conocida como Batallones de Seguridad; y, en tercer lugar, EAM/ELAS contra el Gobierno griego posterior a la ocupación, respaldado por los británicos, en diciembre de 1944. Esta fase acabó con la derrota de los comunistas. La segunda fase de la guerra, en 1945 y 1946, incluyó una guerra de guerrillas de baja intensidad y esporádica, junto con la persecución continua de la izquierda por parte de bandas armadas de derechistas, así como de oficiales del Estado. La tercera fase fue una renovada insurgencia comunista global que tuvo lugar entre 1947 y 1949 y que acabó con la derrota definitiva de los comunistas.

Carecemos de números fiables de víctimas para el periodo completo, en buena medida porque la guerra civil se entretejió con una ocupación extranjera. Un amplio examen de las evidencias disponibles revela los siguientes patrones de víctimas: durante el periodo de ocupación, puede que fueran asesinados unos 40.000 civiles en acciones de represalia o en ejecuciones en masa por parte de las fuerzas de ocupación, a veces asistidas por colaboradores locales: la principal organización de resistencia de izquierdas puede haber asesinado también a cerca de 15.000 civiles. Hasta 2.000 milicianos colaboracionistas y 4.000 guerrilleros (conocidos como *andartes*) fueron también asesinados en el combate o tras él. En 1945-1946, hasta 3.000 civiles fueron asesinados principalmente por los milicianos derechistas. La última fase de la guerra costó las vidas de hasta 15.000 miembros del ejército gubernamental y 20.000 rebeldes de izquierdas; hasta 4.000 civiles fueron asesinados por los rebeldes, mientras que el Estado ejecutó hasta a 5.000 izquierdistas, principalmente guerrilleros capturados. Esto arroja un total de aproximadamente 108.000 víctimas mortales, en una población de 7.330.000 habitantes. Este informe deja de lado, obviamente, a los cientos de miles que fueron heridos, desplazados, exiliados, encarcelados o perseguidos de otras formas. Más de 1.700 pueblos fueron destruidos parcial o totalmente. Los costes humanos de la guerra civil griega fueron claramente enormes.

La guerra se luchó, en primer lugar, como una guerra irregular con rasgos paralelos a muchas otras guerras civiles:

> El conflicto era oscuro y turbio, una guerra en las sombras, caracterizada por enemigos difíciles de definir o incluso de ver, y por una búsqueda de la victoria que no podía medirse en términos territoriales o en pérdidas humanas o materiales. Los enemigos rara vez vestían uniformes, a menudo luchaban con armas requisadas, por lo general, confiaban en la guerra no convencional y casi siempre recibían provisiones y refugio de los países comunistas vecinos. Los frentes de batalla rara vez existían, pues los guerrilleros preferían las tácticas terroristas de atacar, saquear, disparar con francotiradores, y captar a aldeanos o a gente de las ciudades para su pequeña pero efectiva fuerza [...]. El tipo de guerra que se libraba en Grecia le posibilitó a un ejército inferior pero motivado ganar tan sólo evitando la derrota. La paciencia fue la mejor arma. Un conflicto largo y frustrante desgastaría la moral y la determinación de ejércitos regulares disciplinados o podría romper la voluntad de los civiles y forzar un fin a la guerra. La victoria dependía de mantener el apoyo en el campo asegurando los pueblos mediante programas de pacificación mientras que el ejército envolvía y eliminaba a los guerrilleros (H. Jones, 1989, pp. 3-4).

3. La Argólida: fondo político, social y económico

La prefectura *[nomós]* de la Argólida se sitúa en la parte noreste de la península del Peloponeso en el sur de Grecia (figs. 9.1. y 9.2.)[3].

El estudio incluye 61 pueblos de las provincias de Argos y Nauplía, casi todos los pueblos de estas dos provincias (véase Apéndice B, para los criterios de inclusión y la lista completa)[4]. La parte cuantitativa del estudio excluye las dos ciudades de Nafplio y Argos (véase el Apéndice para encontrar la explicación). Dentro del considerable espectro ecológico de la Argólida, con colinas y montañas dominando una considerable llanura, resulta posible distinguir seis grupos de poblamiento. En primer lugar, hay un grupo de 14 pueblos situados en la «llanura profunda». En 1940, éstos eran los pueblos más prósperos de cuantos aparecían en el estudio y estaban estrechamente conectados a las dos grandes ciudades mediante una buena red de carreteras. Su principal especialización era la producción de trigo, pero, durante los años veinte y treinta del siglo XX, habían comenzado a sacar ventaja de su relativa proximidad con Atenas, produciendo verduras para el mercado ateniense. El segundo grupo incluye a 15 pueblos situados en la «llanura exterior», mucho menos fértiles que los de la llanura profunda. Siete pueblos de la llanura oriental forman el tercer grupo; éstos estaban situados en la «llanura exterior», mucho menos fértil que los de la llanura profunda. Siete pueblos de la llanura oriental forman el tercer grupo; éstos estaban situados más allá, hacia el este, y sus economías eran semejantes a las de aquéllos de las aldeas de la llanura exterior, con la adición de pesca y algo de producción de aceite de oliva. Los grupos cuarto y quinto incluyen los pueblos de las colinas orientales y occidentales respectivamente, conocidos a nivel local como «pueblos medios» *[mesohoria]*, que, generalmente, se encuentran en altitudes entre los 100 y los 350 metros. Estos pueblos tenían una economía semejante a la de los pueblos de la llanura exterior, que se basaba en la agricultura (sobre todo, de trigo y tabaco, un cultivo comercial con bajas ganancias comparado con el de las verduras) y en el ganado. Seis

[3] Esta sección se basa, ante todo, en Karouzou (1995), De Vooys y Piket (1958) y Anagnostopoulos y Gagalis (1938).

[4] En 1940, la Argólida era una parte de la prefectura de Argolidokorinthia, combinando lo que más tarde se convertirían en las prefecturas separadas de Argólida y Corintia. Las dos provincias estudiadas incluían, en 1940, dos municipalidades (la capital administrativa, Nafplio, y el centro comercial, Argos) y 58 «comunas» *[koinotites]*, de las que 19 incluían más de un asentamiento. He excluido las dos municipalidades: Nafplio y Argos. Sorprendentemente, los datos de la violencia eran mucho más difíciles de recoger allí. Por un lado, los registros civiles eran incompletos y, por el otro, era imposible cruzar datos y suplementarlos con fuentes orales debido al tamaño de las ciudades en comparación con el tamaño de los pueblos, además de su radical transformación desde los años cuarenta del siglo XX.

Figura 9.1. Grecia y la Argólida.



pueblos de la comarca de Nauplía compondrán el grupo de las colinas orientales y siete pueblos de la provincia de Argos compondrán el grupo de las colinas occidentales. En último lugar, estarán los 13 pueblos de montaña que se localizaban en la provincia de Argos en altitudes que, por lo general, pasaban de los 350 metros. Un rasgo distintivo de algunos de estos pueblos de montaña era la presencia de tierra fértil para la agricultura en valles de montaña cercados, que los hacían, en cierto modo, más prósperos que el típico pueblo griego de montaña (véase tabla B.1 en el Apéndice B). Los pueblos de llanura tenían fácil acceso desde las dos ciudades, mientras que los pueblos de montaña eran los de más difícil acceso. La tabla 9.1 ofrece la información básica sobre estos grupos.

Como la mayor parte de Grecia, la Argólida era (y sigue siendo) una región predominantemente rural, dominada por las explotaciones familiares. Las grandes haciendas del periodo otomano desaparecieron de forma efectiva mediante reformas agrarias sucesivas, en el curso de los últimos años del siglo XIX. A consecuencia de esto, la mayoría de los campesinos poseían la tierra que cultivaban. En la llanura de la Argólida, de donde se dispone de datos detallados, había 5.090 explotaciones para 5.360 familias y la aparcería era limitada. El nú-

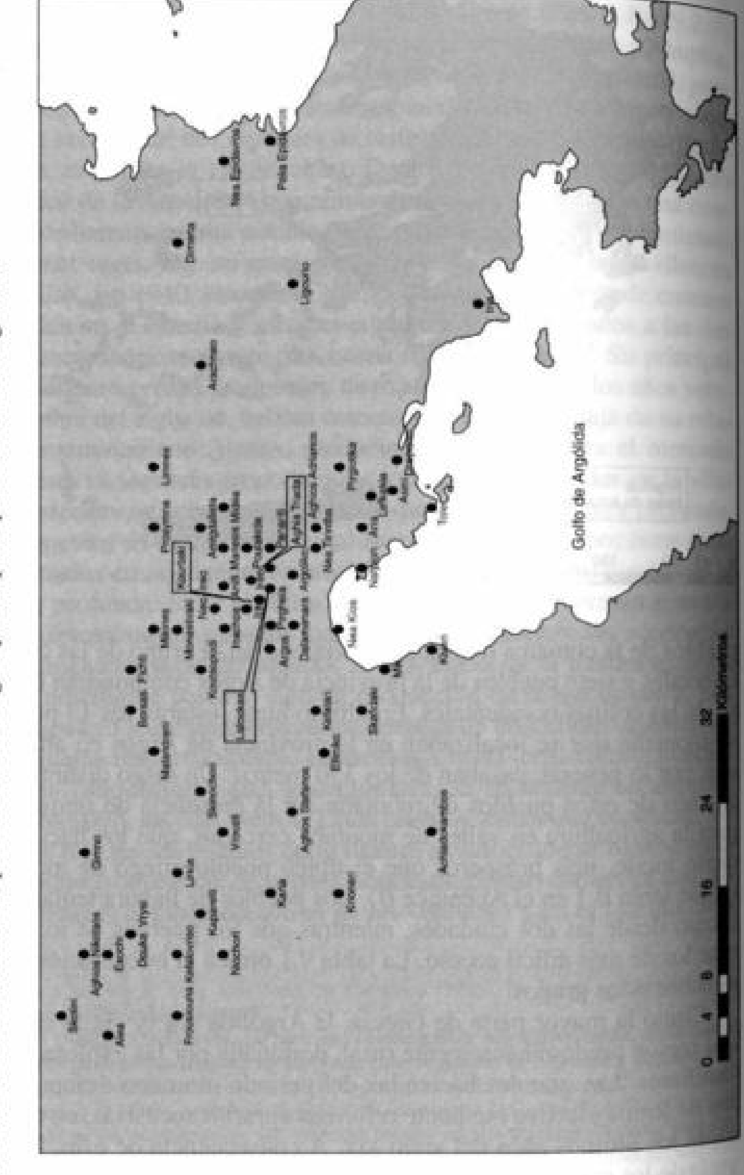


Figura 9.2. Pueblos estudiados, provincias de Argos y Nauplía, prefectura de Argólida.

Tabla 9.1. Pueblos: datos descriptivos.

	N.º de pueblos	Población total	Promedio población por pueblo	Altitud media (en metros)	Distancia media a la ciudad más próxima
Llanura profunda	14	10.689	764	24	1 h. 11 min.
Llanura exterior	15	10.356	690	72	1 h. 37 min.
Llanura oriental	7	6.261	894	103	2 h. 1 min.
Colinas orientales	6	5.704	951	294	3 h. 25 min.
Colinas occidentales	7	5.041	840	317	3 h. 52 min.
Montañas	13	7.089	545	672	5 h. 55 min.

mero de familias sin tierra que había allí no pasaba del 5 por 100 y la gran mayoría de las familias poseía una propiedad agrícola igual a la que podían cultivar sin alquilar mano de obra extra; muy pocas familias poseían más tierra de la que podían explotar por sí mismas. La situación era similar en las colinas y en las montañas[5]. En lo alto de esta estratificación socioeconómica bastante igualitaria, es importante señalar un grado sustancial de movilidad social, en parte debido a la migración interna y foránea, a la prevalencia de las redes de clientelismo y a la presencia de lazos aldeanos verticales entre los habitantes de diferentes «estratos» dentro del pueblo (Aschenbrenner, 1987).

Los campesinos de la Argólida llevaban a cabo numerosas estrategias para asegurar la movilidad social, incluyendo la emigración temporal, la educación y el empleo en el servicio civil. Los niños de los pueblos de las colinas y las montañas, más pobres, tenían mucho más éxito a la hora de obtener títulos de educación secundaria que los

[5] Por ofrecer un ejemplo, el pueblo de Manesi, situado en las colinas, contaba con la siguiente estructura de propiedad de la tierra en 1940: 10 familias poseían hasta 20 acres (10 por 100 de la población del pueblo), 75 familias poseían entre 20 y 40 acres (75 por 100 de la población del pueblo), 15 familias poseían entre 40 y 100 acres (15 por 100 de la población del pueblo) y no había campesinos sin tierra (De Vooys y Piket, 1958).

niños de la llanura. A pesar de la búsqueda individual de movilidad social, el objetivo general era el de preservar la explotación familiar. La marcada aversión hacia el trabajo asalariado se asociaba con el ideal de la defensa de la explotación en manos de la familia. Cuando se construyó una línea férrea en 1885, hubo tan pocos lugareños que quisieran trabajar que la mano de obra hubo de importarse de fuera de Grecia. En general, los campesinos de la Argólida desplegaron un perfil social que podría describirse de forma incontrovertible como conservadora. Los observadores urbanos de la época los describieron como inteligentes, astutos, poco amistosos, suspicaces con los foráneos, mendaces, notablemente irreligiosos y con poca propensión a la acción colectiva (Anagnostopoulos y Gagalis, 1938, pp. 42-44). Al mismo tiempo, los antropólogos han documentado un sistema extensivo de cooperación informal y obligación mutua coincidiendo, no obstante, con una intensa competición y conflicto (Koster, 2000, p. 259)[6].

La ausencia de polarización de clase no implica una ausencia de conflicto. Tal como observó sobre la Grecia de esta época un periodista británico (Capell, 1946, p. 212): «¿Piensas que una población que se compone en su práctica totalidad de un pequeño campesinado carece de distinciones de clase o de envidia? Siempre habrá un campesino con éxito y uno sin éxito, uno con suerte y otro sin ella». Lo cierto es que una buena parte del conflicto tomó la forma de disputas personales y familiares con causas tan variadas como «la ruptura de antiguas amistades, las diferencias entre hermanos por una herencia, el flujo de disputas que surge de la fragmentación de la propiedad y de la ausencia de vallado, la derrota verbal o la denigración de otro en el debate público o el colapso de las negociaciones para un matrimonio» (Campbell y Sherrard, 1968, p. 344). En este contexto, no sorprende que las diferencias políticas se enredasen con las disputas personales y familiares, como en el siguiente ejemplo sobre una disputa entre dos propietarios de cafés en el pueblo de Ambéli, en la Grecia Central, aportada por el antropólogo Juliet du Bolay (1974, p. 225):

> Aunque los dos hombres eran de partidos políticos diferentes, la disputa cobró su ímpetu real por el hecho de que, mientras que una familia había perdido su antiguo y elevado grado de poder y prestigio, la otra lo estaba ganando de forma gradual. Esta disputa se extendió aún más cuando una sobrina del propietario del café que era de izquierdas se fugó con un hombre de una familia muy comprometida

[6] De acuerdo con Harold Koster (2000, p. 259), la cooperación y la competición son complementarias puesto que «han de mantenerse alianzas muy cerradas con algunos vecinos mientras que se siguen teniendo relaciones hostiles con otros».

> con la derecha, una situación que derivó en una serie de pleitos sobre tierras que implicaron a testigos y a seguidores y, en una ocasión, en una bronca a gran escala en público cuando se hizo acudir a la escena misma a un juez y unos abogados para tratar de llevar a cabo un acuerdo. De ese modo, una gran parte del pueblo se vio atrapada en la división. En esta disputa, el rasgo significativo fue el acrecentamiento hasta la división política, de las lealtades e intereses personales, y estos dos factores se combinaron para provocar esta particular disputa y para convertirse durante años en uno de los rasgos fundamentales de la vida social de Ambéli.

No había división religiosa ni étnica en la Argólida; como la mayor parte del país, sus habitantes eran uniformemente cristianos ortodoxos. No obstante, en torno a la mitad de sus habitantes eran descendientes de albaneses, y se los conocía como *arvanites:* cristianos ortodoxos, a menudo bilingües en griego y *arvanitika*, conscientes de su distinta identidad cultural, aunque también con una fuerte conciencia nacional griega. Esta potencial identidad étnica no se vio politizada durante la guerra civil y no tendrá un papel destacado ni en la política griega nacional ni en la local. Como en otras partes de Grecia, la principal separación política en las vísperas de la Segunda Guerra Mundial era la escisión republicano-monárquica (o liberal-conservadora). En la mayor parte del Peloponeso, dominaban los monárquicos; los liberales eran más débiles pero con una presencia significativa y el Partido Comunista era muy débil. Este perfil político era aún más pronunciado en las provincias de Argos y Nauplía, donde el número total de los tres principales partidos monárquicos combinados en las elecciones de 1936 (las últimas antes del advenimiento de la dictadura de Metaxas ese mismo año) alcanzó el 71,3 por 100 de los votos, mientras que los partidos liberales obtuvieron el 27,13 por 100 y los comunistas sólo el 0,75 por 100. Estas proporciones se reprodujeron punto por punto en el interior de la mayoría de los pueblos a lo largo de la región, sugiriendo la ausencia de divisiones intrarregionales profundas. Al mismo tiempo, la división republicano-monárquica trazaba un mapa de sutiles divisiones microlocales, la mayoría basadas en el linaje y la familia (Aschenbrenner, 1987).

El Peloponeso fue incorporado al Estado griego en 1833, inmediatamente después de la independencia y constituyó el corazón del país. A causa de su temprana incorporación y de la pacificación que siguió, careció de la tradición de bandidaje que había sobrevivido hasta las primeras décadas del siglo XX en algunas áreas montañosas de la Grecia central y septentrional. A su vez, la región tampoco tenía tradición alguna de violencia generalizada, de rebelión o de movilización masiva. En su autobiografía, un líder izquierdista local

(Lilis, s. f.) se queja de la ausencia de una tradición de inquietud social o política en la zona y recuerda sólo dos ejemplos de movilización campesina antes de la guerra, ambos extremadamente localizados y de corta duración. Desde esta perspectiva, el caso de la Argólida suscita un desafío para las teorías que asocian la movilización, la guerra civil y la violencia masiva con las reivindicaciones generalizadas y la polarización.

4. La guerra civil en la Argólida

La masa de la acción militar tuvo lugar en 1943-1944, cuando la Argólida estaba bajo la ocupación alemana, entre septiembre de 1943 y septiembre de 1944 (había estado ocupada por los italianos hasta septiembre de 1943). Aunque la Argólida vio de nuevo alguna acción en 1948-1949, ésta se limitó a los confines más remotos y tuvo bastantes pocas consecuencias. Así, en este caso, la guerra civil se solapó de forma casi completa con la ocupación. Valerse de este escenario para evaluar la teoría no es un problema porque las guerras civiles asociadas con la ocupación se incluyen en mis definiciones operacionales. De hecho, tales guerras le plantean más exigencias a la teoría puesto que resulta más duro para un ocupador remedar a un Estado que detenta el poder en términos de recabar información local y de ganar aliados locales. No obstante, las evaluaciones fuera-de-muestra en el resto del país cubren la guerra civil posterior a la ocupación y muestran que, aunque las dos guerras difieren en algunas de sus dimensiones, incluidas la ubicación geográfica y la táctica militar, la teoría se aplica igualmente a ambas. Por el contrario, este resultado ofrece una corroboración empírica a la inclusión de las guerras civiles de ocupación en la definición.

El primer periodo de la ocupación en la Argólida (abril de 1941-septiembre de 1943) fue bastante calmado en comparación con lo que iba a venir. Las autoridades ocupantes confiaron en la estructura administrativa existente para dirigir la región; esa colaboración cotidiana fue tan amplia como superficial. La colaboración motivada ideológicamente fue excepcional; no se creó ningún partido colaboracionista ni ninguna organización de masas y las autoridades ocupantes no animaron procesos de movilización de masas en su nombre. Unos pocos individuos con habilidades lingüísticas sirvieron como intérpretes mientras que algunos notorios matones locales se convirtieron en voluntarios como guías e informadores del ejército de ocupación; éstos se valieron, por lo general, de su posición para robar, saquear y chantajear y, de ese modo, se granjearon un desprecio general. Aunque la ocupación italiana fue ampliamente protestada, la violencia fue relativamente limitada[7]. La mayoría de las tropas de ocupación se acuartelaron en las dos ciudades de Argos y Nafplio y en torno a unos cuantos pueblos costeros, donde construyeron fortificaciones anticipándose a un desembarco aliado que (erróneamente) se esperaba para el otoño de 1943. Las tropas de ocupación visitaron los pueblos de la llanura frecuentemente y los pueblos de las colinas sólo en ocasiones. Rara vez se aventuraron en los pueblos de las montañas, que sólo eran accesibles con dificultades y carecían de valor estratégico. Una carta enviada al representante de Cruz Roja Internacional, con sede en la ciudad próxima de Tripolis, por los habitantes del pueblo montañoso de Frousouna, después de que su pueblo fuera quemado en un ataque alemán en julio de 1944, es sumamente significativo sobre la naturaleza de la ocupación hasta el verano de 1944: «La cosa más triste es que ellos no se lo esperaban de ninguna manera y fueron sorprendidos por el ejército de ocupación porque este ejército y los Batallones de Seguridad jamás habían pasado por nuestra zona y nadie aquí podía imaginarse siquiera que pudiera tener lugar una visita así puesto que nuestra zona es montañosa y está alejada de cualquier ruta de transporte» (en Papakongos, 1977, p. 241). La ausencia de autoridad estatal en estas áreas provocó una oleada de bandidaje rural; en especial, de robo de ganado.

Aunque las elites locales debatieron la opción de la resistencia armada, en 1941-1942, no hubo tal actividad. Unos cuantos fugitivos vivían de forma clandestina en los pueblos de montaña y llevarían a cabo escaramuzas con la patrulla italiana de turno. La resistencia armada organizada en el campo griego aparecería tarde y, en el Peloponeso, más tarde aún[8]. Aunque la resistencia armada estuviera ausente, la agitación comunista no lo estaba. La Argólida carecía de una tradición o de una presencia comunista prolongada, pero su proximidad con Atenas la convirtió en un terreno abonado para las actividades comunistas; además de esto, los escasos comunistas de la zona eran extremadamente activos y emprendedores.

El primer mitin del EAM en la Argólida tuvo lugar en diciembre de 1942, después de que el Partido Comunista (KKE) pusiera un delegado en la región para coordinar las actividades locales. En un mi-

[7] Las víctimas principales eran aldeanos que ocultaban armas o soldados británicos que no habían conseguido embarcar, que eran arrestados o, de forma más usual, apaleados. En un ejemplo, en el pueblo de Skinohori, un hombre murió como consecuencia de ello. Unas cuantas personas fueron encarceladas y, en el otoño de 1942, algunos líderes ciudadanos y aldeanos fueron deportados por un tiempo a Kalavryta en la prefectura de Acaya, incluido el alcalde de Nafplio (HAA/DAN E32/1945).

[8] De acuerdo con el líder del EAM, Yannis Frangos, en abril de 1943, «sólo había 150 andartes en todo el Peloponeso» («Narrative Account of a Mission to Peloponnese by Capt. P. M. Wand-Tetley, April 1943 to June 1944», PRO, HS 5/699).

tin de enero de 1943, se tomó una decisión para expandir la organización EAM, aún clandestina, por la región. Valiéndose, ante todo, de las redes familiares, las células locales clandestinas se establecieron en la primera mitad de 1943[9]; no obstante, no se embarcaron en ninguna actividad visible de importancia.

La actividad de la guerrilla en el norte del Peloponeso empezó en el verano de 1943. En primer lugar, un grupo de 60 guerrilleros del ELAS fueron enviados desde la Grecia central a estimular el crecimiento de la organización. En segundo lugar, un buen número de soldados británicos fueron lanzados en paracaídas sobre esta zona, durante el mismo periodo, para establecer grupos de sabotaje anticipándose a una posible invasión aliada. Éstos tenían capacidad para conectar con rapidez con pequeñas bandas de partisanos que operaban en las montañas y preparaban las entregas de armas y munición que venían desde el aire. En la Argólida, un grupo de oficiales del ejército griego, temiendo un arresto preventivo por parte de los italianos, se marchó a las montañas el verano de 1943 y formó un grupo guerrillero. Sin embargo, en agosto, fueron atacados y derrotados por los guerrilleros comunistas, que eran más fuertes. Ataques comparables tuvieron lugar por todo el Peloponeso con resultados semejantes; las bandas comunistas estaban mucho mejor organizadas y más motivadas, si se las compara con las bandas de oficiales. Como consecuencia de ello, los comunistas pudieron controlar rápida y efectivamente toda la actividad resistente armada en las montañas del Peloponeso.

Hasta finales de 1943, había una polarización limitada en la región. La destrucción rápida y temprana de la banda guerrillera de los oficiales tuvo una repercusión restringida en la zona. Las primeras víctimas del ELAS, en el verano y el otoño de 1943, fueron unos cuantos colaboradores de corte gansgteril a los que todo el mundo despreciaba. De forma similar, las autoridades de la Argólida fueron relativamente comedidas: ocasionalmente, arrestaron a gente, pero evitaron la matanza, con dos excepciones notables, ambas hacia finales del año. En primer lugar, el 4 de noviembre de 1943, destruyeron el pueblo de Berbati (ahora Prosymna) como represalia por las muertes de tres soldados alemanes en un encuentro casual con una unidad del ELAS de otra región que estaba atravesando la zona. Cuatro aldeanos fueron asesinados y unos 1.000 fueron dejados sin hogar. A pesar del arresto masivo de todos los hombres de los pueblos colindantes (los aldeanos de Berbati huyeron a las montañas), los alemanes acabaron por acceder a las exigencias de los notables griegos del lugar y dejaron de llevar a cabo más represalias por aquel incidente. En segundo lugar, un mes más tarde, el 3 de diciembre, colgaron a 52 personas en la estación de ferrocarril de Andritsa como represalia por un ataque contra esa estación que llevó al asesinato de soldados alemanes. No obstante, los rehenes que colgaron allí fueron traídos de otras regiones. En otras partes del Peloponeso, la respuesta alemana al surgimiento del ELAS fue tanto violenta como indiscriminada; en una célebre expedición de castigo contra la ciudad de Kalavryta y contra los pueblos colindantes, en el norte del Peloponeso, en diciembre de 1943, los alemanes mataron a 677 civiles griegos (Meyer, 2002). Por otro lado, la ciudad de Argos pagó un alto coste en vidas civiles cuando más de 100 personas fueron asesinadas y más de 400 heridas en un bombardeo aliado por error.

La guerra civil empezó en Grecia en 1943 con el choque entre organizaciones de resistencia izquierdistas y derechistas; aumentó enormemente en 1944, cuando el EAM chocó con varias milicias colaboracionistas (de las que la más importante era conocida como los Batallones de Seguridad o BS). La guerra civil en la Argólida puede dividirse en cuatro periodos que corresponden con cuatro cambios importantes en el control[10]. En lo que sigue, ofreceré una breve narración de cada periodo de tiempo.

De septiembre de 1943 al 15 de mayo de 1944 (t_1)

La capitulación de los italianos a principios de septiembre de 1943 estimuló a los rebeldes. Cuando se hizo aparente que sus sucesores alemanes eran incapaces de controlar la Argólida policialmente con su limitado potencial humano, en toda la región comenzó un vacío de poder, con la excepción parcial de las dos ciudades de Argos y Nafplio y unos pocos pueblos de la llanura y la costa. Al mismo tiempo, muchas armas italianas tomaron el camino del ELAS (Vazeos, 1961, p. 28). Hacia octubre de 1943, los puestos de la gendarmería en las colinas y la montaña no podían ya ser defendidos y la mayoría de los gendarmes huyeron a las ciudades. La neutralización de la gendarmería cortó los nexos entre pueblos y ciudades. El EAM, que, para esta época, había formado organizaciones locales clandestinas hasta en los pueblos de montaña más diminutos, llenó con facilidad el vacío de poder en las zonas rurales. Un informe militar alemán en noviembre de 1943 afirmaba que «el Peloponeso ha de ser considerado en toda su extensión

[9] Por ejemplo, la organización comunista en el pueblo de Gerbesi se formó en torno a las familias Lilis, Korilis y Lekkas.

[10] Esta periodización trata de captar los cambios en el control que tuvieron lugar más o menos al mismo tiempo en los seis grupos de pueblos; en algunos casos, hay ligeras diferencias dependiendo del momento exacto del cambio en el control.

como una zona de bandidaje»[11]. Alrededor del mismo periodo, un oficial de enlace británico (BLO, British Liaison Officer), J. M. Stevens dio cuenta de unas condiciones similares desde la Grecia Central:

> Grecia constituye hoy dos países separados: el ocupado y el no ocupado. En el primero, las condiciones de vida varían de acuerdo con el hecho de que el poder ocupador sea Alemania, Italia o Bulgaria. La Grecia no ocupada está hoy tan libre de la interferencia del Eje como lo pueda estar Inglaterra [...]. Incluso en la zona ocupada, la ocupación se restringe a ciertas ciudades mayores, puntos estratégicamente importantes y a la vigilancia de ciertas líneas de comunicación, pero allí siempre está escondido el peligro de que las tropas del Eje visiten cierto pueblo remoto; los andartes pueden estorbar esas expediciones, pero no pueden evitar que ocurran. En la zona ocupada, la vida es incierta y los movimientos libertarios por la autopreservación son clandestinos. En la Grecia no ocupada la vida es libre[12].

Una mirada instantánea a la Argólida, en el otoño de 1943, produce la imagen siguiente: el EAM, controlado por los comunistas, tenía a la Argólida por completo bajo su poder, con la excepción de las dos grandes ciudades de la llanura (en las que mantenía una activa organización clandestina). Ella dirigía abiertamente los pueblos mediante organizaciones locales recién formadas que se hallaban estrechamente controladas por un grupo de cuadros regionales, muy pequeño pero altamente activo, que viajaba de continuo por la zona. Hacia enero de 1944, las células del Partido Comunista estaban situadas en casi todos los pueblos y el propio partido estaba creciendo con rapidez. El EAM recaudaba impuestos, ofrecía apoyo logístico para las unidades de combate del ELAS, ubicadas en las montañas, controlaba todos los movimientos poniendo en circulación permisos de viaje, hacía funciones de policía en los pueblos de un modo tan efectivo que fue capaz de erradicar el robo de ganado y administraba la justicia local mediante una red de «cortes del pueblo». En cuestión de pocos meses, el EAM había pasado de ser una organización clandestina a ser nada menos que un Estado (McNeill, 1947, pp. 96-97).

[11] Oficina de información de la 117 División Jäger, informe mensual del 29 de noviembre de 1943, en Zervis, 1998, p. 109.

[12] «Report of Lt.-Col. J. M. Stevens on Present Conditions in CENTRAL GREECE», en Baerentzen (1982, p. 3). Esta situación se debía a varios factores, señalaba Stevens. El primero consistía en ser un país montañoso con pocas carreteras en los distritos de montaña: «Grecia es un país difícil de ocupar». La ocupación efectiva de las áreas de montaña requiere un gran aporte de tropas y un continuo abastecimiento de alimentos desde las llanuras: objetivos fáciles para las emboscadas. En segundo lugar, ellos tenían unos «malos servicios de inteligencia» sobre los rebeldes (en Baerentzen, 1982, pp. 3-5).

Un observador foráneo que mirase a la Argólida a finales de 1943 habría llegado probablemente a la conclusión de que ésta era una zona firmemente revolucionaria. Lo cierto es que tanto las fuentes orales como las escritas coinciden a la hora de describir el apoyo al EAM durante este periodo como casi unánime[13]. Con todo, resultaría incorrecto deducir del éxito del EAM que esta región resueltamente conservadora y monárquica se hubiera vuelto comunista de la noche a la mañana. Que un lugar sin tradición de conflicto social ni de movilización de masas y casi sin presencia comunista pudiera inclinarse de un modo tan rápido y tan aplastante apunta a la importancia de los procesos gemelos de colapso estatal y construcción estatal como factores en la conformación del comportamiento individual.

La fulgurante transformación de grupos pequeños, políticamente marginales, en estructuras estatales, un rasgo común a muchas insurgencias, ha suscitado a menudo argumentos influidos por el determinismo retrospectivo. Estos argumentos sostienen que, para que estas organizaciones hayan tenido tanto éxito, deben de haber sido reflejo de reivindicaciones profundas y de aspiraciones expresadas por el pueblo. De hecho, tales argumentos invierten la senda causal: en la Argólida, la movilización de masas claramente fue más una consecuencia que un precedente del establecimiento del control por parte del EAM y fue el control lo que engendró la colaboración más que a la inversa. Resulta claro que la población estaba resentida por la ocupación, era muy receptiva al mensaje político nacionalista expuesto por el EAM y estaba agradecida por la provisión de bienes públicos tangibles, tales como el orden y la protección frente al bandidaje rural. Con todo, el establecimiento del EAM como una estructura estatal habría sido imposible sin la convergencia de tres factores. El primero, el vacío de poder unido al desbaratamiento de las redes tradicionales de clientelismo ocasionado por la ocupación, hizo posible que el EAM asumiera el control con un número muy pequeño de miembros con mucha dedicación mientras que se rebajaban los riesgos de la colaboración individual (tal como señalaré más adelante, resultaba más arriesgado no colaborar con el EAM que hacerlo). El segundo, la tecnología organizativa del Partido Comunista (su experiencia en el uso de la organización clandestina), actuó como un multiplicador de la influencia del partido. Finalmente, la presencia en el trasfondo de una fuerza de combate del ELAS, pequeña pero muy visible, reclamaba con éxito el monopolio de la violencia en la región y aseguraba la credibilidad de sus sanciones. Esta fuerza procedía de una zona cercana en octubre de 1943 y estableció un campo en las áreas de mon-

[13] P. e., «Report by Lt. Col. R. P. McCullen on Present Conditions in the Peloponnese», PRO, HS 5/699.

taña de la Argólida; llevó a cabo varios arrestos durante esa época para establecer su autoridad y dar señales de su fuerza, pero evitó formas más extremas de violencia. De acuerdo con la autobiografía de un delegado del EAM (Lilis, s. f., pp. 45-46), estos arrestos creaban la impresión, en los pueblos de la llanura, de que había cientos de rebeldes armados en las montañas, un efecto que contribuyó a la neutralización de toda oposición. Un proceso paralelo fue descrito en un informe británico sobre el norte de Grecia en 1944: «En Macedonia, no existe ninguna oposición organizada al ELAS. Allí la oposición es lo que se susurra furtivamente por detrás de las puertas cerradas, lo que se comunica por las calles con rápidas miradas hacia atrás, lo que se deduce mediante la sugerencia y la indirecta, pero se trata, más bien, de un anhelo impotente e indirecto de un *deus ex machina.* El ELAS es demasiado implacable como para andar jugando con él y sus poderes de encarcelamiento arbitrario y de incautación ilegal de bienes son ilimitados»[14].

La violencia selectiva insurgente se introdujo en la región por medio de un grupo especializado: la organización del escuadrón de la muerte del Partido Comunista, el OPLA (acrónimo que quiere decir: Organización para la Protección de los Luchadores del Pueblo). En diciembre de 1943, en respuesta a la creación y a la expansión por parte del Gobierno colaboracionista de los Batallones de Seguridad, el Partido Comunista amenazó con represalias contra aquellos que se uniesen a ellos y los ayudaran, y contra sus familias. Estas directrices eran comunicadas a los brazos regionales del Partido, que procedían a diseminarlas a los brazos locales. En la Argólida, los mítines locales sobre la prevención del colaboracionismo tuvieron lugar en el otoño de 1943, en especial en los pueblos de la llanura profunda y exterior, donde la presencia de los alemanes estaba usurpando el control del EAM. Participantes en estos mítines me dijeron que los cuadros del Partido les entregaban una cuota de liquidaciones (por lo general, dos o tres personas por pueblo) y les pedían que ofrecieran los nombres de los «reaccionarios» y que consintieran las ejecuciones, a menudo de manera formal mediante la firma de documentos escritos (p. e., I-12). El EAM buscaba la eliminación de la gente influyente que no quería someterse a su poder y que pudiera manipular el comportamiento de sus vecinos, tales como los alcaldes, los doctores o los oficiales desmovilizados, que ya no estaban en el servicio activo (los NCO). Un oficial de enlace británico refirió desde el Peloponeso que los del EAM «eran unos maestros de la psicología de la "atrocidad ejemplar" [...]. Parecen especializarse en elegir al único hombre cuya muerte o desaparición haría que toda una zona continuase con su apoyo más o menos dócil a su causa»[15]. Al mismo tiempo, muchos miembros del comité del pueblo usaban su posición para arreglar asuntos personales y disputas locales (p. e., I-1; I-12). En otras palabras, la violencia se producía de forma conjunta por parte de los cuadros del partido y de los civiles de la localidad.

[14] «Situation in Greece: Assistance to Greek Resistance Movements», 2 December 1944, PRO, FO 371/43700, R21882.

Cuando se ofrecían nombres y se daba el consentimiento, los escuadrones OPLA, compuestos por hombres desconocidos para los aldeanos, descendían por la noche, se encontraban con guías locales, secuestraban a las personas identificadas y las llevaban a campos de prisioneros en las montañas. A continuación del interrogatorio y, a menudo, de la tortura, la mayoría eran ejecutados unos días más tarde; por lo general, mediante un corte en la garganta. Algunos eran apaleados y devueltos a su pueblo y algunos eran liberados.

Este proceso tuvo como resultado el asesinato de 37 personas, la mayoría de las cuales fueron asesinadas en enero de 1944. El epicentro de la violencia fue la llanura: el 35 por 100 de aquellos asesinados procedían de los pueblos de la llanura profunda; el 51 por 100, de los pueblos de la llanura exterior, y el 14 por 100 restante, del resto de la región. Estos asesinatos lograron su objetivo de crear una atmósfera de miedo y contribuyeron a consolidar el dominio del EAM. Al mismo tiempo, esta violencia generó un resentimiento considerable, que, no obstante, no podía expresarse dado el nivel de control del EAM y la ausencia de una alternativa política. Tal como observó un BLO, el aldeano «ha hablado de ello mucho en alguna esquina oscura con sus hermanos aldeanos, ha conspirado y ha urdido zafarse al menos del EAM en su pueblo, pero no tiene armas; por ello, se sienta allí mordiéndose tranquilamente su dedo índice de ese modo tan característico que quiere decir: "Vale, por ahora tú estás arriba, pero espera"»[16]. Otro pintaba un cuadro de los pueblos de las colinas y de las montañas de la Argólida durante ese periodo, que enfatizaba la eficacia de la amenaza de la violencia a la hora de neutralizar a los notables locales:

> Como regla general, la gente influyente, es decir, las personas con un nivel social bueno o más que bueno, tales como los doctores (*no* los maestros de escuela, que representan el peor elemento de la po-

[15] «Report by Cpl. Buhayar», PRO, HS 5/698. De acuerdo con otro informe: «En el otoño, todas las ciudades del Peloponeso estaban sujetas a las visitas nocturnas de los escuadrones de ejecución del EAM, dirigidos, ante todo, contra los simpatizantes del Ala Derecha» («Second Report of Colonel J. M. Stevens on Present Conditions in Peloponnese», PRO, HS 5/699).

[16] «Report by Lt. Col. R. P. McCullen on Present Conditions in the Peloponnese», PRO, HS 5/699.

blación de la montaña), han visto muy menoscabado su poder y su influencia aparentes a causa de la Gestapo del EAM. En realidad, la influencia, especialmente en el caso de los doctores, sigue lista para reafirmarse si el EAM no elimina a la persona en cuestión. Así se oye con frecuencia: «X es una persona influyente y todos lo reverenciamos, pero ahora no podemos decir nada», etc. Esta gente se opone de forma casi invariable al EAM, aunque no siempre abiertamente. Tienen su propio círculo de camaradas políticos de derechas o centro y pasan el tiempo tratando de tomar nota de todos los crímenes del EAM. Ellos exageran o subestiman por turnos y, en su conjunto, presentan una figura bastante patética. Algunos cuyos nombres daré más adelante, o bien han encontrado una vía de compromiso con el EAM, o bien su influencia es lo bastante grande como para evitar que el EAM los ataque por miedo al sentimiento popular[17].

Toda la violencia desplegada por los insurgentes era selectiva: las víctimas eran elegidas, nombradas y detenidas de forma individual. Esta campaña se veía facilitada por la ausencia de la opción de la contradenuncia: haber llevado a cabo con los alemanes una acción que era difícil de imaginar y aún más difícil de planear habría expuesto a las familias de los contradenunciantes a una retribución segura e inmediata por parte del EAM.

En contraste con esto, el expediente alemán para el mismo periodo combina tanto violencia selectiva como indiscriminada: seis individuos fueron asesinados de forma selectiva y 16 indiscriminadamente. La violencia selectiva tuvo lugar en dos pueblos de la llanura exterior, mientras que la violencia indiscriminada se concentraba en las colinas (87 por 100), la zona más próxima controlada por los rebeldes.

En abril de 1944, se operó el punto de inflexión para los alemanes. En ese punto, las autoridades alemanas decidieron castigar severamente a las organizaciones del EAM en las ciudades de Argos y Nafplio. Trayendo tropas adicionales, fortalecieron su presencia y pudieron teclear las fuentes locales de información; el 10 de abril, arrestaron a varios habitantes de Nafplio sospechosos de simpatizar con los rebeldes y los embarcaron hacia un campo de concentración que habían establecido junto a la ciudad de Korinthos (HAA/EDD Case 336/47)[18]. A finales de abril, se organizó en Korinthos una milicia colaboracionista, el Tercer Batallón de Seguridad y una unidad dirigida por un capitán del ejército griego llegó a Nafplio[19]. La unidad de Nafplio empezó inmediatamente a reclutar a nivel local, eventualmente alcanzando una fuerza de unos 150 hombres. La mayoría de aquellos hombres procedía de las dos ciudades; muchos eran antiguos gendarmes que se transfirieron desde la moribunda gendarmería a la milicia recién creada. 40 hombres procedentes del pueblo de Asini, en la llanura, se unieron siguiendo las órdenes de uno de los líderes del Batallón de Seguridad, que era de aquel pueblo. La milicia fue capaz de aislar con eficacia tanto a Nafplio como a Argos de los rebeldes y de destruir por completo las organizaciones urbanas del EAM. El buró regional del Partido Comunista fue aislado de las dos ciudades; los cuadros del partido se vieron obligados a huir a las montañas y algunos miembros del EAM desertaron y se pasaron a los BS. Un cuadro del EAM confirmará en sus memorias que este cambio en el control llevó a la población de las dos ciudades a alejarse del EAM, provocando un «enorme daño» (Lilis, s. f., pp. 91-93)[20].

Una vez que se consolidó el control de las ciudades, los alemanes y sus aliados locales empezaron a presionar hacia los pueblos de la llanura en torno al 10 de mayo; ellos aplicaban una estrategia de contrainsurgencia que los franceses denominarían más tarde como *tache d'huile* («mancha de aceite»): ponían varios puestos avanzados en esos pueblos o en torno a ellos, incrementaban sus patrullas, comenzaban a registrar a los aldeanos y controlaban con frecuencia sus documentos de identidad e imponían un severo toque de queda. De este modo, los pueblos de la llanura profunda y de la llanura exterior pasaron a la zona 2.

Del 15 de mayo al 31 de junio de 1944 (t_2)

El 19 de mayo, soldados alemanes y milicianos griegos lanzaron una serie de ataques que tenían como objetivo los pueblos de la llanura exterior sospechosos de simpatizar con los rebeldes. Dos días más tarde, lanzaron el mayor ataque en las colinas orientales, que eran vistas como un territorio rebelde. Este ataque, parte de una operación más amplia de barrido, denominada en clave Rabe (Cuervo), tenía como objetivo la aniquilación de los insurgentes en las regiones de

[17] «Narrative of Cap. P. M. Fraser. Peloponnese July 43 – April 44» y «Names of Influential Personnel in Argolido Korinthia», PRO, HS 5/698/S6557.

[18] El 22 de abril, 11 individuos de entre aquellos que habían sido arrestados fueron fusilados como represalia por una acción del ELAS (HAA/DAN E32/1945).

[19] «Action Report of the Third Security Battalion of Korinthos», DIS/AEA, 915/B/3.

[20] Esto también queda confirmado por un BLO que señaló que la violencia del EAM en las ciudades del Peloponeso había llegado a ser «tan terrible que, cuando los Batallones de Seguridad aparecieron por vez primera desde Atenas, fueron recibidos con gran entusiasmo. Incluso ahora, las poblaciones de las ciudades consideran a los Batallones de Seguridad como el menor de los dos males» («Second Report of Colonel J. M. Stevens on Present Conditions in Peloponnese», PRO, HS 5/699).

Corintia y la Argólida mediante el estrangulamiento de áreas enteras en un momento dado y procediendo entonces a «peinarlas»[21]. Éste fue un tiempo difícil para la población de la región: los alemanes arrojaron panfletos diciéndoles a los aldeanos que se quedaran en sus casas y avisando de que cualquiera que fuera cogido en los campos sería considerado un partisano y disparado inmediatamente; al mismo tiempo, los rebeldes ordenaron a los aldeanos que huyeran e incluso amenazaron con la muerte a cualquiera que se quedara atrás, tratando de facilitar su huida y de minimizar las deserciones. No fiándose de los alemanes, la mayoría de la gente decidió huir. Muchos de aquéllos, incluidos ancianos, mujeres y niños, fueron disparados y asesinados en los campos (en los informes militares alemanes figuraron como «asesinados cuando trataban de escapar»). La naturaleza gratuita de aquellos asesinatos es particularmente manifiesta en algunos casos que se dieron sobre gente que fue abatida a tiros justo porque resultó que estaban fuera de sus casas unos pocos minutos después del toque de queda de las 18:00 horas (ZSt. V 508 AR 2056/67). En general, durante esta operación fueron asesinadas 190 personas de forma indiscriminada en dos provincias de la Argólida que yo investigué, el 73 por 100 de las cuales procedía de aldeas de las colinas orientales[22].

Desde un punto de vista puramente militar, la operación Rabe fue un fracaso. La mayoría de los rebeldes, incluidos muchos de los cuadros aldeanos, pudieron evitar el cordón y reagruparse en regiones vecinas. Sin embargo, los pueblos que gobernaban habían sido abandonados. Después de unos pocos días, la mayoría de los aldeanos hubo de enfrentarse al hambre y empezó a volver a sus casas, donde no tenía otra opción que colaborar con la nueva autoridad: los alemanes y los milicianos. Uno de estos casos fue Heli (ahora Arachneo), una aldea de las colinas orientales. Después de haber perdido a 22 aldeanos en esta violencia indiscriminada, el pueblo fue obligado, en razón de su posición estratégica, a desertar y unirse a los alemanes. Aunque muchos pueblos desertaron ante los alemanes, sólo a unos pocos se les pidió que contribuyeran con hombres a la milicia colaboracionista: las armas eran limitadas y la ubicación estratégica era el factor principal para su reparto. De hecho, encontré varios casos de pueblos enteros que reclamaban armas sólo para afrontar una marcha de los alemanes (p. e., I-91; I-117). Cuando el comandante

[21] Resulta interesante anotar que, preparando la operación, los generales alemanes Hellmuth Fellmy y Karl Le Suire intercambiaron una correspondencia bastante acalorada sobre los procedimientos de represalias contra los civiles y la ejecución de rehenes; expresando la necesidad de una violencia selectiva, el general Le Suire se reservó para sí el derecho a ordenar cualquier represalia (Meyer, 2002, pp. 397-399).

[22] Documentos internos del ejército alemán (en Meyer, 2002, p. 400) refieren 235 griegos muertos y 51 arrestos en un área que se extiende más allá de la zona de estudio.

de una unidad alemana que operaba en Grecia informó en diciembre de 1943 de que sólo después de que las tropas alemanas apostaran guardias armados, estableciendo así la seguridad, fue cuando la población fue influida contra los guerrilleros. De otro modo, los rebeldes prevalecían y ejercían su poder sin trabas (Hondros, 1993, p. 155). Las evidencias de la Argólida sugieren que tenía razón: allá donde los alemanes suministraban protección armada, los pueblos colaboraban con ellos.

¿Por qué se unirían pueblos enteros a los alemanes, en el verano de 1944, cuando estaba claro que eran los Aliados los que estaban ganando la guerra? La respuesta apunta al poder de la realidad local por encima de la política internacional: cuando los alemanes y sus aliados locales ahuyentaban a los rebeldes del área, sus amenazas se hacían creíbles y, para aquellos que buscaban venganza contra los rebeldes, la oportunidad parecía bastante segura. Ésta fue la primera vez que estos aldeanos fueron testigos de extensas operaciones militares y creyeron que los partisanos que huían habían sido derrotados. Esta creencia se halla bien atestiguada tanto en mis propias entrevistas como en muchas memorias posteriores y, junto con la amenaza de castigo colectivo, fue un factor crucial que afectó a las decisiones de desertar de los aldeanos. Una frase típica de una entrevista es como sigue: «La gente pensaba que, como había una operación tan grande y como las montañas estaban llenas de alemanes, las guerrillas habían sido destruidas. "Bien", decían, "entonces habrá que pasarse a los alemanes"» (I-17)[23]. Como resultado, la Argólida pasó de ser revolucionaria (en abril de 1944) a ser ampliamente colaboracionista (a finales de junio de 1944) incluso más rápidamente de lo que había pasado de ser conservadora a ser revolucionaria a finales de 1943.

Estas defecciones colectivas seguían un patrón básico. Después de que los alemanes y los milicianos llegaran a un pueblo, reunían a todos los aldeanos en la plaza mayor y les pedían que tomaran una decisión: coger las armas y unirse a ellos en la lucha contra los rebeldes o sufrir un castigo colectivo. El alcalde del pueblo, consultando a los aldeanos más relevantes, por lo general aceptaba el trato. Para inducir al compromiso, los alemanes solicitarían que los aldeanos les entregaran a aquellos simpatizantes del EAM que no habían huido. En algunos casos, los aldeanos se las arreglaron para evitar hacer esto, mientras que en otros no (o estuvieron encantados de hacerlo). Por lo general, los simpatizantes del EAM serían fusilados en el acto. Los aldeanos, obviamente, tenían un horizonte limitado y es-

[23] Para una descripción de desarrollos semejantes en el oeste de Macedonia (complicado por la política étnica), véase «Report by a Supporter of EAM on the Development of the Situation in Western Macedonia», PRO, HS 5/234.

taban haciendo inferencias a partir del contexto local más que a partir del contexto nacional o internacional (I-18; I-80; -139; I-209). «La gente está hambrienta de noticias», escribía un BLO. «No puedo resaltar con la suficiente fuerza que la ignorancia del aldeano (lo mismo que la del hombre de ciudad, en lo que a eso se refiere) es sencillamente pasmosa»[24].

En su conjunto, esta violencia selectiva por parte de los alemanes y de sus aliados costó las vidas de 58 aldeanos. Esta violencia tomó como objetivo los pueblos de las colinas orientales (31 por 100)[25], de la llanura exterior (29 por 100), de la llanura profunda (17 por 100), de las colinas occidentales (12 por 100) y de la llanura oriental (9 por 100) y consolidó el dominio alemán. A finales de junio, los alemanes y sus aliados tenían el control de toda la Argólida excepto las colinas occidentales y las montañas. Los rebeldes y sus colaboradores fueron perseguidos y denunciados a los alemanes por los aldeanos locales por miedo, por venganza o por una mezcla de ambos. Previsiblemente, los familiares de las víctimas del EAM fueron los primeros en volverse contra el EAM. Por ejemplo, mis informantes (de izquierdas) del pueblo de Anifi atribuían la violencia y los asesinatos en su pueblo a las cuatro ejecuciones iniciales por parte del EAM que tuvieron lugar durante el invierno[26].

Las dos áreas que seguían bajo el control rebelde eran los pueblos de la montaña y de las colinas occidentales; a mediados de junio, las colinas occidentales empezaron a recibir visitas y ataques ocasionales por parte de los alemanes, pasando así de ser zona 5 a ser zona 4. Tanto los aldeanos individuales como los cuadros del EAM estaban observando con atención lo que estaba ocurriendo en las colinas orientales (Nassis, s. f.) y a ambos les aterraba aquella cantidad de violencia sin precedentes. Muchos individuos, incluidos los simpatizantes del EAM con conexiones en las ciudades, empezaron a huir hacia allá. El dominio del EAM estaba implosionando. Al mismo tiempo, los líderes del EAM estaban horrorizados por los desarrollos en el resto de la Argólida. A resultas de ello, decidieron iniciar una nueva oleada de violencia selectiva que tuvo como resultado el asesinato de 52 aldeanos, principalmente en las colinas occidentales (69 por 100)

[24] «Report by Lt. Col. R. P. McCullen on Present Conditions in the Peloponnese», PRO, HS 5/699.

[25] La violencia selectiva en las colinas orientales siguió cronológicamente a la violencia indiscriminada de la operación de barrido.

[26] Considérense los siguientes extractos de entrevistas (I-6; I-7; I-8): «Antes de estos [asesinatos] no había pasado nada. Después de esto, pasaron muchas cosas. Ésta fue la primera historia»; «todo empezó después de esto. El pueblo se dividió. Fue entonces cuando se dividió»; «ahí estuvo el error. Si no hubieran matado a aquellos cuatro, no habría habido sangre en Anifi»; «aquí en nuestro pueblo, oiga, si los partisanos no hubieran matado a aquellos cuatro hombres, no habría pasado nada».

y en unos cuantos pueblos de las montañas (25 por 100) que estaban expuestos a las incursiones de los detentadores del poder.

Julio de 1944 (t_3)

Después de haber «pacificado» la llanura y las colinas orientales en junio, los alemanes y sus aliados volvieron su atención hacia las colinas occidentales y las montañas circundantes. El 17 de julio, lanzaron una gran operación para destruir las bases de la guerrilla en las montañas. Tan pronto como se lanzó el ataque, los aldeanos se marcharon huyendo hacia las montañas más altas. La geografía los ayudó y los alemanes, esta vez, estuvieron más contenidos. Como resultado, esta operación causó pocas víctimas indiscriminadas en comparación con el gran número que hubo en el este de la Argólida, la mayoría de ellas en las aldeas de montaña: el 87 por 100 de las víctimas de la violencia indiscriminada de los detentadores del poder procedía de estos pueblos.

Al mismo tiempo, los detentadores del poder estaban consolidando su control mediante el uso de la violencia selectiva; los alemanes y los colaboradores causaron 44 muertes, más o menos distribuidas de forma uniforme por toda la región. Por su parte, los insurgentes mataron más del doble de gente luchando contra la pérdida del control. De los 96 asesinatos, el 48 por 100 se dio en los pueblos de las montañas y el 39 por 100 en las colinas occidentales, las dos regiones donde el control rebelde estaba cayendo a plomo. Resulta muy elocuente que los partisanos ejecutasen a 86 aldeanos justo antes del ataque alemán de julio. Apenas sorprende que, tan pronto como los rebeldes empezaron a evacuar la zona, los pueblos de las colinas occidentales se levantaron contra ellos; los aldeanos armados con bieldos y otros instrumentos agrícolas atacaron a los pocos cuadros que se habían quedado atrás y, o bien los mataron, o bien se los entregaron a los alemanes.

Del 26 de julio al 5 de octubre de 1944 (t_4)

Hacia finales de julio de 1944, el rápido avance del ejército soviético en los Balcanes amenazaba con rodear por completo a los alemanes en Grecia, obligándolos a evacuar el país. En la Argólida, este proceso comenzó el 26 de julio con la evacuación de las áreas montañosas que acababan de ser «pacificadas». A principios de agosto, las colinas «pacificadas» también fueron abandonadas y el ejército de ocupación y la milicia colaboracionista se reunieron en las ciudades y en sus

puestos avanzados de la llanura profunda. Tan pronto como los alemanes se marcharon, destacamentos armados de partisanos empezaron a volver, preparados para la venganza contra los aldeanos que se habían vuelto contra ellos. Ellos dominaron con facilidad a la mayoría de los campesinos desarmados de las colinas occidentales y quemaron sus pueblos; también atacaron los dos pueblos de las colinas, Heli (29 de julio) y Achladokambos (18 de septiembre), que se habían unido a la milicia colaboracionista, derrotando a sus defensores y sometiendo a prisioneros y civiles por igual a la violencia indiscriminada (106 víctimas, en total). Además, mataron selectivamente a 69 personas, acusadas, con razón o sin ella, de haber desertado (74 por 100 en las colinas orientales). Durante el mismo tiempo, la violencia por parte de los detentadores del poder cayó hasta niveles insignificantes.

Los alemanes evacuaron Argos el 19 de septiembre y los Batallones de Seguridad rindieron sus armas el 5 de octubre en el bastión de Nafplio. Mientras el espíritu de venganza estaba en su apogeo, en especial en las dos ciudades y en los pueblos de la llanura exterior que habían estado bajo control alemán durante todo el verano, la organización EAM impuso un control estricto y prohibió los actos de venganza[27]. Tuvieron lugar muchos arrestos pero no ejecuciones. Aunque la Argólida quedó libre de asesinatos, el miedo fue creciendo. En noviembre, las autoridades regionales de la provincia de Nauplía emitieron un anuncio deplorando la huida de gente hacia Atenas, supuestamente a causa de rumores sobre arrestos generados por «una pequeña minoría reaccionaria» (HAA/DAN E24/1944).

Una observación final tiene que ver con la fuente de la decisión de tomar como objetivo áreas particulares para las operaciones de contrainsurgencia. Las evidencias históricas de las que se dispone sugieren con mucha fuerza que el lugar del proceso decisorio alemán sobre cuándo y dónde lanzar sus diversas operaciones de barrido se dio en niveles de la jerarquía militar que estaban muy por encima de la Argólida (Meyer, 2002). Por el contrario, los rebeldes contraatacaron después de que los alemanes hubieran dejado un área particular o hubieran hecho decrecer su presencia de forma sustancial. En otras palabras, la aplicación de los recursos militares a áreas particulares es claramente exógeno respecto a los desarrollos internos en estos pueblos y podría explicarse sólo en el contexto de un modelo general (y altamente complejo) que tendría en cuenta las tendencias militares domésticas e internacionales.

[27] Véase la directriz 546/15 de la Secretaría de Interior de PEEA (fechada el 8 de septiembre de 1944 y firmada por Giorgos Siantos) que fijaba un código de conducta para la policía del EAM, recientemente formada (Politofylaki) (DAN E27/1944) y una directriz similar del ELAS HQ (fechado el 24 de octubre de 1944) advirtiendo contra la venganza privada (ASKI, KKE 418/F30/4/25).

Para concluir esta sección: es claramente posible volver a contar de un modo convincente la guerra civil en la Argólida confiando en el tipo de observaciones analíticas sobre la relación entre colaboración, control y violencia que destaqué en la sección teórica de este libro.

5. Después del fin de la ocupación

La transformación del EAM en un Estado alternativo en 1943-1944 se completó mediante su transformación en un Estado efectivo el octubre de 1944. Éste unificó su soberanía a nivel regional mientras que, a nivel nacional, los ministros del EAM se unieron al Gobierno en el exilio cuya autoridad no se extendía fuera de Atenas, en lo que se denominaba un Gobierno de Unidad Nacional. Este Gobierno claramente había nacido muerto y los desacuerdos sobre el desarme del ELAS llevaron a la insurrección comunista en diciembre de 1944. El ELAS fue derrotado y se encargó del país un nuevo Gobierno que excluía a los comunistas. A continuación de un periodo de barullo que incluyó la persecución de los antiguos miembros del EAM, el Partido Comunista lanzó una nueva insurgencia en 1946, generando un nuevo *round* de lucha que acabó con una nueva y definitiva derrota para los comunistas en 1949.

La guerra civil de la posguerra no le afectó a la Argólida tanto como lo hizo la guerra civil durante la ocupación. Los seguidores del EAM fueron discriminados, hostigados y arrestados; a menudo, fueron torturados por gente cuya principal motivación era la venganza; no obstante, los asesinatos resultaron escasos[28]. De los miembros arrestados del EAM, unos pocos fueron ejecutados, mientras que la mayoría vieron conmutadas sus sentencias y cumplieron varias temporadas en prisión. Los últimos presos fueron liberados en 1963, aunque algunos fueron arrestados de nuevo a continuación del golpe militar de 1967. Los rebeldes comunistas del denominado Ejército Democrático de Grecia no estuvieron muy activos en la Argólida. Las primeras bandas izquierdistas aparecieron en la región durante el verano de 1946 y estuvieron compuestas por antiguos miembros del EAM perseguidos por las autoridades. En 1947, en las montañas de Arcadia, en el Peloponeso central, se formaron bandas del ala izquierda, más centralizadas, pero rara vez llegaron a la Argólida, que

[28] Memorias de Andreas Kranis, jefe de la Gendarmería de Argos; «Cable from Nauplion», 2 de marzo de 1946; «Telegram from Nauplion», 21 de marzo de 1946, AMFOGE I, Prefect Reports; «General Report on the Entire Area of Argos», 14 de marzo de 1946; «Memorandum from District Board #I to Central Board, 18 March 1946», AMFOGE I, District Boards.

permaneció bajo firme control gubernamental. Una operación de barrido, lanzada en el invierno de 1948-1949, combinada con la evacuación de algunas aldeas de montaña, una campaña sobre los sospechosos de colaboración con los rebeldes en ciudades y pueblos y un invierno especialmente duro, llevó a la derrota total de los insurgentes en el Peloponeso. El corazón de la insurgencia en el norte de Grecia fue derrotado más tarde en aquel año (Zafiropoulos, 1956).

La diferencia entre las dos fases de la guerra civil en la Argólida (1943-1944 y 1946-1949) puede explicarse de dos formas. Una explicación indica las preferencias conservadoras de los campesinos, a la vez que la alienación causada por la masiva violencia de izquierdas durante la ocupación. No obstante, esta explicación malograría el examen comparativo: en primer lugar, los milicianos colaboracionistas fueron responsables de un nivel de violencia tan masivo como la izquierda; en segundo lugar, áreas del Peloponeso como Laconia y Arcadia, de un conservadurismo semejante, experimentaron una actividad mucho mayor de la izquierda en 1947-1949, de lo que lo hizo la Argólida, a pesar de los altos niveles de violencia izquierdista durante la ocupación. La segunda explicación acentúa la capacidad del Estado. El Estado griego, más poderoso que lo que nunca hubieran sido las autoridades de ocupación alemanas, pudo mantener el control de las colinas y aisló a los rebeldes de la llanura. La extensión del control gubernamental se refleja en el hecho de que, durante este periodo, muchos antiguos guerrilleros del EAM (incluidos algunos de mis informantes) fueron reclutados por el ejército griego y lucharon contra algunos de sus antiguos camaradas. Al mismo tiempo, no obstante, el Estado griego no era lo bastante fuerte como para controlar las áreas montañosas del Peloponeso (p. e., en las prefecturas de Laconia y Arcadia) y, en particular, las montañas de la Grecia central y septentrional. En otras palabras, la diferencia en la capacidad estatal entre los detentadores del poder de 1943-1944 y de 1946-1949 se refleja en la ubicación geográfica de las dos guerras: la última tuvo lugar en altitudes más elevadas que la anterior. Volveré sobre esta observación más adelante, en este capítulo.

6. Violencia: estadísticas descriptivas

Entre septiembre de 1943 y septiembre de 1944, 725 civiles murieron violentamente en 61 pueblos que estudié, un 1,61 por 100 de su población total (tabla 9.2)[29]. En contraste con esto, sólo 49 luchadores de la Argólida fueron asesinados en batallas (35 rebeldes y 14 mi-

[29] La abrumadora mayoría de las víctimas eran hombres y campesinos.

Tabla 9.2. Estadísticas descriptivas básicas sobre la violencia.

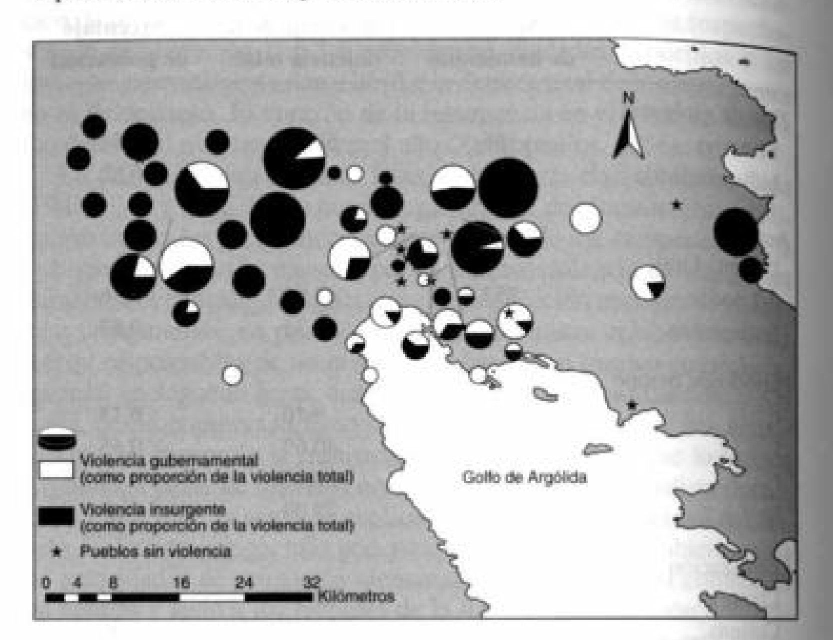
	Número de homicidios	Porcentaje de la violencia total	Porcentaje de población
Tipo de violencia			
Selectiva	366	50,48	0,81
Indiscriminada	359	49,52	0,80
Actor			
Detentadores del poder	353	48,69	0,76
Insurgentes	372	51,31	0,83
Periodo de tiempo			
t_1	66	9,10	0,15
t_2	295	40,69	0,65
t_3	168	23,17	0,37
t_4	196	27,03	0,43
Localización			
Llanuras	152	20,97	0,34
Colinas	450	62,07	1,00
Montañas	123	16,97	0,27
TOTAL	725		1,61

licianos colaboracionistas). Entre los individuos asesinados, 366 (50,48 por 100) fueron asesinados de forma selectiva y 359 (49,52 por 100) de forma indiscriminada. Los alemanes y sus aliados mataron a 353 personas (48,69 por 100) y los insurgentes a 372 (51,31 por 100)[30]. De acuerdo con mi estimación provisional, 169 más fueron asesinados en las dos ciudades, Argos y Nafplio (0,84 por 100 de su población)[31]; de 108 (64 por 100) fueron asesinados por los detentadores del poder y 61 (36 por 100) por los insurgentes. La tabla 9.2

[30] Esta distribución es un hallazgo histórico interesante en sí mismo, pues la bibliografía historiográfica sobre la ocupación y la guerra civil en Grecia han infravalorado la violencia de la izquierda, enfatizando, hasta la exclusión de cualquier otro factor, su mensaje ideológico, su supuesto apoyo popular y el comportamiento disciplinado de sus seguidores. Yo situé un informe clasificado de posguerra al politburó del KKE por un cuadro comunista regional que menciona «más de 1.200 ejecuciones de individuos [por los comunistas en las provincias de la Argólida y Corintia] que nosotros hoy no podemos justificar en absoluto»; este informe se refiere a los abusos extendidos y masivos por todo el Peloponeso (ASKI, KKE 418/F24/2/114).

[31] Así, el imponente total para las dos comarcas de la Argólida es de 901 víctimas.

Figura 9.3. Distribución espacial de la violencia selectiva, septiembre de 1943 - septiembre de 1944.

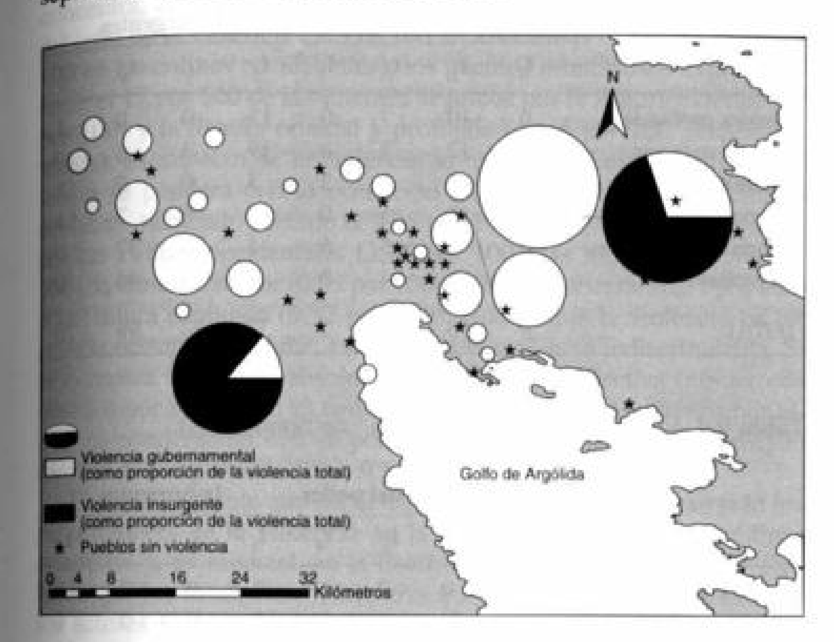


ofrece un sumario de las estadísticas descriptivas básicas. Claramente, la violencia fue predominantemente rural, tanto en términos absolutos como en términos relativos. Los asesinatos tuvieron su culmen entre mediados de mayo y junio de 1944 (t_2) y afectaron a los pueblos de las colinas mucho más que a aquéllos de las llanuras o las montañas. Estos patrones implican que un análisis que ignoraba la violencia selectiva en favor de la indiscriminada y la insurgente en favor de la que provocaban los detentadores del poder (o viceversa) descartaría la mitad de los datos y sesgaría el análisis.

La distribución espacial de la violencia selectiva e indiscriminada a lo largo de todo el periodo estudiado y a través de las dos provincias de la Argólida se representa mediante un esquema en forma de tarta; el tamaño refleja la magnitud de la violencia y el color representa la contribución proporcional de cada actor político a ella. Los pueblos sin violencia se indican con una estrella.

El principal patrón que emerge de una comparación de los dos mapas en las figuras 9.3 y 9.4 es que la violencia selectiva se hallaba distribuida de un modo mucho más uniforme que la violencia indiscriminada, que tendía a estar más concentrada. O, dicho de otro modo, eran muchos más los pueblos que escapaban a la violencia indiscriminada que a la selectiva. Aunque la intensidad de la violencia, sea

Figura 9.4. Distribución espacial de la violencia indiscriminada, septiembre de 1943 - septiembre de 1944.



selectiva o indiscriminada, varía enormemente, las masacres más grandes eran indiscriminadas. Finalmente, la masa de violencia indiscriminada era producida por los detentadores del poder, lo que no ocurre con la violencia selectiva, donde los insurgentes tendían a dominar. Los datos subyacentes para ambos tipos de violencia, desglosados en tres dimensiones (acto, localización y tiempo), se despliegan en las tablas 9.3 y 9.4.

Estos datos sugieren los patrones siguientes a través de las tres dimensiones de actores, tiempo y espacio. En primer lugar, la violencia global se divide de forma equilibrada entre detentadores del poder e insurgentes. Este patrón contradice una percepción muy extendida por la que los detentadores del poder tienen mucha mayor propensión a cometer violencia contra los no combatientes; esta percepción, que es común a muchas guerras civiles, domina tanto la bibliografía historiográfica sobre la guerra civil griega como también los estudios locales de la Argólida, que ponen el acento, únicamente o ante todo, en la violencia germano-colaboracionista (p. e., G. Margaritis, 2000; Papalilis, 1981). Esto subraya el sesgo de medición potencialmente enorme que afecta a los estudios que asumen que la violencia sólo es producida por los detentadores del poder y/o se fía sólo de fuentes secundarias, incluidos algunos estudios transeccionales de tamaño n.

Tabla 9.3. Violencia selectiva (n.° de homicidios).

	Detentadores del poder				Insurgentes			
	t_1	t_2	t_3	t_4	t_1	t_2	t_3	t_4
Llanura profunda	0	10	7	0	13	0	0	1
Llanura exterior	9	12	7	0	19	3	6	0
Llanura oriental	0	5	4	2	3	0	0	18
Colinas orientales	0	18	5	0	0	0	7	51
Colinas occidentales	0	7	5	5	1	36	37	0
Montañas	0	1	14	0	1	13	46	0
TOTAL	9	53	42	7	37	52	96	70

Tabla 9.4. Violencia indiscriminada (n.° de homicidios).

	Detentadores del poder				Insurgentes			
	t_1	t_2	t_3	t_4	t_1	t_2	t_3	t_4
Llanura profunda	0	0	2	1	0	0	0	0
Llanura exterior	6	21	2	1	0	0	0	0
Colinas orientales	5	138	0	0	0	0	0	62
Colinas occidentales	9	9	0	0	0	0	0	55
Llanura oriental	0	0	0	0	0	0	0	0
Montañas	0	22	26	0	0	0	0	0
TOTAL	20	190	30	2	0	0	0	117

En segundo lugar, los dos actores divergen con claridad cuando se llega al tipo de violencia que usan. La violencia insurgente es, ante todo, selectiva (68,55 por 100 del tiempo), mientras que la violencia gubernamental es el opuesto exacto (68,56 por 100 indiscriminada). Desde un ángulo diferente, cerca del 70 por 100 de toda la violencia selectiva es producida por los insurgentes frente al 30 por 100 que es producida por los detentadores del poder, y viceversa para la violencia indiscriminada. Este patrón resulta coherente con la expectativa teórica de que la discriminación en la violencia se relaciona con el acceso a la información local (capítulo 6): a pesar de su postrera dependencia de aliados locales, los alemanes tuvieron poco acceso a la información local en comparación con los rebeldes, que disfrutaron de una extensa red local.

Si se vuelve al espacio geográfico, se hace claro que hay una variación significativa en la ubicación de la violencia. La violencia se concentra, ante todo, en las colinas, donde se observa el 62 por 100 del total de la violencia (39 por 100 en las colinas orientales y 23 por 100 en las colinas occidentales); los pueblos montañosos experimentaron el 17 por 100 de la violencia seguidos por la llanura exterior (12 por 100) y la llanura oriental y profunda (4 y 5 por 100, respectivamente). El impacto de la violencia se hace más claro cuando la violencia se pondera con la población aldeana. Las colinas orientales destacan, habiendo perdido el 5,06 por 100 de su población, seguidas por las colinas occidentales (3,25 por 100), las montañas (1,74 por 100), la llanura exterior (0,83 por 100), la llanura oriental (0,51 por 100) y la llanura profunda (0,32 por 100). Nótese que la violencia en las colinas orientales se debe, ante todo, a la violencia indiscriminada. Si se compara el tamaño absoluto de la violencia selectiva (número de muertos por aldea) con su tamaño relativo (número de muertos por aldea en ponderación con la población aldeana), no produce ningún cambio en los patrones (figs. 9.5 y 9.6)[32].

Era más probable que los detentadores del poder hubieran sido los perpetradores de la violencia en la llanura profunda, en las colinas orientales y, en especial, en la llanura exterior (35 por 100 más probable que los insurgentes), mientras que los insurgentes tendían a ser los actores violentos en la llanura oriental y, especialmente, en los pueblos de montaña. Para un analista que asumiera que las tierras bajas eran bastiones gubernamentales, que las montañas estaban controladas por los rebeldes y que las colinas eran áreas en liza, ideas que, *por término medio,* son correctas, este patrón sugeriría una concentración de la violencia en las áreas en liza y el empleo de menos violencia, aunque ésta siga siendo sustancial, por parte de los actores armados dentro de sus bastiones. No obstante, esta interpretación geográfica resulta ser errónea, un error causado por la carencia que tienen la mayoría de los analistas de una medida apropiada del nivel de control y su subsiguiente incapacidad para captar correctamente los cambios en el control. O, dicho de otro modo, aunque a veces el control guarde correlación con la geografía, hay una variación sustancial a lo largo del tiempo en la distribución del control tanto en las tierras bajas como en las montañas. De hecho, resulta que la mayor parte de la violencia gubernamental en las tierras bajas tuvo lugar cuando esta

[32] En el análisis que sigue, emplearé, más bien, el número de muertes absoluto más que el ponderado. Hay buenas razones teóricas para hacer eso: una muerte tiene el mismo efecto en un pueblo de 300 personas que en un pueblo de 1.000. En todo caso, dada la poca variación en el tamaño de los pueblos ($\mu = 739$, $\sigma^2 = 499,5$), las medidas normalizadas están muy cerca de las absolutas.

Figura 9.5. Violencia selectiva según el actor y la localización geográfica.

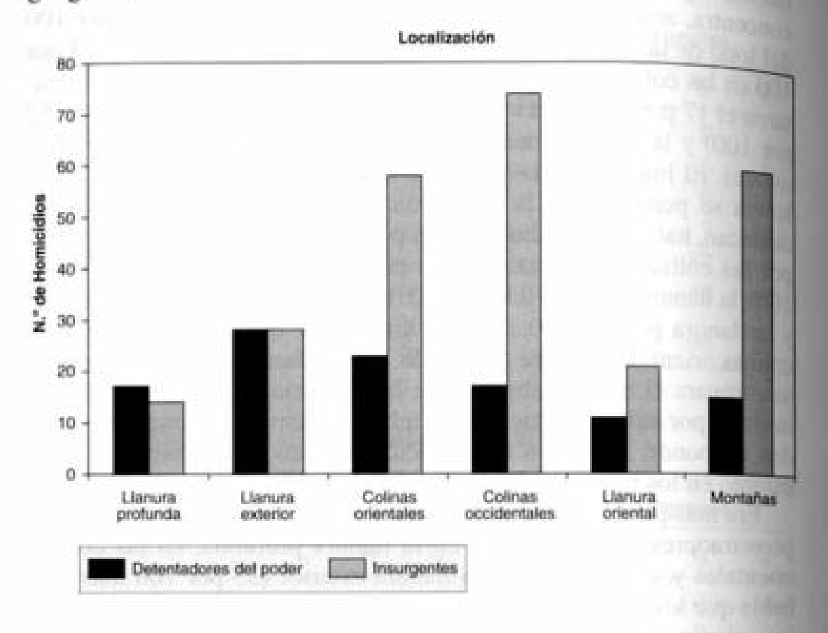


Figura 9.6. Violencia selectiva según el actor y la localización (normalizada).

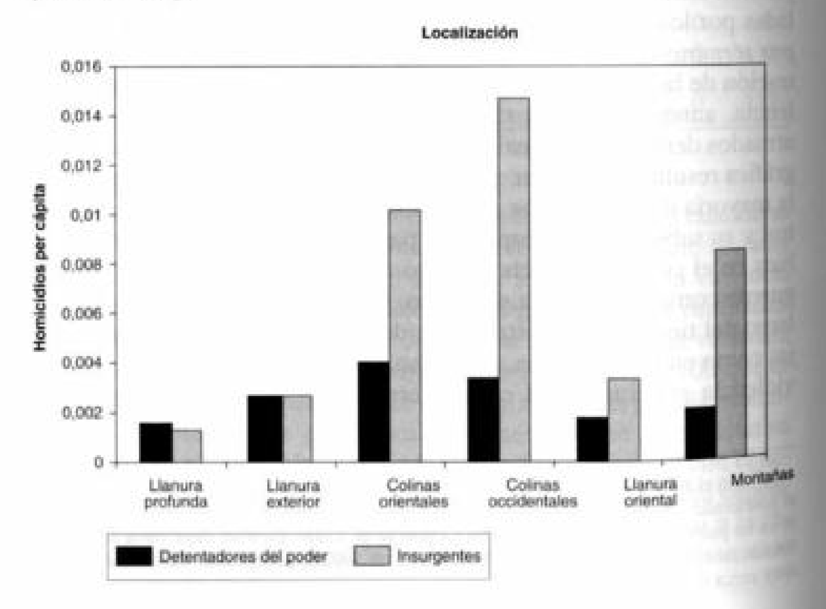


Tabla 9.5. Propensión al conflicto y a la violencia de guerra civil.

	Violencia total (n.º de homicidios)	**Violencia selectiva total (n.º de homicidios)**	**Violencia selectiva (n.º de homicidios por 100 habitantes)**	**Índice de litigiosidad (n.º de juicios per cápita en 1935-1939)**
Llanura profunda	34	31	0,29	0,06
Llanura exterior	86	56	0,54	0,06
Colinas orientales	286	81	1,42	0,08
Colinas occidentales	164	91	1,81	0,03
Llanura oriental	32	32	0,51	0,09
Montañas	123	75	1,06	0,05

zona no estaba bajo un control gubernamental total; lo mismo resulta cierto respecto a los insurgentes. Esta variación se halla oculta cuando uno mira únicamente a los patrones globales. Lo cierto es que la introducción del control diluye el efecto de las variables geográficas, tales como la altitud y la distancia desde la ciudad más próxima (lo que se discutirá más tarde).

A partir de la distribución espacial de la violencia, uno podría verse tentado a avanzar una interpretación que apuntaría, o bien a la orientación política de los pueblos en la época de preguerra, o bien a algunas características inadvertidas que inducían al conflicto de los grupos de pueblos más violentos. A pesar de su atractivo exterior, ambas interpretaciones serían problemáticas. En primer lugar, no hay correlación entre el nivel de violencia y la orientación política de los pueblos en la época de preguerra; los pueblos que votaron por candidatos liberales en las elecciones anteriores a la guerra no tenían más probabilidades ni menos de experimentar violencia que las aldeas que votaron por candidatos monárquicos[33]. En segundo lugar, las aldeas más castigadas sufrieron principalmente violencia indiscriminada y no hay un vínculo plausible entre la predisposición al conflicto anterior a la guerra y la violencia indiscriminada de los alemanes durante la guerra. Podría esperarse, por el contrario, que la predisposición al conflicto impactara en la violencia selectiva. En el contexto de Grecia, un buen

[33] Yo empleé como indicador una variable cero para medir si un pueblo tuvo una mayoría conservadora o liberal en las elecciones de 1933. Éste es un indicador imperfecto. La votación tuvo lugar en un pequeño número de pueblos y, por tanto, resulta imposible estimar el resultado exacto para cada pueblo.

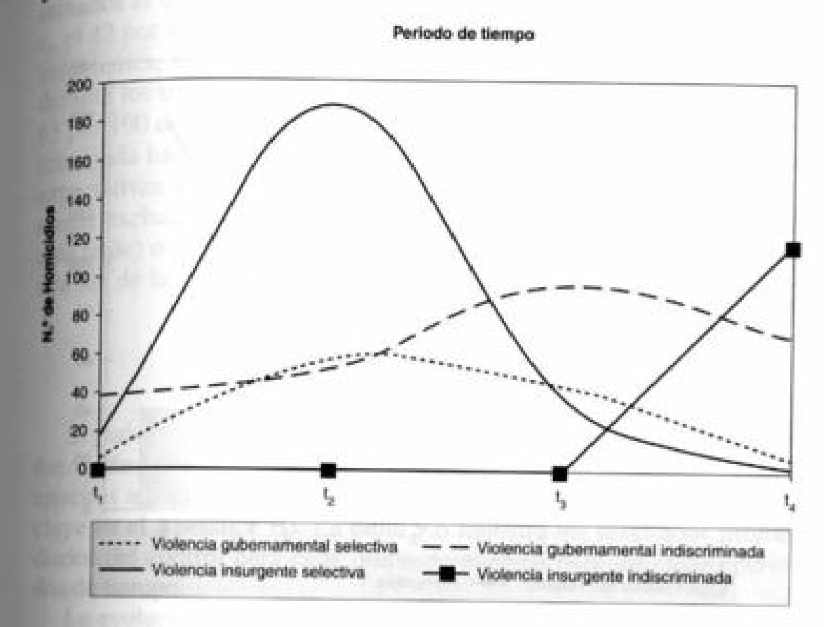
sustituto de la predisposición al conflicto y del colapso de los mecanismos informales de control es el nivel de pleitos que se dio en los juzgados locales antes de la guerra. Por consiguiente, yo he construido un índice de litigiosidad para cada pueblo, que es el número per cápita de todos los procesos civiles que tuvieron lugar entre 1935 y 1939 que implicaran al menos a un habitante del pueblo (N = 2.813). La idea de emplear este índice como sustituto surgió durante las entrevistas: cuando se preguntaba si una aldea tenía la reputación de conflictiva, una típica respuesta positiva resaltaría que sus habitantes seguían «demandándose unos a otros» o «pasaban un montón de tiempo en los juzgados». De hecho, la bibliografía etnográfica sobre Grecia ha resaltado tanto el papel de la litigación como un mecanismo común de resolución de conflictos (p. e., Du Boulay, 1974, p. 178) como el papel omnipresente de los abogados en la sociedad rural griega, como hombres que dan consejo legal y asisten a la gente en el juzgado pero también como agentes que se encuentran entre los campesinos y las autoridades estatales (Campbell, 1974, p. 242)[34]. De ahí que no resulte sorprendente descubrir que, en la Argólida, el acceso a los juzgados no estaba reservado a la gente adinerada, ni siquiera la gente pudiente; un hecho que aparece también indicado por el alto número de juicios[35].

No obstante, un examen del índice no muestra correlación alguna entre los patrones de litigación antes de la guerra y la violencia selectiva durante la guerra. De hecho, las aldeas más proclives al conflicto (llanura oriental) experimentaron los segundos niveles más bajos de violencia selectiva durante la guerra. En contraste, los pueblos menos proclives al conflicto (colinas occidentales) sufrieron el mayor nivel de violencia selectiva. Pese al mismo nivel de proclividad al conflicto, los pueblos de las llanuras profunda y exterior experimentaron tasas dife-

[34] Según Du Boulay (1974, p. 178), los aldeanos de Ambéli recurrían a la ley con tanta frecuencia que tenían «la reputación de gastar la mayoría de su tiempo, y todo su dinero, en ello», mientras que los pastores trashumantes *sarakatsami* estudiados por Campbell (1974, p. 245) figuraban «en muchos casos judiciales».

[35] Llevar regresivamente el índice de la litigiosidad de preguerra hacia la altitud y la riqueza produce una correlación negativa (pueblos pobres y montañosos tienen niveles bajos de litigación) que, no obstante, es, a la vez, pequeña y estadísticamente insignificante. Es posible que sólo los individuos pudientes en pueblos pobres usaran los juzgados, pero los materiales judiciales que he leído sugieren otra cosa, lo mismo que mis encuestas. En el análisis regresivo, incluí una variable independiente que hace interactuar el control con la litigiosidad de preguerra, planteando como hipótesis que el conflicto de preguerra puede generar violencia sólo bajo el nivel «correcto» de control. Esta hipótesis se confirma para dos periodos de tiempo, de un total de cuatro: en t_1 y, en especial, en t_4, el periodo de interacción resulta estadísticamente importante con un efecto pronunciado sobre la violencia, mientras que, al mismo tiempo, provoca el efecto de que crece el control. El efecto del periodo de interacción es sustantiva y estadísticamente insignificante para los periodos t_2 y t_3. Resulta, por tanto, posible que las condiciones que favorecen la violencia puedan hacer estallar los conflictos preexistentes sólo bajo condiciones localmente específicas.

Figura 9.7. Variación temporal de la violencia según el actor y el tipo.

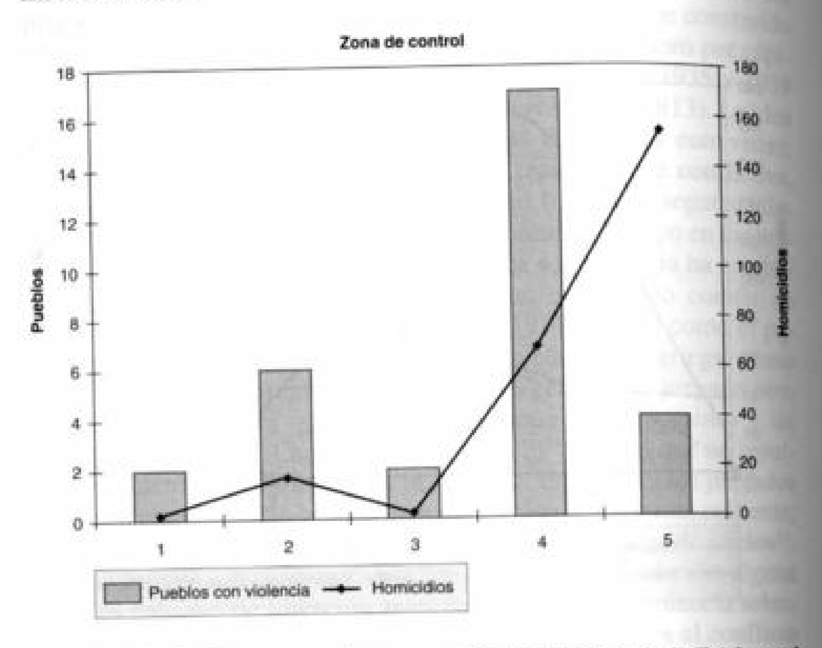


rentes de violencia. Sólo los pueblos de las colinas orientales desplegarán un nivel «equiparable» de proclividad al conflicto y la violencia de guerra civil (tabla 9.5). Más aún, la litigiosidad de preguerra tampoco acierta a predecir la violencia selectiva al nivel del pueblo individual. Las evaluaciones de variables múltiples, que se discuten más adelante, muestran también que esta variable no tiene ningún efecto.

Finalmente, volveré sobre la dimensión temporal. El cuadro general es el de un lento comienzo, seguido por una explosión de violencia y, finalmente, por una moderada reducción de la intensidad. El peor periodo era el segundo (t_2), que cuenta con el 40,69 por 100 de toda la violencia, seguido por el último (t_4) (27,03 por 100), el tercer periodo (t_3) (23,17 por 100) y el primero (t_1) (9,10 por 100). La desagregación del tipo de violencia por actor muestra que los detentadores del poder reducen su violencia indiscriminada después de t_2, mientras que los insurgentes confían en ella más en t_4 (fig. 9.7).

Las evidencias resultan, por lo general, coherentes con las expectativas teóricas sobre la violencia indiscriminada, tal como se señaló antes. Al mismo tiempo, la disposición de los alemanes para recurrir a la violencia indiscriminada masiva también captará el efecto de variables que se excluyen explícitamente de la teoría, tales como su ideología, su debilidad militar en Grecia y el hecho de que la ocupa-

Figura 9.8. Frecuencia e intensidad de la violencia gubernamental indiscriminada.



ción de Grecia fuera parte de una contienda militar total. Evaluar el papel independiente de estas variables requiere un análisis comparativo que pase por varios países. No obstante, el cambio alemán hacia una violencia más selectiva confirma la importancia de la dinámica de la guerra irregular a la hora de dar forma a su violencia *a pesar de* estos factores más generales.

La desagregación por zona de control muestra que los detentadores del poder toman como blancos de forma indiscriminada, sobre todo, pueblos de la zona 4. En términos de intensidad de violencia, no obstante, la mayoría de las víctimas de la violencia son habitantes de pueblos situados en la zona 5, es decir, en la zona central de los rebeldes (fig. 9.8); en otras palabras, las grandes masacres indiscriminadas son mucho más probables en la zona 5; aunque los detentadores del poder también tomen como blanco a pueblos de otras zonas, las víctimas serán escasas; de hecho, los pocos ejemplos de violencia indiscriminada en las zonas 1, 2 y 3 resultan haber sido, más que nada, accidentes y errores. Este patrón resulta coherente con la hipótesis 3, que propone que los actores políticos tienden a usar la violencia indiscriminada allá donde su nivel de control es bajo. Finalmente, de forma consistente con la hipótesis 1 (que propone que es probable que los actores políticos indiscriminados se vuelvan gradualmente más selectivos),

los detentadores del poder reducen su violencia indiscriminada y cambian, con el tiempo, a una violencia más selectiva: ellos son indiscriminados el 69 por 100 del tiempo en t_1, el 78 por 100 del tiempo en t_2, el 42 por 100 del tiempo en t_3 y el 22 por 100 del tiempo en t_4. Los insurgentes, no obstante, pasan de ninguna violencia indiscriminada durante los tres primeros periodos de tiempo a ser indiscriminados el 63 por 100 del tiempo, en el último. El estallido de la violencia indiscriminada hacia el final de las hostilidades resulta coherente con mis expectativas teóricas y apunta a mecanismos que se hallan explícitamente excluidos de la teoría, tales como la venganza (volveré a ésta más tarde) o el cálculo político (la eliminación de los rivales armados a la luz de la situación política emergente en la posguerra).

7. Control: estadísticas descriptivas

Si pude codificar los niveles cambiantes de control en la Argólida, fue valiéndome de información sobre la ubicación precisa de los dos ejércitos a partir de diversas fuentes (el protocolo codificador se incluye en el Apéndice B). La tabla 9.6 muestra los resultados promediados del control para cada grupo de pueblos para los cuatro periodos de tiempo.

La evolución del conflicto en la Argólida puede resumirse de forma sucinta mediante una métrica sencilla: el resultado promediado del control para la región entera según el periodo de tiempo. Recuérdese que el índice de control para una localidad dada varía de 1 (control gubernamental total) a 5 (control insurgente total). La mayoría de la región estaba controlada por los insurgentes en t_1 (resultado promediado de control: 4,06); los detentadores del poder contraatacaron con éxito en t_2 (resultado promediado de control: 2,89) y consolidaron sus ganancias en t_3 (resultado promediado de control: 1,98), pero empezaron a retirarse en t_4 mientras aún tenían el control de las tierras bajas (resultado promediado del control: 3,12). Después de que los alemanes se marcharan en septiembre de 1944 y de que sus aliados locales, o bien se fueran en desbandada, o bien abandonaran la zona, el resultado promediado del control alcanzó el 5.

El impacto de la geografía sobre el control resulta obvio: a medida que uno se mueve desde las tierras bajas a las altas, el control cambia de los detentadores del poder a los insurgentes. Lo cierto es que muchos de mis informantes aún se refieren a las dos partes en la guerra aludiendo a su ubicación: «los de abajo» *[kato]* y «los de arriba» *[pano]*. No obstante, una interpretación puramente geográfica que pone el acento en la importancia del «escabroso terreno» a costa de otros factores ocultaría la considerable variación temporal

Tabla 9.6. Resultados promediados del control (grupo de pueblos/periodo de tiempo).

	t_1	t_2	t_3	t_4	**Resultado promediado por grupo**
Llanura profunda	3,00	2,00	1,00	3,00	2,00
Llanura exterior	3,73	2,47	1,60	2,47	2,60
Llanura oriental	3,86	2,00	1,00	2,29	2,29
Colinas orientales	4,80	2,00	1,83	4,00	2,88
Colinas occidentales	5,00	3,67	2,83	1,00	3,83
Montañas	5,00	4,71	3,42	4,60	4,38
Resultado promediado por periodo de tiempo[a]	4,06	2,89	1,98	3,12	

[a] Computado sobre la base de resultados de pueblos individuales más que de grupos de pueblos.

en el ejercicio del control y, por tanto, sesgaría el análisis. La Argólida se volvió un buen lugar para poner a prueba la teoría porque todas las zonas de control se representan en números más o menos similares (fig. 9.9)[36].

También resulta posible examinar los patrones de transición en el control (tabla 9.7; los números en cursiva denotan pueblos que están en la misma zona de control)[37]. Una implicación empírica de mi discusión sobre la relación entre el control y la violencia es que las zonas 2 y 4 son áreas transicionales donde el control se consolida de «forma endógena»: una vez que se usa la violencia selectiva, y si no asumimos cambios endógenos, los pueblos localizados allí deberían pasar a ser zonas 1 y 5 respectivamente. Al mismo tiempo, los cambios en el control en los pueblos ubicados en las zonas 1, 3 y 5 deberían estar causados por golpes exógenos, tales como nuevas operaciones militares.

Resulta que los pueblos que estaban controlados en un periodo de tiempo dado por los detentadores del poder (zona 1) tenían casi las mismas probabilidades de cambiar durante el siguiente periodo de tiempo a zona 3 (48,39 por 100) o de permanecer en la zona 1 (38,71

[36] Las predicciones de la teoría son, desde luego, independientes de la frecuencia de las zonas particulares de control.

[37] Dado que no se incluye en el análisis, omitiré el periodo inmediatamente posterior a la guerra, en el que todos los pueblos cayeron bajo el control insurgente (zona 5).

Figura 9.9. Distribución del control a través de la Argólida (pueblos/periodo de tiempo).

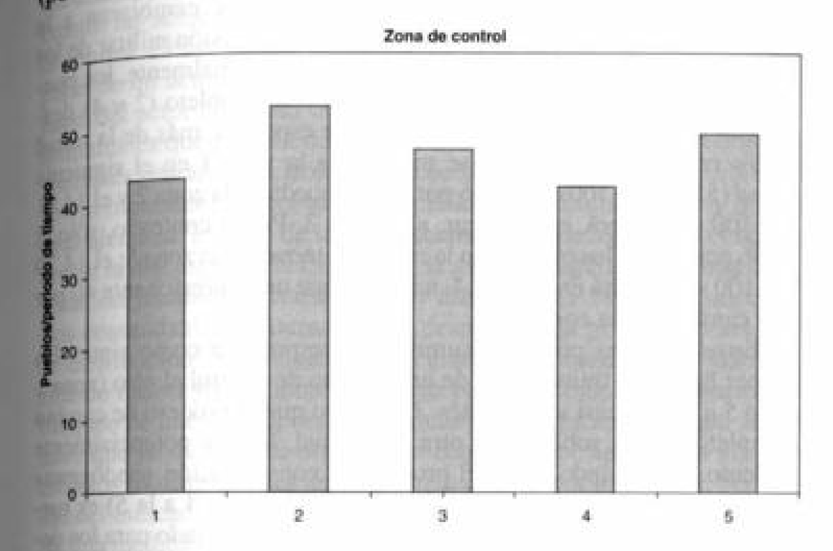


Tabla 9.7. Transiciones en el control.

	De la zona				
	1	**2**	**3**	**4**	**5**
A la zona					
1	*38,71*	57,41	0,00	0,00	0,00
2	0,00	*12,96*	91,67	40,00	21,05
3	48,39	14,81	*4,17*	5,71	0,00
4	9,68	7,41	0,00	*14,29*	50,00
5	3,23	1,85	4,17	22,86	*28,95*
0	0,00	5,56	0,00	17,14	0,00

por 100); la transición masiva a la zona 3 capta el proceso de abandono gradual del ejército alemán en t_4: fueron lo bastante fuertes como para mantener su presencia en la mayor parte de la llanura, pero fueron incapaces de evitar que los rebeldes volvieran casi cada noche. Los pueblos que estaban completamente controlados por los insurgentes desplegarán un patrón similar: era menos probable que estuvieran bajo el dominio insurgente y, en muchos lugares, este dominio se debilitó, como resultado de operaciones gubernamentales (el 50

por 100 cambia a la zona 4; el 28,95 por 100 se queda en la zona 5). Con respecto a los pueblos en los que ambas partes «compartían» el poder (zona 3), era tremendamente probable que cambiaran a la zona 2 (91,67 por 100), reflejando de nuevo la incursión militar de los alemanes y los BS en las áreas insurgentes en t_2. Finalmente, los pueblos en zonas de control predominante pero incompleto (2 y 4) despliegan un patrón interesante. Tal como se esperaba, más de la mitad de los pueblos en la zona 2 se moverán a la zona 1 en el siguiente *round* (51,41 por 100); el 12,96 por 100 se queda en la zona 2 y el 14,81 por 100 se moverá, en su lugar, a la zona 3. Por el contrario, sólo el 22,86 por 100 de los pueblos en la zona 4 se moverá a la zona 5; el 14,29 por 100 se quedará en la zona 4, mientras que un impresionante 40 por 100 cambiará a la zona 2.

Estos patrones pueden resumirse e interpretarse como sigue. En primer lugar, las transiciones de un extremo de control al otro (zona 1 a 5 o 5 a 1) son casi inexistentes. Está claro que el proceso de cambio completo de una soberanía a otra es gradual, lento y potencialmente violento. En segundo lugar, el proceso de consolidación «endógena» del dominio (transiciones de la zona 2 a la 1 y de la 4 a la 5) es menos frecuente que esperado (y es mucho más pronunciado para los detentadores del poder de lo que lo es para los insurgentes). Este patrón capta la situación militar específica sobre el terreno y, de forma muy notable, la ofensiva de verano de los alemanes, que desplazó a los rebeldes de la zona e hizo posible la consolidación del control gubernamental. Relacionada con esta tendencia está la inestabilidad de la zona 3: la mayoría de estos pueblos cambiará a la zona 2. Finalmente, la violencia selectiva parece «funcionar» mejor para los detentadores del poder en comparación con los insurgentes: éstos eran capaces de consolidar su dominio en una proporción mucho más alta (57,41 por 100 de los pueblos en la zona 2 cambian a la zona 1); por el contrario, los insurgentes fracasaron a la hora de conseguir un resultado semejante y «perdieron» la mayoría de sus pueblos pese a confiar en la violencia (el 40 por 100 de los pueblos en la zona 4 cambiaron a la zona 2 frente al 22,86 por 100 que pasaron a la zona 5).

Esta diferencia capta el efecto de los choques exógenos sobre el control, es decir, la dimensión militar de la guerra durante el verano de 1944. A medida que empujaron hacia las montañas, los alemanes y sus aliados pudieron mantener lejos a los rebeldes y consolidar su dominio en los pueblos recién conquistados. Al mismo tiempo, los rebeldes combatieron en lo que, sólo visto retrospectivamente, resultó ser una acción de retaguardia: la violencia funcionó sólo en tanto en cuanto los detentadores del poder no siguieron empujando hacia arriba; cuando lo hicieron, la violencia selectiva no pudo evitar su avance y, una vez que entraban en un pueblo, era su turno para usar la violencia selectiva para consolidar su control. En otras palabras, la violencia selectiva es un arma que realza y consolida el dominio en tanto en cuanto las acciones militares del rival no suponen un desafío directo al control. El uso de una fuerza militar concentrada («conquista») por parte de un actor triunfa sobre el uso estratégico de la violencia por parte del actor rival. No obstante, el problema para los comandantes militares es que se trata de un recurso limitado. Tan pronto como los alemanes retiraron sus tropas, los rebeldes volvieron y su credibilidad se vio incrementada por su violencia anterior combinada con la retirada alemana. El caso de la Argólida muestra que, de forma coherente con la discusión en el capítulo 5, la guerra irregular exige una combinación juiciosa de fuerza militar directa y de violencia selectiva. Los comandantes militares han de desplegar una gran habilidad para la distribución de sus escasos recursos: decisiones sobre dónde y cuándo mover y posicionar las tropas para maximizar su impacto y el bloqueo de qué corredores estratégicos resulta decisivo. De ahí se deduce que la «capacidad estatal», un concepto que aparece en algunos estudios transnacionales de las guerras civiles, por lo general, por medio del indicador del PIB per cápita (p. e., Fearon y Laitin, 2003), sería una medida demasiado poco refinada para usar en un análisis de la dinámica de la guerra, puesto que fracasaría a la hora de captar lo que es en realidad el sutil arte de hacer un uso inteligente de los limitados recursos militares.

8. Evidencias cuantitativas

La forma más inmediata de evaluar la teoría de la violencia selectiva es comparar sus predicciones con las observaciones reales. Aquí la importancia de la variable para el control es de lo más importante porque califica con claridad la relación entre geografía y violencia. Para comenzar, la figura 9.10 sugiere una clara relación entre la violencia selectiva y el control, que estaba completamente oculta en los patrones geográficos. Los insurgentes matarán, ante todo, en la zona 4 mientras que los detentadores del poder lo harán en la zona 2; hay mucha menos violencia en las zonas 1, 3 y 5; la limitada violencia selectiva en las zonas 1 y 5 está causada de forma abrumadora por los detentadores del poder y por los insurgentes, respectivamente. Resulta interesante que toda la violencia en la zona 3 sea el resultado de la acción insurgente. Una forma distinta de describir la relación entre el control y la violencia la ofrece la figura 9.11, que muestra la distribución de la violencia a través de las zonas de control; para ser yuxtapuesta a la figura 7.6, que traza el mapa de las predicciones de la teoría.

Figura 9.10. Violencia selectiva según la zona de control y el actor.

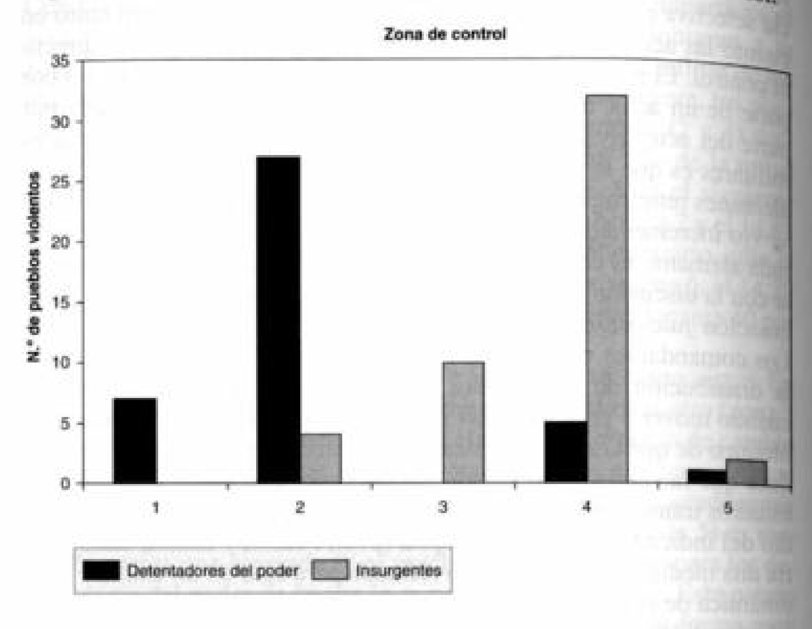
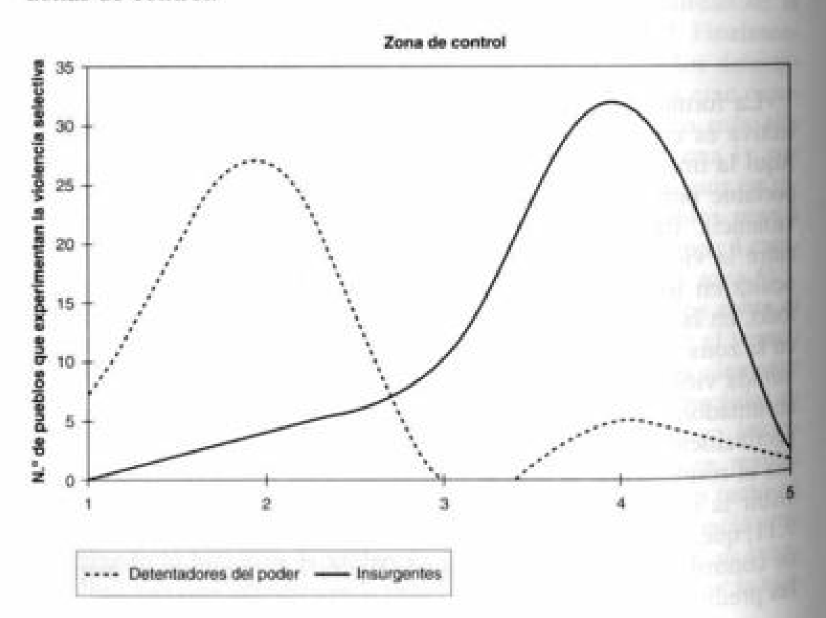


Figura 9.11. Distribución de la violencia selectiva a través de las zonas de control.

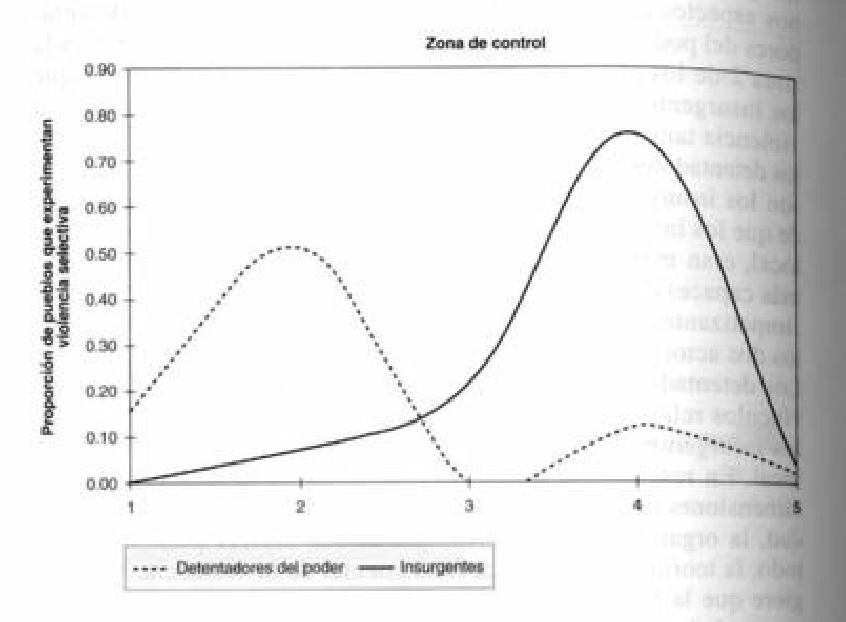


La figura 9.11 resulta particularmente instructiva porque muestra que, aunque la violencia de las dos partes es diferente en algunos aspectos cruciales, la forma global es la misma. Los detentadores del poder tienden a tomar como objetivo menos pueblos en la zona 2 de los que esperaríamos a partir de la teoría, mientras que los insurgentes amplían mucho más su violencia en la zona 4; su violencia también apunta a algunos pueblos en la zona 3. A su vez, los detentadores del poder son más violentos en la zona 1 de lo que lo son los insurgentes en la zona 5. Estos patrones reflejan el hecho de que los insurgentes tenían mucho mejor acceso a la información local, eran más creíbles en sus amenazas, más persuasivos y eran más capaces de obtener un comportamiento reacio al riesgo de sus simpatizantes. Este patrón resulta coherente con la identidad de los dos actores, las fuerzas de ocupación y la resistencia indígena. Los detentadores del poder eran mayoritariamente extranjeros con vínculos relativamente escasos y tardíos con el área, mientras que los insurgentes habían sido capaces de construir una potente base local. En resumen, la distribución espacial de la violencia refleja dimensiones que la teoría omite de forma explícita (p. e., la identidad, la organización y la ideología de los actores políticos); con todo, la teoría capta la lógica fundamental de la violencia. Esto sugiere que la teoría es capaz de subsumir las características divergentes de los actores armados. O, dicho de otro modo, mientras que una teoría de los actores políticos puede elaborar y refinar las predicciones hechas por la teoría de la violencia selectiva, la teoría de la violencia selectiva es un prerrequisito para cualquier teoría de los actores políticos.

La figura 9.12 normaliza la distribución incluyendo la proporción de pueblos de una zona de control dada que experimentan violencia selectiva; los patrones no cambian. La «adecuación» global de las predicciones empíricas de la teoría y las observaciones empíricas se pueden ver en las figuras 9.13 y 9.14. Aunque estén lejos de ser perfectas, las predicciones desplegarán, no obstante, el patrón postulado. Finalmente, las figuras 9.15 y 9.18 desplegarán la relación de control y violencia sobre el mapa de la Argólida para los cuatro periodos de tiempo.

Hasta este punto, la evaluación tenía, en esencia, dos variables. Ahora volveré a un conjunto de múltiples variables para evaluar el efecto del control sobre la violencia selectiva mediante el control de diversos factores de otro orden. Para abordar las cuestiones referidas a la posible endogeneidad del control respecto a la violencia, descompondré la guerra en cuatro periodos de tiempo, generando así 244 observaciones del tipo pueblo/periodo de tiempo; entonces, plantearé regresiones a cada uno de los cuatro periodos

Figura 9.12. Distribución proporcional de la violencia selectiva a través de las zonas de control.



de tiempo[38]. Esta periodización se basa en los grandes cambios exógenos en el control: por ejemplo, el empuje gubernamental en la llanura exterior y en las colinas a finales de mayo de 1944 señalará el comienzo de t_2. Cada periodo comienza en una fecha específica. Un nuevo periodo de tiempo incluye tres estados posibles del mundo en tanto en cuanto se refiere al control: el nivel de control cambia «de forma exógena» a causa de la «conquista» militar; el nivel de control cambia «de forma endógena» a causa del uso de la violencia selectiva durante el periodo previo, o el nivel de control permanece sin cambios. El nivel de control sigue constante a lo largo del periodo de tiempo, mientras que los homicidios siguen siempre cronológicamente a cualquier cambio en el control. El diseño de investigación hace también posible abordar cuestiones de endogeneidad mediante un trazado cualitativo del proceso. Las evidencias confirman que la violencia en un periodo de tiempo específico sigue cronológicamente a la imposición de un régimen de control al principio del periodo de tiempo, aunque éste afecte potencialmente al control en el periodo subsiguiente. Las denuncias, aunque no ob-

38 Esto asume que los periodos son independientes entre sí; en realidad, éste no es el caso siempre. Trataré esto en la sección sobre fallos en las predicciones.

Figura 9.13. Violencia predicha *versus* violencia observada.

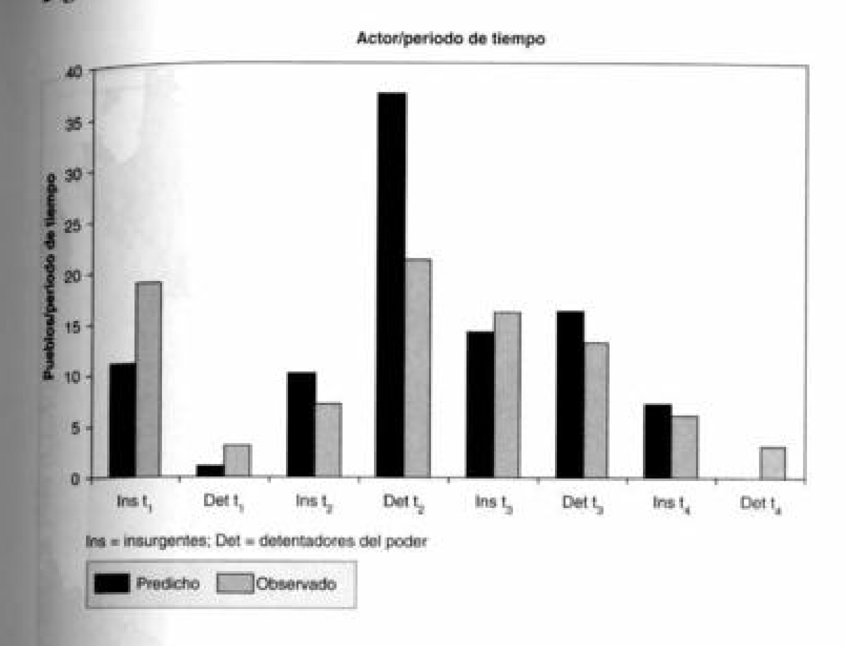


Figura 9.14. No violencia predicha *versus* no violencia observada.

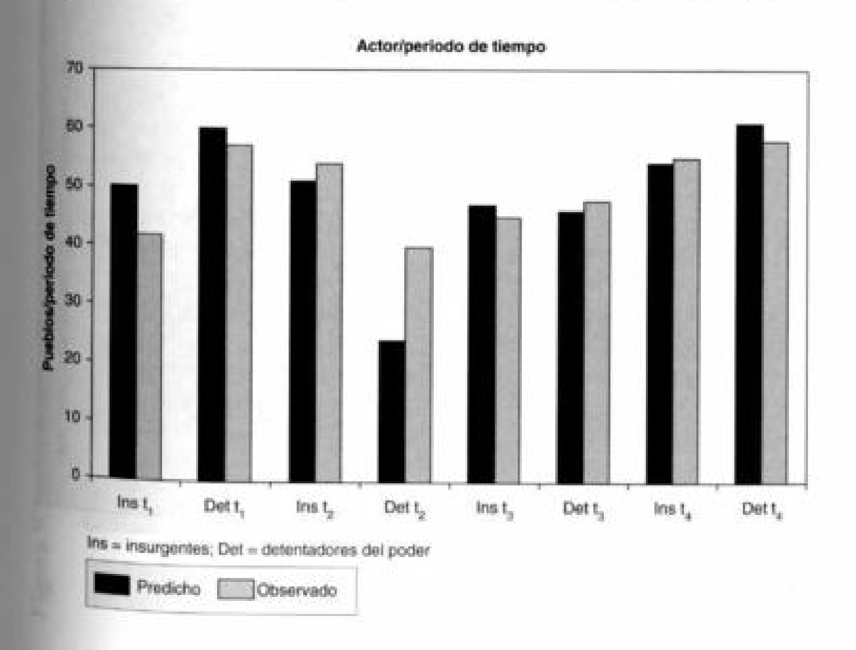


Figura 9.15. Violencia y control, septiembre de 1943 - 15 de mayo de 1944 (t_1), Argólida, Grecia.

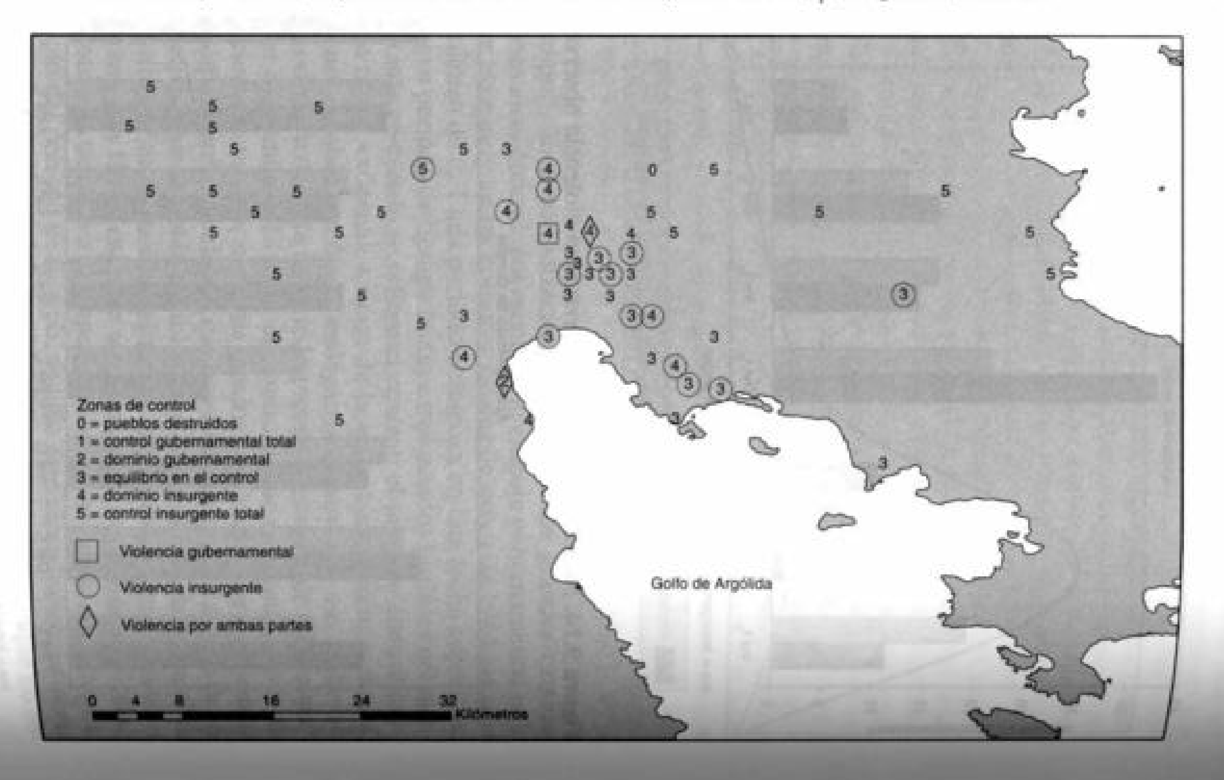


***Figura 9.16.** Violencia y control, 15 de mayo de 1944 - 30 de junio de 1944 (t_2). Argólida, Grecia.*

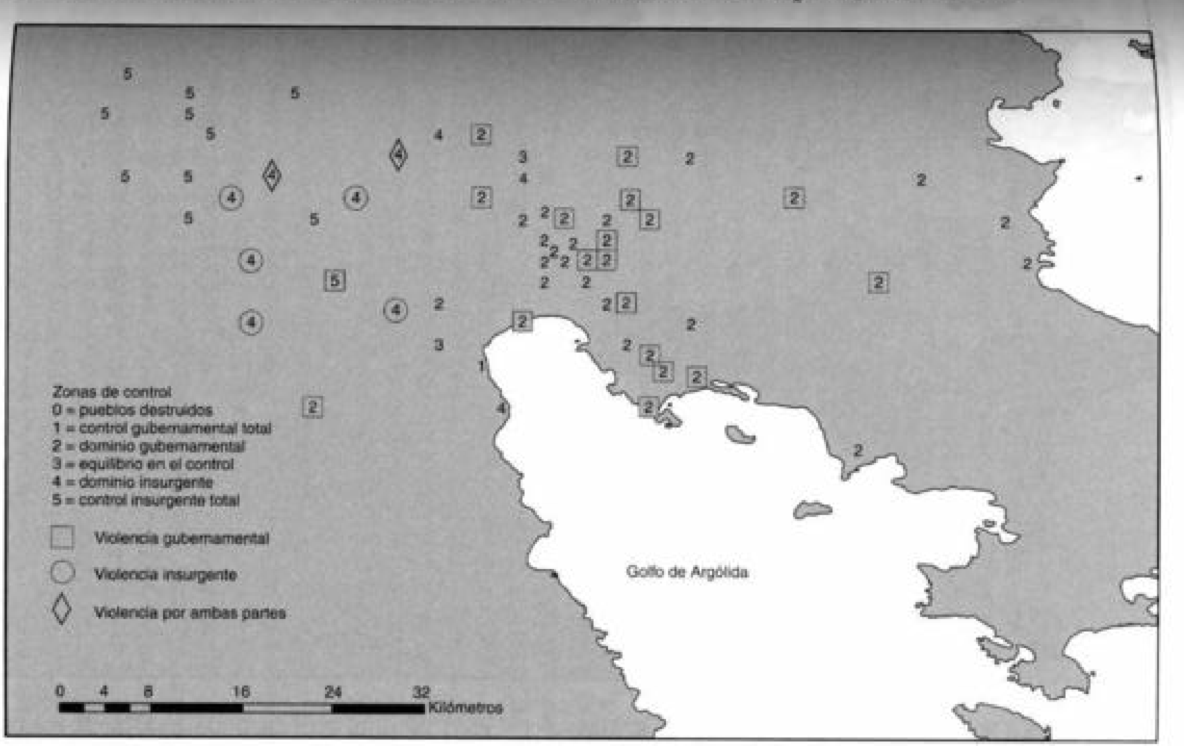


Figura 9.17. Violencia y control, 1 de julio de 1944 - 1 de agosto de 1944 (t_3), Argólida, Grecia.

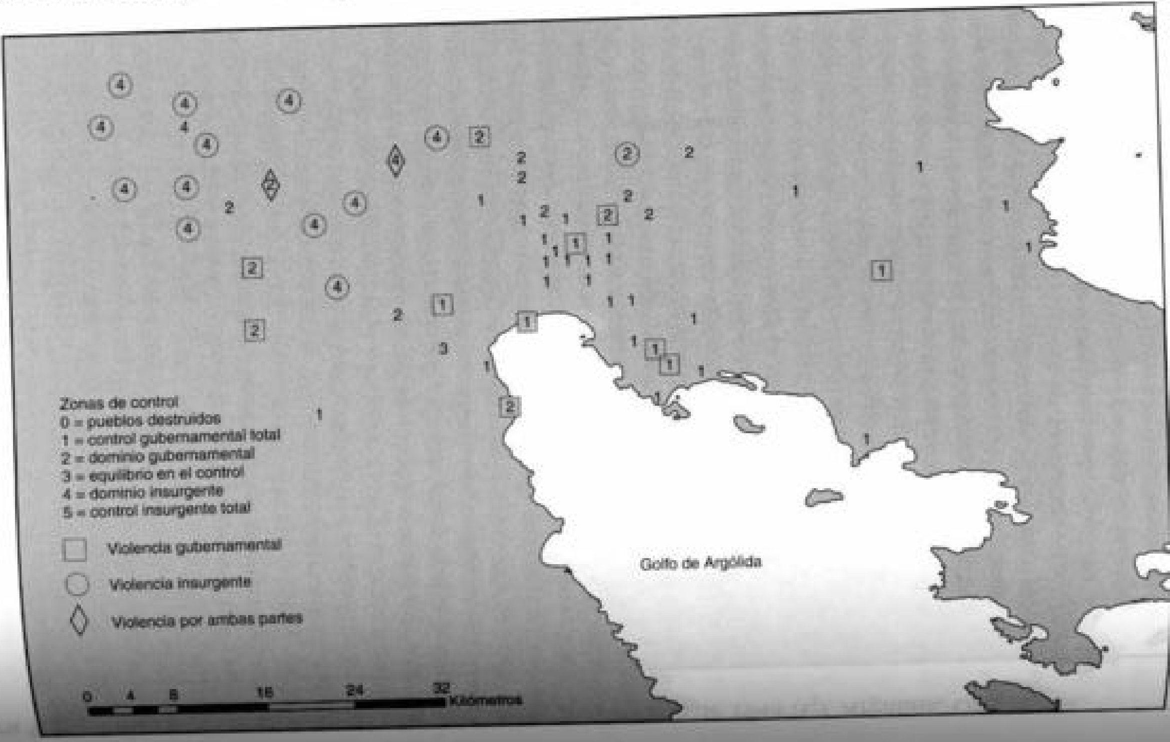
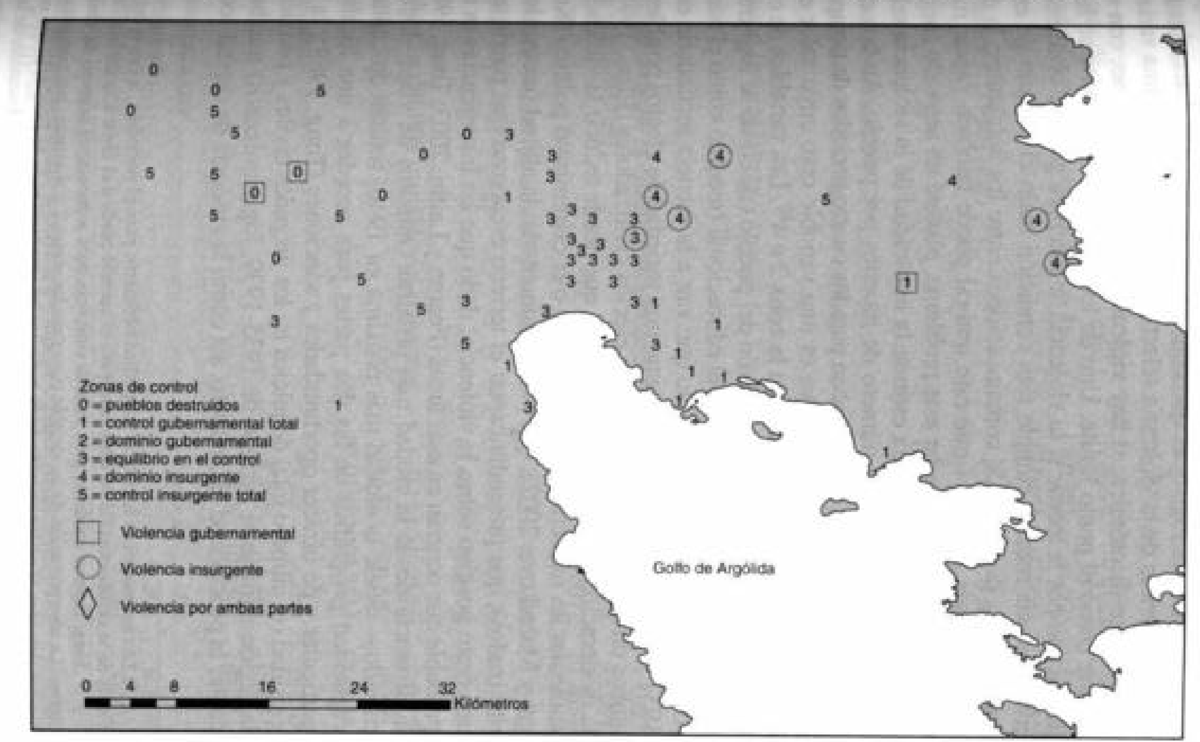


Figura 9.18. *Violencia y control, 1 de agosto de 1944 - 1 de septiembre de 1944* (t_4)*, Argólida, Grecia.*



servables ni mensurables de forma directa, parecen también seguir cambios en el control de una forma predecible.

La primera evaluación de variables múltiples consiste en un conjunto de regresiones logísticas que consideran los factores determinantes de la *frecuencia* de la violencia selectiva. Yo me valdré de una variable dependiente dicotómica: si hay violencia en un pueblo o no, con una muerte como el punto límite. Uno de los umbrales de muerte se halla justificado por la teoría: si la violencia se usa para generar obediencia, entonces una muerte cumple esta condición dado el tamaño de estos pueblos y la densidad de comunicaciones entre los habitantes; la desventaja, desde luego, es que este umbral puede también captar ruido (errores, etc.). Para abordar este problema, planteé un segundo conjunto de regresiones OLS para estimar la *intensidad* de la violencia selectiva, codificada como el número de muertes por pueblo. Ambos conjuntos de regresiones se estimaban para los cuatro periodos de tiempo[39]. La principal variable explicativa es una variable cero cuyo valor es 1 cuando el pueblo está ubicado en la zona 2 o 4[40]. Las variables de control incluyen lo siguiente: población del pueblo (tal como se registró en el censo de 1940, en log); el nivel educacional (medido como el número per cápita de niños de pueblo que van a la escuela secundaria entre 1937 y 1939), propuesto para captar una variedad de efectos posibles en ambas direcciones, incluyendo los efectos civilizadores (Elias, 1994) o la moderación política (Paxson, 2002), que puede reducir la violencia y aumentar las expectativas (Gurr, 1970) o el extremismo político (Krueger y Maleckova, 2002), que puede aumentarla; la altitud (metros logaritmizados), que pretendía captar el terreno escabroso que puede tener un efecto positivo sobre la violencia, dado que las insurgencias es más probable que ocurran en esas áreas (Fearon y Laitin, 2003; Tong, 1988); la distancia desde la ciudad más próxima (minutos de viaje –logaritmizados– desde la ciudad más próxima en 1940) trataba de captar la capacidad geográfica de las dos partes para acceder a una localidad particular y de ofrecer oportunidades y sanciones (Tong, 1988); la litigiosidad (el número total de juicios en los juzgados civiles y penales de la región durante el periodo de 1935-1939, logaritmizados) trataba de captar la proclividad al conflicto, así como la ausencia de capital social,

[39] Las estimaciones logísticas no podían obtenerse para el periodo t_2 a causa del problema de la célula-cero (la variable cero para el control predice el error a la perfección).

[40] Elegí estimar modelos para toda la violencia para aumentar el número de observaciones. La interpretación de la variable cero para las zonas 2 y 4 asume, por supuesto, que los que detentan el poder matarán en la zona 2 y los insurgentes en la zona 4, lo que ocurre casi siempre (véase la sección sobre fallos en las predicciones para una discusión de la violencia por parte de los «actores equivocados»). Yo también estimé modelos separados para la violencia gubernamental e insurgente valiéndome de variables cero para las zonas 2 y 4, respectivamente, y los resultados se mantienen.

Tabla 9.8. Frecuencia de la violencia (n.° de pueblos violentos por periodo de tiempo): regresiones logísticas.

Variable dependiente: violencia selectiva (n.° de homicidios)	t_1	t_2	t_3
Zonas de control 2 y 4 (variable cero: 1 cuando la zona de control es 2 o 4)	1,71**	2,25**	4,21***
	(0,85)	(1,22)	(1,27)
	(0,045)	(0,066)	(0,001)
Población (1940) (log)	0,81*	0,62	0,77
	(0,49)	(0,58)	(0,73)
	(0,094)	(0,290)	(0,290)
Nivel de educación (estudiantes de instituto per cápita)	0	0,42	0,86
	(0,59)	(0,33)	(0,55)
	(0,997)	(0,212)	(0,111)
Altitud (metros) (log)	0,035	0,34	0,16
	(0,30)	(0,33)	(0,70)
	(0,905)	(0,295)	(0,813)
Distancia desde la ciudad más próxima (en minutos) (log)	– 0,95	– 0,69	0,62
	(0,76)	(0,83)	(2,09)
	(0,213)	(0,407)	(0,765)
Conflicto social (pleitos en tribunales per cápita 1935-1939) (log)	– 0,23	– 0,06	0,32
	(0,034)	(0,47)	(0,56)
	(0,487)	(0,897)	(0,560)
Indicador del PIB (variable del intervalo; pueblo más rico = 3)	– 0,16	– 0,63	0,15
	(0,61)	(0,55)	(0,55)
	(0,978)	(0,251)	(0,863)
Constante	– 1,22	– 266	0,230
	(4,76)	(4,24)	(9,64)
	(0,797)	(0,530)	(0,88)
Observaciones	61	61	61
R cuadrado	0,210	0,266	0,378
Prob > chi²	0,151	0,030	0,001

Nota: errores estándar robustos y valores *p* entre paréntesis.
* $p < 0,10$; ** $p < 0,05$; *** $p < 0,01$ (ensayo de dos vías).

Tabla 9.9. Intensidad de la violencia (n.º de homicidios por periodo de tiempo): regresiones OLS.

Variable dependiente: violencia selectiva (n.º de homicidios)	t_1	t_2	t_3	t_4
Zonas de control 2 y 4 (variable cero: 1 cuando la zona de control es 2 o 4)	1,29* (0,66) (0,056)	3,62*** (1,06) (0,001)	3,28*** (1,39) (0,022)	10,06*** (3,54) (0,006)
Población (1940) (log)	0,24 (0,22) (0,27)	1,28** (0,59) (0,034)	1,42* (0,73) (0,056)	1,05 (0,81) (0,198)
Nivel de educación (estudiantes de instituto per cápita)	– 0,11 (0,21) (0,600)	0,37 (0,52) (0,477)	0,38 (0,42) (0,365)	0,52 (0,46) (0,257)
Altitud (metros) (log)	– 0,22 (0,22) (0,335)	0,96*** (0,28) (0,001)	0,63** (0,33) (0,044)	0,51 (0,49) (0,298)
Distancia desde la ciudad más próxima (en minutos) (log)	0,36 (0,62) (0,561)	0,36 (0,68) (0,597)	– 1,47* (0,76) (0,066)	0,14 (0,53) (0,789)
Conflicto social (pleitos en tribunales per cápita, 1935-1939) (log)	0,11 (0,17) (0,513)	– 0,67** (0,33) (0,046)	– 0,47 (0,48) (0,334)	0,69 (0,43) (0,110)
Indicador del PIB (variable del intervalo; pueblo más rico = 3)	0,32 (0,36) (0,379)	– 0,09 (0,42) (0,815)	– 1,13** (0,50) (0,028)	0,61 (0,46) (0,192)
Constante	– 2,09 (2,96) (0,485)	– 17,65 (6,7) (0,011)	– 3,46 (5,58) (0,538)	– 9,11 (7,17) (0,209)
Observaciones	61	61	61	61
R cuadrado	0,265	0,372	0,328	0,543
Prob > chi²	0,0258	0,0172	0,0062	0,1357

Nota: errores estándar robustos y valores *p* entre paréntesis.
* $p < 0'10$; ** $p < 0'05$; *** $p < 0'01$ (ensayo de dos vías).

que debería reducir la violencia (Varshney, 2002); y un indicador ordinal del PIB en escala 3, que pretende captar la riqueza y los costes de oportunidad (Collier *et al.*, 2003)[41]. La tabla B.3 en el Apéndice B enumera las variables independientes usadas en evaluaciones de variables múltiples. Los resultados se exponen en las tablas 9.8 y 9.9.

Ambos conjuntos de regresiones confirman la importancia del control como un factor determinante de la violencia, precisamente en la dirección que la teoría había establecido en hipótesis[42]. El control dominante pero incompleto es, de forma coherente, un excelente elemento de predicción tanto de la frecuencia como de la intensidad de la violencia. De las otras variables independientes usadas, unas cuantas resultarán ser relativamente importantes en algunas especificaciones y periodos de tiempo, pero ninguna resulta importante de forma duradera y el signo de sus coeficientes cambia en los distintos periodos de tiempo. Estos resultados resisten a toda clase de especificaciones alternativas y a una serie de evaluaciones diagnósticas[43]. De forma interesante, la adecuación de la teoría a la hora de realizar predicciones aumenta con el periodo de tiempo, sugiriendo una concordancia más ajustada entre el control y la violencia. Más aún, el efecto del control sobre la intensidad de la violencia también aumenta con el periodo de tiempo; de t_2 y t_3 a t_4 será 10 veces mayor: un movimiento de las zonas 1, 3 y 5 a las zonas 2 y 4 provocará siete muertes más, aun cuando el número total de muertes selectivas sea más o menos de la mitad en t_4, comparado con aquél en t_3. Este hallazgo sugiere una fuerte tendencia ascendente en violencia junto con una «calibración» mayor; posiblemente un ejemplo de aprendizaje por parte de los actores. Este patrón resulta coherente con un proceso de competencia entre los dos actores a la hora de intentar aumentar la credibilidad de sus sanciones. Por fin, los datos muestran que, en todos menos en unos pocos ejemplos, el actor que produce la violencia es el que predecía la teoría (p. e., los detentadores del poder matan en las zonas 1 y 2 y los insurgentes en las zonas 4 y 5).

[41] La única variable significativa que rehusé incluir es una medida de polarización política. Desgraciadamente, los resultados de las elecciones anteriores a la guerra son demasiado globales como para permitir ofrecer un indicador de polarización a nivel de los pueblos. No obstante, había poca variación en los resultados electorales de preguerra.

[42] Con la excepción del modelo para t_1 en el análisis de frecuencia que está ligeramente fuera del intervalo de importancia (Prob > chi² = 0,151), todo el resto de modelos son importantes.

[43] También estimé modelos binomiales negativos y empleé diferentes combinaciones de variables independientes, tanto logaritmizadas como no logaritmizadas. Además de esto, planteé diagnósticos extensivos para ver si los resultados eran encauzados por valores atípicos (no lo son). Además, no hay dependencia temporal: el control en un periodo no predice la violencia en el siguiente, ya sea solo o en un modelo que incluya control para el mismo periodo con violencia (el control en t_1 predice la violencia en t_2, pero el efecto se desvanece cuando se incluye el control para el mismo periodo).

En general, el análisis empírico ofrece un amplio apoyo a las cinco hipótesis. En primer lugar, hay un claro declive de la violencia indiscriminada gubernamental junto con un aumento de la violencia selectiva; más aún, el nexo entre la violencia indiscriminada y la información se mantiene: la violencia indiscriminada tiende a tener lugar allá donde la información es escasa y es usada por actores que tienen acceso restringido a la información local. En segundo lugar, hay un claro declive de la violencia selectiva cuando el nivel de control aumenta hasta alcanzar la soberanía absoluta. En tercer lugar, casi no hay violencia selectiva en áreas en las que un actor ejerce poco o ningún control. En cuarto lugar, la violencia selectiva tiende a emerger bajo un control dominante pero incompleto. En quinto lugar, hay poca violencia selectiva en áreas de paridad. En términos más generales, estos resultados apoyan la conceptualización de la violencia selectiva como un proceso conjunto, con actores racionales, aunque miopes. Lo cierto es que sugieren que la gente no tiende a tomar decisiones que sobrestimen la estabilidad del control.

Al mismo tiempo, el análisis desacredita a un buen número de teorías alternativas. Recuérdese que la tesis del colapso predice una relación positiva entre el grado de colapso de autoridad y la intensidad de la violencia. Los datos muestran que, en la Argólida, la violencia fue baja allá donde la soberanía estuvo más dividida y la autoridad más contestada (zona 3); como para la violencia indiscriminada, los actores no la cometieron cuando la autoridad era contestada sino cuando la autoridad estaba en las manos del actor rival. La hipótesis de la transgresión tampoco se ve apoyada: aun cuando las tropas gubernamentales sean más indiscriminadas que los insurgentes, son tan violentas como los insurgentes, en contraste con lo que esta hipótesis predeciría. La variante de la medievalización de la hipótesis de la guerra, que predice más violencia con menos tropas profesionales, fracasa a la hora de encontrar apoyo. Ambas estarán condenadas por la paridad en brutalidad entre los insurgentes y los detentadores del poder; la primera desmentida por el hecho de que los rebeldes mataban tanto como los detentadores del poder y la segunda desmentida por el hecho de que los detentadores del poder, que presentan las tropas más profesionales, mataban tanto como los insurgentes. La ausencia de la violencia en zonas de idéntica fuerza va también contra la lógica subyacente de la conjetura de Roger Gould (2003), a saber, que el conflicto y la violencia resultan más probables cuando el poder entre las partes es igual[44]. De forma semejante, el análisis sugiere que la violencia (sea selectiva o indiscriminada) no puede predecirse por niveles de capital social o conflicto tal como son captados por la litigiosidad, el nivel de educación y la riqueza o la localización del pueblo frente a las ciudades o al terreno escabroso. Aunque el fracaso del terreno escabroso para actuar como elemento para predecir la violencia no hace que disminuya su valor potencialmente predictivo cuando llega a la aparición de una insurgencia, los resultados sí que sugieren una relación mucho más sutil entre geografía y violencia. De forma adicional, aunque la polarización social tiene, probablemente, un papel que jugar a la hora de explicar cómo se desarrollan los conflictos, es poco lo que hace para explicar la variación en la violencia en este contexto particular. Recuérdese también que la tesis de la vulnerabilidad predice que se observará una violencia mayor allá donde los actores sean más vulnerables, mientras que el «dilema de la seguridad» predice que la violencia tendrá lugar cuando los actores ataquen de forma preventiva a los seguidores del otro al encontrarse a sí mismos igualados por aquéllos o a punto de ser dominados. Hay algún caso de equivalencia en la observación entre estas dos hipótesis, pero, en ninguno de los dos casos, muestran los datos grandes niveles de violencia allá donde el control se halla fragmentado sino que indican exactamente lo contrario. Más aún, las evidencias sugieren que, en contraste con la conjetura del dilema de la seguridad, el miedo se asocia no sólo con la violencia sino también con la prevención de la violencia[45]. En resumen, estos resultados sugieren que una teoría basada en la seguridad no puede, por sí misma, ser una teoría de la violencia, pero tampoco pueden serlo las teorías del conflicto social (pacífico).

9. Evidencias cualitativas

Además de suministrar los datos necesarios para el análisis estadístico, mi investigación en Grecia aportaba ejemplos ilustrativos de los mecanismos puestos en marcha por la teoría. El corpus entero de evidencias que he recogido es demasiado amplio como para ser incluido en este libro[46]; en su lugar, presentaré instantáneas de pueblos representativos de cada zona.

[44] Con todo, la evidencia resulta coherente con una interpretación de esta conjetura que pone el acento inciertamente sobre el resultado del conflicto. En la zona 3, las partes saben, con un alto grado de certeza, que, si denuncian, serán contradenunciadas.

[45] En tanto en cuanto se establecen analogías con el estudio de la guerra interestatal, la destrucción mutua asegurada parece cuadrar mejor que el dilema de la seguridad.

[46] En la actualidad, trabajo en un libro que pondrá de relieve este material mediante una narración de la vida durante la guerra civil en Grecia.

Zona 5

El pueblo de Tatsi (ahora Exochi) es un pueblo arquetípico de la zona 5; situado en lo alto de las montañas, era tan inaccesible a las autoridades de ocupación (los italianos tan sólo habían llegado en una ocasión), que los líderes del EAM decidieron establecer allí sus cuarteles. Este pequeño pueblo se vio engrandecido con varios oficiales y dignatarios de la insurgencia, así como con muchos partisanos. Algunas casas, incluida la escuela, fueron confiscadas y usadas por los rebeldes; los aldeanos eran conscientes de que muchos de estos lugares se usaban como centros de detención e interrogatorios y veían decenas de prisioneros traídos de los pueblos de abajo en su camino a campos de concentración organizados y dirigidos por el EAM más arriba, en las montañas, en particular, el célebre monasterio de San Jorge en el Valle de Feneos. A veces, tuvieron lugar ejecuciones dentro del pueblo y se llamaba a la gente de la localidad para enterrar a las víctimas. El pueblo fue evacuado durante varias semanas a finales de julio de 1944, durante la operación alemana de barrido en la región, pero las autoridades del EAM volvieron con rapidez el 3 de agosto, inmediatamente después de que se marcharan los alemanes. A pesar de la violencia que tuvo lugar dentro y en torno a este pueblo, ningún habitante sufrió daño. La presencia de los cuarteles del EAM es, muy probablemente, el factor que diferencia Tatsi de los pueblos de montaña circundantes donde la presencia de los rebeldes no era tan omnipresente ni permanente; cuando, en julio de 1944, los pueblos de las colinas se perdieron para las fuerzas de ocupación y parecía que los pueblos de montaña también caerían pronto, los insurgentes lanzaron una ola de asesinatos selectivos contra la gente que era considerada como de una lealtad insuficiente. No obstante, Tatsi fue respetada[47].

Que Tatsi no fuera destruida no tuvo nada que ver con que los lugareños fueran partidarios particularmente fuertes o comprometidos del EAM; de hecho, la ironía es que, cuando los alemanes entraron en el pueblo y lo encontraron desierto, no lo quemaron, como hicieron con algunas aldeas vecinas porque un natural de Tatsi que vivía en la ciudad de Korinthos y se había unido a los Batallones de Seguridad intercedió con ellos. Los aldeanos participaron en diversas actividades y obedecieron por completo las órdenes de los rebeldes. «El pueblo entero se comprometió en el EAM», me dijo un aldeano izquierdista

[47] Durante este periodo he codificado a Tatsi como un pueblo de la zona 4, pues mis datos no eran lo bastante detallados como para apreciar si el EAM estaba aún presente en lo que a fuerza se refiere, dado que todas las aldeas del entorno claramente pasaron a la zona 4. Las entrevistas sugieren, no obstante, que Tatsi, probablemente, estuviera en la zona 5 durante este periodo a causa de la presencia continuada de los cuarteles de la organización.

(I-71), añadiendo: «¿Qué ibas a hacer? Los rebeldes te pedían que fueras a algún sitio a hacer algo. Tú respondías: "Ya voy", al margen de si querías ir o no. No podías negarte. ¿Que te pedían pan? Se lo tenías que dar. ¿Que te pedían una oveja o una cabra? Se las tenías que dar. ¿Qué ibas a hacer? [...] Todo el mundo trataba de sobrevivir, todo el mundo trataba de olvidar; tenías que hacer como que eras idiota. Tenías que decir una cosa y la opuesta para sobrevivir».

La ausencia de violencia durante el periodo de la ocupación tuvo efectos de más larga duración cuando se extendió a la época de posguerra: aunque algunos aldeanos se unieron a una banda paramilitar de derechas en 1946, no hirieron a nadie en el pueblo.

Zona 4

Comparar la experiencia de Tatsi con la de Malandreni, un pueblo de las colinas occidentales, resulta revelador. Entre septiembre de 1943 y mayo de 1944, Malandreni estuvo bajo el control indisputado del EAM (es decir, en la zona 5). Los partisanos se movían con libertad por el pueblo y no tenían necesidad de esconderse. De hecho, un grupo de agentes británicos empleó el pueblo como su base, en octubre de 1943, para lanzar una operación de sabotaje contra el aeropuerto de Argos en la llanura[48]. El líder local del EAM, Yannis Nassis, refiere en sus memorias inéditas que, durante aquel tiempo, varios aldeanos fueron denunciados al comité local como espías y traidores; algo que se me confirmó en varias entrevistas extensas (I-78). Por ejemplo, un hombre fue arrestado por los partisanos tras ser acusado de haber denunciado a un buen número de aldeanos a los italianos por ocultar armas; resultó que había sido acusado falsamente por parte del aparcero con el que estaba asociado, que quería quedarse con los cultivos de la explotación. El comité local fue bastante efectivo a la hora de investigar estas denuncias, pero en un punto, en abril de 1944, las denuncias anónimas lo puentearon y llegaron al comité provincial. Finalmente, se llevó a cabo una investigación y se mostró que las acusaciones tenían en realidad que ver, tal como recuerda Nassis, con el «aceite de oliva, las ovejas, etc., las mismas idioteces de siempre». A resultas de ello, durante ese periodo no se le hizo daño a nadie, un resultado coherente con las predicciones de la teoría.

Después de que los alemanes consolidaran su control sobre las dos ciudades de Nafplio y Argos, volvieron su atención hacia los pueblos de las colinas. Los alemanes comenzaron a visitar Malandreni de for-

[48] «Narrative of Capt. P. M. Fraser. Peloponnese July 43 - April 44», PRO, HS 5/698/S6557.

ma esporádica desde mediados de abril en adelante, pero la situación, en realidad, cambió a finales de mayo. El 21 de mayo, una pequeña partida de alemanes atacó el pueblo y arrestó al maestro local, un delegado del EAM, que les informó sobre la situación en el pueblo y sobre la presencia de rebeldes en él. Valiéndose de esta información, empezaron a ejercer presión sobre las aldeas de las colinas. La seguridad de la que habían disfrutado los insurgentes decreció a medida que el pueblo pasó a la zona 4. A continuación de las operaciones de barrido en las colinas orientales, muchos aldeanos, inclusive los aterrados simpatizantes del EAM, comenzaron a huir buscando la relativa seguridad de Argos, que estaba bajo sólido control alemán y de los BS. Dado el deterioro de la situación de seguridad y las crecientes defecciones, el comité regional del EAM se reunió el 6 y 7 de junio y le solicitó al comité local de Malandreni que pidiera que todos los aldeanos que se habían fugado a Argos volvieran al pueblo. Dado que el dominio del EAM no era tan indiscutible como lo había sido en otro tiempo, hubo más aldeanos que se marcharon cuando se anunció esta decisión. En la tarde del 9 de junio, un grupo de soldados alemanes y de soldados de los Batallones de Seguridad, acompañados por algunos lugareños que habían huido a Argos, atacaron Malandreni. Entraron en el pueblo y cogieron a todos por sorpresa. El líder local del EAM recibió un tiro en la pierna, pero consiguió huir. Este ataque se interpretó, por parte de los cuadros del EAM, como una evidencia de que había informadores dentro del pueblo. Como resultado de ello, 13 aldeanos, la mayoría parientes de gente que había huido a Argos, fueron arrestados la noche del 13 de junio de 1944. Se los llevaron a un campo de concentración, donde seis fueron liberados y los otros siete fueron ejecutados.

La situación siguió, no obstante, inestable; los alemanes y los BS atacaron una vez más el pueblo un día después de aquellos arrestos y mataron a cuatro jóvenes de un pueblo cercano que estaban de guardia en un puesto avanzado. El EAM respondió con más arrestos; la obsesiva caza de espías combinada con las disputas personales generó 17 ejecuciones más en julio. Resulta indicativo de la naturaleza arbitraria (y, con todo, selectiva) de la naturaleza del proceso el caso de un joven llamado Liakos Dassaklis. Su padre Christos, un supuesto borracho, le había acusado en marzo o abril de 1944 de ser un colaborador alemán. En ese punto, no obstante, sus acusaciones habían sido investigadas y rechazadas. El líder del EAM en aquel tiempo, Yannis Nassis, recuerda que él puso a padre e hijo frente a frente:

> «Siéntate», le dije. «¿Cuál es tu problema con Liakos?»
>
> «¿Qué cuál es mi problema? No me escucha y no me respeta.»
>
> «Pero tú no mencionas esto en tu acusación; tú proclamas que él está colaborando con los alemanes.»

> Él empezó a sacudirlo y [a decir] que teníamos que enviar a Liakos «arriba» [a las montañas tomadas por el EAM], que teníamos que enseñarlo a comportarse.
>
> «Deberías avergonzarte, Christos. ¡Fuera de aquí!» Me volví hacia Liakos: «Escúchame: escucha a tu padre o, de otro modo, mantendré la denuncia, la enviaré arriba y te enseñarán una lección». Se marchó. Debe de haber sido marzo o abril. En julio [los partisanos] se llevaron a Liakos arriba y nunca volvió (Nassis, s. f., p. 16).

Después de la segunda ola de ejecuciones en julio, los alemanes atacaron Malandreni una última vez y evacuaron a todos los aldeanos a Argos. La gran mayoría siguió a los alemanes a Argos, mientras que unos pocos huyeron a las montañas tomadas por la guerrilla. Algunas casas fueron quemadas por ambas partes y el pueblo quedó desierto hasta el final de la guerra.

Zona 3

La evidencia cualitativa es particularmente importante para la zona 3, tanto por la evidencia cuantitativa como por examinar si el mecanismo causal de disuasión mutua causa, ciertamente, la reducción en los niveles de violencia. De hecho, pude encontrar algunos ejemplos de comités locales que vetaban el uso de la violencia[49]. El veto por parte de los comités locales de la alta certeza de la contradenuncia y de las represalias es una manifestación clave de la inseguridad de los aspirantes a denunciantes en la zona 3 y apunta al mecanismo de la disuasión mutua. En lo que sigue, ofreceré algunas ilustraciones.

La primera es desde el pueblo de Boutia (ahora Ira). Yo entrevisté al líder local del comité del EAM que me describió en detalle la situación estratégica del pueblo hasta finales de mayo de 1944 (I-212). Había tropas alemanes acuarteladas a 10 minutos del pueblo; al mismo tiempo, el comité local del EAM estaba operando en el interior del pueblo. Aunque el pueblo estaba políticamente dividido, todos estaban apoyando al EAM. Cuando le pregunté si todos apoyaban a los rebeldes, me replicó que no todo el mundo los apoyaba, «pero nadie hablaba en alto; el apoyo no era visible porque, cuando la gente iba a sus campos a trabajar, tenían que abastecerles de comida a los rebeldes. Tenían que hacerlo por miedo. Tenían miedo de que los rebeldes vinieran al pueblo y arrestaran a aquellos que no colaboraban con ellos».

[49] Fichti (I-12; I-102), Ira (I-212), Ireo (I-127; I-128), Dalamanara (I-131), Kourtaki (I-124), Panatiri (I-81; I-84), Argoliko (I-123), Nea Tirintha (I-86), Pirgela (I-53), Laloukas (I-109) y Poulakida (I-84).

En ese punto, él seguía describiendo cómo, en cierto momento, llegó una orden desde la organización para el arresto de un individuo. Aparentemente, una disputa personal había ido cogiendo altura, el comité local fue puenteado y la denuncia llegó a instancias más altas. El comité local, entonces, tuvo que arrestar a aquella persona y llevársela a interrogar a los cuarteles del EAM. Tal como me dijo el líder local: «Este hombre tenía que ser arrestado y enviado a la organización, pero yo pensaba que si se mata a una persona del pueblo, entonces todos empezarían a matar al resto [...]. La familia de la víctima iría a los alemanes y los alemanes nos arrestarían o nos enviarían a Alemania o nos matarían [...]. Los alemanes estaban al lado; teníamos una pistola apuntándonos a la sien». El líder local decidió acompañar al hombre arrestado a los cuarteles del EAM y garantizar su inocencia. «Decidí hacer eso porque no me gustaba la idea de los arrestos y los asesinatos, pero también porque nos meteríamos en una gran disputa y nos mataríamos los unos a los otros». La historia tuvo un desenlace positivo: el líder local se fue a los cuarteles, respondió por el prisionero y la aldea no cayó en una espiral de violencia. Tal como dijo otro aldeano: «La tormenta pasó, pero no nos mojamos» (I-213).

Un segundo ejemplo procede del pueblo de Fichti (o Fichtia), un pueblo de la llanura exterior que estuvo en la zona 3 durante el primer periodo. No sólo es que vinieran los rebeldes cada noche sino que el pueblo estaba en el centro de la agitación comunista activa, uno de los dos pueblos en la zona conocida por su fuerte organización comunista. No obstante, dado que el pueblo estaba situado cerca de la línea del ferrocarril y albergaba una estación de trenes, también contaba con un pequeño destacamento alemán que no se aventuraba de noche fuera de su puesto fortificado. Uno habría esperado que una ordenación como ésa produciría altercados, pues los rebeldes y los alemanes cruzaban sus caminos. Sin embargo, el pueblo hubo de lamentar muy pocas víctimas durante la ocupación y después adquirió reputación como un sitio altamente solidario. Lo cierto es que la interpretación estándar dada por muchos de sus habitantes, así como por los de los pueblos circundantes, fue que las gentes de Fichtia habían sido inusualmente amables entre sí. Una interpretación así, no obstante, era desafiada por algunos de mis entrevistados, que recordaban algunas disputas dentro del pueblo. El pueblo sí que tuvo niveles relativamente bajos de litigiosidad en la época de preguerra, aunque no tan baja como uno habría esperado dadas sus bajas tasas de violencia. Algunas entrevistas en profundidad con dos miembros del comité local (I-22; I-102) dejaron claro que la reputación solidaria del pueblo era endógena a su comportamiento relativamente apacible durante la guerra y que el miedo a las denuncias mutuas llevó a los, por otro lado, conflictivos aldeanos por la senda de la cooperación.

Cuando vinieron los italianos, un lugareño denunció a algunos aldeanos por ocultar armas, creando así (o perpetuando) algunos rencores locales. Así que, cuando el EAM lanzó su primera campaña de asesinatos en el otoño de 1943, algunas denuncias llegaron a su representante regional, Yannis Andreadakis, conocido por el sobrenombre de Gabos. En un comité local que tuvo lugar en octubre de 1943, pidió a sus miembros que arrestaran a tres personas que habían sido denunciadas como traidores. La reacción fue a la vez rápida y negativa porque el hombre que había denunciado las armas a los italianos era el primero en la lista de aquellos que habían de ser arrestados y tenía, como dijo uno de mis entrevistados, más de «10 primos carnales». Él recuerda haber expuesto su argumento muy enérgicamente: «Caballeros, los alemanes están aquí. Estamos en la boca del lobo y tenemos que llevarnos bien con ellos. Alemanes y guerrilleros camuflados andan merodeando por aquí y hemos de andar con pies de plomo». Otro informante recordaba una escena que funciona como una metáfora de la experiencia de aquéllos en la zona 3 en que un líder del pueblo tenía a soldados alemanes en una habitación de su casa y a guerrilleros en otra, manteniéndolos a unos ajenos a la presencia de los otros.

Una tercera ilustración procede del pueblo de Panariti, situado en la llanura. Aparentemente, el EAM pudo puentear la organización local y arrestar a seis hombres a los que encarceló en un monasterio local. Cuando el líder local del EAM lo oyó, fue allá para presionar a los líderes rebeldes, algunos de los cuales eran sus propios familiares y consiguió traerlos de vuelta a casa. Su hijo me recordaba la reacción de su padre: «Estamos perdidos [...]. A menos que vayamos allá y nos los traigamos de vuelta, el pueblo se hará astillas y estaremos todos perdidos. Tenemos que salvarlos sea como sea» (I-81). Su hijo, uno de los cinco que tenía, añadió que su padre tenía miedo de que, a menos de que pudiera prevenir que tuvieran lugar las ejecuciones, corriera el riesgo de perder a sus hijos en la venganza. Lo cierto es que algunos de mis entrevistados señalaban que evitar el inicio de un círculo vicioso era un interés crítico de los líderes locales que habrían sido los primeros en ser convertidos en blanco por los que buscaban venganza (p. e., I-109).

El mecanismo de disuasión mutua también aparece en informes individuales. Un hombre de la aldea de Poulakida, ubicada en la zona 3 en t_1, me dijo cómo su comportamiento les señaló a sus rivales políticos que cualquier intento de hacer daño a su familia se encontraría con la represalia inmediata, evitando así cualquier violencia, una amenaza que se hacía creíble por la proximidad de las tropas de ocupación (I-84):

> Mira. Yo era un tipo duro [...]. Me tenían miedo. Yo era peligroso, muy peligroso [...]. No actuaba como un ser humano y ellos lo sabían. Me comportaba como un animal salvaje. Yo decía que, si hacían

algo, iría allí y los mataría a todos. No dejaría nada intacto: pero tuve suerte. No ocurrió nada. Tenían miedo y tuvieron cuidado. Y los que había allá arriba [los líderes regionales] estaban en contacto con ellos; y les dijeron que lo que estáis pidiendo que hagamos tendrá unas consecuencias terribles. Podemos coger a su padre y a su madre y mandarlos para arriba. ¿Y qué? ¿Qué haremos entonces? Este tipo es capaz de todo.

Otro hombre de la aldea de Lirkia describía cómo se le perdonó la vida cuando fue cogido por una banda de derechas en el periodo posterior a la ocupación, después de que su hermano hubiera podido escapar (I-60):

> Me llevaron bajo los pinos y me pidieron que esperara allí. Pensaba en salir corriendo, pero estaba extenuado. Me dije a mí mismo: «Me van a pegar dos tiros aquí mismo; me van a matar». Esperé. Ellos estaban discutiendo fuera de la casa [del líder derechista]. Finalmente, decidieron no matarme. Dijeron: «Su hermano escapó; ¿qué hacemos con éste? Imagina que lo matamos, ¿qué pasará después? Su hermano volverá y nos atacará a nosotros y a nuestras familias. ¿Qué haremos entonces?». Y no me mataron.

Se dispone de evidencias directas adicionales de experiencias individuales fuera de la Argólida. Un campesino izquierdista griego de la prefectura de Arcadia en el Peloponeso central cuenta en sus memorias de qué modo en 1948 escapó a la muerte a manos de un oficial del ejército al que describe como extremamente violento (Antonopoulos, 1993, pp. 149-151). Aquél era sospechoso de contactos con los rebeldes comunistas que visitaban la aldea con frecuencia porque sus cuatro hermanos se habían unido a los rebeldes y estaban merodeando alrededor del pueblo. El oficial y sus hombres, y algunos otros, lo golpearán durante tres días consecutivos, esperando sonsacarle la ubicación de un escondrijo de armas. Al tercer día, un hombre de la aldea de al lado, al que Antonopoulos describe como un «archiasesino y líder de la milicia de derechas local», vino y le pidió al coronel que dejara de «hacer daño a estos tipos». El oficial, al principio, rehusó escucharlo, pero el hombre siguió insistiendo. Finalmente, el miliciano amenazó al coronel: «No quiero dejar a mi familia en la calle. Si le haces algo [a esta gente], no saldrás vivo de este sitio; ¿me has oído?». La disputa acabó cuando otro miliciano le explicó al coronel que su intervención no estaba motivada por simpatía hacia el campesino izquierdista sino por el miedo al castigo por parte de sus hermanos: «Tú te vas a marchar en un par de días», le dijo, «pero nosotros nos quedaremos aquí. ¿Quién va a tratar con esos tipos?». Una

mujer que estaba presente añadió: «Señor coronel, no los mate; hay todo un nido de ellos alrededor de aquí; ¿cómo vamos a arreglárnoslas luego?». Los prisioneros fueron liberados de inmediato. Una historia similar se cuenta por parte de potenciales perpetradores, miembros de organizaciones armadas. Recordando su decisión de no hacerles emboscadas a los derechistas dentro de su propio pueblo, un rebelde de izquierdas (Papakonstantinou, 1986, II-1071) explica cómo fue disuadido por un camarada suyo que le señaló que, «si les golpeamos ahora, mañana matarán a los hijos de tu hermano. ¡Piensa con cuidado lo que vas a hacer!». Él también cuenta la historia de cómo las súplicas de hombres de derechas salvaron en su aldea a izquierdistas sospechosos cuando llegó una banda de derechas: «Apenas puedo describir lo que estaba ocurriendo en mi pueblo. Los niños y las viudas de los hombres que habían sido capturados estaban gritando y llorando y sus voces podían oírse hasta en [el pueblo vecino de] Likouresi. La mayor parte de los derechistas del pueblo empezaron a preocuparse [...]. Éstos corrían de derecha a izquierda. Fueron adonde Fanis Tsekeris, el líder de la banda de derechas y le imploraron que no matara a nadie [...]. Él prometió que no se mataría a nadie» (Papakonstantinou, 1986, I-196).

Además de la evidencia directa, tres explicaciones más de las que generalmente dan mis entrevistados o de las que se encuentran en las historias locales resultan coherentes con el mecanismo planteado por la teoría. En primer lugar, algunos informantes dieron fe de la presencia de tropas alemanas cerca de su pueblo para mantener a raya a la violencia insurgente; ellos decían que el poder alemán bajo algunas condiciones ponía en jaque el poder de los rebeldes[50]. En segundo lugar, muchos informantes se referían a un «contrato» informal entre facciones para protegerse entre sí. Aunque esta observación podría apuntar a un proceso de connivencia solidaria, algunos entrevistados también mencionaban que el miedo a la represalia era el principal mecanismo a la hora de forzarlos a tomar esa actitud. Finalmente, casi todos los informantes confiaban en las características personales de un líder del pueblo (o de un líder del comité o alcalde) para que llevara con éxito los destinos del pueblo. Por ejemplo, la ausencia de violencia se atribuye, en varias historias locales, al «buen carácter de los agentes locales [o de los insurgentes] que evitaron que tuvieran lugar las ejecuciones» (Kanellopoulos, 1981, p. 609; véase también Priovolos, 1988, I-169). Cuando les pedía a mis informantes que me describieran con exactitud lo que querían decir con el término «buen carácter», ellos usaban de forma casi invariable la palabra «diplomacia»: a

[50] Véase también Avdikos (2002, p. 176) para una referencia similar en otros lugares de Grecia.

los buenos líderes locales se los percibía como grandes «diplomáticos», es decir, gente que sabía cómo navegar con pericia entre actores políticos en liza, más que «buena gente» a secas (p. e., I-22; I-51; I-81; I-102; I-169). Este informe resuena con el mecanismo elaborado en la teoría.

Finalmente, el diseño de la investigación descalifica con eficacia las interpretaciones alternativas de no violencia en la zona 3. Tanto el índice de litigiosidad como las fluctuaciones del control muestran que los pueblos no se autoseleccionan para la zona 3; además, no hay variación significativa en las prácticas locales y en las instituciones de acuerdo entre las facciones o en los tipos de interacción entre facciones e individuos en los pueblos de la Argólida.

Zona 2

La violencia selectiva en pueblos de la zona 2 es, en su superficie, bastante sorprendente puesto que requiere que los individuos denuncien a sus vecinos a las autoridades de ocupación. Con todo, tales denuncias estaban muy extendidas. Andreas Christopoulos (1946, p. 116), un escritor residente en Argos que registró sus impresiones de la ocupación en un libro publicado en 1946, recuerda la situación en junio de 1944: «Una persona va a las oficinas de la Gestapo para decirles que los partisanos arrestaron a su familia la noche anterior; otra persona les dice que quemaron su casa y otra más que exterminaron a su familia porque él era un reaccionario». El principal micromecanismo por detrás de estas denuncias era la venganza. Mucha gente que se unió o que ayudó a la milicia colaboracionista en el verano de 1944 me dio una narración altamente localizada, poniendo el acento en que a ellos no les importaba quién les daba armas en tanto en cuanto ellos pudieran tenerlas para contraatacar. El miedo y la presión eran también motivaciones importantes. Aunque éstos puedan ser vistos como justificaciones egoístas, son altamente plausibles y coherentes con la evidencia de la que se dispone, incluidas las narraciones de sus enemigos y víctimas locales.

El pueblo de Heli (ahora Arachneo) es una buena ilustración de cómo el miedo y la venganza se combinaban para producir denuncias y violencia en la zona 2. Este pueblo estaba aislado pero estratégicamente situado en la mitad de un valle en la montaña de Arachneo, haciendo de puente de los senderos de montaña desde Corintia a la Argólida. Controlar este pueblo era esencial para los alemanes porque les permitía reducir el flujo de rebeldes enviados al Sexto Regimiento ELAS desde las montañas de Corintia al este de la Argólida. Como la mayoría de los pueblos de los alrededores, Heli estaba habitado por campesinos de habla albanesa y tenía una reputación de ser retrógrado. Estando situado en lo profundo del territorio tomado por los rebeldes, fue el lugar de un gran número de concentraciones de masas organizadas por el EAM en febrero de 1944, en las que las unidades de partisanos que operaban en el área y los miembros de los comités locales del EAM para toda la Argólida prestaron juramento. Un monasterio local fue usado como centro de detención para la gente que era arrestada en los pueblos de la llanura y allí se llevó a cabo una ejecución en masa, la noche del 13 al 14 de enero.

Los líderes del pueblo de Heli no habían tenido tanto éxito a la hora de unirse a las filas de la jefatura del EAM como los del pueblo vecino y rival local de Limnes, igualmente albano hablante y de reputación retrógrada. Esta división local produjo un proceso en el que las ovejas de Heli eran confiscadas de continuo para alimentar a las unidades partisanas, algo que enfadó profundamente a los heliotas. No obstante, no podían hacer otra cosa que obedecer. Unas pocas personas que trataron de plantear en voz alta algunas críticas fueron arrestadas por los partisanos y tremendamente golpeadas, aunque no asesinadas, pues esta área se consideraba segura y no había oportunidad para la defección.

Durante la operación alemana de barrido en mayo de 1944, Heli sufrió una violencia masiva indiscriminada. El 28 de mayo, 22 aldeanos que apacentaban ovejas fueron asesinados por tener el fallo de no respetar el toque de queda impuesto por los alemanes. De forma inmediata, tras esto, los alemanes entraron en el pueblo, reunieron a todos los aldeanos en la plaza mayor y amenazaron con ejecutarlos a todos a menos que el pueblo se pusiera de su lado. El alcalde del pueblo y el sacerdote decidieron pactar con ellos. El pueblo se salvaría, les dijeron los alemanes, si ellos usaban la ubicación del pueblo para impedir el movimiento de los rebeldes y si enviaban un contingente de hombres del lugar para unirse al Batallón de Seguridad de Nafplio. Ellos pensaban también que esto sería un movimiento seguro, pues los rebeldes parecían haber sido derrotados y haber dejado la zona.

Para sellar el acuerdo, tenían que entregar al comité local del EAM a los alemanes. Así lo hicieron, entregando a cinco personas a quienes los alemanes fusilaron a las afueras del pueblo. Una sexta persona, el propietario de una tienda, que era de otro pueblo y que había vivido en Heli durante mucho tiempo y había dirigido el comité local, trató de ocultarse. Fue capturado por los aldeanos y apedreado hasta la muerte en el pueblo. La salvaje naturaleza de estos asesinatos da testimonio del resentimiento que había en el pueblo contra el EAM, aun cuando el pueblo había sufrido tantas muertes a causa de los alemanes. A lo largo de junio y julio, la aldea se convirtió en un bastión anti EAM. En algunos ejemplos, los aldeanos eran capaces de interceptar

a partisanos del ELAS que se trataban de infiltrar en la Argólida y, en un caso, mataron a cinco de ellos (HAA/EDD 368/1947). Otra vez, arrestaron a un partisano de Limnes al que golpearon tremendamente pero sin matarlo.

El 29 de junio, los partisanos lanzaron un ataque sorpresa contra Heli. Los alemanes habían comenzado a retirarse hacia la llanura franqueando las colinas, y el comandante del ELAS, junto con los comisarios comunistas, decidió castigar a los pueblos traidores de la zona. El pueblo no pudo defenderse contra las superiores fuerzas de los insurgentes. Éstos quemaron varias casas y reunieron a todos los habitantes en la plaza mayor. Allí se dieron cuenta de que los líderes del pueblo se habían marchado, incluidos el alcalde y el sacerdote. Tomaron a 62 prisioneros, incluidas las dos hijas del sacerdote y, pocos días después, los ejecutaron a todos. El partisano de Limnes que había sido golpeado se presentó allí también y asesinó en público a uno de sus torturadores (I-11; I-13; I-14; I-15; I-89; I-160).

Es importante señalar aquí que el deseo de venganza operaba en un contexto en el que la colaboración con las autoridades de ocupación se hizo posible por el rápido cambio en el control, que tuvo lugar durante aquel tiempo. En otras palabras, el tipo de venganza impuesta en la zona 2 (o en la zona 4) conlleva un mecanismo que es diferente de la cruda emoción (o pasión) de la venganza, que pasa por encima de cualquier riesgo (Elster, 1999). Efectivamente, el deseo de venganza ardía en los corazones de mucha gente que había sido humillada o que había sufrido abusos o que había perdido a seres queridos, en especial, cuando esa pérdida había ocurrido o se asumía que había ocurrido a causa de las acciones de otra persona de la localidad. No obstante, tenían que pensar con todo cuidado las consecuencias de sus acciones. Algunos informantes me contaron historias de cómo los peligros de tomarse la venganza atemperaron su deseo de hacerlo (p. e., I-132).

Zona 1

El pueblo de Merzes (ahora Exostis, parte del pueblo de Aria) está situado justo a las afueras de la ciudad de Nafplio. Después de que Nafplio cayera bajo control de los alemanes y de los BS, a finales de mayo de 1944, en Merzes, rápidamente pasó lo mismo. Los alemanes habían instalado un puesto avanzado en una fábrica de pasta de tomate muy próxima al pueblo y podían acudir a ella con toda libertad, mientras que los rebeldes eran perseguidos desde esta zona. Por ello, debe de haber resultado una sorpresa para los habitantes que una patrulla alemana arrestara a seis aldeanos el 7 de junio de 1944. Los aldeanos fueron arrestados de forma individual y llevados a los cuarteles de la Gestapo

en Nafplio, donde se los acusó de ser miembros del EAM y se los interrogó. Sin embargo, al cabo de unos días, se los liberó, aunque no sin tener que pagar mordidas en forma de «queso, aceite de oliva, mantequilla, huevos, dinero, etc.». Resulta que habían sido denunciados por uno de sus vecinos, Nikolaos Papakonstantinou. Y, lo que es peor, tres de los arrestados eran parientes suyos, incluido un primo carnal. Por detrás de la denuncia había una simple disputa que había tenido lugar en el café durante la tarde anterior entre Papakonstantinou y su primo, Spyros Filinis. Algunos hombres intervinieron y trataron de separarlos, pero Papakonstantinou debió de sentirse particularmente humillado, a juzgar por el hecho de que uno de los hombres a los que denunció se había estado riendo de él. Dada su ubicación, debe de haber estado claro para los alemanes que este pueblo no podía haber sido el emplazamiento de la actividad de la guerrilla y que la denuncia era falsa, así que la historia acabó sin violencia (HAA/EDD 16/1947).

10. Retorno a Manesi y a Gerbesi

En la introducción de este libro, hice referencia al rompecabezas de los pueblos «gemelos» de Manesi y Gerbesi (ahora Midea) en la Argólida: Gerbesi experimentó una atroz masacre insurgente en agosto de 1944 mientras que el vecino Manesi se libró de ella.

Cuando se viaja a estos pueblos, resulta imposible no darse cuenta de la desemejanza de sus ubicaciones respectivas a pesar de su proximidad. Manesi está situado en una colina baja que se ve desde la llanura (en una elevación de 70 metros), mientras que Gerbesi se encuentra detrás de la colina y oculto desde la llanura (en una elevación de 120 metros), en la base de la montaña Arachnaion, que le da una amplia área de influencia. Para llegar a Gerbesi, hay que dejar la llanura y aventurarse en un paisaje enteramente diferente.

La diferencia explica por qué Manesi estuvo situado en la zona 4 durante el primer periodo de tiempo y Gerbesi en la zona 5. La localización de Manesi, junto al pueblo de Merbaka (ahora Aghia Triada), que contenía una pequeña guarnición alemana, lo hacía muy vulnerable a los ataques por sorpresa; en particular, desde que los dos pueblos quedaron conectados por carretera. Llegar a Manesi era rápido y fácil, a diferencia de Gerbesi, donde centinelas bien situados, usando una red telefónica de cable, podían proporcionar tiempo suficiente de ventaja para que los guerrilleros escaparan a las montañas de los alrededores. Esta diferencia de ubicación da cuenta del carácter de la organización del EAM en cada pueblo; aunque ambos pueblos dieron un apoyo sustancial a los rebeldes, el EAM operaba de forma clandestina en Manesi y de forma abierta en Gerbesi, donde hasta tenía su imprenta regional.

Pese a su localización desfavorable en la zona 4, no obstante, Manesi no experimentó violencia en t_1. Hubo arrestos por parte de los insurgentes, pero éstos no dieron ningún resultado en muertes. Los informes para este resultado varían, pero sugieren la intervención de los líderes locales del EAM. Al final de este periodo de tiempo, ambos pueblos experimentaron toda la fuerza de la violencia indiscriminada alemana. Nueve personas fueron asesinadas en Manesi; las cogieron violando el toque de queda impuesto por los alemanes, que prohibía a los aldeanos que se aventuraran fuera de sus casas después de las 18:00 horas, y fueron disparadas en el acto; Gerbesi, por su parte, perdió a 29 personas, que fueron asesinadas cuando intentaban escapar a las montañas circundantes. La mayoría de los cuadros del EAM tuvieron éxito a la hora de huir de los ataques; la mayoría de las víctimas eran simples campesinos. Lo cierto es que el ataque alemán contra Gerbesi, en mayo de 1944, fue tan criminal precisamente porque los aldeanos oyeron que los alemanes estaban viniendo y trataron de huir hacia las montañas; los aldeanos de Manesi no tenían otra opción que quedarse dentro de su pueblo. Un miembro del EAM apuntó a la lógica del control cuando me dijo que la violencia indiscriminada relativamente escasa que ejercieron los alemanes en Manesi se debió al hecho de que aquéllos no lo incluían en la «zona peligrosa. Aun cuando el pueblo tenía una fuerte organización de la resistencia; aun cuando más de 10 jóvenes se habían unido a los rebeldes, ellos lo consideraban un pueblo de las colinas, no un pueblo de montaña y, por tanto, no lo consideraban un objetivo» (I-75).

En t_2, ambos pueblos pasaron a ser zona 2. Como todo el resto en la zona, los aldeanos tenían que colaborar con los alemanes, que habían recuperado energías. La organización del EAM estaba destruida y los rebeldes se habían ido, aunque las células clandestinas se hallaban operativas según mis informantes; los alemanes visitaban ambos pueblos con frecuencia. Una vez más, Manesi no experimentó ninguna violencia selectiva durante este periodo mientras que una persona fue asesinada en Gerbesi. Las muertes acaecidas en estos pueblos en el periodo previo pueden explicar la baja violencia gubernamental a pesar de su ubicación en la zona 2. He codificado a los dos pueblos en la zona 2 en t_3 aunque se encontraban muy próximos a ser zona 1. La presencia en el pasado de amplias organizaciones del EAM en estos dos pueblos y la ausencia de guarniciones permanentes contribuyeron a la actividad continua de las células durmientes del EAM. Los alemanes eran conscientes de esto y tuvieron los ojos cerrados en ambos pueblos, aunque carecían de las tropas necesarias para hacer que estos pueblos pasaran a la zona 1. En tanto en cuanto, en este periodo de tiempo, no se mató a nadie, cinco cuadros del EAM de Manesi, que habían sido capturados huyendo durante la campaña de barrido de mayo por los alemanes, fueron fusilados en represalia por un ataque rebelde. Algunos arrestos tuvieron lugar en ambos pueblos y la mayoría de los hombres y mujeres arrestados acabaron en campos de trabajo en Alemania.

En agosto, el equilibrio militar cambió una vez más. Los alemanes se habían empezado a retirar hacia la llanura y, el 29 de julio, los partisanos atacaron y destruyeron el pueblo de Heli, que había sido armado por los alemanes. De este modo, ellos pudieron de nuevo dominar los pueblos de las colinas orientales. Los cuadros del EAM que habían huido a finales de mayo volvieron, las organizaciones se reconstruyeron y la mayoría de los pueblos pasaron a la zona 4, pues los alemanes seguían haciendo alguna visita esporádica. La única excepción fue Manesi, que pasó a ser, en su lugar, zona 3. Dada la proximidad de Merbaka, Manesi recibía visitas diarias de los alemanes, tal como les ocurría a muchos pueblos de la llanura exterior. A mediados de agosto, el EAM llevó a cabo grandes purgas en todos los pueblos de las colinas orientales para liquidar a aquellos que estaban acusados de haber colaborado con los alemanes durante el verano. Se llevaron a cabo algunos juicios públicos y decenas de aldeanos fueron masacrados, incluidos 20 en Gerbesi y 26 en la vecina Limnes. Estas masacres no se limitaron a los hombres sino que abarcaron a familias enteras; las disputas personales pesaron mucho en el proceso de selección. Manesi, no obstante, se libró.

Hay tres posibles explicaciones para los resultados divergentes en Manesi y Gerbesi. El primero apunta a diferentes predisposiciones sociales entre estos dos pueblos. Pese a ser notablemente parecidas en muchos sentidos, también divergían en otros. Por ejemplo, Manesi tenía muchos menos litigios que Gerbesi; su resultado en el índice de litigiosidad de preguerra es, más o menos, la mitad que el de Gerbesi (0,08 frente a 0,17). Más aún, la educación secundaria tenía mucha mayor importancia en Manesi que en Gerbesi: una proporción mucho mayor de niños de Manesi asistía al instituto en comparación con los niños de cualquier otro pueblo de las colinas orientales. Hay problemas con este argumento, no obstante. En primer lugar, el índice de litigiosidad de Manesi no es muy diferente del de otros pueblos de las colinas orientales que experimentaron una violencia selectiva sustancial, tales como Limnes, Amygdalitsa o Berbati. En segundo lugar, «la predisposición social», al menos tal como se mide aquí, no acierta a explicar la variación en violencia a través de una región entera; una explicación de la diferencia entre estos dos pueblos sobre la base de la predisposicion social sería, por tanto, *ad hoc*.

La segunda explicación vincularía la predisposición social o la personalidad de los líderes locales con una práctica de reciprocidad positiva en Manesi. Haber evitado la violencia en t_1 puede que haya

preparado a los aldeanos a protegerse entre sí a medida que el pueblo cambiaba de zonas de control. Esta explicación se adecua a las narraciones de algunos habitantes que atribuyen el resultado a la protección recíproca entre los líderes locales de las dos partes. No obstante, resulta coherente con la evidencia sobre los conflictos locales y las denuncias que tuvieron lugar durante el mismo periodo. Por ejemplo, un joven desertó del EAM en junio y se unió a los Batallones de Seguridad a causa de una disputa con otro joven que era un delegado dirigente de la organización juvenil del EAM. Dado que el delegado había sentido que el otro hombre había insultado a su hermana, había golpeado brutalmente al primer hombre. Como resultado de esto, cuando éste se pasó a los BS, denunció a ocho personas del pueblo que fueron enviadas a campos de trabajo a Alemania (I-75).

La última explicación apunta al control. A diferencia de Gerbesi, Manesi estaba situada en la zona 3 en t_4. A resultas de ello, los líderes locales del EAM tuvieron fuertes incentivos para prevenir cualquier violencia que de inmediato pudiera volverse en su contra. De hecho, la forma en que se evitó la masacre en Manesi es muy reveladora. Manesi estaba incluida en el plan del EAM para purgar a todos los pueblos de las colinas orientales. A la organización, había llegado una lista de nombres, en apariencia desde cuadros locales de nivel más bajo. A mediados de agosto, un escuadrón de la OPLA llegó al pueblo para arrestar a esa gente. Tan pronto como llegó, no obstante, los líderes locales tocaron las campanas de la iglesia en señal de que venían los alemanes, lo que provocó que los hombres de la OPLA huyeran. Las víctimas potenciales pudieron escapar y nadie fue herido. Nótese que, mientras el EAM se sentía lo bastante a salvo como para llevar a cabo una concentración masiva en Gerbesi, trayendo a cientos de personas desde el área circundante para insultar a las víctimas, no pudo consumar los arrestos que tenía planeados en Manesi. Este restringido escape de la violencia recorrerá un largo camino para explicar por qué los jefes regionales de derechas libraron al pueblo de represalias en el periodo de posguerra, a diferencia de lo que ocurrió en Gerbesi (I-21). En resumen, aunque resulta imposible excluir las características personales de los líderes locales del EAM en Manesi de una explicación de su no violencia, resulta claro que estas características operaron, si lo hicieron, junto a la lógica del control.

11. Predicciones erróneas

Aunque la teoría hace muy bien en predecir la distribución espacial de la violencia, también falla en numerosos ejemplos. El diseño de la investigación permite el análisis de casos donde las predicciones resultan erróneas. Preguntándose por qué falló la teoría y por qué un pueblo particular no se comportó tal como había predicho la teoría, resulta posible descubrir los mecanismos causales en funcionamiento con mucha mayor precisión. Ténganse en cuenta tres *caveats* que yo indiqué en el capítulo 7: la ausencia del pasado en las decisiones de los individuos la ausencia del futuro y la independencia de unidades tiempo-pueblo. Explorar las predicciones erróneas permite la incorporación de estas dimensiones en el análisis.

Dado que la teoría toma la acción racional y la instrumental como su línea de base, excluyendo de forma explícita los motivos no instrumentales, la comparación de sus predicciones con las observaciones reales ofrece algunas claves para entender cuánto trabajo se ha hecho mediante asunciones racionalistas y dónde resulta apropiado mirar a motivos alternativos. El análisis sugiere que, aunque una parte significativa de la violencia puede ser explicada por una teoría con fundamentos racionalistas, dos tipos de mecanismos no instrumentales que se excluyen de forma explícita de la teoría pueden jugar un papel residual aunque, no obstante, importante, a saber, las normas y las emociones (Elster, 1999)[51].

Hay tres grupos significativos de predicciones erróneas, una referente a los insurgentes (violencia no predicha en t_1) y dos referentes a los detentadores del poder (violencia predicha de más en t_2 y t_3). Durante el invierno de 1943-1944 (t_1), los insurgentes mataron a gente en más pueblos de lo que la teoría predice que habría de haber hecho, mientras que, a lo largo de mayo, junio y julio de 1944 (t_2 y t_3), los detentadores del poder mataron a gente en menos pueblos de los que la teoría predice[52]. En lo que sigue, me fijaré en dos grupos de pueblos atípicamente violentos (situados en la zona 3 en t_1 y en la zona 1 en t_3) y en un grupo de pueblos atípicamente no violentos (localizados en la zona 2 en t_2). Compararé estos pueblos con aquellos en los que las predicciones fueron realizadas de forma correcta por la teoría y trazaré su comportamiento durante los periodos precedente y subsiguiente. Concluiré examinando casos en los que el actor que perpetra la violencia no es aquél predicho por la teoría.

[51] Vale la pena apuntar aquí que el diseño de la investigación permite la identificación del papel de normas y emociones a través de implicaciones específicamente observables de la teoría más que mediante la forma más convencional de postular la existencia de normas y emociones y afirmando entonces, de forma más o menos plausible, su presencia *a posteriori*.

[52] La teoría predice violencia insurgente en 11 pueblos en t_1 y violencia gubernamental en 37 pueblos en t_2; las observaciones reales son de 19 y 22 pueblos, respectivamente.

Violencia atípica I (zona 3, t_1)

De los 21 pueblos situados en la zona 3 durante t_1, nueve experimentaron violencia, en contra de las expectativas teóricas. Cinco casos resultaron ser asesinatos, o bien de individuos que tuvieron un comportamiento transgresor, que era condenado de forma universal en el pueblo, o bien de gente marginal que carecía de influencia local y, por ello, podía ser eliminada con facilidad[53]. Por ejemplo, una mujer del pueblo de Drepano fue asesinada por tener un asunto amoroso con un soldado alemán (I-153). Estos asesinatos ofrecen una confirmación indirecta del mecanismo causal de la disuasión mutua. Las víctimas eran gente que no podía amenazar de forma creíble con la venganza, bien fuera porque su familia era débil o no tenía familia –de ahí que no hubiera acceso al actor rival– o porque su familia no quisiera contradenunciar a causa de su comportamiento transgresor. Del resto de los cuatro casos, uno fue un ajuste de cuentas interno entre izquierdistas y tres son desviaciones reales de la teoría: el tomar como objetivo a la familia entera de un oficial del ejército, de un alcalde de pueblo y de un doctor de pueblo, todos ellos, gente con influencia y capacidad para amenazar con una revancha creíble[54]. No pude recoger suficiente información sobre el caso de la familia del oficial[55]. En el caso del doctor, resulta claro que el comité de la aldea fue puenteado. Aunque el líder insurgente local visitó los cuarteles de la insurgencia y suplicó repetidas veces y de forma tenaz a los rebeldes para que perdonaran al doctor, éste no consiguió persuadirlos por razones que siguen siendo desconocidas (I-211). Como le ocurrió al alcalde del pueblo, fue denunciado por un empleado que puenteó al comité local y se valió de sus contactos personales con un líder rebelde (I-119; I-120; I-121; I-122). Tal como se esperaba, estos cuatro casos de denuncias en la zona 3 hicieron estallar la venganza y provocaron una escalada de violencia en periodos de tiempo subsiguientes, lo que confirma que la contradenuncia se halla, ciertamente, fuera de la senda del equilibrio.

[53] Nea Tyrintha, Nea Kios, Pirghela, Asini y Drepano. Encontré evidencias semejantes procedentes del pueblo de Na Zoi en el norte de Grecia. Este pueblo de la llanura estaba cerca de una base alemana, pero recibía visitas nocturnas de los rebeldes. La única persona asesinada por los rebeldes fue una persona que vino al pueblo en 1941 y no tenía conexiones locales. Mi informante tampoco era del pueblo, pero se había casado allí durante la guerra. Lo habrían matado los rebeldes, me dijo, por culpa de un comentario poco serio que hizo, de no haber sido por los parientes de su mujer: «Yo no era del pueblo, pero los parientes de mi mujer me protegieron» (I-163).

[54] Respectivamente en Poulakida, Ireo, Aghia Triada y Ligourio.

[55] Entrevisté a una hija de este oficial, que no quiso decirme quién había denunciado a su familia y por qué, aunque afirmó que lo sabía. Exclamó que no quería manchar a paisanos después de todos estos años. Éste fue también uno de los pocos casos en los que un informador rehusó a ser grabado en casete.

De hecho, ningún mecanismo simple explica la violencia atípica en la zona 3 en t_1: normas de transgresión, debilidad social e intenso desagrado puede que hayan llevado al exceso de violencia. Con todo, estas predicciones erróneas ofrecen una confirmación indirecta de los mecanismos causales planteados por la teoría.

Violencia atípica II (zona 1, t_3)

La zona 1 en t_3 (el punto culminante del control gubernamental) incluye 30 pueblos. La teoría predice que los pueblos en los que el control había estado consolidado no deberían haber experimentado más violencia homicida. Lo cierto es que la mayoría de los pueblos (24) no experimentaron violencia alguna; exactamente como estaba predicho. Seis pueblos, sin embargo, sí que lo hicieron[56]. Resulta que cinco de estos seis pueblos habían estado en la zona 3 en t_1 y cuatro de ellos habían sido atípicamente violentos durante ese periodo. En t_2, todos esos pueblos pasaron a la zona 2 y experimentaron violencia, tal como se esperaba. En t_3, pasaron a la zona 1. A diferencia de lo que ocurrió en los otros pueblos, no obstante, la violencia no cesó. La excesiva violencia apunta a un efecto dependiente de la trayectoria en la forma de un círculo vicioso. Los pueblos que inicialmente fueron más violentos de lo esperado experimentaron más violencia después, aun cuando su nivel de control los preparaba para la no violencia. Las evidencias cualitativas de estos pueblos sugieren que algunas personas seguían abogando por la violencia, con toda probabilidad porque acusaban a sus víctimas de haber iniciado la violencia en primer lugar. Parece que se achaca todo a la violencia inicial, en un contexto en el que los pueblos del entorno no exigían ya un castigo extra[57]. La motivación individual es la venganza, teñida de un sentido de transgresión. De hecho, encontré varios informes de gente que expresaba admiración ante los ejemplos de individuos que dejaban de lado la opción de la venganza (p. e., Dalianis, 1998, p. 152). N. Katevatis (s. f., p. 77) cuenta la historia siguiente. En 1944, un grupo de hombres del ELAS bajo el mando de un vecino vino hasta la casa de su familia para inspeccionarla, sin hacer daño a su madre que vivía allí; él añade:

[56] Ligourio, Nea Kios, Asini, Ireo, Kefalari y Lefkakia.

[57] Desgraciadamente, no descubrí cómo pudo esta gente convencer a los detentadores del poder para llevar a cabo estos asesinatos extra en los pueblos de la zona 1, donde el peligro de defección era mínimo. Una posibilidad es que remarcaran las muertes extra que tuvieron lugar en t_1 para proclamar que los simpatizantes locales de la insurgencia eran inusualmente leales, lo que justificaba un aplastamiento más duro.

> Cuarenta años más tarde, en Atenas, me enteré de que [mi anterior vecino] tuvo un accidente y lo llevaron al hospital. De inmediato fui allá, le dije quién era, me puse a su disposición y le ofrecí cualquier ayuda que pudiera necesitar [...]. Recalqué que mi visita se debía al hecho de que, aunque él podía haberle hecho daño a mi madre cuarenta años antes, en lugar de eso, había sido amable con ella. No sé si él se daba cuenta de lo que estaba diciendo: aunque la gratitud resulta de buenos hechos del pasado, mi deuda hacia él era de una naturaleza negativa, partiendo del hecho de que él no se comportó malvadamente aun cuando podía haberlo hecho.

No violencia atípica (zona 2, t_2)

21 pueblos estaban situados en la zona 3 durante t_1. De aquellos pueblos, 12 no experimentaron violencia, tal como predice la teoría pero nueve sí que lo hicieron. Los 21 pueblos pasaron entonces a la zona 2 en t_2. De los nueve pueblos atípicamente violentos, seis experimentaron violencia en el siguiente *round*, en la zona 2, tal como se predice, y tres no lo hicieron. Sin embargo, de forma contraria a las expectativas teóricas, de los 12 pueblos que no tuvieron violencia alguna en t_1, sólo tres experimentaron violencia durante t_2. Este patrón sugiere otro efecto dependiente de la trayectoria pero esta vez un efecto positivo. La ausencia de violencia en el primer periodo de tiempo parece haber ayudado a suprimir la violencia en el siguiente, a pesar del efecto del control. Este efecto está relacionado con este particular tipo de transición que se origina desde la zona 3[58]. ¿Por qué los pueblos de la zona 3 que escaparon a la violencia tenían menos probabilidades de experimentar más violencia en el siguiente asalto, *pese a* las condiciones que la favorecían, cuando era mucho más probable que pueblos que no experimentaron violencia en las zonas 1 y 5 sufrieran violencia en condiciones similares?

Un mecanismo posible es como sigue. Estar en la zona 3 sometía a los pueblos a una intensa tensión debida a las presiones por denuncia y contradenuncia que venían de ambas partes. Aun cuando resultase racional no comprometerse en la violencia en tales condiciones, la experiencia de escapar ileso puede que haya disparado perfectamente una norma de reciprocidad según la cual la gente que tenía la opción de denunciar, bajo condiciones favorables, en los siguientes asaltos, se abstendría de hacerlo. Renunciar a una ventaja desencadenaría entonces una obligación de reciprocidad, y así sucesivamente. En otras palabras, el mecanismo (racional) de disuasión mutua que evitaba la violencia en el primer asalto puede que haya activado un mecanismo no instrumental en el asalto subsiguiente[59].

Podría aducirse que lo que sucede es, sencillamente, una estrategia racional de *donde las dan las toman* que se desata una vez que alguien deja de usar la violencia con tal de que, en el periodo de tiempo siguiente, la gente se dé cuenta de la naturaleza «reiterada» del proceso. Sería necesario aún, no obstante, explicar el comportamiento de los primeros en mover. Más aún, este argumento no puede diferenciar los pueblos en cuestión de aquellos que cambiaron a zonas de control proclives a la violencia desde las zonas 1 o 5, en lugar de desde la zona 3; la mayoría de estos pueblos eran no violentos pero no de forma atípica.

Hay otras evidencias en favor del mecanismo de reciprocidad. Hubo 11 pueblos situados en la zona 4 en t_1; éstos pasaron a tres zonas diferentes en t_2: siete pasaron a la zona 2; dos, a la zona 3, y dos siguieron en la zona 4. Esta variación en las transiciones de control fue causada por la dinámica de la guerra, a saber, por la ubicación de la incursión alemana. De los siete pueblos que pasaron a la zona 2, cinco experimentaron violencia, tal como se esperaba. Cuatro de estos cinco pueblos habían experimentado violencia en el anterior asalto y uno no lo había hecho. Por otro lado, los dos pueblos que no experimentaron violencia en t_1 tampoco la experimentaron en t_2; es decir, fueron atípicamente no violentos en dos periodos consecutivos (Manesi y Neo Ireo). Yo descubrí que, en ambos pueblos, había habido arrestos por parte de los insurgentes en t_1, pero las ejecuciones fueron evitadas por los agentes locales de los rebeldes, muy probablemente por razones idiosincrásicas (I-127; I-128; I-75). Cuando las cosas dieron la vuelta y la autoridad rebelde fue reemplazada por el poder gubernamental, sus rivales locales reaccionaron en reciprocidad protegiendo a los agentes locales de los rebeldes. Igual que los pueblos que pasaban de la zona 3 a la zona 2 sin

---

[58] Haciendo volver a la violencia de un periodo de tiempo sobre la violencia de su antecedente, no se consigue ningún efecto significativo.

[59] Incluso los tres pueblos que experimentaron la violencia en t_2 mientras la evitaban en t_1 (Fichti, Panariti y Tolo) parecen pueblos no violentos. Su violencia parece ser idiosincrásica en comparación con la violencia de los otros pueblos de la zona 2. La única persona de Fichti ejecutada por los alemanes fue un joven que se vio envuelto en asesinatos durante el periodo anterior en el pueblo venido de Anifi y que fue denunciado por un habitante de aquel pueblo (I-102; I-143; HAA/EDD 333/47). En Panariti, un miembro del EAM fue arrestado por fuerzas de los Batallones de Seguridad procedentes de otro pueblo, aunque no lo mataron gracias a la enérgica intervención de los líderes del pueblo; finalmente, no obstante, se suicidó estando en prisión (I-109; I-81; HAA/EDD 93/46). Al final, la violencia en Tolo estuvo relacionada con un conflicto del pueblo vecino de Drepano e implicó a la hija de un hombre de aquel pueblo que se había casado en Tolo (I-153).

sufrir violencia, la experiencia de estos pueblos sugiere el posible papel de un círculo virtuoso basado en la norma de la reciprocidad, con una variación levemente distinta: evitar la violencia bajo un conjunto inicial de circunstancias desfavorables parece preparar la no violencia futura.

La cuestión entonces es la de qué es lo que explica la no violencia inicial en estas aldeas. Aunque no puedo excluir por completo el impacto de alguna variable no observada, fui incapaz de descubrir ninguna característica estructural en un pueblo que predijese el surgimiento inicial de la no violencia (o de la violencia). Por ejemplo, el índice de litigiosidad no apunta a ninguna predisposición particular y tampoco lo hace mi lectura del trasfondo histórico y socioeconómico de cada uno de estos pueblos. En otras palabras, no hay mucho para sugerir que la endogeneidad de los círculos inusualmente virtuosos o viciosos se deba a condiciones sociales preexistentes.

Por lo general, la evidencia cualitativa sugiere con fuerza que la gente era muy consciente de la importancia de los actos de violencia preventivos iniciales para evitar espirales de violencia. Un agente insurgente sostenía en sus memorias que podía evitar la violencia en su pueblo asegurando que nunca se iniciase: «Yo sabía», apuntará él, «que, si alguien comenzaba a matar, ello seguiría indefinidamente» (Priovolos, 1988, p. 8). Al mismo tiempo, no obstante, la gente sobrestimaba claramente la estabilidad del régimen de control bajo el que ellos vivían. Esto puede parecer sorprendente retrospectivamente, pero el material de entrevistas sugiere con claridad que mucha gente pensaba que el dominio rebelde en el invierno de 1943-1944 o el contraataque alemán en el verano de 1944 era una tendencia de larga duración. La evidencia cualitativa incluye también varios ejemplos de declaraciones públicas y altamente simbólicas de individuos que se privan de la venganza (p. e., I-22; I-24; Dalianis, 1998, 1998, p. 163). McNeill (1978, p. 145) describe cómo acabó la violencia en uno de los pueblos que él visitó: «El alcalde del pueblo de Methoni, un hombre comprometido de la derecha, pidió a los gendarmes que liberasen a dos muchachos del pueblo que habían sido arrestados después de volver tras haber servido con los guerrilleros. Hizo eso pese al hecho de que su propio hijo había sido asesinado en la guerra y, cuando los gendarmes decidieron liberar a los dos sospechosos, esto selló la reconciliación política dentro del pueblo de forma efectiva y duradera». Lo que resulta interesante en torno a este ejemplo particular es que la acción del alcalde llegó después de la derrota de los rebeldes y del final de la guerra; así pues, no podía basarse en una expectativa de beneficiarse de futuras reiteraciones ni ser una estrategia racional del tipo *donde las dan las toman*.

Finalmente, la evidencia cualitativa está atestada de interpretaciones locales que ponen el acento en el papel de la obligación y la gratitud. Stelios Perrakis (2006, p. 116) ofrece un ejemplo extraído de una entrevista que dirigió en Manesi:

> «En nuestro pueblo [Meidanis, el líder local de izquierdas], fue el responsable de que se mantuviera la paz entre los aldeanos y de que se evitaran las persecuciones de los oponentes políticos cuando la izquierda tomó el poder. La derecha apreció esto y, por su lado, se abstuvo de todo tipo de represalias después de la guerra. Tampoco hubo acciones judiciales contra la izquierda puesto que no hubo ejecuciones de reaccionarios en nuestro pueblo.» Yo señalé que esto distaba bastante de lo que había ocurrido en Gerbesi, tan sólo unos pocos kilómetros más lejos siguiendo la carretera y ellos estuvieron de acuerdo. La verdad es que Manesi era un ejemplo raro de pueblo de la Argólida que se había ahorrado la lucha fratricida que tantas cicatrices dejó en otras partes. Los parientes de Meidanis [...] sólo tenían elogios para los elementos de derechas de su propio pueblo que los habían protegido de oficiales demasiado entusiastas o de derechistas de otras partes, a partir de la gratitud por lo que la izquierda había hecho durante la guerra, bajo el liderazgo de Meidanis.

Resulta muy elocuente a este respecto que un hombre de derechas que no dudó en darme un informe detallado de cómo castigó a varios izquierdistas en la zona eligiera Manesi como un pueblo en el que él se abstuvo de atacar a nadie porque consideraba que el comportamiento de sus rivales políticos había sido ejemplar (I-21)[60]. Aunque esta interpretación puede ser una racionalización *a posteriori*, apunta a un mecanismo importante y debería ser tomada en serio.

En general, los ejemplos de no violencia atípica muestran que las guerras civiles no sólo favorecen los círculos viciosos de violencia sino también los círculos virtuosos de no violencia. Estos círculos virtuosos a menudo se «institucionalizan» en un espíritu de solidaridad que típicamente se asume, tras el fin de la guerra, que lo ha precedido. Por lo general, los datos sugieren que el comportamiento aldeano atípico, tanto el violento como el no violento, depende de la trayectoria anterior y resulta ampliamente endógeno a la guerra.

[60] Esto sugiere también el carácter complementario de la venganza (es decir, la reciprocidad negativa y positiva). Este hombre no mostró pesar alguno al contar los diversos abusos que cometió contra sus rivales locales: el único momento en el que se estremeció durante su entrevista fue cuando recordó a un hombre cuya ejecución por parte del pelotón de fusilamiento había logrado conseguir en 1949, antes de saber que aquel hombre había ayudado previamente a su familia; él continuó reiterando su genuino pesar por haber transgredido la norma de la reciprocidad positiva.

En unos pocos ejemplos, la teoría se equivoca a la hora de predecir el actor que produce la violencia selectiva observada[61]. Éstos incluyen ataques por parte de una unidad insurgente durante el punto culminante de control gubernamental (zona 1); aunque éstos se originaran en la región vecina de Arcadia, los miembros de la unidad eran de la Argólida y pudieron moverse en un entorno que, de otro modo, resultaría hostil, valiéndose de su conocimiento del terreno. Algunos de los casos propios de los detentadores del poder son también ejemplos de tipos semejantes de ataques (Malandreni en t_2). Otros casos señalan el papel de la venganza como emoción, cuando la acción se lleva a cabo sin tener en cuenta el riesgo. La expresión griega sobre el estado mental de la gente que cae presa de emociones vengativas es que su «sangre está hirviendo». Aquí me centraré en tres casos donde las emociones llevaron a la acción violenta bajo un control desfavorable: Aghios Stefanos en t_1, Anifi en t_1 y Lirkia en t_2, todos ellos, casos en los que la violencia selectiva gubernamental tiene lugar en áreas controladas, de forma predominante o por completo, por los insurgentes.

El papel de la venganza como emoción es particularmente visible en el caso de Aghios Stefanos, un pueblo ubicado en las montañas y bajo sólido control rebelde. El 12 de junio, los aldeanos capturaron al líder local del EAM, Thanassis S. Michalopoulos, y lo entregaron a los alemanes. El cabecilla era su propio primo, Vassilis, quien, junto con los otros aldeanos, se había visto ofendido por el uso del poder local de Michalopoulos para confiscar bienes y amenazar a la gente. Esta acción se tomó sin tener en cuenta en absoluto las consecuencias. Lo cierto es que, al día siguiente, los hombres del EAM arrestaron a siete personas, incluido Vassilis Michalopoulos. Tres fueron ejecutados públicamente en el pueblo vecino de Karia el 13 de junio y tres más unos días más tarde. El propio Vassilis fue apedreado hasta la muerte en una ejecución pública en la aldea de Kefalovriso durante una concentración masiva a la que acudieron cientos de aldeanos, el 6 de julio (HAA/EDD 51/1945; 8/1947; I-9; I-79; I-91).

Los efectos de la venganza pueden verse también en el pueblo de Lirkia en las colinas occidentales. Lirkia se mantuvo de un modo sólido en manos del EAM durante el invierno de 1943-1944; no hubo ninguna disensión pública ni se usó la violencia. Pese a esta aparente tranquilidad, no todos los aldeanos eran felices con el estado de cosas.

[61] Hay cuatro casos de violencia gubernamental en la zona 4 (Anifi en t_1, Lirkia y Malandreni en t_2 y Malandreni en t_1), un caso de violencia gubernamental en la zona 5 (Aghios Stefanos en t_2) y cuatro casos de violencia insurgente en la zona 2 (Mili en t_1, Lirkia, Berbati y Monastiraki en t_2).

Al llegar la primavera, esta infelicidad empezó a manifestarse. En abril, el líder local del EAM, un maestro llamado Panayotis Stathis, desafió los deseos del EAM y tomó parte en las elecciones para representar a la zona en el encuentro nacional del Comité Político de Liberación Nacional (PEEA), el intento del EAM de establecer un gobierno *de facto* en Grecia. Después de que Stathis fuera elegido, el Partido Comunista hubo de cancelar las elecciones para obligarle a irse. Esta insubordinación menor se combinó con las operaciones alemanas de barrido en mayo para crear un deterioro de la situación de seguridad en Lirkia. Un ataque alemán tuvo lugar el 21 de mayo. El 6 de junio, el EAM arrestó al sacerdote local, Panayotis Papageorgiou, y a su hija para meter presión sobre su hermano, un doctor pro germano en Argos cuya esposa resultaba también ser alemana. El 15 de junio, Stathis, Thanasis Karas, un doctor local descrito por el BLO local como «uno de los hombres más influyentes en la Argólida, el más influyente en el valle de Inachos»[62], y dos hombres más fueron arrestados y llevados a los cuarteles del EAM en Tatsi. El 16 de junio hubo dos arrestos más, incluida la esposa de Karas, a partir de la confesión del doctor bajo tortura sobre la existencia de un círculo imaginario de espías (I-79). El doctor fue asesinado por la noche. En mitad de todo esto, un líder del EAM de la ciudad de Argos, con conexiones familiares en Lirkia, paró en el pueblo en su camino de vuelta del encuentro del PEEA, en la Grecia central. El nombre del joven era Iason Boukouras y era el hijo de un doctor prominente de Argos. Aparentemente, algún aldeano decidido a vengarse filtró esta información al hijo del sacerdote arrestado, Petros Papageorgiou, que estaba en Argos. Papageorgiou refirió esta información a los alemanes, que atacaron el pueblo el 18 de junio. Mientras los alemanes rodeaban el pueblo, Boukouras trató de ocultarse, pero fue descubierto y Papageorgiou lo identificó públicamente. De inmediato, un oficial alemán le pegó un tiro. Las acciones de Papageorgiou pueden explicarse como el resultado de la cruda emoción puesto que su padre y hermana eran rehenes del EAM y el pueblo estaba bajo control del EAM. Lo cierto es que tuvo que pagar el precio. Al día siguiente, partisanos del ELAS volvieron al pueblo con el sacerdote y su hija a rastras. Después de enterrar a Boukouras, los partisanos los ejecutaron a ambos. De acuerdo con mis entrevistados, justo antes de su muerte, el sacerdote, desesperado, llamó a su hijo «patricida y fratricida» por sus acciones (HAA/EDD 242/1945; 15/1946; 334/1947; I-60).

El ejemplo final procede del pueblo de Anifi, un pueblo de la llanura exterior que estuvo en la zona 4, durante t_1. Anifi contenía una

[62] «Narrative of Capt. P. M. Fraser. Peloponnese July 43 – April 44» y «Names of Influential Personnel in Argolido Korinthia», PRO, HS 5/698/S6557.

de las células del EAM más activas de la región y era un semillero de actividad política insurgente. Además, algunos lugareños se habían unido a los guerrilleros. Sin embargo, el pueblo estaba, a su vez, situado próximo al pueblo de Merbaka (ahora Aghia Triada), que albergaba un pequeño puesto avanzado alemán. En enero de 1944, el EAM asesinó a cuatro aldeanos en Anifi, incluido el alcalde. Los asesinatos ayudaron a que el control del EAM se consolidase, aunque la proximidad del pueblo al puesto avanzado alemán continuó impidiendo los movimientos de los rebeldes. Con todo, pese a la proximidad del puesto alemán, no fluyó información alguna de los lugareños a los alemanes hasta abril de 1944. El Domingo de Ramos, el 9 de abril, los alemanes dirigieron un ataque a gran escala en Anifi. Los días que precedieron al ataque, los alemanes habían adoptado una actitud más agresiva, incluyendo el aporte de nuevas tropas a la Argólida. El día anterior habían llevado a cabo un gran número de arrestos planificados en Nafplio, decapitando de forma efectiva a la organización rebelde en aquella ciudad. El ataque en Anifi se desarrolló con los alemanes registrando las casas y reuniendo a todos los hombres en el centro del pueblo. Por vez primera, estuvieron acompañados por un informador encapuchado que procedió a identificar a todos los cuadros del EAM. Algunos hombres fueron arrestados, incluidos algunos importantes líderes locales, y un joven fue disparado cuando trataba de huir a los campos que rodeaban el pueblo (éste murió de sus heridas pocos días después). Algo más tarde, en abril, dos líderes de larga trayectoria fueron fusilados en el campo de concentración que los alemanes habían establecido en Korinthos. La identidad del encapuchado apunta, directamente, a la motivación que se ocultaba detrás de la denuncia a los alemanes: se trataba de un familiar cercano de uno de los hombres que el EAM había asesinado en enero. De hecho, fue reconocido por varios aldeanos[63]. Su decisión de denunciar a los cuadros del EAM a los alemanes era muy arriesgada, pues los alemanes no tenían el control de Anifi y no planearon el ataque con el fin de ocuparlo. Ellos lo tomaron como objetivo que atacar antes que a la mayoría de los pueblos de la llanura exterior y las colinas occidentales, incluso antes que a algunos que tenían la reputación de ser más comunistas, a causa de la información que podían procesar, y pudieron obtenerla a causa del deseo de venganza que se generó con los asesinatos del EAM. A diferencia de los dos casos anteriores, no obstante, esta denuncia no generó revancha por razones que aún siguen siendo poco claras. El control alemán se estableció algún momento después de estos asesinatos, cuando los alemanes lanzaron su operación de barrido a gran escala por la región[64]. Finalmente, instalaron un pequeño puesto avanzado en el pueblo, consolidaron su control y generaron más defecciones, pues algunos lugareños, antes miembros del EAM, se unieron a los BS.

[63] De acuerdo con mis informantes, alguien le sacó la capucha de la cabeza; según otros, tras ser reconocido, de forma desafiante, él mismo se quitó la capucha.

En resumidas cuentas, estos tres casos son ejemplos vívidos de cómo las emociones pueden nublar el juicio y llevar a la violencia bajo condiciones en las que la valoración racional impediría la violencia.

12. Una réplica: Almopia

Para incrementar la validez de la evaluación microcomparativa, repetiré mi estudio en la región de Almopia, en el norte de Grecia. Semejante en tamaño y en gama ecológica, Almopia difería de la Argólida en términos de localización estratégica y composición étnica. Aunque no desarrollé un estudio de una profundidad semejante al de la Argólida, pude trazar los principales patrones de control y violencia.

El distrito de Almopia, parte de la prefectura de Pella, incluye tres tipos de terreno: llanuras, colinas y montañas. Su población de unas 30.000 personas en 1940 era casi toda rural, distribuida en 46 pueblos, cuyo tamaño medio era cercano a las 600 personas, y una ciudad. La historia de la zona refleja la de la región más amplia. Antes de su incorporación al Estado griego en 1913, Almopia formó parte del Imperio otomano. Estuvo habitada por campesinos cristianos y musulmanes, cuya mayor parte eran agricultores arrendatarios en grandes fincas *[cifliks]* poseídas por propietarios musulmanes. Los idiomas que más se hablaban en la zona eran el turco, una lengua eslava local próxima al búlgaro y al macedonio contemporáneo, el griego (principalmente en los distritos de su única ciudad, Karatzova o Aridaia) y el vlach (un idioma próximo al rumano, hablado por los vlachs pastoralistas). El griego era el idioma del comercio; la gran mayoría de la población cristiana en la zona (y la mayoría de los musulmanes que eran de extracción eslava) hablaban el macedonio eslavo local. Hasta finales del siglo XIX, la religión ofreció la base para la identificación de la población, una reflexión institucional del sistema *millet*, que servía como base del dominio otomano y detallaba los privilegios y las obligaciones de cada comunidad religiosa. No obstante, la población cristiana se dividió con el surgimiento de la competencia entre naciona-

[64] Aunque no de inmediato. La ausencia de revancha durante este periodo de transición puede haber estado causada por el arresto de varios hombres del EAM de Anifi que puede que hayan actuado como rehenes. La toma de rehenes fue una práctica, en cierto modo, limitada en la Argólida, que la mayor parte de las veces resultaba contraproducente, pero a veces parece haber contenido violencia, como en el caso de Lefkakia (I-54; I-88).

lismos a finales del siglo XIX. Por toda Macedonia, agentes rivales de Grecia, Serbia, Rumanía y Bulgaria lucharon en una guerra de sombras por adquirir la lealtad de la población cristiana de Macedonia, en su mayor parte rural. El conflicto más intenso, que tomó la forma de guerra de guerrillas, librado entre bandas enfrentadas, tuvo lugar entre Grecia y Bulgaria. La división étnica encontró su correspondiente reflexión ideológica en la religión: la formación de una iglesia búlgara independiente (el Exarcado) desafió al monopolio de los miembros en el Patriarcado Ortodoxo Griego de Constantinopla (Estambul) sobre la población cristiana de las posesiones otomanas en Europa. De forma gradual, escoger el Patriarcado o el Exarcado se hizo equivalente a elegir una identidad nacional y, eventualmente, a volverse griego o búlgaro. Esta decisión fue inducida, a menudo, mediante la violencia (usada por las bandas guerrilleras enfrentadas) y reforzada por la escolarización mediante un esfuerzo concertado de construcción de escuelas llevado a cabo por varios Estados balcánicos. Aunque esta separación a menudo dividió familias, en último término, produjo nuevas identidades nacionales que suscitaron lealtades tan fuertes que dos generaciones eran bastante para borrar cualquier memoria de esta «elección» inicial (Karakasidou, 1997; Danforth, 1995).

Como consecuencia de las Guerras Balcánicas de 1912-1913, la región de Macedonia quedó dividida en tres partes; la más grande fue incorporada al Estado griego, con las dos partes más pequeñas yendo para Bulgaria y Serbia. Estas guerras, cuyos combates fueron de una enorme ferocidad, produjeron numerosas atrocidades y una considerable limpieza étnica (Carnegie Endowment for International Peace, 1993). Aunque la diversidad étnica decreció bastante después de las Guerras Balcánicas, Macedonia mantuvo un grado sustancial de diversidad, tanto religiosa como étnica. Sin embargo, la diversidad religiosa en la Macedonia griega fue destruida al hilo del fracaso turco en Grecia en su guerra de 1920-1922 y el «intercambio de poblaciones» que trajo aparejado. Los musulmanes se marcharon y una oleada de refugiados cristianos procedentes de Anatolia se estableció en sus pueblos. No obstante, la región siguió teniendo un carácter multiétnico, con el censo de 1928 computando un 40 por 100 de la población como «eslavófonos», un 6 por 100 como vlachs y un 54 por 100 como «refugiados» (de Asia Menor).

Los nuevos colonos hablaban una gran diversidad de lenguas, incluidos el griego, el póntico y el turco y se hallaban lejos de ser una población unificada. Su llegada provocó una intensa rivalidad por las líneas étnicas, espoleadas por la distribución de las tierras musulmanas. Muchos de los agricultores locales eslavos macedonios veían las tierras que deseaban adquirir repartidas en parcelas más pequeñas

para acomodar a los colonos. Como resultado de ello, una «población de simples campesinos que tradicionalmente desconfiaba de todos los extraños, particularmente de los griegos» (Rossos, 1997, p. 70), hasta encontró más razones para desconfiar de los refugiados, a los que ellos también percibían como extranjeros. Por su parte, los refugiados veían a los macedonios eslavos como no griegos, hablantes de un idioma semejante al de un enemigo de Grecia, Bulgaria. Habiendo sido desarraigados ya una vez, los colonos temían la perspectiva de nuevos cambios territoriales y nuevos movimientos de población (Marantzidis, 2001).

Hay muchas evidencias de que estos dos grupos –que hablaban idiomas diferentes, se miraban entre sí con sospecha; no se casaban entre ellos, tendían a identificarse con naciones-Estado diferentes y competían por recursos locales– desarrollaron una pronunciada hostilidad mutua (Marantzidis, 2001; Koliopoulos, 1999; Yannisopolou, 1998). Durante los años de entreguerras, la importante actividad pro búlgara en Almopia, incluida la actividad guerrillera durante los años veinte del siglo XIX, se encontró con la represión por parte de las autoridades griegas. La política de la dictadura de Metaxas (1936-1940) de asimilación lingüística forzosa de las poblaciones macedonias eslavas aumentó el resentimiento de la población eslavófona en Almopia.

Durante la ocupación de Grecia por parte de las fuerzas alemanas, italianas y búlgaras (1941-1944), el norte de Grecia fue testigo de una violenta guerra civil acrecentada por la polarización étnica (Koliopoulos, 1999; Kofos, 1993). En la prefectura de Pella, así como en las prefecturas vecinas, la mayoría en la Macedonia occidental, muchos macedonios eslavos se unieron a la milicia pro búlgara, conocida como *komitadji* (un nombre que recordaba a la guerra de guerrillas macedonia de finales del siglo XIX y principios del siglo XX), aun cuando la zona no estaba ocupada por el ejército búlgaro. Por su parte, el ejército búlgaro llevó a cabo un extensivo programa de limpieza étnica y reasentamiento, expulsando a las poblaciones griegas de las áreas del este de Macedonia que él ocupaba. La llegada en 1942-1943 al oeste de Macedonia de estos refugiados incremento, en gran medida, las tensiones entre los grupos étnicos. Estas tensiones explotaron hasta convertirse en guerra civil y violencia durante la ocupación y continuaron durante el periodo de 1946-1949. La guerra civil se vio acrecentada por un mosaico de motivos y símbolos no étnicos y étnicos que, a menudo, se ocultaban bajo la división principal de la izquierda frente a la derecha. Por ejemplo, las batallas entre los partisanos comunistas (ELAS) y los colaboradores (Ejército Nacional Griego, EES) a menudo resultaban ser, si se examinaban con más atención, *también* ejemplos de conflicto entre los macedonios eslavos y los colonos griegos de habla turca (Marantzidis, 2001).

Tras el fin de la ocupación y la desmovilización de los partisanos comunistas (1945-1946), el reconstruido Estado griego persiguió, de igual modo, a los izquierdistas y a los macedonios eslavos. Los procesos de colaboradores se usaron como una oportunidad para la persecución con motivaciones étnicas, así como para dirimir todo tipo de disputas locales. Como resultado de ello, muchos macedonios eslavos, tanto aquellos que habían participado en el EAM como también muchos que tomaron parte en las diferentes milicias colaboracionistas, huyeron hacia la República de Macedonia, recientemente formada como parte de la Yugoslavia socialista. Mientras que, durante la ocupación, muchos macedonios eslavos habían exigido una identidad búlgara y habían colaborado con las tropas búlgaras, muchos reclamaban ahora una identidad macedonia y alzaban la vista hacia la Yugoslavia de Tito; muchos de entre ellos se unieron a un movimiento de independencia (NOF) y a una unidad conocida como la Primera Brigada Egea. Ambas organizaciones se hallaban estrechamente aliadas con las autoridades comunistas de la Macedonia yugoslava, que, de por sí, mantenían complejos vínculos con los comunistas griegos. A un nivel de masas hubo un solapamiento creciente entre la identidad lingüística eslavófona, la identidad étnica macedonia eslava (o macedónica) y la propensión a alinearse con la izquierda comunista entre 1946 y 1949. Aunque el solapamiento no fue completo, con una minoría significativa de macedonios eslavos alineándose con el Gobierno griego[65], resulta claro, no obstante, que la mayoría de los macedonios eslavos, o bien colaboraron con los rebeldes comunistas griegos, o bien pelearon abiertamente con ellos entre 1946 y 1949 (el 85 por 100, de acuerdo con una estimación) (Rossos, 1997, p. 63). A la inversa, muchos colonos griegos, especialmente en los pueblos que estaban mezclados, apoyaron a la derecha griega, aun cuando hubieran sido ardientes defensores del Partido Liberal durante el periodo de entreguerras (Marantzidis, 2001).

En resumen, aunque la guerra civil griega en Macedonia no fue de ningún modo una guerra étnica, asumió un pronunciado carácter étnico. Los macedonios eslavos «hicieron una contribución significativa y lo cierto es que decisiva al bando comunista durante la guerra civil en Grecia»; ellos cargaron con lo más fuerte de la guerra puesto que habitaban las regiones de Macedonia en las que tuvo lugar la lucha más dura. Su participación en las filas del ejército rebelde fue muy alta, «lejos de la proporción de su número relativamente bajo en la población total de

[65] A estos «macedonios grecófilos o asimilados» se les denominó «burlonamente» como *grkomani* por parte de los macedonios eslavos militantes (Rossos, 1997, p. 63), que, con frecuencia, los tomaron como objetivos de sus ataques. Un oficial griego, por otro lado, distinguía entre *slavophones* y *slavophrones* («Notes on Tour from Salonica to Verroia, Edessa and Kaimaksalan, September 11th and 12th, 1948», PRO FO 371/72327).

Grecia en la época […]. Su representación estimada en el DSE [el "Ejército Democrático de Grecia", como se le conocía al ejército rebelde comunista] se extendió de más de un cuarto en abril de 1947 a más de dos tercios a mediados de 1949». Hacia 1948, el Partido Comunista «se había convertido en casi totalmente dependiente de las zonas relativamente pequeñas, pobladas, principalmente, por macedonios, que tomó en la Macedonia central y occidental». Resulta importante, no obstante, el que la naturaleza de la participación de los macedonios eslavos en la guerra civil griega (al menos, en el nivel de la elite) fuera más nacionalista que comunista. Los comunistas fueron aliados de conveniencia en una lucha que se suponía que llevaba a la secesión de Grecia y a una fusión con la República Yugoslava de Macedonia. Para el NOF «se trataba, ante todo, de una lucha nacional, una batalla por la liberación nacional de los macedonios en la Macedonia egea» (Rossos, 1997, pp. 42, 43-44 y 64). Con todo, a pesar de esta aguda polarización étnica, la violencia homicida contra los civiles en Almopia fue mucho más baja de lo que esperaba que fuese –ciertamente más baja que en la Argólida– tanto durante el periodo de 1943-1944 como en el periodo de 1946-1949.

En razón de su panorama geográfico (una región aislada, lejos de los ejes de comunicación vitales), Almopia presentaba poco interés para las autoridades de ocupación, que, efectivamente, la abandonaron. A resultas de ello, los partisanos comunistas adquirieron el control efectivo de la zona de 1943 en adelante. Muchos aldeanos vieron a las fuerzas de ocupación sólo una o dos veces en todo el periodo. Los partisanos ejecutaron a algunos elementos «reaccionarios», pero estas ejecuciones fueron bastante limitadas (de 30 a 40 casos, como mucho). En torno a 80 personas fueron asesinadas de una forma indiscriminada durante una operación de barrido llevada a cabo por tropas alemanas y búlgaras a principios de 1944. Ninguna población experimentó una destrucción completa y la población mostró pocos signos de división política a pesar de la anterior polarización étnica y política, algo que se refleja en las entrevistas que he hecho: la mayoría de la gente no recuerda este periodo como una guerra civil. No teniendo otra posibilidad que la de apoyar al grupo que tenía una soberanía local indiscutida, el EAM, la población lo hizo de una forma unitaria. En los términos de la teoría de la violencia selectiva, Almopia comenzó como una predominante zona 5 con algunos pueblos en la zona 4; a continuación, ella pasó a ser zona 5 (y así se quedó). De forma coherente con la teoría, los pueblos de la zona 4, en los que preocupaba más la seguridad y en los que tuvieron lugar asesinatos selectivos del EAM, tendieron a estar en las tierras bajas, más cercanas a la carretera principal que unía la región con la capital de Pella, la ciudad de Edessa.

De alguna forma, se puede pensar en Almopia como un contrafáctico de la Argólida: si la ocupación en la Argólida hubiera acabado en

abril de 1944, no habría habido diferencia alguna entre las dos áreas a pesar de la variación en el nivel de polarización étnica. La ubicación, que convirtió a Almopia en un refugio seguro del EAM, explica por qué se limitaba la violencia[66]. Áreas vecinas (tales como el distrito vecino de Peonia en la prefectura de Kilkís o las prefecturas de Kastoriá y Kozani) experimentaron considerables niveles de violencia propia de una guerra civil a pesar de tener un perfil social y étnico semejante, principalmente a causa de su importancia estratégica para los ocupadores, que se disputarán el territorio.

A continuación del final de la ocupación y de la desmovilización de los partisanos en 1945, Almopia sufrió un proceso semejante al del resto de Grecia: el reconstruido Estado griego y las bandas irregulares de derechas, en su gran mayoría de las áreas próximas, hostigaron y aterrorizaron a los sospechosos de ser izquierdistas, así como a muchos macedonios eslavos. Aunque la violencia de «baja intensidad» fue considerable (mucha gente fue arrestada y encarcelada; muchos fueron apaleados; las propiedades fueron saqueadas y algunas personas huyeron atravesando la frontera para escapar), la tasa de homicidios siguió siendo baja. Al mismo tiempo, tuvo lugar un importante realineamiento. Mucha gente, en su mayor parte refugiados que habían apoyado (de forma activa o pasiva) a los partisanos durante el periodo de ocupación, cambiaron de bando y se convirtieron en derechistas y realistas. Las motivaciones variaron, pero las expectativas cambiantes sobre quién iba a ser el ganador final eran decisivas. En otras palabras, Almopia pasó a ser zona 1.

En 1946, el Partido Comunista lanzó su insurgencia. Bandas armadas de partisanos que habían estado entrenándose en Yugoslavia cruzaron y empezaron a hostigar a los puestos de la gendarmería, a matar alcaldes y a movilizar a los aldeanos. Su ubicación en la frontera con Yugoslavia puso a Almopia en la línea de frente de esta guerra civil. La mayoría de los pueblos macedonios eslavos, situados en la parte oriental del distrito, contribuyeron con un gran número de hombres al «Ejército Democrático» comunista insurgente. Las víctimas en este periodo fueron sustanciales: algunos pueblos perdieron entre 60 y 70 hombres cada uno. Con todo, la gran mayoría de las víctimas se producían en el campo de batalla. Durante este periodo, fueron asesinados muy pocos civiles. Aun cuando el ejército griego bombardeó de forma regular algunos de los pueblos macedonios eslavos y, en un caso, los rebeldes atacaron un pueblo de refugiados y mata-

[66] Marantzidis (1997, p. 158) refiere un hallazgo similar a partir de los pueblos profundamente divididos de Georgianoi y de Lefkopetra en la prefectura de Emacia, del norte de Grecia. El control total ejercido por el EAM durante la ocupación evitó que se articulase su intensa división local.

ron a 39 civiles en la peor masacre individualizada de la guerra en esta área, la violencia contra los civiles en Almopia fue limitada en comparación con la del sur de Grecia en 1943-1944. De hecho, la ratio de los combatientes respecto de los civiles asesinados en la Argólida y Almopia fue casi la inversa.

Dos factores relacionados con la forma en la que se llevó la guerra (y sin relación con la naturaleza de las escisiones) explican la diferencia entre la Argólida y Almopia. En primer lugar, en el transcurso de 1948, el ejército griego desalojó la mayoría de los pueblos de Almopia, en la línea del método contrainsurgente tradicional de separar a los rebeldes de la población. La mayoría de los aldeanos, o bien dejó la zona del todo, o bien se marchó a un campo de refugiados instalado en la ciudad de Aridaia. Algunos aldeanos, simpatizantes de la causa rebelde, cruzaron la frontera hacia Yugoslavia. A resultas de ello, después de 1948, había pocas víctimas potenciales en la Almopia rural. En segundo lugar, comenzando en 1946 pero, en especial, en 1947 y 1948, la mayoría de los hombres sanos (así como muchas mujeres) fueron llamados a filas en varios grupos militares y paramilitares de ambas partes. Esta militarización extensiva cambió la violencia de la esfera civil a la esfera militar.

Aunque estos factores ayudan a dar cuenta de los bajos niveles de violencia contra los civiles, todavía fallan a la hora de explicar por completo los niveles relativamente bajos de violencia contra los civiles *antes* de la evacuación de los pueblos y la masiva llamada a filas. Mi investigación sugiere que, de forma coherente con la teoría, los bajos niveles de violencia se debían, principalmente, a la distribución del control entre los actores políticos en 1946-1948. La mayoría de los pueblos se situaban en áreas que eran igual de accesibles por las dos partes, es decir, en áreas de zona 3. El ejército y la policía visitaban los pueblos a diario, pero no podían evitar que los rebeldes vinieran cada noche. De hecho, es esta incapacidad la que llevó al ejército a su decisión de evacuar a todos los civiles a la ciudad de Aridaia. Por su parte, el ejército se hallaba limitado por la presencia de una frontera internacional: los rebeldes disfrutaban de un refugio seguro en Yugoslavia, un rasgo de la guerra civil en Almopia que les daba una ventaja tremenda. Lo que hace del caso de Almopia particularmente interesante es que la polarización étnica fue superada por la lógica del control, un tema que he explorado en profundidad en otra parte (Kalyvas, 2004).

13. Evaluaciones fuera de muestra en Grecia

En esta sección, examinaré los datos de pueblos procedentes de todas las partes de Grecia para determinar si los patrones de violencia son coherentes con las predicciones de la teoría. Me valdré de diver-

sas fuentes: en primer lugar, un estudio de 13 pueblos llevado a cabo en 1951-1952, por la New East Foundation; en segundo lugar, un estudio de cinco pueblos dirigido en 1947 por el historiador William H. McNeill; en tercer lugar, los datos de 136 pueblos entresacados de los estudios etnográficos y de las historias locales (en su mayor parte, de un solo pueblo), así como entrevistas que llevé a cabo fuera de la Argólida. Aunque no sean una muestra aleatoria de pueblos griegos, estos datos cubren la mayoría de Grecia y ofrecen un sentido general de la experiencia de la época de la guerra en el campo, a lo largo de todo el país, durante todo el periodo de 1943-1949 (tabla B.4 en el Apéndice B). Dado que las motivaciones de los escritores y sus fuentes son diversas, no domina ningún sesgo único.

Además de permitirme valorar hasta qué punto es la Argólida representativa del resto de Grecia, estas evaluaciones me permiten evaluar si los patrones de violencia casan con los patrones de control en estos pueblos en un modo que resulte coherente con la teoría. Haré esto tanto mediante un examen minucioso de la evidencia como mediante la evaluación de una implicación de la teoría que puede observarse también: la violencia selectiva en 1943-1944 debería observarse en altitudes más bajas que la violencia selectiva en 1946-1949. Tal como se ha señalado antes en este capítulo, una clave diferente entre la ocupación y el periodo de posguerra fue la capacidad estatal de los detentadores del poder. A diferencia de los alemanes que sólo se interesaban y sólo podían controlar las principales ciudades, carreteras y ferrocarriles y estaban dispuestos a abandonar el control del área montañosa de influencia a los rebeldes, el Estado griego de posguerra podía desafiar a los rebeldes directamente en sus plazas fuertes. Como resultado de esto, el control gubernamental total fue, por lo general, poco común incluso en las tierras bajas durante la ocupación, lo mismo que el control insurgente total, aun en las tierras altas, durante el periodo de posguerra. O, dicho de otro modo, el tiempo sirve como un sustituto para la presencia de detentadores del poder en terrenos más altos y subyace a la correlación entre terreno y soberanía fragmentada. Dado que la teoría predice una violencia selectiva más baja contra los civiles en zonas de control total, deberíamos observar un agrupamiento de pueblos no violentos en las tierras altas durante el periodo de 1943-1944 (cuando era probable que estuvieran totalmente controlados por los insurgentes) y en las tierras bajas durante el periodo de 1947-1949 (cuando era probable que estuvieran completamente controlados por los detentadores del poder)[67].

[67] La zona 3 también debería ubicarse en una altitud más baja durante la ocupación (y viceversa). Sin embargo, si se juzga a partir de la Argólida, donde la mayoría de las aldeas de la zona 3 pasaron o a la zona 2 o a la zona 4, el efecto (no violento) de la zona 3 es probable que siga sin ser observado en ausencia de una medida de control desagregada.

Tabla 9.10. Una tipología de los pueblos griegos.

	Violencia selectiva en 1947-1949	
	No	**Sí**
Violencia selectiva en 1943-1946		
No	Tipo 1	Tipo 3
Sí	Tipo 2	Tipo 4

Desde una perspectiva analítica, el periodo intermedio de 1945-1946 está más próximo al periodo de la ocupación, mientras el Estado griego seguía siendo débil y dejaba el campo abierto a bandas irregulares de derechas o de izquierdas.

En resumen, la baja altitud debería corresponderse con niveles más altos de violencia selectiva en 1943-1946 y con niveles más bajos en 1947-1949. De igual modo, la altitud debería predecir la cadencia de la división interna de los pueblos. Las historias locales de los pueblos de las tierras bajas deberían contar una historia de polarización y de división durante la ocupación y las historias locales de los pueblos de las tierras altas deberían situar el comienzo de la polarización durante el periodo posterior a la ocupación. Yo esperaría también que las áreas de tierras altas fueran disputadas entre organizaciones insurgentes enfrentadas durante la ocupación para parecerse a sus equivalentes de las tierras bajas durante el mismo periodo y exhibir violencia selectiva. Finalmente, la violencia gubernamental indiscriminada en 1943-1944 debería darse de forma más probable en los pueblos situados en terreno más elevado: si mi idea de la violencia indiscriminada es correcta, los detentadores del poder deberían tomar como sus objetivos, de forma indiscriminada, aquellos pueblos bajo control total rebelde. Para estructurar la discusión de los patrones de violencia en estos pueblos, distinguiré entre cuatro tipos de pueblos basándome en la incidencia de la violencia selectiva (tabla 9.10).

El tipo 1 incluye pueblos que siguieron siendo no violentos a lo largo de la guerra; el tipo 2 incluye pueblos que experimentaron una sustancial violencia selectiva durante la fase de la ocupación de la guerra civil (1943-1944), con alguna violencia persistente inmediatamente después (1945-1946), antes de que la autoridad del Estado griego pudiera reafirmarse plenamente, pero ninguna violencia selectiva después de 1946; el tipo 3 incluye pueblos que no experimentaron violencia alguna o tan sólo violencia indiscriminada durante la ocupación, pero sufrieron violencia selectiva después de 1946. Por fin, el tipo 4 incluye pueblos que experimentaron violencia selectiva durante ambos periodos. Dado que yo estoy interesado en la violencia selectiva

Tabla 9.11. Estadísticas descriptivas.

Tipo de pueblo	Frecuencia	Porcentaje	Altitud media (metros)	σ²
1	26	19,12	420	321,6
2	36	26,47	125	310,4
3	55	40,44	730	283,1
4	19	13,97	460	393,5

contra civiles más que en la violencia propia de campo de batalla, únicamente pondré en cifras los homicidios a civiles. Para ser coherente con las expectativas teóricas, los pueblos del tipo 2 deberían localizarse en altitudes más bajas que los pueblos del tipo 3. No hay ninguna expectativa geográfica clara para los pueblos del tipo 1 y 4, pues hay múltiples configuraciones de control compatibles con ellos. Los pueblos del tipo 1 deberían ser aquellos que, o bien estaban completamente controlados por cada una de las partes, o bien en la zona 3 a lo largo de toda la década, mientras que los pueblos del tipo 4 deberían ser aquellos que fueron disputados durante ambos periodos[68]. La figura 9.19 es un diagrama de puntos de tipos de pueblo por altitud y población, mientras que la tabla 9.11 resume los datos en los 136 pueblos.

Los descubrimientos respaldan la relación propuesta entre altitud y la cadencia de la violencia. Los pueblos que experimentaron violencia selectiva en 1943-1946 (tipo 2) tienen una altitud media mucho más baja que aquellos que experimentaron violencia selectiva en 1946-1949 (tipo 3): 125 metros frente a 730 metros. A diferencia de estos dos tipos, pueblos continuamente pacíficos o violentos tenderán a desplegar mucho menor agrupamiento en términos de altitud: sus desviaciones estándar serán más elevadas si se los compara con aquellos pueblos de los tipos 2 y 3.

Este patrón indica también que la Argólida, un área con aldeas principalmente del tipo 2, no es representativa de Grecia como un todo (tal como se indicaba mediante su comparación con Almopia), pero tampoco es un dato atípico; de hecho, los niveles de diferenciación inducida por la guerra son tales que sería imposible encontrar una región que fuera representativa de todo el país. Sería honesto decir que la Argólida es representativa de áreas que experimentaron una violencia significativa durante el periodo de ocupación pero que si-

[68] A la hora de clasificar a los pueblos en estos cuatro tipos, empleé un umbral menos riguroso que el utilizado en el estudio de la Argólida (un homicidio por pueblo); la información resulta, a menudo, escasa y mi objetivo es captar los grandes patrones de violencia.

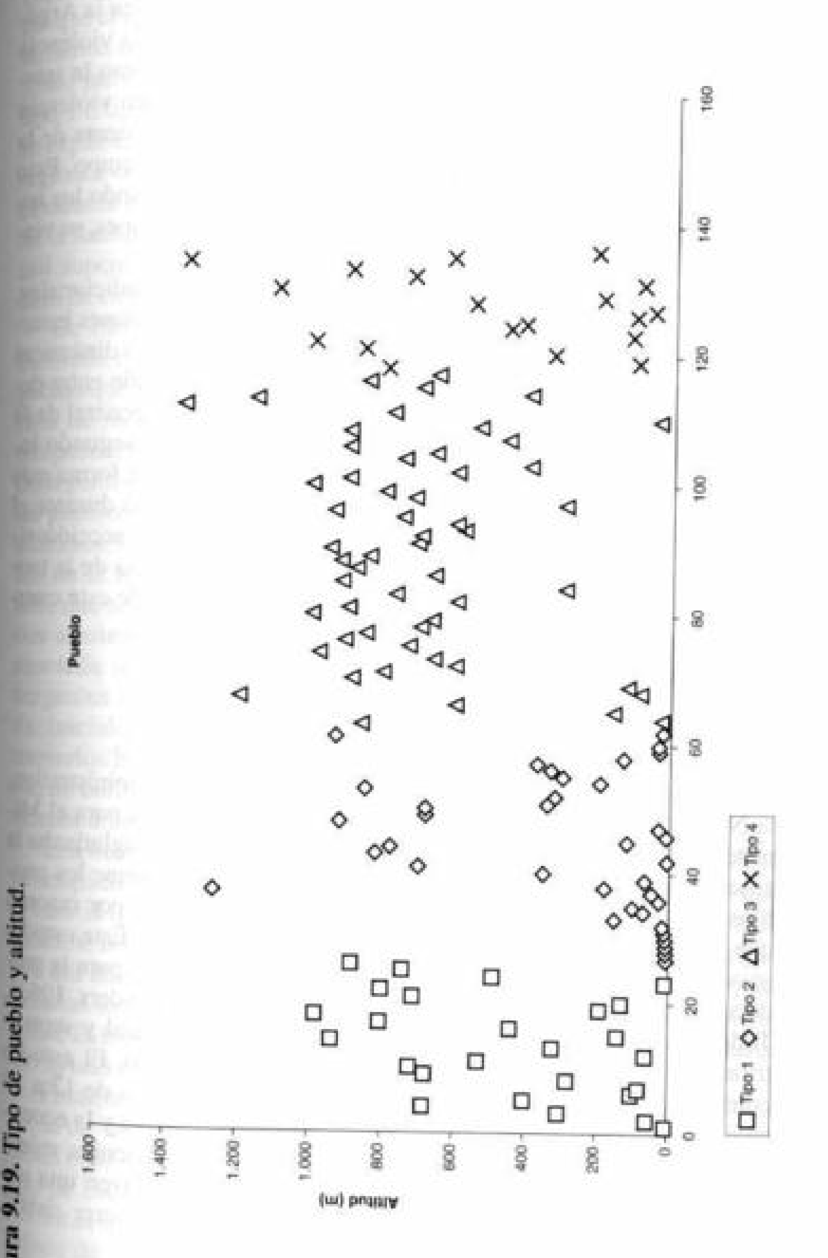


Figura 9.19. **Tipo de pueblo y altitud.**

gueron siendo relativamente no violentas en el periodo siguiente, es decir, áreas de tipo 2. Al margen de lo representativa que sea la Argólida, esta evaluación subraya la capacidad de la teoría de la violencia selectiva para explicar tanto la variación intrarregional como la interregional. El mismo argumento que explica la variación en violencia selectiva dentro de la Argólida en 1943-1944 puede dar cuenta de la variación en el resto del país a través de los periodos de tiempo. Esto confirma, además, el punto señalado antes de que, aun cuando los actores políticos difieran a través de una variedad de dimensiones, su violencia seguirá unos patrones semejantes.

También se confirman dos implicaciones empíricas adicionales. La primera, la dinámica de la violencia entre las organizaciones insurgentes enfrentadas durante el periodo de ocupación, generó dinámicas que eran semejantes a aquéllas producidas por la interacción entre detentadores del poder e insurgentes, aunque la intensidad general de la violencia fuera de algún modo inferior (Filos, 2000). En segundo lugar, los pueblos del tipo 3 fueron considerados objetivos de forma más frecuente por parte de la violencia indiscriminada alemana durante el periodo de ocupación que los pueblos del tipo 2. En la sección siguiente, examinaré de un modo más directo la consistencia de la teoría con los patrones de control y violencia que emergen de este cuerpo de evidencias.

El estudio de la Near East Foundation

Con un contrato de la U. S. Economic Cooperation Administration, la Near East Foundation produjo un estudio de 13 pueblos para el Ministerio Griego de Agricultura en 1951-1952. Este estudio aglutinaba la entera distribución ecológica de la Grecia continental, aunque los pueblos de zonas bajas irrigadas estaban sobrerrepresentados por razones que tenían que ver con las prioridades del desarrollo rural. Este estudio se acometió como una forma de racionalizar los subsidios para la producción agrícola en el periodo inmediato de posguerra (Sanders, 1953). Todos los pueblos estudiados se sitúan en la Grecia central y septentrional, ofreciendo así un buen contrapeso al Peloponeso. El estudio consta de 13 «encuestas locales», es decir, breves informes de 12 a 15 páginas cada uno que cubren la historia, la estructura social y la economía de los pueblos, con un énfasis sobre las prácticas agrícolas, mientras ofrecen sugerencias para la mejora. Todos ellos incluyen una pequeña visión general del impacto de la ocupación y la guerra civil[69].

[69] Hasta donde conozco, este estudio no se publicó nunca y no se informó públicamente de sus resultados.

Aquí hay más variación longitudinal que en el estudio de la Argólida porque el estudio cubre todo el periodo de la guerra civil hasta 1949. En términos de control, los pueblos de las montañas se aproximan al tipo 3, los pueblos de las colinas al tipo 2 y los pueblos de la llanura son o tipo 1 o tipo 2. La variación en la violencia de los pueblos de la llanura se explica, probablemente, por la dinámica del control específica de las regiones en las que se sitúan estos pueblos. La identificación que hace el estudio de una considerable variación social y política entre pueblos de la llanura con experiencias similares de violencia sugiere que el control supera tanto al conflicto político como a la estructura social a la hora de explicar la incidencia de la violencia.

De forma coherente con las expectativas teóricas, los pueblos de montaña estaban más comprometidos en la resistencia contra la ocupación que los pueblos de las colinas o de las llanuras. De los tres pueblos de montaña incluidos en el estudio, dos no fueron físicamente ocupados, en absoluto; estos pueblos de la zona 5 colaboraron con los insurgentes y algunos hombres se hicieron combatientes partisanos; un pueblo sufrió un ataque indiscriminado alemán que mató a cinco aldeanos. Por el contrario, el tercer pueblo de montaña parece un pueblo de la zona 1: fue ocupado físicamente, sobre todo, por los italianos, que se valieron de la represión para controlarlo, aunque con pocos asesinatos. Durante el periodo de posguerra, los tres pueblos de montaña se convirtieron en un territorio disputado en el que los insurgentes empezaban a dominar, pero no tenían el control total (zona 4). Inicialmente, se valieron de la violencia selectiva con éxito para moverlos hacia la zona 5. No obstante, el periodo de dominio rebelde fue de corta duración, cuando el ejército griego pudo evacuar a los aldeanos a las ciudades que controlaba.

Los dos pueblos de las colinas incluidos en el estudio estaban bajo la ocupación búlgara. Uno no sufrió violencia selectiva mientras que el otro sí que lo hizo: 23 familias huyeron y 10 aldeanos fueron asesinados; no obstante, no se ofrecen detalles. No hubo violencia selectiva allí en 1946-1949, pues ambos pueblos fueron controlados por las milicias locales progubernamentales. De acuerdo con el autor del estudio, la localización del segundo pueblo junto a la llanura de Serres «lo ayudó a defenderse de las guerrillas».

Finalmente, los ocho pueblos de la llanura despliegan toda una gama de variación. En la primera fase de la guerra, cinco de ellos estaban bajo una u otra forma de control alemán. Se dice que, al menos uno de estos pueblos ha sido físicamente ocupado por los alemanes, mientras que los otros se situaban entre la zona 1 y la zona 2. En términos de violencia, uno de estos cinco pueblos no experimentó violencia alguna durante la ocupación; en dos pueblos, los alemanes arrestaron y deportaron a algunos aldeanos, pero no mataron a nin-

guno, mientras que los últimos dos pueblos sufrieron siete y nueve muertes, respectivamente, a manos, bien de los alemanes, bien de los colaboracionistas. Una información interesante procede de uno de estos pueblos, Anthili, donde el «terror alemán estaba en su punto culminante cuando el movimiento clandestino encabezado por el EAM empezó a infiltrarse en el pueblo», indicando un pueblo de la zona 2. En resumen, el cuadro en estos cinco pueblos presenta, o bien una violencia no homicida, o bien una violencia selectiva que contrasta agudamente con la violencia indiscriminada experimentada por los pueblos de montaña y coincide con la experiencia de las tierras bajas de la Argólida. La situación de control en los otros tres pueblos que quedan se complicará por el hecho de que dos organizaciones insurgentes, el EAM y la Liga Nacional-Democrática Griega (EDES), no comunista, competían por obtener el control sobre ellos. Tal como se esperaba, cada uno de estos tres pueblos experimentó algún grado de violencia selectiva. En un pueblo, el EDES mató a un hombre; en otro, el EAM mató a cuatro y, en el último, hubo asesinatos, pero no se registró ni el número ni el perpetrador. Este patrón sugiere, de nuevo, que la violencia parece seguir una dinámica semejante si la guerra enfrenta a los ocupantes contra los nativos, a los colaboracionistas contra los combatientes resistentes o a los combatientes resistentes unos contra otros. Durante la segunda fase de la guerra, seis de estos ocho pueblos de la llanura experimentaron alguna violencia no homicida (arrestos) o ninguna violencia en absoluto[70]. Uno de los pueblos restantes presenció cómo los detentadores del poder mataban a dos hombres, mientras que el resto sufrió un ataque devastador por parte de los rebeldes, en el que fueron secuestrados 40 individuos; de aquéllos, 26 lograron escapar y regresar y 14 fueron asesinados (no se ofrece información que permita decir si esta violencia fue selectiva o indiscriminada)[71]. Los informes son muy claros sobre la causa de la relativa ausencia de violencia en la mayoría de los pueblos de la llanura: su ubicación los hacía inaccesibles para los rebeldes. Dada la gran gama de variación en indicadores para algunas explicaciones alternativas, incluidas las divisiones sociales sobre la posesión de la tierra (Evinohori), las lealtades políticas y las afiliaciones (Kymina) y la polarizacion étnica (Kalohori), el comportamiento, por lo general, uniforme de los pueblos de la llanura confirma la importancia

[70] Algunos hombres fueron asesinados en algunos de estos pueblos como soldados en el ejército, en batallas contra los rebeldes lejos de sus pueblos. En un pueblo (Anthili), 22 hombres se unieron a los rebeldes en 1947-1949.

[71] Este pueblo (Nea Nikomidia) fue el único en la llanura que no experimentó violencia en absoluto durante la ocupación. Desgraciadamente, el informe contiene poca información adicional. En todo caso, yo lo codifiqué como tipo 3; es uno de los valores atípicos de este tipo.

del control. Finalmente, parece no haber efecto dependiente de la trayectoria entre estos pueblos: pueblos que experimentaron violencia durante la ocupación tenían tantas probabilidades de ser no violentos durante 1947-1949 como pueblos que no experimentaron violencia alguna.

En conjunto, los datos contenidos en el estudio de la NEF son coherentes con las predicciones de la teoría. Vale la pena poner el acento en tres rasgos. El primero, la comparación entre la primera y la segunda fase de la guerra civil, muestra con claridad que la geografía es mejor sustituto de los recursos militares que de la estructura social. Pueblos que eran «pacíficos» durante el primer periodo se volvieron violentos durante el segundo y viceversa; lo que cambió fue la dinámica de la guerra, no su perfil social o político. En segundo lugar, cuando el control y la geografía divergen, el control supera claramente a la geografía: resulta elocuente que el único pueblo de montaña que fue controlado por los detentadores del poder se comportó de un modo muy parecido a los pueblos gubernamentales de la llanura. Finalmente, los pueblos disputados muestran patrones similares de violencia tanto si eran disputados por los insurgentes y los ocupadores como si lo eran por organizaciones insurgentes rivales o por los insurgentes y el Estado griego.

El estudio de McNeill

El ilustre historiador americano William H. McNeill empleó una cantidad de tiempo considerable en Grecia después de 1944, desempeñando diversas funciones diplomáticas. Él escribió extensamente sobre aspectos diversos de la guerra civil griega. En uno de sus libros, *The Metamorphosis of Modern Greece [La metamorfosis de la Grecia Moderna]*, se refiere a cinco pueblos que visitó repetidamente durante un periodo que abarcaba más de cuarenta años, comenzando en cuatro de ellos en 1947, en mitad de la guerra (tabla B.4 en el Apéndice B)[72]. De nuevo, los pueblos de la llanura aparecen sobrerrepresentados, con tres ejemplos, frente a un pueblo de colina y un pueblo de montaña. Tres de los pueblos están en el norte de Grecia, uno está en el sur de Grecia y otro en la Grecia central. Las ideas de McNeill son inestimables, con la riqueza de la observación participativa pasada por la mente analítica de un gran historiador. Sus hallazgos resultan coherentes con las expectativas teóricas[73].

[72] Él escribirá también sobre un sexto pueblo, pero casi no ofrecerá información sobre la guerra civil.

[73] Las referencias que aparecen en la discusión proceden de McNeill (1978, pp. 138-205).

El primer pueblo del que habla McNeill es Methoni, un pueblo de la llanura ubicado justo bajo el Monte Olimpo en la Grecia centro-septentrional, que se aproxima al tipo 3 (es decir, no violento durante la ocupación pero violento después). La población incluía a griegos nativos y a griegos refugiados de Anatolia; a partir de la reforma agraria de 1927, cada familia trabajaba el mismo terreno de cultivo, dejando poca base para las divisiones de clase. Aunque fuera un pueblo de las tierras bajas, fue controlado por el EAM durante la ocupación porque su ubicación no era estratégicamente atractiva para los ocupadores (zona 5). De ahí que, igual que los pueblos de la llanura en Almopia, éste era un pueblo donde el efecto de la geografía puede ser desenmarañado del del control. De forma predecible, unos 20 jóvenes de la localidad se unieron al ELAS. Durante la guerra, refiere McNeill, la opinión dentro del pueblo estaba dividida equitativamente entre familias que simpatizaban con el EAM y otras que desconfiaban de los izquierdistas. No obstante, el dominio del EAM suprimió la expresión de disentimiento. Tal como se esperaba, la represión no llegará a la violencia homicida. Esta situación cambió en 1945, cuando el dominio del EAM se reemplazó por un dominio «precario» de la derecha, durante el cual los elementos izquierdistas recorrían las montañas. Cuando estuvo McNeill, en 1947, descubrió que «sólo unos pocos aldeanos se habían comprometido de forma irrevocable con un bando o con el otro, portando armas o actuando en alguna posición pública de liderazgo, bien a favor, bien en contra del EAM. La mayoría permanecía pasiva, esperando evitar que se la considerara como enemiga por una parte o por la otra». Él percibió la omnipresente falta de confianza: «Nadie estaba seguro de su vecino»y «el miedo rondaba cerca todo el tiempo». En otras palabras, la situación se estaba acercando a la de la zona 2, con hombres armados patrullando el pueblo «que miraban con recelo a aquellos que sabían que eran de izquierdas o que sospechaban que lo eran», y los rebeldes, cerca pero incapaces de entrar en el pueblo de forma regular. Tras un ataque con éxito de la guerrilla, el ejército arrestó a unas 15 personas del pueblo, «bajo la sospecha de haber ayudado a los guerrilleros a alcanzar su objetivo; uno de ellos fue ejecutado». Este uso de la violencia selectiva inclinará el pueblo hacia la zona 1. No hubo más violencia en Methoni después de que la banda guerrillera fuera obligada a dejar la zona.

El segundo pueblo que visitó McNeill fue Viejo Corinto, en la prefectura de Corintia, en el Peloponeso, al norte de la Argólida. Un pueblo que era claramente del tipo 2 resultaba inusual por su aguda polarización de clase: alrededor de un quinto de la población del pueblo carecía de tierra y había sido férrea seguidora del EAM durante la ocupación. Este pueblo coincide, del modo más total, con la experiencia de los pueblos de la llanura exterior de la Argólida. Hubo una violencia significativa por ambas partes y McNeill alude a cambios en el control. Al igual que en la Argólida, no obstante, la ubicación del pueblo eliminó la perspectiva de una guerra de guerrillas después de 1945. Careciendo de montañas altas y estando cerca de Atenas, el área de Viejo Corinto no resultó propicio para la guerra de guerrillas y, a resultas de ello, la aguda polarización social no pudo encontrar una salida en la acción insurgente durante la segunda fase de la guerra civil. Como consecuencia, el dominio total de la derecha trajo un final a la violencia homicida.

Kerasia, un pueblo de colina sobre el Monte Pelión, en la Grecia centro-septentrional, fue el tercer pueblo estudiado por McNeill. El pueblo tenía dos secciones, una en la parte superior de la montaña (Kerasia alta), donde los aldeanos pasaban sus veranos apacentando a sus ovejas y otra en las colinas bajas (Kerasia baja), donde pasaban el invierno. Durante la ocupación se mantuvo firmemente bajo el control del EAM y los aldeanos, en su mayor parte, simpatizaban con el EAM. Muchos jóvenes se unieron a los guerrilleros y la parte de arriba del pueblo fue destruida en una represalia indiscriminada de los alemanes. En 1945, el pueblo cayó bajo el dominio de la derecha (zona 1). «Incluso los izquierdistas más declarados y gritones del pueblo», refiere McNeill, «admiten libremente que votaron por la vuelta del rey en septiembre de 1946 (tras [un] ataque derechista) sólo para quitarse problemas». A finales de 1946, sin embargo, se formó en la montaña una banda insurgente de izquierdas y el pueblo cambió a la zona 3. El pueblo de arriba se convirtió en un campamento de la guerrilla y el pueblo de abajo «se encontró en la posición intersectiva de caer por el día en la jurisdicción de un destacamento del ejército griego estacionado en Kanalia, a tres o cuatro millas en dirección a la llanura; mientras que, por la noche, los guerrilleros bajaban de las alturas y tomaban el control de la comunidad». Se estableció una estructura de comité rebelde secreta pero efectiva para valorar y reunir las contribuciones de las familias individuales en apoyo de los insurgentes. Durante este periodo hubo apaleamientos e incendios de casas por ambos lados. No obstante, no hubo violencia mortal. Poco después de que se marchara McNeill, en marzo de 1947, el pueblo fue evacuado por el ejército griego y sus habitantes trasladados a un campo de refugiados cerca de Volos. Aunque ellos odiaban el campo de refugiados, estos aldeanos, mayoritariamente izquierdistas, pronto obedecieron a las autoridades. «Todo el mundo sabía que cualquier cambio obvio en el equilibrio de fuerzas podría tener pronto como resultado el desvanecimiento de la masa de seguidores de cada parte», anota McNeill, y esto fue, precisamente, lo que ocurrió.

El pueblo de montaña de Kota en el norte de Grecia estaba firmemente bajo control insurgente (zona 5) cuando lo visitó McNeill (él no ofrece información alguna sobre el periodo de ocupación, que, pro-

bablemente, no le afectó a este pueblo). Durante su visita hubo de afrontar una aguda crisis de alimentos y apareció la hambruna. De acuerdo con McNeill, «dado que ni el nacionalismo griego ni la revolución comunista ofrecieron ningún tipo de solución práctica a sus dificultades, la ideología política se encontraba en un punto muy bajo. Los soldados de las dos guerrillas eran apolíticos y analfabetos, estaban menos interesados en causas abstractas que en posar para un fotógrafo mirando ferozmente a la cámara en medio de una imponente colección de bandoleras y pistolas». No se alude a ninguna violencia, pero McNeill fue incapaz de recoger mucha información.

El último pueblo del estudio es Lofiskos, un pueblo del tipo 1, en la llanura de Tesalia, en la Grecia central. McNeill lo visitó por vez primera en los años cincuenta del siglo XX, por lo que su descripción es mucho menos precisa. Él anota la inclinación radical del pueblo, heredada de los días de lucha contra el terrateniente griego: «La línea del EAM, acusando al rico de colaboración, probablemente acertaba con el tono en las mentes de la mayoría de los aldeanos. Pero el compromiso político era tibio, tanto en un sentido como en el otro y la restauración de la autoridad de Atenas en la primavera de 1945 tampoco creó mayores problemas». No había guerrilla alguna en los alrededores, «así que la guerra y sus penalidades pasaron a Lofiskos de largo, dejando de forma llamativa pocos residuos en la memoria de nadie en la época en la que yo empecé por vez primera a hacer preguntas a los habitantes». En otras palabras, el control superó a las preferencias políticas a la hora de configurar el comportamiento. En general, los informes de las cinco visitas de McNeill resultan coherentes con mis expectativas teóricas.

Etnografías e historias locales

En esta sección, paso revista a algunas etnografías e historias locales que ofrecen suficientes detalles como para permitir una reevaluación de cómo la teoría da cuenta de la variación a lo largo de todo el país[74]. Aunque apenas pueda considerarse una evaluación sistemática, esta evaluación fuera de muestra ofrece un apoyo adicional a la teoría.

26 pueblos en la muestra (19,1 por 100) pueden ser clasificados como de tipo 1; no experimentaron ninguna violencia homicida a lo largo de los años cuarenta del siglo XX. Éstos incluyen pueblos de llanura controlados por los detentadores del poder en ambos periodos de la guerra civil; los pueblos de las colinas y las montañas, controlados por los insurgentes durante la ocupación y por los detentadores del poder durante el segundo periodo; los pueblos de montaña que fueron evacuados antes de que sufrieran violencia alguna; los pueblos que experimentaron una combinación de control total y paridad, y los pueblos que se desvían de la teoría donde la protección mutua superó a los incentivos para la denuncia.

En general, encontré relativamente pocos informes detallados de los acontecimientos que tuvieron lugar en estos pueblos, algo que no resulta del todo sorprendente puesto que la no violencia conduce típicamente a que no haya ninguna historia. Un habitante de Eleohori, un pueblo de las colinas que fue controlado por los alemanes porque la línea del tren pasaba por él, me dijo que el pueblo escapó «porque teníamos a los alemanes dentro del pueblo. El tren estaba aquí, de forma que los alemanes estaban aquí. Los alemanes no vinieron a herirnos» (I-25). Lo mismo resultaba cierto para los pueblos controlados por los insurgentes. Un informante del pueblo de montaña de Kerasia (800 metros; en la prefectura de Acaya, en el Peloponeso) me explicó por qué este pueblo escapó a la violencia durante el periodo de 1947-1949: «Los rebeldes dominaban por completo; no había ejército en los alrededores y la gente hacía lo que los rebeldes les decían» (I-51). Una aldea del tipo 1 para la que hay un informe detallado es Fourtzi en la prefectura de Mesenia del Peloponeso (Balta, 2002). Los insurgentes controlaron este pueblo de colina durante la ocupación; algunos aldeanos preferían genuinamente y apoyaban al EAM, mientras que otros se unieron porque no tenían otra elección. Cuando se le preguntó, un aldeano le dijo a Nasi Balta (2002, p. 180): «Sí, yo no estaba de acuerdo [con el EAM], pero yo soy de los que se someten a la ley y, en aquella época, la ley del EAM era la que dominaba por todas partes; el área estaba controlada por el EAM». Durante este periodo algunas personas fueron arrestadas, pero no se mató a ninguna. A continuación del fin de la ocupación, un jefe local de derechas que fue responsable de algunas atrocidades en la región perdonó a Fourtzi a causa de los vínculos de parentesco que tenía con algunas familias locales, con lo que se adelantó al círculo vicioso de violencia y contraviolencia que tuvo lugar en algunos pueblos de los alrededores. Al mismo tiempo, los testimonios apuntan al desarrollo de una norma de protección recíproca entre aldeanos rivales. Balta (2002, p. 187) concluye su estudio afirmando que

> la ideología viene *a posteriori* para dar un nombre, dar forma y justificar las elecciones que pueden contener un elemento ideológico pero que se deben a causas más complejas; muy a menudo, la ideología sigue de forma necesaria, como en el caso de muchos partidarios del EAM que se unieron al Partido Comunista tras haber sido persegui-

[74] Unos pocos nombres de pueblos son pseudónimos, siguiendo la práctica de algunos antropólogos para distinguir los nombres verdaderos de sus yacimientos de campo.

> dos como filocomunistas [...]. Mucha gente se encontró a sí misma en una parte o en la otra porque su familia había sido «coloreada» de cierta forma o porque sus miembros habían sido perseguidos aun cuando ellos mismos no habían participado en política.

36 pueblos en la muestra se aproximan al tipo 2 (26,5 por 100); estos pueblos experimentaron una violencia sustancial durante la fase de la ocupación de la guerra civil (1943-1944) pero, después de esto, una violencia limitada o ninguna violencia en absoluto. Estos pueblos que sufrieron varios cambios de control durante el periodo de ocupación se sitúan principalmente en las llanuras y en las montañas. La mayoría de los pueblos de la Argólida se incluirían aquí.

Un estudio inusualmente detallado de un pueblo del tipo 2 fue llevado a cabo por el antropólogo Stanley Aschenbrenner (1987) en el pueblo de Karpofora, un pueblo de llanura en la prefectura de Mesenia en el Peloponeso. Este pequeño pueblo experimentó 23 muertes; 18, durante la ocupación y cinco, en el periodo inmediato de posguerra. De acuerdo con los aldeanos, una vez comenzada, la violencia allí se convirtió en un círculo vicioso de acción y reacción que no podía romperse; estas acciones, decían ellos, les parecían insensatas retrospectivamente. Aschenbrenner documenta ocho cambios de control de zona 2 a zona 4 y vuelta atrás, en 1943-1944. Él también pudo trazar el mapa de la escisión local exacta que generaba lealtades y violencia, a saber, una división en facciones entre coaliciones de familias.

La mayoría de los pueblos del tipo 2 cayeron bajo control gubernamental total o incompleto pronto después del final de la ocupación, en 1945; se los puso firmemente bajo control gubernamental después de 1946 y experimentaron poca violencia a partir de ahí. Al mismo tiempo, hay un pequeño grupo de pueblos del tipo 2 situado en elevaciones más altas. La mayoría de estos pueblos se sitúa en el Peloponeso, donde los rebeldes fueron muy débiles durante la guerra entre 1946 y 1949, de ahí la no violencia durante ese periodo. Además de eso, existen algunas evidencias que indican un proceso de aprendizaje que ayudaba a convertir la experiencia de la violencia durante la ocupación en pactos de paz preventivos locales más tarde (un mecanismo que se halla cerca de la disuasión mutua pero que diverge de ella). Yo pude situar algunas evidencias de pactos de paz preventivos en algunos pueblos de las montañas de la Argólida donde la violencia pudo haber estallado entre 1947 y 1949, pero no lo hizo. Tal como me dijo el líder de un comité insurgente local en el pueblo de Lirkia: «En ese punto, el alcalde [de derechas] del pueblo era Dimitris Kolovos, pero yo le había dado primero el visto bueno. Cuando le ofrecieron el puesto, me llamó y me dijo que iba a aceptar sólo si yo le daba el visto bueno. Yo le dije que adelante y que aceptara. Las cosas no van bien, dije, y van a venir de nuevo malos tiempos, así que al menos protejamos al pueblo para evitar lo que ocurrió durante la ocupación. Hicimos un pacto. Y lo mantuvimos» (I-60). Otro líder de pueblo, del pueblo de Karia, describía un proceso semejante y concluía: «Éramos más sabios; sabíamos; aprendíamos» (I-117)[75].

Además de estos 36 pueblos, algunos estudios regionales ofrecen evidencias de que un patrón de violencia similar podría observarse en regiones más amplias tales como la llanura de Tesalónica en el norte de Grecia (Glaveris, 1998), la llanura de Kozani, también en el norte de Grecia (Georgiadis, 2004; Kallianiotis, 2002, 2001) y las colinas y montañas de Corintia en el Peloponeso (Rigas, 1998; Balafoutas, 1981; Bouyoukos, 1973).

Los pueblos del tipo 3 son los más comunes en la muestra, posiblemente un reflejo del sesgo selectivo en la bibliografía de la historia local[76]. Los 55 pueblos en la muestra (40,4 por 100), o bien no experimentaron violencia en absoluto, o bien sólo lo hicieron de forma indiscriminada durante el periodo de la ocupación, pero sufrieron violencia selectiva extensiva durante la última fase de la guerra civil. La mayoría de estos pueblos se sitúan en las altitudes más altas donde los insurgentes tuvieron una ventaja abrumadora durante el periodo de la ocupación (zona 5), pero lo perdieron cuando fueron desafiados por el Estado griego. Esto hizo bajar su potencial violento durante la ocupación, pero no consiguió hacerlo durante el periodo de posguerra, mientras que también contribuía a la violencia gubernamental.

Sin ir más lejos, el pueblo de Ambéli en la isla de Eubea, en la Grecia central, es un ejemplo en el que «el pueblo se divide de forma natural en izquierda y derecha, con algunos de la izquierda ayudando a los comunistas por simpatía y los de la derecha, por miedo; no siendo, sin embargo, de todos modos, ninguno de ellos al principio consciente de los movimientos políticos reales en los que tan desastrosamente estaban tomando parte» (Du Boulay, 1974, p. 327). Tras el final de la guerra, no obstante, el dominio insurgente se desvaneció para reaparecer únicamente en 1947; estos cambios en el control estaban

[75] Estos pactos eran posibles en un contexto en el que una de las partes, los rebeldes en este caso, era demasiado débil como para presionar a sus representantes locales, pero aún representaba una amenaza sustancial, especialmente dada su pasada reputación.

[76] Este sesgo puede operar de muchas formas: la gente de los pueblos que sufrieron violencia durante un periodo manchado por la colaboración con la ocupación puede haber estado menos dispuesta a escribir sobre ello; los pueblos que experimentaron una presencia insurgente más larga podían haberse vuelto más simpáticos hacia los rebeldes y, por ello, la gente estaba más dispuesta a contar la historia de la parte derrotada; o los pueblos de montaña, siendo más pobres, tenían más probabilidades de producir maestros, los autores fundamentales de las historias aldeanas, que también tenían más probabilidades de simpatizar con los rebeldes.

asociados a altos niveles de violencia selectiva. Otro pueblo de éstos es Lia en la montaña de Mourgana, en el Epiro, próxima a la frontera albanesa, el hogar del periodista Nicholas Gage, quien, más tarde, contó la historia de su familia en un *best seller* internacional, *Eleni* (1984). Lia experimentó relativamente poca violencia durante la ocupación; un colaborador de los italianos fue asesinado, algunos aldeanos fueron apaleados en el contexto de la lucha intestina entre el EAM y el EDES, y muchas casas fueron quemadas durante un ataque alemán en abril de 1944. El pueblo cayó finalmente bajo un firme control del EAM, y la población colaboró con los insurgentes. Al oír sobre el renovado combate en 1946-1947 por parte del ejército rebelde reformado en la vecina Macedonia, los aldeanos de Lia hablaban de ello «como de informaciones sobre las victorias de un equipo local en un país lejano» (1984, p. 157). El pueblo pronto cayó bajo el renovado control insurgente, pero, en la primavera y el verano de 1948, la presión del ejército creció tanto que un grupo de aldeanos huyó del pueblo en busca de la seguridad de las zonas tomadas por el Gobierno en julio de 1948. Los rebeldes reaccionaron ordenando la ejecución de cinco aldeanos. Este episodio se convirtió en una conclusión trágica del libro de Gage, cuya madre no consiguió huir y fue ejecutada por preparar la huida de su familia.

La mayoría de los pueblos de la región montañosa de Euritania en la Grecia central eran del tipo 3. Siendo limitada la importancia estratégica de esta zona, los ocupantes, en su mayor parte, se marcharon sin ser molestados; los aldeanos nunca fueron ocupados físicamente (Collard, 1989, p. 101). Los italianos al principio y los alemanes después lanzaron ataques de barrido ocasionales, pero no estaban interesados en establecer una presencia permanente. Aunque la mayoría de los aldeanos era realista en el periodo prebélico, colaboraron con los insurgentes durante la ocupación porque éstos eran la única autoridad. De hecho, el área alcanzó renombre como un bastión del EAM que fue capaz de desarrollarse en un Estado completamente operativo; un Estado que era mucho más efectivo y «denso» de lo que lo había sido el Estado griego de preguerra (Woodhouse, 1948). Su «gobierno» de corta vida, el Comité Político de Liberación Nacional, tuvo su cuartel general en un pueblo de Euritania. En general, hubo poca violencia selectiva durante ese periodo más allá de arrestos ocasionales y de unas pocas ejecuciones públicas que transmitían el mensaje de que el EAM era la nueva autoridad. La población obedecía sobre la base de los tipos de motivaciones descritas en el capítulo 5.

Euritania se polarizó después del final de la ocupación, cuando el Gobierno griego comenzó a reafirmar su autoridad persiguiendo a gente que había colaborado con el EAM. A resultas de ello, cuando los comunistas lanzaron una nueva insurgencia en 1947, encontraron a partidarios espontáneos entre aquellos que habían sido maltratados y estaban ansiosos de venganza. A continuación vino un nuevo asalto de violencia contra aquellos que eran vistos como de derechas y la región se vio envuelta en un proceso de enfrentamiento, con los insurgentes afirmando su control sobre la mayoría del área antes de ser derrotado en 1949.

Unas memorias inusualmente detalladas, no publicadas, de Ioannis G. Kolimenos ponen de relieve los acontecimientos clave del periodo en el pueblo de Dafni, en Evritania[77]. Él ofrecerá una descripción de la vida en su pueblo, haciendo hincapié en la tensión entre las normas de solidaridad y las frecuentes disputas entre individuos y pueblos. Dafni sufrió ataques unas cuantas veces por parte de las tropas italianas, pero escapó a la destrucción y a la violencia indiscriminada. El autor describe cómo, al principio, lo obligaron a unirse a la organización política del EAM, pues era uno de los pocos hombres con formación del pueblo, y cómo con el tiempo se convirtió en un verdadero partidario. Los rebeldes sólo necesitaban golpear a unos cuantos para establecer su autoridad, recuerda él, pero no tenían que matar porque todos obedecían, fuera de buen grado o de mala gana. No obstante, el equilibrio del poder cambió en 1945 y fue entonces el turno de la derecha para imponer su dominio. Los aldeanos obedecieron a las nuevas autoridades y el pueblo pudo escapar de los abusos de las bandas de derechas que aterrorizaban la región. Sin embargo, las cosas volvieron a cambiar en 1947, con la insurgencia comunista. Kolimenos recuerda la celebración de la Pascua en 1947 como el último ejemplo de celebración comunal armoniosa. La extensión de la insurgencia y la incapacidad del ejército para mantener el control de los pueblos de montaña obligó a los líderes de la facción derechista del pueblo a irse a la capital de Euritania, la ciudad de Karpenisi, pero muchos aldeanos se quedaron atrás. En ese punto, el pueblo se dividió tanto política como geográficamente. Los rebeldes resucitaron su organización local y reafirmaron su autoridad en el pueblo, pero no pudieron evitar que el ejército visitara el pueblo. Empezando en mayo de 1947, mataron a siete personas a las que acusaron de ser informadores para el ejército, atizando así el odio entre los dos bandos. El autor, para entonces líder local de la izquierda, describe cómo fue acusado por los rebeldes de falta de compromiso y cómo se le presionó para que denunciara a sus vecinos de derechas, aun cuando había alcanzado un *modus vivendi* con ellos –un ejemplo de cómo los pactos locales que podían promover potencialmente normas de reciprocidad pueden ser socavados bajo condiciones desfavorables de control (aquí zona 4)–. En julio de 1948, el ejército atacó la zona, asistido por milicias locales compuestas por «exiliados»

[77] Le estoy agradecido a Dimitri Kastritsis por compartir estas memorias conmigo.

del pueblo, los hombres que antes habían marchado a Karpenisi. Durante este ataque, la milicia masacró a 15 hombres y mujeres acusados de colaborar con los rebeldes. Kolimenos ofrece un relato detallado de esta masacre con un énfasis en su carácter enteramente local, que incluía asesinatos entre parientes cercanos. Él tuvo suerte de escapar justo antes de que llegara el ejército y esto habría salvado aparentemente la vida de su esposa después de ser capturada por la milicia, pues sus captores habrían temido su venganza futura si la mataban. Siete meses más tarde, en febrero de 1949, los rebeldes atacaron Karpenisi, derrotaron al ejército y ocuparon la ciudad por un corto espacio de tiempo. 13 aldeanos, incluidas algunas mujeres, fueron, o bien asesinados durante la batalla, o bien ejecutados después de que ésta acabase. El ejército contraatacó poco después y la guerra acabó ese mismo año con la derrota de los rebeldes. El autor fue arrestado, pasó dos años en prisión y volvió al pueblo, donde se le sometió a un pequeño hostigamiento por parte de sus rivales locales. La descripción de los acontecimientos en Dafni coincide, en buena medida, con la mayoría de las descripciones de pueblos del tipo 2 –ambas en memorias (p. e., la descripción de Nassis de los acontecimientos ocurridos en Malandreni, en la Argólida) o realizadas por etnógrafos (p. e., la descripción de Aschenbrenner de Karpofora)–. Las únicas diferencias son que la violencia en Dafni ocurrió en 1947-1949, mientras que la violencia en Malandreni tuvo lugar en 1943-1944 y los detentadores del poder eran actores diferentes. Descripciones en copias de papel carbón existen en varios pueblos de Euritania, incluida Aghia Triada, Petralona, Domiani, Vraha, Kleistos, Fourna, Hohlia, Papparousi, Dykiti Fragista, Kastania, Helidona y Marathea, todas las cuales sufrieron decenas de muertes en el periodo posterior a 1947 (Hunter, 2003; Sakkas, 2000; Zevgaras, 1999; Vrana, 1999; Triantafyllis, 1997). Los estudios regionales de las áreas de la Grecia central de Karditsa-Domokos y de Agrafa-Karditsa realizados por Magopoulos (1998; 1990) confirman este patrón. Algunos pueblos en las montañas de Mesenia, Arcadia y Acaya en el Peloponeso sufrieron también una violencia semejante. Al mismo tiempo, resulta posible encontrar unos cuantos pueblos en Euritania que pudieron escapar a la mayor parte de la violencia durante el mismo periodo; éstos incluyen Aghios Haralambos (Sakkas, 2000, p. 202), Chryso (Koutelos, 1999) y Koryschades (Sarris, 1998). Desgraciadamente, son escasos los detalles de cómo pudieron escapar estos pueblos a la violencia, pero las escasas referencias sugieren pactos locales que implicarían mecanismos de reciprocidad bajo condiciones de control desfavorables.

Por fin, los 19 pueblos de tipo 4 (14 por 100 de la muestra) incluyen tanto pueblos de montaña que experimentaron violencia intestina entre organizaciones insurgentes durante la ocupación antes de verse disputadas entre detentadores del poder e insurgentes en 1947-1949 y pueblos de colinas que, por varias razones, en su mayor parte relacionadas con la ubicación, fueron disputadas en los dos periodos). El pueblo montañoso de Mesohora (800 metros) en la Grecia central es un ejemplo del primer caso y el pueblo de colina de Skala (100 metros) en el sur del Peloponeso es un ejemplo del segundo.

Las diversas experiencias de todos estos pueblos han configurado los recuerdos de sus habitantes de formas predecibles. Aquellos que vivían en pueblos que sufrieron violencia principalmente durante la ocupación describen este periodo como la «verdadera guerra civil», que fue peor, comparada con la guerra civil de posguerra (p. e., Papandreou, 1992, p. 94). Por el contrario, la «memoria social» de los habitantes de pueblos que experimentaron la violencia, ante todo, durante el periodo de posguerra hace hincapié en su experiencia durante 1947-1949, a costa del periodo de ocupación, cuyo recuerdo siguió siendo positivo (Collard, 1989, pp. 93-94). De igual modo, el momento en el que su comunidad se polarizó y se «colapsó» es ubicado, por la anterior, en el periodo de ocupación y, por la última, en el periodo de posguerra.

14. Conclusión

La teoría de la violencia selectiva identifica como crucial la variación subnacional e incluso la variación subregional en la distribución del control; de este modo, contrastar la teoría requiere datos recogidos a nivel subnacional. Dada la escasez de tales datos, he empleado una base de datos que yo mismo he recogido en una región de Grecia viajando a cada pueblo que aparece en la muestra, hablando con los habitantes y contrastando sus afirmaciones con información de los archivos locales, nacionales e internacionales. Aunque los datos proceden de Grecia, no hay nada exclusivamente griego en lo referente a los patrones de violencia y no violencia que revela. La teoría de la violencia selectiva se muestra sólida frente a evaluaciones de diverso tipo. Por un lado, el control dominante pero incompleto lleva, en efecto, a la violencia tanto en las muestras representativas como a través del tiempo: las áreas amplias pero no totalmente controladas por un grupo guerrero (zonas 2 y 4) tenían bastantes más probabilidades de contemplar la violencia homicida que los pueblos en los que el control era, o bien completo, o bien completamente fragmentado y, dado que los patrones de control en los pueblos cambiaban, el patrón de la violencia en aquellos pueblos tendía a cambiar tal como predice la teoría. Además de esto, las áreas en las que el control era compartido a partes iguales por las facciones rivales armadas eran, por lo general, sorprendentemente no violentas, pese a las fuertes presiones para denunciar.

Al mismo tiempo que la evidencia ofrece apoyo a la teoría de la violencia selectiva, los datos socavan algunas hipótesis alternativas que gozan de gran popularidad, encontrando, por ejemplo, pocas evidencias de que el miedo, el colapso, la falta de disciplina, la ideología o la polarización social y política puedan dar cuenta de los patrones observados de violencia y no violencia.

Como cualquier teoría de comportamiento humano, la teoría de la violencia selectiva no predice correctamente todos los casos. En muchos sentidos, estos fallos en la predicción son la mejor prueba del valor de una teoría bien especificada: siendo capaz de preguntar por qué un lugar es más o menos violento de lo que, por lo general, debiera esperarse, es una poderosa herramienta a la hora de captar los mecanismos causales en funcionamiento, a la vez que ofrecen oportunidades para observar el funcionamiento de importantes mecanismos no instrumentales tales como las emociones y las normas. Más allá de esto, una evaluación adicional en diversos conjuntos debería contribuir a un ulterior desarrollo teórico en este frente. Los resultados iniciales de la investigación en curso, valiéndose de datos detallados en el micronivel de Vietnam (Kalyvas y Kocher, 2004) y Colombia (Salamanca Núñez, 2005; Chacón, 2003), resultan ampliamente coherentes con la teoría.

X

INTIMIDAD

«Y no sigamos diciendo aún si la guerra produce el bien o el mal», dije yo, «sino solamente que, en cambio, hemos descubierto el origen de la guerra en aquellas cosas cuya presencia en las ciudades genera mayor número de males, tanto públicos como privados».
Platón, *La república.*

No debería volver a Uyo, pues mi gente andaba detrás de mi sangre.
Jeremiah Mose Essien, *In the Shadow of Death.*

Todas las cosas terribles proceden de dentro del pueblo, no de fuera.
Un aldeano griego.

Después de haberse puesto frente a su amigo y vecino *sir* Ralph Hopton, *sir* William Waller llamó a la guerra civil inglesa «guerra sin enemigo» (citado en McGrath, 1997, p. 91). Para él, el enemigo real sólo podía ser extranjero y poco familiar.

La guerra civil no acierta a ofrecer tales enemigos, puesto que es, ante todo, una guerra íntima que tiene lugar «en el terreno del hogar contra los que han crecido en el hogar» (Donagan, 1994, p. 1137). Aun cuando la guerra civil ofrece enemigos foráneos, como ocurre con la ocupación y la intervención extranjera, los extranjeros se hacen con aliados locales que tienden a focalizar el antagonismo de sus rivales locales.

Más que algo incidental, la intimidad es consustancial a la guerra civil: ella define «la guerra civil en su sentido más básico» (Ash, 1995, p. 125); se trata de una guerra «fratricida contra nosotros mismos, contra nuestros hermanos», tal como fue descrita la guerra civil inglesa por parte de participantes contemporáneos (Donagan, 1994, p. 1166); ella divide familias, enfrentando a hermanos y hermanas, padres e hijos, unos contra otros (p. e., S. Dillon, 1991, p. xiii; West,

1985, p. 132). En el pueblo guatemalteco que estudiaba, a Judith Zur (1998, p. 72) le dijeron que «el hermano luchaba contra el hermano; los hijos, contra sus padres; había asesinatos entre esposos y el miedo hacía que las mujeres encinta abortaran. El fin del mundo, tal como se predecía en la Biblia, había llegado»[1]. Como señalaba un participante, no sin cierta ironía, «al menos, sabemos a quién matamos» (citado en Bouthoul, 1970, p. 448). En resumen, la guerra civil es bárbara también *porque* es la guerra del vecino contra el vecino, del amigo contra el amigo (Montherlant, 1965).

El carácter íntimo de la violencia en la guerra civil es desconcertante sólo porque tendemos a asumir la bondad inherente a las relaciones íntimas (p. e., Toolis, 1997, p. 3; Bailey, 1996). La palabra *vecino* evoca el interés mutuo e incluso la obligación, como en el mandamiento bíblico de amar al prójimo de uno (Tymowski, 2002, p. 298). Jan Gross (2001) llamó a su estudio de la masacre de judíos de Jedwabne a manos de la gente de su mismo pueblo *Neighbors [Vecinos]* precisamente para subrayar este punto. No resultará extraño entonces que la violencia de las guerras civiles a la vez nos impacte y nos fascine. Al proclamar su deseo «de comprender cómo los vecinos se convierten en enemigos, cómo la gente que, una vez, tuvo muchas cosas en común acabó no teniendo nada en común que no fuera la guerra», Ignatieff (1998, pp. 35, 46) recalcará esta perplejidad: «La transformación de los hermanos en enemigos ha desconcertado a la imaginación humana, al menos desde el Génesis. Para el Génesis la historia

[1] Fratricida se usa más como metáfora de la intimidad de la violencia que como una descripción real. La narración de Tucídides sobre la guerra civil en Corcyra incluye una referencia a «padres [que] asesinaban a sus hijos» (3.81). Horowitz (1985, p. 184) apunta cómo el conflicto étnico se articula, a menudo, en «términos de hermanos». Casos reales de parientes próximos que luchan entre sí tienden a ser bastante poco usuales. Sin embargo, hay unos cuantos ejemplos. Los hermanos Chissano se hallaban en campos opuestos durante la Guerra de Independencia de Mozambique. Joaquim Chissano era un líder de alto rango del grupo rebelde Frelimo, que continuó hasta llegar a ser presidente de aquel país, mientras que su hermano servía como lugarteniente en el ejército portugués (Henriksen, 1983, p. 107). Un teniente coronel survietnamita, Tran Ngoc Chau, tenía un hermano que era un oficial de los servicios de inteligencia norvietnamita, con el mismo rango (Ellsberg, 2003, p. 116); Pavone (1994, p. 267) menciona un caso semejante de la resistencia italiana y Zur (1998, p. 88) refiere algunos ejemplos de hermanos de mujeres que se vieron envueltas en el asesinato de sus maridos. Unos cuantos de entre mis informantes en Grecia me hablaron sobre divisiones internas en su familia (p. e., I-33), aunque no sobre la violencia real entre los miembros de la familia. A menudo, ésta es el resultado de la contingencia más que de una elección consciente. En Camboya, «cada familia en la zona liberada era requerida para ofrecer un hijo al Ejército Revolucionario; pero el ejército del general Lon Nol le ofrecía a cada nuevo recluta un salario equivalente a la pérdida de los ingresos de dos hijos; así el hermano se encontraría a sí mismo armado contra su hermano» (Bizot, 2003, p. 146). Pese a toda su horrenda violencia, las guerras civiles no cortaban de forma irrevocable los lazos que forzaban tan horriblemente. Muchos de los luchadores en la guerra civil del Líbano «habían sido amigos de sus enemigos en el otro lado de la línea y muchos volverían a ser amigos de nuevo una vez que la guerra hubiera acabado» (M. Johnson, 2001, p. 125).

[story] de la humanidad comienza no con el asesinato entre extraños sino entre hermanos. Ello ocurre, precisamente, a causa de que la diferencia entre ellos es tan leve que las raíces del crimen siguen siendo misteriosas».

Generalmente, se piensa que la gente es reticente a ejercer violencia contra aquellos a quienes conoce; se cree que el conocerse tiende a aminorar la ferocidad (Van Creveld, 1991, p. 137). Resulta más sencillo, apunta Sudhir Kakar (1996, p. 29), «matar a hombres que son extranjeros, borrar rostros que no han sonreído al reconocerlo a uno y quemar casas que nunca le han dado a uno la bienvenida como invitado». «No hay hombre», coincide Madame de Staël (1818, p. 116), «ni siquiera el más criminal, al que podamos detestar, cuando lo conocemos, del modo en el que lo hacemos cuando tan sólo nos lo describen». Tradicionalmente, la guerra ha girado hacia la barbarie cuando los enemigos eran infieles, extraños y «salvajes» (Howard, 1994); lo cierto es que los bandos de las guerras civiles se dedican a hacer esfuerzos continuados para retratar a su enemigo como un extraño, como un *outsider*, como un «otro». En sus famosos experimentos, Stanley Milgram (1974) descubrió que disminuir la distancia entre quien ejerce la violencia y quien es víctima de ella reducía de forma significativa la probabilidad de violencia que funciona por obediencia. Lo cierto es que los ejércitos han hecho considerables esfuerzos para aumentar la distancia psicológica entre sus soldados y sus objetivos potenciales para facilitar el asesinato (Grossman, 1995)[2].

Al mismo tiempo, sin embargo, existe una masiva evidencia criminológica que sugiere que el homicidio criminal es, a menudo, íntimo. Una gran parte del asesinato común no realizado con objetivos predatorios implica a parientes, amigos o, al menos, a conocidos, y la relación entre víctimas y agresores es horizontal: la gente tiende a matar a sus compañeros, amigos y conocidos más que a sus jefes (Katz, 1988, pp. 21-22)[3]. De ahí la paradoja siguiente. Por un lado, se considera que la violencia política y la violencia criminal generalmente son fenómenos opuestos situados en ambos extremos del espectro: se piensa que la violencia política es impersonal, pública y colectiva, mientras que la violencia criminal es, en gran medida, personal, privada e

[2] Aun cuando la violencia surja entre íntimos, tenderá a no escalar y seguirá siendo individual: el grado de intimidad entre el supuesto ofensor y la víctima parece estar relacionado de forma inversa con la probabilidad de un posterior linchamiento (en los Estados Unidos), incluso después de que la raza del ofensor haya asumido el control (Senechal de la Roche, 2001, pp. 131-132).

[3] En los Estados Unidos, en 2002, el 43 por 100 de todas las víctimas de asesinatos estaban relacionadas con sus agresores o los conocían; el 14 por 100 de las víctimas eran asesinadas por extraños, mientras que el 43 por 100 de las víctimas tenían una relación desconocida con sus asesinos (U. S. Department of Justice, Bureau of Justice Statistics, en http://www.ojp.usdoj.gov/bjs/cvict_c.htm).

íntima (Decker, 1993; Black, 1993, 1976). Con todo, por otro lado, la violencia selectiva en las guerras civiles exhibe un sorprendente parecido con la violencia criminal: es a menudo íntima y privada. La teoría de la violencia selectiva conlleva una interpretación del carácter íntimo de la violencia en la guerra civil que también resuelve esta paradoja.

Este capítulo examina las implicaciones de la teoría de la violencia selectiva para el –a menudo señalado– carácter íntimo de la violencia en las guerras civiles. La teoría sugiere un conjunto de implicaciones contraintuitivas que parten desde las opiniones imperantes que ponen el acento, bien en los efectos del odio y de la polarización ideológica o de base identitaria, bien en las consecuencias de la violencia aleatoria y anómica. Más que limitarse a señalar la politización de la vida privada, la teoría sugiere que la violencia íntima también refleja con exactitud el proceso opuesto: la privatización de la política.

Aunque la teoría de la violencia selectiva da cuenta de la exigencia de información de los actores políticos y predice *dónde* denunciarán los individuos o dónde se abstendrán de denunciar, resulta indiferente respecto a *por qué* los individuos responden a las exigencias de información mediante la denuncia y sugiere que ello constituye un microfundamento decisivo. Yo trataré la sociología de la denuncia y ofreceré evidencias sobre su carácter a menudo malicioso y privado. Dado que la denuncia maliciosa se halla estrechamente asociada a los medios densos cara-a-cara, puede ser vista como la cara oculta del capital social. Se ha sugerido a menudo que profundas divisiones, tales como la polarización étnica, ignoran las normas de vecindad (Banton, 2000, p. 495; Bringa, 1995). En lugar de eso, plantearé que la violencia es, a menudo, un reflejo más que una transgresión de la vecindad, aunque sea un reflejo perverso. Cerraré con una discusión de algunas implicaciones sobre las denuncias en conjuntos institucionales distintas a la de la guerra civil, incluidas en regímenes democráticos y autoritarios.

1. Violencia íntima

A pesar de las afirmaciones de que la violencia «entre actores sociales que vivían en los mismos mundos locales y se conocían o pensaban que se conocían entre sí [...] parece pertenecer a un momento nuevo de la historia» (Das y Klienman, 2000, p. 1), la violencia íntima ha sido el rasgo central de la guerra civil durante mucho tiempo. «El fratricidio», lamentado en la historia bíblica de Caín y Abel o en *El Mahabharata*, convierte a la guerra civil en un fenómeno despreciable al menos desde la *Historia de la guerra del Peloponeso* y desde el *Bellum Civile* de Lucano. Más que ninguna otra cosa, la intimidad es el atributo que separa a la guerra interestatal de la guerra civil. Mientras que, en las guerras interestatales, la proximidad física y la facilidad de la agresión tienden a relacionarse de forma inversa, la violencia en la guerra civil se ejerce, con frecuencia, entre la gente que comparte el hecho de ser miembro de una comunidad legalmente reconocida o «imaginada» (una unidad soberana o una nación) y/o vínculos diarios de interacción social o espacial, tales como la vecindad, la amistad, el parentesco o incluso la familia.

Hay un consenso diacrónico en que la intimidad es el rasgo que dota a la guerra civil de su carácter particularmente detestable (p. e., Faivre, 1994, p. 225)[4]. Una mujer norirlandesa católica cuenta cómo mataron a su cuñado en 1975: «Cuando lo mataron, fue realmente horrible porque fue su propia gente, gente a la que él conocía realmente bien fue la que se metió en su casa y lo asesinó» (citado en Smyth y Fay, 2000, p. 23). La distinción platónica entre guerra y facción (sus equivalentes de guerra extranjera y guerra civil) se hizo en términos de lo que él veía como el carácter antinatural de la guerra civil:

> El nombre de facción se aplica al odio a los de uno mismo; el de guerra, al odio a los extraños [...]. Cuando los griegos luchan con los bárbaros y los bárbaros con los griegos, afirmaremos que ellos están en guerra y son enemigos por naturaleza y este odio ha de ser llamado guerra, mientras que, cuando los griegos hacen cosas así a los griegos, diremos que ellos, por naturaleza, son amigos, pero, en este caso, Grecia está enferma y es facciosa y este tipo de odio ha de ser denominado facción [...]. [Si una facción] ocurre y una ciudad se divide, si cada bando devasta los campos y quema las casas de los otros, pa-

[4] Existe un desacuerdo sobre las implicaciones normativas de la violencia «íntima». Por un lado, Tina Rosenberg (1991, p. 8) plantea que este tipo de violencia es «superior en maldad» a la de tipo criminal, que se lleva a cabo sin propósito alguno, aleatoriamente o de forma individual, pero no explica por qué. Chateaubriand pone una nota de desacuerdo: él apuntaba que resultaba horrible cuando vecinos cercanos de una comunidad «dejan estériles las propiedades del otro y manchan de sangre la casa del otro»; sin embargo, se planteaba si es, «en realidad, mucho más humano masacrar a un campesino alemán al que no conoces y con el que nunca has cambiado una palabra, al que tú robas y matas sin remordimiento y a cuya esposa e hijas deshonrarás sin que te cree problemas de conciencia simplemente porque *c'est la guerre*». En su lugar, él planteaba que «las guerras civiles son menos injustas y repugnantes, así como más naturales que las guerras entre extranjeros» (citado en Mayer, 2000, pp. 5-6). Siguiendo las mismas líneas, Italo Calvino (1995) escribió una pequeña historia en la que un hombre llamado Luigi se alista voluntario al ejército porque quiere hallar y matar a su enemigo personal, Alberto. Por ello, se sentirá molesto cuando le digan que se supone que está matando a enemigos en general más que a enemigos particulares. Para él, la enemistad no puede ser un abstracción: es infinitamente peor, razonará él, matar gente a la que no él no conoce y que nunca le hizo ningún daño. Sin embargo, Luigi acaba matando a un montón de gente durante la guerra y gana muchas medallas, pero no acierta a encontrar a Alberto. Sí que lo encontrará, no obstante, después de la guerra; lo matará, y como resultado de ello, será juzgado y colgado.

recerá que la facción es algo perverso y que los miembros de las dos partes odian a su ciudad. Porque, de otro modo, nunca se atreverían a destrozar a su propia nodriza y madre[5] (*La república*, 470d).

Para Platón, entonces, la violencia entre griegos (e incluso más, entre ciudadanos de la misma *polis*) es, en lo fundamental, antinatural: se trata de una «guerra doméstica, de una guerra dentro de la familia» que lleva a la violencia que es como degustar «la sangre de familiares con una lengua y una boca impías» (*La república*, 521a, 565e). «La guerra contra otro país tiene su belleza», recordaba un veterano de la guerra civil española (citado en Zulaika, 1988, p. 26), «pero la guerra de uno contra otro [...] es muy dura. Nadie que no la haya vivido puede saber lo que es eso». Ahí descansa la esencia del aforismo de Antoine de Saint-Exupéry (1936): «Una guerra civil no es una guerra sino una enfermedad. El enemigo es interno. Casi se lucha contra uno mismo. Y ésta es, sin duda, la razón por la que esta guerra toma su forma terrible. Hay más ejecuciones que batallas». Lo cierto es que las metáforas de epidemia y enfermedad han estado privilegiadas para la guerra civil desde la Grecia del siglo V (Price, 2001, pp. 28-30).

La percepción es recurrente, aun cuando las guerras civiles a las que se refieren estén separadas por el tiempo, la distancia y el tipo. Un oficial que luchó en la Guerra de Independencia Americana afirmó en 1781 que las «guerras civiles se ven siempre acompañadas de algo horrible. ¡La sola idea de amigo contra amigo y de los familiares más próximos en armas unos contra otros aturde a la naturaleza humana!». Durante el mismo conflicto un oficial hessiano hizo una observación semejante: «En la actualidad, este país es el escenario de los más crueles acontecimientos. Los vecinos están en bandos enfrentados; los niños están en contra de sus padres»; por otro lado, un historiador describía la situación en el interior de Virginia como una situación en la que «sospecha, miedo y odio eran rampantes. El vecino daba informes sobre su vecino» (Crow, 1985, p. 147; Evans, 1985, p. 193; Shy, 1976, p. 15). Tzvetan Todorov (1996, p. 94) describe los dilemas a los que se enfrentaban los *maquisards* franceses a la hora de ejecutar a los milicianos colaboracionistas capturados en el centro de Francia durante el verano de 1944: «En muchos casos, guardas y detenidos han tenido vínculos frecuentes desde la niñez, han ido juntos al colegio y se han citado con las mismas chicas». A menudo, los lazos estrechos se convierten en una desventaja, con amenazas que es más probable que procedan de vecinos que de extranjeros. Un español recuerda cómo su madre fue arrestada y ejecutada por conocidos de la localidad: «Volvió a casa pensando que, dado que conocía a todos, no habría problemas y, en lugar de eso, iba hacia su ruina sin saber por qué» (Sender Barayón, 1989, p. 124). En este sentido, una guerra civil no es sólo una guerra sin enemigos, tal como recalcó William Waller sobre la guerra civil inglesa, sino también una guerra en la que el enemigo está por todas partes, incluidos los entornos más íntimos, tal como dijo Thomas Hobbes sobre el mismo conflicto.

La intimidad no se restringe a las guerras civiles «ideológicas». La violencia en las guerras étnicas es a menudo íntima, tanto dentro como a través de las fronteras étnicas. Considérese la descripción de Toolis (1997, p. 3) del asesinato del juez William Doyle por parte del IRA:

> [Él] era también el enemigo interior. Era un católico en un puesto de juez protestante/unionista que sostenía la autoridad del Gobierno británico [...]. Alguien en la congregación de Santa Brígida lo había reconocido y se lo dijo al IRA y ellos vinieron el propio domingo para matarlo. Su muerte tuvo algo de horrible intimidad irlandesa: asesinado en la misa, enfrente de la congregación, señalado por alguien que era parte de aquella congregación. El IRA no tuvo que viajar para matar a Doyle. Sus seguidores estaban ya en Santa Brígida, también endomingados en la Malone Road, ocultos entre el sonriente coro de colegialas y volviendo por el pasillo, mirando a hurtadillas, después de comulgar.

La masacre de Lari perpetrada por insurgentes Mau Mau en Kenia en 1953 fue un caso «comunal» entre vecinos, estrechamente ligado con la política local de facciones y de enemistades personales y que pasó a ser un conflicto más amplio por la tierra; esta masacre contribuyó a la transformación de la insurgencia nacionalista en una guerra civil entre los kikuyu de Kenia (D. Anderson, 2005, pp. 119-180). El «terrorismo» vasco en el pequeño pueblo de Itziar fue también un caso profundamente local. Las seis víctimas de los asesinatos políticos llevados a cabo por ETA entre 1975 y 1980 eran vascos, cinco de ellos, o bien eran del pueblo, o bien estaban casados con gente del pueblo: «Carlos y Martín, líderes de las facciones opuestas, eran hermanos de leche y confidentes. El guardia civil Benito y José Mari, a quien él arrestó, cada uno de ellos se había casado con la hija del dueño de un restaurante de la localidad» (Zulaika, 1988, pp. 86 y 97). La guerra entre ucranianos y polacos en las fronteras soviéticas durante la Segunda Guerra Mundial fue «a menudo personal y se luchó entre vecinos y familiares. Éstos hicieron escaramuzas por este pueblo, por aquella curva en el río, por este cementerio» (K. Brown, 2003, p.

[5] Platón (471a-c) pasa entonces a recomendar para los griegos que, «como griegos, no destrocen Grecia ni quemen sus casas ni acepten que en ninguna ciudad todos los que haya sean sus enemigos: hombres, mujeres y niños». Él sugerirá que esto se dará como una ley a los guardianes de la República.

222). En las guerras de la antigua Yugoslavia, estuvo muy extendida la violencia entre gente que se conocía, aunque se ejerció también mucha violencia por parte de bandas de paramilitares y asesinos desconocidos para la gente que convirtieron en sus víctimas (Mueller, 2004; Ron, 2000a). «Los hombres de ambas partes de la línea de frente otrora eran vecinos [...]. Antes de la guerra, habían ido a las mismas escuelas, habían trabajado en el mismo garaje, habían ido con las mismas chicas» (Ignatieff, 1998, p. 34). Una maestra de escuela elemental serbia en el Mostar controlado por los croatas vio cómo su piso era saqueado por un grupo de hombres en el que estaba uno de sus antiguos alumnos (Human Rights Watch, 1992, p. 333); un musulmán bosnio que fue internado en un campo de concentración fue torturado a manos de compañeros de clase y vecinos serbios (Pervanic, 1999, p. xviii); muchas mujeres fueron violadas por hombres que habían sido sus vecinos, incluso sus amigos (Gutman, 1993, pp. 68-73) y en masacres como la de Slovinje, «había mucha familiaridad entre persecutores y perseguidos» (Bearak, 1999a, p. A3). Catherine Dale (1997, p. 81) cuenta la historia de una mujer cuyos parientes abjazos lucharon contra sus parientes georgianos durante la guerra entre Abjazia y Georgia en 1992. Para esta mujer «y para muchos otros, la guerra no era una batalla política por la soberanía sino una disputa personal, sangrienta entre vecinos y familiares», una descripción que también se aplica a la guerra entre armenios y azerbaiyanos por el Nagorno Karabaj (Goltz, 1998, p. 78)[6].

Obviamente, hay una estrecha conexión entre el carácter íntimo de la violencia y la dimensión local de la guerra civil. En lugares en los que ambos bandos se disputaban el poder local, la guerra civil americana fue «una lucha de vecino contra vecino, pues tanto los guerrilleros como los unionistas estaban profundamente arraigados en su comunidad. Los guerrilleros sabían de los unionistas por el cotilleo local o por conocerlos personalmente; de hecho, con frecuencia, eran conocidos de toda la vida de sus víctimas unionistas» (Ash, 1995, p. 125). La Revolución irlandesa y la guerra civil era «una guerra íntima, desarrollada dentro de las casas y las vecindades; a menudo, entre gente que se conocía» (Hart, 1999, p. 18). La guerra civil española desató pasiones que eran «locales, que fueron luchadas por vecinos en todos y cada uno de los pueblos [...]. La gente hoy todavía murmura sobre el padre de quién mató al tío de quién, sobre el tío de quién traicionó al padre de quién: éstos son recuerdos vivos que mueren muy lentamente» (Gilmore, 1987, pp. 44-45); una española describía al asesino de su hermano como alguien que «era de Canfranc, donde yo vivía, donde mi padre era director de aduanas. Su familia tenía una panadería y nos traía el pan todos los días» (Sender Barayón, 1989, p. 155). La Guerra de Vietnam fue también «una guerra altamente personal, parroquial y amarga; una guerra librada en un mundo tan pequeño que una persona podía andarlo de un lado al otro en una hora; una guerra no entre enemigos sin rostro sino entre hombres que se conocían entre sí demasiado bien» (West, 1985, p. xv). La insurgencia JVP en Sri Lanka fue un proceso que «permeó las relaciones capilares de la interacción cotidiana: tus oponentes políticos serían, por lo general, vecinos; a menudo, parientes; a veces, antiguos amigos» (Spencer, 2000, p. 134).

La teoría de la violencia selectiva especifica el nexo que conecta la intimidad de la violencia y la dimensión local de la guerra civil: la violencia selectiva requiere información local que, una y otra vez, tiende a proceder de denuncias motivadas por conflictos personales.

2. ¿Por qué denunciar? Una sociología de la denuncia

Según la teoría, la mayoría de los individuos participan en la producción de la violencia de forma indirecta, por medio de la denuncia. La violencia selectiva resulta de una *acción conjunta* de actores locales y supralocales, de gente de dentro y de gente de fuera, de actores civiles y de actores políticos. Es el resultado de un *intercambio* entre ellos y conlleva, por tanto, una relación íntima entre denunciante y denunciado[7]. En otras palabras, la denuncia es el lugar más obvio para explorar las fuentes de la violencia íntima en las guerras civiles. Una implicación teórica clave es que resultará probable que la violencia conjunta sea íntima y que la intimidad reflejará, probablemente (aunque no necesariamente), intereses privados y locales. La sección que viene a continuación ofrece una teoría que da cuenta del suministro de denuncias, junto con el apoyo empírico anecdótico, el único del que se dispone.

Las prácticas de denuncia, como todas las prácticas sociales, despliegan patrones que varían ampliamente. Resulta razonable conjeturar que diferentes medios sociales y políticos produzcan diferentes índices de conflicto y, por tanto, de denuncia (Lucas, 1997). Los medios conflictivos deberían ser más proclives *ceteris paribus* a la denuncia

[6] La intimidad puede también ser un rasgo de violencia en pogromos, disturbios y genocidios. En Ruanda, los perpetradores del genocidio de 1994 incluían a «vecinos, compañeros de colegio, a veces amigos y hasta familiares políticos» (Gourevitch, 1998, p. 18; André y Platteau, 1998, pp. 39-40); muchos supervivientes sabían el nombre de sus agresores (Vidal, 1996, p. 358); los judíos de Jedwabne, Polonia, en 1941, fueron asesinados por sus vecinos polacos (Jan Gros, 2001, p. 121).

[7] En la Unión Soviética de Stalin y en la Alemania nazi, las denuncias que implicasen a gente que no se conociera eran extremadamente raras (Nérard, 2004, p. 338; Joshi, 2003 p. xv).

que los medios solidarios. Sin embargo, resulta extremadamente difícil determinar *a posteriori* la dirección de la causalidad entre denuncia y conflicto. Más aún, rara vez se dispone de datos empíricos sistemáticos sobre denuncias.

Sin embargo, el registro anecdótico sugiere que el aporte de denuncias nunca parece dejar de satisfacer la demanda, dada una situación en la que el actor que busca denuncias tiene un nivel de control creíble. Más aún, la malicia parece omnipresente. Tucídides fue probablemente el primer autor en vincular la denuncia maliciosa y la guerra civil. En su descripción de la lucha civil en Corcyra, menciona que algunas personas «fueron acusadas de conspirar para echar abajo la democracia, pero, de hecho, a menudo se asesinaba a los hombres en razón de odios personales o bien a manos de sus deudores a causa del dinero que debían» (3.81). La misma observación se ha hecho en incontables ocasiones desde entonces. Por ejemplo, Paul Jankowski (1989, p. 134) refiere docenas de casos de la Marsella ocupada por los alemanes: desde la mujer analfabeta que se unió al PPF fascista e «inmediatamente amenazó con denunciar a cualquiera en la vecindad que la molestara», hasta el desempleado «que había deportado a su cuñado después de una riña con él».

El desagrado y la envidia están omnipresentes[8]; el conflicto interpersonal se dará en cualquier sociedad (Worchel, 1974, p. 110). Lejos de ser disfuncional, el conflicto es esencial para la formación y el mantenimiento del grupo (Coser, 1956; Simmel, 1955). A diario, el conflicto interpersonal tiende a no ser violento. El antropólogo David Gilmore (1987) muestra de qué modo las disputas más nimias en un pueblo español se proyectan en formas no violentas de abuso (tales como el comadreo, la puesta de apodos, el insulto y otros abusos verbales, el conflicto ritual, la conflictividad, etc.) y ejercen una función socialmente beneficiosa; este conflicto no sólo no daña las relaciones sociales sino que refuerza los vínculos sociales. Incluso el deseo de venganza fracasa, por lo general, a la hora de inducir a la acción violenta. Las fantasías de venganza por todo tipo de pequeños conflictos cotidianos parecen extenderse por todas las épocas y sociedades (Frijda, 1994, p. 264), pero rara vez se llevan a cabo; menos aún en forma de homicidios[9]. Thomas Schelling (1991, p. 19) señala que debe de haber un millón de personas que viven dentro del radio del

[8] Tal y como señaló un empresario de Hollywood: «Creo que los cuchillos largos de Hollywood nos amenazan a todos. Por allí, es una especie de forma de vida. Si a alguien se le tiene en gran estima en razón, ya sabes, de sus éxitos o algo así, entonces al cabo de cinco minutos todo el mundo saca su cuchillo contra él. Ésa es la forma de vida» (citado en Auletta, 2002, p. 81).

[9] La venganza violenta es un tema central de las películas de Hollywood: «En la vida real», señala un crítico cinematográfico, «los americanos demandaríamos antes de disparar.

transporte público de su casa que podrían dar fuego a su casa con impunidad y un dólar de gasolina, o que podrían secuestrar a sus hijos mientras juegan en la calle y, aunque él estaría dispuesto a pagar mucho para anticiparse a un daño hecho de forma tan fácil, se siente confuso por el hecho de que no lo hayan tomado nunca como objetivo. Ya se deba, tal como señala Schelling, a la dificultad para traducir esta acción en beneficios concretos, a frenos morales internos, al miedo a las sanciones o simplemente a la estupidez o la pequeñez de alma, como decía Friedrich Nietzsche[10], el hecho es que se da una sorprendente escasez de violencia en relación con el deseo real y una profunda discrepancia entre deseos de venganza y actos de venganza.

La denuncia en la guerra civil convierte las disputas comunes en violencia. En primer lugar, la práctica de la denuncia existe hasta cierto punto en todas las sociedades organizadas (Fitzpatrick y Gellatelly, 1997, p. 13), aunque se muestra particularmente a gusto bajo el autoritarismo. En Alemania del Este, uno de los casos mejor estudiados, informar a la Stasi era algo tan extendido que «no convencía la dicotomía entre víctimas y perpetradores» (Gellatelly, 1997, p. 209). Tal y como recuerda Anne Thurston (1990, pp. 167-168): «En 1980, cuando la Revolución cultural había terminado y una profesora americana en China tuvo ocasión de explicar en su clase los Diez Madamientos, hubo un mandamiento que sus estudiantes sencillamente no entendían: "No dirás falso testimonio ni mentirás". Productos de la Revolución cultural, habían crecido impregnados de falsos testimonios. Nunca habían aprendido que ello pudiera ser malo.»

De hecho, los actores políticos se muestran a menudo sorprendidos y abrumados por la respuesta que reciben cuando solicitan denuncias. En abril de 1934, los burócratas nazis expresaron su sorpresa por la cantidad de denuncias que les estaba llegando, especialmente, con cargos falsos; se dieron cuenta de que aquéllas habían alcanzado unas «proporciones del todo inaceptables». Incluso Hitler, en 1933, se que-

Pero, en la pantalla, queremos nuestra venganza; cuanto más sangrienta, mejor» (A. Scott, 2004, p. 24). Según un estudio llevado a cabo por Nico Frijda (1994, p. 264), el 46 por 100 de los entrevistados admitía recordar al menos un ejemplo de venganza. Él también cita (1994, pp. 264 y 268) estudios recientes que indican que, en la vida cotidiana, se sienten pensamientos vívidos de venganza y algunos se llevan a cabo por motivos tales como la infidelidad erótica, las indiscreciones, las pequeñas ofensas, el haber sido engañado, el que te hayan robado la bicicleta y similares. Estas fantasías tienen un carácter virulento y son, a menudo, extraordinariamente violentas, incluidos los impulsos hacia la destrucción física de objetos, imágenes de apalear al ofensor o de desear que él o ella sean asesinados o caigan en una gran miseria. La violencia que surge de los celos es, según él, un indicador paradigmático de la venganza.

[10] Nietzsche, como señala Baier (1991, p. 45), pensaba que sólo la estupidez o la pequeñez de alma podían explicar por qué las mujeres no usaban el control que se les dejaba en la cocina para envenenar a sus dueños.

jaba: «Estamos viviendo en el presente un mar de denuncias y mezquindad humana» (Gellatelly, 1997, p. 206; Connelly, 1997, pp. 183 y 177; Gellately, 1991, pp. 13-143). Cuando el ejército alemán conquistó el territorio soviético en 1941, recibió centenares de informes que apuntaban a partisanos en pueblos remotos (Terry, 2005, p. 9). Un oficial francés que sirvió en Argelia recuerda que le fue muy sencillo obtener un flujo constante de denuncias (Aussaresses, 2001, p. 33). Los americanos en Iraq estaban encantados de descubrir, en el invierno de 2003, que los «ciudadanos ordinarios iraquíes ahora producen tanta información que [los americanos] deben priorizar los ataques que llevan a cabo para arrestar a los antiguos leales a Hussein» (Loeb, 2003, p. A14). En cierto momento, hasta pusieron una línea telefónica *hotline* para denuncias.

No obstante, a los actores políticos les lleva bastante tiempo darse cuenta de que muchas denuncias son maliciosas y, una proporción significativa, falsas. Tal y como señaló un oficial, en Iraq, los americanos se dieron cuenta de que «esta gente se vendería entre sí como si no hubiera un mañana» (en Packer, 2003, p. 71). Un iraquí decía: «Es como bajo Saddam. Seguimos a expensas de un vecino o de una persona celosa. Entonces, bastaba con conocer a un miembro del partido Baaz para mandar a alguien a la cárcel. Ahora, sólo tenemos que llamar a un número de móvil. ¿No es esto el progreso?» (en Ourdan, 2004, p. 2). Claramente, la exigencia de denuncias traduce en violencia los desagrados privados, a menudo triviales; es una época en la que, en palabras de Richard Cobb (1972, p. 60), el desastre público ofrece la oportunidad de beneficio privado.

La gente corriente tiene tendencia a ignorar las «autosanciones morales» y se mete en actividades que fomentan su propio interés, pero dañan a otros incluso bajo circunstancias cotidianas «normales» (Bandura, 1990, p. 162), pero la inmensa mayoría se detiene antes de llegar a la violencia homicida. Intercambiando violencia por denuncias, los actores políticos asumen los considerables costes morales y prácticos de librar a la gente de sus enemigos personales: ellos animan a la gente a espiarse unos a otros (p. e., De Waal, 1991, p. 119), reemplazan las sanciones con impunidad[11], ofrecen una reconfortante ilusión de anonimato[12], ofrecen «una base racional para actos más drásticos de los que hubieran sido posibles en tiempos de paz» (Freeman,

[11] En la guerra civil española, Juan Peiró, un activista anarquista, hizo un «ataque elocuente y sincero» de aquellos que han asesinado «porque podían asesinar con impunidad» (Thomas, 1986, pp. 277-278). Durante la guerra civil americana, un hombre de Tennessee observó que «todos, todos están más o menos desmoralizados y hacen cosas [que] hace unos años habrían despreciado llevar a cabo» (citado en Ash, 1995, p. 204).

[12] En su esfuerzo por destruir la insurgencia en la República Dominicana, los Estados Unidos desarrollaron un «proceso de investigación que protegía la identidad de aquellos que

1979, p. 164)[13], hacen estallar un buen número de «mecanismos psicosociales de desconexión moral» (Bandura, 1990, p. 162)[14], cultivan el autoengaño[15] y, tal vez de un modo más importante, llevan a cabo la ejecución del acto de violencia[16]. En general, los actores políticos protegen a los denunciantes del crimen que causan puesto que «es relativamente sencillo herir a otros cuando su sufrimiento no es visible y cuando las acciones causales son física y temporalmente remotas respecto de sus efectos» (Bandura, 1990, p. 177).

En resumen, la denuncia representa un nuevo medio para satisfacer un rencor largamente reprimido u ofrecer una ventaja decisiva en luchas previamente contenidas. En este sentido, la posibilidad de la violencia aumenta su deseo, por parafrasear a Stendhal; tal como lo señala Hannah Arendt (1963, p. 134), éstas son situaciones en las que el mal casi pierde la calidad de tentación. El general Stephen Drayton, quien luchó contra los ingleses durante la Revolución americana, apuntaba en esa dirección en 1781, cuando se preguntaba sobre la situación en Carolina del Norte: «¿Quién está a salvo allá donde los prejuicios, la envidia o la malicia pueden prevalecer en el pecho de un hombre malo? ¿No está sujeto el mejor a que se le denomine enemigo y a que se le trate como

daban información contra sus vecinos» (Calder, 1984, p. 167). De forma más reciente, y fuera de las guerras civiles, una página web que posibilita *e-mails* anónimos con «maldiciones virtuales», que incluyen muñecas vudú virtuales y maldiciones tales como «Estás acabado», envía entre 2.000 y 3.000 maldiciones diarias (J. Cohen, 2000, p. G1).

[13] Se proclama que la denuncia sirve a una causa superior: la nación, la clase o la religión. De acuerdo con Eamon Collins (1999, p. 3), un antiguo miembro del IRA, «el republicanismo da legitimidad política al antiquísimo tiempo pasado del espionaje a los vecinos de uno, convirtiendo las *vendettas* vecinales en luchas nobles».

[14] Los mecanismos de desconexión moral incluyen lenguaje eufemístico, desplazamiento y/o difusión de la responsabilidad (oscureciendo así el vínculo entre conducta y consecuencias), indiferencia ante las consecuencias de la acción o distorsión de las mismas y toma de decisiones en grupo, «lo que permite, por otro lado, que la gente se comporte de forma inhumana porque ninguna persona en concreto se siente responsable de las políticas a las que se llegó de forma colectiva. Cuando todos son responsables, nadie es responsable en realidad» (Bandura, 1990, pp. 170-171; Gurr, 1975, p. 101). A su vez, presentando como definitiva una decisión sobre blancos conjuntos («mataremos a cinco personas del pueblo»), les hacen más fácil a los individuos decidir sobre *quiénes* serán estas cinco personas.

[15] Las esposas de la clase trabajadora en la Alemania nazi pensaban que, mediante la denuncia de sus maridos como comunistas a la Gestapo, conseguirían que «los educasen» en un campo de trabajo o de concentración. Joshi (2002, p. 433), que da cuenta de este hecho, observa que, «dado el tipo de cruel persecución a la que estaban sometidos los comunistas, resulta de lo más significativo que las mujeres pensaran así».

[16] El siguiente ejemplo procede de Filipinas. Después de que su suegro fuera asesinado durante una disputa por el robo de un *carabao*, un hombre consideró el tomarse venganza contra su asesino. En ese momento, lo abordó el NPA comunista (citado en Jones, 1989, p. 289): «Les hablé de la muerte de mi suegro y me dijeron que me olvidara de vengarme porque el NPA se ocuparía del problema. El NPA había recibido otras quejas sobre la misma persona. Cuando me enteré de la muerte de esta persona, me puse muy contento de no haber sido yo quien matara a mi prójimo. Me quedé impresionado por el NPA. Después de algunos meses, me uní a ellos».

tal?» (en Crow, 1985, p. 147). Binford (1996, p. 107) señala que, en El Salvador «nadie estaba a salvo de la violencia. Una discusión con un vecino, un conflicto por una deuda o un insulto hecho bajo la influencia de un *güaro* podría llevar a la parte ofendida a decirle a un soldado, a un guardia o a un oficial del Gobierno que la persona X o Y tenía un comportamiento sospechoso». Considérese el siguiente extracto de una entrevista que llevé a cabo en Grecia (I-10):

> Había muchas disputas personales en el pueblo, pero, antes de la guerra, la gente no tenía la oportunidad de matar. Nadie cantaba entonces lo maravilloso que es asesinar. Era algo que hervía dentro de ellos [...]. Con la guerra civil afloraron los peores instintos humanos. En el subconsciente de todos había celos, envidia [...]. La psicología del aldeano resulta peculiar. Éste envidia a la gente que lo sobrepasa. Obviamente, no expresa su envidia, no puede, no hay razón para hacerlo, pero allí está, quemándolo en las entrañas. Cuando la sociedad está desorganizada, él tiene la oportunidad de castigar sin ser visto; no se trata de un juicio público en el que tengas que llamar a testigos o algo así [...]. Y ellos tenían la oportunidad de decir que [su enemigo personal] es un traidor y podrían matarlo sin que esta persona fuera ni un traidor ni nada por el estilo [...]. Por nada, podían llamarte traidor. Nuestra vida estaba agonizando. ¿Tenías alguna vía de escape aquí en el pueblo? Ninguna.

Obviamente, resulta imposible saber con exactitud qué tipo de motivación es la que prevalece. En teoría, no hay razón para pensar que la denuncia sea, ante todo, privada y maliciosa más que política. La provisión de control grupal se halla sujeta al problema del oportunista: el control es necesario para la solidaridad grupal (y la solidaridad permite la producción de bienes colectivos inexcluibles); con todo, el oportunismo es la mejor estrategia para los individuos racionales. Resulta que el control mutuo (o el control mediante la denuncia) no aparecerá a menos que ofrezca beneficios individuales (Hechter, 1987)[17]. Aunque pueda pensarse en la ideología como un beneficio personal, abundan los intereses no ideológicos, en especial en las áreas rurales.

Las evidencias procedentes de los estudios del trabajo policial, un contexto muy diferente de la guerra civil, muestran que las motivaciones de los informadores de la policía incluyen, por lo general, «miedo, inseguridad, venganza, envidia, remordimiento y dinero» (Wilensky,

[17] Fehr y Gächter (2002) ofrecen datos experimentales que muestran que la gente desea castigar a los oportunistas aun a costa de sí mismos; si se da el caso, el control grupal puede no estar sujeto al dilema del oportunista. No obstante, el control en situaciones en las que las comunidades se dividen puede ofrecer aún oportunidades para los beneficios privados.

1967, pp. 67-68)[18]. Más allá de esto, las escasas evidencias sistemáticas de las que se dispone se van a encontrar en los archivos de los regímenes autoritarios (para los que hay mejores registros que para las guerras civiles) y parecen confirmar el carácter ubicuo de la malevolencia. Resumiendo la investigación extensiva en los archivos españoles de la Inquisición, Henry Kamen (1998, p. 175) refiere que «las pequeñas denuncias eran la regla más que la excepción», mientras que James Given (1997, pp. 141-165) ofrece amplias evidencias para mostrar que la manipulación de la Inquisición fue un aspecto central de cómo operaba esta institución en el Languedoc medieval. La denuncia era omnipresente en el contexto de las instituciones medievales altamente localizadas: «Los esfuerzos por manipular las instituciones gubernamentales como la Inquisición ni fueron exclusivos de la Inquisición ni del Languedoc. Allá donde los registros nos permiten examinar el funcionamiento de las instituciones gubernamentales medievales, que, a lo largo de este periodo, estaban en construcción, descubrimos a gente muy ocupada trabajando por influirlas y explotarlas para sus propios fines. La manipulación de estas organizaciones para propósitos distintos a aquellos para los que habían sido creadas tal vez fue más la regla que la excepción» (1997, p. 163). Comparando los niveles de represión entre el final de los años sesenta y el comienzo de los años setenta del siglo XX en China, Jung Chang (1992, p. 488) apunta a la malevolencia como la principal motivación por detrás de las denuncias. Los que contribuyen al primer (y, hasta aquí, único) tratamiento comparativo de la denuncia «encontraban comparativamente pocos casos en los que las denuncias parecieran estar motivadas por un fervor genuinamente ideológico» (Fitzpatrick y Gellately, 1997, p. 10).

El estudio de los archivos de la Gestapo de Düsseldorf llevado a cabo por Reinhard Mann muestra que gran cantidad de casos se empleaban para resolver conflictos privados[19]. Robert Gellately (1991, p. 151) descubrió también que los «informadores por despecho» te-

[18] Tal y como señala una edición del Larousse del finales de siglo XIX, «aun hoy, los descubrimientos más preciosos de la policía no se deben a agentes explícitos o secretos sino a denuncias anónimas que llegan cada día a la Rue de Jérusalem, frutos de la venganza de mujeres y amigos traicionados o de padres celosos» (citado en Fitzpatrick y Gellately, 1997, p. 14).

[19] Al menos el 26 por 100 de todos los casos empezaba con información que se le ofrecía a la policía de forma voluntaria por parte de ciudadanos individuales (más si se tienen en cuenta aquéllos suministrados a otras organizaciones); más aún, su estudio muestra que el 37 por 100 de estas denuncias eran intentos de resolver conflictos privados y el 24 por 100 estaban motivados por lealtad al régimen (para el 39 por 100 de los casos no se descubría motivo alguno). Gellately señala que «estas estadísticas sugieren que el ingrediente importante en el sistema de terror –la denuncia– venía determinado, generalmente, por intereses privados y se empleaba por razones instrumentales nunca pensadas por el régimen» (Gellately, 1991, pp. 134 y 146).

nían una importancia mucho mayor a la hora de generar casos para la Gestapo que los informadores pagados y que «había poquísimos cargos que se presentaran claramente por las razones "correctas" (es decir, políticas)». Tal y como un policía le dijo a una mujer a la que se estaba investigando: «¡No tienes ni idea de a cuántas denuncias hemos de hacer frente en las oficinas centrales! Y es nuestro deber comprobar todas y cada una de ellas, aun cuando la mayoría resulten ser sospechas maliciosas o maledicencias» (en Gellately, 1991, p. 72). Un líder de distrito nazi «se sentía claramente incómodo con la sobrepolitización de los asuntos privados» y se quejaba de que «no podemos implicarnos por motivos puramente familiares». La directiva del Deutsche Bank trató de combatir el problema anunciando que no estaba interesada en «historias sobre las vidas íntimas de sus empleados», mientras que el ministro del Interior les pedía a las autoridades locales que dieran pasos para refrenar la rápida expansión de todas las denuncias, «demasiadas de las cuales estaban basadas tan sólo en conflictos con los vecinos» (Gellately, 1991, pp. 134 y 146). Los oficiales de la Gestapo local publicaron ocasionalmente recordatorios en la prensa de que no era «la oficina de quejas por rencores personales ni menos aún de denuncias infames». En su estudio de la denuncia en Alemania, Vandana Joshi (2003, p. xv) omite a los denominados denunciantes leales porque «tales casos eran raros de encontrar. La evidencia que se descubre en los archivos», añade ella, «apunta, principalmente, a las denuncias instrumentales». Ella concluirá (2003, p. xi) que, «si bien la Gestapo derivaba su fuerza de la cooperación de las masas, resulta claro que las masas no lo hacían con la sola intención de extirpar a los enemigos del Estado». No es de extrañar que las definiciones de la denuncia en Alemania, en la posguerra, la asocian con la malevolencia (Joshi, 2003, p. 9).

Los testimonios individuales ofrecen ideas semejantes sobre las organizaciones insurgentes. Considérense, por ejemplo, los siguientes recuerdos de un operario del IRA:

> Después de un rato, un aspecto de mis encuentros con la gente y sus quejas empezó a deprimirme. Me di cuenta de que muchas personas, que a menudo ni siquiera eran republicanas, buscarían la ayuda del Sinn Fein para beneficiarse de la amenaza de la fuerza del IRA –eso es lo que ellos esperaban– para resolver sus disputas. Por momentos, me sentí como si la gente me estuviera tratando como un padrino de la Mafia. Un antiguo colega de trabajo me preguntó si podía arreglar cuentas con su yerno. Aparentemente, este último estaba pegando a su mujer, la hija de mi antiguo colega. Le dije que eso no era asunto del Sinn Feinn. Entonces, mi antiguo colega dijo: «Sí que lo es. Ese hombre no sale nunca del cuartel de la policía. Estoy seguro de que es un chivato». Yo le dije que lo que estaba diciendo era muy serio. Le dije que si el IRA lo investigara y encontrase que aquello no tenía fundamento, entonces vendría a buscar a la persona que había hecho la alegación. Desgraciadamente, la alegación de que fulano era un chivato («no salía nunca del cuartel de la policía») la escuché repetidas veces de gente que quería que a sus vecinos les aplicasen una violencia extrema (Collins, 1999, p. 229).

Stephen Lubkemann, quien dirigió un trabajo de campo extensivo en Mozambique, incluidas decenas de entrevistas en profundidad sobre historias vitales, refiere (2005, p. 498) que los informes de denuncia maliciosa eran «más típicos que excepcionales». Mi propia experiencia, tanto desde mi trabajo de campo en Grecia como de la lectura de un amplio espectro de informes secundarios de muchas guerras diferentes, avala el predominio de la malevolencia en la denuncia. La evidencia, aunque masiva, es anecdótica y parece trascender la historia, la geografía y los tipos de guerra civil[20]. Lo cierto es que resulta francamente chocante que los motivos a menudo menores que hay por

[20] Las evidencias sobre el contenido privado de la violencia «política», incluida la denuncia maliciosa, aparece en estudios en profundidad de conflictos tan diversos como la guerra de 1640-1660 en Irlanda (Clifton, 1999, p. 113), la Revolución americana (Selesky, 1994, p. 77; Escott y Crow, 1986, p. 393), la Contrarrevolución francesa (J.-C. Martin, 1994, pp. 40-44; Lucas, 1983; Cobb, 1972), el levantamiento calabrés contra los ejércitos napoleónicos (Finley, 1994, pp. 28-29), el Risorgimento en el sur de Italia (Pezzino, 1994, p. 62), la guerra civil en los estados fronterizos (Fischer, 1997, p. 63, este de Tennessee; Ash, 1995, p. 183; Virginia, Fellman, 1989 p. 60; Misuri, Paludan, 1981, p. 77; Carolina del Norte), la Revolución rusa y la guerra civil (Werth, 1998, pp. 118 y 174; Figes, 1996, pp. 25 y 535), la guerra civil finlandesa (Upton, 1980, p. 519), la Revolución irlandesa de 1916-1923 (Hart, 1999, p. 15), la insurrección sandinista en Nicaragua durante los años veinte del siglo XX (Schroeder, 2000, pp. 34 y 38; Horton, 1998, p. 32), la guerra de guerrillas en la República Dominicana entre 1917 y 1922 (Calder, 1984, p xvii), la guerra civil española (Cenarro, 2002, pp. 79-80; Moreno, 1999, p. 309; Abella, 1996, p. 455; Sender Barayón, 1989; Thomas, 1986, pp. 277-278; Harding, 1984; Freeman, 1979), la Revolución china y la guerra civil (Thaxton, 1997, p. 290; Chan *et al.*, 1992, p. 28; Marks, 1984, p. 244) incluida la Revolución cultural (Chang, 1992; Madsen, 1984, p. 91), la guerra civil griega (Gerolymatos, 2004; Ward, 1992, pp. 217-220), los conflictos civiles que tuvieron lugar en la Europa ocupada por los nazis, incluida Francia (Sweets, 1994, p. 235), Polonia (Paczkowski, 1999, p. 311), Bielorrusia (Terry, 2005, p. 8; Heer, 2000, p. 97), Ucrania (T. Anderson, 1999, p. 616) y Yugoslavia (Djilas, 1980, p. 78), la guerra civil griega (Xanthakou, 1998, p. 12), las guerras civiles en el Asia ocupada por los japoneses incluida Malaca (Kheng, 1983, p. 178) y las Filipinas (Rodríguez, 1982, p. x; Lear, 1961, pp. 94 y 105), las revueltas anticoloniales, tales como la insurrección Mau Mau en Kenia (D. Anderson, 2005, pp. 176 y 204; Berman y Londale, 1992, pp. 446 y 453), la Guerra de Independencia de Argelia (Faivre, 1994; Hamoumou, 1993) y la posterior guerra civil en Argelia (Kalyvas, 1999; Gacemi, 1998, Abdi, 1997), la rebelión palestina de 1936-1939 (Swedenburg, 1995) y la Intifada palestina (Haberman, 1991), los asesinatos en masa en Indonesia en 1965-1966 (Cribb, 1990, p. 28), las diversas fases de la Guerra del Vietnam (Elliott, 2003, p. 259; Moyar, 1997, p. 71; Bilton y Sim, 1992, p. 89; M. Young, 1991, p. 213; Blaufarb y Tanham, 1989; Race, 1973, pp. 12 y 71; Hosmer, 1970, p. 61; Crozier, 1960, p. 94), las guerras civiles en Latinoamérica,

detrás de buena parte de la violencia en las guerras civiles se hallen omnipresentes y, al mismo tiempo, marginados en la bibliografía del macronivel. La sección siguiente pretende ofrecer un sentido del alcance general geográfico e histórico de la denuncia maliciosa.

3. El alcance de la denuncia maliciosa

Las denuncias maliciosas son comunes en todo tipo de sociedades, incluidas aquellas que están agudamente polarizadas en términos de clase (Stoll, 1999; Binford, 1996; G. Wilson, 1970), religión (McKenna, 1998, p. 181; Chamoun, 1992, p. 24) y etnicidad (Collins, 1999, p. 229; Pervanic, 1999; Hamoumou, 1993; Haberman, 1991; Jan Gross, 1988). Ellas se han observado también en un amplio espectro de guerras civiles. Considérense los pequeños esbozos que vienen a continuación.

Guerras civiles «clásicas»

Un oficial federal (citado en Fellman, 1989, p. 63) concluía en 1863 que «muchos de los soldados [unionistas] [en Warsaw, Misuri] se hallan en las cercanías de sus casas y todos tienen agravios privados que vengar y resulta sencillo ver el efecto». Lo mismo ocurría en el este de Tennessee, donde «también influyeron considerablemente en esta lucha muchos motivos egoístas, incluidos la avaricia, la venganza, el miedo y el rencor personal» (Fisher, 1997, p. 63). Una mujer que vivía en Tennessee escribió en su diario sobre algunos de sus vecinos que, «habiendo rencores privados de años, éstos se sacan a la luz y la venganza se considera algo dulce» (en Ash, 1995, p. 204). «Desquitarse con oponentes reales e imaginarios se convirtió en la esencia de la política», escribe Vladimir Brovkin (1994, p. 419) sobre

tales como la de Guatemala (Stoll, 1993; S. Davies, 1988; Paul y Demarest, 1988; Ebel, 1988), Venezuela (Wickham-Crowley, 1992, p. 143), Colombia desde los años cuarenta del siglo xx hasta el presente (Jones, 2000; Wickham-Crowley, 1992, p. 146; Henderson, 1985, p. 128), El Salvador (Wood, 2003, p. 114; Binford, 1996, pp. 106-107; Wickham-Crowley, 1992, p. 260), Nicaragua (Horton, 1998, p. 217) y Perú (Starn, 1998, p. 244; Manrique, 1998, pp. 204-205), las Filipinas en los años ochenta (Berlow, 1998, p. 182; Jones, 1989, pp. 127 y 289), Líbano en los años setenta y ochenta (Mouro, 1999, p. 19; Makdisi, 1990, p. 86; Randal, 1983, p. 81), Uganda (Kannyo, 2000, pp. 167-168 y 172), Mozambique en las décadas de los sesenta y setenta (Henriksen, 1983, p. 97) y en los años ochenta y noventa del siglo xx (Nordstrom, 197, p. 83; T. Young, 1997, p. 132; Geffray, 1990, pp. 56-57), Angola también en los años ochenta y noventa (Brinkman, 2000, p. 15), Zimbabwe (Kriger, 1992), el Punjab en India (Pettigrew, 2000, p. 210), Sri Lanka (Argenti-Pillen, 2003; Spencer, 2000, p. 131; Senaratne, 1997, p. 143), Sierra Leona (Richards, 1996, p. 8), Sudán (Jok y Hutchinson, 1999, p. 134) y la ocupación de Iraq por parte de los Estados Unidos (Finer, 2005; Packer, 2003, p. 71).

la guerra civil rusa. Tanto el Terror Blanco como el Rojo eran a menudo arbitrarios (Brovkin, 1994, p. 226): «Definiciones muy laxas de lo que constituía el "bolchevismo" generaban todo tipo de informes revanchistas y denuncias, además de una total indiferencia por los procedimientos legales». Orlando Figes (1996, p. 535) narra «cuántas de las primeras víctimas del Terror Rojo habían sido arrestadas sobre la base de tan sólo una simple denuncia hecha por algunos enemigos personales». «La gente informaba para protegerse, por celos, por rencor o para que quedase libre una habitación en un apartamento comunal» (Schmemann, 1999, p. 259). «Nada más que chismes locales», es como un escritor de memorias ruso explicaba su arresto durante las purgas estalinistas (Grigorenko, 1982, p. 85). En Irlanda, «muchos miembros del IRA y otros testigos han referido casos de gente que era falsamente acusada de informar por "rencor local", a causa de alguna disputa o queja. Un gran número de asesinatos parece haber tenido un subtexto agrario», señala Peter Hart y añade (1999, pp. 299-300 y 306): «El informador típico [en la guerra civil irlandesa (1922-1923)] no era alguien con una causa sino, más bien, alguien con un rencor, con un agravio o con gente o propiedades que proteger. Otros vieron la oportunidad de ganar o de saldar viejas cuentas [...]. Las personas eran a menudo denunciadas por parte de informadores por los mismos tipos de razones personales por los que las personas eran denunciadas como informadores. Mucho de lo que pasaba por "informes de la inteligencia" en Cork era poco más que "miedo o malicia"». Un oficial británico encargado de la investigación de sospechosos de colaborar con los nazis tras el fin de la Segunda Guerra Mundial en Grecia recuerda: «En una situación en la que la marcha de los alemanes había dejado un vacío que amenazaban con llenar los comunistas y en la que aquellos que habían estado indecisos durante la ocupación se hallaban ahora disputándose el subirse al carro, el tiempo estaba maduro para saldar cuentas privadas. Las denuncias se convirtieron en insidiosas armas de ataque. Tanto el cargo de ser colaboracionista como el de ser comunista se diferencian poco pues cada uno de ellos era igualmente dañoso [...]. La denuncia, por tanto, se convirtió en el medio ideal para saldar muchos rencores y *vendettas* irrelevantes privadas» (Ward, 1992, p. 217).

Revueltas anticoloniales

Andrew Elliott, un oficial real y lugarteniente gobernador de Nueva York controlado por los británicos durante la Revolución americana, advirtió de que «una guerra destructiva» sería contraproducente y simplemente llenaría las prisiones con víctimas de lo que llamaba

«venganza privada» (Shy, 1976, p. 189). En su informe de la revuelta palestina de 1936-1939, Ted Swedenburg (1995, p. 155) cuenta muchas historias «de hombres falsamente acusados de traición por sus adversarios que estaban motivados por razones personales o familiares y cómo a aquellos que eran erróneamente acusados se los ejecutaba por orden de los comandantes rebeldes». Él cuenta (1995, p. 119) que, aunque se suponía que era una rebelión contra los británicos, «muchas ejecuciones de traidores acusados eran, de hecho, el trabajo de notables árabes locales [...] que solían alegar que una persona particular, a la que ellos guardaban un rencor personal, era un traidor, organizaban cómo matarla y luego se aseguraban de que la culpa por la muerte recayera sobre [el jefe rebelde] Abû Durra». «La denuncia era envidia» es como un campesino argelino describía la situación en la Argelia de finales de los años cincuenta del siglo XX (en Hamoumou, 1993, p. 199). En Timor Oriental, un edicto del Comité Central FRETILIN afirmaba que «diversos delegados FRETILIN en el área de Maubisse se han beneficiado de la situación presente para tomarse venganzas personales en nombre del FRETILIN y han estado tentados de explotar a la gente» (Jolliffe, 1978, p. 135).

Guerra civil durante la Ocupación

Paul Jankowski ofrece el siguiente informe de denuncias en la Francia ocupada por los nazis:

> Los facinerosos que ofrecían una eventual colaboración privada [...] eran los *corbeaux*, los denunciantes. La malevolencia era su único motivo. Primero vinieron los celotas, denunciando a los que eran completamente desconocidos, a los que por casualidad se habían manifestado gaullistas, a las opiniones comunistas o antialemanas; a menudo había una recompensa por entregarlos. Luego vinieron vecinos, terratenientes y arrendatarios denunciándose entre sí; luego, las esposas y los amantes, los empleadores y los empleados; finalmente, los colegas de negocios y sus socios. De forma ostensible, se entregaban unos a otros por escuchar la BBC, por dar cobijo a *réfractaires* o a judíos extranjeros, por expresar opiniones gaullistas o comunistas o por ocultar armas; ahora bien, por detrás de una carta llena de odio dirigida a la SD [Policía Secreta Alemana], habrá, *casi siempre*, un agravio más prosaico: una disputa por una renta, un mal matrimonio, una rivalidad en el trabajo o unos simples celos: «[La única razón] por la que me arrestaron fue porque mis vecinos en el barrio tenían malos sentimientos hacia mí porque tenía el huerto más bello» (1989, p. 133; las cursivas son mías).

En Malasia, «algunos miembros de la fuerza policial eran capaces de denunciar a la gente como sospechosos por razones personales» (Stubbs, 1989, p. 74), mientras que, en Vietnam, «había una terrible cantidad de *vendettas* que se llevaban a cabo con la licencia del Phoenix», recuerda un oficial de la inteligencia (citado en M. Young, 1991, p. 213). En Sri Lanka, «la persecución del JVP iba a menudo a la par de las enemistades comunes y de la envidia de la vida rural cingalesa. Viendo una oportunidad para la venganza o para desahogar celos, los aldeanos [cingaleses] estaban acusando a sus enemigos de simpatizar con el JVP, lo que era suficiente como para provocar la ira de las fuerzas del Gobierno» (McGowan, 1992, p. 221). En Guatemala, «las denuncias a menudo implicaban *vendettas* privadas o disputas políticas más que activismo revolucionario: tal como dijo un oficial chimalteco [...]. "(La gente) moría de peleas por mujeres, por tierras, (incluso) por religión"» (Wanatabe, 1992, p. 181); la gente «podía actuar, por odios personales y envidia, denunciando a los paisanos de su ciudad a los dos bandos. La venganza en esta situación se volvió sinónimo de sentencia de muerte», observa Warren (1998, p. 99) sobre el mismo país. Ella cita a dos campesinos: «Creo que algunos sacaron partido a la situación; alguna gente que tenía diferencias personales. Se valían de la oportunidad para quejarse de otros. Hubo mucha violencia y muchas muertes por culpa de esto [...]. A causa de la envidia, había diferencias personales por algo [...]. La cosa más penosa era que muchos habían muerto por culpa de la venganza, por culpa de la envidia. Tan sólo porque ahí hubiera una persona, a alguien le molestaba porque él estaba haciéndolo todo bien. Por tanto, él iría y diría: "Este hombre está con los guerrilleros"».

«Conflicto étnico»

En Liberia, «la búsqueda de enemigos nacionales se volvió inseparable de la búsqueda de enemigos personales [...]. De esta guisa, hubo un buen número de ajustes de cuentas» (Ellis, 1999, p. 117). «Disputas por la tierra, disputas familiares y desavenencias por el estilo entre amigos e incluso entre familiares reclamaban víctimas por doquier» (Brehun, 1991, p. 67). En Sri Lanka, las denuncias motivadas por rencores personales tuvieron lugar tanto a lo largo de las líneas étnicas como dentro de ellas. A un joven tamil «se le pagó para señalar con el dedo a sospechosos de ser del LTTE, pero, en realidad, estaba usando su poder recién adquirido para desahogarse de toda una vida de rencores» (McGowan, 1992, pp. 242-243).

Los participantes en las guerras civiles confirman estas observaciones. Casi todos los ejemplos de denuncias aportados por Paul Aussaresses, un oficial francés que sirvió como oficial en jefe de inteligencia durante la insurgencia argelina, se centran en las motivaciones privadas: «Las denuncias empezaron a entrar en masa. En el campo, muchos *douars* [pueblos] en principio eran hostiles al FLN. Además del deseo de vivir en paz, tenían también razones privadas, rencores y, generalmente, disputas por mujeres». Aussaresses (2001, pp. 40 y 118) añade que, durante la batalla de Argel, «las denuncias pretendían, a menudo, saldar rencores personales». Estas observaciones resultan también coherentes con muchas observaciones que apuntan al carácter trivial de la mayoría de las denuncias.

Se puede además distinguir entre diversos motivos de denuncias maliciosas. El faccionalismo local es frecuente y resulta coherente con una prominencia de las divisiones locales en la guerra civil (véase el cap. 11). Considérese el siguiente ejemplo procedente del sur de China durante la ocupación japonesa (Siu, 1989, p. 103). Chen Chulin del término municipal de Tianma Xiang tuvo una pelea con los hermanos Ye del término municipal vecino de Tianlu Xiang. Dado que los jefes más poderosos de Tianma se llevaban bien con el colaborador del Gobierno en la ciudad de Huicheng, denunciaron falsamente a Tianlu por dar cobijo a tropas chinas. A resultas de ello, el colaborador del Gobierno envió soldados que saquearon las casas y violaron a las mujeres[21]. Warren (1998, p. 99) apunta a una dinámica semejante en Guatemala: «En San Andrés, se sentía que el proceso estaba guiado por un odio étnico e individualizado; en otras ciudades, las facciones existentes o los agentes del poder emergente se volvieron unos hacia otros, lo que llevará a la extensión de los asesinatos».

Los conflictos interpersonales, ya sean la rivalidad profesional, las riñas entre vecinos, las peleas familiares, las discusiones entre cónyuges o las rivalidades románticas son la otra causa principal de la denuncia maliciosa.

Las denuncias motivadas por el ciclo completo de relaciones entre hombres y mujeres (rivalidades románticas, conflictos entre amantes, esposos y ex esposos) son sumamente comunes[22]. Después de todo, las disputas que surgen entre amantes y esposos pueden ser horribles incluso en condiciones normales[23]. Las rivalidades románticas son particularmente proclives a la violencia y están exacerbadas por el hecho de que la guerra civil da poder a la gente joven[24]. Un coronel survietnamita le habló a Mark Moyar (1997, p. 116) sobre las Unidades Provinciales de Reconocimiento: «Si ellos veían a una chica guapa, trataban de hacerse novios de ella. Si ella los rechazaba, entonces la acusaban de ser una VCI [una miembro de la infraestructura del Vietcong]»[25]. Ejemplos semejantes han salido a la luz en otros lugares. Por ejemplo, en Cisjordania, «salió a la luz que un supuesto colaborador [de los israelíes] que fue asesinado recientemente había estado teniendo un *affaire* con la esposa del hombre que lo asesinó» (Haberman, 2001, p. A1). Las rivalidades románticas en los medios rurales pueden también entretejerse estrechamente con las estrategias familiares. El estudio en profundidad de Paul y Demarest (1988) sobre un escuadrón de la muerte en la pequeña ciudad de San Pedro de la Laguna en Guatemala está plagado de ejemplos semejantes. Casos particulares incluyen el rapto de un hombre como venganza por haberse casado con una mujer que anteriormente era la esposa de un miembro del escuadrón de la muerte y la denuncia, por parte de una mujer, de un hombre como un «subversivo» porque, de hecho, «él le había robado los afectos de su nuera». Sender Barayón (1989), el hijo criado en los Estados Unidos de una mujer que fue ejecutada por los nacionales durante la guerra civil española, investigó las circunstancias de la muerte de su madre en la ciudad de Zamora y descubrió que fue asesinada por un antiguo galán que la cortejaba al que ella había rechazado (¡después de ser denunciada por su familia política, que codiciaba su parte de la herencia familiar!)[26].

---

[21] La historia no acaba ahí. Los hermanos Ye reaccionaron movilizando a los ultrajados aldeanos y tendieron emboscadas y mataron a los soldados. En revancha, los militares japoneses bombardearon Tianlu y luego la arrasaron. Como consecuencia del bombardeo, los aldeanos de Tianma fueron a Tianlu y la saquearon, incluso hasta el punto de llevarse carros de ladrillos y puentes. La mayoría de los 4.000 habitantes de Tianlu huyó y sólo la mitad de ellos retornó alguna vez.

[22] Terry (2005, p. 8), Elliott (2003, p. 1244), Aussaresses (2001, p. 40), Pettigrew (2000, p. 210), Swedenburg (1995, p. 167) y Madsen (1990, p. 184).

[23] «Las pequeñas venganzas se manifiestan en un momento en el que un cónyuge puede ser ambivalente sobre la venta de una propiedad. Recuerdo haber visitado una bonita casa de campo en Sussex y me quedé pasmado por la descarada honestidad del marido cuando nos mostró todo a mi mujer y a mí. No tuvo ninguna duda en señalarnos las manchas de humedades, la inseguridad de la instalación eléctrica, la imposibilidad de salir del callejón en nada que no sea un invierno suavísimo» (Mackwood, 2002, p. 13).

[24] En este estudio de Sendero Luminoso en Perú, Degregori (1998, p. 134) señala que la juventud del campo que se unió a la insurgencia no estaba desenganchada «de las redes apretadamente tejidas del parentesco y las relaciones comunitarias, con su propia dinámica de reciprocidades, rencores, odios y preferencias en las que habían estado inmersos. Como resultado, los jóvenes representantes del nuevo poder eran arrastrados, con frecuencia, en las disputas intercomunales e intracomunales».

[25] Aunque no una denuncia *per se*, el caso siguiente de El Salvador encaja con esta tendencia. El líder de un escuadrón de la guerrilla fue asesinado por un comandante de la guerrilla local después de que su anterior novia lo dejara por este último. El asesinato fue motivado por miedo a que el líder del escuadrón pudiera haber traicionado al campamento de la guerrilla por rencor. Philippe Bourgois (2001, pp. 21-22), que es quien refiere la historia, añade que «los celos románticos tienen como resultado el asesinato mutuo de los compañeros de armas a partir de meras sospechas».

[26] «Magdalena asintió. "Viloria. Él estuvo una época cortejando a Amparo. Se enamoró de ella. Pero Amparo le dijo: "¡No!"". Yo dije asombrado: "¿Qué?" "Eso es lo que ocu-

Las denuncias entre esposos (y ex esposos) se fueron tanto de las manos en la Alemania nazi que, en 1941, los cuarteles de la Gestapo en Berlín enviaron una carta a todos los puestos locales de la Gestapo, en la que requerían que se prestara especial atención a las denuncias entre familiares, en particular las parejas casadas (Gellately, 1991, p. 148). Lo cierto es que Joshi (2002, pp. 427-429) descubrió que la mayoría de las denuncias que recibió la Gestapo de Düsseldorf por parte de esposas contra sus maridos eran presentadas por mujeres que también habían presentado peticiones de divorcio; ella encontró también denuncias de hombres por parte de esposas que estaban liadas con otros hombres y para quienes la denuncia era «el medio mejor y más rápido de zafarse de sus maridos». Los abusos y las palizas domésticas llevaron a muchas mujeres a denunciar a sus esposos como izquierdistas, para poner la situación bajo control (Joshi, 2002, pp. 421-422). De igual modo, el *Pravda* deploraba las denuncias maliciosas de ex esposas iracundas (Fitzpatrick, 1997, p. 104). Un contrainsurgente francés en Argelia (Aussaresses, 2001, pp. 119-120) recuerda cómo, durante los primeros días de la batalla de Argel, recibió la visita de una mujer musulmana que denunciaba a su marido, un rebelde: «De hecho, quería zafarse de él y había puesto sus condiciones: intercambiaría su información por una garantía de su viudedad». Un capitán en la Policía de Seguridad de Sudáfrica, llamado Michael Bellingan, «trató de justificar el asesinato de su esposa en 1991 sobre la base de que ella, supuestamente, iba a filtrar información sobre la Sección de Seguridad» (Gottschalk, 2000, p. 246)[27].

De igual modo, las luchas entre parientes son frecuentes e incluyen tanto disputas como peleas intergeneracionales entre hermanos, primos y familiares políticos. David Stoll (1999) generó una gran cantidad de controversia cuando mostró que la persecución sufrida por la familia de la ganadora del premio Nobel Rigoberta Menchú no fue sólo el resultado de un conflicto de clase que obedeciera a una motivación ideológica, tal como ella había afirmado, sino que era también el resultado de una enemistad entre parientes políticos. Un antropólogo que estudió un pueblo griego señala que «se dice que uno se unía a los comunistas con la intención expresa de matar a un heredero de su padre, rival suyo» (Du Boulay, 1974, p. 239). Lubkemann (2005, p. 498) refiere el caso de un hombre en Mozambique que, después de haber sido un emigrante con éxito, pudo comenzar con varios moli-

rrió", asintió su marido. "La historia es ésa". ¡Qué giro tan grotesco! Viloria estaba haciendo algo más que cumplir órdenes. Se estaba vengando de la mujer que le había dado calabazas. ¡Increíble!» (Sender Barayón, 1989, p. 164).

[27] Joshi (2002, p. 422) cita la denuncia de una mujer que, después de una acusación detallada de su marido por todo tipo de abusos domésticos, concluye: «Y ahora el punto principal: es de orientación izquierdista».

nos; esto causó unos celos intensos por parte de sus hermanos mayores que no habían tenido tanto éxito en sus carreras migratorias. Aun cuando él era simpatizante de la RENAMO y se había desplazado a una zona controlada por los insurgentes, sus hermanos convencieron a las tropas de la RENAMO de que estaba llevando grano a los pueblos y dándoselo a los soldados gubernamentales; como resultado de ello, fue fusilado por las tropas de la RENAMO. La competencia intrafamiliar puede ser particularmente aguda en escenarios de poligamia. En Mozambique, una de las dos esposas más jóvenes de un hombre, a la que entrevistó Lubkemann (2005, p. 498), informó a los soldados del Gobierno de que el hijo de una coesposa rival estaba a punto de meterse en la RENAMO. Como consecuencia de ello, se llevaron a la fuerza a la esposa rival y a sus hijos y al hijo en cuestión se le detuvo y murió más tarde en un interrogatorio.

Las denuncias que surgen a partir de disputas entre vecinos son también muy comunes. Una maldición a destiempo era suficiente para convertir a un mujik en un kulak y para llevarlo luego a un campo de trabajo, en la Rusia revolucionaria (Schnemann, 1999, p. 269). Un campesino argelino recuerda que, tras la conclusión de la guerra, muchos asesinatos de supuestos colaboradores de los franceses fueron, de hecho, consecuencia de los «ajustes de cuentas entre familias que no habían tenido nada que ver con la Guerra de Argelia. Tú me robaste en el pasado una oveja, tú me quitaste una manta [...]» (citado en Faivre, 1994, p. 202). Cuando el SWAPO, la organización rebelde de Namibia, lanzó una campaña de terror entre los refugiados que estaban por todo el mundo, el «miedo a ser denunciado por los enemigos personales o incluso por los vecinos se hizo general en toda la comunidad de exiliados» (Saul y Leys, 1995, p. 56). En su investigación de la guerra civil en la región guatemalteca de Ixil, Stoll (1993, p. 98) descubrió que «muchas de las muertes se dieron por peleas personales, cuando los enemigos de las pequeñas ciudades se denunciaron entre sí como subversivos o informadores del ejército. Se dice que una mujer cobraba dinero a los buscadores de venganza por poner denuncias de sus enemigos al ejército... hasta que el ejército se dio cuenta de lo que ella estaba haciendo y se la llevó también». Un académico americano (Forment, 2000, p. 5) que pasó cerca de dos años viviendo en Ayahualulco en Veracruz, México, en una época de agitación social y de actividad guerrillera, no pudo evitar reparar en estas dinámicas y habló de ellas en la sección de reconocimientos de su tesis doctoral (que trata sobre un tema totalmente diferente): «Ayahualulco no se consideraba, afortunadamente, un punto caliente, aunque también nos alcanzaron las consecuencias de la campaña e hicieron difícil la vida cotidiana y, a veces, hasta arriesgada. Los jefes del PRI llevaron a una caza de brujas contra cualquiera de la región que estuviera contra el

partido gobernante. Amigos y vecinos de algunas comunidades aprovecharon la situación para saldar cuentas familiares, acusándose unos a otros de apoyar o de estar implicados en actividades subversivas».

La rivalidad profesional es otro caso recurrente para la denuncia. Durante la guerra civil española, en el pueblo de Ibieca, en Aragón, un carpintero llamado Joaquín Murillo fue ejecutado por los milicianos anarquistas; su ejecución, según reveló el trabajo de campo de Susan Harding (1984, p. 75), «tenía poco que ver con la guerra o con la revolución, según uno de sus vecinos, que dijo que Murillo fue denunciado por otro carpintero, por rivalidad con él». Una mujer de Madrid decía que «a su padre, que era herrero, ni siquiera le había interesado la política; lo habían ejecutado, insistía ella, porque otro herrero que tenía influencia en la Falange local había querido su negocio» (Kolbert, 2003, p. 66). Eleni Papadaki, una famosa actriz griega que fue ejecutada por los comunistas en diciembre de 1944, fue aparentemente denunciada por una rival de más edad que era la principal actriz teatral hasta que Papadaki la destronó (Gerolymatos, 2004, p. 167). La negación de una promoción hizo que un empleado de aduanas en Irlanda del Norte diera unos informes sobre su jefe que llevaron a su asesinato por parte del IRA (Collins, 1999, p. 21). El gángster Jean Grimaldi fue asesinado por la policía alemana en la Marsella ocupada después de que sus rivales locales engañaran a los alemanes haciéndoles creer que era uno de los líderes de la resistencia (Jankowki, 1989, p. 117). Durante la Revolución cultural en China, muchas personas fueron acusadas de contrarrevolucionarias por colegas suyos, «pero, en realidad, eran el objeto de los celos de sus colegas» (Chan, 1992, p. 328). Un subtipo de rivalidad profesional concierne al deseo de obtener un trabajo. Las dos hijas del alcalde conservador de una ciudad colombiana durante la Violencia eran profesoras de la escuela pública que habían ganado sus nombramientos acusando falsamente a las dos profesoras que había antes de ellas de ser traidoras al partido (Roldán, 2002, p. 215).

A menudo, las denuncias implican el tipo de relaciones que pueden generar mucho desagrado en la vida cotidiana sin dar como resultado la violencia homicida. Por ejemplo, los jueces son a menudo considerados objeto de venganza por aquellos que han sido condenados por ellos (p. e., Thomas, 1986, p. 276). La relación profesor-estudiante es, de igual modo, la fuente de muchas denuncias. Cuando Mao lanzó la Revolución cultural, animó a los estudiantes a ir contra sus profesores. «Prácticamente en cada escuela en China», recuerda Chang (1992, p. 284), «abusaron de los profesores y los golpearon, a veces de forma fatal. Algunos escolares instalaron prisiones en las que los profesores eran torturados»; ella describe encuentros en su escuela en los que los estudiantes golpeaban a sus profesores como enemigos de

clase. Se los «acusaba de todo tipo de crímenes extravagantes; pero en realidad estaban allí porque [...] algunos alumnos tenían rencor contra ellos» (Chang, 1992, p. 293). En Líbano, el comienzo de la guerra civil en 1976 significó que «muchos estudiantes» de la American University of Beirut «comenzaron a hostigar e incluso a amenazar a miembros de la Administración y de la facultad por diferencias en la afiliación política y, de forma más peligrosa, por insatisfacción por las notas que habían tenido» (Mouro, 1999, p. 19). De igual modo, durante la guerra civil en Liberia, uno podía causar la muerte de «el profesor que le había suspendido» (Ellis, 1999, p. 117)[28]. Semejante dinámica aparece en otras situaciones que implican la dinámica de poder cotidiana y la amargura que ellas pueden engendrar. Hugh Thomas cita el caso de un antiguo sacristán que estuvo activo en el bando republicano matando a sacerdotes en 1936 (en 1939, cuando la marea se volvió contra los republicanos, denunció a sus compañeros de asesinatos y se afanó en matar republicanos).

Las denuncias de prestamistas por parte de prestatarios son también muy comunes, como ocurrió en la guerra civil española (Ledesma, 2004, p. 244; Reig Tapia, 1996, p. 580; Thomas, 1986, p. 274). En el pueblo de Qian Foji en China, durante la guerra civil china, un campesino rico volvió a su pueblo, del que había huido cuando un ejército del Kuomintang lo atacó en 1947 e informó a las tropas del Kuomintang de que su tío era miembro del Partido Comunista. Ralph Thaxton (1997, p. 200) señala que previamente «se le había pedido que devolviera el interés a los prestatarios locales, su tío incluido». Un consejero de los Estados Unidos en Vietnam (citado en Moyar, 1997, p. 293) recordaba un caso así: «Un tipo que era una fuente de información sobre el VC libró a su familia de una deuda de tres generaciones. Presentó informes falsos que identificaban como vietcongs a gente a la que su familia debía dinero».

Particularmente perturbadora resulta la observación recurrente sobre la falta de proporción entre la naturaleza de la ofensa y el tamaño de la sanción causada por la denuncia (Gellately, 1997, p. 206; Fitzpatrick, 1997 p. 108; Gellately, 1991, pp. 147-151). Por ejemplo, en el pueblo de Arrow Rock, en el Misuri central, durante la guerra civil americana, una mujer apeló al capitán preboste para que liberara a su marido, que había sido acusado por su cuñado de ser un colaborador de la guerrilla cuando, en realidad, «aquél se enfadó por una liquida-

[28] Los profesores no serán siempre el blanco, aunque, como actores partisanos, sus motivaciones no han sido tan obviamente maliciosas. Un preso musulmán bosnio en un campo de concentración serbio recuerda lo siguiente sobre sus interrogadores: «Mis profesores de ayer eran hoy mis jueces. Por aquel entonces habían decidido qué notas habría de tener; ahora decidían si debería vivir o morir» (Pervanic, 1999, p. 134).

ción y estuvo a punto de llegar a las manos y [...], como era un cobarde, tuvo miedo de que mi marido lo azotara algún día por su abuso; así que pensó que lo mejor que podía hacer era ir a Huntsville y lanzar infundios contra mi marido» (citado en Fellman, 1989, p. 60). Durante la guerra civil rusa, un hombre fue arrestado tras una denuncia provocada por una disputa nimia en torno a su puesto en la cola a la entrada de la Ópera de Moscú (Figes, 1996, p. 643). Un agente del IRA recuerda cómo alguna gente denunciaba a sus vecinos como informadores por asuntos tales como «haber dañado setos, haber abollado coches o haber puesto alta la música» (Collins, 1999, p. 229).

El carácter ubicuo de la denuncia maliciosa resulta coherente con la teoría de la violencia selectiva y especialmente con la noción de violencia conjunta. Más aún, fijar la atención en la dinámica de la denuncia permite una comprensión de la violencia en las guerras civiles como un proceso que tiene lugar *debido a* la aversión humana a emprender violencia homicida; esto se opone a la extendida visión hobbesiana que plantea que la violencia en la guerra civil refleja la naturaleza fundamentalmente violenta de los seres humanos. Por lo general, a la gente le repele la idea de actuar violentamente y, por ello, no lo harán a menos que sea otro quien lleve a cabo los pormenores sangrientos en su defensa. Más que un indicador de la anomia hobbesiana, la violencia relacionada con la denuncia es, al igual que la violencia de las disputas de sangre, un subproducto negativo de los mecanismos de control social; en mayor medida, una excrecencia de la densa interacción social que el resultado de un colapso social aleatorio y de una anarquía caótica; en mayor medida, un indicador de «pasión» y perversa «sobrehumanización», que de deshumanización. La comprensión de la violencia que permite el análisis de la denuncia está también reñida con la visión de Schmitt de la violencia política masiva como el resultado de un odio impersonal del enemigo político. En contraste con esto, la guerra civil parece a menudo oponer a los individuos entre sí no sólo como miembros genéricos de grupos en liza sino también como individuos específicos motivados por una enemistad privada.

Además de ser potencialmente letal, la denuncia es altamente irónica. Ello sugiere que, más que limitarse a politizar la vida privada, la guerra civil funciona también en el sentido opuesto: privatiza la política. La guerra civil a menudo *transforma* conflictos y agravios a menudo triviales y nimios en violencia letal; una vez usada, esta violencia se dotaba de un significado político que se podrá naturalizar instantáneamente en nuevas identidades colectivas. No resulta inusual para los orígenes insignificantes de estas nuevas identidades que se hallen perdidos en la niebla de la memoria o que se reconstruyan con arreglo a la nueva política promovida por la guerra, haciendo muy difícil

su reconstrucción retrospectiva. Esto no habría de evitar que detectásemos su importancia.

4. La cara oscura del capital social: la base social de la denuncia maliciosa

La denuncia maliciosa se relaciona estrechamente con el conflicto interpersonal en contextos de solidaridad «orgánica»: conjuntos sociales a pequeña escala, que se encuentran cara a cara, en los que las personas desarrollan densas interacciones interpersonales, viviendo y trabajando juntos y mostrándose a diario mutua dependencia, rivalidad y amor. Éstos incluyen vecindades, pueblos y pequeñas ciudades, edificios de apartamentos[29], negocios familiares[30] y medios laborales (incluidos departamentos académicos)[31] muy unidos. Sorprendentemente, conjuntos homogéneos en lo étnico e igualitarios en lo social, que carecen de divisiones étnicas, religiosas o de clase profundas, no parecen estar tan en contra de la denuncia como pudiera esperarse[32]. Lo cierto es que la denuncia es a menudo horizontal. Por ejemplo, un motivo recurrente de denuncias, los celos inducidos por la «competencia romántica», depende de un alto grado de igualitarismo social, puesto que la competencia por la misma persona resulta, por lo general, imposible para la gente que pertenece a castas diferentes o a clases rígidamente estratificadas y a grupos étnicos cerrados. Un estudio de 5.422 casos de denuncias en la Alemania nazi muestra que éstas eran, ante todo, horizontales («los denunciantes pertenecían al mismo medio social que los denunciados») más que verticales (los «de condición humilde» denunciando a sus superiores sociales) (en Gellately, 1991, p. 144). De igual modo, la mayoría de la violencia resultado de

[29] Lobbia (1999, p. 49).

[30] Menos de un tercio de los negocios familiares en los Estados Unidos seguirán estando en manos de la familia en la generación siguiente, en parte a causa de los conflictos que surgen cuando los miembros de la familia tienen negocios a medias (Ellin, 2001, p. C1).

[31] Después de que una huelga paralizara British Airways en el verano de 2005, la compañía estableció una línea telefónica confidencial, «animando a los empleados que participaban a identificar a los empleados y a los sindicalistas que habían instigado el paro» (Timmons, 2005, p. C3). Fitzpatrick (1997, p. 108) refiere un caso de la Unión Soviética en el que la mujer de un biólogo denunció a un colega de su marido como un «penoso pigmeo científico, un plagiario y un mero compilador».

[32] Los medios igualitarios pueden existir dentro de sociedades no igualitarias. Considérense, por ejemplo, una aldea de peones peruanos, un pueblo de indios en Guatemala, un grupo de trabajadores de la industria o los presos de un campo de concentración. Desde luego, los conflictos verticales y horizontales pueden coexistir dentro de la misma comunidad. El estudio de Redfield (1989, p. 134) del pueblo de Tepoztlán, en Guatemala, descubrió que «las diferencias entre ricos y pobres llevan a serias antipatías y recelos; y especialmente a que, dentro de muchas familias, haya muchos tipos de frustraciones, sospechas y sufrimientos».

denuncias en la Unión Soviética no se generó entre líneas de clases sino dentro de ellas, por parte de facciones enfrentadas de los koljoses (Fitzpatrick, 1994, p. 254)[33]. Las prisiones y los campos de concentración son medios proclives a la información entre presos (Lloyd, 1999; Overy, 1997, p. 231)[34]. En resumen, la denuncia corre paralela al asesinato común sin voluntad de rapiña, que tiende a ocurrir entre íntimos e iguales.

El nexo entre la denuncia maliciosa y los conjuntos sociales a pequeña escala que viven frente a frente resulta chocante porque tendemos a estimar tales medios positivamente, tal como se refleja en la bibliografía sobre el capital social, entendido en sentido amplio como densas redes de contacto e intercambio social. A este respecto, la práctica de la denuncia puede pensarse como el lado oscuro del capital social. Esta interpretación ayuda a dar sentido a la paradoja de la explosión de violencia en contextos sociales caracterizados por altos niveles de contacto, intercambio e incluso confianza interpersonal (p. e., Finnegan, 1992, p. 99). De hecho, sociólogos, antropólogos e historiadores han percibido durante tiempo que los medios ricos en capital social, incluidos los pueblos pequeños con su «suprema intimidad», pueden nutrir también un conflicto interpersonal menos visible pero no obstante intenso (p. e., Figes, 1996, p. 90; Zulaika, 1988, p. 97). De un modo paralelo, los miembros de la burguesía alemana de mentalidad cívica resultan haber sido particularmente proclives a denunciarse entre sí (Gellately, 1991, p. 146).

De acuerdo con Hans Magnus Enzensberger (1994, p. 12), «el objetivo original de nuestro odio probablemente fue siempre nuestro vecino». Aunque vaga, esta idea señala a dos mecanismos causales clave, ambos en la línea de la «teoría de la comparación social» de Leon Festinger, según la cual los humanos se evalúan a sí mismos no tanto mediante estándares objetivos como mediante la comparación con la gente que los rodea: conjuntos sociales relativamente homogéneos, estrechamente unidos entre sí e igualitarios, pueden ser proclives a altos niveles de denuncia por dos razones distintas: simetría y concentración.

[33] Sin embargo, Fitzpatrick (1997, p. 103) descubrió también que la denuncia entre miembros de una misma familia era rara. Esto, sin embargo, parece excluir a esposas y ex esposas que se denunciaban entre sí tanto en la Rusia prerrevolucionaria (Burds, 1997, p. 66) como en la Unión Soviética (Fitzpatrick, 1997, p. 104).

[34] Bizot (2003, p. 201) describe la situación entre la gente que buscaba refugio de los jemeres rojos en la embajada francesa en Phnom Penh: «En unos pocos días, nuestro campus se había convertido en un caldo de cultivo para los instintos más básicos: robo, celos, egoísmo y agresión. Volvieron a emerger viejas peleas entre clanes y familias sin que nadie supiera a qué se había debido en origen».

Simetría

Después de que la Alianza del Norte apoyada por los Estados Unidos fuera contra los talibanes en 2001, un comandante talibán aceptó rendir sus tropas; sin embargo, cuando reparó en que tendría que entregar sus armas a un comandante de la Alianza Norte que era un compatriota pastún y primo suyo, rehusó a ello. «Él entregaría sus armas a un tayiko» pero no a un pastún. «Eso sería demasiado humillante», informaba Elizabeth Rubin (2001). Este ejemplo sugiere que la igualdad (o la simetría) en el estatus no evita el conflicto interpersonal; más bien, al contrario.

Contextos simétricos fomentan la denuncia por medio de los mecanismos de miedo a la pérdida de estatus y envidia. Las jerarquías sociales en medios simétricos tienden a ser fluidas (la gente se jerarquiza en relación con los otros en términos de gradaciones sutiles) y abiertas a la modificación (a diferencia de las castas o de los estratos rígidos). La competencia por el estatus («prestigio» u «honor») está abierta, y es diaria e intensa; genera humillación, vergüenza y «desprestigio», a menudo vivido como una de las peores cosas que pueden ocurrirle a una persona[35]. Resulta bien conocido que los desafíos al honor se originan a partir de partes de igual rango (Barry O'Neill, 1999) y que las sociedades igualitarias campesinas tienden a asociarse con una cultura del honor (M. Johnson, 2001, p. 67) o del «prestigio», que somete el comportamiento individual a un juicio social constante y severo (Hua y Thireau, 1996). El análisis de conflictos de Martin Yang (1945, pp. 165-172) en una aldea china muestra cómo el desprestigio sólo tiene sentido en el contexto de las relaciones simétricas puesto que los conflictos interpersonales resultan amenazadores entre los iguales:

> Si la persona que insulta es tan sólo un campesino sencillo o uno al que se ha considerado ignorante o mezquino, un hombre cultivado no se verá en absoluto desprestigiado porque la gente diga que el problema viene causado por la ignorancia del campesino y no se trata de

[35] Desprestigio significa ser insultado o ser avergonzado ante un grupo (Yang, 1945, p. 167). Las entrevistas que llevé a cabo en Grecia están llenas de casos de humillación que generaron un deseo de venganza y movieron a una acción, desde la denuncia hasta el alistamiento en el ejército. En una entrevista (I-91), un hombre de derechas que había sido encarcelado por partisanos de izquierdas y que luego luchó contra ellos me dijo de qué modo estuvo a punto de cambiar de bando tras ser humillado por un gendarme: «Si hubiera habido una organización rebelde cerca, en aquel momento», me dijo, «siquiera un rebelde, me habría pasado a ellos. Me habría unido a ellos tan sólo para matar a aquellos gendarmes». En Vietnam, «un individuo tiene un miedo patológico a ofender a otra gente y a desprestigiar»; «el desprestigio a menudo tenía como consecuencia el asesinato o el suicidio» (R. Berman, 1974, pp. 43 y 41).

> la falta del otro y, si este último permanece impermeable al insulto, ganará grandes elogios de los aldeanos por ser demasiado grande como para disputar con una persona mezquina o por ser tan amable como para perdonar la ignorancia del otro. La desigualdad del estatus social puede invalidar el miedo al desprestigio de un modo diferente. Cuando un aldeano sencillo es reprendido o agraviado por un caballero, puede que se resienta, pero no se verá desprestigiado[36].

Dado que los desprestigios personales insignificantes señalan a menudo (o incluso equivalen a) pérdidas de poder social que exigen reparación, estimularán la denuncia cuando surja tal oportunidad.

De forma más general, Georg Simmel (1955, pp. 43-44) señaló que la semejanza alimenta el conflicto intenso y que las personas que tienen muchos rasgos en común a menudo se hacen un mal peor que los que son completamente extraños. Para Simmel, aun el más leve antagonismo entre gente semejante «tiene una importancia relativa bastante distinta de la que hay entre extranjeros que, de partida, cuentan como todo tipo de diferencias mutuas. De ahí que a veces estallen los conflictos de familia entre gente que se halla profundamente de acuerdo». Tanto Donald Horowitz (1985, p. 182) como Michael Ignatieff (1998, pp. 48-53) se inspirarán en el «narcisismo de las diferencias menores» freudiano para explicar el aspecto íntimo de la violencia étnica. Freud partía de la observación de que, en agrupamientos íntimos (amistades, matrimonio, relaciones entre padres e hijos), los sentimientos de hostilidad coexisten con sentimientos de afinidad y llegaba a la conclusión de que, cuanto más cercana era la relación entre grupos humanos, tanto más probable sería que fueran hostiles entre sí. En palabras de Freud (citadas en Ignatieff, 1998, p. 59), «de dos ciudades vecinas, cada una será el rival más celoso de la otra; todo pequeño cantón mira a los otros con desprecio. Razas estrechamente relacionadas se mantienen entre sí a distancia: el del sur de Alemania no puede aguantar al del norte de Alemania, el inglés lanza todo tipo de difamaciones sobre el escocés, el español desprecia al portugués». En la misma línea, Adam Smith (1982, pp. 229-230) recalcaba que «los prejuicios y los odios nacionales rara vez se

[36] Cuando uno de dos catedráticos de igual popularidad es rechazado por el otro en alguna solicitud, añade Yang (1945, pp. 167-172), este último habrá quedado desprestigiado, pero, si un estudiante es tratado de forma semejante por un catedrático, el estudiante no sufrirá desprestigio. Los peores conflictos, señala él, se producen cuando una familia de clase alta es atacada con malas palabras o acciones violentas por otra familia de un estatus social semejante. Al igual que las denuncias, estos ataques conciernen típicamente a lo que consideraríamos asuntos menores: un aldeano revela adrede algún secreto de su vecino antes de un encuentro público o, de forma intencionada, plantea cuestiones difíciles a otra persona en una reunión.

extienden más allá de las naciones vecinas», mientras que, en su análisis de prácticas violentas en la antigua Grecia, André Bernand (1999, p. 273) concluye que, «cuanto más estrecho es el espacio de saqueo y crimen, tanto más fuerte será el odio». El potencial violento de las relaciones simétricas también ha sido subrayado por los estudiosos del conflicto internacional. Escribiendo en 1602, William Fulbecke señalaba que la guerra emerge de «controversias» entre dos «príncipes de igual poder» (en Hale, 1971, p. 7). Recientemente, Roger Gould (2003) demostraba que las disputas interpersonales triviales pueden intensificarse hasta convertirse en violencia cuando impliquen a iguales en relaciones relativamente simétricas a causa de la ambigüedad sobre el rango social relativo.

La envidia es otro mecanismo que hace estallar el conflicto interpersonal en contextos simétricos. La intimidad no impide la envidia. De hecho, las personas a las que más envidiamos tienden a ser aquellas que tenemos más próximas. «Tú envidiarás más a un colega tuyo que gana 1.000 dólares más que tú al año», señala Aaron Ben-Ze'ev, «de lo que envidiarás a un oficial ejecutivo en jefe que gane un millón de dólares más que tú» (en St. John, 2002, p. A7). El psicólogo Daniel Nettle señala que un hombre rico es básicamente cualquiera que gane 100 libras más que el marido de la hermana de su mujer (en Persaud, 2005, p. W3). El comentario de David Hume de que la fuente de envidia y maldad se halla en las comparaciones con los otros (en Frijda, 1994, p. 280), la observación de Alexis de Tocqueville (1933, pp. 185-186) de que la igualdad más grande tiende a producir comparaciones envidiosas (a medida que se hacen más iguales, los individuos encuentran más difícil de soportar su desigualdad decreciente pero fácilmente comparable), y el comentario de Jon Elster (1999) de que la envidia presupone la creencia que «podría haber sido yo», impulsando así el resentimiento…, todos ellos convergen en vincular la simetría relativa y la denuncia por medio de la envidia[37]. Lo cierto es que recientes estudios psicológicos muestran que el bienestar se halla determinado, en gran medida, por con quién se compara la gente a sí misma más que por lo que ella tiene objetivamente y que el grupo de referencia de tal comparación son los iguales, tales como los vecinos, los colegas de trabajo y la familia. Esta idea explica por qué las reuniones escolares provocan todo tipo de instintos competitivos y envidias (Persaud, 2005, p. W3). De la envidia a la denuncia hay sólo un paso, tal como un campesino guatemalteco le dijo a Stoll (1993, p. 143): «Hay mucha *envidia* aquí en Cotzal […]. Así que, si se presentan los guerrilleros,

[37] Esto se refleja en un chiste trillado de la era soviética sobre un campesino que se queja de que su vecino tiene una vaca y él no. «¿Así que tú también quieres una vaca?» «No. Quiero que le quites la suya» (Schmemann, 1999, p. 34).

los envidiosos son capaces de decirles que él es un informador del ejército. O de decirle al ejército que él habló con un guerrillero. Por eso es por lo que aquí ha muerto tanta gente».

Concentración

La concentración hace referencia al denso solapamiento de la interacción social en conjuntos pequeños y cerrados. Tales medios son altamente interdependientes. «Comunidades morales» a pequeña escala caracterizadas por la densidad de los vínculos mutuos combinan la vulnerabilidad (de la competencia interpersonal y la inseguridad asociada) con la dependencia mutua en un contexto caracterizado por la interacción repetida. Mecanismos altamente elaborados de control social, unidos a una completa información sobre el resultado probable de los conflictos, contienen y regulan el conflicto interpersonal (Gilmore, 1987). «Al igual que en cualquier pequeña ciudad», escribe Watanabe (1992, p. ix) sobre el lugar de su trabajo de campo, «la disputas y las enemistades abundaban aunque éstas siguieron teniendo más un sentido personal que político».

La existencia de instituciones que apaciguan los conflictos ha llevado a menudo a los observadores a interpretar como solidarios a estos medios densos (p. e., Petersen, 2001; Skocpol, 1979). No obstante, los antropólogos han señalado su naturaleza fundamentalmente dual: son conflictivos *y* solidarios[38]. Tras describir la intensa violencia intestina de un pueblo vasco que tuvo como resultado un buen número de asesinatos instigados a nivel local, Zulaika (1988, p. 98) lo describe como un lugar en el que él nunca vio «una pelea real o insultos verbales públicos entre dos adultos. Una discusión en voz alta en un bar crea una tensión extrema entre los presentes y, por ello, no gustan en absoluto»[39].

[38] Las dos caras de los medios densos no siempre son captadas por el mismo investigador. Un antropólogo describía a los aldeanos de Tepoztlán, en Guatemala, como «una sociedad relativamente homogénea, aislada, que funcionaba tranquilamente y bien integrada, formada por una gente satisfecha y bien adaptada», pasando por alto los temas de «pobreza, problemas económicos y cismas políticos» y poniendo el énfasis en sus «factores cooperativos y unificadores». Otro antropólogo, no obstante, describió el mismo pueblo de un modo en el que subrayaba «el individualismo subyacente de las instituciones y el carácter de Tepoztecan, la falta de cooperación, la tensión entre los aldeanos dentro del municipio, los cismas dentro del pueblo y la omnipresencia del miedo, la envidia y la desconfianza» (véase Redfield, 1989, p. 134).

[39] Esta dualidad puede verse también durante periodos de conflicto abierto. Zulaika (1988, pp. 96-97) cuenta la historia del secuestro por la ETA vasca de un industrial (vasco) en 1986. Tanto el industrial como uno de los secuestradores eran del mismo pueblo, Itziar. Cuando el industrial fue liberado, el secuestrador local fue asesinado. Aquél extendió sus mejores respetos a la madre de éste, quien correspondió con recuerdos para su esposa. Zulaika

Observadores minuciosos señalan que el alto apego y la lealtad al pueblo de uno coexiste con la sospecha intensificada hacia los miembros que no eran parientes; ese apego profundo e intenso a la familia acompaña a una sospecha mutua y una intensa competencia intrafamiliar, así como a una pronunciada rivalidad entre hermanos[40]; que la centralidad de la amistad en las vidas de la gente no excluye la competencia intensa entre amigos[41], y que una profusión de ideales y mecanismos para evitar el conflicto interpersonal coincide con altos niveles de conflicto interpersonal sobre cuestiones triviales y nimias pero también con una considerable capacidad para superar las profundas heridas que tal conflicto puede causar. En resumen, estos medios tienden a ser simultáneamente tupidos e intensamente competitivos, unificados por fuera y divididos por dentro, «familiares» pero también conflictivos. En su estudio de un pueblo del sur de España, David Gilmore (1987, p. 3) descubrió que por debajo de todas las relaciones de igualdad, en esta comunidad estrechamente unida y con gentes que vivían cara a cara, había una «subestructura emocional intensamente poderosa por lo general oculta [...]. En privado, en las profundidades de sus sentimientos, la familia parecía dispuesta contra la familia y el hombre listo contra el hombre, y la intensidad de la desconfianza y la pasión de la envidia siempre [se hallaban] ocultas misteriosamente bajo el brillante barniz de una ostentosa amabilidad [...]. Este oscuro sustrato de tensión emocional afectaba a la vida de la comunidad en formas poderosas, de un modo tan potente y omnipresente como la polarización de clase y la política».

La concentración provoca conflicto interpersonal mediante dos mecanismos: en primer lugar, el número de interacciones entre los mismos individuos es elevado, de ahí la mayor probabilidad de que emerjan los conflictos y los agravios interpersonales[42]. Los conflictos

señala que «el intercambio fue tan sincero y normal como lo hubiera sido en cualquier situación normal. Durante los días de cautiverio esta "normalidad" se había ensombrecido por los papeles antagónicos a los que habían sido llevados a jugar en un argumento que ninguno de los dos podía controlar por completo, pero ahora eran de nuevo amigables paisanos».

[40] Los antropólogos refieren que, mientras que la solidaridad entre hermanos se pregona a menudo como un ideal por parte de los campesinos mediterráneos, a menudo se ve contradicha directamente por una abierta y violenta animosidad entre hermanos (Gilmore, 1987, p. 43).

[41] Richard Berman (1974, p. 43) señala que, en Vietnam, «las amistades entre hombres son de una cualidad intensa, análoga a una relación amorosa cuyos ideales son la emoción, la lealtad, la solidaridad, la confianza completa, la igualdad y la falta de interés por el estatus. En un sentido muy real, el amigo se convierte en un hermano, en un miembro del grupo primario de uno. Sin embargo, estas amistades son raras en la sociedad vietnamita y, por ello, pueden ser más un deseo fantástico que una realidad». Tal y como un español le dijo a Gilmore (1987, p. 6): «¡Al carajo! Los peores enemigos de todos son los amigos».

[42] Esto es claramente lo que ocurre con familias extensas que combinan muchas unidades familiares bajo el mismo techo. Esta cohabitación «da origen a muchos problemas

en medios densos tienden a ser intensos, según ha sugerido Simmel (1955, pp. 44-45), porque la profundidad de las relaciones entre personas que tienen relaciones íntimas que entran en disputa provoca «no un contacto único, ni una palabra única, ni una actividad o un dolor únicos» que puedan permanecer aislados. No es una coincidencia que el poner motes, la difamación y el chismorreo (al que Roland Barthes [1977, p. 169] llamaba acertadamente «asesinato mediante el lenguaje») prevalezcan en medios sociales densos.

En segundo lugar, los contextos densos conllevan la presencia de una audiencia por cada interacción. Cuanto más alto sea el número y más grande sea la densidad de las interacciones entre los miembros de un grupo, mayor será la oportunidad para que cada uno pueda observar directamente el comportamiento del otro (Gambetta, 1993, p. 168; Hechter, 1987, p. 154). Las opiniones de los iguales acarrean un peso tremendo y a menudo determinan la autoestima. Tal y como señala un aldeano chino, en una aldea, «el prestigio es difícil de obtener. La gente está observándote desde el día de tu nacimiento» (Hua y Thireau, 1996, p. 127). De acuerdo con Yang (1945, pp. 167-168), «la pérdida de prestigio supone ser insultado o ser avergonzado *delante de un grupo* [...]. La cuestión de la pérdida o no del prestigio se basa en la anticipación del efecto sobre una tercera persona o parte. Por ello, las calles del pueblo o las reuniones públicas son lugares en los que uno corre el peligro de perder el prestigio»[43]. Lo cierto es que, tal como Joseph Epstein sugiere (2002), el esnobismo puede ser sólo local; la gente puede divertirse con los excesos del gusto de una estrella del *rock*, pero es implacable con los gustos de su vecino[44]. En resumen,

aparentes o potenciales en la familia, alimentando los celos, la sospecha, el malentendido, el resentimiento y la ansiedad egoísta» (Yang, 1945, p. 239).

[43] Yang (1945, pp. 168-169) plantea que la pérdida del prestigio requiere un nivel intermedio de distancia social. Si el observador de la pérdida de prestigio es íntimo de una o de las dos partes opuestas, la parte derrotada o insultada no sentirá que ha perdido el prestigio o, al menos, el sentimiento será insignificante. El problema se hará más serio cuando la distancia social se extienda por fuera de la familia a la vecindad, al pueblo o incluso más allá. Pero, aparte de una cierta distancia, este factor declina en significado porque la pérdida del prestigio es irrelevante cuando el otro es un completo extraño: «Cuando un hombre vive en una sociedad completamente extraña, no hay problema de prestigio, no importa qué clase de errores pueda hacer porque nadie lo conoce [...]. Ésa es la razón por la que una persona que siempre se comporta bien en su comunidad local puede actuar de forma muy diferente en una gran ciudad». Yang apunta también a factores adicionales tales como la sanción social (algunos temas importan; otros, no), la conciencia del prestigio de uno (cuanto más consciente es uno de su estatus, más fuerte es su miedo al desprestigio) y la edad (la gente de mediana edad es más vulnerable al desprestigio).

[44] Jean-Jacques Rousseau (1964, p. 149) señalaba que los orígenes de la desigualdad han de buscarse en estas interacciones locales: «Cada uno empezaba a mirar a los otros y a querer que lo miraran y la estima pública tenía un valor. Aquel que mejor cantaba o bailaba, el más guapo, el más fuerte, el más hábil o el más elocuente se convertía en aquel al que más consideración se tenía, y ése fue el primer paso hacia la desigualdad y, al mismo tiem-

las comunidades densas cuadran con el adagio español: «Pueblo pequeño, infierno grande».

Resulta claro que los medios igualitarios densos pueden ser, al mismo tiempo, profundamente satisfactorios, en razón de la cercanía humana que generan, y profundamente inquietantes, en razón de la dinámica competitiva que desencadenan. El carácter íntimo de la violencia en las guerras civiles es, en muchas formas, un reflejo fidedigno del carácter de estos contextos. Esta conexión no ha pasado desapercibida para unos pocos observadores atentos que apuntan de forma expresiva a la sorprendente conexión entre chismorreo y violencia. Tal y como señala Fellman (1989, p. 38), «el horror de la guerra de guerrillas [en Misuri] se encontraba, en parte, en que convertía una sociedad rural normalmente llena de disputas, abusos verbales, luchas físicas ocasionales e interminables procesos judiciales en el lugar de la guerra de todos contra todos». Puede que una ilustración ideal de este punto sea el «comité de vigilancia» instaurado en 1863 por los unionistas en el condado de Andrew, en el noroeste de Misuri para determinar qué ciudadanos eran «odiosos» y darles la orden de salir del condado (Fellman, 1989, p. 54). Hart (1999, pp. 314-315) concluye su análisis de la violencia en la Revolución y guerra civil irlandesa de un modo similar:

> Por debajo de la mezcla de pretextos y sospechas, por debajo de su retórica oficial de cortes marciales y condenas, el IRA estaba explotando una veta profunda de prejuicio y chismorreo comunal: sobre mangutas, negras conspiraciones protestantes y masónicas, sucios gitanos y chicos de esquina y mujeres ligeras de cascos, los judíos del número 4 y el burdel del número 30. Esta forma de hablar se hallaba normalmente confinada a *pubs*, cocinas y cruces. Lo que hizo la revolución fue sacarla de detrás de las puertas cerradas y el fisgoneo [...]. La revolución había convertido a estas personas y a sus familias en extraños; y a sus vecinos, en enemigos.

Arendt (1970, p. 55) recalcaba que el terror provoca atomización, que entonces «se mantiene y se intensifica gracias a la ubicuidad del informador, que puede estar literalmente omnipresente porque ya no es tan sólo un agente profesional pagado por la policía sino que potencialmente será cualquier persona con la que uno entra en contacto». Esto es cierto si se toma en consideración que la interacción social densa puede, de forma sorprendente, estar en la base de la atomización y que es muy probable que emerjan informadores en medios sociales densos.

po, hacia el vicio. A partir de estas primeras preferencias, nacieron, por un lado, la vanidad y el desprecio y, por otro, la vergüenza y la envidia; y la fermentación causada por estas nuevas levaduras produjo finalmente compuestos fatales para la felicidad y la inocencia».

La teoría de la violencia selectiva se vería reforzada si generase implicaciones interesantes y plausibles fuera del dominio empírico. En primer lugar, deberíamos poder localizar las prácticas de la denuncia en medios densos, con gentes que se encuentran cara a cara, aun en contextos democráticos pacíficos, puesto que los mecanismos que manejan el suministro de denuncia deberían estar presentes en forma reducida aun cuando la demanda de denuncias fuera baja o marginal. En segundo lugar, deberíamos poder explicar la omnipresencia de la denuncia en regímenes autoritarios de un modo que fuera coherente con la teoría. En tercer lugar, deberíamos poder dar cuenta de la variación en niveles de violencia en diferentes regímenes autoritarios.

La denuncia es una práctica marginal en las democracias, en las que hay fuertes normas contra ella. No obstante, pese a su marginalidad, la denuncia no está ausente. Por ejemplo, cuando el Estado americano de Georgia decidió restringir el riego exterior en la región de 15 condados de Atlanta, el verano de 2000, ello animó a la gente a dar parte de aquellos vecinos culpables de riego ilegal como «criminales del agua» (Firestone, 2000, p. A16). De forma más ominosa, el FBI recibió miles de denuncias después de los ataques del 11 de septiembre (Moss, 2003, p. A1); allá por el 20 de octubre de 2001, había 365.000 pistas y, hacia finales de noviembre, 435.000 (Van Natta, 2001, p. B1; A. Davis *et al.*, 2001, p. A1)... y ellas contenían muchas denuncias maliciosas. De acuerdo con un portavoz del FBI de Chicago, «ahora mismo hay más hombres en la cárcel porque una ex mujer o una ex novia decidieron chivarse de ellos» (en A. Davis *et al.*, 2001, p. A1).

La teoría sugiere una razón adicional para esta relativa escasez: las democracias tienden a emerger en sociedades altamente desarrolladas y urbanizadas que fomentan las vidas atomizadas y las relaciones anónimas. Una implicación adicional evaluable es que áreas pobres, excepcionalmente densas, de escala pequeña, o no atomizadas, en democracias ricas y democracias pobres (que tienen más probabilidades que sus equivalentes ricas de ser rurales) deberían experimentar niveles superiores de denuncia.

La policía confía de forma rutinaria en los «soplos» denunciatorios para resolver y controlar el crimen en las barriadas pobres (p. e., Goldberg, 1999, p. A18). El arresto de cuatro inmigrantes originarios de Oriente Medio, en Evansville, Indiana, tras el 11 de septiembre, «se produjo, según parece, por una pelea entre amantes en la que la mujer le sopló a la policía que uno de los nueve había hablado amenazadoramente de suicidio» (Clines, 2001, p. B7). De igual modo, el arresto de Abdrezak Beseghir, un despachador de equipaje del aeropuerto de París, de origen argelino, al que se encontró con armas y explosivos

en su coche, resultó ser la consecuencia de una trama urdida por su familia política para incriminarlo (Craig Smith, 2003, p. A4). El robo de electricidad en Nueva York es denunciado a menudo por «amantes abandonados, antiguos empleados disgustados y vecinos fisgones» (Urbina, 2004, p. A1). En resumen, la denuncia maliciosa tiene correlación con la intimidad, incluso en las democracias.

A excepción de la denuncia, deberíamos poder observar altos niveles de competencia interpersonal (y, potencialmente, de conflicto) en los medios más simétricos y concentrados. En contraste, los medios sociales atomizados deberían ser menos proclives a la competencia interpersonal. Lo cierto es que un estudio sociológico sobre el suburbio americano concluye que se trata de un contexto social dominado por la «no confrontación, la tolerancia y el evitarse», lo que socava «las disputas, la violencia, la mediación y la adjudicación» (Baumgartner, 1988, p. vi). Con todo, cuando allí tienen lugar disputas, éstas son más probables entre aquellos vecinos de puerta con puerta que interactúan unos con otros (p. e., Shattuck, 2000, p. F1). Por ejemplo, la América de las ciudades pequeñas, donde el solapamiento entre la ordenación para el trabajo y para la vida es mucho más elevada, despliega rasgos más competitivos[45]. Lo mismo resulta cierto para los institutos y los medios de trabajo, en los que abundan tanto la interacción diaria como la competencia interpersonal. Explicando por qué «la más horrible» violencia escolar se ha dado en escuelas homogéneas suburbanas, de clase media, el director de una de esas escuelas en Arizona apuntaba a esta lógica: «En las grandes ciudades, hay muchos lugares en los que los niños hacen relaciones, en los que tienen partes de sus vidas. Ahora bien, en un lugar como éste, somos más o menos todos iguales» (en Lewin, 1999). Aun compuesta por relativos iguales sociales, estas escuelas se dividen en decenas de «pandillas» competitivas que generan una intensa competencia. «Las residencias asistidas» (alternativas caras a las residencias de ancianos) resultan también lugares donde «las amistades son intensas, al igual que las rivalidades. Todos conocen los asuntos de todos los demás» (Jane Gross, 2005, p. 1)[46]. Las disputas entre inquilinos, entre inquilinos y propietarios y entre dueños de apartamentos en la ciudad de Nueva York tienen una reputación por ser particularmente virulentas;

[45] William Glaberson (2001, p. A13) refiere que, «aun en las grandes ciudades, las investigaciones sobre drogas se construyen a menudo sobre la traición. Ahora bien, en una comunidad pequeña como Columbus [Montana], la duplicidad tiene un poder especial, pues esposas, amigos y conocidos de los negocios giraban de continuo unos alrededor de los otros. En un lugar donde casi todos conocen a casi todos los demás, las olas de un gran caso pueden inundar una ciudad entera».

[46] «A excepción del atasco de gente en sillas de ruedas y a pie», observa Jane Gross (2005, p. 1), «el comedor en la residencia asistida de Atria podría ser perfectamente la cafetería de un instituto».

más que, por ejemplo, en Los Ángeles, donde las relaciones sociales tienden a ser menos densas[47]. Los medios profesionales y los lugares de trabajo que conllevan una densa interacción diaria son también notorios por sus malignas relaciones de poder (McGregor Serven, 2002) y por «las longitudes que la gente recorre para sacar retribución por infracciones mundanas» (Urbina, 2005, p. 35), incluida la denuncia real a las autoridades por diversas violaciones reguladoras motivadas por el rencor y la venganza (Rasenberg, 2005). El género especial de libros de autoayuda que dan consejos sobre las relaciones de poder en la oficina incluye uno que lleva el expresivo título de *Caín y Abel en el trabajo [Cain & Abel at Work]*. La malicia juega también un gran papel en los mundos más enrarecidos de la literatura (James, 2003, p. 13) y la academia. Frijda (1994, p. 285) dice que, personalmente, él sabe «de alguien que bloqueó la promoción personal de un hombre porque el amigo de este último, a su modo de ver, lo había ofendido en una ocasión y, más tarde, admitió haber hecho aquello realmente por despecho».

A diferencia de lo que ocurre en las democracias, las denuncias son mucho más comunes en los regímenes autoritarios, en los que la exigencia de información es alta (Jan Gross, 2001; Fitzpatrick y Gellately, 1997)[48]. Los regímenes autoritarios se parecen a las zonas de control total de las guerras civiles: por ello, deberíamos observar tanto altos niveles de denuncia como bajos niveles de violencia. La omnipresencia de las denuncias bajo el autoritarismo se halla bien establecida empíricamente. De hecho, la mayor parte de los estudios sobre la denuncia ha sido producida por especialistas en el autoritarismo. Todos estos estudios señalan su carácter íntimo y malicioso. Escribiendo sobre la Inquisición española, señala Kamen (1998, pp. 175 y 177):

> El miedo puesto en marcha por la Inquisición temprana no puede ser puesto en duda. Pero el miedo al tribunal no era el estímulo principal. Los sistemas de justicia que prevalecían en aquella época en Europa contaban abrumadoramente con la colaboración de la comunidad. Y era el testimonio de la comunidad (es decir, de vecinos, parientes y enemigos) aquel al que más temían los acusados [...]. Partiendo de esta premisa, el miedo a los vecinos, más que el miedo a la Inquisición, era la primera –y constante– inquietud de aquellos que eran denunciados [...]. La inquisición se convirtió en un arma útil para saldar viejas deudas [...]. Los documentos de la Inquisición están repletos de ejemplos en los que los vecinos denunciaban a los vecinos, los amigos denunciaban a los amigos y los miembros de la misma familia se denunciaban entre sí.

Tanto la visión comparativa de conjunto de la denuncia en las modernas dictaduras europeas de Fitzpatrick y Gellately (1997) como el estudio de Jan Gross (1988, pp. 118-119) de la ocupación soviética de la Ucrania occidental y de la Bielorrusia occidental en 1939 ponen el énfasis en rasgos semejantes. Tan pronto como Alemania cayó bajo los nazis, señala Gellately (1991, p. 139), «tipos nazis sacaron partido de la nueva situación para ajustar cuentas con antiguos enemigos, y los ciudadanos "ordinarios" no dejaron pasar la ocasión de sacar partido de sus competidores en los negocios mediante alegaciones que llevaban al arresto y al internamiento». Se estima que, durante la ocupación alemana, los franceses escribieron entre tres y cinco millones de cartas de denuncias no solicitadas, la mayor parte de ellas firmadas, mientras que la Stasi confió en la información proporcionada por millones de «ciudadanos ordinarios» que no eran miembros de la policía secreta pero que colaboraban regularmente (Fitzpatrick y Gellately, 1997).

La práctica de la denuncia bajo el autoritarismo socava, además, la idea de que la polarización impersonal forma una base necesaria para la violencia íntima en las guerras civiles. Lo cierto es que la politización de la vida, tal como ocurre bajo formas extremas de autoritarismo, tiene como resultado la privatización de la política. Esto no ocurre porque a todo el mundo le entren las pasiones políticas sino, más bien, porque la politización extrema de la vida crea oportunidades para usar la denuncia para beneficios personales. Fitzpatrick y Gellately (1997, p. 11) enfatizan este punto:

> Dado el excepcional deseo que tiene el Estado totalitario de recibir denuncias de sus ciudadanos y de actuar sobre ellos, los formidables poderes de ese Estado se ponían, en efecto, a disposición de los ciudadanos individuales. Si tienes un enemigo privado, ¿por qué no denunciarlo a la policía por judío o trotskista? Entonces, la Gestapo o la NKVD se lo llevarían a un campo de concentración y tu problema estaría resuelto [...]. Este tipo de denuncia manipuladora era extremadamente común en ambas sociedades. Los enemigos de clase eran denunciados en la Unión Soviética de Stalin por vecinos que envidia-

---

[47] Se informa de que el mercado caliente de las viviendas de alquiler ha lanzado a los propietarios de edificios de alquiler regulado de Nueva York a que «sigan los rastros en papel de los inquilinos, contratando a investigadores privados para grabar sus entradas y salidas, llegando incluso a hacer tratos con los vecinos para que unos se espíen a otros». Si un dueño cree que un inquilino no está viviendo en un apartamento como su primera residencia o lo está subalquilando, puede ser desalojado. Tal y como señaló el presidente del mayor *lobby* de propietarios de la ciudad: «Las recompensas son mucho más altas no sólo por culpa del mercado sino por culpa de la tolerancia a que los pisos estén vacíos. Si puedes probar tu caso, vas a sacar tajada». Véase Lobbia (1999, p. 49).

[48] La violencia, a menudo, se produce conjuntamente en el contexto de disturbios, terror de Estado y genocidio. En Sri Lanka, los disturbios antitamiles «les dieron a algunos hombres de negocios de Sinhala la oportunidad de aniquilar a sus competidores, permitieron a algunos terratenientes zafarse de terratenientes indeseados, etc.» (Tambiah, 1996, p. 97). Una evidencia semejante ha surgido en Ruanda (Straus, 2004; André y Platteau, 1998).

ban sus apartamentos; los judíos eran denunciados por vecinos, en la Alemania nazi, con el mismo propósito y con un éxito semejante.

Jan Gross (2001, p. 4) señala que la esencia de los regímenes que animaban a la denuncia y se desarrollaban a gusto en ella era la «institucionalización del resentimiento». En su estudio de la ocupación soviética del oeste de Ucrania y del oeste de Bielorrusia en 1939, Gross (1988, pp. 117-120) descubrió que el aparato del nuevo poder estaba «motivado por intereses *particulares*, como vengar agravios personales, saciar el hambre o satisfacer la codicia». Su descripción de la ocupación es muy expresiva: «Las autoridades soviéticas dirigían búsquedas y arrestos [...] directamente, en respuesta a denuncias de vecinos que tenían cuentas particulares que saldar»; «acusaciones, denuncias y animosidades personales podían llevar al arresto en cualquier momento. Se animaba de forma oficial a la gente a aportar acusaciones y denuncias»; «quienquiera que tuviera un rencor contra algún otro, un viejo odio de sangre, que tuviera a otro entre ceja y ceja, contaba con un escenario para mostrar sus habilidades y tenía un oído dispuesto, deseoso de escuchar». Él describe este proceso como análogo a la privatización de los instrumentos de coerción y del Estado mismo, que «se franquiciaba, por así decirlo, a los individuos locales que se valían de su poder para perseguir sus intereses privados y ajustar cuentas; la persecución de intereses privados se volvió el principal método de realización de los deberes oficiales y de establecimiento de la autoridad». Jun Jing (1996, p. 87) muestra cómo, durante la Revolución cultural china, la intimidad de la violencia resultó de entremezclar intereses políticos y privados:

> Una característica notable de las campañas maoístas que hicieron estragos en el campo chino fue el estrecho vínculo entre las víctimas políticas y los que las atormentaban. La sociedad rural no era un universo pasivo mecido indefenso por las campañas políticas lanzadas desde arriba. Lo que las campañas políticas hicieron fue abrir la caja de Pandora, empujando a los agentes del Estado locales a la caza de objetivos concretos en los niveles básicos, en busca de la «revolución perpetua» imaginada por Mao. En el centro de miles de pueblos, estaban los colaboradores locales tratando de manipular estas campañas en beneficio propio. En muchos casos, les motivaba una vieja hostilidad entre individuos, familias o facciones locales. Frecuentemente sus víctimas eran vecinos, compañeros de juegos de la infancia o incluso parientes inmediatos por sangre o matrimonio.

De igual modo, Jung Chang (1992, pp. 495-496) sitúa la fuente de buena parte de la violencia perpetrada durante la Revolución cultural en la movilización de envidia y resentimiento de Mao. Los comités locales «contenían, por lo general, a hombres retirados y viejas madres de familia y algunos de ellos se hicieron célebres por vigilar los asuntos de otras personas y sacar partido de su posición» (Chang, 1992, p. 265). En la historia de su familia, ella muestra de forma elocuente cómo la politización de la vida privada llevará, en último término, a la privatización de la política (1992, pp. 134 y 184):

> Los comunistas se habían embarcado en una reorganización radical no sólo de las instituciones sino de las vidas de la gente, en especial de las vidas de aquellos que se «habían unido a la revolución». La idea era que todo lo personal era político; de hecho, en lo sucesivo, no se daba por supuesto que nada pudiera ser considerado como «personal» o privado. El rencor se validaba siendo etiquetado de «político» y los mítines se convirtieron en el foro en el que los comunistas canalizaban todo tipo de odios personales [...]. En cada campaña, todos los que entraban en la categoría que había sido designada por Pekín como el blanco cayeron bajo algún grado de vigilancia, la mayoría por sus compañeros de trabajo y vecinos más que por la policía. Ésta fue la invención clave de Mao: implicar a la población entera en la maquinaria del control. Pocos malhechores, de acuerdo con los criterios del régimen, podían escapar a los ojos vigilantes del pueblo, especialmente en una sociedad con una mentalidad de conserje entrado en años. Ahora bien, la «eficiencia» se adquirió a un precio tremendo: dado que las campañas operaban sobre criterios muy vagos y a causa de las *vendettas* personales y hasta del chismorreo, muchas personas inocentes fueron condenadas[49].

Finalmente, la teoría sugiere, a su vez, una implicación verificable que dará cuenta de la variación en los niveles de violencia conjunta a través de los regímenes autoritarios: la espiralización de la violencia masiva puede estar causada por la competencia entre varias instituciones que piden denuncias. Si estas instituciones se controlan entre sí, entonces esta violencia debería ser baja (imitando la lógica de mutua disuasión que prevalece en la zona 3). No obstante, si estas instituciones pueden competir unas contra otras por las denuncias (en una situación que imite las zonas 2 y 4), habríamos de observar una espiral de violencia. Las descripciones del terror masivo en la Unión Soviética y en China sugieren que ésta es una hipótesis plausible.

[49] Chang (1992, p. 173) ofrece el siguiente ejemplo personal: «Mi madre estaba también horrorizada de oír que mi abuela había sido denunciada... por su propia cuñada, la esposa de Yu-lin. Hacía mucho tiempo que se sentía incómoda con mi abuela pues le tocaba hacer el trabajo duro de la casa, mientras mi abuela la gobernaba como su dueña. Los comunistas habían instado a todo el mundo a hablar en términos de "opresión y explotación", así que a los rencores de la señora Yu-lin se les dio un encuadre político».

6. Conclusión

Un checheno recordaba su experiencia en la guerra de Chechenia en los términos siguientes: «Yo empecé a entender que la guerra no siempre nos viene de fuera. La guerra, la muerte, la ruina..., todos esos horrores se hallan justo bajo nuestros pies, tan cerca de nosotros que un hombre puede hundirse en este abismo en cualquier momento [...]. Todos nosotros caminamos, por así decirlo, sobre una fina costra y, en cualquier momento, podríamos sumergirnos hasta las profundidades» (en Tishkov, 2004, p. 145). Esta afirmación ofrece una adecuada conclusión a este capítulo, pues la violencia íntima en las guerras civiles, tal como he sugerido, está relacionada con las disputas interpersonales y locales (está «justo bajo nuestros pies, tan cerca de nosotros [...]») más que con un odio impersonal abstracto. Con todo, esta afirmación habría de interpretarse menos como una mera confirmación de la visión hobbesiana de la naturaleza humana como fundamentalmente violenta bajo condiciones de inseguridad y más como una observación sobre el poder de la práctica de la denuncia tal como la estimula la competencia interpersonal. Con todo, la violencia íntima señala menos un proceso de politización de la vida individual y más un proceso generalizado de privatización de la política; menos una transgresión de los vínculos sociales y más su expresión plena, aunque perversa. El mecanismo clave que sugiere la teoría es la denuncia maliciosa. La evidencia de la denuncia maliciosa en medios simétricos y concentrados socava, además, la idea de violencia íntima como resultado exclusivo de divisiones profundas, aunque tal violencia pueda, eventualmente, transformar los odios interpersonales en impersonales.

Este capítulo ha ofrecido un informe teórico de la naturaleza y las causas de la violencia íntima en las guerras civiles, derivado de la teoría de la violencia selectiva y con su foco en la producción conjunta de la violencia. Este informe ayudará a resolver un rompecabezas clave: se supone que la violencia política se encuentra en el polo opuesto exacto de la violencia criminal, aunque ambas comparten un rasgo común decisivo: la intimidad. Al hacer esto, este capítulo reconcilia dos programas de investigación separados que hace mucho que se perciben como incompatibles entre sí: uno se centra en la violencia interpersonal a pequeña escala (ejemplificado por Gould, 2003) y el otro se centra en la violencia política a gran escala. Aludiendo a un proceso a través del cual los grandes temas del conflicto y de la dinámica real sobre el terreno conectan entre sí (o no consiguen hacerlo), este capítulo sienta también las bases para el capítulo siguiente y último, que elaborará las implicaciones teóricas de esta disyunción.

XI

DIVISIÓN Y AGENCIA

Se trata de una guerra complicada.
William Finnegan, *A Complicated War.*

Ninguna de las partes actuó por principios. Era la vieja historia de yo-soy-tú y tú-eres-yo..., una rivalidad desnuda por el botín de la oficina local. Entre facciones, en algunas municipalidades, había existido una larga enemistad. Tan sólo podía esperarse que, si la facción que estaba en la oficina se encontraba en el bando de la colaboración, la facción que estaba fuera de la oficina condenaría en voz alta a su adversario y proclamaría su devoción a la resistencia.
Elmer Lear, *The Japanese Occupation of the Philippines, Leyte, 1941-1945.*

Hasta este punto, me he centrado en cómo los actores armados usan la violencia como instrumento de coerción. Aunque la violencia tiene como primer objetivo el disuadir de la defección, también sirve para fines adicionales y genera algunos efectos externos. En este capítulo, exploraré una dimensión adicional de la violencia: su papel como recurso para la movilización a nivel local. Examinar de qué forma, en el centro, los actores se hallan ligados a la acción sobre el terreno y de qué forma se conectan las divisiones, tal como se expresan en el discurso a nivel nacional, con conflictos locales que a menudo tienen poco en común con ellos, sacará a relucir algunas implicaciones importantes para nuestra comprensión general de las guerras civiles.

Comenzaré con un rompecabezas al que se alude con frecuencia pero que suele comprenderse bastante mal: los conflictos y la violencia «sobre el terreno» a menudo parecen tener más relación con temas locales que con la «división fundamental» que genera la guerra civil a nivel nacional. Esto ocurre pese al hecho de que las divisiones locales a menudo se encuentren enmarcadas en la terminología discursiva de la división fundamental. Esta disyunción suscita la cuestión de la

agencia para una diversidad de procesos que ocurren en las guerras civiles. ¿Descansa la agencia –para el reclutamiento, para la violencia, para la formación de la identidad, para cada uno de los otros procesos que acompañan y contribuyen al cataclismo de la guerra civil–, ante todo, en la esfera privada o en la esfera pública?

Una idea clave para la discusión de la denuncia en el capítulo previo es que los individuos y las comunidades locales implicados en la guerra tienden a sacar partido de la situación imperante para saldar conflictos privados y locales cuya relación con las grandes causas de la guerra o con los objetivos de los beligerantes es a menudo tenue. En circunstancias normales, estos conflictos se regulan y no acaban en un conflicto violento. Difícilmente pensaremos que tengan conexión alguna con la violencia política en general ni con la guerra civil en particular. Esta disyunción podrá elucidarse una vez que se reconozca que los lugares de la agencia engendrados por la guerra civil son intrínsecamente múltiples; de ahí la confusa diversidad y ambigüedad de motivos e identidades que se observan. En otras palabras, la fusión y la interacción entre dinámica en el centro y en la periferia son fundamentales más que incidentales en la guerra civil, una cuestión de esencia más que de ruido.

La teoría de la violencia selectiva a través de esta idea sobre la producción conjunta de la violencia ofrece una clave que falta entre las esferas pública y privada y entre las divisiones fundamentales y las divisiones locales. La guerra civil puede analizarse como un proceso que transforma la búsqueda de victoria y poder de los actores políticos y la búsqueda de beneficio personal y local de los actores locales o individuales en un proceso conjunto de violencia. Este libro propone, como una implicación de la teoría de la violencia selectiva, una base alternativa para la conexión entre la elite y la dinámica sobre el terreno: *la alianza*. La alianza conlleva una transacción entre actores supralocales y locales mediante la cual aquéllos les dotan a éstos de un músculo externo, permitiéndoles así sacar un decisivo provecho local; a cambio de esto, los actores supralocales reclutan y motivan a los seguidores a nivel local. Vista desde esta perspectiva, la violencia es un beneficio selectivo clave que produce acción colectiva y apoyo sobre el terreno. Ello tendrá como consecuencia algunas implicaciones teóricas.

En primer lugar, el sitio de la agencia en la guerra civil se sitúa simultáneamente en diferentes niveles de agregación: el centro, la región, el pueblo, etc. En segundo lugar, las etiquetas de identidad deberían tratarse con precaución: los actores en la guerra civil no pueden ser tratados como si fueran unitarios. Las etiquetas acuñadas en el centro pueden resultar engañosas cuando se generalizan hasta el nivel local; de ahí que las motivaciones individuales no puedan inferirse a partir de la identidad de grupo. En tercer lugar, la asunción de la intercambiabilidad individual que subyace al concepto de «conflicto de grupo» y de «violencia colectiva» debería tratarse como una variable más que como una constante. Finalmente, la teoría implica que los debates sobre la causa «auténtica» o el tipo de una guerra civil puedan ser, en último término, irresolubles y contraproducentes. En suma, el estudio de las guerras civiles requiere una especificación clara del nivel de análisis y, en último término, deberá integrar todos los niveles. Sólo una especificación como ésta respetará la complejidad del fenómeno mientras lo hace teórica y empíricamente tratable. En pocas palabras, el puente entre las empresas conceptuales y positivas esbozadas en la introducción descansa en la adecuada desagregación conceptual del proceso de la guerra civil.

Centrarse en las divisiones locales completa y extiende la teoría de la violencia selectiva especificando plenamente la lógica de la participación local en la producción de violencia; ello sugiere también la importancia de las divisiones locales para los procesos más generales de colapso estatal y formación del Estado.

1. Centro y periferia

Por lo general, las guerras civiles se describen, se clasifican y se entienden sobre la base de lo que se percibe que es su dimensión de división global: así, hablamos de guerras ideológicas, étnicas, religiosas o de clase y designamos a los actores políticos en las guerras civiles como actores étnicos, la violencia de las guerras étnicas como violencia étnica, etc. Con todo, este encuadre resulta ser mucho más complicado de lo que parece. ¿Qué son los insurgentes en Iraq? ¿Activistas del Partido Baaz, separatistas sunníes, yihadistas islámicos o nacionalistas iraquíes? ¿Qué fueron los enfrentamientos entre dayaks, malayos y madureses en el Kalimantan occidental indonesio? ¿Enfrentamientos religiosos o étnicos? (Davidson, 2003) ¿Qué fue la guerra civil argelina? ¿Religiosa o de clase? (Freeman, 1994, p. 14) ¿Están los soldados amotinados rebeldes de Costa de Marfil hambrientos de poder? ¿Son, tal vez, campeones de un sector marginado de la sociedad? ¿O son mercenarios extranjeros pagados por rivales regionales del país? (Wax, 2002, p. 30) ¿Fueron los afganos que se levantaron contra la ocupación soviética, como parecía, una «horda monolítica de luchadores por la libertad» o un puñado de milicias étnicas y tribales movidas por la codicia y el poder? (Bearak, 1999b) ¿Quiénes son los talibanes? ¿Hombres de tribus pastunes disfrazados de fundamentalistas islámicos o fundamentalistas islámicos que da la casualidad que son pastunes? ¿Son los chechenos nacionalistas rebeldes, islamistas, terroristas transnacionales o criminales comunes? ¿Es

la guerra en Chechenia un conflicto secesionista, una guerra religiosa o algo mucho más complicado como un «laberinto de rivalidades clánicas, odios étnicos y deudas de sangre»? (Mydans, 2003, p. A6) ¿Y quién era Jesse James? ¿Un criminal común o el último rebelde de la guerra civil americana? (Stiles, 2002).

Clasificar las guerras civiles lo lleva a uno a sentirse a menudo como sacando unas muñecas rusas del interior de otras: una capa de interpretación cede el paso a otra en la búsqueda, interminable e irresoluble, de una naturaleza «real» que presumiblemente yace oculta abajo del todo. Así, se afirma a menudo que una guerra civil ideológica es, en realidad, étnica o que una guerra étnica es, en realidad, por codicia y para obtener botín, etc. Esto no es una corriente reciente. Escribiendo en 1623, Emeric Crucé señalaba que, a las causas puramente seculares de la guerra, «podría añadirse la religión, si la experiencia no hubiera hecho saber que ésta sirve, casi siempre, como un pretexto» (en Hale, 1971, p. 9).

A causa del dominio analítico de las divisiones a nivel nacional, las dinámicas más básicas se perciben a menudo como sus manifestaciones locales. De igual modo, los actores locales se ven solamente como réplicas locales de los actores centrales. Como resultado de esto, la dinámica y los actores locales tienden a ser dejados de lado. No obstante, las descripciones de las guerras civiles sobre-el-terreno dan cuenta, por lo general, de un mundo que suscita perplejidad y confusión, que conlleva una mezcla de todo tipo de motivos que hace difícil vincular con claridad las fuerzas que conducen la violencia sobre el terreno a los motivos y los fines que se han afirmado para la guerra. Tales descripciones sugieren que, a menudo, existe una disyunción real entre asuntos, identidades y motivos en los niveles local y nacional. Un examen de los informes presentados por observadores de las elecciones en Grecia, en 1946, produce un sentido constante y permanente de confusión sobre los verdaderos motivos de la violencia y sobre la mezcla mistificadora de elementos políticos, locales y personales:

> Sería difícil determinar si estos [asesinatos] eran de naturaleza puramente política o si tenían el carácter de un odio de sangre. Un incidente que tuvo lugar en Verria y que me llamó la atención era de este último tipo.
>
> Con bastante frecuencia, la razón que hay tras el incidente es personal más que política, pero, en algunos de los incidentes, las líneas del partido se siguen claramente. Buena parte de los malos sentimientos personales son un resultado de la conducta de miembros del ELAS durante la guerra civil y, dado que muchos de estos hombres del ELAS son ahora miembros de la coalición EAM, los realistas se están valiendo de su posición en el poder para descargar sus sentimientos sobre estos miembros del EAM.
>
> En algunos casos, estas *vendettas* familiares se remontan incluso más atrás de los incidentes de 1944-1945. En al menos un caso, una lucha reciente tuvo su causa en un asesinato que ocurrió como resultado de una disputa amorosa en 1942. A veces, ocurre también que las luchas han sido provocadas por mujeres cuyos maridos fueron asesinados por el ELAS. Aunque estas mujeres no tengan ningún interés político real, sus odios de sangre se sacan de forma irresistible a la arena política en virtud de su condición de viudas de derechistas. Resulta extremadamente difícil trazar la línea divisoria entre las *vendettas* familiares y las persecuciones políticas.
>
> Muchos casos tienen más que ver con los odios de sangre que con la política.
>
> Hubo estallidos de violencia en diversas partes del distrito durante el periodo de observación. En la isla de Cefalonia, al menos ocho personas fueron asesinadas por un grupo de *banditi* derechistas. Hubo ataques a los miembros del EAM que fueron total o parcialmente políticos en muchos pueblos durante el mes que precedió a las elecciones. En el extremo norte, donde hay pueblos de sentimiento favorable al EAM, hubo ataques a la derecha perpetrados por la izquierda. A lo largo de la historia, toda esta región ha recurrido a la violencia de forma ocasional y, mientras que durante los años recientes esta violencia ha tendido a dibujar una línea entre los partidos políticos, buena parte de ella tiene, en realidad, el carácter de un odio de sangre o de una *vendetta* […]. Acostumbrados, como están, a la institución del odio de sangre o la *vendetta*, los aldeanos, en su gran mayoría, están decididos no sólo a evitar una vuelta a los horrores de 1943 y 1944 sino también a vengarse ellos mismos en los líderes del ELAS, a los que consideran responsables de los excesos[1].

Los informes narrativos de las guerras civiles que son sensibles a esta proliferación de motivos apuntan a un proceso mediante el cual lo nacional resulta a menudo subvertido por lo local. Como muchos

[1] Respectivamente: «Unofficial Observations Made on a Visit to Salonika», 14 March 1946, AMFOGE I, Districts Boards; «Joint Report on Khalkidhiki», 28 March 1946, AMFOGE I, Complaints and Investigations; «Memorandum from District Board, Salonika to Central Board, Athens», 29 March 1946, AMFOGE I, Complaints and Investigations; «Daily Summary of Reports and Observations, from District No. 5 to Central Board», 30 March, 1946, AMFOGE I, District Boards; «Report for District No. 4, Patras», AMFOGE I, District Boards.

otros lugares, la ocupación de las Filipinas por los japoneses durante la Segunda Guerra Mundial generó tanto un movimiento de resistencia como una guerra civil, pues algunos filipinos se unieron a los japoneses. En su investigación sobre los visayas occidentales, Alfred McCoy (1980) descubrió que, aunque el país sufrió sucesivos cambios políticos radicales entre 1941 y 1946 (que incluyeron una democracia dependiente de los Estados Unidos, una administración militar japonesa y una independencia nacional), los líderes políticos provinciales y municipales siguieron peleando en luchas parroquiales de facciones con sus rivales locales. Las facciones en liza de la región, señalará él, no eran insensibles a los acontecimientos más amplios que emanaban de Manila y más allá; de hecho, se adaptaron rápidamente a cada régimen sucesivo en un esfuerzo por usar sus recursos en beneficio propio y en detrimento de sus rivales: los directores de vestuario y de reparto cambiaban de continuo, pero los actores y el diálogo seguían siendo los mismos. Mientras que el contexto cambiaba y las facciones y sus alianzas se escindían y se realineaban, los rivales siguieron estando en constante oposición diametral y, de este modo, definían el significado de las etiquetas de partido, cada vez más nominales, o de categorías tales como «guerrillero» o «colaboracionista». La violencia del conflicto se relacionaba directamente con estos conflictos entre iguales. La detallada investigación de McCoy del asesinato de ocho hombres importantes en la provincia de Iloilo en 1942 reveló que, sin excepción, cada uno de estos asesinatos se originó en conflictos electorales anteriores a la guerra entre facciones municipales rivales por el control de puestos de alcalde o de concejal. Aquél concluye con que las disputas de facciones de la época de la guerra en Iloilo no fueron impuestas desde arriba sino que saltaron de forma espontánea desde el nivel inferior del sistema político provincial. La investigación de Elmer Lear (1961) en la isla de Leyte confirma esta conclusión; él descubrió que los guerrilleros filipinos reclutaban sus seguidores en la facción política que había perdido las últimas elecciones antes de la guerra, mientras que los ganadores fueron mandados a servir a los ocupantes japoneses.

A menos que uno se vea tentado a dejar de lado este ejemplo como menor o marginal, considérese la forma en la que se articuló la Revolución francesa fuera de París. Resultará que las divisiones que dan cuenta de este conflicto idelógico clásico eran, a menudo, altamente locales. Como señala Colin Lucas (1983), la Revolución ofreció un lenguaje para la expresión de todo tipo de conflictos. Por ejemplo, la reorganización espacial de las provincias del Antiguo Régimen en una jerarquía moderna de regiones administrativas llevó a una lucha sin paralelo entre ciudades. Ted Margadant (1992) muestra que, por debajo de la cambiante retórica política del periodo, uno podía encontrar un conflicto entre dos ciudades rivales: la más pequeña contra la más grande, la administrativa contra la comercial, las capitales de departamento contra las ciudades remotas; en resumen, los intereses parroquiales plasmados sobre las divisiones nacionales. Entre los seguidores más incondicionales de la Revolución francesa en las provincias estuvieron los líderes de ciudades de tamaño pequeño o mediano, que se apropiaron instrumentalmente de conceptos tales como la igualdad y de ideas tales como el odio a la aristocracia para obtener privilegios administrativos para sus ciudades, incluida su designación como sedes de distrito. Margadant muestra cómo el examen de esta competencia explica los alineamientos políticos durante la Revolución mejor que las diferencias de clase. Richard Cobb (1972, p. 123) ofrece la instantánea siguiente de la formación de alianzas durante la Revolución francesa:

> Era una cuestión de suerte, de grupos de poder locales, de dónde estaba uno en la cola, de en qué punto se habían satisfecho las ambiciones, de cómo saltar por encima de aquellos que están en el frente. Aquí es donde los acontecimientos externos podrían explotarse con facilidad; las etiquetas políticas parisinas, si se pegaban en las espaldas provincianas, podían significar algo bastante diferente [...]. Las etiquetas podrían incluso no venir de París; podrían hasta tener un origen más local. En el Loira, el «federalismo» fue traído de fuera por grupos de gente armada que venía a caballo desde Lyon. Ahora bien, la experiencia del «federalismo» y la subsiguiente represión dirigida contra los que habían colaborado con él le permitió a un grupo de poder, de casi exactamente la misma posición y riqueza, echar a otro en aquellas ciudades que se habían visto afectadas por la crisis.

Las mismas impresiones se reflejan en la descripción de Guatemala hecha por David Stoll (1993, p. 259) y en la descripción de Mozambique hecha por William Finnegan (1992, pp. 71 y 214):

> Cuando los extranjeros miran al país Ixil, tienden a verlo en términos de lucha política entre la izquierda y la derecha. Ahora bien, para la mayoría de los nebajenos, éstas son categorías impuestas por fuerzas externas sobre una situación que ellos perciben de un modo bastante distinto. Las divisiones de clase y étnicas que a los de fuera les parecen obvias, para los nebajenos, están atravesadas por vínculos familiares y comunitarios. A causa de la riqueza de su conocimiento local, los nebajenos son conscientes en su foro interno de la opacidad y la confusión de la política local, en mucha mayor medida que los intérpretes que vienen de fuera [...]. Lo que a los observadores cosmopolitas les parecen consecuencias claras de desarrollos nacionales e

internacionales, a la gente local les resultan envueltas en toda la ambigüedad de la vida local[2].

> Supe de una zona en la que el patrón de alianzas era un tablero de damas: cada clan eligió trabajar con el bando que no había escogido su vecino más próximo y rival tradicional, para estar armados contra ese rival. Las rivalidades regionales más amplias y las rivalidades étnicas entraron en juego de forma inevitable, al igual que las disputas intrafamiliares más pequeñas y esta espiral de lucha en aumento tan sólo consiguió engrosar las filas de la Renamo […]. La amenaza que pendía sobre [la ciudad de] Ribangue [por los rebeldes Renamo] sonaba como una querella de sangre familiar de los apalaches o como la lucha de bandas de una gran ciudad.

De este modo, el reciente descubrimiento periodístico de que Afganistán es «un mundo en el que las rivalidades locales y los objetivos globales parecen alimentarse entre sí» y en el que «la política es intensamente local, con muchos señores de la guerra pasándose de un bando a otro en alianzas de conveniencia que han variado con las suertes cambiantes de los veintidós años de guerra, que comenzaron con la invasión soviética en 1979»[3], no es exclusivo de Afganistán sino, más bien, el ejemplo más reciente de un patrón recurrente. Por ejemplo, escribiendo sobre la guerra civil en una comarca china, Keith Shoppa (2001, p. 175) concluye que, «mientras que las luchas en la comarca de Shaoxing podrían verse como una guerra civil, que enfrentaba a los japoneses y sus tropas-marioneta contra las tropas Kuomintang y los comunistas, en realidad, no había una demarcación fuerte entre los "bandos": se formaban frentes unidos, se desintegraban y se volvían a formar de nuevo entre las fuerzas que presumiblemente eran antagónicas». De igual modo, Lubkeman (2005) muestra de qué modo la violencia de los tiempos de guerra «se hallaba configurada de un modo significativo por tensiones a nivel local y por objetivos micropolíticos, definidos y operativos a nivel comunitario e incluso a nivel familiar». Este autor demuestra de qué forma los habitantes del distrito que estudiaba «se las arreglaron para apropiarse de los medios de violencia del Gobierno y de los insurgentes […] en busca de luchas sociales locales cuyas dinámicas se definían por una lógica culturalmente distinta. Por lo general», concluirá él, «estos objetivos micropolíticos no guardarán relación alguna con la lucha por el poder estatal».

Los actores que operan a nivel nacional a menudo entienden mal esta dinámica. Los revolucionarios parisinos, o bien fracasaron a la hora de comprender las complejas dinámicas de la guerra civil que estalló en el sur de Francia en 1790-1791 entre las ciudades de Aviñón y Carpentras, que tenían que ver menos con ideas y programas que con el ajuste de cuentas local, o bien no quisieron reconocerlas. Robespierre, por ejemplo, no dudó en encuadrar el conflicto en las líneas de la división nacional (J.-C. Martin, 1998, pp. 95-96 y 121; Skinner, 1995, p. 143).

La ambigüedad inherente a las dinámicas a nivel local es paralela en muchos sentidos a la distinción entre estructuras «objetivas» y acciones «subjetivas»[4]. En este sentido, las evidencias anecdóticas de una amplia variedad de guerras civiles son impresionantes; lo cierto es que apenas sería exagerado decir que las referencias a una disyunción entre las dinámicas en el centro y en la periferia se hallan presentes en casi todos los informes descriptivos de las guerras civiles (Kalyvas, 2003)[5].

Las divisiones locales pueden aparecer unidas en formas engañosas. Por ejemplo, un conflicto clasificado como de base clasista puede ir unido a dinámicas locales en las que los campesinos ricos apoyen a un actor político en una región y a su rival en una región o pueblo vecino (Geffray, 1990; Cabarrús, 1983; Hofheinz, 1969); o en las que los comerciantes ricos sean blanco tanto de los campesinos revolucionarios con conciencia de clase como de los miembros pobres y derechistas de

[2] Más aún, Stoll (1993, pp. 68 y 76) muestra cómo los primeros indios ixiles que colaboraron con los rebeldes en Guatemala «no eran trabajadores de plantación estacionales empobrecidos, tal como los estrategas [rebeldes] parecen haber esperado. En su lugar, eran hombres prominentes de San Juan Cotzal, comerciantes relativamente bien situados y contratistas laborales que deseaban implicar a los guerrilleros en los amargos odios de sangre políticos de su ciudad». A la inversa, sus enemigos locales, «que habían sido desacreditados en los despachos y estaban siendo derrotados en las elecciones, podían ahora denunciar a sus oponentes al ejército».

[3] Las facciones locales en Afganistán se han acusado mutuamente de ser «talibanes» o de «Al Qaeda» hasta el punto de hacer que las fuerzas aéreas estadounidenses bombardearan a sus rivales (Bergner, 2003, p. 44; Waldman, 2002a, p. A15). Se han relatado ejemplos semejantes en el Iraq ocupado por Estados Unidos, entre las facciones y las tribus locales (Graham, 2005; Oppel, 2005a; Clover, 2003).

[4] Resulta posible pensar en la envidia de una persona como una manifestación individual del conflicto de clase (p. e., Harding, 1984), o a la inversa, en la participación de una persona en una lucha de clases abstracta como una coartada individual para la expresión de su envidia individual subjetiva. Cribb (1990, p. 28) hace una afirmación parecida cuando, al hablar sobre la violencia que tuvo lugar en Indonesia en 1965-1966, afirma que los asesinatos motivados por rencores privados eran políticos puesto que tuvieron lugar en una atmósfera cargada en la que «muy poco quedaba al margen de la política en un sentido o en otro y los rencores caían dentro de un patrón más amplio de polarización social». Con todo, sigue siendo a la vez importante y posible aún desenmarañar analíticamente el uno del otro.

[5] Zucchino (2004, p. A9), Roldán (2002, pp. 251, 206 y 212), Seybolt (2001, p. 202), Peterson (2000, p. 207), Romero (2000, p. 53), Ellis (1999, pp. 128-129), Zur (1998, p. 114), Vargas Llosa (1998, p. 113), Howell (1997, p. 315), Dalrymple (1997, p. 253), Schroeder (1996, pp. 424 y 431), P. Berman (1996, p. 65), Hua y Thireau (1996, pp. 270-271), Kedward (1993, pp. 152-153), Cribb (1990, pp. 24-27), Fellman (1989, p. 90), Crow (1985, p. 162), Freeman (1979, p. 164) y Shy (1976, p. 206).

escuadrones de la muerte (Paul y Demarest, 1988, pp. 128 y 150); la misma casta hinduista podría estar en guerra con los británicos en una región y luchando a su lado en otra (Guha, 1999, p. 331), etc. Conjuntos de divisiones diversas y que, en ocasiones, solapan los planos regional y local, tales como las divisiones socioeconómicas, de facciones, de linaje, de clan, de tribu, de género o de edad, se combinan para producir alianzas fluidas (e incluso cambiantes) que pueden parecer engañosamente uniformes desde una perspectiva sumamente global; las relaciones y los vínculos verticales (patrón-cliente, comunidad, vecindad, parroquia, corporación, facción, clan o parentela) interactúan, atraviesan y, a menudo, superan las divisiones «horizontales» de dimensiones nacionales, tales como clase y etnicidad. Las relaciones personales, las preferencias individuales políticas y religiosas y las percepciones rurales del honor y la obligación juegan a menudo un papel autónomo. Michael Seidman (2002, p. 6) señala que los españoles, aun conscientes de su identidad de clase, «se valieron de las organizaciones de clase –ya fueran partidos o sindicatos– para sus propios propósitos individuales [...]. Parientes e íntimos podían competir con éxito por lealtades con clase y género». Gregor Benton (1999, p. 168) muestra de qué modo el «Nuevo Cuarto Ejército» comunista chino tuvo éxito al aliarse con «personas en la guerra que naturalmente no serían vistas como sus aliadas. Ellos crearon estas alianzas en formas que poco tenían que ver con el comunismo, tal como se lo concibe normalmente, y que confiaban, en gran medida, en la explotación de lazos de amistad, parentesco, proveniencia, instrucción, y cosas semejantes [...]. Tal confianza se volvió sistemática e incluso normativa». Lynn Horton (1998, p. 69) refiere de qué modo los rebeldes de izquierdas sandinistas en Nicaragua, «que reconocen de forma pragmática que "un finquero [un hacendado rico] puede reclutar a un colono, a un campesino pobre, pero un campesino pobre no podrá nunca reclutar a un finquero", atraerían, en primer lugar, a un finquero y después le darían a ese productor la autonomía para construir su propia red de colaboradores, que, por lo general, incluía a su familia extensa y a sus trabajadores y colonos»[6].

[6] Evidencias semejantes se ofrecen en Lubkemann (2005), Ledesma (2004), Davidson (2003), Chung Kunsik (en Yoo, 2002, p. 5), M. Johnson (2001), Schoppa (2001, p. 178), Cahen (2000, p. 173), Bax (2000, p. 29), Pettigrew (2000, p. 206), Romero (2000, p. 53), Schroeder (2000, pp. 39-40), Bazenguissa-Ganga (1999b, p. 356), Hart (1999, p. 177), Berlow (1998, p. 180), Horton (1998, p. 14), McKenna (1998, p. 162), Starn (1998, p. 235), Nordstrom (1997, p. 48), Hart (1997, p. 143), Besteman (1996), Figes (1996, pp. 525-526), Tambiah (1996, p. 23), Groth (1995, p. 91), Brovkin (1994, pp. 8-9), Stoll (1993, p. 149), Kriger (1992, p. 8), May (1991, pp. 40-48), Geffray (1990, pp. 31 y 92), Lipman (1990, p. 75), Linn (1989, pp. 56 y 66), Jones (1989, p. 124), L. White (1989, p. 307), Collier (1987, p. 13), Henderson (1985, pp. 42 y 63), Perry (1984, pp. 445; 1980, p. 250), Calder (1984, p. 121), Hinton (1984, p. 527), Marks (1984, p. 264), Cabarrús (1983, pp. 185-197), McCoy (1980, pp. 198-199), Fiennes (1975, p. 133) y Hynt (1974, pp. 12-20).

En resumen, los intereses grupales a menudo resultaban ser «localistas y específicos de la región»[7]; los motivos individuales no se hallan necesariamente avivados por agravios relacionados con una división impersonal sino, a menudo, por conflictos locales y personales[8]. La considerable «variación ecológica local» de la guerra civil, señalada con frecuencia (Perry, 1984, p. 440) y su carácter «federal» (Levine, 1987, p. 129) apunta a la importancia de las divisiones locales, incluso para sociedades que están agudamente polarizadas en términos de clase (Cenarro, 2002, p. 72; Stoll, 1999; Gould, 1995), religión (Dean, 2000, p. 81; Fawaz, 1994) y etnicidad (Richards, 1996, p. 6; Hamoumou, 1993; Jan Gross, 1988).

Todo esto resulta coherente con la observación de que las guerras civiles son «mezclas de luchas complejas» (Harding, 1984, p. 59) más que simples conflictos binarios pulcramente dispuestos a lo largo de una dimensión unitemática. En este sentido, las guerras civiles pueden entenderse como un proceso que ofrece un medio para solventar una gran variedad de agravios dentro del espacio de un conflicto mayor, particularmente mediante la violencia. Una comprensión de la dinámica de la guerra civil como configurada de forma sustancial por las divisiones locales resultará también coherente con las observaciones e ideas recurrentes que sugieren que las divisiones fundamentales a menudo fracasan a la hora de dar cuenta de la naturaleza del conflicto y de su violencia (p. e., Roldán, 2002; Dean, 2000; Duyvesteyn, 2000); que la violencia, o bien está relacionada de forma incompleta con el discurso dominante de la guerra, o bien carece totalmente de relación con él (p. e., Varshney, 2001; O'Leary y McGarry, 1993); que los patrones de democratización a nivel local son un poderoso elemento de determinación sobre la posibilidad de la rebelión (Trejo, 2004, p. 332), y que las guerras civiles son imperfectas, tienen muchas capas y son compuestos fluidos de guerras civiles altamente complejos, que se superponen parcialmente, diversos y localizados, con pronunciadas diferencias de región a región y de valle a valle, reflejando la ruptura de la autoridad en «miles de fragmentos y micropoderes de carácter local» (Ledesma, 2001, p. 258) y en «esferas de influencia muy localizadas y a menudo fluidas» (Fichtl, 2004, p. 2)[9]. En otras

[7] Tishkov (2004, p. 15), Keen (1998, p. 53), T. Young (1997, pp. 138-142), Chingono (1996, p. 16), Berry (1994, p. xvii), Wou (1994, p. 378), J.-C. Martin (1944, pp. 40-44), Wickham-Crowley (1992, p. 131), Tilly (1964, p. 305), Lear (1961, p. 109) y Barton (1953, p. 12).

[8] P. e., Bouaziz y Mahé (2004, pp. 253-254), Mydans (1999), McKenna (1998), Swedenburg (1995), Tone (1994), Yoon (1992), Paul y Demarest (1988), Lucas (1983), Kheng (1983; 1980) y Freeman (1979).

[9] K. Brown (2003, p. 222), Loyd (2001, p. 179), Hoare (2001, p. 1), M. Johnson (2001, p. 124), Burg y Shoup (1999, p. 138), Nordstrom (1997, p. 81), Pécaut (1996, p. 266) y Finnegan (1992, p. 71).

palabras, las guerras civiles se hallan constituidas por un «mosaico de miniguerras separadas» (Berkeley, 2001, p. 151).

Este corpus de evidencias resulta finalmente coherente con la observación más general de que la introducción de la política electoral nacional exacerba el faccionalismo local (J. Scott, 1977a, p. 141) y de que la política local no es tan sólo (ni fundamentalmente) el reflejo local de la política nacional sino que, en su lugar, las etiquetas de partido resultan apropiadas dentro del pueblo para servir a fines que sólo tienen una importancia local y que tienen poco o nada que ver con los partidos como instituciones nacionales, en un proceso que se ha descrito como «parroquización» (J. Scott, 1977c, p. 221). En su análisis de la política local en Sri Lanka, Jonathan Spencer (1990, pp. 12, 80 y 184) muestra que «los aldeanos no se limitaron a dejar que la política se les viniera encima; más bien se apropiaron de la política y la usaron para sus propios propósitos»; este autor añadirá que «las personas no eran necesariamente enemigas porque estuvieran en partidos diferentes; lo que ocurría más a menudo era que habían acabado en partidos diferentes porque eran enemigos». Por el contrario, «al menos parte de la aparente incoherencia ideológica y sociológica de la fidelidad al partido político» puede rastrearse hasta el hecho de que la política ofrece un medio para expresar conflictos locales: «Resulta posible ver una gran parte de la política aldeana como poco más que el disfrazamiento de disputas domésticas con los adornos de la competencia entre partidos políticos, explotando la expectativa pública de conflicto que acompaña a la competencia partidista para ajustar cuentas privadas en el lenguaje de los asuntos públicos. Si los partidos políticos se hallan tan firmemente establecidos en Sri Lanka, es, en parte, a causa de su afinidad electiva con aquellas comunidades divididas o en vías de división que, de otro modo, carecen de un lenguaje cotidiano en el que caracterizar su propia desunión: la política ofrece precisamente un lenguaje así».

La importancia de las divisiones locales ayuda a explicar dos rasgos recurrentes de las guerras civiles: su expansión inicial muy rápida («reguero de pólvora» es una metáfora típica) y su tendencia a vararse en una paralización (p. e., Geffray, 1990, p. 67)[10]. Más aún, centrarse en las divisiones locales suscita cuestiones sobre conceptos tales como

[10] Dada la relación entre control y apoyo que se discutió en el capítulo 7, es probable que las divisiones locales jueguen el papel más importante en las fases tempranas de una guerra civil y en áreas disputadas en las que los actores rivales carecen de recursos humanos suficientes para establecer el control. Al mismo tiempo, es probable que las ventajas que tienen las divisiones locales para los actores políticos decaigan con el tiempo, pues se convierten en obstáculos para el establecimiento del control. Las divisiones locales que sobreviven tienden a ser absorbidas cada vez más en el discurso ideológico y estructura de división dominantes. Este proceso, no obstante, puede llevar mucho tiempo.

«conflicto grupal» o «violencia grupal» (o conflicto étnico y violencia étnica, etc.) que presuponen la completa intercambiabilidad de individuos, bien como participantes y perpetradores, bien como blancos. El «conflicto grupal» sólo tiene sentido si los miembros del grupo son plenamente sustituibles entre sí (Kelly, 2000, p. 5; Loizos, 1988). Si los blancos de la violencia se seleccionan siguiendo unas líneas que van más allá de los atributos de grupo, entonces la violencia no puede describirse como simplemente étnica, clasista o de una categoría similar. A menudo, la división fundamental establece una línea de base que determina lo que son los grupos relevantes, pero un criterio secundario de selección basado en características individuales sin relación con la identidad del grupo determinará a quién se convierte en blanco, violando la asunción de la intercambiabilidad de los individuos. La victimización intergrupal motivada por el saqueo entre vecinos resulta común (p. e., Toolis, 1997, p. 100; Dale, 1997). «La Brigada East Tyrone [del IRA] no era un ejército sino una banda, una compañía de forajidos modernos, de trabajadores agrícolas, mecánicos y tractoristas ordinarios; allí estaban también los desempleados y el maestro de escuela estrambótico; todos ellos herederos de la desposesión, que se juntaron para matar a *enemigos particulares conocidos* como Edward Gibson, Thomas Jameson y Harry Henry. El IRA no estaba librando una guerra sino una campaña de asesinatos esporádicos en las pequeñas comunidades rurales del Tyrone para atacar al enemigo en su medio» (Toolis, 1997, pp. 81-82; las cursivas son mías)[11]. Dado que la división de clase definía las identidades grupales relevantes en la Barcelona republicana durante la guerra civil española, los conserjes, las sirvientas y el personal doméstico en barrios pudientes pudieron victimizar a las familias de clase media que residían en los edificios en los que ellos trabajaban (De Foxà, 1993, pp. 291-292). Con todo, tal como me dijo una persona de Barcelona, los conserjes a menudo escogían a sus víctimas individuales en razón de criterios adicionales de desagrado personal: no todos los burgueses eran lo mismo.

La selección individualizada puede tener lugar incluso bajo las circunstancias extremas de limpieza étnica y genocidio. Los miembros de

[11] También en Irlanda del Norte, la violencia entre los pueblos vecinos de Coagh y de Ardboe, que se llevó las vidas de 30 hombres (de una población total de poco más de 1.000 personas) en el espacio de tres años a finales de los años ochenta y principios de los noventa, no era simplemente violencia entre el IRA católico y el UVF protestante sino que era también una «amarga *vendetta*» y el «ciclo más reciente de odio sangriento» que enfrentó a estos dos pueblos *particulares*. En otras palabras, la naturaleza de la violencia en esta área no puede entenderse mediante una sencilla referencia a la división religiosa en Irlanda del Norte sino que requiere conocer la división local entre Coagh y Ardboe (Toolis, 1997, p. 35). De igual modo, la violencia a lo largo de las líneas chiíes y suníes en el Iraq del sur, siguiendo la invasión americana de 2003, podían descomponerse en una competencia entre clanes *específicos* chiíes y suníes (Andrews, 2003).

casas que poseían grandes propiedades en Ruanda tuvieron una probabilidad mayor de morir violentamente entre 1994 y 2000, lo que quiere decir que, «aparte de la etnicidad, se pueden observar otras regularidades en el proceso de asesinatos» (Verwimp, 2003, p. 438). Catherine André y Jean-Philippe Platteau (1998, p. 40) descubrieron que el genocidio ruandés «ofreció una oportunidad única para ajustar cuentas o para volver a barajar las propiedades, incluso entre los aldeanos hutus»[12]. La descripción hecha por un antiguo prisionero de la violencia infligida por los guardas serbios sobre los presos musulmanes en el tristemente célebre campo de Omarska, en Bosnia, ofrece muchos ejemplos de este tipo (Pervanic, 1999, pp. 120 y 156-157). En una ocasión, un guardia serbio entró por la noche e insultó a un prisionero que, cuando era juez, le había puesto una multa por una infracción de tráfico ¡a finales de los años setenta del siglo XX! En otro ejemplo,

> Sakib Pervanic, un hombre de treinta y dos años de mi pueblo, «desapareció» a causa de un viejo rencor contra su padre. El padre de Sakib, Mustafa, había tenido tratos comerciales con Rade Gruban, pero habían pasado los años y no habían logrado saldar algunas deudas de negocios. Rade poseía un par de tiendas de ultramarinos pequeñas, en las que también vendía electrodomésticos. Una de las tiendas estaba en mi pueblo. El negocio iba bien y él decidió ampliarlo con la venta de cemento al por mayor, pero carecía de espacio suficiente para almacenarlo. Mustafa le alquiló una parte de su sótano para este propósito, pero no pudieron llegar a un acuerdo sobre el monto de la renta. A resultas de ello, Mustafa se negó a pagarle a Rade varios electrodomésticos que había adquirido a crédito. Rade ahora quería venganza, pero Mustafa estaba en el campo de Trnopolje. Ello lo salvó, pero no a su hijo.

La observación de Jan Gross (1988, p. 42) sobre la violencia que estalló en el oeste de Polonia durante la ocupación soviética de 1939 capta particularmente bien los aspectos individuales de la violencia grupal: «Con todo, por más que la violencia representase una explosión de conflicto étnico, religioso y político combinado, lo que me impresiona es, no obstante, su intimidad. Con mucha frecuencia, las víctimas y sus ejecutores se conocían personalmente. Incluso después de algunos años, los supervivientes podían aún decir los nombres. Definitivamente, la gente tomó esta oportunidad hasta para restañar heridas *personales* del pasado» (las cursivas son mías).

[12] El asesinato de una mujer tutsi durante el genocidio, en el pueblo ruandés que estudiaron, no podía reducirse a un «acto puramente racial», señalan André y Platteau (1998, pp. 40-41), porque aquélla no gustaba por diversas razones: era forastera, pues había venido al pueblo de otra región; había heredado una parcela de tierra relativamente grande de su marido aunque era su cuarta esposa, y estaba envuelta en muchas disputas de tierras.

Aunque aparece por doquier en la bibliografía descriptiva, estas dinámicas se dejan por completo de lado en los estudios de macronivel de las guerras civiles, tanto en los históricos como en los teóricos[13]. En su lugar, la mayoría de los relatos infieren identidades y acciones locales e individuales directamente a partir de la división fundamental de la guerra. Los investigadores sensibles a la base popular dan cuenta de estas dinámicas y son capaces de desenmarañar «la realidad de las apariencias ideológicamente estructuradas» (Prunier, 2005, p. 4); ahora bien, por lo general, fracasan a la hora de teorizarlas. Un punto de partida en esta dirección es el esbozo de unas cuantas distinciones amplias. Las divisiones locales pueden ser preexistentes o estar inducidas por la guerra; pueden alinearse con claridad con las divisiones centrales o subvertirlas; y puede que sean coherentes a lo largo del tiempo o que sean más fluidas y aleatorias.

En primer lugar, las divisiones locales pueden ser preexistentes como opuestas a las inducidas por la guerra. En el primer caso, la guerra activa las líneas de falla existentes, mientras que, en el segundo caso, crea unas nuevas. Cuando unas divisiones locales anteriores a la guerra ya han sido politizadas e injertadas en la estructura nacional de divisiones, su autonomía y visibilidad *qua* divisiones locales se ven disminuidas; no obstante, incluso entonces, la división fundamental puede que no las borre. En los casos más extremos, las divisiones locales pierden toda autonomía y se convierten en meras manifestaciones locales de la división central. No obstante, este proceso también puede funcionar en el sentido opuesto: una división central puede extenderse a las divisiones locales que permanecen activas incluso una vez que ha expirado la división central. Éste parece haber sido el caso ocurrido en Colombia, donde la división ideológica de liberales y conservadores engendró patrones de segregación residencial y de matrimonios mixtos dirigidos mucho tiempo después de la pérdida de su preeminencia (Henderson, 1985).

A menudo, las divisiones locales preexistentes no están injertadas por completo en la división fundamental, lo que incrementa su visibilidad. De este modo, el conflicto entre realistas y parlamentaristas durante la guerra civil inglesa en Leicestershire fue también un conflicto entre las familias Hastings y Grey, que «se remontaba a odios de sangre personales, que existían desde mucho antes de la guerra civil; de hecho, se remontaban a su rivalidad por el control de la región desde mediados del siglo XVI. Para estas dos familias, la rebelión era, en

[13] Las excepciones raras incluyen a J.-C. Martin (2002, p. 57 y 1994, p. 62) y Ranzato (1994, p. 22).

un nivel, sencillamente un estadio ulterior en la batalla hacía mucho comenzada por el dominio local» (Everitt, 1997, p. 24). De forma más general, se afirma que, en el contexto de la guerra civil inglesa, «los agravios locales se convirtieron en el medio a través del cual se percibían muchos intereses nacionales, mientras que los temas y las etiquetas del debate nacional se usaban para disfrazar las continuas luchas políticas locales» (Howell, 1997, p. 324). La violencia entre protestantes y católicos que estalló en el sureste de Francia durante la Revolución francesa no fue simplemente una violencia religiosa; más bien, enfrentó a familias particulares, que ya contaban con un amplio historial de pasadas luchas por odios de sangre: los Lanteiris contra los Labastine en Chamborigaud, los Bossier contra los Roux en Vauvert y los Roussel contra los Devaulx en Bagnols. De igual modo, «familia y facción dictaban el curso de la división del IRA en unidades por toda Irlanda» durante la guerra civil: «De nuevo, eran los Brennan contra los Barrett en Clare, los Hanniganite contra los Manahanite al este de Limerick y los Sweeney contra los O'Donnell en Donegal, como si todos los viejos odios de sangre volvieran a atizarse». El enfrentamiento liberal conservador en Colombia «surgió con frecuencia de seculares odios de sangre familiares. Los liberales Urrego, por ejemplo, se unieron a Franco, mientras que sus enemigos de toda la vida, los Cossío y los Montoya de Caicedo, integraron las filas de la policía y las bandas de la contrachusma conservadora en las ciudades próximas». De forma más reciente, la guerra entre la milicia *jash* kurda iraquí pro Baaz y los rebeldes kurdos iraquíes fue también un conflicto entre las familias Sourchi y Barzani; en un nivel menos global y en el lado opuesto de la frontera, en el este de Turquía, la guerra entre la etnia kurda y el Estado turco en el pueblo de Ugrak era una guerra entre las familias Guclu, Tanguner y Tekin, todas de etnia kurda[14].

De forma adicional, la guerra puede generar nuevas divisiones locales porque los cambios en el poder a nivel local den al traste con lo delicado de los órdenes existentes. Así ocurrirá en el Japón medieval, donde «luchas armadas por la jurisdicción política dentro de la comunidad de aspirantes a gobernadores dieron paso a brutales luchas familiares, a la rebelión agraria, a enfrentamientos entre sectarios religiosos y a la discordia feroz por privilegios comerciales y por endeudamiento con los prestamistas» (Berry, 1994, p. 7). Después de que los rebeldes de Sendero Luminoso nombraran a nuevos líderes aldeanos, «la columna guerrillera se marcharía sin darse cuenta de que había dejado a sus espaldas un avispero de contradicciones que no podían resolverse. La imposición de estas nuevas autoridades generó resentimientos de partida y también los primeros campesinos aliados de las fuerzas armadas, los *soplones*, en la terminología senderista» (Degregori, 1998, p. 135). En el valle de Canipaco, en el Perú central, la población disfrutó de una «especie de luna de miel» con Sendero Luminoso, que terminó cuando surgió una disputa entre dos comunidades por la distribución de las tierras previamente usurpadas a las haciendas; una descripción que sugiere la ausencia de una división anterior entre estas comunidades: «La participación de cuadros armados de Sendero Luminoso por parte de una de las comunidades en una confrontación masiva contra una federación de comunidades rivales provocó una ruptura con estas últimas, que decidieron entregar a las autoridades en Huancayo a dos cuadros senderistas que habían capturado en la refriega. Esta acción provocó las represalias de Sendero Luminoso, que culminaron con la ejecución de 13 líderes campesinos. Las víctimas fueron secuestradas en sus comunidades y asesinadas en la plaza mayor de Chongos Alto» (Manrique, 1998, pp. 204-205). Entre las divisiones más potentes producidas por las guerras civiles se encuentra la generacional: los rebeldes (pero también los detentadores del poder) a menudo reclutan a gente joven que entonces procede a reprimir a los mayores de sus pueblos[15].

Finalmente, las divisiones locales pueden hasta subvertir a las centrales causando conflictos dentro de campos políticos supuestamente unificados. Durante la ocupación japonesa en los visayas occidentales, Filipinas, miembros de la misma facción política en bandos opuestos cooperaron estrechamente entre sí, mientras que miembros de facciones opuestas, dentro de la resistencia y del Gobierno patrocinado por los japoneses respectivamente, lucharon terriblemente unos contra otros (McCoy, 1980, pp. 205-206). De igual modo, los conflictos basados en el parentesco en algunas comunidades rurales de El Salvador provocaron importantes divisiones dentro de las facciones políticas (Cabarrús, 1983, p. 189).

En resumen, las divisiones locales importan mucho. Aunque estas divisiones no sean el único mecanismo que produzca lealtad y violencia, parecen tener un impacto sustancial sobre la distribución de las

[14] Respectivamente: Lewis (1997, p. 133), Hart (1999, pp. 265-266), Chivers (2003, p. A8) y Vick (2002, p. A18).

[15] Muchos observadores han llamado la atención sobre el énfasis que ponen los movimientos insurgentes en reclutar a gente joven (p. e., Pike, 1966, p. 287), pero hay pocos que hayan llamado la atención sobre que esto produce una división generacional entre la juventud que acaba de verse fortalecida y los mayores desposeídos (entre las excepciones estarían D. Anderson, 2005, p. 67; Hart, 1999; Degregori, 1998, p. 134; Figes, 1996, 1989; Kriger, 1992; L. White, 1989, pp. 295-302). Téngase en cuenta que esta división puede estar causada también por milicianos amparados por los detentadores del poder. Por ejemplo, el Gobierno survietnamita cometió un craso error con su programa estratégico para las aldeas: poniendo el énfasis con fuerza en la Juventud Republicana, creó las semillas del conflicto dentro de la comunidad entre la juventud y los mayores tradicionales (R. Thompson, 1996, p. 126).

lealtades, así como sobre los blancos y la intensidad de la violencia. Desde luego, la evidencia tan sólo puede ser anecdótica puesto que carecemos de estudios sistemáticos de la dinámica de las guerras civiles a nivel local, así como de medidas empíricas de las divisiones locales[16]. Aunque resulta imposible determinar en este punto el peso relativo de las divisiones locales dentro de las guerras y a través de ellas, se hace necesario reconocer el significado de este fenómeno como condición previa para su estudio sistemático.

2. «Kto kovo?» El lugar de la agencia

El fenómeno de la denuncia maliciosa y el significado de las divisiones locales suscitan ambos la cuestión de la agencia: si los agentes individuales pueden manipular a sus jefes para servir a sus propias agendas, ¿dónde se encuentra el lugar de la agencia?

Los intersticios de la violencia política y privada ofrecen un espacio considerable a la manipulación, algo percibido por igual tanto por los participantes como por los observadores. Por ejemplo, las tropas francesas enviadas por Napoleón para suprimir la rebelión en Calabria en 1807 observaron que la gente de la zona estaba pirateando su guerra. Los voluntarios locales que se unieron a los Guardias Cívicos tenían una «tendencia a perseguir *vendettas* locales bastante alejadas de los esfuerzos de guerra. Hay muchas evidencias de que el deseo de saldar odios de sangre que venían de muy atrás con una familia rival local era un incentivo fuerte para unirse a los Guardias Cívicos. En diversas ocasiones, habitantes de una ciudad de la zona les pedían a los franceses que les permitieran ejecutar a prisioneros calabreses que resultaba que eran miembros de una familia rival o de una ciudad rival» (Finley, 1994, p. 73). La cuestión de la agencia tiene unas implicaciones morales obvias; con todo, resulta, a su vez, un rompecabezas empírico. Gage, el autor del libro sobre la ejecución de su madre durante la guerra civil griega citado antes, plantea esta cuestión como su tema central (Gage, 1984, p. 19):

> Cuando iba conduciendo hacia la plaza mayor, seguía oyendo por encima del sonido del motor del coche una frase que mi hermana y mi padre habían repetido 100 veces: «Tin fagane i horiani» [«Han sido los aldeanos los que la han devorado»]. Para mi familia, los guerrilleros comunistas como Katis eran un acto impersonal de Dios, desencadenado sobre nuestro pueblo por la guerra, como una plaga. Era a nuestros vecinos a los que ellos consideraban responsables por la muerte de mi madre; los aldeanos que susurraron secretos a la policía de seguridad y testificaron contra ella en el juicio. Esto era algo que yo había de resolver: puede que los aldeanos fueran en realidad más culpables de su muerte que los hombres que pronunciaron la sentencia y dispararon las balas. Me preguntaba si habría habido algo acerca de mi madre que incitase a la gente de Lia a ofrendarla como a un cordero sacrificial. O quizá los aldeanos tan sólo habían sido manipulados por los guerrilleros, que explotaron las debilidades morales, los celos mezquinos y los miedos de aquéllos, porque los guerrilleros querían matar a mi madre con algún propósito político. ¿Cuál fue la razón auténtica por la que ella fue ejecutada?

[16] El Índice de Fraccionamiento Etnolingüístico (ELF), como es obvio, no capta las divisiones locales.

Desenmarañar la dimensión política de la dimensión privada de la violencia es un dilema recurrente para los observadores de las guerras civiles y genera una considerable confusión entre ellos. «Lo que en un documento parece un caso claro de guerra civil entre *whigs* y *tories*», señala John Shy (1976, p. 191) sobre un accidente que tuvo lugar durante la Revolución americana, «en otro, se convierte en un asunto lioso en el que el compromiso político y la emoción revolucionaria parecen menos evidentes que la prudencia personal y la descarada criminalidad». De ahí la cuestión: ¿dónde se encuentra el lugar de la agencia? Esta cuestión puede ser expresada de forma sucinta en la formulación de Lenin: «Kto kovo?» [«¿Quién está usando a quién?»].

Las percepciones que prevalecen reciben la información de dos marcos interpretativos en liza, yuxtapuestos típicamente de forma dicotómica, lo más recientemente como «avidez y reivindicación» (Collier y Hoeffler, 2002) o «causas impulsoras y causas objetivas». La primera es de inspiración hobbesiana y acentúa una ontología de las guerras civiles caracterizada por el colapso de la autoridad y la subsiguiente anarquía. Según esta visión, las guerras civiles estimulan la privatización de la violencia, llamando la atención de un modo virtualmente aleatorio todo tipo de motivaciones en una «guerra de todos contra todos». Esta tesis es la que suscita algunas formas populares de entender las guerras civiles étnicas (Mueller, 2004; Posen, 1993) y las denominadas nuevas guerras que supuestamente están motivadas por la avidez y el saqueo (Kaldor, 1999; Keen, 1998). El otro marco, que podemos denominar schmittiano, conlleva una ontología de las guerras civiles basada en lealtades y creencias grupales abstractas, en las que el enemigo político se convierte en un adversario privado sólo en virtud de una enemistad previa, colectiva e impersonal. La enemistad impersonal y abstracta que Carl Schmitt pensaba que era el rasgo esencial de la política (C. Schmitt, 1976) se hace eco de la percepción de Rousseau de que la guerra era una cuestión no de la relación de

«hombre a hombre» sino sólo de aquella que había entre «Estado y Estado». Los individuos, proclamaba Rousseau, eran sólo enemigos por accidente, no como individuos sino como soldados (De Lupis, 1987, p. 4). En contraste con la tesis hobbesiana, que prioriza la esfera privada hasta la exclusión de la esfera política, la schmittiana acentúa la naturaleza fundamentalmente política de las guerras civiles y de sus procesos relacionados; ésta inspira interpretaciones de guerras civiles tradicionales «ideológicas» o «revolucionarias» (Ranzato, 1994; Bobbio, 1992; Payne, 1987), así como argumentos sobre las guerras civiles étnicas y la «violencia intercomunal» que acentúan las creencias fuertes, la enemistad grupal y la antipatía cultural (Varshney, 2003; Horowitz, 1985). Más que postular una dicotomía entre la avidez y la reivindicación, la discusión hasta aquí apunta, en su lugar, a la interacción entre las identidades y las acciones políticas y privadas.

Habría de estar claro a estas alturas que la visión schmittiana puede ser engañosa porque la violencia de las guerras civiles no se imponía necesariamente de forma externa sobre civiles desprevenidos y, por tanto, inocentes. Muchas descripciones detalladas de la violencia sugieren la presencia de un grado sustancial de aportación local a la producción de la violencia. Más que violencia que siempre era impuesta sobre las comunidades por gente de fuera, estas evidencias sugieren que ella puede crecer a partir de dinámicas que se dan dentro de la comunidad. La descripción de George Collier (1987, pp. 162-163) de la violencia de derechas durante la guerra civil española resulta paradigmática en términos de cómo la violencia puede ser tanto producida como interpretada:

> Los aldeanos atribuyen claramente la principal responsabilidad por el desquite falangista a los de fuera. Aunque estaban guiados por Inocencio Moreno, fueron falangistas de fuera de la ciudad los que acompañaron a las fuerzas de ocupación, los que organizaron a los ciudadanos en escuadrones para la instrucción y las cacerías humanas y los que dirigieron la represión. Las ejecuciones en masa siguieron órdenes superiores que dieron a las autoridades locales una cuota de gente a la que matar. La Guardia Civil, en la que todos eran de fuera, contribuyó materialmente a los arrestos y las ejecuciones; a un capitán se lo acusa de 10 muertes [...]. Con todo, los falangistas tenían sus simpatizantes, y sus particulares colaboradores, dentro de la ciudad. Sólo los aldeanos podrían haber identificado a los padres y hermanos de los socialistas destacados y de la juventud militante para que los falangistas los detuvieran para la primera ejecución en masa. Las autoridades foráneas invitaban a los aldeanos a que denunciaran y, por lo general, actuaban a partir de esas denuncias; para respaldar una de estas acusaciones sólo se necesitaban dos «testigos». Los derechistas señalaron que el Ayuntamiento y el Juzgado fueran los que redactaran las listas de los que había que matar cuando desde arriba llegaban las órdenes de llenar una cuota. Los aldeanos, algunos de los cuales siguen vivos hoy, emplazaron a la ciudadanía en los cuarteles y ayudaron en las cacerías humanas. Los supervivientes recuerdan estos actos como actos discrecionales, aun cuando estaban ordenados desde arriba. Los aldeanos sentían que en Los Olivos no habría habido de ningún modo ejecuciones si los derechistas hubieran intercedido en el nombre de otros aldeanos. Ellos citan el ejemplo de Los Marines, una ciudad próxima en la que, según se dice, no hubo ejecuciones porque las familias principales intervinieron cada vez que se arrestó a un aldeano.

La presencia de la colaboración local en actos de violencia se halla omnipresente en los estudios y descripciones en el micronivel. Cuando las fuerzas federales invadieron el Arkansas central en 1863, una delegación de unionistas de Pine Bluff fue a encontrarse con ellos y los escoltó hasta su ciudad. Al llegar a Pine Bluff, las tropas procedieron a saquear las casas de los simpatizantes de los rebeldes y, tal como señaló uno de los habitantes, «sabían el nombre de cada uno y dónde vivían» (en Ash, 1995, p. 127). Mediante el examen de los testimonios escritos de la guerra civil que tuvo lugar en Nicaragua durante los años veinte del siglo XX, Schroeder (2000, p. 35) descubrió que las víctimas y los asaltantes, por lo general, se conocían bien; la mayoría de los testigos oculares pudieron identificar a una docena o más de los miembros de bandas por la cara o por el nombre, señalando a uno de los aspectos más impactantes de la violencia, sus raíces locales: «Éstos eran vecinos que mataban a vecinos». En su juicio, después de la guerra, el lugarteniente Takeo Ito, un comandante japonés en Papúa Nueva Guinea, les dijo a los jueces que «las listas para las ejecuciones se hacían de este modo. Un nativo le daría información a un soldado japonés de que tal persona era un espía y había contactado con soldados australianos» (en H. Nelson, 1980, p. 253)[17]. En Guatemala, «al mismo tiempo, las comunidades agrícolas mayas cayeron en una terrible crisis nacional sobre la que no tenían control alguno; se hacía cada vez más manifiesto que tanto el ejército como los guerrilleros dependían de los contactos locales a la hora de recavar información. Así, parte del mundo fuera de control y parte de la inseguridad y la violencia que sufrió Trinaxos fue obra de su propia gente» (Warren, 1998, p. 99). Los serbios locales participaron en la masacre de cerca de 40 personas de etnia albanesa en el pueblo de Slovinje en Kosovo; según un testigo, «cuando llegó el ejército, nues-

[17] Ito añadió que la persona arrestada sería maltratada y se la obligaría a denunciar a otros, haciendo así que la lista creciera.

tros propios serbios se pusieron máscaras y se unieron a la matanza. Sabían a quién escoger. Sabían quién tenía dinero» (Bearak, 1999a, p. A3). Una campesina vasca cuya familia había sufrido a manos de los nacionales durante la guerra civil española resume muy bien todo esto: «No fue Franco quien nos hizo daño sino la gente de aquí, del pueblo» (Zulaika, 1988, p. 21).

La confianza de los actores políticos en la información local es transmitida típicamente por el amplio uso de «listas de nombres» o «listas negras» en procesos de violencia, tal como se sugiere en un informe arquetípico procedente de Colombia: «Al menos ocho campesinos fueron asesinados en el pueblo de San Roque, en el norte, en lo que la policía dijo que sospechaba que había sido un ataque de los paramilitares de derechas. Los pistoleros mataron a cuatro miembros de una familia en una gasolinera; luego irrumpieron en las casas de cuatro agricultores y abrieron fuego después de comprobar sus identidades a partir de una lista que llevaban –dijo la policía–. El área es también un escenario frecuente de ataques rebeldes izquierdistas» (J. Moore, 1999, p. A10)[18].

La participación local resulta compatible con todo tipo de motivos, desde los más ideológicos a los más oportunistas. Al igual que ocurre con la malicia en el caso de las denuncias individuales, el ajuste de cuentas locales o privadas emerge como una motivación clave en el contexto de las dinámicas locales. A menudo, los actos de violencia que en la superficie (y para los de fuera) parecen estar generados por motivaciones políticas abstractas, si se los examina más de cerca, resultan estar «causados no por la política sino por odios personales, *vendettas* y envidia» (Harding, 1984, p. 75). Tucídides (3.81) señalaba que el crimen motivado de forma personal enmascarado por un pretexto político es uno de los rasgos esenciales de la guerra civil, mientras que Nicolás Maquiavelo describe una situación en la que los disturbios motivados políticamente ofrecían un pretexto para la violencia privada[19]. Tocqueville (1988, p. 17) hizo una observación similar cuando señaló que «el interés privado, que siempre juega la parte más importante en las pasiones políticas, es [...] hábilmente ocultado bajo el velo del interés público». En su estudio sobre Guatemala, Kay Warren (1998, p. 98) describe que los cimientos ocultos locales y privados de un asesinato que parecía político e impersonal son su «mensaje más profundo». Lo mismo es el caso con la malicia en el proceso de denuncia sobre el que Sheila Fitzpatrick (1994, p. 255) observa que, mientras que «puede ser visto en términos "de arriba a abajo" como un mecanismo de control estatal como un medio de control de la opinión pública [...], hay también una interpretación posible de la función de la denuncia "de abajo a arriba": si el Estado se valía de esta práctica para controlar a sus ciudadanos, los ciudadanos individuales podrían también usarla con el propósito de manipular al Estado». Esta percepción produce afirmaciones interesantes, como cuando Thaxton (1997, p. 275) refiere que, en la China ocupada, «el régimen títere de Yang ejerció su propio interés sobre el de sus jefes japoneses»[20]. De nuevo, los motivos privados tienden a ser mal codificados en el macronivel, tal como ha mostrado muy bien Brass (1997); se los pasa por alto a causa de la carencia de un marco teórico que les diera un lugar en el estudio de las guerras civiles y, de un modo más general, en los conflictos. El hecho de que las divisiones locales se articulen típicamente en el lenguaje de la división fundamental de la guerra ha reforzado esta tendencia[21]. Lo que se afirma aquí no es que toda la «violencia política» tenga unas motivaciones privadas sino, más bien, que hay una acusada tendencia a interpretar y a codificar toda la violencia que tiene lugar en las guerras civiles como sola y puramente política.

Todos estos ejemplos parecerían dar apoyo al marco hobbesiano. Como opuesto a la polarización grupal y a la acción sugerida por Schmitt, este marco percibe la guerra civil como un proceso descentralizado que produce violencia anómica y aleatoria (p. e., Roldán, 2002, p. 211). Tanto la guerra como su violencia están despolitizadas y privatizadas: lo político se halla subsumido por lo privado. La guerra civil ofrece un mero pretexto, un ropaje en el que disfrazar las búsquedas de los conflictos privados; se limita a disfrazar las motivaciones privadas y loca-

[18] El uso de listas de nombres es sumamente común en las guerras civiles. Se han usado, entre otros lugares, durante la guerra de guerrillas en Navarra (Tone, 1994, p. 113); en la guerra civil americana (Ash, 1995, p. 183; Fellman, 1989, p. 61); en la guerra civil rusa (Werth, 1998, pp. 79 y 117); en la guerra civil española (Ledesma, 2001, p. 260); en Malasia (Kheng, 1980, p. 96); en Italia (Franzinelli, 2002, p. 204; Fenoglio, 1973, pp. 47 y 194); en La Violencia colombiana (Roldán, 2002, p. 162); en Argelia (Faivre, 1994, p. 145; Hamoumou, 1993, p. 199); en Vietnam (Herrington, 1997, p. 13; Wiesner, 1988, p. 162; Hosmer, 1970, pp. 7 y 29); en Angola (Mair, 1995); en Liberia (Ellis, 1995, p. 186); en Guatemala (Stoll, 1993; Carmack, 1988b, p. 53; Paul y Demarest, 1988); en el Punjab (Rosenberg, 1991, p. 46; Arnson y Kirk, 1993, p. 79); en Sri Lanka (Argent-Pillen, 2003, p. 65); en Ruanda (Berkeley, 2002, p. 3); en Sierra Leona (Richards, 1996, p. 8), o en Congo Brazzaville (Bazenguissa-Ganga, 1990a, p. 46). Los rumores que afirman que se han compilado listas de nombres son también frecuentes (Kaufmann, 2001, p. 3).

[19] «Y muchos ciudadanos, para vengar sus heridas privadas, los encaminan a las casas de sus enemigos; pues bastaba que una sola voz gritase en medio de la multitud "a la casa de fulano y mengano" o que aquel que llevaba el estandarte en sus manos se volviera hacia ella» (*Florentine Histories* 3.15).

[20] Tal como dijo Ken Flower (1987, p. 262), jefe de los servicios de inteligencia de Rhodesia, al hablar sobre la insurgencia Renamo en Mozambique: «Empecé a preguntarme si no habíamos creado un monstruo que estaba fuera de control».

[21] La historia de Harmodio y Aristogitón, tal como la cuenta Tucídides (6, pp. 54-59), y las extravagancias *post mortem* de Pavlik Morozov, el niño mártir soviético que denunció a su padre kulak y fue asesinado por sus tíos en venganza en septiembre de 1932 (Fitzpatrick, 1994, pp. 255-256), son, probablemente, las más sugerentes a este respecto.

les como políticas. Así, informes que ponen el énfasis en el micronivel y en el aspecto local de la violencia en la guerra civil lo hacen en contraste explícito con argumentos que apuntan a las dimensiones políticas y estratégicas de esta violencia (p. e., Lubkemann, 2005, pp. 494-495). Las guerras civiles se reducirán, por tanto, a simples compuestos de odios de sangre privados y conflictos locales; en buena medida tal como Homero describía a menudo la guerra, como un compuesto de duelos (Bernand, 1999, p. 90); se trata de «odios de sangre con adornos» (Loizos, 1988). Percibiendo la extensa actividad criminal en medio de guerras civiles recientes (e ignorando hasta qué punto prevalecieron en las antiguas, tan idealizadas), algunos observadores (p. e., Kaldor, 1999; Keen, 1998; Ignatieff, 1998; Enzensberger, 1994) han concluido que estamos ante un nuevo tipo de guerra, motivada por la avidez más que por la reivindicación; un fenómeno criminal más que político.

No obstante, la visión hobbesiana puede resultar tan engañosa como la schmittiana: mientras que la última ignora la esfera privada, la anterior desdeña la pública. Las interpretaciones hobbesianas de la violencia dejan de lado el contexto en el que se despliega la acción. Tal como he señalado, los conflictos locales y los rencores privados se hallan presentes en muchos lugares en muchas épocas, pero, por lo general, no estallan en violencia; esto ocurre incluso dentro de la guerra civil[22]. Las afirmaciones de criminalidad extendida deberían ser igualmente atenuadas[23]. En otras palabras, lo privado rara vez resulta del todo independiente de lo político. Tal como señaló un parlamentario de Manchester, los «intereses privados y particulares se envuelven en lo público y no tanto los públicos en lo privado» (en Blackwood, 1997, p. 276). La Comisión Sudafricana para la Verdad y la Reconciliación planteó un punto semejante cuando señaló que el Estado del *apartheid* buscaba una política «que manipulara las divisiones sociales, étnicas y de otros tipos con la intención de movilizar a un grupo contra otro» (en Pigou, 2001, p. 226). Aunque el pueblo survietnamita de Binh Nghia desplegó una «actitud poco entusiasta hacia el Vietcong» dado que el movimiento comunista local se había originado al otro lado del río, en las aldeas de Phu Long, esta hostilidad fue activamente cultivada por actores externos:

> La hostilidad entre las aldeas Phu Long y el pueblo de Binh Nghia se remontaba a varias generaciones y tenía como centro un odio de sangre por derechos de pesca. Era natural que las aldeas de Phu Long asumieran el poder económico y el político cuando el Vietcong estaba en ascenso y esto se hizo a expensas directas de los pescadores de Binh Nghia. Así que, más tarde, cuando el Vietcong pasó el río para difundir la buena nueva, hubo muchos en Binh Nghia a los que no les agradaron ni ellos ni ninguna causa a la que representaran. *Los jefes de policía habían alimentado este resentimiento y habían construido una red de espías* (West, 1985, pp. 146-147; las cursivas son mías).

Lo cierto es que la detallada descripción de Paul y Demarest de la operación de un escuadrón de la muerte en una pequeña ciudad de Guatemala, en la que se muestra cómo un grupo de individuos fue investido por el ejército de un poder excepcional que ellos usaron para hacerse con «dinero, alcohol y sexo», venganza o poder local, concluirá con una nota de cautela (1988, p. 153):

> Puede resultar tentador acusar del estallido de la violencia en San Pedro a la división social y al ajuste de viejas cuentas, pero habría de resistirse a la tentación. La competencia religiosa y la vigorosa lucha política cuerpo a cuerpo fueron rasgos de la vida de San Pedro durante décadas antes de 1980 sin que se produjera violencia. Lo mismo puede decirse de los antagonismos interpersonales. Éstos surgieron en el pasado y se saldaron por medios que prescindieron del asesinato. Lo que rompió la paz en San Pedro no fue la presencia de diferencias y divisiones sino el reclutamiento de agentes y espías por parte del ejército que tuvieron el efecto de hacer explotar estas divisiones[24].

[22] Por ejemplo, Watanabe (1992, pp. ix-x) descubrió que, aunque las disputas y enemistades personales y locales abundaban en la pequeña ciudad guatemalteca que él estudió, aquéllas no tuvieron la violencia como resultado: «Aun durante los peores meses de la campaña de contrainsurgencia del ejército de Guatemala en 1982-1983, la ciudad rehusó a sucumbir a las recriminaciones interesadas, al tráfico de poder y al asesinato que infectaba a todos sus vecinos».

[23] Las bandas partisanas y étnicas son a veces un tanto daltónicas y extorsionan a todos por igual. Esto ocurrió en Zvornik, Bosnia, donde un grupo paramilitar serbio llamado «Avispas Amarillas» extorsionó a serbios acomodados (Ron, 2000b, p. 297). De forma más frecuente, sin embargo, discriminan de acuerdo con las líneas de división. Los pistoleros de Yakarta que se unieron a la insurrección indonesia contra los holandeses «eran una mezcla de bandidaje y patriotismo» que saqueaban sólo a aquellos cuya piel era demasiado clara (chinos, euroasiáticos y europeos) o demasiado oscura (amboneses y timoreses) (Cribb, 1991, p. 52). Los ladrones georgianos que saquearon Sukhumi en 1992 a menudo preguntaban primero por la nacionalidad de las víctimas deseadas y sólo procedían cuando eran abjasios (Dale, 1997, p. 87). De igual modo, La Violencia colombiana «se convirtió en un paraguas bajo el cual podía encontrarse todo tipo de criminalidad. Cuando la depredación de hombres bajo las armas se hizo aún más horrible, se hizo claro que un gran número de psicópatas y de bandidos comunes se unieron a aquellos que proclamaban estar luchando para mantener sus principios políticos». Con todo, Henderson (1985, pp. 149-150) descubrió que «el motivo político se hallaba normalmente presente al margen de lo atroz que fuera el crimen. Los violentos conservadores y liberales evitaron matar a los campesinos que eran claramente de su filiación política».

[24] Kheng (1980, p. 117), Siu (1989, pp. 103 y 115) y Argenti-Pillen (2003) hacen consideraciones semejantes sobre la Malasia ocupada por los japoneses, sobre la China ocupada por los japoneses y sobre Sri Lanka.

Plantear una dicotomía estricta entre lo político y lo privado (o entre el centro y la periferia) resulta engañoso. Demostrar la omnipresencia de los conflictos locales y privados no puede usarse para rechazar la importancia de las dimensiones política y estratégica en las guerras civiles, de igual modo que poner el énfasis en estas dimensiones posiblemente no puede ocultar el significado de los conflictos locales y privados.

Los conflictos locales y privados no explotan en violencia ni porque la guerra civil sea un ejemplo de anarquía hobbesiana ni como un resultado de los diseños y manipulaciones de actores supralocales. Lo que importa, en su lugar, es la interacción entre las esferas política y privada. José Luis Ledesma (2001, pp. 260 y 267) señala correctamente que la naturaleza descentralizada y localizada de la violencia republicana durante la guerra civil española no quiere decir que fuera un ejemplo de violencia anárquica y espontánea ejercida por actores incontrolados, como, por lo general, asumían los historiadores de la guerra civil española. Warren (1998, p. 99) tiene razón también cuando describe la violencia de la guerra civil guatemalteca como *de doble filo*, lo mismo que Michael Schroeder (2000, p. 29), que observa que la violencia en Nicaragua durante los años veinte del siglo XX «estuvo profundamente arraigada en las relaciones sociales locales y fue, al mismo tiempo, política y personal [...], y estuvo basada en las relaciones intersectivas de familia, comunidad, partido, etnicidad y clase», y Joshi (2002, p. 435), que concluye su estudio de las denuncias a la Gestapo en la Alemania nazi afirmando que «la dicotomía público-privado no estaba tan sólo siendo desmantelada desde arriba sino también desde abajo. Lo público/político no quedó aislado de lo privado/doméstico/personal. Por ello, el "gran mundo" de la política no estuvo por encima del "pequeño mundo" de la familia. Los dos se entretejieron de un modo inextricable». De igual modo, Richard Cobb (1972, pp. 56 y 90) describirá en detalle ejemplos de violencia durante la Revolución francesa como situaciones creadas poniendo su «violencia privada para el uso público». «Mientras la distinción entre la violencia motivada por fines políticos y la violencia que tiene su origen en agravios personales no sea importante», escribe Noel Fisher (1997, p. 63) sobre la guerra civil en el este de Tennessee, «los participantes no siempre separarán la una de la otra». Una carta de 1944 desde la Grecia ocupada transmite muy bien esta interacción: «Jason, hijo de P.», dice la carta, sirvió a los italianos en su isla y lo hizo tan bien que los italianos «cumplieron todos sus deseos» (en Mazower, 1993, p. XV). Stanley Aschenbrenner (1987, p. 116) describe la guerra civil en un pueblo griego como «una secuencia de acción y reacción que no tenía necesidad de energía de fuera para continuar, aunque, desde luego, fue explotada por agentes externos». La descripción del asesinato de Afonso Gonçalves en septiembre de 1999 en Timor Oriental resulta casi paradigmática de este proceso de interacción. Gonçalves no fue solamente asesinado por las ideas pro independentistas que tenía sino también a causa de un odio de sangre familiar relacionado con una sobrina que se fugó, pese a la resistencia de la familia, con un miliciano pro indonesio. Un año después, durante el terror que sumió a Timor Oriental como consecuencia del referéndum, miembros de la familia del miliciano llegaron a la casa de Gonçalves y lo mataron. Este asesinato, concluye Seth Mydans (1999), fue, «a la vez, personal y político».

La bibliografía científico-social emplea el concepto de «división» para referirse al nexo entre los actores en el centro y la acción sobre el terreno. En gran parte, la existencia de divisiones fundamentales o locales como impulsos separados no se problematiza. No obstante, «lo que uno ha de saber es la forma en la que los asuntos locales, las percepciones locales y los problemas locales configuraron e inspiraron la perspectiva nacional [...] y, a la inversa, la forma en que ese sentido de generalidad que es una parte tan consustancial de la perspectiva nacional se transfirió y tal vez se tradujo al marco y al lenguaje de la política local» (Howell, 1997, p. 309). Las conexiones posibles entre el centro y la periferia incluyen preferencias comunes arraigadas en las identidades preexistentes (Horowitz, 1985; Lipset y Rokkan, 1967), a la organización centralizada (Kalyvas, 1996; Bartolini y Mair, 1990), al miedo contingente por la identidad (Posen, 1993) y a la coordinación en torno a unos puntos focales (Chwe, 2001; Hardin, 1995). Aunque cada uno de estos mecanismos tiene sus virtudes, resultan incoherentes (o no del todo coherentes) con la disyunción observada entre el centro y la periferia. Por otra parte, un mecanismo que conecta el centro y la periferia y resulta coherente con la disyunción observada puede ser descrito como «alianza».

La alianza conlleva un proceso de convergencia de intereses por medio de una transacción entre actores supralocales y locales mediante la cual aquéllos les dotan a éstos de músculo externo, permitiéndoles de este modo sacar una ventaja decisiva a los rivales locales; a cambio, los actores supralocales pueden utilizar las redes locales y generar movilización. Una gran parte de la acción en la guerra civil estará, por tanto, *simultáneamente* descentralizada y vinculada a un conflicto más amplio. De este modo, la guerra civil será (también) un proceso que conectará la búsqueda de poder de los actores colectivos y la búsqueda de ventajas locales de los actores locales. O, dicho de otro modo, la violencia puede también ser un beneficio selectivo que produzca movilización local por medio de alianzas.

La alianza será para todos los que están implicados un medio más que un fin (Clastres, 1999)[25]. Los actores políticos externos a la comunidad juegan un papel crítico en la conversión de los conflictos locales y privados en violencia porque ofrecen incentivos sin los que los actores locales no podrían o no desearían emprender la violencia. Al mismo tiempo, los actores locales toman una decisión consciente de aliarse con extraños. La guerra civil puede, de este modo, ser vista como un medio de conexión. Esta idea se remonta a Tucídides (3.82), que señalaba que, «en tiempos de paz, ni habría habido excusa ni se habría deseado que vinieran [los aliados externos], pero, en tiempos de guerra, cuando cada parte podía siempre contar con una alianza que haría daño a sus oponentes y, al mismo tiempo, reforzaría su propia posición, a cualquiera que quería un cambio en el Gobierno se le hacía algo natural pedir ayuda de fuera». Las *Historias florentinas* de Maquiavelo están llenas de puntos de vista similares. En Mozambique, los insurgentes de la Renamo podían recoger apoyo local sólo allá donde los líderes tradicionales con seguidores populares deseaban hacer alianzas con ellos (Roesch, 1990, p. 25). En Sri Lanka, observa Jonathan Spencer (1990, p. 184), «si la política ofrece el medio necesario para la resolución de las disputas y las reivindicaciones locales, lo hace mediante la llamada a fuerzas y poderes de fuera de la comunidad». La popularidad de las guerrillas liberales y de las contraguerrillas conservadoras en Colombia a principios de los años cincuenta del siglo XX puede atribuirse al hecho de que «les permitían a ciertas facciones locales tomarse revancha sobre la oposición con impunidad y usar la amenaza del terror para obtener ventajas reales» (Roldán, 2002, p. 206). Las disputas entre las familias campesinas por el agua y la tierra, así como por el poder político local, llevó a violencia en El Salvador porque «ellos trataron de resolverlas valiéndose de sus grupos políticos» (Cabarrús, 1983, p. 189).

Determinar cuándo y cómo se dan tales alianzas requiere una investigación refinada. Por ejemplo, un patrón recurrente es que resulta probable que los perdedores en los conflictos locales se muevan los primeros y, por ello, sean los primeros en aliarse con las fuerzas externas. Si esto es cierto, la guerra civil será particularmente desestabilizadora puesto que ofrecerá nuevas oportunidades a los perdedores en los conflictos por el poder local que estarán buscando una oportunidad para la *revanche*. Esto resultará coherente con algunas observaciones: los primeros en colaborar con los ocupadores japoneses en

[25] Jan Gross (2001, p. 4) señala que el resuelto activamiento y explotación de «toda división concebible en la sociedad» es la esencia del totalitarismo. En las guerras civiles, no obstante, el activamiento de las divisiones locales parece ser típicamente más un medio y menos un fin de lo que Gross cree.

China incluyeron, a veces, «a aquellos que habían fracasado en la política y en la enseñanza» (Lary, 2001, p. 111); los líderes locales que habían estado marginados por el Gobierno tenían muchas probabilidades de unirse a la insurgencia Renamo en Mozambique (Geffray, 1990); los perdedores en las disputas locales por la tierra o por la jefatura a veces se pusieron de parte de los insurgentes de Sierra Leona para asegurar su venganza (Richards, 1996, p. 8); personas amargadas y resentidas fueron usadas como agentes locales por los jemeres rojos en Camboya (Bizot, 2003, p. 44), y era más probable que las mujeres alemanas denunciaran a sus maridos a la Gestapo que al revés (Joshi, 2002). A veces, se trata de una cuestión de quién se desenmascara primero. En una ciudad de Guatemala, los perdedores en las elecciones se aliaron con el ejército antes que con los insurgentes (Stoll, 1993, p. 76). Resulta difícil transmitir esta idea mejor que el hombre que, después de que el ejército de la Unión entrara en el Condado de Madison en Alabama, anunció su intención de matar a su rival local y luego «tomó a algunos de los soldados unionistas y sacó todo lo que había en la casa [de aquél] y prendió fuego a todo el lugar [...]. Ha sido un gran compañero durante mucho tiempo, pero ahora ha llegado la hora de echarlo abajo» (en Ash, 1995, p. 128).

Desde la perspectiva de las divisiones «fundamentales» pueden entenderse como simultáneas formaciones simbólicas y materiales que simplifican, perfeccionan e incorporan una desconcertante variedad de conflictos locales –una visión compatible con la forma en la que los observadores, como los historiadores, se fían de una «narrativa fundamental» como medio de «construcción de la trama»– para contar una historia sencilla, convincente a partir de muchas historias complejas (Ricoeur, 1984). El concepto de alianza nos permite reintroducir la complejidad aunque de una forma teóricamente tratable. Las guerras civiles son concatenaciones de divisiones múltiples y a menudo dispares, dispuestas más o menos libremente en torno a la división fundamental. Por ejemplo, Olivier Roy (1999) interpreta la división islamistas-conservadores, de la guerra civil de Tayikistán, en 1992, en términos de lo que él denomina *mahalgera'y* o localismo. Él descompondrá esa división fundamental de la guerra civil (la religión) en un buen número de conflictos dispares junto con múltiples dimensiones tales como la de región, profesión, posición dentro de aparato estatal y etnicidad[26]. Previsiblemente, resulta más sencillo discernir

[26] La facción «islamodemocrática» incluía a grupos regionales, profesionales y étnicos como los gharmi (de la zona de Karategin), los pamiris (de la zona de Gorno-Badakhshan) e intelectuales (de la zona de Pendjikent), mientras que la «facción conservadora» estaba compuesta por leninabadis de la zona de Leninabad, koulabis de Koulab, hissaris de Hissar y los étnicamente uzbekos (O. Roy, 1999, pp. 222-225). Salibi (1988) ofrece un análisis semejante de la guerra civil libanesa.

estas dinámicas en las guerras civiles recientes que carecen del tipo de discursos modulares ofrecidos por la Guerra Fría. Ahora bien, las evidencias de las que se dispone sugieren la comunalidad de estas dinámicas; las diferencias percibidas entre los conflictos posteriores a la Guerra Fría y las guerras civiles anteriores pueden atribuirse más al fallecimiento de categorías conceptuales causadas por el final de la Guerra Fría, de las que se podía disponer con facilidad, que a la naturaleza fundamentalmente diferente de las guerras civiles anteriores a la Guerra Fría (Kalyvas, 2001). De igual modo, el hecho de que las divisiones étnicas o religiosas sean generalmente más fáciles de observar para aquellos que están fuera de las luchas de facciones puede también provocar un sesgo a la hora de dar cuenta, codificar e interpretar las evidencias.

El mecanismo de la alianza apunta a un dilema crítico tanto para los actores centrales como para los locales. Por un lado, los actores centrales han de movilizarse al nivel local, aun cuando su agenda ideológica se oponga al localismo. Por ejemplo, Gregor Benton (1999) demostrará magistralmente de qué forma los comunistas chinos pudieron penetrar en la sociedad local siguiendo los vínculos particularistas más que mediante llamamientos ideológicos abstractos[27]. Los actores centrales se dan cuenta de que sus llamadas universalistas a menudo no consiguen producir la movilización local deseada pues tales llamadas no se tienen en cuenta o ni siquiera se entienden. Al mismo tiempo, tienen también que trascender el particularismo y el localismo, porque, tal como señala James Scott (1977c, p. 222), «dentro de toda gran rebelión de la tradición con apoyo de las masas hay también una pequeña revuelta de la tradición que amenaza con usurpar aquella rebelión para sus fines restringidos».

El localismo es lo que distingue las *jacqueries* tradicionales campesinas de las insurgencias modernas y lo que paraliza a aquéllas. Friedrich Engels señalaba que los rebeldes campesinos de la Guerra de los Campesinos Alemanes de 1525 «nunca sobrepasaron los límites de las relaciones sociales y la perspectiva local» y «se hallaban confinados a su horizonte local»; él censuraba su «terco provincialismo» y su «detestable estrechez de miras», cualidades que él describía como «siempre inevitables entre las masas campesinas» que, a la larga, arruinaban su revuelta. Trotsky decía que «el cretinismo local es la maldición de la historia sobre todas las sublevaciones campesinas», y Mao criticaba el localismo en las unidades guerrilleras campesinas, «que a menudo se hallan preocupadas por consideraciones locales y

[27] Los comunistas chinos y vietnamitas constituyen un claro ejemplo a este respecto (Benton, 1999; Huan y Thireau, 1996; Hunt, 1974, p. 12), así como las insurgencias anticoloniales africanas (p. e., Finnegan, 1992, pp. 116-117).

desatienden el interés general» (en Guha, 1999, pp. 278-279). De ahí que los actores centrales traten implacablemente (aunque en grados diversos) de absorber las divisiones locales en la división fundamental. Al mismo tiempo, los actores locales se resisten a su absorción en estructuras centralizadas y jerárquicas. Aunque instrumentalmente vinculadas a la división fundamental, se esfuerzan por seguir siendo distintas y por mantener un grado de autonomía. «El campesinado ha puesto a prueba hasta lo indecible lo mismo la paciencia de los arzobispos que la de los comisarios», apunta James Scott (1977b, p. 1). La historia de muchos movimientos insurgentes es un cuento sobre la tensión entre estos fines en conflicto[28]. Vista desde esta perspectiva, la guerra civil es un proceso de «normalización» política y administrativa y la construcción del Estado puede verse como un factor externo de la guerra civil.

La relevancia de la alianza como un mecanismo que lleva las divisiones locales a la división fundamental de un conflicto es doble: en primer lugar, permite una comprensión teórica de la guerra que incorpora, más de lo que ignora, el rompecabezas de la disyunción entre el centro y la periferia y la excesiva ambigüedad que rodea a este proceso. En segundo lugar, convierte la conexión centro-periferia en una cuestión central y nos obliga a pensar de un modo más preciso acerca de las modalidades que vinculan a los distintos actores y motivaciones. Reconocer la existencia de una concatenación de divisiones locales múltiples y dispares permite la exploración de la relación entre las divisiones centrales y locales, una posibilidad excluida por la forma imperante de entender la división.

La guerra vicaria en la política internacional tiene una larga historia, desde los días del Imperio romano (Shaw, 2001) hasta la Guerra Fría. Con todo, hemos fracasado a la hora de conceptualizar la guerra civil como una proliferación y una generalización de guerras vicarias. Ahora se pueden reconciliar dentro del mismo marco analítico las motivaciones que se piensa que son contradictorias sin hacerlas un lío, tales como la acción estratégica por parte de los actores políticos y la acción oportunista por parte de los grupos y los individuos locales. La ventaja teórica de la alianza es que toma en consideración actores

[28] Documentos comunistas chinos muestran que las tropas del Ejército Rojo rechazan combatir en guerras de guerrillas en las «zonas blancas», prefiriendo quedarse en las «zonas rojas», en las que podían llevar vidas quietas y tranquilas con los residentes locales sirviéndoles de centinelas. Esta tendencia fue conocida como parroquialismo *(difang zhuyi)* (Wou, 1994, p. 140). Donald Raleigh (2002, pp. 74-108) documenta de qué modo el régimen soviético se valía de las purgas, entre otros instrumentos, para destruir la independencia de las organizaciones de partido regionales y locales. Los actores locales en Macedonia a menudo empujaban a más violencia de la que era aceptable para los actores centrales (Livanios, 1999, p. 206), etcétera.

múltiples más que actores unitarios, la agencia situada *tanto* en el centro *como* en la periferia más que sólo en uno de los dos lados, y una gran variedad de preferencias e identidades como opuestas a una común y omniabarcadora. Una implicación metodológica clave es que la cuidadosa descomposición puede preceder a la macrointerpretación. En una formulación diferente, no podemos llegar a los micromecanismos a partir del análisis de las macrovariables.

En el nivel empírico, la alianza resulta coherente con la naturaleza íntima y a menudo maliciosa de la violencia selectiva, con la endogeneidad de las divisiones respecto de la guerra y la limitada visibilidad de las divisiones locales después de la guerra. Una vez que una guerra ha terminado, la narrativa fundamental del conflicto ofrece una forma cómoda *a posteriori* de simplificar, perfeccionar y, en último término, borrar las complejidades, contradicciones y ambigüedades de la guerra. Una implicación interesante es que lo que diferencia las rebeliones premodernas de las insurgencias modernas es la ausencia de las elites urbanas y de su discurso en aquéllas. Además, muchas de las que se han denominado insurgencias posmodernas (o «no convencionales y simétricas») parecen también carecer de una conexión con elites urbanas articuladas. La alianza resulta también coherente con el descubrimiento de que el producto interior bruto per cápita de un país guarda una correlación inversa con el comienzo de la guerra civil: dado que la educación guarda una correlación con el PIB y los mensajes ideológicos requieren educación, habríamos de esperar que las alternativas a la movilización ideológica, tales como las divisiones locales, prevalecieran en las guerras civiles.

Lo que aquí se afirma es que la alianza es un mecanismo, no el único; no obstante, él es ciertamente el mecanismo de formación y articulación de la división que más ha sido pasado por alto y, tal como ya se ha señalado, reconocer el papel de las divisiones locales no supone de ningún modo abandonar el estudio de la dinámica a nivel nacional ni de las divisiones fundamentales. Centrarse en la interacción requiere un cuidadoso análisis de ambos. Si pongo el acento en la dimensión local, es sólo por haber sido pasada por alto de un modo tan ostensible.

Prestar atención a las divisiones locales resulta necesario para lograr una adecuación más estrecha entre la teoría de macronivel y de micronivel y para interpretar descubrimientos transnacionales sobre macrovariables, tales como el comienzo, la duración y el término de las guerras civiles. Por ejemplo, uno de los índices de predicción más fuertes del comienzo de la guerra civil, el producto interior bruto per cápita (Fearon y Laitin, 2003; Collier y Hoeffler, 1999), podría estar captando el efecto de las divisiones locales: Estados pobres, sin modernizar, nunca penetraron en su periferia de forma efectiva, fracasando así a la hora de reducir la prominencia de las divisiones locales (Lipset y Rokkan, 1967) y dejando tales divisiones como un recurso para que accedieran los rebeldes.

4. Conclusión

Una implicación clave de la teoría de la violencia selectiva para nuestra comprensión de las guerras civiles es que la actual insistencia en la dicotomía hobbesiana-schmittiana puede llevar a una gran confusión. En primer lugar, y frente a Schmitt, las acciones en las guerras civiles, incluida la «violencia política», no son necesariamente políticas y no siempre reflejan una profunda polarización ideológica. Las identidades y las acciones no pueden reducirse a decisiones tomadas por las organizaciones beligerantes, a los discursos que se producen en el centro y a las ideologías derivadas de la división fundamental de la guerra. De ahí que un acercamiento que proponga actores unitarios, que infiera la dinámica de la identidad y la acción exclusivamente a partir de la división fundamental y enmarque las guerras civiles en términos binarios resulte engañoso; en su lugar, las divisiones locales y la dinámica intracomunitaria deberán ser incorporadas a las teorías de la guerra civil, tal como quedaba ilustrado por la teoría de la violencia selectiva. En segundo lugar, y frente a Hobbes, la guerra civil no puede reducirse a un mero mecanismo que abre las compuertas a una violencia privada aleatoria y anárquica. La violencia privada se ve constreñida, por lo general, por la lógica de la alianza y el control; es decir, por las elites nacionales y los actores supralocales. La guerra civil fomenta un proceso de interacción entre actores con identidades e intereses distintos. Será la convergencia entre motivos locales e imperativos supralocales la que le dote a la guerra civil de su carácter íntimo y la que lleve a la violencia conjunta que se encuentra con una pierna a cada lado de la división entre lo privado y lo político, entre lo colectivo y lo individual.

CONCLUSIÓN

Μόχθος δ' εκ μόχθων άσσει
(Las desgracias son consecuencia de las desgracias).
Eurípides, *Ifigenia en Táuride.*

Este libro ha presentado una teoría y unas evidencias con las que demostrar que hay una lógica en la violencia que se da en las guerras civiles y que la violencia contra los civiles no puede reducirse a una opaca locura. Shakespeare y Goethe tuvieron la intuición correcta: hay lógica en la locura y el infierno tiene sus leyes. La popularidad de la idea de que la violencia resulta impenetrable ha contribuido a una proliferación de explicaciones de la violencia, llenas de aspavientos, que enfatizan emociones, ideologías y culturas colectivas pero que tienen un bajo poder explicativo. Al mismo tiempo, la lógica de la violencia en las guerras civiles resulta ser muy diferente de las interpretaciones más extendidas pero bastante tautológicas que postulan que la violencia se usa porque «es provechosa». Estas visiones confunden la racionalidad de las elecciones con lo óptimo de los resultados y derivan aquéllas de esto y viceversa.

En lugar de eso, el objetivo de este libro ha sido el de especificar con exactitud si la violencia «es provechosa» y cómo, cuándo, dónde y para quién. Dicho de un modo sencillo, la violencia indiscriminada es un atajo informativo que puede resultarles contraproducente a aquellos que se valen de él; la violencia selectiva es producida conjuntamente por actores políticos que buscan información y por civiles individuales que tratan de evitar lo peor pero aferrándose también a las oportunidades que les permite su difícil situación. En ambos ejemplos, la violencia no es nunca un simple reflejo de la estrategia óptima de los que la usan; su carácter profundamente interactivo rechaza

la simple lógica de maximización a la vez que produce resultados sorprendentes tales como la relativa no violencia de las «líneas de frente» de la guerra civil.

En un nivel más abstracto, me he preguntado por qué las guerras civiles producen una violencia que tiende a asumir de forma simultánea un carácter altamente brutal y profundamente íntimo. ¿Es acaso la violencia un reflejo de la naturaleza humana, tal y como señalaron Tucídides y Hobbes? ¿O tal vez se trata de una expresión de profundas divisiones políticas que convierten a los individuos en enemigos mortales, tal y como señalaba Schmitt? Estas cuestiones se plantean en un nivel de generalidad demasiado alto y este libro no las estudia de forma directa; no obstante, ofrece ideas teóricas y evidencias empíricas que cuestionan el vínculo exclusivo entre la violencia de guerra civil y tanto la predisposición a la crueldad como las pasiones políticas intensas.

Poner el foco de forma abrumadora sobre las metáforas de la anarquía y la polarización no ha hecho dejar de lado la dimensión crítica de las guerras civiles: el hecho de que ellas ofrezcan poderosos incentivos para la producción de violencia «indirecta» mediante civiles «ordinarios». Para la gran cantidad de gente que no está sedienta de sangre de un modo natural y que aborrece el verse implicada en la violencia de forma directa, la guerra civil ofrece unas oportunidades irresistibles para hacerles daño a los enemigos de todos los días. Es esta banalidad de la violencia, por parafrasear a Hannah Arendt, la que les da a las guerras civiles una buena parte de sus espantosas connotaciones.

Más que limitarse a politizar la vida privada, la guerra civil actúa también en el sentido opuesto: privatiza la política. La guerra civil a menudo transforma los agravios locales y personales en violencia letal; una vez que ello ocurre, esta violencia se dota a sí misma de un significado político que podrá naturalizarse de forma instantánea en identidades nuevas y perdurables. Típicamente, los orígenes triviales de estas nuevas identidades se pierden en la niebla de la memoria o se reconstruyen de acuerdo con la nueva política fomentada por la guerra.

De ello, se seguirán dos implicaciones generales: primero, no habría de haber ninguna diferencia fundamental en la aversión a la violencia directa o en el deseo de hacer daño a los enemigos de uno entre la gente de países que experimentan guerras civiles y la gente de aquellos que no las experimentan; segundo, la guerra es un fenómeno transformador[1], y la guerra civil aún más. El advenimiento de una guerra transforma las preferencias, las elecciones, el comportamiento y las identidades de los individuos y la forma principal en la que la guerra civil ejerce su función transformadora es mediante la violen-

[1] Un punto señalado, entre otros, por George Kennan (1951).

cia. En otras palabras, hay algunas formas en que la violencia actúa como una variable independiente. Esta idea no es demasiado nueva; ahora bien, resulta sorprendente lo poco que ha influido sobre las recientes investigaciones sobre las guerras civiles.

El trabajo más reciente sobre las guerras civiles consiste en estudios de tamaño sobre el estallido, la duración y el final de las guerras civiles. A diferencia de este trabajo tan valioso, yo he estudiado la dinámica de la violencia una vez que las guerras civiles han comenzado y, a diferencia de este libro, estas teorías apenas tienen nada que decir sobre la violencia; ellas la tratan como un resultado automático de la guerra que, por sí solo, no merece un estudio. Se trata de un descuido coherente, que se relaciona con el tema más amplio de las prácticas actuales en ciencias políticas que consideran el estatus causal de las preferencias, las estrategias y las identidades.

De todas formas, hay algunas implicaciones derivadas de este libro que pueden resultarles útiles a las teorías existentes sobre las guerras civiles. Primero, a menudo se ignora que las guerras civiles son procesos altamente «endógenos». Las preferencias, las estrategias, los valores y las identidades colectivas e individuales se forman y se reforman de continuo en el curso de una guerra. La lealtad, la deslealtad y el apoyo popular no pueden asumirse como algo endógeno y fijo. De ahí que las teorías que asumen que los actores y las preferencias permanecen congelados en sus manifestaciones previas a la guerra y confían en esta idea para explicar aspectos diversos de las guerras civiles, tales como su comienzo, su duración o su término, estarán sesgadas. Este sesgo se refuerza mediante la tendencia a deducir los actores, las preferencias y las identidades de preguerra de las «narrativas fundamentales» de las guerras civiles. Es decir, estas narrativas simplificarán la complejidad de las guerras civiles[2]. No obstante, el hecho de que las guerras civiles sean procesos de construcción estatal quiere decir que es probable que sus «narrativas fundamentales» estén contaminadas por el resultado de la guerra: ellas estarán distorsionadas y quedarán borradas sus ambigüedades y contradicciones[3]. A menudo, la hegemonía de tales narrativas es tan poderosa que hasta los investigadores que recogen informes detallados tienden a dejar de lado o a restar importancia a sus hallaz-

[2] Ésta es la razón por la que los motivos no étnicos que se encuentran por detrás de buena parte de la violencia, en las guerras «étnicas», tales como el robo y la toma de posesión de los apartamentos de los vecinos, tienden a ser pasados por alto y la etnicidad se convierte en «la categoría central con la que la gente sobre el terreno narra y comprende la violencia de la guerra» (Dale, 1997, p. 91).

[3] De hecho, los estudios académicos a menudo comparten con las «historiografías oficiales» la tendencia a borrar las inquietantes divisiones internas, «fisuras de clase, actos de traición o iniciativas campesinas que eran independientes del control de la elite», y a suavizar «las dentadas aristas del pasado» (Swedenburg, 1995; Kedward, 1993, p. 160).

gos porque no se adecuan a los marcos existentes. Por ejemplo, la observación de que un gran montante de violencia fluye desde las disputas privadas ha sido referido con profusión y simultáneamente marginalizado. Como resultado de esto, es probable que las teorías sobre el comienzo de las guerras civiles basadas en estos informes hagan derivar sus causas de sus consecuencias.

Segundo, los individuos se hallan, sencillamente, ausentes de las teorías actuales sobre las guerras civiles. Cuando no se encuentran agregados a grupos («los serbios», «el pueblo») cuyas acciones son dirigidas por otros, se los retrata como víctimas de la violencia. Hay una tendencia a ver la violencia como algo que se impone externamente sobre civiles desprevenidos y, por lo tanto, inocentes; una perspectiva reforzada por el discurso de los derechos humanos y reproducida en teorías instrumentalistas del conflicto étnico según las cuales los individuos están perpetuamente manipulados por los políticos. En resumen, los individuos tienden a ser vistos como objetos más que como sujetos de la violencia. Esta perspectiva queda sucintamente expresada en diversos refranes sobre proverbiales hormigas cogidas entre elefantes o búfalos que se pelean. Sin embargo, los individuos no pueden ser tratados simplemente como actores pasivos, manipulados o invisibles; en lugar de eso, ellos a menudo manipulan a los actores centrales para que los ayuden a luchar en sus propios conflictos. En resumen, ellos han de ser incorporados de forma explícita a las teorías de la guerra civil en formas que reflejen la complejidad de su participación.

Tercero, muchos trabajos dejan de lado el hecho de que no hay ningún solapamiento necesario entre los microniveles y los macroniveles. El reciente énfasis en el macronivel supone que las dinámicas «sobre el terreno» se perciben como una manifestación local bastante irrelevante del macronivel. Los actores locales son vistos como réplicas locales de los actores centrales y estudiarlos se justifica sólo sobre la base de la historia local o el interés anticuario. Este descuido tiene diversas causas: una división del trabajo que separa las tareas de la recogida de evidencias en el micronivel e interpretar macrodinámicas, una preferencia epistémica que marginaliza lo particular y la interpretación de la dinámica del micronivel en el lenguaje de la división fundamental. El resultado es una idea de los actores políticos como unitarios y una derivación de motivos individuales desde las decisiones de las elites junto con los temas «modulares» de la religión, la etnicidad o la clase. No obstante, la disyunción entre las divisiones centrales y locales suscita serias dudas sobre la validez de tales inferencias. En otras palabras, la violencia en una «guerra étnica» o «de clase» no es automática ni es necesariamente violencia étnica o de clase. Ello no quiere decir que las alianzas étnicas, religiosas o de clase sean falsas o irrelevantes sino, más bien, que su efecto varía de forma considerable a lo largo del tiempo y del espacio dentro de la misma guerra civil y que su consolidación es, a menudo, el resultado más que la causa de la violencia.

El proceso de inferir la dinámica sobre el terreno del macronivel generará probablemente inferencias sesgadas, de un modo que resulta paralelo al problema bien conocido de la falacia ecológica. Es decir, las bases populares son confusas. Esta «confusión local» puede ser pasada por alto si el único objetivo es un informe macrohistórico simplificado que se desea para una amplia audiencia; no obstante, el riguroso análisis teórico y empírico de la guerra civil resulta imposible en ausencia de una minuciosa atención a la dinámica del micronivel. De igual modo, resulta incorrecto explicar el comportamiento de los individuos refiriéndose únicamente a las acciones de las elites o de «grupos» vagos. La relación entre los individuos y las elites resulta variable en el tiempo y en el espacio. Resulta que las teorías de la guerra civil han de incorporar un análisis a muchos niveles que dé cuenta, de forma simultánea, de la interacción entre las elites rivales, entre las elites y la población y entre los individuos. No hacer eso distorsionará el análisis y pasará por alto los mecanismos que median entre las oportunidades y las coacciones en el centro y la periferia.

La mala interpretación frecuente de la dinámica del micronivel ha contribuido a la producción de microfundamentos que, o bien están sin verificar (es decir, «estilizados»), o bien son falsos; también ha llevado a conceptualizaciones demasiado globales de variables que son típicamente vulnerables a problemas de equivalencia observacional. Por ejemplo, el PIB per cápita resulta coherente con algunos mecanismos del comienzo de las guerras civiles; la capacidad estatal resulta coherente con muchos tipos de asignación de recursos; pese a lo que a menudo se afirma, las motivaciones individuales para adherirse a los movimientos rebeldes rara vez son tan sólo una manifestación de un «agravio» o una expresión de «avidez», y esa adhesión a menudo no conlleva ningún problema de acción colectiva en absoluto; la anarquía es típicamente la metáfora equivocada para la situación sobre el terreno; el miedo no tiene por qué llevar a la violencia; las decisiones de la elite se hallan lejos de ser la causa única de la violencia; la fuente del control no ha de encontrarse necesariamente en las preferencias populares, etc. Dicho de otro modo, las conceptualizaciones y los microfundamentos han de emerger de una investigación cuidadosamente empírica más que de hechos dudosos estilizados.

Además de ser necesario para una comprensión adecuada de las guerras civiles, el foco en la dinámica endógena de la guerra civil señala a implicaciones políticas potenciales que no dependen exclusivamente de un análisis de la política de preguerra. Reducir la violencia requiere tanto acción local como acción en el centro. Al menos, a

corto y medio plazo, jugar con el control local podría ser una forma más eficiente de conseguir paz y estabilidad que invertir en un cambio masivo de actitudes. A partir de esta perspectiva, la incorporación de una medida operacional de control debería convertirse en una prioridad para las operaciones de pacificación y de construcción de la paz. La distribución de las tropas y, en especial, los recursos administrativos deberían estar basados en una comprensión clara del equilibrio local del control. A la inversa, usurpar el control local de un actor armado sin mandato alguno o sin capacidad para proteger agresivamente a los «desertores» civiles puede provocar un daño muy serio. De igual modo, dado que la violencia selectiva se produce de forma conjunta, los pacificadores deberían acercarse a los civiles como agentes y tener en cuenta su conducta cuando diseñan las estrategias de construcción de la paz. Y, dado que los civiles son a menudo perpetradores de la violencia activos aunque indirectos, arreglárselas con la violencia pasada se convierte en un asunto mucho más complicado de lo que ya es de por sí[4].

Centrarse en la dinámica endógena de la guerra civil tiene también implicaciones metodológicas. Fundamental entre éstas es la importancia de la desagregación, al nivel tanto de la teoría como de la investigación empírica. Por ejemplo, preguntar por las causas de una guerra civil no es lo mismo que preguntar qué es lo que causa la violencia dentro de una guerra civil; el estudio de la formación de nuevos grupos armados no es lo mismo que el estudio del reclutamiento de la gente por grupos armados ya formados, etc. Generar intuiciones fuertes sobre los microfundamentos y ponerlas a prueba con datos fiables debería ser un requisito previo para la investigación en el macronivel. Hay mucho de lo que podemos aprender apreciando la «confusión» de las guerras civiles y los diseños de investigación subnacional pueden ser muy útiles a este respecto.

La complejidad inherente a la guerra civil hace también que sea productivo el eclecticismo metodológico, tal y como este libro ha pretendido mostrar. Mientras que los investigadores macroorientados han ignorado la complejidad local, los investigadores armonizados con las bases populares fracasan constantemente a la hora de sistematizar y teorizar sobre la dinámica local que narran. Este libro demuestra que las teorías analíticas abstractas pueden arrojar luz sobre las evidencias que se pensaba que eran triviales o que pertenecían tan sólo al marco

[4] Una implicación fascinante al considerar la reintegración de combatientes en sus comunidades es la que sigue: en tanto que ellos pueden tener información sobre quién denunció a quién, su vuelta puede probarse conflictiva, exacerbar el conflicto local y desestabilizar a las comunidades. Éste es un aspecto que no ha sido pronunciado en estudios de desmovilización y reintegración. Le agradezco a Ana Arjona el que me haya apuntado esto.

local; él pondrá el acento sobre el significado teórico de las evidencias que se juzgaban «marginales» sobre la base de los marcos de comprensión vigentes y exige su incorporación al trabajo teórico; ello sugiere formas en las que puedan utilizarse las evidencias etnográficas para aplicarse a implicaciones empíricas bien definidas de teorías abstractas y muestra que puede combinarse con diversas herramientas, incluido el análisis estadístico; exigirá la recolección de datos tanto en resultados globales como en procesos reales, y ello demostrará la necesidad y la posibilidad de someter a evaluación directa a los mecanismos planteados como hipótesis, que conectan variables independientes y dependientes, más que limitarse a postular nexos y a darlos por sentados.

Hace unos pocos años, presenté algunos de mis descubrimientos a una audiencia griega, que, cegada por el sesgo partisano, se resistía a aceptar el hecho de que los luchadores de la resistencia griega hubieran asesinado a muchos civiles griegos inocentes. Un intelectual público local se levantó enfadado para decirme que se sentía trastornado por mi charla; entonces me preguntó cuáles eran los «verdaderos motivos» de mi investigación. Escribiendo este libro, he estado guiado por la curiosidad intelectual acerca de una faceta particularmente inquietante y opaca del comportamiento humano. Este libro habrá conseguido su objetivo si logra inspirar un programa de investigación dirigido al análisis riguroso de la microdinámica de las guerras civiles. No obstante, si consigue contribuir al esfuerzo de que decrezca la violencia de las guerras civiles, habrá logrado mucho más de lo que nunca me hubiera propuesto o de aquello que de un modo razonable podía esperar.

APÉNDICE A: FUENTES DE DATOS

1. Archivos

Los archivos a menudo resultan de un valor limitado en el estudio de la violencia de las guerras civiles, puesto que buena parte de la violencia queda, sencillamente, sin registrar (Klinkhammer, 1997, p. xi; Roy, 1994, p. 5). Los archivos de los países en desarrollo (en los que tienen lugar la mayoría de las guerras civiles) son a menudo reducidos y cuentan con un mantenimiento pobre. Algunos archivos griegos, por ejemplo, o bien son inaccesibles, o bien están en unas condiciones muy precarias[1]. Yo tuve la gran fortuna de encontrar una fuente archivística de primer orden: los archivos judiciales para las cortes penales de todo el Peloponeso oriental[2]. Aunque el archivo estaba sin catalogar en la época en la que llevé a cabo mi investigación, contiene documentos de todos los tribunales del Peloponeso oriental, referidos a procesos criminales que tuvieron lugar después de 1945. Entre el 80 y el 90 por 100 de los procesos criminales entre 1945 y 1950 se referían, o bien a crímenes de la época de la guerra cometidos por la resistencia comandada por los comunistas (que constituía la mayor parte de estos procesos), o bien a crímenes de posguerra cometidos

[1] Según un historiador de Grecia, «el estado de los archivos de Grecia es una desgracia nacional [...]. Una investigación prolongada del periodo de la guerra resulta casi imposible sobre la única base de los archivos griegos» (Mazower, 1993, p. 423). La mayoría del material de archivo referido a la guerra civil, incluidas las decenas de miles de archivos de la policía, se destruyó en 1989 para celebrar la reconciliación nacional simbolizada por la formación de un gabinete de coalición ala derecha-comunistas.

[2] Al principio ubicados en el Tribunal de Apelación de Nafplio, estos archivos se transfirieron en 1998 al Archivo Histórico de la Argólida. Yo hice uso también de los archivos municipales de la ciudad de Nafplio.

por milicias derechistas. El archivo contiene también los documentos de la Corte Especial de Colaboradores [Eidikon Dikastirion Dosilogon] para la Argólida, un tribunal para juzgar a individuos acusados de colaboración con las autoridades de ocupación. La mayoría de los archivos incluyen extensos sumarios de los juicios; sin embargo, un número sustancial de ellos contiene los archivos de los procesos al completo, incluyendo las acusaciones relevantes, las declaraciones normales y juradas y los registros de los interrogatorios, así como materiales suplementarios tales como registros policiales, periódicos, cartas y fotografías.

El principal problema a la hora de usar las evidencias judiciales se encuentra en los sesgos que les son inherentes. La justicia en la Grecia de posguerra estaba sesgada contra la izquierda (Delaportas, 1978). Como en muchos otros escenarios de guerra civil, prevalecía la justicia del vencedor (p. e., Auman, 1984, p. 91); «rumores y culpabilidad por asociación» (Fellman, 1989, p. 47) eran, en muchos casos, la evidencia principal. Los testigos de la acusación a menudo exageraban la culpabilidad de los acusados, implicaban a gente inocente y se exoneraban de sus propias acciones. Todos los participantes, defensores, querellantes y testigos tenían un incentivo para testificar en formas que maximizaran la extracción de resultados favorables. El testimonio de los acusados es, a menudo, exculpatorio y mendaz, tergiversando las motivaciones, restando énfasis a las causas políticas, arrepintiéndose, etcétera[3].

A pesar de sus defectos, los documentos judiciales son una fuente importante. Ellos requieren un examen y un sopesamiento cuidadoso. Dado que las mentiras y las tergiversaciones tienden a «seguir patrones», resulta posible ver a través de ellas[4]. La verificación con otras fuentes resulta esencial. Cuando se evalúan de forma crítica, las fuentes judiciales ofrecen una descripción densa de los acontecimientos violentos y de los actores, incluyendo cronologías detalladas. A menudo, ellos son la única fuente[5]. Con frecuencia, incluyen extensos memorandos escritos por los acusados, que ofrecen contrapuntos útiles a los argumentos de la acusación. Hasta los defectos pueden ser útiles: los tipos de argumentos que se admiten en el tribunal son en sí mismos preciosas piezas de información. Por ejemplo, un argumento recurrente hecho por los acusados fue que no era posible que uno estuviera implicado en la muerte de una persona si no la conocía personalmente, lo que sugiere que se asumía de forma crucial y creíble –pero no expresada– que una buena parte de la violencia se ejercía entre gente que se conocía. Michael Schroeder (1996, p. 409) descubrió que, «a pesar de su lenguaje parco y estéril», las fuentes judiciales en Nicaragua «son documentos extraordinarios [que] ofrecen una visión de la política rural que rara vez se ve o siquiera se percibe por parte de los observadores foráneos». Ésta fue también mi experiencia.

En resumen, las fuentes judiciales no son meros recitados de crímenes y veredictos sino que más bien incluyen un material muy rico que permite una interpretación sutil. Ésta es la razón por la que son una herramienta crítica para los historiadores (Hobsbawn, 2001, p. xvii). De hecho, se las ha usado con éxito en numerosos estudios que han tratado tanto la violencia política (p. e., D. Anderson, 2005; Joshi, 2003; Jan Gross, 2001; Della Porta, 1995; Browning, 1992; Gellately, 1991; Ortiz Sarmiento, 1990; Fellman, 1989; Jankowski, 1989; Lucas, 1983; McCoy, 1980; Cobb, 1972) como la violencia criminal rural (Gould, 2003; Gambetta, 1993).

Además de los archivos judiciales, consulté los archivos del Partido Comunista Griego y del ejército griego; los dos son incompletos y sólo han estado disponibles desde hace muy poco, pero contienen una información útil sobre la Argólida. También examiné los archivos tanto del Foreign Office como del Special Operations Executive británicos, ubicados en la Oficina de Documentos Públicos (Public Records Office) en Londres. Ambas instituciones tuvieron un gran interés en los asuntos griegos porque Grecia era considerada dentro de la esfera de influencia británica. De hecho, los informes de agentes del SOE en la Argólida durante 1943-1944 complementan a otras fuentes locales. También estudié detallados informes de la Misión Aliada para la Observación de las Elecciones Griegas (AMFOGE). Finalmente, hice un uso limitado del material archivístico centrado en la situación militar de la Argólida procedente del ejército alemán y de la justicia militar alemana.

[3] Fellman (1989, pp. 49-50) descubrió que, en el Misuri de la guerra civil, «la mayoría de los guerrilleros y de los simpatizantes de la guerrilla mentía sobre su implicación, cuando eran arrestados e interrogados por las autoridades de la Unión. La fórmula para negar y quitar importancia a su implicación era la de proclamar que a uno lo habían obligado y lo habían amenazado para que proporcionara ayuda o que había sido reclutado al servicio de la guerrilla de forma involuntaria [...]. Hacerse el sueco, minimizar el grado de implicación, negar que habían dado información sobre las actividades de la Unión, insistir en que el no acatar las exigencias de la guerrilla se pagaba con el robo por parte de la guerrilla, poner el énfasis en el miedo a la destrucción y profesar todo el tiempo una lealtad activa a la Unión eran tácticas estándar de defensa».

[4] Jankowski (1989, pp. 173-174) ofrece un conjunto útil de reglas prácticas sobre la verificación del contenido de las motivaciones declaradas. Él advierte que hay un «margen de error en el análisis colectivo de las motivaciones, haciendo fiables las conclusiones sólo si los patrones y los números son lo suficientemente altos y claros como para fiarse. De otro modo, las conclusiones habrán de modificarse».

[5] Reflexionando sobre las fuentes disponibles para la Polonia ocupada por los nazis, Jan Gross (1979, p. 44) señala que, «sobre el periodo, nunca se escribiría historia alguna si se insistiese en usar tan sólo materiales de una veracidad irreprochable».

Maurice Halbwachs (1968) señaló que, en periodos de crisis nacional, la historia nacional se conecta directamente con la historia personal. O, más aún, la historia personal capta muchos aspectos que normalmente se dejan fuera de los informes oficiales y de las historias nacionales. Los historiadores, señala Ramón Sender Barayón (1989, p. 115) sobre la guerra civil española, «han hecho crónicas de combates gloriosos. Pero era la angustia de las familias lo que encerraba la verdadera saga de la humanidad». Mediante la captación de tales aspectos personales del conflicto, los recuerdos orales actúan como un correctivo necesario del sesgo urbano. De acuerdo con esto, ellos constituyen una de las fuentes fundamentales para este libro. Pasé 10 meses en la Argólida entre 1997 y 1999[6]; por otra parte, en 2000, dirigí un trabajo de campo de tres meses en Almopia (combinado con investigación de archivo en el tribunal militar de Tesalónica). En conjunto, dirigí 215 entrevistas grabadas, de las cuales 116 fueron con personas que residían en la Argólida, 35 con personas residentes en Almopia y el resto con gente de otras partes de Grecia. La figura A.1 muestra fotografías que tomé de algunos de los entrevistados. La tabla A.1 incluye una lista completa de los entrevistados, su lugar de origen y una breve descripción.

Además de eso, dirigí algunas entrevistas formales pero no grabadas y estuve en innumerables conversaciones informales sobre la guerra civil. Las entrevistas eran conversaciones que se hacían en casa, estructuradas, abiertas y en profundidad, que duraban entre una y cuatro horas; también dirigí algunos pequeños grupos de discusión, por lo general, en un escenario público (cafeterías y plazas públicas). Me dirigía a mis informantes mediante un «muestreo de bola de nieve» en el que los contactos iniciales sugieren los siguientes. Dada la naturaleza tan sensible del asunto, nunca traté de hacer una entrevista sin una introducción previa o recomendación por parte de un pariente o amigo del informante.

Resulta importante recalcar aquí que no me limito a las «víctimas». Aunque mis informantes no constituyen una muestra representativa, sí que incluyen (en el caso de la Argólida) a toda persona informada que pude identificar y entrevistar durante mi trabajo de campo (habiendo pasado medio siglo desde el final de la guerra civil, la mayoría de los participantes ya no viven). Todos los pueblos de la región aparecen representados. Entrevisté tanto a mujeres como a hombres, a participantes activos (con competencias diversas: cuadros políticos y militares de nivel bajo y medio, soldados, colaboradores de diversos mati-

[6] El verano de 1997 (tres meses), el invierno de 1998 (dos meses), el verano de 1998 (tres meses) y el verano de 1999 (dos meses).

Figura A.1. Entrevistados de Thiriopetra (Almopia), Tseria (Mesenia) y Prosimni (Argólida).

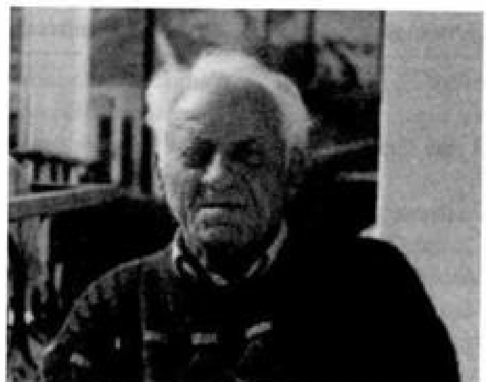






Tabla A.1. Entrevistas.

Número de entrevista	Lugar de origen del entrevistado	Breve descripción del entrevistado
1	Efkarpia, Serres	Campesina; el marido fue guerrillero DSE
2	Aghia Triada, Emacia	Padre, hermanos y hermanas eran guerrilleros DSE
3	Platanorevma Servion, Kozani	Guerrillero ELAS y DSE
4	Midea, Argólida	Delegado regional EAM
5	Midea, Argólida	Marido fue guerrillero ELAS
6	Anifi, Argólida	Hermano fue guerrillero ELAS
7	Anifi, Argólida	Delegado local EAM
8	Anifi, Argólida	Hijo de líder regional EAM
9	Vrousti, Argólida	Campesino; asociación con BS
10	Evandro, Arcadia	Campesino
11	Koutsopodi, Argólida	Campesino; miembro EAM
12	Fichtia, Argólida	Delegado local EAM
13	Cheli, Argólida	Campesino
14	Cheli, Argólida	Campesino
15	Cheli, Argólida	Campesino
16	Cheli, Argólida	Campesino
17	Cheli, Argólida	Pastor
18	Asini, Argólida	Campesino
19	Limnes, Argólida	Campesino
20	Aghios Andrianos, Argólida	Campesino; activista de derechas
21	Midea, Argólida	Campesino
22	Eleochori, Arcadia	Campesino; simpatizante EAM
23	Eleochori, Arcadia	Estudiante
24	Eleochori, Arcadia	Campesino
25	Eleochori, Arcadia	Campesino
26	Kastri, Arcadia	Campesino; simpatizante EAM
27	Kastri, Arcadia	Campesino
28	Kastri, Arcadia	Delegado BS
29	Kastri, Arcadia	Guerrillero ELAS, luego soldado BS
30	Kastri, Arcadia	Delegado regional EAM
31	Kastri, Arcadia	Campesino
32	Nikiti, Chalkidiki	Campesino; miembro de la milicia local

Número de entrevista	Lugar de origen del entrevistado	Breve descripción del entrevistado
33	Nikiti, Chalkidiki	Oficial DSE
34	Kosmas, Arcadia	Hija de líder regional EAM
35	Kastri, Arcadia	Oficial del ejército
36	Kastri, Arcadia	Campesino
37	Kastri, Arcadia	Campesino
38	Kastri, Arcadia	Campesino
39	Tseria, Mesenia	Guerrillero ELAS
40	Tseria, Mesenia	Campesino; colaborador EAM/DSE
41	Kambos Avias, Mesenia	Colaborador EAM; reclutado por una banda derechista
42	Malta, Mesenia	Reclutado por una banda derechista
43	Vromivrisi, Mesenia	Estudiante
44	Kopanaki, Mesenia	Campesino
45	Handrinos, Mesenia	Campesino
46	Malandreni, Mesenia	Campesino
47	Leonidio, Corintia	Campesino
48	Gralista, Karditsa	Campesino
49	Neos Pyrgos, Eubea	Comerciante
50	Tatari, Karditsa	Estudiante
51	Kerasia, Acaya	Estudiante
52	Malandreni, Argólida	Guerrillero ELAS
53	Pirgela, Argólida	Simpatizante EAM
54	Lefkakia, Argólida	Soldado BS
55	Argos, Argólida	Miembro KKE
56	Kranidi, Argólida	Campesino
57	Kranidi, Argólida	Campesino, simpatizante EAM
58	Mikines, Argólida	Líder aldeano EAM
59	Achladokambos, Argólida	Campesino
60	Lirkia, Argólida	Colaborador EAM
61	Kapareli, Argólida	Campesino
62	Irakleio/Argos, Corintia/Argólida	Campesino; hijo de un colaborador BS
63	Skinochori, Argólida	Campesino
64	Korakovouni, Arcadia	Campesino; miembro joven EAM

Tabla A.1. Entrevistas *(cont.)*.

Número de entrevista	Lugar de origen del entrevistado	Breve descripción del entrevistado
65	Kalivia, Corintia	Campesino
66	Douka, Argólida	Pastor
67	Skotini, Argólida	Guerrillero DSE
68	Kalivia, Corintia	Campesino
69	Kalivia, Corintia	Simpatizante EAM
70	Prosymna, Argólida	Guerrillero ELAS
71	Tatsi, Argólida	Campesino
72	Monastiraki, Argólida	Líder de banda derechista
73	Monastiraki, Argólida	Campesino
74	Monastiraki, Argólida	Campesino
75	Manesi, Argólida	Joven miembro EAM; hijo de un líder aldeano EAM
76	Aghios Andrianos, Argólida	Campesino
77	Manesi, Argólida	Guerrillero ELAS/DSE
78	Malandreni, Argólida	Líder aldeano EAM, miembro KKE
79	Kapareli, Argólida	Líder aldeano EAM
80	Asini, Argólida	Campesino
81	Panariti, Argólida	Hijo de un líder aldeano de la EAM
82	Poulakida, Argólida	Guerrillero EAS/DSE
83	Pournaria, Arcadia	Guerrillero DSE
84	Poulakida, Argólida	Miembro KKE, luego disidente; colaborador BS
85	Argos, Argólida	Líder de banda derechista
86	Nea Tirintha, Argólida	Campesino
87	Nafplio, Argólida	Estudiante
88	Lefkakia, Argólida	Campesino
89	Cheli, Argólida	Líder de banda derechista
90	Athikia, Corintia	Campesino
91	Karia, Argólida	Delegado EAM/KKE
92	Midea, Argólida	Miembro OPLA
93	Midea, Argólida	Campesinos (colectivo)
94	Iraklio, Corintia	Gendarme
95	Methochi, Argólida	Campesino
96	Methochi, Argólida	Campesino
97	Methochi, Argólida	Campesino
98	Stemnitsa, Arcadia	Campesino

Número de entrevista	Lugar de origen del entrevistado	Breve descripción del entrevistado
99	Frousiouna, Argólida	Delegado local EAM
100	Frousiouna, Argólida	Guerrillero ELAS
101	Kefalovriso, Argólida	Campesino
102	Fichtia, Argólida	Delegado local EAM
103	Borsa, Argólida	Campesino
104	Midea, Argólida	Campesina; hermana de líder OPLA
105	Amigdalitsa, Argólida	Guerrillero, ELAS/DSE
106	Amigdalitsa, Argólida	Campesino
107	Inachos, Argólida	Guerrillero ELAS
108	Anifi, Argólida	Campesino
109	Lalouka, Argólida	Colaborador EAM; el hermano fue guerrillero DSE
110	Limnes, Argólida	Campesino
111	Ireo, Argólida	Campesino
112	Tristrato/Inachos, Argólida	Campesino
113	Achladokambos, Argólida	Estudiante
114	Achladokambos, Argólida	Líder local BS
115	Tristrato/Inachos, Argólida	Líder local EAM; soldado del Ejército Nacional
116	Skinochori, Argólida	Campesino
117	Karia, Argólida	Delegado local EAM
118	Niochori, Argólida	Campesino
119	Aghia Triada, Argólida	Campesino
120	Aghia Triada, Argólida	Campesino
121	Aghia Triada, Argólida	Campesino
122	Aghia Triada, Argólida	Campesino
123	Argoliko, Argólida	Soldado de elite
124	Kourtaki, Argólida	Delegado local EAM
125	Manesi/Kourtaki, Argólida	Colaborador EAM
126	Nea Kios, Argólida	Delegado local EAM
127	Neo Ireo, Argólida	Campesino
128	Neo Ireo, Argólida	Campesino
129	Skafidaki, Argólida	Campesino

Tabla A.1. Entrevistas *(cont.)*.

Número de entrevista	Lugar de origen del entrevistado	Breve descripción del entrevistado
130	Prosymna, Argólida	Campesino
131	Dalamanara, Argólida	Campesino
132	Monastiraki, Argólida	Campesino
133	Nemea, Corintia	Campesino
134	Aghios Nikolaos/ Platani, Argólida	Campesino
135	Aghios Nikolaos/ Platani, Argólida	Campesino
136	Nea Epidavros, Argólida	Campesino
137	Nea Epidavros, Argólida	Campesino
138	Nea Epidavros, Argólida	Campesino
139	Asini, Argólida	Comandante militar regional BS
140	Miloi, Argólida	Colaborador EAM
141	Pirgela, Argólida	Campesino
142	Anifi, Argólida	Campesino
143	Anifi, Argólida	Campesino
144	Gimno, Argólida	Campesino
145	Krioneri/Kefalari, Argólida	Campesino
146	Krioneri/Kefalari, Argólida	Campesino
147	Elliniko/Krioneri, Argólida	Campesino
148	Krioneri/Zonga, Argólida	Campesino
149	Partheni, Arcadia	Guerrillero ELAS/DSE
150	Arachovitsa-Chochlia, Euritania	Campesino
151	Mavronoros, Ioánnina	Campesino
152	Nifi, Cefalonia	Hija de un delegado local EAM
153	Drepano, Argólida	Hijo de un líder aldeano EAM
154	Kiveri, Argólida	Líder aldeano EAM
155	Kiveri, Argólida	Campesino
156	Kiveri, Argólida	Campesino
157	Nemea, Corintia	Delegado EAM
158	Riza, Corintia	Líder de escuadrón OPLA
159	Alonakia, Kozani	Campesino, entonces gendarme
160	Cheli, Argólida	Soldado BS
161	Aghios Stefanos, Argólida	Campesino
162	Gimno, Argólida	Campesino
163	Nea Zoi, Emacia	Campesino
164	Velvendo, Kozani	Estudiante
165	Tesalónica	Gendarme
166	Tesalónica	Ama de casa
167	Omali, Kozani	Campesino
168	Omali, Kozani	Campesino
169	Glykokerasia, Kozani	Campesino miembro de la milicia local
170	Velvendo, Kozani	Estudiante
171	Korrisos, Kastoriá	Delegado local EAM
172	Stavrochori, Kilkís	Campesino
173	Foustani, Almopia	Campesino
174	Kostantia, Almopia	Campesino
175	Thiriopetra, Almopia	Campesino
176	Notia, Almopia	Guerrillero ELAS y DSE
177	Exaplatanos, Almopia	Campesino
178	Thiriopetra, Almopia	Luchador BS, luego miembro de la milicia local
179	Ida, Almopia	Campesinos; soldados del batallón macedónico ELAS
180	Perikleia, Almopia	Campesino
181	Horma, Almopia	Campesino
182	Chrisi, Almopia	Campesino
183	Theodoraki, Almopia	Campesino
184	Milia, Almopia	Campesino
185	Archaggelos, Almopia	Campesino
186	Polykarpi, Almopia	Campesino
187	Filoteia, Almopia	Campesino
188	Rizochori, Almopia	Campesino
189	Xifiani, Almopia	Delegado EAM
190	Xifiani, Almopia	Campesino
191	Xifiani, Almopia	Delegado EAM
192	Aridaia, Almopia	Colaborador EAM

Tabla A.1. Entrevistas *(cont.)*.

Número de entrevista	Lugar de origen del entrevistado	Breve descripción del entrevistado
193	Tsakoi, Almopia	Colaborador EAM
194	Chrysa, Almopia	Guerrillero DSE
195	Aloro, Almopia	Guerrillero ELAS
196	Niochori, Almopia	Campesino
197	Niochori, Almopia	Delegado EAM; guerrillero ELAS
198	Vorino, Almopia	Miembro de la milicia local; líder aldeano
199	Neromylos, Almopia	Campesino
200	Prodromos, Almopia	Colaborador EAM
201	Dorothea, Almopia	Campesino
202	Aridaia, Almopia	Comerciante
203	Sossandra, Almopia	Campesino
204	Sossandra, Almopia	Delegado aldeano EAM
205	Milia, Promachoi, Almopia	Campesino
206	Promachoi, Almopia	Campesino
207	Promachoi, Almopia	Campesino
208	Nafplio, Argólida	Habitante de la ciudad
209	Asini, Argólida	Campesino
210	Nafplio, Argólida	Comerciante
211	Ligourio, Argólida	Campesino
212	Boutia (Ira), Argólida	Líder aldeano EAM
213	Boutia (Ira), Argólida	Campesino
214	Nafplio, Argólida	Miembro de escuadrón OPLA
215	Nafplio, Argólida	Hija de líder EAM

ces) y participantes no activos, en su mayoría campesinos; también entrevisté a perpetradores, a víctimas (a menudo, las dos propiedades coinciden en la misma persona), a sus parientes y a espectadores; finalmente, hablé con izquierdistas, derechistas y algunas personas no comprometidas políticamente, así como con personas que, con el tiempo, cambiaron sus identidades políticas[7].

[7] Thaxton (1997, pp. xvi-xvii) reconoce que el 75 por 100 de sus informantes eran activistas o simpatizantes comunistas campesinos (ninguno parece haber sido simpatizante del KMT). A la inversa, muchos estudios de la Guerra de Vietnam (p. e., R. Berman) se basan en exclusiva en entrevistas con antiguos rebeldes, prisioneros y desertores.

Al igual que otros investigadores (Smyth y Fay, 2000, p. 3), me he encontrado con gente más que dispuesta a compartir sus dolorosas experiencias. Una ventaja crucial era el ser, a la vez, de «dentro» y de «fuera». Como alguien de «dentro» (siendo griego), podía empatizar con mis informantes y ser bienvenido por ellos como un interlocutor creíble[8], a la vez que era capaz de detectar en mayor medida (¡creo!) las estratagemas no verbales y verbales que usaban[9] y sopesar sus recuerdos. Como alguien de «fuera» sin conexiones familiares con su aldea o área, me percibían como una especie de tercera parte no corrompida por los odios locales de sangre[10].

La mayoría de los historiadores coinciden en que las fuentes orales pueden ser problemáticas: son una fuente resbaladiza (Hobsbawn, 2001, p. xi) y «es una norma entre los historiadores y, además, muy buena, otorgar mayor credibilidad a las fuentes contemporáneas que a los recuerdos producidos años más tarde, después de que la memoria ha sido reprocesada y refigurada» (Novick, 1999, p. 106). Lo cierto es que los recuerdos, en particular los recuerdos de acontecimientos violentos y cargados políticamente, aparecen distorsionados por su naturaleza confusa (Vargas Llosa, 1998, p. 101), por el tiempo y por algunos procesos psicológicos y cognitivos complejos (Goldberg, 2003), incluida la tendencia a rellenar la carencia de información con narrativas marcadas por el sentido común (Mendelsohn, 2002, p. 55). Los recuerdos pueden también comprimir severamente el tiempo (M. F. Brown y Fernández, 1991, p. 118); a menudo, están influidos por los acontecimientos subsiguientes y pueden estar sesgados por la actitud partidista, el embellecimiento o la justificación. Resulta de lo más importante el hecho de que los actores políticos y el Estado posterior a la guerra civil traten de conformar los recuerdos colectivos en formas coherentes con sus objetivos. Los recuerdos se ven afectados también por el contexto en que se transforman de recuerdos que se tienen de forma individual a narrativas que se comparten con un investigador en un contexto específico. En resumen, los recuerdos orales pueden contradecirse a sí mismos y ser incompletos y sesgados. El investigador afronta muchos desafíos. ¿Cómo se sabe si los informantes creen en realidad

[8] Carol Swain (1993, p. 229), una científica política, señala que algunos congresista negros de los Estados Unidos no habrían hablado de la forma en que lo hicieron si ella hubiera sido blanca.

[9] Tal y como un aldeano bosnio le advirtió a Tone Bringa (1995, p. xvi): «Piensa siempre que la gente hace una cosa, dice otra y piensa una tercera».

[10] Un hombre que insistía en verme aunque estaba enfermo y confinado en su cama me dijo que sentía que su conversación era como una confesión (religiosa) (I-30). Este hombre admitió, aparentemente por vez primera, que había dado información sobre un amigo. Añadió que sentía una especie de alivio por hablar en alto. Lo cierto es que Horton (1998, p. 316) acentuará el aspecto «catártico» de algunas de las entrevistas que llevó a cabo en Nicaragua y las conectará con su estatus de «foránea».

lo que dicen o dicen lo que creen? ¿Qué habría de hacerse cuando los informantes dan interpretaciones contradictorias del mismo acontecimiento o cuando un individuo hace afirmaciones contradictorias? ¿Se tratarán todos los puntos de vista y acciones individuales como igualmente importantes? Tal y como resume Giovanni Contini (1997, p. 17), «resulta difícil distinguir hechos de interpretaciones en una narración o aislar la distorsión de su significado; uno se arriesga a aceptar de una forma acrítica los anacronismos, las inversiones de las secuencias temporales o temáticas, la condensación de muchos acontecimientos en uno solo y la omisión de acontecimientos particulares».

Estos problemas se exacerban cuando el asunto es la violencia del pasado. Por ejemplo, un problema central en las entrevistas con las víctimas (y los perpetradores) de la violencia es lo que Antonius Robben (1996) ha denominado «seducción», las formas conscientes e inconscientes en las que los entrevistados influyen sobre la comprensión del entrevistador. Aunque algunos investigadores no perciben que esto importe demasiado[11], ello suscita claramente algunos problemas serios. Dado que el uso de los recuerdos orales es poco usual en la ciencia política, haré un repaso de estos problemas con más detalle.

Tiempo

El tiempo importa: los recuerdos se adelgazan. La guerra civil griega acabó hace cincuenta años y esto ha afectado, sin duda, a los recuerdos de los supervivientes. La mayoría de los informantes pasaron un mal rato o fueron incapaces de recordar fechas exactas[12]; sus recuerdos eran selectivos y proclives a la condensación, y su narración no era lineal. Yo pude aplicarme a la mayoría de estos problemas mediante mi uso paralelo de fuentes escritas sobre los mismos acontecimientos.

De forma menos obvia, además de erosionar la memoria y de conllevar las muertes de muchos informadores potenciales, el tiempo puede ser también una ventaja importante. En el capítulo 2, traté algunos de los problemas del trabajo de campo en un contexto de guerra. Después de una guerra civil, la represión política puede restringir de forma severa la libertad de lo que la gente tiene que decir sobre el conflicto. El miedo afecta a la disposición de la gente a hablar sobre sus

[11] Marie Smyth y Marie-Therese Fay (2000, p. 2) afirman que «nos percibimos a nosotras mismas como instrumentos mediante los que podría documentarse el informe del entrevistado».

[12] De hecho, «el informante que recuerda fechas es un raro hallazgo» (B. Allen y Montell, 1981, p. 26).

experiencias (Brinkman, 2000, p. 2; M. F. Brown y Fernández, 1991, p. 9; Cribb, 1990, p. 3) y los seguidores del bando derrotado no tienen otra elección que el silencio (Juliá, 1999, pp. 37-38). Jun Jing (1996, pp. 55-56) descubrió que las entrevistas en una provincia china «resultaron bastante más difíciles de lo que se esperaba [...]. Estaban marcadas por evasiones y silencios. Las narraciones orales de la historia política del pueblo eran fragmentarias hasta lo frustrante. De hecho, los informantes aldeanos eran reticentes a hablar sobre las campañas políticas anteriores a la Revolución cultural porque [aquéllas] no podían ser criticadas aún»[13]. Esto puede continuar así durante años. Durante la primera mitad de los años noventa del siglo XX, resultaba aún un serio crimen en Indonesia tener cualquier vínculo con el Partido Comunista, «de forma que era poca la gente que quería hablar abiertamente [de las masacres de 1965] y aún menos admitir cualquier conocimiento profundo del partido» (Robinson, 1995, p. xii). El silencio no es tan sólo una cuestión de represión externa. La negación puede afianzarse: la gente sabe lo que no ha de saber (Suárez-Orozco, 1990, p. 367). El antropólogo Kay Warren (1998, pp. 93 y 100) descubrió que, aunque los campesinos guatemaltecos estaban deseosos de hablar sobre la guerra civil, eran reticentes a hablar de ella en detalle: «el silencio y la negación» y «la ambigüedad cuidadosamente labrada» dominaban. Los recuerdos de la violencia son tan desagradables que podrían reprimirse por aquellos que los experimentaron (Kheng, 1983, p. xiv). El escritor de izquierdas Ramón Sender, quien llegó a los Estados Unidos después de la guerra civil española, no quiso hablarle a su hijo sobre la muerte de su esposa a manos de los rebeldes (Sender Barayón, 1989). La precaución es una reacción típica de la gente que ha vivido en guerras civiles, cuando se les pide que describan su experiencia (p. e., Horton, 1998, p. 206). En su estudio sobre un pueblo griego, el antropólogo Stanley Aschenbrenner (1987, p. 106) descubrió que las referencias de los aldeanos a la guerra civil estaban caracterizadas por una postura de supresión y «estudiada evitación». A Aschenbrenner le llevó una gran cantidad de paciencia y mucho tiempo (siete meses de trabajo de campo durante un periodo de catorce años) el juntar las piezas del puzle de la guerra en el pueblo que estudió[14].

[13] Jing (1996, p. 56) añade que sus entrevistados a menudo recurrían a una «"estrategia vengativa" en la que, con frecuencia, protestaban de que se les había etiquetado falsamente como enemigos del pueblo, más que cuestionar las premisas de la persecución. Algunos trataban de convencer al oyente de que habían estado injustamente incriminados cuando fueron clasificados como contrarrevolucionarios».

[14] La antropóloga francesa Marie-Élisabeth Handman (1983, pp. 42-43) tuvo una experiencia aún más difícil haciendo su investigación en el mismo periodo: aunque ella llevó a cabo su trabajo en un pueblo griego entre 1973 y 1978, tan sólo pudo reunir información sumamente elíptica.

Cuando el silencio no es un problema, pueden irrumpir las pasiones. Susan Freeman (1979, p. 164) refiere que, durante su investigación en una ciudad en el norte de España, encontró «la maraña de relaciones y motivaciones [...] difícil de desenmarañar, especialmente porque muchas de las hostilidades siguen activas y siguen teniendo sus coloridos políticos». Lynn Horton (1998, p. 315) señala que una de las mayores dificultades de su trabajo de campo en Nicaragua fue la polarización de posguerra de las comunidades campesinas. McNeill (1978, p. 148) describió, en 1947, su visita al pueblo de Viejo Corinto en el Peloponeso: «Algunas muertes de la época de la guerra entre los aldeanos [de Viejo Corinto], unas infligidas por los alemanes, otras por el ELAS [los rebeldes de izquierda], exacerbaban las tensiones políticas. Pero resultaba imposible sacar un cuadro claro de lo que había ocurrido con la aldea porque las versiones rivales contadas por los seguidores de las diferentes facciones discrepaban tremendamente».

En el caso griego, la situación política fue tal que las entrevistas sobre la guerra civil sólo pudieron llevarse a cabo con relativa facilidad después de pasados los años ochenta del siglo XX. La represión contra la izquierda griega duró hasta principios de los años sesenta. El Partido Comunista estaba fuera de la ley. Miles de sus seguidores huyeron a los países del bloque soviético y muchos otros fueron encarcelados o deportados de sus localidades en un exilio interno. Un golpe militar de derechas en 1967 extendió la represión hasta que la dictadura cayó en 1974. La victoria del Partido Socialista (PASOK), en 1981, trajo consigo altos niveles de polarización política, en buena medida basada en los recuerdos de la guerra civil (Kalyvas, 1997). Por ejemplo, durante los años ochenta del siglo XX, el principal espacio de la socialización (masculina) en los pueblos, el café, se segregó de acuerdo con las líneas partidistas. A resultas de ello, el trabajo de campo sobre la guerra civil en áreas rurales era extremadamente difícil. Sólo durante los años noventa del siglo XX, empezaron a declinar las pasiones políticas, ofreciendo así una apertura a la investigación.

Las percepciones públicas acerca de la guerra civil griega son altamente estereotípicas como resultado de las narrativas históricas desarrolladas por intelectuales urbanos que entendían poco la Grecia rural o que tenían poco interés por ella. Estas narrativas públicas suprimieron las complejidades y las ambigüedades en favor de un conjunto de versiones simplificadas y eficientes del pasado que, por lo general, se asocian estrechamente tanto con la derecha como con la izquierda. Aunque estas narrativas marginan las dimensiones privada y local de los recuerdos históricos, no las destruyen. De hecho, descubrí que las narrativas públicas y privadas coexisten en la mayoría de la gente[15]. Cuando les preguntaba por vez primera, mis informantes invocarían a las narrativas públicas que enfatizaban la política de las elites, incluidos los retazos de historia diplomática; no obstante, cuando se les preguntaba por historias específicamente locales, rápidamente cambiaban a una narrativa muy diferente, que le daba una posición central a la ambigüedad[16]. La familiaridad con los detalles de la historia local que yo derivaba de mi trabajo de archivo resultó esencial para hacer estallar los recuerdos privados y locales de mis entrevistados.

Sesgo

El tiempo desgasta las pasiones políticas, pero no las borra. Los odios producidos por la guerra civil rusa se convirtieron en un factor importante a la hora de dar pábulo a la violencia durante el periodo de colectivización en la Unión Soviética (Viola, 1993, p. 74). Robben (1995, p. 94) observa que «cualquier investigación sobre violencia política choca con demasiados esqueletos que manipular, con demasiados secretos que inspeccionar. Aparte de las mentiras deliberadas, de las medias verdades y de las acusaciones infundadas –muchas de las cuales son imposibles de averiguar o verificar–, hay mucho chismorreo malicioso y mucha difamación». Durante mi trabajo de campo me di cuenta de que la mayoría de los informantes tenía aún sentimientos muy fuertes respecto de la guerra civil. Mientras que los matrimonios entre familias de izquierdas y de derechas se han vuelto ahora bastante comunes (Aschenbrenner, 1987), un hecho sugiere que

[15] En contraste con Primo Levi (1988, p. 24), que observó que «un recuerdo evocado con demasiada frecuencia y expresado en la forma de una historia tiende a fijarse en un estereotipo [...] cristalizado, perfecto, adornado, instalándose en el lugar del recuerdo crudo y creciendo a expensas suyas».

[16] Paludan (1981, p. xii) cuenta su experiencia de investigación de la guerra civil americana en una comunidad de Carolina del Norte: «Cuando la gente en el valle hablaba sobre la guerra civil, tenían poco cuidado sobre el conflicto de culturas o sobre la quiebra de la política o la ola de modernización. La guerra, para ellos, significaba el asesinato de sus bisabuelos, tíos abuelos y primos. Significaba la época en la que la abuelita Franklin tuvo que ver cómo los soldados quemaban su casa y mataban a sus tres hijos, que estaban escondidos en ella, y lo que hizo tras la guerra cuando uno de sus hermanos mató a uno de los soldados que tuvo que ver con aquello». No obstante, Brinkman (2000, p. 5) descubrió que los refugiados angoleños a los que entrevistó daban prioridad al marco de la «historia nacional» frente a uno local. Urvashi Butalia (2000, p. 12) refiere que las narrativas de la violencia que ella reunía de las víctimas de la Partición de la India estaban condicionadas por el género: los hombres ponían el énfasis en asuntos políticos más amplios mientras que las mujeres se centraban en detalles de la vida cotidiana. Mis entrevistas estuvieron también condicionadas por el género, con la salvedad de que, si preguntaba de forma específica, los hombres también querían hablar de los aspectos locales del conflicto.

la división de la guerra civil tiene su importancia entre las nuevas generaciones; mucha gente mayor a ambos lados de la divisoria política sigue rehusando a hablar o a socializar con la otra parte[17].

Resulta natural para mucha gente ofrecer interpretaciones que ponen el acento en el papel positivo que ellos jugaron y suprimir los aspectos negativos de sus acciones[18]. «Quiero decirte una cosa», me advirtió un informante: «En las aldeas que estás visitando, la guerra no ha acabado todavía. Las personas que la pasaron todavía están luchando unas contra otras y [la información que consigas] dependerá de quién te esté hablando» (I-143). Todo esto se halla agravado por el hecho de que muchos actos de violencia están envueltos en el secreto; aunque la sospecha abunde, no siempre se sabe quién ordeno qué, quién llevó a cabo una acción particular o cuál fue la razón que hubo detrás de una acción. Como una investigación criminal, la relativa a la violencia se enfrenta a versiones múltiples de los mismos acontecimientos, del tipo *Rashomon,* y a pistas contradictorias. Hay una tendencia a quitar importancia a tales cuestiones. Por ejemplo, Smyth y Fay (2000, p. 4) señalan que, dado que no existe ninguna «verdad singular», los investigadores sólo deberían registrar informes: «Que tal presentación sea menos verdadera que otra versión no es un juicio que podamos ni estemos preparados para hacer. Todos nosotros nos contamos historias sobre acontecimientos que son compatibles con nuestra imagen de nosotros mismos y tendemos a enmascarar nuestra culpabilidad o nuestros fallos. No debería resultar sorprendente que los entrevistados hagan lo mismo». Aunque no sin algunas revelaciones subyacentes válidas, una actitud así resulta problemática. En tanto en cuanto el objetivo es el de reconstruir acontecimientos, por muy complejos o multifacéticos que sean, el sesgo ha de ser tenido en cuenta y minimizado. Éste es un obstáculo que supone un desafío para la investigación sobre actitudes e intenciones, pero mi objetivo primero era reconstruir el curso de los acontecimientos específicos.

A menudo, la historia se recuerda en términos personales, familiares y locales y el situar aspectos de violencia discutidos en entrevistas dentro de un contexto particularista producía informes individuales que variaban entre sí muchísimo menos de lo que había esperado inicialmente. De hecho, había, por lo general, un consenso sobre el conjunto básico de acontecimientos (p. e., quién fue asesinado por quién, cuándo, dónde). Sorprendentemente, había también una buena parte de acuerdo «bipartidista» sobre la interpretación de actos particulares de violencia (p. e., si cierto asesinato fue «razonable» o «injusto», si fue el resultado de odios de sangre del pasado o si no lo fue)[19]. La comprobación (y el cotejo de entrevistas, p. e., volver al mismo informante con más información) es algo que se muestra muy útil. Más aún, las variaciones de una historia pueden ser extremadamente útiles puesto que subrayan los puntos de disensión. Como norma, di una importancia añadida a la «crítica interna»: las apreciaciones críticas sobre las acciones de la facción política propia (hubo de esto mucho más de lo que habría podido esperar). Algunos informantes que resultaron haber estado implicados en actos de violencia reaccionaron con silencio o evasivas a algunas cuestiones; otros, sin embargo, fueron sorprendentemente francos y abiertos en su deseo por reconocer su papel en los actos de violencia.

Aunque yo no revelaba mis preferencias políticas propias durante las entrevistas (siendo la asunción general el que nadie puede ser políticamente neutral)[20], trataba de emitir las señales políticas adecuadas. Por ejemplo, adaptaba mi vocabulario a mis informantes: cuando hablaba con informantes de izquierdas, les decía que estaba llevando a cabo un estudio sobre la «resistencia», un término que, junto con el de «guerra civil», era mejor que se evitase con los informantes derechistas[21]. Por lo general, durante una ronda de entrevistas, me acercaba sólo a gente de una parte del espectro político; hablaría con sus opo-

[17] Una mujer a la que entrevisté en 1998 me dijo que, un par de días antes de la entrevista, se encontró con un hombre del pueblo con el que no hablaba desde 1944, cuando el hermano de ella había ordenado que mataran a toda la familia de este hombre. Este hombre, al que yo había entrevistado en 1997, se acercó a ella en la plaza del pueblo y le dijo que no tenía sentido seguir más sin hablarse ya puesto que no era mucho más lo que iban a seguir viviendo (I-104).

[18] Por ejemplo, Swedenborg (1995, pp. 24-26) descubrió que los aldeanos palestinos a los que entrevistó sobre el levantamiento de 1936-1939 «se resistían a relatar historias sobre la implicación rebelde en actividades como el asesinato, el robo o los odios de sangre clánicos. Otra zona tabú tenía que ver también con el tratamiento rebelde a los traidores y espías. Como ocurre con la mayor parte de las insurgencias campesinas, los rebeldes de 1936-1939 a menudo imponían un severo castigo a aquellos a los que se conocía como traidores a la causa y espías para el enemigo [...]. Puede que, en este sentido, sea más importante el deseo de no quitar el lustre de su principal símbolo nacional y precedente del movimiento de liberación actual [...]. Incluso los aldeanos que reconocían que los robos, los asesinatos y las ventas de tierra que tuvieron lugar durante la revuelta eran a menudo vagos en cuanto a detalles. Otros proclamaban que tales cosas ocurrían sólo en otros lugares, nunca en *su* pueblo ni en *su* distrito». Otra versión de esta actitud es la de culpar al enemigo de todas las atrocidades, incluso recurriendo a elaboradas teorías conspiratorias.

[19] En su investigación de unos disturbios comunales en Bangladesh, Beth Roy (1994, p. 99) descubrió igualmente que «los informes de la disputa inicial tenían una calidad semejante; la gente, de manera desenfadada, contaba el cuento desde su propio punto de vista. Cuando se llegó a informes de los disturbios en sí mismos, no obstante, las historias coincidían más estrechamente. Es decir, los informes de los disturbios se inclinaban hacia descripciones de una parte o de la otra como la que era más agresiva, pero coincidían en ámbitos importantes».

[20] Sluka (1989, p. 2) cuenta la siguiente broma procedente de Belfast: uno de Belfast le pregunta por su religión a un turista americano. «Soy ateo», responde el americano pensando rápido. «¡Ya! Pero ¿eres ateo católico o ateo protestante?», responde el de Belfast.

[21] Muchos derechistas aún se refieren a la guerra civil como la «guerra contra los bandidos», término usado de forma oficial por la derecha.

nentes políticos en rondas futuras, más adelante. Una vez que la gente empezaba a conocerme bien, normalmente estaba dispuesta a aceptar el hecho de que yo estuviera en términos de diálogo con ambos grupos[22]. Dado que «penetré» en tres redes distintas (ala derecha y ala izquierda..., además de una «zona media» amorfa) que eran ampliamente independientes entre sí (la probabilidad de ser enviado a hablar con un derechista por un izquierdista era, por lo general, baja), pude contrastar información a través de las redes partidistas. Además, llevé a cabo comprobaciones adicionales tanto a través de los límites espaciales como a través de los límites partidistas. La gente, por lo general, estaba bien informada sobre los pueblos de los alrededores (aunque, sorprendentemente, mal informada o no informada en absoluto sobre el resto de la región). Siempre que fue posible, llevé a cabo entrevistas repetidas con la misma persona después de haber obtenido nueva información de fuentes adicionales. A la vez, no dejé de estar después de la finalización formal de la entrevista, cuando, a menudo, sería invitado para almorzar o cenar; generalmente, mis informantes sentían que me conocían mejor después de la entrevista y la charla cambiaría hacia su familia, su trabajo y otros asuntos personales. Estas conversaciones aumentaron mi comprensión sobre mis informantes: sus valores, su visión de la vida, sus miedos, sus pesares. Una de las ventajas de pasar por estas sesiones informales fue la de espigar información adicional sobre la guerra civil y la de descifrarla mucho mejor; a menudo, información importante emergería como un aparte de otras que se consideraban más importantes. Me encontré con algunos informantes más de 10 veces a lo largo de cuatro años en los que estuve llevando a cabo la investigación y desarrollé amistades con ellos y con sus familias[23]. Finalmente, efectuar un alto número de entrevistas sobre el mismo tema y en la misma zona me permitió desarrollar una idea más firme de la plausibilidad y, por ello, de la fiabilidad[24].

[22] Aunque las noticias vuelan en los pueblos, el nivel de segregación política entre los supervivientes sigue siendo importante y esto me permitió establecer una relación de confianza con un grupo antes de contactar con sus oponentes locales, que, a menudo, tenían poco o ningún conocimiento de mis anteriores contactos en el pueblo. A veces, desde luego, esto me dio problemas, pues mis anteriores informantes pensaban que los estaba traicionando.

[23] Estas relaciones, a veces, adquirieron un toque transatlántico puesto que muchos tenían familia en Nueva York. Un subproducto adicional de este proceso, debería apresurarme a decir, fue que, inexorablemente, me convertí en objetivo como proyecto matrimonial. ¡Incluso a nivel transnacional!

[24] Mi experiencia encaja con la descripción que hace Lear (1961, p. vii) del proceso de su investigación en Filipinas: «En ese momento, comencé a sistematizar el cúmulo de hechos que había estado recopilando. Un patrón comenzó a emerger de las relaciones importantes, constituyendo un marco para posteriores accesos a la información y una herramienta de indagación durante las entrevistas. Yo sabía qué preguntar, qué buscar. Había elaborado una secuencia temporal de intervalos temporales significativos durante la ocupación [...]. Con esta perspectiva, me pertreché mejor para hacer juicios perspicaces, reconociendo cuándo

Memoria

La memoria personal es, tal y como ha observado Eric Hobsbawn (1988, p. 18), un medio considerablemente resbaladizo para preservar los hechos. Se trata menos de un mecanismo de recuerdo que de un mecanismo de selección, y está sujeto a un cambio continuo. La memoria colectiva expresa y define la identidad; de ahí que sea probable que margine o incluso suprima acontecimientos que no encajan con ella. La memoria individual se reconfigura y se reforma de continuo en el curso de una vida. La información conseguida en las últimas lecturas de un acontecimiento definido y las historias de otros tienden a estilizarse y a transformar los recuerdos individuales de este acontecimiento, a menudo en formas que no son intencionales. Los recuerdos en t_3 de un acontecimiento y que tuvo lugar en t_1 pueden estar influidos por los acontecimientos en t_2. Por ejemplo, Contini (1997) muestra de qué modo la memoria local de la masacre de 212 habitantes llevada a cabo por los nazis en 1944, en los pueblos de la Toscana de Civitella Val di Chiana, La Cornia y San Pancrazo (ostensiblemente, en venganza por el asesinato de tres soldados alemanes por parte de los partisanos), tras la que los aldeanos acusaron a los partisanos de izquierdas de haber provocado las represalias nazis, fue ampliamente conformada tanto por la política italiana de la guerra como de la posguerra. El efecto de los acontecimientos que intervienen («t_2») es probable que sea más pronunciado cuando estos acontecimientos son de una gran importancia. Swedenburg (1995, pp. xxvi-xxvii) descubrió que lo que era particularmente destacable sobre los palestinos a los que entrevistó al considerar el levantamiento de 1936-1939 «fue el grado hasta el que su sentido de la historia estaba sobredeterminado por la situación actual. En particular, las visiones populares tendían a expresarse dentro de la jerga nacionalista contemporánea [...]. Los viejos de Palestina eran vivamente conscientes de que se hallaban comprometidos en una lucha por la pura legitimidad de su existencia nacional, y muchos sentían que retratar su historia como fracturada podría manchar una reputación nacional que estaba bajo asalto constante. Así que, por lo general, se preocuparon mucho por proteger la imagen palestina y por proyectar un relato de historia y propiedad nacional».

Aun cuando la intención no sea la de proteger una imagen del pasado, la memoria de la violencia resulta difícil de tolerar en tiempos de

mi informante estaba falseando el recuerdo buscando la glorificación o la difamación de sus oponentes. En la privacidad de mi propio pensamiento, era capaz de plantear ciertas cuestiones a los datos que había amasado, propuestos como hipótesis para explicar los desarrollos de la época de guerra en la isla. Estas hipótesis sufrieron más modificaciones cuando las entrevistas ulteriores y la gradual acumulación de materiales escritos destruyeron algunas de las nociones con las que había estado jugando».

paz. Alessandro Portelli (1997, p. 138) refiere que a los antiguos partisanos italianos les resultó difícil, «en el tiempo de la memoria y el recuerdo, reconciliar la inmediata necesidad y el estado de ánimo de la época con sus valores y sentimientos presentes, para reconciliar la memoria de la violencia, el odio y el exceso con los ideales de democracia y sociedad civilizada (que, para complicar las cosas aún más, son los ideales por los que ellos estaban luchando, en primer lugar)».

En resumen, los recuerdos son campos disputados de significado que pueden llevarse a una multiplicidad de expresiones e interpretaciones políticas y culturales y se prestan a continuas modificaciones, manipulaciones y reinvenciones; ellos pueden ser mejores indicadores de los desarrollos políticos y sociales actuales (o recientes) que los acontecimientos pasados que ellos pretendían describir. Un asunto relacionado proviene del hecho de que los recuerdos no son algo de lo que se disponga si a uno le viene en gana; tienen que ser reunidos a través de la narrativa, que afecta a la información que se ofrece. El acto de tener los recuerdos de uno registrados puede «contaminarlos» porque da la oportunidad a narradores relativamente oscuros de canonizarse en el discurso público; se trata de un acto de discurso público hecho por gente que rara vez tiene la oportunidad de hablar en público (Gilsenan, 1999, p. 111; Portelli, 1997, p. 161). Tal y como Beth Roy (1994, p. 5) descubrió: «Es cierto que las historias que he oído en ese pueblo de Bangladesh no eran sobre "lo que ocurrió" (en sí mismo un concepto cuestionable). Lo que oí era cómo la gente *vio* lo que ocurrió, o mejor, cómo la gente *recordaba* lo que vio, o mejor, cómo *hablaba* sobre lo que recordaba..., o mejor, lo que yo *oí* que la gente me decía sobre lo que recordaba».

Claramente, la construcción de los recuerdos individuales y colectivos, así como las narrativas individuales y el discurso oficial de la violencia, son fenómenos socialmente ricos que merecen plenamente convertirse en objetos de estudio de primer orden (Portelli, 1997; Gilsenan, 1996; Aguilar, 1996; Robben, 1995). Lo cierto es que algunos investigadores afirman de forma explícita que los recuerdos mismos son objetos de investigación más interesantes que los hechos a los que se refieren (Contini, 1997, p. 17; Swedenburg, 1995, p. xxvi). Portelli (1997, p. 128) se centra, precisamente, en distorsiones de hechos en recuerdos orales como indicios sobre el trabajo de memoria, imaginación e interpretación[25]. Algunos llegan lo bastante lejos como para afirmar que están menos interesados en si los «hechos» son reales que en la política de interpretación y representación (Taussig, 1987, p. xiii).

[25] «Déjame repetirlo: esto no es un informe verdadero. Pero déjame repetir también: por esto es por lo que es tan importante» (Portelli, 1997, p. 136).

He de recordarle al lector aquí que mi primer objetivo en este libro era el estudio de la violencia *real*, como opuesta a los recuerdos, representaciones y narrativas despertados por ella. Ello es factible a pesar de los problemas inherentes a las fuentes orales. Aunque es cierto que los recuerdos están sesgados, también lo es que los acontecimientos violentos son tan traumáticos que siguen vívidos en las mentes de la gente (Green, 1995, p. 115; Gilmore, 1987, p. 44). La memoria está particularmente armonizada con los acontecimientos que tuvieron lugar en el contexto de la familia y la comunidad: la guerra civil no fue un conflicto abstracto sino un conflicto que marcó la vida de la mayoría de la gente, casi siempre de un modo dramático. Lo cierto es que yo descubrí que los recuerdos de la guerra civil entre muchos informantes eran vigorosos y estaban inflamados de detalle y sustancia[26]. Mi investigación se vio enormemente facilitada por el hecho de que la violencia es muy tangible: mis búsquedas específicas acerca de a quién mataron en un pueblo, cuándo, cómo, por quién y bajo qué circunstancias producían respuestas específicas la mayoría de las veces[27].

Esta tangibilidad es la razón por la que las fuentes orales han sido usadas con éxito para investigar las guerras civiles y las rebeliones (Vervenioti, 2003; McKenna, 1998; Thaxton, 1997; Kedward, 1993), así como periodos de desorden y represión civil (Jing, 1996; Chan, Madsen y Unger, 1992). Las fuentes orales son una herramienta clave para captar las dinámicas sobre el terreno (Fraser, 1993). Tal y como señala un historiador de la Revolución francesa: «El testimonio oral, aun cincuenta años después del acontecimiento, sugiere hipótesis, ofrece detalles personales, revela matices locales, facilita las intuiciones y preserva la individualidad en una forma que los historiadores no pueden permitirse ignorar con facilidad» (Kedward, 1993, p. vii).

Mediante la combinación de las fuentes orales con las fuentes escritas del periodo en cuestión, pude introducir una poderosa comprobación que me permitió calibrar la fiabilidad general de cada fuente oral. Esto fue posible porque el enfoque regional de mi estudio me permitió recoger información escrita y oral sobre el mismo conjunto

[26] A menudo, los informantes me dirían que no podían acordarse de lo que habían cenado la tarde anterior y luego irían a ofrecerme una extraordinaria riqueza de información sobre lo que les ocurrió hace cincuenta años... bajando hasta los detalles más nimios.

[27] Me di cuenta, durante unas entrevistas-piloto, de que la gente respondía a preguntas generales y vagas (p. e., «¿Apoyó la gente de la región a los rebeldes?» o «¿Qué pensaba la gente sobre la violencia?»), o bien con vaguedad, o bien tomando claramente partido (o bien ambas cosas), mientras que, cuando se les hacía preguntas muy específicas y contextualizadas (p. e., «¿A quién mataron en tu pueblo?»), se volvía mucho más específica e imparcial. Todavía se volvía más específica cuando yo me refería a información detallada sobre estos actos de violencia, recogida de otras entrevistas y archivos.

de acontecimientos y personas[28]. Por lo general, descubrí que los recuerdos resultaban coherentes con las fuentes archivísticas (y viceversa). En la formulación de H. R. Kedward (1993, p. viii), «las realidades están fracturadas y pluralizadas, pero rara vez están eclipsadas». De hecho, estos dos tipos de fuentes se complementaban muy bien entre sí. Por un lado, los archivos judiciales ofrecían una multitud de detalles, junto con linealidad y cronología. Por otro lado, las historias orales ofrecían unas perspectivas y una profundidad adicionales, revelando los «discursos ocultos» (J. Scott, 1990) o las «narrativas no autorizadas» (McKenna, 1998, p. 183) que daban información sobre muchos de los acontecimientos que se contenían en los archivos judiciales, además de ofrecer una comprensión detallada y empíricamente fundada tanto en temas sustantivos (p. e., las percepciones sobre los costes de unirse a los rebeldes) como en temas teóricos (p. e., las percepciones de los costes y de los beneficios de un número de acciones). Por ejemplo, las entrevistas me permitieron tanto calibrar las actitudes de los aldeanos hacia el riesgo como descifrar la forma de hacer operativo el riesgo en el análisis teórico[29].

Lo cierto es que la práctica de confiar exclusivamente en las fuentes archivísticas para inferir las motivaciones está, cuando menos, tan cargada de peligros como la confianza en los recuerdos orales. Por ejemplo, los historiadores de la guerra civil griega infieren las motivaciones individuales para unirse a una parte o a la otra exclusivamente de informes de agentes británicos, que, a menudo, tenían tan sólo un conocimiento escaso del contexto local en el que desarrollaban su periodo de servicio, o de las memorias interesadas de los participantes.

3. Memorias, autobiografías, historias locales

Además de las entrevistas y de la evidencia archivística, también dispuse de algunas memorias, autobiografías e historias locales publicadas y sin publicar. Estos documentos requieren, por lo general, precaución puesto que pueden estar altamente sesgados; la gran mayoría de los autores son interesados y se hallan motivados por intereses partidistas. Estos autores tienden a olvidar «las verdades inconformistas» y a sustituir la retórica por la realidad (Veyne, 1996, pp. 25-257). Por ejemplo, las memorias de un antiguo delegado comunista en la Argólida (Papalilis, 1980) casi pasan por alto el amplio uso de la violencia de su parte contra sus enemigos. No obstante, la importancia capital de estos informes se funda en el material arquetípico que contienen más que en la veracidad factual de los detalles particulares (Kakar, 1996, p. 30). De forma adicional, observaciones casuales y apreciaciones que se dejan caer, accesorias respecto del punto central del autor, incluidos los comentarios al azar pero reveladores, las referencias indirectas, las afirmaciones de pasada y hasta el chismorreo privado, pueden ofrecer una recompensa sustanciosa. Se trata de narrativas «residuales», «relativamente sin tocar, sin revisar y sin incorporar a los aparatos ideológicos nacionales [...]. Estando "fuera" de las historias nacionales o "de forma adyacente" a éstas, a menudo eran contadas de forma desenfadada» (Swedenburg, 1995, p. 111). De manera sorprendente, algunas de estas memorias, en especial las que no están publicadas, escritas por gente normal que pensó que valía la pena volver a contar sus experiencias a un círculo restringido de familiares y amigos, resultaron ser extremadamente penetrantes y sinceras sobre un amplio espectro de asuntos controvertidos.

[28] En algunos casos, entrevisté a gente cuyas declaraciones ordinarias y juradas de hacía cincuenta años acababa de recuperar de los archivos judiciales. El estudio de Kerkvliet (1977) sobre la rebelión huk en las Filipinas y el estudio de Truman Anderson (1999) de la guerra partisana en Ucrania en 1941-1942 son ejemplos de estudios que combinan un enfoque local o regional con fuentes orales e investigación de archivo.

[29] El análisis de las decisiones individuales depende de una comprensión del contexto en el que éstas tienen lugar. Tal y como señala Richards (1996, p. xxii) sobre Sierra Leona, «los insurgentes de Sierra Leona consideran el bosque, la historia de las luchas por los recursos que tienen lugar dentro de los bosques y el carácter de las instituciones sociales forestales como un "estímulo" para una serie de juicios prácticos sobre los riesgos y los beneficios de la acción basada en la violencia. Saca al bosque de la imagen (o ignóralo) y la racionalidad desaparecerá».

APÉNDICE B:
PROTOCOLOS DE CODIFICACIÓN

1. Pueblos

La Argólida (una parte diferenciada, en 1940, de la prefectura de la Argolidokorinthia) se subdivide en tres provincias: Argos, Nauplía y Ermionidotrizinia. Recordaré que yo estudié las provincias de Argos y Nauplía, que, en 1940, incluían dos municipalidades (la capital administrativa, Nafplio, y el centro comercial, Argos) y 58 «comunas» *[koinotites]* (de las cuales 19 incluían más de un núcleo rural). El número total de «pueblos» estudiados es de 61. Llegué a este número del siguiente modo. En primer lugar, incluí todas las comunas menos dos, Tracheia y Adami, que se hallan ubicadas en el extremo oriental de la provincia de Nauplía y que están estrechamente conectadas con los pueblos de Ermionidotrizina. En segundo lugar, conté como pueblos a todas las aldeas que carecían de autonomía administrativa si su población pasaba de 200 personas. Hubo siete excepciones a esta regla. Por un lado, incluí una aldea con una población de menos de 200 habitantes (Amigdalitsa) en razón de la distancia y la relativa independencia política; por otro, excluí cuatro aldeas con una población de (algo) más de 200 habitantes (Houtaleika, Aghios Dimitrios, Sterna y Kalamaki) por razones similares: éstas eran entonces partes orgánicas del pueblo central de la comuna, bajo el cual yo las subsumía. La tabla B.1 ofrece datos descriptivos básicos de todos los pueblos, la tabla B.2 ofrece información sobre los seis grupos ecológicos y la tabla B.3 hace una relación de las variables independientes de los pueblos usados en evaluaciones de variables múltiples. Finalmente, la tabla B.4 ofrece una lista de pueblos de toda Grecia que, pese a estar fuera de la muestra, se examinan para comprobar la validez de la muestra recogida en la Argólida.

Tabla B.1. Pueblos incluidos en el estudio de la Argólida.

Nombre[a]	Provincia	Altitud (metros)	Población (censo de 1940)	Número de víctimas
Achladokambos	Argos	479	1.926	67
Aghia Triada (Merkaba)	Nauplía	30	1.165	5
Aghios Adrianos (Katsigri)	Nauplía	80	1.114	12
Aghios Nikolaos	Argos	760	244	14
Aghios Stefanos	Argos	700	325	15
Alea (Boyati)	Argos	280	705	6
Amigdalitsa (Bardi)	Nauplía	200	114	8
Anifi	Nauplía	30	936	14
Arachneo (Heli)	Nauplía	600	1.930	92
Argoliko (Koutsi)	Nauplía	20	704	0
Aria	Nauplía	40	654	0
Asini	Nauplía	50	1.171	10
Borsas	Argos	230	168	1
Dalamanara	Argos	10	767	1
Dimena	Nauplía	190	254	0
Douka Vrysi	Argos	480	245	3
Drepano	Nauplía	20	1.532	2
Elliniko	Argos	250	349	3
Exochi (Tatsi)	Argos	760	232	0
Fichti	Argos	100	751	5
Frousiouna	Argos	760	437	4
Gimno	Argos	430	691	5
Inachos (Passa)	Argos	40	574	3
Ira (Boutia)	Argos	18	494	0
Ireo (Honika)	Argos	25	252	8
Iria	Nauplía	20	292	0
Kaparelli	Argos	380	387	17
Karia	Argos	700	1.930	42
Kefalari	Argos	20	409	2
Kefalovriso (Pano Belesi)	Argos	750	445	14
Kiveri	Argos	40	769	4
Kourtaki	Argos	15	371	0
Koutsopodi	Argos	40	1.600	5
Krioneri	Argos	960	244	6
Laloukas	Argos	14	559	0
Lefkakia (Spaitsikou)	Nauplía	40	749	8
Ligourio	Nauplía	370	1.491	10
Limnes	Argos	520	1.555	104
Lirkia (Belesi)	Argos	250	1.102	25
Malandreni	Argos	300	883	29
Manesis	Nauplía	70	602	9
Midea (Gerbesi)	Nauplía	120	470	50
Mikines (Harvati)	Argos	110	342	4
Mili	Argos	15	438	3
Monastiraki (Priftiani)	Argos	90	284	7
Nea Epidavros (Piada)	Nauplía	100	1.327	14
Nea Kios	Argos	10	1.899	8
Nea Tirintha (Kofini)	Nauplía	30	1.686	2
Neo Ireo (Avdibei)	Argos	30	470	1
Niochori	Argos	700	250	6
Palia Epidavros	Nauplía	370	761	4
Panatiri	Nauplía	45	556	1
Pirghela	Argos	15	578	1
Pirgiotika	Nauplía	120	201	0
Poulakida	Nauplía	45	595	6
Prosymna (Berbati)	Argos	250	979	19
Skafidaki	Argos	50	598	3
Skinochori	Argos	260	575	25
Skotini	Argos	690	890	7
Tolo	Nauplía	10	604	2
Vrousti	Argos	660	451	6

[a] Los nombres antiguos, que aún se usan a nivel local, están entre paréntesis.

He excluido del análisis cuantitativo a las dos ciudades, Argos y Nafplio, porque resultaba ser mucho más difícil reconstruir los acontecimientos en el micronivel en las ciudades de lo que lo era en los pueblos. A diferencia de los pueblos, las ciudades han cambiado enormemente desde 1949, convirtiendo la codificación para el control sobre una base vecinal, como habría sido apropiado, algo casi imposible. Además, resulta muy difícil averiguar el nivel de control con precisión, dada la densidad urbana y la fluidez de los límites vecinales. No obstante, pude calcular una tasa provisional de víctimas para

Tabla B.2. Grupos ecológicos.

Grupo	Pueblos
Llanura profunda	Aghia Triada, Argoliko, Aria, Dalamanara, Ira, Ireo, Kefalari, Kourtaki, Laloukas, Nea Kios, Nea Tirintha, Panariti, Pirghela, Poulakida
Llanura exterior	Anifi, Asini, Elliniko, Fichti, Inachos, Mikines, Neo Ireo, Aghios Adrianos, Kiveri, Koutsopodi, Lefkakia, Mili, Panariti, Pirgiotika, Poulakida, Monastiraki, Skafidaki
Colinas orientales	Amigdalitsa, Prosymna, Midea, Arachneo, Limnes, Manesis
Colinas occidentales	Achladokambos, Borsas, Kaparelli, Lirkia, Malandreni, Skinochori
Llanura oriental	Dimena, Drepano, Iria, Nea Epidavros, Palia Epidavros, Ligourio, Tolo
Montañas	Aghios Nikolaos, Aghios Stefanos, Alea, Douka Vrysi, Frousiouna, Gimno, Karia, Kefalovriso, Krioneri, Niochori, Skotini, Exochi, Vrousti

ambas ciudades, fiándome, sobre todo, de sus incompletos registros civiles; también incorporé en la narración los acontecimientos que tuvieron lugar en las dos ciudades. Los patrones globales de la violencia en las dos ciudades resultan generalmente coherentes con la teoría y su exclusión del análisis no sesga los resultados.

2. Civiles

Resulta bien sabido que la guerra civil desdibuja la línea entre combatientes y no combatientes y que estas identidades pueden ser intercambiables. En las palabras de un antiguo combatiente filipino: «Éramos campesinos por el día y guerrilleros por la noche» (Kerkvliet, 1977, p. 70). La descripción de Joseph Clémenceau (1909, p. 8) de los luchadores rebeldes en la Vendée es la precursora de docenas de descripciones similares de guerras civiles más recientes: «Después de la acción, tanto si eran vencedores como si eran vencidos, ellos querían volver a sus casas, dedicarse a sus tareas normales en campos o en comercios, siempre listos para luchar». Resulta claro que no hay una línea divisoria entre combatientes y no combatientes. No hay una solución clara a este problema, dado que la colaboración con partidos armados está tan extendida como, muy a

Tabla B.3. Variables independientes.

Variable	Gama	Fuente
Zonas de control 2 y 4 (variable cero: 1 cuando la zona de control es 2 o 4)		Codificación propia a partir de material del Archivo Histórico de la Argólida (HAA) y entrevistas
Población (1940)	Media: 739 Mín.: 114 Máx.: 1.930	Censo de población (1940)
Nivel de educación (estudiantes de escuela secundaria per cápita) de la Argólida (HAA)	Media: 0,66 Mín.: 0 Máx.: 3,7	Archivos escolares, registros de los institutos de Argos y Nafplio, Archivo Histórico
Altitud (metros)	Media: 238 Mín.: 10 Máx.: 960	Miliarakis, 1886; Stamatelatos y Vamva-Stamatelatou, 2001
Distancia desde la ciudad más próxima	Media: 2 h. 50 min. Mín.: 15 min. Máx.: 8 h. 30 min.	Miliarakis, 1886; Anagnostopoulos y Gagalis, 1938
Conflicto de preguerra: casos judiciales per cápita	Media: 0,06 Mín.: 0,01 Máx.: 0,24	Archivos de Juzgados Civiles de Nafplio, Archivo Histórico de La Argólida (HAA)
Indicador del PIB (variable del intervalo; pueblo más rico = 3)		Codificación propia basada en Anagnostopoulos y Gagalis, 1938

menudo, sometida a coacción. Dado que mi objetivo no es el de determinar la responsabilidad legal o moral sino el de explicar una gran parte de la violencia que tiene lugar fuera del campo de batalla, he elegido una definición amplia de los no combatientes como individuos que no son miembros armados a tiempo completo de una facción. Esta definición incluye colaboradores de diversas categorías, luchadores a tiempo parcial asesinados fuera de la acción armada y prisioneros desarmados.

Tabla B.4. Pueblos examinados a lo largo de Grecia.

Nombre	Altitud (metros)	Población (1940)	Prefectura	Ubicación en Grecia	Fuente
Palaioxari	660	454	Fócida	Centro	Andreopoulou, 1999
Karpofora	100	195	Mesenia	Sur	Aschenbrenner, 1987
Paleohori	300	200	Tesprótida	Norte	Ballios, 1999
Fourtzi	300	461	Mesenia	Sur	Balta, 2002
Mesohora	800	541	Trikala	Centro	Baroutas, 1998
Pournia	900	438	Ioánnina	Norte	Christidis, 1991
Kalapodi	350	837	Ftiótide	Centro	Dalianis, 1998
Greveniti	980	796	Ioánnina	Norte	Damianakos, 1996
Pouri	400	846	Magnesia	Centro	Diamantakos, 1997
Christianoi	400	372	Mesenia	Sur	Dimitropoulos, s. f.
Farsa	120	498	Cefalonia	Oeste	Drakatos, 1999
Ambeli	600	144	Eubea	Centro	Du Boulay, 1974
Fourka	1.360	808	Ioánnina	Norte	Exarchos, 1987
Agnanta	660	829	Arta	Norte	Filos, 1991
Lia	660	787	Tesprótida	Norte	Gage, 1984
Alona	1.000	991	Florina	Norte	Gali, 1999
Rodohori	730	258	Kozani	Norte	Gavannas, 1999
Parakalamos	400	1.454	Ioánnina	Norte	Gogos, 1995
Livadi	1.160	3.199	Lárisa	Centro	Goumas, 1973
Rendina	900	1.786	Karditsa	Centro	Haidas, 1999
Kapsas	700	1.170	Arcadia	Sur	Halkipoulos, 2000
Athani	340	737	Léucade	Oeste	Halkipoulos, 2000
Krioneri	680	326	Mesenia	Sur	Hunter, 2003
Kastania	950	656	Euritania	Centro	Hunter, 2003
Ditiki Frangista	710	785	Euritania	Centro	Hunter, 2003
Papparousi	700	391	Euritania	Centro	Hunter, 2003
Zaravina	580	415	Ioánnina	Norte	Hunter, 2003
Evandro	680	175	Arcadia	Sur	I-10
Nemea	320	4.247	Corintia	Sur	I-133; I-157
Partheni	680	1.439	Arcadia	Sur	I-149
Mavronoros	900	317	Ioánnina	Norte	I-151
Alonakia	710	592	Kozani	Norte	I-159
Nea Zoi	130	344	Pella	Norte	I-163
Velvendo	420	3.614	Kozani	Norte	I-164; I-170
Omali	780	387	Kozani	Norte	I-167; I-168
Glikokerasia	800	125	Kozani	Norte	I-169
Stavrohori	110	3.108	Kilkís	Norte	I-172
Eleftherohori	60	332	Kilkís	Norte	I-172
Eleohori	530	836	Arcadia	Sur	I-22; I-24; I-25
Kastri	920	1.868	Arcadia	Sur	I-26; I-27; I-28; I-29; I-35; I-36; I-37
Platanorevma	490	242	Kozani	Norte	I-3
Nikiti	40	1.738	Halkidiki	Norte	I-32; I-33
Tseria	600	360	Mesenia	Sur	I-39; I-40
Kambos Avias	300	553	Mesenia	Sur	I-41
Malta	330	226	Mesenia	Sur	I-42
Vromovrisi	370	65	Mesenia	Sur	I-43
Kopanaki	190	953	Mesenia	Sur	I-44
Handrinos	320	1.007	Mesenia	Sur	I-45
Gralista	560	1.045	Karditsa	Centro	I-48
Neos Pyrgos	5	1.247	Eubea	Centro	I-49
Zoodochos Pigi	190	447	Lárisa	Centro	I-50
Kerasia	800	122	Acaya	Sur	I-51
Lehouri	980	453	Acaya	Sur	I-51
Livartzi	932	850	Acaya	Sur	I-51
Iraklio	340	534	Corintia	Sur	I-62; I-112
Korakovouni	60	642	Arcadia	Sur	I-64
Kalivia	850	1.073	Corintia	Sur	I-65; I-68; I-69
Assiros	180	1.635	Tesalónica	Norte	Karakasidou, 1997
Aghia	200	2.910	Lárisa	Centro	Kardaras, 1982
Merkada	850	531	Ftiótide	Centro	Katsoyannos, 1994
Elafotopos	1.100	391	Ioánnina	Norte	Kikopoulos, 1991

Tabla B.4. Pueblos examinados a lo largo de Grecia *(cont.)*.

Nombre	Altitud (metros)	Población (1940)	Prefectura	Ubicación en Grecia	Fuente
Dafni	600	550	Euritania	Centro	Kolimenos, s. f.
Artemisio	680	1.143	Arcadia	Sur	Koutelos, 1999
Chryso	720	487	Euritania	Centro	Koutelos, 1999
Simiades	720	447	Arcadia	Sur	Koutelos, 1999
Kremmydi	280	153	Cefalonia	Oeste	Kremidas, 1999
Aghios Vassilios	670	460	Arcadia	Centro	Latsis, 1991
Aghios Georgios	120	532	Magnesia	Norte	Liapis, 1994
Nimfeo	1.350	929	Florina	Norte	Loustas, 1988
Gardiki	1.000	1.183	Ftiótide	Centro	Maloukos, 1992
Amigdalia	620	1.013	Fócida	Centro	Manetas, 1996
Mantamados	140	2.839	Lesbos	Este	Marantzidis, 1997
Georgianoi	440	398	Emacia	Norte	Marantzidis, 1997
Gerania	460	464	Lárisa	Centro	Marantzidis, 1997
Skala	100	1.054	Mesenia	Sur	T. Margaritis, 1996
Lofiskos	56	114	Lárisa	Centro	McNeill, 1978
Palaia Korinthos	70	1.389	Corintia	Sur	McNeill, 1978
Methoni	85	791	Pieria	Norte	McNeill, 1978
Kerasia	120	295	Magnesia	Norte	McNeill, 1978
Kotas	890	586	Florina	Norte	McNeill, 1978
Mesenikola	700	1.450	Karditsa	Centro	Militsis, 1997
Arbounas	700	222	Acaya	Sur	Nasiopoulos, 1996
Psathopoti	6	322	Arta	Norte	NEF
Kalohori	7	1.373	Tesalónica	Norte	NEF
Anthili	8	1.463	Ftiótide	Centro	NEF
Kymina	8	2.175	Tesalónica	Norte	NEF
Neohori	10	2.421	Etolia-Acarnania	Centro	NEF
Gouria	15	880	Etolia-Acarnania	Centro	NEF

Nombre	Altitud (metros)	Población (1940)	Prefectura	Ubicación en Grecia	Fuente
Evinohori	15	590	Etolia-Acarnania	Centro	NEF
Vamvakia	150	539	Serres	Norte	NEF
Moussounitsa	860	339	Fócida	Centro	NEF
Nea Nikomidia	25	841	Emacia	Norte	NEF
Dafnon	160	1.490	Xánthi	Norte	NEF
Tsoukka	600	1.024	Ftiótide	Centro	NEF
Kotyli	1.200	57	Kastoriá	Norte	NEF
Athira	30	1.542	Pella	Norte	Nikolaidis, 1997
Mesia	30	433	Kilkís	Norte	Nikolaidis, 1997
Aghios Petros	30	1.435	Kilkís	Norte	Nikolaidis, 1997
Distrato	1.000	1.033	Ioánnina	Norte	Nikou-Stolou, 1999
Krestena	100	3.154	Élide	Sur	Notias, 1999
Kardamila	80	2.837	Quíos	Este	Notias, 1999
Spilia	820	394	Kozani	Norte	Notias, 1999
Arna	780	874	Laconia	Sur	Notias, 1999
Morfi	860	329	Kozani	Norte	Notias, 1999
Lehovo	900	1.477	Florina	Norte	Oikonomou, 1976
Paloumba	740	461	Arcadia	Sur	Papachristou, 1994
Harokopio	130	1.080	Mesenia	Sur	Pasagiotis, 1998
Inoi	730	900	Kastoriá	Norte	Pelagidis, 1996
Spetses	20	3.612	Pireo	Sur	Perrakis, 2004
Petrina	220	942	Laconia	Sur	Poulimenakos, 1989
Elos	5	1.141	Laconia	Sur	Rouvelas, 1999
Aghios Haralambos	880	295	Euritania	Centro	Sakkas, 2000
Aghia Triada	770	773	Euritania	Centro	Sakkas, 2000
Petralona	297	900	Euritania	Centro	Sakkas, 2000
Domiani	660	698	Euritania	Centro	Sakkas, 2000
Vraha	880	857	Euritania	Centro	Sakkas, 2000
Fourna	840	1.591	Euritania	Centro	Sakkas, 2000

Tabla B.4. Pueblos examinados a lo largo de Grecia *(cont.)*.

Nombre	Altitud (metros)	Población (1940)	Prefectura	Ubicación en Grecia	Fuente
Hohlia	920	357	Euritania	Centro	Sakkas, 2000; I-150
Kleistos	920	1.489	Euritania	Centro	Sakkas, 2000; Zevgaras, 1999
Koryschades	940	380	Euritania	Centro	Sarris, 1998
Koskinas	70	263	Élide	Sur	Skaltsas, 1994
Theodoriana	940	1.410	Arta	Norte	Skoutelas, 1994
Karoplesi	910	820	Karditsa	Centro	Souflas, 1991
Sami	10	912	Cefalonia	Oeste	Spathis, 1999
Athamanio	750	602	Arta	Norte	Stasinos, 2000
Vamvakou	800	837	Laconia	Sur	Stavropoulos, 1989
Komboti	90	1.822	Arta	Norte	Tatsiopoulos, 1971
Helidona	600	265	Euritania	Centro	Triantafyllis, 1997
Ziaka	900	830	Grevená	Centro	Van Boeschoten, 1997
Moshopotamos	460	1.807	Pieria	Norte	Varmazis, 2002
Zevgolatio	30	2.552	Corintia	Sur	Velentza, 1999
Ambelofyto	50	1.000	Serres	Norte	Vermeulen, 1993
Kertezi	850	1.442	Acaya	Sur	Voryllas, 1994
Achladia	540	355	Trikala	Centro	Vourlas, 1992
Marathea	800	534	Euritania	Centro	Vrana, 1999

3. Homicidios

Tal y como expliqué en el capítulo 1, me centro en los homicidios. No existe ninguna lista completa de homicidios para la Argólida. Yo basé la codificación, ante todo, en información de documentos de tribunales y en registros civiles de pueblos; la comprobé con listas de víctimas compiladas por Antonopoulos (1964), Papalilis (1980) y con nombres tomados de historias locales, memorias, tumbas en cementerios y mis propias entrevistas. Introducía un homicidio en mi base de datos si, al menos, se encontraba presente en los documentos de los

tribunales, en los registros civiles o en la lista compilada por Antonopoulos a partir de fuentes oficiales. Dos fueron los ajustes que le hice a esta base de datos: en primer lugar, excluí 13 muertes en cinco pueblos (Inachos, Ira, Lefkakia, Poulakida y Krioneri) que carecieron de intencionalidad (arrestos llevados a cabo con intención explícita de no asesinar y muertes causadas por accidentes). En segundo lugar, codifiqué cinco muertes en un solo pueblo (Ireo) que, en realidad no se produjeron: se anunció que estas personas iban a ser ejecutadas pero escaparon en el último momento. Estos ajustes no alteran la codificación de un pueblo como violento o no violento ni lo alteran en formas que contradigan mis predicciones, más de lo que las confirman (p. e., Ireo es codificado como zona 3 en t_1 en el momento en el que las ejecuciones planeadas habrían tenido lugar)[1].

4. Tipo de violencia

La principal distinción a la hora de categorizar el tipo de violencia es entre violencia selectiva y violencia indiscriminada. Yo codifiqué un homicidio como selectivo cuando había evidencias de selección individualizada. Esto incluye el uso de una lista de nombres, el uso visible de un informador, un arresto que siga a una comprobación de la identidad o arrestos asociados a interrogatorios. Dado que no se dispone de los procedimientos y las listas de nombres usadas por las dos partes, resulta imposible estar completamente seguro sobre la condición selectiva del proceso; ahora bien, las evidencias indirectas tendían a ser sólidas. Cuando mi investigación no generaba evidencias de selección individualizadas o cuando había evidencias de selección sobre la base de un criterio colectivo, codificaba un homicidio como indiscriminado. Por ejemplo, los alemanes a menudo promulgaban declaraciones antes de sus batidas, afirmando que su violencia iba a ser indiscriminada. Una investigación judicial llevada a cabo por la justicia militar alemana en los años sesenta del siglo XX para las operaciones de barrido de mayo-junio de 1944 (ZSt. V 508 AR 205/67 [Argos]) corrobora los recuerdos orales y las evidencias griegas de los juicios de posguerra sobre el carácter puramente indiscriminado de algunos de los asesinatos, que incluían el ametrallamiento aleatorio de gente que huía por el campo y la masacre de aldeanos o prisioneros sin ninguna selección previa. También codifiqué como violencia indiscriminada varios incidentes tales como tiroteos en puestos de control. Para ser preciso, mi codificación captaba la *percepción pú-*

[1] La precisión descriptiva requiere que el número total de víctimas rebeldes se reduzca de 372 a 367.

blica de la violencia selectiva o indiscriminada, que resultaba coherente con la teoría.

Como ejemplo, tómese el pueblo de Anifi que describí brevemente en el capítulo 9. En abril de 1944, los alemanes atacaron el pueblo y se valieron de un informador encapuchado para arrestar a algunos hombres a los que más tarde fusilaron. Éste es un ejemplo de violencia selectiva. En mayo del mismo año, los alemanes promulgaron un toque de queda y anunciaron que cualquiera al que se cogiera fuera de su casa después de las seis de la tarde sería disparado en el acto. Cuatro hombres estaban sentados fuera de su casa charlando cuando pasó un coche alemán; un soldado alemán bajo la ventanilla, abrió fuego y los mató a todos (I-108). Éste es un ejemplo de violencia indiscriminada.

Hay unos cuantos casos que resultan más difíciles de adjudicar. Hubo algunos arrestos y asesinatos individuales para los que carecía de información sobre listas de nombres, informadores o evidencias similares. Mis informantes casi siempre tenían una historia sobre quién denunció a quién, pero ésta podía claramente haber estado elaborada *a posteriori*. Por lo general, me amparaba en toda la información que había reunido sobre el pueblo a la hora de decidir cómo codificar tales casos. Por ejemplo, los alemanes fusilaron a tres hombres el 21 de mayo de 1944, en el pueblo de Passa (ahora Inachos). 20 hombres fueron escogidos de entre todos los varones reunidos y tres de ellos fueron fusilados. Uno era un delegado local del EAM y dos no eran miembros de la organización. Mis entrevistas iniciales no me permitían adjudicar con un grado razonable de confianza si estos asesinatos eran selectivos o indiscriminados, aunque un informante mencionó que estos tres hombres habían sido denunciados. Entonces, entrevisté a un delegado local del EAM de un pueblo vecino, que dio un buen número de detalles sobre este acontecimiento e incluso nombró al supuesto denunciante (I-115). Resultó también, a partir de otra entrevista, que los soldados alemanes estuvieron recorriendo el pueblo la tarde anterior, comprobando los papeles de identidad y mirando a una lista con fotografías (I-107). Por ello, decidí codificar estos homicidios como ejemplos de violencia selectiva; en todo caso, las entrevistas sugerían que aquéllos se percibían ampliamente como selectivos.

5. Control

Para la codificación del control, he usado el protocolo siguiente:

Zona 1: los combatientes gubernamentales están acuartelados de forma permanente en el pueblo o dentro de un radio de una hora; los

combatientes y administradores gubernamentales operan con libertad a todas horas del día o de la noche; no se registra ninguna actividad insurgente; nunca se habían implantado organizaciones insurgentes o estaban completamente destruidas.

Zona 2: los combatientes gubernamentales están acuartelados de forma permanente en el pueblo o dentro de un radio de una hora; los combatientes y administradores gubernamentales operan con libertad a todas horas del día o de la noche; las organizaciones clandestinas de la insurgencia operan dentro del pueblo; tienen lugar encuentros clandestinos; se suceden visitas esporádicas nocturnas de los combatientes insurgentes.

Zona 3: los combatientes gubernamentales están acuartelados de forma permanente en el pueblo o dentro de un radio de una hora, pero no se mueven con libertad por la noche; los administradores gubernamentales, por lo general, no duermen en sus casas; los organizadores insurgentes están activos; con regularidad, tienen lugar encuentros nocturnos; se suceden visitas regulares de los combatientes insurgentes por la noche.

Zona 4: los combatientes insurgentes están acuartelados de forma permanente en el pueblo o en los alrededores; los combatientes y administradores insurgentes operan con libertad en todo momento del día y de la noche; las organizaciones clandestinas gubernamentales operan dentro del pueblo y/o tienen lugar reuniones clandestinas y/o visitas esporádicas por parte de los combatientes gubernamentales.

Zona 5: los combatientes insurgentes están acuartelados de forma permanente en el pueblo o en los alrededores; los combatientes y administradores insurgentes operan con libertad a todas horas del día y de la noche; no se registra actividad gubernamental; nunca se habían implantado organizaciones gubernamentales clandestinas o estaban completamente destruidas.

0: el pueblo está completamente destruido y/o abandonado.

La información relevante se entresacaba tanto de fuentes orales como de fuentes escritas (registros de tribunales; documentos griegos, británicos y alemanes; historias locales). A causa de la duración relativamente corta de la guerra y de su alcance territorial restringido, el material de entrevista y las fuentes escritas tienden a casar unas con otras. Cuando el material era contradictorio o no resultaba concluyente, yo codificaba el pueblo como si estuviera en la misma zona de control que su vecino más próximo. En muchos ejemplos, había una alta correlación en las medidas de control entre los pueblos en cada uno de los seis grupos ecológicos. Los pueblos de una misma región experimentan cambios de control más o menos al mismo tiempo y casi siempre en la misma dirección. Vale la pena señalar que no se tra-

ta de un ejemplo de autocorrelación espacial sino de la administración de un mismo tratamiento a un conjunto de unidades. Hay algunas excepciones a esta tendencia, debidas, sobre todo, a ciertas particularidades. Por ejemplo, todos los pueblos de las colinas orientales en t_4 se codifican como estando en la zona 4, excepto dos: Arachneo (Heli) está en la zona 5 y Manesi está en la zona 3. Arachneo, el más aislado de estos pueblos, había sido atacado y conquistado por los rebeldes, que ejecutaron a todos los rivales a los que pudieron poner las manos encima, haciendo que el resto se diera a la fuga; Manesi estaba a 10 minutos en coche desde el pueblo de Aghia Triada, que tenía un acuartelamiento de los alemanes, quienes realizaban visitas casi a diario. De igual modo, Fichti se codifica como estando en la zona 3 en t_1, a diferencia de la mayoría de los pueblos del entorno que estaban en la zona 4, debido a que la presencia de una estación de tren llevó a los alemanes a instalar una pequeña unidad en el pueblo.

APÉNDICE C: LÍNEA CRONOLÓGICA DE LOS CONFLICTOS

431-404 a.C.	Guerra del Peloponeso.
1642-1651	Guerra civil inglesa.
1775-1783	Guerra de Independencia norteamericana.
1789-1799	Revolución francesa.
1793-1796	Guerra de la Vendée, Francia.
1808-1814	Guerra de Independencia española.
1861-1865	Guerra civil norteamericana.
1888-1902	Insurgencia filipina contra la ocupación de los Estados Unidos.
1910-1928	Revolución mexicana y violencia posterior.
1916-1924	Insurgencia de la República Dominicana contra la ocupación de los Estados Unidos.
1917-1921	Revolución rusa y guerra civil.
1918	Guerra civil finlandesa (enero-mayo).
1916-1923	Revolución irlandesa y guerra civil.
1926-1949	Guerra civil china (e insurgencia contra la ocupación japonesa).
1927-1933	Guerra civil nicaragüense.
1936-1939	Levantamiento palestino.
1936-1939	Guerra civil española.
1941-1945; 1950-1960	Insurgencia malaya contra las ocupaciones japonesa y británica.
1941-1951	Insurgencia contra la ocupación japonesa y Rebelión huk, Filipinas.
1943-1949	Guerra civil griega (y resistencia contra la ocupación alemana).
1948-1993	Insurgencias de Kachin y Karen, Birmania.

1948-1958	La Violencia colombiana.
1952-1960	Insurgencia Mau Mau, Kenia.
1950-1953	Guerra de Corea.
1954-1962	Guerra de Independencia argelina.
1957-1975	Guerra de Vietnam.
1961-1991	Guerra de Independencia y guerra civil en Angola.
1961-1966	Guerra civil de Guatemala.
1962-1992	Guerra de Independencia y guerra civil en Mozambique.
1962-1974	Guerra civil en Guinea-Bissau.
1965-1966	Masacres anticomunistas en Indonesia.
1966-	Guerra civil colombiana.
1966-1969	Revolución cultural china.
1966-1979	Guerra de Independencia y guerra civil en Zimbabwe/ Rhodesia.
1966-1989	Guerra de Independencia en Namibia.
1967-1970	Guerra de Biafra, Nigeria.
1968-	Campaña secesionista de Euskadi, España.
1968-1994	Campaña secesionista de Irlanda del Norte.
1970-1975; 1992-1998	Guerra civil de Camboya.
1971	Guerra de Independencia en Bangladesh.
1972-2001	Insurgencia filipina.
1975-1990	Guerra civil libanesa.
1975-1999	Insurgencia en Timor Oriental contra la ocupación indonesia.
1974-1991	Guerra civil en Etiopía.
1979-1991	Guerra civil en El Salvador.
1979-2001	Insurgencia contra la ocupación soviética y guerra civil en Afganistán.
1980-	Insurgencia de Sendero Luminoso, Perú.
1981-1990	Guerra civil en Nicaragua.
1983-	Guerras civiles diversas en Sudán.
1983-	Insurgencia JVP e insurgencia tamil, Sri Lanka.
1983-1999	Insurgencia kurda, Turquía.
1984-1994	Insurgencia sij, India.
1986-1995	Guerras civiles diversas en Uganda.
1987-1993	Primera Intifada, Palestina/Israel.
1988	Guerra por Nagorno-Karabaj entre Armenia y Azerbaiyán (no se ha alcanzado ningún acuerdo).
1989-1996	Guerra civil en Liberia.
1991-2002	Guerra civil en Sierra Leona.
1991-	Guerra civil en Somalia.
1992-	Guerra civil en Argelia.
1992-1993	Insurgencia abjaza, Georgia.
1992-1995	Guerra civil bosnia.
1994-1996; 1999-	Guerra civil chechena.
1997-	Guerra del Congo-Brazzaville.
1999	Guerra civil en Kosovo.
2000-	Segunda Intifada, Palestina/Israel.
2001-2002	Dayaks contra madureses del Kalimantan occidental, Indonesia.
2001-	Insurgencia contra la ocupación de los Estados Unidos en Afganistán.
2003-	Insurgencia contra la ocupación de los Estados Unidos en Iraq.

REFERENCIAS

I. Fuentes primarias y no publicadas

Archivos

Archivo de Historia Social Contemporánea (Αρχεία Σύγχρονης Κοινωνικής Ιστορίας) (ASKI), Atenas

Archivo del Partido Comunista de Grecia (KKE)

Archivo Histórico de la Argólida (Ιστορικό Αρχείο Αργολίδας) (HAA), Nafplio

Archivos Municipales de Nafplio (Δημοτικό Αρχείο Ναυπλίου) (DAN)

Tribunal Tripartito de Apelación *[Trimeles]* de Napflio (Archivos de Acusación) (ATEN) (DIK. 1.2.2)

Tribunal Pentapartito de Apelación *[Pentameles]* de Napflio (Actas-Decisiones) (APEN) (DIK. 1.4.2)

Corte Penal de Nafplio (Archivos de Acusación) (AKN) (DIK. 1.5.1)

Corte Penal de Nafplio (Actas-Decisiones) (AKN) (DIK. 1.5.2)

Corte Penal de Tripolis (Archivos de Acusación) (AKT) (DIK. 1.6.1)

Corte Penal de Tripolis (Actas-Decisiones) (AKT) (DIK. 1.6.2)

Corte Penal de Sparta (Archivos de Acusación) (AKN) (DIK. 1.9.1)

Corte Penal de Sparta (Actas-Decisiones) (AKN) (DIK. 1.9.2)

Corte Penal de Gytheio (Archivos de Acusación) (AKN) (DIK. 1.12.1)

Corte Penal de Gytheio (Actas-Decisiones) (AKN) (DIK. 1.12.2)

Tribunal especial de colaboradores (Ειδικον Δικαστήριον Δοσιλόγων) (EDD) (DIK. 1.16.1)

Directorio de Historia del Ejército (Διεύθυνση Ιστορίας Στρατού) (DIS), Atenas
Archivo de la Resistencia Nacional (1941-1944) (AEA)
Eric Gray Newspaper Collection, Christ Church, Oxford
National Archives and Records Administration (NARA), Washington D.C.
Misión Aliada para la Observación de las Elecciones Griegas (MAOEG I y II), Archivos retirados de NEA/GTI, LOT M-72, 62 A 624
General Records of the Department of State, Archivo Decimal 1945-1949
Near East Foundation, Nueva York
Organización Social de Pueblos en Grecia
Public Records Office (PRO), Kew Gardens
Foreign Office Records (serie FO)
Special Operations Executive Records (serie HS)
Zentrale Stelle der Landesjustizverwaltungen (Zts.), Ludwigsburg
V 508 AR 2056/67 (Argos)

Memorias no publicadas

Harisis Asimopoulos, Velvendo, Kozani
Kiriakos Dimitropoulos, Christianoi, Mesenia
Petros S. Hasapis, Kiveri, Argólida
Efthimios Katsoyanos, Kleisto, Euritania
Ioannis G. Kolimenos, Dafni, Euritania
Panayotis Kondylis, Antigua Olimpia, Élide
Andreas Kranis, Argos, Argólida
Panayotis Lilis, Midea, Argólida
Yannis Nassis, Malandreni, Argólida
Dimitris Oikonomou, Heli, Argólida
Ioannis Petrou, Didyma, Argólida
Anastasios Rodopoulos, Neochori, Aridaia
Thanasis Siaterlis, Poulakida, Argólida
Giorgos Stamatiou, Spetses, Argosaronikos
Petros E. Tavoulareas, Tseria, Mesenia

Artículos de investigación de estudiantes (historias de pueblos)

Angeliki Andreopoulou, Universidad de Atenas, 1999
Vassiliki Ballios, Universidad de Nueva York, 1999
Gerasimos Drakatos, Universidad de Atenas, 1999

Sofia Gali, Universidad de Atenas, 1999
Thomas Haidas, Universidad de Atenas, 1999
Olga Halkiopoulos, Universidad de Nueva York, 2000
Dorothea Hunter, Universidad de Chicago, 2003
Kali Koutelos, Universidad de Nueva York, 1999
Evangelia Kremidas, Universidad de Nueva York, 1999
Katerina Nikou-Stolou, Universidad de Atenas, 1999
Carol Notias, Universidad de Nueva York, 1999
Helen Rouvelas, Universidad de Nueva York, 1999
Evangelos Spathis, Universidad de Atenas 1999
Ioanna Velentza, Universidad de Atenas, 1999
Elsa A. Vrana, Universidad de Atenas, 1999
Ioanna Zevragas, Universidad de Nueva York, 1999

2. Grecia y la guerra civil griega

General

ANDREWS, K., *The Flight of Ikaros*, Londres, Penguin, 1984.
ANTONIOU, G., «The Importance of Interwar Communism in the Spread of the Resistance Movement (EAM)», artículo no publicado; European University Institute.
ANTONOPOULOS, K. E., *Ethniki Antistasis 1941-1945 [Resistencia Nacional, 1941-1945]*, 3 vols., Atenas, 1964.
BAERENTZEN, L., *British Reports on Greece 1943-1944 by J. M. Stevens, C. M. Woodhouse and D. J. Wallace*, Copenhague, Museum Tusculanum Press, 1982.
CAMPBELL, J. y SHERRARD, P., *Modern Greece*, Nueva York, Praeger, 1968.
CAPELL, R., *Simiomata: A Greek Note Book 1944-1945*, Londres, MacDonald, 1946.
CLOSE, D. H., *The Origins of the Greek Civil War*, Londres, Longman, 1995.
CONDIT, D. M., *Case Study in Guerrilla War: Greece during World War II*, Washington DC, Special Operations Research Office, American University, 1961.
DANFORTH, L. M., *Macedonian Conflict: Ethnic Nationalism in a Translational World*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1995.
DELAPORTAS, P. G., *To simiomatario enos Pilatou [El cuaderno de notas de un Pilatos]*, Atenas, Themelio, 1978.
DORDANAS, E. N., *I periochi tis Thessalonikis kaitis evriteris Makedonias kato apo ti Germaniki katochi, 1941-1943 [La Tesalónica*

y la gran Macedonia están bajo ocupación alemana, 1941-1943], artículo inédito, Departamento de Historia, Universidad Aristotélica de Tesalónica, 1996.

FLEISCHER, H., «Antipoina ton germanikon dinameon katochis stin Ellada 1941-1944» [«Represalias de las fuerzas de ocupación alemanas en Grecia, 1941-1944»], *Mnimon* 7 (1979), pp. 182-195.

GARDNER, H. H., *Guerrilla and Counterguerrilla Warfare in Greece, 1941-1945*, Washington DC, Office of the Chief of Military History, Department of the Army, 1962.

GEROLYMATOS, A., «The Role of the Greek Officer Corps in the Resistance», *Journal of the Hellenic Diaspora* 11 (1984) 3, pp. 69-79.

—, *Red Acropolis, Black Terror: The Greek Civil War and the Origins of Soviet-American Rivalry, 1943-1949*, Nueva York, Basic Books, 2004.

HAMMOND, N. G. L., *The Allied Military Mission and the Resistance in Western Macedonia*, Tesalónica, Instituto de Estudios Balcánicos, 1993.

HONDROS, J. L., *Occupation and Resistance: The Greek Agony, 1941-1944*, Nueva York, Pella, 1993.

JONES, H., *«A New Kind of War»: America's Global Strategy and the Truman Doctrine in Greece*, Nueva York, Oxford University Press, 1989.

KALYVAS, S. N., «Polarization in Greek Politics: PASOK's First Four Years, 1981-1985», *Journal of the Hellenic Diaspora* 23, 1 (1997), pp. 83-104.

—, «Red Terror: Leftist Violence during the Occupation», en M. Mazower (ed.), *After the War Was Over: Reconstructing Family, State, and Nation in Greece, 1944-1960*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 2000, pp. 142-183.

KARAKASIDOU, A. N., *Fields of Wheat, Hills of Blood: Passages to Nationhood in Greek Macedonia, 1870-1990*, Chicago, University of Chicago Press, 1997.

KOFOS, E., *Nationalism and Communism in Macedonia: Civil Conflict, Politics of Mutation, National Identity*, Nueva Rochelle, NY, AD Caratzas, 1993.

KOLIOPOULOS, I. S., *Plundered Loyalties: Axis Ocuppation and Civil Strife in Greek West Macedonia, 1941-1949*, Londres, Hurst, 1999.

MARANTZIDIS, N., *Mikres Mosches:Politiki kai eklogiki analisi tis parousias tou kommounismou ston Elladiko agrotiko choro [Pequeños Moscúes: un análisis político y electoral de la presencia comunista en el espacio rural griego]*, Atenas, Papazissis, 1997.

—, *Yasasin Millet, Zito to Ethnos. Prosfygia, katohi kai emfylios: Ethnotiki taftotita kai politiki symperifora stous tourkofonous elinorthodoxous tou Dytikou Pontou [Yasasin, Millet, larga vida a la nación: desarraigo, ocupación y guerra civil: identidad étnica y comportamiento político en los ortodoxos turcos grecoparlantes del Ponto occidental]*, Irakleio, Prensa Universitaria de Creta, 2001.

MARGARITIS, G., *Historia tou Emfyliou Polemou [Historia de la Guerra Civil]*, 2 vols., Atenas, Vivliorama, 2000.

MATHIOPOULOS, V., *I Elliniki Antistasi (1941-1944) kai oi «Symmchoi» [La resistencia griega y los «Aliados»]*, Atenas, Papazissis, 1980.

MCNEILL, W. H., *The Greek Dilemma: War and Aftermath*, Filadelfia, J. B. Lippincott, 1947.

—, *The Metamorphosis of Greece since World War II*, Oxford, Blackwell, 1978.

MAZOWER, M., *Inside Hitler's Greece: The Experience of the Occupation, 1941-1944*, New Haven, Yale University Press, 1992.

—, «Military Violence and National Socialist Values: The Wehrmacht in Greece, 1941-1944» *Past and Present* 134 (1992), pp. 129-158.

MEYER, H. F., *Missing in Greece: Destinies in the Greek Freedom Fight, 1941-1944*, Londres, Minerva, 1995.

—, *Von Wien nach Kalavryta. Die blutige Spur der 117. Jäger-Division durch Serbien und Griechenland*, Moehnesse, Bibliopolis, 2002.

MYERS, E. C. W., *Greek Entaglement*, Londres, Hart-Davies, 1955.

NACHMANI, A., «Guerrillas at Bay. The Rise and Fall of the Greek Democratic Army: The Military Dimension. Civil War in Greece: 1946-1949», *Journal of Modern Hellenism* 9 (1993), pp. 63-95.

ROSSOS, A., «Incompatible Allies: Greek Communism and Macedonian Nationalism in the Civil War in Greece, 1943-1949», *Journal of Modern History* 69 (1997), I, pp. 42-76.

SKOURAS, F.; HADJIDIMOS, A.; KALOUTSIS, A. y PAPADIMITRIOU, G., *I psichopathologia tis pinas, tou fovou kai tou agxous: Nevroseis kai psichonevroseis [La psicopatología del hambre, del miedo y de la ansiedad: neurosis y psiconeurosis]*, Atenas, 1947.

VERVENIOTI, T., *Diplo vivlio. I afigisi tis Stamatias Barbatsi [Libro doble. La narrativa de Stamatia Barbatsi]*, Atenas, Vivliorama, 2003.

VOIGT, F. A., *The Greek Sedition*, Londres, Hollis and Carter, 1949.

WARD, M., *Greek Assignments. SOE 1943-1948 UNSCOB*, Atenas, Lycabettus Press, 1992.

WOODHOUSE, C., *Apple of Discord: A Survey of Recent Greek Politics in Their International Setting*, Londres, Hutchinson, 1948.

ZAFIROPOULOS, D., *O Antisymmoriakos agon, 1945-1949 [La lucha contra los bandidos, 1945-1949]*, Atenas, 1956.

ANTONOPOULOS, A., *Mnimes enos andarti tou ELAS [Recuerdos de un guerrillero del ELAS]*, Atenas, Alfeios, 1993.
ASCHENBRENNER, S., «The Civil War from the Perspective of a Messenian Village», en L. Baerentzen, J. O. Iatrides y O. L. Smith (eds.), *Studies on the History of the Greek Civil War, 1945-1949*, Copenhague, Museum Tusculanum Press, 1987, pp. 105-125.
AVDIKOS, E. G., *Halase to horios mas halase [Nuestro pueblo en ruinas]*, Alexandroupoli, 2002.
BALAFOUTAS, Y., *Apo ton promachona tis Stimangas [Desde el bastión de Stimanga]*, Atenas, 1981.
BALTA, N., «"Tote me ta 'hitika' den kotages na peis oute t' onoma sou." Martiries gia ton emfylio se ena chorio tis Pylias» [«"Entonces, con el 'hitika' ni siquiera te atrevías a decir cuál era tu nombre." Testimonios sobre la guerra civil en una aldea de Pylia»], en I. Nikolakopoulos, A. Rigos y G. Psallidas (eds.), *O Emfylios Polemos. Apo ti Varkiza sto Grammo, Fevrouarios 1945 – Avgoustos 1949 [La guerra civil: de Varkiza a Grammos, febrero de 1945-agosto de 1949]*, Atenas, Themelio, 2002, pp. 176-187.
BAROUTAS, K. G., *Mesochora*, Atenas, Irodotos, 1998.
CAMPBELL, J. K., *Honour, Family, and Patronage: A Study of Institutions and Moral Values in a Greek Mountain Community*, Nueva York, Oxford University Press, 1974.
CHRISTIDIS, CH. I., *Pournia Konitsis-Ioanninon*, Atenas, 1991.
COLLARD, A., «Investigating "Social Memory" in a Greek Context», en E. Tonkin, M. McDonald y M. Chapman (eds.), *History and Ethnicity*, Londres, Routledge, 1989, pp. 89-103.
DALIANIS, A. I., *Iampolis, Valtetsi, Kalapodi*, Atenas, Arsenidis, 1998.
DAMIANAKOS, S., *Le paysan grec. Défis et adaptations face à la société moderne*, París, L'Harmattan, 1996.
DIAMANTAKOS, N., *To Pouri*, Volos, Koinotita Pouriou, 1997.
DU BOULAY, J., *Portrait of a Greek Mountain Village*, Oxford, Oxford University Press, 1974.
EXARCHOS, C. G., *I Fourka Ipirou*, Tesalónica, 1987.
FILOS, S., *Agnanta Artas*, Atenas, Adelfotis Agnantiton Athinas, 1991.
—, *Ta Tzoumerkohoria*, Atenas, 2000.
GAGE, N., *Eleni*, Nueva York, Ballantine Books, 1984.
GAVANAS, D. G., *Rodohori Voiou*, Tesalónica, 1999.
GEORGIADIS, G., «O Emfylios Polemos stis Vorioanatoliki Eordea (1943-1949)» [«La guerra civil en el noreste de Eordea»], artículo inédito, 2004.
GLAVERIS, T. A., *O kambos tis Thessalonikis*, Tesalónica, 1998.
GOGOS, A. K., *Parakalamos*, Atenas, Dodoni, 1995.

GOUMAS, E., *Livadi*, Livadi, 1973.
HANDMAN, M-E., *La violence et la ruse: Hommes et femmes dans un village grec*, Aix-en-Provence, Édisud, 1983.
HARTOMASIDIS, P. C., *Pontoirakleia Kilkis, 1924-1984*, Tesalónica, 1989.
KALLIANIOTIS, T., «I OPLA tou Tsiartsamba, 1941-1949», artículo inédito, 2001.
—, «Oi protoi andartes sta Ventzia, 1942-1943» [«Los primeros rebeldes en Ventzia, 1942-1943»], artículo inédito, 2002.
KARDARAS, T. G., *Mnimes sto diava mias zois [Memorias en el curso de una vida]*, Atenas, 1982.
KATEVATIS, N., *Anamniseis apo tin Katohi stin Zatintho kai i megali apogoitefsis [Recuerdos de la ocupación en Zakhyntos y la gran desilusión]*, Atenas, s. f.
KATSOGIANNOS, S., *I agnosti alitheia gia ton ELAS [La verdad desconocida sobre el ELAS]*, Atenas, 1994.
KIKOPOULOS, M. S., *Elafotopos (Tservari)*, Ioannina, 1991.
LATSIS, V. P., *Oi antartes tou Parnona [La guerrilla de Parnon]*, Atenas, Forma, 1991.
LIAPIS, K., *O «megalos» Ai-Giorgis tou Piliou*, Volos, 1994.
LOUSTAS, N. A., *I Historia tou Nimfeou-Neveskas Florinis*, Tesalónica, 1988.
MAGOPOULOS, N. V., *Genia agonon kai thision. 33 choria Karditsas-Domokou stin Antistasi [Generación de luchas y sacrificios: 33 aldeas de Karditsa y Domokos en la resistencia]*, Atenas, 1990.
—, *Agonisteston Karditsiotikon Agrafonkaitou kambou 1940-1950 [Luchadores de la parte de Agrafa de Karditsa y el llano, 1940-1950]*, Karditsa, 1998.
MALOUKOS, K. I., *Enthimimata katochika kai antistasiaka [Recuerdos de la ocupación y la resistencia]*, Tesalónica, 1992.
MANDAS, G. I. E. (o HONDROS), *Apomnimonevmata apo to 1876 os to 1966 [Memorias de 1876 a 1966]*, Trípoli, 1996.
MANETAS, A. T., *Plessa-Amygdalia*, Atenas, 1996.
MARGARITIS, T., *I Skala Messinias*, Atenas, Vivliogonia, 1995.
MILITSIS, C. M., *Agrafa. Karditsa, Mesenikola kai ta choria tou teos dimou Nevropolis [Agrafa, Karditsa, Mesnikola y las aldeas de la antigua municipalidad de Nevropolis]*, Karditsa, 1997.
NASIOPOULOS, A. A., *O Arbounas*, Atenas, Paraskinio, 1996.
NIKOLAIDIS, K., *I alithia gia tin Ethniki Antistasi [La verdad sobre la resistencia nacional]*, Tesalónica, 1977.
OIKONOMOU, P., *To Lehovo*, Tesalónica, 1976.
PAPACHRISTOU, G. D., *Tou Paloumba kai oi Paloumbaioi*, Tripoli, Fylla, 1994.
PAPAIOANNOU, A., *Giorgis Giannoulis: I thriliki morfi tou Grammou. To agnosté imerologio tou [Giorgis Giannoulis: La figura*

legendaria de Grammos; su diario desconocido], Atenas, Glaros, 1990.
PAPAKONGOS, K., *Archeio Person. Katochika documenta tou DES Peloponnisou [Archivo personal: documentos de la oficina de la Cruz Roja Internacional en el Peloponeso durante la ocupación]*, Atenas, Papazissis, 1977.
PAPAKONSTANTINOU, K. (BELÁS), *I nekri merarchia [El regimiento muerto]*, 2 vols., Atenas, Alfeios, 1986.
PAPAKONSTANTINOU, M., *To chroniko tis megalis nichtas [La crónica de la larga noche]*, Atenas, Estia, 1999.
PAPANDREOU, A. K., *Odoiporiko sta dyskola chronia [Viaje durante los años duros]*, Kavala, 1992.
PAPASTERIOPOULOS, I., *O Morias sta opla [Morias en armas]*, 4 vols., Atenas, Erevna kai Kritiki tis Neoellinikis Istorias, 1965.
PASAGIOTIS, N. P., *Anamniseis [Recuerdos]*, Atenas, 1998.
PELAGIDIS, S., *I Inoi tis Kastorias*, Tesalónica, Comunidad de Inoi, 1996.
POULIMENAKOS, A. G., *I Petrina*, Atenas, 1989.
PRIOVOLOS, K., *Imoun Ipefthinos [Yo fui responsable]*, Atenas, 1988.
SAKKAS, J., «The Civil War in Evrytania», en M. Mazower (ed.), *After the War Was Over: Reconstructing Family, State, and Nation in Greece, 1944-1960*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 2000, pp. 186-209.
SANDERS, I. T., «Village Social Organization in Greece», *Rural Sociology* 18 (1953) 1-4, pp. 366-375.
SARRIS, K. A., *Chroniko Koryschadon [Una crónica de Koryschades]*, Atenas, Vasilopoulos, 1998.
SKALTSAS, P. D., *Stis ochthes tou Kladeou [En los bancos del Kladeos]*, Atenas, 1994.
SKOUTELAS, R.-G. S., *Theodoriana Artas*, Atenas, Kinotis Teodorianon, 1994.
SOUFLAS, K., *Peninta palikaria [50 hombres jóvenes]*, Atenas, 1991.
STAMATELATOS, M. y VAMVA-STAMATELATOU, F., *Epitomo Geographiko Lexiko tis Ellados [Diccionario Geográfico de Grecia]*, Atenas, Ermis, 2001.
STASINOS, K. G., *To Athamanio ton Tzoumerkon*, Atenas, 2000.
STAVROPOULOS, N. C., *I Vamvakou*, Atenas, Sokolis, 1989.
SVOLOS, A., *Andartis sta vouna tou Moria. Odoiporiko (1947-1949) [Guerrilla en las montañas de Morias: un viaje (1947-1949)]*, Atenas, 1990.
TATSIOPOULOS, L. A., *To Komboti Artis*, Ioannina, 1971.
TCHOBANOGLOU, M., «A Macedonian Village. Prepared under the direction of William J. Tudor», artículo inédito, Near East Foundation, 1951.

TRIANTAFYLLIS, K. N., *Me nychia kai me dontia [Diente y uña]*, Atenas, 1997.
VAN BOESCHOTEN, R., *Anapoda chronia. Sillogiki mnimi kai historia sto Ziaka Grevenon (1900-1950) [Los años desgraciados: memoria colectiva e historia en Ziaklas, Grevená (1900-1950)]*, Atenas, Plethron, 1997.
VARMAZIS, N. D., *Dyskola Chronia stin Pieria [Los años difíciles en Pieria]*, Katerini, Mati, 2002.
VERMEULEN, H., «To varos tou parelthontos. I exousia ton kapetaneon sto xorio tou Kain kai tou Avel» [«El peso del pasado: el poder de los capetans en la aldea de Caín y Abel»], en E. Papataxiarchis y T. Paradellis (eds.), *Anthropologia kai parelthon: simvoles stin koinoniki istoria tis neoteris Elladas [Antropología y pasado: una contribución a la historia social de la Grecia Moderna]*, Atenas, Alexandria, 1993, pp. 113-133.
VETTAS, Y., *I machi tis Edessas [The battle of Edessa]*, Tesalónica, Erodios, 2002.
VOURLAS, F. S., *Mnimes kai didagmata. Emfylios dihasmos (1944-1949) [Memorias y lecciones: lucha civil (1944-1949)]*, Achladia, 1992.
VORYLLAS, A. C., *Kertezi*, Atenas, Paraskinio, 1994.
XANTHAKOU, M., «Violence en trois temps: Vendetta, guerre civile et désordre nouveau dans une région grecque», artículo inédito, 1998.
YANNISOPOULOU, M., «I anthropologiki proseggisi. Almopia: parelthon, paron kai mellon» [«El enfoque antropológico: Almopia: pasado, presente y futuro»], en National Center of Social Research, *Makedonia kai Valkania: xenophobia kai anaptyxi [Macedonia y los Balcanes: xenofobia y desarrollo]*, Atenas, Alexandria, 1998.
ZERVIS, N. I., *I Germaniki katochi sti Messinia [La ocupación alemana de Messinia]*, Kalamata, 1998.

Norte del Peloponeso (incluida la Argólida)

ANAGNOSTOPOULOS, I. S., *I Historia tou Achladokambou [La historia de Achladokambos]*, Atenas, 1961.
ANAGNOSTOPOULOS, N. N. y GAGALIS, G., *I Argoliki Pedias [El llano de la Argólida]*, Atenas, 1938.
BARELOS, P., *Skotini 17 Iouli 1944 [Skotini, 17 de julio de 1944]*, Skotini, 1983.
BINARDOPOULOS, Y.; ROUPAS, L. y CHLIAPAS, T., «I Egialia stin katochi kai tin antistasi» [«Egialia durante la ocupación y la resistencia»], Atenas, 1987.

Bouyoukos, T., *I Feneos ana tous aiones [Feneos a lo largo de los siglos]*, Atenas, 1973.

Christopoulos, A. C., *Oi Italogermanoi stin Argolida [Los italianos y los alemanes en la Argólida]*, Nauplia, Tipografion Efimeridos Sintagma, 1946.

Danousis, K., «Opuscula Argiva XIII», *Anagennisi* 321 (1994), pp. 4-13.

De vooys, A. C., y Piket, J. J. C., «Geographical Analysis of Two Villages in the Peloponnesos», *Tijdschrift van het Kononklijk Nederlandsch Aardrijkskundig Genootschap* 75 (1958), I, pp. 31-55.

Frangoulis, A. C., *Imerologio Ethnikis Antistasis Ermionis [Diario de la Resistencia Nacional de Ermioni]*, Piraeus, 1988.

Kanellopoulos, G. A., *Historia kai laografia ths Anatolikis Egialias-Kalavryton [Historia y folclore del este de Egialia y de Kalavryta]*, Atenas, 1981.

Karouzou, E., «Cultures maraîchères dans la Méditerranée: Les transformations de la plaine et la société argolique, 1860-1910», tesis Ph. D., European University Institute, Florencia, 1995.

Koster, H. A., «Neighbors and Pastures: Reciprocity and Access to Pasture», en S. Buck Sutton (ed.), *Contingent Contryside: Settlement, Economy, and Land Use in the Southern Argolid Since 1700*, Stanford, California, Stanford University Press, 2000, pp. 241-261.

Ladas, V., «Oi Andartes tis Thalassas» [«Guerrillas marítimas»], Atenas, 2002.

Miliarakis, A., *Geographia politiki, nea kai archaia, tou nomou Argolidos kai Korinthias [Geografía política, moderna y antigua, de la prefectura de Argólida y Corintia]*, Atenas, 1886.

Panagopoulos, A. M., *Istoria tou choriou Malandreniou Argous [Historia de la aldea de Malandreni de Argos]*, 1981.

Papalilis, G., *I Ethniki Antistasi stin Argolida [La resistencia nacional en Argólida]*, Argos, Anagennisi, 1981.

Perrakis, S., *Plaka Beach*, Madison, NJ, Fairleigh Dickinson University Press, 2006.

Perrakis, S., «Collaboration as Revenge: Evidence from a Local Study in the Easten Argolid», artículo inédito, 2004.

Rigas, D., *Martyrologio. Ta thimata tis Korinthias [Lista de mártires: Las víctimas de Corintia]*, Loutraki, 1998.

Spanos, D., *Storia tis Karias Argolidos [Historia de Karia, Argólida]*, Tesalónica, 1990.

Vazeos, E., *Ta agnosta paraskinia tis Ethnikis Antistaseos eis tin Peloponnison [Los bastidores desconocidos de la Resistencia Nacional en el Peloponeso]*, Korinthos, 1961.

Abdi, N., «C'est devenu une guerre de tribus», *Libération*, 24 de septiembre, 1997.

Abella, R., «La vida cotidiana», en E. Malefakis (ed.), *La Guerra de España (1936-1939)*, Madrid, Taurus, 1996, pp. 451-479.

Achakzai, S. A., «US Troops Provoke Anger, Fear in Afghan Villages», *Reuters*, 23 de agosto, en http://www.reuters.com, storyID=3326254.

Adams, S., *War of Numbers: An Intelligence Memoir*, South Royalton, Steerforth Press, 1994.

Aguilar fernández, P., *Memoria y olvido de la Guerra Civil Española*, Madrid, Alianza, 1996.

Åkerström, M., *Betrayals and Betrayers: The Sociology of Treachery*, New Brunswick NJ, Transaction, 1991.

Alapuro, R., «Artisans and Revolution in a Finnish Country Town», en M. P. Hanagan, L. Page Moch y W. Brake (eds.), *Challenging Authority: The Historical Study of Contentious Politics*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1998.

—, «Violence in the Finnish Civil War of 1918 and Its Legacy in a Local Perspective», artículo presentado en el simposio sobre «Civil Wars and Political Violence in the 20th Century Europe», European University Institute, Florencia, 18-20 de abril de 2002.

Allen, B. y W. L. Montell, *From Memory to History: Using Oral Sources in Local Historical Research*, Nashville, Tennessee, American Association for State and Local History.

Allen, T., «Violence and Moral Knowledge: Observing Social Trauma in Sudan and Uganda», *Cambridge Anthropology* 13, 2 (1989), pp. 45-67.

—, «Perceiving Contemporary Wars», en T. Allen y J. Seaton (eds.), *The Media of Conflict: War Reporting and Representations of Ethnic Violence*, Londres, Zed Books, 1999, pp. 11-42.

— y Seaton, J., «Introducción» en Allen, T. y Seaton, J. (eds.), *The Media of Conflict: War Reporting and Representations of Ethnic Violence*, Londres, Zed Books, 1999, pp. 1-7.

Anderson, D., *History of the Hanged: The Dirty War in Kenya and the End of Empire*, W. W. Nueva York, Norton, 2005.

Anderson, J. L., *Guerrilla: Journeys in the Insurgent Worlds*, Nueva York, Penguin, 2004.

Anderson, S., «How Did Darfur Happen?», *New York Times Magazine*, 17 de octubre de 2004, pp. 49-63.

Anderson, T., *The Conduct of Reprisals by the German Army of Occupation in the Southern USSR, 1941-1943*, 2 vols., Tesis Ph. D., Universidad de Chicago, 1995.

—, «Incident at Baravnika: German Reprisals and the Soviet Partisan Movement in Ukraine, October-December 1941», *Journal of Modern History*, 71 (1999), pp. 585-623.

ANDRÉ, C. y PLATTEAU, J.-P., «Land Relations under Unbereable Stress: Rwanda Caught in the Malthusian Trap», *Journal of Economic Behavior and Organization* 34, 1 (1998), pp. 1-47.

ANDREOPOULOS, G. J., «The Age of National Liberation Movements», en M. Howard, J. Andreopoulos y M. R. Shulman (eds.), *The Laws of War: Constraints on Warfare in the Western World*, New Haven, Yale University Press, 1994, pp. 191-213.

ANDREWS, E. L., «Once Feared, a Southern Iraqi Clan Finds Itself Hunted», *New York Times*, 15 de junio de 2003, p. 10.

ANGSTROM, J., «Towards a Typology of Internal Armed Conflict: Synthesizing a Decade of Conceptual Turmoil», *Civil Wars* 4, 3 (2001), pp. 93-116.

ANNIS, S., «Story from a Peaceful Town: San Antonio Aguas Calientes», en R. M. Carmack (ed.), *Harvest of Violence: The Maya Indians and the Guatemalan Crisis*, Norman, University of Oklahoma Press, 1988, pp. 155-173.

APPADURAI, A., *Modernity at Large: Cultural Dimensions of Modernization*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1996.

APTER, D. E., «Political Violence in Analitycal Perspective», en D. Apter (ed.), *The Legitimation of Violence*, Nueva York, New York University Press, 1997, pp. 1-31.

ARENDT, H., *Eichmann in Jerusalem: A Report on the Banality of Evil*, Nueva York,Viking, 1963.

—, *On Violence*, Nueva York, Harcourt, Brace and World, 1970.

—, *The Origins of Totalitarism*, Nueva York, Harcourt, Brace, Jovanovich, 1973.

ARGENTI-PILLEN, A., *Masking Terror: How Women Contain Violence in Southern Sri Lanka*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2003.

ARMONY, A. C., «The Former Contras», en T.W. Walker (ed.), *Nicaragua without Illusions*, Wilmington, Del., Scholarly Resources, 1997, pp. 203-218.

ARMSTRONG, J. A., «Introduction», en J. A. Armstrong (ed.), *Soviet Partisans in World War II*, Madison, University of Wisconsin Press, 1964, pp. 3-70.

ARNSON, C. J. y KIRK, R., *State of War*, Nueva York, Human Rights Watch/Americas, 1993.

ARON, R., *Peace and War*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1966.

ASH, S. V., *Middle Tennessee Society Transformed, 1860-1870: War and Peace in the Upper South*, Baton Rouge, Louisiana State University, 1988.

—, *When the Yankees Came: Conflict and Chaos in the Occupied South, 1861-1865*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1995.

ASPREY, R. B., *War in the Shadows: The Guerrilla in History*, Nueva York, Morrow, 1994.

AULETTA, K., «Beauty and the Beast», *New Yorker*, 16 de diciembre de 2002, pp. 65-81.

AUMAN, W. T., «Neighbor against Neighbor: The Inner Civil War in the Randolph County Area of Confederate North Carolina», *North Carolina Historical Review* 61, 1 (1984), pp. 59-92.

AUSSARESSES, P., *Services spéciaux. Algérie 1955-1957*, París, Perrin, 2001.

AVIOUTSKII, V. y MILI, H., «The Geopolitics of Separatism: Genesis of Chechen Field Commanders», *Central Asia and the Caucasus 2*, 20 (2003), pp. 7-14.

AZAM, P. y HOEFFLER, A., «Violence against Civilians in Civil Wars: Looting or Terror?» *Journal of Peace Research* 39, 4 (2002), pp. 461-485.

BABEUF, G., *La guerre de la Vendée et le système de dépopulation*, editado por R. Secher y J.-J. Brégeon, París, Tallandier, 1987.

BAIER, A. C., «Violent Demonstrations», en R. G. Frey y C. W. Morris (eds.), *Violence, Terrorism and Justice*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, pp. 33-58.

BAILEY, F. G., *The Civility of Indifference: On Domesticating Ethnicity*, Ithaca, Cornell University Press, 1996.

BAKER, P., «GIs Battle "Ghosts" in Afghanistan. Search for Elusive Enemy Frustrates Americans», *Washington Post*, 16 de mayo de 2002, p. A1.

BANDURA, A., «Psychological Mechanisms of Aggresion», en R. G. Green y E. I. Donnerstein (eds.), *Aggression: Theoretical and Empirical Reviews*, Nueva York, Academic Press, 1983, pp. 1-40.

—, «Mechanisms of Moral Disengagement», en W. Reich (ed.), *Origins of Terrorism: Psychologies, Ideologies, Theologies, States of Mind*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990, pp. 161-191.

BANTON, M., «Ethnic Conflict», en *Sociology* 34, 3 (2000), pp. 481-498.

BARNETT, D. y NJAMA, K., *Mau Mau from Within: Autobiography and Analysis of Kenya's Peasant Revolt*, Letchworth, MacGibbon and Kee, 1966.

BARNSTONE, W., *Sunday Morning in Fascist Spain: A European Memoir, 1948-1953*, Carbondale, Southern Illinois University Press, 1995.

BARRETT, D. P., «Introduction: Occupied China and the Limits of Accommodation», en D. P. Barrett y L. N. Shyu (eds.), *Chinese*

Collaboration with Japan, 1932-1945: The Limits of Accommodation, Stanford California, Stanford University Press, 2001, pp. 1-17.

BARTH, F., «Enduring and Emerging Issues in the Analysis of Ethnicity» en H. Vermeulen y C. Govers (eds.), *The Anthropology of Ethnicity: Beyond «Ethnic Groups and Boundaries»,* Ámsterdam, Het Spinhuis, 1994, pp. 11-32.

BARTHES, R., *Roland Barthes,* Nueva York, Hill and Wang, 1977.

BARTOLINI, S. y MAIR, P., *Identity, Competition and Electoral Availability: The Stabilization of European Electorates, 1885-1985,* Cambridge, Cambridge University Press, 1990.

BARTON, F. H., *Salient Operational Aspects of Paramilitary Warfare in Three Asian Areas,* ORO-T-228, Operations Research Office, 1953.

BARTOV, O., *Hitler's Army: Soldiers, Nazis and War in the Third Reich,* Nueva York, Oxford University Press, 1992.

BASS, G. J., *Stay the Hand of Vengeance: The Politics of War Crimes Tribunals,* Princeton, NJ, Princeton University Press, 2000.

BATES, R. H., «Ethnicity, Capital Formation and Conflict», texto preparado para una conferencia patrocinada por la iniciativa del capital social del Banco Mundial, 15-16 de junio, Washington D. C., 1999.

BATTINI, M. y PEZZINO, P., *Guerra ai civili: Occupazione tedesca e politica del massacro, Toscana 1944,* Venecia, Marsilio, 1997.

BAUER, Y., *Rethinking the Holocaust,* New Haven, Yale University Press, 2000.

BAUMGARTNER, M. P., *The Moral Order of a Suburb,* Nueva York, Oxford University Press, 1988.

BAX, M., «Warlords, Priests and the Politics of Ethnic Cleansing: A Case Study from Rural Bosnia Hercegovina», *Ethnic and Racial Studies* 23, 1 (2000), pp. 16-36.

BAYLY, C. A., «"Rallying around the Subaltern." Review of the Writings of the Subaltern School», *Journal of Peasant Studies* 16, 1 (1988), pp. 110-120.

BAZENGUISSA-GANGA, R., «The Spread of Political Violence in Congo-Brazzaville», *African Affairs* 98, 390 (1999a), pp. 37-54.

—, «Les Ninja, les Cobra et les Zoulou crèvent l'écran à Brazzaville: le rôle des medias et la construction des identités de violence politique», *Canadian Journal of African Studies* 33, 2-3 (1999b), pp. 329-361.

BBC News, «Egypt Feud Ends in Carnage», 10 de agosto de 2002, en http://news.bbc.co.uk/1/hi/world/middle-east/2185164.stm.

BEARAK, B., «Kosovo Town's Tale of Betrayal and Massacre», *New York Times,* 6 de mayo de 1999a, p. A3.

—, «Afghan "Lion" Fights Taliban with Rifle and Fax Machine», *New York Times,* 9 de noviembre de 1999b, p. A1.

—, «A Kashmiri Mystery», *New York Times Magazine,* 31 de diciembre de 2000, pp. 26-36.

BEAUFRE, A., *La guerre révolutionnaire. Les formes nouvelles de la guerre,* París, Fayard, 1972.

BECCARIA, C., *On Crimes and Punishments* [1764], traducido del italiano al inglés por David Young, Indianápolis, Hackett, 1986.

BECKETT, I. F. W., *Modern Insurgencies and Counter-Insurgencies: Guerrillas and Their Opponents since 1750,* Londres, Routledge, 2001.

BELLUCK, P., «On a Sworn Mission Seeking Pretenders to Military Heroism», *New York Times,* 10 de agosto de 2001, p. A1.

BENINI, A. A. y MOULTON, L. H., «Civilian Victims in an Asymmetrical Conflict: Operation Enduring Freedom, Afghanistan», en *Journal of Peace Research* 41, 4 (2004), pp. 403-422.

BENNETT, R., *Under the Shadow of the Swastika: The Moral Dilemmas of Resistance and Collaboration in Hitler's Europe,* Nueva York, New York University Press, 1999.

BENTON, G., «Communist Guerrilla Bases in Southeast China after the Start of the Long March», en K. Hartford y S. M. Goldstein (eds.), *Single Sparks: China's Rural Revolutions,* Armonk, NY, ME Sharpe, 1989, pp. 62-91.

—, *Mountain Fire: The Red Army's Three-Year War in South China, 1934-1938,* Berkeley, University of California Press, 1992.

—, *New Fourth Army: Communist Resistance along the Yangtze and the Huai, 1938-1941,* Berkeley, University of California Press, 1999.

BERGNER, D., «Where the Enemy Is Everywhere and Nowhere», *New York Times Magazine,* 20 de julio de 2003, pp. 38-44.

BERKELEY, B., *The Graves Are Not Yet Full: Race, Tribe, and Power in the Heart of Africa,* Nueva York, Basic Books, 2001.

BERLOW, A., *Dead Season: A Story of Murder and Revenge,* Nueva York, Vintage, 1998.

BERMAN, B. y LONSDALE, J., *Unhappy Valleys: Conflict in Kenya and Africa,* Oxford, James Currey, 1992.

BERMAN, P., «In Search of Ben Linder's Killers», *New Yorker,* 23 de septiembre de 1996, pp. 58-81.

BERMAN, R., *Revolutionary Organization: Institution-Building within the People's Liberation Armed Forces,* Lexington, Mass., DC Heath, 1974.

BERNAND, A., *Guerre et violence dans la Grèce antique,* Hachette, París, 1999.

BERRY, M. E., *The Culture of Civil War in Kyoto,* Berkeley, University of California Press, 1994.

BESTEMAN, C., «Violent Politics and the Politics of Violence: The Dissolution of the Somali Nation-State», *American Ethnologist* 23, 3 (1996), pp. 579-596.
BIGEARD, M.-M., *Ma guerre d'Algérie*, París, Hachette/Carrère, 1995.
BILTON, M., y SIM, K., *Four Hours in My Lai*, Nueva York, Penguin, 1992.
BINFORD, L., *The El Mozote Massacre: Anthropology and Human Rights*, Tucson, University of Arizona Press, 1996.
BIZOT, F., *The Gate*, Nueva York, Knopf, 2003.
BLACK, D. J., *The Behavior of Law*, Nueva York, Academic Press, 1976.
—, *The Social Structure of Right and Wrong*, San Diego, Academic Press, 1993.
BLACK-MICHAUD, J., *Cohesive Force: Feud in the Mediterranean and the Middle East*, Nueva York, St. Martin's Press, 1975.
BLACKWOOD, B. G., «Partises and Issues in the Civil War in Lancashire and East Anglia», en R. C. Richardson (ed.), *The English Civil Wars: Local Aspects*, Phoenix Mill, Sutton, 1997, pp. 261-285.
BLAUFARB, D. S. y TANHAM, G. K., *Who Will Win? A Key to the Puzzle of Revolutionary War*, Nueva York, Crane Russak, 1989.
BOBBIO, N., «Guerra Civile?», *Teoria Politica* 1, 2 (1992), pp. 297-307.
BOEHM, C., *Blood Revenge: The Enactment and Management of Conflict in Montenegro and Other Societies*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1984.
BOHLEN, C., «Russia Troops Are in New Battle with Separatists in the Caucasus», *New York Times*, 9 de agosto de 1999, p. A1.
BOROVIK, A., *The Hidden War: A Russian Journalist's Account of the Soviet War in Afghanistan*, Londres, Faber and Faber, 1991.
BOSCH SÁNCHEZ, A., *Ugetistas y libertarios. Guerra civil y revolución en el país valenciano, 1936-1939*, Valencia, Instituto Alfons el Magnanim, 1983.
BOSWELL, L., *Rural Communism in France, 1920-1939*, Ithaca, Cornell University Press, 1998.
BOUAZIZ, M. y MAHÉ, A., «La Grande Kabylie durant la guerre d'Indépendance algerienne», en M. Harbi y B. Stora (eds.), *La guerre d'Algérie. 1954-2004, la fin del'amnésie*, París, Robert Laffont, 2004, pp. 227-265.
BOUDON, R., «The Logic of Relative Frustration», en M. Taylor (ed.), *Rationality and Revolution*, Cambridge, Cambridge University, 1988, pp. 245-267.
BOUGAREL, X., *Bosnie, anatomie d'un conflit*, París, La Découverte, 1996.
BOURDIEU, P., *Outline of a Theory of Practice*, Cambridge, Cambridge University Press, 1977.

BOURGOIS, P., «The Power of Violence in War and Peace: Post-Cold War Lessons from El Salvador», *Ethnography* 2, 1 (2001), pp. 5-34.
BOUTHOUL, G., *Traité de polémologie. Sociologie des guerres*, París, Payot, 1970.
BRAN, M., «Dona Cornea: Dans le miroir de la Securitate», *Le Monde*, 8 de octubre de 2002, p. 14.
BRASS, P. R., *Theft of an Idol: Text and Context in the Representation of Collective Violence*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1997.
BRAUD, P., «Violence symbolique, violence physique. Éléments de la problématisation», en J. Hannoyer (ed.), *Guerres civiles: Economies de la violence, dimensions de la civilité*, París, Karthala-Cermoc, 1999, pp. 33-45.
BREHUN, L., *Liberia: The War of Horror*, Accra, Adwinsa Publications, 1991.
BRINGA, T., *Being Muslim the Bosnian Way: Identity and Community in a Central Bosnian Village*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1995.
BRINKLEY, D., «Tour of Duty: John Kerry in Vietnam», *Atlantic Monthly* (diciembre de 2003), pp. 47-60.
BRINKMAN, I., «Ways of Death: Accounts of Terror from Angolan Refugees in Namibia», *Africa* 70, 1 (2000), pp. 1-23.
BRODY, R., *Contra Terror in Nicaragua: Report of a Fact-Finding Mission, September 1984-January 1985*, Boston, South End Press, 1985.
BROVKIN, V. N., *Behind the Front Lines of the Civil War*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1994.
BROWN, K., *A Biography of No Place: From Ethnic Borderland to Soviet Heartland*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 2003.
BROWN, M., *War in Shangri-La: A Memoir of Civil War in Laos*, Londres, Radcliffe Press, 2001.
BROWN, M. F. y FERNÁNDEZ, E., *War of Shadows: The Struggle for Utopia in the Peruvian Amazon*, Berkeley, University of California Press, 1991.
BROWN, T. C., *The Real Contra War: Highlander Peasant Resistance in Nicaragua*, Norman, University of Oklahoma Press, 2001.
BROWNE, M. W., «Paddy War», *Repporting War: American Journalism, 1959-1975*, Nueva York, Library of America, pp. 3-10.
BROWNING, C. R., «Germans and Serbs: The Emergence of Nazi Antipartisan Policies in 1941», en M. Berenbaum (ed.), *A Mosaic of Victims: Non-Jews Persecuted and Murdered by the Nazis*, Nueva York, New York University Press, 1990, pp. 64-73.
—, *The Path to Genocide: Essays on Launching the Final Solution*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992.
—, *Ordinary Men: Reserve Police Battalion 101 and the Final Solution in Poland*, Nueva York, Harper Collins, 1998.

BRUBAKER, R. y LAITIN, D. D., «Ethnic and Nationalist Violence», *Annual Review of Sociology* 24 (1998), pp. 423-452.
BRUSTEIN, W. y LEVI, M., «The Geography of Rebellion: Rulers, Rebels, and Regions, 1500 to 1700», *Theory and Society* 16 (1987), pp. 467-495.
BUOYE, T., «Economic Change and Rural Violence: Homicides Related to Disputes over Property Rights in Guangdong during the Eighteenth Century», *Peasant Studies* 17, 4 (1990), pp. 233-259.
BURDS, J., «A Culture of Denunciation: Peasant Labor Migration and Religious Anathematization in Rural Russia, 1860-1905», en S. Fitzpatrick y R. Gellatelly (eds.), *Accusatory Practices: Denunciation in Modern European History, 1789-1989*, Chicago, University of Chicago Press, 1997, pp. 40-72.
BURG, S. L. y SHOUP, P. S., *The War in Bosnia-Herzegovina: Ethnic Conflict and International Intervention*, Armonk, NY, M. E. Sharp, 1999.
BURUMA, I., «The Blood Lust of Identity», *New York Review of Books*, 11 de abril de 2002, pp. 12-14.
BUTALIA, U., *The Other Side of Silence: Voices from the Partition of India*, Durham, Duke University Press, 2000.
BUTAUD, C. y RIALLAND, M., *Le blé en feu: Algérie, années 50*, París, Éditions du Reflet, 1998.
BUTTERFIELD, F., «Guns and Jeers Used by Gangs to Buy Silence», *New York Times*, 16 de enero de 1998, p. A1.
BYRNE, H., *El Salvador's Civil War: A Study of Revolution*, Boulder, Colo., Lynne Rienner, 1996.
CABARRÚS, C. R., *Génesis de una Revolución: análisis del surgimiento y desarrollo de la organización campesina en El Salvador*, Hidalgo, Ediciones de la Casa Chata, 1983.
CAHEN, M., «Nationalism and Ethnicities: Lessons from Mozambique», en E. Braathen, M. Bøås y G. Saether (eds.), *Ethnicity Kills? The Politics of War, Peace and Ethnicity in SubSaharan Africa*, Londres, Macmillan, 2000, pp. 163-187.
CALDER, B. J., *The Impact of Intervention: The Dominican Republic during the U. S. Occupation of 1916-1924*, Austin, University of Texas Press, 1984.
CALVINO, I., *Numbers in the Dark and Other Stories*, Tim Parks (trad.), Londres, Jonathan Cape, 1995.
CANN, J. P., *Counterinsurgency in Africa: The Portuguese Way of War, 1961-1974*, Westport, Conn., Greenwood Press, 1997.
CARLTON, E., *Massacres: An Historical Perspective*, Aldershot, Scolar Press, 1994.
CARMACK, R. M., «Prefacio del editor a la primera edición», en R.M. Carmack (ed.), *Harvest of Violence: The Maya Indians and the Guatemalan Crisis*, Norman, University of Oklahoma Press, 1988a, pp. ix-xvii.
—, «The Story of Santa Cruz Quiché», en R. M. Carmack (ed.), *Harvest of Violence: The Maya Indians and the Guatemalan Crisis*, Norman, University of Oklahoma Press, 1988b, pp. ix-xvii.
CARNEGIE ENDOWMENT FOR INTERNATIONAL PEACE, *The Other Balkan Wars: A 1913 Carnegie Endowment Inquiry in Retrospect*, Washington DC, Carnegie Endowment for International Peace, 1993.
CARPENTER, C. R., «"Women and Children First": Gender, Norms and Humanitarian Evacuation in the Balkans, 1991-1995», *International Organization* 57 (2003), pp. 661-694.
CARR, J. B., *After the Siege: A Social History of Boston, 1775-1800*, Boston, Northeastern University Press, 2004.
CASANOVA, J., *Anarquismo y revolución social en la sociedad aragonesa, 1936-1938*, Madrid, Siglo XXI, 1985.
CASAS DE LA VEGA, R., *El Terror: Madrid 1936; investigación histórica y catálogo histórico de víctimas identificadas*, Madrid, Fénix, 1994.
CELA, C. J., *Mazurka for Two Dead Men*, Nueva York, New Directions, 1992 [ed. orig.: *Mazurca para dos muertos*, Barcelona, Seix Barral, 1983].
CENARRO, A., «Matar, vigilar y delatar: la quiebra de la sociedad civil durante la guerra y la posguerra en España (1936-1948)», *Historia Social* 44 (2002), pp. 65-86.
CHACÓN BARRERO, M., «Dinámica y determinantes de la violencia durante "La Violencia": una aproximación desde la econometría espacial», artículo inédito, Universidad de los Andes, 2003.
CHALIAND, G., *Terrorism: From Popular Struggle to Media Spectacle*, Londres, Saqi Books, 1987.
CHALK, F. y JONASSOHN, K., *The History and Sociology of Genocide: Analyses and Case Studies*, New Haven, Yale University Press, 1990.
CHAMOUN, T., *Au nom du père*, París, J.-C. Lattès, 1992.
CHAN, A.; MADSEN, R. y UNGER, J., *Chen Village: Under Mao and Deng*, Berkeley, University of California Press, 1992.
CHANDRASEKARAN, R., «Violence in Iraq Belies Claims of Calm, Data Show», *The Washington Post*, 26 de septiembre de 2004, p. A1.
CHANG, J., *Wild Swans: Three Daughters of China*, Nueva York, Doubleday, 1992.
CHE GUEVARA, E., (1961), *Guerrilla Warfare*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1998 [ed. orig.: *La guerra de guerrillas*, La Habana, Ediciones Políticas, 1985].
CHINGONO, M. F., *The State, Violence, and Development: The Political Economy of War in Mozambique, 1975-1992*, Aldershot, Avebury, 1996.

CHIVERS, C. J., «Feud between Kurdish Clans Creates Its Own War», *New York Times*, 24 de febrero de 2003, p. A8.
CHUNG, L. Q., *Between Two Fires: The Unheard Voices of Vietnam*, Nueva York, Praeger, 1970.
CHWE, M. S.-Y., *Rational Ritual: Culture, Coordination and Common Knowledge*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 2001.
CLASTRES, P., *Archéologie de la violence*, Éditions de l'Aube, 1999.
CLAUSEWITZ, C., *On War*, P. Paret y M. Howard (ed. y trad.), Princeton, NJ, Princeton University Press, 1976.
CLAVERIE, E., «Apparition de la Vierge et "retour" des disparus. La constitution d'une identité à Medjugorje (Bosnie-Herzégovine)», *Terrain* 38 (2002), pp. 41-45.
CLAYTON, A., *Frontiersmen: Warfare in Africa since 1950*, Londres, UCL Press, 1999.
CLÉMENCEAU, J., *Histoire de la guerre de Vendée (1793-1815)*, París, Nouvelle Librairie Nationale, 1909.
CLIFTON, R., «"An Indiscriminate Blackness"? Massacre, Counter-Massacre and Ethnic Cleansing in Ireland, 1640-1660», en M. Levene y P. Roberts (eds.), *The Massacre in History*, Nueva York, Berghahn Books, 1999, pp. 107-126.
CLINES, F. X., «Harsh Civics Lesson for Immigrants», *New York Times*, 11 de noviembre de 2001, p. B7.
CLOVER, C., «Pro-Saddam "Fighters" or Feuding Neighbours?», *Financial Times*, 14-15 de junio de 2003, p. 7.
CLUTTERBUCK, R. L., *The Long Long War: Counterinsurgency in Malaya and Vietnam*, Nueva York, Praeger, 1966.
CNN, «Inside the Hunt for Iraqi Insurgents», *Paula Zahn Now*, emitido el 26 de diciembre de 2003, en http://www.cnn.com/ TRANSCRIPTS/0312/26/pzn.oo.html.
COBB, R., *Reactions to the French Revolution*, Londres, Oxford University Press, 1972.
COHEN, J., «Revenge among the Nerds», *The New York Times*, 24 de agosto de 2000, p. G1.
COHEN, R., «A UN Aid Says Plight of Gorazde Is Exaggerated», *New York Times*, 30 de abril de 1994, p. A3.
COLEMAN, J. S., *Foundations of Social Theory*, Cambridge, Mass., Belknap Press, 1990.
COLLIER, G. A., *Socialists of Rural Andalusia: Unacknowledged Revolutionaries of the Second Republic*, Stanford, California, Stanford University Press, 1987.
COLLIER, P.; ELLIOT, V. L.; HEGRE, H.; HOEFFLER, A.; REYNAL-QUEROL, M. y SAMBANIS, N., *Breaking the Conflict Trap: Civil War and Development Policy*, Washington DC, World Bank & University Press, 2003.

— y HOEFFLER A., «Justice-Seeking and Loot-Seeking in Civil War», artículo inédito, World Bank, 1999.
COLLINS, E. (con M. McGovern), *Killing Rage*, Nueva York, Granta Books, 1999.
COLLOTTI, E., «Occupazione e guerra totale nell'Italia 1943-1945», en T. Matta (ed.), *Un percorso della memoria: Guida ai luoghi della violenza nazista e fascista in Italia*, Trieste, Electa, 1996, pp. 11-35.
COMISIÓN NACIONAL SOBRE LA DESAPARICIÓN DE PERSONAS, *Nunca más: The Report of the Argentine National Commission on the Disappeared*, Nueva York, Farrar Straus Giroux, 1986.
CONNELLY, J., «The Uses of *Volksgemeinschaft*: Letters to the NSDAP Kreisleitung Eisenach, 1939-1940», en S. Fitzpatrick y R. Gellatelly (eds.), *Accusatory Practices: Denunciation in Modern European History, 1789-1989*, Chicago, University of Chicago Press, 1997, pp. 153-184.
CONTINI, G., *La memoria divisa*, Milán, Rizzoli, 1997.
CONVERSE, P. E., «The Nature of Belief Systems in Mass Publics», en D. E. Apter (ed.), *Ideology and Discontent*, Nueva York, Fress Press, 1964, pp. 206-261.
COOPER, M., *The Nazi War against Soviet Partisans, 1941-1944*, Nueva York, Stein and Day, 1979.
CORDESMAN, A. H. y WAGNER, A. R., *The Lessons of Modern War*, vol. 3: *The Afghan and Falklands Conflicts*, Boulder, Colo., Westview Press, 1990.
COSER, L. A., *The Functions of Social Conflict*, Nueva York, Free Press, 1956.
COSTER, W., «Massacre and Codes of Conduct in the English Civil War», en M. Levene y P. Roberts (eds.), *The Massacre in History*, Nueva York, Berghahn Books, 1999, pp. 89-105.
COURTOIS, S., «Les crimes du communisme», en S. Courtois, N. Werth, J.-L. Panné, A. Paczkowski, K. Bartosek y J.-L. Margolin, *Le livre noir du communisme: Crimes, terreur, répression*, París, Laffont, 1998, pp. 5-38.
CRANNA, M. (ed.), *The True Cost of Conflict*, Nueva York, New Press, 1994.
CRAWFORD, O., *The Door Marked Malaya*, Londres, Rupert Hart-Davis, 1958.
CRENSHAW, M., «The Effectiveness of Terrorism in the Algerian War», en M. Crenshaw (ed.), *Terrorism in Context*, University Park, Pennsylvania State University Press, 1995, pp. 473-513.
CRIBB, R., «Introduction: Problems in the Historiography of the Killings in Indonesia», en R. Cribb (ed.), *The Indonesian Killings of 1965-1966: Studies from Java and Bali*, Centre of Southeast Asian Studies, Monash University, 1990, pp. 1-43.

—, *Gangsters and Revolutionaries: The Jakarta People's Militia and the Indonesian Revolution, 1945-1949*, Honolulú, University of Hawaii Press, 1991.

CRISP, J., «A State of Insecurity: The Political Economy of Violence in Kenya's Refugee Camps», *African Affairs* 99 (2000), pp. 601-632.

CROUZET, D., *Les guerriers de dieu: La violence au temps des troubles de religion (vers 1525 – vers 1610)*, 2 vols., Seyssel, Champ Vallon, 1990.

CROW, J. J., «Liberty Men and Loyalists: Disorder and Dissafection in the North Carolina Backcountry», en R. Hoffman, T. W. Tate y P. J. Albert (eds.), *An Uncivil War: The Southern Backcountry during the American Revolution*, Charlottesville, University Press of Virginia, 1985, pp. 125-178.

CROZIER, B., *The Rebels: A Study of Postwar Insurrections*, Boston, Beacon Press, 1960.

DALE, C., «The Dynamics and Challenges of Ethnic Cleansing: The Georgia-Abkhazia Case», en *Refugee Survey Quarterly* 16, 3 (1997), pp. 77-109.

DALLIN, A.; MAVROGORDATO, R. y MOLL, W., «Partisan Psychological Warfare and Popular Attitudes», en J. A. Armstrong (ed.), *Soviet Partisans in World War II*, Madison, University of Wisconsin Press, 1964, pp. 197-337.

DALRYMPLE, W., *From the Holy Mountain: A Journey among the Christians of the Middle East*, Nueva York, Henry Holt, 1997.

DANIEL, E. V., *Charred Lullabies: Chapters in an Anthropology of Violence*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1996.

DANNER, M., *The Massacre of El Mozote*, Nueva York, Vintage, 1994.

DARBY, J., «Intimidation and Interaction in a Small Belfast Community: The Water and the Fish», en J. Darby, N. Dodge y A. C. Hepburn (eds.), *Political Violence: Ireland in a Comparative Perspective*, Ottawa, University of Otawa Press, 1990, pp. 83-102.

DAS, V. y KLEINMAN, A., «Introduction», en V. Das, A. Kleinman, M. Ramphele y P. Reynolds (eds.), *Violence and Subjectivity*, Berkeley, University of California, 2000, pp. 1-18.

DAVENPORT, C. y BALL, P., «Implications of Source Selection in the Case of Guatemalan State Terror», *Journal of Conflict Resolution* 46, 3 (2002), pp. 427-450.

DAVID, S. R., «Internal War: Causes and Cures», *War Politics* 49, 4 (1997), pp. 552-576.

DAVIDSON, J. S., «The Politics of Violence on an Indonesian Periphery», *South East Asia Research* 11, 1 (2003), pp. 59-90.

DAVIES, R., «The Medieval State: The Tyranny of a Concept?», *Journal of Historical Sociology* 16, 2 (2003), pp. 280-300.

DAVIS, A.; TKACIK, M. y PETERSEN A., «A Nation of Tipsters Answers FBI's Call in War on Terrorism», *Wall Street Journal*, 21 de noviembre de 2001, pp. A1 y A8.

DAVIS, S. H., «Introduction: Sowing the Seeds of Violence», en R. M. Carmack (ed.), *Harvest of Violence: The Maya Indians and the Guatemalan Crisis*, Norman, University of Oklahoma Press, 1988, pp. 3-36.

DEALEY, S., «Misreading the Truth in Sudan», *The New York Times*, 8 de agosto de 2004, p. WK11.

DEAN, R., «Rethinking the Civil War in Sudan», *Civil Wars* 3, 1 (2000), pp. 71-91.

DE BAECQUE, A., «Apprivoiser une histoire déchaînée: Dix ans de travaux historiques sur la Terreur», *Annales HSS 57*, 2 (2002), pp. 51-65.

DEBRAY, R., *Revolution in the Revolution? Armed Struggle and Political Struggle in Latin America*, Nueva York, Grove Press, 1967.

— (en colaboración con R. Ramírez), «Guatemala», en R. Debray (ed.), *Las pruebas de fuego*, México, Siglo XXI, 1975, pp. 249-324.

DECKER, S. H., «Exploring Victim-Offender Relationships in Homicide: The Role of Individual and Event Characteristics», *Justice Quarterly* 10 (1993), pp. 585-612.

DE FIGUEIREDO, R. J. P., JR. y WEINGAST, B. R., «The Rationality of Fear: Political Opportunism and Ethnic Conflict», en B. F. Walter y J. Snyder (eds.), *Civil Wars, Insecurity, and Intervention*, Nueva York, Columbia University Press, 1999, pp. 261-302.

DE FOXÀ, A., *Madrid de Corte a Checa*, Barcelona, Planeta, 1993.

DEGREGORI, C. I., «Harvesting Storms: Peasant *Rondas* and the Defeat of Sendero Luminoso in Ayacucho», en S. J. Stern (ed.), *Shining and Other Paths: War and Society in Peru, 1980-1995*, Durham, Duke University Press, 1998, pp. 128-157.

DE LA CUEVA, J., «Religious Persecution, Anticlerical Tradition and Revolution: On Atrocities against the Clergy during the Spanish Civil War», en *Journal of Contemporary History* 33, 3 (1998), pp. 355-369.

DELLA PORTA, D., *Social Movements, Political Violence and the State: A Comparative Analysis of Italy and Germany*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995.

DEL PINO, H. P., «Family, Culture and "Revolution": Everyday Life with Sendero Luminoso», en S. J. Stern (ed.), *Shining and Other Paths: War and Society in Peru, 1980-1995*, Durham, Duke University Press, 1998, pp. 158-192.

DE LUPIS, I. D., *The Law of War*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987.

DENARDO, J. N., *Power in Numbers*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1985.
DERRIENIC, J.-P., *Les guerres civiles*, París, Presses de Sciences Po, 2001.
DE STÄEL, G., *Considerations on the Principal Events of the French Revolution*, Londres, Baldwin, Cradock y Joy, 1818.
—, *Des circonstances actuelles qui peuvent terminer la révolution et des principes qui doivent fonder la république en France* [1798], edición crítica de Lucia Omacini, Ginebra, Librairie Droz, 1979.
DETURCK, M. A. y MILLER, G. R., «Training Observers to Detect Deception: Effects of Self-Monitoring and Rehearsal», *Human Communication Research* 16, 4 (1990), pp. 603-620.
DE WAAL, A., *Evil Days: Thirty Years of War and Famine in Ethiopia*, Human Rights Watch, Nueva York, 1991.
DÍAZ-BALART, M.; NÚÑEZ, M. y ROJAS FRIEND, A., *Consejo de guerra: los fusilamientos en el Madrid de la posguerra (1939-1945)*, Madrid, Compañía Literaria, 1997.
DILLON, M., *The Dirty War: Covert Strategies and Tactics Used in Political Conflicts*, Nueva York, Routledge, 1990.
DILLON, S., *Commandos: The CIA and Nicaragua's Contra Rebels*, Nueva York, Henry Holt, 1991.
DION, D., «Competition and Ethnic Conflict: Artifactual?», *Journal of Conflict Resolution* 41, 5 (1997), pp. 638-648.
DJILAS, M., *Tito: The Story from Inside*, Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1980.
DONAGAN, B., «Atrocity, War, Crime and Treason in the English Civil War», *American Historical Review* 99, 4 (1994), pp. 1137-1166.
DOWNES, A. B., «Drastic Measures: Why Civilians Are Victimized in War», tesis Ph. D., Universidad de Chicago.
DULIĆ, T., «Tito's Slaughterhause: A Critical Analysis of Rummel's Work on Democide», *Journal of Peace Research* 41, 1 (2004), pp. 85-102.
DUPUY, R., *Les chouans*, París, Hachette, 1997.
DURKHEIM, E., *The Rules of Sociological Method* [1895], Nueva York, Free Press, 1938 [ed. cast.: *Las reglas del método sociológico*, Madrid, Akal, 1985].
—, *Suicide: A Study in Sociology* [1897], Nueva York, Free Press, 1951 [ed. cast.: *El suicidio*, Madrid, Akal, 1989].
DURRELL, L. (1957), *Bitter Lemons*, Nueva York, Marlowe, 1996.
DUVALL, R. y STOHL, M., «Governance by Terror», en M. Stohl (ed.), *The Politics of Terrorism*, Nueva York, Marcel Dekker, 1983, pp. 179-219.
DUYVESTEYN, I., «Contemporary War: Ethnic Conflict, Resource Conflict, or Something Else?», *Civil Wars* 3, 1 (2000), pp. 92-116.

DWYER, J., «Memories of the Louima Case: 1 Meeting, 4 Trained Observers», *New York Times*, 19 de agosto de 2001, p. 14.
EARLE, T., *How Chiefs Come to Power: The Political Economy in Prehistory*, Stanford, Calif., Stanford University Press, 1997.
EBEL, R. H., «When Indians Take Power: Conflict and Consensus in San Juan Ostuncalco», en R. M. Carmack (ed.), *Harvest of Violence: The Maya Indians and the Guatemalan Crisis*, Norman, University of Oklahoma Press, 1988, pp. 174-191.
ECHANDÍA, C., *Conflicto armado y las manifestaciones de violencia en las regiones de Colombia*, Presidencia de la República de Colombia, Oficina del Alto Comisionado para la Paz, Observatorio de Violencia, Santafé de Bogotá, 1999.
ECKHARDT, W., «Civilian Deaths in Wartime», *Bulletin of Peace Proposals* 20, 1 (1989), pp. 89-98.
ECKSTEIN, H., «On the Etiology of Internal Wars», *History and Theory* 4, 2 (1965), pp. 133-163.
ECONOMIST, «Far from Normal. An Impending Referendum Will Bring Neither peace nor Security», 22 de marzo de 2003, p. 46.
EKIRCH, A. R., «Whig Authority and Public Order in Backcountry North Carolina, 1776-1783», en R. Hoffman, T. W. Tate y P. J. Albert (eds.), *An Uncivil War: The Southern Backcountry during the American Revolution*, Charlottesville, University Press of Virginia, 1985, pp. 99-124.
ELIAS, N., *The Civilizing Process*, E. Jephcott (trad.), Oxford, Blackwell, 1994.
ELLIN, A., «Family Conflicts That Can bring a Business Down», *The New York Times*, 29 de agosto de 2001, p. C1.
ELLIOT, D. W. P., *The Vietnamese War: Revolution and Social Change in the Mekong Delta, 1930-1975*, 2 vols., Armonk, NY, M. E. Sharpe, 2003.
ELLIS, S., *The Mask of Anarchy: The Destruction of Liberia and the Religious Dimension of an African Civil War*, Nueva York, New York University Press, 1999.
ELLIS, S., «Liberia 1989-1994: A Study of ethnic and Spiritual Violence», *African Affairs* 94, 375 (1995), pp. 165-197.
ELLSBERG, D., *Secrets: A Memoir of Vietnam and the Pentagon Papers*, Nueva York, Penguin, 2003.
ELLUL, J., *Violence: Reflections from a Christian Perspective*, Nueva York, Seabury Press, 1969.
ELSTER, J., *Alchemies of the Mind*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999.
ENZENSBERGER, H. M., *Civil Wars: From L. A. to Bosnia*, Nueva York, New Press, 1994.
EPSTEIN, J., *Snobbery: The American Version*, Nueva York, Houghton Mifflin, 2002.

ERMAKOFF, I., «Ideological Challenge, Strategies of Action, and Regime Breakdown», artículo inédito, Departamento de Sociología, Universidad de Wisconsin-Madison, 2001.
ESCOTT, P. D., *After Secession: Jefferson Davis and the Failure of Confederate Nationalism*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1978.
— y CROW, J. J., «The Social Order and Violent Disorder: An Analysis of North Carolina in the Revolution and the Civil War», *Journal of Southern History* 52, 3 (1986), pp. 373-402.
ESSIEN, J. M., *In the Shadow of Death: Personal Recollections of Events during the Nigerian Civil War*, Ibadan, Heineman, 1987.
ESTEBAN, J. y RAY, D., «On the measurement of Polarization», *Econometrica* 62 (1994), pp. 812-852.
ESTRADA I PLANELL, G., *La Guerra Civil al Bruc*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1995.
EVANS, E. G., «Trouble in the Backcountry: Dissafection in Southwest Virginia during the American Revolution», en R. Hoffman, T. W. Tate y P. J. Albert (eds.), *An Uncivil War: The Southern Backcountry during the American Revolution*, Charlottesville, University Press of Virginia, 1985, pp. 179-212.
EVERITT, A., «The Local Community and the Great Rebellion», en R. C. Richardson (ed.), *The English Wars: Local Aspects*, Phoenix Mill, Sutton, 1997, pp. 15-36.
FAIVRE, M., *Un village de Harkis*, París, L'Harmattan, 1994.
FALL, B. B., «Vietnam Blitz: A Report on the Impersonal War», *Reporting Vietnam: American Journalism, 1959-1975*, Nueva York, Library of America, 2000, pp. 106-117.
FALLA, R., *Massacres in the Jungle: Ixcan, Guatemala, 1875-1982*, Boulder, Colo., Westview Press, 1994.
FAWAZ, L. T., *An Occasion for War: Civil Conflict in Lebanon and Damascus in 1860*, Berkeley, University of California Press, 1994.
FEARON, J. D. y LAITIN, D. D., «Violence and the Social Construction of Ethnic identity», *International Organization* 54, 4 (2000), pp. 845-877.
—, «Ethnicity, Insurgency and Civil War», *American Political Science Review* 97, 1 (2003), pp. 75-86.
FEHR, E. y GÄCHTER, S., «Altruistic Punishment in Humans», *Nature* 415 (2002), pp. 137-140.
FEIN, H., *Accounting for Genocide: National Responses and Jewish Victimization during the Holocaust*, Chicago, University of Chicago Press, 1979.
—, *Genocide: A Sociological Perspective*, Londres, Sage, 1993.
FELDMAN, A. S., «Violence and Volatility: The Likelihood of Revolution», en H. Eckstein (ed.), *Internal War: Problems and Approaches*, Nueva York, Free Press, 1964, pp. 111-129.

FELLMAN, M., *Inside War: The Guerrilla Conflict in Missouri during the American Civil War*, Nueva York, Oxford University Press, 1989.
FENOGLIO, B., *La guerre sur les hollines*, París, Gallimard, 1973.
FERAOUN, M., *Journal 1955-1962: Reflections on the French-Algerian War*, Lincoln, University of Nebraska Press, 2000.
FERGUSON, A. T., JR., «Sources for the Study of Revolutionary Guerrilla Warfare», en S. C. Sarkesian (ed.), *Revolutionary Guerrilla Warfare*, Chicago, Precedent Publishing, 1975, pp. 617-623.
FICHTL, E., «Araucan Nightmare: Life and Death in Tame», en *Colombia Journal Online*, agosto de 2003, en http://colombiajournal.org/araucan_nightmare.htm.
—, «The Ambiguous Nature of "Collaboration" in Colombia», en *Colombia Journal Online*, marzo de 2004, http://www.colombiajournal.org/colombia181.htm.
FIENNES, R., *Where Soldiers Fear to Tread*, Londres, Hodder and Stoughton, 1975.
FIGES, O., *Peasant Russia, Civil War: The Volga Countryside in Revolution (1917-1921)*, Oxford, Clarendon Press, 1989.
—, *A People's Tragedy: The Russian Revolution, 1891-1924*, Nueva York, Penguin, 1996.
FILKINS, D., «Surrender of Taliban begins at Final Northern Stronghold», *The New York Times*, 25 de noviembre de 2001, p. A1.
— (con GALL, C.), «Fierce Fighting at Kunduz Undercuts Surrender Deal», *The New York Times*, 23 de noviembre de 2001, p. B2.
—, «US Plans Year-End Drive to Take Iraqi Rebel Areas», *The New York Times*, 19 de septiembre de 2004, p. 1.
—, «The Fall of the Warrior King», *The New York Times Magazine*, 23 de octubre de 2005, pp. 52-177.
FINER, J., «Informants Decide Fate of Iraqi Detainees. U. S. Military Relies on Guidance of "Sources" in Tall Afar», *The Washington Post*, 13 de septiembre, p. A1.
FINLEY, M., *The Most Monstrous of Wars: The Napoleonic Guerrilla War in Southern Italy, 1806-1811*, Columbia, University of South Carolina Press, 1994.
FINNEGAN, W., *A Complicated War: The Harrowing of Mozambique*, Berkeley, University of California Press, 1992.
—, «The Invisible War», *The New Yorker*, 25 de enero de 1999.
FIRESTONE, D., «Booming Atlanta Saps Water as Drought Wilts Georgia», *The New York Times*, 15 de junio de 2000, p. A16.
FISHER, N. C., *War at Every Door: Partisan Politics and Guerrilla Violence in East Tennessee, 1860-1869*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1997.
FITZGERALD, F., *Fire in the Lake: The Vietnamese and the Americans in Vietnam*, Nueva York, Vintage Books, 1989.

FITZPATRICK, S., *Stalin's Peasants: Resistance and Survival in the Russian Village after Collectivization*, Nueva York, Oxford University Press, 1994.
—, «Signals from Below: Soviets Letters of Denunciation of the 1930s», en S. Fitzpatrick y R. Gellately (eds.), *Accusatory Practices: Denunciation in Modern European History, 1789-1989*, Chicago, University of Chicago Press, 1997, pp. 85-120.
— y GELLATELY, R., «Introduction to the practices of denunciation in Modern European History», en S. Fitzpatrick y R. Gellately (eds.), *Accusatory Practices: Denunciation in Modern European History, 1789-1989*, Chicago, University of Chicago Press, 1997, pp. 1-21.
FLOWER, K., *Serving Secretely: An Intelligence Chief on Record; Rhodesia into Zimbabwe, 1964-1981*, Londres, John Murray, 1987.
FORERO, J., «Rebel-Held Zone in Colombia fears End of Truce», *The New York Times*, 16 de diciembre de 2000, p. A3.
—, «Colombia's Army Rebuilds and Challenges Rebels», *The New York Times*, 2 de septiembre de 2001, p. A3.
—, «Colombian Troops Move on Rebel Zone as talks Fail», *The New York Times*, 11 de enero de 2002, p. A9.
FORMENT, C., *Democracy in Latin America: Civic Selfhood and Public Life in Postcolonial Mexico and Peru*, artículo inédito, 2000.
FOUCAULT, M., *Discipline and Punish: The Birth of Prison*, Nueva York, Pantheon Books, 1977.
FRANZINELLI, M., *Delatori. Spie e confidenti anonimi: L'arma segreta del regime fascista*, Milán, Mondadori, 2002.
FRASER, R., «La historia oral como historia desde abajo», *Ayer* 12 (1993), pp. 79-92.
FREEMAN, S., «Learning the Fundamental Lessons of Religious Conviction», *Scotsman*, 28 de diciembre de 1994, p. 14.
FREEMAN, S. T., *Neighbors: The Social Contract in a Castilian Hamlet*, Chicago, University of Chicago Press, 1970.
—, *The Pasiegos: Spaniards in No Man's Land*, Chicago, University of Chicago Press, 1979.
FRIEDRICH, C. J., *The Pathology of Politics: Violence, Betrayal, Corruption, Secrecy and Propaganda*, Nueva York, Harper & Row, 1972.
FRIEDRICH, P., *Agrarian Revolt in a Mexican Village*, Chicago, University of Chicago Press, 1977.
FRIJDA, N. H., «The Lex Talionis: On Vengeance», en S. H. M. Van Goozen, N. E. Van de Poll y J. Sergeant (eds.), *Emotions; Essays on Emotion Theory*, Hillsdale, NJ, Lawrence Erlbaum Associates, 1994, pp. 263-289.
FURET, F., *Interpreting the French Revolution*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981.
GACEMI, B., *Moi, Nadia, femme d'un émir du GIA*, París, Éditions du Seuil, 1998.

GALL, C., «Villagers Hope Kosovo Peace Arrives before the War», *The New York Times*, 15 de marzo de 1999, p. A6.
—, «The Way We Live Now: Questions for Kenneth Gluck; Home Free», *The New York Times Magazine*, 11 de marzo de 2001, p. 25.
—, «Despite Years of U. S. Pressure, Taliban Fight On in Jagged Hills», *The New York Times*, 4 de junio de 2005, pp. A1 y A6.
GALLAGHER, A. M., «Policing Northern Ireland: Attitudinal Evidence», en A. O'Day (ed.), *Terrorism's Laboratory: The Case of Northern Ireland*, Aldershot, Dartmouth, 1995, pp. 47-58.
GALTUNG, J., *Peace: Research, Education, action*, Copenhague, Christian Ejlers, 1975.
GAMBETTA, D., *The Sicilian Mafia: The Business of Private Protection*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1993.
GARTON ASH, T., *The File: A Personal History*, Nueva York, Random House, 1997.
GARVIN, J. R., «Uncomfortable Wars: Toward a New Paradigm», en M. G. Manwaring (ed.), *Uncomfortable Wars: Toward a New Paradigm of Low Intensity Conflict*, Boulder, Colo., Westview Press, 1991, pp. 9-28.
GAWANDE, A., «Under Suspicion. The Fugitive Science of Criminal Justice», *The New Yorker*, 8 de enero de 2001, pp. 50-53.
GEFFRAY, C., *La cause des armes au Mozambique: Anthropologie d'une guerre civile*, París, Karthala, 1990.
GELLATELY, R., *The Gestapo and German Society: Enforcing Racial Policy, 1933-1945*, Oxford University Press, Oxford, 1991.
—, «Denunciations in Twentieth-Century Germany: Aspects of Self-Policing in the Third Reich and the German Democratic Republic», en S. Fitzpatrick y R. Gellately (eds.), *Accusatory Practices: Denunciation in Modern European History, 1789-1989*, University of Chicago Press, Chicago, 1997, pp. 185-221.
GENSCHEL, P. y SCHLICHTE, K., «Civil War as a Chronic Condition», *Law and State* 58 (1998), pp. 107-123.
GEORGY, M., «Iraqi Tribal Revenge Fuels Falluja's Anti-U.S. Rage», en *Reuters*, 6 de noviembre de 2003, en http://www.reuters.com, storyID=3766606.
GERSONY, R., «Summary of Mozambican Refugee Accounts of Principally Conflict-Related Experience in Mozambique. Report submitted to Ambassador Jonathon Moore, Director, Bureau for Refugees Program and Dr. Chester Crocker, Assistant Secretary of African Affairs», Washington DC, abril, 1988.
GETTY, J. A. y MANNING, R. T., «Introduction», en J. A. Getty y R. T. Manning (eds.), *Stalinist Terror: New Perspectives*, Cambridge University Press, Cambridge, 1993, pp. 1-20.

GEYER, M., «Civitella della Chiana on 29 June 1944. The Reconstruction of a German "Measure"», en H. Heer y K. Naumann (eds.), *War of Extermination: The German Military in World War II, 1941-1944*, Nueva York, Berghahn Books, 2000, pp. 175-216.

GILBERT, D.T. y MALONE, P. S., «The Correspondence Bias», *Psychological Bulletin* 117, 1 (1995), pp. 21-38.

GILLESPIE, R., «Political Violence in Argentina: Guerrillas, Terrorists, and *Carapintadas*», en M. Crenshaw (ed.), *Terrorism in Context*, University Park, Pennsylvania State University, 1995, pp. 211-248.

GILMORE, D. D., *Aggression and Community: Paradoxes of Andalusian Culture*, New Haven, Yale University Press, 1987.

GILSENAN, M., *Lords of the Lebanese Marches: Violence and Narrative in an Arab Society*, Londres, I. B. Tauris, 1996.

—, «Problems in the Analysis of Violence», en J. Hannoyer (ed.), *Guerres civiles: Economies de la violence, dimensions de la civilité*, París, Karthala-Cermoc, 1999, pp. 105-122.

GIRARD, R., *Violence and the Sacred*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1977.

GIUSTOZZI, A., *War, Politics and Society in Afghanistan, 1978-1992*, Washington DC, Georgetown University Press, 2000.

GIVEN, J. B., *Inquisition and Medieval Society: Power, Discipline, and Resistance in Languedoc*, Ithaca, Cornell University Press, 1997.

GLABERSON, W., «A Tale of Betrayals Unfolds in a Montana Drug Trial», *The New York Times*, 14 de mayo de 2001, p. A1.

GLANZ, J., «New Iraqi Soldiers Gain Ground but Face Pitfalls», en *The New York Times*, 6 de abril, 2005, p. A14.

GOLDBERG, C., «Studies Say Old Memories Can Be Lost», *The Boston Globe*, 30 de diciembre de 2003, p. A1.

—, «Court Ruling sets Guides on Use of Informers», *The New York Times*, 16 de septiembre de 1999, p. A18.

GOLDHAGEN, D. J., *Hitler's Willing Executioners: Ordinary Germans and the Holocaust*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1996.

GOLDSTEIN, R. J., «The Limitations of Using Quantitative Data in Studying Human Rights Abuses», en T. B. Jabine y R. P. Claude (eds.), *Human Rights and Statistics: Getting the Record Straight*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1992, pp. 35-61.

GOLTZ, T., *Azerbaijan Diary: A Rogue Reporter's Adventures in an Oil-Rich, War Torn, Post-Soviet Republic*, Armonk, NY, M. E. Sharpe, 1998.

GOODWIN, J., *Are Rebels Opportunists? Political Opportunities and the Emergence of Political Contention*, artículo inédito, 1999.

—, *No Other Way Out: States and Revolutionary Movements, 1945-1991*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001.

GORDON, M. R., «Russian Generals See Victory Near in Caucasus Clash», *The New York Times*, 16 de agosto de 1999a, p. A1.

—, «Russia Uses a Sledgehammer in Chechenya War This Time», *The New York Times*, 8 de diciembre de 1999b, p. A1.

—, «Chechens Say They Were Shot at In Safe Corridor», *The New York Times*, 17 de diciembre de 1999c, p. A1.

—, «Chechen Rebels Swim in Friendly Waters to Nip Russians», *The New York Times*, 12 de enero de 2000a, p. A3.

—, «Russia Takes Chechen Town, but Can It Keep It?», *The New York Times*, 14 de enero de 2000b, p. A4.

GOSSMAN, P., «India's Secret Armies», en B. B. Campbell y A. D. Brenner (eds.), *Death Squads in Global Perspective: Murder with Deniability*, Nueva York, St. Martin's Press, 2000, pp. 261-286.

GOTTSCHALK, K., «National, Ethnic, and Religious Identity Conflict», en B. B. Campbell y A. D. Brenner (eds.), *Death Squads in Global Perspective: Murder with Deniability*, Nueva York, St. Martin's Press, 2000, pp. 229-259.

GOULD, R., *Insurgent Identities: Class, Community, and Protest in Paris from 1848 to the Commune*, Chicago, University of Chicago Press, 1995.

—, *Collision of Wills. How Ambiguity about Social Rank Breeds Conflict*, Chicago, University of Chicago Press, 2003.

GOUREVITCH, P., *We Wish to Inform You That Tomorrow We Will Be Killed with Our Families: Stories from Rwanda*, Nueva York, Farrar, Straus, and Giroux, 1998.

GRAHAM, P., «The Message from the Sunni Heartland», *The New York Times*, 22 de mayo de 2005, p. WK3.

GREEN, L., «Living in a State of Fear», en C. Nordstrom y A. C. G. M. Robben (eds.), *Fieldwork under Fire: Contemporary Studies of Violence and Survival*, Berkeley, University of California Press, 1995, pp. 105-127.

GREENBERG, J., «As Violence Erupts, Barak and Sharon Agree on Unity Guidelines», *The New York Times*, 13 de febrero de 2001, pp. A1 y A8.

GREENE, T. H., *Comparative Revolutionary Movements: Search for Theory and Justice*, Englewood Cliffs, Prentice Hall, 1990.

GREENHILL, K. M., «The Use of Refugees as Political and Military Weapons in the Kosovo Conflict», en R. G. C. Thomas (ed.), *Yugoslavia Unraveled: Sovereignity, Self-Determination, and Intervention*, Lanham, Md., Lexington Books/Rowman and Littlefield, 2003, pp. 205-242.

GREER, D., *The Incidence of the Terror during the French Revolution: A Statistical Interpretation*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1935.

GRENIER, Y., *The Emergence of Insurgency in El Salvador: Ideology and Political Will*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1999.
GRIFFIN, P. E., *The Chinese Communist Treatment of Counterrevolutionaries: 1924-1949*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1976.
GRIGORENKO, P. G., *Memoirs*, Nueva York, Norton, 1982.
GROSS, J., «Under One Roof, Aging Together Yet Alone», *The New York Times*, 30 de enero de 2005, p. 1.
GROSS, J. T., *Polish Society under German Occupation: The Generalgouvernement, 1939-1944*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1979.
—, *Revolution from Abroad: The Soviet Conquest of Poland's Western Ukraine and Western Belorrusia*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1988.
—, *Neighbors: The Destruction of the Jewish community in Jedwabne, Poland*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 2001.
GROSSMAN, D., *On Killing: The Psychological Cost of Learning to Kill in War and Society*, Boston, Little, Brown, 1995.
GROTH, S., *Namibia – The Wall of Silence: The Dark Days of the Liberation Struggle*, Wuppertal, Peter Hammer Verlag, 1995.
GROTIUS, H., *De Jure Belli Ac Pacis* [1625], F. W. Kelsey (trad.), con la colaboración de A. E. R. Boak, H. A. Sanders, J. S. Reeves y H. F. Wright, Oxford, Clarendon Press, 1925.
GUELKE, A., *The Age of Terrorism and the International Political System*, Nueva York, St. Martin's Press, 1995.
GUHA, R., *Elementary Aspects of Peasant Insurgency in Colonial India*, Durham, Duke University Press, 1999.
GULDEN, T. R., «Spatial and Temporal Patterns in Civil Violence: Guatemala, 1977-1986», Working Paper n. 26, CSED, Washington DC, 2002.
GUMZ, J. E., «*Wehrmacht* Perceptions of Mass Violence in Croatia, 1941-1942», *Historical Journal* 44, 4 (2001), pp. 1015-1038.
GUNTHER, J., *Behind the Curtain*, Nueva York, Harper, 1949.
GURR, T. R., *When Men Rebel*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1970.
—, «Psychological Factors in Civil Violence», en S. C. Sarkesian (ed.), *Revolutionary Guerrilla Warfare*, Chicago, Precedent Publishing, 1975, pp. 75-114.
—, *Handbook of Political Conflict*, Nueva York, Free Press, 1980.
—, «The Political Origins of State Violence and Terror: A Theoretical Analysis», en M. Stohl y G. Lopez (eds.), *Government Violence and Repression: An Agenda for Research*, Nueva York, Greenwood Press, 1986, pp. 45-72.
GUTMAN, R., *A Witness to Genocide: The First Inside Account of the Horrors of «Ethnic Cleansing» in Bosnia*, Shaftesbury, Dorset, Element Books, 1993.

HABERMAN, C., «After Four Years, Intifada Still Smolders», *The New York Times*, 9 de diciembre de 1991, p. A11.
—, «Arab Fury Rising at Enemy Within», *The New York Times*, 7 de agosto de 2001, p. A1.
HALBWACHS, M., *La mémoire collective*, París, PUF, 1968.
HALE, J. R., «Sixteenth-Century Explanations of War and Violence», *Past and Present* 51 (1971), pp. 3-26.
HALL, B., *The Impossible Country: A Journey through the Last Days of Yugoslavia*, Nueva York, Penguin, 1994.
HAMILTON-MERRIT, J., *Tragic Mountains: The Hmong, the Americans, and the Secret War for Laos, 1942-1992*, Bloomington, Indiana University Press, 1993.
HAMMOND, J., *Fire from the Ashes: A Chronicle of the Revolution in Tigray, Ethiopia, 1975-1991*, Lawrenceville, NJ, Red Sea Press, 1999.
HAMOUMOU, M., *Et ils sont devenus Harkis*, París, Fayard, 1993.
HARBOM, L. y WALLENSTEEN, P., «Armed Conflict and Its International Dimensions, 1946-2004», *Journal of Peace Research* 42, 5 (2005), pp. 623-635.
HARDIN, R., *One for All: The Logic of Group Conflict*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1995.
HARDING, S. F., *Remaking Ibieca: Rural Life in Aragon under Franco*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1984.
HARFF, B., «No Lessons Learned from the Holocaust? Assesing Risks of Genocide and Political Mass Murder since 1955», *American Political Science Review* 97, 1 (2003), pp. 57-73.
HARKAVY, R. E. y NEUMAN, S. G., *Warfare and the Third World*, Nueva York, Palgrave, 2001.
HARMON, C. C., «Illustrations of "Learning" in Counterinsurgency», en *Comparative Strategy* 11, 1 (1992), pp. 29-48.
HARRIS, R., «Anthropological Views on "Violence" in Northern Ireland», en Y. Alexander y A. O'Day (eds.), *Ireland's Terrorist Trauma: Interdisciplinary Perspectives*, Nueva York, St. Martin's Press, 1989, pp. 75-100.
HART, P., «The Geography of Revolution in Ireland, 1917-1923», *Past and Present*, 155 (1997), pp. 142-155.
—, *The I.R.A. and Its Enemies:Violence and Community in Cork, 1916-1923*, Nueva York, Clarendon Press, 1999.
HARTFORD, K., «Repression and Communist Success: The Case of Jin-Cha-Ji, 1938-1943», en K. Hartford y S. M. Goldstein (eds.), *Single Sparks: China's Rural Revolutions*, Armonk, NY, ME Sharpe, 1989, pp. 92-127.
HAYDEN, W., «The Kosovo Conflict: The Strategic Use of Displacement and the Obstacle to International Pretection», *Civil Wars* 2, 1 (1999), pp. 35-68.

HECHTER, M., *Principles of Group Solidarity*, Berkeley, University of California Press, 1987.
HEDGES, C., «War Crime "Victims" Are Alive, Embarrasing Bosnia», *The International Herald Tribune*, 3 de marzo de 1997.
—, *War Is a Force That Gives Us Meaning*, Nueva York, Anchor Books, 2003.
HEDMAN, E.-L., «State of Siege: Political Violence and Vigilante Mobilization in the Philippines», en B. C. Campbell y A. D. Brenner (eds.), *Death Squads in Global Perspective: Murder with Deniability*, Nueva York, St. Martin's Press, 2000, pp. 125-151.
HEER, H., «The Logic of the War of Extermination: The Wehrmacht and the Anti-Partisan War», en H. Heer y K. Naumann (eds.), *War of Extermination: The German Military in World War II, 1941-1944*, Nueva York, Berghahn Books, 2000, pp. 92-126.
— y K. NAUMANN, «Introduction», en H. Heer y K. Naumann (eds.), *War of Extermination: The German Military in World War II, 1941-1944*, Nueva York, Berghahn Books, 2000, pp. 1-12.
HEILBRUNN, O., *Partisan Warfare*, Nueva York, Praeger, 1967.
HENDERSON, J. D., *When Colombia Bled: A History of the Violencia in Tolima*, Tuscaloosa, University of Alabama Press, 1985.
HENRIKSEN, T. H., «People's War in Angola, Mozambique, and Guinea Bissau», en *Journal of Modern African Studies* 14, 3 (1976), pp. 377-399.
—, *Revolution and Counterrevolution: Mozambique's War of Independence, 1964-1974*, Westport, CT, Greenwood Press, 1983.
HÉRITIER, F. (ed.), *De la violence*, París, Odile Jacob, 1996.
HERRINGTON, S. A., *Stalking the Vietcong: Inside Operation Phoenix: A Personal Account*, Novato, Calif., Presidio Press, 1997.
HILL, A., «The Partisan War in North-West Russia, 1941-1944: A Reexamination», *Journal of Strategic Studies* 25, 3 (2002), pp. 37-55.
HILTON, I., «Between the Mountains», *The New Yorker*, 11 de marzo de 2002, pp. 64-75.
HINTON, W., *Shenfan: The Continuing Revolution in a Chinese Village*, Nueva York, Vintage Books, 1984.
HOARE, M., «The Partisans in Bosnia-Herzegovina, 1941-1946», artículo inédito.
HOBBES, T., (1651) *Leviathan*, editado por M. C. Macpherson, Harmondsworth, Penguin, 1968.
HOBSBAWN, E. J., «History from Below – Some Reflections», en F. Krantz (ed.), *History from Below: Studies in Popular Protest and Popular Ideology*, Oxford, Blackwell, 1988, pp. 13-27.
—, *On History*, Nueva York, New Press, 1997.
—, «Foreword», en G. Sánchez y D. Meertens, *Bandits, Peasants, and Politics: The Case of «La Violencia» en Colombia*, Austin, University of Texas Press, 2001, pp. ix-xii.

HODSON, R.; SECULIĆ, D. y MASSEY, G., «National Tolerance in the Former Yugoslavia», *American Journal of Sociology* 99, 1 (1994), pp. 535-558.
HOFHEINZ, R., JR., «The Ecology of Chinese Communist Success: Rural Influence Patterns, 1923-1945», en D. Barnett (ed.), *Chinese Communist Politics in Action*, Seattle, University of Washnington Press, 1969, pp. 3-77.
HOLSTI, K. J., *The State, War and the State of War*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.
HORNE, A., *A Savage War of Peace: Algeria, 1954-1962*, Nueva York, Penguin Books, 1987.
HOROWITZ, D. L., *Ethnic Groups in Conflict*, Berkeley, University of California Press, 1985.
—, *The Deadly Ethnic Riot*, Berkeley, University of California Press, 2001.
HORTON, L., *Peasant in Arms: War and Peace in the Mountains of Nicaragua, 1979-1984*, Athens, Ohio University Center for International Studies, 1998.
HOSMER, S. T., *Viet Cong Repression and Its Implications for the Future*, Lexington, Mass., DC Heath, 1970.
HOUSEGO, K., «Colombian Towns Fear a Rebel Resurgence», en http://archive.wa.com/2004/03/10/1400/colombiapost/.
HOVIL, L. y WECKER E., «Portrait of a Failed Rebellion. An Account of Rational, Sub-optimal Violence in Western Uganda», *Rationality and Society* 17, 1 (2005), pp. 5-4.
HOWARD, M., «Constraints on Warfare», en M. Howard, G. J. Andreopoulos y M. R. Shulman (eds.), *The Laws of War: Constraints on Warfare in the Western World*, New Haven, Yale University Press, 1994, pp. 1-11.
HOWELL, R., JR. «Newcastle and the Nation: The Seventeenth-Century Experience», en R. C. Richardson (ed.), *The English Civil Wars: Local Aspects*, Phoenix Mill, Sutton, 1997, pp. 309-329.
HUA, L. y THIREAU, I., *Enquête sociologique sur la Chine, 1911-1949*, París, Presses Universitaires de France, 1996.
HULL, I. V., «Instant Degeneration: Systemic Radicalization in German Warfare in the First Months of World War I», artículo inédito.
HUMAN RIGHTS WATCH, *War Crimes in Bosnia-Hercegovina: A Helsinki Watch Report*, vol. I, Human Rights Watch, Nueva York.
HUNT, D., «Villagers at War: The National Liberation Front in My Tho Provinces, 1965-1967», *Radical America* 8, 1/2 (1974), pp. 3-184.
HUSEEN, A. y PELHMAN, N., «Rebels' Writ Runs Large across the Troublesome Sunni Triangle», *The Financial Times*, 30 de julio de 2004, p. 7.

IGNATIEFF, M., *The Warrior's Honor: Ethnic War and the Modern Conscience*, Nueva York, Henry Holt, 1998.
JACOBY, S., *Wild Justice: The Evolution of Revenge*, Nueva York, Harper & Row, 1983.
JAMES, C., «The Good of a Bad Review», *The New York Times*, 7 de septiembre de 2003, p. 13.
JANKOWSKI, P., *Communism and Collaboration: Simon Sabiani and Politics in Marseille, 1919-1944*, New Haven, Yale University Press, 1989.
JING, J., *The Temple of Memories: History, Power and Morality in a Chinese Village*, Stanford, California, Stanford University Press, 1996.
JOHNSON, C., «Civilian Loyalties and Guerrilla Conflict», *World Politics* 14, 4 (1962), pp. 646-661.
—, «The Third Generation of Guerrilla Warfare», *Asian Survey* 8, 6 (1968), pp. 435-447.
JOHNSON, M., *All Honourable Men: The Origins of War in Lebanon*, I. B. Tauris, Londres, 2001.
JOK, M. y HUTCHINSON, E., «Sudan's Prolonged Second Civil War and the Militarization of Nuer and Dinka Ethnic Identities», *African Studies Review* 42, 2 (1999), pp. 125-145.
JOLLIFFE, J., *East Timor: Nationalism and Colonialism*, St. Lucia, Queensland, University of Queensland Press, 1978.
JONASSOHN, K. (con BJÖRNSON, K. S.), *Genocide and Gross Human Rights Violations in Comparative Perspective*, New Brunswick, Transaction, 1998.
JONES, A. H. y MOLNAR, A. R., *Internal Defense against Insurgency: Six Cases*, Washington DC, Center for Research in Social Systems, 1966.
JONES, G. R., *Red Revolution: Inside the Philippine Guerrilla Movement*, Boulder, Colo., Westview Press, 1989.
JONES, J. C., «We're targeting a Colombia We Don't Fully Understand», *The Washington Post*, 2 de abril de 2000.
JONGERDEN, J., «Resettlement an Reconstruction of Identity: The Case of the Kurds in Turkey», *Global Review of Ethnopolitics* 1, 1 (2001), pp. 80-86.
JOSHI, V., «The "Private" Became "Public": Wives as Denouncers in the Third Reich», *Journal of Contemporary History* 37, 3 (2002), pp. 419-435.
—, *Gender and Power in the Third Reich: Female Denouncers and the Gestapo (1933-1945)*, Houndmills, Palgrave Macmillan, 2003.
JOUANNA, A., «Saint-Barthélemy», en A. Jouanna, J. Boucher, D. Biloghi y G. Le Thiec, *Histoire et dictionnaire des guerres de religion*, París, Laffont, 1998, pp. 1263-1264.

JULIÁ, S., «De "guerra contra el invasor" a "guerra fratricida"», en S. Juliá (ed.), *Víctimas de la Guerra Civil*, Madrid, Temas de Hoy, 1999, pp. 11-54.
—, «Introducción: violencia política en España. ¿Fin de una larga historia?», en S. Juliá (ed.), *Violencia política en la España del siglo XX*, Madrid, Taurus, 2000, pp. 11-23.
KAHNEMAN, D. y TVERSKY, A., «Judgment under Uncertainty: Heuristics and Biases», *Science* 185 (1974), pp. 1124-1131.
KAKAR, S., *The Colors of Violence: Cultural Identities, Religion and Conflict*, Chicago, University of Chicago Press, 1996.
KALDOR, M., *New and Old Wars: Organized Violence in a Global Era*, Stanford, Calif., Stanford University Press, 1999.
KALYVAS, S. N., *The Rise of Christian Democracy in Europe*, Ithaca, Cornell University Press, 1996.
—, «Wanton and Senseless? The Logic of Massacres in Algeria», *Rationality and Society* 11, 3 (1999), pp. 243-285.
—, «"New" and "Old" Civil Wars: A Valid Distinction?» *World Politics* 54, 1 (2001), pp. 99-118.
—, «The Ontology of "Poltical Violence": Action and Identity in Civil Wars», *Perspectives on Politics* 1, 3 (2003), pp. 475-494.
—, «Ethnicity and Civil War Violence: Micro-Level Empirical Findings and Macro-Level Hypotheses», artículo inédito, 2004.
— y KOCHER, M., «Violence and Control in Vietnam: An Analysis of the Hamlet Evaluation System (HES)», artículo inédito, 2004.
— y KOCHER, M., «Il modello Vietnam in Iraq», *Il Manifesto*, 21 de junio de 2005, p. 5.
— y SAMBANIS, N., «Bosnia's Civil War: Origins and Violence Dynamics», en P. Collier y N. Sambanis (eds.), *Understanding Civil War: Evidence and Analysis*, 2, Washington DC,World Bank, 2005, pp. 191-229.
— y SÁNCHEZ CUENCA, I., «The Absence of Suicide Missions», en D. Gambetta (ed.), *Making Sense of Suicide Missions*, Oxford, Oxford University Press, 2005, pp. 209-232.
KAMEN, H., *The Spanish Inquisition: A Historical Revision*, New Haven, Yale University Press, 1998.
KANN, P. R., «A Long Lesiurely Drive through Mekong Delta Tells Much of the War», *Reporting Vietnam: American Journalism, 1959-1975*, Nueva York, Library of America, 2000, pp. 401-412.
KANNYO, E., «State Terrorism and Death Squads in Uganda (1971-1979)», en B. B. Campbell y A. D. Brenner (eds.), *Death Squads in Global Perspective: Murder with Deniability*, Nueva York, St. Martin's Press, 2000, pp. 153-179.
KATZ, A., «An Approach to Future Wars of National Liberation», en S. C. Sarkesian (ed.), *Revolutionary Guerrilla Warfare*, Chicago, Precedent Publishing, 1975, pp. 587-601.

KATZ, J., *Seductions of Crime: A Chilling Exploration of the Criminal Mind – from Juvenile Delinquency to Cold-blooded Murder*, Nueva York, BasicBooks, 1988.
KAUFMAN, S. J., *Modern Hatreds: The Symbolic Politics of Ethnic War*, Ithaca, Cornell University Press, 2001.
KAUFMANN, C., «Possible and Impossible Solutions to Ethnic Civil Wars», *International Security* 20, 4 (1996), pp. 136-175.
KEANE, J., *Reflections on Violence*, Londres, Verso, 1996.
KEDWARD, H. R., *In Search of the Maquis: Rural Resistance in Southern France, 1942-1944*, Oxford, Oxford University Press, 1993.
KEEN, D., «The Economic Functions of Violence in Civil Wars», *Adelphi Paper* 320 (1998).
KEISER, L., *Friend by Day, Enemy by Night: Organized Vengeance in a Kohistani Community*, Fort Worth, Holt, Rinehart and Winston, 1991.
KELLY, R. C., *Warless Societies and the Origin of War*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 2000.
KENNAN, G. F., *American Diplomacy, 1900-1950*, Chicago, University of Chicago Press, 1951.
KENNEY, G., «The Bosnia Calculation», *The New York Times Magazine*, 23 de abril de 1995, pp. 42-43.
KENNY, C. S., *Outlines of Criminal Law*, revisado y adaptado para los especialistas americanos por James H. Webb, Nueva York, Macmillan, 1907.
—, *Outlines of Criminal Law, Based on Lectures Delivered in the University of Cambridge*, 13.ª ed., Cambridge, Cambridge University Press, 1929.
KERKVLIET, B. J., *The Huk Rebellion: A Study of Peasant Revolt in the Philippines*, Berkeley, University of California Press, 1977.
KHAN, A. W., «Journalism and Armed Conflict in Africa: The Civil War in Sierra Leone», *Review of African Political Economy* 78 (1998), pp. 585-597.
KHENG, C. B., «The Social Impact of the Japanese Occupation of Malaya (1942-1945)», en A. W. McCoy (ed.), *Southeast Asia under Japanese Occupation*, New Haven, Yale University Southeast Asia Studies, 1980, pp. 91-123.
—, *Red Star over Malaya: Resistance and Social Conflict during and after the Japanese Occupation of Malaya, 1941-1946*, Singapur, Singapore University Press, 1983.
KINZER, S., «In Kurdish Turkey, Problems of Peace», *New York Times*, 11 de mayo de 2000, p. A8.
KITSON, F., *Gangs and Counter-Gangs*, Londres, Barrie and Rocliff, 1960.
KLINKHAMMER, L., *Stragi Naziste in Italia: La guerra contro i civili (1943-1944)*, Roma, Donzelli, 1997.

KLONIS, N. I., *Guerrilla Warfare: Analysis and Projections*, Nueva York, Robert Speller & Sons, 1972.
KNIGHT, J., «Statistical Model Leaves Peru Counting the Cost of the Civil War», *Nature* 425 (2003), p. 6.
KOCHER, M., «Human Ecology and Civil War», Tesis Ph. D., University of Chicago, 2004.
KOLBERT, E., «Looking for Lorca», *The New Yorker*, 22-29 de diciembre de 2003, pp. 64-75.
KORNBLUH, P., «Nicaragua: U. S. Proinsurgency Warfare against the Sandinistas», en M. T. Klare y P. Kornbluh (eds.), *Low-Intensity Warfare: Counterinsurgency, Proinsurgency, and Antiterrorism in the Eighties*, Nueva York, Pantheon Books, 1988, pp. 136-157.
KOZLOV, V. A., «Denunciation and Its Functions in Soviet Governance: A Study of Denunciations and Their Bureaucratic Handling from Soviet Police Archives, 1944-1953», *Journal of Modern History* 68 (1996), pp. 867-898.
KRAUSS, C., «A Revolution Peru's Rebels Didn't Intend», *The New York Times*, 29 de agosto de 1999.
—, «Peru "Innocents" Get Back Lives», *The International Herald Tribune*, 18 de julio de 2000, p. 3.
KRIGER, N., *Zimbabwe's Guerrilla War: Peasant Voices*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992.
KRUEGER, A. y MALECKOVA, J., «Education, Poverty, Political Violence, and Terrorism: Is there a Causal Connection?», working paper NBER, n.º 9074, Cambridge, Massachusetts, 2002.
KURAN, T., «Now Out of Never: The Element of Surprise in the Eastern European Revolution of 1989», *World Politics* 44 (1991), pp. 7-48.
KUROMIYA, H., «Stalinist Terror in the Donbas: A Note», en J. Arch Getty y R. T. Manning (eds.), *Stalinist Terror: New Perspectives*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993, pp. 215-222.
LACEY, M., «The Mournful Math of Darfur: The Death Don't Add Up», *The New York Times*, 18 de mayo de 2005, p. A4.
LACOSTE-DUJARDIN, C., *Opération «Oiseau bleu»: Des Kabyles, des ethnologues et la guerre en Algérie*, París, Découverte, 1997.
LAITIN, D., «Seccesionist Rebellion in the Former Soviet Union», *Comparative Political Studies* 34, 8 (2001), pp. 839-861.
LANSDALE, E. G., «Vietnam: Do We Understand Revolution?», *Foreign Affairs* 43, 1 (1964), pp 75-86.
LAQUEUR, W., *Guerrilla Warfare: A Historical and Critical Study*, New Brunswick, NJ, Transaction, 1998.
LARWOOD, L. y WHITAKER, W., «Managerial Myopia: Self-Serving Biases in Organisational Planning», *Journal of Applied Psychology* 62 (1977), pp. 194-198.

LARY, D., «A Ravaged Place: The devastation of the Xuzhou Region, 1938», en D. Lary y S. McKinnon (eds.), *Scars of War: The Impact of Warfare on Modern China*, Vancouver, UBC Press, 2001, pp. 98-116.
LAST, M., «Reconciliation and Memory in Postwar Nigeria», en V. Das, A. Kleinman, M. Ramphele y P. Reynolds (eds.), *Violence and Subjectivity*, Berkeley, University of California Press, 2000, pp. 315-332.
LAVERY, B., «Families in Northern Ireland Break Silence about Killings», *The New York Times*, 14 de marzo de 2005, p. A5.
LAWRENCE, P., «Violence, Suffering, Amman: The Work of Oracles in Sri Lanka's Eastern War Zone», en V. Das, A. Kleinman, M. Ramphele y P. Reynolds (eds.), *Violence and Subjectivity*, Berkeley, University of California Press, 2000, pp. 171-204.
LEAKEY, L. S. B., *Deafeating Mau Mau*, Londres, Methuen, 1954.
LEAR, E., «The Japanese Occupation of the Philippines, Leyte, 1941-1945», *Data Paper* 42, Southeast Asia Program, Department of Far Eastern Studies, Nueva York, Cornell University, Ithaca, 1961.
LE BOT, Y., «Violence, communauté et territoire», en D.-C. Martin (ed.), *Cartes d'identité: Comment dit-on «nous» en politique?*, París, Presses de la Fondation nationale des Sciences Politiques, 1994, pp. 163-183.
LEBRUN, G., *Le lieutenant aux pieds nus. Conchinchine 1952-1954*, París, Éditions France-Empire, 1998.
LECLÈRE, T., «Raïs, retour sur un massacre», *Télérama* 2493, 22 de octubre de 1997, pp. 10-16.
LEDESMA, J. L., «Espacios de poder, violencia y revolución: una perspectiva política de la represión en el Aragón republicano durante la Guerra Civil», en A. Morales Moya (ed.), *El difícil camino a la democracia*, Sociedad Estatal España Nuevo Milenio, Madrid, 2001, pp. 249-268.
—, *Los días de la revolución. Violencia y política en la retaguardia de Zaragoza durante la Guerra Civil*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2004.
LEIDEN, C. y SCHMITT, C. M., *The Politics of Violence: Revolution in the Modern World*, Englewood Cliffs, NJ, Prentice-Hall, 1968.
LEITES, N. y WOLF, JR., C., *Rebellion and Authority: An Analytic Essay on Insurgent Conflicts*, Chicago, Markham, 1970.
LE PAPE, M., «L'exportation des massacres du Rwanda au Congo-Zaïre», artículo presentado en la Conferencia sobre los Usos Políticos de las Masacres, CERI, París, 16 de noviembre de 1999.
LERNER, D., *The Passing of Traditional Society: Modernizing the Middle East*, Nueva York, Free Press, 1958.
LEVENE, M., «Introduction», en M. Levene y P. Roberts (eds.), *The Massacre in History*, Nueva York, Berghahn Books, 1999, pp. 1-38.

LEVI, M., *Consent, Dissent and Patriotism*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.
LEVI, P., *The Drowned and the Saved*, Raymond Rosenthal (trad.), Nueva York, Summit Books, 1988.
LEVINE, S., *Anvil of Victory: The Communist Revolution in Manchouria, 1945-1948*, Nueva York, Columbia University Press, 1987.
LEWIN, T., «Arizona High School Provides Glimpses inside Cliques' Divisive Webs», *The New York Times*, 2 de mayo de 1999.
LEWIS, G., *The Second Vendée*, Oxford, Oxford University Press, 1978.
LEWY, G., *America in Vietnam*, Nueva York, Oxford University Press, 1978.
LEYS, C. y SAUL, J. S., «Introduction», en C. Leys y J. S. Saul, *Namibia's Liberation Struggle: The Two-Edged Sword*, Atenas, Ohio University Pres, 1995.
LI, L., *The Japanese Army in North China, 1937-1941: Problems of Political and Economic Control*, Tokio, Oxford University Press, 1975.
LICHBACH, M. I., «Deterrence o Escalation? The Puzzle of Aggregate Studies of Repression and Dissent», *Journal of Conflict Resolution* 31, 2 (1987), pp. 266-297.
—, *The Rebel's Dilemma*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1995.
LICKLIDER, R., «Early Returns: Results of the First Wave of Statistical Studies of Civil War Termination», *Civil Wars* I, 3 (1998), pp. 121-132.
LINDSAY, F. A., «Unconventional Warfare», *Foreign Affairs* 40, 2 (1962), pp. 264-274.
LINN, B. M., *The US Army and Contrainsurgency in the Philippine War, 1899-1902*, Chapel Hill, University of North California Press, 1989.
LINS DE ALBUQUERQUE, A. y CHENG, A., «14 Days in Iraq», *The New York Times*, 16 de enero de 2005, p. 11.
LIPMAN, J. N., «Ethnic Violence in Modern China: Hans and Huis in Gansu, 1781-1929», en J. N. Lipman y S. Harrell (eds.), *Violence in China: Essays in Culture and Counterculture*, Albany, State University of New York Press, 1990, pp. 65-86.
LIPSET, S. M. y ROKKAN, S., «Cleavage Structures, Party Systems, and Voter Alignments: An Introduction», en S. M. Lipset y S. Rokkan (eds.), *Party Systems and Voter Alignments: Cross-National Perspectives*, Nueva York, Free Press, 1967, pp. 1-64.
LISÓN-TOLOSANA, C., *Belmonte de los Caballeros: Anthropology and History in an Aragonese Community*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1983.

LIVANIOS, D., «"Conquering the Souls": Nationalism and Greek Guerrilla Warfare in Ottoman Macedonia, 1904-1908», *Byzantine and Modern Greek Studies* 23 (1999), pp. 195-221.
LLOYD, J., «The Russian Devolution», *The New York Times Magazine*, 15 de agosto de 1999, pp. 34-35.
LOBBIA, J. A., «Your Landlord's Dick», *Village Voice*, 3 de agosto de 1999, p 49.
LOEB, V., «Bagdhad Army Chief Says Bombings Obscure Progress», *The Washington Post*, 29 de octubre de 2003, p. A14.
LOIZOS, P., «Intercommunal Killing in Cyprus», *Man* 23 (1988), pp. 639-653.
—, «A Duty of Care? Three Granada Television Films Concerned with War», en T. Allen y J. Seaton (eds.), *The Media of Conflict: War Reporting and Representations of Ethnic Violence*, Londres, Zed Books, 1999, pp. 102-124.
LÓPEZ, G. A. y STOHL, M., «Problems of Concept and Measurement in the Study of Human Rights», en T. B. Jabine y R. P. Claude (eds.), *Human Rights and Statistics: Getting the Record Straight*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1992, pp. 216-234.
LOTNIK, W., *Nine Lives: Ethnic Conflict in the Polish-Ukranian Borderlands*, Londres, Serif, 1999.
LOUIE, R., «The Incidence of the Terror: A Critique of a Statistical Interpretation», *French Historical Studies* 3, 3 (1964), pp. 379-389.
LOYD, A., *My War Gone By, I Miss It So*, Nueva York, Penguin, 2001.
LUBKEMANN, S. C., «Migratory Coping in Wartime Mozambique: An Anthropology of Violence and Displacement in "Fragmented Wars"», *Journal of Peace Research* 42, 4 (2005), pp. 492-508.
LUCANO, *Bellum Civile IX*, introducción y notas de David P. Kubiak, Bryn Mawr, Pa., Thomas Library, Bryn Mawr College, 1985.
LUCAS, C., «Themes in Southern Violence after 9 Thermidor», en G. Lewis y C. Lucas (eds.), *Beyond the Terror: Essays in French Regional and Social History, 1794-1815*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983, pp. 152-194.
—, «The Theory and the Practice of Denunciation in the French Revolution», en S. Fitzpatrick y R. Gellately (eds.), *Accusatory Practices: Denunciation in Modern European History, 1789-1989*, Chicago, University of Chicago Press, 1997, pp. 22-39.
LUTTWAK, E. N., «Great-Powerless Days», *Times Literary Supplement*, 16 de junio de 1995.
—, «So Few Soldiers, So Much to Do», *New York Times*, 4 de noviembre de 2003, p. A25.
LYNN, J., *The Bayonets of the Republic: Motivation and Tactics in the Army of Revolutionary France*, Urbana, University of Illinois Press, 1984.

MAAS, P., «The Way of the Commandos», *New York Times Magazine*, 1 de mayo de 2005, pp. 38-83.
MACGREGOR SERVEN, L. B., *The End of Office Politics as Usual: A Complete Strategy for Creating a More Productive and Profitable Organization*, Nueva York, Amacom, 2002.
MACKENZIE, S. P., *Revolutionary Armies in the Modern Era: A Revisionist Approach*, Londres, Routledge, 1997.
MACKEY, C. y MILLER, G., *The Interrogators. Task Force 500 and America's Secret War Against Al Quaeda*, Nueva York, Back Bay Books, 2004.
MACKWOOD, N., «Breaking Up Can Be So Hard to Sell», *The Financial Times*, 19-20 de octubre de 2002, p. 13.
MADIEBO, A. A., *The Nigerian Revolution and the Biafran War*, Fourth Dimension Publishing, Enugu, 1980.
MADSEN, R., «The Politics of Revenge in Rural China during the Cultural Revolution», en J. N. Lipman y S. Harrell (eds.), *Violence in China: Essays in Culture and Counterculture*, Albany, State University of New York Press, 1990, pp. 175-201.
MAGALHÃES, E., «Civil Wars», en F. N. Magill (ed.), *International Encyclopedia of Government and Politics*, Chicago, Fitzroy Dearborn, 1996, pp. 225-228.
MAHDI, O. y CARROLL, R., «Under US Noses, Brutal Insurgents Rule Sunni Citadel», *The Guardian*, 22 de agosto de 2005, p. 1.
MAHMOOD, C. K., «Trials by Fire: Dynamics of Terror in Punjab and Kasmir», en J. A. Sluka (ed.), *Death Squad: The Anthropology of State Terror*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2000, pp. 70-90.
MAIER, F. X., *Revolution and Terrorism in Mozambique*, Nueva York, American Affairs Association, 1974.
MAIER, K., «A Fragile Peace», *Africa Report* 40 (1995), pp. 22-27.
MAKDISI, J. S., *Beirut Fragments: A War Memoir*, Nueva York, Persea Books, 1990.
MALCOLM, N., «The Roots of Bosnian Horror Lie Not So Deep», *New York Times*, 19 de octubre de 1998.
MALEFAKIS, E., «Aspectos históricos y teóricos de la guerra», en E. Malefakis (ed.), *La Guerra en España (1936-1939)*, Madrid, Taurus, 1996, pp. 11-47.
MALLIN, J., *Terror in Viet Nam*, Princeton, NJ, Van Nostrand, 1966.
MANRIQUE, N., «The War for the Central Sierra», en S. J. Stern (ed.), *Shining and Other Paths: War and Society in Peru, 1980-1995*, Durham, Duke University Press, 1998, pp. 193-223.
MAQUIAVELO, N., *Florentine Histories* [1532], L. F. Banfield y H. C. Mansfield (trads.), Princeton, NJ, Princeton University Press, 1988.
—, *The Prince* [1513], G. Bull (trad.), Londres, Penguin, 2003.

MARANTO, R. y TUCHMAN, P. S., «Knowing the Rational Peasant: The Creation of Rival Incentive Structures in Vietnam», *Journal of Peace Research* 29, 3 (1992), pp. 249-264.
MARGADANT, T. W., *Urban Rivalries in the French Revolution*, Princeton University Press, Princeton, 1992.
MARGOLIN, J.-L., «L'armé, le Parti, les milices: Indonesie, 1965, et après», ponencia presentada en la Conferencia sobre los Usos Políticos de las Masacres, CERI, París, 16 de noviembre de 1999.
MARKS, R., *Rural Revolution in South China: Peasants and the Making of History in Haifeng County, 1570-1930*, Madison, University of Wisconsin Press, 1984.
MARSHALL, S. L. A., *Men against Fire*, Nueva York, William Morrow, 1947.
MARTIN, G., «The "Tradition of Violence" in Colombia: Material and Symbolic Aspects», en G. Aijmer y J. Abbink (eds.), *Meanings of Violence*, Nueva York, Berg, 2000, pp. 101-191.
MARTIN, J.-C., «Rivoluzione francese e guerra civile», en G. Ranzato (ed.), *Guerre fratricide: Le guerre civili in età contemporanea*, Turín, Bollati Boringhieri, 1994, pp. 27-85.
—, «Guerre civile et modernité: Le cas de la Révolution», en J.-C. Martin (ed.), *La guerre civile entre histoire et mémoire*, Nantes, Ouest Éditions, 1995, pp. 57-64.
—, *Contre-Révolution, Révolution et Nation en France, 1789-1799*, París, Éditions du Seuil, 1998.
—, «Dans la guerre civile tout est permis», *L'Histoire* 267 (2002), pp. 56-59.
MARTÍNEZ, L., «Les Eucalyptus, banlieu d'Alger dans la guerre civile: Les facteurs de la mobilisation islamiste», en G. Kepel (ed.), *Exils et royaumes*, París, Presses de la FNSP, 1994, pp. 89-104.
—, *La guerre civile en Algérie*, París, Karthala, 1998.
MASON, T. D. y KRANE, D. A., «The Political Economy of Death Squads: Toward a Theory of the Impact of State-Sanctioned Terror», *International Studies Quarterly* 33 (1989), pp. 175-198.
MASSEY, G.; HODSON, R. y SECULIĆ, D., «Ethnic Enclaves and Intolerance: The Case of Yugoslavia», *Social Forces* 78, 2 (1999), pp. 669-691.
MAY, G. A., *Battle for Batangas: A Philippine Province at War*, New Haven, Yale University Press, 1991.
MAYER, A. J., *The Furies: Violence and Terror in the French and Russian Revolutions*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 2000.
MAZOWER, M., *Dark Continent: Europe's Twentieth Century*, Londres, Allen Lane, 1998.
MCAULEY, M., *Soviet Politics, 1917-1991*, Oxford, Oxford University Press, 1992.

MCCOLL, R. W, «A Political Geography of Revolution: China, Vietnam, and Thailand», *Journal of Conflict Resolution* 11, 2 (1967), pp. 153-167.
—, «The Insurgent State: Territorial Bases of Revolution», *Annals of the Association of American Geographers* 59, 4 (1969), pp. 613-631.
MCCOUBREY, H. y WHITE, N. D., *International Organizations and Civil Wars*, Aldershot, Dartmouth, 1995.
MCCOY, A. W., «"Politics by Other Means": World War II in the Western Visayas, Philippines», en A. W. McCoy (ed.), *Southeast Asia under Japanese Occupation*, New Haven, Yale University Southeast Asia Studies, 1980, pp. 191-245.
MCCRADY, E., *The History of South Carolina in the Revolution, 1780-1783*, Nueva York, Paladin, 1969.
MCGOWAN, W., *Only Man Is Vile: The Tragedy of Sri Lanka*, Nueva York, Farrar, Straus, and Giroux, 1992.
MCGRATH, P., «Bristol and the Civil War» en R. C. Richardson (ed.), *The English Civil Wars: Local Aspects*, Phoenix Mill, Sutton, 1997, pp. 91-128.
MCKENNA, T. M., *Muslim Rulers and Rebels: Everyday Politics and Armed Separatism in the Southern Philippines*, Berkeley, University of California Press, 1998.
MENDELSOHN, D., «What Happened to Uncle Shmiel?», *New York Magazine*, 14 de julio de 2002, pp. 24-55.
MERRILL, J., *Korea: The Peninsular Origins of the War*, Newark, University of Delaware Press, 1989.
MEYERSON, H., *Vinh Long*, Boston, Houghton Mifflin, 1970.
MEYNIER, G., «Le PPA-MTLD et le FLN-ALN, étude comparée», en M. Harbi y B. Stora (eds.), *La guerre d'Algérie, 1954-2004, la fin de l'amnésie*, París, Robert Lafont, 2004, pp. 417-450.
— y VIDAL-NAQUET, P., «Le sens d'une agression», *Le Monde*, 1 de diciembre de 1999.
MIALL, H., *The Pacemakers: Peaceful Settlement of Disputes since 1945*, St. Martin's, Nueva York, 1992.
MIGUEL, E., «Tribe or Nation? Nation Building and Public Goods in Kenya versus Tanzania», *World Politics* 56, 3 (2004), pp. 327-362.
MILGRAM, S., *Obedience to Authority: An Experimental View*, Nueva York, Harper & Row, 1974.
MILLER, D. T. y ROSS, M., «Self-Serving Biases in Attribution of Causality: Fact or Fiction?», *Psychological Bulletin* 82 (1975), pp. 213-225.
MILLER, W. I., *Bloodtaking an Peacemaking: Feud, Law and Society in Saga Iceland*, Chicago, University of Chicago Press, 1990.
MILOSZ, C., *The Captive Mind*, Nueva York, Vintage, 1990.

MINARDI, M., «War in the Mountains: Community Ties and Civil War in Central Italy», ponencia presentada en el seminario sobre «Civil Wars and Political Violence in 20th Century Europe», European University Institute, Florencia, 18-20 de abril de 2002.

MIRELS, H. L., «The Avowal of Responsibility for Good and Bad Outcomes: The Effects of Generalized Self-Serving Biases», *Personality and Social Psychology Bulletin* 6 (1980), pp. 229-306.

MIRZELER, M. y YOUNG C., «Pastoral Politics in the Northeast Periphery in Uganda: AK-47 as Change Agent», *Journal of Modern African Studies* 38, 3 (2000), pp. 407-429.

MISHRA, P., «Pride and Blood in Kashmir», *The New York Times,* 22 de marzo de 2000.

MITCHELL, C.; STOHL, M.; CARLETON, D. y LÓPEZ, G. A., «State Terrorism: Issues of Concept and Measurement», en M. Stohl y G. A. López (eds.), *Government Violence and Repression: An Agenda for Research*, Westport Conn., Greenwood Press, 1986, pp. 1-25.

MITCHELL, E. J., «Inequality and Insurgency: A Statistical Study of South Vietnam», *World Politics* 20, 3 (1968), pp. 421-438.

MITTER, R, *The Manchurian Myth: Nationalism, Resistance, and Collaboration in Modern China*, Berkeley, University of California Press, 2000.

MOHR, C., «Questions on U. S. Raids: Many Feel Johnson Should Have Asked about Political Merit of Hamlets Attacks», *The New York Times*, 16 de agosto de 1966, p. 3.

MOLNAR, A. R., *Human Factors Considerations of Undergrounds in Insurgencies,* Washington DC, Special Operations Research Office, 1965.

MONTAIGNE, M. DE, *The Complete Essays*, M. A. Screech (trad.), Londres, Penguin, 1991.

MONTHERLANT, H. DE, *La Guerre Civile*, París, Gallimard, 1965.

MOORE, B., *Terror and Progress: USSR*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1954.

—, *Social Origins of Dictatorship and Democracy: Lord and Peasant in the Making of the Modern World*, Boston, Beacon Press, 1966.

MOORE, J., «World Briefing», *The New York Times,* 19 de agosto de 1999, p. A10.

MOORE, M., «Thoroughly Modern Revolutionaries: The JVP in Sri Lanka», *Modern Asian Studies* 27, 3 (1993), pp. 593-642.

MOORE, R. I., *The Formation of Persecuting Society*, Oxford, Blackwell, 1987.

MORENO, F., «La represión en la posguerra», en S. Juliá (ed.), *Víctimas de la guerra civil*, Madrid, Temas de Hoy, 1999, pp. 277-405.

MOSER, D., «Eight Dedicated Men Marked for Death», *Reporting Vietnam: American Journalism, 1959-1975*, Nueva York, Library of America, 2000, pp. 84-105.

MOSS, M., «False Terrorist Tips to the FBI Uproot Lives of Suspects», *The New York Times,* 19 de junio de 2003, p. A1.

MOURO, G., *An American Nurse amidst Chaos*, Beirut, American University of Beirut, 1999.

MOYAR, M., *Phoenix and the Birds of Prey: The CIA's Secret Campaign to Destroy the Viet Cong*, Annapolis, Md., Naval Institute Press, 1997.

MUELLER, J., *The Remnants of War,* Ithaca, Cornell University Press, 2004.

MÜNKLER, H., *Über den Krieg. Stationen der Kriegsgeschichte im Spiegel ihrer theoretischen Reflexion,* Weilerswist, Velbrück Wissenschaft, 2002.

MURSHED, S. M. y GATS, S., «Spatial-Horizontal Inequality and the Maoist Insurgency in Nepal», *Review of Development Economics* 9, 1 (2005), pp. 121-134.

MYDANS, S., «East Timor Family's Terror: Trapped at Home by Gunmen», *The New York Times,* 27 de septiembre de 1999, p. A1.

—, «Russia's Chechen Plan: Pick a Leader and Leave», *The New York Times,* 18 de septiembre de 2003, p. A6.

MYERS, S. L., «Chechen Rebels in Limbo Vow Endless Resistance», *The New York Times,* 23 de agosto de 2002, p. A6.

—, «Even Chechnya's Dream Street Is a Dead End», *The New York Times,* 23 de marzo de 2005, p. A4.

NABULSI, K., *Traditions of War: Occupation, Resistance, and the Law,* Oxford, Oxford University Press, 1999.

—, «Evolving Conceptions of Civilians and Belligerents: One Hundred Years after Hague Peace Conferences», en S. Chesterman (ed.), *Civilians in War,* Boulder, Colo., Lynne Riener, 2001, pp. 9-24.

NAGENGAST, C., «Violence, Terror and the Crisis of the State», *Annual Review of Anthropology* 23 (1994), pp. 109-136.

NAHOUM-GRAPPE, V., «L'usage politique de la cruauté: L'épuration ethnique (ex-Yougoslavie, 1991-1995)», en F. Héritier (ed.), *De la violence,* París, Odile Jacob, 1996, pp. 273-323.

NASR, S., «Lebanon's War: Is the End in Sight?», *Middle East Report* 162, 4/8, 30 (1990).

NEGUS, S., «US Squares Up to Long Guerrilla War in Iraq», *The Financial Times,* 27-28 de noviembre de 2004, p. 5.

NELSON, H., «*Taim Bilong Pait:* The Impact of the Second World War on Papua New Guinea», en A. W. McCoy (ed.), *Southeast Asia under Japanese Occupation*, New Haven, Yale University Southeast Asia Studies, 1980, pp. 246-266.

NÉRARD, F.-X., *5% de vérité. La dénonciation dans l'URSS de Staline (1928-1941)*, París, Tallandier, 2004.
NINO, C. S., *Radical Evil on Trial*, New Haven, Yale University Press, 1996.
NORDLINGER, E. A., «Conflict Regulation in Divided Societies», *Occasional Papers in International Affairs* 29 (1972), Harvard Center for International Affairs, 1972.
NORDSTROM, C., «The Backyard Front», en C. Nordstrom y J. Martin (eds.), *The Paths to Domination, Resistance, and Terror,* Berkeley, University of California Press, 1992, pp. 260-274.
—, *A Different Kind of War Story*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1997.
— y MARTIN, J., «The Culture of Conflict: Field Reality and Theory», en C. Nordstrom y J. Martin (eds.), *The Paths to Domination, Resistance, and Terror,* Berkeley, University of California Press, 1992, pp. 3-17.
NOUGAYREDE, N., «En Tchéthchénie, la jeune génération se radicalité dans la guérilla», *Le Monde*, 25 de octubre de 2002, p. 7.
NOVICK, P, *The Holocaust in American Life*, Nueva York, Houghton Mifflin, 1999.
OBERSCHALL, A., «The Manipulation of Ethnicity: From Ethnic Cooperation to Violence and War in Yugoslavia», *Ethnic and Racial Studies* 23, 6 (2000), pp. 982-1001.
OKEY, R., «The Legacy of Massacre: The "Jacenovac Myth" and the Breakdown of Communist Yugoslavia», en M. Levene y P. Roberts (eds.), *The Massacre in History*, Nueva York, Berghahn Books, 1999, pp. 263-282.
O'LEARY, B. y MCGARRY, J., *The Politics of Antagonism: Understanding Northern Ireland*, Londres, Athlone Press, 1993.
OLSON, M., *Power and Prosperity: Outgrowing Communist and Capitalist Dictatorships*, Nueva York, Basic Books, 2000.
O'NEILL, B., *Honor, Symbols and War,* Ann Arbor, University of Michigan Press, 1999.
O'NEILL, B. E., *Insurgency and Terrorism: Inside Modern Revolutionary Warfare*, Washington, Brassey's, 1990.
O'NEILL, O., «Which Are the Offers You Can't Refuse?», en R. G. Frey y C. W. Morris (eds.), *Violence, Terrorism and Justice*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, pp. 170-195.
ONISHI, N., «Sierra Leone Measures Terror in Severed Limbs», *The New York Times*, 22 de agosto de 1999, p. 3.
OPPEL, R. A., JR., «Magnet for Iraq Insurgents Is Test for U. S. Strategy», *The New York Times*, 16 de junio de 2005a, pp. A1 y A8.
—, «By Courting Sunnis, G. I.'s See Security Rise in a Sinister Town», *The New York Times*, 17 de julio de 2005b, pp. 1 y 4.

ORTIZ SARMIENTO, C. M., *La violence en Colombie: Racines historiques et sociales*, L'Harmatan, París, 1990.
ORWELL, G., *The Road to Wigan Pier,* Londres, V. Gollanz, 1937.
O'SULLIVAN, P., «A Geographical Analysis of Guerrilla Warfare», *Political Geography Quarterly* 2, 2 (1983), pp. 139-150.
OURDAN, R., «Cinq "hotlines" antiguérrilla pour inciter les Irakiens à la délation», *Le Monde*, 18 de noviembre de 2004, p. 2.
OVERY, R., *Russia's War: A History of the Soviet War Effort, 1941-1945*, Nueva York, Penguin, 1997.
PACKER, G., «War after the War. What Washington Doesn't See in Iraq», *The New Yorker,* 24 de noviembre de 2003, pp. 58-85.
PACZKOWSKI, A., «Nazisme et Communisme dans l'expérience et la memoire Polonaise», en H. Rousso (ed.), *Stalinisme et Nazisme: Histoire et mémoire comparées*, París, Complexe, 1999, pp. 307-330.
PAGET, J., *Counter-Insurgency Operations: Techniques of Guerrilla Warfare*, Nueva York, Walker, 1967.
PAGGI, L., *Storia e memoria di un massacro ordinario*, Roma, Manifestolibri, 1996.
PAIGE, J. M., *Agrarian Revolutions: Social Movements and Export Agriculture in the Underdeveloped World*, Nueva York, Free Press, 1975.
PALUDAN, P. S., *Victims: A True Story of the Civil War*, Knoxville, University of Tennessee Press, 1981.
PARKER, G., «Early Modern Europe», en M. Howard, G. J. Andreopoulos y M. R. Shulman (eds.), *The Laws of War: Constraints on Warfare in the Western World*, New Haven, Yale University Press, 1994, pp. 40-58.
PAUL, B. D. y DEMAREST, W. J., «The Operation of a Death Squad in San Pedro la Laguna», en R. M. Carmack (ed.), *Harvest of Violence: The Maya Indians and the Guatemala Crisis*, Norman, University of Oklahoma Press, 1988, pp. 119-154.
PAVONE, C., *Una guerra civile. Saggio storico sulla moralità nella Resistenza*, Turín, Bollati Boringhieri, 1994.
PAXSON, C., «Comment on Alan Krueger and Jitka Maleckova, "Education, Poverty, Political Violence, and Terrorism: Is There a Causal Connection?"», artículo sin publicar.
PAYNE, S. G., *The Franco Regime, 1936-1975*, Madison, University of Wisconsin Press, 1987.
PÉCAUT, D., «Réflexions sur la violence en Colombie», en F. Héritier (ed.), *De la violence*, París, Odile Jacob, 1996, pp. 225-271.
PELUSO, N. L. y HARVELL, E., «Territory, Custom, and the Cultural Politics of Ethnic War in Western Kalimantan, Indonesia», en N. L. Peluso y M. Watts (eds.), *Violent Environments*, Ithaca, Cornell University Press, 2001, pp. 83-116.

PERALTA, G. A. y BEVERLY, J., «Terror and Violence as Weapons of Counterinsurgency in Guatemala», *Latin American Perspectives* 7, 2-3 (1980), pp. 91-113.
PÉREZ-DÍAZ, V. M., *The Return of Civil Society: The Emergence of Democratic Spain*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1993.
PERRY, E. J., *Rebels and Revolutionaries in North China, 1845-1945*, Stanford, Calif., Stanford University Press, 1980.
—, «Collective Violence in China 1880-1980», *Theory and Society* 13, 3 (1984), pp. 427-454.
PERSAUD, R., «Winning Mental Ways», *The Financial Times*, 10-11 de septiembre de 2005, p. W3.
PERVANIC, K., *The Killing Days*, Londres, Blake, 1999.
PETERS, K. y RICHARDS, P., «"Why We Fight": Voices of Youth Combatants in Sierra Leone», *Africa* 68, 2 (1998), pp. 183-210.
PETERSEN, R.D., *Resistance and Rebellion: Lessons from Eastern Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001.
—, *Understanding Ethnic Violence: Fear, Hatred and Resentment in Twentieth-Century Eastern Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002.
PETERSON, S., «Algeria's Real War: Ending the Cycle of Violence», *Christian Science Monitor*, 24 de junio de 1997 (1997a).
—, «Algeria's Village Vigilantes Unite against Terror», *Christian Science Monitor*, 5 de noviembre de 1997 (1997b).
—, *Me against My Brother: At War in Somalia, Sudan, and Rwanda: A Journalistic Report from the Battlefields of Africa*, Nueva York, Routledge, 2000.
PETITFRÈRE, C., *La Vendée et les Vendéens*, París, Gallimard/Juillard, 1981.
PETTIGREW, J., «Parents and Their Children in Situations of Terror: Dissapearances and Special Police Activity in Punjab», en J. A. Sluka (ed.), *Death Squad: The Anthropology of State Terror*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2000, pp. 204-225.
PEZZINO, P., «Risorgimento e guerra civile. Alcune considerazioni preliminari», en G. Ranzato (ed.), *Guerre fratricide: Le guerre civili in età contemporanea*, Turín, Bollati Boringhieri, 1994, pp. 56-85.
PFAFFENBERGER, B., «The Structure of Protracted Conflict: The Case of Sri Lanka», *Humboldt Journal of Social Relations* 20, 2 (1994), pp. 121-147.
PIGOU, P., «The Apartheid State and Violence: What Has the Truth and Reconciliation Commission Found?», *Politikon* 28, 2 (2001), pp. 207-233.
PIKE, D., *Viet Cong: The Organization and Techniques of the National Liberation Front of South Vietnam*, Cambridge, Mass., MIT Press, 1966.

POLGREEN, L., «Civilians Bear Brunt of the Continuing Violence in Darfur», *The New York Times*, 24 de enero de 2005, p. A3.
POOLE, M., «The Geographical Location of Political Violence in Northern Ireland», en J. Darby, N. Dodge y A. C. Hepburn (eds.), *Political Violence: Ireland in a Comparative Perspective*, Ottawa, University of Otawa Press, 1990, pp. 64-82.
—, «The Spatial Distribution of Political Violence in Northern Ireland: An Update to 1993», en A. O'Day (ed.), *Terrorism's Laboratory: The Case of Northern Ireland*, Aldershot, Dartmouth, 1995, pp. 27-45.
POPKIN, S. L., *The Rational Peasant: The Political Economy of Rural Society in Vietnam*, Berkeley, University of California Press, 1979.
PORTELLI, A., *The Battle of Valle Giulia: Oral History and the Art of Dialogue*, Madison, University of Wisconsin Press, 1997.
PORTER, B., *War and the Rise of State: The Military Foundations of Modern Politics*, Nueva York, Free Press, 1994.
POSEN, B., «The Security Dilemma and Ethnic Conflict», *Survival* 35, 1 (1993), pp. 27-47.
POSNER, D., «The Political Salience of Cultural Difference: Why Chewas and Tumbukas Are Allies in Zambia and Adversaries in Malawi», *American Political Science Review* 98, 4 (2004), pp. 529-545.
PRED, A., *Making Histories and Constructing Human Geographies: The Local Transfomation of Practice, Power Relations, and Consciousness*, Boulder, Colo., Westview Press, 1990.
PRICE, J. J., *Thucydides and Internal War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001.
PRINS, G., «Civil and Uncivil Wars», *Civil Wars* 2, 1 (1999), pp. 17-129.
PRUNIER, G., *The Rwandan Crisis: History of a Genocide*, Nueva York, Columbia University Press, 1995.
—, *Darfur: The Ambiguous Genocide*, Ithaca, Cornell University Press, 2005.
PRZEWORSKI, A., *Democracy and the Market: Political and Economic Reforms in Eastern Europe and Latin America*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.
— y TEUNE, H., *The Logic of Comparative Social Inquiry*, Nueva York, Wiley-Interscience, 1970.
PYE, L. W., *Guerrilla Communism in Malaya: Its Social and Political Meaning*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1956.
—, «The Roots of Insurgency and the Commencement of Rebellions», en H. Eckstein (ed.), *International War: Problems and Approaches*, Nueva York, Free Press, 1964, pp. 157-179.

PYSZCZYNSKI, T.; GREENBERG, J. y SOLOMON, S., «Why Do We Need What We Need? A Terror Management Perspective on the Roots of Human Social Motivation», *Psychological Inquiry* 8, 1 (1997), p. 1-20.

RACE, J., *War Comes to Long An: Revolutionary Conflict in a Vietnamese Province*, Berkeley, University of California Press, 1973.

RAJAGOPAL, B., «In Asia, Ethnic Cleansing in the Name of Progress», *International Herald Tribune*, 10 de agosto de 2001.

RALEIGH, D. J., *Experiencing Russia's Civil War: Politics, Society and Revolutionary Culture in Saratov, 1917-1922*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 2002.

RAMSEY, R. W., «Critical Bibliography on La Violencia in Colombia», *Latin American Research Review* 8 (1973), pp. 3-44.

RANDAL, J. C., *Going All the Way: Christian Warlords, Israeli Adventurers, and the War in Lebanon*, Nueva York, Viking Press, 1983.

RANZATO, G., «Un evento antico e un nuovo oggetto di riflessione», en G. Ranzato (ed.), *Guerre fratricide: Le guerre civili in età contemporanea*, Turín, Bollati Boringhieri, 1994, pp. ix-lvi.

RANZATO, G., «Dies Irae. La persecuzione religiosa nella zona repubblicana durante la guerra civile spagnola (1936-1939)», *Movimento Operaio e Socialista* 11 (1988), pp. 195-220.

RASENBERGER, J., «Shadows on the Wall», *The New York Times*, City Section, 23 de enero de 2005, p. 1.

REDFIELD, R., *The Little Community and Peasant Society and Culture*, Chicago, University of Chicago, 1989.

REIG TAPIA, A., *Violencia y terror*, Madrid, Akal, 1990.

—, «Represión y esfuerzos humanitarios», en E. Malefakis (ed.), *La guerra en España (1936-1939)*, Madrid, Taurus, 1996, pp. 501-602.

REJALI, D., «Torture's Dark Allure», artículo *on-line*, disponible en *Salon.com*, http://archive.salon.com_opinion/feature/2004/06/18/torture_1/index3.html, 2004a.

—, «Does Torture Work?», artículo *on-line*, disponible en *Salon.com*, http://archive.salon.com_opinion/feature/2004/06/21/torture_algiers/index2.html, 2004b.

REUTERS, «65 Kenyans Killed in Cattle-Rustling Violence», artículo *on-line*, disponible en *New York Times*, 14 de julio de 2005, p. A5.

RICH, P. B. y STUBBS, R., «Introduction: The Counter-Insurgent State», en P. B. Rich y R. Stubbs, *The Counter-Insurgent State: Guerrilla Warfare and State-Building in the Twentieth Century*, Nueva York, St. Martin's Press, 1997.

RICHARDS, P., *Fighting for the Rain Forest: War, Youth and Resources in Sierra Leone*, Oxford, James Currey, 1996.

RICHARDSON, R. C., «Introduction: Local Historians and the English Civil War», en R. C. Richardson (ed.), *The English Civil War: Local Aspects*, Phoenix Mill, Sutton, 1997, pp. 1-13.

RICHES, D., «The Phenomenon of Violence», en D. Riches (ed.), *The Anthropology of Violence*, Londres, Blackwell, 1986, pp. 1-27.

RICOEUR, P., *Time and Narrative*, Chicago, University of Chicago Press, 1984.

RISTE, O. y NÖKLEBY, B., *Norway, 1940-1945*, Oslo, Johan Grundt Tanum Forlag, 1973.

ROBBEN, A. C. G. M., «Seduction and Persuasion», en C. Nordstrom y A. C. G. M. Robben (eds.), *Fieldwork under Fire: Contemporary Studies of Violence and Survival*, Berkeley, University of California Press, 1995, pp. 81-103.

—, «Ethnographic Seduction, Transference, and Resistance in Dialogues about Terror and Violence in Argentina», *Ethos* 24, 1 (1996), pp. 71-106.

ROBERTS, A., «Land Warfare: From Hague to Nuremberg», en M. Howard, G. J. Andreopoulos y M. R. Shulman (eds.), *The Laws of War: Constraints on Warfare in the Western World*, New Haven, Yale University Press, 1994, pp. 116-139.

ROBINSON, G., *The Dark Side of Paradise: Political Violence in Bali*, Ithaca, Cornell University Press, 1995.

RODRÍGUEZ, E. R., JR., *The Bad Guerrillas of Northern Luzon: A Memoir of the Japanese Occupation in the Philippines*, Quezon City, J. Burgos Media Services, 1982.

ROESCH, O., «Renamo and the Peasantry: A View from Gaza», *Southern Africa Report* 6, 5 (1990), pp. 21-25.

ROHDE, D., «Warehouse of Death», *Ethos New York Times Magazine*, 11 de marzo de 2001.

ROHKRÄMER, T., «Daily Life at the Front and the Concept of Total War», en S. Förster y J. Nagler (eds.), *On the Road to Total War: The American Civil War and the German Wars of Unification, 1861-1871*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997, pp. 497-518.

ROLDÁN, M., *La violencia en Antioquía, Colombia, 1946-1953*, Durham, Duke University Press, 2002.

ROMERO, M., «Changing Identities and Contested Settings: Regional Elites and the Paramilitaries in Colombia», *International Journal of Politics, Culture, and Society* 14, 1 (2000), pp. 51-69.

RON, J., «Boundaries and Violence: Repertoires of State Action along the Bosnia/Yugoslavia Divide», *Theory and Society* 29 (2000a), pp. 609-640.

—, «Territoriality and Plausible Deniability: Serbian Paramilitaries in the Bosnian War», en B. B. Campbell y A. D. Brenner (eds.), *Death Squads in Global Perspective: Murder with Deniability*, Nueva York, St. Martin's Press, 2000b, pp. 287-312.

—, *Frontiers and Ghettos: State Violence in Serbia and Israel*, Berkeley, University of California Press, 2003.
ROSE, D., «Guantánamo Bay on Trial», *Vanity Fair* (enero de 2004), pp. 88-136.
ROSENAU, W., «Is the Shining Path the "New Khmer Rouge"?», *Studies in Conflict and Terrorism* 17, 4 (1994), pp. 305-322.
ROSENBERG, T., *Children of Cain: Violence and the Violent in Latin America*, Nueva York, Penguin, 1991.
ROTELLA, S., «U. N. Prosecutors Open Milosevic's War Crimes Trial», *Los Angeles Times*, 13 de febrero de 2002, pp. 1, 4.
ROTHENBERG, G., «The Age of Napoleon. Constraints on Warfare», en M. Howard, G. J. Andreopoulos y M. R. Shulman (eds.), *The Laws of War: Constraints on Warfare in the Western World*, New Haven, Yale University Press, 1994, pp. 86-97.
ROTHSTEIN, E., «Hate Crimes: What Is Gained When Forbidden Acts Become Forbidden Beliefs?», *The New York Times*, 19 de septiembre de 2005, p. E3.
ROUSSEAU, J. J., *The First and Second Discourses*, R. D. Masters y J. R. Masters (trads.), Nueva York, St. Martin's Press, 1964.
—, *The Social Contract and Other Later Political Writings* [1762], Cambridge University Press, Cambridge, 1997.
ROUSSO, H., *La hantise du passé*, París, Textuel, 1998.
ROY, B., *Some Trouble with Cows: Making Sense of Social Conflict*, Berkeley, University of California Press, 1994.
ROY, O., «Etat et recompositions identitaires: L'exemple du Tadjikistan», en J. Hannoyer (ed.), *Guerres civiles: Economies de la violence, dimensions de la civilité*, París, Karthala, 1999, pp. 221-234.
RUBIN, E., «Kabul Dispatch. Brothers in Arms», *New Republic Online*, 29 de noviembre de 2001, en http://www.thenewrepublic.com/121001/reubin121001.html.
RUBIO, M., *Crimen e impunidad: precisiones sobre la violencia*, Santafé de Bogotá, Tercer Mundo, 1999.
RUDEBECK, L., «Political Mobilisation in Guinea-Bissau», en S. C. Sarkesian (ed.), *Revolutionary Guerrilla Warfare*, Chicago, Precedent Publishing, 1975, pp. 431-451.
RULE, J. B., *Theories of Civil Violence*, Berkeley, University of California Press, 1988.
RUMMEL, R. J., *Death by Government*, New Brunswick, NJ, Transaction, 1994.
RUSHDIE, S., *The Jaguar Smile*, Nueva York, Viking, 1987.
SADOWSKI, Y., *The Myth of Global Chaos*, Washington, Brookings Institution Press, 1998.
SAINT-EXUPÉRY, A., «L'Espagne ensanglotée», *L'Intransigeant*, 12-19 de agosto de 1936.

SALAMANCA NÚÑEZ, C., «Masacres en Colombia 1995-2002: ¿violencia indiscriminada o racional?», artículo inédito, Universidad de los Andes.
SALIBI, K. S., *A House of Many Mansions: The History of Lebanon Reconsidered*, Londres, I. B. Tauris, 1988.
SALIK, S., *Witness to Surrender*, Karachi, Oxford University Press, 1978.
SAMBANIS, N., «Partition as a Solution to Ethnic War: An Empirical Critique of the Theorical Literature», *World Politics* 52 (2000), pp. 437-483.
—, «What Is a Civil War? Conceptual and Empirical Complexities of an Operational Definition», *Journal of Conflict Resolution* 48, 6 (2004), pp. 814-858.
— y ELBADAWI, I., «How Many Wars Will We See? Explaining the Prevalence of Civil War», *Journal of Conflict Resolution* 46, 3 (2002), pp. 307-334.
SÁNCHEZ, G., «Introduction: Problems of Violence, Prospects for Peace», en C. Bergquist, R. Peñaranda y G. Sánchez G. (eds.), *Violence in Colombia, 1990-2000: Waging War and Negotiating Peace*, Wilmington, Del., Scholarly Resources, 2001, pp. 1-38.
— y MEERTENS, D., *Bandits, Peasants, and Politics: The Case of «La Violence» in Colombia*, Austin, University of Texas Press, 2001.
SANSOM, R. L., *The Economics of Insurgency in the Mekong Delta of Vietnam*, Cambridge, Mass., MIT Press, 1970.
SARKESIAN, S. C., «The American Response to Low-Intensity Conflict: The Formative Period», en D. A. Charters y M. Tugwell (eds.), *Armies in Low-Intensity Conflicts: A Comparative Analysis*, Londres, Brassey's Defense Publishers, 1989, pp. 19-48.
SARTORI, G., «From the Sociology of Politics to Political Sociology», en S. M. Lipset (ed.), *Politics and the Social Sciences*, Nueva York, Oxford University Press, 1969.
—, «Concept Misformation in Comparative Politics», *American Political Science Review* 64, 4 (1970), pp. 1033-1053.
SAUL, J. S. y LEYS, C., «SWAPO: The Politics of Exile», en C. Leys y J. S. Saul, *Namibia's Liberation Struggle: The Two-Edged Sword*, Atenas, Ohio University Press, 1995, pp. 40-65.
SCHEFFLER, T., «Religion, Violence and the Civilizing Process: The Case of Lebanon», en J. Hannoyer (ed.), *Guerres civiles: Economies de la violence, dimensions de la civilité*, París, Karthala, 1999, pp. 163-185.
SCHELL, J., *The Village of Ben Suc*, Nueva York, Knopf, 1967.
—, «An Account of the Destruction in Quang Ngai and Quang Tin», *Reporting Vietnam: American Journalism 1959-1975*, Nueva York, Library of America, 2000, pp. 204-234.

SCHELLING, T. C., «What Purpose Can "International Terrorism" Serve?», en R. G. Frey y C. W. Morris (eds.), *Violence, Terrorism and Justice*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, pp. 18-32.

SCHEPER-HUGHES, N., *Death Without Weeping: The Violence of Everyday Life in Brazil*, Berkeley, University of California Press, 1992.

SCHLICHTE, K., «Magnitudes and Trends in Intrastate Violent Conflict», ponencia presentada en la Conferencia Internacional sobre Crimen y Conflicto Violento, Courmayeur, Mont Blanc, Italia, 4-6 de octubre de 1997.

SCHMEMANN, S., *Echoes of a Native Land: Two Centuries of a Russian Village*, Nueva York, Vintage, 1999.

SCHMID, A. P., *Political Terrorism: A Research Guide to Concepts, Theories, Data Bases, and Literature*, Ámsterdam, SWIDOC, 1983.

SCHMITT, C., *The Concept of the Political*, New Brunswick, NJ, Rutgers University Press, 1976.

—, *Théorie du Partisan* [1963], París, Flammarion, 1992.

SCHMITT, E., «Military in Iraq Is Warned of Attacks during Holidays», *New York Times*, 22 de diciembre de 2003, p A20.

SCHOFIELD, V., *Every Rock, Every Hill; The Plain Tale of the North-West Frontier and Afghanistan*, Londres, Buchan & Enright, 1984.

—, *Kashmir in the Crossfire*, Londres, I. B. Tauris, 1996.

SCHOPPA, R. K., «Patterns and Dynamics of Elite Collaboration in Occupied Shaoxing County», en D. P. Barrett y L. N. Shyu (eds.), *Chinese Collaboration with Japan 1932-1945: The Limits of Accomodation*, Stanford, Calif., Stanford University Press, 2001, pp. 159-179.

SCHRAN, P., *Guerrilla Economy: The Development of the Shnsi-Kansu-Ninghsia Border Region, 1937-1945*, Albany, State University of New York Press, 1976.

SCHROEDER, M. J., «Horse Thieves to Rebels to Dogs: Political Gang Violence and the State in the Western Segovias, Nicaragua, in the Time of Sandino, 1926-1934», *Journal of Latin American Studies* 28, 2 (1996), pp. 383-434.

—, «"To Induce a Sense of Terror": Caudillio Politics and Political Violence in Northern Nicaragua, 1926-1934 y 1981-1995», en B. B. Campbell y A. D. Brenner (eds.), *Death Squads in Global Perspective: Murder with Deniability*, Nueva York, St. Martin's Press, 2000, pp. 27-56.

SCHULTE, T. J., «Korück 582», en H. Heer y K. Naumann (eds.), *Wars of Extermination: The German Military in World War II, 1941-1944*, Nueva York, Berghahn Books, 2000, pp. 315-328.

SCOTT, A. O., «Vengeance Is Ours, Says Hollywood», *The New York Times*, 2 de mayo de 2004, p. 24.

SCOTT, J. C., «Patron-Client Politics and Political Change in Southeast Asia», en S.W. Schmidt *et. al.* (eds.), *Friends, Followers, and Factions. A Reader in Political Clientelism*, Berkeley, University of California Press, 1977a, pp. 123-146.

—, *Weapons of Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance*, New Haven, Yale University Press, 1985.

—, «Protest and Profanation: Agrarian Revolt and the Little Tradition, Part I», *Theory and Society* 4, 1 (1977b), pp. 1-38.

—, «Protest and Profanation: Agrarian Revolt and the Little Tradition, Part II», *Theory and Society* 4, 2 (1977c), pp. 211-246.

—, *Domination and the Arts of Resistance: Hidden Transcripts*, New Haven, Yale University Press, 1990.

SECULIĆ, D., «Structural Determinants of Nationalism in Croatia», artículo inédito, 2005.

SEIDEMAN, G., «Guerrillas in Their Midst: Armed Struggle in the South African Anti-Apartheid Movement», ponencia presentada en el 2001 Meeting of the Social Science History Association, Chicago, 15-18 de noviembre de 2001.

SEIDMAN, M., *Republic of Egos: A Social History of the Spanish Civil War*, Madison, University of Wisconsin Press, 2002.

SELESKY, H. E., «Colonial America», en M. Howard, G. J. Andreopoulos y M. R. Shulman (eds.), *The Laws of War: Constraints on Warfare in the Western World*, New Haven, Yale University Press, 1994, pp. 59-85.

SEMANA, «La Gran Redada», *Revista Semana*, 3 de marzo de 2003, en http://semana2.terra.com.co/openscms/openscms/Semana/articulo.html?id=73650#.

SÉMELIN, J., «Qu'est-ce qu'un crime de masse? Le case de l'exYougoslavie», *Critique Internationale* 6 (2000), pp. 143-158.

SEN, A., «Behaviour and the Concept of Preference», en J. Elster (ed.), *Rational Choice*, Nueva York, New York University Press, 1986, pp. 60-81.

SENARATNE, J. P., *Political Violence in Sri Lanka, 1977-1990: Riots, Insurrections, Counterinsurgencies, Foreign Intervention*, Ámsterdam, VU University Press, 1997.

SENDER BARAYÓN, R., *A Death in Zamora*, Alburquerque, University of New Mexico Press, 1989.

SENECHAL DE LA ROCHE, R., «Why Is Collective Violence Collective?», *Sociologica Theory* 19, 2 (2001), pp. 126-144.

SENGUPTA, S., «Sudan Government's Attacks Stoke Rebel's Fury», *The New York Times*, 11 de septiembre de 2004, pp. A1, A8.

—, «Vigilantes May Be Nepal's Secrete Weapon against Rebels», *The New York Times*, 11 de abril de 2005 (2005a), p. A3.

—, «For Afghans, Voting May Be a Life-and-Death Decision», *The New York Times,* 16 de septiembre de 2005 (2005b), p. A10.
—, «Where Maoists Still Matter», *The New York Times Magazine,* 30 de octubre de 2005 (2005c), pp. 64-69.
SERRANO, S., *Maquis: historia de la guerrilla antifranquista,* Madrid, Temas de Hoy, 2002.
SEYBOLT, P. J., «The War within a War: A Case Study of a County on the North China Plain», en D. P. Barrett y L. N. Shyu (eds.), *Chinese Collaboration with Japan, 1932-1945: The Limits of Accommodation,* Stanford, California, Stanford University Press, 2001, pp. 201-225.
SHALITA, N., «The Sudan Conflict», en M. Cranna (ed.), *The Cost of Conflict,* New Press, Nueva York, 1994 pp. 135-154.
SHANIN, T., «The Peasantry as a Political Factor», en S. C. Sarkesian (ed.), *Revolutionary Guerrilla Warfare,* Chicago, Precedent Publishing, 1975, pp. 267-289.
SHANKER, T. y MYERS, S. L., «Increased US Activity to Aid Afghan Rebels», *The New York Times,* 19 de octubre de 2001, p. B2.
SHATTUCK, K., «Beware the Cry of "NIYBY": Not in Your Backyard!», *The New York Times,* 11 de mayo de 2000, p. F1.
SHAVE, D., «The Peru Conflict», en M. Cranna (ed.), *The True Cost of Conflict,* Nueva York, New Press, 1994, pp. 113-133.
SHAW, B., «Selections from Selected Works of Mao Tse-Tung», en S. C. Sarkesian (ed.), *Revolutionary Guerrilla Warfare,* Chicago, Precedent Publishing, 1975, pp. 205-235.
—, «War and Violence», en G. W. Bowersock, P. Brown y O. Grabar (eds.), *Interpreting Late Antiquity: Essays on the Postclassical World,* Cambridge, Mass., Belknap Press, 2001, pp. 130-169.
SHEEHAN, N., *A Bright Shining Lie: John Paul Vann an America in Vietnam,* Nueva York, Vintage, 1989.
SHEPHERD, B., «Hawks, Doves and *Tote Zonen*: A Wehrmacht Security Division in Central Russia, 1943», *The Journal of Contemporary History* 37, 3 (2002), pp. 349-369.
SHILS, E. y JANOWITZ, M., «Cohesion and Disintegration in the Wehrmacht in World War II», *Public Opinion Quarterly* 2 (1948), pp. 280-315.
SHY, J., *A People Numerous and Armed: Reflections on the Military Struggle for American Independence,* Nueva York, Oxford University Press, 1976.
SIEGEL, D. y HACKEL, J., «El Salvador: Contrainsurgency Revisited», en M. T. Klare y P. Kornbluh (eds.), *Low-Intensity Warfare: Counterinsurgency, Proinsurgency, and Antiterrorism in the Eighties,* Nueva York, Pantheon Books, 1988, pp. 112-135.
SILBER, L. y LITTLE, A., *Yugoslavia: Death of a Nation,* Nueva York, Penguin, 1997.

SILKE, A., «In Defense of the Realm: Financing Loyalist Terrorism in Northern Ireland – Part One: Extortion and Blackmail», *Studies in Conflict and Terrorism* 21 (1998), pp. 331-361.
SIMMEL, G., *Conflict* [1908], Glencoe, Ill., Free Press, 1955.
SIMMONS, A., «War: Back to the Future», *Annual Reviews of Anthropology* 28 (1999), pp. 73-108.
SIU, H. F., *Agents and Victims in South China: Accomplices in Rural Revolution,* New Haven, Yale University Press, 1989.
SIVARD, R. L., *World Military and Social Expenditures, 1987-1988* (12.ª ed.) Washington, World Priorities, 1987.
—, *World Military and Social Expenditures, 1996* (16.ª ed.) Washington, World Priorities, 1996.
SKINNER, J., «La guerre civile revolutionnaire: Oubli ou héritage? L'exemple de la presse vauclusienne de la IIe République», en J.-C. Martin (ed.), *La guerre civile entre histoire et mémoire,* Nantes, Ouest Éditions, 1995, pp. 143-153.
SKOCPOL, T., *States and Social Revolutions: A Comparative Analysis of France, Russia and China,* Cambridge, Cambridge University Press, 1979.
SLUKA, J. A., *Hearts and Minds, Water and Fish: Support for the IRA and INLA in a Northern Irish Ghetto,* Greenwich, CT, JAI Press, 1989.
—, «Introduction: State Terror and Anthropology», en J. A. Sluka (ed.), *Death Squad: The Anthropology of State Terror,* Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2000, pp. 1-45.
SMITH, A., *The Theory of Moral Sentiments* [1790], D. D. Raphael y A. L. Macfie (eds.), Indianápolis, Liberty Fund, 1982.
SMITH, C., «Destruction of the Material Bases for Indian Culture: Economic Changes in Totonicapán», en R. M. Carmack (ed.), *Harvest of Violence: The Maya Indians and the Guatemalan Crisis,* Norman, University of Oklahoma Press, 1988, pp. 206-231.
SMITH, C., «Paris Frees Airport Worker Who Was Framed as Terror Suspect», *The New York Times,* 11 de enero de 2003, p. A5.
—, «U. S. and Iraq Step Up Effort to Block Insurgents' Routes», *The New York Times,* 3 de octubre de 2005, p. A6.
SMITH, M. L. R., «Holding Fire: Strategic Theory and the Missing Military Dimension in the Academic Study of Northern Ireland», en A. O'Day (ed.), *Terrorism's Laboratory: The Case of Northern Ireland,* Aldershot, Dartmouth, 1995, pp. 225-240.
SMYTH, M. y FAY, M.-T., *Personal Accounts from Northern Ireland's Troubles: Public Conflict, Private Loss,* Londres, Pluto Press, 2000.
SNOW, C. C. y BIHURRIET, M. J., «An Epidemiology of Homicide: *Ningún Nombre* Burials in the Province of Buenos Aires from 1970 to 1984», en T. B. Jabine y R. P. Claude (eds.), *Human Rights*

and Statistics: Getting the Record Straight, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1992, pp. 328-363.

SNOW, D. M., *Distant Thunder: Patterns of Conflict in the Developing World*, Armonk, NY, ME Sharpe, 1997.

SNYDER, T., «The Causes of the Ukrainian-Polish Ethnic Cleansing, 1943», *Past and Present* 179 (2003), pp. 197-234.

SOFSKY, W., *Traité de la violence*, París, Gallimard, 1998.

SOLOMON, R. C., «Sympathy and Vengeance: The Role of the Emotions in Justice», en S. H. M. Van Goozen, N. E. Van de Poll y J. Sergeant (eds.), *Emotions: Essays on Emotion Theory*, Hillsdale, NJ, Lawrence Erlbaum Associates, 1994, pp. 291-311.

SONTAG, D., «After Lebanon Convulsion, an Uncertain Landscape», *The New York Times*, 25 de mayo de 2000, p. A1.

SOREL, G., *Réflexions sur la violence*, París, Rivière, 1921.

SPENCER, J., *A Sinhala Village in a Time of Trouble: Politics and Change in Rural Sri Lanka*, Delhi, Oxford University Press, 1990.

—, «Problems in the Analysis of Communal Violence», *Contributions to Indian Sociology* 26, 2 (1992), pp. 261-279.

—, «On Not Becoming a "Terrorist." Problems of Memory, Agency, and Community in the Sri Lankan Conflict», en V. Das, A. Kleinman, M. Ramphele y P. Reynolds (eds.), *Violence and Subjectivity*, Berkeley, University of California Press, 2000, pp. 120-140.

SPIERENBURG, P., «Long-Term Trends in Homicide: Theoretical Reflections and Dutch Evidence: Fifteenth to Twentieth Centuries», en E. Johnson y E. H. Monkkonen (eds.), *The Civilization of Crime: Violence in Town and Country since the Middle Ages*, Urbana, University of Illinois Press, 1996, pp. 63-105.

SPINNER, J., «In a Calmer Fallujah, Marines Still Feel the Insurgents' Pulse», *Washington Post*, 16 de febrero de 2005, p. A5.

STACEY, R. C., «The Age of Chivalry», en M. Howard, G. J. Andreopoulos y M. R. Shulman (eds.), *The Laws of War: Constraints on Warfare in the Western World*, New Haven, Yale University Press, 1994, pp. 27-39.

STANLEY, W., *The Protection Racket State: Elite Politics, Military Extortion, and Civil War in El Salvador*, Filadelfia, Temple University Press, 1996.

STARK, R., *The Rise of Christianity: How the Obscure, Marginal Jesus Movement Became the Dominant Religious Force in the Western World in a Few Centuries*, Nueva York, HarperCollins, 1997.

STARN, O., «Villagers at Arms: War and Counterrevolution in a Central-South Andes», en S. J. Stern (eds.), *Shining and Other Paths: War ad Society in Peru, 1980-1995*, Durham, Duke University Press, 1998, pp. 224-257.

STEINBERG, J., «Source for USA Today Reporter Disputes Details of Kosovo Article», *The New York Times*, 26 de enero de 2004, p. C1.

STENDHAL, *L'abbesse de Castro*, París, Librio, 1996.

STILES, T. J., *Jesse James: The Last Rebel of the Civil War*, Nueva York, Knopf, 2002.

ST. JOHN, W., «Sorrow So Sweet: A Guilty Pleasure in Another's Woe», *The New York Times*, 24 de agosto de 2002, p. A17.

STOLL, D., *Beetween Two Armies: In the Ixil Town of Guatemala*, Nueva York, Columbia University Press, 1993.

—, *Rigoberta Menchú and the Story of All Poor Guatemalans*, Boulder, Colo., Westview Press, 1999.

STONE, L., *The Causes of the English Revolution 1529-1642*, Nueva York, Harper Torchbooks, 1993.

STOUFFER, S., *The American Soldier*, Princeton, NY, Princeton University Press, 1949.

STRAUS, S., «Definitions and Sub-types: A Conceptual Analysis of Genocide», artículo inédito, University of California, Berkeley, 2000.

—, «The Order of Genocide: Race, Power and War in Rwanda», tesis Ph. D., University of California, Berkeley, 2004.

STUBBS, R., *Hearts and Minds in Guerrilla Warfare: The Malayan Emergency, 1948-1960*, Singapur, Oxford University Press, 1989.

SUÁREZ-OROZCO, M., «Speaking of the Unspeakable: Toward a Psychological Understanding of Responses to Terror», *Ethos* 18, 3 (1990), pp. 353-383.

—, «A Grammar of Terror: Psychocultural Responses to State Terrorism in Dirty War and Post-Dirty War Argentina», en C. Nordstrom y J. M. Martin (eds.), *The Paths to Domination, Resistance and Terror*, Berkeley, University of California Press, 1992, pp. 219-259.

SWAIN, C. M., *Black Faces, Black Interests: The Representation of African Americans in Congress*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1993.

SWEDENBURG, T., *Memories of Revolt: The 1936-1939 Rebellion and the Palestinian National Past*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1995.

SWEETS, J. F., *Choices in Vichy France: The French under Nazi Occupation*, Nueva York, Oxford University Press, 1994.

TABBARA, L. M., *Survival in Beyrut: A Diary of Civil War*, Londres, Onyx Press, 1979.

TABER, R., *The War of the Flea: A Study of Guerrilla Warfare Theory and Practice*, Nueva York, Lyle Stuart, 1965.

TAMBIAH, S. J., *Leveling Crowds: Ethnonationalist Conflict and Collective Violence in South Asia*, Berkeley, University of California Press, 1996.

TARNOPOLSKY, N., «The Family That Dissapeared», *The New Yorker*, 15 de noviembre de 1999, pp. 48-57.
TARROW, S. G., *Power in Movement: Social Movements, Collective Action and Politics*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994.
TAUSSIG, M., *Colonialism, Shamanism, and the Wild Man: A Study in Terror and Healing*, Chicago, University of Chicago Press, 1987.
TERESHCHUK, D., «An Unreliable Witness», *The New York Times Magazine*, 28 de enero de 2001, p. 66.
TERRY, N., «People's War or Civil War? The Struggle between Collaborators and Partisans in Central Russia and Belorussia, 1941-1944», ponencia presentada en la Conferencia sobre la Colaboración en Tiempos de Guerra en la Europa Nazi 1939-1945, EUI, Florencia, 13-14 de octubre de 2005.
THAXTON, R., *Salt of the Earth: The Political Origins of Peasant Protest and Communist Revolution in China*, Berkeley, University of California Press, 1997.
THAYER, T. C., *War without Fronts: The American Experience in Vietnam*, Boulder, Colo., Westview Press, 1985.
THOMAS, H., *The Spanish Civil War*, Nueva York, Simon & Schuster, 1986.
THOMPSON, G., «Houses Divided; Why Peace Eludes Mexico's Indians», *The New York Times*, 11 de marzo de 2001, sec. 4, p. 16.
—, «El Quemado Journal; A Mexican Village Mourns Its Abducted Sons», *The New York Times*, 28 de julio de 2003, p. A4.
THOMPSON, R., *Defeating Communist Insurgency*, Nueva York, Praeger, 1966.
THORNTON, T. P., «Terror as a Weapon of Political Agitation», en H. Eckstein (ed.), *Internal War: Problems and Approaches*, Nueva York, Free Press, 1964, pp. 71-99.
THURSTON, A. F., «Urban Violence during the Cultural Revolution: Who Is to Blame?», en J. N. Lipman y S. Harrell (eds.), *Violence in China: Essays in Culture ad Counterculture*, Albany, State University of New York Press, 1990, pp. 149-174.
TILLY, C., *The Vendée*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1964.
—, «Revolutions and Collective Violence», en F. I. Greenstein y N. W. Polsby (eds.), *Handbook of Political Science: Macropolitical Theory*, Reading, Mass., Addison-Wesley, 1975, pp. 483-555.
—, *From Mobilization to Revolution*, Nueva York, McGraw-Hill, 1978.
—, «War Making and State Making as Organized Crime», en P. B. Evans, D. Rueschemeyer y T. Skocpol (eds.), *Bringing the State Back*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985, pp. 168-191.
—, *Coercion, Capital and European States*, Londres, Blackwell, 1992.

—, *Politics of Collective Violence*, Cambridge,Cambridge University Press, 2003.
TIMMONS, H., «Weakened British Unions Step Up Fight against Airlines and Their Suppliers», *The New York Times*, 20 de agosto de 2005, p. C3.
TISHKOV, V., «Political Anthropology of the Chechen War», *Security Dialogue* 28 (1997), pp. 425-437.
—, «Ethnic Conflicts in the Former USSR: The Use and Misuse of Typologies and Data», *Journal of Peace Research* 36, 5 (1999), pp. 571-591.
—, *Chechnya: Life in a War-Torn Society*, Berkeley, University of California Press, 2004.
TOCQUEVILLE, A. DE, *L'ancien regime*, Oxford, Blackwell, 1933.
— *Democracy in America*, J. P. Mayer (ed.), G. Lawrence (trad.), Nueva York, Harper & Row, 1988.
TODOROV, T., *A French Tragedy: Scenes of Civil War, Summer 1944*, Hanover, N. H., University Press of New England, 1996.
TOFT, M. D., *The Geography of Ethnic Violence: Identity, Interests, and the Indivisibility of Territory*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 2003.
TONE, J. L., *The Fatal Knot: The Guerrilla War in Navarre and the Defeat of Napoleon in Spain*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1994.
TONG, J., «Rational Outlaws: Rebels and Bandits in the Ming Dynasty», en M. Taylor (ed.), *Rationality and Revolution*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988, pp. 98-128.
—, *Disorder under Heaven: Collective Violence in the Ming Dynasty*, Stanford, Calif., Stanford University Press, 1991.
TOOLIS, K., *Rebel Hearts: Journeys within the IRA's Soul*, Nueva York, St. Martin's Griffin, 1997.
TREJO OSORIO, G., «Indigeous Insurgency: Protest, Rebellion and the Politicization of Ethnicity in 20th Century Mexico», tesis Ph. D., University of Chicago, 2004.
TRINQUIER, R., *Modern Warfare: A French View of Counterinsurgency*, Nueva York, Praeger, 1964.
TROTSKY, L., *Terrorism and Communism: A Reply to Karl Kautsky*, Ann Arbor, Mich., Ann Harbor Paperbacks, 1961.
—, *A History of the Russian Revolution*, 2 vols, Londres, Gollanz, 1965.
TRULLINGER, J. W., *Villages at War: An Account of Conflict in Vietnam*, Stanford, Calif., Stanford University Press, 1994.
TUCÍDIDES, *History of the Peloponnesian War*, R. Warner (trad.), Londres, Penguin, 1972.
TUCKER, S., *Among the Insurgents: Walking through Burma*, Londres, Flamingo, 2001.

TULLOCK, G., «Autocracy», en G. Radnitzky y P. Bernholz (eds.), *Economic Imperialism: The Economic Approach Applied Outside of the Field of Economics*, Nueva York, Paragon House, 1987, pp. 365-381.

TYLER, P. E., «Key Chechen Who Backed the Russians Dies in Battle», *The New York Times*, 20 de agosto de 2001, p. A8.

—, «Ex-Soldier Fabricated Chechnya Story, Russian Officials Say», *The New York Times*, 22 de abril de 2002, p. A2.

TYMOWSKI, A. W., «Apologies for Jewabne and Modernity», *East European Politics and Societies* 16, 1 (2002), pp. 291-306.

UCELAY DA CAL, E., «La guerre civile espagnole et la propagande franco-belge de la Première Guerre mondiale», en J.-C. Martin (ed.), *La guerre civile entre histoire et mémoire*, Nantes, Ouest Éditions, 1995, pp. 77-90.

UNG, L., *First They Killed My Father*, Nueva York, Harper Collins, 2000.

UNIVERSITY OF TEACHERS FOR HUMAN RIGHTS, *Someone Else's War*, Colombo, Movement for Inter Racial Justice and Equality, 1993.

UPTON, A. F., *The Finnish Revolution, 1917-1918*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1980.

URBINA, I., «As Energy Thieves Turn Crafty, Con Ed Turns Up Battle of Wits», *The New York Times*, 5 de mayo de 2004, pp. A1 y B9.

—, «Revenge of the Perturbed III. Readers Offer New Tactics», *The New York Times*, 20 de marzo de 2005, p. 35.

URIBE, M. V., *Matar, rematar y contramatar: las masacres de la violencia en el Tolima, 1948-1964*, Bogotá, CINEP, 1990.

VALENTINO, B. A., «Final Solutions: The Causes of Mass Killings and Genocides», *Security Studies* 9, 3 (2000), pp. 1-59.

—, *Final Solutions: Mass Killings and Genocide in the 20th Century*, Ithaca, Cornell University Press, 2004.

—, HUTH, P. y BALCH-LINDSAY, D., «"Draining the Sea": Mass Killing and Guerrilla Warfare», *International Organization* 58, 2 (2004), pp. 375-407.

VAN CREVELD, M., *The Transformation of War*, Nueva York, Free Press, 1991.

VAN EVERA, S., «Primordialism Lives», *APSA-CP* 12, 1 (2001), pp. 20-22.

VAN NATTA, D., «Hundreds of Arrests, but Promising Leads Unravel», *New York Times*, 21 de octubre de 2001, p. B1.

VARGAS LLOSA, M., *A Fish in the Water: A Memoir*, Nueva York, Farrar, Strauss, Giroux, 1994.

—, *Un barbare chez les civilisés*, París, Gallimard, 1998.

VARSHNEY, A., «Ethnic Conflict and Civil Society: India and Beyond», *World Politics* 53, 3 (2001), pp. 362-398.

—, *Ethnic Conflict and Civic Life: Hindus and Muslims in India*, New Haven, Yale University Press, 2002.

—, «Nationalism, Ethnic Conflict, and Rationality», *Perspectves on Politics* 1, 1 (2003), pp. 85-99.

VERRI, P., *Osservazioni sulla tortura*, en G. Barni (ed.), Milán, Rizzoli, 1961.

VERWIMP, P., «Testing the Double-Genocide Thesis for Central and Southern Rwanda», *Journal of Conflict Resolution* 47, 4 (2003), pp. 423-442.

VEYNE, P., *Comment on écrit l'histoire*, París, Seuil, 1996.

VICK, K., «In Kurdish Turkey, a New Enemy. Village Guards, Empowered during War, Turn Guns on Returnees», *The Washington Post*, 31 de octubre 2002, p. A18.

VIDAL, C., «Le génocide des Rwandais tutsi: Cruauté délibérée et logiques de haine», en F. Héritier (ed.), *De la violence*, París, Odile Jacob, 1996, pp. 327-366.

VINCENT, S., «The Mozambique Conflict (1980-1992)», en M. Cranna (ed.), *The True Cost of Conflict*, Nueva York, New Press, 1994, pp. 81-112.

VIOLA, L., «The Second Coming: Class Enemies in the Soviet Countryside, 1927-1935», en J. Arch Getty y R. T. Manning (eds.), *Stalinist Terror: New Perspectives*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993, pp. 65-98.

WAGEENAR, W. A., *Identifying Ivan: A Case Study in Legal Psychology*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1988.

WAGHELSTEIN, J. D., *El Salvador: Observations and Experiences in Contrainsurgency*, Carlisle Barracks, Pa., US Army War College, 1985.

WAKIN, E., *Anthropology Goes to War: Professional Ethics and Counterinsurgency in Thailand*, Madison, University of Wisconsin Center for Southeast Asian Studies, 1992.

WALDMAN, A., «Afghan Warlord's Rivals Link Him to U. S. Attacks», *The New York Times*, 3 de enero de 2002 (2002a), p. A15.

—, «Young Sri Lankans Are Lost to Forced Recruitment», *The New York Times*, 6 de enero de 2003, p. A1.

—, «Once Fertile Valley Left Arid by Taliban», *The New York Times*, 7 de enero de 2002 (2002b), p. A9.

—, «Afghan Strife Exposes Deep and Wide Ethnic Tensions», *The New York Times*, 6 de septiembre de 2004, p. A3.

WALTER, B. F., «The Critical Barrier to Civil War Settlement», *International Organization* 51, 3 (1997), pp. 331-360.

WALTER, E. V., *Terror and Resistance*, Nueva York, Oxford, 1969.

WALTERS, R. H., «Implications of Laboratory Studies of Aggresion for the Control and Regulation of Violence», *Annals of the American Academy of Political and Social Science* 364 (1966), pp. 60-72.

WALZER, M., *Just and Unjust Wars: A Moral Argument with Historical Illustrations*, Nueva York, Basic Books, 1997.

WANTCHEKON, L., «Clientelism and Voting Behavior: Evidence from a Field Experiment in Benin», *World Politics* 55, 3 (2003), pp. 399-422.

WARREN, K. B., *Indigenous Movements and Their Critics: Pan-Maya Activism in Guatemala*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1998.

WATANABE, J. M., *Maya Saints and Souls in a Changing World*, Austin, University of Texas Press, 1992.

WAX, E., «Key to Conflict in Ivory Coast: Who Are Rebels?», *The Washington Post*, 24 de octubre de 2002, p. A30.

WEBER, M., *Political Writings*, P. Lassman y R. Speirs (eds.), Cambridge, Cambridge University Press, 1994.

WEINER, T., «Gun Control Policy, Jalalabad Style: He Who Grabs All the Rifles Writes the Rules», *The New York Times*, 23 de noviembre de 2001, p. B4.

WEINSTEIN, J., «Inside Rebellion: The Political Economy of Rebel Organization», tesis Ph. D., Harvard University, 2003.

WEINSTEIN, N. D., «Unrealistic Optimism about Future Life Events», *Journal of Personality and Social Psychology* 39 (1980), pp. 806-820.

WEIR, R. M., «"The Violent Spirit", the Reestablishment of Order, and the Continuity of Leadership in Post-Revolutionary South Carolina», en R. Hoffman, T. W. Tate y P. J. Albert (eds.), *An Uncivil War: The Southern Backcountry during the American Revolution*, Charlottesville, University Press of Virginia, 1985, pp. 70-98.

WELCH, R. E., «American Atrocities in the Philippines: The Challenge and the Response», *Pacific Historical Review* 43 (1974), pp. 233-253.

WERTH, N., «Un état contre son peuple: Violences, répressions, terreurs en Union Soviétique», en S. Courtois *et al.*, *Le livre noir du communisme: Crimes, terreur, répression*, París, Robert Laffont, 1998, pp. 39-312.

WEST, F. J., *The Village*, Madison, University of Wisconsin Press, 1985.

WESTING, A. H., «Research Communication: War as a Human Endeavor: The High-Fatality Wars of the Twentieth Century», *Journal of Peace Research*, 19, 3 (1982), pp. 261-270.

WHITE, L. T., *Policies of Chaos: The Organizational Causes of Violence in China's Cultural Revolution*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1989.

WHITE, R. W., «From Peaceful Protest to Guerrilla War: Micromobilization of the Provisional Irish Republican Army», *American Journal of Sociology* 94, 6 (1989), pp. 1277-1302.

WICKHAM-CROWLEY, T. P., «Terror and Guerrilla Warfare in Latin America, 1956-1970», *Comparative Studies in Society and History* 32, 2 (1990), pp. 201-237.

—, *Exploring Revolution: Essays on Latin American Insurgency and Revolutionary Theory*, M. E. Sharpe, Armonk, NY, 1991.

—, *Guerrillas and Revolution in Latin America: A Comparative Study of Insurgents and Regimes since 1956*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1992.

WIESNER, L. A., *Victims and Survivors: Displaced Persons and Other War Victims in Viet-Nam, 1954-1975*, Nueva York, Greenwood Press, 1988.

WILENSKY, H. L., *Organizational Intelligence: Knowledge And Policy In Government And Industry*, Nueva York, Basic Books, 1967.

WILKINSON, S. I., *Votes and Violence: Electoral Competition and Ethnic Riots in India*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004.

WILLIAMS, C. D., «The Southern Mountaineer in Fact and Fiction», en M. H. Pipes (ed.), *Appalachian Journal* 3 (1975), pp. 8-41.

WILS, B. S., *The War Hits Home: The Civil War in Southern Virginia*, Charlottesville, University Press of Virginia, 2001.

WILSON, G., *The Blood of Spain*, Filadelfia, Dorrance, 1970.

WILSON, S., «Fewer Massacres in Colombia, but More Deaths», *The Washington Post*, 24 de junio de 2002, p. A15.

—, «"Peasant" Force Takes Shape in Colombia», *The Washington Post*, 13 de marzo de 2003, p. A11.

—, «Colombia Targeting Rebel Strongholds», *The Washington Post*, 25 de enero 2004, p. A14.

WINES, M., «Russians Recall the "Giant Mincer" That Was Afghanistan», *The New York Times*, 29 de septiembre de 2001, p. B7.

—, «Chechnya Weighs a Russian Offer of Self-Rule», *The New York Times*, 23 de marzo de 2003, p. A3.

WINTROBE, R., *The Political Economy of Dictatorship*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998.

WOLF, E. R., *Peasant Wars of the Twentieth Century*, Harper & Row, Nueva York, 1969.

WOOD, E. J., *Insurgent Collective Action and Civil War in El Salvador*, Cambridge University Press, Cambridge, 2003.

WORCHEL, S., «Societal Restrictiveness and the Presence of Outlets for the Release of Aggression», *Journal of Cross-Cultural Psychology* 5 (1974), pp. 109-123.

WORDEN, B., «Providence and Politics in Cromwellian England», *Past and Present* 109 (1985), pp. 55-99.

WORMALD, J., «Bloodfeud, Kindred and Government in Early Modern Scotland», *Past and Present* 87 (1980), pp. 54-97.

WOU, O. Y. K., *Mobilizing the Masses: Building Revolution in Henan*, Stanford, California, Stanford University Press, 1994.

WYATT, E., «Iraqi Refugee's Tale of Abuse Dissolves upon Later Scrutiny», *The New York Times*, 21 de enero de 2005, p. A8.
YANG, M. C., *A Chinese Village: Taitou, Shantung Province*, Nueva York, Columbia University Press, 1945.
YOO, J., «The Chejudo Rebellions», artículo inédito, University of Chicago, 2001.
—, «War Boundaries and Local Organization: Cases from the Korean War», artículo inédito, University of Chicago, 2002.
YOON, T., «Koreans' Stories about Themselves: An Ethnographic History of Hermit Pond Village in South Korea», tesis Ph. D., University of Minnesota, 1992.
YOUNG, M. B., *The Vietnam Wars, 1945-1990*, Nueva York, Harper Perennial, 1991.
YOUNG, T., «A Victimof Modernity? Explaining the War in Mozambique», en P. B. Rich y R. Stubbs (eds.), *The Counter-Insurgent State: Guerrilla Warfare and State: Guerrilla Warfare and State-Building in the Twentieth Century*, Nueva York, St. Martin's Press, 1997, pp. 120-151.
ZAHAR, M.-J., «Protégés, Clients, Cannon Fodder: Civil-Militia Relations in Internal Conflicts», en S. Chesterman (ed.), *Civilians in War*, Boulder, Colo., Lynne Riener, 2001, pp. 43-65.
ZARETSKY, M., «City Soldier Gets a Break from War», *New Haven Register*, 8 de diciembre de 2003, p. A4.
ZEMON DAVIS, N., «The Rites of Violence: Religious Riot in Sixteenth-Century France», *Past and Present* 59 (1973), pp. 51-91.
ZERROUKY, H., «Le jeune capitaine et les paysans», *L'Humanité*, 17 de octubre de 1997.
ZIEMKE, E., «Composition and Morale of the Partisan Movement», en J. A. Armstrong (ed.), *Soviet Partisans in World War II*, Madison, University of Wisconsin Press, 1964, pp. 141-196.
ZIMMERMAN, M., *Sandinista*, Durham, NC, Duke University Press, 2000.
ZIMRING, F. E. y HAWKINS, G. J., *Deterrence: The Legal Threat in Crime Control*, Chicago, University of Chicago Press, 1973.
ZUCCHINO, D., «Sorting Friends from Foes», *Los Angeles Times*, 1 de noviembre de 2004, pp. A1, A8-A9.
ZULAIKA, J., *Basque Violence: Metaphor and Sacrament*, Reno, University of Nevada Press, 1988.
— y DOUGLASS, W., *Terror and Taboo: The Follies, Fables, and Faces of Terrorism*, Nueva York, Routledge, 1996.
ZUR, J. N., «The Psychological Impact of Impunity», *Anthropology Today* 10, 3 (1994), pp. 12-17.
—, «Violent Memories: Mayan War Widows in Guatemala», Boulder, Colo., Westview Press, 1998.

ÍNDICE DE TABLAS Y FIGURAS

TABLAS

FIGURAS

ÍNDICE GENERAL